HERDER

IDEAS PARA UNA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

Traducción directa de
J. ROVIRA ARMENGOL

EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

Título del original alemán:

Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit

Queda hecho el depósito que previene la ley núm. 11.723

© Editorial Losada S. A.
Buenos Aires, 1959

PRINTED IN ARGENTINE

Este litro se terminó de imprimir el dia 24 de agosto de 1959, en Artes Gráficas Bartolomé U. Chiesino S. A., Ameghino 838, Avellaneda - Bs. Aires.

PRIMERA PARTE

Quem te Deus esse
Iussit et humana qua parte locatus es in
re Disce.

PERSIO

PREÁMBULO

CUANDO hace diez años publiqué la obrita: *También una filosofía de la historia para la cultura de la humanidad,* el "también" de ese título pretendía significar todo lo que se quiera menos un "Anch'io sono pittore". Como indicaba también el aditamento "Aportación a las muchas aportaciones del siglo" y asimismo el motivo que le servía de base, quería ser más bien una nota de modestia el hecho de que el autor de esa obra distara mucho de considerarla una filosofía completa de la historia de nuestro género, y que, al lado de tantos caminos trillados que se recorrían incesantemente, señalara un pequeño sendero que se solía dejar a un lado a pesar de que tal vez merecía que por él pasaran las ideas. Las obras citadas en el libro alguna que otra vez, indican suficientemente cuáles eran los caminos trillados y recorridos de los cuales quería apartarse el autor; de ahí que su ensayo no fuera más que una hoja volante, una aportación a aportaciones, provista también de figura propia.

La obrita se agotó pronto, lo cual me animó para hacer una nueva edición; pero en la actualidad resultaba imposible que esta nueva edición se atreviera a presentarse en su antigua figura a los ojos del público. Puede observarse que algunas de las ideas de mi obrita habían pasado a otros libros aun sin mencionarse mi nombre, habiendo sido aplicadas con unos alcances que yo no había querido darles. Se había hecho caso omiso del "también", y, sin embargo, jamás se me habría ocurrido que las pocas palabras alegóricas: infancia, juventud, edad viril, avanzada, de nuestro género, cuya prosecución no se aplicaba ni era aplicable más que a unos pocos pueblos de la tierra, hubieran de servir para trazar una gran ruta con que pisando terreno firme pudiera medirse siquiera la historia de la cultura y menos aún la filosofía de toda la historia de la humanidad. ¿Qué pueblo hay en la tierra que no tenga cultura propia? ¿No resultaría demasiado angosto el plan de la Providencia si todo el in-

y comunicar los asuntos del propio pecho a una multitud feroz?) Con esas almas sostiene un coloquio invisible y a ellas participa sus impresiones al igual que espera de ellas sus mejores ideas y enseñanzas en el caso de que ellas hayan avanzado más que él. Ese comercio invisible de espíritus y corazones es el único y máximo beneficio de la impresión de libros, que por lo demás trajo a las naciones tantos daños como provechos. El autor imaginó que se hallaba entre aquellos que realmente sentían interés por lo que él escribía y en quienes deseaba suscitar ideas coincidentes o mejores. Es éste el valor más bello de la tarea de escritor, y toda persona de rectas intenciones se alegrará mucho más de lo que suscite que de lo que haya dicho. Quien piense cuán provechoso le resultó a veces tal o cual libro, o siquiera tal o cual idea de un libro, qué alegría le proporcionó encontrar por su misma senda o por otra mejor a otro espíritu alejado de él pero vecino por su actividad, cómo a menudo una idea semejante nos ocupa años enteros y nos lleva adelante, ése no considerará como asalariado a un escritor que le hable y le comunique su íntimo pensamiento, antes bien como amigo que aun con ideas imperfectas se le acerca confiadamente para que el lector experto piense con él y lleve más cerca de la perfección lo que él sólo imperfectamente había concebido.

En un tema como el mío: "Historia de la humanidad, filosofía de su historia", esa humanidad del lector es, creo yo, deber grato y primordial. Hombre era quien escribió y hombre eres tú que lees. El autor pudo equivocarse y tal vez se equivocó: tú tienes conocimientos que él no tiene ni puede tener; emplea, pues, lo que tú sabes y considera su buena voluntad; no te limites a reprocharle, antes bien corrígele y sigue edificando. Con mano débil echó él algunos cimientos para un edificio que sólo los siglos pueden completar, y será feliz si luego la tierra cubre estas piedras quedando en el olvido quien las colocó, a condición de que sobre ellas o en otro lugar se levante sólo el más bello edificio.

Pero sin darme cuenta me alejé demasiado de mi objetivo inicial: la historia de cómo me puse a trabajar en esta materia y de cómo volví a ella con tareas y deberes totalmente distintos. Ya en años bastante tempranos, cuando los valles de las ciencias se extendían ante mí con todas sus galas matutinas de que nos priva el sol meridiano de nuestra vida, me asaltó a menudo la siguiente idea: ¿por qué, si todo tiene en el mundo su filosofía y ciencia, no la tendrá también lo que más nos importa: la historia de la humanidad, por qué no tendrá ésta una filosofía y ciencia a grandes rasgos? Todo me hacía pensar en eso: la metafísica y la moral, la física y la historia natural, y, por último, más que nada, la religión. Dios, que todo lo ordenó en la naturaleza según medida, número y peso, que según

eso instituyó la esencia de las cosas, su figura y enlace, su curso y conversación, de suerte que desde las grandes estructuras universales hasta el grano de polvo, desde la fuerza que sostiene tierras y soles hasta el hilo de una telaraña, sólo reina una sabiduría, bondad y poder, él, que también en el cuerpo humano y en las energías del alma humana lo concibió todo de un modo tan maravilloso y divino que cuando, aunque sólo sea de lejos, pretendemos meditar sobre la sabiduría única nos perdemos en un abismo de sus ideas; ¿cómo, me decía a mí mismo, este Dios iba a hacer caso omiso de su sabiduría y bondad y a prescindir de todo plan en la disposición y organización del conjunto de nuestro género? ¿Podíamos creer que nos lo quisiera esconder después de que tanto nos había mostrado de las leyes de su designio en la creación inferior que menos nos interesa? ¿Qué es el género humano en conjunto sino un rebaño sin pastores? O, como decía el quejumbroso sabio: "¿Los dejarías ir como peces por mar, o como gusanos sin dueño?". ¿Acaso no necesitarían conocer el plan? Yo bien lo creo, pues ¿qué hombre abarca ni el más pequeño esbozo de su propia vida? Y, sin embargo, ve hasta dónde tiene que ver, y sabe lo bastante para guiar sus pasos. No obstante ¿no se utilizará esta misma ignorancia como pretexto para los mayores abusos? Cuántos hay que niegan que haya un plan por la sola razón de que no lo ven, o, por lo menos, lo conciben con tímida vacilación y dudando creen y creyendo dudan. Se rebelan violentamente contra la idea de que el género humano sea un montón de hormigas que el pie de una más fuerte, a su vez hormiga informe, pisotea a miles, aniquila a miles en sus pequeñas o grandes empresas, hasta que, por último, los dos grandes tiranos de la tierra, el azar y el tiempo, se llevan todo el montón sin dejar huella, para que el lugar vacío sea ocupado por otra grey laboriosa, que a su vez será arrastrada sin dejar huella. El orgulloso hombre se niega a considerar su género como tal cría de la tierra y como presa de la descomposición que todo lo destruye; y, sin embargo, ¿no le obligan a aceptar ese cuadro la historia y la experiencia? ¿qué es, si no, cuanto en la tierra se consuma? ¿qué es el todo de la tierra? ¿Acaso los tiempos no están ordenados como lo están los espacios? Y ambos son gemelos de un solo destino. Aquéllos están llenos de sabiduría, éstos de aparente desorden; y, no obstante, el hombre está hecho notoriamente para buscar orden, para abarcar un punto del tiempo, para edificar el futuro sobre el pasado, puesto que para ello tiene el recuerdo y la memoria. Y bien, ¿acaso ese edificar de unos tiempos sobre otros no hace del conjunto de nuestro género un gigantesco edificio informe, en el cual saca uno lo que otro trajo, donde queda parado lo que nunca debiera haberse construído, y en el curso de los siglos se convierte finalmente todo en escombros bajo los cuales, y tanto más cuanto más frágiles sean, moran confiadamente los per-

plejos seres humanos? No quiero continuar la serie de esas dudas ni seguir las contradicciones del hombre consigo mismo, con los demás hombres y con el resto de la creación. Bastará decir que busqué una filosofía de la historia de la humanidad donde me fué posible buscarla.

Que la haya encontrado o no, es cosa que puede decidir esta obra, aunque no ya su primera parte. Ésta contiene sólo los fundamentos, en parte en una visión general de nuestros habitáculos, en parte en el tránsito de los organismos que por debajo de nosotros y con nosotros gozan de la luz de este sol. A nadie se le antojará, espero yo, que este paso esté demasiado lejos y sea demasiado largo, puesto que, como para leer en el libro de la creación el destino de la humanidad no hay otro que ése, nunca será por demás todo el cuidado y todo el estudio que se le prodigue. Quien desee sólo especulaciones metafísicas, las tendrá en un camino más corto; mas yo creo que éstas, separadas de las experiencias y analogías de la naturaleza, son un viaje por los aires que raras veces llevará a puerto. El paso de Dios en la naturaleza, las ideas que de hecho nos expuso el eterno en la serie de sus obras, son el libro sagrado en cuyos caracteres yo, más modesto que un aprendiz, deletreé y seguiré deletreando con fidelidad y ardor. Si tuviera la suerte de poder comunicar siquiera a un solo lector algo de la dulce impresión que sentí sobre la sabiduría y bondad del Creador inescrutable en sus obras, y con una confianza que no sé cómo calificar, esta impresión de confianza sería el vínculo más seguro con que podríamos aventurarnos en el curso de la obra por el laberinto de la historia humana. Por todas partes, la gran analogía de la naturaleza me llevó a las verdades de la religión, que sólo mediante grandes esfuerzos tuve que reprimir, porque no quería arrebatármelas de antemano, y paso a paso únicamente quería permanecer fiel a la luz que por doquiera venía a mí de la escondida presencia del Creador en sus obras. Tanto mayor placer será para mis lectores y para mí que siguiendo nuestro camino acabemos viendo que esta luz de oscuros resplandores se convierte en llama y sol.

Nadie se llame a engaño si a veces utilizo personificado el nombre de la naturaleza. La naturaleza no es un ser independiente, sino que Dios lo es todo en sus obras; sin embargo, no quise hacer un uso abusivo de este nombre santísimo (que ningún ser racional debería pronunciar sin la más profunda veneración) al tener que utilizarlo a menudo y sin poder imprimirle siempre la debida santidad. Si alguien ha llegado a considerar absurdo y bajo el nombre de la naturaleza, a causa de algunas obras de nuestra época, que lo sustituya en su espíritu por aquella omnipotente fuerza, bondad y sabiduría, y lo llame en su alma el ser invisible que ningún lenguaje terreno podría nombrar.

Lo mismo cabe decir cuando me refiero a las fuerzas orgánicas de la creación; no creo que haya que considerarlas *qualitates occultae,* pues a nuestra vista están sus notorios efectos, y no supe darles un nombre más determinado y más puro. Sobre ellas y sobre algunas materias más, a las que sólo por alusiones hube de referirme, me reservo un futuro tratamiento.

En cambio, me satisface que mi labor de estudiante produzca en una época en que manos maestras trabajan y atesoran en tantas ciencias y conocimientos especiales, y a las que tuve que ir en busca de materiales. De ellas tengo la seguridad de que no han de despreciar, antes bien corregirán, el ensayo exotérico de un profano en sus artes, pues siempre he observado que cuanto más real y sólida es una ciencia tanto menos se producen vanas disputas entre los que la cultivan y aman, que dejan para los expertos en palabras las discusiones de palabrerías. En la mayor parte de sus momentos, mi obra revela que todavía no puede escribirse una filosofía de la historia humana pero que tal vez pueda escribirse a fines de este siglo o de este milenio.

Por lo tanto, a tus pies, gran ser, alto genio invisible de nuestro género, pongo la obra imperfecta que un mortal escribió y en la cual se aventuró a seguir tus huellas, tus pasos. Sus hojas se marchitarán y sus caracteres se borrarán; también se borrarán las formas y fórmulas en que yo vi tus huellas e intenté expresarlas para mis hermanos los hombres; pero tus ideas permanecerán, y tú irás descubriéndolas paso a paso a tu linaje y exponiéndolas en figuras sublimes. Me consideraré feliz si estas hojas se hunden luego en la corriente del pasado para ser sustituídas por ideas más claras en las almas de los hombres.

HERDER.

Weimar, 23 de abril de 1784.

Quid non miraculo est, quum primum in notitiam venit? Quam multa fieri non posse, priusquam sint facta, judicantur? Naturae vero rerum vis atque majestas in omnibus momentis fide caret, si quis modo partes ejus ac non totam complectatur animo.

PLINIO

LIBRO PRIMERO

I

NUESTRA TIERRA ES UNA ESTRELLA ENTRE ESTRELLAS

NUESTRA filosofía de la historia del género humano tiene que comenzar desde el cielo si quiere merecer de algún modo tal denominación. Como nuestra morada, la tierra, nada es por sí misma, sino que por las fuerzas celestiales que se extienden a todo nuestro universo, recibe su condición y figura, su capacidad de organización y conservación de las criaturas, es indipensable, ante todo, no estudiarla sola y aislada, sino en el coro de mundos en que está colocada. Con vínculos invisibles, eternos, está sujeta a un punto central, el sol, del cual recibe luz, calor, vida y fomento. Sin él no podríamos concebir nuestro sistema planetario, al igual que no hay círculo sin centro; con él y con las benéficas fuerzas de atracción, de que el ser eterno lo dotó lo mismo que a toda la materia, vemos formarse en su reino, según leyes simples, bellas y sublimes, planetas que alegres e incansables giran alrededor de sus ejes y de un punto central común en los espacios, proporcionados a su magnitud y densidad, y hasta según esas mismas leyes se forman alrededor de algunos de ellos lunas que se mantienen en su órbita. Nada produce una impresión tan sublime como esta imagen del gran edificio del universo; y el entendimiento humano acaso jamás haya arriesgado un vuelo más extenso, que en parte terminó felizmente, como cuando en Copérnico, Kepler, Newton, Huyghens y Kant[1] descubrió y verificó las leyes simples, eternas y perfectas de la formación y movimiento de los planetas.

Me parece que es Hemsterhuis quien se queja de que este sistema maravilloso no tenga sobre todo el ámbito de nuestros con-

[1] *Allgemeine Naturgeschichte und Theorie des Himmels* (Koenigsberg y Leipzig, 1755), es una obra (de Kant) mucho menos conocida de lo que su contenido merece. En sus *Kosmologische Briefe,* Lambert, que no la conocía, expresó algunas ideas muy afines a las de esa obra, y Bode, en su *Kenntnis des Himmels,* utilizó algunas conjeturas mencionándolas con los debidos honores.

ceptos el efecto que habría tenido sobre todo el entendimiento humano si hubiese sido verificado con exactitud matemática en tiempo de los griegos. Las más veces nos contentamos con considerar la tierra como un grano de polvo suspendido en aquel gran precipicio en que tierras desarrollan sus órbitas alrededor del sol, en que este sol y otros mil giran a su vez alrededor de su centro y tal vez varios de esos sistemas solares en los dispersos espacios del cielo, hasta que tanto la fantasía como el entendimiento acaban por perderse en ese mar de inconmensurabilidad y eterna grandeza sin encontrar en parte alguna fin o salida. Pero el mero asombro que nos anonada, difícilmente será el efecto más noble y más permanente. Para la naturaleza que por doquiera se basta a sí misma, el grano de polvo es tan valioso como un todo inmenso. Ella determinó puntos del espacio y de la existencia, en los cuales habían de formarse mundos, y en cada uno de esos puntos está tan completa, con su inseparable plenitud de poder, sabiduría y bondad, como si no hubiese otros puntos de formación, otros átomos del universo. Por lo tanto, si abrimos el gran libro del firmamento y contemplamos ese inmenso palacio que sólo la divinidad puede ocupar, y ocuparlo ella por doquiera, llegamos a la conclusión, de esta suerte indivisible, del todo a lo singular y de lo singular al todo. Fué una sola fuerza la que creó el sol brillante y mantiene en él mi grano de polvo; una sola fuerza la que hace mover una vía láctea de soles alrededor tal vez de Sirio y la que en las leyes de la gravedad actúa en mi cuerpo terrenal. Y como veo que el espacio ocupado por esta tierra en nuestro templo solar, el lugar determinado por ella con su órbita, su magnitud, su masa, junto con todo lo que de ella depende, está determinado por leyes que actúan en lo inconmensurable, si no quiero enfurecerme contra lo infinito, no sólo estaré contento en este lugar y me satisfará figurar en él formando coro armónico con innumerables seres, sino que, además, mi negocio más sublime será preguntar qué debo ser en este lugar y dando por supuesto que sólo en él puedo serlo. Y si en lo que me parezca lo más limitado y contrario encontrara no sólo huellas de aquella gran fuerza formadora sino también concordancia notoria de lo ínfimo con el designio del Creador pasando hacia lo inconmensurable, sería la más bella cualidad de mi razón imitadora de Dios que siguiera este plan y me acomodara a la razón celestial. En consecuencia, no buscaré en la tierra ángeles del cielo, pues a ninguno de ellos vieron mis ojos, sino que habré de querer encontrar en ella habitantes de la tierra, hombres, aceptando con todo cariño lo que la gran madre produce, sostiene, nutre, tolera y, por último, alberga amorosa en su regazo. Sus hermanas, otras tierras, pueden enorgullecerse y gozar de otras criaturas, acaso más sublimes; basta que en ellas viva lo que vivir puede. Mis ojos están formados para el rayo solar en ésta y no en

otra distancia del sol, mis oídos para este aire, mi cuerpo para esta medida terrestre, todos mis sentidos a base de esta organización de la tierra y para ella: en consecuencia, actúan también mis fuerzas espirituales; todo el espacio y esfera de acción de mi género está, pues, tan firmemente determinada y circunscrita como la masa y órbita de la tierra en que debe tener lugar toda mi vida; de ahí también que en muchos lenguajes el hombre tome el nombre de su madre la tierra. Pero cuanto más ésta mi madre pertenezca a un mayor coro de armonía, bondad y sabiduría, cuanto más fijas y soberanas sean las leyes en que descansa su existencia y la de otros mundos, cuanto más observe que en ellas el todo se deduce de lo uno y lo uno sirve al todo, tanto más firmemente encuentro también que mi destino está unido, no al polvo de la tierra, sino a las leyes invisibles que rigen el polvo de la tierra. La fuerza que en mí piensa y actúa, es por su naturaleza una fuerza tan eterna como aquella que conjuga soles y estrellas; su instrumento puede periclitar, la esfera de su acción modificarse, cual periclitan las tierras y cambian de lugar las estrellas; pero las leyes por las cuales existe y aparece en otros fenómenos, no se modifican nunca. Su naturaleza es eterna, como el entendimiento de Dios, y los pilares de mi existencia (no de mi aparición corporal) son tan firmes como los del universo. Pues toda existencia es igual a sí, es un concepto indivisible, y lo mismo en lo mayor que en lo menor se funda en unas mismas leyes. En consecuencia, la estructura del edificio del mundo asegura el núcleo de mi existencia, mi vida interna, por eternidades. Dondequiera y quienquiera que yo sea, seré el que soy ahora, una fuerza en el sistema de todas las fuerzas, un ser en la inabarcable armonía de un mundo de Dios.

II

NUESTRA TIERRA ES UNO DE LOS PLANETAS MEDIANOS

La tierra tiene dos planetas, Mercurio y Venus, inferiores a ella, y Marte (y tal vez haya aún otro escondido encima de él), Júpiter, Saturno y Urano, superiores a ella, y todos los demás que pueda haber hasta perderse la esfera de influencia regular del sol, y la órbita excéntrica del último planeta interfiere en la bárbara elipse de las órbitas de los cometas. Es, pues, una creación intermedia tanto por el lugar como también por la magnitud, la proporción y la duración de su rotación alrededor de sí misma y de su traslación alrededor del sol; todo extremo, lo máximo y lo ínfimo; lo más

rápido y lo más lento, se aleja de ella por ambos lados. Ahora bien, así como nuestra tierra tiene un lugar cómodo para la visión astronómica del conjunto de los demás planetas[1], sería magnífico que pudiéramos conocer más de cerca siquiera algunos de los miembros de este orden sideral. Un viaje a Júpiter, a Venus o aunque sólo fuera a nuestra Luna, nos daría tantas revelaciones sobre la formación de nuestra tierra, que surgió de acuerdo con las mismas leyes que aquéllos, sobre las relaciones de nuestros géneros terrenos con las organizaciones de otros cuerpos mundiales de una clase superior o inferior, y aun tal vez sobre nuestro futuro destino, y entonces, a base de las condiciones de dos o tres miembros, podríamos deducir más osadamente el curso ulterior de toda la cadena. La naturaleza limitativa, determinante, nos prohibió esta perspectiva. Vemos la Luna, examinamos sus enormes precipicios y montañas; Júpiter, y observamos sus ingentes revoluciones y franjas; vemos el anillo de Saturno, la luz rojiza de Marte, la más suave de Venus, y de todo ello conjeturamos lo venturoso o desventurado que de ello creemos comprender. En las distancias de los planetas reina la proporción; también acerca de la capacidad de sus masas se han obtenido consecuencias probables, con lo cual se ha ensayado poner en relación su impulso, su órbita; pero todo esto sólo matemáticamente, no físicamente, porque, no siendo nuestra tierra, nos falta un segundo miembro para la comparación. La relación de sus magnitudes, de su impulso, de su órbita, por ejemplo con su ángulo con el sol, no ha sido aún objeto de una fórmula que permita también en este caso explicarlo todo a base de una misma ley cosmogónica. Menos conocido nos es aún hasta dónde llegó cada uno de los planetas en su formación, y lo que menos sabemos es la organización y el destino de sus moradores. Lo que Kircher y Swedenborg soñaron sobre eso, las chanzas que inspiró a Fontenelle, las conjeturas que, cada uno a su manera, arriesgaron Huyghens, Lambert y Kant, demuestran que de eso nada sabemos, que nada debemos saber. Que nuestra estimación sea más elevada o más baja, que pongamos la perfección de las criaturas más cerca o más lejos del sol, todo eso no es sino un sueño interrumpido a cada paso a falta de un conocimiento del grado de avance de la diferenciación de los planetas, y en definitiva sólo llegamos al resultado de que, como en la tierra, impera en todas partes la unidad y la diversidad, pero de que tanto la medida de nuestra razón como el ángulo visual de nuestra perspectiva no nos proporcionan la menor norma para decidir si hay progreso o retroceso. No estamos en el punto central sino en el tumulto; como otras

[1] KASTNER, *Lob der Sternkunst*, en *Hamburgisches Magazin*, t. I, págs. 206-53.

tierras, navegamos en la corriente y carecemos de medida para la comparación.

Pero si queremos y podemos sacar conclusiones anticipatorias y retroactivas a base de nuestra posición con respecto al sol, fuente de toda luz y vida en nuestra creación, diremos que le correspondió a nuestra tierra la dudosa suerte áurea de la mediocridad, que, por lo menos para consolarnos, podemos soñar que es un feliz punto medio. Si Mercurio hace su rotación alrededor de su eje, o sea, su revolución de día y noche, quizá en seis horas, su año en 88 días y recibe del sol una luz seis veces más intensa que nosotros; si por el contrario, Júpiter consuma su traslación alrededor del sol en 11 años y 313 días, a pesar de lo cual recorre su período diurno y nocturno en menos de 10 horas; si el anciano Saturno, que recibe una luz solar diez veces menos intensa, da la vuelta al sol en apenas 30 años y asimismo quizá sólo necesite 7 horas para girar sobre su eje, nosotros, con Marte y Venus, somos planetas medianos, de naturaleza mediana. Nuestros días difieren muy poco entre sí, pero mucho de los días de los demás; en cambio, no ocurre lo mismo con los años. El día de Venus es también de unas 24 horas, y el de Marte no llega a 25. El año del primero es de 224 días; el del último, de 1 año y 322 días, a pesar de que es un planeta 3 ½ veces más pequeño que la Tierra y se halla alejado del sol más de una mitad; además, las proporciones de magnitud, rotación y distancia, presentan diferencias mucho mayores aún. La naturaleza nos colocó en uno de los tres planetas medios, en los cuales parece dominar también una relación media y una proporción más equilibrada lo mismo tratándose de tiempos que de espacios, y es posible que también en cuanto a la formación de sus criaturas. La relación de nuestra materia con nuestro espíritu es quizá tan equilibrada como la duración de nuestros días y noches. Cabe que nuestra rapidez mental esté en proporción a la velocidad de nuestro planeta en su movimiento de rotación y de traslación con respecto a la velocidad o longitud de otros astros, así como nuestros sentidos se hallan proporcionados notoriamente a la finura de la organización que pueda y deba prosperar en nuestra tierra. A uno y otro lado hay probablemente las mayores divergencias. ¡Contemos, pues, mientras vivamos aquí, únicamente con el entendimiento medio terreno y con las virtudes, mucho más dudosas aún, de los hombres! Si pudiéramos ver el sol con los ojos de Mercurio o volar alrededor de él con sus alas; si con la rapidez de Saturno y Júpiter en su rotación nos fuera dada al mismo tiempo su lentitud, su mayor contorno, o si recibiendo los más altos calores y fríos pudiéramos navegar por las vastas regiones del cielo sobre la cola de los cometas, entonces podríamos hablar de otra vía media, más ancha o angosta que la proporcionada de las ideas

y fuerzas humanas; pero considerando dónde estamos y cómo somos, queremos permanecer fieles a esta vía media proporcionada, que probablemente es la más idónea a la duración de nuestra vida.

Hay una perspectiva que puede suscitarse aun en el alma del hombre más lerdo concibiendo que otrora estuvimos en alguna ocasión gozando en general de algún modo de estas riquezas de la naturaleza formativa que en la actualidad nos son negadas, imaginando que, una vez llegados a la suma de la organización de nuestro planeta, tal vez un paseo a más de otro astro sea la suerte y el progreso de nuestro destino, o que, por último, acaso nuestra destinación fuera incluso que llegáramos a tener comercio con todas las criaturas de tantos y tan distintos mundos hermanos, llegados a la madurez. Al igual que en nosotros es notorio que nuestras ideas y fuerzas sólo germinan a base de nuestra organización de la tierra y tienden a modificarse y transformarse hasta tanto lleguen a la pureza y finura que puede lograr esta nuestra creación, tenemos que pensar que no puede ser de otro modo en los demás astros, si hemos de guiarnos por la analogía. ¡Qué magnífica armonía cabría concebir si seres tan diversamente formados se encaminaran a un solo fin[1] y se comunicaran mutuamente sus impresiones y experiencias! Nuestro entendimiento es sólo un entendimiento terreno, formado progresivamente a base de las sensibilidades que nos rodean en este mundo; lo propio ocurre también con los impulsos e inclinaciones de nuestro corazón; es probable que otro mundo no conozca sus exteriores medios auxiliares y obstáculos. Pero; ¿no ha de conocer sus últimos resultados? ¡Sin duda! También en este caso tienden todos los radios hacia el punto central del círculo. El entendimiento puro sólo puede ser entendimiento en todas partes, cualesquiera que sean las sensibilidades de donde se haya derivado; la energía del corazón será en todas partes la misma aptitud, es decir, virtud, cualesquiera que sean los objetos en que se haya ejercido. Por lo tanto, es probable que también en este caso la máxima diversidad pugne por alcanzar la unidad, y la naturaleza omniextensa tendrá una meta en donde reúna las más nobles aspiraciones de tan diversas criaturas y las flores de todo el mundo como si fuera en un solo jardín. ¿Por qué lo unido físicamente no tendría que unirse también espiritual y moralmente, si espíritu y moralidad son también física y sirven a las mismas leyes, que en definitiva dependen todas del sistema solar, bien que en un orden más elevado? Así, pues, si me fuera lícito comparar la condición general de los diversos planetas, aun en la organización y en la vida de sus moradores, con los distintos colores de un rayo de sol y con las distintas notas de una escala musical,

[1] Sobre el sol como cuerpo tal vez habitable, véase BODEN, *Gedanken uber die Natur der Sonne*, en los trabajos de la Sociedad Berlinesa de Amigos de la Investigación de la Naturaleza, vol. II, pág. 225.

diría que la luz del único sol de lo verdadero y bueno tal vez incida de modo distinto en cada uno de los planetas, de suerte que ninguno de ellos podría jactarse de gozar de ella por entero. Sólo porque hay un sol que los ilumina a todos, y todos ellos se mueven en un plano de formación, es de esperar que todos ellos, cada uno a su manera, se acerquen a la perfección y tal vez un día lleguen a unirse tras distintos rodeos en una sola escuela de lo bueno y de lo bello. Ahora, queremos ser sólo hombres, es decir, una nota, un color, en la armonía de nuestros astros. Si la luz de que gozamos puede compararse también al color verde suave, no cabe que nos tengamos por la pura luz solar, ni nuestro entendimiento y voluntad por el manejo del universo, puesto que es notorio que con toda nuestra tierra somos solamente una pequeña fracción del conjunto.

III

NUESTRA TIERRA PASÓ POR MÚLTIPLES REVOLUCIONES HASTA QUE LLEGÓ A SER LO QUE ES AHORA

La prueba de esta proposición la da ya la misma tierra por lo que es por encima y por debajo de su superficie (pues más allá no llegaron los hombres). Las aguas se desbordaron y formaron yacimientos, montes y valles; el fuego atacó impetuoso, hizo saltar la corteza de la tierra, levantó montañas y vació los fundidos intestinos del interior; el aire, encerrado en la tierra, formó cuevas, favoreciendo la salida de aquellos poderosos elementos; los vientos se abatieron sobre su superficie, y una causa más poderosa aún determinó la modificación de sus propias zonas. Muchas de estas cosas acontecieron en épocas en que había ya criaturas organizadas y vivas; es más, parece de vez en cuando acontecieron más de una vez, aquí más rápidamente, allá más despacio, como los animales y plantas fósiles demuestran casi por todas partes y en tamaña altura y profundidad. Muchas de estas revoluciones afectan a una tierra ya formada, y por lo tanto pueden calificarse tal vez de contingentes; otras parecen esenciales a la tierra y fueron las que al principio la formaron. Carecemos hasta ahora de una teoría completa lo mismo de aquéllas que de éstas (siendo difícil hacer una separación entre unas y otras); es difícil que la tengamos sobre aquéllas, porque son, por decirlo así, de naturaleza histórica y pueden depender de causas demasiado locales. En cambio, sobre las primeras revoluciones esenciales de nuestra tierra, desearía llegar a una teoría. Espero que lo lograré, puesto que aunque las observaciones de distintas partes

del mundo distan mucho de ser aún todo lo completas y exactas que se necesitaría, me parece que tanto los principios y observaciones de la física general como las experiencias de la química y de la minería se acercan al punto en que tal vez una inteligencia feliz logre unir varias ciencias, explicándolas, pues, una por medio de otra. Sin duda Buffon es sólo el Descartes de esa modalidad, llamado a ser pronto refutado y superado por Kepler y Newton a base de puros hechos coincidentes. Los nuevos descubrimientos hechos sobre el calor, el aire, el fuego y sus diversos efectos sobre las partes integrantes, sobre la composición y descomposición de nuestros seres terrestres, los principios simples a que ha sido llevada la materia eléctrica, y en parte también la magnética, me parecen progresos, si no próximos, por lo menos lejanos para que quizá con el tiempo, y gracias a un nuevo concepto medio, logre una inteligencia afortunada explicar nuestra geogonía tan fácilmente como Kepler y Newton expusieron el sistema solar. Sería hermoso que con ello muchas fuerzas naturales tenidas hasta ahora por *qualitates occultae* pudieran reducirse a esencias físicas demostradas.

Sea como fuere, lo que no puede negarse es que también la naturaleza dió un gran paso en este sentido, habiendo logrado la máxima diversidad partiendo de una simplicidad que llega al infinito. Antes de que pudieran producirse nuestro aire, nuestra agua y nuestra tierra, se necesitaron multitud de "stamina" que se disolvían y precipitaban mutuamente, y ¡cuántas disoluciones y revoluciones de lo uno a lo otro presuponen los múltiples géneros de la tierra, de las piedras, de las cristalizaciones, y hasta de la organización en los moluscos, plantas, animales y por fin en el hombre! Pues bien, al igual que la naturaleza lo produce todo a base de lo más fino y más pequeño en todas partes, aún ahora, sin contar para nada con nuestra medida de tiempo, compartiendo la más espléndida abundancia con la más severa economía, tal parece ser también, aun según la tradición mosaica, el procedimiento que puso el primer fundamento para la formación o, mejor dicho, elaboración y desarrollo de las criaturas. La masa de fuerzas y elementos que actúan, y de la cual salió la tierra, contenía probablemente como caos todo cuanto de ella podía y debía originarse. En lapsos periódicos se desarrollaron el aire, el fuego, el agua y la tierra a base de "stamina" espirituales y corporales. Tuvo que haber previamente muchas combinaciones de agua, aire y luz para que saliera el germen de la primera organización vegetal, tal vez el liquen. Muchas plantas tuvieron que producirse y perecer antes de que saliera una organización animal, en la cual también insectos, pájaros, animales acuáticos y nocturnos precedieron a los más formados de tierra y diurnos, hasta que, por último, después de todos, apareció la corona de la organización de nuestra tierra: el hombre, el microcosmos. Él, hijo de todos los ele-

mentos y esencias, su compendio elegido y algo así como la flor y nata de la creación terrena, no podía ser más que el último Benjamín de la naturaleza, para cuya formación y recepción se requería que hubiese habido previamente muchos desarrollos y revoluciones.

Sin embargo, tan igualmente natural era que él tuviera que pasar todavía por muchos trances, y como la naturaleza no se detiene nunca en su tarea, y menos aún la descuida o retarda en favor de un favorito, la solidificación y formación ulterior de la tierra, su fuego interior, sus inundaciones y todo cuando con ello se relaciona, tenían que seguir su marcha durante mucho tiempo y a menudo, aun cuando vivieran ya hombres en la tierra. Aun la más antigua tradición escrita conserva el recuerdo de semejantes revoluciones, y ya veremos más adelante qué intensas influencias tuvieron casi sobre todo el género humano esos formidables fenómenos de los primeros tiempos. En la actualidad, las convulsiones de esa especie enorme son menos frecuentes porque la tierra está ya en su fase final o, mejor dicho, es muy vieja; sin embargo, nunca podrán ser ni serán totalmente extrañas para nuestro género ni para nuestra morada. Eran impropias de un filósofo las imprecaciones que casi como una blasfemia dirigía Voltaire a la divinidad a causa del terremoto de Lisboa. ¿No nos debemos nosotros mismos y todo lo nuestro, aun nuestra morada, la tierra, a los elementos? Si éstos despiertan periódicamente y reclaman lo suyo obedeciendo a leyes naturales que siguen actuando; si el fuego y el agua, el aire y el viento, que hicieron habitable y fértil nuestra tierra, continúan su marcha y lo destruyen; si el sol que durante tanto tiempo nos ha venido dando calor de madre, criando a todo lo vivo y atrayéndolo con cuerdas de oro a su rostro gozoso; si ahora acaba atrayendo a su ardiente regazo la decrépita fuerza de la tierra, que ya no puede sostenerse ni seguir su marcha: ¿sucedería otra cosa que lo que tenía que suceder según las leyes eternas de la sabiduría y del orden? Al igual que en una naturaleza llena de cosas mutables se hace obligado el movimiento, así resulta también obligada la decadencia, naturalmente: una decadencia aparente, un cambio de figuras y formas. Pero ese cambio jamás afecta a lo interno de la naturaleza, la cual, superior a toda ruina, cual ave fénix resurge siempre de sus cenizas y florece con remozadas fuerzas. Ya la formación de nuestra morada y de todos los materiales a que pudo dar lugar, tiene que prepararnos, pues, para la caducidad y mutación de toda la historia humana; es lo que vemos cada vez mejor con cualquier visión más aproximada.

IV

NUESTRA TIERRA ES UNA ESFERA QUE SE MUEVE EN DERREDOR DE SÍ MISMA Y EN DIRECCIÓN OBLICUA CON RESPECTO AL SOL

Al igual que el círculo es la figura más perfecta porque no hay otra que como ella reúna la máxima superficie en la construcción más fácil ni que con la más bella simplicidad implique la más rica diversidad, así salió de las manos de la naturaleza nuestra tierra (y como ella salieron todos los planetas y soles) con figura esférica, o sea como proyectos de la más simple plenitud. Hay que asombrarse ante la pluralidad de modificaciones que tienen lugar en nuestra tierra; pero más hay que asombrarse aún de la unidad a que sirve tan incomprensible diversidad. Es un síntoma de la profunda barbarie nórdica en que educamos a los nuestros, el hecho de que desde la juventud no les demos una profunda impresión de esta belleza, de la unidad y variedad de nuestra tierra. Desearía que mi libro lograra trazar sólo algunos rasgos para la exposición de esta gran perspectiva que se adueñó de mí desde los primeros tiempos de mi autoformación para conducirme luego al vasto mar de los conceptos libres. Además, es sagrada para mí en cuanto veo sobre mí este cielo que todo lo cubre y debajo de mí esta tierra, que todo lo abarca, girando sobre sí misma.

Es incomprensible que durante tanto tiempo los hombres pudieran ver la sombra de su tierra en la luna sin advertir profundamente al mismo tiempo que todo lo que hay en ella es rotación, rueda y mutación. Si alguien hubiese tomado en consideración esta figura alguna vez ¿cómo se habría lanzado a convertir todo el mundo a una ortodoxia en filosofía y religión, o a asesinarlo a tal objeto con ardor angosto aunque sagrado? Todo es en nuestra tierra modificación de una esfera, no hay un punto igual a otro, ni semiesfera igual a otra; el este y el oeste se oponen entre sí como norte y sur. Es un criterio limitado el querer calcular sólo por la latitud esta variación, acaso porque la longitud resulte menos patente, y pretender dividir la historia humana también según un antiguo esquema ptolemaico de climas. Para los antiguos, la tierra era menos conocida; en la actualidad, para una ojeada y estimación general, puede sernos más conocida que únicamente a base de grado norte y sur.

Todo es mutación en la tierra; en ella no cabe hacer separaciones fijas, ni recurrir a las apuradas divisiones de un globo o mapa. Cual gira la esfera, así giran también en ella tanto las cabezas como

los climas; las costumbres y religiones como los corazones y trajes. Hay en ello una indecible sabiduría, no en que todo sea múltiple, sino en que en la tierra redonda todo esté creado y acordado de un modo aun bastante unísono. En esta ley: hacer mucho con uno y asociar la mayor diversidad a una uniformidad sin coacción, estriba precisamente la manzana de la belleza.

Para darnos esta unidad y fijeza, la naturaleza ató a nuestro pie un peso suave: en el mundo de los cuerpos, se llama gravedad; en el de los espíritus, indolencia. Cual todo se dirige imperativamente a su punto medio y nada puede salir de la tierra, sin que jamás dependa de nuestra voluntad que vivamos o muramos en ella, así también la naturaleza educa nuestro espíritu desde la infancia con fuertes vínculos, cada cual a su propiedad, es decir, a su tierra (pues, al fin y al cabo, ¿qué tenemos como propiedad más que ésta?). Cada cual ama su país, sus costumbres, su lengua, su esposa, sus hijos, no porque sean los mejores del mundo, sino porque son los suyos confirmados, y en ellos se ama a sí mismo y sus esfuerzos. Así, cada cual se acostumbra aun a la comida peor, al modo de vivir más duro, a las costumbres más zafias y al clima más rudo, y en ellos encuentra en definitiva agrado y sosiego. Hasta las aves hacen nido donde nacieron, y la patria peor y más ruda tiene a menudo los más atractivos encantos para el linaje humano que se acostumbró a ella.

Por lo tanto, si preguntamos: "¿dónde está la patria de los hombres?, ¿dónde el punto central de la tierra?", la contestación será siempre: "Ahí. Donde tú estás", aunque sea el polo glacial o bajo el ardiente sol meridiano. Por todas partes donde pueden vivir hombres, viven hombres, y casi en todas partes pueden vivir. Como la gran madre no podía o no deseaba crear en nuestra tierra una cosa eternamente uniforme, no tenía otro recurso que fomentar la más enorme diversidad y crear al hombre de tal material que soportara tamaña diversidad. Más adelante encontramos una bella escala graduada, como, a medida que aumenta el arte de la organización, en una criatura, aumenta también su capacidad para resistir estados de varias clases y formarse según cada uno de ellos. Entre todas estas criaturas variables, atraíbles y receptivas, el hombre es la más receptiva de todas; toda la tierra está hecha para él y él para toda la tierra.

Así, pues, si queremos filosofar sobre la historia de nuestro género, neguemos cuanto podamos todas las formas estrechas de ideas tomadas de la cultura de una sola zona de la tierra, a lo mejor de una sola escuela. No lo que es el hombre entre nosotros, ni tampoco lo que sea según los conceptos de cualquier soñador, sino lo que es en todas las partes de la tierra y, sin embargo, al mismo tiempo especial en una región dada, es decir, aquello para lo cual podía

formarlo de algún modo solamente la rica diversidad de los azares en las manos de la naturaleza: eso es lo que hemos de considerar también como intención de la naturaleza. No queremos buscar y encontrar para él ninguna figura favorita, ninguna región favorita; donde esté, es dueño y servidor de la naturaleza, su hijo más querido y tal vez al mismo tiempo su esclavo tenido con el máximo rigor. Ventajas y desventajas, enfermedades y males, lo mismo que nuevas clases de goce, de plenitud, de bendición, lo aguardan por todas partes; y según como caigan los dados de esas circunstancias y condiciones, así será él.

Una causa fácil, todavía inexplicable para nosotros, hizo que la naturaleza no sólo estimulara esta diversidad de criaturas en la tierra, sino que la limitara y fijara: es el ángulo del eje de nuestra tierra con el ecuador del sol. Este ángulo no es propio del movimiento de la esfera: Júpiter no lo tiene, pues éste se halla en posición vertical con respecto a la órbita del sol; Marte lo tiene un poco agudo y Venus mucho, y también Saturno con su anillo y sus lunas tiene una fuerte desviación lateral. ¡Qué infinita variedad de estaciones y efectos solares resulta de esta suerte en nuestro sistema sideral! También en este sentido es nuestra tierra un hijo dispensado, una asociada mediana; el ángulo de su incidencia es aún de 24 grados. No podemos plantearnos aún si siempre fué así; bástenos saber que lo es ahora. Este ángulo antinatural, o por lo menos inexplicable para nosotros, acabó siéndole propio y no se modificó desde hace miles de años; además, parece necesario para lo que ha de ser la tierra y el género humano en ella. En efecto, con esta dirección inclinada hacia la elíptica, se determinan zonas variables, que hacen habitable toda la tierra, desde el polo hasta el ecuador, y a su vez desde éste hasta el otro polo. La tierra tiene que inclinarse regularmente para que reciban también los rayos solares y se hagan aptas para la organización regiones que de otra suerte conocerían sólo el frío y la oscuridad de los Cimerios. Pues bien, como la larga historia de la tierra demuestra que la relación de las zonas tuvo gran influencia sobre todas las revoluciones del entendimiento humano y de sus efectos (pues ni de las zonas más frías ni de las más cálidas se produjeron jamás sobre el conjunto efectos como los producidos por la zona templada), vemos nuevamente con qué delicado rasgo el dedo de la omnipotencia circunscribió y delimitó todas las convulsiones y gradaciones de la tierra. Habría bastado la más pequeña modificación en la dirección de la tierra con respecto al sol para que todo hubiese sido distinto.

Una diversidad ponderada es también en este caso la ley del arte formativo del Creador del mundo. No le bastaba que la tierra se distribuyera en luz y sombra y la vida humana en día y noche; tenía que variar también el año de nuestra especie, y sólo algunos días nos

concedió en otoño e invierno. De esta suerte se determinó también la longitud y brevedad de la vida humana, y, con ellas, la medida de nuestras fuerzas, las revoluciones de la edad humana, las variaciones de nuestros asuntos, fenómenos e ideas, la nulidad o perdurabilidad de nuestras resoluciones y hechos, pues todo esto, como veremos, se halla unido en definitiva a esta ley tan sencilla de las épocas del día y del año. Si el hombre viviera más tiempo, la fuerza, el fin y el goce de su vida serían menos variables y dispersos, y si la naturaleza no corriera con él tan periódicamente como corre por él con todos los fenómenos de las estaciones, aunque es cierto que no tendría lugar la gran extensión del reino humano sobre la tierra y menos aún el tumulto de escenas que ahora nos ofrece la historia, en cambio en un sector más reducido de la tierra habitada es probable que nuestra fuerza vital influyera más íntima, intensa y firmemente. Ahora, el contenido del Eclesiastés es el símbolo de nuestra tierra: todo tiene su tiempo, invierno y verano, otoño y primavera, juventud y vejez, acción y reposo. Bajo nuestro sol de marcha oblicua, toda obra de los hombres es período del año.

V

NUESTRA TIERRA ESTÁ CUBIERTA DE UNA ENVOLTURA GASEOSA Y SE HALLA EN LA PUGNA DE VARIOS ASTROS CELESTES

Nosotros no somos capaces de respirar aire puro, pues somos un organismo compuesto, un compendio casi de todos los organismos de la tierra, cuyos primeros elementos fueron precipitados tal vez todos del aire y gradualmente pasaron de lo invisible a lo visible. Cuando nuestra tierra se formó, probablemente el aire fué el almacén de las fuerzas y materias de que se formó, ¿acaso no sigue siéndolo todavía? ¡Cuántas cosas antes desconocidas se han descubierto en los últimos años, cosas todas ellas que actúan en el medio del aire! La materia eléctrica y la corriente magnética, lo combustible y el ácido carbónico, sales refrigerantes y tal vez partículas de luz que el sol se limita a estimular, verdaderos principios poderosos de los efectos naturales sobre la tierra; ¡y cuántos más se descubrirán aún! El aire impregna y disuelve; absorbe, hace fermentaciones y precipitaciones. Parece ser, pues, la madre de las criaturas terrenas tanto como pueda serlo la misma tierra, el vehículo general de las cosas que ésta a su seno atrae y de las que de su seno saca.

No necesita demostración el hecho de que la atmósfera influye

y actúa aun en las más delicadas y espirituales disposiciones de todas las criaturas terrenas; con el sol y bajo el sol, viene a ser como coregente de la tierra, de la cual fué en tiempos formadora. ¡Qué diferencia general se produciría si nuestro aire hubiese tenido otra elasticidad y gravedad, otra pureza y compacidad, si hubiese precipitado otra agua, otra tierra, y actuara con otras influencias en la organización de los cuerpos! Sin duda así acontece en otros planetas que se formaron en otras regiones del aire; de ahí también que resulte tan incierto el querer sacar sobre las cualidades de éstas conclusiones a base de las sustancias y fenómenos de nuestra tierra. En ésta fué creador Prometeo; formó a base de arcilla blanda precipitada y fué a buscar en la altura tantas chispas luminosas y fuerzas espirituales como pudo procurarse en esta distancia del sol y en una masa de gravedad específica como la nuestra y no de otro modo.

La diversidad de los hombres así como de todos los productos del globo terrestre también tiene que regirse, pues, por la diversidad específica del medio en el cual vivimos como en el órgano de la divinidad. En este caso, lo que importa no es solamente la clasificación de las zonas según el calor y el frío, ni solamente la ligereza o pesadez de los cuerpos del aire que presionan, sino infinitamente mucho más las fuerzas espirituales, que obran de muy distintos modos, fuerzas que en ella actúan y aun cuyo compendio está formado quizá por todas sus cualidades y fenómenos. Cómo la corriente eléctrica y magnética rodean a nuestra tierra; qué gases o vapores se levantan en tal o cual parte; a dónde llevan; en qué se transforman; qué clase de organizaciones producen; cuánto tiempo las conservan; cómo las disuelven: todo eso proporciona conclusiones evidentes sobre la condición y la historia de las distintas clases de hombres, puesto que el hombre es, como todo lo demás, una criatura del aire y en todo el sector de su existencia hermano de todos los organismos de la tierra.

Tengo la impresión de que se llegará a un nuevo mundo de conocimientos cuando se hayan reunido en un sistema de la naturaleza las observaciones que sobre el calor y el frío, la electricidad y las clases de aire junto con otras esencias químicas y sus influencias en el reino de la tierra y de las plantas, sobre animales y hombres han efectuado Boyle, Boeshave, Hales, Gravesand, Franklin, Priestley, Black, Crawford, Wilson, Achard y otros. Si con el tiempo esas observaciones se multiplicaran y generalizaran todo lo que admite el conocimiento progresivo de varias regiones y productos de la tierra, hasta que el creciente estudio de la naturaleza fundara algo así como una academia universal libre cuya atención se dividiera por asuntos pero que con un solo espíritu de verdad, seguridad, utilidad y belleza estudiara las influencias de esos entes en tal o

cual parte, sobre tal o cual cosa, entonces obtendríamos finalmente una aerología geográfica y veríamos cómo este gran invernadero de la naturaleza actúa según leyes fundamentales uniformes en sus miles de variaciones. Con ello se explicaría la formación de los hombres en cuerpo y espíritu, cuadro que en la actualidad sólo nos es dado con algunos rasgos aislados, aunque en parte muy claros.

Pero la tierra no está sola en el universo; también otros entes celestes actúan sobre su atmósfera, sobre este gran espacio de fuerzas en acción. El sol, la eterna bola de fuego, la anima con sus rayos; la luna, este cuerpo pesado, que presiona y que tal vez pende de su atmósfera, la presiona ora con su rostro frío y a oscuras, ora con su rostro calentado por el sol. Otros cuerpos celestes se le aproximan, influyendo en su órbita y modificando sus fuerzas. Todo el sistema celestial es una tensión de esferas iguales o desiguales, pero que con gran energía se empujan mutuamente; y sólo la gran idea de la omnipotencia es la que equilibra esos impulsos y les presta asistencia en su lucha. El entendimiento humano supo encontrar también una guía en ese inmenso laberinto de fuerzas impulsoras, habiendo logrado resultados casi milagrosos gracias sobre todo a la luna, tan irregular, llevada de dos juegos de presiones opuestas y a que ese centro está tan cerca de nosotros. Si un día todas esas observaciones y sus resultados se aplican a nuestra esfera de aire, como se han aplicado ya a las mareas; si con un esfuerzo de largos años, en distintos lugares de la tierra, con ayuda de delicados instrumentos, en parte inventados ya, se siguen ordenando las revoluciones de este mar celeste por épocas y lugares hasta formar un conjunto, tengo la impresión de que la astrología volverá a figurar con la mayor gloria y utilidad en el concierto de nuestras ciencias, y lo que comenzó Toaldo, enriquecido con principios o asistencias de Luc, Lambert, Tobías Mayer, Bockmann y otros, tal vez pueda ser completado por un compilador (y sin duda fijándose mucho en la geografía y en la historia humana).

Baste decir que nos formamos, crecemos, caminamos y empujamos bajo un mar de fuerzas celestes (o en él), en parte observadas, en parte sospechadas. Si tanto pueden sobre nosotros y toda la tierra el aire y los elementos, cabe la posibilidad de que lo que nos determinó y modificó los máximos períodos y revoluciones de la humanidad, haya sido también, en términos generales, ora una chispa eléctrica que fué a dar más pura en tal criatura humana, ora una porción de materia inflamable que se acumuló más violentamente en tal otra, ora una masa de la frialdad y serenidad de varios, ora un ser suavemente, dulcemente flúido. Sólo la mirada omnipresente, bajo la cual se forma también esta pasta según leyes eternas, sólo ella es quien asigna su lugar, su tiempo, su esfera de influencia en este mundo de fuerzas físico a cada punto del elemento, a cada

chispa y rayo etéreo que saltan, y al hacerlo así persigue el fin de mezclarlo y atenuarlo con otras fuerzas opuestas.

VI

EL PLANETA QUE HABITAMOS ES UNA MONTAÑA DE TIERRA QUE EMERGE DE LA SUPERFICIE DE LAS AGUAS

Lo confirma una simple mirada a un mapamundi. Cordilleras de montañas son no sólo lo que atraviesa la tierra firme, sino también lo que de modo notorio constituye el esqueleto a base del cual y añadiéndose al cual se formó la parte sólida de la superficie terrestre. En América, la cordillera corre a lo largo del margen occidental subiendo por el istmo. Su marcha es transversal cuando la tierra se encoge; cuando pasa más por el medio, también la tierra se ensancha, hasta que más allá de Nueva México se pierde en regiones desconocidas. Probablemente en ese punto no sólo sigue hasta el monte de San Elías, sino que además en la parte ancha se relaciona con varios montes, especialmente con los Azules, y así mismo en Sudamérica, donde la tierra se ensancha, hay montes que se extienden hacia el norte y el este. América es, pues, aun por su figura, una franja de tierra, adosada a las montañas, a cuyos pies se extiende más llana o más abrupta.

Las otras tres partes del mundo dan la impresión de ser más compuestas porque su mayor extensión es en el fondo una sola parte del mundo; sin embargo, también puede conocerse en ellas sin gran esfuerzo que el respaldo terrestre de Asia es el tronco de las cordilleras que se extienden sobre esta parte del mundo y sobre Europa, y quizá también sobre África, por lo menos sobre su parte superior. El Atlas es una continuación de las cordilleras asiáticas, que en la parte central del Continente llegan sólo a mayor altura y por sus estribaciones junto al Nilo se enlazan probablemente con los Montes de la Luna. El futuro dirá si por su altura y anchura son esos Montes de la Luna un verdadero respaldo terrestre. Así deberían darlo a entender la extensión de la parte terrestre y algunas noticias fragmentarias; sin embargo, la proporcionada reducción y pequeñez de los ríos de esa zona terrestre que nos son conocidas, no parece que hayan de decidir la cuestión de si su altura es un verdadero cinturón terrestre, como los Urales asiáticos o las cordilleras americanas. Baste decir que también en estas partes del mundo la tierra está notoriamente adosada a las cordilleras. Todos sus trayectos discurren paralelamente a las estribaciones de las montañas; donde éstas se en-

sanchan y ramifican, se ensanchan también las tierras. Esto vale también para los promontorios, islas y penínsulas. La tierra extiende sus brazos y miembros como se extiende el esqueleto de las cordilleras; es, pues, solamente una masa variada, adosada a ellas en diversas estratificaciones y yacimientos, que acabó por ser habitable.

De la continuación de las primeras cordilleras dependió, pues, que la tierra existiera como continente firme; aquéllas parecen ser el antiguo núcleo y contrafuerte de la tierra, sobre el cual aplicaron su peso las aguas y el aire acabando por formar así una plataforma llana en que pudieran tener su habitáculo los primeros organismos del reino vegetal. Estas más antiguas cadenas de cordilleras no pueden explicarse a base de la revolución de una esfera; no se hallan en la región del ecuador donde mayor fué la revolución de la esfera; ni siquiera discurren paralelamente a él, antes bien la serie orográfica americana atraviesa el ecuador. En consecuencia, no podemos obtener aclaración alguna de esas demarcaciones matemáticas, pues propiamente aun los montes y cordilleras más elevados son una insignificancia comparados con la masa del globo en su movimiento. De ahí que no me parezca bien que en los nombres de las cadenas de cordilleras se busquen semejanzas con el ecuador y los meridianos, pues entre ambas cosas no hay verdadera relación y más bien se produciría una confusión de conceptos. Lo que importa es su figura originaria, su formación y continuación, su altura y anchura, en una palabra: una ley natural física que nos explique su formación y con ella la formación también de la tierra firme. Pues bien, el problema de encontrar tal ley natural física, el de si las cordilleras constituyen radios desde un solo punto, ramas de un tronco o herraduras angulosas, y a qué regla obedeció su formación, pues surgieron como cordilleras desnudas, como esqueleto de la tierra: ésta es la cuestión importante, hasta ahora no resuelta y para la cual desearía yo una solución satisfactoria. Entiéndase bien que no me refiero ahora a las montañas formadas por aluvión, sino a las originarias, a las que constituyen los fundamentos de la tierra.

Baste decir que como se tendieron las cordilleras se extendieron también las tierras. Asia fué la que primero pudo habitarse, porque poseía las cordilleras más altas y más anchas y a su espalda una llanura a la que nunca llegaron las aguas. Allí, pues, según toda probabilidad, en cualquier valle feliz al pie de la cordillera y reclinado en su seno, hubo el primer habitáculo elegido de los hombres. Desde allí se expandieron descendiendo por el sur, siguiendo los valles hermosos y feraces a lo largo de los ríos; hacia el norte, se formaron tribus más fuertes, que erraban entre los ríos y las montañas y con el tiempo se corrieron al oeste y llegaron a Europa. Una expedición siguió a otra, un pueblo empujaba a otro, hasta que encontraron otro mar, el Báltico, que en parte atravesaron y

en parte les hizo retroceder para dirigirse a ocupar el sur de Europa. Allí habían llegado ya de Asia por el sur otras expediciones de pueblos, y así, la confluencia de distintas, y a veces antagónicas, corrientes de pueblos en ese rincón de la tierra determinó que se poblara con la densidad con que lo está. Más de un pueblo que se vió apurado, acabó por retirarse a las montañas, dejando para sus vencedores las llanuras y campos abiertos; de ahí que en casi toda la tierra encontremos los más antiguos restos de naciones y lenguas, bien en las montañas, bien en los rincones y recodos de las tierras. Casi no hay una sola isla ni región en que un pueblo extranjero posterior no haya ocupado las llanuras, mientras las naciones anteriores y rudas se escondían en los montes. De esos montes, en que éstas proseguían su modo de vida más duro, provinieron luego a menudo en tiempos posteriores revoluciones que trastornaron más o menos las llanuras. India, Persia, China y hasta los países del oeste de Asia, la misma Europa, protegida por obras de artificio y accidentes naturales, fueron devastadas más de una vez por los pueblos de las montañas que se precipitaron sobre ellas formando ejércitos que todo lo revolvieron; y lo que ocurrió en el gran escenario de las naciones, no dejó de producirse en igual escala en las pequeñas demarcaciones. Los maratos del sur de Asia, montañeses salvajes en más de una isla y en Europa restos dispersos de antiguos montañeses intrépidos, merodeaban de un lugar a otro, y cuando no podían quedar vencedores, vivían del bandidaje. En una palabra: las grandes regiones montañosas de la tierra parecen haber sido lo mismo el primer habitáculo que la fragua de las revoluciones y de la conservación del género humano. Al igual que daban aguas a la tierra, diéronle también pueblos; al igual que en ellas surgían manantiales, surgía también de ellas el espíritu del coraje y de la libertad cuando la muelle llanura sucumbía al yugo de las leyes, de las artes y de los vicios. Todavía en la actualidad son las cimas de Asia guaridas de pueblos en su mayor parte salvajes; y ¿quién sabe qué inundaciones y remozamientos nos reservan los siglos futuros?

Es demasiado poco lo que de África sabemos para juzgar de los movimientos y andanzas de sus pueblos. A juzgar ya por la raza humana que habita en sus regiones altas, éstas fueron ocupadas seguramente desde el Asia, y es probable que Egipto recibiera su cultura, no de las partes altas de su tierra firme, sino de Asia. Pero no cabe duda de que fué inundado por los etíopes, y en más de una costa (no conocemos más de la región) se dice que hubo que sufrir las invasiones de pueblos de la parte alta de la tierra. Los chagas tenían fama de ser los más genuinos antropófagos; los cafres y los pueblos del Monomotapa no les iban a la zaga en salvajismo. En una palabra: en los Montes de la Luna, que ocupan las vastas extensiones del interior, parece que también en esta parte, como

en todas, se conservó la rudeza originaria de ese linaje de la tierra.

La vejez o juventud de la población de América, se vió precisamente al pie de las más altas cordilleras de Perú, el Estado más civilizado de esa parte del mundo, pero sólo al pie de las montañas, en el valle suave, hermoso de Quito. A lo largo de la región montañosa de Chile hasta los Patagones, se extienden los pueblos salvajes. Las demás cordilleras y en general todo el país del interior, nos es harto poco conocido, aunque sí lo bastante para encontrar confirmada por todas partes la proposición de que en las montañas y valles montañosos se conservan las viejas costumbres, el salvajismo y libertad originarios. Los españoles no lograron subyugar a los más de esos pueblos y tuvieron que calificarlos de "los bravos". Las regiones frías de América del Norte, al igual que las de Asia, deben considerarse, por el clima y por el modo de vivir de sus pueblos, como una vasta y grande altiplanicie.

De esta suerte, la naturaleza, con las series de montañas que trazó y con los ríos que hizo descender de ellas, esbozó por decirlo así el armazón rudo pero fijo de toda la historia humana y de sus revoluciones. El hecho de que alguno que otro pueblo las atravesara para descubrir más tierra; de que siguieran avanzando a lo largo de los ríos edificando cabañas, aldeas y ciudades en los lugares fértiles; de que se atrincheraran, por decirlo así, entre los montes y los desiertos, como un río en el medio, denominando suya esta región delimitada por la naturaleza y por sus costumbres; de que ahí surgieran formas de vida adecuadas a la índole de la región y por último reinos, hasta que el género humano acabó encontrando la orilla y aprendió a ir por mar a la orilla las más veces estéril y a obtener de ella sustento; todo eso pertenece tanto a la historia naturalmente progresiva del género humano como a la historia natural de la tierra. Otra altura fué la que dió lugar a las naciones de cazadores, conservando, pues, lo salvaje que les era indispensable; otra, más extensa y benigna, la que dió un campo a los pueblos pastores y les asoció animales pacíficos; otra, la que hizo fácil y necesario el cultivo de los campos; otra más, la que dió —con la natación y la pesca, habiendo conducido por último y en definitiva al comercio— verdaderos períodos y estados de la humanidad, que se hicieron necesarios para estructurar nuestra tierra en su variedad y diversidad. De ahí que en muchas regiones, las costumbres y modos de vida se conservaran durante miles de años, mientras que en otras, las más de las veces por la acción de causas externas, se alteraron, pero siempre en proporción a la tierra de donde vino la modificación y también a aquélla en que ésta se produjo y en la cual influyó. Mares, cordilleras y ríos son las separaciones naturales de los países y asimismo de los pueblos, formas de vida, lenguas y reinos; es más, aun en las máximas revoluciones de las cosas humanas, fueron las líneas

directivas o los límites de la historia universal. De haber sido otro el recorrido de las montañas, el curso de los ríos o la zona bañada por el mar ¡cuán infinitamente distinta habría sido la dispersión en este hervidero de naciones!

Quiero decir sólo unas palabras sobre la orilla del mar. Su escenario es tan vasto como múltiple y grande es la perspectiva de la tierra firme. ¿A qué se debe que el Asia se muestre tan apegada a costumbres y prejuicios, y qué fué precisamente lo que hizo de ella la primera casa de educación y lugar de formación de los pueblos? En primer lugar, y por encima de todo, al hecho de que sea una tan grande extensión de tierra firme, en la cual los pueblos no sólo se propagaban con facilidad, sino que, quisieran o no, tenían que estar largo tiempo y siempre en relación. La gran cordillera separa el norte del sur de Asia, pero, por lo demás, ningún mar separa esas grandes extensiones; sólo el Mar Caspio quedó como residuo del antiguo mar universal al pie del Cáucaso. En consecuencia, allí encontró fácilmente su camino la tradición, que pudo robustecerse a base de nuevas tradiciones procedentes de la misma o de otras regiones. ¡Por eso arraigó allí tan hondamente la tradición, el prestigio de lo ancestral, el despotismo! Cuanto más nos aproximamos al Asia, tanto más en su elemento se hallan esas cosas con el carácter de costumbres antiguas, eternas, y, a pesar de todas las diferencias entre los distintos Estados, se encuentran difundidas por toda el Asia *meridional*. La *septentrional*, separada de la anterior por una elevada muralla de montañas, se formó de modo distinto en sus muchas naciones, pero a pesar de todas las diferencias que entre sí tienen sus pueblos, hay entre ellos una base igualmente uniforme. Tartaria, la zona más enorme de la tierra, es un hervidero de naciones de distinta procedencia, pero casi todas ellas se hallan en la misma fase cultural, pues ningún mar las separa y todas ellas se mueven alrededor de una gran altiplanicie en declive hacia el norte.

Por el contrario ¡a qué diferencias da lugar el pequeño Mar Rojo! Los abisinios son una tribu árabe, los egipcios un pueblo asiático; y ¡qué otro mundo de costumbres y formas de vida surgió entre ellos! En los más bajos rincones de Asia se observa una cosa semejante. ¡Cómo separa Persia de Arabia el pequeño Golfo Pérsico! ¡Cómo distingue a los malayos de los camboyanos el pequeño Golfo Malayo! En el caso de África es notorio que las costumbres de sus moradores son menos diferentes porque no están separados por mares y golfos, sino quizá sólo por desiertos. De ahí que en ellas hayan podido influir menos las naciones extranjeras, y para nosotros, que todo lo hemos recorrido, es poco menos que desconocida esa enorme parte de tierra; única y exclusivamente porque el mar no ofrece allí profundos entrantes y la tierra se extiende como inaccesible región

aurífera con un trayecto sin salientes. Tal vez por esta razón, América, atravesada y recortada al norte y al sur por ríos, mares y montañas, se halla poblada por numerosas pequeñas naciones. Por su situación es la región más accesible desde el exterior, pues consta de dos penínsulas unidas sólo por angosto istmo cuya profunda inflexión forma un archipiélago de islas. Es, pues, como si dijéramos, orilla toda ella y de ahí que en ella tengan posesiones casi todos los Estados europeos marítimos, y que asimismo en caso de guerra sea una prenda en juego. Esta situación es favorable para nosotros, piratas europeos; su entrecortamiento interno resultó desfavorable para la cultura de sus antiguos moradores, que vivían separados entre sí por mares y ríos, por alturas y precipicios bruscos, hasta el punto que la cultura de una zona o la vieja palabra de la tradición de sus padres no pudo consolidarse y difundirse como pudo hacerlo en la vasta Asia.

¿Por qué descuella Europa por su diversidad de naciones, por la múltiple versación de costumbres y artes y más que nada por la acción que ha tenido sobre todas las partes del mundo? Sé perfectamente que hay una confluencia de causas que no nos es posible deslindar en esta obra; pero físicamente es innegable que lo recortado y variado de su suelo constituyó una circunstancia propicia para la acción de esas causas. Cuando los pueblos del Asia llegaron aquí ¡qué bahías y golfos encontraron, cuántos y cuán distintos ríos en movimiento, cuánta variación de pequeñas cadenas de montañas! Pudieron vivir juntos y separarse, influirse mutuamente y vivir en paz; de ahí que la pequeña parte del mundo tan articulada llegara a ser el mercado y hervidero de todos los pueblos de la tierra en particular. Sólo el mar Mediterráneo ¡cómo determinó los destinos de toda Europa! Tanto que casi puede decirse que ese mar facilitó por sí solo la marcha y progreso de toda la cultura antigua y medieval. El Báltico viene muy atrás, porque se halla más al norte, entre pueblos más duros y países estériles, como si estuviera situado en una desviación secundaria del mercado mundial; sin embargo, es también el ojo de toda la Europa del norte. Sin él, los más de sus países ribereños habrían permanecido bárbaros, fríos e inhabitables. Una cosa semejante puede decirse de la entrada del mar entre Francia y España, del canal entre aquélla e Inglaterra, de la figura de Inglaterra, Italia y de la Grecia antigua. Que se modifiquen las fronteras de estos países, que se suprima aquí un estrecho, que se cierre allí un camino, y la formación y desolación del mundo, el destino de pueblos enteros y partes del mundo irá por otro rumbo durante siglos.

En segundo lugar. Si se pregunta, pues, por qué, además de nuestras cuatro partes del mundo, no hay en aquel mar inmenso otra quinta parte del mundo durante tanto tiempo tenida por cierta; la

contestación resultará desde ahora bastante resuelta por hechos: porque en esa profundidad marina no hubo una cordillera primitiva tan elevada que apoyándose en ella pudiera formarse una tierra firme de gran extensión. Las cordilleras asiáticas terminan en Ceylán con el Monte de Aán, en Sumatra y Borneo con las estribaciones montañosas de Malaca y Siam, y asimismo las africanas en el Cabo de Buena Esperanza y las americanas en la Tierra del Fuego. Ahora bien, el granito, el pilar de la tierra firme, desaparece en las profundidades y durante largas extensiones ya no vuelve a aparecer sobre el nivel del mar. La gran Nueva Holanda carece de montañas de la primera clase; las Filipinas, Molucas y otras en esa dirección, lo mismo que otras dispersas, son todas ellas de origen volcánico, y muchas de ellas tienen aún volcanes. Aquí, pues, el azufre y la pirita pueden hacer su tarea ayudando a formar el jardín de especias del mundo, que con su ardor subterráneo probablemente contribuyeron a sostener como una especie de invernáculo natural. También los animales de coral hacen lo que pueden [1] y tal vez en miles de años forman los islotes que emergen del mar como puntos; pero no van más allá las fuerzas de esa región austral del mundo. La naturaleza destinó esas enormes extensiones a guardar grandes cantidades de agua, indispensable también para la tierra habitada. Si un día se descubriera la ley física de la formación de las montañas originarias de nuestro globo, y con ella también de la figura de la tierra firme, se mostrarían asimismo en ella las causas de que el hemisferio austral no tenga esas cordilleras y por lo tanto no haya podido formar una quinta parte del mundo. Si existiera ¿no tendría que permanecer inhabitada, según la condición actual de la atmósfera terrestre, para servir sólo de propiedad hereditaria de focas y pingüinos como los témpanos de hielo y la tierra de Sandwich?

En tercer lugar. Considerando la tierra como escenario de la historia humana, de cuanto llevamos dicho resulta, evidentemente, que fué mejor que el Creador no hiciera depender del movimiento de la esfera la formación de las montañas, sino que fijara para ella otra ley que todavía no conocemos. Si el ecuador y el grandísimo movimiento de la tierra bajo él hubiera sido causa de la formación de las montañas, la tierra firme habría tenido que seguir extendiéndose aún en su máxima anchura abarcando el cinturón tórrido del mundo actualmente refrigerado en gran parte por el mar. Entonces el punto central del género humano habría estado en esa zona, precisamente en la región más pesada para las energías corporales y espirituales, si de otro modo había de tener lugar aún la actual condición de toda la naturaleza de la tierra. Bajo los rayos implacables del sol, bajo las más violentas explosiones de la materia eléctrica, bajo los vientos todos y los contrastes de la intemperie, habría tenido

[1] FORSTER, *Bemerkungen*, p. 126 ss.

que encontrar nuestro género su lugar de nacimiento y primera formación, para extenderse luego hacia la zona austral fría, contigua a la zona tórrida y asimismo en las regiones situadas hacia el norte; el padre del mundo eligió para nuestro origen un lugar de formación mejor. En la zona templada dispuso el núcleo principal de las cordilleras del mundo antiguo, a cuyos pies viven las naciones humanas más cultas. Dió al hombre una región más suave, y, en consecuencia, una naturaleza más benigna, una escuela de educación mucho más variada, para que luego, con una formación sólida y bien robustecido, fuera emigrando cada vez más hacia regiones más cálidas y más frías. Allí pudieron las primeras generaciones vivir tranquilas al principio, descendiendo luego con las montañas y ríos para habitar regiones más duras. Todos cultivaban su pequeño terreno y lo aprovechaban como si fuera el universo. La suerte y la desgracia no se difundían de modo tan incontenible como habría ocurrido si una sola cordillera, probablemente más alta, hubiese dominado por debajo del ecuador todo el mundo boreal y austral. Así, pues, el Creador lo ordenó siempre mejor de lo que nosotros habríamos podido recomendarle; hasta la figura irregular de nuestra tierra logra fines que con una mayor regularidad no se habrían logrado.

VII

POR LOS TRAZADOS DE LAS CORDILLERAS FUERON NUESTROS DOS HEMISFERIOS ESCENARIO DE LA MÁS ASOMBROSA DIVERSIDAD Y VARIEDAD

Sigo teniendo a la vista el espectáculo del mapamundi general. En Asia, la cordillera se extiende por la parte más ancha de la tierra, y poco más o menos en el centro se halla su nudo; ¿quién iba a pensar que en el otro hemisferio se extendería de modo diferente en la máxima longitud? Y, sin embargo, así es. Esto implica ya una diferencia total entre las dos partes del mundo. Las zonas altas de Siberia, que no sólo están expuestas a los vientos fríos del noreste, sino que también están separadas de los vientos cálidos del sur por las cordilleras originarias cubiertas de nieves perpetuas, tuvieron, pues, que enfriarse rígidamente en algunas regiones meridionales (sobre todo cuando a ello contribuía su suelo, a menudo salino), tal como las conocemos por descripciones, hasta que en alguna que otra parte otras estribaciones de esas cordilleras las protegieron de los vientos más rigurosos y pudieron formar zonas llanas más benignas. Pero contiguas inmediatamente a esa cordillera, en

el corazón de Asia, ¡qué hermosas regiones se extienden! Protegidas por aquellas murallas de los rígidos vientos del norte, éstos les traían solamente aire fresco. De ahí que también hacia el sur alterara la naturaleza el curso de las montañas haciendo que corrieran a lo largo en las dos penínsulas de Indostán y Malaca, en Ceylán, etc. Con ello dió a los dos lados de esos países estaciones opuestas, variaciones regulares y las convirtió en unas de las regiones más felices del mundo. En África, es demasiado poco lo que sabemos de los sistemas orográficos interiores; sin embargo, sabemos que también esta parte del mundo está cortada en longitud y latitud, y que probablemente, pues, está muy enfriada en su centro. Muy diferente es lo que ocurre en América. Por el norte, los fríos vientos del norte y del noreste barren grandes extensiones, sin que una sola cordillera los detenga. Proceden de la gran zona glacial, que hasta ahora no se ha logrado recorrer y que podría calificarse propiamente de rincón glacial, aún desconocido, del mundo. Luego barren grandes regiones terrestres de suelo helado, y sólo al llegar a los Montes Azules la tierra se vuelve más benigna, aunque continúa ofreciendo cambios tan repentinos de frío y calor como ningún otro país, probablemente porque toda esa península septentrional carece de una muralla montañosa firme y seguida que le permita desviar los vientos y las inclemencias del tiempo y darles un dominio más determinado. Por el contrario, en América del Sur, soplan los vientos del hielo del polo sur y en vez de una muralla de protección que los detenga encuentran una cordillera que los dirige de sur a norte. De ahí que los moradores de las regiones centrales, de natural regiones afortunadas, tengan que periclitar a menudo entre esas dos fuerzas antagónicas en una indolencia húmeda, cálida, a no ser que de las montañas o del mar vengan brisas que les den fresco y frío.

Si a eso añadimos la brusca altura del país y de su uniforme respaldo montañoso, se nos hará aún más patente y asombrosa la diferencia entre las dos partes del mundo. Las "Cordilleras" son las montañas más altas del mundo; los Alpes de Suiza les llegan casi a la mitad. A sus pies descienden las sierras en largas series, pero siguen siendo elevadas en comparación con el nivel del mar y las profundas hondonadas[1]; viajando por ellas se sienten síntomas de desazón y repentina pérdida de fuerzas, lo mismo en los hombres que en los animales, como no se conocen en las montañas más altas del mundo antiguo. La tierra propiamente dicha no comienza hasta sus pies, y la más veces es una tierra muy llana de la cual han desaparecido repentinamente las montañas. En la falda oriental de la "Cordillera" se extiende el gran valle del Amazonas, único en su

[1] ULLOA, *Nachrichten von Amerika*, Leipzig, 1871, con magníficas notas adicionales de J. G. Schneider, que acrecen considerablemente el valor de la obra.

clase; al igual que las montañas peruanas siguen siendo aún únicas en su clase. A mil pies, aquel río, que acabará siendo mar, no tiene aún 2/5 de pulgada de declive, y puede recorrerse un trayecto igual a la parte más alta de Alemania sin subir un pie mas arriba del nivel del mar[1]. Los Montes de Maldonado a orillas del Plata son de pequeña importancia comparados con la "Cordillera": y así toda la parte oriental de América del Sur debe considerarse como una gran extensión de terreno llano que durante siglos tuvo que estar expuesta, y en parte sigue estándolo aún, a inundaciones, pantanos y demás incomodidades de las tierras bajas. Allí, pues, están juntos el gigante y el enano, la altura más formidable y los bajos más hondos que pueda ofrecer un país. No es diferente lo que se ve en la parte meridional de América del Norte. La Luisiana es tan baja como las costas marinas que a ella conducen, y esa llanura baja se extiende a gran distancia hacia el interior. Los grandes lagos, las enormes cataratas, el frío cortante del Canadá etc., revelan que también la zona septentrional de la tierra debe ser alta y que en ella se repite, aunque en menores proporciones, el caso de que los extremos se toquen. Ya veremos luego qué consecuencias tiene eso sobre los frutos, animales y hombres.

La naturaleza procedió de otro modo en nuestro hemisferio boreal, en el cual quiso ofrecer un primer habitáculo a hombres y animales. Separó las cordilleras en latitud y longitud, y las prosiguió en varias estribaciones de suerte que todas las tres partes del mundo pudieron relacionarse y, a pesar de la divergencia de regiones y países, fué posible en todos ellos un desarrollo más sosegado. Aquí no podía haber ninguna región que durante una inmensidad de tiempo estuviera inundada, ni en ninguna de ellas podía haber aquellos ejércitos de insectos, anfibios y fieras terrestres y alimañas marinas que poblaron América. La única excepción es el desierto de Gobi (todavía no conocemos los Montes de la Luna); por lo demás, no se elevan hacia las nubes vastas extensiones de desiertas alturas terrestres capaces de albergar y alimentar monstruos en sus entrañas. El sol eléctrico pudo en estas regiones favorecer, a base de una zona terrestre más seca, suavemente mezclada, especias más delicadas, manjares más suaves y una organización más madura lo mismo de los hombres que de todos los animales.

Sería magnífico que tuviéramos un mapa orográfico y mejor aún un atlas orográfico en que se registraran e hicieran observar esos pilares de la tierra en los diversos aspectos requeridos por la historia del género humano. De muchas regiones se determina con bastante exactitud el orden y altura de las montañas; en otras se

[1] LEISTE, *Beschreibung des portugiesischen Amerika vom Cudena*, Brunschwig, 1780, págs. 79, 80.

hace observar la elevación de las tierras sobre el nivel del mar, la condición de los terrenos en su superficie, el declive de los ríos, las direcciones de los vientos, las desviaciones de la aguja magnética y los grados de calor y frío, y algunos de esos datos constituyen ya objeto de mapas especiales. Reuniendo exactamente y pasando al mapa varias de esas observaciones ahora dispersas en estudios y descripciones de viajes; ¡qué hermosa e instructiva geografía física de la tierra tendría a la vista el naturalista y el historiador de la humanidad! Sería la más espléndida aportación a las magníficas obras de Varenius, Lulof y Bergmann. Pero es una tarea que apenas está en sus comienzos; los Ferber, Pallas, Saussure, Soulavie, etc., recopilan para determinadas regiones rica cosecha de descubrimientos que probablemente un día permitan dar unidad y seguridad a nuestros conocimientos de la cordillera peruana (tal vez las regiones más interesantes del mundo para la historia natural de altos vuelos).

LIBRO SEGUNDO

I

NUESTRA TIERRA ES UNA GRAN FRAGUA PARA LA ORGANIZACIÓN DE SERES MUY DISTINTOS

Por más que en las entrañas de la tierra todo nos parezca aún caos y ruinas porque no estamos en condiciones de abarcar la primera construcción del conjunto, sin embargo, aun en lo que se nos antoja lo más pequeño y rudimentario percibimos una existencia muy determinada, una configuración y formación según leyes eternas, que ningún capricho de los hombres modifica. Observamos esas leyes y formas, pero ignoramos sus leyes internas, y lo que en ellas designamos con algunas palabras generales, por ejemplo: relación, extensión, afinidad, gravedad, sólo ha de familiarizarnos con sus circunstancias exteriores sin que nos aproxime en lo más mínimo a la esencia interna.

Sin embargo, lo concedido a toda clase de piedra o tierra es indudablemente una ley general de todas las criaturas de nuestra tierra; esto es: forma, figura determinada, existencia propia. A ningún *ente* puede serle quitado, puesto que todas sus cualidades se apoyan en eso. La inmensa cadena desciende desde el Creador hasta un minúsculo grano de arena, pues también éste tiene su forma determinada, en la cual no pocas veces se aproxima a la más bella cristalización. Aun los seres más compuestos siguen en sus partes la misma ley; lo único es que siendo tantas y tan diversas las fuerzas que en ellos actúan para formar en definitiva un todo que, sin embargo, sirva con sus distintos elementos a una unidad general, tuvo que haber tránsitos, mezclas y varias formas divergentes. No bien existió el granito, núcleo de nuestra tierra, existió también la luz, que tal vez actuaba aún como fuego en los espesos vapores de nuestro caos terreno; era un aire más denso, más poderoso del que actualmente gozamos; para obrar sobre él existía un agua más mezclada, más impregnada Los ácidos que sobre él se precipitaban, lo disolvieron transformándolo en otras clases de piedras; la enorme arena

de nuestro cuerpo terráqueo es tal vez la ceniza solamente de este cuerpo meteorizado. El combustible del aire transformó quizá el sílex en tierra calcárea, en la cual se organizaron los primeros seres vivos del mar, los testáceos, puesto que en toda la naturaleza la materia aparece primero que la forma viva organizada. Una acción más potente y más pura del fuego y del frío se requirió para la cristalización, que no se satisface ya con la forma de vénera en que se rompe el sílex, sino que reclama ya formas angulosas geométricas. También éstas se transforman según los elementos integrantes de cada una de las criaturas, hasta acercarse finalmente a los semimetales y metales de los gérmenes vegetales. La química, cultivada con tanto ardor en los últimos tiempos, ofrece en este campo del reino subterráneo de la naturaleza una múltiple segunda creación a los dedicados a su estudio; y tal vez encierre ésta no sólo la materia sino también las leyes fundamentales y la clave de todo cuanto se formó sobre la tierra. Siempre y en todas partes vemos que la naturaleza tiene que destruir para volver a construir, tiene que separar para volver a unir. De leyes simples, lo mismo que de figuras más toscas, avanza a lo más compuesto, artístico, fino; y si tuviéramos un sentido para ver las figuras originarias y los primeros gérmenes de las cosas, tal vez percibiríamos en el punto más pequeño el progreso de toda la creación.

Sin embargo, como las consideraciones de esta índole no constituyen el objeto de la presente obra, estudiemos sólo una cosa: la preconcebida mezcolanza gracias a la cual nuestra tierra llegó a ser capaz para la organización de nuestras plantas y, por lo tanto, también de los animales y hombres. Si en ella hubiera habido esparcidos otros metales, como en la actualidad el hierro que se halla en todas partes, tanto en las aguas con las tierras, las plantas, animales y hombres; si en ella los betunes, los azufres, se hubiesen encontrado en las cantidades en que actualmente se encuentran la arena, la arcilla y por último la buena tierra fértil: ¡qué distintas habrían sido las criaturas que habrían debido vivir en ella! Criaturas en las cuales dominaría también una temperatura más intensa, a diferencia de lo que ocurre actualmente, en que el padre del mundo hizo que los elementos integrantes de nuestras plantas nutritivas fuesen sales y aceites. Para ello se preparó progresivamente la arena suelta, la arcilla compacta, la turba musgosa; hasta la ruda tierra ferruginosa y la dura roca tuvieron que acomodarse a ello. La última cede con el tiempo a la acción de la intemperie y sirve de habitáculo a árboles secos, por lo menos al líquen seco; aquélla fué, entre los metales, no sólo la más sana sino también la más adaptable para la vegetación y la nutrición. El aire y el rocío, la lluvia y la nieve, las aguas y los vientos, sirvieron de abono natural a la tierra; las sustancias calcáreas potásicas que se le asociaron, fomen-

taron artificialmente su fertilidad, favorecida sobre todo por la muerte de plantas y animales. ¡Oh, madre ventajosa, cuán económico y proveedor fué tu ciclo! Toda muerte se torna nueva vida; hasta la corrupción que marchita, prepara salud y nuevas fuerzas.

Es una antigua queja la de que el hombre, en vez de cultivar el suelo de la tierra, se meta en las entrañas de la tierra y con daño de la salud y tranquilidad busque en ellas, rodeado de una atmósfera venenosa, los metales que sacian su orgullo y vanidad, su codicia y ambición. Mucho de verdad hay en eso, como lo demuestran las consecuencias que esas cosas trajeron a la superficie de la tierra, y más aún los rostros pálidos que cual encarceladas momias hurgan en esos reinos de Plutón. ¿Por qué en ellos es tan distinto el aire que nutriendo los metales mata a los animales y al hombre? ¿Por qué el Creador no cubrió la tierra de oro y diamantes en vez de lo que ocurre actualmente de que a todos los seres dió sus leyes, para enriquecerlos a todos, vivos y muertos, con tierra fértil? Sin duda alguna, porque no podemos comer oro y porque la más pequeña planta comestible no sólo es más útil para nosotros sino que también en su especie es más orgánica y más noble que la piedra más cara, llámese ésta diamante, esmeralda, amatista o zafiro. Sin embargo, tampoco en eso conviene exagerar. En los distintos períodos de la humanidad, previstos por el Creador y que él mismo pareció fomentar después de la formación de nuestra tierra, hubo el estado en que el hombre aprendió a excavar debajo suyo y a volar encima suyo. Hasta puso al alcance de sus ojos filones de metales diversos; los ríos tuvieron que desnudar el suelo de la tierra para mostrarle sus tesoros. Aun las más rudas naciones descubrieron la utilidad del cobre, y el uso del hierro, que con sus fuerzas magnéticas parece regir todos los cuerpos de la tierra, bastó casi para hacer pasar a nuestra especie de una fase de vida a otra. También el hombre tuvo que aprender a utilizar su morada, y nuestra maestra determinó con bastante restricción los límites en que podemos investigarla, imitarla, formarla y transformarla.

Sin embargo, la verdad es que ante todo estamos destinados a arrastrarnos por la superficie de nuestra tierra como gusanos, adaptándonos a ella y recorriendo en ella el curso total de nuestra breve vida. Cuán pequeño es el gran hombre en el territorio de la naturaleza, lo vemos en la débil capa de tierra fértil a que se circunscribe su reino. Unos pies más abajo, y pondrá al descubierto cosas en que nada crece y que requerirán años y décadas para que en ellas crezca mala hierba. Más hondo, a menudo encontrará otra vez, donde no esperaba, su tierra fértil, en tiempos situada en la superficie del mundo; la móvil naturaleza no la respetó en sus incesantes períodos. En las montañas se hallan véneras y caracoles; peces y animales terrestres están fosilizados en pizarras, y maderas

fosilizadas y huellas de flores se encuentran a menudo a mil quinientos pies de profundidad. No caminas por el suelo de tu tierra, mísero hombre, sino sobre el techo de tu casa que sólo tras muchas inundaciones pudo llegar a ser lo que es para ti en la actualidad. Ahora crece para ti alguna hierba, algunos árboles, cuya madre te llevó por decirlo así el azar, y de los cuales vives tú como una efímera.

II

EL REINO VEGETAL DE NUESTRA TIERRA EN RELACIÓN CON LA HISTORIA HUMANA

El reino vegetal es una clase de organización superior a todas las formaciones de la tierra y tiene una extensión tan vasta que acaba por perderse en ella al igual que en diversos retoños y similitudes se aproxima al reino animal. La planta tiene un tipo de vida y una duración, tiene sexos y fecundación, nacimiento y muerte. La superficie de la tierra existió para ella antes que para los animales y hombres; por todas partes se adelanta a los dos últimos, y especies herbáceas, musgos y líquenes se instalan ya en aquellas rocas desnudas que todavía no pueden servir de habitáculo a ningún pie vivo. Basta una miaja de tierra esponjosa que pueda albergar su semilla para que ésta germine y perezca en fértil muerte, pues su cáscara servirá de placenta mejor para otros vegetales. Así se cubren de hierbas y flores las rocas; así los cenagales se convierten con el tiempo en eriales de hierbas y flores. La descompuesta creación vegetal silvestre es el invernadero incesantemente activo de la naturaleza para la organización de las criaturas y para el ulterior cultivo de la tierra.

Salta a la vista que la vida humana, en cuanto a vegetación, comparte también el destino de las plantas. Como éstas, hombre y animal nacen de una semilla que, cual germen de un árbol futuro, requiere también una placenta. Su primera formación se desarrolla a modo de planta en el cuerpo de la madre; y aún, una vez salido de él ¿no es nuestra estructura de fibras casi análoga a la sensitiva, en sus primeros retoños y fuerzas? La duración de nuestra vida es la duración de la vida de las plantas; germinamos, crecemos, florecemos, periclitamos y fallecemos. Sin nuestra voluntad somos llamados, y a nadie se pregunta de qué sexo quiere ser, de qué padres quiere proceder, en qué terreno quiere crecer mísero y opulento,

por qué azar, finalmente, de dentro o de fuera va a sucumbir. En todo eso debe el hombre seguir las leyes superiores, de las cuales no tiene mayores revelaciones que las plantas y a las cuales, casi aun contra su voluntad, obedece con sus más poderosos instintos. Mientras el hombre crece y el jugo prospera en él, ¡cuán amplio y alegre le parece el mundo! Extiende sus ramas a su alrededor y cree que llegará hasta el cielo. Así lo llama la naturaleza a la vida, hasta que él con rápidas fuerzas, con incansable actividad, adquiere todas las capacidades que esta vez la naturaleza quiso desarrollar en él en el campo o tablar en que lo colocara. Una vez que él ha realizado los fines que ella se proponía, lo abandona poco a poco. En la época de florecimiento de la primavera y de nuestra juventud ¡con cuántas riquezas está cargada la naturaleza! Se creería que con ese mundo de flores quisiera poner la simiente para una nueva creación. Al cabo de unos meses ¡cómo ha cambiado todo! La mayor parte de las flores se cayeron; prosperan unos pocos frutos secos, que maduran con los esfuerzos y el trabajo del árbol, y en seguida se marchitan las hojas. El árbol se desprende de su lacia cabellera para que vaya a unirse a los queridos hijos que lo abandonaron; se queda sin hojas; la tempestad le arranca sus ramas secas, hasta que por último se agacha totalmente al suelo y lo poco combustible que hay en él se disuelve en el alma de la naturaleza. ¿Acaso ocurre otra cosa con el hombre considerado como vegetal? ¡Qué inmensidad de esperanzas, perspectivas, afanes de acción ocupan sorda o vivamente su alma juvenil! A todo se atreve, y precisamente porque se atreve lo logra, pues la suerte es la prometida de la juventud. Pocos años después, todo cambió en derredor suyo, solamente porque él cambió. Realizó lo menos de cuanto se proponía realizar, y feliz si ya no pretende realizarlo en tiempo inoportuno, sino que se resigna a periclitar. A los ojos de un ser supremo, nuestros actos en la tierra deben ser tan importantes, sin duda por lo menos tan determinados y circunscritos, como los hechos y empresas de un árbol, que desarrolla lo que pueda desarrollar, y se convierte en dueño de aquello de que es capaz; saca retoños y yemas, produce frutos y siembra árboles jóvenes; pero nunca sale del sitio en que lo colocó la naturaleza, y no puede tomarse ni una sola de las fuerzas que no fueron puestas en él.

Sobre todo, debería desalentar al hombre, a mi parecer, el hecho de que con los dulces afanes que él llama amor y en los cuales pone tanto empeño sirva casi tan ciegamente como las plantas a las leyes de la naturaleza. También el cardo es bello, dicen, cuando florece, y ya sabemos que la flor es la época del amor en las plantas. El cáliz es la cama, la corola su cortina, las otras partes de la flor son sus inocentes criaturas, decorándolas con todo esplendor. El cáliz floral del amor fué hecho por ella a modo de tálamo nup-

cial salomónico, de caliz de la gracia también para otras criaturas. ¿Por qué hizo todo eso, y también en los hombres unió al vínculo del amor los más bellos encantos que se encuentran en el cinturón de belleza de la naturaleza? Había que lograr el gran fin de ella, no el pequeño solamente del goce sensible de la criatura por ella tan bellamente decorada; ese fin es la propagación, la conservación de las generaciones. La naturaleza necesita gérmenes, un número enorme de gérmenes, porque su gran marcha persigue a un tiempo miles de fines. Por lo tanto, tenía que contar también con pérdidas, porque todo está hacinado y nada encuentra sitio para desarrollarse totalmente. Y para que en medio de ese despilfarro aparente, nunca faltara, empero, lo esencial y la primera lozanía de la fuerza de la vida con que hacer frente a todos los casos y percances en el curso de tan hacinados seres, hizo que el tiempo del amor fuese la época de la juventud y encendió sus llamas con los fuegos más sutiles, de los cuales nada sabía la infancia. La vista del adolescente se anima, su voz baja, las mejillas de la doncella toman color; dos criaturas se reclaman sin saber qué reclaman; se derriten por una unión que la naturaleza separadora les negó, y se mueven en un mar de confusión. ¡Criaturas dulcemente ilusas, gozad de nuestra época! Pero sabed que con ello no realizaréis vuestros pequeños sueños sino, gratamente obligadas, el máximo designio de la naturaleza. En el primer par de una especie, quiso plantarlas todas, generaciones sobre generaciones; en consecuencia, eligió gérmenes de los más vigorosos entre los momentos más lozanos de la vida, del agrado mutuo, y si privó a un ser vivo de algo de su existencia, quiso por lo menos que esa privación se efectuará del modo más suave posible. Asegurada la generación, hace que el individuo periclite progresivamente. Apenas pasada la época del acoplamiento, pierde el ciervo su espléndida cornamenta, los pájaros su canto y gran parte de su belleza, los peces su buen gusto y las plantas su mejor color. La mariposa se queda sin alas y pierde el aliento; sin debilitarse y solitaria, puede vivir medio año. Mientras la joven planta no tiene flores, resiste los fríos del invierno, y las que las tienen demasiado pronto, son las primeras en perecer. La musa alcanzó a menudo cien años; pero una vez que sacó flores, no hay experiencia ni arte capaces de impedir que al año siguiente comience a arruinarse el magnífico tronco. La palmera corifa crece durante 35 años hasta una altura de 70 pies, luego 30 pies más en cuatro meses; entonces florece, da fruto y perece el mismo año. Tal es la marcha de la naturaleza al desarrollar seres unos de otros; la corriente sigue y una ola desaparece propagada por otra.

En la propagación y degeneración de las plantas se conoce una semejanza susceptible de aplicación también a las criaturas superiores a ellas y que prepara para conocer los designios y leyes de la naturaleza. Cada planta requiere su clima, para lo cual no basta la calidad de la tierra y del suelo, sino también la altura de la región, la propiedad del aire, del agua y del calor. Bajo tierra, todo andaba mezclado aún, y aunque también aquí toda clase de piedra, cristal y metal derivaba su condición de la tierra en que creció, dando lugar, en consecuencia, a las variedades más peculiares, en este reino de Plutón falta mucho, sin embargo, para llegar a un compendio geográfico general y a los principios ordenadores que tenemos en el bello reino de la flora. La filosofía botánica [1], que ordena las plantas según la altura y cualidad del terreno, aire, agua y calor; es, pues, una guía evidente para una filosofía análoga en la ordenación de animales y hombres.

Todas las plantas crecen en estado natural en alguna que otra parte del mundo; hasta nuestras plantas cultivadas proceden del regazo de la naturaleza libre, donde hallándose en su elemento alcanzan su máxima perfección. No otra cosa sucede con los animales y el hombre, pues toda especie humana se organiza en su región del modo que le es más natural. Toda tierra, todo tipo de montaña, toda región de aire semejante, lo mismo que un mismo grado de calor y frío, alimenta sus plantas. En las rocas de Laponia, en los Alpes y en los Pirineos, a pesar de la distancia que los separa, crecen las mismas o semejantes hierbas; América del Norte y las zonas altas de Tartaria producen los mismos hijos. En esas alturas en que el viento zarandea sin miramientos las plantas y cuyo verano es de corta duración, esas plantas son de poco desarrollo, pero en cambio producen mucha semilla, y si se trasplantan a huertos, adquieren altura y sacan hojas mayores, pero dan menos fruto. Es notoria la semejanza con los animales y hombres. Todas las plantas prefieren el aire libre; puestas en invernaderos, buscan la región de la luz aunque tengan que salir por un agujero. En un calor cerrado se alargan y trepan, pero al propio tiempo empalidecen, se vuelven estériles y luego, expuestas de repente al sol, les caen las hojas. ¿Ocurriría otra cosa con los hombres y animales sometidos a un cultivo forzoso que los hiciera volver más delicados? La diversidad de las zonas y del aire origina variedades en las plantas como en los animales

[1] La *Philosophia botanica* de Linneo es para muchas ciencias un modelo clásico; si dispusiéramos de una *Philosophia antropológica* de ese tipo, escrita con la misma concisión y refinada exactitud, tendríamos una guía con la cual podríamos llegar a todas las demás observaciones. El abad Soulavie expuso en su *Histoire naturelle de la France méridionale* (P. II, T. I) un proyecto de Geografía física general del reino vegetal y promete exponerlo también para animales y hombres.

y en los hombres; y cuanto más aquéllas ganan en cosas decorativas, forma de las hojas y número de pedúnculos, tanto más pierden en fuerza de propagación. ¿Sucedería otra cosa con los animales y hombres (aun teniendo en cuenta la mayor fuerza de su naturaleza más complicada)? Plantas que en los países cálidos crecen hasta el tamaño de un árbol, se quedan raquíticas en las regiones frías. Una planta quiere mar, otra pantanos, otra fuentes o lagos; una crece bien en la nieve, otra reclama las lluvias torrenciales de los trópicos; y todo eso caracteriza su figura, su formación. ¿No nos predispone todo eso a esperar las mismas variedades en cuanto a la estructura orgánica de la humanidad en lo que tenemos de planta?

Es especialmente agradable observar el modo peculiar con que las plantas se rigen por la estación del año y aun por la hora del día, para sólo lentamente aclimatarse a un clima extranjero. Más cerca del polo, su crecimiento es más tardío y tanto más rápida su madurez, porque el verano viene más tarde y su efecto es más tardío. Plantas que crecen en las partes australes del mundo fueron traídas a Europa, el primer año maduraron más tarde porque aguardaban el sol de su clima, y luego, los veranos siguientes, fueron madurando con rapidez progresiva porque se acostumbraron ya a las nuevas regiones. En el calor artificial del invernadero, toda planta sigue el tiempo de su país de origen, aunque haga 50 años que haya sido trasladada a Europa. Las plantas del Cabo florecían en invierno porque es la época en que es verano en su tierra. La maravilla florece de noche; es de suponer (dice Linneo) a causa de que en América, su patria, es entonces de día. Y así cada una guarda su época y hasta su hora del día, en que se abre y se cierra. "Estas cosas", dice el filósofo botánico [1], "parecen indicar que para su crecimiento se requiere algo más que calor y agua"; y desde luego, también en la diversidad orgánica del género humano y en su adaptación a climas extraños, hay que tener en cuenta algo más que el calor y el frío, sobre todo cuando se habla de otro hemisferio.

Por último, si la planta se asocia al reino humano ¡qué campo de cosas notables sería ése si pudiéramos seguirlo en detalle! Se ha hecho la magnífica experiencia [2] de que, como nosotros, tampoco las plantas pueden vivir de aire puro, pero con la particularidad de que lo que ellas absorben, lo combustible, mata a los animales y estimula la descomposición en todos los cuerpos animales. Se ha observado que no es por medio del calor, sino de la luz, como realizan la útil operación de purificar el aire, y que absorben aun los fríos rayos de la luna. ¡Provechosos hijos de la tierra! Lo que nos destruye a nosotros, la pestilencia que exhalamos, vosotros lo atraéis; el más delicado medio tiene que unirse a vosotros, y vosotros lo devolvéis purificado. Vosotros conserváis la salud de

[1] Véase *Memorias de la Academia de Ciencias de Suecia*, vol. I, págs. 6 sigs.
[2] INGENHOUSS, *Versuche mit den Pflanzen* (Leipzig, 1780), pág. 49.

las criaturas que os destruyen, y hasta cuando morís seguís haciendo bien: hacéis la tierra más sana y la fertilizáis para nuevos seres de vuestra especie.

Si las plantas no sirvieran más que para eso ¡qué bellamente se entrelazaría su tranquila existencia con el reino de los animales y de los hombres! Ahora bien, como al mismo tiempo son el más abundante alimento de la creación animal y como especialmente en la historia de las formas de vida del género humano tuvo tanta importancia qué clase de plantas y animales encontrara cada pueblo en su región ¡cuán diversa y nueva es la relación que de ahí resulta para la historia de los reinos de la naturaleza! Los animales más pacíficos y, valga la expresión, los más humanos, viven de las plantas; en las naciones que con la menor frecuencia gozan de esta alimentación, se observó precisamente esta sana tranquilidad y alegre despreocupación. Todos los animales carnívoros son por su naturaleza más feroces; el hombre, que está entre ellos, no tiene que ser un animal carnívoro, por lo menos según la estructura de sus dientes. Una parte de las naciones de la tierra vive aún principalmente de leche y vegetales, y en tiempos anteriores fué superior el número de los que de eso vivían, y ¡qué riqueza les deparó la naturaleza en el meollo, en el jugo, en los frutos y aun en las cortezas y ramas de sus plantas terrestres, cuando a menudo un solo árbol servía de alimento para toda una familia! Es maravilloso cómo a cada región le ha sido dado lo suyo, no sólo con lo que eso concede, sino también con lo que eso atrae y se lleva. En efecto, como las plantas viven de lo combustible del aire, o sea, en parte, de los vapores nocivos para nosotros, su contraveneno se organiza también según la propiedad de cada país, y preparan para los cuerpos animales, siempre en descomposición, las medicinas apropiadas para las enfermedades de esa zona. En consecuencia, el hombre no podrá quejarse mucho de que en la naturaleza haya también plantas venenosas, pues ésas son sólo cloacas que desvían el veneno, y por ende las más ventajosas para la salud de toda la región, y en sus manos, en parte ya en las de la naturaleza, se convierten en los contravenenos más eficaces. Raras veces se extirpó totalmente una especie animal o vegetal de una región sin que pronto se hicieran muy patentes las desventajas que ello implicaba para la habitabilidad del conjunto; y ¿acaso la naturaleza no concedió a toda especie animal, y en su parte también al hombre, sentidos y órganos bastantes para elegir las plantas que le sirven y rechazar las nocivas?

Sería forzosamente un paseo agradable por entre árboles y plantas, el seguir por las distintas zonas de nuestra tierra estas grandes leyes naturales de la utilidad y acción de los vegetales en el reino de los hombres y de los animales; pero tenemos que limitarnos a tomar en lo sucesivo alguna que otra flor en ese campo

inmenso y a recomendar a un verdadero aficionado y conocedor que haga una geografía botánica general para la historia de la humanidad.

III

EL REINO ANIMAL EN RELACIÓN CON LA HISTORIA HUMANA

Los hermanos mayores de los hombres son los animales. Antes de que éstos existieran, existían aquéllos; y también en cada uno de los países los advenedizos del género humano encontraron ya ocupada la región, por lo menos en algunos elementos; pues, prescindiendo de algunas plantas ¿de qué iba a vivir el recién llegado? Por lo tanto, tiene que ser defectuosa y simplista toda la historia del hombre que lo estudie fuera de esta relación. Bien es verdad que la tierra fué dada al hombre, pero no a él exclusiva ni principalmente; los animales le discutieron el dominio exclusivo en cada uno de sus elementos. Tuvo que domesticar a una especie, y sostener largas luchas con otra. Algunas se sustrajeron a su dominación; otras viven en continua guerra con él. En una palabra: en la medida en que cada especie dió muestras de habilidad, prudencia, valor y poder, logró tomar posesión de la tierra.

No es cosa que debamos ventilar aquí si el hombre está dotado de razón y no lo están los animales. Si éstos no la tienen, poseen algo más en su ventaja, pues no cabe duda de que la naturaleza no dejó desamparado a ninguno de sus hijos. Si dejara abandonada a una criatura ¿quién iba a hacerse cargo de ella, si toda la creación está en guerra y las fuerzas en lucha se encuentran entre sí a tan poca distancia? El hombre, hecho a imagen de Dios, es perseguido aquí por serpientes, allí por insectos, devorado aquí por tigres, allá por tiburones. Todos están en lucha contra todos, porque todos están en apuros; cada cual tiene que defender su piel y cuidar su vida.

¿Por qué lo hizo así la naturaleza? ¿por qué hacinó de tal modo las criaturas? Porque quiso crear el número máximo y más variado de seres vivos en el mínimo espacio, y uno tiene que dominar a otro, de suerte que sólo mediante el equilibrio de fuerzas se llega a la paz en la creación. Toda especie cuida para sí como si fuera la única; pero a su lado hay otra que la limita, y sólo en esta relación de especies opuestas halló la creación el medio de conservar el todo. Pesó las fuerzas, contó los miembros, determinó los impulsos de

las especies entre sí y dejó por lo demás que la tierra sostuviera lo que pudiera sostener.

No me preocupa, pues, que grandes especies animales hayan sucumbido. Si sucumbió el mamut, también sucumbieron los gigantes; había otra relación entre los géneros. Tal como las cosas están en la actualidad, vemos un notorio equilibrio, no sólo en el conjunto de la tierra sino aun en cada una de las partes del mundo y países. La cultura puede reducir animales, pero difícilmente aniquilarlos, por lo menos no ha consumado esa obra en ninguna gran parte de la tierra; y en vez de los animales feroces reducidos ¿no tiene que nutrir en mayor escala animales más mansos? En la condición actual de nuestra tierra, todavía no desapareció ninguna especie, aunque no me cabe la menor duda de que habiendo sido otra esa condición, pudo haber habido también otras especies animales, y si alguna vez llegara a modificarse completamente por arte o por la naturaleza, habría también una relación distinta de los géneros vivientes.

En una palabra: el hombre apareció en una tierra habitada. Todos los elementos, pantanos y ríos, arena y aire, estaban ocupados o se fueron ocupando con criaturas, y gracias a su arte divino de la astucia y del poder tuvo que conquistarse un lugar para su dominio. La forma en que lo hizo es la historia de su cultura, en la que figuran los pueblos más rudos; la parte más interesante de la historia de la humanidad. Me limitaré a una sola observación: que los hombres, al lograr poco a poco el dominio sobre los animales, aprendieron lo más de ellos mismos. Eran destellos vivos del entendimiento divino, de los cuales el hombre, en vistas a la comida, modo de vivir, indumentaria, habilidad, arte y actividades, atrajo a sí los rayos en una esfera mayor o menor. Cuanto más lo hizo, cuanto más claramente, cuanto más inteligentes fueron los animales que encontró, cuanto más se acostumbró a ellos y en paz o en guerra vivió en confianza con ellos, tanto más ganó su formación; y la historia de su cultura resultó, por lo tanto, en gran parte, zoológica y geográfica.

En segundo lugar. Siendo tan grande en nuestra tierra la variedad de climas y países, de piedras y plantas ¡cuánto mayor no será la variedad de sus verdaderos moradores vivientes! Pero no debe limitarse a la tierra, pues también el aire, el agua y aun las partes internas de las plantas y animales vibran de vida. ¡Innumerable ejército, para el cual, tanto como para el hombre, fué hecho el mundo! ¡Animada superficie de la tierra, en la que todo, hasta donde alcanza el sol, goza, actúa y vive!

No quiero adentrarme en las tesis generales de que todo animal tiene su elemento, su clima, su habitáculo característico, ni de

que unas especies se hayan difundido más, otras menos, otras casi igual que el hombre; para eso tenemos un libro muy meditado y con científica diligencia recopilado: *Geographische Geschichte des Menschen und der allgemeinen verbreiteten vierfüssigen Tiere*[1] de Zimmermann. Pero pondré de relieve algunas observaciones especiales que vemos confirmadas también en la historia del hombre.

1. Las mismas especies que hallamos viviendo en casi toda la tierra, tienen una forma distinta casi en cada clima. El perro es feo y pequeño en Laponia; en Siberia, su figura es mejor, pero tiene aún las orejas rígidas y su estatura no es muy grande. "En las regiones donde viven los hombres más bellos", dice Buffon, "se encuentran también los perros más hermosos y más grandes". En las regiones intertropicales pierde la voz y en estado selvático se parece al chacal. El buey de Madagascar tiene una corcova de 50 libras de peso, que en regiones más extensas disminuye poco a poco; y así, esa especie varía de color, tamaño, fuerza y valor en casi todas las regiones de la tierra. Una oveja europea llegó a tener una cola de 19 libras en el Cabo de Buena Esperanza; en Islandia saca hasta 5 cuernos; en la región de Oxford (Inglaterra) crece hasta tener el tamaño de asno, y en Turquía es atigrada. De esta suerte sigue habiendo variedades en todos los animales. Y ¿no iba a modificarse con los climas el hombre, que por su estructura muscular y nerviosa es también en gran parte un animal? Si no ofreciera variedades constituiría un milagro a juzgar por la ley de analogía de la naturaleza.

2. Todos los animales mansos fueron en tiempos animales selváticos y, de la mayoría de ellos se han encontrado sus prototipos selváticos, especialmente en las montañas de Asia, precisamente en el sitio donde, por lo menos en nuestro hemisferio boreal, estuvo probablemente la patria de los hombres y de su cultura. A medida que nos alejamos de esa región, especialmente en los sitios de paso difícil, disminuyen las especies de animales mansos, hasta que, por último, en Nueva Guinea, Nueva Zelandia e islas del Mar del Sur, el cerdo, el perro y el gato constituyeron casi todo su reino animal.

3. América tenía en gran parte sus animales peculiares, totalmente conformes con su zona, como resultado de la formación de ésta a base de vastas depresiones inundadas y de enormes alturas. Había pocos animales terrestres grandes, y menos aún amansables o mansos; en cambio, eran tanto más numerosos los murciélagos, armadillos, ratas, ratones, el bradipo, el perezoso, ejércitos de insectos, anfibios, tortugas, etc. Fácil es comprender qué influencia había de tener eso en la historia de los hombres.

[1] Leipzig 1778-1783, 3 vols., con un mapamundi zoológico muy exacto y hermoso.

4. En regiones en que las fuerzas de la naturaleza actúan con suma eficacia, en que el calor del sol se asocia a vientos regulares, grandes inundaciones, formidables explosiones de materia eléctrica, en una palabra, con todo lo que en la naturaleza produce vida y se califica de vivo; en ellas existen también los animales más desarrollados, más fuertes, más grandes, más valerosos, así como la creación vegetal de más rico aroma. África tiene manadas de elefantes, cebras, ciervos, monos, búfalos; los leones, tigres, el cocodrilo y el hipopótamo aparecen en ella con su armadura completa; los más altos árboles se elevan al cielo y están cargados de los más jugosos y útiles frutos. De todos es conocida la riqueza del Asia en los reinos animal y vegetal; su máximo esplendor se muestra en las regiones en que fluye con mayor intensidad la energía eléctrica del sol, del aire y de la tierra. Por el contrario, donde ésta actúa de modo más débil o más irregular, como en los países fríos, o donde es rechazada o retenida en el agua, en sales alcalinas, en resinas húmedas, no parece que se desarrollen nunca aquellas criaturas para cuya formación se requiere todo el juego de la electricidad. El calor pesado, mezclado con humedad, produce ejércitos de insectos y anfibios, pero no aquellas figuras maravillosas del viejo mundo llenas de ardiente fuego en todo su cuerpo. La fuerza muscular de un león, el salto y la vista de un tigre, el sagaz entendimiento de un elefante, la suavidad de la gacela, la traviesa malicia de un mono africano o asiático, no son peculiares de ningún animal del nuevo mundo. Con apuro lograron despegarse éstos del lodo cálido; a uno le faltan dientes, a otro patas y garras, a un tercero la cola, y a los más tamaño, valor y rapidez. En las montañas son de tipo más animado; pero jamás llegan a parecerse a los animales del antiguo mundo, y los más revelan en su naturaleza pegajosa y escamosa la falta de corriente eléctrica.

5. Por último, fenómeno observado ya en las plantas, se dan en los animales particularidades acaso más raras: su modo de ser a menudo terco y su lenta aclimatación a un ambiente extraño, sobre todo antipódico. El oso americano, descrito por Linneo[1], mantiene también en Suecia el período de día y noche que observaba en América. Dormía de medianoche a mediodía, y paseaba de mediodía a medianoche, igual que si fuera su día americano; con sus demás instintos conservaba también la medida del tiempo de su patria. Y esta observación ¿no habría de ser válida de muchas otras zonas de la tierra, de los hemisferios oriental y austral? Y si es cierta esta variación de los animales, ¿iba el género humano, sin mengua de su carácter peculiar, a sustraerse totalmente a ella?

[1] *Memorias de la Academia de Ciencias de Suecia*, vol. IX, pág. 300.

IV

EL HOMBRE ES UNA CRIATURA MEDIA ENTRE LOS ANIMALES DE LA TIERRA

1. Cuando Linneo calculó en 230 el número de clases de mamíferos, incluyendo ya entre ellas los mamíferos acuáticos, estimó que el de las aves era 946, el de los anfibios 292, el de los peces 404, el de los insectos 3.060 y el de los gusanos 1.205; notoriamente, pues, los animales terrestres eran los menos, siguiéndoles los anfibios, los más próximos a ellos. En el aire, en el agua, en los cenagales y en la arena, aumentaban los géneros y las especies; y yo creo que en los nuevos descubrimientos el incremento guardará siempre la misma proporción. Cuando después de la muerte de Linneo, el número de especies de mamíferos fué elevado a 450, Buffon llegó a contar 2.000 aves y Forster, solamente en algunas islas del Mar del Sur, descubrió en una breve estada 109 especies nuevas, sin que descubriera ni una sola especie terrestre nueva. Si continúa esa proporción, y en lo sucesivo se descubren nuevos insectos, aves y gusanos en número mayor que especies de animales terrestres totalmente nuevas, por *más que pueda haber en África*, parte del mundo aún no recorrida, es muy probable que podamos aceptar la proposición siguiente: Las clases de las criaturas aumentan a medida que se apartan del hombre; cuanto más próximas a él tanto menor va siendo el número de especies de los llamados animales perfectos.

2. Ahora bien, es innegable que, a pesar de toda la diversidad de los seres vivos de la tierra, parece dominar por todas partes cierta uniformidad de estructura y como si dijéramos una forma principal, que varía hasta la máxima diversidad. Salta a la vista la estructura ósea semejante de los animales terrestres: cabeza, tronco, manos y pies son siempre de acuerdo con un prototipo, sólo que con infinitas variaciones. Más evidente lo hace aún la estructura interna de los animales, y muchas figuras toscas son muy semejantes al hombre en el interior de sus partes principales. Los anfibios ya se apartan más de esa regla principal; más aún las aves, peces, insectos y animales acuáticos, perdiéndose los últimos en la creación vegetal y mineral. Más allá no llega nuestra vista; sin embargo, esos tránsitos hacen poco improbable la suposición de que en las criaturas marinas, en las plantas y aun en los seres llamados inertes, reine tal vez una misma disposición de organización, bien que infinitamente más tosca y confusa. A la vista del ser eterno, que lo ve todo en una sola relación, tal vez la figura de la partícula de hielo, tal

como se produce, y el copo de nieve que se forma agregándose a ella, guarde siempre una proporción análoga con la formación del embrión en el cuerpo materno. Podemos, pues, aceptar la segunda ley: que cuanto más cerca están del hombre, todas las criaturas tienen tanta mayor semejanza con él en la forma principal, y que la naturaleza, en la infinita variedad en que se complace, parece haber formado todo lo vivo de nuestra tierra de acuerdo con un plasma de organización principal.

3. Se desprende, por lo tanto, que como esta forma principal tiene que variar siempre según los géneros, especies, destinaciones y elementos, un ejemplar explica a otro. Lo que en tal criatura esbozó la naturaleza como obra accesoria, lo ejecutó en otra, por decirlo así, como obra principal; lo puso a la luz, lo agrandó y dispuso que las demás partes, aun manteniéndose siempre dentro de la armonía más refinada, sirvieran a aquélla. En otros casos, esas partes sirvientes vuelven a aparecer como dominantes y, en consecuencia, todos los seres de la creación orgánica aparecen como *disjecti membra poëtae*. Quien quisiera estudiar a uno tiene que estudiarlo en otro; cuando tal parte aparece encubierta y descuidada, hay que fijarse en tal otra criatura donde la naturaleza la desarrolló y la puso de manifiesto. Esta proposición es igualmente aplicable a todos los fenómenos de los seres divergentes.

4. Por último, el hombre parece ser, entre los animales de la tierra, la criatura media primorosa en que, hasta donde lo permitió la singularidad de su destinación, se reúnan los más numerosos y refinados destellos de las demás figuras a él semejantes. No podía reunirlo en sí todo en la misma medida; por lo tanto, debía ser inferior a tal otra criatura en agudeza de un sentido, a tal otra en fuerza muscular, a tal otra en elasticidad de sus fibras; pero todo cuanto podía reunirse en él, en él se reunió. Con otros animales terrestres tiene de común partes, instintos, sentidos, capacidades y artes; si no las hereda, las aprende; si no le son innatas, las desarrolla. Comparándolo con las especies animales próximas, casi podríamos arriesgarnos a decir que éstas son destellos cortados de su imagen y dispersados por medio de un espejo catróptico. Y así podríamos adoptar la cuarta proposición: que el hombre es un ser medio entre los animales, es decir, la forma elaborada en que se reúnen los rasgos de todas las especies que lo rodean, de suerte que él constituye su más primoroso compendio.

Espero que no se confunda la semejanza a que hago referencia entre el hombre y los animales, con aquellos juegos de la fantasía en que en plantas y aun en piedras se iba a buscar miembros exteriores del cuerpo humano, edificando sistemas sobre esa base. Toda persona cuerda se reirá de esos juegos, pues precisamente con la figura exterior esconde y disimula la naturaleza formativa afinidades

internas de estructura. ¡Cuántos animales tan diferentes de nosotros por el exterior son del modo más asombroso semejantes a nosotros por el interior, en la estructura ósea, en las más nobles partes de la vida y de la sensación y aun en las funciones vitales! Recórranse los análisis de Daubenton, Perault, Pallas y otros académicos, y se verá esto bien patente. Para ayudar a la vista y memoria de los jóvenes y niños, tiene que acomodarse la historia natural a algunas distinciones de la figura exterior; la historia natural y filosófica y para adultos, procura ver la estructura interna y externa, del animal, para compararlo con su modo de vivir y para encontrar el carácter y lugar de procedencia de la criatura. En las plantas, llámase natural a este método, y también en los animales tiene que llevar a él paso a paso la anatomía comparada. Con él obtiene en el hombre de modo natural una guía en sí mismo, que lo acompaña a través del gran laberinto de la creación viva, y si de algún modo puede decirse que nuestro espíritu se arriesga a seguir al entendimiento de Dios, que todo lo concibe y abarca, es precisamente de éste. En cada apartamiento de la regla, que, cual canon de Policleto, nos mostró Dios en el hombre, se nos conduce a una causa: ¿Por qué hizo tal modificación? ¿Con qué objeto dió esa otra forma? Y de esta suerte, la tierra, el aire, el agua, y hasta la más recóndita profundidad de la creación animada, se convierte para nosotros en almacén de sus ideas, de sus inventos, de acuerdo con una imagen principal del arte y de la sabiduría y con vistas a ella.

¡Qué grande y rico panorama nos ofrece esta perspectiva sobre la historia de los seres semejantes y desemejantes a nosotros! Separa los reinos de la naturaleza y las clases de las criaturas según sus elementos y las une entre sí; aun en los más remotos, el radio trazado con amplitud es visible desde las hondonadas, me hace el efecto de ver como si los animales vinieran al hombre, cual vinieron allí al primer antepasado de nuestra especie, acercándose paso a paso a su figura. El pájaro vuela por el aire; toda la diferencia de su forma con respecto a los animales terrestres, puede explicarse por su elemento; basta sólo que toque la tierra, aunque sea en forma de asquerosa especie media, para que, como en los murciélagos y vampiros, su esqueleto se asemeje al del hombre. El pez nada en el agua; sus pies y sus manos tomaron la forma de aletas y cola; tiene aún pocas articulaciones; en cuanto toca la tierra, desarrolla, como el manatí, por lo menos sus patas delanteras, la hembra saca pechos. La morsa tiene, como es sabido, cuatro patas, aunque todavía no sepa utilizar las posteriores y encoja aún como jirones de aleta los cinco dedos de esas patas; sin embargo, se arrastra despacio, como puede, para calentarse a los rayos del sol, y constituye ya un pequeño paso mas allá de la torpeza de la disforme foca. Así, desde el polvo de los gusanos, desde

las casas calcáreas de los moluscos, desde las hilazas de los insectos, todo se acerca paulatinamente a organismos más articulados, más elevados. Por los anfibios se pasa a los animales terrestres, y entre ellos ya el asqueroso bradipo con sus tres dedos y dos pechos anteriores constituye el más próximo análogo a nuestra figura. Ahora bien, la naturaleza juguetea y se ejercita en derredor de los hombres en la máxima diversidad de disposiciones y organismos. Distribuyó los modos de vida y los instintos, encendió la hostilidad entre las especies, a pesar de que todas esas aparentes contradicciones parecen llevar a un fin. Por lo tanto, anatómica y fisiológicamente es cierto que a través de toda la creación animada de nuestra tierra domina algo parecido a una organización; lo único que hay es que, cuanto más lejos del hombre, cuanto más apartado de él, el elemento vital de las criaturas, la naturaleza, siempre igual a sí misma, tuvo que renunciar en sus organizaciones al modelo principal. Cuanto más se acerca a él, tanto más juntó clases y radios para unirlos en su punto central, sagrado, de la creación de la tierra. ¡Alégrate de tu condición, oh hombre, y estúdiate, noble criatura media, en todo cuanto vive en derredor de ti!

LIBRO TERCERO

I

COMPARACIÓN DE LA ESTRUTURA DE PLANTAS Y ANIMALES CON RESPECTO AL ORGANISMO DEL HOMBRE

LA primera nota en que a nuestros ojos se distingue un animal, es la boca. Todavía la planta, si vale la expresión, es boca toda ella; absorbe con las raíces, con las hojas y con los tallos; cual niño no desarrollado aún, está en el regazo y en el pecho de la madre. En cuanto la criatura se organiza como animal, aun antes de que se distinga la cabeza, puede observarse la boca. Los tentáculos del pulpo son fauces; en los gusanos, en los cuales tan pocas partes internas se distinguen, son visibles ya conductos para el alimento; es más, en muchos testáceos, la entrada a esos conductos, a modo de raíz, se halla en la parte inferior del animal. Por lo tanto, ese conducto es lo primero que la naturaleza formó en sus seres vivos, y lo conservan hasta los seres más organizados. Los insectos en estado de larva casi no son más que boca, estómago e intestinos; la figura de los peces y anfibios y, por último, hasta de las aves y animales terrestres, está configurada a este efecto en su posición horizontal. Pero a medida que se sube en la escala, se va haciendo más complicada la organización de las partes. La apertura se hace más angosta, y el estómago e intestinos ocupan un lugar más hondo; por último, en la posición erecta del hombre, también exteriormente la boca, que en los animales fué siempre la parte más saliente, retrocede bajo la más elevada organización del rostro; los animales más nobles ensanchan el pecho, y los instrumentos de la alimentación son relegados a la región inferior. El género más noble ya no ha de servir exclusivamente al vientre, cuyo dominio era tan vasto y grande en todas las clases de su hermanos inferiores hasta en todas las funciones y partes del cuerpo y de la vida.

La primera ley, pues, a la que de algún modo sirve el instinto de un ser vivo, es la nutrición. Los animales la tienen en común

con las plantas, pues también las partes de su estructura que absorben y elaboran alimentos, preparan jugos y por su tejido son de naturaleza vegetal. Sólo la organización más primorosa que les dió la naturaleza, la múltiple mezcla, purificación y elaboración de los jugos vitales, ella y sólo ella, transporta por clases y especies la corriente cada vez más refinada que irriga las partes más nobles, a medida que la naturaleza reducía más aquellas inferiores. Hombre orgulloso, vuelve tu mirada a la primera disposición de emergencia de tu criatura media: la traes aún contigo; eres un conducto digestivo como tus hermanos inferiores.

Lo único que hay es que la naturaleza nos ennobleció infinitamente con respecto a ellos. Los dientes, que en los insectos y otros animales tienen que ser manos para asir la presa y destrozarla, las mandíbulas que en los peces y animales de presa despliegan una fuerza prodigiosa, ¡cuán noblemente han retrocedido en los hombres, rebajando aun la fuerza que les es inherente! [1] Los muchos estómagos de las criaturas inferiores quedaron reducidos a uno solo en él y en algunos animales terrestres que interiormente se aproximan a su figura, y su boca, por último, ha sido magnificada por el más puro don de los dioses: la elocución. Gusanos, insectos, peces, los más de los anfibios, son mudos por la boca; las mismas aves sólo con el gaznate cantan; todos los animales terrestres tienen unos pocos sonidos dominantes, los indispensables para la conservación de la especie; sólo el hombre posee órganos verdaderos de lenguaje combinados con los instrumentos del gusto y de los manjares, es decir, lo más noble asociado a los signos de la más baja necesidad. Aquello que le sirve para preparar comida para el cuerpo bajo, le sirve asimismo para preparar en palabras el alimento de las ideas.

La segunda misión de las criaturas es la propagación; la destinación para eso es ya visible en la estructura de las plantas. ¿A qué sirven la raíz y el tallo, las ramas y las hojas? ¿A qué destinó la naturaleza el lugar más elevado o por lo menos más elegido? A la flor, a la corola, y ya vimos que son las partes reproductoras de las plantas. Por lo tanto, constituyen las partes más bellas de esta criatura; para su desarrollo está calculada la vida, la acción, el placer de la planta, y hasta sus únicos movimientos aparentemente voluntarios; es el llamado sueño de las plantas. Las plantas cuyo acopio de semillas está suficientemente asegurado, no duermen; una planta ya no duerme después de la fecundación. Lo único que hizo fué cerrarse maternalmente, para proteger contra la ruda intemperie las partes interiores de la flor. Y todo en ella está dispuesto

[1] Acerca de la fuerza de estas partes, véase HALLER, *Elementa Physiologiae*, t. VI, págs. 14 y 15.

para la nutrición y crecimiento, lo mismo que para la propagación y fecundación; no resulta apropiada para otro fin de actividad.

No es así en los animales. Los instrumentos de la propagación no les fueron colocados como corona (sólo algunas de las criaturas más inferiores tienen estas partes cerca de la cabeza), antes bien, de acuerdo asimismo con la destinación de la criatura, están subordinados a miembros más nobles. El corazón y los pulmones ocupan el pecho; la cabeza está consagrada a sentidos más delicados, y en general, según toda la estructura, el tejido de fibras con su jugosa fuerza floral está sometido al excitable resorte de los músculos y a la sensible estructura de los nervios. La economía de la vida de estas criaturas tiene que amoldarse notoriamente al espíritu de su estructura. El movimiento voluntario, la actividad eficiente, las sensaciones y los impulsos constituyen la tarea principal del animal, a medida que va elevándose su organización. En la mayor parte de las especies, el apetito sexual queda limitado a una época de poca extensión; por lo demás, viven más libres de ese impulso que muchos hombres inferiores, que gustosamente volverían al estado de las plantas. Éstos, como es natural, comparten también el destino de las plantas; en ellos se embotan todos los impulsos más nobles: la fuerza muscular, la sensitiva, la intelectual y la volitiva; vegetan como las plantas y como ellas tienen una muerte prematura.

Los animales que más cerca están de las plantas, siguen fieles, lo mismo que en la economía de la estructura, también en el fin de su disposición al mencionado principio de formación; son los zoófitos y los insectos. El pólipo no es por su estructura más que un conducto orgánico animado compuesto de pólipos más jóvenes, y el coral una casa orgánica de animales propiamente marinos; por último, el insecto, muy superior a éstos, porque vive ya en un medio más primoroso, revela tanto en su organización como en su vida estar muy próximo a la linde de aquella destinación vegetal. Su cabeza es pequeña y sin seso; ni siquiera deja espacio para algunos sentidos de mayor apremio; de ahí que los tenga en antenas que proyecta hacia adelante. Su pecho es pequeño; de ahí que le falte los pulmones y a muchos de ellos algo que tenga la menor analogía con el corazón. En cambio, el bajo cuerpo en sus anillos de tipo vegetal ¡cuán grande y amplio es! Sigue siendo la parte dominante en el animal[1], así como la principal destinación de éste es la nutrición y una copiosa propagación.

En los animales de tipo más noble, la naturaleza, como dijimos ya, puso más abajo los órganos de la propagación, como si comenzara ya a sentir pudor por ellos; dió a una sola parte varias

1 Muchas de esas criaturas respiran aún con él; por él, en vez del corazón, baja la arteria; les sirve incluso de taladro, etc.

funciones, aun las más distintas, y con ello ganó espacio en el pecho para las partes más nobles. Hasta los nervios, que habían de conducir a aquellas partes, hizo que surgieran lejos de la cabeza, de troncos bajos, y con sus músculos y fibras los sustrajo en gran parte a la voluntad del alma. Al modo de los vegetales se prepara en ellos el líquido de la reproducción, y también el joven fruto es alimentado aún como planta. Al modo de los vegetales, la fuerza de esas partes e impulsos es lo primero que decae, cuando todavía late el corazón, y quizá más rápidamente, y la cabeza piensa con mayor claridad. Según atinada observación de Martinet[1], el crecimiento del cuerpo humano en sus partes, se opera menos en las partes superiores que en las inferiores del cuerpo; como si el hombre fuese un árbol que crece abajo en su tronco. En una palabra: por intrincada que sea la estructura de nuestro cuerpo, es evidente que las partes que sólo sirven para la nutrición y reproducción animales, aun por su organización, en modo alguno debían ni podían resultar las partes dominantes de la destinación animal, y *menos aún del* hombre.

¿Cuáles eligió, pues, la naturaleza, por eso? Sigamos su estructura desde dentro y desde fuera.

A través de las series de todos los seres vivos de la tierra se extiende el orden de que:

1. los animales con una cavidad y con un corazón de un solo ventrículo, como los anfibios y los peces, tengan sangre fría; de que

2. los de un solo ventrículo sin cavidad tengan sólo un líquido blanco en vez de sangre, como los gusanos e insectos; de que

3. los animales con corazón de cuatro compartimientos son criaturas de sangre caliente, como las aves y los mamíferos.

De *modo semejante se observa que:*

1º. a aquellos animales les faltan los pulmones para la respiración y para provocar la circulación de la sangre; pero que

2º. los animales con corazón de cuatro compartimientos tienen pulmones. Es increíble cuán grandes modificaciones en orden al ennoblecimiento de los seres resultan de tan simples diferencias.

Primero. La formación del corazón, aun en su forma más imperfecta, requiere una estructura orgánica de varias partes internas, a la cual no se eleva ninguna planta. Aun en insectos y gusanos se ven ya venas y otros instrumentos de especialización, y en parte hasta músculos y nervios, que en las plantas están sustituídos aún por conductos y en los fitozoarios por una estructura análoga a ésos.

[1] MARTINET, *Katechismus der Natur*, t. I, pág. 316, donde se muestra en un grabado el crecimiento por años.

Por lo tanto, en la criatura más perfecta se estimuló una elaboración más primorosa del líquido de que vive y, en consecuencia, también del calor gracias al cual vive; y así el árbol de la vida pasa del jugo vegetal al blanco de los animales, luego a la sangre más roja y finalmente al calor más perfecto de los seres orgánicos. A medida que crece éste, tanto más vemos también que la organización interna se diversifica y multiplica, a la vez que se hace más perfecta la circulación cuyo movimiento es probablemente lo único que podía producir aquel calor interno. En la naturaleza parece regir sólo un principio de la vida: es la corriente etérea o eléctrica, elaborada en los conductos de las plantas, en las venas y músculos del animal y, por último, aun en la estructura de los nervios, de modo cada vez más refinado, para acabar encendiendo todos los maravillosos instintos y energías anímicas cuyos efectos en animales y hombres nos asombran. El crecimiento de las plantas, aunque su jugo vital sea mucho más orgánico y refinado que la energía eléctrica que se manifiesta en la naturaleza inerte, es fomentado por la electricidad. Esa corriente sigue accionando aun en los animales y en el hombre, y no sólo en las partes más groseras de su mecanismo sino en aquéllas en que éstos se aproximan por vez primera al alma. Los nervios, animados de un ser cuyas leyes casi se hallan más allá de la materia, pues actúa con una especie de omnipresencia, pueden excitarse por la fuerza eléctrica del cuerpo. En una palabra: la naturaleza dió a sus hijos vivos lo que podía darles, una semejanza orgánica con su propia fuerza creadora, calor vivificador. Mediante tales o cuales órganos, la criatura saca de la inerte vida vegetal un estímulo vivo, y del conjunto de éste, refinado a través de vasos más delicados, el medio de la sensación. El resultado de los estímulos se hace impulso, el de las sensaciones idea: progreso incesante de la creación orgánica, el cual estaba en ciernes en toda criatura viva. Con su calor orgánico (no precisamente como cabe sentirlo desde fuera mediante nuestros toscos instrumentos artificiales) aumenta también la perfección de su especie y probablemente también, por consiguiente, su aptitud para un sentimiento más delicado del bienestar, en cuya corriente que todo lo recorre, se siente a sí misma la madre que todo lo calienta, todo lo anima, todo lo goza.

Segundo. Cuanto más complicada es la organización interna de la criatura encaminándose a un calor vital más primoroso, tanto más, evidentemente, se capacita para recibir y alumbrar seres vivos. Otra vez, un retoño del mismo gran árbol de la vida a través de todas las especies de criaturas [1].

[1] No cabe objetar que también alumbran seres vivos los pólipos, algunos caracoles y hasta los pulgones, pues de esta suerte cabría decir que también la

Sabido es que la mayoría de las plantas se fecundan a sí mismas, y que aun cuando los miembros del sexo estén separados, se encuentran muchas andróginas y polígamas. De un modo semejante se ha observado que en las clases inferiores de animales, fitozoarios, caracoles e insectos, o bien faltan aún las partes animales de la generación, y la criatura, como una planta, parece sólo sacar retoños, o bien hay entre ellos hermafroditas, andróginos y otras anomalías que no es éste el lugar para enumerarlas. Cuanto más complicada es la organización del animal, tanto más decididamente se separan los sexos. En este caso, la naturaleza no pudo contentarse ya con gérmenes orgánicos; la formación de un ser tan diverso y múltiple en sus partes, habría resultado mal si el azar se hubiese puesto a la tarea de jugar con formas orgánicas. Por lo tanto la madre prudente deslindó y separó los sexos. Pero tuvo que encontrar una organización en que dos criaturas se unieran en una para que en medio de ellas naciera otra tercera, impronta de ambas en el momento del más íntimo calor vital.

Recibido en éste, sólo por él puede ser formado el nuevo ser. El calor materno lo envuelve y desarrolla. Sus pulmones todavía no respiran, y su mayor glándula pectoral mama; aún en el hombre parece que falta todavía el ventrículo derecho del corazón y en vez de sangre circula por sus venas un líquido blanco; sin embargo, a medida que el calor materno aviva también su calor interior, se va formando cada vez más el corazón; la sangre adquiere color rojo y, aunque todavía no toca a los pulmones, circula más activamente. La criatura se mueve en claros latidos y por último sale a la luz completamente formada, dotada con todos los impulsos del movimiento autónomo y de la sensación, con que sólo una criatura viva de este tipo podía organizarse. En seguida, el aire, la leche, los alimentos y aun el dolor y todas las necesidades, le ofrecen ocasiones de absorber calor por múltiples medios, elaborándolo por medio de fibras, músculos y nervios para convertirlo en el ser que ningún organismo inferior podría lograr. Sigue creciendo hasta llegar a los años en que, rebosando de calor vital, aspira a propagarse y multiplicarse, comenzando entonces de nuevo el ciclo de la vida.

Así procedió la naturaleza con las criaturas que pudo poner en condiciones de procrear seres vivos, cosa que no fué posible con todas. No lo fué con los animales de sangre fría, a los cuales tuvo que ayudar el sol sirviéndoles de comadre. Él es quien ayuda a las crías a nacer: clara demostración de que en la creación todo calor orgánico se reduce a uno solo, bien que por innumerables conductos cada vez más purificado. Las mismas aves, de sangre más

planta alumbra seres vivos ya que saca yemas. Estamos hablando de animales mamíferos que procrean otros vivos.

caliente que los animales terrestres, no pudieron alumbrar seres vivos, quizá en parte a causa de su elemento, más frío, en parte a causa de su modo de vivir y de toda su destinación. La naturaleza dispensó a esas criaturas ligeras, endebles, de llevar a sus hijos hasta el momento del nacimiento, como los dispensó también del esfuerzo para amamantarlos. Pero así que, aun en una especie intermedia fea, el ave pisa la tierra, se convierte en mamífero; en cuanto el animal marino tiene bastante sangre caliente y organización para alumbrar seres vivos, se le impuso también el esfuerzo de amamantarlos.

¡Cuánto contribuyó con ello la naturaleza a la perfección de las especies! El ave volátil sólo puede poner crías, y ¡cuán hermosos impulsos de ambos sexos nacen ya de ese tipo de vida! El amor conyugal construye el nido, el amor materno lo calienta, el paterno lo abastece y ayuda a calentarlo. ¡Cómo defiende sus hijos un ave madre! ¡Qué casto es en los sexos, destinado al matrimonio, su amor conyugal! En los animales terrestres, ese vínculo tenía que hacerse más fuerte aún, si cabía tal posibilidad; de ahí que la madre recibiera en su pecho al recién nacido para alimentarlo con las partes más delicadas de su cuerpo. Sólo un cerdo toscamente organizado es capaz de devorar a sus crías; sólo los fríos anfibios dejan sus huevos en la arena o en un cenagal. Todos los mamíferos cuidan con ternura sus hijos; el amor del mono se ha hecho proverbial, y tal vez no haya especie que lo sienta menos intenso. Los mismos animales marinos tienen sentimiento, y el manatí constituye hasta un extremo fabuloso un modelo de amor conyugal y materno. ¡Tierna rectora del mundo, a tan simples vínculos orgánicos enlazas tú los más bellos instintos de tus hijos! De una cavidad de los músculos cardíacos, de unos pulmones que respiran, dependió que la criatura viviera con un calor más intenso y depurado, que pudiera alumbrar seres vivos y amamantara, y que se acostumbrara a un amor más refinado que el instinto de la reproducción, a cuidar y rodear de ternura a los hijos, y hasta en algunas especies al amor conyugal. ¡En el mayor calor de la sangre, en ese río del alma universal del mundo, encendiste la llama con que calientas también las más primorosas reacciones del corazón humano!

Para terminar tendría que tratar aún de la cabeza, como región suprema de la formación animal; pero para ello es necesario hacer previamente otras consideraciones que las relativas a sus formas y miembros exteriores.

II

COMPARACIÓN DE LAS DIVERSAS FUERZAS ORGÁNICAS QUE ACTÚAN EN EL ANIMAL

El inmortal Haller distinguió las distintas fuerzas que se manifiestan fisiológicamente en el cuerpo animal, a saber: la elasticidad de las fibras, la excitabilidad del músculo y por último la sensación de la estructura nerviosa, con tal exactitud que en conjunto resultan no sólo irrefutables sino que además constituyen la más espléndida aplicación, aun en otros cuerpos que no sean los humanos, para la teoría fisiológica del alma.

Ahora bien, dejemos a un lado la cuestión de si acaso esos tres fenómenos, en todo caso tan diferentes, no son en el fondo una sola fuerza que se manifiesta de un modo en las fibras, de otro en el músculo y de otro en la estructura nerviosa, aunque pocas dudas puede ofrecer eso si tenemos en cuenta que en la naturaleza todo está enlazado y que en el cuerpo animado esos tres efectos se hallan tan íntima y múltiplemente unidos. La elasticidad y la excitabilidad son colindantes, como lo son fibra y músculo. Al igual que éste no es más que un agregado entremezclado de aquéllas, así también la excitabilidad no es, probablemente, más que una velocidad, de modo íntimo infinitamente aumentada, la cual en ese entrelazamiento orgánico de muchas partes se elevó del inerte sentimiento de las fibras al primer grado de la autoexcitación animal. La sensibilidad del sistema nervioso será luego la tercera clase más elevada de la misma fuerza, resultado de todas aquellas fuerzas orgánicas, pues parece que toda la circulación de la sangre y de todos los vasos a ella subordinados se necesita para irrigar el cerebro, como raíz de los nervios, con el líquido que, considerado como medio de la sensación, tanto se eleva sobre las fuerzas de los músculos y fibras.

Pero, sea como fuere, resulta infinita la sabiduría con que el Creador asoció esas fuerzas en los distintos organismos de los cuerpos animales, subordinando poco a poco los inferiores a los superiores. El tejido fundamental de todo, aun en nuestra estructura, son las fibras; en ellas florece el hombre. Los vasos linfáticos y lechosos preparan jugo para toda la máquina. Las fuerzas musculares no se limitan a ponerla en movimiento para que actúe hacia el exterior, sino que un músculo, el corazón, es el primer motor de la sangre, de un jugo de tantos otros jugos, que no sólo calienta todo el cuerpo sino que además sube a la cabeza y desde ella, por

medio de nuevas elaboraciones, anima los nervios. Cual planta celeste se ramifican éstos desde su raíz superior, y cómo se extienden, cuán primorosos son, a qué partes de aplican, con qué grado de excitación está enlazado en tal o cual parte un músculo, qué jugo preparan los vasos de tipo vegetal, qué temperatura impera en la relación de estas partes entre sí, en qué sentidos cae, en qué modo de vivir actúa, en qué estructura, en qué figura está organizado; si la investigación exacta de esas cosas en las distintas criaturas, sobre todo en las más próximas al hombre, no ha de dar luces sobre sus instintos y carácter, sobre las relaciones de las especies entre sí, y, por último y más que nada, sobre las causas de la excelencia del hombre sobre los animales, no sabría yo de dónde cabría obtener tales luces en cosas físicas. Y afortunadamente ya en la actualidad los Camper, Wrisberg, Wolf, Sömmering y tantos otros investigadores analistas van por ese camino fisiológico espiritual de la comparación de varios géneros en las fuerzas de los instrumentos de su vida orgánica.

De acuerdo con mi objetivo, parto de algunos principios fundamentales a modo de introducción a las siguientes reflexiones sobre las fuerzas orgánicas existentes en los distintos seres y finalmente en el hombre, puesto que sin ellos sería imposible ver a fondo la naturaleza humana en sus defectos y perfecciones.

1. Donde hay una acción en la naturaleza, debe haber una causa que actúe; donde en los esfuerzos o aun en las convulsiones se manifiesta un estímulo, tiene que sentirse también un estímulo por dentro. Si no se aceptan estas proposiciones, cesa toda relación de las observaciones, toda analogía de la naturaleza.

2. Nadie puede trazar un límite allí donde una acción evidente puede ser prueba de una fuerza existente y donde ya no haya de serlo. A los animales que viven con nosotros, les atribuímos sentimiento e ideas porque tenemos presentes sus hábitos cotidianos; pero no podemos excluir de eso a otros por la sola razón de que no los conozcamos de cerca y con la suficiente intimidad o porque sus obras nos parezcan demasiado ingeniosas; pues nuestra ignorancia o nuestra falta de habilidad no constituye una medida absoluta de todas las ideas y sentimientos de arte de la creación animada.

3. Por lo tanto: Donde se ejerce arte, hay sentido de arte que lo ejerce, y cuando con hechos demuestra una criatura que prevé acontecimientos de la naturaleza, ya que procura eludirlos, tiene que haber un sentido interno, un órgano, un medio de esa previsión, prescindiendo de que podamos comprenderlo o no. No por eso se alteran las fuerzas de la naturaleza.

4. Puede haber en la creación muchos medios de los cuales no

sepamos absolutamente nada por carecer de órganos para ellos; es más, tiene que haberlos en gran cantidad, pues en casi todas las criaturas advertimos efectos que no acertamos a explicarnos a base de nuestro organismo.

5. En los millones de criaturas, cada cual con sentido e impulso especiales que le permiten gozar de su propio mundo, y realizar sus propias obras, la creación es infinitamente mayor que otro desierto que, sólo con sus cinco torpes sentidos, pueda palpar el hombre inadvertido.

6. Quien tenga algún sentimiento de la elevación y poder de la naturaleza, llena de sentido, de arte y de vida, aceptará con gratitud lo que su organización encierra, pero no por eso negará el notorio espíritu de todas sus demás obras. Toda la creación estaba destinada a ser gozada, sentida y elaborada en su integridad; en consecuencia, en todo punto nuevo tiene que haber criaturas para gozarla, órganos para sentirla, fuerzas para animarla según ese lugar. ¿Qué tienen de común entre sí el caimán y el colibrí, el cóndor y la pipa? Y todo está organizado para su elemento, todo vive y se agita en su elemento. No hay un solo punto de la creación sin goce, sin órgano, sin moradores: toda criatura tiene, pues, su mundo peculiar, un mundo nuevo.

¡La infinitud me abraza, cuando, rodeado de miles de pruebas de esa clase y penetrado de sus sentimientos, entro en tu sagrado templo, oh naturaleza! A ninguna criatura olvidaste; te le diste por completo, tan enteramente como le era posible abarcarte en su organización. Cada una de tus obras hiciste única y perfecta y sólo a sí misma igual. La elaboraste desde el interior, y cuando tuviste que dar una negativa, la compensaste cual pudiera compensarla la madre de todas las cosas.

Observemos en las diversas organizaciones algunas de estas relaciones de esas distintas fuerzas activas que tenemos en cuenta; con ello nos abriremos paso hacia el origen fisiológico del hombre.

1º. La planta existe para vegetar y producir fruto: fin subordinado, así nos parece a nosotros, pero básico para cualquier otro en el conjunto de la creación. La planta lo realiza totalmente y trabaja en él tanto más incesantemente cuanto menos dividida está en otros fines. Cuando puede, existe en todo el germen y saca nuevos retoños y yemas; la rama de un árbol representa todo el árbol. Invoquemos, pues, en seguida una de las proposiciones anteriores para que nos ayude y, fundándonos en toda la analogía de la naturaleza, tenemos derecho a decir: Donde hay acción, tiene que haber fuerza; donde hay vida nueva tiene que haber un principio de la vida nueva, y en toda la criatura de tipo vegetal tie-

ne que hallarse éste en la máxima eficiencia. La teoría de los gérmenes aceptada para la explicación de la vegetación, nada explica propiamente, pues el germen es ya una formación, y cuando ésta existe, tiene que haber una fuerza orgánica que la forme. En la primera semilla de la creación no descubrió ningún realizador todos los gérmenes futuros; éstos no se nos hacen visibles hasta que la planta llegó a su peculiar plena fuerza, y en virtud de todas las experiencias no tenemos derecho a atribuirlos a otra cosa que no sea la fuerza orgánica de la planta misma que actúa en ellos con silenciosa intensidad. La naturaleza otorgó a esa criatura lo que pudo otorgarle, y compensó lo múltiple de que tuvo que privarle, con la intimidad de la única fuerza que en ella actúa. ¿De qué le habrían servido a la planta las fuerzas del movimiento animal si ella no tiene que moverse de su sitio? ¿A qué había de poder conocer otras plantas a su alrededor si ese conocimiento habría sido su tortura? En cambio, su aire, su luz, su jugo nutritivo, los absorbe y goza como vegetal; el impulso a crecer, a florecer y propagarse, los practica de modo tan fiel e incansable como ninguna otra criatura.

2º. El paso de la planta a los muchos fitozoarios hasta ahora descubiertos, así lo pone de manifiesto aún más claramente. Las partes de la nutrición están ya especificadas en ellos; tienen un análogo de los sentidos y del movimiento voluntario animales; sin embargo, su más excelente fuerza orgánica sigue siendo nutrición y propagación. El pólipo no es un almacén de gérmenes que estén preformados en él tal vez para el cruel cuchillo del filósofo, sino que al igual que la planta misma era vida orgánica, también es él vida orgánica. Como ella, saca también retoños, y lo único que puede hacer el cuchillo del filósofo es avivar, estimular esas fuerzas. Así como un músculo excitado o cortado más fuerza manifiesta, así un pólipo torturado pone de manifiesto cuanto puede, para resarcirse y completarse. Saca miembros mientras lo permiten sus fuerzas y mientras el instrumento artificial no haya destruido totalmente su naturaleza. En algunas partes, en algunas direcciones, cuando las partes son demasiado pequeñas, cuando sus fuerzas se agotan demasiado, no puede más; todo lo cual no ocurriría si en todo punto estuviera dispuesto el germen preformado. Son poderosas fuerzas orgánicas lo que vemos actuar en él como en el motor de las plantas, y aun mucho más abajo en comienzos más endebles y más oscuros.

3º. Los testáceos son criaturas orgánicas llenas de tanta vida como cabe que se reúna y organice en ese elemento, en esa caparazón. Tenemos que llamarlo sentimiento a falta de otro nombre; pero es sentimiento de caracol o de mar, un caos de las más oscuras fuerzas vitales, sin desarrollar como no sea en unos pocos

miembros. Véanse los delicados cuernos, el músculo que representa el nervio óptico, la boca abierta, el inicio de corazón latiente y ¡qué maravilla! las curiosas fuerzas de reproducción. El animal suple la cabeza, la cornamenta, la mandíbula y los ojos; no sólo construye su caparazón artificial y lo pule, sino que además procrea seres vivos con la misma cáscara artificial, y muchos géneros son a la vez macho y hembra. En él hay, pues, un mundo de fuerzas orgánicas gracias a las cuales la criatura puede hacer en su fase lo que no podría ninguno de los miembros desarrollados, y en los cuales la tenaz formación viscosa actúa tanto más íntima e incansablemente.

4º. El *insecto, criatura tan primorosa en sus efectos, lo es* igualmente en su estructura; sus fuerzas son uniformes según ella y aun según algunas de sus partes. En él todavía es muy poco el espacio que se encuentra para el cerebro y para unos pocos nervios sumamente finos; sus músculos son aún tan delicados que necesitan protegerse del exterior con fuertes cubiertas, y en su organización no hay lugar para la circulación propia de los animales terrestres mayores. Pero fijémonos en su cabeza, en sus ojos, en sus antenas, en sus patas, en su caparazón, en sus alas; obsérvese los enormes pesos que lleva un coleóptero, una mosca, una hormiga, el poder que demuestra una avispa furiosa; véanse los cinco mil músculos que enumeró Lvonet en la nemata del sauce, cuando el poderoso hombre apenas tiene cuatrocientos cincuenta; considérense, por último, las obras de artificio que emprenden con sus sentidos y miembros, y se concluirá que tienen una plenitud de fuerzas existentes en cada una de sus partes. ¿Quién puede ver el temblor de la pata arrancada a una araña o mosca sin advertir cuánta fuerza de estímulo vivo hay en ella aun separada de su cuerpo. La cabeza del animal era aún demasiado pequeña para reunir en sí todos los estímulos vitales; la rica naturaleza los repartió, pues, en todos los miembros, aun los más delicados. Sus antenas son sentidos, sus delicadas patas, músculos y brazos, todo ganglio un pequeño cerebro, y toda fibra excitable casi un corazón latiente; y así pudieron realizarse las delicadas obras de artificio para las cuales están totalmente formadas muchas de esas especies y para las cuales la naturaleza crea organismos y necesidades. ¡Qué primorosa elasticidad tiene el hilo de una telaraña, de un gusano de seda! Y el artífice lo sacó de sí mismo, prueba evidente de que él mismo es todo elasticidad y estímulo, o sea, también en sus actos y obras de artificio un verdadero artífice, una pequeña alma universal que actúa en esa organización.

5º. En los animales de sangre fría es visible aún el mismo predominio del estímulo. Mucho tiempo después de haber perdido la cabeza se agita aún, y con violencia, la tortuga; la cabeza arrancada

de una culebra conserva su mordedura mortal a los tres, ocho y doce días. La convulsa mandíbula de un cocodrilo muerto pudo cercenar el dedo de un incauto, y asimismo, entre los insectos,el aguijón arrancado de una abeja tiende a picar. Véase la rana en su acoplamiento; pueden arrancársele pies y miembros antes de que suelte su objeto. Véase la torturada salamandra; puede perder manos, dedos y pies y piernas y se los procura de nuevo. Tan grandes son y tan omnisuficientes, valga la expresión, las energías vitales orgánicas de esos animales de sangre fría; y, en una palabra, cuanto más ruda es una criatura, es decir, cuanto menos el poder orgánico de sus estímulos y músculos se refina en primorosas energías nerviosas subordinándose a un cerebro mayor, tanto más se muestran en una omnipotencia orgánica difundida que conserva o suple la vida.

6º. Aun de los mismos animales de sangre caliente se ha observado que en unión con los nervios su carne se mueve más indolentemente, y sus entrañas, por el contrario, muestran efectos más violentos de la excitación, cuando el animal está muerto. En la muerte, las convulsiones aumentan en la proporción en que disminuye la sensación, y un músculo que perdió ya su excitabilidad, vuelve a adquirirla si se corta en pedazos. Cuanto mayor es la riqueza nerviosa de una criatura, tanto más parece perder la tenaz energía vital que sólo con dificultades desaparece. Las energías reproductoras de algunos miembros, sobre todo de los muy complejos, como la cabeza, las manos o los pies, se pierden en las llamadas criaturas más perfectas; apenas si en ciertos años pueden éstas rehacer un diente o recomponer una fractura de hueso o una herida. Por el contrario, las sensaciones y representaciones se elevan en estas clases tan notablemente hasta que por último en el hombre se reúnen formando la razón del modo más primoroso y perfecto para un organismo terreno.

Si nos es permitido sacar algunos resultados de estas inducciones que todavía podrían llevarse a mayores detalles, diríamos lo siguiente:

1º. En toda criatura viva parece completo y perfecto el ciclo de las fuerzas orgánicas, sólo que en cada una de ellas está modificado y distribuído de otro modo. En una se halla aún cerca de la vegetación, siendo por ende tan poderoso para la propagación y recomposición de sí mismo; en otros, decrecen esas fuerzas a medida que se distribuyen en miembros más artísticos, en instrumentos y sentidos más refinados.

2º. Sobre las poderosas fuerzas de la vegetación comienzan a actuar los estímulos musculares vivos, muy afines a las fuerzas de la estructura animal de fibras, creciente, retoñante y capaz de recom-

ponerse a sí misma; sólo que aparecen en una forma artificiosamente enmarañada, para un fin de la acción vital más circunscrito y determinado. Todo músculo se halla ya en juego alternativo con muchos otros; no solamente pondrá de manifiesto las fuerzas de las fibras sino las suyas de estímulo vivo en el movimiento en acción. El torpedo ya no recompone sus miembros como la lagartija, la rana o el pólipo; aun en aquellos animales que se reproducen, las partes en que se concentra la fuerza muscular no se recomponen como los miembros que por decirlo así retoñan; el cangrejo puede sacar patas nuevas, pero no la cola. O sea que en las fuerzas del movimiento, artificiosamente complicadas, cesa poco a poco la esfera del organismo vegetativo, o bien se fija en una forma más artificiosa aplicándose a los fines de conjunto de la organización más compuesta.

3º. Cuanto más las fuerzas musculares penetran en la esfera de los nervios, tanto más son captados también en esa organización y obligados a servir a los fines de la sensación. Cuantos más nervios y más refinados tiene, cuanto más éstos se encuentran entre sí varias veces, se robustecen artificiosamente y se utilizan partes y sentidos pobres, cuanto mayor y más refinado es, por último, el lugar de reunión de todas las sensaciones, el cerebro, tanto más inteligible y refinada resulta la especie de estos organismos. Cuando, por el contrario, tenemos animales en que el estímulo domina la sensación y las fuerzas musculares la estructura nerviosa, y en que ésta se utiliza para operaciones y actividades inferiores y especialmente el primero y más enojoso de los impulsos, el hambre, tiene que ser aún el más dominante, entonces, según nuestra medida, la especie resulta en parte informe de estructura, en parte más ruda en su modo de vida.

¿Quién no se alegraría de que un analizador filosófico emprendiera [1] la tarea de hacer una fisiología comparada de varios animales, especialmente de los más próximos al hombre, según esas fuerzas, por experiencias distintas y fijas en la relación de toda la organización de la criatura? La naturaleza nos presenta su obra, que desde fuera es figura velada, recubierto depósito de fuerzas internas. Vemos su modo de vivir; por la fisionomía de su rostro y por la proporción de sus partes adivinamos tal vez algo de lo que ocurre en su interior; pero aquí, en el interior, se nos exponen los mismos instrumentos y medidas de las fuerzas orgánicas, y cuanto más nos aproximamos al hombre, tanto mejor es el medio de comparación

[1] Además de otras obras conocidas, encuentro en las *Obras* de Alexander Monro (Edimburgo, 1781) un "Essai on comparative anatomy", que merecería ser traducido, así como los bellísimos esqueletos animales de la *Osteography* de Cheselden (Londres, 1783) deberían reproducirse en grabado, aunque en Alemania difícilmente podría hacerse con la exacta esplendidez del original.

de que disponemos. Como yo no soy anatomista, me arriesgo a seguir las percepciones de los grandes anatomistas en algunos ejemplos, para que nos sirvan de propedéutica a la estructura y a la naturaleza fisiológica del hombre.

III

EJEMPLOS DE LA ESTRUCTURA FISIOLÓGICA DE ALGUNOS ANIMALES

El elefante[1], por informe que parezca, nos proporciona fundamentos fisiológicos bastantes de su excelencia, tan próxima al hombre, frente a todos los animales vivos. Bien es verdad que su cerebro no resulta muy grande teniendo en cuenta el tamaño del animal; pero sus cavidades y toda su estructura son muy semejantes a las del hombre. "Me quedé asombrado", dice Camper, "al encontrar tamaña semejanza entre la *glandula pinealis,* los nates y testes de ese animal y los de nuestro cerebro; si en alguna parte puede haber un *sensorium commune,* es aquí donde hay que buscarlo". El cráneo es pequeño comparado con la cabeza, porque las fosas nasales se extienden bastante más arriba del cerebro, llenando de aire no sólo la cavidad frontal sino también otras cavidades[2]; y es que para mover la pesada mandíbula se requerían fuertes músculos y grandes superficies que la madre formadora llenó de aire para dispensar a su criatura de un peso insoportable. El cerebro no está situado encima del cerebelo y no lo oprime con su peso; la membrana que separa a ambos está vertical. Los numerosos nervios del animal se dirigen en gran parte a los sentidos más delicados y sólo la trompa recibe tantos como la totalidad de su enorme cuerpo. Los músculos que la mueven salen de la frente; carece totalmente de cartílago, y es instrumento de un sentimiento refinado, de un fino olfato y de facilísimo movimiento; en ella, pues, se reúnen varios sentidos y se controlan mutuamente. El ojo inteligente del elefante (que también en el párpado inferior, a semejanza del hombre y de ningún otro animal, posee pelos y un movimiento muscular delicado) tiene, pues, como vecinos los sentidos sensoriales más delicados, y éstos están separados del gusto, que por lo demás entusiasma al animal. Lo que en otros animales, sobre todo en los car-

[1] Según la descripción que de un elefante nonato hacen Buffon, Deubenton, Camper y en parte Zimmermann.

[2] Las cajas del tímpano y las cavidades de los *processus mammillares,* etc.

nívoros, suele ser la parte dominante del rostro, a saber: la boca, en éste queda pospuesta muy abajo y casi escondida bajo la frente prominente y la trompa levantada. Más pequeña aún es su lengua; las armas de la defensa, que lleva en la boca, se distinguen de los instrumentos destinados a la nutrición; en consecuencia, tampoco está formado para la atroz glotonería. Su estómago es sencillo y pequeño, por grandes que sean los intestinos; por consiguiente, es probable que no lo atormente un hambre feroz como a los animales de rapiña. Con sosiego y pulcritud busca las hierbas, y como el olfato está separado de la boca, necesita para eso más tiempo y cautela. Precisamente para la cautela lo formó la naturaleza en el beber y en toda la pesada estructura de su cuerpo, de suerte que esa cualidad lo acompaña precisamente desde el origen hasta el acoplamiento. El instinto sexual no lo exalta, pues la elefanta pasa nueve meses embarazada como el ser humano, y amamanta en sus pechos a su cría. Idénticas a las del hombre son las fases de su vida: crecimiento, florecimiento, muerte. ¡De qué nobleza dotó la naturaleza a los incisivos transformados en colmillos y cuán fino debe ser su oído para que pueda distinguir en el lenguaje humano entre las expresiones de mandato y las de los sentimientos! Sus orejas son mayores que las de cualquier otro animal, pero delgadas y extendidas en todas direcciones: se abren hacia lo alto, y toda la parte trasera de la cabeza del animal, aunque pequeña, es una caja de resonancia llena de aire. Así supo aligerar la naturaleza la pesadez de la criatura y aparejar la más vigorosa fuerza muscular con la más primorosa economía de los nervios. Rey de los animales por su sensata calma e inteligente pulcritud de los sentidos.

El león, en cambio [1], ¡qué rey de los animales más diferente!

Lo que la naturaleza buscó en él fué la musculatura, no la bondad ni la inteligencia. Hizo su cerebro pequeño y sus nervios tan pequeños como ni siquiera lo son en proporción los nervios de los gatos; los músculos, en cambio, gruesos y fuertes, colocándolos en los huesos en una posición tal que de ellos no puede originarse un movimiento muy variado y primoroso, pero tanto mayor fuerza. Un verdadero gran músculo que yergue el cuello, un músculo de la pata delantera que sirve para sostenerse, una articulación del pie pegada a la garra, ésta grande y curva, de suerte que nunca puede embotarse porque nunca toca el suelo: ésos fueron los dones concedidos al león. Su estómago es largo y muy doblado; su trituración, y por ende su hambre, deben ser espantosos. Su corazón es pequeño, pero delicadas y amplias sus cavidades, mucho más largas

[1] Especialmente según la excelente descripción de Wolff en los *Novi Commentarii Academiae Scientiarum Petropolitanae* ts. XV, XVI; yo desearía que la descripción fisiológico-anatómica de muchos animales se hiciera de este modo.

y anchas que las del hombre. También los tabiques de su corazón son doblemente delgados y las arterias doblemente pequeñas, de suerte que la sangre del león corre a una velocidad cuatro veces superior a la del hombre tan pronto sale del corazón y cien veces superior en las ramificaciones de la sección quince; en cambio, el corazón del elefante late sosegado, casi como en los animales de sangre fría. También la hiel del león es grande y negruzca. Su lengua ancha se extiende redondeada hacia adelante, provista de pinchos de pulgada y media de largo en medio de la parte delantera y con sus puntas vueltas hacia atrás. De ahí lo peligroso de que lama la piel, pues en seguida hace salir sangre provocándole sed de sangre, una sed furiosa aunque sea de la sangre de su amigo y benefactor. Un león que haya probado sangre humana una vez, ya no suelta fácilmente esa presa, porque su surcado paladar ansía esa satisfacción. Además, la leona alumbra varios cachorros, que crecen lentamente; por consiguiente, tiene que alimentarlos mucho tiempo, y su instinto materno asociado a su propia hambre excitan su voracidad. Como la lengua del león lame ásperamente y su hambre ardiente es sed, resulta natural que no lo atraiga la carnaza podrida. Su regio gusto se complace estrangulando por sí mismo a la víctima y bebiéndose la sangre fresca, y a menudo toda su arrogancia de soberano resulta chasqueada. Su sueño es ligero porque su sangre es ardiente y rápida; se torna cobarde cuando está saciado porque no puede guardar provisiones que se descompongan; ni siquiera piensa en eso y en consecuencia sólo el hambre del momento lo impulsa a la valentía. La naturaleza, benévola, amortiguó sus sentidos; su rostro teme el fuego y ni siquiera tolera el brillo del sol; su olfato no llega lejos, pues tampoco por la posición de sus músculos es capaz de dar grandes saltos, no está hecho para la carrera y no le atrae la carroña. Su frente cubierta, surcada, es pequeña en comparación con la parte inferior del rostro, los músculos de animal de rapiña y los huesos de carnívoro. Su nariz es torpe y larga, férreas su cerviz y sus patas delanteras, imponentes su melena y los músculos de la cola; en cambio, la parte posterior del cuerpo es más debil y delicada. La naturaleza gastó sus espantosas fuerzas, y en el sexo, como en lo demás en que no lo atormenta su sed de sangre, hizo de él un animal bondadoso y noble. Así es también fisiológicamente el modo de ser y el alma de esa criatura.

Como tercer ejemplo puede tomarse el perezoso, por su prestigio el último y menos educado de los cuadrúpedos, un trozo del limo que se elevó a organismo animal. Su cabeza es pequeña y redonda, y todos sus miembros también gruesos y redondos, poco desarrollados y abultados. Su cuello es pesado, casi forma una sola pieza con la cabeza. Su pelo se encuentra con el del dorso, como si la naturaleza hubiese formado a ese animal en dos direcciones, in-

cierta sobre cuál elegiría. Por fin eligió como parte principal el vientre y parte trasera, a la cual aun en la posición, figura y todo el modo de vivir se limita a servir la cabeza. La obra maestra está en la parte trasera; el estómago y los intestinos llenan su interior; el corazón, los pulmones y el hígado están mal formados, y parece que le falta la hiel. Su sangre es tan fría que raya en la de los anfibios; de ahí que su corazón arrancado y sus entrañas sigan latiendo mucho después, y el animal, aun sin corazón, siga agitando las piernas como si estuviera aletargado. También en este caso observamos la compensación de la naturaleza en el hecho de que cuando se vió obligada a negar nervios sensibles y aun enérgicas fuerzas musculares, tanto más interiormente extendió y comunicó la viva excitación. Por consiguiente, ese magnífico animal puede parecer más desdichado de lo que es. La gusta el calor, la laxa quietud y se encuentra a gusto sumido en ambas. Cuando no tiene calor, duerme; más aún, como si también le doliera el estar echado, se cuelga con una pata en el árbol, y con la otra come y goza su vida de oruga como un saco colgado a los ardientes rayos solares. La deformidad de sus patas le aprovecha también. El blando animal ni siquiera puede apoyarse en los tenares, a causa de su rara estructura, sino sólo en la convexidad de las garras, como sobre las ruedas del coche, y en consecuencia se escurre lenta y apaciblemente. Sus cuarenta y seis costillas —no las tiene ningún otro cuadrúpedo— son la larga bóveda de su almacén de provisiones y, valga la expresión, los anillos, endurecidos en vértebras, de un voraz saco de hojas, de una oruga.

Terminemos con los ejemplos. Por ellos vemos hacia dónde hay que buscar el concepto de alma e instinto animales cuando seguimos la fisiología y la experiencia: la primera es la suma y el resultado de todas las fuerzas vivas que actúan en un organismo; el segundo, la dirección que la naturaleza dió a todas esas fuerzas por el hecho de que las colocara en tal temperamento y no en otro, de que las organizara en tal estructura y no en otra.

IV

DE LOS INSTINTOS DE LOS ANIMALES

Sobre los instintos de los animales tenemos un excelente libro del bienaventurado Reimarus,[1] que, al igual que el otro suyo sobre la religión natural, será siempre un monumento permanente de su

[1] REIMARUS, *Allgemeine Betrachtungen über die Triebe der Tiere.* Hambur-

espíritu indagador y de su profundo amor a la verdad. Tras sabias y ordenadas disquisiciones sobre las diversas clases de los instintos animales, trata de explicarlos por las ventajas de su mecanismo, de su sentido y de su sensación interna; más aún, cree, especialmente tratándose de instintos artísticos, que es preciso suponer determinadas fuerzas naturales y aptitudes naturalmente ingénitas que ya no admiten otra explicación. Yo no creo lo último, pues la composición de toda la máquina a base de tales fuerzas y no otras, de tales sentidos, nociones y sensaciones, en una palabra: la organización de la criatura misma, fué la más cierta dirección, la más perfecta determinación que la naturaleza podía imprimir a su obra.

Cuando el Creador formó la planta y la dotó de aquellas partes, de aquellas fuerzas de atracción y transformación de la luz, aire y demás entes sutiles que desde el aire y el agua llegan a ella, cuando, por último, la plantó en su elemento, en el cual toda parte manifiesta de modo natural las fuerzas que le son esenciales, me imagino que no necesitaba proveer ningún nuevo y ciego impulso para la vegetación de la criatura. Toda parte con su fuerza viva hace lo suyo, y así se hace patente en toda manifestación el resultado de fuerzas que podía revelarse en tal composición y no en otra. Todas las fuerzas que actúan en la naturaleza son vivas, cada una a su manera; en su interior tiene que haber algo que corresponda a sus efectos del exterior, como suponía también Leibniz y parece enseñarnos toda la analogía. El hecho de que no tengamos un nombre para ese estado interior de la planta o de las fuerzas que actúan aún en ella, es una deficiencia de nuestro lenguaje, pues sensación se emplea únicamente para designar el estado interior que el sistema nervioso nos concede. Cabe que haya una vaga analogía; y si no la hubiera, nada nos enseñaría un nuevo impulso, una fuerza de la vegetación atribuída al todo.

Dos impulsos de la naturaleza se hacen patentes ya en la planta: el instinto de nutrición y el de reproducción; y su resultado son obras de arte a las que difícilmente llega la acción de cualquiera de los insectos artísticos vivos: la yema y la flor. Tan pronto la naturaleza traslada la planta o la piedra al reino animal, se nos muestra más claramente lo que ocurre con los instintos de las fuerzas orgánicas. El pólipo parece que florece como una planta y es un animal; busca y consume su alimento como el animal; saca retoños, y son animales vivos; se prepara, cuando puede, la más grande obra de arte que haya ejecutado jamás criatura viviente. ¿Hay algo que supere lo artístico de la casa de un caracol? La celda de las abejas

go, 1773. En la misma obra se inician estudios sobre las particulares clases de los instintos formativos de los animales, a las que va unido el bello y extenso tratado de J. A. H. Reimarus, sobre la naturaleza de los zoófitos.

tiene que inclinarse ante ella; el capullo de la oruga y el del gusano de seda tienen que rendirse ante el arte de la flor. ¿Y con qué elabora aquello la naturaleza? Mediante internas fuerzas orgánicas que, poco distribuídas todavía en partes, yacían amontonadas, y sus giros, las más veces adaptados a la marcha del sol, formaron esa estructura regular. Partes sacadas de su interior, proporcionaron la base, como la araña saca el hilo de su parte inferior, y el aire tuvo que limitarse a agregar partes más duras o más groseras. Me imagino que esos tránsitos nos enseñan suficientemente en qué se fundan todos los instintos animales, aun los de los animales que trabajan con arte, a saber: en fuerzas orgánicas que actúan en esa medida y no en otra, en tales estructuras y no en otras. Depende de los nervios de la criatura el que esto se haga con mayor o menor sensación: pero, además de éstos, existen aún fuerzas musculares y fibras llenas de vida vegetal que crece y se restablece, dos especies de fuerzas, independientes de los nervios, que suplen suficientemente para la criatura lo que le falta de cerebro y nervios.

Y así la naturaleza misma nos conduce a los instintos artísticos, que de preferencia se suelen atribuir a algunos insectos: la causa no es otra sino que su obra de arte nos salta más a la vista y la comparamos ya con nuestras obras. Cuanto más diferenciados estén los instrumentos en una criatura y cuanto más vivos y primorosos resulten sus estímulos, tanto menos puede extrañarnos el percibir efectos que ya no pueden ser producidos por animales de estructura más grosera y de una excitabilidad más embotada, aunque por otra parte puedan tener otras ventajas. Precisamente la pequeñez de la criatura y su delicadeza llevan al arte, pues éste no puede ser otra cosa que el resultado de todas sus sensaciones, actividades y estímulos.

También en este caso son los ejemplos los que pueden decirnos lo mejor, y la fiel diligencia de autores como Swammerdam, Réamur, Lyonet, Rösel, etc. nos han trazado del modo más bello los ejemplos a nuestros ojos. ¿Qué es el tejer de la oruga sino lo que tantas otras criaturas hacen sin arte al mudar de piel? La serpiente se desprende de su piel, el pájaro de sus plumas, muchos animales terrestres cambian su pelo: con ello se remozan y restauran sus fuerzas. La oruga se remoza también, sólo que de modo más duro, más primoroso, más artístico; se desprende de su envoltura de espinas, en la cual quedan prendidos algunos de sus pies, y en tránsitos lentos y más rápidos pasa a un estado totalmente nuevo. Para ello le dió fuerzas la primera fase de su vida en que como oruga se cuidaba sólo de su nutrición; ahora tiene que atender además a la conservación de su especie, y para configurarse para eso trabajan sus anillos y actúan sus miembros. Por consiguiente, en la organización de esa criatura, la naturaleza se limitó a seguir descomponiendo las

fases de la vida y los instintos, dejando que éstos se preparen orgánicamente en sus peculiares tránsitos, tan involuntarios para esa criatura como el cambio de piel para la serpiente.

¿Qué es el tejer de la araña sino el yo de la araña prolongado para conservar su presa? Cual el pulpo extiende sus tentáculos para agarrarla, al igual que ella obtuvo sus garras para retenerla, recibió también las papilas entre las cuales saca los hilos para cazar la presa. Recibió jugo de ése más o menos para tantos hilos como necesita para su vida, y si no está satisfecha con ellos tiene que acudir a medios desesperados o morir. Quien organizó todo su cuerpo y todas las fuerzas alojadas en él, la formó también orgánicamente para ese tejido.

No es distinto lo que dice la república de las abejas. Sus distintas categorías están formadas cada una para su fin, y están en comunidad porque ninguna categoría podría vivir sin las demás. Las obreras están organizadas para acumular miel y para construir las celdas. Cosechan aquélla como todo animal busca su alimento y aun, cuando lo exige su modo de vivir, lo concentran en su depósito y lo ordenan. Construyen sus celdas como tantos otros animales se construyen sus alojamientos, cada cual a su manera. Como son asexuales, alimentan las crías de la colmena como otros alimentan sus propias crías, y matan a los zánganos como todo animal mata a otro que le roba sus provisiones y le estorba en su morada. Como todo eso no puede suceder sin sentido y sentimiento, es, sin embargo, mero sentido de abeja, sentimiento de abeja; no el mero mecanismo que le atribuye Buffon ni la desarrollada razón matemático-política que otros imaginan para esas criaturas. Su alma está encerrada en esa organización e íntimamente entretejida con ella. Por consiguiente, actúa en consonancia con ella; artística y primorosamente, pero de modo angosto y en un ámbito muy reducido. La colmena es su mundo, y el Creador distribuyó su actuación triplemente mediante una triple organización.

Tampoco debemos dejarnos desorientar con la palabra destreza cuando vemos que en muchas criaturas ese arte orgánico aparece inmediatamente después de su nacimiento. Nuestra destreza proviene de ejercicios; la suya, no. Una vez formado totalmente su organismo, también sus fuerzas están totalmente en juego. ¿Quién tiene la máxima destreza en el mundo? La piedra que cae, la flor que florece, cae o florece según su naturaleza. El cristal se cristaliza de modo más hábil y regular de lo que construye la abeja o teje la araña. En aquél no hay más que ciego instinto orgánico que no puede faltar; en éstas el instinto se halla organizado ya para el empleo de varios instrumentos y miembros, que pueden faltar. El sano y poderoso acuerdo de éstos para un fin, es lo que hace la destreza cuando la criatura está totalmente formada.

Vemos, en consecuencia, que cuanto más asciende la criatura disminuye el instinto incontenible y asimismo la destreza exenta de errores. Y es que el principio orgánico de la naturaleza, único, que ora denominamos formativo, ora impulsivo, ora sensible, ora artísticamente constructivo, aunque en el fondo es siempre una sola fuerza orgánica, cuanto más distribuído está en instrumentos y miembros heterogéneos, cuanto más en cada uno de ellos tiene un mundo peculiar, hallándose expuesto asimismo a obstáculos y errores propios, tanto más débil resulta el instinto y tanto más cae bajo el imperio de la voluntad y en consecuencia también del error. Las distintas sensaciones requieren ser pesadas unas con otras y sólo luego conciliadas entre sí; ¡adiós, pues, instinto arrebatador, guía infalible! El vago estímulo que en cierto ámbito, aislado de todo lo demás, encerraba en sí una especie de omnisciencia y omnipotencia, está separado ahora en ramas y ramificaciones. La criatura capaz de aprender tiene que aprender porque por naturaleza sabe menos; pero también gracias a su apartamiento, al refinamiento y distribución de sus fuerzas, obtuvo nuevos medios de eficiencia, mayor número de instrumentos y más primorosos para definir entre sí las sensaciones y elegir las mejores. Lo que pierde en intensidad de instinto, lo suple con la ampliación y la más primorosa concordancia, habiéndose capacitado para un más refinado goce de sí mismo, para un uso más libre y diverso de sus fuerzas y miembros, y todo eso, me atrevería a decir, porque su alma orgánica está descompuesta de modo más diverso y primoroso en sus instrumentos. Examinemos algunas leyes maravillosamente bellas y sabias de ese desarrollo progresivo de las criaturas tal como el Creador las acostumbró paso a paso cada vez más a una unión de varios conceptos o sentimientos, así como a un uso peculiar más libre de varios sentidos y miembros.

V

DESARROLLO DE LAS CRIATURAS HACIA UNA UNIÓN DE VARIOS CONCEPTOS Y PARA UN USO PECULIAR MÁS LIBRE DE SENTIDOS Y MIEMBROS

1. En la naturaleza inerte, todo se halla aún en un solo impulso, oscuro pero poderoso. Las partes avanzan conjuntamente movidas por fuerzas internas; toda criatura trata de obtener figura y se forma. En ese impulso está incluído todo aún; pero atraviesa indestructiblemente también todo el ser. Las más pequeñas partes de los cristales y sales son cristales y sales; su fuerza formativa actúa

en la más pequeña partícula como en el conjunto, indivisible desde fuera, indestructible desde dentro.

2. La planta se diferenció en cañas y demás partes; su impulso empieza a modificar esas partes según él, a pesar de que en conjunto sigue actuando aún uniformemente. La raíz, el tronco y las ramas absorben, pero de distinto modo, por distintos conductos, distintos entes. El impulso del conjunto se modifica, pues, con ellos, mas en conjunto sigue siendo el mismo, ya que la propagación es sólo un florecer del crecimiento; los dos impulsos son inseparables en virtud de la naturaleza de la criatura.

3. En el reino animal, la naturaleza empieza a separar imperceptiblemente algunos instrumentos y en consecuencia también las fuerzas que les son inherentes; los instrumentos de la nutrición se tornan visibles; el fruto se desprende ya en el cuerpo materno, aunque siga alimentándose en él a modo de planta. Muchos pólipos surgen de un tronco; la naturaleza los puso en el mismo lugar dispensándolos aún de tener movilidad propia: también el caracol tiene aún un ancho pie con el cual se adhiere a su casa. Más indivisos y oscuros entre sí permanecen aún los sentidos de esas criaturas; su instinto actúa lenta e interiormente; el acoplamiento del caracol dura muchos días. De esta suerte, la naturaleza dispensó hasta donde pudo de diversidad esos comienzos de la organización viviente, pero, en cambio, encubrió más a fondo y unió más firmemente lo diverso en un oscuro estímulo sencillo; la vida tenaz de los caracoles es casi indestructible.

4. A medida que fué ascendiendo observó precisamente la sabia cautela de acostumbrar sólo paulatinamente a la criatura a una pluralidad de sentidos e instintos separados. El insecto no podía ejercer de una vez todo lo que tenía que ejercer; tiene que modificar, pues, su figura y su modo de ser para poder satisfacer ora como oruga el instinto de la nutrición, ora como mariposa el de la reproducción; no era capaz para ambos en una sola figura. Una sola clase de abejas no podía llevar a cabo todo lo requerido para el goce y propagación de esa especie; en consecuencia, la naturaleza dividió, e hizo a unas obreras, a otras fecundadoras y a otras procreadoras; todo mediante una pequeña modificación del organismo, gracias a la cual las fuerzas de toda la criatura recibían otra dirección. Lo que no pudo ejecutar en un solo modelo, lo descompuso por separado en tres modelos que pertenecían a la misma especie. De esta suerte enseñó a las abejas la tarea que les incumbe distribuyéndola en tres especies, del mismo modo que enseñó a la mariposa y otros insectos su oficio en dos figuras distintas.

5. A medida que ascendía más arriba, que quería acrecentar el empleo de varios sentidos y por ende de la voluntad, tanto más

suprimió miembros innecesarios y simplificó la estructura del interior y del exterior. Con la piel de la oruga se eliminaron pies que ya no necesitaba la mariposa; los muchos pies de los insectos, sus varios y diversos ojos, sus antenas y otras varias clases de instrumentos, se pierden al llegar a las criaturas superiores. En aquéllos había poco seso en la cabeza; éste estaba dispuesto hacia abajo a lo largo de la medula, y todo ganglio era un nuevo centro de la sensación. Por consiguiente, el alma de la pequeña criatura artífice estaba extendida por todo su ser. A medida que aumentaban la voluntad y facultades intelectuales de la criatura, tanto mayor se tornaba la cabeza y tanto más provista de cerebro; las tres partes principales del cuerpo se disponen entre sí en diversas proporciones, pues en los insectos, gusanos, etc., no existía todavía tal proporción. ¡Con qué grandes y poderosas colas se arrastran aún por la tierra los anfibios! Sus pies están apartados entre sí de modo disforme. En los animales terrestres, la naturaleza eleva a la criatura; las patas se tornan más altas y se juntan más; la cola, con sus progresivas vértebras, se hace más angosta y corta; pierde las groseras fuerzas musculares del cocodrilo y se hace más flexible, más fina, hasta que en los animales más nobles queda reducida a un rabo cubierto de pelo, y por último la naturaleza, al aproximarse a la figura vertical, suprime totalmente la cola. Ha hecho subir más arriba su medula para emplearla en partes más nobles.

6. Al encontrar, pues, la artista plasmadora la proporción del animal terrestre, la mejor en que esas criaturas podían ejercer conjuntamente ciertos sentidos y fuerzas aprendiendo a unirlos en una forma de pensamientos y sensaciones, aunque según la destinación y modo de vida de cada especie modificó también su formación y a base precisamente de las partes y miembros creó para cada género su propia armonía del conjunto y, por consiguiente, también su propia alma distinta orgánicamente de todos los demás géneros, conservó empero entre todos cierta semejanza y pareció que seguía un solo fin principal. Este fin principal es, notoriamente, aproximarse a la forma orgánica, en la cual tiene lugar la máxima reunión de conceptos claros y el más heterogéneo y libre uso de distintos sentidos y miembros; y es precisamente eso lo que hace que los animales sean más o menos parecidos al hombre. No es un juego de capricho sino un resultado de las variadas formas para el objeto para el cual la naturaleza quiso reunirlas, a saber: para el ejercicio de los pensamientos, sentidos, fuerzas y deseos; en esta relación, no podían menos que unirse así para estos fines y no para otros. Las partes de todo animal se hallan en su fase en la más estrecha proporción entre sí, y yo creo que están agotadas todas las formas en que sólo un ser vivo podía prosperar en nuestra tierra. Al animal se concedió una marcha de cuadrúpedo, pues

todavía no podía utilizar sus patas delanteras como manos humanas; en cambio, mediante la marcha de cuadrúpedo le resultaba lo más fácil su postura, su andar, su salto y el uso de todos sus sentidos animales. Su cabeza se inclina aún hacia la tierra, pues de ésta busca el alimento. El olfato predomina en la mayor parte de ellos, porque tiene que despertar o guiar al instinto. Uno tiene más agudo el oído, otro la vista. Y de esta suerte la naturaleza, no sólo en la formación de los animales cuadrúpedos en general, sino en la de todo género en particular, eligió las proporciones de las fuerzas y sentidos que mejor podían ejercerse conjuntamente en esa organización. Según ella prolongó o acortó los miembros, robusteció o atenuó las fuerzas. Toda criatura es un numerador en el gran denominador que es la naturaleza misma, pues aun el hombre no es sino una fracción del todo, una proporción de fuerzas que había de formarse en un todo en esta organización y no en otra mediante la asistencia solidaria de muchos miembros.

7. Por consiguiente, en una organización de la tierra tan pensada en todos sus extremos, era necesariamente imposible que una fuerza estorbara a otra, un instinto a los demás, y es de infinita belleza el cuidado que la naturaleza invirtió en eso. La mayor parte de los animales tienen su clima determinado, y es precisamente en él donde más fácil les resulta su alimentación y educación. Si la naturaleza los hubiera formado indeterminadamente en zonas más soportables ¡en qué estado de miseria y salvajismo hubieran caído ciertas especies hasta que hubiera sobrevenido su ruina! Todavía es posible ver esto en las dúctiles especies que siguieron a la de los seres humanos en todos los países; en cada paraje se han desarrollado de otra manera, y el perro que volvió al estado salvaje se ha convertido en una fiera terrible, por esta sola circunstancia. Más le hubiera perturbado a la criatura el instinto de procreación si se le hubiera dejado de manera indeterminada, pero también la madre creadora le puso trabas. Ese instinto despierta en una época determinada en que el calor orgánico del animal alcanza su punto más alto, y como éste se logra por medio de las revoluciones físicas del crecimiento, estación del año y abundancia de alimento, y la benévola proveedora determinó también por esos factores el tiempo del embarazo, se pensó así en el adulto y en el joven. El joven viene al mundo cuando puede prosperar por su cuenta, o bien debe seguir en el huevo hasta que haya venido la estación mala, hasta que un sol más propicio le despierte; el adulto sólo seguirá su instinto mientras no le perjudique en nada. También se rigen por esto en las relaciones de ambos sexos la intensidad y duración de este instinto.

Por encima de toda ponderación está el benéfico amor maternal con que de este modo la naturaleza educa, por decirlo así, y

acostumbra activamente a toda criatura viva para actividades, virtudes y pensamientos propios de su organización. Así la concibió de antemano poniendo esta fuerza en tal organización y no en otra, y así obligó a la criatura a ver, desear y moverse en esta organización, como ella había pensado de antemano, y en los límites de esta organización le dió necesidades, fuerzas y espacio.

En el corazón humano no se halla virtud ni instinto que no tenga su análogo en el mundo animal, y al cual la madre creadora acostumbró orgánicamente al animal. Èste debe procurar por sí mismo, debe aprender a amar a los suyos; la necesidad y las estaciones del año lo obligan a la sociedad, aunque sólo sea a viajes en común. El instinto del amor obliga a tal criatura, y la necesidad obliga a tal otra al matrimonio, imponiendo así una especie de república, un orden social. Por oscuramente que todo esto suceda y por breve que sea la duración de más de un proceso, la impresión de esto está en la naturaleza de los animales y vemos que esa impresión es poderosa, vuelve de nuevo y hasta en esa criatura es irresistible, inextinguible.

Cuanto más oscuro se desarrolla todo, tanto mayores son sus efectos; cuantos menos son los pensamientos que los unen, cuanto menos frecuentes los apetitos, tanto más fuertes son los instintos y tanto más completos sus efectos. En todas partes hay prototipos de procedimientos humanos en los que también se ejercitan los animales, y si vemos que tienen un sistema nervioso como nosotros, un cuerpo semejante al nuestro, unas necesidades y una manera de vivir similares a las nuestras, querer tratarlos como máquinas sería un pecado contra la naturaleza como cualquier otro.

Tampoco hay que asombrarse, pues, de que cuanto más parecida al género humano sea una especie tanto más disminuya su arte mecánico, pues es notorio que esa especie se ejercita ya en un grupo de pensamientos precursores de los humanos. El castor, que es todavía una rata de agua, construye artificialmente. El zorro, la marmota y otros animales semejantes poseen sus obradores artificiales subterráneos; el perro, el caballo, el camello, el elefante, ya no necesitan este arte; tienen pensamientos semejantes a los seres humanos, y obligados por la naturaleza creadora se ejercitan en instintos semejantes a los humanos.

VI

DIFERENCIA ORGÁNICA ENTRE LOS ANIMALES Y LOS SERES HUMANOS

Se hizo un elogió falso de nuestro linaje cuando se afirmó que en él se encuentran en el más alto grado la fuerza y las habilidades de todas las demás especies. El elogio es indemostrable y contradictorio en sí mismo, pues es evidente que una fuerza anularía a la otra y el ser humano no tendría deleite alguno de su manera de ser. ¿Cómo podría compadecerse que el ser humano floreciera como las flores, palpara como las arañas, construyera como las abejas, libara como las mariposas, y al mismo tiempo poseyera la fuerza muscular del león, la trompa del elefante y el arte del castor? Y en verdad ¿posee o abarca una de estas fuerzas con la intensidad que la criatura la goza y ejercita?

Por otra parte, no diré que se haya pretendido rebajarlo a la condición de animal, pero *sí* negarle el carácter de su linaje y convertirlo en un animal degenerado, que si bien aspira a altas perfecciones, ha perdido por completo las propiedades de su especie. Pues bien, también eso está notoriamente en contra de la verdad y de la evidencia de su historia natural. Actualmente posee propiedades que ningún animal tiene y ha llevado a cabo obras que, para el bien y para el mal, sólo a él le pertenecen. Ningún animal devora a su igual por glotonería, ningún animal asesina a sangre fría a alguien de su especie por orden de un tercero. Ningún animal tiene habla como la tiene el hombre y menos aún escritura, tradición, religión, leyes voluntarias y derecho. Ningún animal, por último, tiene la cultura, el vestir, la vivienda, el arte, su manera de vivir indefinida, sus instintos desenfrenados, sus opiniones fluctuantes, con que cada individuo del linaje humano se distingue de otro. No investigamos todavía si tales cosas son provechosas o nocivas para nuestra especie; bastará decir que forman el carácter de nuestra especie. Como sea que todo animal permanece completamente fiel al modo de ser de su raza y sólo nosotros hemos escogido por diosa, no a la necesidad sino a la arbitrariedad, es el hecho de esta diferencia lo que debe investigarse, pues es innegable. La otra cuestión es saber cómo el ser humano ha llegado a ese extremo, si esta diferencia le viene de origen, o si ha sido aceptada o afectada; es una cuestión de otra clase, de carácter puramente histórico, y también aquí la perfectibilidad y la corruptibilidad, en las que hasta ahora no ha sido imitado por animal alguno, deben

haber pertenecido al carácter distintivo de su especie. Dejemos a un lado toda metafísica y atengámonos a la fisiología y a la experiencia.

1. La postura del ser humano es erecta; en eso es único sobre la tierra. Pues aunque también el oso tiene pies anchos y se pone derecho cuando lucha, aunque el mono y el pigmeo a veces caminen o corran con dos pies, sólo en la especie humana es natural y constante esta manera de andar. Su pie es más firme y más ancho, tiene un dedo gordo más largo, pues el mono sólo tiene un pulgar, también su talón se ajusta al suelo. Todos sus músculos se acomodan a esta posición. Las pantorrillas están ensanchadas, la pelvis retraída, las caderas separadas, la espalda está poco encorvada, el pecho ensanchado; tiene clavícula y hombros, los dedos son de primorosa sensibilidad, la cabeza se levanta sobre los músculos del cuello como corona del edificio: el ser humano es ἄνθρωπος, la criatura que puede mirar a lo lejos, por encima de sí y a su alrededor.

Ahora bien, hay que conceder que esta manera de andar de los hombres no es tan esencial que cualquier otra le sea tan imposible como el volar. No sólo los niños prueban lo contrario, sino que los propios seres humanos que se han desarrollado entre animales, lo han demostrado por experiencia. Se conocen unas once o doce personas[1] de esta categoría, y aunque no todas ellas se hayan observado y descrito con precisión, nos ofrecen algunos ejemplos claros de que la naturaleza dúctil del ser humano no hace completamente imposible para él ni siquiera la manera de andar que le es menos adecuada. Su cabeza así como su abdomen están más adelante; el cuerpo también puede caer hacia adelante como la cabeza cuando dormita. Ningún cuerpo muerto puede permanecer de pie y sólo mediante incalculable y continua actividad es posible nuestra manera artificial de andar y estar de pie.

También es comprensible que a consecuencia de andar como animales muchos miembros del cuerpo humano modifiquen su forma y condición, como lo demuestra el ejemplo de los seres que se han vuelto salvajes. El muchacho irlandés que Tulplus describe tiene una frente plana, un cogote más elevado, una amplia garganta enclavada, una lengua gruesa que casi sale del paladar, un epigastrio muy entrado, como debe ser precisamente en los que marchan a cuatro pies. La muchacha holandesa que todavía marchaba de pie y cuya naturaleza femenina se conservaba al extremo de cubrirse con un delantal de paja, tenía una piel marrón, áspera y gruesa, y un pelo largo y espeso. La muchacha que fué detenida en

[1] Se encuentran en el sistema de la naturaleza de Linneo, en los apéndices de Martini a Buffon y en otros estudios.

Songi (Champagne) tenía aspecto negroide, dedos fuertes y uñas largas, y sus pulgares eran esencialmente tan largos y fuertes que con ellos se movía de árbol a árbol como si fuera una ardilla. Su marcha rápida no era un andar, sino unos pasitos voladores y deslizantes, mientras que en sus pies casi no se podía observar movimiento alguno. El sonido de su voz era fino y débil, su grito penetrante y terrible. Tenía una agilidad y una fuerza extraordinarias y fué tan difícil desacostumbrarla de su antigua alimentación, carne cruda y sangrienta, pescado, hojas y raíces, que no sólo buscaba la manera de huir, sino que estuvo muy gravemente enferma y sólo pudo restablecerse chupando sangre caliente que le servía de bálsamo. Sus dientes y sus uñas cayeron cuando tuvo que acostumbrarse a nuestra comida; dolores insoportables se apoderaron de su estómago y de sus intestinos, su garganta estaba especialmente sedienta y seca. Prueba clara de cómo la dúctil naturaleza humana, aun con seres humanos nacidos y desarrollados durante cierto tiempo entre nosotros, puede en pocos años acostumbrarse a la manera más baja del vivir animal, cuando un accidente desgraciado la lleva a él.

Ahora podría describirse también el sueño feo de lo que hubiera sido la humanidad de haber sido condenada a este destino, si en el vientre de una madre cuadrúpeda se hubiera formado como feto animal; ¿qué potencias se hubieran reforzado y debilitado así; cuál sería la manera de andar de los animales humanos, su educación, su manera de vivir, su figura, etcétera? ¡Lejos de mí ese cuadro desdichado y horrendo! ¡Fea antinaturaleza del hombre natural! Ni existes en la naturaleza ni te representará así una sola pincelada de mis colores.

2. El andar de pie del ser humano es su exclusiva manera natural; más aún: es la organización para la misión de su especie y su carácter distintivo.

No se ha encontrado en la tierra un solo pueblo cuadrúpedo; los más salvajes andan de pie, aunque algunos por su cultura y su manera de vivir se acercan a los animales. Inclusive las autómatas de Diodoro así como otros miembros fabulosos de escritores antiguos y de la Edad Media andan con dos piernas, y no puedo comprender cómo la raza humana, de haber tenido como natural esta baja manera de vivir, se hubiera levantado jamás hacia otra tan forzada y artificial. ¡Cuántos esfuerzos hubo que realizar para acostumbrar de nuevo a nuestra manera de vivir y a nuestra alimentación a los seres humanos que habían vuelto a la vida salvaje! Y sólo habían vuelto al estado salvaje, sólo estuvieron unos años bajo ese régimen irracional. La muchacha esquimal tenía todavía nociones de su estado precedente, restos de su idioma e instintos hacia su patria; y, sin embargo, su razón estaba prisionera en el mundo animal; no conservaba recuerdo alguno de sus viajes y de toda su

situación salvaje. Los otros no sólo carecían de lenguaje, sino que en parte estaban condenados a no poder hablar nunca un idioma humano. Y si el hombre animal hubiera permanecido durante miríadas en este estado inferior, si en el vientre de la madre hubiera sido preparado ya como cuadrúpedo para otras condiciones muy distintas ¿habría abandonado libremente esa posición para ponerse de pie? ¿De la fuerza del animal, que eternamente le tira hacia abajo, hubiera podido llegar a convertirse en un ser humano y encontrar el lenguaje humano, antes de ser hombre? Si el ser humano hubiera sido animal cuadrúpedo, lo hubiera sido durante millares de años; seguramente lo sería todavía y sólo un milagro de la nueva creación lo hubiera convertido en lo que es ahora, que es como lo conocen toda la historia y experiencia.

¿Por qué suponer, pues, paradojas indemostrables, completamente contradictorias, cuando la complexión del ser humano, la historia de su especie y finalmente, como me parece, toda la analogía de la organización de nuestra tierra nos conduce a otra interpretación? Ninguna criatura que conozcamos se salió de los orígenes de su organización para prepararse otra contraria; pues sólo dispone de las fuerzas que se encontraban en su organización, y la naturaleza conoce bastantes caminos para retener a cualquier viviente sobre el principio que le asignara. En el ser humano todo es función de la figura que ahora tiene; por ella se aclara toda su historia, sin ella nada, y como en ella, como sublime figura divina y principal belleza artificial de la tierra, parecen convergir también todas las formas de formación animal, sin ésas, así como sin el reino del ser humano, la tierra parecería privada de sus joyas y de su corona dominadora: ¿por qué pretendemos arrojar al polvo esta corona de nuestra selección y nos obstinamos en no ver precisamente el centro del círculo en el cual parecen juntarse todos los radios? Cuando la madre creadora terminó su obra y agotó todas las formas posibles en esta tierra, se detuvo a meditar sobre sus obras y al ver que con todas ellas le faltaba a la tierra el adorno más delicado, su regente y segundo creador, entonces meditó, juntó todas las creaciones y formó con ellas su obra principal: la belleza humana. Maternalmente ofreció su mano a su última criatura artificial y dijo: "¡Levántate de la Tierra! Abandonado a ti mismo serías un animal como cualquier otro; pero por especial benevolencia y amor levántate y sé el dios de los animales". Quedemos con mirada agradecida en esta sagrada obra de arte de la bondad gracias a la cual nuestra especie se tornó linaje humano; con admiración veremos cómo en la figura erecta de la humanidad comenzó una nueva organización de fuerzas y cómo únicamente gracias a ella el hombre se tornó ser humano.

LIBRO CUARTO

I

EL SER HUMANO ESTÁ ORGANIZADO PARA LA ACTIVIDAD RACIONAL

El orangután es semejante al hombre en el interior y en el exterior. Su cerebro tiene la misma forma que el nuestro; tiene un pecho ancho, espaldas planas, un rostro similar, un cráneo semejante; el corazón, los pulmones, el hígado, el bazo, el estómago y los intestinos son como en el hombre. Tyson[1] ha indicado 48 partes que se parecen más a nuestra especie que a la de los monos, y las acciones que de él se cuentan, sus tonterías, sus vicios y quizás también sus enfermedades periódicas, le hacen similar al ser humano.

Naturalmente también en su interior, en las reacciones de su alma, debe existir algo semejante al ser humano, y los filósofos que quieren reducirlo a la categoría de los pequeños animales artífices, se equivocan, a mi manera de ver, en el medio de comparación. El castor construye, pero lo hace instintivamente; su máquina en conjunto está hecha para ello, pero no sirve para otra cosa; no es apto para el trato propio de los seres humanos ni puede participar en nuestros pensamientos y pasiones. El mono, por el contrario, ya no posee un instinto determinado; su capacidad de pensar se encuentra muy próxima a la razón, junto al mísero margen de la imitación. Lo imita todo y en su cerebro deben también agitarse millares de combinaciones de ideas sensatas, como ningún otro animal es capaz; pues ni el sabio elefante ni el perro domesticado obran como él actúa; él quiere perfeccionarse. Pero no puede; la puerta está cerrada, pues la vinculación de las ideas extrañas con las suyas es imposible para su cerebro, y hasta podría decirse que también el tomar posesión de lo imitado. La mona que Bontins describe, poseía pudor y se cubría con la mano cuando entraba un extraño; gemía, lloraba y gritaba, revelando maneras de ser humanas. Los monos

1 Tyson, *Anatomy of Pygmy compared with that of a Monkey, an ape and a man*. Londres, 1751, págs. 92-94.

que Battel describe salen en sociedad, se arman con palos y expulsan a los elefantes de su recinto; atacan a los negros y se sientan alrededor del fuego, pero no tienen el entendimiento de conservarlo. El mono de De la Brosse se sienta a la mesa, se sirve del cuchillo y del tenedor, se enoja, se entristece, tiene todos los afectos humanos. El amor de la madre por sus hijos, su educación y adaptación a sus juegos y las artes de la vida de los monos, el orden en su república y en sus excursiones, las penas que les impone por faltar a las leyes, lo mismo que su astucia graciosa y su maldad, junto con una serie de rasgos incontestables, son pruebas suficientes de que en su interior son criaturas tan semejantes a lo humano como en el exterior. Buffon malgasta la corriente de su elocuencia cuando impugna algunas veces la uniformidad del organismo de la naturaleza interior y exterior; los hechos que él mismo ha recogido, le contradicen bastante, y la uniformidad del organismo de la naturaleza interior y exterior, si se define como es debido, resulta innegable en todas las formaciones de los seres vivientes.

¿Qué les faltaba, pues, a estas criaturas semejantes al hombre, que no se convirtieron en seres humanos? ¿Sólo el habla? Con mucho esfuerzo se ha procurado educarlos, y si fueran capaces de hablar, ellos que lo imitan todo, habría sido lo primero que habrían imitado sin aguardar instrucción alguna. O ¿reside la dificultad en sus órganos? Tampoco; aunque comprendieran el contenido del lenguaje humano, todavía no se ha dado el caso de que un mono, a pesar de que siempre gesticula, haya llegado jamás a hablar en pantomima con su amo y discurrir con movimientos humanos. Forzosamente tiene que residir en otra cosa, que cierra al desdichado la puerta de la inteligencia humana, dejándole quizá el oscuro sentimiento de estar tan cerca y no pertenecer a ella.

¿Qué pudiera ser? Sorprende que después de un examen detenido todas las diferencias parecen estar en parte del modo de andar. El mono está formado para que pueda andar de pie y en esto es más semejante al hombre que sus hermanos; pero no está formado completamente para ello y parece que esta diferencia se lo quita todo. Permítasenos seguir este aspecto y la misma naturaleza nos guiará por el camino en el cual hemos buscado el primer punto de la dignidad humana.

El orangután [1] tiene brazos largos, manos grandes, muslos cortos, pies grandes con dedos largos; pero el pulgar de su mano y el dedo gordo del pie son pequeños; Buffon y antes de él Tyson des-

[1] Véase CAMPER, *Kort Berigt wegens de Ontleding van verschiedene Orang-Outangs, Amsterdam,* 1780. Sólo conozco ese estudio a base del detallado extracto de *Göttingische gelehrte Anzeige* (apéndice 29 de septiembre de 1780), y es de esperar que junto con el tratado sobre los instrumentos del lenguaje se incluya en la colección de obras menores de ese anatomista (Leipzig, 1781).

cribían al mono como cuadrumano; y en estos pequeños miembros le falla notoriamente la base para tener categoría humana. La parte posterior de su cuerpo es flaca, su rodilla más ancha que la del hombre y no tan baja; los músculos que mueven la rodilla penetran más profundamente en los muslos, por lo cual no puede permanecer completamente derecho, sino siempre con las rodillas dobladas como si aprendiera a ponerse de pie. La cabeza del hueso del muslo cae de su articulación sin traba, los huesos de la pelvis están como en los animales cuadrúpedos, las últimas vértebras cervicales tienen apófisis muy puntiagudas, que dificultan que la cabeza se retuerza para atrás; por lo tanto, no ha sido formado para estar derecho y son espantosas las consecuencias que de ahí resultan. Su cuello es corto y la clavícula es larga, lo que hace parecer que la cabeza se esconde entre los hombros[1]. Ésta tiene una parte anterior mayor, mandíbulas prominentes, nariz achatada, los ojos muy juntos, el globo ocular se empequeñece hasta el punto de no verse blanco en la córnea. La boca, por el contrario, es grande, el vientre grueso, el pecho largo, la espalda como quebradiza; las orejas sobresalen como ocurre en los animales, las órbitas están cerca una de la otra, la articulación de la cabeza no se encuentra en el centro del área como sucede con los hombres, sino hacia atrás como ocurre con los animales; el maxilar superior, por el contrario, se inclina hacia adelante, y el hueso intermediario incrustado propio del mono *(os intermaxillare)* es la última parte de la cara humana[2], pues por esta estructura de la cabeza con la parte inferior prominente y la superior echada hacia atrás, por su misma posición sobre el cuello, por todo el trazado de la columna vertebral, el mono se quedó en animal, por más que pueda parecerse al ser humano.

Para prepararnos a esta conclusión, permítasenos pensar en ciertos rostros humanos que aunque sólo muy remotamente parecen lindar con el animal. ¿Qué hace animales a los seres? ¿Qué les da ese aspecto de infamante grosería? La mandíbula prominente, la cabeza hacia atrás, en resumen: la más remota semejanza con la organización del cuadrúpedo. Tan pronto como cambia el centro de gravedad en que se apoya el cráneo humano en su noble convexidad, aparece la cabeza pegada a la espalda, se adelanta la dentadura, la nariz se ensancha chata y animalmente, se van juntando las órbitas, la frente va hacia atrás y adquiere por ambos lados la depresión fatal del cráneo del mono. La cabeza termina en punta por arriba

1 Véase en Tyson la representación de esta triste figura de frente y por detrás.

2 Puede verse una representación de este hueso en BLUMENBACH, *De generis humani varietate nativa*, lám. I, fig. 2; sin embargo, parece que no todos los monos poseen en el mismo grado el *"os intermaxillare"*, pues en su Informe anatómico, Tyson hace observar claramente que no lo halló.

y por atrás, la cavidad del cráneo tiene menos extensión, y todo ello porque parece alterada la dirección de la forma, la libre y hermosa formación de la cabeza que permite el andar de pie a los seres humanos. Modificando la posición de este punto, toda la formación se torna bella y noble. La frente se adelanta para dar paso a los pensamientos, y el cráneo se arquea con noble y tranquila dignidad, la ancha nariz animal se contrae y adquiere una forma más elevada y fina, la boca hundida puede cubrirse de una manera hermosa y de esta manera se forman los labios de los seres humanos, de los que carece el mono más inteligente. La barba se encoge hacia abajo, permitiendo así que se forme un bello óvalo de arriba abajo; siguen suavemente las mejillas y los ojos brillan bajo la frente prominente como desde un sagrado templo del pensamiento. Y ¿a qué se debe todo esto? A la formación de la cabeza para la figura erecta, a la organización interior y exterior de la misma para un centro de gravedad perpendicular[1]. Quien dude de ello, sólo tiene que contemplar los cráneos del hombre y del mono, y no le quedará la menor sombra de duda.

Toda forma exterior de la naturaleza es reflejo de su interior; y así nos presentamos, gran madre, ante la más sagrada de tus criaturas terrenales, el laboratorio de la inteligencia humana.

Muchos se han preocupado en comparar el tamaño del cerebro humano con la masa cerebral de otras criaturas animales, estudiando la proporción entre el peso del animal y el del cerebro. Por tres motivos no pueden dar resultados claros estos pesos y estas cifras.

1º Porque un miembro de la comparación, la masa del cuerpo, es demasiado indefinido y no guarda ninguna proporción clara con el otro miembro más fino, que es el mismo cerebro. ¡Cuán heterogéneas son las cosas que pesan en un cuerpo! Y ¡qué distintas pueden ser las proporciones que la naturaleza estableció entre ellas! Supo aligerar con aire el enorme cuerpo del elefante, lo mismo que su pesada cabeza, y a pesar de su cerebro no demasiado grande, es el animal más sabio. ¿Qué es lo que pesa más en el cuerpo de los animales? Los huesos, y con ellos no tiene relación directa el cerebro.

2º Es indiscutible que mucho depende del uso que el cuerpo haga del cerebro y hacia dónde y para qué funciones de la vida irradien los nervios. Por consiguiente, comparando el cerebro y el sistema nervioso se obtendría una proporción más ajustada, pero

[1] No he podido leer aún el tratado de DAUBENTON: *Sur les différences de la situation du grand trou occipital dans l'homme et dans les aninaux* en las *Mén. de L'Acad. de Paris* 1764, que he encontrado citado por Blumenbach; tampoco sé hacia dónde va su pensamiento ni hasta dónde llega. Mi opinión se basa en los cráneos humanos y animales existentes.

no más pura; porque el peso de ambos no señala ni la finura de los nervios, ni la mira de sus caminos.

3º En definitiva, todo dependería, pues, de la elaboración más fina, de las proporciones en la situación de las partes y, al parecer, sobre todo del punto de reunión amplio y libre para combinar las impresiones y los sentimientos de todos los nervios con la máxima fuerza, con la verdad más afilada, y finalmente también con el juego más libre de la diversidad, para aunarse enérgicamente con esa desconocida unidad divina que nosotros denominamos pensamiento, de la cual nada nos dice el tamaño del cerebro.

Sin embargo, estos experimentos de cálculo[1] son valiosos y aunque no digan la última palabra, resultan muy instructivos y preparativos; me permitiré citar algunos que prueban también en este caso la creciente uniformidad del movimiento de la naturaleza.

1. En los animales menores, en los cuales son imperfectos todavía la circulación de la sangre y el calor orgánico, también se encuentran un cerebro menor y menos nervios. Como ya hemos observado, la naturaleza les compensó con un atractivo intrínseco o delicadamente distribuído, lo que tuvo que negarles como sensibilidad, pues seguramente el organismo elaborador de estas criaturas no podía producir ni soportar un cerebro mayor.

2. En los animales de sangre caliente, la masa cerebral aumenta también en proporción al desarrollo de su organización artificial; pero aquí hay que tomar en consideración otras circunstancias, que en particular parecen determinar las relaciones entre los nervios y la fuerza muscular. En las fieras, el cerebro es más pequeño; en ellas domina la fuerza muscular y los nervios son en gran parte servidores del mismo y de sus sentimientos animales. En los calmosos animales herbíboros el cerebro es mayor, aunque en ellos también parece usarse en gran parte en los nervios de la frente. Los pájaros tienen mucho cerebro, pues en su elemento más frío deben tener sangre más caliente. La circulación de la sangre también está concentrada en su cuerpo más pequeño en la mayoría de los casos y así ocurre que en el simpático gorrión el cerebro ocupa toda su cabeza y representa 1|5 del peso de su cuerpo.

3. En las criaturas jóvenes el cerebro es mayor que en las desarrolladas; seguramente porque es más líquido y tierno, y en consecuencia ocupa un espacio mayor, por lo cual tampoco da un peso más elevado. En él se encuentra todavía la reserva de esa tierna humedad para todas las funciones de la vida y los efectos interiores me-

[1] Haller ha reunido gran cantidad en su gran fisiología; sería de desear que el profesor Wrisberg comunicara sus copiosas experiencias, a las que se refiere en las anotaciones de la pequeña fisiología de Haller, pues pronto se verá que el peso específico del cerebro que él ha investigado, constituye un criterio más ajustado que los cálculos anteriores.

diante los cuales formará sus aptitudes la criatura durante su juventud, gastando en ello, pues, muchas energías. Con los años se tornará más seco y más blando, pues el crecimiento está completo y el hombre como el animal no se encuentran en situación de recibir impresiones tan ligeras, tan graciosas y tan pasajeras. En resumen, el tamaño del cerebro en una criatura es una condición esencial, pero no la única, ni la primera, para su mayor habilidad e inteligencia. Entre todos los animales, tiene el ser humano, como ya sabían los antiguos, relativamente el mayor cerebro, aunque en eso no le cede el mono, y hasta el caballo es aventajado por el asno en este punto.

También debe añadirse otra cosa que favorece fisiológicamente la más primorosa capacidad de pensar de la criatura, y ¿qué otra cosa podría ser según la escala graduada que la naturaleza nos ha colocado ante los ojos, sino la estructura del cerebro mismo, la elaboración integral de sus partes y jugos, y finalmente la hermosa situación y proporción del mismo para recibir las sensaciones espirituales y las ideas en medio del calor vital más propicio? Permítasenos abrir su libro, las hojas más finas que haya escrito: las tablillas mismas del cerebro; como el fin que busca su organización es la sensibilidad, el bienestar y la felicidad de la criatura, su cabeza debe ser el más seguro de sus archivos, donde encontraremos sus pensamientos.

1. En las criaturas en que el cerebro está en sus comienzos aparece todavía muy sencillo; es como un capullo o un par de capullos de medula espinal que brotan, para distribuir nervios a los sentidos más necesarios. En los peces y en los pájaros, que según la observación de Willis, tienen en conjunto una estructura cerebral similar, el número de elevaciones llega hasta cinco y algunos más; se separan claramente entre sí. Por último, en los animales de sangre caliente se diferencia también el cerebro grande del cerebelo; los lóbulos del primero se ensanchan de acuerdo con la organización de la criatura y las distintas partes se adaptan en relación con el fin. La naturaleza, como hizo en toda la formación de las especies, también en lo que es su suma y finalidad: el cerebro, hizo un solo tipo principal, que se encuentra en los gusanos e insectos más vulgares, que en todos los tipos se modifica en algo de acuerdo con la distinta organización exterior de la criatura, y cambiándolo, aumentándolo y mejorándolo termina en el ser humano como obra perfecta. Con el cerebelo llega a su fin antes que con el cerebro, pues por su origen aquél está más cerca de la medula espinal y es más afín a ella, de ahí que sea más uniforme en varias especies en que la forma del cerebro todavía varía mucho. Tampoco puede sorprender esto teniendo en cuenta que del cerebelo salen nervios tan importantes

para la organización animal, de suerte que la naturaleza en la formación de las más nobles potencias del pensar necesitó pasar desde la espalda hacia las partes delanteras.

2. En el cerebro se hace patente de varias maneras una mayor elaboración de sus lóbulos en las partes nobles. No sólo son sus surcos más artificiales y más profundos, y el ser humano los tiene más numerosos y más diversos que cualquier otra criatura; no sólo la membrana del cerebro humano es la parte más delicada y fina de sus miembros, que se reduce a 1|25 por desecación: sino que también el tesoro que esta corteza cubre y entreteje, la medula del cerebro, en los animales más nobles y principalmente en las distintas partes del ser humano es precisamente y comparativamente mayor que en todas las demás criaturas. En el ser humano el cerebro prevalece en mucho sobre el cerebelo, y el mayor peso del mismo indica su sustancia interior y su mayor elaboración.

3. Todos los experimentos realizados hasta ahora, que ha reunido Haller, el más sabio de los fisiólogos de todas las naciones, indican que no es posible buscar materialmente y aisladamente en las distintas partes materiales del cerebro el trabajo indivisible de la formación de las ideas; opino yo que si no existieran todos estos experimentos se habría sacado también la misma conclusión a base de la índole de la formación de las ideas. ¿A qué se debe que la fuerza de nuestro pensamiento se denomine según sus distintas relaciones a veces imaginación y memoria, y a veces ingenio y comprensión?; ¿que separemos de la pura voluntad los instintos de los apetitos y finalmente distingamos entre las fuerzas de la sensación y las del movimiento? La mínima reflexión más exacta indica que no se puede establecer una separación local entre estas habilidades, como si en tal región del cerebro se encontrara la comprensión, en tal otra la memoria y la imaginación, y en la de más allá los afectos y demás fuerzas sensibles; pues el pensamiento de nuestra alma es indivisible y cada uno de estos efectos es fruto de nuestro pensamiento. Sería casi absurdo querer analizar relaciones abstractas como si fueran cuerpo, al igual que Medea que al arrojar los miembros de su hermano pensaba hacer lo mismo con su alma. Si en la inteligencia más burda se nos escapa el material de la sensación, tan distinto del jugo del nervio (aunque éste existiera), cuánto menos sensible habrá de resultarnos la combinación espiritual de todos los sentidos y sentimientos, pues nosotros mismos no sólo no la vemos ni la oímos, sino que tampoco podemos excitar arbitrariamente las varias partes del cerebro, como si se tratara de tocar un clavicordio. Ni se me ocurre pensar que pueda esperarse tal cosa.

4. Más extraña me es aún esa esperanza cuando examino la estructura del cerebro y de sus nervios. ¡Cuán distinto es aquí el compartimiento de la naturaleza de como nuestra psicología abs-

tracta se imagina los sentidos y fuerzas del alma! ¿Quién partiendo de la metafísica adivinará que los nervios del sentido puedan formarse y separarse y unirse? Y, sin embargo, son éstos los únicos lugares del cerebro cuyas funciones orgánicas conocemos, porque a la vista tenemos su efecto. Por lo tanto, no podemos hacer otra cosa que considerar este sagrado laboratorio de ideas que es el interior del cerebro, donde los sentidos se acercan unos a otros, como la matriz en la que de manera invisible e indivisible se forman los frutos del pensamiento. Si ella está buena y lozana, no sólo concede al fruto el calor vital y espiritual sino también el lugar espacioso, el paraje conveniente donde las sensaciones de los sentidos y de todo el cuerpo pueden ser captados por la fuerza orgánica invisible que aquí lo entreteje todo, y —permítaseme hablar en sentido metafórico— puede reunirlos en el punto luminoso que se llama reflexión superior, entonces cuando vienen a sumarse las circunstancias exteriores de la enseñanza y del despertar de las ideas, la criatura finamente organizada será capaz de razón. Si no es así, si le faltan al cerebro partes esenciales o jugos primorosos, si los sentidos toscos ocupan el lugar, o, finalmente, si aquél se encuentra en una situación desplazada y apretada, ¿cual será la consecuencia sino que no se efectuará aquella irradiación primorosa de las ideas, que la criatura se convertirá en esclava de los sentidos?

5. La formación de los distintos cerebros animales parece demostrar esto de manera evidente, y hasta por ella, comparándola con la organización exterior y manera de vivir de los animales, puede uno darse cuenta de por qué la naturaleza, que en todo busca un solo tipo, no pudo lograrlo siempre y ora de un modo, ora de otro, necesita cambiar. El sentido principal de muchas criaturas es el olfato: para ellos es el más necesario para conservar y guiar su instinto. Sólo hay que fijarse en que así como en el rostro de los animales sobresale la nariz, así también en su cerebro sobresalen los nervios del olfato, como si sólo para ellos se hubiera hecho la parte delantera de la cabeza. Anchos, huecos y medulares salen de él como si fueran una prolongación de cámaras cerebrales; en varias especies las cavidades de la frente son muy profundas, tal vez con el fin de reforzar el sentido del olfato y así —permítaseme la expresión— gran parte del alma animal es olfativa. Siguen los nervios de la vista, que después del olfato es el sentido más necesario para la criatura; llegan hasta la región central del cerebro, como si tuvieran que servir un sentido más fino. Los demás nervios que no voy a enumerar, siguen en la medida en que la organización interior y exterior exige una conexión de las partes; así, por ejemplo, los nervios y los músculos de la parte trasera de la cabeza protegen y animan la boca, el maxilar, etc. Podríamos decir, pues, que terminan de manera igual la faz y hacen de la estructura exterior todo

un conjunto, así como la interna lo era también según la proporción de las fuerzas interiores; y esto no sucede sólo con la cara sino también con todo el cuerpo. Es muy agradable observar y comparar las varias proporciones de las distintas formas y estudiar los pesos interiores que la naturaleza reserva para cada criatura. Compensó lo que no dió; donde tuvo que confundir, confundió de manera sabia, es decir, de acuerdo con la organización exterior de la criatura y toda, su manera de vivir. Pero tiene presente siempre su tipo y se aparta con desagrado de él, puesto que el objetivo principal de acuerdo con el cual quería formar todos los organismos terrenales era lograr sensibilidad y conocimiento análogos. En los pájaros, en los peces y en los distintos animales terrestres esto puede verse en una analogía continua.

6. Y así llegamos a la preferencia del ser humano en la formación de su cerebro. ¿De qué depende? Notoriamente de su perfecta organización de conjunto, y en último término de su posición erecta. Todo cerebro animal está formado según la estructura de su cuerpo, o mejor dicho: ésta está formada según aquél, pues la naturaleza obra desde el interior. Las fuerzas orgánicas de la criatura fueron mezcladas y ordenadas de acuerdo con su andar, las proporciones entre las partes y el hábito a que destinan a la criatura. Y así fué el cerebro grande o pequeño, ancho o estrecho, pesado o ligero, complicado o simple, según fueran sus fuerzas y las proporciones en que actuaran. Por ello fueron también fuertes o débiles, dominantes o serviles, los sentidos de las criaturas. Las cavidades y músculos de las partes delantera y trasera de la cabeza se formaron después de haber gravitado la linfa, en una palabra: siguiendo el ángulo de la principal dirección orgánica. De las numerosas muestras que al respecto cabe citar de especies y géneros, menciono sólo dos o tres. ¿Qué forma la diferencia orgánica de nuestra cabeza con la del mono? El ángulo de su dirección principal. El mono posee todas las partes del cerebro que tiene el hombre; pero de acuerdo con la forma de su cráneo las tiene relegadas hacia atrás, y las tiene así porque su cabeza está formada desde otro ángulo y el mono no fué hecho para andar erecto. De ahí que en seguida todas las fuerzas orgánicas obraran de otro modo; la cabeza no está tan alta, ni es tan acha, ni tan larga como la nuestra; los sentidos bajos destacan en la parte inferior de la cara, y resultó un rostro animal, como su cerebro retirado hacia atrás nunca será sino cerebro animal, aunque posea todas las partes del cerebro humano; las tiene en otra posición, en otras proporciones. Los anatomistas parisienses encontraron que sus monos tenían las partes delanteras semejantes a las humanas, pero todas las interiores, comenzando por el cerebelo, inferiores en

[1] BLUMENBACH, *De varietat, nativ. gen. hum.*, pág. 32.

proporción; la glándula pineal era cónica, su vértice se dirigía hacia la parte trasera de su cabeza, etc., en notoria proporción de este ángulo de la dirección principal con su andar, su figura y su vida. El mono que Blumenbach[1] disecó era todavía más animal, seguramente porque pertenecía a una clase inferior; de ahí que su cerebelo fuera mayor y hubiera otras diferencias defectuosas de las regiones más importantes. En el orangután no ocurre así, porque su cabeza está menos hacia atrás, su cerebro menos comprimido; sin embargo, está bastante comprimido si se le compara con el cerebro humano arqueado hacia lo alto, con una curva redonda y libre que es la única cámara bella para la formación de ideas racionales. ¿Por qué el caballo no tiene la *rete mirabile* como otros animales? Porque su cabeza está erguida, y la arteria carótida se eleva ya, hasta cierto punto de modo semejante a la del hombre, sin esos agotamientos que se observan en animales de cabeza caída. De ahí que fuera también un animal más noble, rápido y valiente, de mucho calor, de poco sueño; en cambio, en los animales cuya cabeza bajaba, la naturaleza tuvo que tomar otras precauciones en la construcción del cerebro, hasta el punto de separar sus partes principales con tabiques óseos. En consecuencia, todo dependía de la dirección según la cual y hacia la cual la naturaleza formó la cabeza del organismo atendiendo a todo el cuerpo. Prescindiré de citar muchos ejemplos animado del deseo de que los investigadores anatomistas tengan en cuenta, especialmente en el caso de animales semejantes al hombre, esta relación intrínseca de las partes con el todo según su posición recíproca y la dirección de la cabeza en su organismo; aquí está, creo yo, la diferencia de un organismo con respecto a tal o cual instinto, de que actúe como alma animal o humana, puesto que toda criatura es en todas sus partes un todo viviente que actúa conjuntamente.

7. Hasta el ángulo de la bella estampa humana o su deformidad parece que puede determinarse a base de esta ley simple y universal de la estructura de la cabeza con vistas a la marcha erecta, puesto que así como esta forma de la cabeza, este ensanchamiento dél cerebro en sus vastos y bellos hemisferios y por ende la estructura interior para la razón y la libertad sólo eran posibles en una figura erecta, como lo revelan las relaciones y gravitación de estas partes mismas, la proporción de su calor y la índole de su circulación de la sangre, así también de esta proporción intrínseca sólo podía salir la bella figura humana. ¿Por qué la forma griega de la parte superior de la cabeza sobresale de modo tan agradable? Porque abarca el máximo espacio para un cerebro libre, y hasta revela hermosas y sanas cavidades cerebrales, o sea un templo de ideas humanas de juvenil belleza y pureza. En cambio, la parte posterior de la cabeza es pequeña, puesto que no se quiere

que prepondere el cerebro animal. Así ocurre con las demás partes del rostro; ostentan como órganos sensibles la más bella proporción de las potencias sensibles del cerebro, y todo lo que se aparte de ella es animal. Estoy seguro de que un día tendremos una ciencia tan bella sobre la concordancia de estas partes como difícilmente podría darnos por sí sola la fisonomía que únicamente procede por conjeturas. En lo interior se halla la razón de lo exterior porque todo salió de dentro en virtud de fuerzas orgánicas y toda criatura es una forma tan completa de la naturaleza como si ésta no hubiese creado nada más.

Mira, pues, hacia el cielo, ¡oh hombre! y alégrate estremecido de tu inmenso privilegio que el Creador del mundo asoció a un principio tan sencillo: tu figura erecta. Si anduvieras agachado como un animal, si tu cabeza estuviera formada para la boca y la nariz en la dirección impuesta precisamente por el tragar, ¿qué sería de tu fuerza espiritual, imagen de la divinidad, invisiblemente depositada en ti? Hasta los desgraciados que volvieron a caer en la vida animal, la perdieron; así como se deformó la cabeza, degeneraron también sus potencias interiores; los sentidos más toscos inclinaron a la criatura hacia la tierra. Ahora bien, gracias a la disposición de tus miembros para la marcha erecta, obtuvo la cabeza su bella posición y dirección; en consecuencia, el cerebro, delicada y etérea planta celestial, conquistó espacio completo para ensancharse y extender lateralmente sus ramas. Grávida de ideas se arqueó la frente, los órganos animales retrocedieron, resultó una estructura humana. Cuanto más se levantó el cráneo, tanto más bajó el oído juntándose más amistosamente a la vista, y ambos sentidos lograron acceso más íntimo al sagrado recinto de la formación de ideas. El cerebelo, floración que brota del dorso y de las fuerzas vitales sensibles, y que en los animales era más dominante, se puso con el resto del cerebro en más armónicas relaciones de subordinación. Los rayos de los cuerpos estriados, de maravillosa belleza, se tornan más acentuados y primorosos en el hombre, indicio de la luz infinitamente más bella que se concentra y difunde en esta región central. De esta suerte se formó —permítaseme la imagen— la flor que sólo brotaba en la medula prolongada, pero luego se desarrolló llena de fuerza etérea en una planta que sólo podía prosperar sobre ese árbol que aspiraba a elevarse.

Es más aún: Toda la proporción de las fuerzas orgánicas de un animal no es favorable todavía para la razón. En su estructura predominan las fuerzas musculares y los estímulos vitales sensibles que según la finalidad de la criatura están distribuídos idóneamente en todo organismo y forman el instinto dominante de cualquier especie. Con la figura erecta del hombre se elevó un árbol cuyas fuerzas están tan proporcionadas que han de dar los jugos más primo-

rosos y abundantes al cerebro, que es su flor y corona. Con cada latido, más de la sexta parte de la sangre del cuerpo humano sube a la cabeza solamente; su corriente principal sube verticalmente, se tuerce con suavidad y se distribuye paulatinamente, de suerte que aun las más lejanas partes de la cabeza reciben de aquélla y de sus hermanas alimento y calor. La naturaleza puso en juego todo su arte para robustecer sus vasos, atenuar y refinar su poder, detenerla mucho tiempo en el cerebro y, una vez terminada su tarea, retirarla suavemente de la cabeza. Provenía de ramas que, situadas cerca del corazón, actuaban aún con toda la fuerza del primer movimiento, y desde el primer comienzo de la vida, todo el poder del joven corazón trabaja en estas partes, las más sensibles y nobles. Los miembros exteriores no se han formado todavía, con el objeto de que primero se preparen del modo más primoroso solamente la cabeza y las partes interiores. Con admiración se observa, no sólo su desmedido predominio, sino también su primorosa estructura en los distintos sentidos del feto, como si la gran artista hubiese querido crearlo solamente para el cerebro y las fuerzas del movimiento interior, hasta que paulatinamente atiende también a los demás miembros como instrumentos y expresión del interior. Por consiguiente, ya en la entraña materna se forma el hombre para la posición erecta y para todo lo que depende de ella. No es llevado en un cuerpo animal colgante; se le deparó un lugar de formación más estudiado que se apoya sobre su base. Allí está instalado el pequeño durmiente y la sangre penetra hasta su cabeza hasta que ésta baja por su propio peso. En una palabra: el hombre es lo que se pretende que sea (y a ello cooperan todas las partes): un árbol que quiere subir, coronado con la más bella de todas las coronas: una primorosa formación de ideas.

II

MIRADA RESTROSPECTIVA DESDE LA ORGANIZACIÓN DE LA CABEZA HUMANA HACIA LAS CRIATURAS INFERIORES QUE SE LE APROXIMAN POR SU FORMACIÓN

Si nuestro camino ha sido acertado hasta ahora, como la naturaleza obra siempre de modo uniforme, también en las criaturas inferiores debe reinar la misma analogía en la relación de su cabeza con la estructura general de sus miembros, y, en efecto, domina de la manera más patente. De la misma manera que la planta trabaja en la obra de arte de la flor, corona de la criatura, así toda la estructura de los miembros de las criaturas vivientes trabaja pa-

ra nutrir la cabeza como su corona. Se diría que la naturaleza aplica sucesivamente todo el organismo de cada una de sus criaturas para preparar siempre un cerebro cada vez más primoroso, con el fin de concentrar en la criatura un más libre centro de sensaciones y pensamientos. Cuanto más sube en esa serie, tanto más perfecciona su obra, haciendo todo lo posible para no molestar la cabeza de la criatura y sin entorpecer el funcionamiento de la vida sensible. Observemos algunos miembros de esta cadena ascendente de sensaciones orgánicas tanto en su forma exterior como en la dirección de su cabeza.

1. En los animales en los cuales la cabeza está todavía horizontal al cuerpo, en donde menos elaborado se encuentra el cerebro, la naturaleza extendió profundamente las sensaciones e instintos de esos animales por todo su cuerpo. Gusanos y zoófitos, insectos, peces, anfibios, son de ese tipo. En los miembros inferiores de la cadena orgánica todavía no se puede ver una cabeza, en otros se presenta como un ojo. Es pequeña en los insectos; en los peces, la cabeza y el cuerpo forman una unidad, y en los anfibios conserva todavía en gran parte su posición horizontal con todo el cuerpo que se arrastra. Cuanto más se suelta y se levanta, tanto más la criatura se despierta de su estupidez animal; tanto más retrocede también su boca y ya no se ve toda la fuerza proyectada hacia adelante del cuerpo horizontal. Compárese con organizaciones más primorosas, el tiburón que es todo fauces y dentadura, o el voraz y reptil cocodrilo, y a través de numerosos ejemplos se llega a la conclusión de que, cuanto más la cabeza y el cuerpo de un animal tienen una línea horizontal seguida, tanto menos lugar hay en ellos para un cerebro más elevado, y por consiguiente el objetivo de su obra será una mandíbula saliente y rígida.

2. Cuanto más perfecto sea un animal, tanto más se levantará como si dijéramos de la tierra; sus patas se tornan más altas: las vértebras de su cuerpo se articulan de acuerdo con la organización de su estructura, y de acuerdo con el conjunto se obtiene la posición y dirección de la cabeza. Comparemos también a este respecto los animales de presa: el erizo, el glotón ártico y otras especies más bajas con los animales más nobles. En aquéllos, las patas son más cortas, la cabeza se hunde entre las espaldas, la boca se abre grande y hacia adelante; en éstos, la cabeza y el andar son más ligeros, el cuello más articulado, la boca más corta; naturalmente, el cerebro obtiene así un espacio superior más amplio. Se puede también admitir la segunda conclusión: que cuando más elevado está el cuerpo, cuanto más sobresale y está suelta del esqueleto la cabeza, tanto más primorosa será la estructura de la criatura. Esta conclusión debe entenderse empero, como la anterior, no con respecto a

los distintos miembros, sino según la proporción total de la estructura del animal.

3. Cuanto más en la cabeza elevada disminuya o retroceda la parte inferior del rostro, tanto más noble será su dirección y tanto más inteligente su semblante.

Compárese el lobo con el perro, el gato con el león, el rinoceronte con el elefante, el corcel con el hipopótamo. Por el contrario, cuanto más anchas, toscas y salientes son las partes inferiores de la cara, tanto menos expresión tienen la cabeza, el cráneo y la parte superior de la cara. Aquí no sólo hay diferencia entre varias especies de animales, sino también en una sola clase según el clima. Fijémonos en el oso blanco del norte y en el oso de las tierras cálidas, o en los distintos tipos de perros, ciervos, corzos; en resumen, cuanto menos sea en cierto modo la quijada del animal, y mayor su cabeza, más razonable será su formación. Para hacer más clara esta idea, trácese una línea desde la última vértebra cervical del esqueleto del animal, hasta el punto más alto del cráneo, otra hasta el hueso más avanzado de la frente y otra hasta el punto más saliente del maxilar superior, y en los distintos ángulos se verán múltiples diferencias según las especies y clases, y al mismo tiempo se advertirá que originariamente todo esto procede o sirve más o menos al andar horizontal.

Me encuentro aquí con las bellas proporciones que Camper ha dado sobre la formación de los monos y de los hombres, y entre los últimos sobre las de las distintas creaciones nacionales[1]: traza una línea recta desde los conductos de los oídos hasta la base de la nariz, y otra desde el hueso más saliente de la frente hasta la parte más saliente del maxilar superior. Cree haber encontrado en ese ángulo, no sólo la diferencia entre los animales y considera que la naturaleza se sirvió de este ángulo para expresar todas las variedades de los animales, y, por decirlo así, para subir gradualmente hasta donde llega la belleza máxima del más bello ser humano. Los pájaros tienen los ángulos más pequeños y estos ángulos van aumentando a medida que el animal se acerca a la figura humana. Las cabezas de los monos ascienden de 42 grados hasta 50; la última es semejante al hombre. Los negros y los calmucos tienen 70 grados, los europeos 80, y los griegos alcanzan el ideal de la belleza con ángulos de 90 hasta 100 grados. Lo que rebasara estas líneas sería una monstruosidad; también es lo más elevado a que los antiguos llevaron la belleza de sus cabezas. Por asombrosa que sea esta observación, me satisface que pueda reducirse, como yo creo, a su base física, a saber: a la relación de la criatura con la posición y formación ho-

[1] CAMPER: *Obras menores*, t. I, pág. 15 y sig. Desearía que se publicara completo el estudio y también los dos grabados.

rizontal y perpendicular de la cabeza, de las cuales depende en definitiva la feliz ubicación del cerebro, así como la belleza y proporción de todas las partes del rostro. Si se quieren completar las proporciones de Camper y al mismo tiempo ampliar su base, en lugar de la oreja debe tomarse como punto la última vértebra cervical y trazar la línea desde ella hasta el punto extremo del occipucio, hasta la parte más elevada del cráneo, hasta la parte más avanzada de la frente y hasta los huesos más salientes de la barba; así se hará patente no sólo la variedad de estructura de la cabeza misma, sino también su fundamento: todo depende de la forma y dirección de estas partes para el andar horizontal y perpendicular, y por ende para todo el hábito de la criatura, y por consiguiente, en virtud de un sencillo principio de formación puede reducirse a unidad la mayor diversidad.

¡Ojalá hubiera en nuestros días un segundo Galeno que remozara el libro del antiguo sobre las partes del cuerpo humano, especialmente con el objeto de hacer patente que la perfección de nuestra figura reside según todas las proporciones y funciones en la marcha erecta! ¡Que en comparación paulatina con los animales más cercanos a nosotros siguiera al ser humano desde el primer momento en que se nos hace visible en sus funciones animales y espirituales, en la más bella proporción de todas las partes entre sí, y, por último, como el árbol que se desarrolla hasta su corona: el cerebro, mostrando mediante comparaciones que sólo aquí podía desarrollarse éste! La figura erecta es la más bella y la más natural de todas las que crecen en la tierra. Así como el árbol crece hacia arriba, así debería esperarse también que toda noble criatura tuviera este crecimiento y esta posición, y no que se arrastrara como un esqueleto alargado apoyado sobre cuatro pies. Pero en aquellos tiempos primitivos de abatimiento, el animal tuvo que elaborar aún sus fuerzas animales y aprender a ejercitar sus sentidos e instintos, antes de poder llegar como nosotros a la posición más libre y más perfecta. Poco a poco se aproxima a ella: el gusano que se arrastra levanta su cabeza del polvo todo cuanto puede y los anfibios salen agachados a la orilla. Con el cuello muy en alto se levanta el orgulloso ciervo y así lo hace también el noble corcel, mientras los animales domesticados reprimen ya sus instintos; su alma se alimenta de ideas rudimentarias que sin duda no puede comprender todavía, pero las acepta con fe y a ellas se acostumbra casi ciegamente. A una señal de la naturaleza que trabaja incesantemente en su reino orgánico invisible, se levanta el cuerpo agachado de modo animal, el árbol de su espalda crece más recto y con más delicada floración; el pecho se ha arqueado, las caderas cerrado, el cuello levantado, los sentidos se han ordenado mejor e irradian conjuntamente hacia la conciencia más clara y hasta, por último, hacia una

idea divina. Y todo ello porque, tal vez, cuando se hubieron ejercido a la saciedad todas las fuerzas orgánicas la creación ordenó: ¡Criatura, levántate de la tierra!

III

EL SER HUMANO ESTÁ ORGANIZADO PARA SENTIDOS MÁS PRIMOROSOS, PARA EL ARTE Y EL LENGUAJE

Cuando el hombre vivía cerca del suelo, todos sus sentidos tenían pequeña extensión, y los bajos dominaban a los más nobles, como lo prueba el ejemplo de los hombres que volvieron al estado de salvajismo. El olfato y el sabor eran para ellos sus guías principales, como en los animales. Al levantarse sobre la tierra y las hierbas, ya no domina el olfato, sino la vista, que tiene un mundo más amplio y desde la niñez se ejercita en la más delicada geometría de sus líneas y colores. Cuando las orejas se fueron corriendo hacia la parte baja del cráneo, a medida que éste aumentaba de volumen, estuvieron más cerca del depósito interior de las ideas, mientras que en los animales al acecho están arriba y en muchos tienen una forma exterior puntiaguda.

Con la marcha erecta se convirtió el ser humano en una obra de arte, pues ella, que es el arte primero y más difícil que el hombre aprende, le servirá de iniciación para aprenderlos todos convirtiéndose como si dijéramos en arte viviente. ¡Mirad el animal! En parte tiene dedos como el hombre pero se hallan en un casco, en una garra o bien encerrados en otra estructura estropeados por un calor sofocante. Con su estructura para la marcha erecta obtuvo el ser humano unas manos libres y artísticas, instrumentos idóneos para las manipulaciones más delicadas y para buscar constantemnte ideas nuevas y claras. Por lo tanto, Helvetius tiene razón cuando afirma que las manos fueron para el hombre medio auxiliar poderoso para su razón, pues ¿no lo fué ya la trompa para el elefante? Más aún, este delicado sentido de las manos se extiende por todo el cuerpo y hubo mutilados que a menudo realizaron con los dedos de los pies cosas que no podían hacerse con las manos. El pequeño pulgar y el dedo grande del pie, que aun por la estructura de sus músculos están formados de manera especial, a pesar de que casi nos parecen miembros despreciables, son nuestros principales auxiliares para estar de pie, nadar, asir, y para todas las operaciones del alma que trabaja con arte.

Con frecuencia se ha dicho que el hombre fué creado indefenso

y que uno de los caracteres distintivos de su especie es su total impotencia. No es así, pues posee armas para defenderse como todas las demás criaturas. Ya el mono sabe manejar el garrote y se defiende con arena y piedras, trepa y se salva de las serpientes, sus peores enemigos, arranca los techos de las casas y puede asesinar al hombre. La muchacha salvaje de Songi pegó a su hermana con la porra en la cabeza y trepando y corriendo suplía la fuerza de que carecía. En consecuencia, aun en los seres en estado salvaje no se encuentra su organización sin defensa; y educado y cultivado, ¿qué animal tiene en el instrumento de muchos brazos de su arte, lo que él posee en su brazo, en su mano, en la agilidad de su cuerpo y en todas sus facultades? El arte es la defensa más fuerte y él todo es arte, arma perfectamente organizada. Sólo para el ataque le faltan garras y dientes, pues fué creado para que fuera pacífico y bondadoso, y su estructura no lo hace idóneo para devorar otros hombres.

¡Qué profundidades de sentimiento artístico se encuentran escondidas en cada sentido del hombre, que se descubrieron ocasionalmente, las más veces sólo en caso de apuro, miseria, enfermedad, falta de algún otro sentido, defecto congénito o por azar, lo cual nos permite sospechar qué cantidad de sentidos ocultos están en nosotros y no se ven en este mundo! Si algunos ciegos pueden desarrollar el tacto, el oído, la facultad de calcular y la memoria hasta un grado tan elevado que parece fabuloso para el hombre de sentidos ordinarios, es posible que mundos desconocidos de diversidad y primor descansen en nuestros sentidos sin que nosotros los desarrollemos en nuestra máquina tan organizada. ¡La vista, el oído! A qué primores ha llegado el hombre con ellos y no cabe duda de que seguirá desarrollándolos en una fase más elevada, pues, como Berkeley dice, la luz es un lenguaje de Dios que nuestro sentido más fino sólo puede deletrear indefinidamente en millares de figuras y colores. La armonía que el oído humano percibe y que el arte sólo desarrolla, es el más delicado arte de medir que el alma ejerce oscuramente por medio del sentido; así como con el ojo en el que se refleja el rayo de luz, demuestra ser la geometría más primorosa. Infinito sería nuestro asombro si en nuestra existencia pudiéramos ver con claridad un paso más allá todo cuanto en nuestra tan organizada máquina divina ejercemos oscuramente con sentidos y fuerzas, y parece que el animal, en la medida de su organización, se preparaba para eso.

Mas todos estos instrumentos de arte, el cerebro, los sentidos y las manos hubieran resultado ineficaces aun en la figura erecta, si el Creador no nos hubiera dado un resorte que los pone todos en movimiento: fué el divino don del habla. Sólo mediante el habla se despertó la razón dormida, o mucho mejor dicho: la mera po-

tencialidad que de por sí habría permanecido eternamente muerta, se convierte, gracias al lenguaje, en viviente fuerza y acción. Sólo mediante el habla se unifican vista y oído y aun la sensación de todos los sentidos, y gracias a ella se aúnan en el pensamiento creador, al cual se limita a obedecer el mecanismo artístico de las manos y otros miembros. El ejemplo del sordomudo de nacimiento prueba cómo el hombre aun conviviendo con otros hombres difícilmente llega a las ideas de la razón sin hablar, y en qué estado de salvajismo animal permanecen todos sus instintos. Imita lo que ven sus ojos, sea bueno o malo; y lo imita peor que el mono, porque le falta el criterio interior del discernimiento, así como la simpatía con su especie. Tenemos ejemplos [1] de cómo un sordomudo de nacimiento asesinó a su hermano porque vió matar un cerdo y sólo para imitar tal acto hurgaba con fría alegría en los intestinos de la víctima; terrible prueba de cuán poco puede, por sí sola, la loada razón humana y el sentimiento de nuestra especie. En consecuencia los instrumentos del lenguaje pueden y deben considerarse como el timón de nuestra razón, y el habla como chispas celestiales que encienden la llama de nuestros sentidos y pensamientos.

En los animales vemos conatos de lenguaje, y la naturaleza trabaja también aquí de abajo hacia arriba, para llevar a su fin este arte en el hombre. Para instrumento de respiración se emplea todo el pecho con sus huesos, ligamentos y músculos, el diafragma y aun partes del abdomen, cuello, garganta y brazo; para este gran trabajo construyó la naturaleza toda la columna vertebral con sus ligamentos y costillas, músculos y venas; dió a las partes del pecho la firmeza que les corresponde; y elevándose cada vez más desde la criatura inferior, formó un pulmón más perfecto y vías respiratorias. El animal recién nacido busca ansioso en sí mismo el primer aliento, y se precipita hacia él como si no pudiera aguardarlo. Es asombroso el número de partes que se han hecho para esta tarea, pues casi todas las partes del cuerpo necesitan aire para su desarrollo eficaz.

Sin embargo, a pesar de que todos ansíen este vivo aliento divino, no todas las criaturas tienen voz y lenguaje, que en definitiva se produce mediante pequeños instrumentos: la cabeza de la tráquea, algunos cartílagos y músculos, y, por último, mediante el sencillo miembro de la lengua. En la forma más sencilla aparece esta múltiple artífice de todos los pensamientos y palabras divinas, y con un poco de aire a través de una rendija estrecha, no sólo pone en movimiento el gran mundo de las ideas del hombre, sino que además transmitió todo lo que los hombres hicieron sobre la tierra. Infinitamente bello es observar la marcha sucesiva que la natura-

[1] En la *Defensa de la fe cristiana de* SACK recuerdo haber encontrado un caso así: otros semejantes recuerdo en otros escritos.

leza siguió desde los mudos peces, gusanos e insectos hasta llegar al sonido y a la voz. El pájaro se alegra con su cantar como si fuera lo más artístico y a la vez el máximo privilegio que el Creador le dió; el animal que tiene voz, se vale de ella tan pronto siente deseos y quiere expresar un sentimiento interior de alegría o pena. Gesticula poco; y sólo hablan por signos los animales a quienes relativamente se les negó la voz viva. Algunos hay que ya tienen lengua y pueden repetir palabras humanas, aunque sin comprender su sentido; la organización externa, especialmente bajo la enseñanza de los hombres, se adelanta por decirlo así a la facultad interior. Sin embargo, aquí se cierra la puerta, y el mono semejante al hombre se ve privado casi expresa y brutalmente del habla a causa de peculiares sacos laterales que la naturaleza colocó junto a su tráquea[1].

¿Por qué lo hizo así el padre del habla humana? ¿Por qué a la criatura que todo lo imita no se le ha permitido imitar precisamente este carácter distintivo de la humanidad, y se le prohibe inexorablemente llegar a ello por obstáculos peculiares? Vayamos a manicomios y oigamos sus habladurías, escuchemos los discursos de varios anormales y personas muy tontas, y nos explicaremos en seguida la causa. ¡Cuánto daño nos hacen sus palabras y la profanación del habla humana! ¡Qué mayor profanación sería en boca de monos antojadizos, groseros y animales, que pudieran imitar —como no tengo la menor duda— palabras humanas con razón humana a medias! ¡Espantosa mezcla de sonidos humanos y pensamientos simiescos! No, el divino hablar no debía rebajarse a tanto, y el mono quedó mudo, más mudo que otros animales, pues hasta la rana y la lagartija tienen sus propios sonidos.

Pero la naturaleza formó al hombre para el lenguaje; para ello está erguido y su levantado pecho instalado junto a una columna erecta. Los seres humanos que se criaron entre animales, no sólo perdieron el habla misma, sino en parte también la facultad de hablar, prueba clara de que su garganta se deformó y de que sólo en la marcha erecta es posible la verdadera habla humana. Pues si bien varios animales poseen órganos de fonación semejante al hombre, ni siquiera con su imitación logró ninguno de ellos la corriente elocutiva continua que sale de nuestro pecho sublime, libre, humano, y de nuestra boca estrecha y artísticamente cerrada. Por el contrario, el hombre no sólo puede imitar todos los sonidos y los tonos de los animales, siendo como Monboddo dijo, el Mock-bird (pájaro burlón) entre las criaturas de la tierra, sino que además un dios le enseñó también el arte de traducir ideas en sonidos; de

[1] CAMPER, "Tratado sobre los instrumentos de hablar del mono". *Philosoph transactions* 1779, vol. I.

presentar figuras por medio de sonidos y dominar la tierra mediante la palabra que sale de la boca. Por lo tanto, en el habla empieza su razón y su cultura, pues sólo por ella se domina a sí mismo y ejerce la meditación y arbitrio de que es capaz en virtud de su organización. Puede que haya criaturas superiores —y debe haberlas— cuya razón se despierte por los ojos, porque un carácter visto les basta para formar sus ideas y fijarlas de manera bien clara; el hombre en la tierra es todavía un alumno del oído, mediante el cual aprendió a comprender poco a poco el lenguaje de la luz. La diferencia de las cosas debe penetrar primero en su alma con la ayuda de otro, para que luego aprenda a comunicar su pensamiento, primero con aspiraciones y silbidos y luego con sonidos y cantos. Es expresivo el nombre con que los orientales califican a los animales de mudos de la tierra; sólo con la organización para el habla recibió el ser humano el aliento de la divinidad, la semilla para la razón y eterno perfeccionamiento, un eco de aquella voz creadora para dominar la tierra, en resumen: el divino arte de las ideas, la madre de todas las artes.

IV

POR SUS INSTINTOS EL HOMBRE ESTÁ ORGANIZADO PARA LA LIBERTAD

Se suele repetir que el hombre no tiene instintos y que esta falta de instinto constituye el carácter de su especie; en realidad tiene todos los instintos que posea cualquier animal terrestre de los que le rodean, sólo que los ha suavizado todos de acuerdo con su organización para que estén en más bellas proporciones.

El niño en el vientre de la madre parece que debe recorrer todos los estados por los que puede pasar toda criatura terrenal. Nada en agua; está con la boca abierta; su maxilar es grande, antes de que sea cubierto por los labios, que sólo se formarán más tarde; no bien llega al mundo anhela el aire y lo primero que hace es mamar sin que nadie se lo enseñe. Todo lo que es digestión y alimentación, hambre y sed sigue el proceso instintivamente o a través de impulsos todavía más oscuros. Las fuerzas musculares y generativas tienden pues a desarrollarse, y basta que un ser humano enloquezca a causa de pasión o enfermedad, para que se vean en él todos los instintos animales. La miseria y el miedo desarrollan también en los seres, y aun en naciones enteras que viven bestialmente, las habilidades, sentidos y fuerzas de los animales.

Por consiguiente, en el hombre los instintos no se suprimen, antes bien se colocan bajo el dominio de los nervios y de los sentidos más finos. Sin ellos, la criatura, que en gran parte todavía es un animal, no podría vivir.

Y ¿cómo son dominados? ¿Cómo logra la naturaleza colocarlos bajo el dominio de los nervios? Examinemos su marcha desde la niñez y nos mostrará en un aspecto completamente diferente, lo que con frecuencia se ha lamentado tan insensatamente como debilidad humana.

El niño humano viene a este mundo más débil que ningún otro animal, seguramente porque está formado para una proporción que no podía acabar de formarse en el vientre de su madre. El animal cuadrúpedo adquiere en el vientre de su madre la forma cuadrúpeda y, aunque al comienzo también tenga una cabeza tan desproporcionada como el ser humano, conquista en definitiva su proporción, o, en el caso de animales de muchos nervios, que nacen débiles, adquiere su fuerza proporcionada en el transcurso de algunas semanas o días. Sólo el ser humano permanece débil durante mucho tiempo; pues la formación de sus miembros fué ideada —permítaseme la expresión— para la cabeza que, en proporciones excesivamente grandes, fué lo que se formó totalmente en el vientre de la madre y en consecuencia lo primero que viene al mundo. Los otros miembros que para su desarrollo precisan aliento, aire y movimiento de este mundo, distan mucho de llegar a crecer como ella, a pesar de que durante todos los años de la niñez y de la juventud aumentan en relación con su cabeza, mas no ésta con respecto a ellos. El débil niño está también impedido, si se quiere, de usar sus potencias superiores y la naturaleza las forma sin descanso y antes que nada. Antes de que el niño aprenda a andar, aprende a ver, a oír, a agarrar y a practicar la delicadísima mecánica y medición de estos sentidos. Los ejercita tan instintivamente como los animales, sólo que de una manera más delicada. No con destreza y arte congénitos, puesto que todas las habilidades artificiales de los animales son consecuencia de estímulos más toscos; y si éstas dominaran en la niñez, el ser humano seguiría siendo animal, y entonces, como ya lo sabe todo antes de aprenderlo, nada humano aprendería. Por lo tanto, la razón debería serle innata como instinto, lo cual se ve en seguida que es una contradicción; o bien debería, como ocurre ahora, venir débil al mundo para aprender la razón.

La aprende desde la niñez y, como para su andar artificial, se le educa también para la libertad y el hablar humano por medio del arte. Se coloca al lactante junto al pecho de la madre, sobre su corazón; el fruto de su vientre se pone bajo la protección de sus brazos. Sus sentidos más finos, la vista y el oído, se despiertan primero y son guiados a través de figuras y sonidos. Será una suerte

para él si son felizmente guiados. Poco a poco se desarrolla su rostro y se fija en la mirada de las personas que se mueven a su alrededor, como su oído se fija en su lenguaje, y con su ayuda aprende a distinguir los primeros conceptos. Y así aprende poco a poco a mover su mano; sólo entonces tienden sus miembros a ejercitarse por su cuenta. Primero fué un aprendiz de los dos sentidos más delicados; luego el instinto artificial al cual debe ser iniciado, es la razón, la humanidad, la manera de vivir humana, que ningún animal posee ni aprende. También los animales domésticos adoptan algo de los hombres, pero de modo puramente animal y sin que por ello se transformen en seres humanos.

De esto se desprende qué es la razón humana: nombre que en obras modernas se usa con tanta frecuencia como si fuera un automatismo innato y como tal no diera sino interpretaciones erróneas. Teórica y prácticamente la razón es si no algo que se llega a saber, una aprendida proporción y dirección de las ideas y fuerzas, para la cual el ser humano ha sido formado de acuerdo con su organización y manera de vivir. No conocemos la razón de los ángeles, como tampoco podemos hacernos cargo del estado interior de una criatura inferior; la razón del hombre es humana. Desde la niñez compara ideas e impresiones de sus sentidos sobre todo de los más finos, de acuerdo con la finura y la verdad con que éstos se las proporcionan, según la cantidad en que las recibe y según la interior capacidad de rapidez con que aprendió a unirlas. La unidad que se formó con todo ello en su pensamiento, y los varios enlaces de estos pensamientos e impresiones al juzgar lo que es verdadero y falso, bueno y malo, feliz y desgraciado, esto es su razón, la obra progresiva de la formación de la vida humana. No es innata en él sino que la ha adquirido, y según fueran las impresiones que recibió, los modelos y la interior fuerza y energía con que unió estas diversas impresiones en la proporción de lo más profundo de su ser, así también su razón será como su cuerpo, rica o pobre, enferma o sana, salvaje o bien educada. Si la naturaleza nos engañara con impresiones de los sentidos, tendríamos que acatarla y dejarnos engañar; por más hombres que hubiera, fueran cuales fueran sus sentidos, todos ellos se engañarían igualmente. Si nos engañan los hombres y no tenemos fuerza u órgano para comprender el engaño y reunir las impresiones en mejores proporciones, nuestra razón quedará lisiada y con frecuencia lisiada para toda la vida. Precisamente porque el hombre necesita aprender todo, porque es su instinto y misión aprenderlo todo como su marcha erecta, sólo cayéndose aprende a andar y a menudo sólo por los errores llega a la verdad, en lo que le aventaja el animal con su andar en cuatro patas, pues lo guía la proporción de sus sentidos e instintos más fuertemente expresada. El ser humano tiene la regia ventaja de mi-

rar lejos a su alrededor con la cabeza erguida, y por ende también de ver muchas cosas oscuras y erróneamente y hasta de olvidar con frecuencia sus propios pasos y de recordar sólo gracias a sus tropiezos sobre qué bases estrechas descansa todo el edificio de toda su cabeza y corazón, de sus conceptos y juicios; con todo, por habérsele destinado a la alta misión de razonar, es y sigue siendo lo que ninguna otra criatura terrenal: un hijo de los dioses, un rey de la tierra.

Para percatarnos de lo elevado de este destino consideramos qué hay en los grandes dones de la razón y la libertad, y cuánto, por decirlo así, arriesgó la naturaleza cuando los confió al hombre, un ser terrenal tan débil, tan diversamente complicado. El animal es tan sólo un esclavo agachado, aunque algunos levanten la cabeza con nobleza o por lo menos con su cuello estirado anhelen la libertad. Su alma que todavía no está madura para la razón, debe servir a instintos apremiantes y prepararse primero de lejos en este servicio para el uso propio de los sentidos e inclinaciones. El hombre es el primer liberto de la creación; está derecho. De él pende la balanza del bien o del mal, de lo falso y de lo verdero; puede investigar, debe elegir. De la misma manera que la naturaleza le dió dos manos libres como instrumentos y una amplia vista para guiar sus pasos, el hombre tiene asimismo el poder, no sólo de establecer los pesos, sino también —permítaseme la expresión— de ser él mismo un peso en la balanza. Puede dar apariencia a la mayor de las equivocaciones y convertirse en impostor voluntario; puede con el tiempo llegar a amar las cadenas que van contra su naturaleza, y coronarlas con flores de toda clase. Lo mismo que sucede con la razón falaz, sucede también con la libertad encadenada y mal empleada; en la mayoría, es la proporción de fuerzas e instintos tal como la fijó la comodidad o la costumbre. Pocas veces mira el hombre por encima de ellas, y con frecuencia cuando lo dominan instintos bajos o lo atan odiosas costumbres, puede ser peor que un animal.

Pero sigue siendo un rey en virtud de su libertad, aun en el caso de que abuse de ella, pues puede escoger aunque escoja lo peor; puede disponer de sí mismo aunque por decisión propia se decida por lo más bajo. Naturalmente, ante aquel que todo lo ve, que depositó en él todas sus fuerzas, tan limitada es su razón como su libertad; bendita limitación, porque quien creó las fuentes tenía que conocer todo desbordamiento de las mismas, para preverlo y encauzarlo con el objeto de que el arroyo más impetuoso no se le escapara de las manos; pero eso en nada altera la cosa en sí ni en la naturaleza humana. El hombre es y sigue siendo en sí una criatura libre, aunque la bondad absoluta lo proteja también en sus locuras y las encauce para el mejor bien de él y de todos. De la

misma manera que un proyectil mecánico no puede escaparse de la atmósfera, pero también cuando cae, obra según una única y misma ley de la naturaleza, así el hombre en el error y en la verdad, cuando cae y se levanta, sigue siendo hombre, y aunque niño débil, es, con todo, libre de nacimiento; si no es racional todavía, su razón puede mejorar; si aún no está formado para la humanidad, puede llegar a estarlo. El caníbal de Nueva Zelandia y Fenelón, el desdichado yamán y Newton son criaturas de la misma especie.

Ahora bien, parece ciertamente que en nuestra tierra toda su posible diversidad deba realizarse también en el empleo de este don; y se verá una escala de seres humanos que de los límites del animal alcanza hasta el genio más puro de la forma humana. Esto no debe maravillarnos teniendo en cuenta la gran gradación de animales que hay debajo de nosotros y qué largo camino tuvo que seguir la naturaleza para preparar en nosotros la organización de esta pequeña flor de la razón y la libertad, que poco a poco se desarrolla. Parece que en nuestra tierra todo debe estar de acuerdo con sus probabilidades, y sólo podemos aclararnos bastante el orden y la sabiduría de esta profusión, cuando, dando otro paso, abarquemos la finalidad que se persigue con la diversidad que se observa en este gran jardín de la naturaleza. En él vemos prevalecer las más veces sólo leyes de necesidad; pues se pretendía que toda la tierra fuera habitada hasta en sus parajes más lejanos y salvajes, y sólo aquel que la extendió tan lejos, sabe por qué admitió también en este mundo a yamanes y neozelandeses. Quien más puede despreciar el género humano no podrá negar empero que en medio de tanta maleza prosperaron también entre los hijos de la tierra la razón y la libertad, estas nobles plantas que bajo la luz del sol celestial dieron también bellos frutos. Sería casi increíble, si la historia no nos lo dijera, a qué alturas se elevó el entendimiento humano y no sólo imitando a la divinidad creadora y conservadora, sino procurando también remedar su orden. En el caos del ser, que le muestran los sentidos, buscó y encontró unidad e inteligencia, leyes de orden y belleza. Las fuerzas más escondidas, que él no conoce desde el interior, las estudió en su marcha exterior y siguiendo el movimiento, el número, la medida, la vida y hasta la existencia, con sólo ver su acción en el cielo y sobre la tierra. Todos estos intentos en este sentido hasta cuando erró o sólo pudo soñar, son pruebas de su majestad, de una fuerza y grandeza semejantes a Dios. El ser que todo lo creó depositó realmente en nuestra débil organización un rayo de su luz, una impronta de sus fuerzas más genuinas y por bajo que el hombre esté, puede decirse a sí mismo: "Tengo algo de común con Dios: poseo aptitudes que debe poseer también el Ser supremo, a quien conozco en sus obras, puesto que las ha revelado a mi alrededor". Evidentemente fué esta semejanza con

él mismo la suma de toda la creación del mundo. En este miradero el hombre no podía levantar la vista más arriba; pero no dejó de hacerlo hasta esa semejanza llevando la serie de sus organizaciones hasta el punto más alto. De ahí que también la marcha hacia éste fuera tan uniforme a pesar de todas las diferencias de forma.

Del mismo modo la libertad dió también nobles frutos en la formación del hombre, luciendo su gloria tanto en lo que desprecia como en lo que emprende. El hecho de que renunciara al impulso inconstante de los ciegos instintos y se anudara libremente al vínculo del matrimonio, de una sociable amistad, protección y fidelidad en vida y muerte, de que renunciara a su propia voluntad y permitiera que las leyes lo dominaran, es decir el ensayo siempre imperfecto de gobierno del hombre por el hombre, protegiéndolo con su propia sangre y vida, de que nobles hombres se consagraran a la patria y no sólo en un momento agitado de su vida, sino, lo que es mucho más noble, considerando incansablemente que todos los esfuerzos de su vida durante días y noches, por espacio de años y en el curso de toda la vida, nada eran para regalar el bienestar y la tranquilidad, por lo menos en su opinión, a una multitud ciega y desagradecida, y de que, por último, sabios inspirados por Dios y llevados de noble afán por la verdad, la libertad y por la felicidad de nuestra especie, aceptaran voluntariamente ultrajes y persecuciones, pobreza y miseria, fieles a la idea de haber creado o facilitado a sus hermanos el bien más noble de que ellos eran capaces; si todo esto no son grandes virtudes humanas y aspiraciones poderosísimas de la autodeterminación que existe en nosotros, yo no sé que haya otras. Bien es verdad que siempre fueron pocos quienes se adelantaron al gran montón y como médicos le impusieron saludablemente lo que por sí solo aquél no sabía aún elegir; pero estos pocos fueron la flor del género humano, inmortales y libres hijos de los dioses sobre la tierra y cada uno de ellos vale por millones.

V

EL ORGANISMO DEL HOMBRE ES DE SALUD SUMAMENTE DELICADA, PERO AL MISMO TIEMPO DE ENORME RESISTENCIA, Y, POR LO TANTO, CAPACITADO PARA SU EXPANSIÓN POR TODA LA TIERRA

Con la marcha erecta obtuvo el hombre una delicadeza, calor y vigor que no estaban al alcance de ningún animal. En estado de salvajismo estaba cubierto en gran parte de pelo, especialmente en

la espalda, y Plinio el Antiguo se queja vivamente a la naturaleza de que privara al hombre de esta protección. La naturaleza bienhechora dió al hombre un envoltorio más hermoso: su piel delicada y, sin embargo, tan dura, que le permite resistir a las inclemencias de cada estación y a los cambios de todo clima ayudado por algún arte que es una segunda naturaleza para esta criatura.

Y a este arte había de conducirlo, no sólo la escueta necesidad, sino algo más humano y bello: el santo pudor. Digan lo que quieran algunos filósofos, éste es natural en el hombre, y hasta se encuentra ya una vaga analogía con él en algunas especies animales, puesto que también la mona se cubre y el elefante busca para su acoplamiento oscuros bosques solitarios. No conocemos en la tierra *casi ninguna nación tan bestial*[1] *que no le guste cubrirse a partir* de los años en que se despiertan los instintos, sobre todo las mujeres; particularmente porque la delicadeza sensible de esas partes y otras circunstancias reclaman que estén cubiertas. Por consiguiente, antes de que el hombre tratara de proteger sus miembros exteriores contra el furor de los elementos y la picadura de los insectos mediante vestidos o ungüentos, una especie de economía sensible del instinto más rápido y necesario lo condujo a cubrirse. Entre todos los animales nobles, la hembra es buscada y no se ofrece, con lo cual cumple sin saberlo propósitos de la naturaleza, y entre los hombres es la mujer más delicada la prudente guardiana también del sagrado pudor que pronto tenía que desarrollarse en la figura erecta.

O sea que el hombre obtuvo indumentaria y, no bien tuvo este arte y algún otro, estuvo en condiciones de soportar todo clima de la tierra y de tomar posesión de todas sus regiones. Pocos son los animales —casi exclusivamente el perro— que hayan podido seguirle a todas partes, y eso ¡con qué alteración de su forma, con qué degeneración de su innato temperamento! El hombre es el único que se ha modificado muy poco, y absolutamente nada en las partes esenciales. Asombra ver cuán total y uniformemente se conservó su naturaleza fijándonos en las modificaciones que han experimentado sus hermanos los animales errantes. Su naturaleza está tan determinadamente organizada, tan perfectamente organizada, que el hombre se encuentra en un nivel elevadísimo, y sólo es posible hallar en él unas pocas variedades que ni siquiera pueden calificarse de anomalías.

¿Y a qué se debe esto? Una vez más: a su figura erecta, y a nada

[1] Sólo conozco dos naciones totalmente desnudas, pero que también viven en animal salvajismo: los yamanes del extremo meridional de Sudamérica, desecho de otras naciones, y un pueblo salvaje que vive en Aracán y Pegú y que sigue siendo para mí un enigma en esas regiones, aunque lo encuentro confirmado en uno de los viajes más recientes (MACKINTOSH: *Travels*, t. I, pág. 341).

más. Si anduviéramos a cuatro patas como el oso y el mono, no tengamos la menor duda de que también las especies humanas (si se nos permite emplear una expresión tan poco noble) tendrían un habitáculo limitado y no lo abandonarían nunca. El hombre-oso amaría su patria fría y el hombre-mono su patria cálida, del mismo modo, como veremos, que cuanto más bestial es una nación, tanto más sujeta está a su región y clima con los vínculos del cuerpo y del alma.

Cuando la naturaleza elevó al hombre, lo elevó para que dominara en la tierra. Su figura erecta le dió a la vez que una estructura más primorosamente organizada una circulación sanguínea más artificial, una mezcla más diversa de los jugos vitales, o sea también aquella temperatura más intrínseca, más fija, del calor vital, que es lo que le permitió, únicamente a él, ser morador de Siberia y África. Sólo gracias a su estructura erecta, más artificial, orgánica, estuvo en condiciones de soportar calor y frío como no puede hacerlo a la vez ninguna otra criatura de la tierra y, a pesar de todo, sin modificarse en lo más mínimo.

Ahora bien, con esta complexión delicada, y todo lo que le es inherente, es natural que se abriera la puerta a una serie de enfermedades que no conoce el animal, y que Moskato enumera muy elocuentemente [1]. La sangre que efectúa su circulación en una máquina erecta, el corazón apretado en una posición inclinada, los intestinos que llevan a cabo su tarea en posición vertical: sea como fuere, estas partes están expuestas en nosotros a más peligros de descomposición que en un cuerpo animal. Especialmente, parece que el sexo femenino tuvo que pagar más cara que nosotros su mayor delicadeza. Sin embargo, también en esto la bondad de la naturaleza suplió y mitigó con creces esas deficiencias, puesto que nuestra salud, nuestro bienestar, todas las sensaciones y estímulos de nuestro ser son más espirituales y primorosas. No hay ningún animal que goce un solo instante de la salud y dicha humanas, ni que guste una sola gota del torrente de néctar que le debe el hombre; más aún, considerándolo de modo puramente corporal, las enfermedades del animal, aun siendo menos numerosas, resultan en cambio más constantes y tenaces. Su tejido celular, la túnica de sus nervios, sus arterias, huesos y cerebros son aún más fuertes que los nuestros; de ahí también que todos los animales terrestres que rodean al hombre (con la única excepción quizá del elefante, cuyas fases de la vida son más parecidas a las nuestras) vivan menos tiempo que nosotros y mueran antes de muerte natural, es decir, por el endurecimiento de la vejez. En consecuencia, la naturaleza

1 *Vom körperlichen wesentlichen Unterchiede der Thiere und Menschen,* Göttingen, 1771.

lo destinó para la vida más larga y más llena de satisfacciones concebible para un organismo terrenal. Nada sabe valerse de modo más diverso y fácil que la heterogénea naturaleza humana, y se necesitaron todos los excesos de la locura y de los vicios, de que, naturalmente, es incapaz el animal, para debilitar y estropear nuestra máquina en la medida en que en algunos casos la vemos debilitada y estropeada. Con su bondad, la naturaleza proporcionó a cada clima las hierbas convenientes para sus enfermedades, y sólo la confusión de todos los climas pudo convertir a Europa en el semillero de males que no encuentra en sí ningún pueblo que viva de acuerdo con la naturaleza. Sin embargo, aun para esos males que nos hemos buscado nosotros mismos, nos dió un bien que nos proporcionamos nosotros mismos: el médico, que cuando obedece a la naturaleza, la ayuda, y si no puede o no sabe obedecerla, por lo menos entierra científicamente a los enfermos.

¡Y qué cuidado maternal y sabiduría de la economía divina determinó también las fases de la vida y la duración de nuestra especie! Todas las criaturas terrenales vivientes que tienen que llegar pronto a su perfección, se desarrollan también pronto; pronto llegan a su madurez y a la meta de su vida. El hombre, plantado erecto como árbol del cielo, crece lentamente. Como el elefante, es el que más tiempo permanece en el seno materno; los años de su juventud duran mucho, incomparablemente más que los de cualquier animal. La naturaleza, pues, alargó cuanto pudo la época feliz de aprender, de crecer, de vivir alegremente y de gozar de la vida del modo más inocente. No pocos animales quedan formados en pocos años, días, y los hay que ya en el momento de nacer; pero también son más imperfectos y mueren más pronto. El hombre es el que necesita más tiempo para aprender porque es también el que más debe aprender, pues todo depende en él de la destreza, razón y arte que adquiera por sí mismo. Aunque luego su vida se acorte por el innumerable ejército de azares y peligros, por lo menos gozó de su larga juventud exenta de preocupaciones, pues a la par de su cuerpo y espíritu fué creciendo también el mundo que le rodea, con su panorama cada vez más amplio que se eleva lentamente, se ensanchó también el ámbito de sus esperanzas, y su noble corazón juvenil aprendió a latir cada vez con más fuerza en rápida curiosidad, en impaciente exaltación, por todo lo grande, bueno y bello. En un hombre sano no excitado, el florecimiento del instinto sexual se desarrolla más tarde que en cualquier animal, puesto que tiene que vivir largo tiempo y no puede derrochar demasiado prematuramente el más noble jugo de sus fuerzas psíquicas y corporales. El insecto, que pronto sirve al amor, muere también pronto; todas las especies animales monógamas viven más tiempo que las que viven sin matrimonio. El lujurioso gallo muere pronto; la fiel paloma

silvestre puede vivir 50 años. Para el favorito de la naturaleza en este mundo se dispuso también el matrimonio, y se le destina a vivir en sí mismo los primeros años más lozanos de su vida como cubierto capullo de inocencia. Siguen luego largos años de fuerzas viriles y jocundísimas en que madura su razón, que en el hombre, a la par de las fuerzas generadoras, llega a una avanzada edad desconocida para los animales, hasta que por fin viene la suave muerte y con el polvo caduco redime también al cautivo espíritu de un enlace igualmente ajeno a ambos. La naturaleza, pues, invirtió en la endeble cabaña del cuerpo humano todo el arte que un ser de la tierra pueda concebir, y hasta en aquello que acorta y debilita la vida, compensó por lo menos el placer más breve haciéndolo más sensible y las fuerzas agotadoras haciéndolas sentir más intensamente.

VI

EL HOMBRE ESTÁ FORMADO PARA LA HUMANIDAD Y PARA LA RELIGIÓN

Mi deseo es reunir en la palabra humanidad todo cuanto hasta ahora he dicho sobre la noble formación del hombre para la razón y la libertad, para más primorosos sentidos e instintos, para una salud más delicada y robusta, para la ocupación y dominio de la tierra, puesto que el hombre no tiene para su destinación otra palabra más noble sino que él es la criatura en la cual vive reflejada la imagen del Creador de la tierra, tal como aquí pueda hacerse visible. Para desarrollar sus más nobles deberes, nos basta dibujar su figura.

1. Todos los instintos de un ser viviente pueden reducirse a la conservación de sí mismo y a una participación en otros seres o a una comunicación con ellos; la estructura orgánica del hombre, cuando a ella se suma una superior dirección, ordena esas inclinaciones del modo más selecto. Así como la línea recta es la más sólida, así también el hombre, para protegerse a sí mismo, tiene en el exterior la mínima extensión, en el interior la más diversa fuerza de rapidez. Se yergue sobre la base mínima, y por consiguiente puede cubrir del modo más fácil sus miembros; su centro de gravedad cae entre las caderas más flexibles y fuertes que posea una criatura terrenal, y donde ningún animal revela la ágil fuerza del hombre. Su pecho de bronce, más reducido, y los instrumentos de los brazos precisamente en esta posición, le conceden desde arriba el más vasto ámbito de

defensa para guardar su corazón y proteger sus partes vitales más nobles desde la cabeza hasta las rodillas. No es fábula que hubo hombres que lucharon con leones y los subyugaron; el africano hasta puede con más de uno si combina la cautela, la astucia y la fuerza. Sin embargo, lo cierto es que la complexión del hombre lo encamina de preferencia a la defensa, no al ataque; para éste necesita apelar al arte, mas en aquélla es la criatura más vigorosa de la tierra. En consecuencia, su misma figura le enseña a ser pacífico, que es el primer atributo de la humanidad, no el instinto sanguinario y destructor.

2. Entre los instintos que lo impulsan hacia otros seres, el más poderoso es el sexual; también en el hombre está subordinado a su estructura para la humanidad. Lo que en el cuadrúpedo, aun en el tímido elefante, es acoplamiento, es en él beso y abrazo a causa de su estructura. Ningún animal tiene labios como los del hombre, cuya delicada parte superior es lo último que del rostro se forma en el fruto del seno materno, como si fuera la última señal del dedo del amor para que estos labios se cierren de modo bello e inteligente. De ningún animal puede decirse la púdica expresión del lenguaje antiguo: conoce a su mujer. La fábula antigua dice que ambos sexos fueron antaño andróginos como las flores, pero divididos: con esta y otras profundas fantasías poéticas quiso decir veladamente en forma de fábula la preeminencia del amor humano ante los animales. Asimismo, el hecho de que el instinto humano no esté absolutamente sometido, como en éstos, a una época del año (bien que todavía no se hayan hecho observaciones concienzudas sobre las revoluciones que a este respecto se operan en el cuerpo humano), revela notoriamente que no se quiso supeditarlo a la necesidad, sino que dependiera del atractivo amoroso, de la razón, dejándosele confiado a una moderación voluntaria como todo lo que el hombre tiene en sí mismo y a su alrededor. También el amor tenía que ser humano en el hombre, y en este sentido determinó la naturaleza, además de la figura del hombre, el posterior desarrollo, la duración y la proporción del instinto en ambos sexos; y hasta lo colocó bajo la ley de un vínculo voluntario de comunidad y del comercio amistoso de dos seres que se sienten unidos en uno para toda la vida.

3. Como a excepción del amor recíproco todos los demás afectos tiernos se contentan con la simpatía, la naturaleza hizo que el hombre fuera el ser más dotado de sentimientos de simpatía entre todos los vivientes; porque, por decirlo así, lo formó a base de todo y lo organizó en tales relaciones con todo reino de la creación de suerte que pudiera sentir simpatía por él. La estructura de sus fibras es tan elásticamente primorosa y delicada y su sistema nervioso está tan ramificado en todas las partes de su ser vibrante que, como análogo de la divinidad cuyo sentimiento se extiende a todo, casi puede

colocarse en el lugar de toda criatura y sentir por ella la cantidad de simpatía que ésta necesita, y todo él puede soportarlo sin sufrir trastorno, y hasta con peligro de sufrirlo. Hasta por un árbol se interesa nuestra máquina siendo ella misma un árbol que retoña y crece, y hay hombres que no toleran físicamente que se derribe o mutile a un árbol que se encuentre en la verdeante lozanía de su juventud. Tampoco el hombre delicado se siente indiferente a las contorsiones de un gusano aplastado, y cuanto más perfecto sea el animal y más próximo esté a nosotros por su organización, tanto mayor será la simpatía que nos inspire su sufrimiento. Se necesitaron nervios duros para abrir una criatura viviente y examinar sus convulsiones; sólo el insaciable afán de gloria y saber pudo acallar paulatinamente esta simpatía orgánica. Hay mujeres más delicadas que no pueden soportar siquiera la disección de un cadáver: les duele todo miembro que con violencia se destruye a su vista, especialmente cuanto más delicadas y nobles son las partes. Un intestino hurgado provoca horror y repugnancia; un corazón cortado, un pulmón seccionado, un cerebro destruído, nos producen la sensación de que el cuchillo corta y pincha al mismo tiempo nuestros miembros correlativos. Nos identificamos con el cadáver de un ser querido en su tumba; sentimos el foso frío que él ya no siente, y nos invade estremecimiento con sólo tocar sus huesos. Tan grande es el sentimiento de simpatía que la madre universal inculcó en nuestros miembros, ella que todo lo sacó de sí con todo se identifica con la más íntima simpatía. Su vibrante sistema de fibras, su estructura nerviosa simpatizante, no necesitan el llamamiento de la razón; se le adelantan y aun a menudo se le oponen poderosa y tenazmente. El trato con dementes que nos inspiren simpatía, provoca la demencia, tanto más cuanto más la tema el hombre.

Es curioso que el oído contribuya mucho más que la vista a despertar y vigorizar este sentimiento de simpatía. El quejido de un animal, el grito proferido por su cuerpo doliente, atrae a todos sus semejantes que, según se ha observado a menudo, rodean compungidos al que se queja y desearían ayudarlo. También en los hombres el cuadro del dolor provoca más bien horror y espanto que compasión; mas tan pronto sentimos la voz del que sufre, perdemos la serenidad y nos precipitamos hacia él, como si una punzada nos atravesara el alma. ¿Será porque el sonido convierte en ser viviente el cuadro que se ofrece a la vista, reanimando todos los recuerdos de sentimientos propios y ajenos y concentrándolos en un punto? ¿O bien hay además, como creo yo, una causa orgánica más honda? Limitémonos a decir que la experiencia es cierta y revela en el hombre el fondo de su mayor simpatía a través de la voz y del lenguaje. Menos nos conmueve aquello que no puede suspirar porque sea una criatura sin pulmones, imperfecta, organizado de modo menos

parecido a nosotros. Algunos sordos y mudos de nacimiento ofrecieron ejemplos espantosos de falta de simpatía hacia hombres y animales, y en los pueblos salvajes observaremos aún muestras suficientes al respecto. Y, sin embargo, aun en ellos no puede negarse la ley de la naturaleza. Los padres que, obligados por la miseria y el hambre, sacrificaron sus hijos a la muerte, se los consagraron en las entrañas maternas antes de haber visto sus ojos, antes de haber oído su voz, y más de una infanticida confesó que nada la impresionó tanto ni se le quedó tanto en la memoria como el primer sonido quejumbroso, la voz llorosa, del hijo.

4. Hermosa es la cadena en que la madre que todo lo siente unió los sentimientos de simpatía de todos los hijos, elevándolos progresivamente en sus distintos miembros. Cuando la criatura es todavía torpe y ruda, capaz apenas de proveer para sí, tampoco se le confió el cuidado de sus hijos. Los pájaros incuban y crían con amor maternal a sus pichones; en cambio, el obtuso avestruz entrega sus huevos a la arena. "Olvida —dice aquel viejo libro que trata de él— que una pata puede aplastarlos o un animal salvaje destruirlos, pues Dios le privó de sabiduría y no lo dotó de entendimiento". Mediante la misma causa orgánica en virtud de la cual recibe más cerebro la criatura, recibe también más calor, alumbra hijos vivientes o los incuba, amamanta y recibe amor maternal. La criatura que nace viviente es, por decirlo así, un ovillo de nervios del ser materno; el niño amamantado es un retoño de la planta-madre que lo alimenta como a una parte de sí. Sobre esta hondísima simpatía se edifican en la economía del animal todos los delicados instintos para los cuales la naturaleza podía ennoblecer a esa especie.

En el género humano, el amor maternal de tipo superior es un vástago de la humanidad en su formación erecta. A la vista de la madre, el lactante yace en su regazo y bebe el alimento más delicado y primoroso; es un modo bestial, y hasta contrario al cuerpo, la costumbre de algunos pueblos que, obligados por la necesidad, amamantan a sus hijos llevándolos en la espalda. El peor monstruo se ablanda con el amor maternal y doméstico, pues hasta una leona es amable con sus cachorros. En la casa paterna surgió la primera sociedad, unida por los vínculos de la sangre, la confianza y el amor. O sea que también para vencer el salvajismo del hombre y acostumbrarlo al trato doméstico, era necesario que la infancia de nuestra especie durara largos años; la naturaleza impuso esa unión de tiernos vínculos para impedir que los hijos se dispersaran y olvidaran como los animales que se desarrollan pronto. Entonces el padre pasó a ser el educador de su hijo, como la madre había sido su nodriza, anudándose de esta suerte un nuevo miembro de la humanidad. Aquí existía, en efecto, la razón de una sociedad humana necesaria, sin la cual no podía prosperar ningún hombre ni

haber una pluralidad de hombres. Por consiguiente, el hombre nació para la sociedad; se lo dice la simpatía de sus padres, se lo dicen los años de su larga infancia.

5. Mas como la mera simpatía del hombre no podía extenderse a todo, sino que en él, como ser limitado y de múltiple organización, sólo podía ser una guía oscura, a menudo poco vigorosa, en todo lo que estaba lejos de él, la madre de certera guía ordenó de acuerdo con un derrotero inequívoco sus múltiples ramas sutilmente entretejidas: la regla de la justicia y de la verdad. Se hizo sincero el hombre, y así como en su figura todo sirve a la cabeza, así como sus dos ojos no ven sino una sola cosa, así como sus dos oídos perciben un solo sonido, así como la naturaleza enlazó en todas partes en todo el revestimiento exterior la simetría con la unidad colocando a la unidad en el centro de suerte que lo dual apunte sólo a ésta, así también en el interior pasó a ser norma del hombre la gran ley de la equidad y del equilibrio: *Lo que no quieras que otros te hagan, no se lo hagas tampoco; lo que quieras que otros te hagan hazlo también tú.* Esta regla irrebatible se halla inscripta aun en el pecho del monstruo, puesto que cuando devora a otros, sólo puede esperar que otros lo devoren a él. Es la regla de lo verdadero y lo falso, del *idem* e *idem,* fundada en la estructura de todos sus sentidos, y hasta diría que en la misma figura erecta del hombre. Si viéramos de lado, o así cayera la luz, no tendríamos concepto de ninguna línea recta. Si nuestra organización careciera de unidad y nuestros pensamientos de reflexión, también en nuestros actos nos perderíamos en líneas irregulares y la vida humana no tendría razón ni finalidad. La ley de la equidad y verdad hace compañeros y hermanos leales, y hasta convierte a los enemigos en amigos a medida que gana terreno. A quien aprieto contra mi pecho, también a mí me aprieta contra el suyo; aquél para quien sacrifico la vida, la sacrifica también por mí. Por lo tanto, todo derecho humano, entre pueblos y aun entre animales, se fundó a base de la homogeneidad de sentimientos, de la unidad de fines en distintos hombres, de uniforme lealtad en una asociación, pues también los animales que viven en sociedad acatan la ley de la equidad, y los hombres que con astucia o violencia se apartan de ella, son las criaturas más inhumanas, aunque sean reyes y monarcas del mundo. Sin estricta equidad y verdad no hay razón ni humanidad concebibles.

6. La figura bella y erecta del hombre lo formó para la decencia, pues ésta es la bella sirviente y amiga de la verdad y equidad. La decencia del cuerpo consiste en que éste esté como debe, como Dios lo hizo; la verdadera belleza no es más que la forma agradable de la interior perfección y salud. Pensemos en la imagen divina del hombre desfigurada por negligencia por un arte falso; la hermosa cabellera arrancada o transformada en una maraña, la

nariz y las orejas atravesadas y obligadas a colgar, el cuello y las demás partes del cuerpo estropeados por sí mismos o por la indumentaria; piénsese todo esto y ¿quién considerará, aunque la moda más obstinada fuera la dueña, que sigamos encontrando aquí la decencia del cuerpo humano derecho y bello? No es distinto lo que ocurre con costumbres y conductas, con usos, artes y con el lenguaje humano. A través de todas estas piezas pasa una sola humanidad que pocos pueblos de la tierra encontraron y centenares de ellos desfiguraron con su barbarie y falsas artes. Investigar esta humanidad es la genuina filosofía humana que aquel sabio hizo bajar del cielo y que se revela en el trato lo mismo que en la política, la ciencia y todas las artes.

Por último, la religión es la más elevada humanidad del hombre, y nadie se extrañe de que la incluya aquí. Si el don más excelente del hombre es el entendimiento, a éste le incumbe escudriñar la conexión entre causa y efecto y adivinarlo allí donde no la perciba. Así lo hace el entendimiento humano en todas las cosas, ocupaciones y artes, pues aun en aquello en que se limita a seguir una habilidad adquirida, un entendimiento anterior tuvo que determinar la conexión entre causa y efecto introduciendo así ese arte. Ahora bien, en las obras de la naturaleza no vemos propiamente causa alguna en lo más interno, ni a nosotros mismos nos conocemos ni sabemos cómo influye en nosotros cualquier cosa. O sea que también en todos los efectos exteriores a nosotros todo es mero sueño, conjetura y nombre; sin embargo, sueño verdadero no bien de modo frecuente y constante vemos que una clase de efectos se enlaza con una clase de causas. Esto es la marcha de la filosofía, y la primera y última filosofía fué siempre religión. Hasta los pueblos más salvajes se ejercitaron en ella, pues no hay ningún pueblo de la tierra que no la tenga, como tampoco se los ha encontrado sin capacidad racional y figura humana, sin lenguaje y matrimonio, sin ciertas costumbres y usos humanos. Cuando no veían a autores visibles, creían en autores invisibles, y, en consecuencia, a pesar de todo seguían investigando, por oscuras que fueran, las causas de las cosas. Naturalmente, se atenían más a los datos que a las esencias de la naturaleza; más a su lado horrendo y pasajero que al satisfactorio y duradero; además, raras veces llegaron a ordenar todas las causas bajo una sola. Mas también ese primer ensayo era religión, y nada significa decir que las más veces fué el temor lo que inventó sus dioses. El temor en sí nada inventa: lo único que hace es despertar al entendimiento para que conjeture y presienta lo verdadero o lo falso. Por lo tanto, no bien el hombre aprendió a usar su entendimiento al más leve incentivo, es decir, tan pronto consideró el mundo de otro modo que un animal, tuvo que suponer poderosos seres invisibles que lo ayudan o dañan. Trató de ganarse o conservar

su amistad, y de esta suerte la religión, verdadera o falsa, acertada o errónea, fué la primera muestra de los hombres, que con sus consejos los consoló de su existencia tan oscura, peligrosa e intrincada.

No; tú ¡oh eterna fuente de toda la vida, de todas las esencias y formas, tú no dejaste de revelarte a tus criaturas! El agachado animal siente oscuramente tu poder y bondad al ejercer fuerzas e inclinaciones de acuerdo con su organización: para él es el hombre la divinidad visible de la tierra. Mas al hombre lo elevaste a que él mismo, sin saberlo ni quererlo, escrutara las causas de las cosas, adivinara sus conexiones y, por lo tanto, te hallara a ti, ¡oh gran conexión de todas las cosas, esencia de las esencias! Él no descubre lo interior de tu naturaleza porque no ve desde dentro ninguna fuerza de una cosa; más aún, cuando quiso configurarte, se equivocó y tenía que equivocarse, pues tú eres sin forma a pesar de que seas la primera causa única de todas las formas. Y, sin embargo, aun todo falso resplandor tuyo es luz, y todo altar engañoso que te erigió, es no sólo un monumento inequívoco de tu existencia, sino también del poder del hombre para conocerte y adorarte. Por consiguiente. la religión, considerada ya como ejercicio del entendimiento, es la más elevada humanidad, la más sublime floración del alma humana.

Pero es más que eso: es ejercicio del corazón humano y el más puro encauzamiento de sus facultades y potencias. Si el hombre fué creado para la libertad y no tiene en la tierra otra ley que la que él mismo se impone, tiene que convertirse en la criatura más salvaje si no conoce pronto la ley de Dios en la naturaleza y como hijo no aspira a llegar a la perfección del padre. Los animales son siervos natos en la gran mansión de la economía terrenal; el temor servil ante las leyes y castigos es también la nota más segura del hombre animal. El verdadero hombre es libre y obedece por bondad y amor, pues todas las leyes de la naturaleza son buenas cuando las comprende, y cuando no las comprende se acostumbra a obedecerlas con simplicidad infantil. Aunque no sigas a gusto —decían los sabios—, tienes que seguir; no por eso se altera a causa de ti la regla de la naturaleza; pero cuanto más conozcas su perfección, bondad y belleza tanto más esta forma viviente te formará a imagen de la divinidad en tu vida terrena. Por consiguiente, la verdadera religión es una adoración infantil de Dios, un remedo de lo más elevado y bello que hay en la imagen humana, y, con ello, la más íntima satisfacción, la más eficaz bondad y amor al prójimo.

Y así se echa de ver también que en todas las religiones de la tierra se haya tenido que afirmar una semejanza mayor o menor del hombre con Dios, ya sea elevando el hombre a Dios, ya sea reduciendo a figura humana al padre del mundo. No conocemos una figura más elevada que la nuestra, y para que algo conmueva y haga

humano al hombre, se requiere que se conciba y sienta como humano. Así, una nación sensual ennobleció a la figura humana hasta la belleza divina; otras, de pensamiento más espiritual, pusieron las perfecciones del invisible en símbolos adecuados para el ojo humano. Aun en los casos en que la divinidad quiso revelársenos, habló y actuó entre nosotros humanamente, de acuerdo con la modalidad de cada época. Nada ennobleció tanto a nuestra figura y naturaleza como la religión, y eso fué pura y exclusivamente porque la reconduJo a su más pura destinación.

El hecho de que con la religión se asociara también la esperanza y la fe en la inmortalidad y de que fuera ella quien las estableciera entre los hombres, es algo que está asimismo en la naturaleza de las cosas, algo casi inseparable del concepto de Dios y de la humanidad. ¿Cómo? ¿somos hijos del Eterno, a quien en este mundo debemos aprender a conocer y amar imitándolo, a cuyo conocimiento todo nos incita, a cuya imitación nos obligan el amor y el dolor, y, sin embargo, lo conocemos tan oscuramente, lo imitamos tan débil y puerilmente, y hasta vemos las razones por que en este organismo no podemos conocer e imitar de otro modo? ¿Y no habría de ser posible otro organismo para nosotros, no habría de haber realmente una continuación para nuestra mejor y más cierta disposición? En efecto, precisamente éstas nuestras fuerzas más nobles son tan poco para este mundo y aspiran a salir de él, porque aquí todo sirve a las necesidades más apremiantes. Y, sin embargo, con nuestra parte más noble nos sentimos constantemente en lucha con esas necesidades; precisamente lo que parece ser el fin del organismo humano, encuentra en la tierra su lugar de nacimiento, mas en modo alguno el lugar en que pueda consumarse. Entonces ¿habría que suponer que la divinidad rompió el hilo y con todos sus preparativos para la estructura humana no logró en definitiva más que una criatura inmatura a quien se engaña con toda su destinación? En la tierra todo es fragmentario, y ¿deberá serlo por los siglos de los siglos de suerte que el género humano se quede en mero rebaño de sombras que se pone en movimiento con sueños? La religión enlazó aquí todos los defectos y esperanzas de nuestra especie en la fe y tejió para la humanidad inmortal corona.

VII

EL HOMBRE ESTÁ FORMADO PARA LA ESPERANZA EN LA INMORTALIDAD

No se espere que demos aquí una demostración metafísica de la inmortalidad del alma fundándonos en su naturaleza simple, en su espiritualismo, etc. La física no conoce esa naturaleza simple, antes bien podría levantar dudas contra ella considerando que sólo conocemos a nuestra alma en un organismo complicado y gracias a efectos que parecen surgir de una diversidad de estímulos y sensaciones. La idea más general es sólo resultado de innumerables percepciones particulares, y la regente de nuestro cuerpo actúa sobre el innumerable ejército de fuerzas subordinadas como si localmente estuviera también presente en todas ellas.

Tampoco puede servirnos aquí de guía la llamada filosofía de los gérmenes de Bonnet, puesto que en parte no está demostrada en la intención del paso a una nueva existencia, y en parte no le corresponde. Nadie descubrió en nuestro cerebro un cerebro espiritual, germen de una nueva existencia, y tampoco es visible en su estructura la menor analogía al respecto. El cerebro del difunto nos queda, y si el capullo de nuestra inmortalidad no tuviera otras fuerzas, se quedaría seco en el polvo. En efecto, a mi juicio esa filosofía nada tiene que ver con esto, puesto que lo que ahora nos interesa no es la procedencia de una criatura de jóvenes criaturas de su especie, sino de la promoción de la criatura agonizante a una nueva existencia; por el contrario, si fuera exclusivamente verdadera aunque sólo fuera en la generación terrena y toda esperanza se fundara en ella, dudas insubsanables se opondrían a esta esperanza. Si está determinado eternamente que la flor sea sólo flor, el animal sólo animal, y todo estaba mecánicamente en gérmenes preformados desde el comienzo de la creación ¡adiós esperanza mágica de una existencia suprema! Estábamos preformados en eterno germen para la existencia presente, nó para otra superior; lo que brote de nosotros, son los gérmenes preformados de nuestros hijos, y si el árbol muere toda la filosofía de los gérmenes muere con él.

Por consiguiente, si en esta cuestión importante no queremos engañarnos con palabras melosas, es preciso que empecemos de más hondo y de más lejos y nos fijemos en toda la analogía de la natu-

raleza. No vemos el reino interior de sus fuerzas; por lo tanto, es tan vano como innecesario pedirle revelaciones internas esenciales de cualquier estado que sea. Mas a nuestra vista están los efectos y formas de sus fuerzas; por consiguiente, podemos compararlos y acaso juntar esperanzas a base de la marcha de la naturaleza en este mundo, de toda la semejanza que en éste reina.

LIBRO QUINTO

I

EN LA CREACIÓN DE NUESTRA TIERRA IMPERA UNA SERIE DE ASCENDENTES FORMAS Y FUERZAS

1. Desde la piedra al cristal, desde el cristal a los metales, desde éstos a la creación de los vegetales, desde los vegetales al animal, desde éste al hombre, vimos cómo la forma de organización asciende, y con ella también las fuerzas e impulsos de la criatura se diversifican, hasta que por último se reúnen todos en la figura del hombre hasta donde ésta puede abarcarlos. La serie se detuvo en el hombre; no conocemos a ninguna criatura que esté por encima de él, que esté organizada de modo más diverso y artístico; parece que él es lo más elevado para lo cual pudiera formarse un organismo terreno.

2. A través de estas series de seres observábamos hasta donde lo permitía la destinación particular de cada criatura, una semejanza dominante de la forma principal que, variando de modo incalculable, se aproximaba cada vez más a la figura humana. En la profundidad informada, en el reino de las plantas y zoófitos, no podía reconocerse aún; con el organismo de seres más perfectos se tornaba más clara, el número de especies se reducía, desaparecía hasta unirse finalmente en el hombre.

3. Así como las figuras, veíamos que a él se aproximaban también las fuerzas e impulsos. Desde la nutrición y propagación de los vegetales, el instinto ascendía a la obra artística de los insectos, a la tutela doméstica y maternal de los pájaros y animales terrestres y, por último, aun a ideas semejantes a las humanas y a actividades originales adquiridas por el mismo ser, hasta que al fin se une todo en la capacidad racional, libertad y humanidad del hombre.

4. En toda criatura, la duración de su vida se atemperó también a los fines de la naturaleza que tenía que realizar. La planta se marchita pronto; el árbol llega lentamente a su total desarrollo. El insecto, que trajo al mundo su destreza artística y se reproducía pronto y copiosamente, se va pronto de este mundo; a los animales que crecían más lentamente, que alumbran de una vez menor nú-

mero de crías o que están destinados a llevar una vida de economía casi racional, se les concedió también una vida más larga, y la más larga, en comparación con las demás, al hombre. Sin embargo, al proceder así, la naturaleza, no sólo pensó en cada una de las criaturas, sino también en la conservación de toda la especie y de las otras especies superiores a ésta. En consecuencia, los reinos inferiores no sólo estaban más poblados, sino que además su vida duraba más cuando lo permitía el fin de la criatura. El mar, inagotable fuente de vida, es el que durante más tiempo conserva sus moradores, dotados de tenaz vitalidad, y los anfibios, medio seres acuáticos, son los más próximos a ellos por lo que respecta a la duración de su vida. Los moradores del aire, menos pesados por el alimento terrestre que endurece poco a poco a los animales de tierra, viven en conjunto más que éstos; así, pues, el aire y el agua parecen ser el gran depósito de los vivientes que luego la tierra destruye y consume en más rápidos tránsitos.

5. Cuanto más organizada está una criatura, tanto más su organismo se compone de los reinos inferiores. Esta diversificación empieza debajo de la superficie terrestre y va en aumento en plantas, animales, hasta llegar a la estructura más diversificada: el hombre. Su sangre y sus elementos de tantos nombres son un compendio del mundo: cal y tierra, sal y ácidos, aceite y agua, fuerzas de vegetación, estímulos, sensaciones, están en él orgánicamente unidos y entretejidos entre sí.

Entonces, o bien debemos considerar estas cosas como juegos de la naturaleza (y la inteligente naturaleza nunca juega sin sentido), o bien nos veremos llevados a suponer también un reino de fuerzas invisibles que se halla precisamente en la misma exacta conexión y estricta sucesión como las que percibimos en las formaciones exteriores. Cuanto más conocemos la naturaleza, tanto más observamos las fuerzas inherentes, aun en las criaturas más ínfimas, musgos, hongos, etc. En un animal que se reproduce casi inagotablemente, en el músculo que se mueve diversa y vivamente por estímulo propio, son innegables, y así está todo lleno de una omnipotencia que obra orgánicamente. No sabemos dónde ésta empieza ni dónde termina, puesto que donde hay efecto en la creación hay fuerza, donde la vida se manifiesta es que hay vida interior. Por lo tanto, en todo caso no sólo existe una conexión, sino también una serie ascendente de fuerzas en el reino invisible de la creación, puesto que las vemos actuar en su reino invisible, en las formas organizadas.

Más aún, esta conexión invisible debe ser infinitamente más íntima, continua y progresiva de lo que la serie de formas exteriores muestra a nuestro torpe sentido. En efecto ¿qué es un organismo sino una masa de un número infinito de fuerzas concentradas cuya mayor parte, precisamente a causa de la conexión, están limitadas

por otras fuerzas, reprimidas o por lo menos escondidas a nuestros ojos de suerte que sólo en la oscura forma de la nube vemos las distintas gotas de agua, y no, pues, los distintos seres mismos, sino sólo la estructura que obligada por las necesidades del conjunto tuvo que organizarse así y no de otro modo? La verdadera escala de las criaturas ¡qué otro reino debe ofrecer a la vista del omnisciente, cuán distinto de aquél de que hablan los hombres! Ordenamos formas que no acertamos a ver en su integridad, y las clasificamos, como niños, fijándonos en miembros particulares u otros indicios. El supremo administrador ve y mantiene la cadena de todas las fuerzas apretadas entre sí.

¿Qué tiene que ver esto con la inmortalidad del alma? Todo, y no sólo para la inmortalidad de nuestra alma, sino para la perduración de todas las fuerzas que actúan y viven en la creación del mundo. Ninguna fuerza puede perecer, pues ¿qué significaría que una fuerza pereciera? La naturaleza no nos ofrece ningún ejemplo en ese sentido; más aún: en nuestra alma ni siquiera tenemos un concepto. Si es contradicción que algo sea nada o en nada se convierta, más lo es aún que un algo viviente y activo, en que está presente el propio Creador, en que se revela inmanentemente su fuerza divina, se convierta en nada. El instrumento puede destruirse por circunstancias exteriores; mas así como en éste no puede aniquilarse o destruirse un solo átomo, tampoco puede aniquilarse o destruirse la fuerza invisible que actúa en ese átomo. Y como en todos los organismos observamos que sus fuerzas activas están tan sabiamente elegidas, tan artísticamente ordenadas, tan exactamente calculadas con vistas a su duración común y al desarrollo total de la fuerza principal, sería absurdo creer de la naturaleza que en el instante en que cesa una combinación suya, es decir, un estado exterior, no sólo se aparte repentinamente de la sabiduría y cuidado, que son lo único que la hacen divina, sino que además los vuelva contra sí misma, para emplear toda su omnipotencia (pues no se necesita menos para eso) en la destruccción de una sola parte de su viviente conexión, en la cual ella vive eterna y activamente. Lo que el que todo lo anima llamó a la vida, vive; lo que actúa, actúa en su eterna conexión.

Como éste no es el lugar indicado para analizar más estos principios, limitémonos a mostrarlos en ejemplos. La flor que terminó su floración, se deshace; es decir, ese instrumento ya no es idóneo para que en él siga actuando la fuerza vegetativa; el árbol, cansado de dar fruto, muere; la máquina se tornó caduca y lo compuesto se descompone. Pero de ahí no se sigue en modo alguno que con esa descomposición haya perecido la fuerza que animó esas partes, las hizo vegetar y propagarse tan poderosamente, ella que dominaba en ese organismo sobre miles de fuerzas que había atraído. En todo átomo de la máquina deshecha subsiste su fuerza interior; cuánto más

no tiene que subsistir la de otros más poderosos que en esa formación gobernaba a todas aquéllas para un fin único y en sus estrechos límites actuaba con propiedades omnipotentes.

¿Y había de darse esa contradicción de ideas en la más pura y activa de todas las fuerzas que conocemos en la tierra: en el alma humana? Ella que tanto ascendió por encima de todas las potencias de organismos inferiores hasta el extremo de que no sólo gobierna como reina miles de fuerzas orgánicas de nuestros cuerpos con una especie de omnipresencia y omnipotencia, sino que además (maravilla de las maravillas) puede mirar en *sí misma* y dominarse. Nada aventaja en este mundo a la finura, rapidez y eficacia de un pensamiento humano; nada a la energía, pureza y ardor de una voluntad humana. Con todo lo que el hombre piensa, remeda a la divinidad ordenadora; con todo lo que quiere y hace, a la creadora, por irracional que sea su pensar, su querer. La semejanza está en la cosa misma, se funda en la esencia de su alma. La fuerza que puede conocer a Dios, amarlo e imitarlo, y que hasta, de acuerdo con la esencia de su razón, tiene que conocerlo e imitarlo aun contra su voluntad como si dijéramos, pues aun en los errores y defectos sólo pecó por engaño y debilidad; ella, la poderosísima regente de la tierra ¿iba a perecer porque se modifique un estado exterior de la composición y se aparten de ella algunos de sus pequeños vasallos? ¿Habría dejado de ser artista la artista porque se le cayera de la mano el instrumento? ¿Dónde quedaría aquí toda la coherencia de los pensamientos?

II

NO HAY FUERZA DE LA NATURALEZA SIN ÓRGANO; PERO EL ÓRGANO NO ES NUNCA LA FUERZA MISMA QUE ACTÚA POR MEDIO DE EL

Priestley y otros objetaron a los espiritualistas que en toda la naturaleza no se conoce un espíritu puro y que estamos muy lejos de comprender aún el estado interior de la materia para negar que ésta tenga pensamiento u otras fuerzas espirituales; creo que ambas objeciones son acertadas. No conocemos a ningún espíritu que actúe sin materia y fuera de toda materia, y vemos en ésta tantas fuerzas afines al espíritu que una total oposición y contradicción de estos dos entes, espíritu y materia, en todo caso muy distintos, me parece, si no contradictoria en sí, por lo menos no demostrada. ¿Cómo podrían actuar conjuntamente y con íntima armonía dos entes que, totalmente heterogéneos, fueran esencialmente opuestos? ¿Y cómo

podemos afirmar que lo sean si no conocemos interiormente el espíritu ni la materia?

Cuando vemos actuar a una fuerza, ésta actúa en todo caso en un órgano y en él armónicamente; sin él no resulta visible, por lo menos para nuestros sentidos; en cambio, con él existe en seguida, y si hemos de creer a la universal analogía de la naturaleza, ella misma se lo formó. Ningún ojo vió gérmenes preformados que estuvieran dispuestos desde la creación; lo que observamos desde el primer instante de la génesis de una criatura, son fuerzas orgánicas en acción. Cuando un ser particular las tiene en sí, se reproduce por sí solo; si los sexos están separados, cada uno de ellos tiene que cooperar a la organización de la descendencia y eso de diferente modo de acuerdo con la diversidad de la estructura. Las criaturas de la naturaleza vegetal, cuyas fuerzas actúan aún uniformemente, pero tanto más íntimamente, necesitan sólo un leve soplo de contacto para animar lo que ellas mismas generaron; también en animales en que el estímulo viviente y una vida tenaz impera por todos sus miembros, siendo pues todo en ellos fuerza de producción y reproducción, a menudo el fruto sólo necesita ser animado fuera del seno materno. Cuanto más se diversifican las criaturas tanto más incognoscible resulta lo que en ellas se llama el germen; es materia orgánica a la cual vienen a añadirse fuerzas vivientes que son las que le darán la forma de la futura criatura. ¡Qué efectos tienen que producirse en el huevo de un pájaro antes de que el fruto adquiera forma y ésta se perfeccione! La fuerza orgánica tiene que destruir al ordenar; junta partes y las separa; es más: parece como si varias fuerzas rivalizaran y quisieran formar primero un engendro hasta que llegan a su equilibrio y la criatura se convierte en lo que debe ser según su especie. Fijándonos en estas transformaciones, en estos efectos vivientes lo mismo en el huevo del pájaro que en las entrañas del animal vivíparo, me parece que es impropio hablar de gérmenes que se limitaran a desarrollarse o de una epigénesis en virtud de la cual los miembros se añadieran desde fuera. La formación (génesis) es una acción de fuerzas internas a las cuales la naturaleza preparó una masa que ellas se forman, en la cual se tornan visibles. Es la experiencia de la naturaleza; lo confirman los períodos de la formación en las distintas especies de una diversidad y plenitud de fuerzas vitales más o menos orgánica; sólo a base de esto cabe explicar las deformaciones de las criaturas por enfermedad, azar o por la mezcla de especies distintas, y este camino es el único que, por decirlo así, nos impone la vigorosa y pletórica naturaleza en todas sus obras a través de una progresiva analogía.

Se me interpretaría indebidamente si se me atribuyera la opinión de que —como algunos se expresaron— nuestra alma racional se haya formado su cuerpo en la entraña materna y por cierto mediante la

razón. Ya vimos cuán tarde empieza a formarse en nosotros la razón, y que si bien venimos al mundo con capacidad para ella, somos incapaces de poseerla o adquirirla con nuestras solas fuerzas. ¿Y cómo sería posible semejante formación aun para la razón más madura del hombre, si no la comprendemos en ninguna parte del interior o del exterior, y aun la mayor parte de las funciones vitales se opera en nosotros independientemente de la conciencia y de la voluntad del alma? Lo que formó nuestro cuerpo no fué la razón, sino los dedos de la divinidad, fuerzas orgánicas. El eterno las había hecho avanzar tanto en la gran marcha de la naturaleza que ahora, reunidas por su mano, encontraron su campo de creación en un pequeño mundo de materia orgánica que él puso aparte y hasta escondió para que en él se formara el joven ser. Armónicamente se combinaron con su hechura, en la cual, mientras dura, actúan armónicamente, hasta que, gastada ésta, el Creador las releva de su servicio y les prepara otro campo de acción.

Por consiguiente, si vamos a seguir la marcha de la naturaleza, es notorio:

1º Que aun unidos del modo más íntimo, órgano y fuerza no son una sola cosa. La materia de nuestro cuerpo existía, pero informe y sin vida, antes de que las fuerzas orgánicas la formaran y animaran.

2º Toda fuerza actúa en armonía con su órgano, puesto que sólo se lo formó para revelar su esencia; asimiló las partes que el todopoderoso le aportó y que, por decirlo así, le asignó como envoltura.

3º Cuando la envoltura desaparece, subsiste la fuerza que existía ya antes de esa envoltura, aunque en un estado inferior y asimismo orgánicamente. Del mismo modo que fué posible que de su estado anterior pasara a éste, lo es también que al desprenderse de esta envoltura pase a un nuevo estado. Quien la trajo aquí, y por cierto que mucho más imperfectamente, ya proveerá el medio.

¿Y la naturaleza, siempre igual a sí misma, no iba a darnos ya una indicación sobre el medio en que actúan todas las fuerzas de la creación? En los más hondos abismos del devenir, donde vemos la vida en ciernes, percibiremos el elemento inescrutado y tan activo al cual denominamos con los imperfectos nombres de luz, éter, calor vital, y que quizá sea el sensorio del Creador de todo con que él todo lo anima, a todo da calor. Vertida en miles y millones de organismos, este celestial torrente de fuego se purifica cada vez más; tal vez mediante su vehículo actúan en este mundo todas las fuerzas, y el milagro de la creación terrenal: la generación, es inseparable de él. Acaso también la estructura de nuestro cuerpo fué creada precisamente para que nosotros mismos, según nuestras partes más groseras, atrajéramos hacia nosotros más de esa corriente eléctrica y más pu-

diéramos elaborar en nosotros; y en las fuerzas más primorosas no hay la burda materia eléctrica, sino algo elaborado por nuestro propio organismo, de primor infinito y, no obstante, análogo a ella: el instrumento de nuestra sensación corporal y espiritual. O bien la acción de nuestra alma no tiene nada de análogo en este mundo, y entonces no puede comprenderse cómo actúe en el cuerpo ni cómo otros objetos puedan influir en ella, o bien es ese celestial espíritu luminoso e ígneo invisible que corre por todo lo viviente y une todas las fuerzas de la naturaleza. En el organismo humano alcanzó la finura a que podía llegar en una estructura terrenal; mediante ella el alma actuó casi omnipotente en sus órganos, irradiando en sí misma con una conciencia que estimula lo más íntimo de sí misma. Mediante ella, el espíritu se llenó de noble ardor y gracias a la libre autodeterminación supo, por decirlo así, colocarse fuera del cuerpo, y hasta fuera del mundo, y dirigirlo. Por lo tanto, adquirió poder sobre él, y cuando suena su hora, cuando se disuelve su máquina exterior, ¿qué más natural que, de acuerdo con las leyes internas, de acción eterna, de la naturaleza, atraiga a sí lo que se convirtió en su modo de ser y con él se unió íntimamente? Pasa a su medio y éste lo atrae, o, mejor dicho: ¡tú nos atraes y diriges, fuerza divina formadora, difundida por doquiera, tú, alma y madre de todos los seres vivientes! ¡Tú nos guías y formas conduciéndonos suavemente a nuestra nueva destinación!

Y de esta suerte se hace patente, creo yo, la nulidad de las conclusiones con que los materialistas creen haber aniquilado nuestra inmortalidad. Supongamos que no conozcamos nuestra alma como espíritu puro; tampoco pretendemos llegar a conocerla como tal. Supongamos que sólo actúe como fuerza orgánica; tampoco puede actuar de otro modo, y hasta añadiré: sólo en este estado aprendió a pensar con un cerebro humano, a sentir con nervios humanos y a adquirir así alguna razón y humanidad. Supongamos, por último, que originariamente sea idéntica a todas las fuerzas de la materia, del estímulo, del movimiento, de la vida y sólo en una fase superior actúe en un organismo desarrollado de modo más primoroso: ¿acaso se ha visto jamás que pereciera una sola fuerza del movimiento y del estímulo? ¿Y se pretende que esas fuerzas inferiores con sus órganos son una sola cosa? Aquel que condujo a mi cuerpo innumerable cantidad de ellas asignando a cada una su hechura, quien colocó a mi alma por encima de ellas y le asignó sus obradores, dotándola con los nervios de cuerdas mediante las cuales dirige todas esas fuerzas, ¿no tendrá en el gran engranaje de la naturaleza un medio al cual pueda conducirla? ¿Y no tiene que hacerlo así, él que precisamente de modo tan milagroso la condujo notoriamente a una formación más elevada, a esta morada orgánica?

III

TODO EL ENGRANAJE DE FUERZAS Y FORMAS NO ES RETROCESO NI ESTANCAMIENTO, SINO PROGRESO

La cosa parece clara de por sí, pues no se comprende cómo una fuerza viviente de la naturaleza pueda paralizarse o retroceder sin que un gran poder hostil la reduzca y rechace. Actuó como órgano del poder divino, como idea hecha activa de su plan de creación eternamente duradero, y así tenían que aumentar sus fuerzas al actuar. Aun todas las desviaciones tienen que conducirla de nuevo al camino recto; puesto que la bondad suprema tiene medios suficientes para encaminar de nuevo a la meta la bola que retrocede, dándole nuevo impulso antes de que caiga. Mas dejemos a un lado la metafísica y fijémonos en las analogías de la naturaleza.

Nada en ella está quieto; todo avanza o tiende a avanzar. Si pudiéramos recorrer con la mirada el primer período de la creación, cómo un reino de la naturaleza se edificó sobre otro ¡qué progresión de fuerzas ansiosas de ir adelante no se haría patente en todo desarrollo! ¿Por qué nosotros y todos los animales tenemos cal en nuestros huesos? Porque la cal era uno de los últimos tránsitos de las formaciones terrestres más burdas que en virtud de su configuración interna podía servir ya para la estructura ósea de un organismo viviente. Y así ocurre con todos los demás elementos integrantes de nuestro cuerpo.

Cuando se cerraron las puertas de la creación, los organismos ya elegidos existían como caminos y puertas determinados en que en lo sucesivo las fuerzas inferiores habrían de moverse y seguir desarrollándose en los límites de la naturaleza. Ya no se generaron nuevas formas; pero se modificaron y transformaron por obra de las mismas fuerzas inferiores, y lo que se llama organismo no es propiamente sino una guía que las conduce a una formación más elevada.

La primera criatura que aparece a la luz y bajo los rayos del sol se muestra como una reina del reino subterráneo, es la planta. ¿Cuáles son sus elementos integrantes? Sal, aceite, hierro, azufre y todo lo demás que en materia de fuerzas más primorosas pudo purificar ascensionalmente en ella lo subterráneo. ¿Cómo llegó a estas partes? Por la fuerza orgánica interior mediante la cual, y con el auxilio de los elementos, procura apropiárselas. ¿Y qué hace con ellas? Se las atrae, las elabora en su ser y las purifica más. Por consiguiente, plantas venenosas y sanas no son sino guiadoras de las partes

más groseras a las más primorosas; toda la obra de arte de la planta estriba en hacer subir lo bajo a lo más elevado.

Por encima de la planta, de cuyos jugos se nutre, está el animal. Sólo el elefante es una tumba de millones de hierbas ¡pero es una tumba viviente y activa que las animaliza convirtiéndolas en partes de sí mismo! Las fuerzas inferiores pasan a formas de vida más primorosas. Así ocurre con todos los animales carnívoros: la naturaleza hizo rápidamente el tránsito como si temiera más que nada una muerte lenta. Por eso la abrevió y aceleró los caminos de transformación a formas de vida superiores. Entre todos los animales, la criatura de órganos más delicados: el hombre, es el máximo asesino. Puede transformar en naturaleza suya casi todo cuanto se halla debajo de él en materia de organismos vivientes, con tal de que no sean demasiado inferiores.

¿Por qué el Creador eligió esa organización de sus reinos vivientes en apariencia tan destructora? ¿Eran potencias hostiles que participaban en la obra y convertían una especie en botín de otra? ¿O fué sólo impotencia del Creador, que no sabía otro modo de conservar a sus hijos? Alejad la envoltura exterior y desaparece la muerte de la creación; toda destrucción es un paso a la vida más elevada, y el sabio padre hizo este tránsito todo lo temprana, rápida y diversamente como podía permitirlo la conservación de las especies y el goce de la criatura, destinada a disfrutar de su envoltura y desarrollarla todo lo posible. Mediante miles de muertes violentas previno la extinción lenta y fomentó el germen de la fuerza floreciente para llegar a órganos superiores. ¿Qué es el crecimiento de una criatura sino el constante esfuerzo de la misma para asociar a su naturaleza varias fuerzas orgánicas? Para eso están organizadas las fases de su vida, y tan pronto deja de poder atender a esa tarea, tiene que periclitar y morir. La naturaleza despide a la máquina que ya no considera capaz de realizar su finalidad de sana asimilación y gozosa elaboración.

¿En qué se funda el arte del médico como servidor de la naturaleza y para prestar auxilio a las fuerzas de nuestro organismo que trabajan de mil maneras? Reemplaza las fuerzas perdidas, robustece las debilitadas, atenúa las prepotentes y las somete. ¿Cómo lo logra? Yendo a buscarlas y asimilándolas, ya sean de la misma clase u opuestas, en los reinos inferiores.

No es diferente lo que nos dice la generación de todos los seres vivientes, puesto que por profundo que sea su misterio, es notorio que las fuerzas orgánicas de la criatura florecen para la máxima eficacia y ahora aspiran a nuevas formaciones. Como todo organismo tiene la facultad de asimilarse fuerzas inferiores, la tiene también, una vez fortificado con éstas, de proseguir su formación en la floración de la vida y de dar al mundo en su lugar la reproducción de sí mismo con todas las fuerzas que en él actúan.

Así procede la marcha gradual de la elaboración a través de la naturaleza inferior, e ¿iba a estancarse o a retroceder en la más noble y poderosa? Lo que el animal necesita para su nutrición son sólo fuerzas de índole vegetal para que vivifiquen partes de índole vegetal; el jugo de los músculos y nervios ya no sirve para la nutrición de cualquier ser de la tierra. Aun la sangre satisface solamente a algunas fieras, y en aquellas naciones que por pasión o necesidad se han visto obligadas a consumirla, se han observado también declinaciones animales cuando cruelmente se decidieron a nutrirse de seres vivientes. Por consiguiente, el reino de los pensamientos y estímulos —como lo requiere también su naturaleza— no ofrece aquí progreso ni tránsito visibles, y la cultura de las naciones convirtió en una de las primeras leyes del sentimiento humano el no desear como alimento a ningún animal que viva aún en su sangre. Evidentemente, todas estas fuerzas son de tipo espiritual; de ahí que quizá se hubiera podido prescindir de muchas hipótesis sobre el jugo nervioso como si fuera un vehículo tangible de las sensaciones. El jugo nervioso, cuando existe, mantiene sanos los nervios y el cerebro, de suerte que sin él serían sólo cuerdas y vasos inaprovechables; su utilidad es, pues, corporal, y la acción del alma, según sus sensaciones y fuerzas, es siempre espiritual, cualesquiera que sean los órganos que empleen.

¿Y a dónde se dirigen, pues, esas fuerzas espirituales que se sustraen a toda la inteligencia de los hombres? La naturaleza con su sabiduría corrió aquí un velo, y a nosotros, que no tenemos sentidos para eso, no nos permitió contemplar el reino espiritual de sus transformaciones y tránsitos; probablemente, la contemplación de eso no se compadecería con nuestra existencia en la tierra y con todas las impresiones sensibles a las cuales estamos sometidos todavía. Así, pues, sólo nos expuso tránsitos de los reinos inferiores y sólo formas ascendentes hacia los superiores, pero reservándose para sí sus miles de caminos invisibles por los cuales se efectúa el paso, y así el reino de los nonatos pasó a ser la gran νλμ o el Hades al cual no llega ningún ojo humano. Bien es verdad que parece oponerse a esta decadencia la forma determinada a la cual permanece fiel toda especie y en la cual no se altera ni siquiera el menor hueso; pero la razón de eso es también visible, puesto que toda criatura sólo puede y debe ser organizada por criaturas de su especie. La sólida madre de tanta riqueza de órdenes determinó, pues, exactamente los caminos por los cuales había de llegar a eficacia visible una fuerza orgánica, ya fuera dominante, ya servidora, y de esta suerte nada puede sustraerse a sus formas una vez trazadas. En el reino humano, por ejemplo, reina la máxima diversidad de inclinaciones y propensiones, que a menudo nos asombran pareciéndonos milagrosas o contrarias a la naturaleza, pero no las comprendemos. Y como éstas tampoco podían carecer de fundamento orgánico, si nos es permitido arriesgar

una conjetura sobre esa oscuridad de los obradores de la creación, podríamos decir que el género humano es la gran confluencia de fuerzas orgánicas inferiores que le correspondían para la formación de la humanidad.

Pero ¿y luego? El hombre ostentó aquí la imagen de la divinidad y gozó de las organizaciones más primorosas que podía darle la tierra; ¿tendrá que volver atrás y convertirse de nuevo en tronco, planta, elefante? ¿O bien se detuvo en él la rueda de la creación y no se dispone de otra de que echar mano? Lo último resulta inconcebible, ya que en el reino de la suprema bondad y sabiduría todo está unido, y una fuerza actúa en otra en eterna conexión. Demos una mirada retrospectiva y veamos cómo detrás de nosotros todo parece madurar para llegar a la hechura humana, y en el hombre, de aquello que él está destinado a ser y para lo cual fué deliberadamente formado, tampoco se encuentra más que el primer capullo y preparación; por lo tanto, toda la conexión, toda la intención de la naturaleza tendría que ser un sueño, o bien también él adelanta (cualesquiera que sean los camino y marchas), adelanta cada vez más. Veamos cómo toda la disposición de la naturaleza humana apunta a este resultado.

IV

EL REINO DE LA ORGANIZACIÓN HUMANA ES UN SISTEMA DE FUERZAS ESPIRITUALES

La duda *más egregia que se suele hacer contra la inmortalidad* de las fuerzas orgánicas, se ha tomado de los instrumentos mediante los cuales actúan; y yo puedo sostener que precisamente la iluminación de esa duda nos enciende la máxima luz, no sólo de esperanza, sino también de confianza en que proseguirá eternamente su acción. *Ninguna flor florece gracias al polvo externo* que constituye el tosco elemento integrante de su estructura; mucho menos se reproduce gracias a él un animal que siempre crece; y menos aún una fuerza íntima de tantas fuerzas unidas con ella, como es nuestra alma, puede pensar mediante los elementos en que se disuelve un cerebro. Hasta la fisiología nos convence de esto. La imagen externa que se pinta en el ojo, no llega a nuestro cerebro; el sonido que choca con nuestro oído, no llega mecánicamente como tal a nuestra alma. No hay ningún nervio tan extendido que vibre hasta un punto de unión; en algunos animales ni siquiera los nervios de los dos ojos, y en ninguna criatura los de todos los sentidos, se juntan de modo que un punto visible los una. Menos puede decirse esto de los nervios de todo el cuer-

po, a pesar de que el alma se sienta presente en el menor de sus miembros y actúe en él. Por lo tanto, es una idea fisiológica muy endeble el imaginar que el cerebro piense por sí mismo o que el jugo nervioso sienta por sí mismo, antes bien, en virtud de todas las experiencias, son leyes psicológicas propias las que rigen las operaciones del alma y de acuerdo con las cuales combina ésta sus conceptos. El hecho de que eso ocurra todas las veces de acuerdo con su órgano y en armonía con él, de que cuando el instrumento no sirve, nada pueda hacer tampoco la artista, etc., todo esto no ofrece la menor duda, pero tampoco afecta para nada al concepto de la cosa. Lo que interesa aquí es el modo como actúa el alma, la esencia de sus conceptos. Y entonces:

1. Es innegable que el pensamiento, y aun la primera percepción con que el alma se representa un objeto exterior, es algo totalmente diferente de lo que el sentido le proporciona. Lo denominamos imagen; pero no es la imagen, es decir, el punto luminoso que se pinta en el ojo y que ni siquiera llega al cerebro; la imagen del alma es un ente espiritual, creado por ella misma a instigación de los sentidos. Del caos de las cosas que la rodean provoca una figura en la cual se fija con atención, y así mediante un poder interno crea de lo mucho un uno que le pertenece exclusivamente. Y puede restablecerlo de nuevo aun cuando ya no esté ahí; el sueño y la poesía pueden combinarlo también de acuerdo con leyes totalmente diferentes de aquéllas con que lo expone el sentido, y así lo hacen realmente. Los delirios de los enfermos, que tan a menudo se citan como testigos de la materialidad del alma, son precisamente testigos de su inmaterialidad. Escúchese al demente y obsérvese la marcha que sigue su alma. Parte de la idea que lo conmovió tan a fondo y que, por lo tanto, estropeó su istrumento y perturbó la conexión con otras sensaciones. A ella lo refiere entonces todo, porque es la dominante y él no puede desprenderse de ella; para ella se crea él su propio mundo, una propia conexión de pensamientos, y cada uno de sus extravíos en la combinación de ideas es espiritual en la máxima medida. No combina según la situación de los compartimientos del cerebro, ni siquiera tal como se le aparecen las sensaciones, sino en la medida en que otras ideas sean afines a su idea, buscando solamente el modo de obligar a aquéllas a pasar a ésta. El mismo camino siguen todas las asociaciones de nuestras ideas; pertenecen a un camino que a base de la energía propia y a menudo con peregrina idiosincrasia provoca recuerdos y une ideas según interno amor o aversión, no ajustándose a una mecánica exterior. Desearía que hombres sinceros observaran el proceso de su corazón y que observadores sagaces, en particular médicos, dieran a conocer las peculiaridades que observaran en sus pacientes, y estoy convencido de que arrojarían puras pruebas de efectos de un ente, ciertamente orgánico,

pero autónomo, que actúa con sujeción a leyes de la combinación espiritual.

2. Lo mismo demuestran la formación artificial de nuestras ideas desde la infancia y la marcha lenta con que el alma no sólo tardíamente adquiere conciencia de sí misma, sino que también con esfuerzo aprende a usar sus sentidos. Más de un psicólogo observó los expedientes mediante los cuales un niño adquiere concepto del color, la figura, la magnitud, la distancia, y mediante los cuales aprende a ver. El sentido corporal nada aprende, pues la imagen se pinta en el ojo desde el primer día, como se pintará el día último de la vida; pero el alma mediante el sentido aprende a medir, comparar, sentir espiritualmente. A eso le ayuda el oído, y no cabe la menor duda de que el lenguaje es un medio de formación de ideas espiritual, no corporal. Sólo un loco puede confundir el sonido y la palabra, y la misma diferencia que hay entre ambos, hay también entre cuerpo y alma, entre órgano y fuerza. La palabra hace pensar en la idea y nos la pasa de otro espíritu al nuestro: pero no es la idea misma, como tampoco el órgano material es pensamiento. Así como el cuerpo aumenta con los alimentos, así aumenta nuestro espíritu con las ideas y hasta observamos en él las leyes de asimilación, crecimiento y reproducción, aunque no de modo corporal, sino de un modo que le es peculiar. También él puede tomar alimento en exceso hasta el punto que no pueda apropiárselo y asimilarlo; también él tiene una simetría de sus fuerzas espirituales y toda desviación de ella es enfermedad, ya sea debilidad o fiebre, es decir, locura; por último, también él conduce este negocio de su vida interior con una fuerza genial en la cual, como en la vida terrena, se manifiestan el amor y el odio, la aversión contra lo heterogéneo a él y la inclinación hacia lo que es de su naturaleza. En una palabra: se forma en nosotros (hablando sin exaltación) un hombre espiritual interior que es de su propia naturaleza y utiliza al cuerpo solamente como instrumentos; más aún: que en virtud de su propia naturaleza actúa aun en los peores trastornos de los órganos. Cuanto más el alma se separa de su cuerpo por enfermedad o por estados violentos de las pasiones, viéndose obligada, por decirlo así, a moverse por su propio mundo de ideas, tanto más curiosos son los fenómenos que de su propio poder y energía observamos en la creación o combinación de ideas. Por desesperación vaga ahora en los escenarios de su vida anterior, y como no puede renunciar a su naturaleza y a su tarea de formar ideas, se prepara ahora una nueva bárbara creación.

3. La conciencia más clara, ese gran privilegio del alma humana, se le fué incorporando a ésta paulatinamente de modo espiritual y gracias a la humanidad. Un niño tiene aún poca conciencia, a pesar de que su alma se ejerza incesantemente para llegar a tenerla y por cerciorarse de sí mismo mediante todos sus sentidos. Todo su afán

de conceptos tiene por finalidad recordar, por decirlo así, el mundo de Dios y alegrarse de su existencia con energía humana. El animal vaga aún en oscuro sueño; su conciencia se halla difundida en tantos estímulos del cuerpo y poderosamente recubierta por ellos, que no era posible para su organismo el claro despertar a un ejercicio progresivo del pensamiento. También el hombre se percata de su estado sensible sólo mediante sus sentidos, y no bien éstos sufren, no es de extrañar que una idea dominante lo arranque aun de su propio reconocimiento y represente consigo mismo un drama trágico o jocoso. Pero aun ese arrebato a un país de ideas vivas, muestra una energía interior en la cual se pone de manifiesto la fuerza de su conciencia, de su autodeterminación, a menudo por los caminos más extraviados. Nada concede al hombre un sentimiento tan peculiar de su existencia como el conocimiento, el conocimiento de una verdad conquistada por nosotros mismos, que es de nuestra naturaleza interior, y en el cual a menudo desaparece para nosotros toda visibilidad. El hombre se olvida a sí mismo; pierde la medida del tiempo y de sus fuerzas sensibles cuando lo llama un pensamiento superior y se lanza en pos de él. Los más espantosos tormentos del cuerpo pudieron ser reprimidos por una sola idea viviente que en aquellos momentos dominara en el alma. Hombres dominados por un afecto, sobre todo por el más vivo y puro de todos: el amor a Dios, despreciaron la vida y la muerte y en ese abismo de todas las ideas se sintieron como en el cielo. La tarea más ordinaria nos resulta pesada cuando sólo la hace el cuerpo; pero el amor nos torna fácil el asunto más difícil, nos proporciona alas para el esfuerzo más penoso y más lejano. Para él desaparecen espacios y tiempos; siempre está en su punto, en el propio país de las ideas. Esta naturaleza del espíritu se manifiesta aún en los pueblos más salvajes; no importa por qué luchen: luchan bajo el imperio de las ideas. Aun el caníbal llevado de su sed de venganza y audacia, aspira a gozar de un espíritu, bien que de modo atroz.

4. Todos los estados, enfermedades y propiedades del órgano no pueden, pues, desencaminarnos a considerar como primitiva la fuerza que en ellos actúa. La memoria, por ejemplo, es diferente según la distinta organización de los hombres; en unos se forma y mantiene por imágenes, en otros por signos de abstracción, palabras y hasta números. En la juventud, cuando el cerebro está blando, es viva; en la vejez, cuando el cerebro se ha endurecido, se torna indolente y se aferra a antiguas ideas. Lo mismo ocurre con las demás fuerzas del alma; todo lo cual no puede ser de otro modo si una fuerza actúa orgánicamente. Sin embargo, obsérvense también aquí las leyes de la conservación y remozamiento de las ideas; todas ellas son espirituales, no corporales. Hubo hombres que perdieron la memoria de ciertos años, y hasta de ciertas partes

de la oración, nombres, sustantivos y aun algunas letras y signos; pero conservaron la memoria de los años anteriores, el recuerdo de otras partes de la oración y el libre uso de las misma; el alma quedó encadenada a ese único miembro porque el órgano sufría. Si el engranaje de sus ideas espirituales hubiese sido material, el alma, de acuerdo con esos fenómenos, hubiera debido vagar por el cerebro y anotarse ciertos años, sustantivos y nombres; o bien, si las ideas se endurecen con el cerebro, tendrían que endurecerse todas, y sin embargo, los ancianos conservan aún muy vivamente los recuerdos de la juventud. En una época en que, en consonancia con su órgano, el alma no puede combinar rápidamente las ideas o pensarlas a fondo con ligereza, se atiene con tan mayor firmeza al patrimonio adquirido en sus mejores años, del cual dispone como de su propiedad. Inmediatamente antes de la muerte y en todos los estados en que se siente menos encadenada al cuerpo, ese recuerdo se despierta con toda la vivacidad de la alegría juvenil, y la felicidad de los ancianos y la alegría del moribundo se fundan en gran parte en eso. Desde que se empieza a vivir, parece que nuestra alma no tiene sino una tarea: adquirir figura interior, forma de humanidad, y sentirse sana y alegre en ella como el cuerpo en la suya. En esa tarea trabaja tan incansablemente y con tal simpatía de todas sus fuerzas como pueda trabajar por su salud el cuerpo que, cuando sufre una parte, lo siente en seguida totalmente y pone en juego jugos como puede para subsanar la falla y curar la herida. Del mismo modo trabaja el alma en su salud siempre caduca y a menudo falsa, ora con buenos medios, ora con medios engañosos, para tranquilizarse y seguir actuando. Es maravilloso el arte que a este efecto pone en juego, e inmensa la reserva de medios auxiliares y curativos que sabe procurarse. El día que se estudie la semiótica del alma como la del cuerpo, se descubrirá en todas sus enfermedades su naturaleza espiritual, tan peculiar que las conclusiones de los materialistas se desharán cual la niebla ante el sol. Más aún, para quien esté convencido de esta vida interior de su yo, todos los estados exteriores en que el cuerpo se transforma incesantemente como toda materia, resultarán con el tiempo meros tránsitos que no afectan a su esencia; ése pasa de este mundo a otro tan imperceptiblemente como pasa del día a la noche o de una edad de la vida a otra.

El Creador nos concede todos los días una experiencia propia de lo poco que hay en nuestra máquina que sea inseparable de nosotros e inseparable entre sí. Es el hermano de la muerte: el sueño balsámico. Con el dedo de su suave contacto separa las operaciones más importantes de nuestra vida; nervios y músculos descansan, cesan las impresiones sensoriales: y, no obstante, el alma sigue pensando en su propia tierra. No está más separada del cuerpo de lo

que lo estaba en la vigilia, como lo demuestran las sensaciones que a menudo se mezclan con el sueño, y, sin embargo, aun en el sueño más profundo sigue actuando según sus propias leyes, sin que nos acordemos de lo que entonces soñamos a menos que nos convenza de ello un repentino despertar. Ha habido muchas personas que observaron que en sueños tranquilos hasta seguían imperturbablemente la misma serie de ideas, distinta de la del estado de virgilia, moviéndose siempre en un solo mundo las más veces de juvenil animación y más hermoso. Las sensaciones del sueño son en nosotros más vivas, sus afectos más ardientes, las combinaciones de ideas y posibilidades resultan en él más fáciles, nuestra mirada es más serena, la luz cuyo esplendor nos rodea, más bella. Cuando nuestro sueño es sano, nuestra marcha se torna a menudo vuelo, nuestra figura es más alta, nuestra resolución más vigorosa, nuestra actividad más libre. Y aunque todo esto dependa del cuerpo porque cualquier estado de nuestra alma, aun el más insignificante, tiene que estar necesariamente en armonía con él mientras sus fuerzas actúen tan íntimamente incorporadas a él, toda experiencia, sin duda singular, del dormir y soñar, que nos causaría el máximo asombro si no estuviéramos acostumbrados a ella, nos enseña que ciertos órganos pueden separarse de nuestra máquina, y la fuerza suprema actúa a base de meros recuerdos de modo más ideal, más vivo, más libre. Como todas las causas que nos producen el sueño y todos sus síntomas corporales son una analogía de la muerte, no sólo por una manera de hablar, sino fisiológica y realmente, ¿por qué no habrían de serlo también sus síntomas espirituales? Y así, cuando por enfermedad o cansancio nos sobrevenga el sueño de la muerte, nos queda la esperanza de que, al igual que el sueño, sólo enfriará la fiebre de la vida, modificará suavemente el movimiento demasiado uniforme y continuado por largo tiempo, curará más de una herida incurable en esta vida y preparará el alma para un alegre despertar, para el goce de una nueva aurora de juventud. Y así como en el sueño nuestras ideas vuelven a la juventud, así como en él, libertados sólo a medias de algunos órganos, pero concentrados en nosotros mismos, nos sentimos más libres y más activos, así tú también, reparador sueño de la muerte, volverás a darnos halagadoramente la juventud de nuestra vida, los momentos más bellos y poderosos de nuestra existencia hasta que despertemos en su imagen, o mejor dicho: en la imagen más hermosa de una juventud celestial.

V

NUESTRA HUMANIDAD ES SÓLO EJERCICIO PRELIMINAR, CAPULLO DE UNA FLOR FUTURA

Vimos que la finalidad de nuestra existencia actual se endereza a la formación de la humanidad, y todas las bajas necesidades de la tierra se limitan a servirla y aun a ella han de conducir. Nuestra capacidad racional debe formarse para la razón, nuestros sentidos más primorosos para el arte, nuestros instintos para la auténtica libertad y belleza, nuestras fuerzas motoras para el amor al prójimo; o bien nada sabemos de nuestra destinación, y la diosa nos engañó con todos sus *dispositivos de interior* y *exterior* (blasfemia que ni siquiera tiene sentido), o bien podemos estar tan seguros de esta finalidad como de Dios y de nuestra existencia.

¿Y cuán raras veces se alcanza en este mundo esta finalidad eterna, esta finalidad sin fin? Hay pueblos enteros que tienen la razón prisionera de la animalidad, y buscan la verdad por los caminos más equivocados y con el descuido y la perversidad corrompen la belleza y la sinceridad para las cuales nos creó Dios. Son pocos los hombres para quienes la humanidad semejante a Dios en el sentido puro y amplio de la palabra constituya el verdadero culto de la vida; los más sólo tarde empiezan a pensar en eso, y aun en los mejores los bajos instintos rebajan a la condición de animal al hombre sublime. ¿Quién puede decir entre los mortales que alcance o haya alcanzado la imagen pura de la humanidad que en él se esconde?

Por consiguiente, o bien el Creador se equivocó con la meta que nos propuso y con la organización que tan artísticamente combinó para lograrla, o esa meta está más allá de nuestra existencia y la tierra es sólo lugar de ejercicio, morada de preparación. Evidentemente, en ella tuvieron que asociarse aún muchas cosas bajas con lo más sublime, y el hombre en conjunto sólo se elevó un pequeño peldaño por encima del animal. Más aún, entre los hombres mismos tenía que darse la máxima diversidad, puesto que todo es tan heterogéneo en la tierra y en muchas regiones y situaciones nuestra especie se halla muy agachada bajo el yugo del clima y de la miseria. Por lo tanto, el proyecto de la Providencia formadora debió abarcar con una mirada todas esas fases, esas zonas, esas degeneraciones y saber conducir al hombre más allá en todas ellas, del mismo modo que paulatinamente conduce a un nivel más elevado las fuerzas inferiores sin que ellas se percaten. Es curioso y, no

obstante, innegable que entre todos los moradores de la tierra sea el género humano el que más lejos se queda de la meta de su destinación. Todo animal alcanza lo que tiene que alcanzar con su organización; el hombre es el único que no lo alcanza, precisamente porque su meta está tan alta, tan lejos, tan infinita, y él empezó en nuestra tierra tan bajo, tan tarde, con tantos obstáculos exteriores e interiores. Para el animal, el don maternal de la naturaleza: su instinto, es guía segura; en la mansión del padre supremo sigue siendo un siervo y tiene que obedecer. El hombre está ya en ella con la condición de hijo y, salvo algunos instintos necesarios, se ve obligado a aprender primero todo cuanto corresponde a la razón y a la humanidad. Lo aprende, pues, imperfectamente porque con la simiente del entendimiento y de la virtud hereda también prejuicios y malas costumbres y en su marcha hacia la verdad y libertad del alma se halla agobiado de cadenas que provienen de los comienzos de su especie. Las huellas dejadas por hombres divinos que lo precedieron o lo rodean, se confundieron y juntaron con tantas otras por las que pasaron bandidos y animales; por desgracia éstos fueron a menudo más eficaces que aquellos pocos hombres elegidos, grandes y buenos. En consecuencia, habría que acusar a la Providencia (y así lo hicieron muchos) porque dejó al hombre tan contiguo al animal y, a pesar de que no tenía que ser animal, le negara el grado de luz, firmeza y seguridad que en vez del instinto *sirviera a su razón; o bien este comienzo tan mezquino* es precisamente testigo de su infinito progreso: Es que el hombre tiene que conquistar por sí mismo mediante el ejercicio este grado de luz y seguridad, para que bajo la guía de su padre se convierta *en noble pretendiente por su propio esfuerzo, como así será.* Así también el semejante al hombre será hombre: también el capullo enrigidecido y agotado por el frío y el ardor del sol adquirirá su verdadera figura, su entera y genuina belleza.

Y así podemos sospechar también fácilmente lo único que de nuestra humanidad puede pasar a aquel mundo; es precisamente esta humanidad semejante a Dios, el capullo cerrado de la verdadera figura de la humanidad. Todo lo mísero de esta tierra es sólo para ella; dejamos para las piedras la cal de nuestros huesos y devolvemos a los elementos lo suyo. Todos los impulsos sensibles, en los cuales servimos como los animales a la economía terrena, cumplieron su tarea; en el hombre tenían que ocasionar sentimientos y esfuerzos más nobles, y con ello se cumple su tarea. La necesidad de alimento había de incitarlo al trabajo, a la sociedad, a la obediencia a las leyes y organización, y colocarlo bajo un yugo saludable, indispensable en la tierra. El instinto de los sexos había de plantar aun en el pecho del monstruo, la sociabilidad, el amor paternal, conyugal, filial y hacerle agradables los pesados y peno-

sos esfuerzos requeridos para su especie porque en efecto los hace por los suyos, por su carne y sangre. Ésa es la intención que tuvo la naturaleza en todas las necesidades de la tierra: cada una de ellas tenía que ser el manto materno que envolviera uno de los gérmenes de humanidad. ¡Felizmente si nace! Bajo los rayos de un sol más bello se tornará flor. La belleza, la verdad y el amor fueron los objetivos hacia los cuales aspira el hombre en cada uno de sus esfuerzos, aunque él mismo no tenga conciencia de ello y a menudo por caminos tan equivocados; el laberinto se desenredará, desaparecerán las mágicas figuras seductoras, y cada cual verá, de cerca o de lejos, no sólo el punto central al cual conduce su camino, sino que tú misma, maternal Providencia, bajo la figura del genio y del amigo que necesita, lo conducirás a él con la indulgencia de tu suave mano [1].

En consecuencia, el buen Creador nos escondió la figura de ese mundo para no atarantar a nuestro cerebro ni hacerle concebir una errónea predilección por él. Sin embargo, si examinamos la marcha de la naturaleza en las especies que nos son inferiores y observamos cómo la formadora aleja paso a paso lo innoble y atenúa la necesidad y cómo, en cambio, cultiva lo espiritual, hace más primoroso lo primoroso y anima más bellamente lo bello, podemos confiar con seguridad que su invisible mano de artista hará florecer sin duda nuestros capullos de humanidad en esa existencia en una figura que sea propiamente la verdadera figura divina del hombre y que ninguna mente terrena sería capaz de imaginar en su sublimidad y belleza. Por consiguiente, en vano sería que fantaseáramos, aunque yo estoy convencido de que todos los estados de la creación concuerdan del modo más exacto, y también de que la fuerza orgánica de nuestra alma pone en sus ejercicios más puros y espirituales el fundamento de su figura venidera. O bien, por lo menos, de que, aun sin saberlo ella misma, teje la tela que durante tanto tiempo le servirá de vestidura, hasta que los rayos de un sol más bello despierten sus más profundas fuerzas que ella misma ignora, sería osadía que intentáramos trazar al Creador las leyes de la formación en un mundo cuyo funcionamiento conocemos aún tan poco. Bástenos que todas las transformaciones que observamos en los reinos inferiores de la naturaleza sean perfeccionamientos, y que, por lo tanto, nos insinúen el aspecto de un mundo que por causas superiores seríamos incapaces de mirar. La flor se ofrece a nuestra mirada primero como retoño seminal, luego como germen; el germen se torna capullo y sólo entonces se abre la flor que em-

[1] ¿Por qué caminos se hará esto; qué filosofía de la tierra podría dar certidumbre sobre este punto? Siguiendo nuestra obra hallaremos los sistemas de los pueblos de la metempsicosis y otras purificaciones y expondremos su origen y finalidad. Mas todavía no ha llegado el momento en nuestra exposición.

pieza a recorrer las fases de su vida en esta economía de la tierra. Efectos finales y transformaciones semejantes existen en varias criaturas, entre las cuales la mariposa ha pasado a la categoría de símbolo. Mirad cómo se arrastra la oruga cediendo a un tosco instinto de saciar su hambre; llega su hora y un cansancio de muerte se apodera de ella; se torna rígida, se enrosca en sí misma, tiene ya en sí la trama de su sudario como también en parte los órganos de su nueva existencia. Entonces trabajan sus anillos y se ponen en tensión las fuerzas orgánicas internas. La transformación se opera lentamente al principio y parece destrucción; diez patas quedan en la piel desprendida, y la nueva criatura tiene aún miembros informes. Poco a poco se forman éstos y adquieren su aspecto normal; pero la criatura no despierta hasta que existe totalmente; entonces se lanza a la luz y se opera rápidamente el último desarrollo. En pocos minutos, las tiernas alas aumentan cinco veces el tamaño que tenían debajo del sudario; están dotadas de fuerza elástica y de todo el esplendor de los rayos que pueda haber bajo este sol, numerosas y grandes para llevar la criatura como en alas del céfiro. Toda su estructura se ha modificado; en vez de las toscas hojas para las cuales estaba formada antes, goza ahora del rocío de néctar de la áurea corola de las flores; en vez del grosero instinto de alimentarse sirve ahora a otro más primoroso: el amor. ¿Quién sospecharía en la figura de oruga a la futura mariposa? ¿quién reconocería que ambas son la misma criatura si no nos lo enseñara la experiencia? Y ambas existencias no son sino fases de la vida de un mismo ser y en la misma tierra donde el ciclo orgánico empieza de nuevo como antes; ¡qué hermosas metamorfosis deben descansar en el seno de la naturaleza en las cuales será más vasto su ciclo orgánico, y las fases de la vida que ella desarrolla abarquen más de un mundo! ¡Espera, pues, oh hombre, y no profetices! ¡Se te mantiene escondido el premio por el cual luchas! ¡Despréndete de lo que no es humano, aspira a la verdad, bondad y belleza semejante a Dios; si así lo haces, no puedes dejar de alcanzar la meta!

Y así nos muestra la naturaleza también en estas analogías de criaturas en formación, es decir, en tránsito, por qué entretejió el letargo mortal en su reino de figuras. Este letargo es el anonadamiento benéfico que envuelve a un ser cuyas fuerzas orgánicas aspiran a nuevo desarrollo. La criatura misma con su conciencia mayor o menor no es lo bastante fuerte para abarcar o regir su lucha; por lo tanto, se aletarga para despertar solamente cuando esté totalmente desarrollada. En consecuencia, el sueño de la muerte es también benévola atención paternal, un opio saludable bajo cuyo efecto concentra la naturaleza sus fuerzas y cura al enfermo aletargado.

VI

EL ESTADO ACTUAL DE LOS HOMBRES ES PROBABLEMENTE EL MIEMBRO DE ENLACE ENTRE DOS MUNDOS

Todo está enlazado en la naturaleza; un estado tiende a otro y lo prepara. Por lo tanto, si el hombre cerró la cadena de la organización terrenal siendo su miembro último y más elevado, precisamente por eso él empieza también la cadena de una especie de criaturas superior, de la cual él es el miembro más bajo; de ahí que probablemente sea el anillo intermedio entre dos sistemas de la creación enlazados. En la tierra ya no puede pasar a otra organización, de lo contrario tendría que retroceder dando vueltas en un círculo; no puede detenerse porque ninguna fuerza viva descansa en el reino de la bondad más activa; por lo tanto, tiene que haber ante él una fase que esté tan contigua a él y, no obstante, por encima de él, del mismo modo que él, adornado con las más nobles excelencias, linda con el animal. Esta perspectiva, basada en todas las leyes de la naturaleza, es la única que nos da la clave de la milagrosa aparición del hombre y por ende la única filosofía de la historia humana. En efecto:

1º Ahora se aclara la peregrina contradicción en que se muestra el hombre. Como animal, sirve a la tierra y siente apego a ella por ser su morada; como hombre, tiene en sí la simiente de la inmortalidad que requiere ser plantada en otro huerto. Como animal, puede satisfacer sus necesidades, y los hombres que con ellas se contentan, se encuentran muy bien en este mundo. Mas tan pronto el hombre sigue a una inclinación superior, por todas partes ve lo imperfecto y fragmentario; lo más noble nunca termina en la tierra, lo más puro raras veces adquirió consistencia y duración; para las fuerzas de nuestro espíritu y corazón, este escenario nunca será sino una morada de ejercicio y prueba. Lo demuestra hasta la saciedad la historia de nuestro linaje con sus ensayos, destinos, empresas y revoluciones. Aquí y allá apareció un sabio, uno bueno, y sembró ideas, consejos y hazañas en la marea de los tiempos; algunas olas se movieron en derredor de él, mas la corriente las arrastró y borró sus huellas; la joya de sus nobles propósitos se fué a fondo. Los locos pudieron más que los consejos de los sabios, y pródigos heredaron los tesoros del espíritu que sus padres habían reunido. Así como la vida del hombre no está calculada en este mundo para una eternidad, tampoco la tierra redonda, con su in-

cesante movimiento, es un taller de obras de arte permanentes, un jardín de plantas eternas, un palacio destinado a servir de mansión eterna. Venimos y nos vamos, cada instante trae a la tierra a miles y se lleva de ella a otros miles; es una mansión de peregrinos, estrella errante a la cual llegan aves de paso que rápidamente se alejan de ella. El animal vive toda su vida, y aunque en virtud de fines superiores no la viva toda según los años, siempre alcanza su intrínseca finalidad, sus habilidades existen y el animal es lo que debe ser. Sólo el hombre está en contradicción consigo mismo y con la tierra, puesto que la criatura más desarrollada entre todos los organismos es al mismo tiempo la menos desarrollada por lo que afecta a su propia disposición nueva, aunque se vaya del mundo hastiado de la vida. La causa es notoriamente que su estado, el último para esta tierra, es al mismo tiempo el primero para otra existencia, con respecto al cual parece un niño en sus primeros ejercicios. Representa, pues, dos mundos a la vez, y en eso estriba la duplicidad aparente de su ser.

2º En seguida se hace patente qué parte será la preponderante en este mundo. La mayor parte del hombre es animal; para la condición humana sólo trajo al mundo la capacidad, que tiene que desarrollarse en él con pena y diligencia. ¡Qué pocos son aquéllos en que se desarrolla como es debido! y aun en los mejores ¡cuán primorosa y delicada es la flor divina que en ellos se levanta! Durante toda la vida dominará el animal en el hombre, y los más se acomodan a que los domine. Incesantemente el animal tiende a rebajarlo, mientras el espíritu pretende elevarlo y el corazón llevarlo a un sector más amplio, y como para una criatura sensual el presente es siempre más vivo que lo lejano, y lo visible influye en ella más poderosamente que lo invisible, fácil es juzgar de qué lado se inclinará la balanza. ¡Cuán pocas son las alegrías puras, cuán poco el conocimiento y virtud puros de que es capaz el hombre! Y aunque lo fuera, ¡cuán poco acostumbrado está a ellas! Los más nobles vínculos de este mundo son entorpecidos por bajos instintos, así como la travesía de la vida lo es por vientos contrarios, y el Creador, severo en su misericordia, mezcló ambos trastornos para que uno aplacara al otro y para educar los retoños de inmortalidad que hay en nosotros más por vientos ásperos que por suaves céfiros. El hombre que ha sufrido muchas pruebas aprendió mucho; el indolente y ocioso no sabe qué hay en él, y menos aún sabe por gozoso sentimiento propio aquello que puede hacer y de que es capaz. La vida es, pues, una lucha, y la flor de la condición humana pura, inmortal, una corona difícil de conquistar. Los corredores tienen la meta al final; los que luchan por la virtud recibirán la corona en la muerte.

3º Por lo tanto, si hay criaturas superiores que nos contem-

plen, acaso nos consideren como nosotros a las especies intermedias con que la naturaleza pasa de un elemento a otro. El avestruz agita pesadamente sus alas sólo para correr, no para el vuelo: su cuerpo pesado lo atrae al suelo. Sin embargo, también para él proveyó, como para toda criatura intermedia, la madre organizadora; tambien ellos son perfectos en sí y sólo a nuestros ojos nos parecen deformes. Así ocurre también con la naturaleza humana en este mundo: lo que tiene de informe sorprende gravemente a un espíritu de la tierra; mas un espíritu superior que mire a lo interior y vea ya varios miembros de la cadena hechos uno para otro, tal vez pueda compadecernos, pero no despreciarnos. Ve por qué los hombres tienen que pasar por tantos estados del mundo, jóvenes y viejos, insensatos y sabios, como ancianos que vuelven a ser niños por segunda vez, o aun como nonatos. La omnipotente bondad abarca con la mirada la locura y las deformaciones, todas las fases de la cultura, todos los extravíos de la humanidad, y en sus tesoros tiene un bálsamo suficiente para curar heridas que sólo la muerte podría aliviar. Como es probable que el estado futuro surja del actual del mismo modo que el nuestro del estado de los organismos inferiores, no cabe la menor duda de que su tarea está enlazada con nuestra existencia actual mucho más íntimamente de lo que pensamos. El jardín superior florece solamente mediante plantas que *germinaron en este mundo* y sacaron sus primeros brotes a través de una envoltura tosca. Y si, como hemos visto, la sociabilidad, la amistad y la participación activa son casi la finalidad principal a que propende la condición humana en toda su historia de la humanidad, es preciso que esta bellísima floración de la vida humana llegue allí a la reconfortante figura, a la umbrosa altura, a la que nuestro corazón en vano aspira en todas las vinculaciones de la tierra. De ahí que nuestros hermanos de la fase superior nos amen ciertamente más y con mayor pureza de lo que nosotros podamos buscarlos y amarlos, pues ellos abarcan más claramente con la mirada nuestro estado; el instante del tiempo pasó para ellos, todas las desarmonías se desvanecieron, y acaso ellos eduquen invisiblemente en nosotros a *partícipes, a hermanos de su tarea. Sólo un* paso más y el agobiado espíritu puede respirar más libremente, el lastimado corazón sanará; ellos ven cómo se acercan los pasos y ayudan poderosamente al que resbala.

4º En consecuencia, tampoco puedo imaginarme que, siendo nosotros una especie intermedia de dos clases y en cierto modo partícipes de ambas, el estado futuro sea tan lejano del actual y tan totalmente incomunicable para él como quisiera creer el animal que hay en el hombre; por el contrario, en la historia de nuestro linaje muchos pasos y éxitos resultan incomprensibles sin una intervención superior. Así, por ejemplo, me parece inexplicable que el hom-

bre encontrara por sí solo la senda de la cultura y sin una guía superior inventara el lenguaje y la primera ciencia, tanto más inexplicable si se supone que el hombre pasó por un largo período de bestialidad. Ciertamente que una administración divina rigió al hombre desde su aparición y lo condujo del modo más fácil por su carrera. Pero cuanto más se ejercitaron las fuerzas humanas, tanto menos necesitaron en parte ese auxilio superior, pero tanto menos capaces fueron de recibirlo, a pesar de que también en posteriores épocas los máximos efectos que se obtuvieron en la tierra surgieron mediante circunstancias inexplicables o concomitantes a ellas. Hasta las enfermedades fueron a menudo instrumentos para eso: en efecto, cuando el órgano sale de su proporción con otro, resultando pues inaprovechable para el sector ordinario de la vida terrena, parece natural que la incansable fuerza interior se vuelva hacia otros lados del universo y quizá reciba impresiones que no pudiera recibir un organismo no trastornado y que quizá tampoco las necesitara. Pero sea como fuere, lo cierto es que hay un velo benefactor que separa este mundo del otro, y no deja de tener su causa el hecho de que todo esté tan quieto y silencioso alrededor de la tumba de un muerto. El hombre ordinario permanece alejado en el curso de su vida de impresiones, una sola de las cuales bastaría para trastornar todo el ámbito de sus ideas y hacérselo inaprovechable para este mundo. El hombre creado para la libertad no había de ser un simio imitador de seres superiores, sino que aun en aquello en que se le guía, obre con la feliz ilusión de que es él mismo quien obra. Para su tranquilidad y para el noble orgullo en que se apoya su destinación, se le sustrajo la visión de seres más nobles, pues probablemente nos despreciaríamos si los conociéramos. Por lo tanto, el hombre no debe penetrar con la mirada en su estado futuro, sino entregarse a la creencia de que ese estado existe.

5º Lo cierto es que en cada una de sus fuerzas hay una infinitud que en este mundo no puede desarrollarse porque se ve impedida por otras fuerzas, sentidos e instintos del animal, y, por decirlo así, se halla limitada a la situación que le crea la vida terrenal. Algunos ejemplos de la memoria, de la imaginación y hasta del vaticinio y presentimiento descubrieron cosas de maravilla del tesoro escondido que existe en las almas humanas; más aún, ni siquiera los sentidos quedan excluídos de eso. El hecho de que las más veces fueran enfermedades y defectos mutuos los que pusieron al descubierto estos tesoros, no afecta en nada a la naturaleza de la cosa, pues precisamente se requería esa desproporción para dar su libertad al peso único y hacer patente su poder. Lo que dice Leibniz de que el alma es un espejo del universo, encierra tal vez una verdad más profunda de lo que suele entenderse de esa afir-

mación, puesto que también las fuerzas del universo parecen contenerse en ella, que sólo necesita un organismo o serie de organismos para poder ponerlas en actividad y ejercicio. El ser que es todo bondad, no le negará este organismo, sino que la encamina como a un niño para prepararla paulatinamente a gozar de la plenitud del creciente goce haciéndole creer que es ella misma la que adquirió sus fuerzas y sentidos. Ya en sus actuales cadenas, espacio y tiempo son para ella palabras vacías; miden y designan situaciones del cuerpo, mas no de la capacidad interna del alma, que cuando actúa con su cabal jocundia interna está más allá del espacio y del tiempo. No te preocupes, pues, del lugar y hora de tu existencia futura; el sol que ilumina tu día, te mide tu morada y tu tarea terrenal, y mientras tanto te oscurece todas las estrellas del cielo. No bien se pone, el mundo aparece en su mayor figura; la noche sagrada en la que antaño estuviste envuelto y en la que volverás a estarlo un día, cubre de sombras tu tierra y en cambio te abre en el cielo los libros brillantes de la inmortalidad. Allí hay mansiones, mundos y espacios.

"Y brillan en plena juventud a pesar de haber transcurrido milenios; el cambio de los tiempos nunca les roba la luz de sus mejillas. Mas aquí, bajo nuestra mirada, periclita, parece y desaparece todo: sobre el esplendor de la tierra, la dicha de la tierra, se cierne una época de ruina".

Ella habrá dejado de existir y tú seguirás existiendo aún y en otras moradas y organismos gozarás de Dios y de su creación. En ella gozaste de muchas cosas buenas. En ella llegaste al organismo, en el cual aprendiste a contemplar a tu alrededor y más allá de ti como hijo del cielo. Trata pues de abandonarla complacido y bendícela como el prado en que jugaste como hijo de la inmortalidad, y como escuela donde se te educó con penas y alegrías para la edad viril. Ya no tienes derecho a ella, ya no tiene ella derecho a ti; coronado con el gorro de la libertad y ceñido con el cinto del cielo, toma de nuevo tu bastón de caminante.

Así, pues, como la flor surgió, y en forma erecta cerró el reino de la creación subterránea, aún inanimada, para gozar de la primera vida en el terreno del sol, así se yergue el hombre de nuevo por encima de todos los agachados a la tierra. Con la mirada en alto y las manos levantadas está derecho cual hijo de la casa aguardando la llamada de sú padre.

SEGUNDA PARTE

LIBRO SEXTO

HASTA ahora hemos estudiado la tierra como morada del género humano en general y hemos tratado luego de observar qué sitio ocupa el hombre en la serie de los seres vivientes. Examinemos ahora, después de haber fijado las ideas sobre su naturaleza en general, los distintos fenómenos en que se muestra en este escenario redondo.

Pero ¿quién va a guiarnos por este laberinto?, ¿qué huellas seguras podemos seguir? Por lo menos, que no nos engañe la indumentaria aparatosa de una omnisciencia presuntuosa que encubra los defectos necesariamente inherentes al historiador de la humanidad y mucho más aún al filósofo de esta historia, pues sólo el genio de la humanidad es capaz de abarcar toda su historia. Empezamos con las diferencias de organización de los pueblos, si no por otra razón, porque ya en los tratados de historia natural se observan esas diferencias.

I

ORGANIZACIÓN DE LOS PUEBLOS EN LA PROXIMIDAD DEL POLO NORTE

Ningún navegante logró aún posarse en el eje de nuestra tierra[1]; quizás desde el polo norte se podría ver más concretamente cuál es la construcción del conjunto. Sin embargo, hemos llegado

1 Son conocidas las esperanzas de nuestro compatriota Samuel Engels a este respecto, y uno de los más recientes que se han arriesgado hacia el norte: Pagès, parece que ha reducido una vez más los límites de lo que hasta ahora se creía imposible.

ya mucho más allá de la tierra habitable y hemos descrito regiones que yo calificaría de trono glacial y desnudo de la naturaleza. Aquí se han visto las maravillas de nuestra creación terrenal que ningún morador del ecuador creería, esas enormes masas de témpanos de hielo, esas soberbias luces del norte, prodigiosas ilusiones de la vista por el aire y, junto con el frío más intenso de la superficie, a menudo el calor de las entrañas de la tierra [1]. En resquebrajadas rocas abruptas parece emerger el granito avanzando mucho más allá de lo que puede en el polo sur, así como en general la mayor parte habitada de la tierra se encuentra en el hemisferio septentrional. Y como el mar fué la primera morada de los seres vivientes, el mar septentrional con su gran multitud de moradores puede considerarse todavía en la actualidad como la generadora de la vida y sus costas como la linde en la cual empieza la organización de las criaturas de la tierra en forma de musgos, insectos y gusanos. Aves marinas saludan la tierra que todavía nutre pocos volátiles propios; animales marinos se arrastran hacia la costa para calentarse a los rayos raros del sol terrestre. En medio del más animado tumulto de las aguas se hace patente por decirlo así el límite de la creación viviente de la tierra.

¿Y cómo se conservó en este límite el organismo del hombre? Todo cuanto pudo hacer en él el frío, fué comprimir algo su cuerpo y restringir como si dijéramos la circulación de la sangre. El groenlandés tiene las más veces una estatura inferior a cinco pies, y sus hermanos los esquimales ostentan una estatura cada vez más baja a medida que viven más hacia el norte [2]. Pero como la energía vital actúa de dentro a fuera, suplió con una consistencia más caliente y resistente lo que no podía darle en punto a altura. Su cabeza resultó grande en proporción con el cuerpo, el rostro ancho y achatado, porque la naturaleza que sólo hace la belleza en la moderación y término medio entre dos extremos, no podía redondear aquí aún un rostro oval suave y en particular el ornamento de la faz, y, permítaseme la expresión, no podía hacer prominente el brazo de la balanza: la nariz. Como las mejillas ocupaban la mayor amplitud del rostro, la boca resultó pequeña y redonda; los cabellos quedaron erizados porque para formarlos suaves y sedosos faltaba un jugo delicado que subiera hacia la cabeza; la mirada quedó apagada. En semejante estructura se formaron fuertes hombros y miembros anchos, y el cuerpo con sangre y carne abundantes; sólo las manos y los pies resultaron pequeños y delicados, como si fueran los retoños y partes extremas de la formación. Así como la forma exterior, así se comporta también desde el interior la excitabilidad

1 PHIPPS REISEN, *Cranz Geschichte von Grönland*, etc.

2 CRANZ, ELLIS, EGEDE, ROGER CURTIR, *Nachricht von der Küste Labrador*, u. f.

y economía de los jugos. La sangre circula más indolentemente y el corazón late más lánguido; de ahí que aquí sea más débil el instinto sexual, cuyos estímulos crecen en porporciones tan enormes a medida que aumenta el calor en otros países. Se despierta tarde. Los solteros viven castamente, y las mujeres casi tienen que ser obligadas a contraer un matrimonio tan pesado. Tienen pocos hijos y comparan a los perros los europeos lujuriosos que procrean tan prolíficamente; en su matrimonio, como en toda su manera de vivir, impera una serena castidad, una tenaz represión de las pasiones. Insensibles a esas excitaciones con que un clima más cálido forma también espíritus de vida más frívolos, viven y mueren tranquilos y pacíficos, con indiferente satisfacción y actuando solamente por necesidad. El padre educa a su hijo a su lado imbuyéndole esa indiferencia serena en que ellos cifran la virtud y felicidad de la vida, y la madre amamanta a su hijo durante mucho tiempo y con todo el hondo y tenaz amor del animal madre. Lo que la naturaleza les negó en punto a excitabilidad y elasticidad de las fibras, les dió en punto a vigor resistente y duradero, y los revistió de esa grasa calorífera, de esa abundancia de sangre, que hace que aun su aliento resulte asfixiantemente cálido en recintos cerrados.

Me parece que a nadie puede ocultársele que aquí actúa la mano pareja de la creadora organizadora, que en todas sus obras sigue procedimientos uniformes. Si la estatura humana se desarrolla poco, mucho más puede decirse así de la vegetación de esas regiones: crecen pocos árboles y pequeños, musgos y arbustos se arrastran por el suelo. Si hasta la vara de medir, con alma de hierro, se encoge con la helada ¿cómo no se encogerá la fibra humana a pesar de la vida orgánica que le es inherente? Mas ésta sólo puede ser retenida y por decirlo así encerrada en un ámbito de formación más reducido; una analogía más del efecto que notamos en todos los organismos. Los miembros extremos de los animales marinos y demás criaturas de la zona fría son pequeños y delicados; la naturaleza lo mantiene todo en la medida de lo posible en la región del calor interior; las aves están provistas allí de espesas plumas y los animales de una grasa que los envuelve, exactamente igual que al hombre con su envoltura sanguínea y calorífera. También por lo que a lo exterior se refiere, y precisamente en virtud del mismo y único principio de todos los organismos de la tierra, la naturaleza tuvo que negarles lo que no servía para esa complexión. Las especias acabarían con su cuerpo tan expuesto de por sí a la corrupción interna, como a tantos mató ya el aguardiente que se les enseñó a consumir; o sea que el clima se los negó, y, en cambio, les obliga a que en su mísera residencia y con su gran amor al reposo que estimula su estructura interna, se dediquen exteriormente a actividades y ejercicios corporales en que se fundan todas sus leyes

e instituciones. Las pocas hierbas que aquí crecen son depurativas y apropiadas, pues, para sus necesidades; el aire exterior está deflogistizado en alto grado [1], de suerte que aun en los cuerpos difuntos se opone a la descomposición y fomenta la larga vida. El frío seco no tolera animales venenosos, y contra los insectos molestos los protege, su insensibilidad, el humo y el largo invierno. Así indemniza la naturaleza y actúa armónicamente en todo cuanto hace.

Después de haber descrito esa primera nación, no será necesario que nos detengamos con tanto detalle en las que se le asemejan. Los esquimales de América son hermanos de los groenlandeses tanto por sus costumbres y lenguaje como por su figura. Como esos desdichados extranjeros, de barba poblada, se ven relegados hacia las latitudes superiores por los americanos imberbes, se ven obligados en su mayor parte a llevar una existencia huidiza y penosa; más aún, a menudo ¡oh duro destino! tienen que alimentarse con su propia sangre, recluídos como están en sus cuevas en invierno [2]. Aquí y en algunos otros lugares de la tierra, la dura necesidad se sienta en su trono más elevado, de suerte que el hombre se ve obligado a adoptar casi el modo de vivir del oso. Y, sin embargo, en todas partes siguió siendo hombre, puesto que su condición humana es visible en esos pueblos, examinándolos detenidamente, aunque ofrezcan rasgos en apariencia sumamente inhumanos. La naturaleza quiso probar qué durísimas condiciones era capaz de resistir nuestra especie, y ésta salió airosa de la prueba.

Los lapones habitan ya una zona relativamente más benigna, y son también un pueblo menos duro [3]. La estatura de la figura humana aumenta; disminuye la redondeada chatez del rostro, las mejillas se hunden, los ojos se tornan de un gris oscuro; los cabellos negros hirsutos adquieren un color castaño amarillento; a la par de su formación exterior se abre también la organización interna del hombre cual capullo que se desarrolla bañado por los rayos de un sol más benigno [4]. El lapón montaraz hace pastar ya sus renos, práctica que no conocían aún los groenlandeses ni los esquimales; le proporcionan alimento y vestido, casa y techo, comodidad y placeres, cuando el groenlandés tenía que buscar eso las más veces en el mar, al margen de la tierra. En consecuencia, el hombre adquiere

[1] WILSON, *Beobachtungen über den Einfluss des Klima auf Pflanben und Thiere*, Leipzig 1781; GRANZ, *Histor. von Groenland*, parte II, pág. 275.

[2] ROGER CURTIS, *Nachricht von Labrador*, en FORSTER y SPRENGEL. *Beiträge zur Völkerkunde*, parte I, págs. 105 ss.

[3] Como sesabe, Sainovich encontró que el lapón se parece al lenguaje húngaro. Véase SAINOVIC, *Demonstratio, idioma Ungaror, et lappon. idem esse*, Havniæ 1770.

[4] Véase sobre los lapones HÖCHSTRÖM, LEEM, KLINGSTEDT, GEORGI, *Beschreibung der Nationen des russischen Reichs*, etc.

ya un animal terrestre como amigo y servidor, que le da ocasión de aprender artes y un modo de vivir doméstico. Acostumbra sus pies a la marcha, sus brazos a un modo de viajar artificial, su sentimiento al amor a la posesión y a una propiedad más estable, como asimismo lo mantiene en el amor a la libertad y acostumbra a su oído a esa tímida cautela que observamos en varios pueblos que viven en ese estado. Asustadizo como su animal, el lapón aguza el oído y procura moverse con el menor ruido posible; le gusta su manera de vivir, y cuando vuelve a lucir el sol, mira hacia las montañas, como hacia ellas mira su reno; con él habla y con él se entiende; procura por él como por sus riquezas y por la servidumbre doméstica. Es decir, con ese primer animal terrestre domesticable que la naturaleza pudo dar a esas regiones, dió también al hombre una escalera de mano para subir a un modo de vivir más humano.

Sobre los pueblos del mar Ártico del vasto Imperio Ruso tenemos, además de tantos viajes modernos, universalmente conocidos, que los describen, una colección de cuadros cuya contemplación dice más de lo que mi descripción podría decir[1]. Por mezclados y relegados que vivan varios de esos pueblos, vemos que aun los de más distinta procedencia se hallan oprimidos por el yugo de una formación nórdica y remachados, por decirlo así, a una cadena del polo norte. El samoyedo tiene el rostro redondo, ancho, achatado, el pelo hirsuto, negro, la estatura baja, sanguínea, de la formación nórdica; sólo sus labios son más salientes, la nariz más abierta y ancha, la barba disminuye, y mirando hacia una zona de enorme extensión hacia el este veremos que disminuye cada vez más. Podríamos decir, pues, que el samoyedo es algo así como el negro de los países nórdicos, y la gran excitabilidad de sus nervios, la precoz nubilidad de las samoyedas a la edad de once o doce años[2], y aun —si es verdadera la noticia— el círculo negro alrededor de sus pechos, junto con otras circunstancias, lo hace más semejante aún al negro, aunque viva en regiones frías. Pero, a pesar de su naturaleza delicada y ardiente, que probablemente se trajo como carácter racial y que ni siquiera el clima logró reprimir, en conjunto sigue siendo un nórdico por el conjunto de su formación. Los tunguses[3], que viven más hacia el sur, se parecen ya al tronco mongólico, aunque se apartan de él por el lenguaje y la raza, como el samoyedo y ostiaco se apartan de los lapones y groenlandeses; su cuerpo

[1] GEORGI, *Beschreibung der Nationen des russischen Reichs,* San Petersburgo 1776.

[2] KLINGSTEDT, *Mémoires sur les Samojedes et sur les Lappons.*

[3] Sobre todas esas naciones, véase GEORGI, *op. cit.,* los *Viajes* de Pallas y de Gmelin Senior, etc. De los viajes de Pallas y de las observaciones de Georgi se han sacado las *Merkwürdigkeiten ver verschidnen Völker,* editadas en Francfort y Leipzig 1773-1777.

es de mayor estatura y más esbelto, sus ojos pequeños a la manera mongólica, los labios finos, el pelo más suave, aunque el rostro conserva su cuño chato nórdico. Lo mismo ocurre con los yakutos y yukaguiros que parecen derivar hacia la formación tártara, como aquéllos hacia la mongólica, y hasta con los mismos tártaros. A orillas de los mares Negro y Caspio, en las vertientes del Cáucaso y de los Urales, o sea en parte en las zonas más templadas del mundo, la formación de los tártaros se aproxima a una mayor belleza. Su figura se torna esbelta y cenceña; la cabeza se aparta de la tosca chatura y se inclina a una forma ovalada más bella; el color adquiere lozanía; la nariz se adelanta, regular y seca; el ojo se torna más vivo, el pelo castaño oscuro, el paso más animado, el semblante de agradable modestia y tímido. Por consiguiente, cuanto más nos aproximamos a las regiones donde aumenta la abundancia de seres vivientes de la naturaleza, también el organismo humano resulta más bello y proporcionado. Cuanto más se sube hacia el norte o se penetra más hacia el interior de las estepas kalmukas, tanto más se achatan los rasgos del rostro y se tornan más salvajes a la manera de los nórdicos o kalmukos. De todos modos, mucho depende también de la manera de vivir del pueblo, de la condición de su suelo, de su procedencia y de la mezcla con otros pueblos. Los tártaros montaraces conservan sus rasgos más puros que los que viven en las estepas y llanuras; los pueblos que están en las proximidades de las aldeas y ciudades, se suavizan y también mezclan más costumbres y rasgos. Cuanto menos obligado se vea un pueblo a cambiar de habitáculo, cuanto más fiel tenga que permanecer a su modo de vivir sencillo y rudo, tanto más conservará también su formación. Por lo tanto, como en esa gran meseta de la Tartaria en declive hacia el mar se han producido tantos choques y revoluciones que han mezclado más a los pueblos en ella residentes de lo que podían separarlos las montañas, desiertos y ríos, también se observarán mayor número de excepciones de la regla, y luego las excepciones confirman la regla, puesto que todo se distribuye en la cultura nórdica, tártara y mongólica.

II

ORGANIZACIÓN DE LOS PUEBLOS DE LAS TIERRAS ALTAS ASIÁTICAS

Como existen muchas posibilidades de que el género humano tuviera su primera morada en esas tierras altas, se siente la inclinación a buscar también en ellas la especie humana más bella; pero ¡cuánto nos engaña esa expectación! La formación de los kalmukos y mongoles es conocida: además de estatura mediana, tienen por lo menos restos del rostro achatado, barba rala y tez morena del clima nórdico; pero se distinguen por las órbitas dispuestas en ángulo oblicuo con respecto a la nariz y con un relleno que termina en superficie llana, por cejas estrechas, negras, poco arqueadas, por una nariz pequeña, chata, demasiado ancha comparada con la frente, por tener orejas grandes y gachas, muslos y piernas combas y la dentadura blanca y fuerte[1], que, junto con toda la formación del rostro, parecen caracterizar a una especie humana de rapiña. ¿De dónde viene esa formación? Las rodillas y piernas dobladas tienen su primera razón de ser en el modo de vivir del pueblo. Desde la infancia se arrastran sobre sus piernas o las tienen colgadas montando a caballo; se pasan la vida sentados o montando, y la única posición que da a la pierna humana su bella forma recta: la marcha, les es casi desconocida salvo para dar unos pocos pasos sin importancia. ¿No era de esperar que a su formación pasaran otros varios rasgos de su modo de vivir? Las orejas gachas como de animal, siempre al acecho y escuchando, los ojos pequeños y penetrantes que perciben a la máxima distancia el menor humo o polvareda, los dientes blancos que se destacan, como de roedores de huesos, el cuello fuerte sobre el cual se apoya la cabeza hacia atrás, ¿no son todos esos rasgos testimonios de la persistencia de ademanes y caracteres adquiridos a base de su modo de vivir? Añádase, como dice Pallas, que sus hijos tienen hasta los diez años un rostro deforme, hinchado y de aspecto cacoquímico, hasta que con el crecimiento adquieren mejor figura; observemos que en grandes extensiones de sus regiones no llueve y se carece

[1] PALLAS, *Sammlungen über die mongolischen Vöolkerschaften*, t. I, págs. 98, 171, etc.; GEORGI, *Beschreibung der Nationen des russischen Reichs*, t. IV, San Petersburgo 1780; SCHNITSCHER, *Nachricht von den ajukischen Kalmuken* en MÜLLER, *Sammlung zur russischen Geschichte*, vol. IV, sección 4; el extracto de Schlösser, de *Memorabilibus Russico-Asiaticis* en la *Sammlung* de Müller, volumen VII, sec. I, etc.

de agua pura, y que desde la infancia casi desconocen el baño; pensemos en los lagos, suelos y pantanos salitrosos de su habitáculo, cuyo sabor potásico les gusta encontrar en las comidas y hasta en el torrente de té que injieren a diario en detrimento de su digestión; añadamos que en las alturas en que viven, el aire es más tenue, los vientos secos, las emanaciones potásicas, el largo invierno con la nieve a la vista y con el humo de sus cabañas y toda una serie aún de circunstancias menos importantes: ¿no ha de ser probable que ya hace milenios, cuando quizá algunas de esas causas influyeran mucho más intensamente aún, originaran una formación que acabara convirtiéndose en naturaleza hereditaria? Nada restaura tanto a nuestro cuerpo, dándole por decirlo así mayor desarrollo y vigor, como el bañarse y lavarse con agua, sobre todo en combinación con la marcha, la carrera, la lucha y otros ejercicios corporales. Nada debilita más al cuerpo que la bebida caliente que ellos absorben sin medida y que, por añadidura, sazonan ellos con sales potásicas astringentes. De ahí, como hizo observar ya Pallas, la figura enclencle, afeminada, de los mongoles y buratos, hasta el extremo de que cinco y seis de ellos no logran hacer con todas sus fuerzas lo que puede hacer un ruso; de ahí su cuerpo de particular ligereza con el cual, por decirlo así, no hacen más que estar suspendidos y volar sobre sus pequeños caballos; de ahí también, por último, la cacoquimosis que pudo transmitirse a sus hijos. Hasta hay algunas tribus tártaras colindantes que nacen con rasgos de formación mongólica, pero los modifican al crecer; de ahí probablemente que deba haber algunas causas climáticas que, más o menos bajo los efectos del modo de vivir, se incorporan a la estructura corporal del pueblo y se convierten en hereditarios. Se dice que de la mezcla de rusos o tártaros con los mongoles nacen hermosos hijos, y asimismo que entre ellos, sólo que a la manera mongólica, hay tipos muy delicados y proporcionados[1]. Por lo tanto, también aquí la naturaleza permaneció fiel a su organización; pueblos nómadas bajo ese cielo, en esa zona de la tierra y con ese modo de vivir, tenían que convertirse en esos ligeros buitres de rapiña.

Y los rasgos de su formación se extienden en un radio muy amplio, pues ¿a dónde no volarían esas aves de rapiña? En más de una ocasión, su vuelo triunfal se extendió por toda una parte del mundo. En consecuencia, en varios países de Asia se establecieron mongoles cuyos rasgos se ennoblecieron con los de otros pueblos. En efecto, antes que esas inundaciones bélicas hubo aquellas antiquísimas emigraciones desde esas elevadísimas regiones de la tierra tempranamente habitadas hacia otros países contiguos. Quizá se

[1] PALLAS, "Sammlungen zur Geschichte der mongalischen Völkerschaftten, *Viajes*, t. I, pág. 304, II, etc.

deba pues a eso el hecho de que ostente rasgos de formación mongólica la zona oriental del mundo hasta los kamtchadales, por arriba, así como más allá del Tibet a lo largo de la península hasta más allá del Ganges. Demos un vistazo a esa zona de la tierra que nos ofrece varias curiosidades.

La mayor parte de las artificiosidades que se observan en el cuerpo de los chinos, revelan rasgos mongólicos. En esos pueblos observamos pies y orejas deformes; probablemente, con la cooperación de una cultura errónea, una desproporción semejante dió lugar a ese antinatural aherrojamiento de los pies, a esas horrorosas desfiguraciones de las orejas, corrientes en muchos pueblos de esa zona de la tierra. Les daba vergüenza su conformación y quisieron modificarla, pero eligieron partes que, prestándose a ser modificadas, acabaron heredándose como la más disforme belleza. Los chinos, hasta donde lo permite la gran diversidad de sus provincias y de su modo de vivir, ostentan todavía rasgos de la conformación oriental, con la sola diferencia de que donde más intensa se manifiesta ésta es en las tierras altas mongólicas. El rostro ancho, los pequeños ojos negros, la nariz chata, la barba rala sólo se aclimataron en otro país adoptando una forma más suave, más redondeada, y del mismo modo que el gusto chino parece consecuencia de órganos mal ordenados, así también su forma de gobierno y sabiduría trae consigo el despotismo y la tosquedad. Los japoneses, pueblo de cultura china, aunque probablemente de procedencia mongólica [1], son casi en su totalidad de mala formación, cabeza gruesa, ojos pequeños, nariz chata, mejillas aplastadas, casi sin barba y las más veces patizambos; su régimen político esta lleno de violenta coacción, que sólo se adapta perfectamente a su país. Una tercera clase de despotismo impera en el Tibet, cuyo culto religioso se extiende a gran distancia hacia las estepas bárbaras.

La conformación oriental [2] se extiende con las cordilleras a la península más allá del Ganges, a donde con las montañas se corrieron también probablemente los pueblos. El reino de Assam, colindante con la Tartaria, se caracteriza, si hemos de dar crédito a los relatos de los viajeros [3], especialmente en la parte septentrional, por sus frecuentes bocios y nariz chata. El desproporcionado adorno en las orejas alargadas, la alimentación grosera y la des-

1 *Allgemeine Sammlung der Reisen,* t. II, pág. 595, Charlevoix. Para los chinos véase OLOF TOREE, *Reise nach Surate und China,* pág. 68, *Allgemeine Reisen* t. VI, pág. 130.

2 Las noticias más antiguas presentan a los tibetanos como deformes. Véase *Allgemeine Reisen* vol. VII, pág. 382. Según otras más modernas (PALLAS, *Nordische Beiträge,* vol. IV, pág. 280), eso se ha atenuado, parece que al amparo de la situación de esa zona. Probablemente son un tránsito brusco a la conformación indostánica.

3 Véase TAVERNIER, *Allgemeine Reisen,* vol. X, pág. 557.

nudez son caracteres de la barbarie de un pueblo rudo en una zona tan templada de la tierra. Los arracanes, con sus narices de ancha apertura, frente aplastada, ojos pequeños y orejas que ellos se hacen bajar hasta los hombros, ostentan precisamente esa deformación de la zona oriental de la tierra [1]. Los birmanos de Ava y Pegú detestan la barba hasta el pelo más insignificante, como la detestan también los tibetanos y otras naciones de las zonas altas; no quieren que una naturaleza más pródiga los aparte de su tipo tartárico imberbe. Lo propio ocurre, aunque con las diferencias propias de climas y países, hasta las islas [2].

Hacia el norte no varía eso hasta los coriacos y kamtchadales en la linde del mundo oriental. Parece que el lenguaje de los últimos tiene aún alguna semejanza con el chino-mongólico, a pesar de que en tiempos antiguos debieron estar separados de esos pueblos, puesto que todavía ignoraban el uso del hierro; su conformación no reniega aún de la zona del mundo en que viven [3]. Su pelo es negro, su rostro ancho y plano, la nariz y los ojos muy hundidos; y el carácter de su espíritu, aparente anomalía en ese clima frío e inhospitalario, veremos que con todo se adapta perfectamente a él. Los coriacos, los tchutchis, los curiles y otros pueblos isleños orientales son por último [4], a mi parecer, tránsitos paulatinos de la forma mongólica a la americana; y cuando conozcamos los confines del noroeste de esa parte del mundo, en gran parte desconocidos aún, la zona interior de Yeso y el gran trecho que se extiende hasta más allá de Nueva México, para nosotros todavía tan vacío como el interior del África, me imagino que a consecuencia del último viaje de Cook [5] veremos cómo se confunden matices bastante acentuados.

Ésa es la gran extensión que tiene la conformación oriental, en parte deformada y por todas partes más o menos imberbe, y no procede de un solo pueblo, como lo demuestra la variedad de lenguas y costumbres de esas naciones. ¿Cuál sería pues su causa? Por ejemplo ¿qué fué lo que armó a pueblos tan diferentes a luchar contra la barba o a desfigurarse las orejas o a taladrarse la nariz y los labios? Conjeturo que el fundamento debió ser una deformidad originaria, que a su vez se valió de un arte bárbaro y acabó convirtiéndose en antigua costumbre ancestral. La degeneración

1 OVINGTON, *Allg. Riesen*, vol. X, pág. 67.

2 Véase MARSDEN, *Beschreibung von Sumatra*, pág. 62, *Allg. Reisen*, t. II, pág. 487, etc.

3 STELLER, *Allg. Reisen*, t. XX, pág. 289.

4 GEORGI, *Beschreibung der Nationen des russischen Reichs*, t. III.

5 ELLIS, *Nachricht von der Cookschen dritten Reise*, pág. 114, *Tageburch der Entdeckungsreise*, trad. de Forster, pág. 231; cfs. las noticias más antiguas de las islas entre Asia y América. Véase *Neue Nachricht von den neuentdeckten Inseln*, Hamburgo y Leipzig 1776, los relatos de PALLAS *Nordische Beiträge*, las *Sammlungen* de Müller, los *Beiträge zur Völker- und Länderkunde*, etc.

de los animales, antes de afectar a la figura, se muestra en el pelo y en las orejas, luego sigue bajando a las piernas, del mismo modo que lo primero que se modifica en el rostro es su contorno, el perfil. Cuando se investigue más la genealogía de los pueblos, el modo de ser de esas remotas zonas y países y sobre todo las divergencias de la fisiología interna de los pueblos, haremos también averiguaciones más concretas sobre este punto. ¿Y no habría de ser Pallas, tan buen conocedor de las ciencias y naciones, quien nos diera al respecto un *spicilegium anthropologicum?*

III

ORGANIZACIÓN DE LA ZONA TERRESTRE DONDE VIVEN PUEBLOS DE BELLA CONFIGURACIÓN

En el centro de la falda de la sierra más elevada se halla el reino de Cachemira, escondido cual Paraíso del mundo. Hermosas y fértiles colinas están encerradas entre montañas cada vez más altas, las últimas de las cuales, cubiertas de nieves perpetuas, se elevan entre nubes. Corren aquí hermosos arroyos y ríos; decoran el terreno exuberantes plantas y frutos; islotes y jardines emergen del verde agradable; todo está cubierto de pastos; las fieras y animales venenosos están desterrados de ese paraíso. Como dice Bernier, esas montañas podrían denominarse las montañas inocentes donde manan la leche y la miel, y la especie humana que allí mora, no es menos valiosa que la naturaleza. Los cachemirenses pasan por ser los hindúes más inteligentes e ingeniosos, igualmente hábiles para la poesía como para la ciencia, para los oficios como para las artes, siendo los hombres de más bellas proporciones y sus mujeres a menudo modelos de belleza [1].

¡Qué feliz podría haber sido el Indostán si no se hubiesen congregado bandas humanas para devastar el jardín de la naturaleza y torturar con la superstición y la opresión a la más inocente de las figuras humanas! Los hindúes son el tronco humano más bondadoso del mundo. No les gusta ofender a ningún ser viviente; cosechan lo que trae vida, y se alimentan con los manjares más inocentes, leche, arroz, frutos de los árboles, hierbas sanas que les ofrece su madre patria. "Su figura", dice un viajero moderno [2], "es

1 BERNIER, *Allgemeine Reisen,* t. II, págs. 116 y 117.
2 MACKINTOSH, *Travels,* vol. I, pág. 321.

recta, esbelta y hermosa, sus miembros bellamente proporcionados, sus dedos largos y de delicado tacto, su rostro franco y agradable; los rasgos de éste son en el sexo femenino las más delicadas líneas de belleza y en el masculino de un alma bondadosamente viril. Sus andares y todo el porte del cuerpo son sumamente graciosos y atractivos". Las piernas y muslos, que en todos los países del noreste eran endebles o encogidos como los de los monos, se prolongan aquí y ostentan una belleza humana incipiente. Hasta la configuración mongólica que se ha mezclado con esta especie, se convirtió en dignidad y amabilidad. Y así como la figura del cuerpo es también la figura originaria de su espíritu, aun si se la considera sin la presión de la superstición o de la servidumbre, su modo de vivir, moderación y serenidad caracterizan su trabajo y su goce, su moral y su mitología, sus artes y hasta la tolerancia con que soportan el yugo más extremado. Felices ovejas ¿por qué no podríais pastar sin estorbos ni preocupaciones en vuestra dehesa de la naturaleza?

Los persas antiguos eran un pueblo feo de las montañas, como puede verse aún en lo que de ellos queda: los gauros[1]. Mas como difícilmente habrá en el Asia una región expuesta a tantas invasiones como Persia, situada precisamente en la falda de pueblos de bella formación, se mezcló aquí un tipo humano que en los persas más nobles combina la dignidad con la belleza. Aquí está Circasia, la madre de la belleza; del otro lado del Mar Caspio viven tribus tártaras que en su lindo clima han adquirido ya una bella figura y a menudo se expandieron hacia el sur. A mano derecha está la India, y tanto de ella como de Circasia jóvenes compradas embellecieron la estirpe persa. Su mentalidad se adaptó con el tiempo a ese lugar de ennoblecimiento de la estirpe humana, puesto que ese entendimiento fácil y penetrante, esa fecunda y animada imaginación de los persas junto con su modo de ser dúctil y cortés, su propensión a la vanidad, al lujo y a la alegría, y hasta al amor romántico, son quizá las cualidades más indicadas para el equilibrio de las inclinaciones y rasgos. En vez de aquellos bárbaros adornos con que naciones informes trataron de esconder la deformidad de su cuerpo aunque sólo lograron aumentarla, aquí aparecieron costumbres más bellas que hacían resaltar la hermosa figura del cuerpo. El mongol, que carecía de agua, tenía que vivir sucio; el muelle hindú se baña; el voluptuoso persa se unge. El mongol vivía pegado a sus talones o montado a caballo; el suave hindú descansa; el romántico persa distribuye su tiempo en diversiones y

1 CHARDIN, *Voyages en Perse,* vol. III, cap. IIs. En LE BRUN (BRUYNS) *Voyages en Perse,* t. I, cap. 42, n. 86-88 figuran persas que cabe comparar con los negros que vienen a continuación n. 89 y 90, los rudos samoyedos cap. 2, n. 7 y 8, los feroces negros del sur n. 197 y los pacíficos benyanes n. 109.

juegos. Se pinta las cejas, y se viste con una indumentaria que haga resaltar su altura. Hermosa figura, suave equilibrio de las inclinaciones y fuerza del alma, ¿por qué no pudiste transmitirte a todo el globo terrestre?

Ya hicimos observar que algunas tribus tártaras figuran originariamente entre los pueblos más bellos de la tierra y sólo en los países septentrionales o en las estepas se tornan salvajes; a ambas orillas del Mar Caspio se encuentra este tipo humano más bello. Las uzbecas son descriptas como mujeres altas, bien formadas y agradables [1]; van a la batalla al lado de su marido; sus ojos, dice la descripción, son grandes, negros y vivaces, el pelo negro y sedoso; el tipo masculino es gallardo y tiene una especie de delicada dignidad. Análogos elogios se hacen de los bukharos, y la belleza de las circasianas, los sedosos hilos de sus cejas, sus ardientes ojos negros, la frente lisa, la boca pequeña, la barbilla redonda, son ampliamente conocidos y ensalzados [2]. Se diría que en estas regiones está centrado el filo de la balanza del tipo humano, habiendo extendido sus platillos a oriente y occidente, hacia la India y Grecia. Afortunadamente para nosotros, Europa no estaba tan lejos de ese punto central de las bellas formas, y muchos de los pueblos que habitan esta parte del mundo, ocuparon o atravesaron lentamente las regiones situadas entre los mares Negro y Caspio. Por lo menos no somos antípodas de la región de la belleza.

Todos los pueblos que se congregaron en esta región de bellos tipos humanos y permanecieron algún tiempo en ella, suavizaron sus rasgos. Los turcos, originariamente gente fea, adquirieron una figura más gallarda, puesto que como dominadores de vastas regiones sacaban provecho de toda vecindad de bellas estirpes; probablemente contribuyeron también a eso los preceptos del Corán que les ordenaban lavarse, ser puros y moderados y, en cambio, les permitían voluptuoso descanso y amor. Los hebreos, cuyos antepasados provenían asimismo de las mesetas asiáticas y que durante largo tiempo llevaron una vida nómada, dirigiéndose tan pronto hacia el árido Egipto como hacia el desierto arábigo, si bien en su propio angosto suelo, bajo el opresor yugo de la Ley, jamás pudieron elevarse a un ideal que fomentara una actividad más libre y variados deleites de la vida, aún ahora, en su vasta dispersión y en su largo y profundo abatimiento, siguen ostentando la marca de su tipo asiático. Algo de eso conservaron también los duros árabes, pues aunque su península fué formada como país de libertad más que de belleza, y ni el desierto ni la vida nómada pueden ser las mejores cuidadoras de la bella figura, ese pueblo duro e intrépido,

[1] *Allgemeine Reisen,* t. VII, págs. 316 y 318.

[2] Véase algunas láminas en LE BRUN *Voyages au Levant,* t. I; cap. X, n. 34-37.

que, según veremos en lo sucesivo, extendió su vasta influencia a tres partes del mundo, es al mismo tiempo un pueblo de cuerpo bien formado [1].

Por último, en las costas del Mar Mediterráneo [2], la figura humana halló un lugar donde pudo maridarse con el espíritu y hacerse visible con todos los encantos de la belleza terrena y celestial, no sólo a los ojos, sino también al alma: es la triple Grecia de Asia y de las Islas, la Grecia propiamente dicha y la de las lejanas costas de los países de Occidente. Tibios vientos del oeste abanicaban a la planta que de las alturas del Asia se había ido trasplantando paulatinamente hacia esa zona, y le insuflaban vida; los tiempos y las circunstancias contribuyeron a hacer subir su savia y a darle la corona que todavía asombra a cualquiera que gozosamente contempla aquellos ideales del arte y sabiduría de Grecia. Aquí se concibieron y crearon figuras como no podría trazar ningún enamorado de la belleza circasiana, ningún artista de India o Cachemira. La figura humana entró en el Olimpo y se revistió de belleza divina.

No voy a extraviarme penetrando más al interior de Europa. Es tan multiforme y entreverada y mediante su arte y su cultura ha alterado de tantos modos la naturaleza, que no me atrevo a decir nada universal sobre sus hermosas naciones, mezcladas unas con otras. Antes bien, daremos una mirada retrospectiva desde la última orilla de la zona terrestre que hemos atravesado y, después de una o dos observaciones, pasaremos al África negra.

Primero: Llama la atención a todo el mundo que la zona de los pueblos de cuerpo bien formado sea una zona intermedia de la tierra que, como la belleza misma, se halla entre dos extremos. No tiene el frío agobiador de los samoyedos ni los áridos vientos salinos de los mongoles; y, por otra parte desconoce tanto los calores abrasadores de los desiertos de arena africanos, como las humedades y cambios violentos del clima americano. No se halla en la cumbre de la altura terrestre ni en la vertiente hacia el polo; antes bien la protegen, por una parte, las altas murallas de las sierras tártaras y mongólicas, mientras por otra el viento del mar la refresca. Sus estaciones alternan regularmente, y además sin la violencia que domina en el ecuador, y, como ya había observado Hipócrates que una suave regularidad de las estaciones ejerce también gran influencia sobre el equilibrio de las inclinaciones, no la ostenta menos

[1] Véanse estampas de ellos en NIEBUHR, t. II; LE BRUN, *Voyages au Levant*, n. 90 y 91.

[2] Véanse las ilustraciones de LE BRUN, *Voyages au Levant*, cap. 7, n. 17-20, en CHOISEUL GOUFFIER, *Voyage pittoresque*, etc. Los monumentos de los antiguos griegos aparecen en todas esas ilustraciones.

en el espejo y moldeado de nuestra alma. Los bandidos turcomanos, que hacen sus correrías por las montañas o por el desierto, siguen siendo un pueblo feo aun en el clima más hermoso; si se establecieran sosegadamente y distribuyeran su vida entre un goce más suave y una actitud que los sumiera con otras naciones más cultas, con el tiempo se les quedaría algo tanto de sus costumbres como de los rasgos de su cultura. La belleza del mundo sólo fué creada para su goce apacible; sólo en medio de éste se comunica al hombre y se encarna en él.

Segundo: Fué ventajoso para el género humano que en esas regiones de bella figura no sólo se iniciara la cultura sino que desde ellas empezara a ejercer el influjo más benéfico sobre otras naciones. Si la divinidad no pudo hacer de toda nuestra tierra la sede de la belleza, por lo menos permitió que el género humano subiera por la puerta de la belleza y que los pueblos sólo visitaran otras regiones después de llevar mucho tiempo con sus rasgos bien consolidados. Fué también el mismo principio de la naturaleza el que precisamente al mismo tiempo hizo que las naciones de bella figura ejercieran el más benéfico influjo sobre las demás; les concedió la alegría, la elasticidad de espíritu, propia tanto de la forma de su cuerpo como de ese influjo benéfico en otras naciones. Los tunguses y esquimales están incesantemente sentados en sus cuevas y no se preocuparon de pueblos lejanos con amor ni con compasión. El negro no inventó nada para los europeos; no se le ocurrió nunca llevar la felicidad a Europa ni hacerle la guerra. De las regiones de pueblos de bella figura hemos tomado lo mucho o poco que poseemos de religión, arte, ciencia y toda la forma de nuestra cultura y humanidad. En esta zona se ha inventado, ideado y por lo menos ejecutado en ensayos infantiles todo cuanto podía embellecer y educar a la humanidad. La historia de la cultura lo pondrá de relieve irrefutablemente, y se me antoja que toda nuestra experiencia lo demuestra. Nosotros los europeos del norte seríamos todavía bárbaros si un soplo propicio del destino no nos hubiese traído por lo menos flores del espíritu de esos pueblos para que, injertando la bella rama en los troncos salvajes, nos ennobleciéramos con el tiempo.

IV

EL ORGANISMO DE LOS PUEBLOS AFRICANOS

Al pasar al país de los negros, tenemos que desprendernos equitativamente de nuestros orgullosos prejuicios y contemplar el organismo de su zona como si fuera el único del mundo. Exacta-

mente con el mismo derecho con que nosotros consideramos al negro como hijo maldito de Cam y como imagen del diablo, él puede declarar que sus raptores blancos son albinos y satanases blancos, que sólo por debilidad de la naturaleza han degenerado como cerca del polo pierden color muchos animales. "Yo" —podría decir él— "yo, el negro, soy el hombre natural. Me ha impregnado del modo más fuerte la fuente de la vida, el sol, y en mí y en todo lo que me rodea ha influído del modo más intenso y profundo. ¡Mirad mi tierra llena de oro y frutos, mis árboles que se elevan hasta el cielo, mis animales vigorosos! Todos los elementos que me rodean rebosan de vida, y yo pasé a ser el punto central de este efecto vital". Así podría hablar el negro, y nosotros vamos a entrar con modestia en el reino que le es peculiar.

Ya al atravesar el istmo nos encontramos con una nación rara: los egipcios. Altos, robustos, de cuerpo adiposo (la gordura con que quiere favorecerlos el Nilo), y además de ruda complexión ósea y tez moreno-amarillenta; sin embargo son sanos y fecundos, viven mucho tiempo y son moderados. Ahora indolentes, fueron en otros tiempos laboriosos y diligentes; es evidente que un pueblo con esos huesos y esa formación era indicado para que se desarrollaran todas las alabadas artes e instituciones de los antiguos egipcios[1]. Una nación más delicada, difícilmente habría servido para eso.

Los moradores de Nubia y de las zonas interiores del África, que viven en zonas más altas, todavía nos son poco conocidos; sin embargo, si hemos de creer los relatos provisionales de Brüce[2], en toda esa región alta no viven familias negras, que él asigna sólo a las costas orientales y occidentales de esa parte del mundo que califica de las regiones más bajas y más feas. Hasta debajo del ecuador —dice— hay sólo hombres blancos o moreno-amarillentos en esa región alta muy moderada y lluviosa. Por curioso que sea este hecho, para explicar el origen del negro de los negros, nos muestra también, lo cual casi nos interesa más, que la forma de las facciones de esas regiones se aproxima paulatinamente al tipo negro. Sabemos que los abisinios son de origen árabe, y que ambos reinos estuvieron unidos a menudo y por mucho tiempo; sin embargo, a juzgar por sus retratos en Ludolf y otros autores[3], ¡qué rasgos faciales más duros aparecen aquí comparados con la figura árabe y otras asiáticas! Se aproxi-

[1] Véanse su arte antiguo, sus momias y los dibujos de los sarcófagos de sus momias.

[2] BUFFON, *Suppléments à l'histoire naturelle*, t. IV, p. 495. Lobo dice por lo menos que aun los negros que hay allí no son feos ni tontos, sino inteligentes, delicados y de buen gusto. (*Relation historique d'Abyssinie*, p. 85). Como todos los relatos de esas regiones son antiguos e inciertos, sería de desear que se publicara la edición de sus viajes, si es que llegó hasta Abisinia.

[3] LUDOLF, *Hist. Aethiop., passim.*

ma a la forma de los negros, aunque todavía remotamente; y las grandes variaciones topográficas de altas montañas y deliciosos valles, los cambios de clima con tempestades de viento, calor, frío y buen tiempo, junto con toda una serie de otras causas, parecen explicar esos rasgos tan compuestos. En una parte del mundo diferente tenía que criarse también otra figura humana, cuya característica parece ser mucha energía vital sensible, gran duración, pero también un paso hacia lo más extremo de la formación, que en todo caso es animal. La cultura y forma de gobierno de los abisinios es, en consonancia tanto con la índole de su tierra como de su figura, una ruda mezcla de cristianismo y paganismo, de libre despreocupación y bárbaro despotismo.

En el otro lado de África, los bereberes nos son casi tan poco conocidos como los egipcios para poder juzgarlos. Su residencia en los montes del Atlas y su modo de vivir duro y alegre, les dió la figura desarrollada, ligera y ágil que los distingue también de los árabes[1]. Por lo tanto, no son aún un pueblo de cultura negra, porque no lo son los moros, pues estos últimos son estirpes árabes mezcladas con otros pueblos. "Hermoso pueblo" —dice un observador moderno—[2] "de finos rasgos faciales, rostros largos y redondeados, ojos hermosos, grandes y ardientes, nariz alargada y no ancha o chata, de bello pelo negro, que cae un poco ondulado", o sea, también, una formación asiática en plena África.

Desde los ríos Gambia y Senegal empiezan propiamente los pueblos negros, aunque también con transiciones paulatinas[3]. Los yaloses o vulufs no tienen todavía la nariz chata y los labios gruesos como el negro común; ellos, lo mismo que los fulis, más pequeños y ágiles, que según algunos relatos viven divirtiéndose, bailando y en el orden más feliz, son todavía, con la bella disposición de sus miembros, su pelo liso, poco crespo, y sus rostros alargados y abiertos, imágenes de belleza comparados con aquellos mandigoes y otros pueblos negros que viven más abajo. Más allá del Senegal empiezan, pues, los labios gruesos y las narices chatas de la figura negra, que se extienden mucho más abajo con variedades todavía no contadas de pequeños pueblos por Guinea, Loango, Congo y Angola. En Congo y Angola, por ejemplo, el color negro se torna de aceituna; el pelo ensortijado adquiere un matiz rojizo, las pupilas son verdes, la caída de los labios es menos pronunciada y la estatura más baja. En la costa opuesta de Zanguebar se encuentra de nuevo ese mismo color aceituna, sólo que con estaturas más altas y una complexión más

1 HÖST, *Nachrichten von Marokos*, p. 141, cf. p. 132 s.

2 Schott, da noticias sobre el estado del Senegal en *Beitr. z. Völker- und Länderkunde*, t. I, p. 47.

3 SCHOTT, *Noticias del Senegal*, t. 3-5.

regular. Por último, los hotentotes y los cafres son retrocesos de los negros hacia otra formación. La nariz de los primeros empieza a perder algo de la aplastada chatura, los labios algo de su hinchado grosor y el pelo es algo intermedio entre la lana de los negros y el cabello de los demás pueblos; su color es moreno-amarillento, su complexión como la de la mayoría de los europeos, sólo que tienen las manos y los pies más pequeños [1]. Si sólo conociéramos los numerosos pueblos que subiendo desde sus áridas regiones de lo más interior del África hasta Abisinia, y en los cuales, según muchos indicios, a medida que nos acercamos a los límites aumentan la fecundidad del país, la belleza, la fuerza, la cultura y el arte, podríamos completar los matices del cuadro de pueblos de esa gran parte del mundo y quizás no encontraríamos un solo vacío.

Pero ¡qué escasas son las noticias seguras que tenemos de esa zona de la tierra! Apenas conocemos las costas del país, y aun a menudo éstas no más allá del alcance de un cañón europeo. De los europeos modernos ninguno recorrió el interior del África, como tan a menudo hicieron las caravanas árabes [2], lo que sabemos de él son leyendas contadas oralmente por los negros o noticias bastante antiguas de algunos aventureros afortunados o desdichados [3]. Además, aun en las naciones que ya pudimos conocer, parece que el ojo de los europeos fué demasiado tiránicamente despreocupado para tomarse la molestia de investigar las diferencias de cultura nacional entre los míseros esclavos negros. Lo consideran como ganado y en la compra sólo se fijan en los dientes. Un misionero husita [4], nos ha dado de otra parte del mundo minuciosas distinciones de pueblos de negros, mejor que muchos exploradores que recorrieron las costas de África. Sería una suerte para la ciencia de la naturaleza y del hombre que un grupo de hombres con el espíritu de Forster, la paciencia de Sparrmann y los conocimientos de ambos recorriera esas tierras inexploradas. Las noticias que se dan de los yagas y ancicos antropófagos, son sin duda exageradas si se hacen extensivas a todos los pueblos del interior de África. Los yagas parecen ser una nación de bandidos aliados, algo así como un pueblo artificial que forma una especie de amalgama y desecho de varios pueblos de filibusteros que fueron echados a la tierra firme y acabaron viviendo con costumbres rudas y crueles [5]. Los ancicos son pueblos montañeses, tal vez los mongoles

1 SPARMANN, *Reisen*, p. 172.

2 SCHOTT, *Noticias del Senegal*, p. 49, 50.

3 Zimmermann hace una descripción de las partes conocidas y desconocidas. estudio de mucho saber y juicio. en la *Geogr. Gesch, des Menschen*, p. 104 s.

4 OLDENDORP, *Missionsgeschichte auf St. Thomas*, p. 270, etc.

5 PROYART, *Geschichte von Loango, Kakongo*, etc. Leipzig 1770. Esa traducción alemana contiene un apéndice muy erudito con una colección de noticias sobre los yagas.

y calmucos de esta región; pero ¡cuántas naciones felices y tranquilas vivirán quizás en la falda de los Montes de la Luna! Europa no merece ver su felicidad, porque ha cometido y sigue cometiendo pecados imperdonables en esa parte del mundo. Los árabes, con su comercio tranquilo, recorren el país y han formado colonias que se extienden muy lejos a su alrededor.

Pero me olvidaba de que tenía que hablar de la cultura de los negros como una de las organizaciones de la humanidad. ¡Qué bueno sería que la ciencia natural hubiera dedicado a todas las variedades de nuestra estirpe tanta atención como a ésta! Voy a consignar algunos resultados de sus observaciones.

1. El color negro de los negros no es más asombroso en su especie que el blanco, moreno, amarillo o rojizo de otras naciones. No son negras la sangre, el cerebro ni el semen de los negros. Sino que lo es la retícula situada debajo de la epidermis, que todos tenemos, y que también en nosotros es de color más o menos fuerte, por lo menos en algunas partes y en varias circunstancias. Camper[1] lo ha demostrado y, según él, todos tenemos los elementos para llegar a ser negros. Hasta en los fríos samoyedos se ha observado una franja alrededor de los pechos de las mujeres; si en su país no se desarrolló más ese germen negro fué a causa del clima.

2. Por lo tanto, lo único que importa es la causa que aquí permitió que se desarrollara, y la analogía revela en seguida una vez más que el aire y el sol deben haber influído en gran parte. En efecto ¿qué es lo que nos hace morenos? ¿Qué es lo que distingue en casi todo el país a los dos tipos? ¿A qué se debe que los portugueses que han vivido durante siglos en África hayan adquirido un color tan parecido al de los negros? ¿Cuál es el factor que diferencia tan marcadamente entre sí a las tribus de la misma África? Respondemos que este factor no es otro que el clima en el sentido más amplio de la palabra, como también el sistema de vida y el régimen alimenticio. Las tribus más negras habitan precisamente las regiones donde los vientos orientales inundan de calor el Continente; inversamente, donde el calor va disminuyendo o es refrescado por vientos marítimos, el color negro palidece tomando un matiz amarillento. Los pueblos blancos o blancuzcos viven en las alturas de clima frío, mientras que en los valles encerrados el sol estimula el derrame del aceite que debajo de la epidermis produce un reflejo negro. Ahora bien, si tenemos en cuenta que esos negros habitan su Continente hace miles de años habiéndose adaptado al mismo con toda su manera de vivir; si consideramos además, que ciertos factores cuya influencia es menor hoy en día, la tuvieron en gran medida en épocas pasadas, cuando todos los elementos actuaban todavía con su ímpetu pri-

[1] Véase CAMPER, *Kleine Schriften*, t. 2, p. 24, etc.

mitivo; y si, finalmente, pensamos que en tantos milenios ha pasado también toda la rueda de contingencias que tarde o temprano desarrolla todo cuanto puede desarrollarse en la tierra, ya no puede sorprendernos una menudencia como la de que la piel de algunas naciones sea de color. Variantes mucho mayores que ésta ha producido la naturaleza con su influjo causal continuo y secreto.

3. ¿Y cómo operan estas pequeñas mutaciones? Me parece que la cosa lo muestra por sí sola: un aceite ha coloreado esta retícula. El sudor del negro y, a menudo, del mismo europeo que habita esas regiones, toma el color amarillo; la piel de los negros es como terciopelo grueso y suave, no tan tirante ni tan seca como la piel del blanco. Por lo tanto, el calor del sol ha refinado en su interior un aceite que trató de salir al exterior lo más que pudo, ablandando la piel y coloreando la retícula situada debajo de la epidermis. La mayor parte de las enfermedades de esta región son de tipo biliar. Léanse al respecto sus descripciones[1], y el color amarillo o negro dejará de parecernos extraño desde el punto de vista fisiológico y patológico.

4. El cabello lanudo de los negros se explica de la misma manera. Puesto que los cabellos viven únicamente de los finos humores de la piel y hasta se producen en ocasiones y en contra de su naturaleza, en un medio grasoso, se tuercen según la cantidad disponible de savia nutritiva, y mueren donde ésta falta del todo. A causa de la organización más tosca de los animales, su pelo se transforma en erizado y cerdoso en los países en que el organismo es afectado por sufrimientos e imposibilitado de elaborar la savia necesaria. La organización más refinada del hombre, destinada a adaptarse a todos los climas, pudo, inversamente, transformar el cabello en lana, gracias al excedente del mencionado aceite que humedece la piel.

5. Pero la evolución propia y característica de los miembros del cuerpo humano tiene un significado aún más profundo, el cual, según creo, se explica también en el caso del organismo de los africanos. Muchas demostraciones de orden físico nos enseñan que los labios, los senos y los órganos genitales guardan una proporción exacta entre sí. Ahora bien: la naturaleza, al tener que privar a esos pueblos de dones más nobles, se vió obligada, conforme a su simple principio evolutivo artístico-creador, a dotarlos en una medida correspondientemente mayor de goces sensuales, lo cual había de aparecer en la parte fisiológica. La ciencia fisionómica interpreta también en el hombre blanco los labios gruesos como signo de sensualidad, a la vez que una delgada raya de labios finos como señal de un gusto fríamente refinado, por no citar aquí otras experiencias. ¿Qué tiene, pues, de particular que tales características se encuentren

[1] SCHOTT, *Observations on the Synochus atrabiliosa.* Extracto en *Götting. Magaz.* 3, 6, pág. 729, etc.

en aquellas naciones entre cuyas principales felicidades figura el impulso sensual? El niño negro nace blanco; lo primero que se colorea son la piel alrededor de las uñas, las tetillas y los órganos genitales. Según el plan evolutivo de cada caso, se encuentra el mismo consenso entre los miembros entre otros pueblos.

Para el negro, cien hijos son poca cosa, y cierto negro hubo que se quejaba con lágrimas de que los suyos no pasaran de setenta.

6. Con semejante organización rica en aceites con miras al placer sensual, tuvieron que modificarse a la fuerza el perfil y la estructura toda del cuerpo. Al proyectarse la boca hacia adelante, la nariz se hace chata y menuda, la frente se torna huidiza y la cara adquiere una remota semejanza con el cráneo simiesco. A esto responde, a su vez, la posición del cuello, la transición al occipital, la estructura elástica del cuerpo; hasta su nariz y su piel están hechas para el goce animal y sensual.

Así como en esa parte del mundo, patria del calor solar, crecen los árboles más altos y más ricos en savia, pululan los rebaños de los animales más grandes, vivaces y fuertes, y juegan las multitudes inmensas de los monos, de manera que el aire y los ríos, el mar y la arena rebosan de vida y fertilidad, así también la naturaleza humana al organizar su parte animal no pudo menos que seguir el principio simple y universal de las fuerzas evolutivas. Si bajo este sol abrasador no cabía conceder una espiritualidad más refinada a una criatura apasionada y de pecho ardiente, esta privación le fué recompensada con una conformación física que ni permitía aquellos sentimientos elevados. Tengamos, pues, compasión del negro si a causa del organismo propio de su clima, no le cupieron en suerte dones más nobles, mas no le despreciemos, y rindamos pleitesía a la madre naturaleza que, aun privando a sus hijos de un bien, sabe compensarlos con otro. Libre de preocupaciones transcurre su vida en una tierra que le brinda su alimento con espléndida liberalidad. Su cuerpo esbelto atraviesa las aguas como si hubiese sido creado para vivir en el mar; trepa y corre con placer y agilidad; sano y fuerte, ligero y vivaz, soporta gracias a su constitución diversa todos los accidentes y enfermedades propios del clima bajo el cual sucumben tantos europeos. ¿Qué le aprovecharía atormentarse por goces superiores para los cuales no ha sido hecho? La materia prima existía también en él: mas la naturaleza, con un movimiento de su mano, formó de ella lo que más necesitaba para la felicidad en su tierra natal. No debía crear el África si quería renunciar a crear a los africanos.

V

ORGANIZACIÓN DE LOS HOMBRES EN LAS ISLAS DEL TRÓPICO

Nada es más difícil que caracterizar en términos generales los países esparcidos en el regazo del océano. Pues están alejados el uno del otro y en la mayoría de los casos han sido habitados por advenedizos de distinta procedencia que llegaron de regiones más o menos lejanas y los habitaron más tarde o temprano, formando cada cual, en cierto modo, su propio mundo. Así, pues, presentan a la etnología un cuadro tan variado y multicolor como el que ofrece a la vista su representación geográfica en el mapa. A pesar de todo, ni aquí se pueden disimular los rasgos fundamentales.

1. En las más de las islas asiáticas existe una especie de negros que parece corresponder a los habitantes más antiguos del país [1].

Según la diversidad de la región que ocupan, son de color más o menos oscuro con pelo crespo y lanudo; aquí y allá aparecen también los labios gruesos, la nariz aplastada, los dientes blancos y, lo que llama la atención, junto con estas formaciones reaparece el temperamento del negro. Hasta la fuerza sana y primitiva, la falta de reflexividad, la locuacidad sensual que hallamos entre los negros del Continente, también se muestran aquí entre los negrillos de las islas, sólo que en proporción a su clima y modo de vivir. Muchos de esos pueblos se hallan todavía en el grado inferior de su civilización porque fueron desplazados hacia las montañas por inmigrantes posteriores, que ahora habitan las costas y llanuras, por lo que poseemos poca información segura y fidedigna de aquéllos.

¿De dónde proviene esta semejanza en la formación del negro en islas tan lejanas? Ciertamente no de que los africanos hubiesen mandado en tiempos primitivos a colonizar estos parajes, sino porque la naturaleza actúa uniformemente en todas partes. También aquí tenemos el clima más caluroso, refrescado tan sólo por las brisas del mar ¿por qué, pues, no habría de haber también negrillos en las islas, como hay negros en tierra firme? Tanto más cuanto que son los habitantes primitivos de las islas quienes llevan más profundamente impreso el sello de la modalidad creadora de la naturaleza en estas regiones. A ellos pertenecen también los igolotos de las

[1] SPRENGEL: *Historia de las Filipinas;* FOSTER, *Noticias de Borneo* y otras islas, en: *Contribuciones a la etnología y geografía,* t. 2, p. 57, 237, y ss. *Viajes* generales, t. II, p. 393; *Viajes* de Le Gentil en la Colección de Ebeling, t. 4, p. 70.

Filipinas y tribus semejantes en la mayoría de las otras islas; también los salvajes en la parte occidental de Nueva Holanda a quienes Dampier describe como una de las tribus más miserables de la humanidad, pertenecen a estos grupos, si bien es el más primitivo de todos, en uno de los parajes más áridos de la tierra.

2. En tiempos posteriores llegaron a estas islas otros pueblos que, en consecuencia, mostraron una conformación menos llamativa. Pertenecen a ellos, según Forster, los badchúes en Borneo, los alfurenses en algunas de las Molucas, los subadenses en Magindano, los habitantes de las Islas Ladrones (Marianas), las Carolinas y las situadas más al sur del Océano Pacífico. Se afirma que se distinguen por una notable semejanza en los idiomas, color, conformación y costumbres; su cabello es largo y liso, y por viajes recientes se ha sabido cuánta es la belleza seductora del cuerpo humano que ha llegado a gran perfeccionamiento en la isla de Tahití y otras cercanas. Con todo, es una hermosura totalmente sensual, y la nariz un tanto achatada de las mujeres de Tahití parece indicar un último toque del clima modelador.

3. Más tarde aún llegaron a muchas de estas islas los malayos, árabes, chinos, japoneses, etc., todos los cuales conservan los rasgos de sus respectivas razas. En una palabra, se puede considerar este grupo de islas como punto de reunión donde las más diversas formas se dieron cita, evolucionando cada cual de muy diversa manera según el carácter que les era propio, el país que habían habitado, la época y estilo de vida que allí habían practicado, de manera que la más notable diversidad puede encontrarse en una vecindad inmediata. Los neo-holandeses descritos por Dampier, y los habitantes de la isla Mallicollo parecen ser de la formación más primitiva, a partir de la cual se elevan gradualmente los habitantes de las Nuevas Hébridas, de Nueva Caledonia, Nueva Zelandia y otras. El Ulises de estos parajes, Reinhold Forster [1], nos ha descrito tan sabia e inteligentemente los grupos y sub-grupos de la especie humana allí mismo, que desearíamos contar con semejantes contribuciones a la geografía filosófico-física también acerca de otras regiones de la tierra en calidad de fundamento para una Historia Antropológica.

Dirijo mi atención ahora al último Continente que al mismo tiempo es el más difícil de tratar.

[1] FORSTER, *Bemerkungen auf seiner Reise um de Welt.* Berl. 1783. Cap. 6.

VI

EL ORGANISMO DE LOS AMERICANOS

Sabido es que América ostenta todos los climas, y no sólo el calor y el frío en los grados más extremos, sino también los cambios más repentinos y bruscos de temperatura, pues allí se juntan las alturas más elevadas y escarpadas con las más amplias y llanas praderas. También se sabe que esta alargada parte del mundo, con su gran bahía, cuenta con una cadena de montañas que va de sur a norte, por lo que tanto su clima como sus productos vivos tienen escasa semejanza con los del Viejo Mundo. Todo ello reclama nuestra atención sobre el grupo humano allí existente, por cuanto representa el nacimiento de un hemisferio opuesto.

Por otra parte, la misma situación de América implica que esta inmensa parte de la tierra, tan distanciada del resto del mundo, no sea accesible desde muchos otros sitios para ser poblada. De África, de Europa y del sur de Asia la separan amplios mares y vientos. Sólo hay un paso que queda cercano al mundo antiguo por su parte noroeste. La esperanza que anteriormente se abrigaba de encontrar una gran variedad de formas, va, pues, disminuyendo, ya que, si los primeros habitantes que al mismo tiempo son los más numerosos, proceden todos de una misma región y acaso se mezclaron en pequeña escala con otros advenedizos más recientes, que bajaron poco a poco por el Continente hasta ocuparlo, finalmente, en toda su extensión, claro está que a pesar de toda la diversidad de climas la conformación y el carácter de los habitantes han de mostrar una uniformidad que sólo permite algunas que otras excepciones. Y esto es cabalmente lo que dicen tantas noticias del norte y sur de América, las que, sin perjuicio de la gran diversidad de latitudes y pueblos, que con frecuencia trataron de separarse con medios violentos, afirman de la conformación de este grupo humano un sello de uniformidad como no se encuentra en el mismo país de los negros. El estudio del organismo del americano constituye, pues, en cierto sentido, una tarea más homogénea que no la conformación de cualquiera otra región del mundo donde se operaron mayores mezclas, y el punto de partida para la solución del problema no puede tomarse sino en el mismo paso probable por donde los hombres pasaron al Continente americano.

Las naciones en las que tocó Cook en América[1], presentaban un

[1] W. ELLIS, *Noticias del tercer viaje de Cook*, p. 114 ss.

tipo humano de altura mediana, hasta los seis pies. Su color era rojo cobrizo, la forma de la cara cuadrada con los pómulos bastante salientes y escasa barba. El cabello es largo y negro, la constitución de los miembros fuerte y solamente los pies deformes.

Quien tenga presentes a los habitantes del Asia oriental e islas cercanas, podrá observar rasgo por rasgo la lenta transformación. No quiero circunscribir esta última a una nación determinada, porque es probable que varias, también de distintas razas, hayan emigrado a América. Pero que hayan sido únicamente pueblos orientales, lo prueban su conformación somática, sus mismas deformidades, y más que nada, sus atavíos y arbitrariedad de costumbres. Una vez que conozcamos toda la costa noroeste de América, de la que hoy por hoy sólo nos son conocidos unos cuantos puertos de desembarco, y tengamos de los mismos moradores un retrato tan fiel como el que Cook nos dejó de un cacique en Alaska, muchas cuestiones quedarán aclaradas. Se sabrá, entonces si más abajo, a lo largo de la extensa costa penetraron también japoneses y chinos, y qué hay que pensar de la leyenda que afirma la existencia de una nación civilizada y barbuda en el lado oeste del Continente. Ciertamente serían los españoles quienes, partiendo desde México, estarían más próximos para dedicarse a tan importante exploración si compartieran el glorioso espíritu científico de exploración y conquista que distingue a las dos primeras potencias marítimas: los ingleses y franceses. Así y todo, espero que al menos el viaje de Laxmann por la costa del norte y los esfuerzos de los ingleses desde el Canadá nos enseñen muchas cosas nuevas y buenas.

Es notable que tantas noticias afirmen el hecho de que los pueblos más occidentales de América del Norte son al mismo tiempo los más civilizados. Los assiniboines a causa de su estatura, fuerza y agilidad, así como los cristinows por su vivacidad comunicativa, se han hecho célebres.[1] Con todo, a todos estos pueblos, como en general a los habitantes de las sabanas, los conocemos solamente por la leyenda. Con los indios sioux empiezas noticias más ciertas. Carver[2] nos los dió a conocer y también a los chimakuanes y los winnebagos. Por Adair conocemos a los cherokees, los chikasaws y los miwokeses; Rogers, Colden y Timberlake nos describen a los llamados cinco pueblos, a los que conocieron acompañando a los misioneros franceses hacia el norte. Habida cuenta de todas las diferencias que hay entre los relatos respectivos ¿quién no se ha quedado con la impresión de que hay aquí una conformación predominante y un carácter principal uniforme que consisten en la fuerza, sana y contenida, un amor a la libertad y valor en la guerra orgulloso y bár-

[1] *Allgem. Reisen,* t. 16, p. 646.
[2] EBELINGS, *Samml. v. Reisebeschr,* t. I, Hamb. 1780.

baro, un modo de vivir, régimen familiar, educación, gobierno, comercio y costumbres en tiempos de paz como en la guerra; con sus vicios y virtudes; un carácter único y bien determinado en el conjunto de los pueblos de la tierra?

¿Y cómo llegó a formarse este carácter? Opino que también aquí su lento tránsito desde el Asia así como la estructura de este nuevo mundo nos pueden dar buena parte de la explicación. Habían llegado como pueblos primitivos y duros, formados entre tormentas y altas montañas; al encontrarse ahora de golpe frente a la costa de este país grande, libre y más bello, ¿no tuvo acaso que adaptarse su carácted al nuevo ambiente? Entre estos grandes lagos y ríos, en los bosques y praderas, fuerza es que se desarrollaran pueblos distintos de los que habitaban las escarpadas y frías laderas que lindaban con el mar. Tal como se dividían lagos, sierras y ríos, así también los pueblos: tribu contra tribu se trabaron en guerras salvajes, lo que explica que hasta los pueblos de temperamento indiferente posean el rasgo característico del odio contra el enemigo rival. Así, pues, se iban transformando en tribus de carácter guerrero incorporándose en un todo a la nueva patria que creían haber recibido de manos del "Gran Espíritu". Practican la religión chamana de los asiáticos del norte, pero a la manera americana. El aire sano, el verdor de sus praderas y bosques, el agua refrescante de sus ríos y lagos los entusiasmó con el aliento de la libertad y de la posesión de estas tierras. Pensemos qué puñado de míseros rusos logró dominar a todos los pueblos siberianos hasta Kamchatka; estos bárbaros, en cambio, de más recia contextura, cedieron terreno, mas nunca se dejaron reducir a la servidumbre.

El mismo origen tiene la curiosa afición que demuestran por el embellecimiento artificial de su cuerpo. Todos los pueblos de América extirpan la barba; deben, pues, ser originarios de regiones que producían poca barba, no queriendo abandonar las costumbres de sus antepasados. Es en la parte oriental del Asia donde se encuentra la falta de barba. Estando, pues, en un clima que suministraría savia más abundante para su crecimiento, seguían aborreciendo la barba, arrancándola desde la juventud. Los pueblos del norte asiático tenían la cabeza redonda, mientras que, más al este, adquiría forma cuadrada. Nada más natural, pues, que, no queriendo apartarse de la forma de sus mayores, modelaran también su cara. Es probable que temieran el óvalo suave como una forma demasiado afeminada, y, por lo tanto, permanecieron fieles al oprimido rostro bélico de sus antepasados recurriendo a artificios violentos. Los descendientes de los cabezas de bola nórdicos formaron la cara redonda según la conformación del norte superior; otros le dieron forma cuadrada y oprimieron la cabeza entre los hombros, no fuera que el nuevo clima modificara su altura o configuración. Ninguna otra región del mundo

tiene muestras de tales embellecimientos violentos, si no es el Asia oriental, y, como vimos, probablemente con la misma intención de mantener el renombre de la tribu en tierras lejanas; el mismo espíritu decorativo parece, pues, haber emigrado con ellos.

Por último, lo que menos puede extrañarnos es el color rojo cobrizo de los americanos, ya que el color de sus tribus evolucionaba aun en la misma Asia oriental hacia el marrón rojizo y es probable que el aire de otro Continente, los ungüentos y otros factores hayan contribuído a subir este color. Tan poco extraño me parece que los negros sean negros y los americanos cobrizos, siendo razas tan diferentes que durante tantos milenios habitaron distintas zonas, que antes me admiraría que sobre nuestro globo todos fueran de color marrón o blanco como la nieve. ¿Acaso no observamos en el organismo más primitivo de los animales que según las diversas regiones que habiten llegan a modificarse hasta partes integrantes del organismo? ¿y qué reviste mayor importancia: una variante de los miembros del cuerpo en toda su proporción y posición, o un tejido reticular debajo de la piel más o menos intensamente coloreado?

Acompañemos, pues, al cabo de esta introducción, a los pueblos de América en su migración hacia el sur del Continente, y veamos cómo en medio de las mezclas diversificantes y múltiples, no se pierde en ningún momento la uniformidad de su carácter original.

A los americanos del extremo norte nos los describen como de baja estatura y cuerpo fornido; la parte meridional del país es habitada por las tribus más altas y hermosas, a los que van en zaga, por lo que a fortaleza y ánimo se refiere, los que viven en la parte inferior y llana de Florida. "Llama la atención —dice George Forster[1]—, que a pesar de todas las divergencias características de los americanos, a los que vemos retratados en la obra de Cook, predomine un carácter general, común a todos, en los rostros, el que me parecía conocido y al cual, según recordaba, había visto en la Patagonia".

Poco es lo que sabemos de Nueva México. Los españoles encontraron a los habitantes de este país decorosamente vestidos, aplicados, limpios, sus tierras bien aradas y sus ciudades construídas de piedra. ¡Pobres pueblos! ¿en qué vinísteis a parar ahora, si no os pusisteis a salvo en las montañas como los bravos gentes?[2]. Los apalaches demostraron ser una nación brava y veloz en el ataque, contra los cuales los españoles nada pudieron; ¡y con qué admiración habla Pagès[3] de los chactas, adaises y tegas!

México ofrece ahora un triste recuerdo de lo que era bajo sus

1 *Götting. Magazin,* 1783, s. 929.

2 "Los bravos gentes" está en castellano en el original (N. del T.).

3 PAGÈS, *Voyage autour du monde,* par. 1783, 18, 26, 40, 52, 54, etc.

reyes. Apenas la décima parte de sus moradores ha sobrevivido [1]. ¡Y cómo se ha modificado su carácter por la más injusta de las opresiones! No creo que en toda la tierra pueda haber un odio más profundamente arraigado que el de los americanos oprimidos contra sus opresores, los españoles. Aunque Pagès elogia la benignidad un tanto mayor [2] que demuestran ahora los españoles para con los oprimidos, no puede disimular, en otros lugares de su obra, la tristeza de estos últimos y el salvajismo con que son perseguidos los pueblos todavía libres. A los mexicanos se los describe como de subido color aceituna, de figura bella y agradable; sus ojos son grandes y vivaces, brillantes; sus sentidos despiertos, sus piernas ágiles; sólo su alma quedó aplastada por la servidumbre.

En el centro de América, donde todo languidece a causa del calor húmedo y los europeos llevan una vida por demás desgraciada, no se ha rendido, sin embargo, la naturaleza adaptable del americano. Waffer [3], el cual cautivo y fugitivo de los piratas vivió por un tiempo entre los salvajes de "Terra firma", describe la buena acogida que le brindaron, así como su figura y modo de vivir, de la siguiente manera:

"La altura de los hombres era de cinco a seis pies, sus huesos robustos, el tórax voluminoso y bien proporcionado; ningún lisiado ni deformado se hallaba entre ellos; son ágiles, vivaces y excelentes corredores. Sus ojos son de un vivo gris, su cara redonda, labios delgados, boca pequeña y la barbilla bien formada. El cabello es largo y negro; gusta peinarse a menudo. Los dientes son blancos y bien colocados; se adornan y pintan como la mayor parte de los indios." ¿Es ésta la gente que nos han querido presentar como un fruto contrahecho e inmaduro de la humanidad, con un sistema nervioso destrozado? Y son éstos precisamente los que habitan en la parte más enervante del istmo.

Fermin, explorador fidedigno, nos describe a los indios de Surinam como hombres bien formados y tan limpios en sí mismos que no hay quien les gane en este punto entre los pueblos de la tierra [4]. "Apenas se han levantado por la mañana, toman su baño, y sus mujeres se untan con aceite ya para la conservación del cutis, ya para defenderse de las picaduras de los mosquitos. Son de color canela rojizo, pero nacen tan blancos como nosotros. No hay entre ellos un solo cojo o contrahecho. Sus largos cabellos de negro azabache se vuelven canosos tan sólo a la edad más avanzada. Tienen ojos negros, una cara de rasgos muy marcados y poca o ninguna barba, a cuyos primeros brotes se adelantan arrancándola. Su hermosa y

[1] *Storia antica del Messico:* Extracto en *Götting. gelehrten Anzeigen,* 1781.
[2] Ps. 88 y ss.
[3] *Allgem. Reisen,* t. 15, p. 263 y ss.
[4] FERMIN, *Beschreib. con Surinam,* t. I, p. 39, 41.

blanca dentadura permanece sana hasta la edad más provecta; también sus mujeres, al parecer tan delicadas, son también de salud muy resistente."

Léase también la descripción de Bancroft[1] sobre los valientes caribes, los lánguidos "worrowes", los formales "accawewes", los sociales "arrowankes", etc., y, creo, se tendrá que abandonar de una vez por todas los prejuicios acerca de la figura enclenque y el carácter indigno de estos indios, aun en los parajes más calurosos del mundo.

Si seguimos hacia el sur para meternos entre las incontables tribus del Brasil, ¡qué multitud de idiomas, razas y caracteres nos salen al paso!, los cuales, con todo, han sido descritos con bastante homogeneidad por antiguos y recientes viajeros[2].

"Su cabello" —nos dice Lery— "jamás encanece, siempre están vivaces y de buen humor, como el perenne verdor de sus campiñas". Los valientes tapinambos, con tal de sustraerse al yugo de los portugueses, buscaron refugio en las junglas inexploradas e impenetrables, lo mismo que varias tribus guerreras. Otros, a quienes supieron atraerse las misiones del Paraguay, llegaron a hacerse como niños, a causa de su carácter dócil; mas esto se debió al sello impreso a estos organismos, y ni a ellos, ni a sus vecinos más inquietos puede tildarse, con este pretexto, de ser la hez de la humanidad[3].

Mas ya nos vamos acercando al trono de la naturaleza y de la peor de las tiranías, el Perú, tan rico en plata como en crueldades. Aquí la opresión de los pobres indios llega al colmo, y sus opresores son los curas, y otros europeos que viviendo entre mujeres se afeminaron. Todas las energías de esos tiernos hijos de la naturaleza, tan dichosos cuando vivieron bajo el dominio de los Incas, están ahora concentradas en la única capacidad de sufrir y aguantar con odio reprimido. "A primera vista", —dice Pinto, gobernador del Brasil[4]— "el sudamericano parece manso e inofensivo; pero observándolo bien, se descubre en su rostro algo salvaje, receloso, tristón y malhumorado". Pero, ¿acaso no se explicaría todo esto por el destino que les toca padecer a estos pueblos? Mansos y sin malicia eran cuando llegasteis a ellos, teniendo vosotros el deber moral de cultivar lo que hubiese de salvaje en estas criaturas de buen natural. Ahora ya, ¿qué otra cosa cabe esperar sino que, desconfiados y con el ánimo ensombrecido, alimenten en sus corazones la hostilidad más profunda e imborrable? Es como el gusano que enroscándose nos parece feo, porque le aplastamos con el pie. El esclavo negro en el Perú goza de

1 BANCROFT, *Naturgesch. von Guiana*, t. 3.

2 Acuña, Gumilla, Lery, Marggraf, Condamine y otros.

3 DOBRITZHOFER, *Historia de los Avispones*, Viena 1783; véase descripciones de otros varios pueblos en P. GUMILLA, *Orinoco ilustrado*, etc.

4 ROBERTSON, *Gesch. von Amerika*, v. I, p. 537.

fueros señoriales en comparación con el pobre oprimido al que pertenece la tierra por derecho.

Sin embargo, no se les ha podido quitar todo por doquier, pues, por fortuna, quedan todavía las cordilleras y desiertos de Chile, reducto de libertad para tantos pueblos valientes. Están, por ejemplo, los no sometidos maloches, los puelches y araucanos y los tehuelches de la Patagonia como también el gran pueblo más al sur que mide seis pies de altura y es grande y esforzado. "Su figura no es desagradable: tienen cara redonda, un tanto achatada, ojos vivaces, dientes blancos y cabellera larga y negra". "Vi a algunos" —dice Commensor [1]— "con un bigote no muy denso, pero largo; su piel es de color cobre, como en la mayoría de los americanos. Vagan por las amplias praderas de la América del Sur, con sus mujeres y niños, siempre a caballo, siguiendo la trayectoria de los animales que les sirven de caza". Falkner y Vidaure [2] son quienes mejor nos han informado sobre ellos. Más abajo de estos pueblos ya no queda nada, excepto el helado confín de la tierra, la Tierra del Fuego con sus habitantes, tal vez el grupo más primitivo del género humano [3]. De baja estatura, feos y despidiendo insufrible olor se alimentan de mejillones, visten pieles de foca, y padecen las inclemencias del frío durante todo el año en medio del más espantoso invierno, pues, si bien tienen a su disposición bosques en abundancia, carecen de viviendas abrigadas y del calor del fuego. Por fortuna, la naturaleza, madre previsora, hizo que aquí, camino del polo sur, la tierra firme hallase su límite, no fuera que en regiones más australes aún, una miserable caricatura de la humanidad pasara su vida en el letargo del congelamiento que es la muerte de los sentidos.

Con esto hemos obtenido algunos rasgos característicos de los pueblos de América; ahora bien: ¿qué se sigue de todo ello para nuestro cometido?

En primer lugar, que casi nunca debería hablarse en general de las naciones que habitan un Continente que se extiende a través de todas las zonas. El que diga que América es calurosa, de clima sano, húmedo, de topografía llana, de suelo fértil, tiene razón; mas otro que afirme lo contrario, no tiene menos razón, a saber, para otras estaciones del año y otros lugares. Lo mismo sucede con los pueblos: son hombres de todo un hemisferio que abarca todas las zonas. En el extremo norte y sur hay enanos, cerca de ellos gigantes;

[1] *Journal encyclop.* 1772. Testimonios comparativos véanse ZIMMERMANN, *Geschichte der Menschheit*, t. I, p. 59; y ROBERTSON, *Geschichte v. Amerika*, t. I, p. 540.

[2] FALKNER, *Beschreib. von Patagonien*, Gotha 1775; VIDAURE, *Gesch. des Königreiches Chile* en EBELING, *Samml. von Reisen.*, t. 4, p. 108.

[3] FORSTER, *Reisen*, t. 2, p. 392; Cavendish, Bougainville y otros.

la parte meridional es habitada por pueblos medianos de conformación física más o menos bella, mansos y aguerridos, perezosos y diligentes, de los más diversos estilos de vida y dotados de todos los caracteres.

Segundo: Nada impide que esta raza humana tan ramificada con todas sus derivaciones proceda, sin embargo, de una sola raíz y que dé, en consecuencia, frutos uniformes. Y es esto lo que quiere expresarse al hablar de una conformación del rostro y figura dominante en los americanos.

Ulloa observa, especialmente en la zona central, la frente baja poblada de pelo, ojos pequeños, orejas grandes, nariz delgada e inclinada sobre el labio superior, rostro ancho, muslos bien proporcionados, pies pequeños, cuerpo rechoncho, rasgos todos éstos que se extienden más allá de México. Pinto agrega que la nariz es un tanto achatada, la cara redonda, los ojos negros o marrón castaño, pequeños pero agudos, y que las orejas están a gran distancia de la cara[1], lo que también se puede notar en descripciones de pueblos muy remotos. Esta fisonomía general que varía en finura según las zonas y pueblos, me parece ser un rasgo familiar, reconocible aun también dentro de la diversidad y que revela cierto origen homogéneo. Si hubieran sido pueblos de todas las partes del mundo y de épocas distintas los que llegaron a América, se mezclasen o no entre sí, la variedad de grupos humanos hubiera tenido que ser mucho mayor de lo que es. En todo el Continente no se encuentran cabellos rubios ni ojos azules. Los "cesáreos" ojizarcos de Chile y los acansas de Florida desaparecieron en la Edad Moderna.

Tercero: Si de acuerdo con estos trazos se quiere señalar cierto carácter medio de los americanos, no parece que pueda ser otro que su bondad de corazón y su inocencia candorosa, que se demuestra también por sus antiguas tradiciones, sus habilidades y las pocas artes que practican, pero más que nada, por su comportamiento inicial frente a los europeos. Oriundos de un país bárbaro y sin ninguna ayuda por parte del mundo civilizado, avanzaron con sus propias fuerzas hasta donde pudieron llegar, ofreciendo también con sus comienzos rudimentarios de una cultura un cuadro por demás instructivo de la humanidad.

[1] ROBERTSON, *Gesch. von Amerika*, t. I, p. 539.

VII

CONCLUSIÓN

Ojalá me fuera dado transformar mediante una varita mágica todas las descripciones verbales y, como tales, poco precisas, en retratos y pinturas, para dotar a los hombres de una galería de dibujos y figuras que representen a sus hermanos hombres sobre el haz de la tierra. ¡Pero cuán lejos nos hallamos aún de la realización de esta aparición antropológica! ¡Por siglos enteros se han surcado mares y tierras al amparo del pabellón, de la espada, de la cruz, de corales o barriles de aguardiente; mas nadie parece haber pensado en el pacífico lápiz del dibujante, ni se le ocurrió a ninguno de los que formaron en las filas del inmenso ejército de viajeros que con palabra no se dibujan figuras, y mucho menos, los sutiles matices de la figura más diversificada y diferenciada que es el hombre[1]. Por mucho tiempo se vagó en pos de lo maravilloso cultivando la literatura de viajes; luego, cuando se ofrecían dibujos, se trató de retocarlos con fines estéticos, sin pensar en que ningún zoólogo auténtico se atrevería a hacer retoques cuando pinta a un animal desconocido. ¿Acaso sólo la naturaleza humana no merecía esta fidelidad de interpretación que se suele aplicar a animales y plantas? Mas, siendo así que en los últimos tiempos el noble espíritu de observación se ha despertado también a favor de nuestra especie humana, y se han realizado retratos de algunas naciones, aunque pocas, con los que no pueden competir los de tiempos pasados, como de Bry, Bruyn, por no hablar de los hechos por misioneros[2], sería una obra meritoria que alguien, capaz de hacerlo, coleccionara los dispersos retratos de las variedades de nuestra especie, colocando con ello la piedra funda-

[1] Quien desee relatos sobre determinados rasgos aislados, los hallará en la *Historia Natural* de Buffon, tomo 6, y el docto escrito de BLUMENBACH: *De varietate generis humani.*

[2] No es que yo no aprecie los esfuerzos de estos hombres; pero los retratos de Bruyn (le Brun) me parecen harto franceses, y poco auténticos los cuadros de Bry, que luego pasaron en malas reproducciones a casi todos los libros posteriores. Según el testimonio de Forster, también Hodges idealizó los cuadros de Tahití. En cambio, sería de desear que construyendo sobre los comienzos que ya tenemos, el mismo arte exacto y en cierto modo histórico-natural de representación gráfica de los grupos humanos de todo el mundo, se perpetúe. Estimo que Niebuhr, Parkinson, Cook, Höst, Georgi, Marion y otros pueden contarse entre los iniciadores; el último viaje de Cook, a juzgar por la fama que precede sus cuadros, parece ser el comienzo de un período superior, al que deseo que continúe en otras partes del mundo y se le dé una publicidad de alcance más general.

mental de una antropología fisionómica. Difícilmente podría emplearse el arte con miras más filosóficas, siendo la digna coronación de esta obra un mapamundi antropológico, tal como Zimmermann lo intentó en la zoología, y en el cual no debería atenderse nada más que a las diversificaciones humanas, pero éstas en todos sus aspectos y modalidades de manifestación.

LIBRO SÉPTIMO

El cuadro hasta ahora esbozado de las diversas naciones no quiere ser otra cosa que el telón de fondo sobre el cual destacamos algunas partes con las observaciones respectivas, así como los grupos designados no pretenden ser más que lo que eran los "templa" de los augures en el cielo, a saber, sectores supuestos para facilitar la orientación de nuestra mirada, instrumental auxiliar para ayudar nuestra memoria. Veamos ahora lo que nos brindan con miras a la antropología filosófica.

I

POR DIVERSAS QUE SEAN LAS FORMAS EN QUE LA ESPECIE HUMANA APARECE EN LA TIERRA, EN TODAS PARTES ES UNA MISMA ESPECIE

Si en la naturaleza no hay dos hojas iguales en un árbol, menos lo son dos rostros humanos y dos formas de organización humana. ¡De qué variedad es capaz la obra de arte de nuestra estructura! Sus partes fijas se disuelven en fibras tan finas y enlazadas de manera tan múltiple que ningún ojo es capaz de seguir su curso, pues deben su cohesión a un aglutinante cuya delicada fórmula de mezcla se sustrae a todos los cálculos. Y esto que estas partes son todavía lo menos que tenemos, nada más que el ánfora, la envoltura, el soporte de multitud de savias y humores bulliciosos y animadores que laten en nosotros en cantidad muy superior a la de aquéllos, otorgándonos los goces vitales. "Ningún hombre" —dice Haller [1]— "es completamente similar a otro en su estructura interna; se distingue por el curso que siguen sus haces nerviosos y arterias, formando tantos millones de casos distintos que apenas es posible hallar en medio de tanta diversidad de partes delicadas cuanto tengan en común". Ahora bien: si semejante variedad se presenta ya al ojo del anatomista y disector, ¡cuánto mayor no debe ser la que informa los dinamismos invisibles de un organismo tan artificioso!

[1] *Vorrede zu Buffons allgem. Nat. Gesch.*, t. 3.

De suerte que, al fin de cuentas, todo hombre acaba por constituir su propio mundo, semejante, sí, en su manifestación externa, pero estrictamente individual en su interior e irreductible a la medida de otro individuo.

Ningún hombre, por lo demás, es una substancia independiente, sino que se encuentra en constante intercomunicación con todos los elementos de la naturaleza. Vive del soplo del aire lo mismo que de las más diversas criaturas de la tierra, de alimentos y bebidas; emplea el fuego lo mismo que absorbe la luz e inficiona el ambiente; en el sueño como en la vigilia, en reposo como en movimiento, contribuye a la transformación del universo; ¿cómo, pues, no habría de ser modificado por él? Demasiado poco se dice del hombre al compararlo con la esponja empapada de agua, o con la yesca penetrada por la brasa; él mismo es una armonía infinita, un mundo viviente, sobre el cual actúan las armonías de todas las fuerzas dinámicas que le rodean.

El círculo completo de la vida humana es toda una transformación cuyos símbolos son las diversas edades del hombre; todo el género humano, pues, se halla en continua metamorfosis. Unas flores se marchitan y caen al suelo; otras brotan y florecen; el gigantesco árbol realiza en sus múltiples ramas todas las estaciones del año a la vez.

Si suponemos el cálculo de pérdida de substancia por evaporación, según el cual un hombre al llegar a los ochenta años ha renovado todo su cuerpo veinticuatro veces[1], ¿quién se anima a seguir la transformación de la materia y sus formas a lo largo de todo el reinado del hombre sobre la tierra y con todas las causas modificantes, siendo así que no hay un punto sobre nuestro globo terráqueo tan multiforme, ni una ola en la corriente del tiempo, que sean todo iguales entre sí?

Los habitantes de Alemania fueron, hace pocos siglos, hombres cuyo desarrollo correspondía al de los habitantes de la Patagonia, y hoy ya no lo son; de la misma manera, los habitantes de climas futuros no se asemejarán a nosotros. Si nos remontamos ahora a aquellas épocas en las que toda la vida sobre la tierra parece haber sido tan diferente de la que hoy conocemos; la época, por ejemplo, en que vivían elefantes en la Siberia y América del Norte, y cuando existían los animales gigantes cuyos esqueletos se encuentran ahora en el río Ohio, etc., podemos afirmar que, si en aquel entonces habitaban hombres en estas regiones, deben haber sido muy diferentes de los que ahora viven allí. Así, pues, la historia de la humanidad se convierte, al fin y al cabo, en un teatro de transfor-

[1] Según Bernoulli, en *Haller, Physiol.* t. VIII, 1, 30, donde se encuentran multitud de observaciones sobre los cambios en la vida humana.

maciones cuya visión completa posee solamente Aquel que inspira todas estas formas y se complace en su variedad. Él edifica y destruye, retoca las figuras y las modifica cambiando el mundo que las rodea. El peregrino sobre la tierra, el hombre de vida efímera, no puede hacer más que admirar los prodigios de este gran Espíritu en una parte ínfima de su extensión, gozar de la propia figura que le ha sido otorgada en el conjunto de sus congéneres, hacer un acto de adoración y desaparecer luego con ésta su figura. "¡También yo he visitado Arcadia!" es el epitafio de todos los mortales en medio de la continua transformación y renacimiento de la creación.

Mas siendo así que la razón humana insiste siempre en hallar la unidad en medio de la multiplicidad y que el intelecto divino, su modelo, supo conciliar en todas partes la infinita variedad con la uniformidad, nos es lícito volver del inmenso reino de las transformaciones a la más simple de las afirmaciones: Los hombres en toda la tierra constituyen una sola especie.

¡Cuántas fábulas de la Antigüedad sobre monstruos humanos y deformados han desaparecido a la luz de la investigación histórica! Y donde todavía quedan reliquias de tales leyendas, estoy seguro de que la luz clara de ulteriores investigaciones acabará por convertirlas en una verdad más bella. Ya se conoce ahora al orangután y se sabe que no le corresponde alma humana ni lengua racional; una información más cuidadosa acerca del orang-cubub u orang-guhu en Borneo, Sumatra e Islas Nicobar acabará también con el hombre selvático dotado de cola[1].

Las noticias sobre los hombres con los pies invertidos de Malaca; la noción, probablemente raquítica, de los enanos de Madagascar; los varones con vestidos de mujer de Florida, etc., requieren la misma revisión que ya han merecido los albinos, los dondos, los patagónicos y los taparrabos de las mujeres hotentotes[2].

Los hombres que consiguen exterminar aparentes defectos de la creación, mentira del acervo de nuestros conocimientos y deshon-

[1] Todavía Marsden lo tiene en cuenta en su descripción de Sumatra; pero se basa solamente en leyendas. Monbeddo en su obra sobre el origen y evolución del lenguaje, ha juntado toda la tradición a su alcance, (t. I, p. 219, etc.). El profesor Blumenbach en *De varietate generis humani*, ha demostrado cuáles son las fuentes a que se remontan los retratos del hombre selvático dotado de rabo.

[2] Sonnerat todavía hace mención de los hombres de Malaca *(Voyages aux Indes*, t. II, p. 103); pero también él se basa sólo en leyendas. La información sobre los enanos de Magadascar ha sido reiterada por Flacourt y luego por Commerson, siendo, empero, desechada por exploradores posteriores. Sobre los hermafroditas de Florida véase HEHNE, *Tratado crítico* en *Comment. societat. Reg. Goetting. per ann. 1778*, p. 99. Sobre hotentotes véase SPARRMANN, *Reisen*, p. 177.

ra de nuestra naturaleza, están en la verdad y vienen a ser lo que los héroes en las fábulas mitológicas del mundo antiguo: matan los monstruos sobre la tierra.

También la aproximación genética del hombre al mono no quisiera yo que se lleve tan lejos que tratando de construir una evolución escalonada de todas las cosas, se desconozca la verdadera gradación y los intervalos de la escala, sin los cuales ésta no puede existir. ¿Qué explicación, por ejemplo, nos brindaría el sátiro raquítico para la figura del camachadal, el petiso silvano para la altura del groenlandés, o el pongo acerca del patagónico, siendo así que todas estas conformaciones se derivan de la misma naturaleza humana, aun en la hipótesis de que no existieran monos en este mundo? Y quienes tratan de ir más allá todavía, pretendiendo explicar ciertas deformaciones de la raza humana con su origen genético en los simios, creo que se aventuran a una hipótesis tan improbable como deshonrosa. La mayor parte de estas aparentes semejanzas con los monos hacen su aparición en regiones donde nunca han existído los monos, como, por ejemplo, el cráneo huidizo de los calmucos y mancoleses, las orejas gachas de los pevas y amicuanes, las manos estrechas de algunos salvajes de las Carolinas, etc. Tan poco simiescos son estos rasgos que, superado el engaño inicial de una observación superficial, se descubre que el calmuco y el negro siguen siendo hombres en el pleno sentido de la palabra, también en lo que toca a la formación de su cráneo, y que el malicolese hasta demuestra poseer facultades que muchas otras naciones no tienen. A la verdad, hombre y simio nunca han constituído una misma especie, y yo quisiera ver extinguidas, por fin, las últimas reliquias de la leyenda que los hace convivir en algún lugar de la tierra en fecunda unión generadora. La naturaleza ha dotado a cada especie de su propia heredad[1].

Al mono lo ha subdividido en tantas clases y familias y propagada cada una de ellas cuanto pudo; tú, empero, oh hombre, rinde honores a tu linaje: ni el pongo ni el longimano es tu hermano, pero sí lo son el americano y el negro. No los oprimirás, pues, no los asesinarás, ni has de robarles su propiedad, porque hombres son lo mismo que tú. Con el mono, en cambio, no te es lícito confraternizar.

Por último, desearía que no se lleven más allá de los justos límites las subdivisiones que un celo por la sistematización científica, de suyo laudable, ha querido atribuir al género humano. Así, por ejemplo, algunos se han atrevido a suponer cuatro o cinco divi-

[1] En los extractos del diario de un reciente explorador que viajó por el Asia (Leipz. 1784), p. 256, se afirma todavía la comunidad de vida con los monos, pero sólo a base de leyendas.

siones que denominan Razas, originalmente hechas por regiones o por el color de la piel. Yo no veo una razón suficiente para semejante denominación. La palabra Raza induce a pensar en una diversidad de origen que aquí no corresponde, o, por lo menos, comprende a las razas más distintas en cada una de esas diferentes regiones o colores. Todo grupo étnico homogéneo es ya un pueblo, tiene su cultura nacional lo mismo que su idioma, aunque la zona donde habita le imprime unas veces un carácter propio, otras sólo una ligera modalidad peculiar, sin que ni lo uno ni lo otro basten para destruir la conformación original y típica de una nación. Esta evolución se puede seguir hasta en las familias y sus transiciones son tan imperceptibles como variables. En una palabra: no hay en la tierra cuatro o cinco razas, ni variedades exclusivas. Un color pasa a otro en transición imperceptible; toda formación particular está en la línea del carácter genético, y mirando las cosas en conjunto, todo viene a ser una infinita escala de matices de una sola pintura que abarca todos los lugares y tiempos de la tierra. Como tal, no forma objeto de la historia natural sistemática ni de la historia físico-geográfica de la humanidad.

II

ESTA ÚNICA ESPECIE HUMANA SE HA ACLIMATADO EN TODOS LOS LUGARES DE LA TIERRA

Contemplemos a esas langostas de la tierra, los calmucos y mongoles: no cuadran a ninguna otra región del mundo sino a sus estepas y montañas. Montando su pequeño caballo, el hombre de baja estatura y poco peso, recorre inmensos desiertos y territorios; sabe reanimar la cabalgadura que está a punto de sucumbir, y cuando amenaza morir de sed le da fuerzas con una sangría abriendo una vena en el cuello del animal. Buena parte de estos parajes no conocen la lluvia y sólo los refresca el rocío, y una fertilidad inagotable de la tierra que se reviste de siempre renovado verdor. Por amplias extensiones no se encuentra un árbol ni una fuente de agua dulce. Estas tribus salvajes y gobernadas por una férrea disciplina recorren aquellos campos de pastoreo apacentando sus rebaños. El compañero que comparte su forma de vida, el caballo, conoce la voz del amo, viviendo, como éste, una existencia pacífica. El ocioso calmuco está sentado allí con embrutecida indiferencia y contempla su cielo siempre azul, atento sólo a los ruidos que le llegan a través de las infinitas extensiones del desierto. En cualquier otra

zona, los mongoles han evolucionado y se han diferenciado; pero mientras permanecen en sus tierras son y siguen siendo lo que por milenios han sido, y nada cambiará su existencia mientras su región no sea modificada por obra de la naturaleza o del hombre [1].

El árabe con su noble caballo y su camello paciente y resistente, pertenece al desierto [2].

Como el mongol en sus estepas y altas mesetas, así recorre el más esbelto beduino su amplio desierto afro-asiático, nómada también él de su territorio exclusivo, con el cual están en consonancia su manera sencilla de vestir, su modo de vida, sus costumbres y su carácter, y su misma tienda que conserva el aspecto que sus antepasados le imprimieron hace miles de años. Amante de la libertad, desprecia las riquezas y los placeres. Siempre listos para las rápidas corridas en sus caballos que cuidan como a sí mismos, y no menos prontos para la guerra. Su figura es delgada y nervuda, su color marrón, sus huesos fuertes. Infatigables y sufridos para las molestias, unidos por el desierto que es su patria, se dan uno por todos y todos por uno, fieles a su palabra, hospitalarios y nobles, audaces y emprendedores. Su vida llena de peligros los ha habituado a la prudencia y al recelo; el desierto solitario ha desarrollado su tendencia vengativa, pero también el entusiasmo, el culto de la amistad y el orgullo indomable. Dondequiera que aparezca un árabe, sea en el Éufrates o en el Nilo, en el Líbano o en el Senegal, hasta Zanzíbar y el Océano Índico, siempre se muestra con su peculiar carácter árabe, a no ser que un clima extraño lo haya modificado paulatinamente.

El californiano que vive en los confines del mundo, perdura en sus tierras estériles, con su estilo de vida parco y frugal y las inclemencias de un clima siempre variable. No se queja del calor ni del frío, se salva del hambre, aunque a duras penas y es feliz sobre su terruño. "Sólo Dios sabe —dice cierto misionero [3]— cuántas miles de millas ha recorrido un californiano que llega a los ochenta años durante su vida errante, hasta que encuentra su último reposo en el sepulcro. Muchos de ellos cambian de morada como cien veces al año, de manera que apenas duermen tres veces seguidas en el mismo lugar y paraje. Se dejan caer donde los sorprende la noche, sin preocuparse de las alimañas ni de la suciedad del sue-

[1] Para determinadas regiones, véase Pallas y otros antes nombrados. Acerca de la vida y costumbres de una tribu de calmucos junto al río Iaik, la autobiografía de su cautiverio de G. Opitz sería un cuadro muy pintoresco si no fuera adornada de tantas observaciones del autor que le confieren carácter novelesco.

[2] Además de numerosos viajes antiguos a la Arabia, véase *Voyages*, de Pagès, t. II, p. 62-87.

[3] *Noticias de California*, Mannheim, 1773, varios pasajes.

lo. Su piel marrón negruzca les sirve de abrigo. Arco y flecha hacen de utensilios domésticos, una piedra sustituye al cuchillo, un hueso o palo puntiagudo sirve para desenterrar las raíces; una coraza de tortuga hace de cuna para los niños, una tripa o vejiga de recipiente de agua, y, si la suerte les fué propicia, tienen una bolsa tejida de hilo de áloe a manera de red de pescador donde meter sus provisiones y andrajos. Comen raíces y diversas semillas así como heno seco, todo lo cual recogen con dificultad y lo vuelven a sacar de sus propias deyecciones cuando apremia el hambre. Todo lo que sea carne o se le parezca, incluso murciélagos, orugas y gusanos tiene categoría de festín, y hasta las hojas de algunos arbustos, maderas y brotes, cueros, correas y huesos tiernos no se excluyen de la dieta cuando la necesidad los obliga. Y a pesar de todo, estos miserables gozan de buena salud; llegan a una edad avanzada y son de fuerte constitución, de suerte que es milagro que alguno entre ellos llegue a encanecer, y esto muy al filo de la vida. Siempre están de buen humor; risas y bromas están a la orden del día entre ellos; su figura es esbelta, su cuerpo ágil y veloz; con dos dedos del pie saben levantar piedras y otros objetos del suelo y se mantienen erguidos a la perfección hasta muy viejos; sus hijos se ponen de pie y aprenden a caminar antes de cumplir un año. Cansados de parlotear se acuestan y duermen hasta que los despierta el hambre o el apetito; apenas despiertos, vuelven a charlar y bromear; y de esta manera continúan por todos sus caminos hasta que, por fin, el californiano agotado espera la muerte tranquilo e indiferente. Los que viven en Europa —prosigue el misionero—, pueden envidiarles su felicidad a los californianos, mas no pueden hallarla aquí, si no vienen armados de la más completa indiferencia de poseer mucho o poco en este mundo y de someterse a la voluntad de Dios en todas las contingencias".

Podría yo seguir ofreciendo cuadros climáticos de varias naciones de distintas regiones del mundo, desde los camchadales hasta los habitantes de Tierra del Fuego; mas para qué tales ensayos abreviados, habiendo suministrado datos climáticos cada menudo rasgo de las descripciones que debemos a todos aquellos viajeros que supieron ver con veracidad y con ojos humanos. En la India, gran centro de los pueblos mercantes, se distinguen el árabe y el chino, el turco y el persa, el cristiano y el judío, el malayo y el negro, el japonés como el gentú, porque cada cual lleva consigo, también hasta las costas más lejanas, el carácter de su región y de su estilo de vida. La antigua tradición, hablando en lenguaje figurado, dice que Adán fué formado del polvo de las cuatro partes del mundo y que le inspiraban los espíritus y las fuerzas de toda la faz de la tierra. Dondequiera que sus descendientes hayan emigrado en el transcurso de los milenios para radicarse allí cual ár-

boles, echaron sus raíces y dieron hojas y flores conforme al clima respectivo. Permítasenos sacar de aquí algunas conclusiones que al parecer explican algunos hechos notables de la historia antropológica, que de lo contrario causarían asombro.

En primer lugar resulta claro por qué todos los pueblos adaptados al suelo que habitan, le sean tan fieles y no acierten a separarse de él. La estructura de su cuerpo y estilo de vida, sus alegrías y quehaceres a los que se habituaron desde su infancia, todo el ámbito de intereses de su psicología es condicionado por el clima. Privándolos de su tierra, se les ha quitado todo absolutamente. Cranz[1], narra la triste suerte de los seis groenlandeses "a los que se condujo por vez primera a Dinamarca, notándose que a pesar de todos los cuidados y una abundante provisión de bacalao y aceite de ballena que se les prodigaba, dirigían a menudo sus miradas entristecidas con lamentos y suspiros hacia el norte, la patria lejana, para finalmente darse a la fuga en sus caiaks. Un fuerte viento los arrojó a la costa de Schonen, y conducidos de vuelta a Copenhague, dos de ellos murieron de pesar y nostalgia. De los restantes, dos volvieron a huir, pudiéndose capturar sólo a uno de ellos. Éste, cada vez que veía un niño pequeño abrazándose al cuello de su madre, prorrumpía en amargo llanto (de donde se coligió que debería tener mujer e hijos; no hubo forma de entenderse con ellos ni prepararlos para el bautismo). Los últimos dos de este grupo permanecieron durante unos diez o doce años en Dinamarca y fueron aprovechados para la pesca de perlas en Coldingue; pero durante el invierno se les sobrecargó de trabajo en tal forma que uno murió, mientras que el otro, haciendo otra tentativa de huir, fué alcanzado cuando ya se encontraba a treinta o cuarenta millas de la costa, muriendo luego también él de tristeza".

Todos los testigos juntos del sentimiento humano pueden expresar la tristeza desesperada con que un esclavo negro, comprado o raptado, deja la costa de su patria para no volver a verla jamás. Römer dice[2] que "hay que emplear una estrecha vigilancia para que los esclavos no se apoderen de un cuchillo, tanto en el fuerte como en el barco. Durante la travesía a las Indias occidentales hay bastante que hacer para mantenerlos de buen humor. Por eso hay provisión de arpas europeas, como también de tambores y flautas a cuyo son se los hace bailar, asegurándoles que son llevados a un hermoso país donde tendrán mujeres en abundancia y buena comida y cosas por el estilo. A pesar de esto, no faltan lamentables ejemplos de navegantes a quienes asaltaron y asesinaron, dejando lue-

[1] *Gesch. von Grönland*, p. 355.
[2] RÖMER, *Nachrichten von der Küste Guinea*, p. 279.

go el barco a la deriva en dirección a la costa. Y cuántos ejemplos mucho más tristes aún se han visto de suicidios por desesperación de estos infelices secuestrados. Cuenta Sparrmann[1] por boca de un propietario de tales esclavos, que de noche suelen caer en una especie de delirio que los impulsa a asesinar a alguien, cuando no a sí mismos, "porque el recuerdo cargado de nostalgia de la dolorosa pérdida de su patria y su libertad se despierta con singular *furor durante la noche, cuando el ruido del día no los distrae*".

¿Y qué derecho os asistía, hombres deshumanizados, de acercaros siquiera al país de estos infelices, y mucho menos, de arrebatárselo, y a ellos a su tierra, mediante el robo, la astucia y la crueldad? Hace milenios les pertenece este Continente lo mismo que ellos a él; sus mayores habían pagado por él un precio elevado por demás: su figura y color de negro. Moldeándolos a su imagen e imprimiéndoles su propio sello, el sol africano los había adoptado como hijos suyos; este hecho os acusa de ladrones de hombres y salteadores, a dondequiera los conduzcáis en vuestros barcos de negreros.

Segundo. Crueles son, pues, las guerras que sostienen los salvajes por su tierra y por los hijos de la misma, arrebatados, injuriados y atormentados, que son sus hermanos. De ahí proviene, por ejemplo, el odio reprimido de los americanos contra los europeos, aunque éstos los traten de un modo siquiera pasable, pues, imborrable vive en ellos el sentimiento: ¡*Vosotros nada tenéis que ver aquí*: este país es nuestro! De ahí la mal llamada traición de los denominados salvajes, aunque parezcan aplacados por la cortesía de los europeos. No bien se despertó su innato patriotismo, estalló el incendio, disimulado hasta entonces a duras penas debajo de las cenizas; las llamas devoraron cruelmente cuanto hallaron a su paso y muchas veces no descansaron hasta que los dientes de los nativos se hincaran en la carne de los extranjeros. A nosotros nos parece esto horrendo y lo es sin lugar a dudas; mas fueron los europeos quienes primero los obligaron a hechos tan monstruosos. ¿Por qué vinieron a sus playas? ¿Por qué se comportaron en sus países como déspotas exigentes, violentos y prepotentes? Por miles de años aquellas tierras habían significado el universo para sus habitantes: las habían heredado de sus antepasados junto con la costumbre cruel de exterminar de la manera más despiadada todo cuanto quisiera arrebatarles su país o sacarlos a ellos fuera de sus dominios. Así, pues, extranjero era para ellos sinónimo de enemigo; ellos son como la muscipula que, con sus raíces hundidas en el suelo, agarra

[1] Viajes de Sparrman, p. 73; el explorador filántropo tiene diseminadas en su obra muchas tristes noticias sobre el trato y la caza de los esclavos; pgs. 195, 612 y siguientes.

todo insecto que se aproxima. El derecho de comerse a huéspedes no invitados o molestos, es una prerrogativa de su país, privilegio de cíclope como cualquiera de los que se estilan en Europa.

Finalmente llamo la atención sobre aquellas escenas jubilosas, cuando un hijo de la naturaleza que le había sido arrebatado, vuelve a contemplar las costas de su patria viéndose restituído al seno de su tierra natal.

Cuando el noble sacerdote Job-Ben-Salomon[1] volvió al África, lo recibió cada uno de sus connacionales con fervor fraternal como "al segundo hombre del país que logró regresar de la esclavitud". ¡Y qué nostalgia no había sentido, qué poco pudieron llenar su corazón todas las amistades y demostraciones honoríficas que, por otra parte, agradecía como hombre instruído y bien pensado! No descansó hasta conocer con certeza el barco que había de llevarlo de vuelta. Y no hay que pensar que esta nostalgia sea condicionada por la clase social ni las comodidades que ofrece el país de origen. El hotentote Koree se desprendió de su coraza metálica y todos sus privilegios europeos con tal de volver a la dura vida de los suyos[2].

Casi de todas las regiones de la tierra existen pruebas de esta clase, y los países más áridos y desabridos son los que revelan una ligazón más fuerte con los nativos. Son precisamente las molestias y dificultades superadas las que, moldeando cuerpo y alma desde la infancia, inculcan en los nativos un amor tan acendrado a su tierra natal, determinado por las condiciones climáticas. Los habitantes de las llanuras fértiles y superpobladas ya sienten en menor grado, mientras los de una capital europea han perdido ya tales sentimientos.

Mas ya es tiempo de que analicemos más a fondo esta palabra clima; y siendo así que algunos estudiosos de la filosofía de la historia de la humanidad han construído sobre ella la mayor parte de su edificio, mientras otros han negado su influencia casi totalmente, nosotros nos limitaremos a circunscribir los problemas existentes.

[1] *Allgemeine Reisen,* t. 3, p. 127 y siguientes.

[2] *Allgem. Reisen.*, t. 5, p. 145; otros ejemplos en Rousseau en las anotaciones al *Discours sur l'inégalité parmi les hommes.*

III

¿QUÉ ES CLIMA? ¿Y QUÉ INFLUJO EJERCE SOBRE LA FORMACIÓN DEL CUERPO Y DEL ALMA DEL HOMBRE?

Los dos puntos más fijos de nuestro globo son los polos, sin los cuales no hubieran sido posibles las revoluciones del globo terrestre alrededor de su eje, ni se hubiera podido formar como esfera. Ahora bien: si conociéramos la génesis de los polos, y las leyes y causalidad que ejerce el magnetismo de la tierra sobre los diversos cuerpos ¿no habríamos hallado el esquema básico conforme al cual, luego, la naturaleza combinó con múltiples variantes otras fuerzas superiores para la formación de los seres? Mas siendo así que, no obstante numerosos y meritorios experimentos, sabemos bien poco al respecto[1], andamos también a oscuras respecto al fundamento de todos los climas según la zona terrestre y su respectiva distancia de los polos. Acaso algún día el imán llegue a ser para nosotros en el campo de las fuerzas físicas lo que vino a ser inesperadamente para la orientación en mares y tierras.

Las revoluciones de nuestro globo alrededor de su eje y del sol, brindan elementos para aproximarnos a una definición del clima; mas también aquí la aplicación de leyes generalmente reconocidas como ciertas, resulta difícil y engañosa. Las zonas que establecieron los antiguos no se han visto confirmadas por la exploración reciente de nuevos Continentes, habiendo sido deducidas a base del desconocimiento de éstos en su misma concepción física. Sucede otro tanto con el calor y el frío calculados a base de la cantidad de rayos solares y el ángulo de su incidencia. Como teorema matemático, sus efectos han sido determinados con precisión, mas el mismo matemático lo consideraría un abuso de las reglas por él establecidas si el filósofo de la historia dedujera sobre esta base conclusiones absolutas[2].

Unas veces tenemos la proximidad del mar, otras determinada clase de vientos, aquí una depresión o elevación de la tierra, allá la vecindad de macizos montañosos, y más allá lluvias y evaporaciones de humedad que dan a la ley general una nueva aplicación local de manera que a menudo los lugares menos distantes experimenten los contrastes climáticos más acentuados. Además, nuevos

1 Véase BRUGMANN: *Ueber den Magnetismus: Satz*, 24-31.

2 KÄSTNERS, "Earläuterungen der Halleyschen Metode die Wärme zu berechnen", *Hamb. Magazin*, p. 429, etc.

experimentos enseñan que cada ser viviente tiene su propia modalidad de absorber e irradiar el calor y que cuanto más organizado sea el organismo de un ser y mayor la vitalidad activa que manifieste, mayor es también su potencialidad relativa de producir calor y frío.

Las anticuadas tesis de que el hombre no puede vivir en un clima cuya temperatura supera la de su propia sangre, han sido refutadas por la experiencia. Los nuevos sistemas, en cambio, acerca del origen y causalidad del calor animal, están muy lejos de haber llegado a la perfección para pensar siquiera en una climatología de la estructura corpórea del hombre, ni mucho menos de sus fuerzas anímicas y su ejercicio, sujeto, además, a libre albedrío. Cualquiera sabe que el calor dilata las fibras, afloja su tensión, licúa los humores y fomenta la evaporación, por lo que con el tiempo da a las partes tersas una consistencia menos firme y esponjosa, etc. La ley en general permanece cierta[1], y más de un fenómeno fisiológico se ha logrado ya explicar por ella y su contrario, el frío[2], pero por lo que toca a conclusiones universales que se quisiera deducir de uno de estos principios o sólo de parte del mismo, como son el aflojamiento o la evaporación, aplicándolos a pueblos y regiones enteras y hasta a las funciones más delicadas del espíritu humano y de las más contingentes instituciones de la sociedad, hay que advertir que tales conclusiones serán tanto más arriesgadas cuanto más aguda y sistemática sea la inteligencia que las elabore.

A cada paso se las ve refutadas por ejemplos históricos y hasta por razones de orden fisiológico, porque siempre resulta excesivo el número de factores, en parte opuestos, que ejercen su influjo. Hasta al gran Montesquieu se le ha reprochado por haber basado la tendencia climatológica de sus leyes sobre un engañoso experimento con una lengua de carnero. Verdad es que somos arcilla moldeable en manos del clima, cuyas manos empero saben moldear de manera tan variada que tal vez sólo un gran genio del género humano sería capaz de resolver la proporción de todas estas fuerzas en una ecuación.

No es sólo el calor y el frío lo que influye sobre nosotros desde el aire, el cual, según recientes investigaciones, es un gran arsenal de otras energías que entran en combinación con nuestro organismo, para bien y para mal. En él ejerce su influjo el ígneo torrente de la electricidad, este elemento poderoso y en su acción sobre

[2] GAUBIUS, *Pathologie*, cap. V, X, etc., una lógica de todas las patologías,

[3] Montesquieu, Castillón, Falconier, sin hablar de multitud de obras peores, *Esprit des nations, Physique de l'histoire*, etc.

la vida animal todavía desconocido; pues así como ignoramos las leyes internas que gobiernan su naturaleza, así desconocemos cómo el cuerpo humano lo recibe y asimila. Vivimos del aliento del aire, mas sigue siendo un misterio el bálsamo que nos da como alimento vital. Si añadimos a esto las diversas y casi innumerables circunstancias locales que lo afectan en sus componentes según las exhalaciones de los cuerpos que rodea; si recordamos los ejemplos de cuántas veces una semilla invisible y maligna, que el médico explicaba como miasma, originó los más raros y espantosos fenómenos durante milenios; si pensamos en el misterioso veneno que nos ha traído las viruelas, la peste y las enfermedades venéreas, afecciones que durante ciertas épocas suelen desaparecer, y recordamos cuán poco sabemos de la consistencia y efectos de los vientos en nuestras tierras, por no hablar del hermatán, samiel y siroco, y el viento del noreste del desierto tártaro, nos damos cuenta de la multitud de trabajos previos que deberían realizarse antes de que se pueda llegar a una climatología fisiológico-patológica, por no mencionar una psicológica que abarcaría la totalidad de las fuerzas intelectivas y emotivas. Mas también en este campo cada tentativa hecha con agudeza de ingenio tendrá su premio, y la posteridad deberá conceder a nuestra época hermosos laureles [1].

Finalmente, la situación alta o baja de un territorio, su naturaleza y sus productos, los alimentos y bebidas que el hombre consume, el régimen de vida que adopta, el trabajo que ejecuta, los vestidos que usa, hasta la posición que prefiere habitualmente para sentarse, las diversiones y artes que practica junto con multitud de otras circunstancias que tienen importancia por las diversas combinaciones que presentan en la vida, todo esto forma parte del clima y su influjo modificante. ¿Cuál es la inteligencia humana capaz de sistematizar este caos de causas y efectos hasta obtener una imagen del mundo en la que se haga justicia a cada cosa y cada región, sin pecar ni por exceso ni por defecto? Lo mejor es que, a la manera de Hipócrates [2] con su simplicidad tan aguda, se estudien determinadas regiones bajo el aspecto climático, para luego deducir poco a poco conclusiones generales. Naturalistas y médicos deben proceder aquí como practicantes del mundo físico, alumnos de la naturaleza y maestros del filósofo, a quienes debemos ya más de una contribución sobre ciertas zonas para una climatología general y su acción sobre el hombre, que tienen su mérito también para generaciones venideras. Pero como las investigaciones especializadas

[1] GMELIN, *Über die neuren Entdeckungen in der Lehre von der Luft*, Berlín, 1784.

[2] HIPÓCRATES, *De aëre, locis et aquis*, en especial la segunda parte. Para mí es el autor principal sobre el clima.

no caben dentro del margen de la presente obra, nos ceñiremos a algunas indicaciones de carácter general.

1. *Siendo nuestra tierra un globo y los Continentes macizos montañosos que emergen de las aguas, se fomenta por múltiples causas un conjunto de factores climáticos que forman parte de la existencia de los seres vivos.* No sólo la sucesión de día y noche y el desfile de las estaciones del año modifican periódicamente el clima de cada zona, sino que el antagonismo de los elementos, el influjo contrario de mar y tierra, la situación de montañas y llanuras, los vientos periódicos resultantes de las revoluciones del globo terrestre, la variación de las estaciones y de la duración de día y noche y otras causas de menor cuantía, mantienen este equilibrio salubre de los elementos sin el cual todo se hundiría en el letargo y la descomposición. Nos rodea una atmósfera, vivimos en un mar de electricidad; pero ambos, y probablemente la corriente magnética con ellos, se hallan en perpetuo movimiento. El mar se evapora; los montes atraen las lluvias y reparten las aguas caídas en forma de torrentes que bajan por ambos lados de las alturas. Los vientos se turnan, y de esta manera los años y series de años cumplen la medida de sus días climáticos. Así también se equilibran y sostienen mutuamente las diversas zonas y estaciones. Todo en nuestro globo se halla comunicado. Si la tierra fuera aplanada o tuviera la forma angulosa que imaginan los chinos, podría abrigar en sus confines aquellos monstruos climáticos de los que están bien ajenos su estructura regular y su movimiento, cuyo impulso se propaga a todas las cosas. Las Horas bailan alrededor del trono de Júpiter y lo que nace debajo de sus pies, si bies es una perfección limitada porque se basa en la unión de elementos heterogéneos, éstos se compenetran en tan íntima cohesión, cual amor conyugal, que siempre nace una criatura de la naturaleza de rasgos regulares y belleza sensibles.

2. Los territorios habitables de nuestra tierra están concentrados en regiones donde los más de los seres vivos existen en las condiciones más favorables para ellos. Esta situación de los Continentes influye sobre el clima de todos ellos. ¿Por qué comienza el clima frío en el hemisferio sur tan cerca de la línea ecuatorial? El naturalista responde: Porque allí existen pocas masas territoriales, por lo cual los vientos fríos y los témpanos del polo sur suben muy arriba. Vemos, pues, cuál sería nuestra suerte si toda la tierra firme de nuestro globo estuviera repartida en islotes. Ahora, en cambio, tres Continentes intercomunicados conservan mutuamente el calor; el cuarto, distante de ellos, es más frío por la misma razón, y en los mares del sur a poco de traspasarse el ecuador, se inicia junto con la escasez de tierras la deformación y degeneración. Menos especies de animales terrestres superiores ha-

bían de habitar allí; el hemisferio sur estaba destinado a ser una inmensa reserva de agua para el globo terrestre, para que el hemisferio norte gozara de un clima más favorable. También desde el punto de vista geográfico y climatológico el género humano está destinado a formar un pueblo que conviva en buena vecindad y que goce del intercambio no sólo de pestes, enfermedades y vicios climáticos, sino también del abrigo del clima y otros beneficios.

3. Por la vecindad de las tierras con las montañas no sólo se originaron innumerables cambios climáticos para la multitud de los seres vivos, sino que se evitó también la degeneración de la especie humana en cuanto fuera posible. Los montes eran necesarios para la tierra; mas sólo hay en ella una alta meseta de mongoles y tibetanos; las altas cordilleras como muchas de las formaciones gemelas no son habitables. La proximidad de las montañas contribuyó también a mantener bajo el número de áridos desiertos, porque los montes actúan como conductores de las riquezas del cielo y derraman el agua preciosa en fecundos torrentes. Las costas desiertas, finalmente, las frías y húmedas laderas junto al mar son tierras de formación posterior, donde, en consecuencia, la humanidad pudo habitar también más tarde cuando ya gozó para ello de suficiente fuerza vital. Con seguridad, el valle de Quito fué habitado antes que la Tierra del Fuego; Cachemira antes que Nueva Holanda o Nueva Zelandia. La ancha franja de tierra de la latitud meridiana, la región del mejor clima entre mares y montes, sirvió de cuarto de niños en la infancia de nuestra especie, y sigue siendo la parte más densamente poblada del mundo.

Si el clima es sinónimo de fuerzas e influjos a los que aportan su parte la planta como el animal estableciendo para todos los seres vivos una corriente de causalidad recíproca, no cabe duda, por otra parte, de que el hombre ha sido instituído como dueño y señor de la tierra también en este punto, para modificar el clima mediante su arte e ingenio. Desde que robó el fuego del cielo y maneja con su puño el hierro, desde que impuso el yugo a los animales y hasta a sus congéneres, educándolos, a una con las plantas, para su servicio y provecho, contribuyó de diversas maneras a la modificación del clima. Europa, antes una selva húmeda, es hoy una región altamente cultivada, lo mismo que muchas otras, y con su clima cambiaron los habitantes. Sin policía y arte Egipto sería hoy una ciénaga del Nilo; le fué arrebatado y tanto aquí como adentrándose más arriba en el Asia, la creación se adaptó a las condiciones climáticas artificiales. Podemos, pues, comparar al género humano a un puñado de hombres, gigantes por su audacia, aunque pequeños de estatura, que paulatinamente descendieron de las montañas para someter la tierra y dirigir el clima

con sus débiles manos. Hasta dónde hayan llegado en la empresa, nos lo enseñará el porvenir.

4. Digamos, finalmente, algunas palabras de carácter general sobre un asunto tan sujeto a las contingencias históricas y locales, para lo cual nos servirán, con pocas modificaciones, algunas advertencias con que Bacon [1] precede su *Historia de las Revoluciones.*

El influjo del clima abarca los cuerpos más diversos, pero con preferencia los más delicados, los húmedos, el aire y el éter. Incide en mayor medida sobre el conjunto de las cosas que en los individuos, pero también en estos últimos a través de aquéllos. No se manifiesta en un momento del tiempo sino que se extiende sobre épocas enteras, durante las cuales, tarde a veces, se manifiesta a raíz de circunstancias de poca monta. Finalmente, el clima no impone su influjo a la fuerza, sino que promueve una proclividad determinada; confiere una disposición apenas perceptible, que se puede observar en el cuadro conjunto de las costumbres y el estilo de vida de ciertos pueblos bien arraigados en su tierra, pero que se sustrae a una definición descriptiva por separado. Tal vez aparezca algún día un explorador especializado, libre de prejuicios y exageraciones, cuyo objetivo exclusivo sea la captación del espíritu peculiar del clima. Nuestro deber, por el momento, consiste más bien en dejar constancia de las fuerzas vivas a que corresponde cada clima y las cuales lo modifican y cambian de diversa manera por su sola presencia.

IV

LA FUERZA GENÉTICA ES LA MADRE DE TODAS LAS FORMACIONES SOBRE LA TIERRA, CUYA ACCIÓN ES FOMENTADA O RETARDADA POR PARTE DEL CLIMA MEDIANTE UN MERO CONCURSO CAUSAL

A quien viera por primera vez el milagro de la creación de un ser vivo, ¡qué estupor no le sobrecogería! [2] De bolitas entre las cuales brotan humores, nace un punto vivo, y del punto se genera una criatura de la tierra. Pronto se hace visible ya el corazón y comienza a pulsar, por débil e imperfecto que aún esté; la sangre que ya estaba antes del corazón, empieza a colorearse; luego aparece la cabeza; pronto se manifiestan los ojos, la boca, los sentidos,

[1] BACON, *De augment. scientiae,* I, 3.
[2] HARVEI, *De generat. animal.,* c. f. WOLF, *Theor. generat.,* etc.

los miembros. Todavía falta el tórax, pero ya hay movimiento en las partes que habrá de contener; aún no están formadas las entrañas, y el animal abre ya el pico. El diminuto cerebro se halla aún fuera de la cabeza, el corazón fuera del pecho, costillas y huesos parecen telarañas finas; pero pronto se forman las alas, las patas, dedos y muslos, y la vida progresa paulatinamente. Lo que estaba descubierto, se cubre; tórax y cráneo se cierran; estómago y tripas siguen aún colgando inertes. También éstos acaban por formarse al fin, a medida que se asimila materia nutritiva; los epitelios y tejidos conjuntivos se contraen y avanzan hacia arriba; el bajo vientre se cierra; el animal está completo. Ya no sigue flotando, sino que está acostado; duerme y vigila alternativamente; se mueve, reposa, empieza a piar, y llega, finalmente, íntegro y completo, a ver la luz del día. ¿Qué nombre le daría a este prodigio quien lo contemplara por vez primera? Diría que estamos en presencia de una *fuerza viva y orgánica*. No conocemos su esencia ni su origen, pero que está aquí, que vive, que se asimila partes del caos de una materia homogénea, esto lo vemos y no lo podemos negar.

Prosiguiendo en su tarea, nuestro observador vería que cada una de estas partes orgánicas se forman, por así decirlo, "actu" como por una energía causal propia. El corazón no se forma sino por una convergencia de canales que ya existían con anterioridad; apenas se hace visible el estómago, ya contiene materia de digestión. Todas las arterias y vasos se forman así; el contenido estaba antes del continente, lo líquido antes de lo sólido, el espíritu antes del cuerpo, cualquiera sea el que escoja para su morada. Al notar esto, nuestro hombre dirá que esta fuerza invisible no procede arbitrariamente, antes bien no hace otra cosa que manifestarse conforme a su naturaleza intrínseca. Se hace visible en una materia informada por ella y debe tener en sí misma el tipo que se manifiesta. El nuevo ser no es más que una idea hecha realidad de la naturaleza creadora cuyo pensamiento siempre se concreta en hechos.

Siguiendo adelante, nuestro observador descubre que es el calor materno o solar el que fomenta el desarrollo de la creación, pero que el huevo de la madre, no obstante la presencia de materia y calor, no evoluciona hasta el fruto vivo sin la fecundación por parte del padre. ¿Qué podrá suponer sino que debe existir cierto parentesco entre el principio calorífico y el principio vital que lo desarrolla, pero que la verdadera causa que pone en funcionamiento esta fuerza orgánica para dar forma viviente al caos inerte de la materia, debe encontrarse en la unión de dos seres vivos? Todos los seres vivientes, y también nosotros, nos hemos formado de esta manera; cada cual según la especie de su organización, pero

todos de acuerdo a la ley evidente de una analogía que informa toda la vida que hay en la tierra.

Por fin, nuestro observador advierte que esta fuerza viva no abandona a la criatura recién nacida, sino que *continúa manifestándose activa* no creando, porque ya el ser está creado, pero conservando, vivificando y alimentándolo. Apenas ha nacido, cuando ya ejerce todas las funciones vitales para las cuales, y hasta por medio de las cuales, había sido formado: la boca se abre, tal como fué su primer gesto primitivo, y el pulmón respira el aire; la voz llama, el estómago digiere, los labios chupan. La criatura crece, vive, sus partes internas y externas colaboran con orden y concierto; empeñadas en una acción conjunta de ayuda mutua y solidaridad, atraen y expelen, se transforman y prestan socorro en enfermedades y dolores, de mil maneras maravillosas e inexploradas. ¿Qué podrá decir quien tal cosa observe por primera vez, sino que la fuerza vital genética innata sigue informando todas las partes, y cada una conforme a su modalidad especial, de la criatura que por ella ha sido formada? Por todos los conceptos está presente en él, de los más variados modos, como quiera que sólo gracias a ella es un conjunto vivo que se conserva, crece y actúa.

Esta fuerza vital, todos la tenemos dentro de nosotros: nos asiste en la salud como en la enfermedad, asimila partes homogéneas, segrega las heterogéneas, repele las hostiles, agótase, finalmente, con la vejez y prosigue viviendo en algunas partes aún despues de la muerte. No es idéntica con el intelecto racional de nuestra alma, el cual, por cierto, no se ha formado por sí mismo el cuerpo que no conoce y solamente utiliza como instrumento extraño e imperfecto de sus pensamientos. No obstante, está vinculado a aquella fuerza vital ya que todas las fuerzas de la naturaleza comunican entre sí y también los procesos espirituales intelectivos dependen de la organización y salud del cuerpo, como todos los apetitos e impulsos de nuestro corazón no pueden existir independientemente del calor animal. Todos estos son hechos de la naturaleza que ninguna hipótesis puede desvirtuar, ningún silogismo escolástico refutar: reconocerlos es la filosofía más antigua sobre la tierra, como será también, probablemente, la última[1]. Tan cierto como sé que pienso sin conocer empero la potencia de mi naturaleza intelectiva, tan cierto siento y veo que vivo aunque no sepa nunca qué es la fuerza vital. Es una energía congénita, orgánica, genética; es el origen de mis fuerzas naturales, el genio interno de mi

[1] Hipócrates, Aristóteles, Galeno, Harvey, Boile, Stahl, Glisson, Gaubius, Albin y tantos otros de los más grandes observadores o sabios del mundo, obligados por la experiencia, admitieron este principio vital activo, si bien lo denominaron de diversa manera y no distinguieron siempre lo bastante la denominación respectiva de otras fuerzas limítrofes.

existencia. Si el hombre es el ser más perfecto de la creación terrena, ello no tiene otra razón sino que las fuerzas orgánicas más sutiles que conocemos operan informándolo sobre los instrumentos de precisión más delicados de su organismo. Así es como el hombre representa el zoófito, la planta animal más perfecta: un genio unigénito en forma humana.

Si nuestros principios son verdaderos, como quiera que se basan en la experiencia irrefutable, no puede tener lugar ninguna mutación de nuestra especie si no es con intervención de estas fuerzas orgánicas. Cualquiera que sea el efecto producido por el clima, todo hombre, todo animal, toda planta tiene su propio clima, pues cada cual recibe los influjos externos y los asimila orgánicamente a su manera *individual*. Ni en su fibra más diminuta sufre el hombre a la manera de una piedra o de una burbuja. Veamos ahora algunos grados o matices de estas mutaciones.

El primer grado de mutaciones en la especie humana se muestra en las partes externas; no como si éstas fueran afectadas y actuaran por sí mismas, sino porque la fuerza que nos informa opera desde dentro para fuera. Mediante un mecanismo prodigioso se empeña en expulsar del cuerpo cuanto pudiese obstaculizarlo o serle extraño; de ahí que las primeras mutaciones de su estructura orgánica habrán de manifestarse en los límites externos de su dominio, y así, efectivamente, las variaciones más llamativas del género humano no afectan más que a la piel y al pelo. La naturaleza protege el núcleo esencial de su creación y expulsa tan lejos como le es posible el lastre que estorba.

Donde la acción del factor externo modificante iba más allá, los efectos no se manifestaron por otros conductos que los de la misma fuerza vital, a saber, los de la alimentación y procreación. El negro nace blanco; las partes que primero se colorean son una señal manifiesta de que el miasma de su mutación opera genéticamente, mientras que el aire tan sólo lo desarrolla. Ahora bien: el estudio de los años de la pubertad, lo mismo que un crecido número de experimentos con enfermos, nos demuestran que las fuerzas de nutrición y procreación ocupan un amplio sector en el cuerpo humano. Por medio de ellas se comunican los miembros más distantes entre sí, y precisamente son estos miembros los que son afectados en su conjunto por las mutaciones de los pueblos. Así, pues, fuera de la piel y los órganos genitales son las orejas, el cuello y la voz, la nariz, los labios, la cabeza, etc., justamente la región donde en mayor escala se manifiestan las mutaciones.

Finalmente, puesto que la fuerza vital aglutina todas las partes en un conjunto orgánico cuya organización forma un círculo sin principio ni fin a causa de sus múltiples correlaciones, se entiende

que las mutaciones principales y más íntimas acabarán por manifestarse también en las partes más impermeables, las cuales entran en una nueva relación con el todo, desde la cabeza hasta los pies, por razón de la fuerza intrínseca afectada. Con dificultad procede la naturaleza a la mutación; hasta en los monstruos donde su obra de arte ha sido alterada violentamente, encuentra maravillosos medios de compensación, así como un estratega vencido muestra su mayor sabiduría en la retirada. Mas la diversa formación de los pueblos enseña que también esta mutación, la más difícil, ha sido posible en el ser humano, pues precisamente la composición de miles de partes y la delicada adaptabilidad de nuestra máquina junto con los innumerables y variados factores que ejercen su influjo sobre ella, la hacen posible. Pero también esta mutación tan trabajosa sólo pudo producirse de dentro para fuera. Por siglos, las naciones han formado sus cráneos, perforado sus narices, forzado sus pies, alargado sus orejas: la naturaleza no se dejó desviar de su curso, y si por un tiempo se vió violentada, teniendo que suministrar la savia vital a los miembros dislocados, apenas pudo tomó el camino de la libertad para perfeccionar el tipo de su preferencia. Muy de otra manera sucedían las cosas cuando la deformación era de origen genético y se operaba por los conductos naturales: aquí las deformaciones eran hereditarias hasta en determinados miembros. No se diga que algún artificio, o acaso el sol, hayan achatado la nariz del negro. Siendo así que la conformación de este órgano está en relación con la de todo el cráneo, de la barbilla, del cuello y las espaldas, y haciendo la medula espinal el papel de un tronco de árbol a partir del cual el tórax y las extremidades se van formando como ramas, se demuestra ampliamente por la anatomía comparada que la mutación afectó a toda la figura y que ninguna de las partes fijas pudo cambiar sin modificarse el todo. Por esto, también, la figura del negro ostenta transiciones de matices según la región y no podrá volver a su formación original si no es por vía genética. Llevad al negro a Europa y veréis que sigue siendo lo que es; casadlo con una mujer blanca, y en una generación cambiará lo que el clima de efecto de colorante no hubiera realizado en siglos. Así también acontece en la formación de los pueblos: el ambiente regional los modifica con extrema lentitud; en cambio, una mezcla con naciones extrañas hace desaparecer en pocas generaciones todos los rasgos mongólicos, chinos y americanos.

Con la venia del lector daremos unos pasos más por esta vía: 1. Un observador atento no puede dejar de notar que *en la infinita variedad de figuras humanas, ciertas formas y proporciones no sólo se repiten sino que también se combinan unas con otras en relaciones exclusivas.* Para los artistas, esto ya es cosa sabida, y

las estatuas de la Antigüedad nos enseñan que los artistas de aquellos tiempos aplicaban la proporción o simetría, como la llamaban, no sólo al ancho y largo de los miembros, sino también a que la formación de los mismos estuviese en armonía con el espíritu de toda la obra. El carácter de sus dioses y diosas, de sus adolescentes y héroes quedaba tan definido en toda su postura que a algunos se los puede conocer con no ver más que un miembro aislado, y no es posible en ningún caso intercambiar entre ellas un brazo, un pecho ni un hombro. En cada una de estas figuras vive el genio de un ser individual que comunica su alma inspirando su envoltura material y dando a la más pequeña medida y posición de los movimientos un carácter similar al que tiene el conjunto.

Entre los artistas de épocas más recientes es el Policleto de nuestra patria, Albrecht Dürer, quien ha investigado cuidadosamente la medida de las diversas proporciones del cuerpo humano, y cualquiera advierte aquí que la formación de todas las partes cambia con las circunstancias de la vida. ¿Y qué sucedería si combináramos la precisión de Durero con la intuición psicológica de los antiguos para estudiar así la diversidad de las principales formas y caracteres humanos en su conjunto armónico? Me parece que la ciencia fisonomista volvería con esto a su antiguo cauce natural que indica su nombre, según el cual no tiene la finalidad de ser intérprete de capacidades técnicas o morales, sino de la naturaleza viviente de un hombre, algo así como la traductora de su genio hecho visible. Ajustándose así a los límites de la analogía del conjunto que se expresa siempre con mayor fidelidad en el rostro, tendrá la patología por hermana y la fisiología y semiología por auxiliares y amigas. La figura del hombre no es más que una envoltura para el mecanismo interno, un conjunto armónico donde cada letra es parte de una palabra; pero solamente la palabra entera da el sentido verdadero. En la vida común utilizamos la ciencia fisonomista de la siguiente manera: el médico experimentado ve cuáles son las enfermedades que más fácilmente pueden afectar al hombre según su estructura y figura, y hasta el ojo fisonomista de los niños percibe la manera de ser (*physis*) del hombre en su conformación, es decir, su figura en la que se manifiesta el genio hasta la sepultura.

Además: *¿No será posible registrar estas formas, esta armonía de partes convergentes y ordenarlas como las letras de un alfabeto?* Verdad es que este abecedario nunca llegaría a ser completo, ni lo sería de algún idioma determinado; mas no cabe duda de que un estudio concienzudo de este orden vivo, columna y base de nuestra especie, abriría un ancho campo para fijar las características fundamentales de la naturaleza humana en sus exponentes principales. Si no se limita esta labor a Europa y se evita erigir nuestro acostumbrado ideal de belleza en prototipo de toda sanidad y hermo-

sura, siguiéndose a la naturaleza viva tal como se presenta en las diversas zonas de la tierra, cualesquiera sean las armonías de las partes convergentes y sus variantes, se llegaría indudablemente a nuevos descubrimientos sobre el *consensus partium* y la melodía de las fuerzas vivas en la estructura del hombre, que sería el mejor de los premios para semejante labor. Más aún: tal vez este estudio del consenso natural de las formas nos llevaría más lejos que la doctrina de las complexiones y temperamentos tantas veces tratada, y casi siempre con escaso fruto. Ni siquiera los observadores más agudos adelantaron gran cosa por esta vía porque les faltaba la terminología para designar la pluralidad de formas que hallaron [1].

2. Si la fisiología debería servir siempre de faro y norte en semejante *historia gráfica de las formaciones y mutaciones del género humano,* también se haría patente en ella la sabiduría de la naturaleza que forma y modifica sus obras conforme a una ley de pródiga compensación. ¿Por qué, por ejemplo, la madre naturaleza crea y separa sub-grupos y familias? La finalidad no es otra que el mayor perfeccionamiento del tipo respectivo. No sabemos cuántas de las especies animales actuales tuvieron un mayor grado de parentesco entre sí en épocas pasadas, pero sí vemos que ahora están separadas por lindes genéticos. Ningún animal en estado salvaje se aparea con otra especie; y donde los artificios del hombre o la opulenta ociosidad del animal cebado hacen degenerar su instinto de por sí tan bien orientado, ni siquiera allí las leyes inmutables de la naturaleza pueden ser superadas por la técnica artificiosa. O la unión resulta estéril, o el bastardo producido a la fuerza sólo se reproduce con animales de las especies que intervinieron en su propia génesis. Lo que es más: vemos en estos mismos bastardos que las variantes no aparecen sino en los límites extremos del organismo, tal como lo hemos descrito de las mutaciones de la especie humana; si el tipo esencial intrínseco hubiera sido afectado, no se habría obtenido un ser vivo capaz de subsistir. Ni un Centauro ni un Sátiro, ni Scila ni la Medusa pueden generarse según las leyes internas de la naturaleza y del tipo genético esencial de cada especie.

3. El medio más sutil, finalmente, por el cual la naturaleza combina la pluralidad de las formas creadas con su conservación en las especies, es la creación y apareamiento de dos sexos. ¡De qué manera tan sutil y espiritual se combinan los rasgos de ambos padres en la faz y estructura corpórea de sus hijos! Como si sus almas se hubieran derramado en la prole según diversas proporciones distribuyéndose sobre ella las múltiples fuerzas naturales de organización. Sabido es por todo el mundo que los rasgos y enfer-

[1] Encuentro esta doctrina muy simplificada en la *Miscelánea* de Mezger, t. I. También Platner y otros hicieron sus méritos en este campo.

medades, y hasta inclinaciones y predisposiciones son hereditarios; más aún: con frecuencia sucede que la figura de algún antepasado, muerto desde tiempos remotos, vuelve a emerger de manera maravillosa de la *corriente de las generaciones*.

No menos cierto, aunque difícil de explicar, es el influjo prenatal de los estados anímicos y corpóreos de la madre sobre el embrión, de lo que hay tristes ejemplos que cargan durante una vida con los efectos. La naturaleza ha juntado, pues, dos corrientes vitales para dotar al nuevo ser en formación con un caudal completo de fuerzas naturales, que evolucionarán ahora hasta una vida propia a imagen y semejanza de los padres. Más de un árbol genealógico decaído ha recibido nueva savia por el advenimiento de una madre sana y vital; más de un joven agotado no despertó hasta que en brazos de su mujer llegó a ser un hijo viviente de la naturaleza. Se ve, pues, que también en la formación del genio de la humanidad es Amor el más poderoso de los dioses: ennoblece las generaciones y levanta a las decaídas; es una antorcha de la divinidad cuya chispa aviva la llama de la vida humana. Nada, en cambio, hay más antagónico al genio creador que aquel odio frío, o esa aborrecible búsqueda de la conveniencia propia, que es peor que el mismo odio. Ella junta a la fuerza a hombres que no han sido hechos el uno para el otro y perpetúa su existencia como seres miserables e inarmónicos. Ningún animal ha caído tan bajo como el hombre que se precipita en esa degeneración.

V

OBSERVACIONES FINALES SOBRE EL ANTAGONISMO ENTRE LA GÉNESIS Y EL CLIMA

Si no me equivoco, con lo dicho hasta ahora queda esbozado, por lo menos, el comienzo de una línea demarcatoria entre las potencias antagónicas. Nadie pedirá, por ejemplo, que una rosa se transforme bajo otro clima en lirio, ni un perro en lobo; pues la naturaleza ha establecido límites precisos entre las especies y prefiere dejar desaparecer una criatura antes que permitir un desvío o degeneración esencial del plan original. Que la rosa pueda presentar ciertas variantes, que el perro pueda adquirir un cierto aire lupino, está probado por la historia y aquí la transformación se opera por presión lenta o repentina sobre las fuerzas orgánicas antagónicas. Ambas *potencias en guerra causan, pues, grandes efectos*, sólo que cada una ejerce su acción a su manera. El clima es

un caos de causas, muy desiguales entre sí y, por lo tanto, de efecto lento y dispar, hasta que por fin penetran la medula del ser y lo modifican en sus hábitos y su misma génesis. La fuerza vital resiste por largo tiempo, con denuedo, con su manera peculiar y única; pero puesto que, al fin de cuentas, no es inmune a afecciones extrañas, acaba por adaptarse andando el tiempo.

En vez de seguir tratando sobre generalidades de este antagonismo, creo preferible una investigación instructiva sobre casos determinados, para lo cual el campo de la geografía y de la historia nos brindan abundante cosecha. Sabemos, por ejemplo, de grupos colonizadores portugueses que emigraron al África; de españoles, holandeses, ingleses y alemanes que se trasladaron a la India oriental y América. Conocemos los efectos que sobre algunos de ellos surtió el haber adoptado el modo de vida de los nativos; de otros, los resultados de la continuación de su estilo de vida europeo. Investigando todo esto con precisión, se progresaría hasta migraciones más antiguas, como la de los malayos a las Islas, de los árabes a África e India oriental, de los turcos a las tierras conquistadas por ellos, de los mongoles y tártaros y finalmente la multitud de naciones que llenaron Europa durante las invasiones de los bárbaros. En ningún caso debería dejarse a un lado el clima de donde venía un pueblo, cuál había sido su estilo de vida, cuál el país invadido, cuáles los nuevos pueblos circundantes con los que se mezcló y qué revoluciones afectaron su estructura política en la nueva patria. Siguiendo la investigación a través de otros siglos de los que poseemos noticias más seguras, tal vez podrían sacarse conclusiones acerca de aquellas invasiones más antiguas que sólo conocemos por las leyendas de antiguos escritores o por coincidencias de mitologías e idiomas. En última instancia, todas o casi todas las naciones de la tierra emigraron tarde o temprano, y de esta manera obtendríamos algunos mapas con la representación gráfica de una *Historia físico-geográfica del origen y evolución de nuestra especie* según los climas y las épocas, la cual, procediendo paso a paso, brindaría resultados de suma importancia.

Sin querer adelantarme al espíritu investigador que algún día emprenda semejante tarea, citaré algunos ejemplos de la historia reciente sacados de mis trabajos anteriores.

1. *Transiciones demasiado repentinas de un hemisferio y clima a otro, raras veces han tenido efectos saludables para una nación,* porque no sin sabia intención puso obstáculos la naturaleza entre regiones apartadas. La historia de las conquistas de las compañías comerciales, y más que nada de las misiones, ofrecerían un cuadro lamentable y, en parte, ridículo si un historiador imparcial compilara las informaciones sobre este punto con sus secuelas de los mismos relatos de aquéllos. Con verdadero horror léense las noticias

de algunas naciones europeas que, habiéndose rebajado a vivir en la más descarada opulencia y una soberbia privada de todo sentimiento, degeneran con alma y cuerpo y se hallan finalmente faltas de energías hasta para el goce y la misericordia. Son engreídas caricaturas humanas, incapaces para todo placer noble y activo y por cuyas venas corre ya la sangre podrida de una muerte justiciera. Si agregamos a esto los infelices que hallaron la muerte a montones en las dos Indias, si leemos la historia de las enfermedades en otros Continentes que describen médicos ingleses, holandeses y franceses, y consideramos, finalmente, las piadosas misiones que tantas veces no quisieron abandonar el hábito de determinada congregación religiosa y la manera europea de vivir, ¡qué resultados tan cargados de amargas experiencias se nos imponen, los cuales, por desgracia, también son parte de la historia de la humanidad!

2. *Ni siquiera la diligencia del europeo en colonias civilizadas de otros Continentes logra siempre oponerse victoriosamente a los efectos del clima.* "En América del Norte —observa Kalm [1]—, las generaciones europeas llegan a la madurez, pero también a la vejez y la muerte más pronto que en Europa. No es raro —dice— ver a niños de corta edad contestar preguntas con una viveza y prontitud pasmosas, pero no llegan a alcanzar la edad del europeo. Una edad de ochenta o noventa años es un caso raro para un europeo nacido en América, siendo así que los habitantes primitivos solían llegar a una edad avanzada. También los inmigrantes nacidos en Europa suelen llegar a una edad muy superior a la de los nacidos en América de padres europeos. Las mujeres cesan antes de ser fecundas, algunas ya a los treinta años. También se observa en casi todas las colonias europeas que los allí nacidos pierden su dentadura antes de tiempo, mientras que los nativos conservan hasta el fin sus dientes hermosos, blancos y libres de caries". Los pasajes citados se han interpretado injustamente en el sentido de que la América antigua era insalubre para sus propios hijos; sólo para con los intrusos se mostró madrastra, ya que éstos, como también explica Kalm, con una constitución diferente quisieron habitar en su seno llevando una vida diferente.

3. *No se crea que el arbitrio despótico de los hombres pueda cambiar en otra Europa, con medios artificiales, un Continente extraño,* por más que desmonten sus bosques y cultiven sus tierras; pues toda la creación viviente está correlacionada y los cambios requieren gran cautela. El mismo Kalm cita la información obtenida de viejos suecos emigrados a América, según la cual la causa del rápido desmonte de las selvas y cultivo de las tierras no sólo disminuyeron en forma alarmante las aves de caza silvestres que antes

[1] *Göttingische Samml. von Reisen,* t. 10, 11, etc.

anidaban y vivían en fabulosas cantidades en ríos y bosques, lo mismo que los peces que llenaban torrentes y riachuelos; no sólo se enrarecieron los lagos, arroyos, fuentes y ríos, la lluvia, el alto pasto en los bosques, sino que esta devastación parece influir también sobre la edad, la salud y las estaciones del año. "Los americanos —dice—, que alcanzaban fácilmente una edad de cien y más años cuando llegaron los europeos, hoy apenas alcanzan a la mitad de la edad de sus mayores. La causa no debe buscarse tan sólo en el aguardiente homicida y su cambiado modo de vivir, sino, probablemente, también en la desaparición de tantas hierbas y plantas aromáticas y confortantes, que por la mañana y a la noche exhalaban una fragancia que le hacía creer a uno hallarse en un jardín de flores. En aquel entonces, el invierno venía más temprano y era más frío, saludable y continuo; ahora, la primavera se atrasa y se presenta inestable y tornadiza como las estaciones en general". Esto dice Kalm, y por más que se atribuya a la información un valor meramente local, demuestra, sin embargo, que aun tratándose de la más meritoria de las obras como es el cultivo de las tierras, la naturaleza no se presta a las transiciones demasiado bruscas. ¿No cabe pensar que la constitución endeble de los así llamados americanos civilizados en México, Perú, Paraguay y Brasil provenga, entre otras causas, de que se les ha cambiado su país y su manera de vivir sin poder ni querer darles para ello una naturaleza europea? Todos los pueblos que siguen viviendo en la selva y a la usanza de sus antepasados, son valientes y esforzados, llegan a una edad avanzada y florecen como los árboles de sus bosques; entre tierras cultivadas, en cambio, privados de la sombra húmeda, languidecen y acaban por extinguirse; su alma y su valor se quedaron en la selva. Léase a este propósito la conmovedora historia de la floreciente familia que Dobritzhofer[1] arrancó a la vida salvaje: madre e hija pronto murieron, y ambas aparecieron en sueños al hijo y hermano abandonado llamándolo hasta que él, sin dolencia ni enfermedad, acabó por fallecer también. Sólo así resulta comprensible que pueblos que primero habían sido valientes, llenos de vitalidad y energía, hayan llegado en poco tiempo a ablandarse hasta el punto de ser lo que describen los jesuítas del Paraguay y los viajeros del Perú: hombres de una blandura que produce melancolía al leer los relatos. Puede que en siglos venideros la naturaleza forzada sepa sacar bien de mal, al menos en algunos lugares, aunque tengo mis dudas al respecto; de todos modos, para las primeras generaciones de civilizadores y civilizados, esto no reza, y es que la naturaleza es en todas partes un conjunto indivisible y viviente que tolera que se le siga y enmiende con suavidad, pero no que se la pretenda dominar a

[1] DOBRITZHOFER, *Geschichte der Abiponer*, t. I, p. 114.

punta de lanza. Ninguno de los salvajes a quienes se trasladó de golpe a las capitales europeas ha evolucionado favorablemente; de la cumbre a la que habían sido llevados, añoraban sus llanuras y las más veces volvieron entorpecidos y degenerados a su vida anterior, que también ahora les resultaba intolerable. Otro tanto acontece con la transformación violenta de los climas selváticos por manos europeas.

¡Oh hijos del Dédalo, mensajeros del destino sobre la tierra: cuántos dones teníais en vuestras manos para llevar la fortuna a los pueblos de manera humana y suave, y cómo es que una concupiscencia soberbia y rebelde os ha desviado de modo tan lamentable! Todos los advenedizos de países extranjeros que supieron nacionalizarse entre los nativos, no sólo gozaron de su benevolencia y amistad, sino que pronto descubrieron lo razonable del modo de vida adoptado por aquéllos; pero cuán pocos fueron los que así procedieron. Qué raro es el caso de que un europeo mereciese el elogio de parte de los nativos: "Es un hombre razonable, como somos nosotros". ¿No tomará venganza la naturaleza por cada injuria inferida? ¿Dónde están hoy las conquistas, los mercados y las invasiones de tiempos pasados? ¿Qué se hicieron, con sólo llegar tras ellos el pueblo inadaptado y diferente al país lejano y extraño para recorrerlo robando y devastando? El tranquilo soplo del clima los ha dispersado o consumido, y fué fácil para el nativo hacer caer el árbol falto de raíces. La modesta planta, en cambio, obediente a las leyes de la naturaleza, no sólo perdura sino que sirve como semillero de la civilización beneficiando la nueva tierra. El milenio venidero decidirá el provecho o daño que nuestro genio llevó a otros climas y éstos a aquél.

LIBRO OCTAVO

Al pretender ahora pasar de las fuerzas naturales del hombre a su espíritu para investigar sus propiedades tan variables a lo largo de las latitudes del globo terráqueo, basándome en informaciones foráneas, defectuosas y, en parte, inciertas, me parezco comparable a uno que tomando el mar por punto de partida, quiere emprender una navegación por el aire. Este asunto resulta más fácil al metafísico que formula una definición del alma y va sacando conclusiones hasta donde sea posible, y las aplica dondequiera y en cualesquiera circunstancias. El filósofo de la historia no puede basarse en una abstracción sino únicamente en la historia, y si no ordena los innumerables hechos aislados bajo un punto de vista común, corre peligro de obtener resultados erróneos. A pesar de todo, intentaré avanzar por este camino, pero en lugar de cruzar el océano por el aire, prefiero mantenerme cerca de las costas, es decir, me atendré a algunos hechos ciertos, o que tengo por tales, para sacar de ellos mis conclusiones dejando a otros más afortunados el ordenarlos y utilizarlos mejor.

I

LA VIDA SENSITIVA DE NUESTRA ESPECIE VA CAMBIANDO CON LA EVOLUCIÓN Y LA DIVERSIDAD DE CLIMAS; PERO EN TODAS PARTES ES EL USO HUMANO DE LOS SENTIDOS EL QUE CONDUCE AL FLORECIMIENTO DE SENTIMIENTOS HUMANITARIOS

Todos los pueblos, con excepción acaso de los albinos patológicos, tienen sus cinco o seis sentidos humanos; los llamados insensibles de Diodoro o los pueblos sordomudos pertenecen a la fábula en la antropología moderna. Mas si se tiene en cuenta qué diferentes sensaciones externas percibe de un mismo objeto cada uno de nosotros, y luego dirige la mirada a los incontables millones de hombres que habitan todas las latitudes de la tierra, fácilmente se ve que nos encontramos ante un piélago insondable cuyas olas se pierden en el infinito. Cada hombre tiene su propia medida, por

así decirlo, su propio concierto de los sentidos, de suerte que en ocasiones extraordinarias se llega a resultados sorprendentes respecto de las sensaciones que experimenta un individuo. Médicos y filósofos han publicado elencos enteros de sensaciones peculiares y raras, es decir, de idiosincrasias determinadas, que muchas veces son tan peregrinas como inexplicables. Las más veces atendemos tales sensaciones sólo en caso de enfermedad o acontecimientos desacostumbrados; en la vida diaria escapan a nuestra atención. El lenguaje carece de expresión para ellas, porque cada hombre habla y comprende conforme a su experiencia personal, y no hay una medida común de las diversas sensaciones para dos organismos distintos. Hasta en el sentido más agudo, la vista, se manifiestan estas diferencias no sólo respecto de la distancia percibida, sino también en cuanto a la figura y color de los objetos. De ahí que algunos pintores tengan en sus obras contornos característicos para ellos así como sus propias tonalidades en los colores. No es tarea de la filosofía antropológica agotar este piélago, sino llamar la atención sobre las diferencias más delicadas mediante el estudio de las que más saltan a la vista.

El sentido más común y necesario es el tacto, fundamento de los restantes y en el hombre uno de sus más grandes privilegios orgánicos[1]. Le debemos muchas de nuestras comodidades, inventos y artes y acaso concurra en la formación de nuestras ideas en mayor medida de lo que nos imaginamos. Pero qué diferente es este órgano de un hombre a otro, puesto que lo modifican la manera de vivir, el clima, el uso y el ejercicio, y finalmente, el umbral de excitabilidad genética del cuerpo. A ciertos pueblos americanos se les atribuye una falta de excitabilidad de la piel, que se manifiesta hasta en las mujeres en las operaciones más dolorosas[2]. Si el hecho es verídico, no me extraña, pues veo motivos para ello tanto por parte del cuerpo como del alma. Hace siglos, muchos de los pueblos de este Continente expusieron su cuerpo desnudo al aire fuerte y a las picaduras de los insectos, contra las cuales usaron en parte ungüentos ácidos; también se arrancaron el pelo por cuanto fomenta la delicadeza de la piel. Una harina de mayor acidez, raíces y hierbas eran su alimento, y sabido es que hay un exacto paralelismo entre los órganos digestivos y la sensibilidad de la piel, hasta el punto de perderse el sentido del tacto por completo en ciertas enfermedades de esta especie. También el consumo inmoderado de alimentos después de haber sufrido el hambre más espantosa, que se encuentra entre estos pueblos, parece probar esta insensibilidad, la cual es

[1] MEZGER: *Sobre las ventajas físicas del género humano en comparación con los animales*, parte 3.

[2] ROBERTSON, *Historia de América*, primera parte.

también un síntoma de muchas de sus enfermedades[1] y pertenece, por lo tanto, al pro y contra de su clima natal. La misma naturaleza les forjó esa insensibilidad como armadura contra los males que de otra manera no hubieran podido soportar, y ellos, por su parte, ayudaron con su ingenio la obra de la naturaleza. El nativo de América del Norte sufre penas y dolores con insensibilidad heroica *por principios de honor; desde su niñez ha sido educado para ello* y las mujeres no van en zaga a los varones. Una apatía estoica, también en medio de dolores físicos, les era costumbre natural, y su menor proclividad a los placeres carnales a pesar de tener sus fuerzas naturales en plena actividad, y, hasta esa indolencia adormecida que sumergió en el letargo a algunos pueblos subyugados, parecen derivarse de esta propiedad.

Monstruos inhumanos son, por *lo tanto, quienes por insensibilidad aún más grande* de sus sentimientos humanos, abusaron o pusieron a prueba con crueles tormentos una deficiencia que la naturaleza otorgó a sus hijos para remedio y consuelo.

La experiencia enseña que un exceso de calor y frío embota la sensibilidad. Los pueblos que caminan descalzos sobre la arena adquieren una suela que soporta los golpes del hierro, y existen casos de quienes aguantaron durante veinte minutos sobre ascuas. Venenos ácidos lograron transformar la piel hasta el punto de poder sumergirla en plomo derretido, y por otra parte y en otro orden, el frío glacial del alma, lo mismo que la ira y otras conmociones anímicas contribuyen al embotamiento de la sensibilidad[2]. En cambio, la más fina sensibilidad parece encontrarse en latitudes y con una forma de vida que fomenta una tensión más suave de la piel y una distribución armónica de los nervios sensibles. El nativo de la India oriental será tal vez la criatura más delicada en lo que al goce de los órganos sensibles se refiere. Su lengua, nunca embotada por el gusto de bebidas fermentadas o alimentos condimentados, percibe el menor sabor extraño o adicional del agua pura, y sus dedos imitan modelando las obras más preciosas de manera que no es posible distinguir el original de la imitación. Templada y tranquila es su alma, suave reflejo de los sentimientos que le rodean mansamente. Así las olas van meciendo el cisne; así acaricia la brisa primaveral las tiernas hojas de transparente verdor.

Fuera del clima suave y caluroso, nada contribuye tanto a esta sensibilidad aumentada como la limpieza, la moderación y el ejercicio corporal, tres virtudes en las que nos superan muchos pueblos a los que solemos llamar no civilizados, y que parecen propias especialmente de los que habitan latitudes de clima benigno y bellos pai-

[1] ULLOA, parte I, p. 188.
[2] HALLER, *Phisiol.*, t. V, p. 16.

sajes. La limpieza de la boca, los baños frecuentes, la afición a los ejercicios al aire libre, y hasta la actitud placentera y salubre de frotar y desperezar el cuerpo, tan cara a los romanos y tan corriente, aún hoy en día, entre los indios, persas y tártaros, todo esto fomenta la circulación de los humores y mantiene elástica la tonicidad de los miembros. Los pueblos de las latitudes más ricas viven frugalmente; no creen que el hombre tenga por destino la excitación antinatural de sus nervios y la cotidiana asimilación de tóxicos que deterioran sus humores. Las tribus de los brahmanes, por ejemplo, no han probado la carne ni el vino desde los tiempos más remotos. Ahora bien: si en los animales se hace visible qué poder ejercen estos alimentos sobre el sistema de los sentidos, cuánta mayor no ha de ser esta influencia en la flor más delicada de todas las organizaciones: el hombre. Para la filosofía antropológica, la moderación en el goce sensual es sin duda un método más eficiente que mil abstracciones aprendidas y artificiosas. Todos los pueblos de sensibilidad grosera que viven en estado salvaje o en un clima inclemente, se muestran comilones, porque saben que luego vendrán los días del hambre; y así suelen comer también lo que tengan a su alcance. Los pueblos de sensibilidad más delicada prefieren también goces más refinados. Mientras sus comidas son sencillas y el menú sin variantes, saben procurarse, en cambio, ungüentos afrodisíacos, olores refinados, esplendor, comodidad; y la flor de todos sus goces y placeres es el amor sensual. Si sólo se quiere comparar la sensibilidad orgánica, no cabe duda por cuál de los dos hay que inclinarse, pues ningún europeo civilizado tendrá mucho que elegir entre la dieta de sebo y aceite de bacalao del groenlandés y las especies del habitante de la India. La cuestión sería más bien a cuál de los dos nos hallamos de hecho más próximos, a pesar de nuestro palabrerío de cultura. El hindú pone su dicha en el reposo desapasionado, un goce inalterable de humor y alegría; respira placer y nada en un mar de dulces sueños y olores reconfortantes. Nuestra opulencia, en cambio, por la que robamos y llevamos el desasosiego a todos los Continentes, ¿qué busca y pretende? Nuevos condimentos excitantes para una lengua embotada, frutas y comidas exóticas que, luego, ni llegamos a gustar en medio de la superabundancia de mezclas y combinaciones, y bebidas embriagadoras que nos privan del reposo y embotan la razón. Cuanto puede excogitarse para destruir nuestra naturaleza excitándola, es el noble fin cotidiano de nuestra vida. Con esto se distinguen las clases sociales, con esto las naciones se procuran la felicidad. ¿Felicidad? ¿Por qué el pobre ha de pasar la más miserable de las vidas con sentidos embrutecidos por trabajos y sudores? Para que los grandes y ricos, faltos de gusto y tal vez para alimento perenne de su brutalidad, puedan embotar sus sentidos cada día de una manera más refinada. "El europeo come cualquier

cosa", dice el indio oriental y a causa de su olfato más delicado siente horror ante el solo olor del europeo. No logra clasificarlo dentro de su mundo conceptual sino dentro de la casta más abyecta a la que, para colmo de ignominia, le es lícito comer de todo. No es sólo por razones de fanatismo religioso si el europeo en muchos países del Islam es llamado animal impuro.

No parece probable que la naturaleza nos haya dotado de una lengua para que unas papilas diminutas, las gustativas, representen la finalidad de nuestra vida llena de sufrimientos, ni menos que por causa de ellas llegáramos a ser la causa de la desdicha ajena. Nos dió el sentido del gusto, en parte para endulzarnos la obligación de satisfacer el hambre y trabajar por ello, y en parte, para que el sentido de este órgano fuese el centinela avisor de nuestra salud. Para esta última función ya no sirve a ninguna de las naciones opulentas. El ganado sabe bien lo que le es salubre y escoge con gran cuidado las hierbas; no toca lo venenoso y nocivo y pocas veces se engaña. Mientras los hombres vivían entre los animales, sabían distinguir los alimentos como éstos; perdieron su criterio al habitar sólo entre hombres, como aquellos indios que perdieron la pureza de su propio olor cuando abandonaron su alimentación frugal. Los pueblos que siguen viviendo en sana libertad conservan todavía bastante de esta guía de los sentidos. Pocas veces o nunca se equivocan en los frutos de su país; lo que es más, el indio norteamericano encuentra a su enemigo guiándose por el olfato, y el de las Antillas distinguiendo las diferentes pisadas de las diversas naciones. Así pueden perfeccionarse los sentidos más animales del hombre cuando se ejercitan convenientemente. Pero la mejor manera de cultivarlos es guardando la proporción de todos ellos con una manera de vivir verdaderamente humana, de suerte que ninguno predomine y ninguno se atrofie. Esta proporción cambia con cada región y cada clima. El habitante de regiones calurosas engulle con gran apetito alimentos que para nosotros resultan asquerosos en sumo grado, pues su naturaleza los demanda como remedio y alivio salvador[1]. La vista y el oído, finalmente, son los sentidos más nobles a cuyo ejercicio se orienta preferentemente el plan orgánico del hombre, pues en él alcanzan un desarrollo superior al de todos los animales.

¡A qué admirable grado de agudeza evolucionaron la vista y el oído en algunos pueblos! El calmuco advierte el humo donde ningún ojo europeo puede verlo; el árabe retraído oye a grandes distancias en su desierto silencioso. Muchos otros pueblos demuestran hasta dónde puede llegarse a fuerza de ejercicio si con el uso de estos sentidos agudos y finos se combina un gran poder de concentración de la atención. Los pueblos cazadores conocen todos los

1 WILSON, *Beobachtungen über den Einfluss des Klimas*, p. 93, etc.

árboles y arbustos de sus tierras; los indios norteamericanos nunca se desvían en sus selvas y bosques; persiguen a sus enemigos por centenares de millas, para luego volver a sus cabañas. Los guaraníes civilizados, refiere Dobritzhofer, imitan con admirable precisión cualquier trabajo fino de arte que se les muestre; pero es muy poco lo que captan de una descripción verbal, ni pueden sobre esta base inventar cosa alguna, consecuencia natural de una educación que formaba el alma no mediante palabras, sino con la presencia palpable de los objetos. Inversamente, los hombres formados a fuerza de palabras abstractas, a menudo han oído tantas que son incapaces de ver lo que tienen delante de las narices. El alma del libre hijo de la naturaleza se divide entre la vista y el oído; reconoce con certeza los objetos que una vez ha visto; transmite con exactitud las leyendas que una vez ha oído. Su lengua no tartamudea así como su flecha no yerra el blanco, porque su psiquis no puede errar ni tartamudear sobre lo que ha percibido con la vista y el oído.

Buena disposición de la naturaleza es ésta para un ser cuyo primer grado de bienestar e intelección nace únicamente de sensaciones. Estando sano nuestro cuerpo, sus sentidos bien ejercitados y ordenados, se tiene la base para el buen humor y la alegría interna, cuya pérdida no sabe compensar la razón especulativa. El fundamento de la felicidad sensible del hombre consiste siempre en que esté con cuerpo y alma en el instante que está viviendo, que goce de lo que tiene a su alcance y se distraiga lo menos posible con preocupaciones del pasado o del porvenir. Si se mantiene en este justo medio, será entero y fuerte; mas si sus pensamientos divagan mientras sólo debería concentrarse en el momento actual para gozarlo, ¡cómo se divide y debilita y cuánto más triste es su vida que la de los animales con su capacidad de felicidad tan limitada! El ojo del hijo de la naturaleza libre de prejuicios contempla el paisaje y se recrea en él sin saberlo; o se dedica a sus quehaceres, y gozando del flujo de las estaciones del año apenas si envejece a la edad más avanzada. No distraído por pensamientos concebidos a medias ni perturbado por papeles escritos, su oído percibe íntegramente los sonidos; retiene la palabra hablada, que refiriéndose a objetos concretos proporciona al alma una satisfacción más honda que una serie de sordas abstracciones. Así vive y muere el salvaje, satisfecho pero no asqueado de los placeres sencillos que le dan sus sentidos.

Pero hay otro don benéfico con que la naturaleza dotó a nuestra especie, al no negar a los eslabones más primitivos y pobres en caudal intelectual las delicias recreativas del arte de la música, que es el primer grado de una vida sensitiva más refinada. Aun antes de que el niño sepa hablar es capaz de cantar, o al menos de percibir los estímulos de orden musical. También para los pueblos no

civilizados es la música el arte primero que conmueve sus almas. El cuadro que la naturaleza ofrece a la vista es tan múltiple, variado y amplio que el gusto del artista que trate de representarlo tiene que pasar por innumerables tanteos y ejercitarse primero en la barbarie de lo monstruoso y llamativo hasta que aprende las justas proporciones. Pero el arte musical, por simple y primitivo que sea, habla a todos los corazones humanos y es, junto con la danza, la fiesta de la alegría general de la tierra. Lástima grande que los más de los exploradores, cegados por un gusto demasiado amanerado, nos priven de estas melodías infantiles de pueblos remotos. Por inútiles que puedan resultar para nuestros compositores, serían instructivas en sumo grado para el antropólogo, porque la música de una nación, también en sus formas más primitivas y sus melodías predilectas populares, descubre su íntimo carácter, es decir, la entonación según la cual está templado su órgano perceptivo, más profunda y verídicamente que lo que la descripción más extensa de circunstancias externas lograría hacer jamás.

Cuanto más le sigo los pasos a la sensibilidad del hombre en las diversas regiones y condiciones de vida, tanto más me persuado de que la naturaleza se ha mostrado en todas partes como madre solícita y bondadosa. Donde un órgano no podía ser dotado en abundancia, se cuidaba de excitarlo menos dejándolo adormecido durante miles de años. Donde afinaba los instrumentos subiendo el umbral de excitabilidad, allí le deparó también los medios para satisfacerlo, de manera que toda la tierra con la organización más o menos desarrollada de la humanidad, refleja su obra con el sonido armonioso de un arpa en que todos los tonos y matices han sido ensayados o lo serán en el transcurso de los tiempos.

II

LA IMAGINACIÓN DE LOS HOMBRES ES EN TODAS PARTES DE NATURALEZA ORGÁNICA Y CLIMÁTICA; SIEMPRE, EMPERO, SE GUÍA POR LA TRADICIÓN

No podemos formarnos conceptos de un objeto que se halla fuera del ámbito de nuestros sentidos; la historia de aquel rey siamés que consideraba la escarcha y la nieve cosas imposibles, es en miles de casos nuestra propia historia. De ahí que todo pueblo nativo y sensitivo tenga un mundo conceptual limitado a los objetos sensibles que le ofrece la región. Si se da la apariencia como si captara el significado de palabras referentes a objetos totalmente

extraños, hay motivo para dudar por largo tiempo de que haya tenido lugar una auténtica comprensión.

"A los groenlandeses —dice Cranz, explorador sincero [1]— les gusta que se les hable de Europa, mas nada podrían comprender si no les fuera explicado por medio de comparaciones y equivalencias. Por ejemplo: la ciudad o el país tiene tantos habitantes que muchas ballenas por día no dan abasto para alimentarlos; sólo que no se comen ballenas sino pan, el cual crece en el suelo como el pasto. También se come la carne de los animales cornudos y se monta sobre animales altos y fuertes que los llevan sobre sus lomos o tiran de artefactos de madera. Entonces los groenlandeses llaman pasto al pan, renos a los bueyes, y perros grandes a los caballos, admiran todo esto y muestran ganas de habitar en un país tan hermoso y fértil hasta que se enteran de que hay allí frecuentes truenos, faltando, en cambio, las focas. También les gusta que se les hable de Dios y las cosas divinas con tal de que se respeten sus propias supersticiones".

Esbocemos, siguiendo a Cranz, un pequeño catecismo de la teodicea groenlandesa para ver cómo enfocan las cuestiones europeas estrictamente de acuerdo a su propio mundo conceptual:

Pregunta: ¿Quién pensáis que ha creado el cielo, la tierra y todo cuanto abarca la vista?

Respuesta: No lo sabemos. No conocemos al hombre que lo hizo. Debe ser un hombre muy poderoso. O, si no, siempre ha sido así, y permanecerá así.

Preg.: ¿Tenéis también un alma?

Resp.: ¡Oh, sí! Ella puede engordar y enflaquecer; nuestros "angikoks" (hechiceros) saben remendarla y componerla; cuando uno la ha perdido, ellos la traen de vuelta y también pueden sustituir una enferma por el alma fresca y sana de una liebre, un reno, un ave o un niño de poca edad. Cuando emprendemos un viaje largo, a menudo nuestra alma se queda en casa. Durante la noche, en sueños, emigra del cuerpo para irse a cazar, a bailar o visitar a alguien, mientras el cuerpo reposa con perfecta salud.

Preg.: ¿Adónde va el alma después de la muerte?

Resp.: Se va al lugar de la dicha en las profundidades del mar. Allí habita Torngarsuk y su madre; allí siempre es verano, el sol brilla y no hay noche. También hay agua fresca y superabundancia de aves, peces, focas y renos a los que se les puede dar caza sin ningún esfuerzo, eso cuando no se los encuentra ya cociendo en una olla grande.

Preg.: ¿Van allí todos los hombres?

Resp.: Allí van solamente los buenos que han trabajado bien,

[1] *Geschichte von Groenland*, p. 225.

llevado a cabo grandes hazañas, cazado muchas ballenas y focas, sufrido grandes padecimientos o acaso se ahogaron en el mar o murieron al dar a luz, etc.

Preg.: ¿Cómo hacen para llegar allí?

Resp.: No es cosa fácil. Hay que trepar durante cinco días por una áspera roca que está ya cubierta de sangre.

Preg.: ¿Pero no véis aquellos hermosos cuerpos celestes? ¿No creéis que el lugar de nuestra futura dicha estaría más bien allí?

Resp.: Está también allí, en el cielo más alto, mucho más arriba del arco iris, y el viaje hasta allá es tan ligero y fácil que las almas llegan la misma tarde hasta la luna, que en otros tiempos fué groenlandesa, para descansar en su casa y jugar con las otras almas a la pelota y bailar. Esta danza y el juego de las almas es la luz boreal.

Preg.: ¿Qué otras cosas hacen allá arriba?

Resp.: Viven en carpas alrededor de un gran lago que contiene abundancia de peces y aves. Cuando este lago se desborda, llueve en la tierra; si alguna vez cedieran sus diques, habría un diluvio universal. Sobre todo van al cielo sólo los ineptos, perezosos e incapaces; los diligentes van al fondo del mar. Aquellas almas de arriba pasan hambre a menudo, son flacas y débiles, y no pueden hallar reposo a causa de las rápidas revoluciones del cielo. Allí va la gente mala y las brujas; los atormentan cuervos que no logran apartar de su cabellera, etc.

Preg.:¿ De qué manera creéis que se originó el género humano?

Resp.: El primer hombre, Kalak, salió de la tierra, y pronto, después, la mujer, del pulgar de Kalak. Cierta vez una groenlandesa dió a luz y trajo al mundo a los Kablunät, esto es, los extranjeros y los perros; de ahí que tanto los unos como los otros sean lujuriosos y fecundos.

Preg.: ¿Durará el mundo eternamente?

Resp.: Ya volcó una vez, y todos los hombres se ahogaron entonces.El único que se salvó golpeó la tierra con un bastón, y luego salió una mujer de la tierra, y los dos volvieron a poblar la tierra. Ésta descansa todavía sobre sus puntales, los cuales, empero, están ya muy carcomidos por la edad de manera que con frecuencia se los oye crujir; y hace mucho que se hubieran desmoronado si nuestros "angikoks" no los remendaran de continuo.

Preg.: ¿Y qué pensáis de aquellas hermosas estrellas?

Resp.: Todas ellas fueron antes groenlandeses o animales que llegaron allí por circunstancias especiales y brillan pálidos o rojizos según el alimento con que se sostienen. Aquellas dos que están juntas, son dos mujeres que se visitan; esta estrella fugaz es un alma que está en viaje de visita. Aquella constelación grande (la Osa) es un reno; esas siete estrellas son perros que dan caza a un oso;

aquéllas (Orión) se han perdido al volver de la caza de la foca, y al no encontrar el camino de regreso a casa, vinieron a parar entre las estrellas. La luna y el sol son hermanos de sangre. Malina, la hermana, era perseguida por su hermano en la oscuridad; trató de salvarse huyendo, subió a las alturas y se convirtió en el sol; Anninga le siguió y se convirtió en la luna; todavía hoy la luna corre alrededor del sol virginal con la esperanza de alcanzarlo, pero en vano. Cansado y demacrado (en el cuarto menguante) sale a cazar focas, se queda por unos días y vuelve tan gordo como lo vemos cuando hay luna llena. Goza de la muerte de las mujeres, mientras que el sol se alegra por la muerte de los hombres."

No quiero agotar la paciencia del lector siguiendo con la descripción de las fantasías de diversos pueblos. Pero si hubiera quien se sintiera con ánimo de recorrer este imperio de la imaginación, verdadero limbo de vanidades, que rodea nuestra tierra, le desearía un espíritu equilibrado de observación que, libre de toda hipótesis preconcebida sobre concordancias y orígenes, atienda cada lugar como si fuera el suyo nativo, sabiendo hacer ver lo que hay de instructivo en las mismas ingenuidades de sus hermanos. Yo me limito a destacar algunas observaciones sobre este reino de las sombras de las imaginaciones populares.

1. *En todas partes los climas y pueblos imprimen su sello característico a sus fantasías.* Compárese la mitología groenlandesa con la de la India, la de los lapones con la de los japoneses, peruanos y negros, y se verá una completa geografía del espíritu poético. El brahmán difícilmente llegaría a formarse una idea clara escuchando la lectura y explicación de la Voluspa de los islandeses; éstos, por su parte, no andarían menos perdidos en el Veda. Cada nación posee un espíritu imaginativo propio y tanto más arraigado cuanto que es algo suyo peculiar, nacido de su cielo y su tierra natal, de su estilo de vida, y transmitido de sus mayores y antepasados. Las cosas más peregrinas para el extranjero son las más naturales para ellos; lo que para él resulta risible, es para ellos asunto muy serio. Los indios orientales dicen que el destino le está inscrito al hombre en el cerebro con finísimos trazos cuyas letras ilegibles representan el libro de la fatalidad; las más arbitrarias ideologías sobre la propia estirpe y otras opiniones son a menudo tales productos de la fantasía, rasgos que la fantasía entreteje con la realidad y que tienen su fundamento íntimo en la disposición del cuerpo y del alma.

2. ¿Cuál es el origen de este fenómeno? ¿Es que cada uno de estos grupos étnicos inventó para sí una mitología a fin de cultivarla, luego, como propiedad suya? ¡De ninguna manera! No la inventó; la *heredó*. Si fuera una construcción ideológica propia, sería también posible mejorarla a fuerza de trabajo especulativo. Mas no es

éste el caso. Dobritzhofer[1], trató en cierta ocasión de hacer ver a un grupo de avispones valientes y listos qué papel ridículo hacían al espantarse por las amenazas de un hechicero de convertirse en un tigre cuyas garras ya creían sentir hundirse en sus carnes. "Vosotros —les dijo— cazáis a diario verdaderos tigres en campo abierto sin pestañear; ¿por qué, pues, palidecéis como cobardes por un tigre imaginario que no existe?" —"Vosotros, Padres —replicó un avispón valeroso—, no tenéis todavía nociones precisas de nuestras cosas. A los tigres en el campo no los tememos porque los vemos; los tigres artificiales, en cambio, nos espantan porque no los vemos y por consiguiente no los podemos matar".

Me parece que aquí está el nudo de la cuestión. Si todos nuestros conceptos fueran tan claros como la imagen visual, si nuestra imaginación no abrigara otras representaciones que las obtenidas por el sentido de la vista que siempre pueden compararse con el objeto representado, la fuente del engaño y del error quedaría, si no obstruída, al menos fácil de hallar. Pero es el caso que las más de las narraciones fantásticas de los pueblos son producto del oído que las oyó narrar. Con avidez escuchaba el niño ignorante las leyendas que como la leche materna, cual vino festivo de la estirpe paterna, regalaban y alimentaban su alma. Parecían explicar lo que veía; al adolescente le daban noticias de la manera de vivir de su tribu y las hazañas de sus mayores; le introducían en los aspectos nacionales y climáticos de su profesión y llegaron a ser insustituibles en toda su vida. El groenlandés, de aquí en adelante, cree ver en la realidad lo que sólo ha oído relatar desde su niñez, y lo cree como verdad comprobada. De ahí los ritos espantosos de tantos pueblos lejanos en ocasión de eclipses solares y lunares; de ahí su horrenda fe en los espíritus del aire, del mar y todos los elementos. Dondequiera que haya movimiento en la naturaleza, donde una cosa parece vivir o mudarse sin que el ojo advierta las causas del cambio, allí oye voces y locuciones que le explican con algo no visto el misterio de lo visto. La imaginación es excitada y satisfecha a su manera, es decir, con productos imaginativos. Es precisamente el oído el sentido más tímido y receloso; percibe agudamente pero de modo oscuro; no llega a una percepción de conjunto duradera que le permita analizar reposadamente hasta arribar a la claridad, porque sus objetos van pasando en confuso torrente. Destinado a poner al alma en estado de alerta, no puede, sin embargo, instruirla satisfactoriamente sin el concurso de los otros sentidos, en particular, de la vista.

3. De ahí se puede colegir *cuáles son los pueblos que deben ser dotados de una imaginación más excitable:* a saber, los que pre-

[1] DOBRITZHOFER: *Gesch. der Abiponer.*

fieren la soledad, los parajes salvajes de la naturaleza, el desierto, las regiones rocosas, la costa del mar azotada por los vientos, la vecindad de los volcanes en actividad u otras zonas llenas de acontecimientos no explicables a primera vista. Desde los tiempos más remotos, el desierto árabe fué la madre de una imaginación tropical, y los que se entregaron a ella fueron en su mayor parte hombres solitarios y soñadores. En la soledad recibió Mahoma el Corán; su imaginación excitada le puso en éxtasis trasladándolo al cielo, donde vió todos los ángeles y beatos y todos los mundos. En ningún lugar, su alma se enciende tanto como al pintar el rayo en la noche solitaria, el día del juicio final y otros temas monumentales. ¿Hasta dónde se difundieron las supersticiones de los chamanes? Desde Groenlandia y la triple Laponia por toda la costa del mar Ártico hasta las profundidades del desierto tártaro y casi por todo el Continente americano. En todas partes aparecen los hechiceros, y los fantasmas son el mundo en que viven. Más de tres cuartas partes del mundo son dadas a estas creencias, pues también en Europa la mayor parte de las naciones de origen finés y eslavo rinde todavía culto de superstición a la naturaleza, así como la superstición de los negros no es más que una adaptación a su genio y clima. En los países de cultura asiática, las religiones positivas y más artificiosas así como las instituciones políticas han desplazado aquellas supersticiones; pero hasta allí aparecen en cuanto pueden, en la soledad y entre la plebe, hasta volver a dominar por completo en las islas del Pacífico. El culto de la naturaleza ha dado la vuelta al mundo y sus fantasmas se apoderan de cualquier objeto climático que representa una potencia superior al hombre o se refiere a fenómenos que lo aterran o simplemente afectan a las necesidades vitales humanas. En tiempos más remotos fué éste el culto divino de casi todos los pueblos de la tierra.

4. *El estilo de vida y el genio peculiar de cada pueblo juegan en todo esto un papel importantísimo;* no hace falta subrayarlo. El pastor ve la naturaleza con otros ojos que el pescador y el cazador, y en las diversas latitudes estos mismos oficios se diferencian a su vez conforme al carácter nacional. Así, por ejemplo, me sorprendió hallar en la mitología de los tan septentrionales camchadales una voluptuosidad lasciva que más bien se buscaría en una nación del hemisferio sur; pero el clima y el carácter genético de aquéllos, explica esta anomalía[1]. Aunque frío, su país posee volcanes en actividad y fuentes termales; el frío glacial está en constante guerra con un calor sofocante; sus costumbres lascivas como sus groseras fábulas mitológicas son el producto natural de ambos factores. Lo mismo hay que decir de aquellas fábulas locuaces y bulliciosas de los negros que no

[1] Véase Steller, Krascheninikow, etc.

tienen fin ni comienzo [1]. Lo mismo de la concentrada y maciza mitología de los indios americanos del norte; lo mismo de la imaginación florida de los hindúes [2], que respira el reposo voluptuoso del paraíso como ellos mismos. Sus dioses se bañan en lagos de leche y azúcar; sus diosas habitan en estanques refrescantes o en el cáliz de flores que exhalan dulce fragancia. En una palabra: la mitología de cada pueblo es un calco de su propia manera de ser y de considerar la naturaleza y revela si halló en ella mayor abundancia de bienes o de males, o a la inversa, según su clima y genio peculiar, y cómo tal vez se explique lo uno por lo otro. De esta manera, la mitología, aun en las zonas más salvajes y mostrando los rasgos más deformados, es un ensayo filosófico del alma humana que antes del despertar, se complace en soñar y permanecer en su infancia.

5. Comúnmente se considera a los "angikoks", hechiceros, magos, chamanes y sacerdotes como los causantes de tales creencias erróneas del pueblo, y llamándolos embusteros se cree haberlo explicado todo. Verdad es que lo son en la mayor parte de los casos; mas nunca debe olvidarse que ellos mismos también son parte del pueblo y, por lo tanto, engañados por leyendas más antiguas. Fueron generados y educados en medio del conjunto de las tradiciones fantásticas de su tribu; su consagración tuvo lugar con ayunos, soledad, esfuerzos de la imaginación, agotamiento del cuerpo y del alma; nadie llegó nunca a hechicero antes de que se le apareciese su espíritu, con lo cual se había concluído en su propia alma la obra que durante una vida habría de realizar para otros, repitiendo siempre esfuerzos semejantes de orden psíquico y físico. Los viajeros más indolentes no dejaron de admirarse de algunas de tales ceremonias y bufonadas, porque tuvieron a la vista los efectos de la imaginación que apenas habían tenido por posibles y muchas veces no acertaron a explicar. En general, la fantasía todavía es la potencia psíquica menos explorada y tal vez la menos explorable de cuantas tiene el hombre; puesto que se enlaza con toda la estructura corpórea, y particularmente con el cerebro y los nervios, como demuestran tantas enfermedades, parece que no sólo es el vínculo y enlace de todas las potencias superiores, sino también el punto de contacto entre espíritu y cuerpo, algo así como la flor y nata de toda la organización sensitiva para el uso ulterior de las potencias intelectivas. Necesariamente ha de ser entonces lo primero que se hereda de padres a hijos, según se comprueba fehacientemente, como en los casos anteriores, por medio de muchos ejemplos tomados de la patología y asimismo por la indiscutible semejanza del organismo interno y externo en las cosas más baladíes. Por mucho tiempo se ha polemizado acerca de si existen las

[1] Véase Römer, Bossmann, Müller, Oldendorp, etc.
[2] Véase Lafiteau, Le Beau, Carver, etc.

ideas innatas, o no. Tal como se entendía la palabra, es verdad que no pueden admitirse; pero si por ella se entiende la disposición próxima para la concepción, combinación y difusión de ciertas ideas y figuras, no hay un solo argumento que se les oponga y muchos que las confirman. Si un hijo pudo heredar los seis dedos que tenía el padre —si la familia del Porcupine-man en Inglaterra pudo heredar sus deformaciones monstruosas, si la conformación externa del cráneo y de la cara se transmite a ojos vista, ¿cómo podría, sin milagro, dejar de transmitirse la formación del cerebro, acaso con las más finas circunvoluciones cerebrales? Entre algunas naciones existen enfermedades de la fantasía de las que no nos podemos formar siquiera una idea; todos los individuos de la misma tribu condescienden con el enfermo porque sienten dentro de sí la disposición genética por igual. Entre los valientes y sanos avispones, por ejemplo, reina una locura periódica de la cual nada recuerda el enfermo durante los intervalos; es tan sano como siempre lo fué, sólo que su alma no está con él... Algunos pueblos, para dar una válvula de escape a este mal, han instituído la celebración de la "Fiesta del Sueño", puesto que al que sueña le es lícito todo cuanto le ordene su espíritu. Es cosa común que entre los pueblos dotados de rica imaginación los sueños tengan poder milagroso; sueños fueron, probablemente, las primeras musas, madres de la ficción y arte poético. Inspiraron al hombre figuras y objetos que ningún ojo había visto jamás, pero cuyo deseo alentaba en las profundidades del alma humana. ¿Qué más natural, por ejemplo, que la aparición en sueños de un ser querido difunto y que los que por tanto tiempo convivieron con nosotros en la vigilia, deseen continuar viviendo al menos en nuestros sueños? La historia de las naciones demostrará cómo la Providencia utilizó el órgano de la imaginación, mediante el cual pudo influir en los hombres de modo tan intenso, puro y natural; aborrecible, empero, fué que el fraude o el despotismo abusara de él para servirse de todo el mar indómito de las fantasías y sueños humanos, para sus fines inconfesables.

¡Gran Espíritu de la tierra, con qué ojos estarás contemplando todos los fantasmas y sueños que vagan por nuestra tierra! Sombras somos nosotros, y sombras son los productos que nuestra fantasía elabora en sueños. Así como no podemos respirar el puro aire sin mezcla, así nuestra envoltura carnal formada de polvo no es capaz de comunicar todavía con la pura razón. Pero aun con todos los errores e imaginaciones el género humano se va encaminando hacia ella; depende de las imágenes sensibles, por cuanto éstas le dan una impresión de las cosas y ve y va buscando aun en medio de la niebla más espesa los rayos de la verdad. Dichoso es el hombre elegido, que dentro de los estrechos límites de su vida progrese, en cuanto le sea posible, desde lo imaginario hacia lo esencial, esto es, llegue de la

infancia a la edad adulta y explore la historia de sus hermanos hombres con esta misma intención y con espíritu desinteresado. El alma que trata de salir del círculo estrecho en que el clima y la educación nos han encerrado, para aprender siquiera entre otras naciones lo que falta a la propia, no dejará de experimentar una noble ampliación de miras.

Cuántas cosas se ven por allá que otros no tienen sin que les falte nada, habiéndolas uno mismo creído indispensables. Ideas que habíamos tenido por los axiomas más fundamentales de la razón humana, van desapareciendo aquí y allá con el clima de un lugar distante, tal como la tierra firme desaparece a los ojos del navegante cual nube en el horizonte. Lo que un pueblo juzga parte imprescindible de su acervo conceptual, otro no lo ha pensado jamás, y hasta acaso lo tenga como perjudicial. Así atravesamos la tierra errantes en un laberinto de fantasías humanas; la cuestión es ahora determinar el centro del laberinto al que retornan todos los caminos como los rayos fraccionados al sol.

III

LA INTELIGENCIA PRÁCTICA DEL GÉNERO HUMANO SE FORMÓ EN TODAS PARTES BAJO EL INFLUJO DE LAS NECESIDADES DEL MODO DE VIDA; PERO SIEMPRE ES UNA FLOR DEL GENIO DE LOS PUEBLOS, HIJA DE LA TRADICIÓN Y DE LAS COSTUMBRES

Se suele dividir las naciones de la tierra en cazadores, pescadores, pastores y agricultores y determinar según esta división no solamente el grado de civilización alcanzado, sino también esta última como consecuencia necesaria de tal o cual modo de vida. Nada habría que objetar en contra si estas maneras de vivir estuvieran bien definidas en sí mismas. Pero en realidad se modifican con cada latitud combinándose entre sí de tal manera que la aplicación de un esquema clasificador se hace muy difícil. El groenlandés que da caza a la ballena y al reno y mata la foca, es pescador y cazador; mas lo es de muy otra manera que el negro que sale a pescar o el araucano que caza en los desiertos de los Andes. El beduino y el mongol, el lapón y el peruano son pastores; pero ¡qué diferencia abismal media entre ellos si uno pastorea camellos, el otro caballos y el de más allá renos, y el último alpacas y llamas! El agricultor de Vidah y el del Japón se parecen tanto como el inglés y el chino en el comercio.

Tampoco parece que el solo anhelo de cultura sea suficiente para producirla, ni aun cuando en el seno del pueblo haya suficientes energías que esperen ser utilizadas con este fin. Pues, apenas la inercia humana se ha resignado a la limitación de los medios de vida y una vez que se ha alcanzado cierta comodidad, el hombre se mantiene en su estado y apenas es posible impulsarlo a mejorarlo. Debe haber, pues, otros factores que determinen la forma de vida de un pueblo de tal o cual manera; mas aquí los suponemos como definidos y nos dedicamos a investigar las fuerzas psíquicas que en algunos de ellos se manifiestan.

Los hombres que se alimentan de raíces, hierbas y frutas, de no experimentar grandes impulsos civilizadores, permanecerán ociosos y de fuerzas exiguas por períodos prolongados. Su forma de vida nacida de una estirpe pacífica y al amparo de un hermoso clima, es suave ¿y por qué habrían de batallar si la rica naturaleza les brinda sus tesoros sin trabajo? Así, sus artificios e inventos sólo atienden a las necesidades cotidianas. Los isleños a quienes la naturaleza alimentaba con sus frutos, en particular el de las artocárpeas, vistiéndolos de cortezas y ramas bajo un cielo siempre azul, llevaban una existencia sosegada y feliz. Los pájaros, dice la leyenda, se sentaban sobre los hombros de los habitantes de las Islas Marianas y cantaban sin sobresalto; no conocían el arco ni la flecha porque ningún animal salvaje los obligaba a defender su pellejo. También desconocían el fuego; en su clima templado no lo necesitaban para vivir con comodidad. Semejante era lo que ocurría con los de las Carolinas y otras islas venturosas del Pacífico; sólo que en algunas la civilización de la sociedad había alcanzado ya un grado superior habiendo reunido por diversas causas varias artes y oficios. Donde el clima es menos clemente, los hombres se ven obligados a adoptar una forma de vida más dura y más variada. El neo-holandés persigue el canguro y la zarigüeya, da caza a las aves, pesca y come raíces: ha combinado tantas formas de vida cuantas requiere la rústica comodidad de su esfera, hasta que ésta queda en cierto modo completa y él satisfecho a su manera. Otro tanto es lo que sucede con los neo-caledonios y neo-zelandeses, sin exceptuar a los míseros habitantes de Tierra del Fuego. Poseían canoas de corteza de árbol, arcos y flechas, cestos y bolsos, fuego y cabaña, vestidos y azadas, en una palabra: los comienzos de todas las artes con que los pueblos más avanzados perfeccionaron su cultura; sólo que entre ellos, con su tierra desierta y rocosa, bajo el yugo opresor del frío, todo ha quedado en los comienzos más primitivos. Los californianos demuestran toda la inteligencia práctica que su país y forma de vida les dan y exigen. Esto acontece con los habitantes de El Labrador y todos los pueblos en esta región extrema en los confines del mundo. En todas partes se avinieron a la escasez y, en su actividad forzada por las circunstancias, viven felices

a fuerza de tradición y costumbre. Desprecian todo cuanto no les es estrictamente necesario; el esquimal, que con tanta habilidad rema en el mar, todavía no ha aprendido a nadar.

En los grandes continentes de tierra firme de nuestro globo, hombres y animales viven en mayor densidad y proximidad; la inteligencia práctica de aquéllos era ejercitada por éstos de muchas maneras. Verdad es que los habitantes de las regiones cenagosas de América tuvieron que echar mano de serpientes, lagartijas e iguanas, yacarés y aligatores; pero los más de los pueblos se hicieron cazadores de una presa más noble. ¿Qué le falta, pues, a un americano del norte o del sur para hacer frente al oficio de su vida? Conoce los animales que persigue, sus guaridas y formas de vida como sus artimañas y se arma contra ellos con fortaleza, astucia y habilidad. El muchacho es educado para ser un cazador célebre, en Groenlandia, por ejemplo, de focas; de esto tratan las conversaciones que oye, los cánticos y relatos de hazañas que le son representados también con gestos y danzas representativas. Desde su infancia aprende a fabricarse instrumentos y usarlos; juega con las armas y desprecia a las mujeres, pues, cuanto más estrecho sea el círculo al que se circunscribe la vida, y más definida la obra por ejecutarse, más fácilmente se alcanza la perfección. Nada, pues, molesta al adolescente en su carrera; por lo contrario, todo ayuda a estimular y animarlo viviendo bajo la mirada de su tribu y en el estado y oficio de sus mayores. Si alguno hiciera una colección de las habilidades de las diversas naciones y escribiera sobre ello una obra de orientación estético-artística, las hallaría distribuídas por todo nuestro globo terrestre y cada una floreciente en su propio lugar. Aquí el negro se lanza a la rompiente del mar donde ningún europeo se atrevería a poner el pie; allí escala árboles hasta una altura donde apenas puede seguirle la vista. Aquél pescador ejerce su arte cual si embrujara la presa; aquel esquimal se encuentra con el oso polar y le hace frente; para aquel negro, dos leones no son demasiada tarea si combina la fuerza con la astucia. El hotentote acomete al rinoceronte y al hipopótamo; el nativo de las Islas Canarias salva las rocas más empinadas como si fuera una gamuza; la mujer tibetana, fuerte y viril, lleva a cuestas al extranjero a través de las montañas más elevadas de la tierra. La estirpe de Prometeo, compuesta de las partes e impulsos de todos los animales, los ha superado a todos, unos aquí, otros allá, en artes y habilidades, después de haberlas aprendido de aquéllos.

Está fuera de duda que la mayor parte de las artes las aprendió el hombre de los animales. ¿Por qué el mariano se viste de cortezas de árbol? ¿Por qué el papúa se adorna con plumas? Porque aquél vive en los árboles que le suministran su alimento, mientras que para el papúa y el americano las aves multicolores son lo más preciado y hermoso que le brinda su tierra natal. El cazador viste como

su presa, construye como el castor; otros pueblos trepan en los árboles como las aves o hacen sus viviendas como nidos a ras del suelo. El pico del pájaro sirvió de modelo para la lanza y la flecha, como la figura del pez para la canoa. De la víbora aprendió el arte nocivo de envenenar sus armas, y la curiosa costumbre de pintar el cuerpo, tan difundida, no es más que una imitación de los animales y pájaros. ¿Cómo —pensaría— éstos son tan pulcramente adornados y yo habría de pasar con un color monótono y apenas perceptible sólo porque el calor no me permite vestidos más completos? Y de esta manera comenzó a pintar y perforarse simétricamente; hasta pueblos que usan vestidos envidiaban al buey su cuerno, la cresta al ave y al oso la cola y procedieron a imitarlos. Agradecidos celebran los americanos del norte al ave que les habría traído el maíz. Los más de los remedos climáticos han sido aprendidos de los animales. Con todo, no hay que olvidar que sobre todo esto intervenía el espíritu sensitivo de los libres hijos de la naturaleza que, conviviendo con todas estas criaturas, no se creían tan infinitamente superiores a ellos como nosotros. A los europeos les resultó difícil encontrar siquiera alguna vez cosas que los nativos usaban a diario y después de largas y estériles tentativas tuvieron que pedirles por favor su secreto o arrancárselo a la fuerza.

Mucho más lejos llegó el hombre cuando aprendió a atraerse los animales para finalmente someterlos a su servicio. Salta a la vista la enorme diferencia que hay entre pueblos, a menudo vecinos, de los cuales uno vive con estos sustitutos de las propias fuerzas, el otro sin ellos. ¿A qué se debe que la remota América recién descubierta se hallase frente a los europeos en condiciones de tanta inferioridad que éstos pudiesen tratar a los nativos como a un rebaño de ovejas indefensas? La causa no fué solamente la fuerza física, como lo demuestran los innumerables ejemplos de los pueblos que habitan en selvas; en estatura, velocidad de carrera y agilidad superan, hombre a hombre, a la mayor parte de las naciones que se disputan su país. Tampoco pudo ser el poder intelectivo en cuanto se refiera a las exigencias de la vida diaria de un hombre particular; el americano sabía mirar por sí y vivía feliz con mujer e hijos. Fueron, por lo tanto, las artes y oficios, las armas y la acción de conjunto; pero más que nada los animales domesticados. Si el americano hubiera tenido tan sólo el caballo cuya majestad guerrera reconocía temblando, habrían sido suyos los perros furiosos que los españoles azuzaban contra él en calidad de mercenarios a sueldo de Su Majestad Católica. La conquista hubiera sido más costosa y como pueblos montados hubieran tenido abierta la retirada hacia sus montañas, desiertos y llanuras. Todos los viajeros están contestes en que todavía ahora el uso del caballo constituye la diferencia más notable entre los europeos y americanos. Los habitantes del norte y del sur que cuentan con

caballería distan tan inmensamente de sus hermanos subyugados de México y Perú que no parecen vecinos de un mismo Continente. Aquéllos no sólo conservaron su libertad, sino que en cuerpo y alma se hicieron pueblos más viriles de lo que serían en tiempos de la conquista. Tal vez, el caballo que los opresores de sus hermanos les trajeron como instrumentos ignorantes de la Providencia, llegue algún día a ser el libertador de todo su Continente, de la misma manera que los demás animales domesticados, en cuyo uso los iniciaron los conquistadores, ya han llegado, en parte, a ser instrumentos de una vida más cómoda y serán en tiempos venideros probablemente auxiliares de una propia cultura occidental. Mas así como esto está en manos del destino, así también estaba en sus arcanos, además de la naturaleza del Continente, el que por tanto tiempo no se conociera caballo ni burro, ni perro ni vacuno, ni oveja ni cabra, ni cerdo, gato o camello. Poseían menos especies animales porque su país era más reducido, separado del Viejo Mundo y probablemente en buena parte emergido del seno del mar en períodos posteriores a los de otros Continentes.

Por lo tanto, había menos animales para uso doméstico. Las alpacas y las llamas y las vicuñas de México, Perú y Chile, eran los únicos domesticables, y éstos habían sido domesticados. Tampoco los europeos con toda su inteligencia supieron añadir ninguno y no lograron transformar en animales domésticos el papagayo ni el cacadú, el tapir ni el oso.

En el Viejo Mundo, en cambio ¡qué abundancia de animales domesticados! Sin camello y caballo los desiertos árabe y africano serían inaccesibles; la oveja y la cabra contribuyeron a mejorar las condiciones de vida hogareñas; vacunos y asnos ayudaron a la agricultura lo mismo que al comercio de las naciones. En estado primitivo, el hombre vivía en relaciones amistosas y sociables con estos animales; los trataba con consideración y era consciente de lo que les debía. Así vive el árabe y mongol en compañía de su caballo, el pastor con la oveja, el cazador con el perro, el peruano con la llama [1]. Todas las criaturas auxiliares del hombre dan mayor rendimiento, como se sabe, si son tratadas humanamente; aprenden a comprender y amar al hombre y desarrollan capacidades e inclinaciones de las que nada sabe el animal oprimido ni el cebado que agotado y exprimido pierde hasta los instintos y potencias propias de su especie. Dentro de cierta esfera, pues, hombres y animales se han formado juntamente; la inteligencia práctica de aquéllos se ha ejercitado en éstos y las

[1] Léase al respecto en ULLOA, *Noticias de América*, I, p. 131, con qué alegría infantil el peruano consagra la llama a su servicio. Las formas de convivencia de otros pueblos con sus animales están suficientemente difundidas por varias descripciones de viajes.

aptitudes de éstos han venido creciendo y ampliándose por aquéllos. Cuando se lee de las hazañas de los perros de los camchadales no se sabe quién es aquí el más inteligente: el perro o el camchadal.

En esta esfera se detiene la inteligencia práctica del hombre; todas las naciones habituadas sólo a ellas tuvieron dificultad en elevarse más allá. Todas también tuvieron terror al yugo esclavizante de la agricultura.

Por hermosas que sean las praderas de Norteamérica, por más que cada pueblo aprecie y proteja su propiedad, y por más que algunos aprendieron de los europeos a valuar el dinero, el aguardiente y otras comodidades, sólo a las mujeres se encarga la labranza de los campos, el cultivo del maíz y algunas hortalizas, así como el trabajo doméstico. El cazador aguerrido no puede tomar la decisión de convertirse en hortelano, pastor o agricultor. La vida libre y activa es el don más preciado para el llamado salvaje; rodeándolo de peligros, excita y ejercita sus fuerzas, su valor y poder de decisión y le premia con salud y vitalidad, con el sosiego de la independencia en su cabaña y con honor y respeto frente a su tribu. Más no pretende y más no necesita, y ¿qué nueva felicidad podría proporcionarle otro estado de cosas cuyas comodidades ignora y cuyas molestias detesta? Léanse algunos discursos de quienes osamos llamar salvajes ¿no hay en ellos un sentido común y una justeza innegables? Aunque esculpida con mano ruda y con un menor caudal de diferenciación de fines, la forma humana ha alcanzado también en ese estado la perfección que le fué posible, a saber: lo requerido para un contentamiento equilibrado acompañado de buena salud y larga vida y seguido de una tranquila partida de este mundo. El beduino y el avispón se encuentran satisfechos en su estado; aquél se horroriza de la vida ciudadana así como éste tiembla todavía en vida ante la idea de que sus restos sean enterrados por la Iglesia; en ambos casos, el encierro les parece equivalente a ser enterrado con vida.

Aun allí donde la gricultura ha sido introducida, cuesta trabajo atar al hombre a su terruño y acostumbrarlo a las nociones de mío y tuyo. Algunos pequeños y civilizados reinos de los negros no adquirieron este concepto hasta el día de hoy, puesto que, como alegan, la tierra es un bien común. Anualmente distribuyen entre ellos los agros y los cultivan con poco trabajo; recogida la cosecha, el suelo vuelve a pertenecerse a sí mismo. En general, ningún sistema de vida ha causado tantas transformaciones en la mentalidad de los hombres como la agricultura, que los circunscribe a una determinada extensión de tierra. Al promover el desarrollo de artes y oficios, aldeas y ciudades, y fomentando, en consecuencia, la legislación y la actividad policial, abrió necesariamente las puertas a este terrible despotismo que, seguro de encontrar a cada cual sobre su campo, acabó por prescribir a cada uno cuánto tenía que hacer y dejar de

hacer en su terruño. La tierra ya no pertenecía al hombre, sino el hombre a la tierra. Por no ejercitarlas, pronto se perdió la conciencia de las propias aptitudes; sumido en la esclavitud y cobardía, el hombre subyugado pasó de la pobreza trabajadora a la opulencia afeminada. De ahí que, en todo el mundo, los nómadas consideren al aldeano como bestia de carga encadenada y como aborto degenerado de la especie humana. Para ellos, las más grandes penurias son un placer mientras vayan acompañadas del premio de la libertad y autodeterminación; el lujo, en cambio, lo tienen por veneno tan pronto como relaja la fuerza de ánimo y priva al mortal del único gozo de su existencia efímera: la dignidad y la libertad.

Nadie crea que es mi intención desacreditar un sistema de vida usado por la Providencia como uno de sus medios principales para disponer a la humanidad a la vida social, pues también yo me alimento del pan que nos da el suelo. Pero exijo que también se haga justicia a otros sistemas de vida que, según la conformación de la tierra, no son menos destinados que la agricultura a servir de educadores de la humanidad. Sobre todo, si se considera que es la menor parte de los habitantes de la tierra la que cultiva sus campos a nuestra usanza, habiendo sido la misma naturaleza quien les impuso otra forma de vida. Los numerosos pueblos que viven de raíces, del arroz, de los frutos de los árboles, de la caza, en aire, mar y tierra; los innumerables nómadas, aunque ahora compren en regiones vecinas un poco de pan o tengan reducidos cultivos de cereales, y todos los pueblos que ejercen el cultivo sin propiedad privada o sólo mediante sus mujeres y siervos, no son naciones agricultoras en el sentido propio de la palabra. Pues ¿no es reducida por demás la parte de la tierra que responde a tal denominación y realiza esta forma de vida tan artificiosa? Ahora bien: la naturaleza consiguió su fin perseguido en todas partes, o no lo obtuvo en ninguna. Es que la inteligencia práctica del hombre había de florecer en todas las variedades posibles y dar su fruto; por esto a la especie que produjo más variedades, le fué donada una tierra de tanta variedad de condiciones.

IV

LAS SENSACIONES E INSTINTOS DE LOS HOMBRES ESTÁN SIEMPRE DE ACUERDO CON SU SISTEMA DE VIDA Y LA ORGANIZACIÓN QUE ADOPTARON, Y EN TODAS PARTES SE RIGEN POR LAS OPINIONES EN BOGA Y LA TRADICIÓN

El fin primordial de un ser es la auto-conservación; desde el grano de arena hasta el sol, todo objeto trata de seguir siendo lo que es; para esto los animales llevan impreso su instinto; para esto también recibió el hombre el equivalente análogo del instinto: la razón. Obediente a esta ley y obligado por el hambre implacable, busca su alimento por todos los medios; sin saber el porqué y el fin, tiende desde su infancia a ejercitar sus aptitudes mediante el movimiento. El hombre fatigado no llama al sueño, pero éste acude para renovar las fuerzas; la fuerza vital interna viene en ayuda del enfermo en cuanto puede, o por lo menos, trata de hacerlo con gemidos. El hombre defiende su vida contra todo cuanto la amenaza y, aun sin saberlo él, la naturaleza le ha rodeado de dispositivos para apoyarlo en esta tarea salvadora y conservadora.

Filósofos hubo que a causa del instinto de conservación clasificaron a nuestra especie entre los animales de rapiña y declararon que la guerra es su estado natural. Semejante aseveración es manifiestamente impropia. Verdad es que cuando arranca un fruto del árbol el hombre es un ladrón, y cuando mata un animal un asesino, así como el más cruel opresor de la tierra cuando con una pisada de su pie, tal vez con un hálito de su boca, quita la vida a legiones de seres vivos invisibles. Es sabido hasta dónde llegaron la delicada filosofía de la India y la egipcia con sus exageraciones para convertir al hombre en una criatura del todo inofensiva. Pero su intento ha sido vano para la especulación filosófica; no poseemos la clave de las correlaciones en el caos de los elementos y cuando no consumimos un animal grande, es una multitud de pequeñísimos seres en el agua y en el aire, en la leche como en las plantas, lo que estamos injiriendo.

Dejando a un lado, pues, estas cavilaciones, consideramos al hombre en medio de sus hermanos y preguntamos: ¿es por naturaleza un animal feroz para con sus congéneres, un ser antisocial? A juzgar por su figura no es lo primero, y menos lo último si consideramos su nacimiento. Concebido en el seno del amor y amamantado en sus pechos, es educado por hombres de quienes va recibiendo miles de beneficios sin haberlos merecido. En tanto, pues, ha sido formado realmente en la sociedad y para ella; sin ella no pudo ser concebido

ni llegar a ser hombre. Lo antisocial en el hombre empieza donde se apremia su naturaleza y se produce una colisión con otros seres vivos; mas en eso no constituye una excepción, sino que responde a la ley universal de la auto-conservación. Veamos, pues, qué medios escogió la madre naturaleza para dotarlo, también en este aspecto, de manera satisfactoria y sin embargo lo bastante limitada como para poner coto a la guerra de todos contra todos.

1. Siendo el hombre la criatura más artificiosa y de múltiples aptitudes, no hay, en correspondencia, ninguna especie de seres vivientes que presente una variedad tan grande de diferencias de características genéticas. En su delicada estructura no existe el instinto ciego arrollador. En ninguna especie, como en la suya, se diversifican y oponen las corrientes de ideas y tendencias. Por su naturaleza, pues, el hombre ofrece menos materia de colisión con sus semejantes ya que una inconmensurable y muy compleja multiplicidad de predisposiciones, sentidos e instintos se reparte sobre muchos individuos constituyendo en cada uno una constelación individual. Lo que para uno es indiferente, atrae a otro, y de esta manera cada cual vive en un propio mundo de goces y en medio de una creación hecha especialmente para él.

2. A esta especie tan diversiforme otorgó la naturaleza un espacio inmenso, la tierra rica y extensa que con variadas latitudes y ambientes habría de dispersar a los hombres en distintos sistemas de vida. Puso montes aquí, ríos y yermos allí como barreras entre los pueblos; dió la selva extensa a los cazadores, el mar infinito a los pescadores, y a los pastores la llanura ilimitada. Así, pues, no es culpa suya si las aves, engañadas por el arte del cazador, son atrapadas en la red donde se disputan el alimento, sacan los ojos y apestan el aire; porque, conforme al plan original, las aves habían de vivir bajo el cielo y no en la red del cazador. ¡Mirad aquellas tribus que conviven pacíficamente! Ninguno envidia al otro, cada cual adquiere y disfruta lo suyo en paz. Significa falsificar la historia el presentar como característica general del género humano el carácter malévolo y pendenciero de hombres que viven encerrados en un reducido espacio con sus artistas rivales, sus políticos polemizantes y sus sabios envidiosos; la mayor parte de los hombres sobre la tierra nada sabe de esas espinas hirientes y las llagas sangrientas que dejan impresas; vive al aire libre y no en medio del aliento pestífero de las ciudades. El que declara necesaria la ley porque de otra manera habría transgresores de la ley, supone lo que tiene que probar. No encerréis a los hombres en estrechas prisiones, y no hará falta procurarles ventilación; dejad de llevarlos artificialmente a sufrir accesos de rabia, y no será menester buscar el remedio igualmente artificial.

3. La naturaleza abrevió también en lo posible el tiempo en

que la convivencia de los hombres se hace indispensable. El hombre necesita una prolongada educación; mas aun entonces se encuentra todavía débil y se comporta como un niño que se enoja fácilmente para luego olvidar con igual facilidad, que se sulfura con frecuencia, mas no es capaz de alentar un odio prolongado. Apenas llega a la virilidad, su instinto despierta y le impulsa a dejar la casa paterna. La naturaleza le imprimió este instinto para que forme su propio hogar.

¿Y con quién lo preparará? Con una criatura tan semejante y desigual, tan diferente en sus características agresivas como pudo serlo con el fin de facilitar la unión de ambos. La naturaleza de la mujer es otra que la del hombre; su vida sensitiva es diferente y produce efectos distintos. ¡Infeliz aquél cuya competidora es una mujer que acaso le supere en virtudes varoniles! Sólo con la bondad condescendiente le ha de dominar, y de esta manera, la manzana de la discordia se convierte nuevamente en fruto del amor.

No quiero llevar más adelante la historia de la diferenciación del género humano; están echadas las bases desde las cuales, comenzando con familias y estirpes, se formarán luego las sociedades, leyes, costumbres y hasta idiomas. ¿Qué demuestra el hecho inevitable de los diversos dialectos que se encuentran en número infinito sobre la tierra, no pocas veces a exigua distancia? Demuestran que la madre naturaleza, fecunda y con ánimo de dispersar a sus hijos y trasplantarlos libremente, no quería conglomerados. Así se empeña también en que ningún árbol le quite la luz y el aire a otro con peligro de que éste resulte enano o se deforme para alcanzar un poco de libre respiración. Quiere que encuentre su propio lugar para elevarse con sus propias fuerzas a las alturas coronado por floreciente y ancha copa.

No la guerra, pues, sino la paz es el estado natural de la humanidad libre; la guerra es un estado de emergencia y no del disfrute previsto originalmente. En manos de la naturaleza, nunca es un fin en sí mismo (incluso el canibalismo), sino en ocasiones una triste medida a la cual la madre de todas las cosas no pudo sustraerse siempre, pero que aplicó, en compensación, para fines tanto más elevados, preciosos y variados.

Antes de tratar el triste odio, hablemos, pues, del amor gozoso. Su imperio es la tierra entera, sólo que en todas partes se muestra con figura diferente.

Cuando la flor ha alcanzado la madurez, florece; el tiempo del florecimiento está, pues, en relación con el período de crecimiento que, a su vez, depende del calor solar estimulante. De la misma manera, el punto más tardío o temprano del florecimiento humano, depende del clima y todas sus circunstancias concomitantes. Es cosa notable cuán grande es la diferencia de la edad de la pubertad según

las diversas zonas de nuestra pequeña tierra. La muchacha persa se casa a los ocho años y da a luz a los nueve; nuestras antiguas mujeres germanas eran mujeronas de treinta años antes de pensar en el amor.

Cualquiera ve cómo tales diferencias habían de modificar la relación entre los dos sexos. La mujer oriental es una niña al casarse; florece temprano, y se marchita con igual prontitud; el marido, más adulto, la trata como niña y flor. Puesto que en aquellas regiones calurosas la excitación del instinto sexual no sólo aparece más temprano en ambos sexos, sino también con un ímpetu mayor, ¿hay nada más natural que el hombre comenzara a abusar pronto de las prerrogativas de su sexo plantando todo un jardín de tales flores efímeras? Este paso tuvo importantes consecuencias para el género humano. No sólo que los celos del hombre encerraron a sus muchas mujeres en un harem donde su evolución no podía ir a la par con la del sexo masculino, sino que toda la educación de la mujer iba ahora encaminada desde la infancia hacia su vida en el harem y la convivencia con muchas otras mujeres. No era raro que la niña de dos años ya fuese desposada o vendida. ¿Qué otra cosa cabía esperar sino que toda la vida social del hombre, el gobierno de la casa, la educación de los hijos y finalmente la misma fecundidad fuesen afectados por este abuso?

Está suficientemente probado que un matrimonio prematuro y una excitación sexual exagerada del hombre no fomenta ni el vigor de la prole ni la fecundidad; más aún, las informaciones de varios viajeros hacen parecer verosímil que en algunas de aquellas regiones nacen más mujeres que varones, lo que, si la información tiene fundamento, bien podría ser una consecuencia de la poligamia y a su vez una causa de fomentarla. Ciertamente no es éste el único caso en que el artificio y la concupiscencia opulenta de los hombres ha desviado el curso de la naturaleza, la cual de por sí mantiene bastante equilibrio entre los dos sexos. Pero puesto que la mujer es el pimpollo más delicado que ha brotado de nuestra tierra y el amor el móvil más poderoso que desde el principio ejerce su influjo en la creación, la forma de encararlo había de ser necesariamente el punto crítico en la historia de nuestra especie. En todas partes la mujer ha sido siempre la manzana de la discordia de la concupiscencia, y por su naturaleza es, por así decirlo, la primera piedra desmoronadiza en el edificio de la creación humana.

Acompañemos, por ejemplo, a Cook en su último viaje. Si en las Islas del Pacífico y otras, el sexo femenino parecía estar al servicio de la prostitución de manera que no sólo se entregaban a cualquiera a cambio de un clavo, una chuchería o una pluma, sino que también el hombre estaba dispuesto a alquilar a su mujer por cualquier nadería cuya posesión le apetecía, la escena cambia de decorado cuando estamos frente a los isleños de otro clima y carácter. Entre

los pueblos donde el hombre empuñaba el hacha de la guerra, la mujer vivía más recogida en la casa; las costumbres más rudas de aquél imprimieron una mayor dureza a ésta, de suerte que ni su fealdad ni su belleza estuviesen abiertas a los ojos del mundo. Creo que ninguna circunstancia permite tantas conclusiones acerca del verdadero carácter de un hombre o una nación como el trato que da a su mujer. La mayoría de los pueblos que llevan una vida difícil han degradado el sexo femenino a la categoría de animal doméstico cargándolo con todas las molestias del trabajo del hogar. El hombre creía que con una hazaña peligrosa, audaz y viril se había desembarazado de los quehaceres menudos, dejándolos a las mujeres. De ahí la considerable sujeción de este sexo entre los más de los salvajes en todas las latiudes. De ahí también el desprecio de los hijos respecto de sus madres apenas traspasan el umbral de la pubertad. Desde temprana edad han sido educados para empresas arduas recordándoseles a menudo las prerrogativas del varón, y de esta manera, una especie de ruda mística de la guerra o del trabajo no tardó en sustituir la ternura del afecto. Desde Groenlandia hasta el país de los hotentotes predomina este desprecio hacia las mujeres entre todas las naciones no civilizadas, bien que asuma formas diversas en cada pueblo y Continente. En la esclavitud acontece que la mujer negra es tenida muy por debajo del negro, y el habitante del Caribe más miserable se cree monarca en su propia casa.

Mas no es sólo la flaqueza de la mujer la que parece haberla sometido al hombre; en la mayoría de los lugares contribuyó a ello también la excitabilidad más acentuada del hombre, su astucia, y en general la estructuración más móvil y delicada de su alma, con algunos otros factores. Los orientales, para citar un ejemplo, no pueden concebir cómo pueda haber una libertad tan ilimitada para el sexo femenino en Europa, imperio de las mujeres, sin gravísimos peligros para el hombre. Entre ellos, así dicen, se produciría un desconcierto general si no se delimitara la acción de unas criaturas tan tornadizas y astutas. Para algunas costumbres tiránicas no se alega otra razón sino que las mismas mujeres por su propia conducta se habían merecido en tiempos pasados una ley tan dura para poder salvaguardar la seguridad y tranquilidad de los hombres. De esta manera se explica, por ejemplo, la costumbre inhumana de la India de quemar a las viudas a una con sus maridos difuntos. La vida del hombre, se dice, no hubiera sido segura sin este espantoso remedio de sacrificar la vida de la mujer junto con la suya; y leyendo los relatos de la lasciva y astuta voluptuosidad de las mujeres en esos países, de los maravillosos encantos de las bailarinas de la India, de los harems entre turcos y persas, casi se podría creer algo por el estilo. Los hombres fueron incapaces por igual de salvar de la chispa la yesca inflamable, producto de la opulencia, y demasiado débiles

y abandonados para educar y desenvolver para fines más elevados el engorroso e inmenso complejo de aptitudes y conspiraciones de la mujer. Como bárbaros opulentos y débiles se procuraron su tranquilidad con métodos bárbaros y dominaron a viva fuerza a aquélla cuya astucia no pudieron superar con la inteligencia. Léase lo que los orientales y helenos han dicho sobre la mujer y se hallará material en abundancia para explicar la extraña suerte que la mujer corrió en la mayor parte de los climas cálidos. Verdad es que en el fondo toda la culpa la tenían los hombres cuya brutalidad embotada no supo exterminar el mal que trataba de limitar de manera tan torpe, como lo demuestra no solamente la historia de la civilización que puso a la mujer a la par del hombre mediante una educación racional, sino también el ejemplo de algunos pueblos de buen entendimiento aunque sin una civilización refinada. El antiguo germano en medio de sus ásperas selvas reconocía cuanto hay de noble en la mujer y se regalaba con las más bellas características de este sexo: discreción, fidelidad, valor y castidad; mas hay que conceder que vino en su ayuda el clima en que vivía, su carácter genético y todo su sistema de vida. Él y su mujer crecían como las encinas, lentos, indestructibles y fuertes. Faltaban en su país los encantos seductores, a la vez que la costumbre y la necesidad estimulaban la virtud. ¡Hija de Germania, considera la gloria de tus antepasados y esfuérzate por imitarlos! De pocas naciones canta la historia las glorias que se narran de la tuya; entre pocas, también, honró el varón las virtudes de la mujer como lo hizo en la Germania más antigua. Esclavas son las mujeres de la mayor parte de los pueblos que viven con una constitución similar; amigas y consejeras eran tus madres, y las nobles entre ellas siguen siéndolo hasta nuestros días.

Hablemos, pues, de las virtudes de la mujer tal como se manifiestan en la historia de la humanidad. También en los pueblos más salvajes la mujer se distingue del hombre por una mayor ternura servicial, por su afición a los adornos y la belleza; características éstas que son reconocibles aun donde la nación se bate en las inclemencias del clima y las mayores penurias. En todas partes la mujer se adorna, y por escasos que sean los atavíos disponibles en algunos lugares, siempre la fértil tierra le brindará en la primavera algunas florecillas, mensajeras de las estaciones más pródigas por venir. El aseo es otra de las virtudes femeninas a la que se ve impulsada por naturaleza y la tendencia de agradar. Las disposiciones y las leyes y costumbres, muchas veces exageradas con que todos los pueblos sanos trataron de aislar y volver inofensivas las enfermedades propias de las mujeres, podrían avergonzar a más de una nación civilizada. Gracias a ello no conocían ni conocen buena parte de las debilidades que entre nosotros son tanto efecto como causa de la

triste decadencia que nuestras mujeres opulentas y enfermas propagan a una prole desgraciada. Mayores elogios aún merecen su paciencia y mansedumbre, la diligencia hacendosa e incansable con que el sexo débil se distingue en todas partes donde el abuso de la civilización no haya cundido. Con serenidad soporta el yugo que la superioridad brutal del hombre con su afición a la haraganería y pereza le impuso, cuando no recibió este estado de cosas como costumbre heredada de sus mayores. Los pueblos más miserables ofrecen en esto los ejemplos más notables. Nada hay de ficticio en el hecho de que en muchas regiones sea preciso obligar a contraer la pesada carga del matrimonio a la hija llegada a la edad núbil. A menudo se escapa de la choza y huye al desierto; con lágrimas acepta la corona de desposada, porque es la última flor de su juventud libre y juguetona. La mayoría de las canciones de esponsales de tales pueblos son de estímulo, de consuelo, mezclados con lamentaciones de las cuales nos mofamos porque ya no somos capaces de sentir su inocencia y su verdad. Tiernamente le da el adiós a todo cuanto amaba en su juventud; cual difunta deja la casa paterna para perder hasta su nombre y pasar a ser propiedad de un extraño que tal vez será su tirano. El don más preciado que posee un ser humano: la posesión de su persona, su libertad, su voluntad y acaso su misma vida y salud se lo tiene que sacrificar, y todo esto por unos encantos que la casta virgen desconoce aún y que tal vez se perderán muy pronto en un piélago de molestias y sufrimientos. Por fortuna, la naturaleza ha provisto y adornado el corazón femenino con una comprensión increíblemente arraigada y tierna del valor personal del varón. Este sentido le permite también soportar su dureza; le gusta tanto ponderar en alas de un dulce entusiasmo todo cuanto ve en él de noble, grande, valiente y extraordinario; con interés conmovedor escucha los relatos de las hazañas varoniles que a la noche le hacen olvidar las penurias de la jornada y la hacen sentirse orgullosa de pertenecer a un hombre tan distinguido, si ya no puede evitar el pertenecer a alguno. El amor a lo romántico que le es peculiar al carácter femenino, es, pues, un don benéfico de la naturaleza, un bálsamo para ella y un estímulo para el hombre cuyo galardón más preciado en todos los tiempos ha sido el amor de la mujer.

Consideremos, finalmente, el dulce amor maternal que otorgó la naturaleza a este sexo. Este amor parece casi independiente de la fría razón, y muy lejos de toda aspiración egoísta que especula con la recompensa. La madre ama a su hijo no por ser éste amable sino porque es parte viva de su propio ser, el hijo de su corazón, el calco de su propia alma. Por esto se le conmueven las entrañas con su aflicción y su corazón palpita más a prisa con su dicha; y su sangre corre más serena cuando el hijo sigue unido a ella a través de los

pechos que le amamantan. Este instinto materno domina en todos los pueblos no pervertidos; el clima que modifica todas las cosas, no pudo nada contra él; sólo un estado de la más abyecta perversión de la sociedad pudo hacer aparecer a los ojos de sus integrantes que los halagos del vicio sean más dulces que esta dulcísima pena del amor maternal. La groenlandesa amamanta a su hijo hasta el tercer y cuarto año, porque el clima no le brinda una alimentación apropiada para niños; y con paciencia condescendiente soporta todos los caprichos de la naciente petulancia varonil. La negra cuyo hijo es atacado por alguna bestia se arma de un valor y fuerzas que superan a los del hombre; con asombro y estupefacción se leen los ejemplos de la generosidad materna con el más completo desprecio de su propia vida. ¡Y qué si la muerte arrebata a la tierna madre, que nosotros llamamos una salvaje, su mejor consuelo, la joya y el centro de su vida! Léase en Carver [1], la lamentación de la nadovesa que acababa de perder a su marido y su hijo de cuatro años; el sentimiento que la domina está por encima de toda descripción. ¿Qué sentimiento de auténtica y femenina humanidad falta, pues, a estos pueblos, si no es que la indigencia, la triste necesidad, un pundonor malentendido o una costumbre bárbara heredada los desvía alguna vez por un camino equivocado? La semilla de los sentimientos más nobles y elevados no sólo se halla en todas partes, sino que está desarrollada también en todos en la medida que el sistema de vida, el clima, las tradiciones o el carácter peculiar del pueblo lo permitieron.

Si esto es así, no irá el hombre en zaga a la mujer; y en efecto, ¿cuál es la virtud varonil que no haya florecido en algún lugar de la tierra? La primera virtud del hombre, parece que es el coraje de dominar la tierra y disfrutar de la vida no sin acción, pero libre y con cierta austeridad. Esta virtud es la que se ha desarrollado más amplia y variadamente, ya que casi en todas partes obligaba a ello la necesidad, y cada una de las zonas de la tierra le confirió un matiz propio. Pronto, pues, el hombre vino a buscar la gloria en el peligro y la victoria representaba la joya más preciada de su vida. Del padre pasó esta inclinación al hijo, la educación la fomentaba desde la niñez y la disposición psicológica se hizo hereditaria en pocas generaciones. Los ladridos de la jauría y el llamado del cuerno hablan al cazador nato en un idioma que nadie sabe captar como él; las primeras impresiones de su infancia se asocian a este conjunto y no es raro el caso de que el rostro típico del cazador y la mentalidad cazadora se hereden de generación en generación. Lo mismo acontece con los sistemas más libres de vida de los pueblos activos. Las canciones de un pueblo son los testigos

[1] CARVER, *Reisen*, p. 338, etc.

más reveladores de sus sentimientos, instintos y opiniones: un verdadero comentario de su manera de pensar y sentir formulado por su propia boca[1].

Hasta sus costumbres, proverbios y aforismos son menos reveladores que aquéllas. Pero mucho más nos dirían los sueños característicos de cada pueblo si tuviéramos ejemplos de ellos, o mejor dicho, si los exploradores se tomaran el trabajo de registrarlos. En sueños y en el juego, el hombre se muestra tal cual es, y en el sueño más que en ninguna otra actividad.

La segunda virtud es el amor del padre a sus hijos y se manifiesta por medio de una educación viril. Desde temprana edad el padre habitúa al hijo a su modo de vida: le enseña las artes que conoce, despierta su ambición y se ama a sí mismo en él cuando entra en la vejez y pasa el umbral de la muerte. Este sentimiento es el fundamento de todo orgullo de estirpe y virtud de tribu; hace de la educación una obra pública y eterna; por él se han heredado todos los privilegios y prejuicios de los humanos. De ahí en casi todos pueblos y tribus el regocijo general cuando el hijo llega a la pubertad y se adorna con los utensilios o las armas del padre; de ahí también la profunda aflicción del padre cuando pierde al que era su orgullo y su esperanza. Léase al respecto la lamentación del groenlandés por su hijo[2], o los lamentos de Ossian por su Oscar y se verá sangrar en ellos las más hermosas heridas de un pecho varonil, las heridas de un corazón paternal.

El amor agradecido del hijo para con su padre es tan sólo una recompensa muy exigua del instinto con que el padre ama a su hijo; mas también esto es intención de la naturaleza. Tan pronto como el hijo llega a su vez a la paternidad, su corazón se derrama sobre sus hijos; la corriente debe dirigirse en dirección descendente y no ascendente; sólo así se mantiene la sucesión de siempre nuevas generaciones. No debe, pues, calificarse de desnaturalizado el hecho de que algunos pueblos que viven en la indigencia prefieren al nuevo retoño y no al padre agotado ya por las penurias de la vida, y hasta ayuden a acelerar la muerte de los ancianos, según refieren algunos relatos. No es odio lo que se refleja en tales actos, sino la triste necesidad y hasta una cierta bondad, puesto que no pueden llevar consigo a los viejos ni alimentarlos, por lo que prefieren procurarles una muerte sin dolor y de manos amigas en vez de abandonarlos a las garras de los animales feroces. ¿No puede suceder, acaso, que muy a su pesar el amigo mate al amigo haciendo con esto un beneficio impuesto por la cruel necesidad al que no le fué posible salvar de otra manera? Mas la gloria de sus

[1] Véase el folklore en general, y en particular la escuela nórdica.
[2] Canciones populares.

mayores sobrevive inmortalizada en el alma de la tribu, como lo demuestran en casi todos los pueblos sus canciones y sus guerras, sus historias y leyendas, y más que nada el inextinguible respeto por el modo de vida tradicional.

Los peligros comunes suscitan una valentía colectiva: así nace el tercer vínculo y el más noble de todos los que unen a los hombres: la amistad. En las formas de vida y las regiones que hacen necesaria la empresa colectiva, existen también las almas heroicas que se unen en un abrazo hasta más allá de la muerte. Tales fueron los célebres amigos de la mitología griega; tales también los alabados escitas y los que hasta nuestros días aman la aventura en la caza, la guerra, las incursiones en selvas y desiertos. El agricultor conoce sólo a su vecino, el artesano al compañero de gremio a quien favorece o envidia; el cambista, el sabio, el favorito de los príncipes, finalmente, cuán lejos están todos ellos de una amistad que nazca por propia elección y que se vaya forjando y acrisolando con hechos más que con palabras, y que es familiar más bien a los viajeros, prisioneros y esclavos que gimen en cadenas comunes. En los tiempos de la indigencia, en las regiones asoladas por el hambre, las almas se alían; el amigo moribundo encarga al amigo la venganza de su sangre y confía en volver a encontrarlo más allá de la tumba como vengador victorioso de su injuria. El otro se desvive por liberar la sombra del amigo difunto del conjuro de la sangre que clama venganza, de estar a su lado en la brega y compartir con él la gloria y bienaventuranza. Una tribu común de pequeños clanes no es más que una alianza de amigos conjurados por el mito de la sangre y que se distinguen en amor o separan por el odio de otras estirpes. Tales son las tribus árabes y algunas tártaras y la mayor parte de las americanas. Las guerras más cruentas entre ellas, que a primera vista parecen una mancha de oprobio en la historia de la humanidad, se originaron al principio en el más noble de los sentimientos: el del honor de tribu ofendido o de la amistad de tribu injuriada.

No quiero extenderme más sobre las diversas formas de gobierno de los gobernantes masculinos o femeninos de la tierra. Porque, por las razones expuestas, hasta ahora no se ha logrado todavía justificar en manera alguna cómo un hombre pueda tener por nacimiento el derecho de dominar a miles de sus hermanos, ni por qué pueda mandarles a su arbitrio, sin un contrato previo y sin limitaciones, entregar a miles de ellos a la muerte sin responsabilidad alguna, consumir los tesoros del Estado sin tener que rendir cuentas y cargar con este motivo los impuestos más pesados precisamente sobre los pobres. Menos aún se puede derivar de las disposiciones originales de la naturaleza que un pueblo valiente y audaz, es decir, miles de mujeres y hombres nobles tengan que besar los pies de un hombre débil y adorar el cetro con que un degenerado

descarga sus sangrientos golpes sobre ellos; ni se ve qué dios o demonio les inspiró para que abandonaran su propia razón y capacidad y a menudo hasta su vida y todos los sagrados derechos humanos al arbitrio de uno solo, teniendo por gran beneficio y motivo de gozo que el déspota actual haya generado a un déspota futuro... Digo, pues, que pareciendo todas estas cosas a primera vista uno de los enigmas más embrollados de la humanidad no conociendo la mayor parte de la tierra, feliz o desgraciadamente, estas formas de gobierno, no las podemos incluir, en consecuencia, entre las primeras, necesarias y universales leyes naturales que gobiernan la humanidad. Hombre y mujer, padre e hijo, amigo y enemigo son nombres y relaciones bien definidos; pero jefe y rey, legislador y juez por derecho hereditario, amo arbitrario y fiscalizador del Estado en provecho propio y el de todos los suyos que aún no han nacido siquiera, son conceptos que requieren otro desarrollo que el que les podemos dar en este lugar. Bástenos haber observado hasta ahora que nuestra tierra es un cultivo de sentidos y dones naturales, habilidades y artes, fuerzas anímicas y virtudes en gran escala de variedad. Hasta dónde el hombre tenga derecho y capacidad de forjarse con todo esto su felicidad, y cuál sea el patrón de su medida, es lo que vamos a discutir ahora.

V

LA FELICIDAD DE LOS HOMBRES ES SIEMPRE UN BIEN INDIVIDUAL Y COMO TAL CONDICIONADA CLIMÁTICA Y ORGÁNICAMENTE, FRUTO DE LOS HÁBITOS, LA TRADICIÓN Y LAS COSTUMBRES

Ya el mismo nombre de "fortuna" indica que el hombre no es capaz de una pura dicha ni se la puede crear; él mismo es hijo del acaso que le hizo nacer en tal o cual región y determinó también su capacidad de goce y la clase y medida de sus alegrías y sufrimientos según el país, la época, la organización y las circunstancias. Sería señal de un engreimiento ridículo el pretender que los habitantes de todos los Continentes deberían ser europeos para vivir felices. ¿Acaso nosotros mismos hubiéramos llegado a ser lo que somos fuera de Europa? Quien nos puso a nosotros aquí, puso a aquéllos allá y les confirió el mismo derecho para gozar de la vida terrena. Puesto que la felicidad es un estado de ánimo, es decir, interno, su medida y determinación no puede estar situada fuera sino sólo dentro del pecho de cada ser humano. Cualquier otro

que no sea yo, tiene tan poco derecho de imponerme su manera de sentir, cuanto que no es capaz de transmitirme su forma de ser y convertir mi existencia en la suya. No caigamos, pues, en el error de desestimar o sobrestimar por inercia orgullosa o nuestra acostumbrada soberbia, la medida de felicidad de nuestra especie, colocándola más arriba o más abajo de como lo dispuso el mismo Creador; pues sólo Él sabía para qué el mortal había de poblar la tierra.

1. Hemos recibido el complejo organismo de nuestro cuerpo con todos sus sentidos y miembros para usarlo y ejercitarlo. Sin el ejercicio se estancaría la corriente de nuestros humores vitales; nuestros órganos languidecerían. El cuerpo, en este caso un cadáver animado, muere ya mucho antes de la muerte; se descompone en una muerte lenta, miserable y antinatural. Por lo tanto, si la naturaleza quiso darnos el fundamento principal e indispensable para nuestra felicidad y salud, tuvo que rodearnos de la necesidad del ejercicio, las molestias y el trabajo, imponiendo de esta manera al hombre su bienestar antes que éste renunciase a él. Por esta razón, como decían los griegos, los dioses lo venden todo a los mortales a precio de trabajo, no por envidia sino por bondad, pues, justamente en este esfuerzo y la lucha por alcanzar la satisfacción del reposo es donde se obtiene el máximo de gozo y bienestar con la sensación de la función eficiente de nuestras fuerzas y tendencias. El hombre sólo languidece en aquellos climas o clases sociales en que una ociosidad enervante o una pereza opulenta sepulta el cuerpo en vida y lo transforma en cadáver descolorido, en carga que pesa sobre sí misma. Es en otras formas de vida y regiones, y precisamente en las más difíciles, donde florecen el mejor desarrollo y la simetría más bella y sana del cuerpo humano. Pasemos revista a la historia de los pueblos y leamos lo que, por ejemplo, Pagés dice del carácter de los bisayos, indios y árabes [1]; hasta el clima más bochornoso influye poco en la duración de la vida humana, y es precisamente la indigencia la que estimula a los necesitados a acometer alegres el trabajo, fuente de salud. Ni siquiera las mismas deformaciones del cuerpo que aquí y allá se encuentran en la tierra como carácter genético o costumbre heredada, hacen tanto daño a la salud como nuestros atavíos artificiosos y el esfuerzo antinatural de nuestro sistema de vida. Y en efecto, ¿qué tiene que ver un lóbulo de oreja agrandado de los araucanos, o una barba arrancada de los hindúes, o una nariz perforada con el pecho oprimido y atormentado, la rodilla caída, el pie deformado y las figuras contrahechas y raquíticas y las entrañas apretadas por un corsé de tantos elegantes europeos y europeas? Alabemos, pues, la Providencia que

1 PAGÉS, *Voyages*, p. 17, 18, 26, 52, 54, 140, 141, 156, 167, 188, etc.

hizo tan amplio y repartió por toda la tierra el fundamento de la salud que es la base de toda felicidad física. Tal vez los pueblos que tenemos por hijastros de la Providencia, hayan sido sus hijos predilectos, ya que si no les deparó un convite morboso de dulces venenos, les otorgó, en cambio, el cáliz de la salud por medio del duro trabajo de sus manos, junto con una auténtica y reconfortante vitalidad. Hijos de la aurora florecen y se marchitan; a menudo una alegría sin el peso de complicados razonamientos, una sensación de íntimo bienestar es para ellos la felicidad, el destino y gozo de la vida. ¿Habrá otro mejor, más suave y duradero para nosotros?

2. Nos solemos gloriar de nuestras refinadas potencias psíquicas. Más vale que aprendamos de la triste experiencia que no todo refinamiento porta consigo la dicha, y que más de un órgano delicado se echa a perder de esta manera. La especulación, por ejemplo, podrá ser el placer de unos pocos hombres ociosos, y también para ellos es, como el opio para los orientales, un placer agotador, desarticulado y somnoliento. El uso vigilante, despierto y sano de los sentidos, una inteligencia práctica para los casos reales de la vida, una atención vivaz con buena memoria, acompañados por un poder de decisiones rápidas y buena eficiencia: sólo esto merece llamarse presencia de ánimo, vitalidad intrínseca y es lo único que halla su premio en una sensación de fuerza presente y efectiva, en la alegría y la misma felicidad. No creáis, oh hombres, que un refinamiento a destiempo y sin medida sea lo mismo que la felicidad, o que la muerta nomenclatura de todas las ciencias y el uso acrobático de todas las artes puedan conferir a un ser viviente la ciencia de la vida. La experiencia de la felicidad no se adquiere mediante las recetas de nombres o artes aprendidos de memoria. Una cabeza sobrecargada de conocimientos, aunque fueran de la ciencia más pura, agobia el cuerpo, oprime el pecho, oscurece la mirada y se convierte en carga pesada y mortífera para el que la lleva. Cuanto más vamos refinando y especializando nuestras potencias psíquicas, tanto más se van atrofiando las fuerzas espontáneas; atormentadas en el potro del artificio, se marchitan nuestras aptitudes junto con nuestros miembros crucificados. Sólo el uso integral del alma, y en particular de sus fuerzas activas, cuenta con la bendición de la salud. Demos las gracias a la Providencia que no quiso educar demasiado delicadamente a la totalidad del género humano, convirtiendo nuestra tierra en nada menos que un aula de doctas ciencias. Con solícito cuidado dejó en la mayor parte de los pueblos y clases sociales que las fuerzas anímicas permaneciesen en forma de núcleo potencial, dispuesto a desarrollarse cuando y en la medida que requerían las circunstancias. Las más de las naciones de la tierra actúan y sueñan, aman y odian, esperan, temen, ríen y lloran como niños; de esta manera gozan, por lo menos, de la felicidad de

los sueños de la juventud. ¡Pobre de aquel que trata de encontrar la felicidad de la vida a fuerza de cavilar!

3. En fin, puesto que nuestro bienestar reside más en un tranquilo sentimiento que no en una idea brillante, son mucho más los sentimientos del corazón que los efectos de un intelecto que se asoma a los abismos del saber, lo que nos premia con el amor y el gozo de la vida. ¡Qué bien hizo, por consiguiente, la madre naturaleza al implantar en el corazón del hombre la fuente del amor de sí mismo y de los demás, casi independiente de motivos y estímulos externos, ya que el amor y la benevolencia representan la verdadera humanidad de nuestra especie, para la cual hemos sido creados. Todo ser viviente goza de su vida; no pregunta ni cavila sobre el por qué de su existencia; su existencia es su mismo fin, y su fin la existencia. Ningún salvaje se suicida, como tampoco ningún animal; propaga su especie sin saber por qué lo hace y se somete a todas las molestias y trabajos, aun bajo el clima más inclemente, con tal de sobrevivir. Este simple, profundo e insustituible sentimiento de la existencia es, pues, la felicidad, diminuta gota de aquel piélago insondable, de Aquel que es la felicidad infinita, que está en todas las cosas y siente y goza en todas ellas. De ahí vienen la alegría y el buen humor indestructibles que algunos europeos admiran en la faz y la vida de ciertos pueblos extraños, porque él no los siente en sí con su constante inquietud; de ahí también esa abierta benevolencia, la liberalidad natural de todos los pueblos felices de la tierra que no fueron obligados a la venganza o defensa de sus derechos. Según las informaciones de observadores imparciales, es esto un fenómeno tan extendido en toda la tierra que yo lo llamaría el carácter de la humanidad simplemente, si no fuera igualmente característico de la naturaleza humana en su desgraciada duplicidad, el reducir y limitar la abierta benevolencia, la amabilidad servicial y la alegría en sí misma y en otros para armarse, con o sin motivo, contra futuras penurias. Una criatura feliz en sí misma, ¿por qué no ha de gozar de ver a otras felices también y contribuir, en cuanto pueda, a aumentar la dicha de los demás? Sólo porque nosotros mismos, acosados por la indigencia, estamos siempre necesitados de tantas cosas y lo vamos estando cada vez más por nuestras propias malas artes y astucia, nuestra existencia se va estrechando y las espesas nubes de recelo, la aflicción, las molestias y preocupaciones ensombrecen un rostro que estaba creado para la alegría franca y comunicativa. Pero también aquí la naturaleza tuvo de su mano el corazón humano, y donde no pudo derramar sus dones a satisfacción, trató por lo menos de apaciguarlo con la misma negativa. El europeo no tiene idea de las ardientes pasiones y los fantasmas que agitan el pecho del negro, y el indio no puede concebir las concupiscencias siempre inquietas del euro-

peo que le precipitan de continuo a cruzar mares y Continentes. El salvaje que no posee una ternura desbordante externamente, la tiene empero, en tanto mayor grado disimulada bajo apariencias tranquilas y sosegadas. La llama de la benevolencia se apoya pronto donde chisporrotea cual fuegos artificiales. En una palabra: el sentimiento humano se manifiesta en todas las formas que tuvieron lugar en nuestro globo en los diversos climas, circunstancias y organizaciones de los hombres; mas en todas partes vemos que la felicidad de la vida no se halla en la multitud confusa de emociones y pensamientos, sino en la justa proporción que guardan con el goce real e interno de nuestra existencia y lo que juzgamos que le es propio. En ningún lugar de la tierra florece sin espinas la rosa de la felicidad, mas lo que nace de estas espinas es siempre y en las más variadas apariencias la efímera pero hermosa rosa de la alegría humana de vivir.

Si no me equivoco, estas simples premisas cuya verdad experimenta cada uno en el propio pecho, nos permitirán ahora trazar algunas líneas que eliminen por lo menos algunas de las dudas y errores sobre el destino humano. ¿Qué significa, por ejemplo, que el hombre que conocemos en esta vida tenga por fin un crecimiento indefinido de sus potencias anímicas, una progresiva extensión de sus sentimientos y su acción, y hasta que haya sido hecho para el Estado como fin supremo de su especie, de manera que todas las generaciones han sido hechas sólo para la última que se entroniza sobre las ruinas de la felicidad de todas las precedentes? Bastan el aspecto que ofrecen nuestros hermanos sobre el haz de la tierra así como la experiencia individual de cada vida humana, para refutar semejantes suposiciones sobre los planes de la Providencia creadora. Ni nuestra cabeza, ni nuestro corazón, ni nuestra mano están hechos para una plenitud siempre creciente de sentimientos e ideas, ni nuestra vida ha sido planeada para ello. ¿Acaso no se marchitan nuestras fuerzas más preciadas lo mismo que un día florecieron? Más aún: ¿no van cambiando entre sí con el pasar de los años y circunstancias, revelándose unas a otras en amigable contienda, o mejor dicho, en un corro que da vuelta sin cesar? ¿Y quién no sabe por experiencia propia que una extensión indefinida de sus sentimientos no hace más que debilitarlos y destruirlos dejando volar por los aires como copo insustancial lo que debía ser un grueso y resistente cabo de amor, y engañando a los demás? Puesto que no podemos amar a los otros más ni de otra manera que a nosotros mismos —pues los amamos como parte de nosotros, o mejor dicho, nos amamos a nosotros en ellos—, hay que conceder que es dichosa el alma que abarca mucho, cual un espíritu superior, con su acción eficiente, incorporándoselo todo con una actividad benéfica incesante; pero tanto más desdichada aquella otra que diluyendo sus

sentimientos en huecas palabras, no sirve ni para sí ni para los demás. El salvaje que se ama a sí mismo, como ama a su mujer y a sus hijos, con serena alegría, y arde en moderado fervor por su tribu y su propia vida, es, creo yo, una criatura más real y sincera que una de aquellas sombras doctas que se embriagan de un amor embelesado por todas las otras sombras de su nobilísima estirpe, es decir, de un título altisonante. En su pobre choza tiene lugar aquél para todo caminante que le solicita albergue, y a quien acoge con una bondad sin discriminaciones, sin preguntarle siquiera de dónde viene. En el corazón engreído del ocioso cosmopolita no hay lugar ni refugio para nadie.

¿Cómo es posible no ver, hermanos míos, que la naturaleza puso todo su empeño no en hacernos crecer en extensión, sino, por el contrario, en profundidad, acostumbrándonos a los límites de nuestra vida? Nuestros sentidos y potencias tienen su medida; las horas de nuestros días y edades se relevan unas a otras. Es, por lo tanto, un espejismo de la fantasía que el hombre y el anciano se crean todavía adolescentes. Y ¿qué diremos de esa voluptuosidad del alma que, adelantándose a la misma concupiscencia, se ve transformada al instante en sensación de asco? ¿es un placer paradisíaco o más bien el infierno de Tántalo, el eterno trajín de las Danaides absurdamente torturadas? Tu único arte necesario, oh hombre, en esta vida, es guardar la justa medida; la alegría, hija del cielo, que andas buscando, está al alcance de tu mano, está dentro de ti, hija de la sobriedad y del gozo sereno, hermana de la frugalidad y conformidad con tu existencia en la vida como en la muerte.

Aún menos comprensible es cómo el hombre podría haber sido hecho para el Estado de suerte que su verdadera felicidad nazca con la institución del Estado. ¡Cuántos pueblos de la tierra no saben nada de tal Estado y viven, no obstante, más felices que tantos benefactores crucificados del Estado! No quiero extenderme aquí sobre el daño o provecho que tales instituciones artificiales traen consigo; mas como quiera que todo artificio no es más que un instrumento, y cuanto más artificioso sea el instrumento, más difícil y delicado será su uso, es manifiesto que con la grandeza de los Estados y la mayor complejidad de su composición crece necesariamente y en gran medida el peligro de multiplicar el número de individuos desdichados. En los grandes Estados, centenares deben pasar hambre para que uno lleve una vida de calavera y sibarita. Miles y miles son oprimidos y arrojados a la muerte para que una cabeza coronada, idiota o sabia, pueda llevar a cabo sus fantasías. Y puesto que, como aseveran todos los doctores de las ciencias políticas, todo Estado bien constituído debe ser una máquina donde únicamente gobiernan las ideas de uno solo, ¿cómo podrá proporcionar una felicidad superior a la de servirle en calidad de miembro sin ideas,

cuando no tiene el honor de verse atado, contra ciencia y conciencia, por toda la vida sobre una rueda de Ixionte, que no deja al condenado otro consuelo que el de ahogar las últimas actividades de su alma libre e independiente y buscar su felicidad en la insensibilidad de una máquina? Oh, si somos hombres, demos las gracias a la Providencia por no haber fijado allí el fin de la humanidad. Millones de hombres sobre la tierra viven sin Estado y ¿acaso no tiene que comenzar cada uno de nosotros por donde lo hace el salvaje si quiere ser feliz aunque viva en el Estado más artificiosamente organizado, a saber, conquistando y conservando su salud y sus fuerzas anímicas, la felicidad de su hogar y la de su corazón por sí mismo, y no por medio del Estado? Padre y madre, marido y mujer, hijo y hermano, amigo y hombre, son relaciones naturales que pueden otorgarnos la felicidad; todo cuanto el Estado pueda darnos será siempre artificial, pero, por desgracia, puede robarnos algo mucho más esencial: ¡a nosotros mismos!

Bondadosa fué, pues, la Providencia al preferir la dicha más fácil del individuo a los fines artificiales de las grandes sociedades y liberar, en lo que le fué posible, las épocas de esas costosas maquinarias estatales. Con admirable acierto distribuyó los pueblos no sólo por selvas y montañas, mares y desiertos, ríos y climas, sino también por idiomas, inclinaciones y caracteres, con el único fin de poner dificultades a la obra del despotismo esclavizante y no permitir que todas las partes del mundo fuesen encerradas en el interior de un caballo de Troya. Felizmente, hasta ahora ningún Nemrod logró acorralar a los habitantes del mundo en un aprisco en provecho de él y su estirpe, y se puede aseverar que si la finalidad de la Europa confederada fuera desde hace siglos desempeñar el papel del tirano que impone su felicidad a la fuerza a las naciones de la tierra, la diosa de la fortuna está aún muy lejos de haber conseguido su propósito de traer la felicidad a los mortales. Débil e infantil hubiera sido la obra de la naturaleza creadora si ella hubiese esperado la realización del destino único y auténtico de sus hijos, el de ser felices, de las construcciones artificiales de unos advenedizos de última hora, confiando a sus manos el fin de la creación. Vosotros, hombres de todos los Continentes que hace milenios habéis pasado, no habríais vivido de verdad, abonando tan sólo el suelo con vuestra ceniza para que al fin de los tiempos vuestra posteridad hallara la salvación gracias a las bendiciones de la cultura europea. Si tal pensamiento no fuera demasiado risible, ¿qué le faltaría para ser una grave ofensa de la majestad de la naturaleza?

Si hay felicidad en esta tierra, debe hallarse en toda criatura sensible; más aún, le tiene que ser innata por naturaleza y cualquier artificio auxiliar tendrá que amoldarse a lo que es natural en

orden a su felicidad. Cada hombre lleva en sí la medida de su dicha: le está impresa la forma hacia la que debe evolucionar y dentro de cuyos límites puede únicamente llegar a ser feliz. Justamente por esto la naturaleza agotó la variedad de formas humanas en la tierra para que cada una encontrara su felicidad a su tiempo y lugar, engañando de este modo a los mortales sobre las penurias de la vida.

LIBRO NOVENO

I

POR MÁS QUE LE AGRADE AL HOMBRE HACERSE LA ILUSIÓN DE QUE ESTÁ PRODUCIENDO TODAS LAS COSAS POR SÍ SOLO, DEPENDE, SIN EMBARGO, DE LOS DEMÁS EN EL DESARROLLO DE SUS APTITUDES

No son solamente los filósofos quienes han querido hacer de la inteligencia humana una potencia pura que tiene su origen en sí misma, independiente de los sentidos y órganos; también el hombre sensitivo, en el sueño de su vida, cree que todo cuanto él es, lo ha llegado a ser por sí solo. Este error es explicable, especialmente en el hombre sensitivo. La sensación de la propia actividad que le ha impreso el Creador, le estimula a la acción y lo halaga con el más dulce de los premios, que es la conciencia de una acción llevada a cabo por sí mismo. Olvidados quedan los años de su niñez; la semilla que entonces recibió y la que sigue recibiendo diariamente, duerme en las profundidades de su alma; el hombre ve y goza solamente del nuevo retoño, se regocija de su crecimiento y de sus ramas cargadas de frutos. El filósofo, en cambio, que conoce por la experiencia la génesis y la extensión de una vida humana y que podría seguir eslabón por eslabón la cadena de la evolución de nuestra especie en la historia, como todo cuanto ve le recuerda la relación de dependencia, juzgo que no le debería resultar demasiado difícil volver a nuestro mundo real desde su mundo idealista, donde se siente tan aislado como suficiente.

Tan poco como un hombre tiene su origen en sí mismo por su nacimiento natural, tan poco es autónomo en el uso de sus potencias espirituales. No sólo el germen de nuestras predisposiciones reviste carácter genético lo mismo que nuestro cuerpo, sino que también todo el desarrollo de este germen depende del destino que nos traslada aquí o allá, y nos proporciona en diversos años y épocas tales o cuales medios auxiliares de formación. Ya el ojo debió aprender a ver, el oído a escuchar; y a nadie se le oculta con cuánto esfuerzo nos apoderamos del principal instrumento de nuestro trabajo intelectual: el lenguaje. Es evidente que la naturaleza ha equipado todo nuestro mecanismo, incluso la estructura y duración de

las diversas edades del hombre, con miras a estas ayudas venidas de fuera. El cerebro de los niños es todavía blando y pende del cráneo. Poco a poco va formando sus circunvoluciones, adquiere mayor firmeza con los años hasta que paulatinamente se endurece para, finalmente, no recibir nuevas impresiones. Así son también los miembros del niño, así sus instintos: aquéllos tiernos y aptos para la imitación; éstos absorben cuanto ven y oyen con admirable atención y vitalidad. El hombre es, por lo tanto, una máquina de admirable diseño, dotada de predisposiciones genéticas y la plenitud de la vida; pero esta máquina no se pone en funcionamiento por sí sola y aun el hombre más capaz debe aprender su manejo. La razón es un agregado de percepciones y hábitos de nuestra alma, una resultante de la educación de nuestra especie que el educado perfecciona finalmente en sí mismo conforme a moldes que recibe de fuera y realizando en su persona la obra de un artista que lo modela desde fuera.

He aquí el principio de la historia de la humanidad sin el cual no existiría tal historia. Si el hombre recibiera todo de sí mismo y lo desarrollara todo independientemente del mundo externo, tendríamos la historia de un hombre, pero no la de los hombres, es decir, de toda la especie humana. Pero puesto que nuestro carácter específico consiste precisamente en que, nacidos casi faltos de instintos, nos vamos haciendo hombres a fuerza de las ejercitaciones de toda una vida, y basándose en ello tanto la perfectibilidad como la corruptibilidad de nuestra especie, la historia de la humanidad se hace forzosamente un solo conjunto, es decir, una cadena de la convivencia social y la tradición formadora desde el primer eslabón hasta el último.

Por lo tanto, existe una educación del género humano precisamente porque cada hombre se hace hombre solamente a fuerza de educación y porque toda la especie no vive sino en esta cadena de individuos. Si alguien dijera que lo que se educa no es el individuo sino la especie, hablaría para mí en un lenguaje ininteligible, ya que género y especie son conceptos abstractos mientras no existan en individuos concretos. Si atribuyera yo a este concepto abstracto todas las perfecciones de la humanidad, de la cultura y de las luces que permite un concepto idealista, habría dicho tanto de la verdadera historia de nuestra especie como si hablara de la animalidad, de la "petreidad" o de la "metaleidad" en general, adornándolas con los atributos más brillantes pero contradictorios en los individuos tomados aisladamente. Mas nuestra filosofía no ha de seguir por estos senderos de la filosofía de Averroes según la cual todo el género humano posee solamente un alma, y ésta de baja estofa, la que se comunica sólo parcialmente a cada individuo. Si, por el contrario, quisiera reducir todo lo humano a los seres individuales ne-

gando la conexión que los une, me pongo nuevamente en contradicción con la naturáleza humana y el evidente testimonio de su historia, pues ningún individuo se ha hecho hombre por sí mismo. Toda su estructura humana está conectada con sus padres mediante una generación espiritual llamada educación, lo mismo que con sus amigos, maestros y todas las circunstancias en el curso de su vida, es decir, con su pueblo y sus antepasados o sea, finalmente con toda la cadena que forma su especie, la cual es responsable con alguno de sus eslabones de tal o cual de sus potencias pisiquicas. Así se llega de los pueblos en último término a las familias por las cuales se asciende hasta los patriarcas y fundadores de la tribu; la corriente de la historia conduce hasta sus fuentes. De esta manera, toda la tierra habitada toma el cariz de un gran colegio de nuestra familia humana, con muchos departamentos, clases y dependencias en las cuales, empero, se dicta un solo tipo fundamental de lecciones, heredadas, no obstante sus diversos apéndices y modificaciones, desde los primeros padres a través de todas las generaciones hasta nosotros. Ahora bien: si respecto tan sólo de la inteligencia limitada de un maestro de escuela, no abrigamos dudas de que debe haber tenido sus razones para hacer la división de materias y clases para sus alumnos; y por otro lado encontramos que en todas partes el género humano se halla bajo la acción de una especie de educación cuidadosamente planeada, aunque siempre en consonancia con las exigencias de la época y el sistema de colonización respectivo —considerando, por último, la estructura de la tierra y su relación con los hombres—, ¿en que cabeza cabe la duda de que el Creador de nuestra especie ha determinado en qué latitudes y a qué distancia han de habitar las naciones y que tomó esta determinación en su carácter de maestro del género humano? ¿Acaso el que contempla un buque negará la intención que con él perseguía el constructor? Y el que compara la obra de arte de nuestra naturaleza con cada uno de los diversos climas de nuestra tierra, ¿podrá librarse de la impresión de que, al crearse la tierra, la diversidad climática de tanta variedad de tipos humanos se operó también con miras a la educación espiritual? Mas puesto que el lugar donde se habita no lo hace todo, siendo necesarios seres vivientes semejantes a nosotros para instruir, habituar y formarnos, me parece que la existencia real de una educación del género humano y de una filosofía de su historia es tan cierta como que hay humanidad, es decir, cooperación de individuos que es solamente la que nos hace hombres en el sentido propio de la palabra.

De inmediato también se nos hacen evidentes los principios de esta filosofía, simples e inequívocos como lo es la antropología misma: son ellos la tradición y las fuerzas orgánicas.

Toda educación se opera por medio de la imitación y el ejercicio, o sea, por la transición de la figura del modelo a la cosa imitada. ¿Qué mejor denominación podríamos darle que la de tradición? El que realiza la imitación debe poseer la capacidad de asimilar lo imitado o imitable y transformarlo en sustancia propia lo mismo que el alimento. Solamente su capacidad de absorción determina, pues, de quién, qué cosa y cuánto ha de asimilar y de qué manera se lo apropie, aproveche y utilice. De esta manera la aducación de nuestra especie es genética y orgánica bajo un doble aspecto: genética por la transmisión y orgánica por la asimilación y aplicación de lo transmitido. Para darle un nombre a esta segunda génesis del hombre que abarca toda su vida podemos, partiendo del cultivo del agro, llamarla cultura, o también, tomando la imagen de la luminosidad del esclarecimiento, denominarla período de las luces; pero cualquiera que sea el nombre que elijamos, la cadena de la cultura y de las luces se extiende entonces hasta los confines de la tierra[1]. También el habitante de California y Tierra del Fuego aprendió a fabricar el arco y las flechas para utilizarlos luego; posee un lenguaje de conceptos, tiene ejercicios y artes que aprendió como los aprendemos nosotros; siendo así, pues, ha sido cultivado e iluminado por las luces, bien que sólo en grado ínfimo. La diferencia entre pueblos beneficiados y no beneficiados por las luces, entre los pueblos de cultura y los que no lo son, es, por consiguiente, no específica sino sólo gradual. El cuadro de las naciones ofrece en este aspecto infinitos matices que cambian con las circunstancias de tiempo y lugar, por lo cual también aquí, como en la contemplación de cualquier pintura, todo depende del punto de vista desde donde se miran las figuras. Si partimos de que la noción de la cultura se define por la cultura europea no hay que extrañarse de que la cultura se encuentre solamente en Europa; si además fijamos distinciones arbitrarias entre la cultura y las luces, ninguna de las cuales puede existir sin la otra si son lo que deben ser, nos alejamos aún más de la verdad. Pero si permanecemos con los pies sobre la tierra para considerar en su extensión más amplia lo que la naturaleza conocedora de los fines y carácter de sus criaturas nos propone como formación humana, se hallará que ésta no es otra que la tradición de una educación para alguna forma de vida y felicidad humana. Esta tradición está tan difundida como el género humano mismo y a menudo se muestra más activa entre los salvajes aunque limitada a una esfera reducida. Mientras el hom-

[1] El autor juega aquí con la palabra "Aufklärung", que corresponde a las expresiones castellanas: "ilustración" o "época de las luces", de la cual él era alto exponente, con la manifiesta intención de hacer pasar la época de las luces por la cumbre del desarrollo que había alcanzado la educación del género humano. *(N. del T.)*.

bre permanezca en compañía de hombres no puede sustraerse a esta cultura formativa o deformante; la tradición se apodera de él, informa su mentalidad y sus miembros. Cual sea la tradición y la maleabilidad del hombre, tal será su forma definitiva. Hasta niños que crecieron entre animales, si habían vivido durante algún tiempo entre hombres, conservaron algo de cultura, como lo demuestran casi todos los ejemplos conocidos; un niño, en cambio, a quien desde el primer instante se entregara a una loba, sería el único hombre sin cultura alguna en la tierra.

¿Qué se sigue ahora de esta premisa, confirmada por toda la historia de nuestra especie? En primer lugar, un principio que da a nuestra vida, y también a las presentes consideraciones un aliento y un consuelo: si el género humano no se ha hecho a sí mismo y si por el contrario descubre en su naturaleza predisposiciones que no pueden admirarse nunca lo suficiente, entonces la sapientísima bondad paternal del Creador debe manifestarse también en la determinación de los medios para el desarrollo de estas predisposiciones. ¿Por ventura el ojo humano fué creado en vano con tanta belleza? ¿No encuentra, apenas se abre a la vida, delante de él, el áureo rayo luminoso que ha sido creado para el ojo como éste para aquél, completando de esta manera la sabia organización del órgano visual? Lo mismo acontece con todos los sentidos y órganos, los cuales hallan los medios para su perfeccionamiento en el ambiente para el cual fueron creados. Y los sentidos y órganos espirituales de cuyo uso dependen el carácter del género humano y la especie y la medida de su felicidad, ¿habían de gobernarse por una ley distinta? ¿Justamente aquí había de fallar el Creador con su intención, que, por lo tanto, es la de toda la naturaleza, y por cuanto depende de la cooperación de las fuerzas humanas? ¡Imposible! Cualquier desvarío al respecto debe tener su fundamento en nosotros, al atribuir al Creador fines erróneos o frustrar los verdaderos por lo que a nosotros se refiere. Mas como también esta frustración debe tener sus límites y ningún plan de la sabiduría increada puede ser cambiado por una criatura salida de sus manos, tengamos por cierto y averiguado que la intención de Dios respecto del género humano en la tierra será reconocible inequívocamente hasta en las partes más embrolladas de su historia. Todas las obras de Dios tienen esta propiedad de que formando parte de un todo que no se deja abarcar por nuestra vista, sea, no obstante, cada una un todo completo en sí mismo que lleva impreso el carácter divino de su destino. Así sucede con las plantas y animales, y ¿había de ser de otro modo en el caso del hombre, de suerte que, por ejemplo, miles de hombres habrían nacido con miras a uno solo, todas las generaciones pasadas solamente para la última, todos los individuos solamente para la especie, es decir, para el fantasma de un concepto

abstracto? No es éste el modo de proceder de la Sabiduría infinita; no suele hacer juegos de manos ni trucos con sombras chinescas; en cada uno de sus hijos se ama a sí mismo con un amor paternal cual si esta criatura fuera la única del mundo. Todos sus medios persiguen un fin, todos sus fines son, a su vez, medios para fines superiores en los que el Infinito se revela llenándolo todo con su ser. Por lo tanto, lo que es y puede llegar a ser cada hombre, esto es el fin del género humano, ¿y qué es esto? Su humanidad y felicidad en este lugar, en este grado, para este y no otro eslabón de la cadena total de la evolución que se extiende por toda la especie. Quienquiera que seas y dondequiera que hayas nacido, oh mortal, allí eres el que te estaba destinado que fueras. ¡No dejes tu lugar en la sucesión de eslabones que forman la cadena, ni quieras ser superior a ella, sino adhiérete firmemente a ella! Solamente ocupando tu lugar dentro del conjunto, con lo que das y recibes, en constante actividad, hallarás la vida y el sosiego.

Segundo. Por más que al hombre le halague que la divinidad le haya aceptado como ayudante dejando su educación a su propio cuidado y al de sus semejantes, con todo se manifiesta precisamente en este medio elegido por Dios la imperfección de nuestra existencia terrena, por cuanto no somos todavía hombres propiamente dichos, sino que nos estamos haciendo hombres a diario. ¡Qué pobre es esta criatura que no posee nada por sí misma, todo lo recibe por modelos, enseñanza y ejercicio y se moldea en consecuencia cual si fuera de cera! Si alguno se siente tentado de soberbia a causa de su brillante inteligencia, eche una mirada sobre sus hermanos sobre el haz de la tierra, o escuche su historia variada y disonante. ¿Cuál es la barbaridad que no haya podido adquirir categoría de costumbre en un hombre, una nación y hasta un conjunto de naciones, hasta el punto de que muchos de ellos y por ventura los más llegaron a comer la carne de sus semejantes? ¿Cuál es la superstición estúpida que no haya encontrado aquí y allá una tradición que la consagrase? Ningún ser dotado de razón puede estar por debajo del hombre, que por toda su vida no sólo es niño por la inteligencia que posee, sino además alumno permanente de la inteligencia ajena. Según sean las manos en que le toque caer, será la formación alcanzada por él, y no creo que haya alguna forma posible de costumbres humanas que no fuese practicada por algún individuo o pueblo pasado o presente. Todo cuanto cabe de vicios y horrores va desfilando por la historia hasta que, por fin, acá y acullá aparece una forma más elevada de pensamientos y virtudes humanas. No puede ser de otro modo habiendo dispuesto el Creador que el medio de formación de nuestra especie fuese esta misma especie. Los errores habían de heredarse lo mismo que los pocos tesoros de la sabiduría; el camino de la humanidad se fué asemejando a un laberinto donde los des-

vías abundan por todos lados y sólo unos pocos senderos conducen al verdadero fin. Bienaventurado el mortal que encaminó sus pasos y los de sus hermanos hacia este fin, o cuyos pensamientos, inclinaciones y votos o tal vez sólo la serena luz que irradiaba su ejemplo impulsaron a sus semejantes a una más bella humanidad. No de otra manera ejerce Dios su acción sobre la tierra, sino por medio de hombres elegidos y de gran envergadura. Para la religión y el idioma, las artes y las ciencias y los mismos gobiernos, no hay corona más hermosa que el laurel del adelanto moral de las almas humanas. Nuestro cuerpo se pudre en el sepulcro y el recuerdo de nuestro nombre pronto palidece y pasa al reino de las sombras; sólo incorporándonos a la voz de Dios, es decir, a la tradición formadora, perdura nuestra acción, aunque anónimamente, en las almas de los nuestros.

Tercero. La filosofía de la historia que sigue fielmente la cadena de la tradición, es, por lo tanto, la única verdadera historia de la humanidad, sin la cual todos los acontecimientos externos del mundo no son más que humo o fantasmas espantosos. Horrendo es el aspecto de las revoluciones que amontonaron ruinas sobre ruinas, eternos comienzos sin fin, trastornos del destino sin intención duradera. Sólo la continuidad de la cadena formativa sabe ordenar tantas ruinas en un conjunto donde, si bien desaparecen las figuras humanas, sobrevive victorioso el espíritu de la humanidad. Gloriosos los nombres que brillan en la historia de la cultura cual genios del género humano, estrellas rutilantes en la noche de los tiempos. Aunque con el transcurrir de los siglos se desmoronó más de una piedra de los edificios que construyeron, y buena parte del oro que almacenaron fué relegado al olvido, el esfuerzo de su vida mortal no se ha perdido, pues lo que la Providencia pudo salvar de su obra, revivió mudando sus apariencias. Ningún monumento humano puede perdurar en la tierra en su integridad ya que, erigido por la corriente de las generaciones en el tiempo y para el tiempo, se hace perjudicial para la posteridad tan pronto como obstruye u obstaculiza nuevos esfuerzos. También la figura transitoria y la imperfección de toda obra humana estaba incluída en el plan del Creador. La estupidez fué necesaria para que la superase la sabiduría. La caducidad también de las obras más bellas era inherente a la materia en que fueron ejecutadas a fin de que el renovado afán constructor y reformador del hombre edificara sobre las ruinas; porque todos estamos aquí tan sólo en una planta de ensayos. Cada actor tiene que abandonar tarde o temprano la escena, y pudiendo serle indiferente lo que la posteridad decida hacer de su obra, hasta repugnaría a un espíritu bien nacido que las generaciones venideras adoraran con inercia estúpida su legado en vez de lanzarse a nuevas empresas. Él, por su parte, se alegra de este renovado esfuerzo, pues de este

mundo no se llevó consigo más que su vigor redoblado, el abundante fruto interior de su humano batallar.

¡Áurea cadena de la cultura que enlazas toda la tierra y tocas a través de todos los individuos hasta el trono de la Providencia: desde que me fué dado reconocerte en tus eslabones más gloriosos y seguir tus huellas a través de los sentimientos de padres y madres, amigos y maestros, la historia ya no es para mí lo que antes parecía: una devastación sacrílega sobre una tierra sagrada! Miles de crímenes vergonzosos están allí, paliados con despreciables elogios; mil otros les hacen compañía apareciendo en toda su fealdad; y, sin embargo, no logran sino hacer resaltar los contados méritos de la auténtica acción humana, que siempre marchó sobre nuestra tierra a paso quedo y escondido y pocas veces soñó con las consecuencias que la Providencia sabría sacar de su vida como hizo brotar el espíritu de la materia. Sólo bajo las ráfagas de la tormenta pudo crecer la noble planta; sólo por la resistencia contra pretensiones ilegítimas pudo salir victorioso el dulce esfuerzo del hombre; más aún: en ocasiones parecía que iba a sucumbir bajo la carga de su pura intención; pero no fué así, no sucumbió. La semilla salida de las cenizas floreció tanto más hermosa en el futuro y regada con sangre creció hasta alcanzar la corona de la inmortalidad. De ahí que la maquinaria de las revoluciones no logre ya desorientarme; ella es tan necesaria para nuestra especie como las olas para la corriente, a fin de que no se convierta en un pantano estancado. El genio de la humanidad florece siempre rejuvenecido y sigue su marcha palingenética a través de estirpes, pueblos y generaciones.

II

EL MEDIO POR EXCELENCIA DE LA CULTURA HUMANA ES EL LENGUAJE

En el hombre y hasta en el mono se encuentra un curioso instinto de imitación que en manera alguna es resultado de un razonamiento conceptual sino fruto inmediato de una simpatía de origen orgánico. Así como una cuerda hace vibrar otra y con una mayor densidad y homogeneidad de los cuerpos crece también su poder vibratorio, así también ocurre con la organización humana, la más refinada de todas y como tal mejor templada para reflejar y sentir en sí misma el sonido de todos los otros seres. La patología demuestra que no sólo afectos y heridas físicas sino hasta la locura pueden propagarse a base de simpatía.

En los niños, los efectos de estas ondas de igual frecuencia pueden observarse en grado superlativo; precisamente para esto había de permanecer su cuerpo por tantos años en un estado comparable a un arpa que resuena fácilmente en respuesta a las vibraciones que percibe. Hechos y gestos y hasta pasiones y pensamientos se transmiten insensiblemente a ellos de suerte que estén por lo menos predispuestos, o templados, para lo que todavía no pueden realizar, siguiendo en ello, sin saberlo, un instinto que es una especie de asimilación espiritual. No de otra manera se presentan las cosas entre los hijos de la naturaleza, los pueblos salvajes. Actores natos de pantomima imitan todo cuanto se les relata o que ellos desean expresar con gran vivacidad, y así, en sus danzas, juegos y bromas se manifiesta su verdadera mentalidad. Imitando, su fantasía se incorporó estas imágenes; en imágenes tipos de esta índole consiste el acervo de su memoria y su lenguaje; de ahí también que sus pensamientos pasen tan fácilmente a la acción y la tradición viva.

Mas con toda esta mímica no habría alcanzado el hombre la característica de su especie: la inteligencia; a ella llega únicamente por medio del lenguaje. Detengámonos un poco en este prodigio de una disposición divina; tal vez, después de la creación de los seres vivos, sea el mayor de cuanto hay en la tierra.

Si alguien nos propusiera una adivinanza de cómo las imágenes percibidas por la vista y todas las sensaciones de nuestros diversos sentidos se pudieran no solamente convertir en sonidos, sino, impregnar estos últimos de su contenido de tal manera que adquieran fuerza intrínseca para comunicarse expresando y suscitando pensamientos, sin duda que se tendría semejante problema por la ocurrencia de un loco que sustituyendo las cosas más disparatadas y heterogéneas quisiera hacer del color un sonido, del sonido un pensamiento y del pensamiento un sonido que refleja colores. Pues es el caso que la Divinidad ha resuelto este problema con eficiencia. Una emisión de sonido de nuestra boca se convierte en pintura del mundo, es decir, en la tipografía de nuestros pensamientos y sentimientos dentro del alma de nuestro interlocutor. De una diminuta emisión de aire depende todo cuanto los hombres jamás pensaron de humano, anhelaron, hicieron y harán; porque todos viviríamos todavía en la selva si el hálito divino no hubiera aspirado sobre nosotros asentándose cual sonido mágico en nuestros labios. Toda la historia de la humanidad con todos los tesoros de su tradición y cultura no es más que una secuela de esta adivinanza divina resuelta. Lo que la hace más extraordinaria aún es el hecho de que ni después de su resolución y con el uso diario del habla podamos comprender la conexión y cooperación existente entre los instrumentos que en ello intervienen. El oído y el lenguaje mantienen estrecha conexión; pues en los casos de degeneración es manifiesto

que sus órganos son afectados en igual proporción; también advertimos que todo el cuerpo ha sido organizado en orden a esta complementación mutua; pero la índole intrínseca de esta cooperación, no la podemos entender. El que todos los afectos, en particular dolor y alegría se conviertan en sonidos, y que cuanto percibe nuestro oído impulse también la lengua; que imágenes y sensaciones puedan transformarse en símbolos espirituales y éstos, a su vez, puedan ser un lenguaje significativo y conmovedor; todo esto es un conjunto de tantas potencias y facultades, algo así como una alianza voluntaria que el Creador ha querido establecer entre los más diversos sentidos e instintos, fuerzas y miembros de su criatura tan milagrosamente como unió el cuerpo con el alma.

¡Qué extraordinario parece que un tenue movimiento del aire sea el único o, cuando menos, el mejor medio de expresión de nuestros pensamientos y sentimientos! Sin el nexo misterioso que une este hálito con todos los actos de nuestra alma que le son tan desiguales, todos ellos quedarían como no realizados; la delicada organización de nuestro cerebro sería inútil, todo el plan de nuestro ser quedaría incompleto y trunco como lo demuestran los ejemplos de los hombres que se criaron entre animales. Los sordomudos de nacimiento, por más que durante años vivan rodeados de un mundo de gestos y otros símbolos de ideas, se comportan, sin embargo, sólo como niños o animales humanos. Actuaban por analogía conforme a lo que veían y no comprendían, pero sin llegar con tanta abundancia de impresiones visuales a establecer relaciones propiamente intelectivas. Ningún pueblo posee ideas para las cuales no tiene palabras; la contemplación más intensiva permanece en el ámbito del oscuro sentimiento hasta que el alma encuentre el símbolo para incorporarlo mediante la palabra a la memoria, la retrospección, la inteligencia, para finalmente llegar hasta la inteligencia de los otros hombres y con ello a la tradición. Una inteligencia pura sin lenguaje es tierra utópica en esta vida. Otro tanto ocurre con las pasiones del corazón y todas las inclinaciones sociales. Sólo el lenguaje ha hecho humanos a los hombres encerrando en diques la inmensa marea de sus afectos y dándole símbolos racionales mediante la palabra. No es la lira de Anfionte la que construyó ciudades ni una varita mágica la que convirtió desiertos en jardines; lo hizo el lenguaje, el noble vínculo social de la humanidad. Gracias a él se unieron dándose la bienvenida y suscribiendo una alianza de amor. Él fué quien promulgó las leyes y federó las estirpes, sólo gracias a él fué posible una historia de la humanidad en formas heredadas por el alma y el corazón. Aún ahora veo a los héroes de Homero y siento los lamentos de Ossian, aunque las sombras de los bardos y sus héroes hace miles de años abandonaron nuestra tierra. Un hálito de la boca les confirió inmortalidad y trae sus figuras ante los ojos

de mi espíritu. La voz de los difuntos resuena en mis oídos y yo oigo sus pensamientos que enmudecieron desde tiempos inmemoriales. Lo que alguna vez excogitó el espíritu humano, lo que pensaban los sabios de la Antigüedad, únicamente por el lenguaje llegará hasta mí, si así lo ha dispuesto la Providencia. Gracias a él mi alma pensante comunica con el alma del primero y tal vez con el último de los hombres racionales; en una palabra, el lenguaje es el distintivo característico de nuestra inteligencia por el cual ésta toma forma y se propaga.

Pero basta aguzar la vista para ver cuán imperfecto es este medio de nuestra cultura, no sólo como instrumento de la inteligencia sino también como vínculo de hombre a hombre, hasta el punto de que casi no cabe imaginar un tejido más tenue, volátil y efímero que el destinado por el Creador a enlazar nuestra especie. Padre bondadoso: ¿no hubo otro patrón para nuestros conceptos ni una comunicación más íntima de los espíritus y corazones humanos?

1. Ningún lenguaje expresa objetos sino nombres: ninguna inteligencia humana conoce, en consecuencia, objetos, sino solamente sus símbolos a los que designa con palabras: descubrimiento éste que, humillante por demás, asigna límites muy estrechos a toda la historia de nuestro intelecto y le da una apariencia poco sustancial. Toda nuestra metafísica es meta-física, es decir, un registro abstraído y ordenado de nombres que viene detrás *(meta)* de la observación hecha por la experiencia. Como método ordenativo y registro, esta ciencia puede ser muy útil y tiene que guiar en cierta manera nuestro intelecto organizado en todas las demás; pero considerada en sí misma, en su naturaleza intrínseca, no nos puede dar un solo concepto completo y esencial, ni una sola verdad íntima. Toda nuestra ciencia calcula con símbolos abstraídos, aislados y externos, que no tocan la existencia íntima de un solo objeto, porque carecemos de un órgano adecuado para sentir y expresarla. Ninguna fuerza conocemos en su esencia ni podremos conocerla jamás; pues aun la que piensa y entiende dentro de nosotros, la sentimos y gozamos pero no la conocemos. Por lo tanto, no comprendemos ni un solo nexo entre causa y efecto ya que no tenemos una inteligencia intrínseca de lo que ejerce el influjo causal ni de lo que lo recibe, careciendo en absoluto de un concepto de la esencia de un objeto. Así, pues, nuestro pobre intelecto no es más que un calculador de signos, por lo que se le designa, efectivamente, en varios idiomas.

2. ¿Y con qué realiza sus cálculos? ¿Acaso con los mismos signos que abstrajo previamente, por imperfectos e insubstanciales que éstos sean? ¡De ninguna manera! Estos signos son traducidos nuevamente en sonidos arbitrarios completamente ajenos a su esencia, con los cua-

les piensa el alma. Así, pues, ella calcula con centavos, sonidos y cifras; porque nadie que conozca siquiera dos idiomas diferentes creerá que exista un nexo esencial entre el lenguaje y el pensamiento que expresa. Tanto más cuanto que hay muchísimos más que dos idiomas en la tierra, en todos los cuales calcula el intelecto y se contenta con el simbolismo de un orden arbitrario. ¿Y por qué? Porque el mismo intelecto no posee más que datos no esenciales y, al fin de cuentas, le resulta indiferente designarlos con tales o cuales cifras. ¡Triste perspectiva es ésta para la historia del género humano! Errores y diversidad de opiniones son, pues, por nuestra naturaleza inevitables, no solamente por errores de observación, sino por el origen mismo de nuestras ideas y su propagación por medio del intelecto y el lenguaje. Si pensáramos objetos en vez de signos abstraídos y expresáramos la esencia de las cosas en vez de símbolos arbitrarios, habríamos eliminado el error y las opiniones y nos hallaríamos en el reino de la verdad. Mas ahora, cuán lejos nos encontramos de sus playas aunque creamos estar muy próximos a él, ya que, lo que sé de una cosa no es más que un símbolo extrínseco e incoherente revestido de otro símbolo no menos fortuito. ¿Me comprenderá el otro? ¿Asociará con la palabra la misma idea que yo o por ventura ninguna, para luego pasarla a otros vaciada de todo contenido, a la vez que sigue operando con ella? Así ocurrió con todas las escuelas filosóficas y las religiones. El fundador tenía de lo que decía una idea por lo menos clara aunque no por eso verdadera; sus discípulos y seguidores le entendían a su manera, es decir, asociaban a las palabras de él las ideas de ellos mismos hasta que, al final, sólo resonaban sonidos vacuos en los oídos de los hombres. Todas estas imperfecciones son inherentes a nuestro único medio de propagación de los pensamientos humanos; pero nuestra cultura depende de esta cadena y no nos podemos librar de ella.

Las consecuencias para la historia de la humanidad son importantes.

1. A juzgar por este medio de la cultura elegido por la Divinidad, difícilmente nuestra especie puede haber sido hecha para la sola especulación o la pura contemplación; pues ambas tocan nuestra esfera de manera muy imperfecta. No para la pura contemplación: porque ella o se basa en un engaño, porque ningún hombre conoce la esencia de las cosas, o, por lo menos, permanece incomunicable, ya que no admite signos ni palabras. Apenas un contemplativo puede inducir a otro al camino por el cual llegará a ser partícipe de inimaginables tesoros, y tiene que dejar para él y su propio genio hasta qué punto pueda tener parte en esta contemplación. Necesariamente se abre aquí una puerta a mil tormentos inútiles del espíritu e innumerables clases del más astuto fraude, como lo demuestra la historia de todos los pueblos. Tampoco puede

ser la especulación el destino del hombre ya que en su origen y posibilidades de comunicación no es más perfecta, y demasiado pronto llena las cabezas de sus adoradores con huecas palabras. Más aún: donde estos dos extremos de la especulación y contemplación pretenden mancomunarse para dirigir a los visionarios metafísicos hacia una intelección sin palabras y plena de contemplaciones, allí el pobre género humano va flotando en la esfera de las imposibilidades entre el calor congelado y el frío ardiente. La Divinidad nos ha conducido por un camino más seguro, el camino del justo medio, por obra del lenguaje. Aunque éste no puede proporcionarnos más que conceptos racionales, éstos nos bastan para gozar de la naturaleza, emplear nuestras potencias y nuestra vida en forma sana y promover la cultura humana. No hemos de respirar el éter, para lo cual no ha sido hecha nuestra máquina, sino el sano aroma de la tierra.

¿Y será verdad que en el campo de los conceptos verídicos y útiles los hombres estén tan distantes unos de otros como lo supone la engreída especulación? Tanto la historia de las naciones como la naturaleza del intelecto y del lenguaje me impiden creerlo. El pobre salvaje que ha visto pocas cosas y ha enlazado aún menos conceptos, procedió en su conjunción no de otra manera que los primeros filósofos del mundo. Como ellos se ejercitó en el lenguaje, y por medio de éste su intelecto y su memoria, su fantasía y visión retrospectiva. Que esto se haya realizado en mayor o menor escala, nada tiene que ver respecto de la manera específicamente humana con que lo hizo. El sabio de Europa con fama mundial no puede nombrarnos una sola potencia psíquica que le sea exclusiva; más aún: hasta respecto de la proporción de las potencias y su ejercicio la naturaleza compensó con creces. Así, por ejemplo, en algunos salvajes la memoria, el poder imaginativo, la inteligencia práctica, la rapidez de decisión, el buen juicio, son expresión evidente de un florecimiento que se halla pocas veces entre las inteligencias supercultivadas de los sabios europeos. Éstos, en cambio, calculan con sus conceptos verbales combinaciones infinitamente refinadas y artificiosas en las que no piensa el salvaje; pero ¿acaso una máquina calculadora sentada es de por sí el modelo de todas las perfecciones humanas, su felicidad y su vigor? Dejad que aquél piense en imágenes lo que no es capaz aún de pensar en abstracto; aunque no poseyera todavía ningún concepto desarrollado, es decir, ninguna palabra de Dios, pero gozara, de hecho, de Dios como del Gran Espíritu activo de la creación que influye benéficamente en su vida, viviría, sin embargo, agradecido, por cuanto viviría con satisfacción, y si no sabe demostrar con palabras la inmortalidad de su alma, creyendo en ella, entrará en el gran país de sus antepasados con menor ánimo que muchos de los sabios de la palabra atormentados por las dudas.

Adoremos, por lo tanto, la benigna Providencia que con el medio imperfecto pero universal del lenguaje hizo iguales en su interior a todos los hombres, más de lo que parece por su aspecto exterior. Todos llegamos al uso de la razón únicamente por el lenguaje, y por éste a la tradición mediante la fe en la palabra de nuestros mayores. Así como resultaría el peor alumno del lenguaje el que en el primer uso de toda palabra exigiera que se le rinda cuentas sobre el origen de la misma, así también es menester que la fe en cosas tan difíciles como son la observación de la naturaleza y las experiencias, nos acompañe con sana confianza en nuestro viaje por esta vida. El que desconfía de sus sentidos es un necio y terminará perdiéndose en estériles especulaciones; quien, en cambio, ejercita confiado sus sentidos explorándolos justamente por este medio, él solo gana un tesoro de experiencias para su vida humana. A éste le basta el lenguaje con todas sus limitaciones; pues su fin era tan sólo llamar la atención del observador y conducirlo al uso propio y activo de sus potencias anímicas. Un idioma más refinado, y penetrante como el rayo solar, no podría, por una parte, ser de uso común mientras que, por otra parte, sería un verdadero mal para la esfera más grosera de nuestras actuales actividades. Lo mismo ocurre con el lenguaje del corazón: poco es lo que puede decir, y sin embargo dice lo suficiente; digo más: en cierto sentido nuestro lenguaje humano ha sido creado más para el corazón que para el intelecto. El gesto, el movimiento, la misma cosa comunicada pueden venir en ayuda del intelecto; pero los sentimientos de nuestro corazón quedarían sepultados en nuestro pecho si el melódico torrente de los sonidos no los transportara con suaves olas hasta el corazón del otro. También por esta razón el Creador ha elegido la música de los sonidos para órgano de nuestra cultura: un lenguaje de emociones, un lenguaje de padre y madre, de niño y amigo. Los seres que todavía no han podido entrar en íntimo contacto, están hoy como espiando detrás de rejas y cuchichean la palabra: te amo. En unas criaturas cuyo lenguaje fuera el de la luz o ligado a cualquier otro órgano, toda la configuración y cadena de su cultura cambiaría.

2. El más interesante ensayo sobre la historia y las variadas características del intelecto humano sería, por lo tanto, una Filología Filosófica Comparada; pues, en cada uno de los idiomas están expresados el carácter y el intelecto de un pueblo. No sólo los instrumentos del lenguaje van cambiando con las regiones de suerte que casi cada pueblo posee algunas letras y sonidos propios; sino que la misma denominación, hasta la designación onomatopéyica, las expresiones inmediatas del afecto y las interjecciones son diferentes en toda la tierra. En el caso de objetos de la contemplación y de la fría consideración, las diferencias aumentan más aún, y en las expresiones impropias, las locuciones figuradas, la estructura

idiomática, la proporción, hipérbaton y sintaxis, las diferencias se hacen abismales, pero siempre de suerte que el genio de un pueblo no se revela en ningún lugar mejor que en la fisonomía de su lenguaje. Por ejemplo, el hecho de que un pueblo prefiera muchos verbos de acción o, por el contrario, muchos conceptos, cómo exprese personas y tiempos, qué orden de conceptos le guste más, todo esto es muy característico y a menudo se manifiesta en rasgos muy delicados. Naciones hay que que para el sexo femenino tienen un idioma y para el masculino otro; en otras se distinguen las clases sociales con la sola palabra "Yo". Pueblos de vida activa tienen abundancia de modos; pueblos más cultos multitud de estados circunstanciales de las cosas que han abstraído. La parte más interesante, finalmente, de los idiomas humanos es la designación de sus sentimientos, las expresiones de amor y reverencia, de adulación y amenaza en las cuales las debilidades de un pueblo pueden, a veces, manifestarse hasta llegar a lo ridículo[1]. ¿Por qué no puedo nombrar todavía ninguna obra que haya realizado de algún modo el deseo de Bacon, Leibniz, Sulzer y otros, de una fisonomología general de los pueblos a base de sus idiomas? Ya existen numerosas contribuciones para el tema en los libros de enseñanza de idiomas y las obras de ciertos viajeros que visitaron determinadas naciones, y no es de temer que semejante trabajo resultara extenso y dificultoso en extremo si dejando a un lado lo inútil se utilizara tanto mejor lo que aparece con evidencia. Ni faltaría en ningún momento una lección de gracejo a cada paso, ya que el observador contaría con el arsenal más variado de todas las peculiaridades de los pueblos tal como se expresan en su inteligencia práctica, sus fantasías, sus costumbres y modos de vida, verdadero jardín de las flores del género humano, y al final se obtendría la más rica arquitectónica de conceptos humanos y la mejor Lógica y Metafísica del sentido común. El premio está desierto todavía, y habrá de venir otro Leibniz para recogerlo a su debido tiempo.

Otro trabajo similar sería la historia del idioma de algunos pueblos a lo largo de sus revoluciones, para lo cual ofrece un ejemplo elocuente la lengua de nuestra patria. Si bien no se ha mezclado con lenguas extrañas, como ha sucedido con otros idiomas, ha cambiado esencialmente y hasta en la misma gramática desde los tiempos de Otfrido. Un estudio comparativo de varias lenguas cultas con las diversas revoluciones de sus pueblos respectivos, con cada rasgo de luz y sombra que aportara nos ofrecería un cuadro en plena evolución de las múltiples formas de desarrollo del espíritu humano el cual, según creo yo, y a juzgar por sus diversos dialectos,

[1] No es éste el lugar para ofrecer ejemplos de tales frases, pues nos llevaría demasiado espacio; los reservamos para otra ocasión.

sigue floreciendo en todas sus edades en distintas regiones de la tierra. Hay naciones que se hallan en la infancia, la juventud, la pubertad, la edad madura y civil de nuestra especie, y cuántos pueblos e idiomas han nacido por inoculación por parte de otros o de las cenizas de otros desaparecidos.

Finalmente la tradición de las tradiciones: la escritura. Si el lenguaje es el medio de la cultura humana de nuestra especie, la escritura es el medio de la cultura intelectual. Todas las naciones que no adoptaron este medio de la tradición son, según nuestros conceptos, no cultas; las que tomaron parte aunque fuera de manera rudimentaria, se elevaron a la eternización de la razón y de las leyes en los caracteres de su escritura. El mortal que inventó este medio de fijar el espíritu volátil no sólo en palabras sino también en caracteres, hizo la obra de un dios entre los humanos [1].

Mas lo que ya se hacía visible en el caso del lenguaje, lo es mucho más aún en este otro, a saber, que también este medio de eternizar nuestros pensamientos, fijando el espíritu y el habla, los limita y ata de diversas maneras. No sólo que con los caracteres se fueron apagando el acento y el gesto vivo, que antes habían hecho penetrar tan intensamente la locución en los corazones; no sólo que con esto disminuyeron los dialectos, y, en consecuencia, los idiomas característicos de determinadas tribus y pueblos; también la memoria y la fuerza viva del espíritu se fué debilitando con este medio auxiliar artificioso de formas cogitativas preconcebidas. El alma humana habría sucumbido hace mucho bajo tanta doctrina y libros si la Providencia no se hubiera encargado de dar un respiro a nuestro espíritu mediante algunas revoluciones destructoras. Atado a los caracteres, el intelecto acaba por arrastrarse a gatas; nuestras mejores inspiraciones enmudecen en los rasgos muertos de la escritura. Todo esto, empero, no impide que se considere la tradición escrita como la institución más duradera, serena y eficiente de cuantas Dios nos otorgó, por medio de la cual ejercen su influjo las naciones sobre otras naciones, los siglos sobre los siglos, y tal vez andando el tiempo, todo el género humano se una con el lazo de la tradición fraternal.

[1] La historia de este invento y la de otros, en cuanto pertenecen al cuadro completo de la humanidad, se dará más adelante.

III

TODAS LAS CIENCIAS Y ARTES DEL GÉNERO HUMANO HAN SIDO INVENTADAS POR MEDIO DE LA IMITACIÓN, EL INTELECTO Y EL LENGUAJE

Cualquiera que haya sido el dios o el genio que dió la inspiración al hombre, apenas éste hubo entrado por la vía de conocer un objeto como símbolo al que, luego, sustituyera por un signo arbitrario, es decir, apenas se inició en sus primeros comienzos el lenguaje racional, quedaban abiertos los accesos a todas las ciencias y artes. Pues, ¿qué otra cosa hace el intelecto humano para inventar aquéllas sino observar y denominar? Con el arte más difícil, el lenguaje, se poseía, en cierto modo, un modelo para todas las demás.

Así, por ejemplo, el hombre que había captado una denominación simbólica de los animales, poseía con esto el fundamento para domesticar los domesticables, utilizar los utilizables y conquistar la naturaleza en general para sus fines personales. Cada vez que se apropiaba alguna cosa no hacía más que concebir un símbolo de un ser domesticable, utilizable y susceptible de pertenecerle en propiedad para luego designarlo por una palabra o comprobar el concepto mediante un experimento. En la mansa oveja, por ejemplo, observó la leche que mamaba el cordero así como la lana que calentaba su mano al tocarla, y luego trató de apropiarse tanto lo uno como lo otro. En el árbol a cuyos frutos lo atraía el hambre, notó las hojas que le podrían servir de vestido, la madera que se podría convertir en calor, etc. Así montó el caballo para que lo llevase por doquier; de los animales, de la naturaleza, imitó cómo aquéllos se protegían y alimentaban, cómo ésta educaba a sus hijos o los apartaba de los peligros. De esta manera se encaminó a todas las artes por nada más que el proceso de alguna característica captada y de su fijación por la acción, un signo; en una palabra: el lenguaje. Por éste, y por él solo, fueron posibles la percepción, el conocimiento, la percepción retrospectiva, la apropiación y una serie ordenada de pensamientos y de esta manera, con el transcurrir de los tiempos, nacieron las artes y ciencias, hijas del intelecto que designaba las cosas con nombres y de una imitación sistemática de las cosas.

Bacon reclamaba ya una teoría de las invenciones; mas como tal teoría sería difícil o, por ventura, inútil, sería más bien una *Historia de las invenciones* la obra docta que los dioses y genios del género humano entregarían a la posteridad para

ejemplo perenne. En todas partes de esta obra se advertiría que el destino y la casualidad proponían a la vista de un inventor alguna nueva característica, a otro un nuevo signo y las más veces relacionando un poco dos ideas, conocidas hacía tiempo, fomentaban un arte que luego ejerció su influjo durante siglos. A menudo un arte era inventada y luego olvidada, su teoría yacía en el olvido hasta que otro más afortunado entregaba la mina de oro a la circulación o movía el mundo con una palanca desde un nuevo punto de apoyo. Acaso no exista ninguna historia que demuestre con tanta evidencia el gobierno del destino humano por fuerzas superiores como la historia de lo que es el orgullo de nuestro espíritu: la invención y perfeccionamiento de las artes. El símbolo y la materia de su signo siempre habían existido desde tiempo atrás; mas ahora fué notado y designado. El origen del arte como del hombre fué un momento de placer, una unión conyugal entre la idea y el signo, entre espíritu y cuerpo.

Si reduzco las invenciones del espíritu humano a este simple principio de su intelecto que conoce y denomina, lo hago con gran reverencia, pues precisamente esto es lo verdaderamente divino en el hombre y su privilegio característico. Todos los que usan un idioma aprendido viven como en un sueño intelectual; piensan con la inteligencia ajena y son sabios de remedo; pues, ¿acaso quien utilice el arte de otro artista será por eso artista él mismo? Mas aquél en cuya alma nacen pensamientos propios y toman cuerpo por sí mismos, el que no ve sólo con los ojos sino también con el espíritu, el que logra espiar a la naturaleza en el mismo secreto de la creación descubriendo nuevas características de sus efectos y utilizándolas para fines humanos mediante instrumentos artificiosos, éste es el hombre propiamente dicho que, por aparecer tan pocas veces, merece llamarse un dios entre los hombres. Él habla y miles imitan sus palabras; él crea y otros juegan con lo que él ha producido; él fué un hombre y acaso los siglos posteriores vuelvan a ser niños. ¡Qué raros han sido siempre los inventores en el género humano, y con cuánta inercia y negligencia nos aferramos a lo que ya poseemos sin cuidar de lo que nos falta todavía! El aspecto que presenta el mundo y la historia de los pueblos nos ofrecen de ello mil ejemplos; más aún: la historia de la civilización nos lo probará hasta la saciedad.

Con las artes y ciencias tenemos, pues, otra tradición más que acompaña el género humano y a cuya cadena sólo unos pocos elegidos tuvieron el honor de añadir un nuevo eslabón; los demás cuelgan de la cadena cual esclavos fieles y serviciales que tiran de ella mecánicamente. Así como un brebaje de azúcar y moras pasó por muchas manos diligentes que lo elaboraron antes de llegar hasta mí que no tengo otro mérito que el de beberlo, así nuestro

intelecto y modo de vida, nuestra sabiduría y cultura artística, nuestra ciencia de la guerra y del Estado es un conglomerado de inventos y pensamientos ajenos que sin ningún mérito nuestro nos llegaron desde todas las partes del mundo y en los cuales desde nuestra infancia nos bañamos o ahogamos.

Vana es, por lo tanto, la gloria de más de un bruto impertinente europeo que se cree por encima de los tres Continentes en nombre de las luces, el arte y la ciencia, y como aquel demente que creía suyos todos los barcos del puerto, cree de su propiedad todos los inventos de Europa sin ningún otro fundamento que el de haber nacido en una constelación donde convergieron estas invenciones y tradiciones. ¡Infeliz! ¿Acaso es tuyo alguno de estos inventos? ¿Piensas cosa alguna en medio de tus tradiciones que bebiste con la leche materna? El que hayas aprendido a aplicarlas es el trabajo propio de una máquina; el que absorbas la savia de las ciencias es el mérito de la esponja que ha crecido en medio de la humedad. Si conduces tus naves de guerra hacia Haití o las Hébridas para disparar tus cañones, por cierto que no eres ni más sabio ni más hábil que los habitantes de aquellas islas que dirigen con arte las canoas fabricadas por su propia mano. Fué esto lo que sintieron vagamente los salvajes apenas hubieron conocido a los europeos. En medio del aparejo de sus instrumentos, les parecían seres superiores y desconocidos, ante los cuales se inclinaban saludándolos con reverencial temor; mas cuando los veían vulnerables, mortales, enfermizos e inferiores a ellos en los ejercicios físicos, acabaron por temer las bendiciones de la técnica y estrangularon al hombre de quien podía decirse todo menos que estuviera identificado con su propia cultura. Esto que acabo de decir vale para toda la cultura europea.

Porque el lenguaje de un pueblo sea sabio y culto en sus libros, no por eso es sabio y culto cualquiera que lea estos libros o hable en este idioma. Hay que ver primero cómo los lee, y cómo habla, y aun entonces dice lo que otro creó antes de él, siguiendo los pensamientos y la capacidad denominadora de otro. El salvaje que piensa con originalidad en su esfera más limitada y se expresa con más sinceridad, determinación y fuerza expresiva, sabiendo usar con arte y presencia de ánimo y dentro de su vida real sentidos y miembros, su inteligencia práctica y sus pocos instrumentos, es, comparando hombre con hombre, notoriamente más culto que aquella máquina política o sabihonda que como un niño se mueve sobre andamios muy altos que construyeron manos ajenas y, tal vez, todo el trabajo mancomunado de los antepasados. El hijo de la naturaleza, en cambio, ocupa su lugar en la tierra como hombre sano, hecho y derecho, aunque sea de pocas luces. Nadie negará que Europa es el archivo del arte y la razón especulativa; la sucesión de

muchas generaciones ha depositado en ella sus tesoros que aquí se han ido multiplicando y hallan su aplicación. Mas no por esto tiene intelecto de inventor todo el que se sirve de ellos, antes bien, esta cualidad se halla desocupada y ociosa por la misma razón, pues quien usa instrumental ajeno está lejos de inventarlo por cuenta propia.

Otra pregunta mucho más difícil de contestar es la de en cuánto la técnica y la ciencia han contribuído a la felicidad de los hombres y en cuánto la han aumentado, y me inclino a que no se puede contestar esta pregunta con un simple sí o no, ya que, como en todas las cosas, así también en ésta, todo depende del uso que se haga de las invenciones. No se discute que con instrumentos más perfectos y de una técnica más elevada se produce más con menos trabajo, si se pretende conservar y ahorrar fuerzas. Tampoco se pone en tela de juicio que con cada arte y ciencia se crea un nuevo lazo social, es decir, aquella comunidad de demanda aumentada sin la cual el hombre técnico ya no puede existir; pero saber si multiplicando las necesidades se amplía también la esfera tan estrecha de la felicidad humana; si la técnica pudo agregar alguna vez algo sustancial a la naturaleza, en lugar de empobrecerla y debilitarla; si todos los progresos de la ciencia y técnica no han despertado tendencias en el alma humana con las que se llega más difícil y menos frecuentemente a poseer el más preciado de los dones humanos, la satisfacción, ya que aquellas tendencias se oponen constantemente con su inquietud interna a toda conformidad del alma; si, finalmente, los hombres por su mayor cohesión y vida social no han convertido algunos países y ciudades en un hospicio de pobres, en un hospital artificial encerrado en cuyos muros el hombre descolorido languidece asimismo artificialmente, y alimentado con tantas limosnas inmerecidas de la ciencia, técnica y constitución estatal acaba por adquirir la mentalidad del mendigo que sabe explotar todas las artimañas de la mendicidad, teniendo que sufrir en consecuencia la suerte del mendigo; de esto y algunas otras cosas más nos habrá de instruir la hija preclara de nuestros tiempos: la insobornable historia.

¡Oh, mensajeros del destino, genios e inventores, en qué alturas útiles pero peligrosas ejercéis vuestra divina profesión! Hicisteis vuestros inventos, mas no en provecho propio, ni estaba en vuestras manos determinar cómo el mundo y la posteridad utilizarían de vuestra obra, ni qué le agregarían y qué inventos análogos o nuevos habrían de hacer. Por siglos enteros yació, muchas veces, la perla en el polvo, pisoteada por las aves de corral, hasta que tal vez algún indigno la halló para engastarla en la corona del monarca de su época, donde no siempre brilla con resplandor benéfico. Vosotros, mientras tanto, cumplisteis con vuestro cometido entre-

gando a la posteridad los tesoros que había descubierto vuestro espíritu inquieto o que la mano del destino os había entregado. Al destino también abandonasteis los efectos y el provecho de vuestro hallazgo y aquél hizo con éste lo que mejor le pareció. En revoluciones periódicas hizo madurar la idea o la dejaba perderse, hábil siempre para mezclar y atenuar un tóxico con el antídoto, el daño con el provecho. El inventor de la pólvora no pensó ni remotamente en las devastaciones que el poder de su polvo negro encerraba para la vida política y física de la humanidad; y menos pudo prever lo que ni nosotros hoy barruntamos, de qué manera en un depósito de pólvora, trono abominable de algunos déspotas, se encubre la semilla benefactora de una nueva constitución política de la posteridad. ¿No opera la tormenta una purificación de la atmósfera, y, abatidos los gigantes de la tierra, no tiene que poner mano el mismo Hércules a obras más benéficas? El hombre que primero observó la orientación de la aguja del imán no previó ni la fortuna ni la miseria que este regalo mágico, ayudado de mil otros artificios, llevaría a todos los Continentes, hasta que también aquí un nuevo cataclismo sustituya, acaso, viejos males por nuevos. Así ocurrió con el vidrio, el oro, el hierro, la vestimenta, el arte de la escritura y de la imprenta, la astrología y todas las ciencias del gobierno dirigido. La maravillosa trama que parece entreverse en el desarrollo y el progreso periódico de estos inventos, la forma notable con que un efecto neutraliza a otro: todo esto forma parte del supremo gobierno de Dios sobre nuestra especie y constituye la verdadera filosofía de nuestra historia.

IV

LOS GOBIERNOS SE BASAN EN UN ORDEN CONSTITUÍDO POR LOS HOMBRES CASI SIEMPRE A BASE DE TRADICIONES HEREDADAS

El estado natural del hombre es el social; en éste nace y es educado y hacia él lo conduce el despertar de sus instintos durante la hermosa juventud, y los nombres más dulces de la humanidad, padre, hijo, hermano, hermana, amado, amigo y protector, se basan todos en vínculos de derecho natural y se encuentran en toda sociedad humana primitiva. A base de ellos se fundaron también los primeros gobiernos entre los hombres; a saber: el orden familiar, sin el cual no puede subsistir nuestra especie; luego, las leyes que promulgó la misma naturaleza limitándolos en considerable me-

dida por sí misma. Llamémoslo *el primer grado de gobierno natural;* los gobiernos de esta clase serán, de todos modos, los supremos y últimos.

Aquí la naturaleza puso término al fundamento de la sociedad y abandonó a la inteligencia o la necesidad de los hombres el construir sobre él edificios más altos. En todas las latitudes donde las diversas tribus y estirpes tienen menos necesidad una de otra, su cohesión es menor: no pensaron, por lo tanto, en grandes construcciones políticas. Tales son las costas habitadas por pescadores, las praderas de los pastores, las selvas de los cazadores; donde entre ellos termina el régimen doméstico o patriarcal, se fundan ulteriores vinculaciones casi siempre sobre la base de un contrato o un mandato conferido. Por ejemplo: una nación de cazadores sale a cazar; si necesita un jefe, será un jefe de caza, por lo cual elige al más hábil, a quien obedece solamente por libre elección y en lo que se refiere al fin común perseguido. Todos los animales que viven en rebaños tienen tales jefes; semejante conductor es necesario en los viajes, defensas, ataques y en general en todo negocio común donde interviene una multitud. Llamemos esta forma constitucional *el segundo grado de gobierno natural.* Se encuentra entre todos los pueblos que solamente siguen sus necesidades y, como solemos decir, viven en estado natural. Hasta los mismos jueces elegidos por el pueblo pertenecen a este grado de gobierno, pues los mejores y más prudentes son elegidos para un oficio, y con este oficio se acaba su dominio.

Mas ¡qué distintas se presentan las cosas en el tercer grado, el gobierno hereditario entre los hombres! ¿Dónde terminan aquí las leyes naturales? ¿O dónde comienzan? Era natural que el hombre más justo y prudente fuese elegido para el cargo de juez, y si respondía a las exigencias de su oficio, podía quedarse con él en buena hora hasta la vejez más avanzada. Mas si ahora el viejo se muere, ¿por qué su hijo ha de ser juez? No es razón suficiente la de que lo haya generado el padre más justo y prudente, pues ni la justicia ni la prudencia pudo inoculárselas. Aún menos conforme a la naturaleza del oficio sería que la nación se sintiera obligada a confirmarlo en él sólo porque eligió en otros tiempos a su padre por razones personales, porque el hijo no es la persona del padre. Pero si la nación pretendiera ahora fijar esta ley incluyendo también a todos sus descendientes que todavía no han nacido, para hacer, en nombre de la inteligencia de todos ellos, un contrato que estipule para toda la eternidad que cualquier descendiente futuro de esta tribu será juez nato, jefe y pastor nato de la nación, es decir, el más valiente, justo, prudente de todo el pueblo, debiendo ser reconocido por cualquiera como tal en virtud de su solo nacimiento, resultaría harto difícil conciliar semejante contrato here-

ditario no ya con el derecho, sino ni siquiera con la sana razón. La naturaleza no distribuye sus mejores dones a determinadas familias a manera de privilegio, y el derecho de sangre al amparo del cual un hombre del futuro tenga sobre otro hombre del futuro el derecho de gobernarle una vez que los dos hayan nacido, es para mí una de las formas más oscuras del lenguaje humano.

Debe haber otras razones que introdujeron el gobierno hereditario en el mundo, y la historia no nos las oculta. ¿Quién dió a Alemania y a Europa cultivada sus gobiernos? La guerra. Hordas salvajes de bárbaros invadieron el Continente; sus jefes y nobles repartiéronse entre sí provincias y hombres. De ahí se originaron principados y feudos de los cuales, a su vez, nació la servidumbre de los pueblos subyugados. Los conquistadores fueron dueños y lo que el correr de los tiempos alteró en sus posesiones fué decidido siempre por revoluciones, guerras y acuerdos entre los poderosos, es decir, siempre por el derecho del más fuerte. Por este camino real avanza la historia, y los hechos históricos no se pueden negar. ¿Qué puso al mundo bajo el dominio de Roma? ¿Qué bajo el de Grecia y Alejandro? ¿Quién fué el que fundó todas las grandes monarquías, ascendiendo hasta Sesostris y la legendaria Semíramis, para destruirlas de nuevo luego de fundarlas? La guerra. Conquistas violentas usurparon el lugar del derecho, llegando luego a ser derecho por prescripción, o como dicen nuestros doctores en ciencias políticas, por contrato tácito. Pero el contrato tácito no es en este caso otra cosa sino que el más fuerte se apodera de lo que le plazca y el más débil cede o soporta lo que no está en su mano cambiar. De esta manera, el derecho del gobierno hereditario, así como el de casi todas las posesiones hereditarias, depende de una cadena de tradiciones cuyo primer eslabón lo formó la suerte o el poder, y la cual se iba prolongando luego, algunas veces con benignidad y sabiduría, pero las más veces asimismo por la suerte o la fuerza. Los sucesores y herederos recibieron, mas el fundador había tomado; y no hace falta mayor explicación de que a quien algo poseía le fuera dado siempre más para que poseyese la plenitud, pues eso es consecuencia natural del mencionado primer título de posesión sobre provincias y hombres.

No se crea ahora que lo dicho rece tan sólo para las monarquías como monstruos de la conquista, pudiendo ser, en cambio, que los Imperios primitivos se hayan originado de otra manera. Porque: ¿de qué otra manera podían formarse en este mundo? Mientras el pater familias gobernaba a los suyos, era padre y dejó a sus hijos que también llegaran a serlo, tratando de mantener su influencia sobre ellos mediante el consejo. Mientras varias tribus eligieron por propia deliberación a jueces y jefes para una empresa determinada, eran éstos funcionarios servidores del bien común y notables de la asam-

blea; nombres como Señor, Rey, o Déspota autócrata, arbitrario y hereditario eran algo inaudito para pueblos de esta constitución. Pero apenas la nación se adormecía dejando hacer a su padre, jefe y juez, y si por ventura, embriagada en un sueño de gratitud por sus méritos, su poder, su riqueza o lo que fuera, le entregaba el cetro hereditario para que él y sus descendientes la apacentaran con sus hijos, como el pastor con el rebaño, ¿qué relación es posible hallar aquí sino por un lado la debilidad y por el otro el poder superior, o sea el derecho del más fuerte? Cuando Nemrod mata primero las bestias y luego subyuga a los hombres, es en ambos casos cazador. El jefe de una colonia u horda al que los hombres siguen como animales, muy pronto se servía del derecho humano sobre los animales. Tal ocurrió con los que civilizaban a las naciones. Mientras se dedicaban de verdad a civilizarlas, eran padres y educadores del pueblo, legisladores para el bien común; pero no bien se hicieron gobernantes arbitrarios y por ventura hereditarios, fueron los poderosos a quienes servían los débiles. Muchas veces también un zorro ocupaba el lugar del león, y entonces el zorro era el más poderoso, pues no sólo la fuerza de las armas significa poder: la astucia, el disimulo y el fraude hábilmente encubiertos casi siempre llegan más lejos que aquélla. En una palabra: la notable diferencia que hay entre los hombres por lo que se refiere a dones del espíritu, del cuerpo y de la fortuna ha fundado según las distintas regiones, sistemas de vida y edades, las tiranías y los despotismos sobre la tierra, que en muchas partes, desgraciadamente, se sucedieron sin solución de continuidad. Los pueblos aguerridos de las montañas, por ejemplo, invaden la apacible llanura; el clima, la pobreza y las penurias los habían hecho fuertes, conservándolos valientes. Así se extendieron como amos del mundo hasta que, vencidos ellos mismos por la opulencia en un clima más benigno, acabaron por ser subyugados por otros. De esta manera se ha operado la conquista de nuestra vieja tierra y su historia es un cuadro aterrador de conquistas y de la caza del hombre por el hombre. Casi todos los límites del más pequeño país, toda nueva época está registrada e inscripta en el libro de los tiempos con la sangre y las lágrimas de las víctimas. Los nombres más célebres del mundo son los de los estranguladores del género humano, verdugos coronados o empeñados en la lucha por la corona, y lo que es más triste aún, de esta manera fueron a menudo los hombres más nobles y mejor intencionados los que por necesidad figuraron como sayones en este horripilante y negro patíbulo de opresión de sus hermanos. ¿A qué se debe que la historia de los Imperios mundiales presente resultados finales tan poco razonables? Porque la mayor parte de sus acontecimientos y los más importantes obedecieron a criterios poco sensatos. No el sentido humanitario sino las pasiones se han apoderado de la tierra azuzando a sus pue-

blos únos contra otros como animales feroces. Si hubiera estado en el plan de la Providencia hacernos gobernar por seres superiores, muy otra sería nuestra historia. Pero, por desgracia, fueron casi siempre h é r o e s, es decir, hombres ambiciosos, emprendedores y dotados para la violencia y la astucia quienes tomaron el hilo de la historia para tejer con él, ayudados por las pasiones, la urdimbre conforme a los planes del destino. Si ninguna parte de la historia universal nos demostrara la bajeza de nuestra especie, se encargaría de ello la historia de nuestros gobiernos según la cual nuestra tierra en su mayor parte no merece llamarse tierra, sino más bien Marte, o Saturno, de quien cuenta la mitología que devoraba a sus hijos.

¿Cómo, pues? ¿Acusaremos a la Providencia por haber creado tan diferentes las diversas latitudes de nuestro globo como son desiguales los dones que repartió entre los hombres? Semejante acusación sería tan ociosa como injusta, pues sería contraría al fin manifiesto asignado a nuestra especie. Si la tierra había de ser habitada debía tener montañas en cuyas alturas no podían vivir sino pueblos montañeses endurecidos. Cuando éstos descendían para subyugar la opulenta llanura, ésta, las más veces, merecía ser subyugada; de lo contrario, ¿por qué se dejó aplastar? ¿Por qué se relajó cual nene satisfecho e inconsciente amamantado por los pechos de la naturaleza? Se puede establecer como principio histórico que no es oprimido ningún pueblo que no quiera dejarse oprimir, es decir, que no merezca la esclavitud. Sólo el cobarde ha nacido para ser esclavo; sólo el tonto ha sido destinado por la naturaleza a servir a otro más inteligente; entonces se siente satisfecho del puesto que ocupa y estaría apenado si tuviera que mandar.

Por lo demás, la desigualdad de los hombres no es tan grande por naturaleza como pasa a ser por la educación, como lo demuestra la manera de ser de un mismo pueblo bajo diversas formas de gobierno. La más noble nación pierde en poco tiempo su nobleza bajo el yugo del despotismo; se le quiebra el espinazo y puesto que se abusa de sus dones más preciados y delicados para la mentira y el fraude, la rastrera servidumbre y opulencia, ¿qué milagro que acabe por habituarse al yugo, besarlo y adornarlo con coronas de flores? Por lamentable que sea esta suerte de los hombres en la vida y la historia, ya que apenas se encuentra pueblo alguno que jamás haya vuelto a surgir del abismo de la esclavitud sin el milagro de un completo renacimiento, no deja de ser evidente que tal miseria no es obra de la naturaleza sino de los hombres. La naturaleza extiende el vínculo social solamente a la familia; más allá dejó a nuestra estirpe en libertad de constituir a su gusto la más compleja y difícil de sus obras: el Estado. Si los hombres procedían con acierto en esta empresa, vivían en la bonanza; si elegían o toleraban

la tiranía y otras formas de gobierno poco recomendables, debían cargar con las consecuencias. La buena madre no pudo hacer más que enseñar por medio del intelecto, la tradición de la historia o, finalmente, la experiencia propia del dolor y la miseria. Sólo la degeneración interna del género humano ha dado lugar a la corrupción y los vicios de los gobiernos humanos; pues aun bajo la férula del despotismo más opresor: ¿no se divide siempre el esclavo la presa con el amo, y no es acaso el déspota el peor de los esclavos?

Mas la madre bondadosa no abandona a sus hijos ni siquiera en medio de la degeneración más atroz y sabe endulzarles el amargo brebaje de la opresión humana al menos por el olvido y la costumbre. Donde los pueblos se mantienen vigilantes y activos no tienen entrada los sultanes afeminados; el paisaje árido y la dura modalidad de vida son para ellos el alcázar de la libertad. Mas donde los pueblos se adormecieron en medio de la blandura dejándose cazar en la trampa, allí la madre consoladora acude en socorro del oprimido dotándole de bienes adecuados; pues el despotismo presupone siempre una especie de debilidad y, en consecuencia, varias comodidades que se originan natural o artificialmente. En la mayor parte de los países gobernados por el despotismo, la naturaleza proporciona a los hombres alimento y vestidos casi sin trabajo, de manera que inclinándose ante la tormenta que arrasa con todo, pueda, luego, aunque ingenuamente y falto de dignidad, disfrutar de la bonanza. De todos modos, la suerte de los hombres y su destino para la felicidad terrena no depende de su estado servil o señorial. El pobre puede ser feliz, y libre el esclavo encadenado; sólo el déspota y sus instrumentos son comúnmente y por generaciones enteras los más desdichados e indignos de los esclavos.

Puesto que todas las afirmaciones expuestas hasta ahora deben confirmarse mediante la historia misma, reservamos su desarrollo a la exposición histórica respectiva. Por ahora, permítasenos agregar todavía algunas observaciones de carácter general:

1. Sería un principio cómodo pero maligno de la filosofía de la historia humana decir que el hombre es un animal que necesita un amo de quien espera la felicidad de su destino. Mejor hacemos invirtiendo la frase: el hombre que necesita un amo es un animal; no bien llega a hacerse hombre propiamente dicho, ya no tiene necesidad de un dueño. La naturaleza no ha designado ningún amo a nuestra especie; sólo los vicios y pasiones animales nos hacen sentir la necesidad de ser gobernados. La mujer necesita un hombre y el hombre una mujer; el niño no educado, padres educadores; el enfermo, un médico; el litigante, un juez; y la turba, un jefe. Son éstas relaciones naturales que nacen de la naturaleza de las cosas. Pero el concepto de hombre no implica en manera alguna el de un déspota que también sea hombre; debería agregársele el con-

cepto de debilidad para que precise un tutor, el de fiera para que necesite al domador, el de abominable para que haga falta un ángel vengador. Todos los gobiernos humanos, pues, nacieron solamente de una carencia y siguen existiendo mientras ésta subsiste. Ahora bien: *así como es un mal padre el que educa a su hijo de manera* que nunca llegue a la mayoría de edad y siga siempre necesitando un educador, y es mal médico el que fomenta la enfermedad para que se haga indispensable al mísero enfermo hasta la tumba, así también ocurre con los educadores del género humano. los padres de la patria y sus educandos. O éstos últimos son incapaces de toda evolución, o todos los milenios transcurridos deberían haber demostrado qué se hizo de ellos y qué fines perseguían sus educadores. Las partes siguientes de la presente obra pondrán de manifiesto estos fines con inexorable claridad.

2. La naturaleza educa a las familias; de ahí que el estado más natural sea también un pueblo con un carácter nacional. Éste se conserva por miles de años y puede desarrollarse con mayor naturalidad si el príncipe respectivo se empeña en ello; pues un pueblo es una planta natural lo mismo que una familia, sólo que ostenta mayor abundancia de ramas. Por consiguiente, nada se opone tanto al fin de los gobiernos como esa extensión antinatural de las naciones, la mezcla incontrolada de estirpes y razas bajo un solo cetro. El cetro de un hombre es muy débil y pequeño para reunir partes tan heterogéneas. Se los aglutina unos con otros dentro de una máquina precaria que se llama máquina estatal, sin vitalidad intrínseca ni simpatía de los componentes. Reinos de esta índole que tan problemático hacen el título de padre de la patria a cualquier monarca, aunque fuera el mejor, ocupan en la historia el lugar de aquellos símbolos monárquicos en el sueño del profeta, donde la cabeza del león se une con la cola del dragón y el ala del águila con la pata del oso en un conglomerado estatal que lo es todo menos patriótico. En ocasiones, tales máquinas, cual otros caballos de Troya, forman un frente común garantizándose mutuamente la inmortalidad, siendo así que carentes de un carácter nacional no poseen vida auténtica y a los que viven dentro de ellas, unidos a la fuerza, sólo una maldición del destino podría condenar a la inmortalización de su desgracia. Precisamente la política que produjo semejante aborto es también la que juega con pueblos y hombres como con cuerpos inertes; pero la historia demuestra a las claras que estos instrumentos de la soberbia humana son de arcilla y se quiebran o deshacen como toda la arcilla en esta tierra.

3. Así como la ayuda y seguridad mutuas son el fin primordial de toda comunidad humana, así también no hay para el Estado orden mejor que el instituído por la naturaleza, a saber, que cada uno dentro del conjunto sea lo que la naturaleza destinó que fuera.

Tan pronto como el gobernante quiere ocupar el sitio del Creador y crear por arbitrariedad o cegado por las pasiones lo que la criatura no estaba destinada a ser según el plan divino, cae en un despotismo que quiere dar consejos a la divina Providencia y es origen de todo desorden y de un fracaso inevitable. Puesto que todas las constituciones humanas fijadas por la tradición se oponen de algún modo a la naturaleza, que no limita sus dones a una determinada clase social, no nos debe maravillar que la mayor parte de los pueblos, después de haber ensayado varios sistemas de gobierno y experimentado la pesada carga de cada uno de ellos, volviesen finalmente desesperados a la modalidad que los convertía en máquinas: el gobierno despótico hereditario. Dijeron como aquel rey hebreo a quien se dió a escoger entre tres males: "mejor nos es caer en la mano del Señor que en manos de los hombres", abandonándose incondicionalmente en brazos de la Providencia a la espera del gobernante que ésta le enviara, porque dura es la tiranía de los aristócratas y la clase gobernante, un verdadero Leviatán. Por esto, todos los gobernantes cristianos se llaman instituídos "por la gracia de Dios" confesando con ello que han llegado a ceñir la corona no por sus propios méritos, que mal pudieron tener antes de su nacimiento, sino por el beneplácito de la Providencia que los hizo caer en esta posición. El mérito tienen que adquirirlo con su propio trabajo; con él tienen que justificar, en cierta manera, a la Providencia que los juzgó dignos de su alto cargo, porque el oficio del príncipe no es otro que el de ser Dios entre los hombres, genio superior con figura mortal. Cual estrellas en la noche oscura de los gobernantes comunes, rutilan los pocos que comprendieron tan extraordinaria vocación y confortan al desorientado peregrino de la historia política en su triste excursión.

¡Ojalá aparezca otro Montesquieu que nos dé a conocer el espíritu de las legislaciones y gobiernos de toda la tierra, siquiera a través de los siglos más explorados! No de acuerdo a los huecos nombres de tres o cuatro fórmulas de gobierno, que en ninguna parte ni lugar son o permanecen las mismas; tampoco según principios políticos expuestos con agudeza ingeniosa, porque ningún Estado se fundamenta en principios verbales y mucho menos los conserva inmutables en todas sus épocas y clases sociales, tampoco mediante ejemplos aislados y sacados del conjunto, traídos de todas las naciones, tiempos y regiones, de los que en medio de tanto desconcierto el genio humano no podría arribar a una visión completa de las cosas, sino únicamente por medio de una exposición viva y filosófica de la historia política, en la cual, pese a su aparente monotonía, no hay escena que se repita, y el cuadro de las virtudes y los vicios de la especie humana y sus gobernantes cambia

de continuo según tiempo y lugar y se completa con espantoso poder didáctico.

V

LA RELIGIÓN ES LA TRADICIÓN MÁS ANTIGUA Y SAGRADA DE LA TIERRA

Cansados y agotados ya de tanta variedad sobre la faz de la tierra según regiones, épocas y pueblos, ¿no se ofrece nada a nuestra vista que sea posesión y privilegio común de toda nuestra especie? Nada más que la predisposición a *la razón, el humanismo y la religión,* las tres gracias de la vida humana. Todos los Estados nacieron tarde, y más tarde aún se formaron en ellos las ciencias y artes; las familias, en cambio, son la obra eterna de la naturaleza, el semillero permanente donde ésta planta y educa por su propia mano la semilla de la humanidad. Los idiomas cambian con cada pueblo y en cada clima, mas en todos ellos está reconocible una misma razón humana en busca de las características del ser. En cuanto a la religión, finalmente, por diversas que sean sus apariencias externas, se la encuentra, o por lo menos sus vestigios, aun en el pueblo más pobre e inculto en los confines de la tierra. El groenlandés y el camchadal, el papúa lo mismo que el habitante de la Tierra del Fuego, tienen de ella alguna manifestación, como lo demuestran sus leyendas y costumbres. Tan cierto es esto que si entre los anciques o los desposeídos bosquimanos de las islas del Índico se hallara alguna tribu que careciera por completo de religión, sería esta falta un testimonio más del estado extremadamente salvaje en que viven.

¿Cómo vino la religión a los pueblos? ¿Acaso cualquier infeliz inventó su propio culto divino a manera de una teología natural? Esos pobres no inventan nada, sino que en todo siguen la tradición de sus mayores. Ni hubo motivo externo que los incitara a semejante invento; porque si habían aprendido de la naturaleza y los animales a fabricar arco y flecha, anzuelo y vestidos, ¿de qué animal, de qué objeto de la naturaleza imitaron la religión?, ¿de cuál de ellos habrían aprendido el culto divino? Por lo tanto, también aquí es la tradición la madre y propagadora de su religión y ritos sagrados como lo fué de su idioma y escasa cultura.

De aquí se sigue de inmediato que la tradición religiosa no pudo servirse de ningún otro medio

que el que sirvió antes al intelecto y al lenguaje, a saber, los símbolos. Si el pensamiento debe hacerse palabra para propagarse, si toda institución necesita un signo visible si es que quiere servir a otros y a la posteridad, ¿cómo podía lo invisible hacerse visible o una historia pasada conservarse para los descendientes sino por palabras o signos? De ahí que aun entre los pueblos más incultos, el lenguaje de la religión sea siempre el más antiguo y oscuro, frecuentemente para sus mismos servidores consagrados, por no hablar de la gente común y los extraños. Y es que los sagrados símbolos de los pueblos, por locales y propios del clima que fueran, perdieron a menudo su significado al cabo de pocas generaciones. No es extraño: porque todo idioma, todo sistema que usa signos arbitrarios, tiene que correr esa suerte si éstos no quedan asociados con los objetos designados por el uso diario, conservando así su sentido significativo para la memoria. En el caso de la religión, siempre fué difícil o imposible conservar este nexo porque el signo se refería a una idea invisible o a una historia del pasado.

Así no se pudo evitar tampoco que los sacerdotes, que al principio fueron los sabios de la nación, dejaran de serlo, pues tan pronto como ignoraron el significado de los símbolos, pasaron a ser mudos servidores de la idolatría, cuando no se convirtieron en elocuentes embaucadores de la superstición. Casi siempre optaron por esta última solución y no precisamente por el afán de engañar a la gente sino por la propia gravitación del asunto. Lo mismo sucede en toda ciencia, idioma, arte o institución: el ignorante que se ve forzado a hablar o continuar el arte tiene que disimular, inventar, aparentar; una engañosa apariencia sustituye la verdad perdida. Es la historia de todos los misterios en la tierra, que al principio encerraban muchas cosas interesantes, pero acabaron en miserable superchería una vez que la sabiduría humana se hubo desligado de ellos; y de esta manera los sacerdotes terminaron desempeñando el papel de miserables embaucadores en medio de su sagrario vacío.

Quienes más se empeñaron en hacerlos pasar por tales fueron los gobernantes y sabios. Aquéllos, investidos de la plenitud del poder y llevados por su elevado cargo a ambicionar una independencia absoluta, juzgaron una obligación de su Estado limitar en lo posible el poder de las potencias ultraterrenas e invisibles tolerando los símbolos respectivos como fruslería inventada por la plebe, o bien destruyéndolos de una vez. De ahí tomó su origen la desgraciada contienda entre el trono y el altar en todas las naciones semi-cultas, hasta que finalmente se trató de combinar los dos, dando a luz la informe simbiosis de un altar construído sobre el trono o un trono cimentado sobre el altar. Necesariamente los de-

cadentes sacerdotes llevaban las de perder en una lid tan desigual, porque el poder visible lidiaba contra la fe invisible; la sombra de una antigua tradición, contra el resplandor del áureo cetro al que en otros tiempos el mismo sacerdote había consagrado y colocado en las manos del monarca. Fué así como pasaron los tiempos del dominio de los pontífices, a medida que iba desarrollándose la civilización; el déspota que en un principio había llevado su corona en nombre de Dios, encontró más fácil ceñírsela ahora en su propio nombre, mientras que el pueblo, por su parte, había sido ya acostumbrado a este nuevo cetro por sus gobernantes y sabios.

Ahora bien, es innegable que en primer lugar, ha sido la religión, y sólo ella, la que trajo a los pueblos las primicias de la cultura y la ciencia, más aún, que éstas no eran en un principio sino una especie de tradición religiosa. En todos los pueblos salvajes, su poca cultura y ciencia están ligadas a la religión, hasta el día de hoy. El lenguaje de su religión es más elevado y solemne, que no sólo acompaña con cánticos y danzas los sagrados ritos, sino que casi siempre toma su origen de las leyendas del mundo primitivo, siendo, por lo tanto, lo único que les queda a estos pueblos de noticias del pasado, de la memoria del mundo prehistórico o de una centella de ciencia. Tanto el número como la observación de los días y estaciones, fundamento de todo sistema cronológico, era o es sagrado en todas partes. La astrología y los misterios de la naturaleza, cualesquiera que sean, forman parte del caudal de todos los magos del mundo. También la medicina y el arte de adivinar, la ciencia oculta y la interpretación de los sueños y de caracteres (rúnicos, cuneiformes, etc.), la reconciliación con los dioses, el apaciguamiento de los difuntos y las noticias que recibimos de ellos, en una palabra, todo el reino oculto de interrogantes y revelaciones sobre los cuales el hombre trata de tranquilizarse, está en manos de los sacerdotes, de tal manera que en muchos pueblos el culto común y sus festividades son casi lo único que da a las familias independientes las apariencias de un conjunto homogéneo. La historia de la civilización demostrará que los pueblos más cultos presentan a este respecto el mismo cuadro. Los egipcios como todos los orientales hasta los límites orientales del mundo, todas las naciones cultas de la Antigüedad, etruscos, griegos y romanos, recibieron las ciencias del seno de las tradiciones religiosas y bajo su velo sagrado. Por este conducto les llegaron la poesía y las bellas artes, la música y el arte de la escritura, la historia y la medicina, la física y la metafísica, la astronomía y el sistema cronológico respectivo, y hasta la ética y la política. Los sabios de la más remota antigüedad no hicieron más que desarrollar la semilla que había recibido hasta que formaran plantas independien-

tes, evolución que siguió su curso a través de los siglos. Los pueblos nórdicos tampoco hemos recibido nuestras ciencias sino revestidas de apariencias religiosas, de suerte que nos podemos atrever a afirmar de la historia de todos los pueblos que: "El mundo debe la semilla de toda cultura superior a la tradición religiosa verbal y escrita".

Segundo. Esta afirmación histórica se confirma por la misma naturaleza del asunto que tratamos; pues ¿qué es lo que elevó al hombre por encima de los animales y le impidió aun en la degeneración más burda rebajarse del todo hasta aquéllos? Se suele responder: el intelecto y el lenguaje. Mas así como no pudo llegar a tener inteligencia sin el lenguaje, así no pudo alcanzar ambos como no fuera por la intelección de la unidad en la pluralidad, por la comprensión del nexo entre causa y efecto, o sea, por la idea de lo invisible dentro de lo visible. Por lo tanto, una especie de antenas religiosas para las fuerzas que ejercían su influjo de manera invisible dentro del caos de seres que le rodeaba, debía preceder y fundamentar a la primera formación y combinación de las ideas abstractas de la razón. Éste es el sentimiento que los salvajes tienen de la naturaleza aunque no posean un concepto expreso de Dios; y es un sentimiento activo y eficiente, como lo demuestran hasta sus idolatrías y supersticiones. En todos los conceptos del intelecto que se refieren solamente a cosas visibles, el hombre procede de manera análoga al animal; para elevarse hasta el primer grado de la razón superior le es necesaria la idea de lo invisible dentro de lo visible. En efecto, esta idea es casi lo único que las naciones incultas poseen de un intelecto trascendente, desarrollado por otros pueblos con más palabrería. Otro tanto ocurrió con la supervivencia del alma después de la muerte. Sea cual fuere el conducto por el cual llegó el hombre a este concepto, se trata de una creencia universal en toda la tierra como lo único que distingue al hombre del animal en la muerte. Ningún pueblo salvaje es capaz de demostrar la inmortalidad del alma filosóficamente, tan poco como lo puede hacer, acaso, un filósofo, pues éste sólo puede reforzar con razones la fe que radica en el corazón humano, y esta fe es lo que existe universalmente en la tierra. La tiene el camchadal que expone a sus muertos a los animales; la tiene el neo-holandés al entregar el cadáver a las olas del mar. Ningún pueblo inhuma a sus muertos como se entierra un animal; todo salvaje entra, al morir, en el reino de sus antepasados, en el país de las almas. La tradición religiosa sobre este punto y el sentimiento íntimo de una existencia que está a salvo del aniquilamiento preceden, por lo tanto, al razonamiento del intelecto; de otra manera, éste difícilmente habría llegado a tener el concepto de la inmortalidad o lo hubiera abstraído en forma muy pálida e ineficaz. De esta manera, la fe universal de

los hombres en la inmortalidad de nuestra existencia, construye la pirámide de la religión sobre los sepulcros de todos los pueblos.

Finalmente, las leyes divinas y las reglas del proceder humanitario que se manifiestan, aunque sea sólo en vestigios, en el pueblo más salvaje, ¿acaso las inventó la razón al cabo de miles de años y deben su existencia a la movediza estructura que es la abstracción del intelecto humano? La historia no me permite semejante suposición. Si los hombres hubieran sido lanzados a la tierra como animales para tener que inventar por propia cuenta los contornos espirituales del hombre, seríamos todavía naciones sin lenguaje, sin inteligencia, sin religión y sin moral; pues tal como siempre ha sido el hombre en la tierra, así sigue siendo. No poseemos ningún dato histórico de que en alguna parte vivan orangutanes humanos, y las fábulas de Diodoro de la última época antigua o de Plinio que escribió más tarde aún sobre los hombres insensibles unos e inhumanos otros, o revelan por sí mismas su origen fabuloso, o no merecen que se les dé fe por el testimonio de estos autores.

Así deben calificarse también como exageraciones las leyendas que los poetas narran de los pueblos primitivos prehistóricos para destacar el mérito de Orfeo y Cadmo; la misma época en que estos poetas vivieron así como el fin de sus descripciones los excluye del número de los testigos históricos. Ningún pueblo europeo ha sido más salvaje que los de Nueva Zelandia o Tierra del Fuego, a juzgar por la analogía del clima, y mucho menos el pueblo griego; también esos pueblos inhumanos tienen su humanidad, intelecto y lenguaje. Ningún caníbal come a sus hermanos y sus hijos; esta costumbre inhumana es para ellos el cruel derecho de la guerra para conservar la valentía y para el mutuo terror de los enemigos. No es, por lo tanto, ni más ni menos que obra de una primitiva inteligencia política que entre aquellos pueblos se sobrepuso al sentido humanitario en aras del patriotismo, tal como este último se sobrepone a tantas otras cosas entre los europeos modernos. Ante los extranjeros se avergonzaban de su crueldad más de lo que nosotros europeos nos avergonzamos de la carnicería de nuestras batallas campales; más aún: aquéllos se muestran de manera fraternal y noble para con todo prisionero de guerra al que no le toca esa triste suerte. Todos estos rasgos, también el del hotentote que entierra con vida a su hijo o el del esquimal que abrevia la edad de su anciano progenitor, son consecuencias de la escasez y penuria, que, por otra parte, nunca pudo refutar la existencia del primitivo sentido humanitario. La razón desviada y la opulencia desenfrenada han producido entre nosotros muchas barbaridades y perversiones con las que no puede compararse la poligamia de los negros. Ahora bien: así como nadie entre nosotros negará que también en el pecho del sodomita, del tirano y del asesino existe impresa la imagen de la humanidad,

por más que haya llegado a ser casi irreconocible a causa de las pasiones y de los hábitos desvergonzados, así permítaseme decir también que, después de todo lo que he leído y examinado acerca de los pueblos de la tierra, tenga esta predisposición interna para el sentido humanitario por tan generalizada como la naturaleza humana misma, por no decir que la identifico simplemente con la naturaleza humana. Ciertamente es anterior a la razón especulativa que se ha venido formando por la observación y el lenguaje y que perdería su norte en los casos prácticos si no lo pidiera prestado a esa oscura facultad que hay dentro de nosotros. Si todas las obligaciones del hombre se fundan solamente en convenciones inventadas por él mismo y fijadas por la experiencia, entonces dejan de ser obligatorias desde el momento en que yo renuncie a su fin, la felicidad. Así se completa el silogismo de la razón. ¿Pero cómo llegan estas aspiraciones a alentar en el pecho del que nunca se entregó a especulaciones sobre la felicidad y los medios para alcanzarla? ¿Cómo aparecieron en el espíritu de un hombre cualquiera las obligaciones del matrimonio, del amor paternal y filial, de la familia y la sociedad, antes de haber recogido experiencia alguna, ni buena ni mala, sobre cada uno de estos tópicos, de suerte que, según esta hipótesis, hubiera debido ser mil veces un monstruo antes de hacerse hombre? No, el buen Dios no abandonó a su criatura al mortífero azar. A los animales, Señor, les diste el instinto, en el alma del hombre grabaste tu imagen, la religión y el sentido humanitario. Los contornos de la estatua ya están prefijados, ocultos en la masa del mármol; sólo el trabajo de esculpirla no lo puede realizar éste por sí sólo. De esto deben hacerse cargo la tradición e instrucción, la razón y la experiencia, y para esto no habían de escasear los medios. La ley de la justicia, los principios del derecho social, hasta la monogamia como la forma de matrimonio y amor connatural al hombre, la piedad para con los bienhechores y amigos y hasta el sentido que percibe la existencia del Omnipotente e infinitamente Bueno, todos estos rasgos forman parte de la imagen humana, suprimidos aquí, desarrollados a medias allá, pero siempre manifiestos en el plan primitivo de la figura humana, a los que el hombre no debe renunciar en cuanto se percate de su presencia. El reino de estas predisposiciones y su desarrollo es la verdadera ciudad de Dios en la tierra, de la que todos los hombres son ciudadanos, sólo que en muy diversas clases y grados. Bienaventurado el que pueda contribuir a la propagación de este verdadero reino de la creación interior del hombre; a ningún inventor le envidia su ciencia ni a rey alguno su corona.

¿Mas dónde y cómo se originó esta tradición que despertó al humanismo y la religión para propagarse a través de diversas transformaciones hasta los límites del mundo habitado donde se va per-

diendo en las formas más rudimentarias? ¿Quién enseñó al hombre el lenguaje tal como hoy todavía todo niño lo aprende de otra persona sin que nadie lo invente por su propio intelecto? ¿Cuáles fueron los primeros símbolos que captó el hombre de suerte que la primera semilla de la cultura viniera a los pueblos bajo el velo de la cosmogonía y las leyendas religiosas? ¿Dónde se enlaza el primer eslabón de la cadena de nuestra especie y de su cultura espiritual y moral? Veamos lo que sobre ello nos revele la historia natural de la tierra junto con las más antiguas tradiciones.

LIBRO DÉCIMO

I

NUESTRA TIERRA HA SIDO FORMADA ESPECIALMENTE CON MIRAS A LAS CRIATURAS DOTADAS DE VIDA

Puesto que el origen histórico del género humano está envuelto en la mayor oscuridad para el filósofo y desde los tiempos más remotos aparecen cosas raras que no cuadraban a tal o cual sistema, se ha optado por el medio desesperado de cortar el nudo en vez de desatarlo, considerando no sólo la tierra como un campo de ruina de moradas anteriores, sino también el género humano como un puñado de supérstites, un resto que logró escapar en montañas y cuevas de una especie de juicio universal que habría sobrevenido cuando el planeta había llegado al último día de un hipotético estado anterior diferente del actual. El intelecto, el arte y la tradición de los hombres sería según esto, una presa arrebatada al mundo anterior que sucumbió [1]; de ahí que el género humano presente en parte ya desde el principio cierto brillo que se basa en una experiencia milenaria, el cual, al menos en parte, no se podrá aclarar jamás, ya que estos hombres sobrevivientes forman algo así como un istmo que une y separa a la vez dos culturas.

Si esta opinión es verdadera, habrá que conceder que no puede haber una filosofía pura de la historia humana, ya que nuestra especie no sería más que los desperdicios arrojados por un cataclismo anterior. Veamos en qué se funda esta hipótesis que hace de la tierra y de la historia del género humano un caos sin solución.

Por de pronto no parece que se base en el origen de nuestra tierra, pues los primeros cataclismos y devastaciones que se pueden registrar en ella, no suponen una historia humana transcurrida,

1 Véase especialmente el ingenioso *Ensayo sobre el origen del conocimiento de la verdad y de las ciencias*, Berlín, 1781. La hipótesis de que nuestro globo terráqueo sea formado de las ruinas de otro mundo, es compartida por muchos naturalistas, aunque por razones muy diversas.

sino que forman parte del ciclo de la evolución gracias al cual la tierra llegó a ser habitable [1]. El granito primario, núcleo interno de nuestro planeta no ofrece, en cuanto lo conocemos, ningún vestigio de seres orgánicos que hayan sucumbido; ni los contiene ni sus componentes los suponen. Es probable que esta formación primaria del granito emergiese con sus cumbres más elevadas de las aguas de la creación, ya que estas partes no demuestran ningún efecto del agua marina; mas en estas alturas desiertas ninguna criatura humana pudo respirar ni menos alimentarse. El aire que rodeaba esta masa no estaba todavía segregado del agua ni del fuego; enriquecido con diversas materias que se sedimentaron en el fondo mucho más tarde y en diversas combinaciones y períodos, dándole poco a poco su forma actual. Este aire no pudo servir para la respiración de la criatura más delicada de la tierra. Fué en el agua donde se formaron los primeros seres vivientes, y nacieron con el ímpetu de una fuerza creadora primitiva que no podía ejercer todavía su acción en ningún otro lugar, y se organizó, por consiguiente, en este sinnúmero de crustáceos, los únicos que podían vivir en este mar preñado de materias. A medida que la tierra evolucionaba encontraron con frecuencia su ruina, y sus restos sirvieron de fundamento a organizaciones más elevadas. Cuanto más la roca primitiva quedaba libre de agua e iba siendo fertilizada con los sedimientos que el agua dejaba depositados, es decir, los elementos y organismos que habían estado en él, tanto más avanzaba la creación de las plantas en pos de la base que el agua le había dejado, de manera que en cada latitud de la tierra vegetaba cuanto pudiese vegetar. Mas tampoco en el invernadero de aquel interregno podía existir todavía ningún animal terrestre. En las alturas donde hoy crecen hierbas de Laponia, se puede hallar vegetales fosilizados de la latitud más calurosa del mundo, testimonio evidente de que la atmósfera allí tenía entonces un clima correspondiente. Mas esta atmósfera debía estar ya altamente purificada por haberse sedimentado tanta cantidad de materia, y debía de permitir el paso de la luz sin la cual no habría vivido la planta. Pero el hecho de que con estos fósiles vegetales no se haya encontrado ninguno de origen animal, por no hablar de fósiles humanos, demuestra con probabilidad que en aquella época no los hubo todavía en la tierra, como quiera que no exista la materia de qué formarlos ni el alimento con qué nutrirlos. De esta manera la evolución sigue su curso hasta que por fin en las capas superiores de barro o arena aparecen pri-

[1] Los hechos que confirman las afirmaciones que se harán a continuación, están dispersos en muchos libros de la geografía moderna, en parte en Buffon y otros, y son del dominio público, de manera que no tengo reparos en citarlos al pie de la letra.

mero los esqueletos de elefantes y rinocerontes. Lo que en capas inferiores se ha tenido por formaciones humanas es todo de carácter dudoso y fué declarado como esqueletos de animales marinos por naturalistas de peso. Parece que también en tierra firme inició la naturaleza su obra en el clima más caluroso y en enormes cantidades, así como había comenzado en el mar con crustáceos acorazados y grandes amonitas. Por lo menos, lo cierto es que junto con los esqueletos de elefantes que se fosilizaron tarde y en algunos lugares se conservaron hasta con la piel, se hallaron serpientes, animales marinos, etc., pero nunca cuerpos humanos. Pero aunque algún día se hallaren, serán siempre de fecha muy reciente en comparación con las antiguas rocas donde no se encuentra ningún vestigio de vida. Así habla el libro más antiguo de la tierra con sus páginas de arcilla, esquisto, mármol, cal y arena. ¿Y qué dice acerca de una transformación de la tierra a la cual hubiese sobrevivido una especie humana cuyos restos seríamos nosotros? Nada. Más bien todo lo que dice induce a creer que la tierra, desde su caos inicial de fuerzas y materias bajo el calor vivificante del espíritu creador y a través de una serie de revoluciones preparatorias, se haya venido formando y desarrollando hasta que al fin pudiese hacer su aparición también la fina y delicada criatura humana, coronación de la obra creadora. Por lo tanto, los sistemas que hablan de diez y más cambios de las latitudes y polos, de cien catástrofes que habrían sobrevenido al suelo habitado y cultivado y de mil expulsiones que habrían arrojado a los hombres de región en región, o que nos cuentan de sus monumentos y sepulcros debajo de rocas y mares, pintando toda la historia primitiva con horror y espanto, estos sistemas, digo, habida cuenta de las innegables revoluciones geológicas que tuvieron lugar, contradicen la misma estructura de las capas terrestres o, por lo menos, no encuentran en éstas ningún fundamento para su teoría. Las fisuras y aperturas de las capas geológicas más antiguas y sus paredes derruídas nada nos dicen de una tierra que fuese habitada antes de nosotros; más aún: si la masa antigua se hubiese fundido y reducido a causa de un suceso como insinúa esa hipótesis, a buen seguro que no quedaría con vida ningún resto de ese mundo primitivo. Tanto la tierra como la historia humana tal como ahora se presenta, siguen siendo un problema intacto para que el investigador lo resuelva. Encarándonos con él, preguntamos:

II

¿DÓNDE ESTUVO EL LUGAR DE ORIGEN Y LA MORADA MÁS ANTIGUA DE LOS HOMBRES?

No hace falta probar que no pudo estar en algún extremo de la tierra de formación reciente, lo cual nos lleva en seguida a las alturas de las rocosidades primitivas y las tierras que a su amparo vinieron sedimentándose. ¿Nacieron hombres por todas partes tal como se formaron crustáceos por doquier? ¿Dió el Atlas a luz al negro, las Andes al americano, el Ural al asiático, los Alpes europeos al europeo? ¿Tiene acaso cada mazizo montañoso principal del mundo su propio grupo humano? Si cada Continente tiene sus propias especies animales que no pueden vivir en otra parte y, por consiguiente, deben haber nacido en él y para él, ¿por qué no ha de tener también su propia especie humana? ¿No serían prueba de ello la formación de diversas nacionalidades, costumbres y caracteres, y particularmente los idiomas tan diferentes? Cualquiera de mis lectores sabe con cuánto brillo ha sido expuesta esta argumentación por varios sabios y agudos historiadores, hasta el punto de que se tildó, finalmente, de violenta la hipótesis que sostiene que si bien la naturaleza pudo crear monos y osos en todas partes, no pudo hacer lo mismo con los hombres. Se dijo que era contrario a su modo normal de obrar que hubiese expuesto a la especie más frágil a mil peligros a causa de semejante mezquindad tan ajena a su manera de ser. "Mirad" —se dice— "cómo todavía ahora la naturaleza derrocha las semillas, abandonando a la destrucción millones de semillas no sólo de plantas y vegetales, sino también de animales y hombres. ¡Y se nos quiere hacer creer que la madre fecunda —tan pródiga en semillas de toda clase de seres y variantes en los albores de su juventud virginal y la cual supo sacrificar a millones de seres vivos en aras de una revolución geológica, como lo demuestra la estructura terrestre, con el fin de crear nuevas especies—, pues, en el justo instante en que se pretendía fundar la especie humana hubiese agotado su poder creador en los seres inferiores para concluir la obra de su exuberante laberinto con dos miserables ejemplars de la especie humana!" Veamos cuán lejos del proceso cultural e histórico de nuestra especie, de su origen, su carácter y relación con los otros seres vivientes anda esta hipótesis aparentemente tan brillante.

En primer lugar, es evidentemente contrario al proceder de la naturaleza crear todos los seres vivos de una vez y en igual número,

porque la estructura terrestre y la de las criaturas lo hacen imposible. Los elefantes y los gusanos, los leones y los infusorios no existen en igual número ni fué posible, en los comienzos remotos y de acuerdo con su estructura, crearlos de golpe y en iguales proporciones numéricas. Millones de moluscos tuvieron que sucumbir antes de que sobre las rocosidades terrestres naciera una vida superior en plantaciones y jardines. Todo un mundo vegetal perece cada año para alimentar la vida de seres superiores. Dejando a un lado completamente las causas finales de la creación, se ve que le es inherente a la naturaleza hacer uno de muchos otros y destruir dentro de las revoluciones del ciclo creador innumerables seres para dar vida a otros *más nobles pero en menor número*. Así fué subiendo por los grados inferiores de la escala, depositando siempre suficiente semilla para hacer durar las especies que quería conservar, y preparando el camino para otras más seleccionadas, delicadas y elevadas. Si el hombre había de ser la corona de la creación, no podía compartir con el pez o el plasma marino una misma materia, *ni el mismo día de nacimiento, ni una misma morada*. Por sus venas debía pulsar sangre y no agua; por lo tanto, el calor vital de la naturaleza debía acrisolarse y la esencia destilarse hasta que tiñera de rojo la sangre humana. Todos sus vasos y fibras, su mismo esqueleto debían ser formados de la arcilla más fina, y puesto que la omnipotente naturaleza no opera nunca sin causas segundas, tenía que prepararse la materia para este fin. Para esto pasó también por los animales inferiores; cada uno se originó cuando y donde ella lo determinaba; las fuerzas penetraron por todos los conductos abriéndose paso hacia la vida. El amonita estuvo antes que el pez; la planta precedió al animal el cual no podía existir sin aquélla; el cocodrilo y el caimán se arrastraron antes de que el sabio elefante recogiera hierbas blandiendo su trompa. Los animales carnívoros requerían la previa existencia de numerosas especies que les habían de servir de alimento; por lo tanto no podían aparecer al mismo tiempo y en igual número que aquéllos. El hombre, por su parte, si había de ser habitante de la tierra y rey de la creación, debía hallar terminados su imperio y su morada; necesariamente tuvo que aparecer a última hora y en menor número que el de sus súbditos. Si la naturaleza hubiera podido producir en su taller y con sus materias en la tierra algo más sublime, puro y bello que el hombre, ¿por qué no habría de hacerlo? Pues si no lo ha hecho es prueba de que con el hombre cerró su taller, acabando con la máxima parquedad sus creaciones que había comenzado en el fondo del mar con desbordante prodigalidad. "Dios creó al hombre" —dice la más antigua tradición escrita de los pueblos—, "a su imagen; a imagen y semejanza de Dios lo creó, un hombre y una mujer; después de las innumerables criaturas que había crea-

do, el número más pequeño; después descansó y no siguió creando". La pirámide de la vida había llegado al vértice.

¿Dónde se produjo el vértice? ¿dónde nació el rey de la creación? Necesariamente en el centro de las energías más activas donde, por así decirlo, la creación estaba más desarrollada y por más tiempo perfeccionada. ¿Y dónde fué esto sino en el Asia, como lo sugiere la misma estructura terrestre? En el Asia poseía nuestro globo esa altura de inmensa anchura y longitud que nunca había sido cubierta por las aguas y cuyas cumbres rocosas se extienden en todas las direcciones. Aquí, por lo tanto, estaba el centro de gravitación de las energías activas, aquí cerraba su circuito la corriente eléctrica, aquí hubo mayor sedimentación de materias provenientes del fecundo caos. Alrededor de estas montañas se formó el mayor de los Continentes como lo demuestra su configuración; en estas montañas y junto a ellas vive la mayor cantidad de especies de animales, las que probablemente recorrían ya estos parajes gozando de su existencia cuando otras partes de la tierra estaban todavía cubiertas por las aguas, emergiendo apenas con algunos bosques o la roca desnuda. La montaña de la creación que imaginaba Linneo [1], se encuentra en la naturaleza, sólo que no como montaña sino espacioso anfiteatro, cadena de montañas que se va ramificando por diversos climas. "Hay que advertir —dice Pallas [2]— que todos los animales que se domesticaron en los países del norte y del sur, se encuentran en estado salvaje en la zona templada del Asia meridional (excepto el dromedario, cuyas dos familias no medran fuera de África y se acostumbran con dificultad al clima de Asia). El lugar de origen del toro salvaje, del búfalo, del muflón, del cual desciende nuestra oveja, de la cabra Bezoar y la cabra montés de cuyo cruce nació nuestra fecunda cabra doméstica, se encuentra en las sierras que se extienden por el Asia meridional y parte de Europa. El reno abunda en las altas montañas que limitan y cubren el extremo oriental de Siberia, sirviendo allí como animal de carga y de tiro. También se encuentra en los Urales desde donde invadió los países nórdicos. El camello con dos jorobas vive en estado salvaje en los grandes desiertos entre el Tibet y la China. El jabalí habita los bosques y las ciénagas de toda el Asia de la zona templada. El gato montés del cual desciende nuestro gato doméstico, es suficientemente conocido. Finalmente es seguro que la raza principal de nuestro perro desciende del chacal, aunque no creo que sea una raza pura y me inclino a pensar que en tiempos prehistóricos hubo

[1] LINNAEI, *Amoenit. acaden.* vol. II, p. 49. *Oratio de terra habitabili:* muchas veces traducida.

[2] Observaciones sobre las montañas en los *Beiträge zur physikalischen Erdbeschreibung,* (vol. 3, p. 250), y en otras traducciones.

mezcla de lobo, zorro y hasta hiena, lo cual explicaría la enorme variedad de razas perrunas, etc." Hasta aquí, lo reproducido es de Pallas. ¿Y quién conoce la riqueza en productos naturales del Asia meridional? Es como si alrededor de esta elevación máxima del mundo no sólo se hubiera formado la tierra más amplia sino también la más fértil que desde un principio absorbió mayor cantidad de calor orgánico. Los elefantes más sabios, los monos más inteligentes, los animales más vivaces se encuentran en el Asia; más aún: tal vez tenga, no obstante su decadencia, los hombres más inteligentes y elevados en cuanto a su disposición genética.

¿Y qué diremos de los otros Continentes? La historia demuestra que tanto los hombres como los animales de Europa proceden en su mayor parte de Asia y que Europa misma constaba principalpalmente de selvas y ciénagas cuando Asia poseía ya su cultura. Del África interior es poco lo que conocemos; especialmente la altura y configuración de su elevación montañosa central nos es desconocida por completo. Pero varias razones militan a favor de la hipótesis de que ese Continente escaso de agua y con extensas llanuras no tiene elevaciones montañosas comparables con las alturas y extensiones del Asia. También él habrá estado cubierto por las aguas hasta períodos más recientes y aunque el caluroso clima del ecuador dió a la flora y fauna un desarrollo rico y característico, parece, con todo, que tanto África como Europa no son más que hijos reclinados en el regazo de la madre que es Asia. Estos tres Continentes tienen en común la mayor parte de la fauna y son, vistos en conjunto, no más que un solo Continente.

Y por último, América: Por una parte están sus montañas altísimas e inhabitables con sus volcanes todavía activos; por otra, las llanuras interminables y en gran parte a nivel del mar. De la vida predominan la vegetación, los anfibios, insectos y aves, siendo menos en número y perfección las especies de animales terrestres comparadas con las del Viejo Mundo. Si a esto agregamos la constitución reciente y primitiva de todos sus pueblos, vemos que hay pocos indicios que señalen a este Continente como el más antiguo en ser habitado. Por el contrario, para el naturalista constituye un enjundioso problema sobre las diferencias existentes entre los dos hemisferios opuestos. Difícilmente, pues, se puede sostener que la primera pareja humana haya nacido en el hermoso valle de Quito, por más que yo le concedería gustoso semejante honor, lo mismo que al Atlas de África, y no deseo contradecir a quien presente pruebas fehacientes.

Pero basta ya de meras suposiciones de las que no quisiera se abuse para negar al Omnipotente el poder y la materia con que crear hombres donde le plazca. El que pobló mares y tierras con vida, pudo también dar a cada Continente su rey nativo si tal

hubiera sido su gusto. Pero acaso en el carácter de la humanidad tal como lo hemos expuesto hasta aquí, se pueda encontrar la causa por la que no le plugo hacerlo así. Vimos que la inteligencia y el sentir humano del hombre dependen de la educación, el lenguaje y la tradición, y que la más profunda diferencia de nuestra especie respecto de la animal radica en que esta última trae al mundo su instinto infalible completamente desarrollado. Si esto es así, basta para que el hombre no pudiese ser arrojado en el caos de la vida lo mismo que los animales, en virtud de su carácter específico. El árbol, que en todas partes pudo florecer sólo con especiales cuidados, había de brotar de una sola raíz en el lugar más propicio a su desarrollo donde el mismo que lo había plantado pudiese cultivarlo. El género humano, destinado al humanismo, había de ser desde su origen una familia unida por la misma sangre y guiada por una *única tradición* educadora, y de esta manera se formó el conjunto tal como todavía ahora se forma la familia: ramas de un mismo tronco, renuevos de un mismo vivero de origen. Cualquiera que considere las características de nuestra naturaleza, la estructura y especie de nuestro intelecto, la manera de formar nuestros conceptos y la propia humanidad de cada uno, tendrá que admitir que este plan privilegiado de Dios que nos distingue de los animales también por nuestro origen, es el más adecuado, el más hermoso y digno. Con él fuimos hechos los niños mimados de la naturaleza que ella, como a frutos de madurez creadora, o si se quiere, como a hijos de su vejez, produjo en el lugar que más convenía a estos tiernos y tardíos retoños. Allí los educó con mano maternal rodeándolos de todo cuanto pudiese facilitar desde el principio el cultivo de su complicado carácter humano. Así como sólo un intelecto humano fué posible en la tierra, y la naturaleza no produjo más que una especie de criaturas dotadas de razón, así también educó a estas mismas en una sola escuela de lenguaje y tradición, haciéndose cargo de esta educación mediante una *sucesión de generaciones* con un solo origen.

III

LA EVOLUCIÓN DE LA CULTURA Y DE LA HISTORIA SUMINISTRAN PRUEBAS HISTÓRICAS DE QUE EL ORIGEN DEL GÉNERO HUMANO SE ENCUENTRA EN ASIA

¿De dónde son originarios todos los pueblos de Europa? ¿De Asia? De la mayor parte lo sabemos con certeza: conocemos el origen de los lapones, finlandeses, germanos, godos, galos, eslavos, celtas, cimbros, etc. En parte por sus idiomas o restos del mismo, en parte por informaciones sobre los lugares que antiguamente habitaron, podemos seguir su trayectoria hasta cerca del Mar Negro o la región tártara, donde sobreviven restos idiomáticos. Del origen de otros pueblos sabemos menos por desconocer su historia más antigua, pues sólo los documentos de tiempos pasados certifican la autoctonía de una nación. El día que el doctísimo historiógrafo y etimólogo Büttner nos abra los tesoros de sus extraordinarios conocimientos, hasta ahora inaccesibles, para dotar, como podría hacerlo, a una serie de pueblos de su árbol genealógico, desconocido hasta el día de hoy para ellos mismos, se habrá hecho benemérito de la humanidad en sumo grado [1].

El origen de los africanos y americanos, fuerza es reconocerlo, permanece más oscuro para nosotros; mas en cuanto conocemos el extremo norte del primero de los Continentes mencionados y sus más antiguas tradiciones, el origen es asiático. Más al sur nos tenemos que contentar con no encontrar en la figura y color del negro nada que se oponga a semejante origen, sino más bien una gama de continuas transiciones en las formaciones climáticas, tal como trató de demostrarla el sexto libro de la presente obra. Dígase lo mismo de América, poblada en fecha más reciente, cuya colonización por parte del Asia oriental parece probable por el aspecto uniforme que presenta su población. Más que la evolución de los pueblos nos dicen sus idiomas; ahora bien: ¿en qué lugar de la tierra existen las lenguas más antiguas culturales? En el Asia. El que quiera observar el fenómeno de que los pueblos en una extensión de miles de millas cuadradas hablen todos en lenguas monosilábicas, que vaya al Asia. En la parte más allá del Ganges, en el Tibet y China, Birmania, Agra, Arraca y Benarés, Tonkín, Laos,

[1] Este sabio está trabajando en una obra de esa índole, de vastas proporciones.

Cochinchina, Cambodia y Siam, se habla únicamente con monosílabos sin flexión. Es probable que así se hayan quedado, fieles a la primitiva norma de su cultura idiomática y su escritura, ya que en este rincón del Asia las instituciones más antiguas se han conservado casi inmutables. Si alguno quiere conocer lenguas cuya riqueza grande, casi exuberante se reduce a muy pocas raíces de manera que con una regularidad notable y un arte casi infantil expresan un nuevo concepto por medio de una minúscula modificación del radical, combinando así la variedad con la pobreza, que contemple la extensión del sur de Asia desde la India hasta Siria, Arabia y Etiopía. El idioma bengalés tiene setecientas raíces que constituyen, por así decirlo, los elementos de la razón, con los cuales forma verbos, sustantivos y todas las demás partes de la sintaxis. El idioma hebreo y los de la misma familia, aunque de muy otra índole, llaman la atención al estudiarse su estructura hasta en los escritos más antiguos. Todas sus palabras se reducen a raíces de tres letras, las que tal vez fueron al principio también monosilábicas. Luego, a causa de su propio alfabeto, tomaron esta forma de las tres letras ya en épocas remotas, después de lo cual toda la lengua se construyó sobre esta base mediante adiciones y flexiones extremadamente sencillas. Una riqueza inimaginable de conceptos se reduce en la lengua árabe evolucionada a pocas raíces, de manera que las lenguas europeas hechas a remiendos con sus verbos auxiliares inútiles y sus flexiones aburridas nunca hacen un papel más pobre que cuando se las compara con los idiomas asiáticos. Éstos, en consecuencia, cuanto más antiguos, más difíciles resultan de aprender para el europeo, el cual tiene que renunciar a su inútil verbosidad para enfrentarse a un sutilísimo juego jeroglífico de una regulación casi insensible que lo vuelve apto para servir al lenguaje transparente de las ideas.

La señal más segura de la cultura de un idioma es su escritura; cuanto más antigua, ingeniosa y meditada ésta, tanto más culta aquélla. Con excepción tal vez de los escitas, que también eran de origen asiático, no hay ninguna nación europea que pueda gloriarse de poseer un alfabeto de su propia cosecha; en este punto hacen el papel de bárbaros juntamente con los negros y americanos. Sólo el Asia poseía la escritura, y esto desde los tiempos más remotos. La primera nación culta de Europa, los griegos, recibieron su alfabeto de manos de un oriental, y todos los otros caracteres de los alfabetos europeos son rasgos derivados o malogrados de las letras griegas, como lo demuestran las tablas de Büttner[1].

También la más antigua escritura de letras que los egipcios

[1] Véase las *Tablas comparadas de las escrituras de diversos pueblos,* de Büttner, Göttingen, 1771.

usaron en sus momias, es fenicia, de la misma manera que el alfabeto copto es una deformación del griego. Entre los negros y americanos ni siquiera hay que pensar en una escritura de su propia invención; de entre ellos los aztecas no se elevaron por encima de sus primitivos jeroglíficos ni los incas más allá de sus cordeles anudados. El Asia, en cambio, ha agotado el arte de la escritura en caracteres y jeroglíficos artísticos, de suerte que en sus rasgos se encuentran casi todas las formas imaginables de fijar el lenguaje humano. El idioma bengalés tiene cincuenta letras y doce vocales; el chino ha elegido de entre el mar insondable de caracteres que posee ciento doce para vocales y treinta y seis para consonantes. Y así siguen las cosas a través de los alfabetos tibetano, singalés, marrato y manchú, hasta con diferentes direcciones en los signos. Algunas de las escrituras asiáticas son tan antiguas que se ve bien cómo el idioma mismo se formó a una con ellas y para ellas. La escritura simple y bella de las ruinas de Persépolis, ni siquiera la hemos logrado descifrar hasta el día de hoy.

Si de los instrumentos de la cultura pasamos ahora a la cultura misma. ¿dónde se hubiera podido originar ésta con anterioridad a la asiática ya que desde allí se propagó a las otras regiones por caminos conocidos? El primer paso fué el dominio sobre los animales el cual, por lo que se refiere a este Continente, supera todas las revoluciones de la historia. Y no era sólo que estas montañas primitivas del mundo ofrecían, como vimos, el mayor número de animales domesticables; la sociedad humana, por su parte, llegó tan pronto a domesticarlos que nuestras especies más útiles como perros, ovejas y cabras nacieron solamente gracias a esta domesticación y son, por lo tanto, nuevas especies animales, producto del arte asiático. El que quiera hallar el centro de exportación de animales domésticos debe internarse en las alturas del Asia; cuanto más se aleje de allí (tomando las cosas en su conjunto), menor será el número de animales domesticados. En el Asia, hasta sus islas del sur, todo está lleno de ellos; en Nueva Guinea y Nueva Zelandia se encontraron solamente el perro y el cerdo, en Nueva Caledonia el perro solo, y en toda la extensa América eran el guanaco y la llama los únicos animales domésticos. Además, en Asia y África se encuentran las mejores, más hermosas y cultivadas especies. El dchiguetaí y el caballo árabe, el asno salvaje y el doméstico, el argalí y la oveja, el macho cabrío salvaje y el angora son el orgullo de su clase; el elefante más inteligente es el asiático, usado desde tiempos remotos con gran ingenio, y el camello era insustituible en este Continente. Respecto de la belleza de algunos de estos animales, África entra en competencia con Asia; pero en lo que toca al uso está muy atrasado hasta nuestros días. Europa debe todos sus ani-

males domésticos al Asia; lo que tiene nuestro Continente de su propia cosecha son quince o dieciséis especies, en su mayor parte ratones y murciélagos [1].

No es otro el cuadro que se presenta referente al cultivo del suelo y sus productos, ya que gran parte de Europa fué hasta tiempos muy recientes una selva, y sus habitantes, si querían alimentarse de vegetales, difícilmente hallaran otra cosa que raíces, hierbas silvestres, bellotas y manzanas silvestres. En algunas regiones del Asia a las que nos referimos, los cereales crecen en estado silvestre y la labranza de los campos cuenta con una edad inmemorial. Los mejores frutos de la tierra: la vid, el olivo, limones e higos, la naranja y todas nuestras frutas, castañas, almendras y nueces, etc., etc., se trasplantaron del Asia primero a Grecia y África y luego a otras partes. Así, pues, también, estos dones habían de llegarnos por vía de la tradición. América no cultivaba la vid; también a África llegó sólo por manos europeas.

No hace falta probar con extensos argumentos, que las ciencias y artes hayan florecido primero en Asia y el vecino Egipto; los monumentos y la historia de los pueblos lo atestiguan y la obra de Goguet está en manos de todos [2]. Las bellas artes, lo mismo que las útiles, cultivólas este continente desde tiempos muy remotos, siempre de acuerdo con el refinado gusto asiático, como lo demuestran las ruinas de Persépolis y los templos de la India, las pirámides del Egipto y tantas otras obras de las cuales existen restos o leyendas. Casi todas ellas se elevan muy por encima de la cultura europea y no tienen igual en África y América. La sublime poesía de varios pueblos del sur de Asia tiene fama mundial [3], y cuanto más antiguas, más gala hacen de una simplicidad y dignidad que merecen llamarse divinas. ¿Cuál es el pensamiento agudo, digo más: cuál es la inspiración poética venida al alma de un tardío occidental que no se encuentre en germen en un aforismo o una circunlocución de algún remoto oriental, con tal de que éste enfocase el tema dentro de su esfera? El comercio de los asiáticos es el más antiguo del mundo y los inventos más importantes son de ellos, entre los que figuran también la astronomía y cronología. No hace falta participar de las hipótesis de Bailly para quedar maravillado a causa de la temprana y amplia difusión de algunas observaciones astronómicas, divisiones de materias y habilidades de artesanía que no pueden negarse a los pueblos más antiguos del Asia [4]. Parece que sus sabios más antiguos, preferentemente los que estudiaron el cielo,

1 ZIMMERMANN, *Geographische Geschichte der Menschen*, t. 3, p. 183.
2 *Del origen de las leyes, artes y ciencias*, Lemgo, 1770, 4.
3 JONES, *Poeseos Asiatic. commentar.*, edit. Eichhorn., Lips., 1777.
4 BAILLY, *Gesch. der Sternkunde des Alterhums.*, Leipz., 1777.

fueron observadores del silencioso transcurrir del tiempo, ya que aún ahora, en medio de la profunda decadencia de algunas naciones, se manifiesta la inclinación a los cálculos y operaciones aritméticas [1].

El brahmán calcula con enormes cifras de memoria y las divisiones del tiempo las sabe de corrido, desde las más pequeñas hasta las grandes revoluciones celestes, y se engaña muy pocas veces sin tener a su disposición los medios auxiliares del europeo. El mundo antiguo le ha dejado en herencia las fórmulas que él ahora sólo tiene que aplicar; también nuestra cronología del año es de origen asiático y nuestras cifras y constelaciones celestes provienen del Egipto o de la India.

Si, finalmente, las formas de gobierno son el arte más difícil de la cultura, ¿dónde existieron las monarquías más antiguas y más grandes? ¿dónde los Imperios del mundo encontraron sus cimientos más firmes? Desde milenios la China conserva su antigua Constitución, y no obstante las repetidas invasiones tártaras, siempre los vencidos lograron amansar a los vencedores e imponerles el yugo de su antigua Constitución; ¿cuál es la forma de gobierno europea que puede gloriarse de semejante hazaña? En las montañas del Tibet gobierna la hierocracia más antigua del mundo y el poder de las castas hindúes es tan antiguo y arraigado que se ha hecho como una segunda naturaleza en el más manso de los pueblos. En el Éufrates y el Tigris, en el Nilo y en las montañas de los medos son monarquías pacíficas o aguerridas las que intervienen desde los tiempos más remotos en los destinos de los pueblos occidentales. Hasta en las alturas tártaras se ha combinado la libertad independiente de las hordas con un despotismo de los Khanes que ha servido de modelo a más de un sistema de gobierno europeo. Desde todas partes del mundo, a medida que uno se va acercando al Asia, aumenta el número de imperios fundados sobre fundamentos inconmovibles cuyo poder ilimitado se ha impreso en la mentalidad de los pueblos de tal manera que el rey de Siam se rió de una nación sin rey como de un monstruo sin cabeza. En África, los gobiernos despóticos son más firmes a medida que se acercan al Asia. Cuanto más descendemos al sur, más primitivo es el estado que presenta la tiranía, hasta que finalmente entre los cafres se pierde en el sistema pastoril patriarcal. En los mares del sur, cuanto más cercanos al Asia, tanto más florecen las artes, la artesanía, el esplendor y su consorte: el despotismo real; cuanto más alejadas estén algunas islas, o también en América y los confines del hemisferio sur, una Constitución más simple se presenta en formas más pri-

[1] Véanse los viajes de Le Gentil en la colección de *Ebeling*, parte 2, p. 406, etc.; WALTHER, *Doctrina temporum Indica*, después de BEYER, *Histor. regni Graecor. Bactriani Petrop.*, 1783, etc.

mitivas, lo mismo que la libertad de las tribus y familias. Tanto es esto así que algunos historiadores hicieron derivar hasta las dos monarquías que hubo en América, las de México y Perú, de la vecindad de Imperios despóticos del Asia. Todo el aspecto del Continente, particularmente alrededor de los macizos montañosos, lo delata como la morada más antigua, a la vez que las tradiciones de estos pueblos se remontan, como es sabido, lo mismo que su cronología y sus religiones, hasta miles de años atrás, lindando con el mundo prehistórico. Todas las leyendas europeas y africanas (exceptuándose siempre el Egipto), no son más que fragmentos perdidos de fábulas más recientes en comparación con las construcciones monumentales de antiguas cosmogonías como las tienen la India, el Tibet, la antigua Caldea y hasta el bajo Egipto; son sonidos dispersos de un eco errante frente a la voz del mundo asiático primitivo que se pierde en la mitología.

Pues, ¿por qué no seguir esta voz y, de ser posible, hasta su fuente, ya que los hombres no tenemos otro medio de formación que la tradición? Verdad es que se trata de un sendero expuesto a errores como cuando se sigue el arco iris o el eco; porque así como un niño no sabe relatar su nacimiento por más que haya sido su protagonista, así tampoco podemos esperar que el género humano nos sepa dar información de rigor histórico sobre su creación y su primera instrucción, de la invención del lenguaje y de sus primeras moradas. No obstante, también el niño recuerda siquiera algunos rasgos de su infancia, y si varios niños, educados juntos y luego separados por la vida, nos cuentan cosas idénticas o parecidas, ¿por qué no los habríamos de escuchar? ¿Por qué no soñar con lo que nos dicen, y meditar sobre ello, si ya no podemos contar con documentos más explícitos? Y puesto que es manifiestamente el plan de la Providencia instruir a los hombres por los hombres, es decir, mediante una tradición continuada, no dudemos de que también en este punto nos concedió cuanto necesitamos saber.

IV

TRADICIONES ASIÁTICAS SOBRE LA CREACIÓN DE LA TIERRA Y EL ORIGEN DEL GÉNERO HUMANO

¿Mas *dónde comenzar, a dónde dirigir nuestros pasos en esta* selva caótica donde tantas voces engañosas, tantas luces falsas desvían al viajero? No es mi ánimo añadir una letra siquiera a la biblioteca de fantasías que sobre este punto tiene atiborrada la me-

moria humana. Trataré, pues, de separar lo más que pueda las suposiciones de los pueblos o las hipótesis de sus sabios de los hechos corroborados por la tradición, y en ésta sus grados de certidumbre y su antigüedad. El último pueblo de Asia, el que se gloría de la mayor antigüedad, los chinos, no poseen ningún dato histórico seguro que se remonte más allá del año setecientos veintidós antes de Cristo. Los Imperios de Fo-Hi y Hoang-Ti pertenecen a la mitología y lo que precede a Fo-Hi, la época de los espíritus o de los elementos personificados, lo consideran los mismos chinos como alegoría poética. Su libro más antiguo [1], reencontrado 176 años antes de Cristo, o mejor dicho, compuesto y completado con dos ejemplares salvados del incendio, no contiene ninguna cosmogonía ni los orígenes de la nación. Yao ya está gobernando en las montañas de su Imperio; a una orden suya se observan las estrellas, se construyen riegos, se elabora la cronología. Los sacrificios y los negocios se desarrollan según un orden ya fijado. No nos queda otra cosa que la metafísica china del primer gran Y [2], cómo del uno y del dos nacieron el cuatro y el ocho, cómo después de abierto el cielo Puan-cu los tres Hoang gobernaron cual personajes milagrosos hasta que se iniciara la historia propiamente humana con Gin-Hoang, el primer legislador que, nacido en el monte Hing-ma, dividió la tierra y las aguas en nueve partes. Sin embargo, esta mitología abarca todavía muchas generaciones posteriores, de manera que no se presta a sacar conclusiones acerca de los orígenes si no es acaso el que fije la morada de estos reyes y sus personajes fabulosos en las altas montañas del Asia, que eran tenidas por sagradas y honradas con toda la mitología más antigua. Una montaña alta en medio de la tierra es objeto de veneración, aunque sea en nombre de esos seres fabulosos que denominan reyes.

Si subimos al Tibet, hallamos aún más acentuada la situación de las tierras habitadas alrededor de la montaña más elevada, ya que toda la mitología de este Imperio espiritual se funda en ello. La altura y las dimensiones del monte son descritas como pasmosas. Monstruos y gigantes montan guardia al pie del monte, y siete mares y siete montañas de oro le rodean. En la cumbre habitan los Lahen y otros seres inferiores en escala descendente. A través de edades inconmensurables descendieron estos contemplativos del cielo en dos cuerpos cada vez más groseros hasta que vinieron a parar en figura humana cuyos progenitores fueron una pareja de monos aborrecibles. También el origen de los animales se explica por algunos Lahen arrojados de sus alturas [3]. Es una mitología dura, que

[1] *Le Chou-King, un des livres sacrés des Chinois*, Paris, 1770.

[2] *Recherches sur les temps antérieurs à ceux dont parle le Chou-King p. Prémare*, antes de la edición de Chou-King, etc., por Deguignes.

[3] GEORGII, *Alphabet. Tibean.* Rom., 1762, p. 181 y en otros pasajes.

construye montaña abajo hasta ir a parar con el mundo en el mar, al que llena de monstruos. A uno de ellos, la eterna necesidad, entrega finalmente todo el sistema de seres. Mas también esta tradición deshonrosa que hace derivar al hombre del mono se encuentra tan entrelazada con motivos posteriores que resulta difícil considerarla íntegramente antigua.

Sería de desear que obtuviéramos la tradición más antigua del milenario pueblo de los hindúes. Pero amén de que esta primera secta del Brahma hace mucho ha sido exterminada por los secuaces del Vishnú y Shiva, entre el material recogido hasta ahora por europeos figuran sólo leyendas recientes que ora hacen el papel de una mitología popular ora de doctrinas interpretativas para sus sabios. Además, las diferencias de provincia en provincia son abismales, de manera que pasará mucho tiempo antes de que podamos contar con el verdadero idioma sánscrito lo mismo que con el verdadero Veda de los indios; y aun entonces es poco lo que puede esperarse respecto de la información sobre sus tradiciones más antiguas, ya que ellos mismos juzgan perdida la primera parte de la obra. Mas también entre algunas de las fábulas posteriores se asoma alguno que otro grano histórico de las leyendas primitivas. Así, por ejemplo, en toda la India, el Ganges es sagrado y baja inmediatamente de las montañas sagradas que son los pies del creador del mundo, Brahma. En la octava transformación, Vishnú apareció como Prasarama. Las aguas cubrían todavía toda la tierra hasta las montañas de Gate. Entonces rogó al dios del mar que le diera lugar y retirara el mar hasta donde llegara a tirar la flecha. El dios lo prometió y Prasarama lanzó el tiro. Hasta donde llegó la flecha, hubo tierra firme, la costa de Malabria. La narración nos dice, como lo anota también Sonnerat, que en otros tiempos el mar llegaba hasta el monte Gate y que la costa de Malabria es tierra de formación más reciente. Otras leyendas de pueblos de la India narran de otra manera el origen de la tierra y del agua. Vishnú estaba flotando en una hoja; el primer hombre nació de él en forma de flor. En la superficie del agua flotaba un huevo que Brahma hizo madurar y de cuya cáscara se originó el aire y el cielo mientras de su contenido nacieron los hombres y animales. Pero es necesario leer estas leyendas en el tono de fábula propio de los indios infantiles[1].

El sistema de Zoroastro[2] es evidentemente ya una doctrina filosófica, y aunque no estuviera mezclado con leyendas de otras sectas, difícilmente podría pasar como tradición primitiva; sin embargo, hay en él rastros reconocibles de tales tradiciones. El gran monte Albordi en el centro de la tierra vuelve a aparecer y extiende sus

[1] Sonerat, Baldeus, Dow, Hollweli, etc.
[2] *Zend-Avesta*. Riga, 1776-1778.

montañas secundarias a su alrededor. El sol circula alrededor de él; por sus faldas bajan los ríos; mares y tierras fueron distribuídos por él. Las figuras de las cosas existían primero en imágenes típicas, en gérmenes, y como todas las mitologías del Asia superior abundan en monstruos del mundo primitivo, así tiene también ésta el gran toro Kayamortis de cuyo cadáver nacieron todas las criaturas de la tierra. En la cumbre de la montaña, lo mismo que en el monte de los Lahen, está el paraíso, sede de los espíritus bienaventurados y hombres transfigurados, así como la fuente primitiva de los ríos, el agua de la vida. Por lo demás, la luz que divide las tinieblas, las dehace y supera, fertiliza la tierra y beatifica a todas las criaturas, es manifiestamente el primer principio físico de todo el sistema luminoso de los persas, que aplicaron esta idea única de mil maneras en el culto divino, la moral y la política.

Cuanto más descendemos de la altura del Asia en dirección al oeste, más se abrevian las edades y leyendas del mundo primitivo. En todas ellas se advierte ya un origen posterior, y la aplicación de tradiciones extrañas de países montañosos a regiones de la llanura. En su colorido local se hacen cada vez más inadecuadas, pero en cambio ganan en claridad y perfección del sistema mismo, ya que de la antigua fábula sólo restan unos pocos fragmentos y aun estos vestidos de color local. Por esto me parece un tanto extraño que por una parte se pretendiera calificar a Sanchoniatón de fraudulento, y por otra se le presentara como el primer profeta del mundo primitivo, ya que a esto se oponía la sola situación geográfica de su país. La idea de que el principio del mundo haya sido el aire sin ningún rayo de luz, un caos oscuro que desde tiempos inmemoriales había flotado en el espacio desierto, hasta que el espíritu creador se enamoró de sus propios principios ontológicos de cuya mezcla nació el de la creación; esta mitología es una forma de imaginación tan antigua y tan común a los pueblos más diversos que bien poco le quedó para inventar en ello al fenicio. Casi no hay pueblo asiático, inclusive el egipcio y el griego, que no cuente la tradición del caos o del huevo incubado; ¿por qué no habían de encontrarse tales tradiciones escritas en un templo fenicio? Que las primeras semillas de las criaturas hayan estado en el barro siendo los primeros seres dotados de razón una especie de personajes prodigiosos, "espejos del cielo" *(Zofasemín)*, que despertaron por el trueno para producir diversas criaturas con su poder milagroso, es también una leyenda muy difundida, y aquí algo abreviada, la cual con algunas variantes se extiende a través de las montañas medas y tibetanas hasta la India y la China, y llega luego hasta Frigia y Tracia; pues sus restos aparecen todavía en la mitología de Hesíodo y en la órfica. Pero si luego leemos extensas genealogías del viento Colpias, es decir, la voz del espíritu divino y su mujer la Noche, sus

hijos, el Primogénito y Eón, sus nietos: Género y Especie, sus biznietos: Luz, Fuego y Llama, y sus tataranietos, los montes Casio, Líbano, Antilíbano, etc., atribuyéndose a estos nombres alegóricos las invenciones del género humano, entonces se requiere un prejuicio a toda prueba para considerar que ese embrollo de viejas leyendas malentendidas que el compilador encontraría como meros nombres de los que hizo personas, sea una cosmología y una historia, la más antigua, del género humano.

Más al sur del Egipto no hay por qué buscar tradiciones del mundo primitivo. Los nombres de sus dioses más antiguos presentan restos innegables de una tradición paralela con la fenicia; la vieja noche, el espíritu, el creador, el barro con las semillas de las cosas, vuelven aquí a aparecer. Mas como todo cuanto sabemos de la mitología más antigua del Egipto es tardío, incierto y oscuro, y siendo además toda mentalidad mitológica de este país tributaria del clima, no hace a nuestro propósito buscar entre esos ídolos, ni menos en las fábulas de los negros, leyendas del mundo primitivo que puedan servir de base para una filosofía de la más antigua historia humana.

También históricamente no nos queda más en toda la tierra que la tradición escrita, la que solemos llamar la mosaica. Dejando a un lado todo prejuicio, y prescindiendo, en consecuencia, por completo de cuál sea su origen, sabemos que tiene más de tres mil años de antigüedad siendo en todo caso el libro más antiguo con que cuenta nuestra joven especie. Una mirada nos dirá lo que estas páginas sucintas quieren y pueden decirnos con su simplicidad, no considerándolas como historiografía sino como una tradición o como una antigua filosofía de la historia humana, a la cual me apresuro, por este motivo, a despojar de sus poéticos adornos orientales.

V

LA TRADICIÓN ESCRITA MÁS ANTIGUA SOBRE EL ORIGEN DE LA HUMANIDAD

Cuando comenzó la creación de nuestra tierra y de nuestro cielo —narra la leyenda— era la tierra primero un cuerpo caótico y deforme envuelto por un oscuro mar, y una fuerza viva e incubadora flotaba sobre las aguas.

Si se quisiera describir el estado primitivo de la tierra de acuerdo con las experiencias más modernas tal como la razón investiga-

dora puede hacerlo sin el revuelo de hipótesis insostenibles, no se podría hacer de otra manera que como lo hace esta antiquísima descripción. Una inmensa roca granítica, cubierta en su mayor parte por las aguas, y sobre ella las fuerzas de la naturaleza preñadas de vida: esto es lo que sabemos, y nada más. Que esta roca fuera despedida por el sol en estado de incandescencia, es un pensamiento gigantesco, el cual, empero, no encuentra su fundamento en la analogía de la naturaleza ni menos en la evolución de la tierra; porque ¿cómo se formó el agua sobre esta masa incandescente?, ¿de dónde le vino su forma esférica?, ¿y de dónde sus revoluciones alrededor de su eje, y los polos, siendo así que el imán pierde su poder en el fuego? Mucho más verosímil es que esta maravillosa roca primitiva se haya formado por sí misma gracias a fuerzas intrínsecas, es decir, que se fué sedimentando y solidificando del caos preñado del que debía formarse la tierra. Pero la tradición mosaica saltea también este caos y describe en seguida la roca, con lo cual desaparecen también aquellos monstruos y personajes fantásticos caóticos de la tradición más antigua. Lo que tiene este pasaje filosófico en común con aquellas leyendas, son acaso los Elohim, tal vez el Lahen, el Zofesamín etc., pero acrisolados hasta el concepto de una unidad causal. No son criaturas sino el creador mismo.

La creación de las cosas se inicia con la luz; con esto se destierra la antigua noche, con esto se separan los elementos, ¿Y qué otro principio conocemos, de acuerdo con investigaciones antiguas y modernas, que sea tanto diversificante como vivificante, si no es la luz, o si se prefiere, el fuego elemental? Se encuentra disperso en toda la naturaleza, distribuído con desigualdad según la afinidad de los cuerpos. En constante movimiento y actividad, líquido y activo por sí mismo, es la causa de toda liquidez, calor y movimiento. Hasta el principio eléctrico no parece ser más que una modalidad de aquél; y puesto que toda la vida en la naturaleza se desarrolla solamente por el calor y se manifiesta por el movimiento de los líquidos y el semen de los animales, actúa mediante una fuerza dilatadora, excitante y vivificante, semejante a la luz, habiéndose observado la intervención de la luz y la electricidad también en la fecundación de las plantas, vemos ahora que en esta antiquísima cosmogonía filosófica no hay otra causa inicial que la luz. Y no una luz solar, sino una luz que prorrumpe del interior de esta masa orgánica, también esto de acuerdo a las modernas experiencias. No son los rayos solares los que dan vida y alimentan a todas las criaturas, sino que todo posee su calor interior, aun la roca y el hierro frío. Más aún: una criatura es viva, sensible y activa sólo en la medida en que partícipa de este fuego genético y sus ulteriores efectos en la poderosa circulación del movimiento intrínseco. Aquí,

pues, se encendió la primera llama elemental, no como Vesubio lanzando llamas, no como cuerpo terrestre encendido, sino como poder diversificante que era bálsamo calorífero y nutritivo de la naturaleza, el cual, poco a poco, puso a todas las cosas en movimiento. ¡Cuánto más burda y menos verídica es la tradición fenicia al hacer despertar las fuerzas naturales en forma de animales por rayos y truenos! En este sistema más ingenioso que sin duda será corroborado por las sucesivas experiencias, el promotor de la creación es la luz.

Para evitar malas interpretaciones en la siguiente exposición de los días de la creación, recuerdo lo que cualquiera ve a primera vista, a saber, que toda esta idea de un sistema autónomo de creación se basa en una oposición de factores en virtud de la cual las divisiones tienen un significado simbólico y no físico. Puesto que nuestra vista no puede abarcar de un solo golpe toda la creación y sus relaciones de causalidad mutua, fué menester establecer divisiones, y eran las más naturales la contraposición de cielo y tierra, y luego de tierra y mar, por más que en la realidad constituyen un reinado homogéneo de seres que ejercen su influjo causal sobre otros y reciben el de aquéllos. De esta manera, el antiguo documento es *el cuadro primero e ingenuo de un orden natural* al que la denominación de días de la creación sirve sólo a manera de *división esquemática*, conforme a otro fin secundario perseguido por el autor. Tan pronto como la luz apareció como brazo ejecutor de la creación, tuvo que producir a un tiempo cielo y tierra. Allí purificó el aire que, según las últimas experimentaciones, es una especie de agua de menor densidad y algo así como el vehículo que comunica toda la creación entre sí, sirviendo en miles de combinaciones tanto a la luz como a las fuerzas de los seres marinos y terrestres. No conocemos ningún principio natural fuera de la luz o el fuego elemental que fuese capaz de purificar el aire hasta tal grado de elasticidad líquida. Mas ¿cómo se iba a realizar esta purificación sino sedimentándose paulatinamente en varias etapas y revoluciones todas las materias más pesadas, y constituyéndose de esta manera poco a poco el agua, la tierra y el aire en regiones separadas? Se ve, por lo tanto, que entre el segundo y tercer proceso hubo interferencias, así como también se oponen ambos en el simbolismo de la cosmogonía, efectos todos ellos de la luz diversificante de la creación. No cabe duda de que estos procesos insumieron miles de años, como lo demuestran fehacientemente la formación de las montañas y capas terrestres, y la de los valles y los cauces de los ríos. Tres entes poderosos ejercieron su acción durante estas prolongadas épocas: el agua, el aire y el fuego: los primeros dos sedimentando, excavando y nivelando; el último cooperando orgánicamente en los otros dos y en todo lugar de la tierra en formación.

Otra visión magnífica nos presenta ahora este más antiguo de los naturalistas al que muchos no alcanzan a comprender hasta nuestros días. La historia geológica demuestra que, en la formación de la tierra, las fuerzas orgánicas de la naturaleza entraron en acción tan pronto como les fué posible. Nació la vida vegetativa apenas lo permitieron las condiciones de vida, a pesar de que reinos enteros de vegetación hubieron de perecer al producirse grados de evolución en el aire y en el agua. El mar estuvo repleto de vida tan pronto como lo permitió su estado de purificación, aunque millones de esos seres vivos pereciesen en las inundaciones para servir de materia a otros organismos. Tampoco podía existir en cada elemento toda la gama de seres vivos que de suyo son aptos para vivir en él, ya que no había concluído el proceso de continuas purificaciones de los elementos; las especies se seguían una a otra, tal como les fué posible de acuerdo con su naturaleza y el medio que necesitaban. Y he aquí que nuestro sabio naturalista reduce todo esto a una voz del Creador que produce la luz para con ello mandar al aire purificarse, al mar retirarse, a la tierra emerger de a poco, es decir, poner en acción todas las fuerzas causales del ciclo natural. Y de esta misma manera ordena a la tierra, las aguas, el polvo, que cada uno de ellos produzca seres orgánicos según su carácter peculiar dotándose la creación de vida a sí misma en virtud de las propias fuerzas orgánicas implantadas a estos elementos. Así habla este sabio y no resulta desmentido por el aspecto que la naturaleza ofrece hoy todavía por doquiera donde fuerzas orgánicas evolucionan hacia la vida de acuerdo con sus elementos. Sólo que, en gracia de la división, opone los reinos de la naturaleza por separado, tal como los distingue el naturalista, a pesar de que sabe que no operan separadamente. Precede la vegetación; y en efecto, habiendo demostrado la física moderna que las plantas viven principalmente de la luz, con haberse corroído un poco la roca y estar cubierta con un poco de fango aluvial, pudo bajo el enorme calor de la creación naciente, brotar la primera vegetación. Las fértiles entrañas del mar siguieron con sus productos fomentando otras clases de vegetaciones. La tierra fecundada por lo que en el mar había perecido y por la luz, el aire y las aguas, se apresuró a producir nuevos seres, si bien no todos a la vez; pues, así como el animal carnívoro no podía subsistir sin alimento animal, así su nacimiento supone la muerte de especies enteras de animales, como nuevamente lo comprueba la historia natural. En las capas más antiguas de la tierra se encuentran sedimentos de animales marinos o herbíboros; carnívoros no se encuentran, o muy pocas veces. Así fué creciendo la creación gradualmente en organismos cada vez más

refinados hasta que, por fin, aparece el hombre, la más fina obra de arte de los Elohim, el rey de la creación.

Pero antes de presentar nuestros respetos al rey, contemplemos algunos toques maestros en el cuadro de nuestro antiguo naturalista sabio.

Primero: El sol y las estrellas no aparecen como causas eficientes en la rueda de actividades creativas. Él los hace el punto céntrico de su simbolismo, y en efecto, mantienen a nuestra tierra con todos sus productos orgánicos dentro de su curso, siendo por lo tanto, como él dice, los reyes del tiempo. Pero no emiten fuerzas orgánicas ni las transmiten por sus irradiaciones. Todavía ahora el sol ilumina como lo hizo al principio de la creación, pero no hace brotar ni organiza nuevas especies; pues ni siquiera de la descomposición de seres orgánicos haría nacer el calor la más mínima vida si la energía creadora no estuviese ya dispuesta para su próxima transformación. En consecuencia, el sol y los astros aparecen en este cuadro de la naturaleza tan pronto como pueden aparecer, a saber, estando purificado el aire y la tierra estructurada; pero sólo en calidad de testigos de la creación y regentes de un círculo orgánico cerrado en sí mismo.

Segundo: Desde el principio de la tierra está también la luna; para mí un hermoso testimonio de este viejo símbolo de la naturaleza. No tiene para mí poder persuasivo la opinión de los que la tienen por una vecina advenediza de la tierra atribuyendo a su inoportuna llegada todos los desórdenes que en ella y sobre ella se produjeron. La hipótesis carece de toda prueba científica, no sólo porque cualquier aparente desorden en nuestro planeta puede explicarse sin recurrir a la misma, sino también porque el desorden aparente deja de serlo a la luz de una explicación más profunda. Pues parece evidente que la tierra con los elementos germinales de su evolución no pudo formarse sino mediante tales revoluciones y difícilmente sin la vecindad de la luna. Pertenece a la tierra como se pertenece a sí misma y al sol; tanto el movimiento del mar como la vegetación, por lo que conocemos del mecanismo de las fuerzas celestes y terrestres, dependen de su trayectoria.

Tercero: Ese sabio naturalista clasifica con ingenio y acierto las criaturas del aire y las del agua en una sola clase. La anatomía comparada ha puesto de manifiesto una admirable semejanza entre ellas, lo mismo en su estructura interna que especialmente en la del cerebro como verdadero índice del grado de organización alcanzado por un ser. Las diferencias de desarrollo que existen se adaptan siempre al medio para el cual una criatura ha sido hecha. Por consiguiente, en estas dos categorías de criaturas del aire y del agua tuvo que manifestarse en la estructura interna la misma analogía

que existe entre el aire y el agua. El ciclo viviente de la creación confirma en general que como cada elemento produjo lo que le era posible y todos los elementos forman parte de un conjunto, no pudo haber en nuestro planeta más que un solo esquema de formación orgánica, que comenzando por el ínfimo ser viviente, acaba con la última obra de arte de los Elohim.

Con gozo y admiración contemplo, pues, esta rica descripción de la creación del hombre, porque ella es el contenido de la presente obra y felizmente también su sello. Los Elohim se reúnen en consejo e imprimen el resultado de su conciliábulo en la imagen del hombre que están a punto de crear; de ahí que el intelecto y la meditación sean su característica saliente. Lo forman a su semejanza, y todos los orientales la descubren principalmente en la posición erguida del cuerpo. Le fué impreso el carácter de dominar la tierra; vale decir que a su especie le fué concedido el privilegio de habitar en todas partes de la tierra y de vivir como el más fecundo entre los animales superiores de todos los climas como representante de los Elohim, como Providencia visible, como un dios en actividad. He aquí la más antigüa filosofía de la historia humana.

Y ahora, completado el ciclo de la creación hasta su último y más noble resorte, descansó Elohim y no siguió creando; más aún: se mantiene tan oculto en el teatro de la creación que parece como si todas las cosas se hubiesen creado por sí mismas y hubiesen existido por necesidad desde toda la eternidad. Esto último no es así, ya que la estructura terrestre y la sucesiva organización de las criaturas prueba hasta la saciedad que todo lo terreno ha tenido su comienzo de construcción ingeniosa evolucionando de las formas inferiores hasta las superiores, pero ¿qué decir de lo primero, es decir, la hipótesis de que todo se creó por sí mismo? ¿Por qué el taller de la creación cerró sus puertas de manera que ni el mar ni la tierra produzcan nuevas especies de seres vivos, pareciendo inerte el poder creativo y limitada su acción a ejercerse sólo a través de los órganos de géneros y especies fijas? Nuestro sabio naturalista nos responde señalando el agente al cual hace resorte de toda la creación, y con él nos da también la explicación física. Fué la luz o el elemento del fuego el que dividió la masa de materia, hizo el cielo en las alturas, dió elasticidad al aire y preparó la tierra para la vegetación; dió forma a las semillas de las cosas organizándolas desde los grados inferiores hasta el más complejo. La creación, por lo tanto, estaba concluída ya que conforme a la palabra del Eterno, es decir, a su sabiduría ordenadora, estas fuerzas vitales estaban repartidas y habían tomado todas las figuras que sobre nuestro planeta podían y de-

bían conservarse. El calor activo envuelto en el cual el espíritu creador incubaba sobre las aguas de la creación y el cual se había manifestado ya en la plenitud de su poder en las tempranas formaciones subterráneas, no pudiendo ni el mar ni la tierra producir ahora cosa alguna con su ayuda, este calor primitivo de la creación sin el cual nada podía organizarse entonces como hoy no puede organizarse nada sin el calor genético, se había comunicado a todos los seres que llegaron a la existencia y sigue siendo todavía el resorte motor de su esencia. ¡Qué cantidades enormes de fuego primitivo absorbió, por ejemplo, la masa pétrea de la tierra, la cual sigue todavía durmiendo o actuando en ella, como lo demuestran todos los volcanes, todo mineral combustible, todo fragmento de piedra por pequeño que sea! Que hay material combustible en toda la vegetación y que toda la vida animal funciona solamente a base de combustión está probado por una multitud de recientes experimentos e investigaciones de manera que todo el ciclo vital de la creación parece consistir en que lo líquido se solidifique, lo sólido se licúe, el fuego pase al estado libre y vuelva a combinarse, las fuerzas vitales se oculten en los organismos y vuelvan a ser liberadas. Puesto que la masa destinada a la formación de la tierra tenía su medida y su peso, fuerza es que también el motor del todo estuviese limitado a un ciclo determinado. En la creación todos viven ahora de todos; la rueda de las criaturas corre sin agregar nada a su redondez; todo se construye y destruye dentro de los límites genéticos fijados por el período creativo. En virtud del poder del Creador la naturaleza, viene a ser una forma de arte perfecto y el poder de los elementos quedó ligado a un ciclo de organismos determinados de los cuales no se puede escapar porque el espíritu creador se ha incorporado a todo cuanto era capaz de recibirlo. Es inherente a la naturaleza de las cosas que esta obra de arte, este ciclo, habiendo tenido comienzo, tenga también su fin; la hermosa creación evoluciona hacia el caos como del caos ha nacido; sus formas se desgastan; todo organismo se marchita y envejece. También el gran organismo de la tierra descenderá, pues, al sepulcro, del cual, cuando su hora haya llegado, resurgirá en otra figura a una nueva vida.

VI

CONTINUACIÓN DE LA TRADICIÓN ESCRITA MÁS ANTIGUA SOBRE EL ORIGEN DEL GÉNERO HUMANO

Si son del agrado de mis lectores las ideas puras de esta antigua tradición que he expuesto sin hipótesis ni adornos, sigamos desentrañándolas. Pero antes abarquemos con un vistazo de conjunto todo este cuadro de la creación. ¿En qué se distingue tan singularmente ante todas las fábulas y tradiciones del Asia superior? Por su conexión, simplicidad y veracidad. Aunque aquéllas contienen más de un grano de verdad respecto de la física y la historia, el conjunto de tradiciones orales o poéticas, sacerdotales o populares, tal como evolucionó, presenta un aspecto tan desordenado que parece un caos fabuloso cual el mismo comienzo de la creación. En cambio, este sabio naturalista supera el caos presentándonos una estructura que con su simplicidad y conexión imita la misma naturaleza tan ordenada. ¿Cómo alcanzó semejante orden y sencillez? Basta comparar su obra con las fábulas de otros pueblos para percatarse de la causa de su filosofía más pura de la historia de la tierra y del género humano.

Primero: Dejó a un lado todo cuanto hubiese de incomprensible y situado fuera de la visión humana ateniéndose a lo que vemos con los ojos y podemos retener con la memoria. Así, por ejemplo, hay pocas cuestiones que fueron motivo de tantas controversias como la edad del mundo, de nuestra tierra y del género humano. A los pueblos asiáticos con sus cronologías inmensas se los ha calificado de sapientísimos, a nuestra tradición de infinitamente infantil porque, según se dice, contra toda razón y hasta en oposición al evidente testimonio de la estructura terrestre, quiere alzarse con toda la creación en unos pocos años y darle al género humano una antigüedad insignificante. Juzgo que con esto se infiere a nuestra tradición una injusticia manifiesta. Si Moisés fué por lo menos el compilador de estas antiguas tradiciones, no pudieron serle desconocidas a este docto egipcio aquellas legiones de dioses y semidioses con los que este pueblo como todas las naciones asiáticas hizo comenzar la historia del mundo. ¿Por qué no entretejió entonces estas informaciones, por qué redujo, a despecho de los mismos, el origen del mundo al símbolo de un exiguo espacio de tiempo? Evidentemente porque quería cortar por lo sano y eliminarlas de una vez de la memoria de los hombres, como fábulas inútiles. A mi juicio, obró en ello sabiamente

porque más allá de la tierra ya organizada no existe para nosotros cronología que valga, ni siquiera antes del origen del género humano y su historia coherente. Dejemos a Buffon que atribuya a sus seis primeras épocas de la naturaleza espacios temporales tan grandes como quiera, de veintiséis mil, de treinta y cinco mil, de quince a veinte mil, de diez mil años, etc.; la razón humana, consciente de su limitación, se ríe de estas cifras imaginarias aun en el caso de que admitiera su veracidad. Pero mucho menos quería cargar con ellas la memoria histórica. Ahora bien: las monstruosas cronologías antiguas son evidentemente de la misma índole que las de Buffon; se refieren a las épocas en que dominaban los poderes divinos y mundiales, anteriores a la formación de la tierra, siguiendo la manera en que estas naciones, amantes de cifras gigantescas, las interpretaban a base de las revoluciones celestes o de los símbolos, entendidos a medias, provenientes de las más antiguas tradiciones de imágenes. Así, según los egipcios, Volcán, el creador del mundo, reinó por tiempos infinitos, luego su hijo el sol por treinta mil años, después Saturno y los restantes doce dioses por tres mil novecientos ochenta y cuatro años, antes de que les siguiesen los semidioses y luego los hombres. Otro tanto ocurre con las tradiciones de la creación y cronología del Asia superior. Durante tres mil años reinó entre los persas el ejército celeste de la luz sin enemigos; otros tres mil transcurrieron hasta que apareciera el personaje milagroso del toro de cuyo semen nacieron primero las criaturas y, por último, Meschis y Meschiana, hombre y mujer. El primer período de los tibetanos, reinando los Lahen, es infinito, el segundo abarca ochenta milenios, el tercero cuarenta, el cuarto veinte que forman una edad, la que descenderá hasta los diez años para luego ascender nuevamente hasta los ochenta mil años. En la India, los períodos llenos de transformaciones de las divinidades, y en China los de los reyes, llegan aún más arriba. Eternidades todas ellas con las que nada se podía hacer sino lo que hizo Moisés eliminándolas y que pertenecen, según las mismas tradiciones, a la creación de la tierra y no a la del género humano.

Segundo: Si se discute, pues, sobre si el mundo es viejo o joven, ambos contendientes tienen razón. La roca de la tierra es muy antigua y su revestimiento requirió largas revoluciones sin duda alguna. En este punto, Moisés deja en libertad a cada cual de inventar épocas a su gusto y, de acuerdo con los caldeos, hacer reinar al rey Alorus, la luz; Urano, el cielo; Gea, la tierra, y Helios, el sol, hasta cuando le venga en ganas. Moisés no enumera ningún período de esta índole y precaviéndose contra los mismos presentó su cuadro sistemático y de perfecta conexión bajo las apariencias más comprensibles de un ciclo de revoluciones terrestres. Cuanto más remotas sean estas revoluciones y más prolongada su duración, más reciente tiene que ser forzosamente la especie humana, la cual según

todas las tradiciones y conforme a la naturaleza de las cosas apareció como último fruto de la tierra ya acabada. En consecuencia, hay que darle las gracias a este sabio naturalista por el corte audaz con que eliminó las fábulas monstruosas; a nuestra capacidad de comprensión le basta la naturaleza tal como es, y la humanidad tal como existe en el momento actual.

También respecto a la creación del hombre narra la leyenda lo que pudo haber ocurrido según la naturaleza[1].

"Cuando en la tierra" —continúa a modo de complemento— "no hubo plantas ni árboles, no pudo todavía vivir el hombre destinado por la naturaleza a su cultivo. Todavía no caía la lluvia, pero la niebla subía y de una tierra humedecida con su rocío fué formado el hombre, y el espíritu de la energía vital alentó sobre él y lo convirtió en ser viviente." A mi juicio, esa sencilla narración dice todo cuanto pueden los hombres saber de su organismo aun hoy en día, después de todas las investigaciones de la fisiología. En la muerte, nuestro ingenioso organismo se disuelve en tierra, agua y aire, que ahora están combinados orgánicamente; la economía interna de la vida animal, empero, depende del estímulo misterioso o del bálsamo que está en el elemento del aire que regula a la perfección la circulación de la sangre y toda la contienda interna de las fuerzas vitales de nuestra máquina; y de esta manera el hombre llega a poseer alma activa efectivamente a causa del espíritu vivificante. Por él conserva y manifiesta el poder de asimilar el calor vital y de actuar como una criatura sensible y racional. La filosofía más antigua está de acuerdo en este punto con las últimas experiencias.

Un jardín fué la primra morada del hombre, y también ese rasgo de la tradición es tal como la más ingeniosa filosofía podría excogitarlo. La vida en un jardín es la más fácil para la humanidad recién nacida; cualquier otro sistema, especialmente la agricultura, supone ya diversas experiencias y cierta técnica. Este rasgo demuestra de paso lo que consta ya de todas las disposiciones de nuestra naturaleza, a saber: que el hombre no ha sido creado para la vida salvaje sino para la pacífica, por lo cual el Creador conocía el fin de su criatura mejor que nadie; la creó, lo mismo que a los demás seres, en el elemento, es decir, en el medio ambiente y el sistema de vida para el cual había sido hecho. Todo salvajismo de las tribus humanas es una degeneración a la cual las obligó la necesidad, el clima o algún vicio. Apenas cesa la necesidad, vuelve el hombre a vivir en forma pacífica, como lo demuestra la historia de las naciones. Sólo la sangre de los animales hizo al hombre salvaje; la caza, la guerra y, por desgracia, también los apremios que le hace pasar la sociedad civilizada. La tradición más antigua

[1] *Génesis*, 2, 5 y 7.

de los primeros pueblos que aparecen en la historia, no sabe nada de aquellos monstruos selváticos que como bárbaros de nacimiento habrían hecho sus recorridos asesinando a diestra y siniestra durante miles de años cumpliendo en ello su vocación connatural. Sólo en regiones áridas y remotas, tras largas aberraciones humanas, se introducen estas leyendas salvajes de las cuales se apoderó gustosa la imaginación tropical de poetas posteriores, a los que siguió más tarde el historiógrafo compilador, y a éste, finalmente, el filósofo con sus abstracciones. Pero ni las abstracciones ni los cuadros poéticos pueden proporcionarnos una verídica historia primitiva de la humanidad. ¿Dónde estuvo situado el jardín en el que puso el Creador a su criatura mansa e inerme? Puesto que esta leyenda es originaria del Oeste de Asia, le coloca hacia el este, "más arriba en dirección al Oriente; sobre una elevación de tierra de la que brotaba un río, el cual desde allí se dividía en cuatro ríos principales" [1]. Ninguna tradición puede narrar las cosas de manera más imparcial; mientras todas las naciones antiguas se complacen en tenerse por la primogénita y su país por el lugar de nacimiento de la humanidad, este autor traslada el país de origen hasta muy lejos, arriba de la suprema elevación de la tierra habitada. ¿Y dónde está esa altura? ¿Dónde nacen los mencionados cuatro ríos de una fuente o río, como lo dice bien claro el texto original? En nuestra geografía no figura semejante lugar y es inútil que se haga con los nombres de los ríos la gimnasia más desesperada, porque una mirada serena e imparcial al mapamundi nos enseña que en ningún lugar de la tierra nace el Éufrates, junto con otros tres ríos, de una fuente o río común. Pero si recordamos las tradiciones de todos los pueblos asiáticos superiores, veremos que en todas ellas figura este paraíso de la suprema elevación terrestre con su fuente primitiva y sus ríos que fertilizan el mundo. Chinos y tibetanos, indios y persas hablan de esta montaña primitiva alrededor de la cual se agrupan los países, mares e islas, y de cuyas alturas olímpicas descienden los ríos a la tierra. Esta leyenda no deja de ajustarse a la física, pues, sin montañas, no pudo haber aguas vivificantes, y el mapa demuestra que todos los ríos del Asia descienden de esta elevación. Además, la leyenda que estamos comentando omite todos los elementos fabulosos de los ríos del paraíso y nombra cuatro de los más conocidos que bajan de las montañas del Asia. Es verdad que no nacen de un solo río; pero al compilador de estas tradiciones que vivía en épocas posteriores, le bastaban éstas para designar el lugar de origen del género humano en un lejano mundo oriental.

No cabe duda alguna de que este lugar de origen era para él una región situada entre las montañas de la India. El país rico en

[1] *Génesis*, 2, 10 y 14.

oro y piedras preciosas que nombra, difícilmente puede ser otro que la India conocida desde épocas remotas por sus tesoros. El río que la bordea es el sagrado Ganges de curso torcido [1]; toda la India reconoce en él al río del paraíso. Que el Gihon deba ser el Oxus no puede negarse; los árabes todavía hoy lo llaman así y los vestigios del país que se dice bordeaba se encuentran aún en numerosos nombres índicos [2]. Finalmente, los últimos dos ríos, el Tigris y el Éufrates, corren mucho más al oeste; mas como el compilador de estas tradiciones vivía en el extremo oeste asiático, esas regiones se perdían a lo lejos y hasta es posible que el tercer río que nombra quiera significar un "Tigris" más al este, que en este caso sería el Indo [3].

Era costumbre de todos los antiguos pueblos que emigraban atribuir a las montañas y ríos de su nueva patria las leyendas del monte del mundo primitivo, nacionalizándolas mediante una mitología local como puede demostrarse desde las montañas medas hasta el Olimpo y el Ida. Así, pues, por el lugar donde estaba situado el compilador de las tradiciones no pudo menos que designar el límite más lejano que la leyenda le brindaba.

El indio en el Paropamiso, el persa en el Imao, el ibero en el Cáucaso se hallan en iguales circunstancias y cada cual estaba en condiciones de colocar su paraíso en la parte de las montañas que le indicaba su tradición. Nuestra leyenda, por su parte, señala más bien la tradición más antigua de todas, pues coloca su paraíso arriba de la India y habla de otras regiones sólo a manera de complemento. ¿No podríamos pensar que la morada primitiva de nuestra especie hubiera sido un valle afortunado como Cachemira, situado casi en el centro de estos ríos, protegido por montañas que lo rodean, y célebre tanto por sus aguas salubres y refrescantes como por su exuberante fertilidad y la ausencia de animales feroces, y alabado como el paraíso de los paraísos por la belleza de sus habitantes? Mas a continuación se verá que todas las investigaciones de esta índole son vanas en nuestra tierra actual; designemos, por lo

[1] La palabra Pison significa un río fertilizante y desbordante, y parece traducida del nombre de Ganges, por lo cual ya una antigua traducción griega dice que es el Ganges; y la traducción árabe pone Nilo, mientras que al país fertilizado por el río lo traduce por "India", contradicción que no se supo explicar.

[2] Cashgar, Cachemira, los montes Cásicos, el Cáucaso, Latai, etc.

[3] Hidekel se llama el tercer río, y según Otter, el Indo se llama hasta hoy día Eteck entre los árabes, y Enider entre los antiguos indios. Hasta la desinencia de la palabra parece de origen índico: Dewerkel, como ellos llaman a sus semidioses, es el plural de Dewin. Pero probablemente el compilador de la traducción lo tomó por el Tigris, ya que lo hizo figurar al este de Asiria. Los países más lejanos quedaban demasiado remotos para él. También el Éufrates ha sido probablemente otro río al que aquí sólo se tradujo "apellative", o sea, como el río más célebre del Oriente.

tanto, la región de manera tan indefinida como lo hace la tradición y sigamos el hilo de la narración.

De todas las cosas milagrosas y personajes fantásticos con que las leyendas de toda Asia poblaron abundantemente sus paraísos respectivos, no conserva esta tradición más que dos árboles milagrosos, una serpiente que habla y un querubín; la multitud innumerable de los demás los separa nuestro filósofo, y aun los que conserva los entrelaza con una narración significativa. Un solo árbol prohibido hay en el paraíso, el cual, según la insinuación de la serpiente, lleva el fruto de la sabiduría divina apetecida por el hombre. ¿Pudo apetecer algo más elevado? ¿Pudo ennoblecerse más en su misma caída de lo que hizo? Aun considerándola sólo como alegoría, compárese la narración con las leyendas de otros pueblos, y se verá que es la más delicada y hermosa de todas, imagen simbólica de lo que atrajo a nuestra especie desde siempre toda su felicidad y toda su desdicha. Nuestra tendencia, viciada por una segunda intención, a obtener conocimientos que no nos convienen, el uso y abuso lascivo de nuestra libertad, la ampliación y transgresión levantisca de las barreras en forma de leyes morales que necesariamente hubo que imponer a una criatura tan débil que debía aprender primero a gobernarse a sí misma; ésta es la tortura bajo la cual gemimos y que, sin embargo, llena casi toda nuestra vida, Aquel viejo filósofo de la historia humana lo sabía tan bien como nosotros y nos mostró el nudo de la cuestión en una fábula para niños cuya grandeza abarca a toda la humanidad. También el indio nos habla de gigantes que hacían excavaciones en busca del manjar de la inmortalidad, y también el tibetano habla de sus Lahen caídos en desgracia por un delito; pero nada de todo ello llega, a mi parecer, a la pura profundidad, a la simplicidad infantil de esta leyenda, que sólo respeta la cantidad de prodigio necesaria para presentar el colorido de su época y región. Todos los dragones y personajes fabulosos del antiquísimo país de los duendes que se extiende por las montañas del Asia: el Simurgh y el Soham, los Lahen, Dewetas, Djins, Divs y Peris, mitología ampliamente difundida desde este Continente en miles de cuentos propagados por el Dschinnistan, Righiel, Meru, Albordj, etc., todas estas aventuras se esfuman en la más antigua tradición conservada en lengua escrita. Sólo el querubín monta la guardia a las puertas del paraíso.

Por su parte, esta narración instructiva narra que los primeros hombres tuvieron trato con los Elohim que los educaban y que bajo su dirección y por la observación de los animales adquirieron el lenguaje y el intelecto que domina la creación, y a continuación nos informa de que el hombre quiso ser igual a los Elohim consiguiendo por vía ilícita el conocimiento del mal, lo que obtuvo para su desgracia habitando desde entonces en otro lugar e iniciando

otra forma de vida menos acorde con la naturaleza, rasgos todos ellos de la tradición que ocultan bajo el velo de la fábula más verdades humanas que las grandes construcciones doctrinarias acerca del estado natural del hombre autóctono. Si, como vimos, los privilegios de la especie humana le son innatos sólo en forma de predisposiciones que deben ser adquiridas y heredadas por medio de la educación, el lenguaje, la tradición y el ingenio, entonces no sólo los hilos de esta humanidad cultivada conducen de todas las naciones y confines de la tierra a un solo origen, sino que estos hilos debieron anudarse premeditadamente desde un principio para que el género humano llegara a ser lo que es. Así como no se puede arrojar al mundo a un niño y abandonarlo a sí mismo durante largos años sin que sucumba o degenere, así tampoco pudo abandonarse a sí mismo el primer brote germinal de la especie humana. Hombres que una vez se habituaron a vivir como orangutanes, no aprenderán nunca a vencerse a sí mismos y a pasar de una animalidad empedernida y sin lenguaje a la humanidad, Si la divinidad pretendía, pues, que el hombre se gobernase por la razón y la previsión, tuvo que hacerse cargo de él con razón y previsión. La educación, el arte y la cultura le eran indispensables desde el primer instante de su existencia, y de esta manera, el mismo carácter específico de la humanidad sale fiador de la veracidad intrínseca de esta más antigua filosofía[1].

VII

FIN DE LA MAS ANTIGUA TRADICIÓN ESCRITA SOBRE EL ORIGEN DEL GÉNERO HUMANO

Las otras cosas que esta antigua leyenda nos ha conservado sobre nombres, años, invención de las artes, revoluciones, etc. es en todo el reflejo de una historia nacional. No podemos saber por ahí cuál fué el nombre del primer hombre ni en qué idioma habló, porque, Adán significa hombre de la tierra y Eva significa la viviente en la lengua de ese pueblo; sus nombres son símbolos de su historia y cualquier otro pueblo les da otros nombres significativos. Las invenciones que se relatan se refieren únicamente a

[1] ¿De qué manera los Elohim se hicieron cargo de los hombres instruyéndolos, enseñándoles y poniéndolos sobre aviso? Si no es igualmente atrevido responder a esta pregunta como formularla, otro lugar de la tradición nos dará la respuesta.

cuanto pueda interesar a un pueblo de pastores y agricultores del oeste asiático, y aun de ellas no da la tradición más que nombres recordatorios, La estirpe duradera, se dice, duraba; el poseedor poseía; por quien se llevaba luto había sido asesinado. En tales palabras jeroglíficas se refiere la historia de una tribu que practica dos sistemas de vida, el de los pastores y el de los agricultores o trogloditas. La historia de los setitas y cainitas no es, en el fondo, más que un documento de las dos formas más antiguas de vida que en lengua árabe se llaman beduínos y cabiles[1], y que se oponen en Oriente hasta el día de hoy con ánimo hostil. La leyenda de un pueblo de pastores de esa región no se proponía más que señalar la existencia de estas castas.

Otro tanto ocurre con el llamado diluvio. Por más que sea verdad que también conforme a la historia natural la tierra habitada fué inundada violentamente, de lo que especialmente Asia presenta huellas innegables, sin embargo, lo que nos llega mediante esta leyenda no es ni más ni menos que una historia nacional. Con gran esmero junta el compilador varias tradiciones[2] y hasta suministra la crónica diaria que conservaba su tribu de la terrible catástrofe; también el tono de la narración corresponde tan perfectamente a la mentalidad de esta tribu que sería abusar de ella, quererla sacar de los límites en que radica precisamente su verosimilitud.

Así como una familia de este pueblo se salvó con muchos bienes, así podían haberse salvado otras familias de otros pueblos, como lo demuestran las tradiciones de los mismos. Así se salvó Xisutrus en Caldea con todo su clan y cierto número de animales (sin los cuales no vivían los hombres en aquel entonces), de casi idéntica manera; en la India el mismísimo Vishnú hizo de timón de la nave que llevó a los afligidos a tierra firme. Semejantes leyendas existen entre todos los pueblos antiguos de este Continente, en cada uno, según su tradición y región, y si bien afianzan la convicción de que debió ser general en Asia el diluvio de que hablan, nos ayudan también al mismo tiempo a librarnos de la estrechez de miras que nos obligaba innecesariamente a tomar cuadquier circunstancia particular y local de alguna crónica familiar por la misma historia universal, quitando con ello a la narración también la verosimilitud que realmente poseía.

No es otro el caso de las tablas genealógicas de estas tribus, después del diluvio; se mantienen dentro de los límites de su etnología y su región, de la cual no se sale para abarcar India, China y

[1] Caín es en lengua árabe: Cabil; la casta de los cabiles se llama Kabeil; los beduinos son también por su nombre pastores errantes, habitantes del desierto. Del mismo modo Caín, Enoc, Nod, Jabal-Jubal-Tubal-Caín que significan la casta y el sistema de vida.

[2] *Génesis*, 6-8, S. *Eichhorns Einleitung ins alte Testament*, th. 2, p. 370.

el este del desierto tártaro. Las tres tribus principales de los salvados son evidentemente los pueblos de ambos lados de las sierras del oeste de Asia, inclusive las costas norafricanas y las del este europeo en cuanto le eran conocidas al compilador de la tradición[1].

Él trata de arreglar las cosas lo mejor posible enlazándolas con su propio cuadro genealógico; pero no por eso nos ha dado un mapamundi ni una genealogía universal de todos los pueblos del mundo. Los múltiples esfuerzos realizados por hacer a todas las naciones del mundo, conforme a este árbol genealógico, descendientes de los hebreos y primos hermanos de los judíos, no sólo están en flagrante contradicción con la cronología y la historia universal, sino también con el punto de vista de la misma narración a la cual se ha desacreditado casi por completo con semejantes exageraciones. En todas partes de la montaña madre del mundo se van formando después del diluvio pueblos, idiomas y reinos sin esperar la llegada de una familia caldea, a la vez que en el este del Asia, sede de la primera morada humana y la parte más densamente poblada del mundo, se encuentran todavía hoy las instituciones más antiguas, las costumbres y los idiomas más viejos, de los cuales esta rama occidental de un pueblo posterior no sabía nada ni podía saberlo. Preguntar seriamente si los chinos descienden de Caín o Abel, o sea de una casta de trogloditas, pastores o agricultores, es tan ingenuo como buscar en el arca de Noé el rincón donde estaba colgado el perezoso americano. Pero no me puedo extender aquí en estas consideraciones y hasta un estudio tan importante para la historia como es la abreviación de la edad de los hombres y el gran diluvio en sí mismo, tendremos que tratarlo en otro lugar. Bástenos por ahora saber que el centro del mayor Continente, la montaña madre de Asia, deparó al género humano su primera morada y se mantuvo firme en todas las catástrofes de la tierra. No emergió de los abismos del mar a causa del diluvio, sino que de acuerdo con la historia natural y la tradición más antigua es el país de origen de la humanidad y fué el primer teatro de la historia de los pueblos cuyas escenas, plenas de enseñanzas, nos aprestamos a seguir a continuación.

[1] Jafet significa por su nombre y su bendición: el propagador. Tales fueron también los pueblos más al norte de las montañas, ya por su forma de vida, ya por el significado de sus nombres. Sem incluye tribus que conservaron su nombre propio, es decir, su vieja tradición religiosa, su escritura y su cultura, y los cuales, en consecuencia, se arrogaron los privilegios de un pueblo culto frente a otros, especialmente los camitas. Cam tiene su nombre del calor y pertenece a la zona tórrida. Con los nombres de los tres hijos de Noé no leemos, pues, otra cosa que los tres continentes, Europa, Asia y Africa, en cuanto entraban en el ámbito de esa tradición.

TERCERA PARTE

1787

Ardua res est, vetustis novitatem dare, novis auctoritatem, obsoletis nitorem, obscuris lucem, fastiditis gratiam, dubiis fidem, omnibus vero naturam et naturae suae omnia. Itaque etiam nos assecutis, voluisse abunde pulerum et magnificum est.

PLINIO

[*Empresa ardua es dar novedad a las cosas antiguas, autoridad a las novedosas, brillo a las obsoletas, claridad a las oscuras, gracia a las fastidiosas, autenticidad a las dudosas, describiéndolas todas conforme a su naturaleza y ésta tal como es. Pero aunque no lo hayamos conseguido, siempre será muy hermoso y glorioso haberlo intentado.*]

LIBRO UNDÉCIMO

Al sur de los grandes macizos montañosos del Asia se formaron, nos dice la historia, los Imperios y Estados más antiguos del mundo. La historia natural de este Continente nos da elementos de juicio de por qué no pudieron organizarse lo mismo al norte como al sur. El mísero hombre se siente a gusto en su existencia terrena poniéndose al abrigo del calor solar benigno; éste se encarga de cubrir el suelo de vegetación y hace madurar los frutos de la tierra. Al norte de Asia, más allá de las montañas, las regiones son casi todas más altas y frías; las sierras se ramifican en diversas direcciones, se entreveran y separan las llanuras frecuentemente con picos cubiertos de nieves perpetuas, estepas y desiertos; son menos los ríos que fertilizan las tierras y desembocan en el Mar Ártico, cuyas riberas desiertas, morada de los renos y del oso blanco, sólo muy tarde pudieron atraer al hombre para que habitase allí. De ahí que en esos parajes altos y escarpados, disgregados por despeñaderos y precipicios que forman la región montañosa y esteparia del Viejo Mundo, tuviesen que habitar por largo tiempo, y en algunas partes tal vez para siempre, sólo los sármatas y escitas, los mongoles y tártaros, cazadores semisalvajes y nómadas. Las penurias y la región hicieron bárbaros a los hombres. Un sistema de vida sin preocupaciones culturales al que se habían habituado una vez, se iba afirmando en las tribus separadas o nómadas y desarrolló con sus costumbres más brutales ese carácter nacional poco menos que eterno que distingue a todos los pueblos del norte asiático de los del sur. Así como estas montañas meridionales son una continuación del arca de Noé, un jardín zoológico en libertad que contiene casi todas las especies de animales salvajes de nuestro hemisferio, así también sus pobladores, compañeros de estos animales durante largo tiempo, tuvieron que seguir siendo sus pacíficos pastores o feroces domadores.

Sólo en el sur, donde el terreno de Asia desciende suavemente y

las montañas encierran valles apacibles que los defienden de los fríos vientos del noreste, fué donde los ríos guiaban las migraciones paulatinamente hasta las orillas del mar, congregándolas en ciudades y países donde un clima más benigno despertaba también una mentalidad más civilizada e instituciones de más elevada cultura. Como al mismo tiempo la naturaleza concedía a los hombres más tiempo para el ocio y excitaba placenteramente algunos de sus instintos, su corazón degeneró en pasiones y depravaciones que no habían podido florecer cual maleza bajo la presión del hielo y la indigencia; de donde se hizo necesario promulgar leyes y tomar providencias para poner coto a esos instintos. El intelecto inventaba, el corazón apetecía y las pasiones humanas sostuvieron violentos encuentros hasta que, por fin, tuvieron que aprender a llamarse a sosiego a sí mismos. Mas como el despotismo tiene que actuar donde no da abasto la razón, en el sur de Asia nacieron esas grandes construcciones de policías y religiones que hoy nos miran cual pirámides y templos de idolatría del mundo antiguo en su eterna tradición; monumentos valiosos para la historia de la humanidad que nos enseñan con sus ruinas cuánto costó a nuestra especie la evolución de la razón humana.

I

CHINA

En el rincón oriental de Asia, al pie de las montañas, hay un país que por su antigüedad y cultura se llama a sí mismo el primero de todos, la flor y centro del mundo, y que en realidad es sin duda uno de los más antiguos y notables: China. Más pequeña que Europa, se gloría de un mayor número de habitantes del que tiene en proporción este Continente densamente poblado; pues cuenta con veinticinco millones doscientos mil agricultores contribuyentes, mil quinientos setenta y dos grandes y pequeñas ciudades, mil ciento noventa y tres castillos, tres mil ciento cincuenta y ocho puentes de piedra, dos mil setecientos noventa y seis templos, dos mil seiscientos seis monasterios, diez mil ochocientos nueve edificios antiguos, etc.[1], los que son registrados anualmente en largas listas por las dieciocho

[1] LEONTIEW, *Extracto de la Geografía del imperio chino* en BÜSCHING, *Histor. und geogr. Magazin*, t. 14, p. 411, etc. En HERRMANN, *Beiträge zur Physik*, (Berlín, 186), t. I, se calcula la extensión del Imperio en ciento diez mil millas alemanas cuadradas, y la población en ciento cuatro millones sesenta y nueve mil doscientos cincuenta y cuatro, a base de nueve personas por familia.

gobernaciones en que se divide el Imperio juntamente con montañas, ríos, militares y sabios, productos y mercancías. Varios viajeros están acordes en que fuera de Europa y, tal vez, el antiguo Egipto, en ningún país se ha hecho tanto en caminos y ríos, puentes y canales y obras de ingeniería en montañas y rocas como en China, todo lo cual, juntamente con la Gran Muralla da testimonio de la paciente laboriosidad de la mano humana. Desde Cantón hasta cerca de Pekín se viaja en barco, y de esta manera todo el país dividido por montes y desiertos ha sido comunicado con grandes trabajos mediante carreteras, canales y ríos navegables. Hay aldeas y ciudades enteras flotantes sobre los ríos y el comercio interior entre las provincias es muy activo. La agricultura es la columna vertebral de la constitución; se habla de trigales y arrozales florecientes, de desiertos con obras de riego artificial, y de montañas abruptas cultivadas. En materia de plantas y hierbas se cultiva y aprovecha todo cuanto tenga alguna utilidad, lo mismo que metales y minerales, fuera del oro, que no se explota. La tierra abunda en animales, los lagos y ríos en peces; sólo el gusano de seda da sustento a miles de hombres trabajadores. Los trabajos y oficios están abiertos a todas las clases de la población y a todas las edades, inclusive los ancianos, ciegos y sordos. La mansedumbre, la adaptabilidad y la cortesía servicial con un porte decente son el alfabeto que el chino aprende desde su infancia y que ejercita durante toda su vida. La policía y legislación se distinguen por su regularidad y perfecto orden. Toda la estructura estatal en todas las relaciones y obligaciones de las clases sociales entre sí se basa en el respeto que el hijo debe al padre, y todos los súbditos al emperador que los gobierna y protege como a hijos por medio de todos sus gobernantes. ¿Puede haber un principio más hermoso de gobierno humano? No hay nobleza hereditaria; para todas las clases vale únicamente la nobleza que es premio del mérito personal; sólo hombres probados deben ocupar los puestos de honor y sólo estos puestos confieren dignidad. El súbdito no es obligado a abrazar ninguna religión determinada y ninguna que no ataque al Estado es perseguida. Los secuaces de Confucio, Laotsé y Fo, y hasta judíos y jesuitas, conviven pacíficamente tan pronto como el Estado los acepta. La legislación se basa en la doctrina moral y ésta invariablemente en los libros sagrados de los antepasados. El emperador es el sumo pontífice, hijo del cielo y conservador de las viejas costumbres, el alma del organismo estatal que vivifica todos sus miembros. Suponiéndose que cada uno de estos factores diera el resultado apetecido y que cada principio estuviera en vigor ¿cabría imaginar una organización política más perfecta? Todo el Imperio sería como una casa familiar de hijos y hermanos virtuosos, bien educados, laboriosos y honestos.

Son del dominio público las halagüeñas descripciones de la or-

ganización política de China que en especial los misioneros mandaron a Europa y las cuales fueron admiradas aquí no sólo por filósofos especulativos, sino también por hombres políticos a título de un ideal político. Pero puesto que las opiniones humanas se forman a fuerza de contradicciones, no tardó en despertar la incredulidad que no quiso concederles su elevada cultura ni sus peculiaridades sobresalientes. Algunas de estas objeciones europeas tuvieron la suerte de hallar respuesta en la misma China, aunque dada en un lenguaje bastante chino [1], y como la mayor parte de sus libros básicos de legislación y moral juntamente con la extensa historia de su Imperio y algunos informes indudablemente imparciales, los tenemos a la vista [2], malas artes debería haber de por medio si no fuera posible hallar el justo medio entre los elogios y vituperios excesivos, lo que nos habrá de poner en el camino de la verdad. La cuestión de la edad cronológica del Imperio podemos dejarla a un lado por completo, porque quedando envuelto en la oscuridad el origen de todos los reinos de esta tierra, es indiferente para el investigador de la historia humana si este pueblo notable necesitó para su cultura algunos milenios más o menos; basta con que se haya dado esta cultura a sí mismo, y cuanto más lento sea el proceso, más fácil nos será advertir los obstáculos que no le permitieron seguir su avance.

Estos obstáculos se basan en su carácter, el lugar de su morada y su historia, como se puede ver claramente. La nación es de origen mongólico, lo cual demuestra también su cultura, su gusto grosero y estrambótico, hasta su misma ingeniosidad artificiosa y la primera sede de su cultura. Fué en el norte de China donde reinaron sus primeros reyes; aquí se echaron los fundamentos para el despotismo semi-tártaro que luego, revestido de brillantes aforismos moralizantes, había de propagarse al amparo de varias revoluciones hasta el Mar del Sur. Una organización tártara federalista fué durante siglos el vínculo que unió a los vasallos con el emperador, y las muchas guerras de estos vasallos entre sí, las repetidas revoluciones palaciegas que llevaron a cabo, el mismo estilo de la corte del emperador, su gobierno por medio de mandarines, antiquísima institución ésta anterior, con mucho, a Gengis-Khan y Manchú, todo esto demuestra a las claras cuál es la índole y el carácter genético de esta nación, a

[1] *Mémoires concernant l'histoire, les sciences, les arts, les moeurs, les usages, etc., des Chinois*, t. II, p. 365 y siguientes.

[2] Fuera de las ediciones más antiguas de algunos libros clásicos sobre los chinos del P. Noël, Couplet, etc., la edición del Chou-King, por Deguignes, la *Histoire général de la Chine p.* Mailla, las recién citadas *Mémoires concernant les Chinois*, en diez tomos 4º, en los que figuran también algunos escritos originales de los chinos, traducidos, etc., brindan material de sobra para formarse una idea cabal de este pueblo. De entre las muchas informaciones de los misioneros tienen especial valor, por su juicio equilibrado, las *Nouveaux Mémoires sur l'état présent de la Chine*, del padre Le Compte, 3, vol. 8 parte, 1697.

saber, un sello que, considerando el conjunto y sus partes hasta los vestidos, manjares y costumbres, la vida familiar, sus artes y diversiones, no deja de aparecer en ningún momento.

Así como un hombre no puede cambiar de genio, es decir, su complexión e idiosincrasia innata, así este pueblo mongólico oriental no pudo disimular su naturaleza mediante ninguna institución artificial, por más milenios que ésta durara. Ha sido plantado en este lugar del globo terráqueo, y así como la aguja del imán no presenta en China las mismas oscilaciones que en Europa, así no podían salir de esta raza humana griegos ni romanos. Chinos eran y chinos quedaron, raza de ojos pequeños, nariz chata, frente aplanada, barba escasa, orejas grandes y vientre voluminoso. Lo que pudo producir esta organización, lo ha producido; otra cosa no se le puede pedir.

Todas las informaciones coinciden en que los pueblos mongólicos de las alturas del noroeste de Asia se distinguen por una fineza de oído que resulta tan explicable en ellos como imposible de encontrar en otras naciones; testimonio de esta cualidad es el idioma chino. Sólo a un oído mongólico pudo ocurrírsele componer un idioma de trescientas treinta sílabas en el cual hay que distinguir cada palabra por cinco y más acentos para no decir bestia en vez de señor y soltar a cada momento las confusiones más ridículas, por lo cual un oído y órganos fonéticos europeos se acostumbran con suma dificultad o nunca a esta forzada sinfonía silábica. ¡Qué falta de poder inventivo en lo grande y qué desdichada sutileza en las cosas menudas supone el haber inventado para esta lengua, a base de unos pocos toscos jeroglíficos, la cantidad infinita de ochenta mil caracteres compuestos, los cuales con sus seis o más distintas versiones escritas, constituyen un privilegio singular de la nación china entre todos los pueblos del mundo! Se necesitaba nada menos que una organización mongólica para habituar la imaginación a los dragones y monstruos, el dibujo a esa estructura minúscula y detallista de figuras irregulares, el sentido de la belleza visual a la mezcolanza informe de sus jardines, sus edificios a la grandeza descabellada o la pequeñez minuciosa, sus procesiones, vestidos y diversiones a ese vano esplendor, esas fiestas de lampiones y fuegos artificiales, uñas crecidas y pies deformados, y todo un séquito bárbaro de acompañantes, inclinaciones, ceremonias, distinciones y reverencias. En todo esto hay tan poco gusto y sentido para las proporciones naturales, tan poco sentimiento de serenidad, belleza y dignidad interior, que sólo una sensibilidad embrutecida pudo elegir esta clase de cultura política y dejarse moldear por ella tan exhaustivamente. Así como los chinos tienen una afición desmesurada al papel dorado y al barniz, a los trazos límpidamente pintados de los confusos caracteres de su escritura y al tintineo de elegantes sentencias, así también la cultura de su espíritu es en un todo semejante a este papel dorado, al barniz,

a los caracteres y al tintín de las sílabas. Como a varias naciones de este rincón del mundo, parece que la naturaleza les negó también el don de las invenciones libres y grandes. En cambio, les repartió a manos llenas, junto con sus pequeños ojos movedizos, ese espíritu hábil y flexible, esa astuta laboriosidad y sutileza, ese talento artístico de imitar cualquier cosa que su avaricia haya reconocido como aprovechable. En constante actividad, eternamente ocupados, van y vienen y se afanan por la ganancia y el servicio, de tal manera que, aun habiendo alcanzado tan alto grado de organización política, se siente la tentación de tomarlos todavía por nómadas mongólicos en plena recorrida. Con todas sus innumerables divisiones y subdivisiones no han aprendido todavía la división del trabajo ni saben alternar la laboriosidad con el reposo, de manera que haya un hombre para cada trabajo. Su arte medicinal lo mismo que su comercio es un sondeo fraudulento y sutil, donde todo su carácter con su fina sensibilidad y falta de inspiración se pinta de cuerpo entero. La idiosincrasia de este pueblo es un caso interesante en la historia por cuanto demuestra hasta dónde puede llegar, y hasta dónde no, un pueblo mongólico no mezclado con otros pueblos a fuerza de una cultura política adelantada a empujones. El hecho de que los chinos en su rincón de la tierra se hayan mantenido libres de toda mezcla con otros pueblos, al igual que los judíos, demuestra ya su vanagloria, aunque más no fuera. Tales o cuales conocimientos aislados los habrán obtenido de donde sea; pero toda la estructura de su idioma y su constitución, de sus instituciones y su mentalidad, son propios de ellos. Así como son reacios a la fruticultura por injertos, que se estila en otras partes, así también, y no obstante los repetidos contactos con otros pueblos, siguen siendo, sin que se les haya inoculado ninguna influencia desde fuera, una tribu mongólica en un extremo de la tierra, que ha degenerado en una civilización china de esclavos.

Toda formación artificial del hombre se opera por medio de la educación; la modalidad educativa de los chinos contribuyó juntamente con su carácter nacional a que sean lo que son y no hayan llegado más lejos. A la manera de los nómadas mongólicos, la obediencia infantil debía ser la primera de todas las virtudes, no ya sólo en la familia, sino ahora también en el Estado. No es extraño, pues, que con el tiempo naciera esa honestidad aparente, esa cortesía servicial que hasta los enemigos elogian como rasgo característico de los chinos. ¿Pero qué consecuencias tuvo este principio nómada en una gran maquinaria estatal? Al no encontrar límites la obediencia infantil, al imponerse al hombre adulto, padre a su vez de varios hijos y al frente de negocios que requieren todo un hombre, las mismas obligaciones que son propias de un niño sin formación; al fijarse esta obligación frente a toda autoridad que llevaba el nombre de padre como figura retórica por fuerza y necesidad y no por el

dulce impulso natural, ¿qué otra cosa pudo resultar sino que pretendiéndose crear un nuevo corazón humano a despecho de la naturaleza, se habituara el verdadero corazón del hombre a la perfidia? El hombre adulto que debe rendir obediencia de niño tiene que renunciar a la iniciativa propia que por naturaleza es obligación suya a esta edad. Ceremonias vacías de todo contenido sustituyen la veracidad espontánea, y el hijo que se deshacía en reverencia filial para con su madre mientras vivía el padre, la abandona a su suerte una vez que el padre ha muerto y la ley le adjudica el título de concubina. Lo mismo ocurre con los deberes filiales para con los mandarines; no son producto de la naturaleza sino de una orden. Pero cuando costumbres como éstas son contrarias a la naturaleza, se convierten en costumbres falsas y nocivas. De ahí la divergencia entre la doctrina política y moral de China y su historia real. ¡Cuantas veces los hijos del Imperio han derribado el trono de su padre! ¡Cuántas veces estos padres desencadenaron su ira contra sus hijos! Mandarines codiciosos dejan morir de hambre a miles de hombres, y cuando sus crímenes son llevados ante el padre supremo, son castigados como niños con bastonazos degradantes e ineficaces. De ahí la falta de honor y hombría que se puede notar hasta en los retratos de sus héroes y próceres; el honor se convirtió en un deber de niño; la hombría en respeto amanerado frente al Estado. No es un noble corcel el que presta servicios, sino una mula domesticada que entre ceremonia y ceremonia asume más de una vez el papel de la zorra.

Forzosamente esta prisión infantil en que vivían encerradas la razón, la energía y sensibilidad, tuvo que ejercer una influencia enervante en toda la estructura política. Una vez que la educación no es más que un formulismo y los formulismos y costumbres no sólo ordenan las relaciones de la vida sino que las invaden y violan, ¡cuánta eficiencia va perdiendo el Estado, especialmente la más noble de todas, la eficiencia del corazón y espíritu humano! ¿Quién no se asombra estudiando en la historia china el manejo de los negocios, cuando advierte con qué enorme número de funcionarios se realiza cualquier tarea? Aquí se moviliza todo un consorcio para hacer lo que debe ser hecho por una sola persona para salir bien; allí se pregunta, teniendo la respuesta a la vista; van y vienen, dan largas y esquivan el bulto, sólo por no faltar al ceremonial de un infantil respeto del Estado. El espíritu guerrero, lo mismo que el filosófico, andan lejos de una nación que duerme sobre estufas abrigadas y bebe agua caliente desde la mañana hasta la noche. El camino del éxito en China está abierto únicamente a la regularidad en las vías trilladas, al ingenio en velar por el propio interés con mil artimañas; a la multiplicación infantil de las ocupaciones sin la visión del hombre maduro que se pregunta primero si una cosa debe hacerse o si

hay manera de hacerla mejor. El mismo emperador gime bajo este yugo; tiene que preceder con el ejemplo y como el cabo de fila exagerar todo movimiento. Él debe ofrecer sacrificios en la sala de sus antepasados no sólo los días festivos sino antes de todo negocio, en todo momento de su vida, y es de temer que tanto cuando se le elogia como cuando se le censura, se le infiere igual injusticia [1].

¿Cómo extrañarse, pues, de que, según el criterio europeo, una nación de esta índole haya hecho pocos avances en el campo de las ciencias, más aún, que se haya quedado en el mismo lugar durante tanto miles de años? Hasta sus libros de leyes y moral vuelven siempre sobre lo mismo y dicen de mil maneras, con meticulosidad y perseverante hipocresía, siempre las mismas cosas de los deberes filiales. La astronomía y la música, la poesía y la estrategia, la pintura y la arquitectura se encuentran en el mismo punto que siglos atrás, hijos de sus leyes perennes y sus instituciones infantiles e inamovibles. El Imperio es una momia embalsamada, adornada con jeroglíficos y vestida de seda; la circulación de su sangre corresponde a la de un animal en pleno sueño hibernal. De ahí la actitud de aislar, espiar y estorbar a todo extranjero; de ahí también el orgullo de la nación que toma por punto de comparación sólo a sí misma y no conoce ni aprecia todo cuanto sea foráneo. Es un pueblo arrinconado, colocado por la suerte fuera de la unión de las naciones, y defendido para ello con montañas, desiertos y un mar casi sin bahías. De no ser por esta situación, difícilmente hubiera quedado tal cual es. El hecho de que su constitución haya resistido la invasión de los manchúes, sólo prueba que se sostenía en sus propias raíces y que los vencedores, más primitivos que los vencidos, juzgaron muy cómodo gobernar desde un trono tan muelle y bien acolchado como les deparaba esta esclavitud infantil. No hallaron nada que cambiar; se sentaron en el mismo y reinaron. La nación, por su parte, sirve a toda articulación de la máquina estatal que ella misma construyó con tanto espíritu de esclavitud, que parece hecha a este solo propósito.

Todas la informaciones sobre el idioma chino están contestes en que ha contribuído en gran medida al carácter de este pueblo y su mentalidad artificial. ¿Acaso no es todo idioma nacional el vaso en el cual se forman, conservan y transmiten las ideas del pueblo, tanto más cuanto una nación como ésta depende hasta tal punto de su lengua y deriva de la misma toda su cultura? La lengua de los chinos es un diccionario de la moral, es decir, de la cortesía y los

[1] Hasta el tan alabado emperador Kien-long fué tenido en las provincias por el más terrible de los tiranos, cosa que había de ocurrir siempre en un Imperio de tan enormes dimensiones y semejante constitución, fueran cuales fuesen las intenciones del emperador.

buenos modales; por ella se distinguen no sólo las provincias y ciudades, sino hasta las clases sociales y los libros, de suerte que la mayor parte de su labor estudiosa se aplica sólo a un instrumento sin que con el mismo se elabore cosa alguna. Todo en ella depende de la regularidad de minuciosidades; con pocas palabras dice mucho, para luego pintar una misma palabra con innumerables caracteres y escribir gruesos volúmenes a fin de decir una misma cosa. ¡Qué laboriosidad desdichada se requiere para pintar e imprimir sus escritos! Pero justamente esta laboriosidad es su gozo y su arte, ya que unos caracteres hermosamente pintados les proporcionan un placer superior al de la pintura artística, ya que se empalagan del monótono tintineo de sus máximas moralizantes y cumplimientos como suma de la buena educación y sabiduría. Sólo un Imperio de tal magnitud y la laboriosidad de un chino fueron capaces de pintar, por ejemplo, cuarenta libros en ocho gruesos volúmenes de la sola ciudad de Kai-fon-fu y reeditar esta hazaña de laboriosa precisión a cada orden y elogio del emperador[1]. El monumento de la emigración de los Torgut es un libro gigantesco escrito en páginas de piedra[2], y de esta manera toda la capacidad científica de los chinos se ha agotado en la pintura artificiosa de jeroglíficos por orden del Estado. Debe de ser abismal la diferencia con que esta clase de escritura impresiona el alma que piensa conforme a ella. Enerva los pensamientos hasta reducirlos a series de imágenes y transforma toda la mentalidad de la nación en una sucesión de caracteres arbitrarios pintados o escritos en el aire.

Esta exposición del carácter chino no significa en manera alguna hostilidad o desprecio hacia él. Ha sido tomada rasgo por rasgo de los escritos de sus más apasionados defensores y podría corroborarse con miles de pruebas de toda clase de instituciones chinas. No es más que objetiva, es decir, el retrato de un pueblo que se formó en la más remota antigüedad con tal organización y en tal región, con tales principios y medios auxiliares, conservando su mentalidad por tanto tiempo contra lo que suele suceder en otros pueblos. Si el antiguo Egipto existiera todavía, descubriríamos, sin poder pensar por esto en una influencia mutua, muchos rasgos comunes entre los dos, modificados sólo por la región y conforme a ciertas tradiciones. Lo mismo ocurriría con varios pueblos que a su tiempo estaban en un grado similar de cultura; sólo que éstos se desplazaron o sucumbieron mezclándose con otros. La vieja China en el extremo del mundo ha sobrevivido con su constitución semi-mongólica como una ruina de remota antigüedad. Será muy difícil demostrar que los fundamentos de su cultura hayan sido traídos por los griegos

[1] *Mémoir. concernant les Chinois*, t. II, p. 375.
[2] *Ib.*, t. I, p. 329.

desde Bactra o por los tártaros desde Balkh. La contextura de su constitución es, sin duda, autóctona y las pocas influencias extranjeras se pueden ver y separarse fácilmente. A causa de sus elevados principios tengo a los King en la misma estima que un chino, me inclino ante la grandeza de Confucio si bien no se me escapan las cadenas que también él llevaba y las que impuso para toda la eternidad, aunque con muy buena intención, a la plebe supersticiosa y a toda la organización estatal china por medio de su moral política. Por ella, este pueblo como algunos otros de la tierra, se ha detenido a mitad de camino en su proceso educativo, quedándose, en cierta manera, en la niñez porque la maquinaria de una moral mecanizada impidió para siempre la libre evolución del espíritu y en el Imperio despótico no apareció ningún otro Confucio. Si alguna vez se divide el gigantesco Imperio o algún Kien-long de mayores luces toma la resolución paternal de enviar al exterior como colonizadores a los hombres que el país no puede alimentar, de aligerar el yugo de las costumbres milenarias introduciendo, en cambio, la libre iniciativa del espíritu y del corazón, aunque esto no esté exento de peligros, aún entonces los chinos siempre seguirán siendo chinos, como los alemanes serán siempre alemanes, y no sucederá nunca que en el extremo este de Asia nazcan hijos de la antigua Grecia. Evidentemente es la intención de la naturaleza hacer florecer en la tierra todo lo que pueda florecer en ella, cantando las alabanzas del Creador precisamente con las diferencias de sus criaturas. La obra legislativa y moral que el intelecto humano ha construido en China como ensayo infantil, no se halla en ningún otro lugar de la tierra con semejante consistencia. Hacemos votos por que se quede en su lugar de origen sin que Europa se convierta jamás en una China herméticamente cerrada y llena de infantil reverencia hacia sus déspotas. A China nadie le quitará jamás el mérito y la gloria de su laboriosidad, su fina sensibilidad, su arte sutil en mil cosas útiles. La porcelana y la seda, la pólvora y la bala, tal vez también el imán, el arte de la imprenta, la construcción de puentes y barcos juntamente con muchas otras ingeniosas artes y oficios, los conocían antes que Europa, sólo que en casi todos ellos carecieron de progreso intelectual e instinto de perfeccionamiento. El hecho de que China cierre sus puertas a las naciones europeas y reduzca al extremo los permisos de entrada para holandeses, rusos y jesuitas, está en perfecta consonancia con toda su mentalidad y merece nuestra aprobación bajo el punto de vista político, mientras los chinos tengan ante sus ojos el comportamiento de los europeos en la India oriental y las islas, en el norte de Asia y en su propio país. Imbuídos de soberbia tártara, desprecian al comerciante que sale de su país y le dan mercancías de dudoso valor a cambio de lo que les parece la moneda más

segura: le aceptan su plata y entregan por ella millones de libras de enervante té para ruina de Europa.

II

COCHINCHINA, TONKÍN, LAOS, COREA, EL ESTE TÁRTARO, EL JAPÓN.

La historia de la humanidad nos suministra testimonios irrefutables de que, dondequiera que un país se elevó a un grado sobresaliente de cultura, ejerció también su influjo en los países vecinos. Así también la nación china, aunque por su constitución nada belicosa y muy introvertida, ejerció su influjo, sin embargo, en un considerable sector de países limítrofes. No tiene importancia, a este propósito, si esos países estuvieron bajo dependencia política, habiendo sido sometidos durante un tiempo o permanentemente; si participaron de sus instituciones, idioma, religión, ciencias, costumbres y artes, deben ser tenidos como provincias espirituales de China.

Cochinchina es el país que más ha recibido de China y puede considerarse como una plantación política china; de ahí la semejanza entre las dos naciones en lo que se refiere a temperamento y costumbres, ciencias y artes, religión, comercio y constitución política. Su emperador es un vasallo de China y las dos naciones están íntimamente ligadas por el comercio. Compárese este pueblo hacendoso, razonable, pacífico con la inercia del vecino Siam, el salvaje Arraca, etc., y se notará la diferencia. Mas así como ninguna agua derivada es superior a la fuente, así tampoco cabe esperar que Cochinchina supere su modelo; su gobierno es más despótico, mientras su religión y ciencias son un reflejo más pálido del país de origen.

Otro tanto ocurre con Tonkín, más cercano, aunque separado por escarpados montes. La nación es más salvaje; lo que tiene de más culto y lo que sostiene el Estado, a saber, sus manufacturas, comercios, legislación, religión, conocimientos y costumbres, lo tiene de China, sólo que en calidad muy inferior a la del país madre a causa de su situación más al sur y el carácter del pueblo.

Más débil aún es la huella que China dejó en Laos; demasiado pronto le fué arrebatado este país que adoptó las costumbres siamesas; no obstante, quedan algunos restos reconocibles.

Entre las Islas del Sur es particularmente Java con la que China mantiene vínculos más estrechos; hasta es probable que haya poseído colonias allí. Sin embargo, su constitución no pudo implantarse en

este país mucho más caluroso y remoto, porque la técnica laboriosa de los chinos requiere un pueblo muy activo y una zona templada. Por lo tanto, aprovechan la isla sin cultivarla.

Mayor difusión alcanzaron las instituciones chinas al norte, y el país puede gloriarse de haber contribuido a la pacificación de los pueblos salvajes de esa inmensa región en mayor medida que los europeos en todo el mundo. Corea fué sometida a China por los manchúes y basta con comparar esta nación, salvaje en otros tiempos, con sus vecinos del norte. Los habitantes de una región, en parte tan fría, son pacíficos y suaves; sus diversiones y culto de los muertos, su manera de vestir y sus casas, su religión y cierta afición a las ciencias imitan en cierta medida a los chinos, de los cuales fué también instituído el gobierno y organizadas algunas manufacturas. Más profunda aún fué la influencia sobre los mongoles; no sólo que los manchúes, conquistadores de China, se hicieron más civilizados por el contacto con los vencidos, haciendo de su capital Shin-yang el tribunal de todo el país, al estilo de Pekín; también las numerosas hordas mongólicas que en su mayor parte están bajo el dominio de China, no pudieron sustraerse del todo a la influencia china, no obstante sus costumbres primitivas. Más aún: si la protección pacífica de este Imperio bajo la cual se pusieron hace poco también los Torgut con sus trescientos mil hombres, es un beneficio, hay que admitir que China ha obrado en esas inmensas regiones con más justicia que jamás conquistador alguno. Repetidas veces ha pacificado levantamientos en el Tibet, extendiendo su mano en épocas pasadas hasta el Mar Cáspio. Los ricos sepulcros que en diversas partes de Mongolia y Tartaria se encontraron, son por su contenido monumentos irrefragables del tráfico con China, y si alguna vez habitaron allí naciones de una cultura más elevada, no lo fueron probablemente sin haber tenido contacto más íntimo con este pueblo.

Pero la isla en cuyos habitantes los chinos educaron a los más grandes competidores de su laboriosidad, es el Japón. Los japoneses eran al principio bárbaros, y a juzgar por su carácter violento y audaz, fueron bárbaros de gran dureza y brutalidad. Gracias a la vecindad y trato con el pueblo chino, del cual aprendieron la escritura y las ciencias, manufacturas y artes, llegaron a formar un Estado que en algunos puntos compite con China y hasta le lleva la delantera. Aunque el carácter japonés tanto por su religión como por su gobierno es más acerado y cruel, no por eso hay que pensar en un progreso a ciencias superiores como el que ofrece Europa. Mas aunque esto se encuentre en el Japón tan poco como en China, no deja de ser cierto que, si el conocimento y la explotación del país, la diligencia en la agricultura y en oficios provechosos, si comercio y navegación y hasta el bárbaro esplendor y el orden despósito de su constitución imperial son innegables indicios de cultura, ésta la escaló

el orgulloso Japón únicamente gracias a los chinos. Los anales de la historia china nos hablan todavía de los tiempos en que los japoneses vinieron a China como bárbaros, y por más que esta isla árida haya evolucionado de una manera muy propia y peculiar, apartándose de la modalidad china, no por esto deja de ser manifiesto el origen chino en todos los medios auxiliares de su cultura y hasta en los métodos empleados para sus industrias.

No será cosa fácil decidir si la influencia china se extendió aún más allá contribuyendo también a la cultura de uno de los dos Imperios civilizados de América, que estaban ambos frente a la costa occidental de China pero si algún pueblo ha llegado del Viejo Mundo a América, difícilmente puede haber sido otro que el chino o el japonés. Lástima grande que la historia de China conforme a la constitución de este país, haya tenido que ser escrita tan a la china. Todos los inventos los atribuye a sus emperadores; hablando de su propio país se olvida del mundo y como exclusiva historia del Imperio celeste tiene desgraciadamente muy poco de historia humana instructiva.

III

EL TIBET

Entre las altísimas montañas y los desiertos de Asia se ha establecido un Imperio espiritual que no tiene igual en el mundo a su manera: la gran región de los lamas. Verdad es que con intermitencias el poder secular y el espiritual anduvieron separados por revoluciones de menor alcance, pero al fin de cuentas, siempre se volvieron a unir, de suerte que aquí como en ningún otro lugar del mundo toda la constitución del país se basa en el sumo pontificado del emperador. De acuerdo con la doctrina de la transmigración de las almas, el Gran Lama es inspirado por el dios Shaca o Fo, el cual al producirse la muerte de aquél, se reencarna en el nuevo lama y lo consagra imagen de la divinidad. De él descienden en jerarquías establecidas de la santidad una cadena de lamas, y no cabe imaginar un régimen sacerdotal mejor constituído en su doctrina, ritos e instituciones que el que reina en esas alturas de la tierra. El supremo procurador de los asuntos seculares es sólo un lugarteniente del sumo pontífice que según los principios de su religión vive lleno de serenidad divina en un templo que sirve de palacio. Monstruosas son las fábulas de la creación en la versión de los lamas; cruelísimos los castigos y las penitencias que aterran al transgresor, antinatural

en sumo grado el estado al que su santidad tiende: es el reposo incorpóreo, la ingenuidad supersticiosa y la castidad monasteril personificados. Y, no obstante, apenas hay idolatría tan difundida en la tierra como ésta; no sólo el Tibet y Tangut, sino también la mayor parte de Mongolia, los manchúes, kalkas y elutenos, etc., veneran al Lama y si bien en tiempos modernos algunos renegaron de la adoración de su persona, no tienen por religión otra cosa que partes inconexas de la religión Shaca como única fe y culto divino. Pero también más al sur está muy difundida esta religión; los nombres Somona-Kodom, Shactsha-Tuba, Sangol-Muni, Shiguemuni, Budda, Fo, Shequia son todos idénticos con Shaca, y de esta manera la sagrada doctrina de los monjes, si bien no en todas partes con la complicada mitología de los tibetanos, corre por Indostán, Ceylán, Pegú, Tonkín hasta China, Corea y el Japón. Hasta en China las creencias verdaderamente populares son los principios del Fo; los de Confucio y Laot-sé, en cambio, no son más que especies de una religión política y filosofía de las clases superiores, es decir, instruídas. El gobierno se mantiene indiferente ante cualquier religión; sólo tuvo cuidado de independizar a los lamas y bonzos de la jurisdicción y dominio del Dalai-Lama, para hacerlos inofensivos para el Estado. El Japón, sobre todo, fué por largo tiempo algo así como un pequeño Tibet; el Dairi fué supremo jefe espiritual y el Kubo su ministro de asuntos seculares, hasta que éste se apoderó del gobierno y relegó a aquél a la categoría de mera sombra, suerte esta que se explica por la naturaleza de las cosas y será, a no dudarlo, algún día también el destino del lama. Sólo por la situación de su Imperio, por la barbarie de las tribus mongóligas pero más que nada por la gracia del emperador de China ha sido durante tanto tiempo lo que es.

Ciertamente la religión de los lamas no tuvo su origen en las inhóspitas montañas del Tibet; es testimonio de climas tórridos, producto de almas medrosas que aprecian sobre todas las cosas la voluptuosidad de una completa ausencia de ideas en medio del reposo corporal. No llegó a las montañas áridas del Tibet y a la misma China sino en el primer siglo de la era cristiana modificándose en cada país según su mentalidad. En el Tibet y el Japón se mostró severa e inflexible mientras que entre los mongólicos ha degenerado hasta ser una superstición ineficiente; Siam, Indostán y los países semejantes a éstos la sostienen en la forma más suave como producto natural de su clima caluroso. Presentándose en tan diversas formas, diversos tuvieron que ser también los efectos que produjo en cada Estado. En Siam, Indostán, Tonkín, etc., adormece las almas, las hace compasivas, adversas a la guerra, pacientes, mansas y perezosas. Los talapoínos no ambicionan el trono, expían pecados humanos por meras limosnas. En los países de vida más difícil donde

el clima no alimenta tan fácilmente al contemplativo ocioso, sus instituciones necesitaban una organización más eficiente, que acabó por transformar el palacio en templo. Es notable la incoherencia con que las cosas humanas no sólo se constituyen sino también conservan por largo tiempo. Si todos los tibetanos cumplieran las prescripciones de los lamas practicando sus virtudes más excelsas, el Tibet habría dejado de existir. La estirpe de hombres que no se tocan, no cultivan su país ya tan frío de por sí, no se dedican al comercio ni emprenden negocios, dejaría de sobrevivir; muertos de hambre y de frío yacerían allí, habiendo entrado en el cielo de sus sueños. Pero por fortuna la naturaleza del hombre es más fuerte que las locuras doctrinarias que sostiene. El tibetano se casa, aunque comete con ello un pecado: la hacendosa mujer tibetana hasta se casa con varios hombres, trabaja con más ahinco que los mismos hombres y renuncia gustosa a los grados supremos del paraíso con tal de conservar este mundo. Si alguna religión hay en el mundo que sea monstruosa y aborrecible, es la tibetana[1], y si es verdad, como no parece fácil negar, que en sus doctrinas y costumbres más duras hubo infiltraciones cristianas, se concluye que el cristianismo no se presentó en ninguna parte en figura más horrenda que en las montañas del Tibet. Pero felizmente la dura religión de los monjes pudo cambiar el espíritu nacional tan poco como sus necesidades del mismo y su clima. El montañés paga con dinero las penitencias que corresponderían a sus pecados y vive sano y alegre; cría y carnea animales por más que crea en la transmigración de las almas y festeja su casamiento durante quince días por más que los sacerdotes de la perfección lleven una vida célibe. Así, en todos los órdenes, las creencias erróneas tuvieron que arribar a una transacción con las necesidades de la naturaleza, las cuales ejercieron presión hasta que se llegó a una conciliación en mayor o menor grado. ¡Qué desastre sería si todas las tonterías que existen en las diversas creencias de los pueblos se practicaran consecuentemente! Pero, de hecho, la mayor parte son creídas sin ser puestas en práctica, y este término medio de una creencia muerta es lo que en esta vida se llama fe. No se piense, pues, que el calmuco siga la escuela de perfección tibetana al venerar un pequeño ídolo o los sagrados excrementos del lama.

Mas este repugnante régimen de los lamas no sólo ha sido inofensivo, sino además útil. Un pueblo primitivo y pagano que se tuvo a sí mismo por descendiente del mono, ha sido elevado de esta manera a ser una nación indiscutiblemente civilizada y en algunos aspectos refinada, en lo que no tuvo la parte menor la ve-

[1] GEORGII, *Alphabet. Tibetan.* Romae, 1762. Un libro lleno de sabiduría desordenada, pero juntamente con las informaciones de Pallas en las *Contribuciones Nórdicas*, (vol. 4, p. 271, etc.), y el artículo en la *Correspondencia*, de Schlözer, parte 5, el libro principal que poseemos del Tibet.

cindad de los chinos. Una religión oriunda de la India ama el aseo; de ahí que los tibetanos no puedan vivir como las tribus tártaras de las estepas. Hasta la castidad exagerada que predican sus lamas ha propuesto a la nación un ideal de perfección al cual conducen el retraimiento, la sobriedad y moderación que se elogian en ambos sexos; y también aquí el haber dado el primer paso vale más que toda la peregrinación. La creencia en la transmigración de las almas impulsa a ser compasivo para con las criaturas vivientes, y tal vez para amansar a esos primitivos montañeses no hubiese medio más suave que esa ilusión y el temor de largas penitencias y castigos infernales. En una palabra, la religión tibetana es una especie de religión papal, tal como la tenía la misma Europa en sus siglos oscuros y ciertamente sin el orden y el nivel moral de que pueden gloriarse el Tibet y Mongolia. También el hecho de que la religión del Shaca difundiera entre este pueblo montañés y más allá entre los mongólicos una especie de sabiduría y escritura del idioma, la ha hecho benemérita de la humanidad y puede tal vez ser el primer paso hacia una cultura en esas regiones.

Maravillosamente lentos son los caminos de la Providencia entre las naciones, y sin embargo, son puro orden natural. Gimnosofistas y talapoinetas, es decir, contemplativos solitarios, los hubo en Oriente desde los tiempos más remotos; la naturaleza y el clima invitaban a esta forma de vida. En busca de quietud, huían del barullo de los hombres, viviendo contentos con lo que la pródiga naturaleza les brindaba. El oriental es serio y moderado, tanto en el comer y beber como en las palabras; le gusta abandonarse al vuelo de la fantasía y ¿a dónde podía llevarle ésta sino a la contemplación de la naturaleza en general, de ahí al origen del mundo, la desaparición y renovación de las cosas? La cosmogonía lo mismo que la metempsicosis de los orientales son formas poéticas de representar el ser y devenir de las cosas, tal como el intelecto limitado del hombre y un corazón compasivo se lo imaginan. "Yo vivo y gozo del breve tiempo que dura mi vida; ¿por qué cuanto hay alrededor mío no habría de gozar también de su existencia y vivir sin recibir daño de mi parte?" De ahí la doctrina moral de los talapoinetas que ante todo inculcan de manera tan conmovedora y sacrificada la vanidad de todas las cosas, la eterna transformación de las formas de este mundo, los tormentos interiores de la insaciable concupiscencia del corazón humano y el gozo de un alma pura. De ahí también los mandamientos suaves y humanos que daban para la tolerancia de ellos mismos y de otros miembros de la sociedad humana y que glorificaban en sus himnos y aforismos. De la antigua Grecia pudieron recibir éstos tan poco como su cosmogonía porque ambos son hijos legítimos de la fantasía y sensibilidad propias de su clima. Todo en ellos se orienta hacia el fin supremo, de manera que sólo los

anacoretas de la India se animan a vivir conforme a la doctrina moral de los talapoinetas; además, todo está hasta tal punto envuelto en interminables fábulas que Shaca, si es que jamás ha existido, difícilmente se reconocería en los rasgos del retrato que se hizo de él con semejante cúmulo de alabanzas y agradecimientos. ¿Pero acaso no es verdad que un niño aprende su primera sabiduría y moral mediante fábulas? ¿Y no son las más de estas naciones niños vitalicios sumidos en el dulce sueño de sus almas? Sepamos, pues, perdonar a la Providencia si conforme al orden de cosas que eligió para el género humano, todo se hizo tal como tuvo que ser. Como ella ligó toda cultura a la tradición, los hombres no pudieron darse unos a otros más de lo que poseían y sabían. Todas las cosas de esta vida, incluso la filosofía budista, son malas o buenas según el uso que se haga de ellas. Esa filosofía tiene tan elevados y hermosos pensamientos como grandes son, por otra parte, el fraude y la pereza a que puede dar lugar, como, en efecto, hizo en gran medida. En ningún país ha sido la misma, pero dondequiera que está, representa siempre un nivel superior al primitivo paganismo y los primeros albores de una doctrina moral más pura, el primer sueño infantil de una verdad universal.

IV

EL INDOSTÁN

Aunque la doctrina de los brahmanes no es más que una rama de la religión ampliamente difundida, que desde el Tibet hasta el Japón formó sistemas de gobierno y diversas sectas, merece, empero, un estudio más a fondo en su mismo lugar de origen, ya que allí formó el régimen más notable y, acaso, más duradero del mundo: me refiero a la división de la India en cuatro o más castas sobre las cuales reinan los brahmanes como primera. No es probable que hayan conseguido este dominio a fuerza de un yugo material porque no son la casta guerrera que, incluso el mismo rey, sólo les sigue en segundo lugar, ni se funda su autoridad en ninguno de tales recursos, ni siquiera en la leyenda. Lo que les da su dominio sobre los hombres es su origen, por el cual, según dicen ellos, nacieron de la cabeza de Brahma, así como los guerreros de su pecho, y las demás castas de sus otros miembros. Sobre este fundamento descansan todas sus leyes y toda la Constitución nacional, según las cuales ellos como casta primogénita forman la cabeza de la nación. Divisiones de esta índole, por castas, han sido también en otras partes del mundo

la Constitución más sencilla de la sociedad humana: se pretendía en ello seguir el orden de la naturaleza la cual divide el árbol en ramas y el pueblo en castas y familias. Tal fué la Constitución en el Egipto con artes y oficios hereditarios; y que a la casta de los sabios y sacerdotes se atribuya el primer lugar, lo vemos también en muchos otros pueblos. Paréceme que este grado de evolución cultural constituye un fenómeno connatural puesto que la sabiduría supera la fuerza y en la antigüedad la casta sacerdotal monopolizaba casi toda la sabiduría política. Sólo al difundirse las luces entre todas las castas palidece la autoridad del sacerdote, lo que explica que los sacerdotes se opongan con tanta frecuencia a que las luces se hagan del dominio general.

La historia de la India de la cual, por desgracia, es poco lo que sabemos hasta ahora, nos insinúa claramente el origen de los brahmanes [1]. De Brahma hace un hombre sabio y docto, inventor de muchas artes, especialmente el de escribir, primer ministro de Krishna, uno de los antiguos reyes, cuyo hijo promulgó la ley de la divinidad del pueblo en las consabidas cuatro castas. Al hijo de Brahma le confirió el cargo de presidir la primera casta, a la que pertenecían los astrólogos, médicos y sacerdotes. A otros aristócratas se les nombró gobernadores hereditarios de las provincias, y de ellos se deriva la segunda casta de los indos. La tercera casta debía ocuparse de la agricultura; la cuarta, de las artes y oficios, y esta Constitución debía durar para siempre. Edificó la ciudad de Bahar para sede de los filósofos, y puesto que la sede del gobierno lo mismo que las más antiguas escuelas de los brahmanes estaban situados preferentemente junto al Ganges, se comprende ahora por qué los griegos y romanos los mencionan tan pocas veces. No conocían estas regiones del interior de la India, ya que Herodoto describe solamente los pueblos junto al Indo y del lado norte del tráfico del oro, mientras Alejandro llegó solamente hasta el Hyfasis. Nada extraño, pues, que al principio recibieran solamente noticias generales de los brahmanes, es decir, de los sabios anacoretas que vivían a la manera de los talapoinetas, y más tarde algunos rumores poco precisos por medio de los samnitas y germanos junto al Ganges, acerca de la división del pueblo en castas y de su doctrina sobre la transmigración de las almas, etc. Pero también estas leyendas parciales confirman que la institución de los brahmanes es antigua e indígena de la región del Ganges, lo que demuestran, a su vez, los muy antiguos monumentos en Jagrena [2], Bombay y otras partes del otro lado de la península. Tanto los ídolos como todo el arreglo de los templos corresponden

[1] Dow, *Hist. of Hindost.*, vol. I, p. 10-11.

[2] *Zend-Avesta*, p. D'Anquetil, vol. I, p. 81 y sigtes. NIEBUHR, *Reisebeschreibung*, parte th. 2, p. 31, u. f.

a la mentalidad y mitología de los brahmanes, que partiendo del sagrado Ganges se difunde por toda la India y más al sur recibiendo tanto mayor culto cuanto más profunda era la ignorancia de la plebe. El sagrado Ganges, en su carácter de lugar de origen, siguió siendo la sede por excelencia de los sagrarios, si bien como los brahmanes no son solamente una orden religiosa sino más propiamente política, que, como el orden de los lamas, levitas, sacerdotes egipcios, etcétera, pertenece en todo a la antiquísima constitución imperial de la India.

La influencia de esta orden ha sido asombrosamente profunda durante miles de años sobre las almas de los hombres, como se ve por el hecho de que no solamente permanecen imperturbables su autoridad y doctrina a pesar del yugo mongólico sobrellevado por tanto tiempo, sino que manifiestan un poder en el gobierno de los hindúes que difícilmente pueda ostentar alguna otra religión. El carácter, el estilo de vida, las costumbres del pueblo hasta los más pequeños detalles y hasta los pensamientos y palabras, es obra suya; y aunque muchas partes de la religión de los brahmanes son pesadas y trabajosas en extremo, son tenidas por sagradas como leyes naturales divinas hasta por la ínfima de las castas. Sólo los criminales y excomulgados suelen pasarse a otra religión o, si no, los niños pobres y abandonados; también la mentalidad consciente de su nobleza con que el hindú considera al europeo al que presta servicios presionado por una indigencia muchas veces fatal, da suficiente garantía de que este pueblo mientras exista, no se mezclará nunca con otro. No cabe duda de que este influjo sin precedentes por su intensidad, encontró condiciones favorables en el clima y el carácter del pueblo al que nadie gana en paciencia, serenidad y mansa ductilidad de ánimo; pero el hecho de que el indo no adopte justamente por esto la doctrina y costumbres de cualquier extranjero, tiene evidentemente como razón que las instituciones de los brahmanes han invadido su alma y toda su vida de tal manera que no dan lugar a influencias foráneas. De ahí tantos ritos y festividades, tantos dioses y leyendas, tantos lugares sagrados y obras meritorias que llenan por completo la imaginación desde la niñez y recuerdan al hindú en todos los instantes de su vida lo que es. En comparación con este dominio de las almas, todas las instituciones europeas no han pasado de la superficie y me inclino a creer que este dominio reinará mientras haya un indo sobre la tierra.

En todas las instituciones humanas, la cuestión de si algo es bueno o malo tiene muchas facetas. Sin duda las instituciones de los

1 Véase al respecto Dow, Hollwell, Sonnerat, Alejandro Ross, Macintosh, las *Hallische Missionsberichte*, las *Lettres édificantes* y cualquier otra descripción de la religión y los pueblos de la India.

brahmanes fueron buenas al tiempo de su fundación; de otra manera no hubieran alcanzado tanta difusión ni semejante profundidad y duración. El alma humana se libra en cuanto puede de lo que le es nocivo, y aunque el indo tiene mayor capacidad de sufrimiento que cualquier otro, no llegaría, con todo, a abrazar a propósito lo que es veneno para él. No admite discusión, por consiguiente, que los brahmanes cultivaron en su pueblo una mansedumbre, cortesía, moderación y castidad, o por lo menos reforzaron estas virtudes, hasta el punto de que haciendo una comparación con los europeos, éstos les parezcan a menudo impuros, borrachos y delirantes. Sus ademanes y su lenguaje son naturales y elegantes, pacífico su trato, limpio su cuerpo, sencillo e ingenuo su estilo de vida. Los niños son educados con suavidad, no obstante lo cual no carecen de conocimientos ni de una persistente laboriosidad y un delicado arte de imitación. Hasta las castas inferiores aprenden a leer, escribir y calcular. Puesto que los brahmanes son los educadores de la infancia, se han hecho beneméritos de la humanidad desde hace miles de años sin duda alguna. Obsérvese en los informes misioneros de Halle el sentido común y el carácter bondadoso de los brahmanes y malabares, tanto en sus objeciones, preguntas y respuestas como en todo su comportamiento, y pocas veces se sentirá uno movido a tomar el partido de quienes pretenden convertirlos. La idea básica que los brahmanes tienen de Dios es tan grandiosa y bella, su moral tan pura y elevada, y hasta sus leyendas, analizándolas con buen sentido, tan delicadas y encantadoras que se me hace muy difícil atribuir a sus autores todo lo que ofrecen de monstruoso y extravagante, teniendo por probable que todos estos absurdos se acumularon con el correr de los tiempos en boca de la plebe. No deja de tener su valor que a pesar de toda la presión ejercida por el Islam y el cristianismo, la orden de los brahmanes haya conservado su hermosa e ingeniosa lengua[1] y con ella algunas reliquias de la antigua astronomía y cronología, de la jurisprudencia y medicina[2]; pues, aunque cultiven estos conocimientos con cierta mentalidad de artesanía, les basta esto para la esfera en que se desarrolla su vida, y lo que haya de menos en progreso de la ciencia, compénsalo la intensidad de su influjo en la vida y su valor duradero. Por lo demás, los hindúes no persiguen a nadie; toleran que cada cual practique su propia religión, su modo de vida y su sabiduría; ¿por qué no se habría de tolerar la suya admitiendo que, si hay errores en sus tradiciones heredadas, ellos, al menos, son unos equivocados muy afortunados? Comparada con to-

[1] HALHED, *Grammar of the Bengal Language*, printed at Hoogly in Bengal, 1778.

[2] LE GENTIL, *Voyage dans les mers de l'Inde*, t. I. HALHED, *Code of Gentoo-Laws*, etc.

das las sectas del Fo que dominan el este del Asia, ésta es la flor y nata: más docta, más humana, más útil y más noble que todos los bonzos, lamas y talapoinetas juntos.

Con esto no se quiere negar que como todas las Constituciones humanas, también ésta tiene su elemento opresor. Por no hablar de la infinita coerción inherente a la distribución de las formas de vida entre castas hereditarias para excluir casi completamente todo libre mejoramiento y perfeccionamiento de las artes y oficios, llama especialmente la atención el desprecio con que tratan a la ínfima de las castas, los parias. No sólo están condenados a los oficios más humildes y excluídos por toda la eternidad de todo trato con las otras castas, sino que están hasta privados de los derechos humanos y de la religión. Nadie debe tocar a un paria y hasta su vista implica impureza legal para el brahmán. Aunque entre las muchas causas de esta degradación que se enumeran figura también la de que los parias serían una nación subyugada, ninguna de ellas está suficientemente comprobada por la historia. Por lo menos, es cierto que no se distinguen de los hindúes por otra cultura. Por lo tanto, como en tantas otras cosas que se basan en una Constitución muy antigua, también aquí todo depende de la primera institución inhumana que cayó tal vez sobre gente muy pobre o delincuentes y excomulgados para su degradación, a la que los inocentes y numerosos descendientes se someten con extraña resignación. El error está únicamente en la división por castas, algunas de las cuales tuvieron que cargar con la peor suerte de la vida y cuyas molestias se les hicieron aún más pesadas a causa de la pureza inmaculada que se arrogaban las otras castas. ¿Qué cosa más natural que se acabara por considerar castigo del cielo el haber nacido paria y suponer de acuerdo con la doctrina de la transmigración de las almas que tal suerte la habían merecido por algún delito de una vida anterior? En general hay que admitir que la doctrina de la transmigración de las almas, por grandiosa que haya sido su concepción en la mente del primero que la inventó y por numerosos que hayan sido los estímulos que haya aportado al sentido humanitario, tuvo que traer consigo también muchísimos males como todo error que se extiende más allá de los límites de vida humana en esta tierra. Porque despertando una errónea compasión para con todo ser viviente, disminuyó al mismo tiempo la verdadera simpatía con las desgracias de nuestra especie, creyéndose a los infortunados delincuentes agobiados por la carga de crímenes anteriores o puestos a prueba por la mano del destino que premiaría su virtud en una vida futura. Así es cómo también en los hindúes de corazón tan blando se ha observado una falta de compasión que probablemente sea un efecto de su organización, pero aún más de su incondicional resignación bajo la mano del eterno destino, creencia ésta que lanza al hombre al abismo em-

botando su poder de iniciativa. La costumbre de quemar a las viudas en la pira de sus maridos difuntos es una de las bárbaras consecuencias de esta doctrina. Cualesquiera que hayan sido los motivos para introducirla, la imitación de algunas almas heroicas o un castigo, que de la categoría de casos particulares evolucionaron hasta formar costumbre, de todos modos la doctrina de los brahmanes de un mundo ultraterreno ha ennoblecido este uso antinatural entusiasmando a las desgraciadas víctimas para la muerte con el aliciente de una vida futura. Verdad es que esta cruel costumbre hacía la vida del hombre más cara a la mujer que estaba ligada a él inseparablemente y no podía sobrevivirle sin afrenta; ¿pero compensa esta ventaja tamaño sacrificio al convertirse éste tácitamente en ley obligatoria a fuerza de costumbre? Paso por alto, finalmente, los múltiples fraudes y supersticiones de las instituciones brahmanes, que se hicieron inevitables, aunque más no fuera, por el hecho de que la astronomía y la medicina, la cronología y la religión, transmitidas por tradición oral, llegaron á ser la ciencia oculta de una casta. Otra consecuencia más funesta y que afectaba toda la nación fué que todo reinado de los brahmanes prepara tarde o temprano a un pueblo para ser subyugado por otro. La casta de los guerreros tenía que hacerse muy pronto inepta para la guerra, ya que su finalidad era contraria a la religión y subordinada a una casta más noble que detestaba todo derramamiento de sangre. Tal pueblo pacífico sería afortunado si pudiera habitar en una isla solitaria a salvo de conquistadores; mas al pie de aquellas montañas donde tienen sus guaridas animales feroces en forma de hombres, los guerreros mongólicos, y en la vecindad de aquella costa sembrada de bahías donde desembarcan europeos astutos y codiciosos, ¡pobre de vosotros, desgraciados hindúes, que tarde o temprano os veréis perdidos con vuestra Constitución amante de la paz! Y tal fué la suerte corrida por la Constitución de la India; sucumbió en guerras civiles y nacionales hasta que la navegación europea le impuso el yugo que está padeciendo con sus últimas fuerzas.

¡Inexorable destino el de los pueblos! Y, sin embargo, no es más que el orden de la naturaleza. En la región más hermosa y fértil de la tierra el hombre tuvo que arribar pronto a la sutileza de los conceptos, a imaginaciones tropicales sobre las fuerzas de la naturaleza, a costumbres apacibles e instituciones bien reguladas; pero perdido el hábito del trabajo duro y perseverante gracias a la riqueza de la región, no menos pronto hubo de ser víctima de cualquier asaltante que también venía en busca de esa tierra afortunada. Desde tiempos muy antiguos, el comercio con la India oriental fué de los más prósperos; el pueblo laborioso y frugal entregaba en abundancia muchas joyas de los ricos tesoros del mar y de la tierra de su Continente y fué dejado en paz a causa de hallarse a tanta distancia, hasta

que finalmente el europeo, para quien no existen distancias, llegó y repartió reinos enteros entre los suyos. Todas las noticias y mercancías que nos llegaron desde allí, no pueden compensar el daño que se hizo a un pueblo que ningún mal nos había hecho. Pero el destino trazó sus planes y sabe a dónde los quiere llevar.

V

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA HISTORIA DE ESTOS ESTADOS

Hasta aquí nos hemos abocado a las constituciones políticas del Asia, que juntamente con su venerable antigüedad pueden gloriarse de una duración inigualada. Ahora bien: ¿Cuál es su aporte a la historia de la humanidad y qué puede aprender de ellos el filósofo de la historia humana?

1. Toda historia supone un comienzo, y la historia del Estado y de la cultura el principio de los mismos. ¡Pero cuán oscuro es éste en los pueblos que hasta ahora hemos estudiado! Si mi voz tuviera alguna autoridad, la emplearía para estimular a todo historiógrafo modesto y capaz al estudio de los orígenes de la cultura asiática en sus más célebres Imperios y pueblos, pero sin dar pábulo a ninguna hipótesis preconcebida ni al despotismo de una opinión particular. Un cuidadoso cotejo tanto de las informaciones como de los monumentos que poseemos de estas naciones, especialmente de su escritura e idiomas, de las obras de arte más antiguas y mitología y de los principios y métodos de que se sirven aún hoy en sus pocas ciencias, todo esto considerado a la luz de la región que habitan y de los contactos que pudieron tener, todo esto conduciría sin duda a aclarar el panorama, y se hallaría, según creo, que el primer eslabón de su cultura no se enlaza con Selinginsk ni con el Bactra de los griegos. Los ensayos meritorios de Degignes, Bayer y Gatterer y otros, las hipótesis ya algo más aventuradas de Bailly, Paw y Delisle, etc., la provechosa labor de compilación y difusión de los idiomas y escritos asiáticos, son trabajos previos para un edificio cuya piedra fundamental de indiscutible autenticidad no ha sido colocada todavía. Tal vez sería la reliquia del templo de una protogea como las vemos en tantos monumentos de la naturaleza.

2. La palabra civilización de un pueblo es de difícil dicción, pero aún más difícil de abarcar con el pensamiento y mucho más ardua todavía de realizar. Para que un advenedizo instruya a toda una nación o un rey implante la cultura por decreto, es indispensa-

ble la ayuda de muchas circunstancias favorables, porque sólo la educación, la doctrina y el ejemplo constante tienen poder formativo. A esto se debe que los pueblos pronto echaran mano del recurso de incorporar a su estructura estatal una clase social de instructores, que anteponían a las otras o la ponían a su mismo nivel. Se dirá que estamos aquí ante un grado de cultura todavía muy rudimentario; pero no por esto es menos necesario para la infancia del género humano, porque donde faltaron tales educadores del pueblo, éste permanecía indefinidamente en su ignorancia y pereza. Una especie de brahmanes, mandarines, talapoinetas, lamas, etc., eran, pues, indispensables a toda nación en los años de su infancia política; más aún: vemos que fué exclusivamente esta clase de hombres la que difundió en el Asia la semilla de una cultura superior. Sólo existiendo ésta puede decir el emperador Yao a sus ministros Hi y Ho: "¡Id y observad los astros, seguid el curso del sol y dividid el año en partes!" [1]. Si Hi y Ho no son astrónomos, vana es la orden imperial.

3. Hay mucha diferencia entre la cultura de los sabios y la del pueblo. El sabio tiene que dominar ciencias cuyo ejercicio le ha sido encomendado para utilidad del Estado; acumula los conocimientos y los confía a los que pertenecen a su clase, no al pueblo. De la misma manera, las matemáticas superiores y muchos otros conocimientos no sirven entre nosotros al uso común y, por lo tanto, no son para el pueblo. Eran éstas las llamadas ciencias secretas de las antiguas Constituciones estatales, privilegio de la clase de los brahmanes o sacerdotes, la cual tenía por finalidad su ejercicio, como cada clase en el Estado tenía la suya. De esta manera, el álgebra es hasta el día de hoy, una ciencia secreta porque son pocos los que la entienden en Europa, por más que a nadie le está vedado por decreto aprenderla. Nosotros hemos embrollado en muchos aspectos y de manera inútil y perjudicial la esfera de la cultura de los sabios y del pueblo, ampliando la segunda casi hasta el volumen de la primera; los antiguos constituyentes pensando en forma más humana resultaron ser también más sagaces en este respecto. Hicieron consistir la cultura del pueblo en buenas costumbres y oficios útiles; no creyeron que el pueblo fuera hecho para teorías complicadas, filosofía y ciencia religiosa, ni que éstas le fueran provechosas. De ahí el antiguo método didáctico de enseñar por medio de alegorías y fábulas tal como los brahmanes las exponen hasta el día de hoy a las castas sin instrucción. De ahí en China la diferencia de conceptos, según cada clase del pueblo tal como el gobierno lo ha establecido y conserva de buen acuerdo. Si deseamos, pues, instituir una comparación entre una nación del este asiático y las nuestras en lo que a la cultura se refiere, hay que definir previamente en qué pone cada

[1] Principio del *Chou-king*, p. 6, edición de Deguignes.

pueblo la cultura y de qué clase social se está hablando. Si una nación o alguna de sus clases posee buenas costumbres y artes, y los conceptos y virtudes que basten a su trabajo y un bienestar conveniente, entonces posee luces suficientes aunque no sepa explicar un eclipse lunar contando a este propósito la conocida fábula del dragón. Tal vez sus instructores se la contaron precisamente para que no le salieran canas verdes con motivo del curso del sol y de los astros. De ninguna manera puedo aceptar la proposición de que todos los pueblos con todos sus individuos hayan nacido para conseguir un concepto metafísico de Dios como si, privados de esa metafísica que acaso no tenga más fundamento que una hueca palabra, fueran bárbaros supersticiosos. Si el japonés es un hombre inteligente, animoso, hábil y útil, entonces es culto, piense como piense acerca de su Buda y Amida. Si os cuenta fábulas sobre este particular, retribuídle con otras, y cuentas arregladas.

4. Ni siquiera un progreso indefinido de la cultura científica es parte esencial de la felicidad de un Estado, por lo menos según las ideas de los antiguos Imperios del Oriente. En Europa, todos los sabios forman un propio Estado el cual, construído sobre los trabajos previos de muchos siglos, se mantiene artificialmente por medios auxiliares de uso común y por la celosa competencia de las naciones entre sí; la naturaleza en general no se beneficia de la cumbre de conocimientos científicos que nosotros ambicionamos. Toda Europa es un Imperio docto que en parte por la competencia interna, en parte por los medios descubiertos en los tiempos modernos y que buscó en todas las capas terrestres, ha tomado una estructura ideológica que sólo el sabio sabe penetrar mientras el estadista la va utilizando para sus fines. Ya no podemos detenernos en la carrera emprendida; ilusos nos abalanzamos en pos de la fatamorgana de una ciencia suprema y un conocimiento perfecto y universal que, si bien nunca hemos de alcanzar, nos mantiene en febril activismo mientras dure la actual constitución política de Europa. No fué así en aquellos Imperios que nunca se debatieron en semejante conflicto. La China de forma circular, detrás de sus montañas es un imperio uniforme y cerrado; constituídas según los principios de una antigua organización, todas sus provincias, con incluir pueblos muy diversos, lejos de hallarse en mutua competencia, viven en la obediencia más absoluta. El Japón es una isla, hostil a todo extranjero como la antigua Bretaña, y existe cual mundo aparte, entre rocas y un mar agitado. Así es el Tibet rodeado de montañas y pueblos bárbaros; así la Constitución de los brahmanes que gime bajo su yugo durante siglos. ¿Cómo puede florecer en estos Imperios el progreso de las ciencias que en Europa se abre paso por doquier? ¿Cómo podrían recibir siquiera los frutos de este árbol de las manos peligrosas de los europeos que les roban cuanto es suyo, su seguridad política y

hasta su mismo país? Así, pues, escamado ya con unas pocas tentativas, el caracol se retiró a su concha y desprecia aun la rosa más tentadora que la serpiente le ofrezca. La ciencia de los arrogantes sabios europeos fué hecha para sus propios países, y hasta de los serviciales jesuitas no aceptó China más de lo que creía indispensable. Apremiada por la necesidad, tal vez aceptaría otras cosas; pero como el común de los hombres y más aún de las grandes organizaciones estatales son animales de gran dureza y resistencia que deberían verse en peligros muy grandes e inminentes antes de cambiar su trote habitual, no se opera ningún portento y todo sigue como antes sin que pueda sacarse de ahí que estas naciones sean incapaces de la ciencia. Lo que les falta son motivos, porque la viejísima costumbre se opone a todo motivo nuevo. ¡Con qué lentitud aprendió Europa misma sus mejores artes y ciencias!

5. El valor de un Imperio puede apreciarse considerándolo en sí mismo y en comparación con otros. Mientras para Europa hace falta utilizar ambas medidas, los Imperios asiáticos deben juzgarse sólo con la primera. Ninguno de estos países recorrió otros Continentes para servirse de ellos como fundamentos de su grandeza o intoxicarse con su abundancia; cada uno aprovecha lo que tiene y se basta a sí mismo. China hasta prohibió la explotación de sus propias minas de oro porque, consciente de su debilidad, no se atrevió a utilizarlas. El comercio exterior de China se desenvuelve sin subyugar a ninguna de las partes contratantes. Con semejante frugalidad, todos estos países gozan de la innegable ventaja de tener que aprovechar en una medida tanto mayor sus propias riquezas porque la complementan en menor escala por el comercio exterior. Los europeos, en cambio, recorremos como comerciantes o ladrones el mundo entero descuidando a menudo lo que es propio nuestro; las Islas Británicas, por ejemplo, están muy lejos de ser cultivadas como China y el Japón. Nuestras estructuras políticas son, pues, como animales insaciables que devoran sin tregua lo ajeno, bueno y malo, especies y tóxicos, café y té, oro y plata, y acusan la forzada actividad de un organismo afiebrado. Aquellos países, en cambio, sólo cuentan con el ciclo de su vida interna. Una vida lenta, se dirá, como la de la marmota, pero la cual precisamente por esto ha durado tanto y puede durar mucho más aún si circunstancias externas no matan al animal que duerme. Sabido es, de todos modes, que los antiguos proyectaban todas sus cosas en períodos más largos; como en sus monumentos, así también en sus Constituciones estatales. Nosotros actuamos con empuje atravesando tanto más pronto las breves edades que el destino nos ha concedido.

6. Todas las cosas terrenas y humanas dependen en último término del lugar y del tiempo y, en las diversas naciones, de su carácter, sin el cual no pueden hacer nada. Si el este del Asia fuera

vecino nuestro, mucho ha que no sería lo que era. De no ser una isla, el Japón no hubiera llegado a ser lo que es. Si todos estos Imperios se estuvieran formando ahora, difícilmente llegarían a ser lo que fueron hace tres o cuatro mil años, porque todo el animal que se llama tierra y en cuyo lomo habitamos, es ahora varios milenios más viejo. De cualquier manera, lo que solemos llamar espíritu genético y carácter de un pueblo, es cosa misteriosa y notable por demás, inexplicable e imborrable, tan antiguo como la nación misma y como el país que habita. El brahmán forma parte de su región; a ninguna otra juzga digna de su naturaleza sagrada. Otro tanto ocurre con el siamés y el japonés; fuera de su país es una planta trasplantada a destiempo. Lo que el anacoreta de la India entiende por su dios y el siamés por su emperador es muy distinto de lo que pensamos nosotros de ellos; lo que nosotros tenemos por eficiencia y libertad de espíritu, por hombría y belleza del sexo, lo ven aquéllos de otro modo. El encerramiento de las mujeres de la India, no se les hace insoportable; la pompa insulsa de un mandarín parecerá a cualquier otro un espectáculo sin interés. Y esto ocurre con todas las costumbres de la multiforme humanidad y hasta con todos los fenómenos de nuestro globo terráqueo. Si es el destino de nuestra especie peregrinar hacia un grado de perfección desconocido en una curva asintótica, no pudiendo alcanzarlo jamás a despecho de su trabajo de Tántalo, hay que reconocer que los chinos y japoneses, los lamas y brahmanes ocupan en esta peregrinación un rincón bastante apacible del vehículo en que viajamos; no se afligen por el inalcanzable término del viaje y siguen siendo lo que hace miles de años habían sido.

7. Sírvale de consuelo al antropólogo el hecho de que, a pesar de todos los males que la naturaleza derramó sobre el género humano, no olvidó en ningún organismo el bálsamo que hiciera de lenitivo para las heridas. El despotismo asiático, esta pesada carga de la humanidad, sólo tiene lugar en naciones que quieren sobrellevarla, es decir, que sienten en menor grado su peso agobiador. Con resignación aguarda su destino el hindú, y si en lo peor del hambre su cuerpo demacrado ya es perseguido por el perro al que, una vez caído, servirá de alimento, se apoya en cualquier parte para morir de pie, y el perro espera paciente mirando el pálido rostro del moribundo. Para tamaña resignación nos faltan conceptos, y sin embargo, puede convertirse en su contrario en los más violentos arrebatos de la pasión. De todos modos, es el antídoto para tantos males de aquella Constitución política juntamente con cierto alivio que brindan el modo de vida y el clima, mientras que estos males nos parecen a nosotros absolutamente insoportables. Si nos tocara vivir allí, o no lo sufriríamos porque tendríamos el suficiente valor y buen sentido de reformar la Constitución, o también nuestra resis-

tencia quedaría minada y sobrellevaríamos las penurias como cualquier otro hindú. ¡Oh madre naturaleza, de qué menudencias haces depender el destino de nuestra especie! Basta una minúscula modificación en la conformación de un cráneo y cerebro humanos, basta un pequeñísimo cambio de estructura en el organismo y los nervios, causado por el clima, la raza y el hábito, y ya cambia también el destino del mundo, la suma de todo cuanto en esta tierra obra y sufre la humanidad.

LIBRO DUODÉCIMO

LLEGAMOS ahora a orillas del Éufrates y del Tigris, y, ¡cómo cambia en esta región la faz de la historia! Babilonia y Nínive, Ecbatana, Persépolis y Tiro ya no existen; pueblos siguieron a pueblos, un Imperio sucedió a otro y los más se han perdido excepto sus nombres y monumentos otrora tan célebres. Ya no hay naciones que se llamen babilonios, asirios, caldeos, medos, fenicios o conserven los rasgos característicos de su antigua constitución política. Sus imperios y ciudades han sido destruidos y los pueblos se arrastran bajo otros nombres.

¿De dónde tanta diferencia respecto del carácter profundamente impreso de los Imperios orientales? China y la India fueron invadidas más de una vez por los pueblos mongólicos y hasta vivieron bajo su yugo durante siglos, y sin embargo, ni Pekín ni Benarés, ni los brahmanes ni los lamas desaparecieron de la tierra. A mi juicio, suerte tan diversa se explica por sí misma si se atiende la distinta constitución y situación de estas dos regiones del mundo. En el Asia oriental, más allá del gran macizo montañoso, amenazaba a los pueblos del sur un solo enemigo: el mongol. Durante siglos, los mongoles recorrieron tranquilamente sus estepas y valles, y cuando invadían provincias vecinas, su intención no era tanto destruir cuanto reinar y robar; de ahí que varias naciones lograsen conservar su constitución durante miles de años bajo la férula de príncipes mongólicos. Muy otra era la afluencia de la muchedumbre de pueblos que en apretada concurrencia invadió el espacio entre el Mar Negro y el Caspio hasta las orillas del Mediterráneo, siendo precisamente el Éufrates y el Tigris el desvío obligado de esta corriente de pueblos nómadas. Todo el Cercano Oriente estaba desde tiempos remotos repleto de nómadas, y cuanto más numerosas fueran las ciudades florecientes y más cultos los Imperios que nacieron en estas hermosas regiones, tanto mayor aliciente brindaban a estos pueblos

más primitivos para saquearlos si no era que, aprovechando su creciente prepotencia, se dedicaran a exterminar a sus vecinos. La sola Babilonia, espacioso centro y punto de reunión del comercio de Oriente y Occidente, ¡cuántas veces no fué conquistada y saqueada! Sidón y Tiro, Jerusalén, Ecbatana y Nínive no corrieron mejor suerte; se puede considerar toda esta región como emporio de la devastación donde los Imperios destruían y eran destruídos.

No es extraño, pues, que muchos de ellos sucumbieran sin dejar rastro, porque, ¿de qué manera podían conservarse sus huellas? Los más de estos pueblos hablaban una lengua común que se subdividía solamente en diversos dialectos; con su ocaso, estos dialectos se entreveraron, para finalmente derivar en una mezcolanza caldea-árabe-siria, lengua que sobrevive todavía en estas partes del mundo casi sin ningún signo distintivo de los pueblos que intervinieron en su formación. De hordas salvajes habían nacido estos Estados, y hordas volvieron a ser sin alcanzar un sello político duradero. Menos aún pudieron los famosos monumentos de Belos, Semíramis y otros, asegurarles la inmortalidad de las pirámides, porque estaban hechos de ladrillos secados al sol o al fuego y mezclados con betún, que eran fácilmente destruídos, si no se deshacían solos con el pasar de los siglos. Insensiblemente se corroía toda la gloria despótica de los constructores de Nínive y Babilonia, de suerte que ya no queda otra cosa que el nombre de esta celebérrima región para admirarlo, y con el cual estas naciones desaparecidas figuraban otrora en el consejo de los pueblos. Sólo nos resta caminar entre los sepulcros de extintas monarquías y contemplar las sombras de su acción fenecida en el mundo.

Y a la verdad, el efecto de su acción ha sido tan grande que incluyéndose el Egipto, no hay otra región del mundo, excepción hecha de Roma y Grecia, donde fueran inventadas e iniciadas tantas cosas que luego adquirieron importancia para Europa y, por medio de ella, para todo el mundo civilizado. Uno se asombra ante la multitud de artes y oficios que las crónicas hebreas señalan como comunes en varios pequeños pueblos nómadas ya desde los tiempos más remotos [1]. Diversas herramientas para el cultivo de las tierras, la horticultura, la pesca, la caza, especialmente la cría del ganado, la molienda de los cereales, la elaboración del pan, el arte culinario, el cultivo de la vid y del aceite, la elaboración de la lana y de los curtidos para el vestido, el hilado, el arte de tejer y coser, los tintes, la confección y el bordado de alfombras, la acuñación de dinero, el grabado de sellos, el pulido de piedras preciosas, la fabri-

[1] Véase los estudios de Goguet sobre el origen de las leyes, artes y ciencias, Lemgo, 1760, y aún más GATTERER, *Breves nociones de la Historia Universal*, parte I, Göttingen, 1785.

cación del vidrio, la pesca del coral, la minería y metalurgia, diversas obras de bellas artes ejecutadas en metal y modelado, dibujos y moldes, la escultura y arquitectura, la música y la danza, el arte poético y de la escritura, el comercio con pesos y medidas, la navegación costera, los comienzos de las ciencias de la astrología, cronología y geografía, la medicina y el arte de la guerra, la aritmética, geometría y mecánica, y en cuanto a instituciones políticas: la legislación, los tribunales, el culto divino, los contratos, las penas y multitud de costumbres morales; todo esto lo encontramos tan pronto en los pueblos del Cercano Oriente que deberían tener toda la cultura de esta región por restos de una cultura prehistórica aunque ninguna tradición nos lo enseñara. Sólo los pueblos que recorrían errantes el remoto centro del Asia se hicieron bárbaros y salvajes, por lo cual fué menester que por diversos caminos les llegara tarde o temprano una segunda cultura.

I

BABILONIA, ASIRIA, CALDEA

Situadas en la gran vía de los pueblos nómadas del Cercano Oriente, las fértiles y bellas riberas del Éufrates y del Tigris no podían menos que atraer pronto grandes multitudes de hordas que apacentaban su ganado; y puesto que forman un pequeño Edén en medio de montañas y desiertos, las hordas se quedaban gustosas allí. Hay que admitir que la región ha perdido mucho de su encanto porque quedó despojada de casi toda cultura y expuesta hace siglos al saqueo de hordas errantes; pero se han conservado algunas partes que corroboran todavía el testimonio universal de los escritores antiguos que se hacen lenguas de su belleza colmándola de elogios[1]. Ésta, pues, fué la patria de las primeras monarquías de la historia universal y al mismo tiempo uno de los primeros talleres de las artes y oficios.

Nada más natural en esta vida inquieta de los nómadas sino que se le ocurriera a algún jeque ambicioso apropiarse de las hermosas riberas del Éufrates y mantener unidas bajo su mando a varias hordas para su defensa. La fuente hebrea llama Nemrod a este jeque, el cual habría constituído su reino con las ciudades de Babilonia, Edesa, Nesibín y Ctesifón. Junto a él coloca a otro Imperio, el de Asiria, con las ciudades de Resán, Nínive, Adiabene y

[1] BÜSCHING, *Erdbeschreibung*, t. 5, secc. I.

Kalach. La situación de estos reinos juntamente con su naturaleza y origen anuda toda la madeja del destino que luego se había de desarrollar hasta su ocaso; porque fundados ambos por tribus distintas que se hallaban demasiado cercanas entre sí, ¿qué otra cosa cabía de acuerdo con el espíritu de esas hordas nómadas de esta parte del mundo, sino que se hiciesen la guerra cayendo alternativamente bajo el dominio del adversario hasta que finalmente se dividieron y dispersaron de una u otra manera bajo la presión de los pueblos montañeses del norte? Ésta es, en breves palabras, la historia de los reinos del Éufrates y Tigris que acaecida en tiempos tan remotos y relatada de manera incompleta y por boca de varios pueblos, no puede menos que presentársenos entreverada. Pero en lo que están de acuerdo los anales y las fábulas es en el origen, espíritu y constitución de estos Imperios. De pequeños comienzos de pueblos nómadas habían nacido y nunca perdieron el carácter de hordas invasoras. Hasta el despotismo que entre ellos se estableció y la habilidad en diversas artes, que hizo célebre sobre todo a Babilonia, corresponden plenamente a la mentalidad regional y carácter nacional de los habitantes.

¿Qué fueron, a la postre, esas primeras ciudades que fundaron aquellos fabulosos monarcas del mundo?, hordas numerosas y bien constituídas; el campamento fijo de una tribu que disfrutaba de la fertilidad de la región y hacía incursiones en otras con fines de robo y saqueo. De ahí la enorme extensión de Babilonia poco después de su fundación de ambos lados del río; de ahí también sus muros y torres gigantescos. Las murallas eran vallas altas y gruesas de barro cocido destinadas a proteger un extenso campamento de nómadas; las torres eran atalayas; toda la ciudad, según la expresión de Aristóteles, con sus jardines entremezclados, parecía un Peloponeso. La región suministraba abundante material para este tipo de construcción, a saber, la arcilla utilizable para la fabricación de ladrillos y el betún que hacía de argamasa. De esta manera, la naturaleza facilitaba al hombre su obra y, una vez construídas las instalaciones al estilo nómada, nada costaba enriquecerlas y embellecerlas del mismo modo, a saber, cuando la horda salía a una de sus incursiones con fines de robo.

¿Y qué otra cosa son las famosas conquistas de un Nino y una Semíramis y otros, sino los mismos recorridos a que se dedican los árabes, curdos y turcomanos hasta el día de hoy? Hasta por su índole racial eran los asirios montañeses nómadas, de quienes la posteridad no conserva otra característica que la de sus conquistas y saqueos. Desde los tiempos más remotos se nombra a los árabes particularmente como milicia al servicio de estos conquistadores del mundo, y bien se conoce el invariable estilo de vida de este pueblo que durará mientras haya un desierto árabe. Más tarde hacen su

entrada en escena los caldeos, por su origen curdos salteadores[1]. No se distinguieron en la historia universal más que por sus devastaciones. Hasta el nombre que les dió la ciencia parece que fué un sobrenombre honorífico a causa de la conquista de Babilonia. Por lo tanto, la hermosa región lindante con estos dos ríos puede considerarse en tiempos antiguos y modernos como punto de reunión de pueblos nómadas dedicados al pillaje, que juntaron en plazas fuertes el botín hasta que se rindieron a los halagos del clima caluroso y voluptuoso y, vencidos por la opulencia, fueron presa de otros, más rapaces que ellos.

También las célebres obras de arte de una Semíramis y de un Nabucodonosor no dicen otra cosa. Las primeras incursiones de los asirios se dirigían hacia el Egipto, por lo cual es probable que el arte de esta pacífica y culta nación sirviera de primer modelo para el embellecimiento de Babilonia. La famosa estatua colosal de Belo, los retratos sobre los muros de ladrillo de la gran ciudad son de estilo netamente egipcio; y si la fabulosa reina fué al monte Bagisthán para dejar impresa su imagen en la loma, fué, sin duda, a imitación del Egipto. Se vió obligada a este viaje ya que el país sureño no le brindaba rocas graníticas para monumentos perennes como el Egipto. Tampoco Nabucodonosor produjo otra cosa que estatuas colosales, palacios de ladrillo y pensiles. Se trataba de superar por las dimensiones lo que no sabía hacerse con arte o no podía tenerse en material, dándose vistosidad a los monumentos con risueños jardines al estilo babilónico para suplir lo que les faltaba de auténtico valor. Por esto no creo tan lamentable la desaparición de estas enormes masas de arcilla, pues no es probable que con ellas se hayan perdido importantes obras de arte. Lo que sí desearía es que se escudriñaran las ruinas en busca de tablas de escritura caldea, las cuales, según testimonios de varios viajeros, no tardarían en aparecer.

Lo propio de la región no fué el arte egipcio, sino habilidades nómadas, y más tarde, comerciales, tal como el plan primitivo de la naturaleza lo indicaba. El Éufrates se salía periódicamente de madre y se hacía necesario derivarlo en canales para que una mayor extensión de tierras fuesen fertilizadas; de ahí el invento de las bombas de agua y de la noria, que no habían aprendido de los egipcios. La región circunvecina de estos ríos, poblada y fértil en otros tiempos, quedó desierta por falta de manos laboriosas. De la ganadería a la agricultura había aquí un solo paso, ya que la misma naturaleza

[1] Sobre los caldeos, SCHLÖTZER, *Repertorium für die morgenländische Literatur*, t. 8, p. 113, etc.

[2] Della Valle sobre las ruinas de Ardsche y Niebhur; sobre los montones de ruinas de Halle, etc.

invitaba al habitante a que se decidiera a establecerse allí definitivamente. Los deliciosos frutos que producían los huertos y campos ribereños que brotan de la tierra con enorme vigor espontáneo y recompensan con creces el poco trabajo que requiere su cultivo, convertían casi insensiblemente al pastor en labrador y hortelano. Un bosque de florecientes dátiles le suministraba la madera para su vivienda en lugar de tiendas inestables, a la vez que le brindaba el alimento de sus frutos; la arcilla de fácil cocimiento completaba la construcción, de manera que el morador de tiendas, antes de darse cuenta, se vió convertido en propietario de una vivienda mejor aunque menos transportable. La misma tierra le proveía de vasijas y con ellas de mil comodidades de la vida doméstica. Aprendió a cocer el pan, preparar los alimentos hasta que, impulsado por el comercio, se llegaron a celebrar los opulentos convites y fiestas que hicieron la fama de Babilonia desde tiempos muy antiguos. Así como se fabricaban pequeños ídolos de arcilla, los terafim, así se aprendió pronto a modelar y cocer estatuas colosales, de cuyos modelos poco costaba pasar a la fundición de metales. Grabando dibujos o signos escriturísticos en la blanda arcilla, que luego al cocerla se solidificaba, del mismo modo se aprendió insensiblemente a conservar estos conocimientos para la posteridad en ladrillos cocidos, dando comienzo al progreso que construía sobre experiencias pasadas. Hasta la astronomía fué un invento afortunado de los nómadas de la región. El pastor, apacentando sus ovejas, estaba sentado en las verdecientes praderas y observaba sosegadamente la salida y el ocaso de los rutilantes astros en el horizonte infinito y apacible. Dábales a cada uno su nombre como a sus ovejas y se grababa en la memoria la trayectoria de cada uno. Continuábanse estas observaciones en las azoteas de las casas babilónicas, donde después del bochorno del día se gozaba de una brisa refrescante, hasta que finalmente una academia fundada para ello se hizo cargo de esta ciencia interesante y al mismo tiempo indispensable, llevando los anales astronómicos por largo tiempo. Fué así como la misma naturaleza estimulaba al hombre al progreso en conocimientos y ciencias, siendo también estos sus dones productos tan locales como los que más. Al pie del Cáucaso entregó a los hombres los yacimientos petrolíferos, razón por la cual la fábula de Prometeo se originó, sin duda, en esta región. En los amenos bosques de dátiles junto al Éufrates educó con suave poder a los pastores errantes para convertirlos en laboriosos pobladores de aldeas y ciudades.

Una serie de otras artes y oficios se originaron por el hecho de que Babilonia fuera desde los tiempos más remotos un emporio del comercio entre Oriente y Occidente, como siempre será... En la Persia meridional no se formó ningún Imperio famoso porque no hay ningún río que desemboque en el mar; pero junto al Indo y al Gan-

ges, a orillas del Éufrates y del Tigris ¡qué bullicio de vida desbordante! Cerca de aquí estaba el Golfo Pérsico, desde donde ya en tiempos antiguos un arsenal de mercancías de la India contribuyó a enriquecer también Babilonia haciendo de ella un centro próspero del comercio. *Conocido* es el esplendor desplegado por Babilonia en lienzos, alfombras y bordados; la riqueza fué madre de la opulencia, la cual juntamente con la laboriosidad acercó a los dos pueblos en mayor medida que en otras partes del Asia, a lo cual contribuyó no en último lugar el gobierno de algunas reinas. En una palabra, la cultura de este pueblo se basaba tan totalmente en su situación geográfica y su estilo de vida que habría sido milagro que en semejante coyuntura no se hubiera producido algo notable en esta parte del mundo. La naturaleza tiene sus lugares privilegiados en esta tierra, donde riberas y costas bienhechoras estimulan y recompensan la labor del hombre. Así como el *Egipto* nació al amparo del Nilo y el Ganges creó a la India, así florecieron aquí Nínive y Babilonia, y en tiempos posteriores Seleucia y Palmira. Si Alejandro hubiera visto cumplido su deseo de gobernar el mundo desde Babilonia ¡qué distinto hubiera sido, durante largos siglos, el aspecto de esta región encantadora!

También a los caracteres escriturísticos contribuyeron los asirios y babilonios con su aportación; privilegio éste que las tribus nómadas del Cercano Oriente contaron entre sus glorias desde tiempos inmemoriales. Prescindo de la cuestión de cuál sea el pueblo al que debemos definitivamente este invento maravilloso [1], baste decir que todas las tribus arameas se atribuyen este precioso don de la antigüedad y detestan con una especie de fanatismo religioso los jeroglíficos. No me puedo persuadir, por lo tanto, de que los babilonios hubiesen empleado jeroglíficos; sus adivinos interpretaban el curso de los astros, los sucesos, los hechos casuales, los sueños, los trazos de escritura con un significado oculto, pero no los jeroglíficos. Aun el anuncio del destino que apareció a aquel Baltasar en plena orgía [2] estaba escrito en palabras silábicas cuyos trazos le parecieron entreverados por la manera oriental de escribir, pero no eran jeroglíficos. Hasta las pinturas con que Semíramis adornaba los muros y las letras asirias que hizo esculpir en la roca como inscripción para su retrato, confirman desde los tiempos más antiguos que no estaban en uso los jeroglíficos entre estos pueblos. Sólo así fué posible que los babilonios tuviesen desde épocas tan remotas contratos escritos, anales del Imperio y una serie continuada de observaciones astronómicas, y sólo gracias a la escritura entraron en la historia los pueblos cultos. Lamentablemente, ni sus registros astronómicos ni otro escrito alguno han llegado hasta nosotros, aunque los primeros fueron enviados a

[1] Trataremos de este punto en otro lugar.
[2] *Daniel*, 5, 5 y 25.

Aristóteles para su estudio; pero el mero hecho de haberlos poseído es una gloria para este pueblo.

Por lo demás, al hablar de la sabiduría de los caldeos, no hay que pensar en lo que nosotros entendemos por sabiduría. Las ciencias que poseía Babilonia estaban confiadas a un gremio exclusivo y docto, el cual entre los tiempos de la decadencia de la nación buscó refugio en el fraude más despreciable. El nombre de caldeos lo adoptaron desde los tiempos en que los caldeos dominaron sobre Babilonia; puesto que desde Belo el gremio de los sabios era una orden del Estado y una fundación de los gobernantes, parece que adularon a sus dominadores dándose el nombre de la nación de aquéllos. Eran filósofos de la corte y como tales se rebajaron a todos los repugnantes embustes y patrañas de una filosofía palaciega. Probablemente, durante esa época contribuyeron al progreso de su ciencia antigua tan poco como el tribunal de China al aumento de la suya.

Afortunada y desgraciada a la vez fué esta hermosa región, cercana a las montañas por donde bajaban en tropel tantos pueblos salvajes. El Imperio Asirio y Babilónico fué conquistado por los caldeos y los medos, y éstos fueron sometidos por los persas hasta que, al fin, todo quedó convertido en un desierto subyugado, trasladándose la sede del gobierno hacia el norte. Ni en cuanto a la guerra, pues, ni por lo que a la Constitución política se refiere, hay para nosotros mucho que aprender de estos reinos. Sus ataques eran salvajes, sus conquistas nada más que incursiones, su Constitución política esos miserables gobiernos de sátrapas que siempre estuvieron a la orden del día en esta parte del Oriente. De ahí la inestabilidad de estas monarquías, de ahí las frecuentes rebeliones y la destrucción de todo el edificio por conquista de una ciudad o por una o dos victorias decisivas. Arbaces intentó ya después de la primera caída del Imperio, erigir una especie de aristocracia de sátrapas federados, mas no lo consiguió como, en general, ninguna de las tribus medas y arameas conocía otra clase de régimen que el despótico. La vida nómada fué siempre su punto de partida; concebían al rey como pater familias y jeque, y tan pronto como dejaron de vivir en tribus aisladas e independientes, no hubo lugar para la libertad política ni un gobierno en común de varios hombres.

Así como es uno el sol que ilumina el cielo, así también, pensaban, debía ser uno solo el que reinara en la tierra, el cual no tardó en revestirse de todo el esplendor del sol y hasta de los fulgores de una deidad terrena. Todo emanaba de su merced, de su persona dependían todas las cosas; con él vivía el Estado y con él sucumbía las más veces. La corte del príncipe era un harem: no había allí más que oro y plata, siervos y criadas, países que poseía como campos de pastoreo y rebaños humanos que llevaba adonde quería cuando no

los sacrificaba. En suma, un gobierno bárbaro de nómadas, si bien produjo algunas pocas veces príncipes buenos que eran verdaderos pastores y padres del pueblo.

II

LOS MEDOS Y PERSAS

Los medos cobraron su fama histórica por sus hazañas guerreras y su opulencia; nunca se distinguieron por sus invenciones ni por mejoras en la Constitución política. Eran un pueblo montañés de valerosos jinetes que habitaba el norte de un país árido en su mayor parte. Como tales arrollaron el antiguo imperio asirio, cuyos sultanes se entregaban en su harem a un beatífico sueño. Pronto se desentendieron también del nuevo Imperio Asirio, pero no tardaron en caer bajo un severo gobierno monárquico, por obra del hábil Dejoces, cuyo esplendor y opulencia acabaron por superar al mismo Imperio Persa. Finalmente, bajo el dominio del gran Ciro, fueron unidos con la avalancha de pueblos sobre cuyos hombros se erigía el trono que hizo de los monarcas persas dueños del mundo.

Si hay algún príncipe alrededor de cuya figura la historia se convierte en poesía, este príncipe es Ciro, el fundador del Imperio Persa, tanto si la historia de este mimado de los dioses se lee en fuentes hebreas o persas, como si en Herodoto o en Jenofonte. Es indudable que este último autor, historiador excelente, recibió ya de su maestro la idea de escribir la *Ciropedia* y que recogió luego, durante las campañas en el Asia informaciones auténticas sobre Ciro, las cuales, empero, muerto el héroe desde mucho tiempo atrás no pudieron hablar de él sino a la manera asiática, a saber, con los elogios ditirámbicos que solemos encontrar en todas las descripciones que estos pueblos hacen de sus reyes y héroes. En consecuencia, Jenofonte fué respecto de Ciro lo mismo que Homero respecto de Aquiles y Ulises, sobre los cuales el poeta contaba también con noticias verídicas. De todos modos, para nosotros es indiferente cuál de los dos haga gala de mayor veracidad; basta saber que Ciro conquistó el Asia y fundó un Imperio que se extendía desde el Indo hasta el Mediterráneo. Si Jenofonte dijo la verdad al describir las costumbres de los antiguos persas conforme a las cuales Ciro fué educado, los alemanes tenemos motivos de congratularnos de nuestro probable parentesco racial con este pueblo y de hacer votos por que todos nuestros príncipes se aboquen a la lectura de la *Ciropedia*.

Tú, empero, magnánimo Ciro, si mi voz pudiera alcanzar tus

oídos en tu mausoleo de Pasagarda, preguntaría a tus huesos por qué te hiciste tamaño conquistador. ¿Habías pensado bien, en medio del entusiasmo juvenil de la serie interminable de tus victorias, para qué servirán a ti y a tus descendientes los innumerables pueblos, los incontables países a los que impusiste tu yugo? ¿Acaso tu espíritu podía estar presente en todos ellos y seguir ejerciendo su influjo sobre todas las generaciones venideras? Y si no ¡qué pesada carga impusiste a tus sucesores que tenían que llevar una púrpura compuesta de tantas telas heterogéneas! Sus partes vuelven a descomponerse, o acaban por ahogar bajo su peso al que quiso adornarse con ellas. Ésta fué, en efecto, la historia de Persia bajo los sucesores de Ciro. Su espíritu conquistador les había fijado un fin tan alto que persistieron en ampliar los límites del Imperio cuando esto ya no era posible. De esta manera acabaron por devastar y chocar con todos sus vecinos hasta que, por fin, el pundonor de un enemigo ofendido les deparó su triste fin. Apenas dos siglos duró el Imperio Persa y uno se admira de que haya durado tanto, porque sus raíces eran tan débiles y sus ramas, en cambio, tan grandes, que forzosamente tuvo que derrumbarse el árbol.

Si alguna vez el sentido humanitario se hace lugar entre los hombres, lo primero que habrá que aprender de la historia de los persas es renunciar a la locura de un desenfrenado espíritu conquistador, que en pocas generaciones acaba por perderse a sí mismo. Conduce a los hombres como si fueran rebaños, los agrega unos a otros cual materia inerte y se olvida de que en ellos habita un espíritu vivo y que tal vez la última piedra que iba a coronar el edificio se desprenderá para aplastarlo. El reino de un pueblo es una familia, una casa bien ordenada; descansa en sus propios cimientos porque la misma naturaleza fué quien lo fundó, y vive y muere sólo al compás de los tiempos. Un Imperio juntado a punta de lanza, que abarca cien pueblos y ciento veinte provincias, no es un Estado sino un monstruo.

Tal fué la monarquía persa desde un principio; pero después de Ciro se manifestó esto con mayor evidencia. Su hijo, tan desemejante a él, quiso hacer conquistas más grandes que el padre; como un demente se abalanzó sobre el Egipto y Etiopía de manera que apenas el hambre que tuvo que afrontar en el desierto le hizo retroceder. ¿Qué utilidad le proporcionó esto a él y su Imperio? ¿Qué provecho tuvieron de él los países conquistados? Devastó el Egipto, destruyó los magníficos templos de Tebas y sus monumentos del arte. ¡Destrucción absurda! Generaciones asesinadas se sustituyen con nuevas generaciones, pero esas obras no se reemplazan con nada. Todavía ahora yacen sus ruinas inexploradas y casi incomprendidas; todos los viajeros maldicen el delirio de aquel loco que nos robó estos tesoros de la Antigüedad sin causa ni sentido.

Apenas Cambises había sido castigado por su propio furor, hasta un hombre más prudente como Darío tomó el hilo de la historia donde aquél lo había dejado. Hizo la guerra a los escitas y a la India, saqueó la Tracia y la Macedonia; y con todo esto no consiguió más que depositar en Macedonia la chispa que hecha un fuego devorador habría de achicharrar a uno de los últimos reyes que llevaba su nombre. Infortunado fué en su guerra contra los griegos, y más desgraciado aún su sucesor Jerjes. Si se lee hoy el relato de estas incursiones despóticas, la lista de naves y pueblos enteros que todo el Imperio Persa tuvo que entregar como tributo a la locura del conquistador, si se considera la carnicería ordenada a raíz de cada rebelión de los países injustamente subyugados en el Éufrates, el Nilo, el Indo, el Araxes y el Halís, sólo para que permaneciese persa lo que alguna vez fué declarado persa, no se derramarán lágrimas histéricas como Jerjes al pasar revista de las ovejas inocentes que llevaba al matadero, sino lágrimas de sangre y de indignación porque un Imperio tan absurdo y enemigo de los pueblos pueda gloriarse del excelso nombre de Ciro. ¿Acaso alguno de esos devastadores persas supo fundar reinos, ciudades y monumentos como los que destruyó o trató de destruir, acaso fueron capaces de fundar una Babilonia, Tebas, Sidón, Grecia o Atenas?

Es una ley dura pero benéfica del destino que, como todo mal, también la prepotencia se devore a sí misma. La decadencia de Persia se inició con la muerte de Ciro, y si bien, especialmente gracias a las medidas tomadas por Darío, pudo mantener su esplendor a los ojos del mundo por un siglo más, ya corroía sus intestinos el gusano que corroe todo Imperio despótico. Ciro dividió su reinado en gobernaciones que mantuvo todavía a raya apoyado en su autoridad, estableciendo rápidas comunicaciones con todas las provincias y ejerciendo una estricta vigilancia. Darío organizó el Imperio, o al menos su corte, con mayor cuidado aún, y desempeñó su alto cargo como monarca justo y activo. Pero al poco tiempo los grandes reyes que vinieron a ocupar el trono despótico, eran tiranos afeminados; el mismo Jerjes, en su vergonzosa huída de Grecia y cuando hubiera debido pensar en cosas bien distintas, apenas hubo llegado hasta Sardes cuando ya estaba mezclado en un amorío depravado. Los más de sus sucesores siguieron sus huellas en este punto, y pronto eran el soborno, las rebeliones, la traición, los asesinatos alevosos y guerras desafortunadas, etc., casi lo único notable que la historia posterior de Persia tiene que ofrecer. El espíritu de los nobles estaba corrompido y los plebeyos no tardaron en corromperse a la par de sus amos; al final, ningún regente estaba seguro de su vida; el trono se tambaleaba también bajo los príncipes decentes, hasta que Alejandro prorrumpió en el Asia dando en pocas batallas horrible fin al Imperio, que ya no tenía ninguna consistencia interna. Por desgracia cayó

este destino en un rey que merecía mejor suerte; inocente expió los pecados de sus antecesores pereciendo por vergonzosa traición. Si hay alguna historia del mundo que nos advierta con letras mayúsculas que la arbitrariedad se destruye a sí misma, que un poder sin límites y casi sin ley significa la más temible debilidad, y que todo gobierno complaciente de sátrapas se convierte tanto para el regente como para el pueblo en el peor de los venenos, es la historia del Imperio Persa.

En consecuencia, este reino no ha ejercido influjo benéfico sobre otra nación alguna porque en vez de edificar destruía. Obligaba a las provincias a rendir tributos vergonzosos, una para el cinto de la reina, otro para el adorno de su tocado o un collar; pero no las aglutinaba mediante mejoras en la legislación y las instituciones. Todo el esplendor, toda la pompa y temor de los dioses que desplegaron estos monarcas, ha pasado; sus sátrapas como sus favoritos son ahora polvo como ellos mismos, y el oro del que despojaron a sus poseedores legítimos tal vez yazga junto a ellos en la tierra. Hasta su historia se ha convertido en fábula, una fábula que los orientales y griegos prefieren no mencionar. También los antiguos idiomas persas han muerto y las únicas reliquias de su grandeza, las ruinas de Persépolis, junto con sus bellos trazos escriturísticos y sus imágenes colosales no han sido descifrados todavía. El destino tomó venganza de estos sultanes; han sido borrados de la tierra como por el mortífero viento simún, y donde sobrevive su memoria, como por ejemplo entre los griegos, allí vive para su deshonra, cual caricatura de su extinta grandeza.

Lo único que nos habría quedado de los monumentos espirituales de los persas serían los libros de Zoroastro si su autenticidad estuviera demostrada[1]. Pero su contenido no concuerda con muchos otros testimonios sobre la religión de este pueblo, y además tienen tan evidentes señales de influencias brahmanes posteriores lo mismo que cristianas, que sólo se pueden reconocer como auténticas las líneas fundamentales del cuerpo doctrinario; pero éstas se adaptan entonces fácilmente al conjunto nacional. Los antiguos persas, como todos los pueblos salvajes y particularmente los montañeses, veneraban los elementos vivos del mundo. Mas como este pueblo no permaneció en su incultura sino que ascendió por sus victorias hasta la más alta cumbre de la opulencia, la mentalidad asiática pedía ya un sistema mejor ideado o un ceremonial religioso; lo recibió finalmente de manos de su Zoroastro o Zerduscht, al que prestaba su apoyo el rey Darío Histaspes. El sistema se basa evidentemente en la Constitución persa; así como había siete príncipes alrededor del trono a manera de ministros, así hay aquí delante de Dios siete espíritus que ejecutan sus órdenes

[1] *Zend-Avesta, ouvrage de Zoroastre,* p. Anquetil du Perron, Par., 1771.

en todos los mundos. Ormuzd, el ser bueno, príncipe de la luz tiene que luchar incensantemente con Arimán, príncipe de las tinieblas, y en esta batalla le ayudan todos los buenos. La mentalidad netamente política que informa estos conceptos se hace del todo evidente en las personificaciones de los enemigos de Persia que aparecen en todo el Zend-Avesta como servidores de Arimán y espíritus del mal. También todos los mandamientos morales de esta religión son políticos; se refieren a la limpieza de cuerpo y mente, la concordia en la familia y la ayuda mutua; recomiendan el cultivo de las tierras y la plantación de árboles frutales así como la exterminación de las sabandijas que también son presentadas como un ejército de demonios encarnados; se promueve el interés por el bienestar material, el matrimonio temprano y la fecundidad, la educación de los hijos, la veneración del rey y sus ministros, el amor al Estado, y todo esto a la manera persa. En una palabra, el fondo del sistema se manifiesta por sí mismo a modo de religión política como en tiempos de Darío no pudo inventarse ni introducirse sino en el Imperio Persa. Necesariamente, las antiguas concepciones y creencias de la tribu, inclusive sus supersticiones, hubieron de integrarla también. De ahí el culto del fuego que seguramente ya era tradicional en los yacimientos petrolíferos del Mar Caspio, si bien los templos del Fuego al estilo de Zoroastro son en muchas regiones de fecha posterior. De ahí también más de un uso supersticioso referente a la purificación del cuerpo y el pánico temor a los demonios que da el tono a casi todos los objetivos materiales de las oraciones, votos y consagraciones de los persas. Todo esto evidencia cuán baja era todavía entonces la cultura espiritual del pueblo para el cual fué inventada esta religión; y esto a su vez confirma el concepto que nos hemos formado de los antiguos persas. La reducida parte del sistema dedicada a la cosmología está tomada totalmente de la doctrina de los magos que trata de purificar y elevar a su manera. Somete a los dos principios de la creación, la luz y las tinieblas, a un ser superior e infinito que denomina el tiempo ilimitado, y hace que el mal sea siempre vencido por el bien y finalmente aniquilado, de manera que todo acaba en un reino bienaventurado de la luz. Considerada así, la religión política de Zoroastro viene a ser una especie de teodicea filosófica, tal como pudieron producirla su época y las concepciones en boga.

Este origen explica también por qué esta religión no pudo nunca alcanzar la consistencia de una institución de brahmanes o lamas. El Imperio despótico se había constituído mucho antes y sin ella, y, en consecuencia, fué o al menos llegó a ser una especie de religión monjil que acomodaba su doctrina a la Constitución vigente. Por más que Darío suprimiese a la fuerza a los magos que formaban una verdadera clase social de Persia, introduciendo, en cambio, gustoso esta religión que imponía al rey solamente obligaciones espirituales,

no podía ésta pasar de ser una secta, bien que la secta dominante por un siglo. Es así como se difundió ampliamente el culto del fuego, en dirección a Occidente a través de Media hasta Capadocia, y hacia Oriente hasta el Indo. Aniquilado el Imperio Persa, corroído por dentro y barrido por la espada de Alejandro, también le había llegado la hora a esta su religión del Estado. Ya no sirvieron para nada sus siete Amshaspandes y ninguna imagen de Ormuzd presidía el trono de Persia. Había sobrevivido su época convertida en una sombra como la religión israelita fuera de su país. Los griegos la toleraban, los mahometanos la persiguieron con saña sin par, y así, sus pobres restos se refugiaron en un rincón de la India, donde, cual ruina de un mundo fenecido, continúa sin motivo ni finalidad sus viejas creencias y supersticiones destinadas solamente a la monarquía persa y enriqueciendo, acaso sin darse cuenta, su caudal con concepciones de los pueblos entre los cuales la arrojó el destino. Un acrecentamiento de esta índole es cosa natural y obra de los tiempos, porque toda religión arrancada de su tierra y esfera de origen tiene que recibir el influjo del mundo en que vive. Por lo demás, la colectividad persa que vive en la India es un pequeño pueblo tranquilo, concorde y laborioso que, también considerado como entidad social, aventaja a más de una religión, porque socorre a sus pobres y destierra de su seno a todo miembro incorregible de malas costumbres [1].

III

LOS HEBREOS

Minúsculos parecen los hebreos al considerarlos a continuación de los persas; pequeño fué su país e insignificante el papel que les tocó desempeñar en el teatro mundial donde casi nunca hicieron de conquistadores. Mas fué designio del destino que por una serie de circunstancias cuyas causas son de fácil análisis, ejercieran sobre los otros pueblos un influjo más profundo que ninguna otra nación del Asia. En cierto modo llegaron a ser, tanto por el cristianismo como por el Islam, el fundamento más importante de las luces.

Por de pronto, ya se distinguen los hebreos por el hecho de que poseen sus crónicas escritas desde épocas en que la mayor parte de las naciones hoy cultas no conocían todavía el arte de la escritura, de manera que no se pueden atrever a llevar su historia hasta los orígenes del mundo. Otra ventaja es que estas crónicas no se basan

[1] NIEBUHR, *Reisebeschneibung*, pág. 48, etc.

en jeroglíficos con la consiguiente mistificación, sino sólo en registros genealógicos entremezclados con leyendas históricas o cantares de gesta, género literario sencillo que contribuye a acrecentar su valor histórico. Finalmente, estas narraciones adquieren un peso especial por el hecho de que consideradas privilegio de origen divino para la nación, se conservaron con una meticulosidad casi supersticiosa, llegando por fin, mediante el cristianismo a manos de otros pueblos que, armados de mayor libertad de espíritu que los judíos, las analizaron, refutaron, explicaron y aprovecharon. Naturalmente da que pensar el hecho de que los testimonios de otras naciones, en particular de Manetón el egipcio, difieran tanto de la propia historia hebrea; pero considerándola con imparcialidad y sabiendo además interpretar su espíritu, no cabe duda de que merece más fe que las columnas despreciativas de unos antisemitas extranjeros. No tengo, pues, reparos en usar como fundamento la historia de los hebreos tal como ellos la cuentan, pero con la salvedad de que las leyendas de sus adversarios no deben solamente despreciarse sino también aprovecharse en la conveniente medida.

Según las más antiguas tradiciones nacionales de los hebreos, el primero de sus patriarcas cruzó el Éufrates en calidad de jeque de una caravana de nómadas para llegar finalmente a Palestina. El país le gustó porque le brindaba espacio en abundancia para continuar el modo de vida de sus antepasados pastores y servir al dios de sus mayores de acuerdo con las tradiciones de su raza. Gracias a la suerte extraordinaria de uno de sus descendientes, la tercera generación emigró al Egipto continuando allí su sistema de vida de pastores sin mezclarse con la población del lugar hasta que, no se sabe con precisión en qué generación, su futuro legislador los libró de la opresión y del desprecio de aquel pueblo que en su calidad de pastores se habían atraído, salvándolos al conducirlos a la Arabia. Aquí este gran hombre, el grande de cuantos produjo el pueblo hebreo, llevó a cabo su obra dándoles una Constitución que, basada en la religión y sistema de vida de su raza, estaba sin embargo tan enriquecida de la sabiduría política egipcia que por una parte elevó al pueblo del nivel de horda de nómadas al de nación culta, y por otra parte lo apartó tan completamente de la esfera egipcia que nunca más se sintiera tentado de pisar la tierra negra de este país. Todas las leyes de Moisés están admirablemente concebidas y calculadas; abarcan desde lo más grande hasta lo más pequeño para informar el espíritu de la nación en todas la peripecias de la vida y llegar a ser, como tantas veces insiste Moisés, una ley eterna. Esta legislación tan meditada no fué obra del momento; el legislador le iba agregando lo que requerían las circunstancias y antes de morir hizo jurar a toda la nación su futura Constitución. Durante cuarenta años vigiló con severidad el estricto cumplimiento de la ley, y no es im-

posible que el pueblo tuviese que permanecer tanto tiempo en el desierto árabe hasta que, muerta ya la primera generación de dura cerviz, un pueblo totalmente educado en estas costumbres supiese instalarse conforme a ellas en el país de sus mayores. Pero desgraciadamente no se realizó esta aspiración del gran patriota. Cargado de años murió Moisés en la frontera del país que había venido buscando y cuando su sucesor penetró en él, le faltó autoridad y empuje para llevar a cabo en un todo el proyecto del legislador. No se prosiguió la conquista hasta donde debía llevársela; se dividieron los laureles y descansaron sobre ellos antes de tiempo. Las tribus más poderosas se arrebataron primero la mejor parte del país, de suerte que sus hermanos menores apenas encontraron dónde establecerse y hasta una tribu tuvo que dividirse [1]. Además, muchas pequeñas naciones se quedaron en el país conservando Israel en su seno a los que eran sus enemigos jurados, y en consecuencia le faltaba al país, por dentro y por fuera, la estabilidad que sólo sus límites naturales le podían garantizar. ¿Qué otra cosa podía resultar de comienzos tan incompletos sino esos períodos de años inciertos que no dieron tregua al pueblo invasor? Los estrategas improvisados, nacidos del apremio, no pasaron de ser caudillos de incursiones victoriosas, y cuando, finalmente, se instituyó la monarquía, el mismo país dividido en tribus dió tanto que hacer a los reyes que el tercero de ellos fué al mismo tiempo el último de un reino desarticulado. De seis partes cinco renegaron de su sucesor y ¿qué cabía esperar ahora de dos reinos tan debilitados que a los ojos de sus vecinos y poderosos enemigos se hacían la guerra sin cuartel? El reino monárquico de Israel no tenía Constitución propia y legalmente instituída, por lo cual rendía culto a dioses ajenos de origen local con tal de no coincidir con su rival que veneraba al antiguo dios legítimo de la nación. Naturalmente a este efecto se puso en circulación la versión de que en la parte contraria no reinaba un rey temeroso de Dios ya que de otra manera el pueblo hubiera emigrado a Jerusalén poniendo fin a la existencia del gobierno separatista. Así, pues, se siguió a los tumbos cayendo de una imitación de usos y costumbres foráneas en otra, a cuál más infeliz, hasta que, por fin, vino el rey de Asiria para engullir el pequeño reino que le venía como anillo al dedo. El otro reino que por lo menos se apoyaba en la antigua Constitución de dos reyes poderosos y en una capital fortificada, se mantuvo un tiempo más, pero solamente hasta que otro más fuerte se decidió a acometerlo. Así vino el flagelo de las naciones, Nabucodonosor, que primero hizo tributarios a los reyes débiles y luego, en castigo de su rebelión, redujo al último de ellos a la esclavitud. El país

[1] La tribu de Dan recibió un rincón al norte y a la izquierda del país (véase sobre esto el espíritu de la poesía hebraica, parte 2).

fué devastado, las fortificaciones de la capital desmanteladas y Judá fué conducida a una esclavitud tan vergonzosa en Babilonia como era la de Israel en Media. Por lo tanto, considerándolo como Estado, pocos pueblos podrán hacer en la historia una figura más desgraciada que éste, con la excepción de dos de sus reyes.

¿Cuál fué la causa? Creo que la continuación de nuestra narración la aclara por sí sola. Un país de constitución tan deficiente por dentro y por fuera no podía florecer en este lugar del mundo en ninguna forma. Si bien David llevó sus incursiones hasta el Éufrates obteniendo como único resultado excitar una potencia superior contra sus sucesores, ¿acaso pudo dar con esto a su país la consistencia que le faltaba, hallándose, además, la sede del gobierno en el extremo sur del reino? Su hijo introdujo, luego, mujeres extranjeras, comercio y opulencia en un país que como la federación suiza sólo puede alimentar a pastores y agricultores y, de hecho, los tenía que alimentar en número muy crecido. Además, como dejó el comercio en su mayor parte en manos de los edomitas sometidos, el lujo fué perjudicial para su reino. En toda la línea no se halló desde la muerte de Moisés otro legislador en este pueblo capaz de conducir el Estado desorganizado a una constitución en consonancia con los tiempos que corrían. La clase intelectual decayó pronto, los celadores de la ley tenían voz pero carecían de brazo ejecutivo, los reyes eran en su mayoría afeminados o títeres de los sacerdotes. En consecuencia, la fina nomocracia a que había aspirado Moisés y una especie de monarquía teocrática plagada de despotismo como estaba en boga entre todos los pueblos de la región, dos concepciones tan opuestas se disputaban el fuero político, por lo cual la ley de Moisés destinada a constituir políticamente una ley de la libertad, tuvo que degenerar en una ley de la esclavitud para el pueblo.

Con el correr de los tiempos las cosas cambiaron, pero no mejoraron. Libertados por Ciro de su cautiverio los judíos que volvieron en número escaso lo habían aprendido todo menos una verdadera concepción política. ¿Y de quién habían de aprenderla en Asiria y Caldea? Eligieron una mezcla híbrida entre monarquía y hierocracia, y edificaron un templo como si con ello pudieran volver a los tiempos de Moisés y Salomón; su religiosidad se había convertido en fariseísmo, su sabiduría en sofistería caviladora que se agotaba en la letra muerta, su patriotismo en un observantismo servil de la antigua ley mal entendida, de manera que sirvieron de mofa y hazmerreír a todas la naciones vecinas. Su único consuelo y su esperanza se fundaban en las antiguas profecías que, interpretadas no menos erróneamente, les vaticinaban el más glorioso dominio del mundo. Así vivieron y sufrieron durante siglos bajo el yugo de los griegos, sirios, idumeos y romanos hasta que, finalmente, a causa de una exasperación sin precedente en la historia, tanto el país como la ca-

pital sucumbieron de una manera tan horripilante que el mismo vencedor filantrópico no pudo menos que dolerse de ello. Ahora los judíos fueron dispersados por todas la provincias del Imperio Romano y justamente esta su dispersión señala el comienzo de un influjo sobre el género humano que cuesta imaginarse que jamás hubieran podido alcanzar desde los estrechos límites de su país, ya que nunca se distinguieron como un pueblo de sabiduría política ni diestro en el arte de la guerra, y mucho menos como productivos en las ciencias y artes en todo el transcurso de su historia.

Poco antes del ocaso del Estado judío había nacido en su seno el cristianismo, el cual al principio, lejos de separarse del judaísmo, incorporó sus libros sagrados y sobre todo confiaba en la misión divina de su Mesías. Por medio del cristianismo, pues, llegaron los libros de los judíos a manos de todas las naciones que abrazaron la fe cristiana, y por lo tanto influyeron para bien o para mal, según se los entendía y utilizaba, en todas las épocas cristianas. Su efecto ha sido benéfico por cuanto la ley de Moisés hace de la doctrina del único Dios creador del cielo y de la tierra el fundamento de toda filosofía y religión, hablando de este Dios en tantos cantares y enseñanzas con dignidad y elevación, con una reverencia y gratitud que pocas veces ha sido alcanzada en escrito humano alguno. No se compare ya estos libros con el Chou-king de los chinos o el Sadder y Zend-Avesta de los persas, sino póngaselo al lado del Corán, muy posterior, de los mahometanos, el cual se aprovechó de las enseñanzas de judíos y cristianos, y se verá que la prestancia de los escritos hebraicos entre todos los antiguos libros de religión es indiscutible. También halagaba a la curiosidad humana hallar en estos libros respuestas tan populares, inteligibles y comprensibles para cualquiera, sobre la creación y la edad del mundo, el origen del mal, etc., por no mencionar toda la historia del pueblo tan llena de enseñanzas y la moral de elevada pureza que se encuentra en varios libros de esta colección. En cuanto a la cronología de los judíos, sea cual fuere su valor, se poseía en ella una medida comúnmente aceptada y una guía a través de los acontecimientos de la historia; todo esto sin contar las ventajas inherentes al ejercicio lingüístico, arte de interpretación y dialéctica, los cuales hubiera convenido ejercitar también en otros escritos. Por todo este conjunto de factores tuvieron los escritos de los hebreos un efecto indiscutiblemente beneficioso en la historia de la humanidad.

Sin embargo, a nadie le escapa que juntamente con todas estas ventajas, la interpretación errónea y el abuso de estos escritos atrajo también múltiples perjuicios a la razón humana, tanto más cuanto que se presentaban revestidos de autoridad divina. ¡Cuántas cosmogonías estúpidas han sido estructuradas a base de la sencilla y solemne narración mosaica de la creación; cuántas teorías forzadas e

hipótesis infundadas se quisieron sacar de la manzana y la serpiente! Durante siglos enteros fueron los cuarenta días del diluvio el punto de partida para los naturalistas que creyeron obligatorio derivar de ahí todos los fenómenos y formaciones de la tierra, y durante períodos no menos prolongados ligaron los historiadores de la humanidad el origen de todos los pueblos de la tierra al pueblo de Dios y a la equivocada interpretación del sueño que un profeta tuvo de las cuatro monarquías. Más de un relato histórico ha sido adulterado para explicarlo conforme a una voz hebrea; todo el sistema de hombres, tierra y sol se violentó sólo para salvar el sol de Josué y la edad del mundo según la cronología bíblica que nunca tuvo la intención de determinar estos valores con precisión científica. Más de uno de los grandes de la humanidad, hasta un Newton, perdió, con la cronología hebrea y el Apocalipsis, un tiempo que mejor habría empleado en investigaciones más provechosas. Y hasta respecto de la doctrina moral y la constitución política, los escritos de los hebreos pusieron grillos y cadenas a la naciones que los adoptaron, a causa de su mala interpretación y peor aplicación. Al no distinguir los tiempos y los grados de la cultura, creían poseer un modelo en la intolerancia del espíritu religioso de los judíos, conforme al cual deberían proceder también los cristianos; se citaban pasajes del Antiguo Testamento para justificar la concepción contradictoria que del cristianismo voluntario y sólo moral quería hacer una religión del Estado al estilo judío. Igualmente es innegable que el ritual del templo y hasta la liturgia de los hebreos tuvieron influencia sobre el culto, la retórica sagrada, los cánticos y letanías de todas las naciones cristianas, convirtiendo su culto religioso a menudo en un idiotismo oriental. Se pretendía que la ley mosaica debía estar en vigencia en cualquier lugar de la tierra y en medio de constituciones nacionales completamente diferentes; de ahí que no haya una sola nación cristiana que hubiese construído su legislación y constitución política desde los cimientos por sí misma. Es así cómo aun el bien más selecto linda con el mal por culpa de un uso equivocado, como también los sagrados elementos de la naturaleza pueden obrar la destrucción y los medicamentos más eficientes convertirse en veneno mortífero.

El pueblo mismo de los judíos ha sido desde su dispersión útil o perjudicial con su presencia para las naciones de la tierra según el destino que se le asignara. En los primeros tiempos, los cristianos eran considerados judíos y despreciados o suprimidos en masa, ya que también los cristianos se hicieron acreedores a los reproches que se hacía a los judíos, como son el odio a los otros pueblos, el orgullo y la superstición. Más tarde, cuando los cristianos por su parte perseguían a los judíos, les dieron la oportunidad de apoderarse por su laboriosidad y dispersión de casi todo el comercio interior y, particularmente, del intercambio de oro; de ahí que las

naciones menos cultas de Europa se hicieron esclavas voluntarias de la usura de los judíos. Las operaciones con letras de cambio, si bien no son sus inventores, pronto las perfeccionaron por la sencilla razón de que su situación incierta en los países mahometanos y cristianos les hacía indispensable este instrumento. No cabe dudar, pues, que una república de usureros tan inteligentes apartó a varias naciones europeas de aprovechar el comercio por su propio trabajo, porque éstas se creían demasiado nobles para ejercer un oficio judío y aprender de los tesoreros del Sacro Imperio Romano esta industria ingeniosa y sutil, como los espartanos no habían querido aprender la agricultura de sus helotes. Si alguien escribiera la historia de los judíos en todos los países donde viven dispersos, ésta resultaría un monumento espectacular de la humanidad igualmente notable como fenómeno natural y político; porque ningún pueblo de la tierra se ha difundido como éste, y ninguno se ha conservado en todos los climas con sus características y su actividad como él.

Pero no se le ocurra a nadie sacar de ahí una conclusión supersticiosa acerca de una revolución que este pueblo tenga que desencadenar en tiempos venideros para todas las naciones del mundo. La revolución que le tocó producir, probablemente ya se haya producido y para otra más no se encuentran indicios ni en el pueblo mismo ni en la analogía de la historia. La supervivencia de los judíos se explica no menos naturalmente que la de los brahmanes, persas y gitanos.

Por lo demás, nadie querrá negar sus grandes cualidades a un pueblo que fué tan eficiente resorte en manos del destino y cuyas notables predisposiciones se muestran a todo lo largo de su historia. Ingenioso, astuto y laborioso, supo sostenerse aun bajo la extrema opresión de otros pueblos y en un desierto como el de Arabia por más de cuarenta años. Ni le faltó el valor en la guerra, como lo demuestran los tiempos de David y de los macabeos, pero sobre todo el fin terrible de su Estado. En su país era en otros tiempos un pueblo diligente y trabajador que como los japoneses sabía aprovechar sus montañas estériles por medio de riegos artificiales hasta la cumbre y alimentar increíble número de habitantes en un estrecho sector que distaba mucho de distinguirse por su fertilidad. Hay que conceder que la nación judía, por lo que al arte se refiere, a pesar de estar situada entre los egipcios y fenicios, nunca se hizo experta, como quiera que hasta para la construcción del templo de Salomón tuvo que emplear artesanos extranjeros. Asimismo, no obstante poseer durante un tiempo los puertos del Mar Rojo y estar tan cerca de las costas del Mediterráneo en una situación inmejorable para el comercio mundial y con una población excesiva para su país, nunca llegó a ser una potencia naval. Como los egipcios, temían el mar y siempre prefirieron habitar entre naciones extrañas, rasgo éste

típico para su carácter nacional y contra el cual luchó ya Moisés a brazo partido. En una palabra, es un pueblo que degeneró en su educación porque nunca alcanzó la madurez de una civilización política crecida en su propio suelo, por lo cual no evolucionó hasta un auténtico sentido del honor y de la libertad. En las ciencias a que se dedicaron sus hombres más dotados, siempre se distinguieron más bien por la fidelidad a los principios y el orden que no por una fecunda libertad del espíritu; por otra parte, las virtudes patrióticas no pudieron desarrollarse casi nunca a causa de las situaciones que atravesaban. El pueblo de Dios al que a su hora el mismo cielo donó una patria, hace miles de años, casi desde su origen es una planta parásita que vive sobre los troncos de otras naciones; un pueblo de astutos negociantes casi en toda la tierra, que a pesar de tanta opresión no aspira nunca al honor y a la propia morada y no conoce la nostalgia de la patria.

IV

FENICIA Y CARTAGO

De muy otra manera se hicieron beneméritos de la humanidad los fenicios. Inventaron uno de los instrumentos más nobles del mundo, el vidrio, y la historia cuenta su casual invención junto a las orillas del río Belo. Como vivían a orillas del mar, fueron navegantes desde tiempos inmemoriales; ya Semíramis hizo construir su flota por los fenicios. De embarcaciones pequeñas fueron pasando paulatinamente a barcos de gran eslora, aprendieron a navegar guiándose por las estrellas, especialmente por la constelación de la Osa, y siendo atacados, tuvieron que aprender al fin también la guerra naval. Sus naves surcaron todo el Mediterráneo hasta más hallá de Gibraltar y hasta la Gran Bretaña, y desde el Mar Rojo es probable que dieran la vuelta al África más de una vez. En todo esto no procedieron como conquistadores sino como comerciantes y colonizadores. Con el tráfico, el idioma y mercancías artísticas vincularon entre sí a países que estaban separados por los mares, e inventaron ingeniosamente todo cuanto pudiera servir a este fin. Aprendieron a hacer cálculos, a acuñar los metales y utilizarlos para la fabricación de diversas vasijas y juguetería. Inventaron la púrpura, elaboraron los finos lienzos de Sidón, buscaron en Gran Bretaña estaño y plomo, plata de España, de Prusia el ámbar, el oro de África y cambiaron todo esto contra mercancías del Asia. Su Imperio era, pues, todo el Mediterráneo, ocupadas sus costas aquí y allá por sus colonias y teniendo

en Tartesos, España, el célebre emporio de su comercio con tres Continentes. Por muchos o pocos que fuesen los conocimientos que transmitieron a los europeos, el solo regalo de las letras del alfabeto que hicieron a Grecia equivalía por todos los demás.

¿Y cómo llegó este pueblo a desplegar una artesanía tan meritoria? ¿Fué acaso una tribu afortunada del país de origen de la humanidad, dotada con igual largueza de cualidades psíquicas y físicas? Todo menos esto. Según todos los testimonios que poseemos sobre los fenicios, eran originalmente un pueblo aborrecido, tal vez un grupo de trogloditas o gitanos desplazados de su tierra. Los encontramos primero a orillas del Mar Rojo en cuyos desiertos se alimentaban miserablemente. Todavía cuando ya habían emigrado al Mediterráneo, conservaron durante largo tiempo sus costumbres inhumanas, su religión cruel y hasta sus moradas en las rocas de Canaán. Cualquiera conoce las descripciones de los antiguos habitantes cananeos, y no hay en ello exageración, como lo demuestra no solamente la descripción análoga de Job de los trogloditas árabes[1], sino también los restos de bárbara idolatría que hasta en Cartago se conservaron por largo tiempo. Tampoco las costumbres de los navegantes fenicios merecieron las alabanzas de naciones extranjeras; eran saqueadores, ladrones, voluptuosos y pérfidos, de donde fidelidad y buena fe púnicas llegaron a ser proverbiales como estigma de deshonra.

Penurias y circunstancias fueron casi siempre las que hicieron de los hombres lo que fueron. En los desiertos del Mar Rojo donde los fenicios vivieron probablemente de la pesca, el hambre los hizo marinos expertos; habiendo llegado en esta condición al Mediterráneo, ya podían atreverse a cruzar los océanos ¿Qué hizo de los holandeses y de los demás pueblos naciones navegantes? La necesidad, la situación y el acaso[2]. Los fenicios fueron odiados y detestados por todos los pueblos semitas, que consideraban esta región del Asia como su patrimonio. A los camitas, como advenedizos intrusos, no les quedó más que las inhóspitas costas y el mar. Si los fenicios encontraron un Mediterráneo tan rico en bahías e islas, si de país en país y de costa en costa pudieron avanzar paulatinamente hasta más allá de las columnas de Hércules y encontrar entre los pueblos incultos de Europa una cosecha tan abundante para su actividad comercial, se debió a nada más que al estado de cosas, situación afortunada que la misma naturaleza había creado para ellos. Cuando en tiempos prehistóricos entre los Pirineos y los Alpes, los Apeninos

[1] Job 30, 3 - 8.

[2] Eichhorn lo demostró también de los germos. (Véase *Historia del comercio de la India oriental*, págs. 15 y 16.) En general es la pobreza y las penurias la causa de que las naciones mercantes se hicieran tales, como en el caso de los venecianos, malayos, etc.

y el Atlas se estaba formando la cavidad que sería el fondo del Mediterráneo y las playas e islas emergieron lentamente de las aguas como puertos futuros y ciudades venideras, ya el destino había marcado la trayectoria de la cultura europea. Si los tres Continentes hubiesen estado unidos en una masa compacta, tal vez la cultura habría llegado a Europa tan poco como a las estepas tártaras y al interior de África, o por lo menos por otros caminos y mucho más lentamente. Sólo gracias al Mediterráneo hubo en la tierra una Fenicia y una Grecia, una Etruria y una Roma, una España y una ciudad de Cartago, y de la primera de estas cuatro costas tomó su comienzo toda la cultura de Europa.

No fué menos afortunada la situación de Fenicia tierra adentro. Toda el Asia, grande y próspera, estaba a sus espaldas con sus mercancías e inventos y el tráfico comercial por tierra que mucho antes había instituído. De esta manera, no sólo aprovecharon el trabajo ajeno, sino también la abundancia de talentos que la naturaleza había derramado sobre este Continente y los prolongados esfuerzos de siglos anteriores. El alfabeto que trajeron a Europa se llamó fenicio, si bien no es probable que los fenicios fuesen sus inventores. De manera análoga ejercieron los babilonios e hindúes verosímilmente el arte de tejer antes de los sidonios, conociéndose la costumbre del mundo antiguo y moderno de denominar los productos no por su lugar de origen, sino por el de su distribución. Cuál haya sido el arte arquitectónico de los fenicios puede apreciarse en el templo de Salomón donde dos modestas columnas son celebradas cual si fueran maravillas, lo que parece indicar que no podía compararse con ningún templo egipcio. Lo único que nos quedó de las construcciones fenicias son esas enormes cavernas fenicias y cananeas que señalan tanto su gusto como su origen troglodita. Siendo un pueblo de origen egipcio, celebraron, sin duda, encontrar en esta región montañas donde construir sus moradas y mausoleos, sus arsenales y templos. Las grutas se conservan, pero su contenido ha desaparecido. Tampoco se han conservado sus bibliotecas y archivos, que el pueblo poseía en su época de cultura floreciente; hasta desaparecieron los griegos que escribieron su historia.

Si comparamos ahora estas ciudades mercantiles trabajadoras y florecientes con los Estados rapaces del Éufrates, Tigris y Cáucaso, nadie se quedará dudando de cuál de ellos sirvió mejor a la humanidad. El conquistador busca su propio y exclusivo interés; la nación mercantil al servir sus intereses, sirve también a los otros pueblos. Haciendo de los bienes de consumo, el trabajo y las ciencias un bien de provecho común a buena parte del mundo, no puede menos que beneficiar a la humanidad. Ningún conquistador trastorna tanto el orden natural como el que arrasa florecientes centros comerciales, porque las más veces su desaparición implicaba

la decadencia del trabajo y las industrias de países y regiones enteras si no surgía otra ciudad cercana que desempeñara su papel. También en este punto fué afortunada la costa fenicia; por su situación es insustituible para el comercio del Asia. Cuando Nabucodonosor asediaba Sidón, surgió Tiro; al ser arrasada ésta por Alejandro, floreció Alejandría; considerada la región en conjunto, el comercio no cesó allí en ningún momento. También Cartago se benefició por la destrucción de la antigua y próspera Tiro, si bien las consecuencias de su surgimiento no habían de ser tan provechosas para Europa como lo había sido el más antiguo tráfico fenicio; porque esta época había ya pasado por entonces. La constitución interna de los fenicios debe considerarse como una de las primeras transiciones de la monarquía asiática a una especie de república mercantil. El poder despótico de los reyes era débil y nunca alentaron aspiraciones de conquista. En Tiro se llegó durante un tiempo a un gobierno de sufetas, forma de gobierno que en Cartago fué tomando cuerpo; así, pues, son ambos Estados los primeros ejemplos de la historia universal de grandes repúblicas mercantes y sus colonias el primer modelo de un dominio más diplomático y más provechoso que el de un Nabucodonosor y un Cambises; fué un gran paso hacia adelante para la cultura humana. Siempre ha sido así que el comercio estimulase la industria; el mar puso límites a las aspiraciones de los conquistadores, los cuales, quisieran o no, se convirtieron de opresores rapaces en pacifistas sosegados. La dependencia mutua y, especialmente, la fuerza de las armas inferior con que contó siempre el advenedizo que llegaba a lejanas costas, fueron la primera base de relaciones más justas entre las naciones. Mucho deberían avergonzarse los europeos por el comportamiento insensato que demostraron en tiempos tan posteriores y equipados de armas tanto más poderosas al descubrir las dos Indias, si lo consideran a la luz de la prudencia de aquellos antiguos fenicios. Los europeos se dedicaron a hacer esclavos, a predicar el Evangelio y a exterminar a los indígenas; los fenicios no conquistaron propiamente nada; en cambio, plantaron cultivos, fundaron colonias y despertaron la laboriosidad de los pueblos que, advertidos por algunas maniobras fraudulentas de los fenicios, acabaron por descubrir sus propias riquezas y aprendieron a aprovecharlas por su cuenta. ¿Habrá jamás Continente alguno que pueda decir que debe tanto a la Europa rica en artes y ciencias como la antigua Grecia a los primitivos fenicios?

Cartago no ejerció ni remotamente un influjo tan benéfico sobre los pueblos de Europa como lo habían ejercido los fenicios, y la causa de ello fueron evidentemente los cambios que se habían operado en la época, la situación y estado de cosas. Siendo una

colonia de Tiro, le había costado buen trabajo echar raíces en el África lejana, y teniendo que luchar espada en mano por su ulterior expansión en la costa, le tomó el gusto a la postura del conquistador. Si con esto obtuvo una posición de apariencias más brillantes y perfectas que el país madre, ésta no implicó ventaja alguna para el género humano ni para la propia república. Cartago no fué nunca una nación, sino una *ciudad; por lo tanto no pudo* infundir a ningún sector del país dependiente de ella verdadero amor a la patria ni una cultura nacional. El territorio de que se apropió en África y el cual, según Estrabón, contaba al comienzo de la segunda guerra púnica con trescientas ciudades, consistía en súbditos sobre los que ejercía los derechos de vencedor sin que fueran ciudadanos propiamente dichos del Estado reinante. Por lo demás, los africanos, gente de escasa cultura, no aspiraban tampoco a semejante ciudadanía; su indiferencia llegó al punto de que hasta en las guerras contra Cartago parecían esclavos revoltosos o mercenarios. Se explica, pues, que Cartago apenas haya irradiado cultura humana hacia el interior de África siendo, como era, un Estado-ciudad que por medio de unas pocas familias patricias reinaba desde el circuito de sus muros, no tenía el menor interés en *difundir* el humanismo, sino sólo el de atesorar riquezas. La primitiva superstición que reinó en Cartago hasta los últimos tiempos, las cruelísimas penas capitales con que castigaba a sus jefes militares desafortunados aunque fueran inocentes de su derrota, y más aún, todo el comportamiento de este pueblo en tierras extrañas, demuestran cuán despiadado y avaro fué este Estado aristocrático, que en el fondo no buscaba más que ganancias materiales y esclavos africanos.

La situación y *constitución* de Cartago explican ampliamente esta dureza. En lugar de centros comerciales al estilo fenicio, que les parecían inseguros, construyeron fortalezas y pretendían, aprovechándose de su situación geográfica más favorable, asegurarse el dominio de las costas cual si todas ellas fueran africanas. Mas como tuvieron que ejecutar este plan por medio de bárbaros subyugados o pueblos mercenarios, chocando continuamente con naciones que ya no se dejaron tratar como bárbaros, no pudo este conflicto suscitar más que derramamiento de sangre y hostilidad acérrima. La hermosa Sicilia y particularmente Siracusa fueron oprimidas a menudo y, al principio, muy injustamente, pues las acometieron solamente por causa de una alianza con Jerjes. Contra el pueblo griego aparecen como cómplices bárbaros de un bárbaro y se mostraron dignos de semejante papel. Selino, Himera, Agrigento, Sagunto en España y más de una provincia próspera de Italia fueron arrasadas o saqueadas por ellos; más aún: en la sola Sicilia fueron derramados ríos de sangre que no valía todo el comercio despótico de Cartago.

Por más que Aristóteles elogie su Constitución política, de poco valor fué para la historia de la humanidad, ya que sólo dió lugar a que unas pocas familias de la ciudad, mercaderes bárbaros y acaudalados, hicieran guerrear a sus pueblos mercenarios por el monopolio de sus intereses, arrogándose el dominio de todos aquellos países que pudieran servir para aumentar sus ganancias. Un sistema de esa índole no puede despertar simpatías, y por injustas que fuesen casi todas las guerras que los romanos llevaron contra ellos, y por más respeto que merezcan nombres como Asdrúbal, Amílcar y Aníbal, difícilmente tomará partido por Cartago quien considere el estado de cosas interno de esta república de mercaderes cuyos intereses sirvieron aquellos héroes. En efecto, fueron vejados por ella más de la cuenta, y en más de una ocasión pagados con la más negra ingratitud. Al mismo Aníbal lo hubieran entregado sin titubear con tal de ahorrar algunas liras de oro, si el gran estratega no se hubiera puesto a salvo, por la fuga, de semejante premio a la cartaginense.

Lejos de mí, el querer rebajar uno solo de los méritos a que pueda haberse hecho acreedor cualquiera de los nobles cartagineses que hubo; también ese Estado, aunque basado sobre el despreciable fundamento de la rapacidad, produjo almas grandes y fomentó gran número de artes y oficios. De los guerreros alcanzó fama inmortal particularmente la familia de los Barcas, cuya ambición se agrandaba a medida que la envidia de los Hannos trataba de oscurecer su estrella. Sin embargo, hasta el espíritu de heroicidad de los cartagineses adolece de cierta brutalidad en comparación con la cual un Gelón, un Timoleón y un Escipión, con muchos otros, parecen como hombres libres frente a siervos. Bárbaro fué el heroísmo de aquellos hermanos que en aras de una injusta fijación de límites territoriales a favor de su patria se dejaron sepultar con vida. En casos más difíciles, ante todo cuando era asediada la misma Cartago, su valentía se manifestaba principalmente en una exasperación salvaje. Mas no por esto deja de ser cierto que Aníbal fué, en la alta escuela del arte de la guerra, el maestro consumado de sus enemigos jurados, los romanos, los cuales aprendieron de él cómo conquistar el mundo. Asimismo florecieron en Cartago todas las artes y oficios que pudieran servir de alguna manera al comercio, la ingeniería naval, la guerra naval y el lucro, si bien es verdad que pronto fueron superados en la guerra naval por los romanos. La principal industria subsidiaria que las fértiles tierras africanas ofrecieron a su comercio, fué la agricultura, la cual llevaron a una elevada perfección técnica cómo rica fuente de ganancias. Pero desgraciadamente, por culpa de la barbarie de los romanos, todos los libros de los cartagineses se perdieron al igual que su nación, a la que conocemos sólo por testimonios de sus enemigos y unas pocas

ruinas que apenas si nos indican la situación geográfica de la antigua y célebre reina de los mares.

La importancia principal de Cartago para la historia universal fué, por desgracia, su relación con Roma; la loba destinada a someterse la tierra entera, tuvo que ejercitarse primero en la lucha contra un chacal africano hasta darle una muerte ignominiosa.

V

LOS EGIPCIOS

Pasamos ahora a tratar de un país: el Egipto, que por su antigüedad, sus artes y su constitución política representa un enigma del mundo antiguo, por lo cual ejercitó ampliamente el espíritu de conjeturas de los investigadores. Los testimonios más auténticos que de él poseemos son sus monumentos antiguos, aquellas enormes pirámides, obeliscos y catacumbas, las ruinas de canales, ciudades, columnas y templos que con sus inscripciones jeroglíficas son todavía hoy la admiración del viajero, las maravillas del mundo antiguo. ¡Qué multitud de manos laboriosas, qué arte y constitución, pero sobre todo, qué mentalidad original se supone para excavar esas peñas o acumularlas unas sobre otras, no solamente reproducir y esculpir ciertos animales, sino hasta darles sepultura como a objetos sagrados, transformar un desierto de rocas en morada de los difuntos y perpetuar el espíritu sacerdotal del Egipto de tantas maneras en la piedra esculpida! Todas estas reliquias se yerguen o yacen cual esfinges sagradas, cual ingentes problemas que requieren una explicación.

Una parte de estas obras se explican por sí mismas por cuanto tenían utilidad práctica cuando no eran indispensables en esta región. Son éstos los canales admirables, los diques y las catacumbas. La finalidad de los canales era desviar el Nilo hasta las partes más remotas del Egipto, que se han convertido en un desierto estéril por haber quedado en ruinas aquéllos. Los diques servían para fundar ciudades en el fértil valle que inundaba el Nilo y que como verdadero corazón del Egipto alimenta toda la extensión del país. Hasta por lo que a sus mausoleos se refiere, no puede negarse que amén de responder a las ideas religiosas de los egipcios, contribuyeron en buena parte a la salubridad del clima previniendo las plagas propias de una región húmeda y calurosa. ¿Pero cuál era el fin de las gigantescas dimensiones de estas cavernas, laberintos, obeliscos y pirámides? ¿De dónde les vino el gusto exquisito que se

perpetuó con tanto trabajo en estas esfinges y monumentos colosales? ¿Nació la originalidad de esta nación del delta del Nilo, o si no, si era otro el lugar de su origen, cuáles fueron las causas y predisposiciones instintivas que los distinguieron hasta tal punto de todos los pueblos circunvecinos?

Los egipcios no deben ser indígenas de su tierra, como lo demuestra, a mi juicio, la sola historia natural del Egipto; porque no sólo cualquier estudio concienzudo geológico indica con claridad que la parte superior de Egipto fué habitada en tiempos anteriores, sino que también revela que la misma parte baja fué arrebatada al barro únicamente a fuerza de trabajo e ingenio. El Egipto primitivo se encontraba, pues, en las alturas de Tebas donde, en efecto, estaban las residencias de sus antiguos reyes. Si la colonización del país se hubiera iniciado por el camino que pasa junto a Suez, sería inexplicable por qué los primeros reyes eligieron el desierto de la Tebaida para residencia. Si, por el contrario, seguimos la colonización del Egipto tal como se presenta a nuestra consideración, daremos con la causa de la cultura sobresaliente de este pueblo notable. No eran un pueblo del lugar, sino probablemente originarios del sur del Asia, habiendo cruzado por el oeste del Mar Rojo, o más allá, hasta Etiopía desde donde se dispersaron por todo el Egipto. Encontrando en las inundaciones y ciénagas del Nilo una especie de frontera natural de su país, lo más natural era que adoptaran primero un sistema de viviendas en forma de caverna abiertas en las peñas del lugar, conquistando, luego, todo el Egipto a fuerza de trabajo y cultivando sus tierras. El testimonio de Diodoro acerca de su origen sureño, aunque entretejido con varias fábulas etiópicas, no sólo es probabilísimo, sino también la única clave para descifrar el enigma de este pueblo y su pasmosa concordancia con la manera de ser de algunos pueblos del Asia oriental tan distantes.

Puesto que aquí sólo muy incompletamente podría exponer esta hipótesis, reservo su desarrollo para otro lugar; aquí sólo nos serviremos de algunas de sus evidentes consecuencias por cuanto nos ayudan a ubicar este pueblo en el conjunto de la historia universal. Todas las instituciones, artes y la religión egipcias demuestran que era un pueblo tranquilo, laborioso y bondadoso. Ninguno de sus templos y estatuas tiene el carácter alegre ni la ligereza propios de los griegos; de semejante orientación artística no tenían idea ni dirigían hacia ella sus esfuerzos. Las momias prueban que los egipcios no eran hermosos; esculpían sus figuras conforme a los modelos que tenían ante los ojos. Encerrados en su país, su religión y constitución, eran xenófobos; y puesto que, de acuerdo con su carácter, ponían en sus retratos el acento sobre la fidelidad y exactitud y como quiera que todo su arte era más bien artesanía y una artesanía religiosa monopolizada por un gremio exclusivo de

ciertas familias, fundada en su mayor parte sobre ideas religiosas, no había que pensar en ninguna idealización, la cual, si no se inspira en modelos reales, no pasa de ser un fantasma[1]. En su lugar se atuvieron a lo consistente, duradero y gigantesco o a una perfección técnica de suma precisión. Como formaron sus templos en una región rocosa, los concibieron a modo de caverna inmensa. De ahí que su estilo arquitectónico se inclinase a una majestad aplastante. Sus estatuas representaban momias; de ahí que tuviesen la posición encogida de manos y pies, que por sí misma favorecía la duración de la obra. Para sostener cuevas y hacer compartimientos para sepulturas se necesitan columnas; y como el arte arquitectónico de los egipcios partía de las cuevas de los peñascos y por otra parte no dominaban, como nosotros, el arco de medio punto, se hacían indespensables las columnas, o en su lugar una estatua colosal. El desierto que los rodeaba y que, según sus ideas religiosas, era el reino de los muertos, hacía que también sus estatuas fuesen momias cuya expresión artística no era la acción sino el eterno reposo.

Menos aún, según creo, deben extrañarnos las pirámides y obeliscos de los egipcios. En todas las partes del mundo, hasta en Haití, se construyen pirámides sobre los sepulcros. De por sí no son tanto un signo de la inmortalidad del alma, cuanto una conmemoración perenne. Evidentemente se originaron en los monumentos megalíticos consistentes en un primitivo amontonamiento de piedras que desde tiempos prehistóricos se estilaban en varias naciones; el montón de piedras evoluciona naturalmente hacia la pirámide para su mayor consistencia. Ahora bien: no hay ningún motivo más connatural para el arte humano que la memoria de un difunto venerable; cuando, pues, el arte se apoderó de aquella costumbre arcaica, el dolmen, destinado acaso primitivamente sólo a salvar el cadáver de los animales necrófagos, se fué transformando naturalmente en una pirámide u obelisco ejecutado con mayor o menor despliegue de arte escultórico y arquitectónico. El hecho de que los egipcios fuesen superiores a otros pueblos en la construcción de tales monumentos tiene la misma causa que el otro de que sus templos y catacumbas fuesen más resistentes a la acción del tiempo: poseían piedras en abundancia, ya que el Egipto en su mayor parte consiste en rocas; también les sobraba mano de obra, ya que era poco el trabajo que les costaba el cultivo de las tierras de su país fecundo y densamente poblado, puesto que el Nilo se encargaba de fertilizarlo. Además, los antiguos egipcios vivían con gran frugalidad. Era tan fácil mantener a miles y miles de hombres que trabajaron durante siglos como esclavos en estos monumentos, que bastaba la voluntad de un rey para poner en obra los irreflexivos proyectos de

[1] Sobre este punto hablaré más extensamente en otro lugar.

tan gigantescas proporciones. Se tenía en aquellos tiempos un concepto muy diferente del valor de una vida humana: ésta se contaba sólo colectivamente por gremios y provincias. Con menos escrúpulo se sacrificaba el trabajo inútil de muchos individuos a la fatuidad de un monarca que quería cobrar fama inmortal con semejantes masas de piedra y retener, según las ilusiones de su religión, el alma del difunto en un cadáver embalsamado. Con el tiempo, también este arte sin provecho, como tantos otros, se convirtió en una especie de competencia deportiva. Un faraón imitaba a otro y trataba de superarlo en tanto que el pueblo manso y sufrido consumía sus días en la construcción de estos monumentos. Así es de creer que se hicieron las pirámides y los obeliscos del Egipto. Sólo se hicieron en los tiempos más antiguos, porque los posteriores y ninguna nación que hubiese aprendido una industria provechosa pensó jamás en edificar pirámides. Por lo tanto constituye un error garrafal suponer que las pirámides sean una señal de la prosperidad y las luces del antiguo Egipto; por el contrario, son un monumento irrefutable de la superstición e irreflexión tanto de los infelices que ejecutaban las obras como de los ambiciosos que las ordenaron. En vano se trata de descifrar misterios en las pirámides o sabiduría oculta en los obeliscos; aunque se lograra descifrar los jeroglíficos de estos últimos, ¿qué otra cosa se podría hallar sino la crónica de hechos pasados o una glorificación entusiasta de sus constructores? Y sin embargo: ¿qué son estas masas de piedra en comparación de una montaña hecha por la naturaleza?

En general, los jeroglíficos permiten tanto menos concluir una profunda sabiduría de los egipcios, cuanto que demuestran precisamente lo contrario. Los jeroglíficos son los primeros pasos vacilantes que da el intelecto humano en su niñez en busca de signos para expresar sus pensamientos; los salvajes más primitivos de América tenían jeroglíficos en la medida que los necesitaban. ¿Acaso no pudieron expresar los mexicanos por medio de jeroglíficos una cosa para ellos tan inaudita como el advenimiento de los españoles? ¿Qué diremos, pues, de los egipcios que se quedaron por tantos siglos con una escritura tan imperfecta, pintándola con ingente esfuerzo en peñas y paredes? ¡Qué pobreza de ideas y qué estancamiento de la inteligencia se manifiesta con esto! ¡Cuán limitada debía ser la esfera de conocimientos de una nación y su clase de intelectuales para ceñirse por miles de años a semejantes trazos y dibujitos de aves! El segundo Hermes, inventor de las letras, les llegó con harto atraso y ni siquiera era egipcio. La escritura que se encuentra en las momias no es otra cosa que la escritura fenicia entremezclada con signos jeroglíficos, aprendida con toda probabilidad de los mercaderes fenicios. Los mismos chinos fueron más lejos que los egipcios, avanzando desde los jeroglíficos hasta verdaderos sím-

bolos escriturísticos a lo que, según parece, no llegaron nunca los egipcios. No es extraño, pues, que un pueblo tan pobre de letras y sin embargo dotado de muchas habilidades, se distinguiera en oficios mecánicos. Obstruído el camino para una literatura científica por los jeroglíficos, su atención tuvo que dirigirse a las cosas sensibles. El fértil valle del Nilo les facilitaba la agricultura; las inundaciones periódicas de las que dependía su bienestar, les enseñaban a medir y calcular. Es evidente que una nación cuya vida y bienestar económico dependían de un solo fenómeno natural, tuviese que hacerse perita en dividir el año y sus estaciones conforme al calendario perpetuo que le brindaba la misma naturaleza.

No fueron un producto menos natural y regional la historia natural y la astronomía, que se cuentan entre las glorias de este antiguo pueblo. Encerrados entre montañas, mares y desiertos en un estrecho y fértil valle donde todo dependía y conducía a un fenómeno natural, donde las estaciones y la cosecha, las enfermedades y vientos, los insectos y aves seguían el compás de las inundaciones del Nilo, aquí, digo, los egipcios, con su carácter tan concienzudo y su numerosa y ociosa casta sacerdotal, ¿no habrían de arribar, finalmente, a una especie de historia natural y astronomía? De todos los Continentes se sabe que los pueblos que viven encerrados en los límites de su territorio y poseen una rica vida sensitiva, poseen el conocimiento más profundo y vital de su país por más que no lo hayan aprendido de los libros. La aportación que los jeroglíficos habrían podido hacer, hubiera sido más bien perjudicial que positiva para la ciencia egipcia. La observación práctica de la vida no sólo se oscurecía al ser expresada por medio de jeroglíficos, sino que moría, y su imagen muerta, lejos de promover el progreso científico, lo paralizaba. Mucho se ha discutido si acaso los jeroglíficos no ocultaban secretos de los sacerdotes egipcios. Mi opinión es que todo jeroglífico, por su naturaleza, oculta un secreto, y una serie de jeroglíficos conservados por un gremio exclusivista tiene que convertirse a la fuerza con el correr del tiempo en misterio para la masa del pueblo, aun sin contar con que se pretendía rodear a la gente de misterios a cada paso. No se revelaban sus símbolos a cualquiera, y lo que no es posible descifrar por sí solo, se conserva naturalmente como misterio. Es así como toda sabiduría encerrada en jeroglíficos significa en tiempos modernos una barrera contra las luces, habiendo sido los jeroglíficos hasta en tiempos antiguos una escritura muy imperfecta. Es injusta la pretensión de querer entender por sí mismo algo que puede siempre interpretarse de mil maneras y matador el trabajo empleado en signos arbitrarios como si lo fueran de un significado definido. El Egipto nunca pasó de la infancia en lo que a la ciencia se refiere, porque siguió siendo niño en la interpretación de los jeroglíficos y es de

temer que estas ideas infantiles se nos hayan perdido para siempre.

En consecuencia, no cabe suponer una religión y ciencia política superiores a las que hemos encontrado hasta ahora en varios pueblos de la remota antigüedad y seguimos encontrando todavía ahora en algunas naciones del Asia oriental. Si a esto se agrega que, como parece probable, no pocos de los conocimientos egipcios fueron inventados fuera de su país, habiéndose limitado a edificar sobre fórmulas y premisas recibidas de afuera adaptándolas a las necesidades del lugar, su inmadurez en todas estas ciencias se haría aún más patente. Tal vez sea éste el origen de sus largos registros dinásticos y cronológicos; de sus relatos de Isis y Osiris, Horus, Tifón y otros, sujetos a tan variadas interpretaciones; de ahí también buena parte de sus muchas leyendas sagradas. Las ideas fundamentales de su religión se encuentran también en varios países de la parte alta del Asia; sólo que aquí están revestidas de jeroglíficos en consonancia con la historia natural de su tierra y el carácter del pueblo. Los rasgos fundamentales de su Constitución política se encuentran por igual en otros pueblos que alcanzaron el mismo nivel de cultura, sólo que aquí en el hermoso valle del Nilo un pueblo aislado los perfeccionó y los aplicaba a su manera [1]. Difícilmente el Egipto hubiera alcanzado tanta fama de sabiduría si no hubieran ayudado a ello su situación geográfica más cercana a nosotros, las ruinas de sus antiguos monumentos y, sobre todo, las leyendas de los griegos.

Tal estado de cosas determina también qué rango le corresponde en la asamblea de los pueblos. Pocas naciones tomaron su origen del Egipto o fueron educadas por él; de las primeras no sé de otra que la de los fenicios, y de las segundas los judíos y los griegos. Hasta qué punto su influencia haya llegado al interior del África, no se sabe con seguridad. ¡Pobre Egipto, cómo has cambiado! Laborioso, paciente y trabajador en otros tiempos, se hizo miserable y perezoso a fuerza de una desesperación milenaria. A una orden de sus faraones hilaba y tejía, transportaba piedras y explotaba canteras, promovía industrias y cultivaba el suelo. Mansamente se dejaba encerrar y distribuir por las diversas obras, era fecundo y educaba a sus hijos en la pobreza, huía de los extranjeros y gozaba de su país aislado. Desde que éste abrió sus puertas o, mejor dicho, desde que Cambises las franqueó a la fuerza, fué por miles de años la presa de los pueblos que se sucedieron unos a otros. Persas, griegos, romanos, bizantinos, árabes, fatimitas, curdos, mamelucos y turcos se turnaron para oprimirlo y todavía ahora es un triste emporio de incursiones de hordas árabes y crueldades turcas.

[1] Las suposiciones a este respecto se expondrán en otro lugar.

VI

OTRAS IDEAS SOBRE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA DEL GÉNERO HUMANO

Desde el Éufrates hasta el Nilo, de Persépolis hasta Cartago, hemos atravesado otra gran etapa de instituciones y acontecimientos humanos; detengámonos un poco para echar una mirada retrospectiva a los resultados de nuestra excursión.

¿Cuál es la ley fundamental que podemos observar en todos los fenómenos importantes de la historia? A mi juicio es que en todas partes de la tierra se desarrolla lo que en ella puede desarrollarse, ya sea según la situación geográfica del lugar y sus necesidades, ya sea según las circunstancias y ocasiones de la época, ya según el carácter innato o adquirido de sus pueblos. Introdúzcanse fuerzas vivas humanas en determinada relación de tiempo y lugar en la tierra, y se observarán toda clase de efectos en la historia del género humano. Aquí cristalizan reinos y Estados, allá se disuelven y toman una forma distinta; aquí una horda nómada da origen a toda una Babilonia, allá nace Tiro a causa de las penurias de un pueblo relegado hacia la costa; aquí se forma un Egipto en plena África, allá nace en el desierto árabe el Estado judío; y todo esto sucede en una misma parte del mundo entre pueblos próximos unos a otros como vecinos. Sólo los tiempos, los lugares y las idiosincrasias, en una palabra, todo el juego de fuerzas vivas en su conjunto y con sus individualidades bien definidas, determinan todos los acontecimientos de la vida humana, lo mismo que todos los procesos de la naturaleza. Destaquemos esta maravillosa ley de la creación tal como lo merece.

1. Fuerzas humanas, vivas son el motor de la historia humana. Puesto que el hombre nace de una raza y dentro de ella, su cultura, educación y mentalidad tienen carácter genético. De ahí esos caracteres nacionales tan peculiares y tan profundamente impresos en los pueblos más antiguos que se perfilan tan inequívocamente en toda su actuación sobre la tierra. Así como la fuente se enriquece con los componentes, fuerzas activas y sabor propios del suelo de donde brotó, así también el carácter de los pueblos antiguos se originó de los rasgos raciales, la región que habitaban, el sistema de vida adoptado y la educación, como también de las ocupaciones preferidas y las hazañas de su temprana his-

toria que le eran propias. Las costumbres de los mayores penetraban profundamente y servían al pueblo de sublime modelo. Sírvanos de muestra la mentalidad judía por ser la más conocida a causa de sus libros y ejemplos. Ya estuvieran en el país de sus antepasados, ya viviesen en medio de naciones extrañas, siempre siguieron siendo lo que eran y son reconocibles hasta en la mezcla con otros pueblos a lo largo de varias generaciones. Ocurre lo mismo en todos los pueblos de la Antigüedad, los egipcios, chinos, árabes, hindúes, etc.; cuanto más se aislaran y, a menudo, cuanto más fueran oprimidos, tanto más se afirmaba su carácter peculiar de suerte que si cada una de estas naciones hubiera permanecido en su lugar, podría considerarse la tierra como un jardín botánico donde cada planta humana nacional florece conforme a su propia especialidad y naturaleza o donde, como en un jardín zoológico, cada especie animal vive y obra de acuerdo con sus instintos y su carácter.

Mas como los hombres no son plantas enraizadas fijamente, pudieron y a veces debieron cambiar de lugar, sea por desastres, hambre, terremotos, guerras u otras causas, para habitar en otra región más o menos distinta. Entonces, aunque conservaron sus antiguas costumbres con una persistencia que casi se asemejaba al instinto de los animales, y dominaron las nuevas montañas, ríos y ciudades con los nombres de su país de origen lo mismo que sus instituciones, sin embargo, tamaño cambio del clima y del suelo no permitía una perenne uniformidad. El pueblo trasplantado procedió, en consecuencia, a estructurar su nuevo Estado a su manera. Se componía de ideas del país de origen y la nueva patria, y esta modalidad se llama casi siempre florecimiento de pueblos nuevos. Así se establecieron los fenicios en el Mediterráneo habiendo sido alejados del Mar Rojo; así quería Moisés constituir el Estado israelita; así ocurrió con varios pueblos asiáticos, porque casi todas las naciones del mundo han emigrado tarde o temprano, por tiempo más o menos prolongado, pero por lo menos una vez. Échase de ver que mucho dependía aquí del tiempo en que se producía la migración, las circunstancias que la causaban, la extensión del itinerario, la cultura que llevaba el pueblo inmigrante consigo, las semejanzas y contrariedades que le salían al paso en su nueva patria, etc. De ahí que también en el caso de pueblos no mezclados con otros, el cálculo resulte tan complejo para el historiador que se necesita un espíritu libre de todo prejuicio para no desorientarse. Donde más fácilmente se pierde la objetividad es cuando uno ama con predilección a alguna raza determinada despreciando todo cuanto no sea como ella. El historiador de la humanidad debe ser tan imparcial y poseer un juicio tan desapasionado como el mismo Creador de nuestra especie. Para el naturalista que pretende llegar a un conocimiento exhaustivo de todas las clases y familias del reino animal o vegetal, la rosa es tan querida como el

cardo, el zorrino y el perezoso tanto como el elefante; investiga con más ahinco allí donde más puede aprender. Ahora bien: la naturaleza dió a los hombres toda la tierra por morada haciendo brotar en la misma todo cuanto pudo germinar según el lugar, el tiempo y las energías disponibles. Todo lo que pudo ser, es, y todo lo que puede llegar a ser, si no es hoy, será mañana. Largo es el año de la naturaleza y tan variada la flor de sus plantas como lo son estas mismas y los elementos con que se nutren. En la India, Egipto y China aconteció lo que en ningún otro lugar y tiempo sucederá: ni en Canaán, Grecia, Roma ni Cartago. La ley de la necesidad y conveniencia compuesta de energías, lugar y tiempo, produce frutos diversos en todas las partes del globo.

2. Ahora bien: si lo que sobre todo importa es la época y la región en que un reino se origina, los elementos que lo componían y las circunstancias externas que lo rodeaban, entonces es claro que en este conjunto de rasgos estaba también predeterminada gran parte de la suerte que había de correr este reino. Una monarquía constituída por nómadas que proyectan su estilo de vida también al orden político, difícilmente será de larga duración; la conquista de la capital, a veces la sola muerte del rey, pone fin a todo la escena pintoresca. Esto fué lo que ocurrió en Babilonia y Nínive, en Persépolis y Ecbatana; y de esta manera siguen las cosas en Persia, hasta nuestros días. El reino de los mongoles en la India halló casi su fin, y el Imperio de los otomanos correrá idéntica suerte mientras sigan siendo caldeos, es decir, conquistadores extraños sin dar a su dominio una base moral más elevada. Un árbol de esta índole podrá alzarse hasta los cielos y sus ramas proyectar sus sombras sobre continentes enteros; si sus raíces no se hunden en la tierra bastará un soplo para derrumbarlo. Caerá por la astucia de un solo esclavo traidor o bajo los golpes del hacha de un solo sátrapa audaz. La historia antigua y moderna del Asia está llena de tales revoluciones; de ahí también que la filosofía de la historia encuentre poco que aprender de ellas. Déspotas son arrojados del trono y otros ocupan su lugar; el reino depende de la persona de un monarca, de su tienda campal, de su corona; quien la retenga será el nuevo padre de la patria, es decir, el caudillo de una pandilla de ladrones prepotentes. Nabucodonosor era el terror de todo el Oriente cercano, y bajo su segundo descendiente todo el Imperio se había pulverizado; tres batallas de Alejandro acabaron con todo el inmenso Imperio Persa.

Muy distinto es el cuadro que ofrecen los Estados que crecieron con sus raíces profundamente araigadas en el suelo patrio; podrán ser derrotados en el campo de batalla, pero la nación perdura. Éste fué el caso de China; sabido es cuánto les costó a los vencedores introducir allí una sola costumbre: el corte de pelo mongólico. Esto mismo

sucede con los brahmanes e israelitas, a quienes su solo espíritu ritual los separa eternamente de todos los otros pueblos de la tierra. Así resistió el Egipto por largo tiempo a toda mezcla con otros pueblos, y cuánto costó exterminar a los fenicios sólo porque era un pueblo arraigado en este lugar. Si Ciro hubiera conseguido fundar un Imperio como Yao, Krishna o Moisés, ese Imperio seguiría viviendo todavía aunque mutilado en todos sus miembros.

Así se entiende por qué las antiguas constituciones daban tanta importancia a la formación de las costumbres por la educación, ya que su fuerza interna dependía totalmente de este resorte. Los Imperios modernos se cimentan sobre el dinero o un tecnicismo político mecanizado, mientras que aquéllos se estructuraron desde sus comienzos sobre toda la mentalidad de la nación; y como para la niñez de un pueblo no hay resorte más eficaz que la religión, la mayor parte de los Estados antiguos, en particular los asiáticos, eran más o menos teocráticos. No se me oculta cuánto odio suscita este nombre de teocrático al que se atribuyen los más de los males que jamás afligieron a la humanidad, ni es mi intención salir en defensa de ninguno de sus abusos; pero fuerza es reconocer que esta forma de gobierno fué no sólo adecuada a la infancia de nuestra especie, sino también necesaria; de otra manera no se hubiera difundido tan ampliamente ni menos se hubiera conservado por tanto tiempo. Reinó desde el Egipto hasta la China y en casi todos los países del mundo, siendo Grecia el primer país que separó paulatinamente su legislación de la religión. Y puesto que toda religión tiene una eficiencia política tanto mayor, cuanto mayor sea el número de sus objetos, dioses y héroes con todas sus hazañas, que tengan raigambre indígena, vemos que cada una de las naciones antiguas y arraigadas amoldaron hasta su cosmogonía y mitología al país que habitaban. Únicamente los israelitas se distinguen también en este punto de todos sus vecinos, no atribuyendo ni la creación del mundo ni la del hombre a su propio país. Su legislador fué un advenedizo de grandes luces que no alcanzó el país que habrían de poseer; sus antepasados habían vivido en otra parte, su ley había sido elaborada fuera del país. Esto contribuyó posteriormente, según es de creer, a que los judíos supiesen arreglarse tan bien fuera de su país como casi ninguna de las antiguas naciones. El brahmán y el siamés no pueden vivir fuera del suyo y siendo el judío mosaico propiamente un producto exclusivo de Palestina, no debería haber ya judíos fuera de este país si no fuera por la circunstancia mencionada.

3. Finalmente vemos a través de nuestro recorrido cuán efímera es toda obra humana y cómo aun las mejores constituciones se convierten al cabo de pocas generaciones en pesada carga. La planta florece y se marchita, vuestros padres murieron y sus huesos volvieron

a la tierra, vuestros templos se derrumban, el tabernáculo y las tablas de la ley ya no existen, el mismo idioma, vínculo perenne entre los hombres, queda anticuado ¿y podrá haber una constitución humana, una institución religiosa o política que dure eternamente, no teniendo otros pilares en que apoyarse fuera de aquéllos tan perecederos? Si así fuera, se pondría freno al correr de los tiempos, y el globo terráqueo, en vez de girar, quedaría convertido en una masa inerte suspendida sobre un abismo. ¿Cuáles serían nuestros sentimientos si en nuestros días viéramos al rey Salomón sacrificar en una sola fiesta sus veintidós mil bueyes y ciento veinte mil ovejas o si asistiéramos a la visita de la reina de Saba con convites y adivinanzas? ¿Qué opinión nos formaríamos de la sabiduría egipcia si el buey Apis y el gato y el macho cabrío sagrados nos fueran propuestos a la veneración en fastuosos templos? Otro tanto ocurre con las costumbres degradantes de los brahmanes, la superstición de los persas, la hueca arrogancia de los judíos, el orgullo incoherente de los chinos y todo cuanto haya de instituciones humanas que se fundan en ideas cuya antigüedad pasa de los tres mil años. Aun concediendo que la doctrina de Zoroastro fué un ensayo meritorio de explicar el mal del mundo y estimular a sus secuaces a todas las obras de la luz ¿qué puede significar semejante teodicea ahora, no ya a nuestros ojos, sino ni siquiera a los de un mahometano? Aun admitiendo que la transmigración de las almas que enseñaban los brahmanes tiene su mérito como sueño infantil de la imaginación humana para cuidar de las almas inmortales dentro del mundo visible ligando a esta ilusión bien intencionada conceptos moralizantes, ¿qué se hizo de esta creencia convertida en ley sagrada irracional con sus miles de apéndices en forma de costumbres y prescripciones? La tradición es de por sí una excelente institución natural e indispensable para nuestra especie; mas tan pronto como pretende encadenar todo poder discursivo en instituciones prácticas estatales y en la enseñanza y obstaculizar todo progreso de la razón humana y toda mejora exigida por nuevos tiempos y circunstancias, se convierte en verdadero opio del espíritu tanto para los Estados y sectas como para el individuo humano. La gran Asia, madre de todas las luces de la tierra habitada, ha injerido mucho de ese dulce veneno y lo ha dado a probar a muchos otros países. Grandes Estados y sectas de este Continente duermen tal como, según la fábula, duerme San Juan en su sepulcro; está respirando suavemente, pero hace casi dos mil años que ha muerto y aguarda en su letargo el advenimiento de su redentor.

LIBRO DÉCIMOTERCERO

Con el pesar del viajero que debe abandonar un país sin haber podido conocerlo en la medida de sus deseos, me marcho de Asia. ¡Qué poco es lo que sabemos de ella, y cuán tardías e inseguras son las fuentes que nos proporcionan lo poco que sabemos! Del Asia oriental poseemos información reciente sólo en forma de divisiones políticas y religiosas, a la vez que la polémica de los sabios europeos creó tal confusión que extensas partes del Continente nos parecen todavía hoy un país de hadas y duendes. En el Cercano Oriente y el vecino Egipto todo parece un montón de ruinas o como un sueño de un mundo desaparecido; los testimonios que poseemos proceden de griegos exilados, pueblo que por entonces era demasiado joven y de una mentalidad demasiado diferente para juzgar a naciones de tan venerable antigüedad, por lo cual sólo registraron los aspectos que congeniaban con su propia manera de ser. Los archivos de Babilonia, Fenicia y Cartago ya no existen; el Egipto estaba en plena decadencia antes de que los griegos llegasen a considerar su vida espiritual; así, pues, todo se reduce a unos pocos documentos amarillentos que contienen leyendas sacadas de otras leyendas anteriores, fragmentos de la historia, sueño del pasado.

En Grecia, el panorama se aclara y animosos salimos a su encuentro. Los habitantes de este país recibieron relativamente temprano la escritura, y casi todas sus constituciones eran tales que fomentaban la evolución del lenguaje que conduce de la poesía a la prosa y de ésta a la filosofía y la historia. Por lo tanto, Grecia es considerada la cuna de la filosofía de la historia; de todos modos pasó allí una floreciente juventud. Ya Homero, con ser autor de leyendas, describe las costumbres de varios pueblos hasta donde se lo permitían sus conocimientos. Los bardos de los Argonautas, de cuyos cantares se conserva el eco, hasta nuestros días, se refieren a otra región interesante. Cuando más tarde la historiografía pro-

piamente dicha se fué separando de la poesía, Herodoto viajó por varios países juntando con laudable aunque infantil curiosidad todo cuanto veía y oía. Los historiadores posteriores de los griegos, aunque se limitaban propiamente a su país, proporcionaron también información de algunas otras naciones con las cuales la suya mantenía relaciones. De esta manera, especialmente por las campañas de Alejandro, se fué ensanchando el panorama mundial. Más se amplió todavía con Roma, a la cual los griegos sirvieron no solamente como historiógrafos sino también como guías por la historia, de suerte que el griego Diodoro de Sicilia y el romano Trogo acometieron ya la tarea de juntar material para una historia universal. Estamos, pues, de parabienes por llegar finalmente a un pueblo cuyo origen está envuelto en la oscuridad prehistórica, cuyas obras más excelsas, tanto las del arte como las literarias, fueron destruídas en gran parte por el fanatismo de otros pueblos o simplemente por el correr de los tiempos, pero del cual nos hablan todavía monumentos de insuperable belleza. Nos hablan con un espíritu filosófico cuyo humanismo me esfuerzo inútilmente por imprimir a este ensayo sobre Grecia. Quisiera ser poeta para invocar la visión universal de Apolo y las musas omniscientes, hijas de la memoria; mas como no valgo para otra cosa, sea mi Apolo el espíritu investigador y la verdad imparcial la musa que me sirva de guía.

I

SITUACIÓN GEOGRÁFICA Y POBLACIÓN DE GRECIA

La triple Grecia de que hablamos, es en su mayor parte una costa de innumerables bahías rodeada por el mar, o mejor dicho, un conjunto de islas. Está situada en un punto de la tierra donde no sólo le llegaban colonizadores procedentes de diversas regiones de la tierra, sino también gérmenes de cultura. La situación geográfica y el carácter del pueblo desarrollado conforme a la región desde los primeros tiempos con grandes empresas y revoluciones diversas, produjo muy pronto una ebullición de ideologías en el orden nacional y una influencia en el orden internacional que la naturaleza no concedió a las naciones de los grandes Continentes. La época en que floreció la cultura de Grecia, el grado de cultura alcanzado en aquel entonces, no sólo por los pueblos vecinos sino por la humanidad en general, todo esto contribuyó a hacer de los

griegos el pueblo que fueron y ya no son ahora ni volverán a ser jamás. Aboquémonos de lleno a este hermoso capítulo de la historia universal; sus datos, recogidos en su mayoría por la laboriosidad de sabios alemanes, son poco menos que exhaustivos.

Un pueblo encerrado en sus fronteras, que vive lejos de las costas del mar entre montañas, que recibe sus luces de un solo lugar y las fija por leyes inamovibles tanto más pronto cuanto más temprano le hayan llegado, una nación así conservará características peculiares en gran número y por mucho tiempo, pero semejante mentalidad limitada está lejos de proporcionarle esa provechosa amplitud de miras y versatilidad que sólo se adquiere en medio de una activa competencia con otras naciones. Sirvan de ejemplos el Egipto con todos los países asiáticos. Si la fuerza que modeló la tierra hubiera dado una forma distinta a sus montañas y mares, si el destino que fijó sus límites a cada pueblo les hubiera dado otro origen que el de las montañas asiáticas, si el Asia oriental hubiera recibido en épocas más tempranas un comercio marítimo y un Mediterráneo que, de hecho, no posee en su conformación actual, todo el proceso de civilización hubiera sido otro. Tal como estaban las cosas, esta evolución se orientó hacia el oeste porque no hallaba posibilidades de expansión hacia Oriente.

Considerando la historia de las islas y los estrechos en cualquier parte del mundo, hallaremos que los habitantes de tales islas y regiones costeras se distinguieron de los habitantes de tierra adentro en la medida que su colonización fué acertada, el ciclo de sus actividades agilizado y múltiple, y la situación mundial favorable a su acción política. En las regiones continentales, a pesar de todas las cualidades innatas y las habilidades adquiridas, el pastor seguía siendo pastor, el cazador cazador, y hasta el agricultor y el artista estaban adheridos al suelo como plantas. Compárese Inglaterra con Alemania: los ingleses son germanos y hasta los tiempos modernos fueron los alemanes quienes realizaron los trabajos preparatorios más importantes que los ingleses habrían de aprovechar a continuación. Mas como su condición de isla imprimió desde épocas lejanas a las actividades de Inglaterra un carácter mundial, encontró este espíritu universal allí un clima más favorable para su desarrollo que en el país hermano enclavado en el Continente donde fué asediado de continuo. La misma relación se advierte en las islas danesas, las costas italianas, españolas y francesas si las comparamos con las regiones continentales de los eslavos y escitas, con Rusia, Polonia y Hungría. En todos los mares hallaron los viajeros que las islas, penínsulas o costas de situación favorable dieron lugar a una civilización más libre e industriosa de lo que podía esperarse de la presión de una legislación antigua y uniforme propia de los

países continentales[1]. Consúltense las descripciones de las islas de la Sociedad y de las islas Tonga; a pesar de su distancia de todo el mundo habitado, llegaron a ser, hasta en su vistosidad y opulencia, una especie de Grecia. Hasta en ciertas islas dispersas del mar abierto encontraron los primeros viajeros una mansedumbre y servicialidad que en muchas naciones del Continente se buscaba en vano. Por doquier vemos, pues, la gran ley de la naturaleza humana que donde se combinan armónicamente el trabajo con el reposo, la sociabilidad con la distancia, la laboriosidad voluntaria y el disfrute de sus productos, allí se fomenta un ciclo que favorece por igual a los habitantes como a todos los que entran en contacto con ellos. Nada es tan perjudicial a la salud humana como los trastornos de la circulación. Tales trastornos se hacen inevitables en los Estados despóticos con una constitución a la antigua, de donde, si no son aniquilados rápidamente, van agonizando en muerte lenta. Donde, en cambio, por las condiciones del ambiente los Estados se mantienen pequeños y sus habitantes en una actividad sana como se la proporciona una vida en parte terrestre y en parte marítima, allí sólo hacen falta algunas cricunstancias favorables para que lleguen a ser un pueblo culto y célebre. Así fué, por no citar otros ejemplos, la isla de Creta, la primera nación entre los mismos griegos que produjo una legislación que había de servir de modelo para todas las repúblicas de tierra firme, y de éstas las más célebres eran países costeros. No sin causa colocaron los poetas de los antiguos sus mansiones de bienaventurados en las islas: sería probablemente porque fué allí donde encontraron los pueblos más libres y felices.

Si aplicamos todo esto a Grecia ¡cuánto no se había de distinguir su población de los habitantes montañeses! Tracia estaba separada por un pequeño estrecho del Asia menor, y este país fértil y patria de muchas naciones comunicaba con Grecia por medio de un archipiélago de islas a lo largo de su costa occidental. Se diría que el Helesponto fué abierto y el Mar Egeo intercalado con sus islas sólo con el fin de que hubiese necesidad y facilidad a la vez de franquear el paso dando lugar a una continua migración y circulación en la Grecia con sus numerosas bahías. De ahí que desde los tiempos más remotos encontremos a los innumerables pueblos de estas costas como potencias navales: cretenses, pelasgos, tracios, rodenses, frigios, chipriotas, milesios, carios, lesbianos, focenses, samios, espartanos, naxienses, erétricos y aginetos se turnaban ya antes de los tiempos de

[1] Compárese, al respecto, a los malayos y los habitantes de las islas asiáticas con los del Continente; hasta es suficiente considerar el Japón al lado de China, los pobladores de las islas Curiles y del Zorro en relación con los mongoles: Juan Fernández, Socotora, las islas de Pascua, de Byron, las Malvinas, etc.

Jerjes en el dominio de los mares [1], y mucho antes todavía abundaban allí piratas, colonias y aventureros, de suerte apenas si había algún pueblo griego que no hubiese emigrado más de una vez. Desde los primeros tiempos todo es aquí movimiento, desde las costas del Asia menor hasta Italia, Sicilia y Francia; ningún pueblo europeo ha colonizado una región del mundo más hermosa ni más amplia que los griegos, y es esto lo que se quiere expresar al hablar del hermoso clima de Grecia. Si tan sólo se tratara de cómodas moradas fértiles en valles de abundante riego o deltas de ríos desbordantes ¡cuántos climas más favorables no se hallarían en los otros tres Continentes, los cuales, no obstante, nunca produjeron a un pueblo como el griego! [2]. Pero es el caso que en ningún otro lugar del mundo se encuentran una serie de costas que estén situadas en una región tan favorable a la civilización como las costas jónicas, griegas y de la Magna Grecia.

No es, por consiguiente, tarea difícil averiguar de dónde vinieron los primeros pobladores de Grecia. Fueron los pelasgos, advenedizos que a pesar de la distancia se sabían hermanos de los pueblos del otro lado del mar, o sea, del Asia Menor. No hay por qué enumerar aquí todas las migraciones de los pueblos que, ora por Tracia, ora por el Helesponto y las islas, llegaron y, protegidos por las sierras del norte, se expandieron paulatinamente sobre toda Grecia. Una tribu sucedía a la otra; una desplazaba a la otra. Los helenos trajeron a los pelasgos una nueva civilización y con el tiempo hubo colonias griegas que volvieron a las costas del Asia Menor. De gran valor fué para los griegos tener tan cerca de ellos tan hermosa península del gran Continente, donde la mayor parte de los pueblos no sólo eran de la misma raza, sino de antigua cultura [3]. No sólo su lengua recibió de ahí su originalidad y unidad que nunca le habría venido de haberse integrado de una mezcla de múltiples idiomas, sino que la nación misma se beneficiaba del nivel moral de sus pueblos vecinos entrando al poco tiempo con ellos en múltiples relaciones de guerra y de paz. Asia Menor es la madre de Grecia, tanto por sus colonias como por los rasgos principales de su temprana civilización; Grecia, en correspondencia, envió colonias a las costas del país madre, viviendo en ellas una segunda cultura, superior a la primera.

Desgraciadamente es muy poco lo que sabemos de los primeros tiempos del Asia Menor. El reino de los troyanos lo conocemos solamente por Homero; y por más que ensalce a sus propios connacionales por encima de aquéllos, ni siquiera en un relato tan inte-

1 HEYNE, *Comment. de Castoris epoch. in N. Comment. Soc. Gotting*, ts. I, II.
2 RIEDESEL, *Bemerkungen auf einer Reise nach Levante*, pág. 113.
3 HEYNE, *De origine Graecorum, commentat. Soc. Gotting.* 1764.

resado es posible desconocer el alto florecimiento del Imperio Troyano, aun en cuanto a las artes y el esplendor que desplegó. También los frigios son un pueblo de temprana civilización cuya religión y leyendas tuvieron un influjo indiscutible sobre la más antigua mitología griega. Más tarde florecieron los carios, que se llamaban a sí mismos hermanos de los lidios y milesios y descendían del mismo tronco que los pelasgos y lelegenses; se dedicaron pronto a la navegación, que en aquel entonces no era otra cosa que piratería, mientras los lidios, un pueblo de cultura más elevada, compartieron con los fenicios la paternidad de las monedas acuñadas como medio del comercio. A ninguno de estos pueblos, al igual de los milesios y tracios, les faltó una temprana civilización, y con una colonización favorable hubieran podido llegar a ser griegos.

La primera sede de las musas helénicas estuvo al noreste del país, mirando hacia Tracia. De Tracia vino Orfeo, que trajo primero una forma humana de vivir a los pelasgos salvajes e introdujo los ritos religiosos que habían de adquirir vigencia tan difundida y prolongada. Los primeros montes de las musas fueron los de Tesalia: el Olimpo, Helicón, Parnaso y Pindo; aquí, dice el más eminente investigador de la historia griega [1], se formaron las primeras sociedades civilizadas; la lira y la cítara fueron inventadas aquí, y aquí recibió su forma primitiva todo cuanto más tarde informó el espíritu griego. En Tesalia y Beocia, que en tiempos posteriores no se distinguieron en manera alguna por su cultura espiritual, no hay fuente, río, colina ni bosque que no hubiese alcanzado inmortalidad por la poesía. Por aquí bajaron las aguas del Peneo, aquí estuvo la amena Tempe, aquí Apolo apacentaba sus ovejas y aquí también alzaron los gigantes sus montañas. Al pie del Helicón aprendió todavía Hesíodo sus leyendas de boca de las musas; en una palabra: aquí nació primero la cultura griega nacional como fué también de aquí desde donde las tribus helénicas difundieron los dialectos principales de un idioma griego más puro.

En tan diversas costas e islas y con el correr de los tiempos era inevitable que en el transcurso de las migraciones y aventuras se originara una serie de otras leyendas que también arraigaron en la esfera de la cultura griega por obra de los poetas. Casi cada una de las tribus célebres llevaba consigo a sus antepasados y deidades nacionales a la pequeña región que iba a ocupar, y esta diversidad que significaría una confusión imposible de desenmarañar si tuviéramos que considerar la mitología griega como una serie de dogmas religiosos, fué justamente lo que llevó la vida propia y peculiar de las tribus a integrar la mentalidad nacional. Sólo de gérmenes y raíces tan diversos pudo florecer ese hermosísimo jardín que con el

[1] HEYNE, *De Musis; S. Gött. Anzeigen*, 1766, p. 275.

tiempo iba a producir hasta en la legislación frutos tan variados. En un territorio de múltiples divisiones, tal tribu vivía al amparo de su valle, tal otra protegida por sus costas o islas, y paulatinamente nació de los prolongados esfuerzos juveniles de tribus dispersas y reinos independientes, la grandiosa y libre mentalidad de la musa griega. Ningún señor universal de vida y muerte les había impuesto su cultura con el látigo; al son de la lira en los ritos sagrados, entre juegos y danzas, con ciencias y artes inventadas por ellos mismos y, sobre todo, por el trato y frecuente contacto entre ellos y con otros pueblos, aceptaron de su libre voluntad moralidad y leyes, no todas a la vez, sino hoy una tribu y mañana otra, según la región del país. Así, pues, aun su manera de llegar a la cultura fué la de un pueblo de helenos y de hombres libres. Indudablemente contribuyeron también a esta evolución las colonias fenicias en Tebas y las egipcias en el Ática, pero afortunadamente ninguno de estos pueblos había formado la raza de la nación griega ni su mentalidad y lenguaje. Su origen racial, su estilo de vida y su musa nacional preservaron a los griegos de ser un pueblo egipcio-cananeo.

II

EL IDIOMA, LA MITOLOGÍA Y EL ARTE POÉTICO DE GRECIA

Pasamos a tratar de asuntos que hace ya miles de años eran las delicias de los hombres cultos y, según espero, siempre lo serán. El idioma griego es el más culto del mundo, la mitología griega la más rica y hermosa de la tierra y el arte poético de los griegos tal vez el más perfecto de su género considerándolo dentro de su época y lugar de su florecimiento. ¿Quién dió a estas tribus en otros tiempos primitivas tal lenguaje, tal poesía y sabiduría eidética? El genio de la naturaleza, su país, su estilo de vida, su época y su carácter racial.

La lengua griega partió de comienzos primitivos; pero estos comienzos contenían ya en germen lo que ella podía y debía ser. No era una chapucería de jeroglíficos ni una serie de ladridos monosilábicos como las lenguas de más allá de las montañas mongólicas. Órganos fonéticos más flexibles y delicados produjeron entre los pueblos del Cáucaso una modulación más suave que pronto halló su forma gracias al sentido musical puesto al servicio de la sociabilidad. Con mayor suavidad ligáronse las palabras rítmicamente y ordenáronse los sonidos; cual melodioso torrente resonaba el can-

tar del lenguaje y entrelazadas sus imágenes con armonía encantadora, elevábase a la rítmica belleza de la danza. Fué ésta la génesis del carácter sin igual de la lengua griega, no aherrojada por leyes implacables que no tenían cabida en esta hija de la música y de la danza, inspirada en el canto, enriquecida por las gestas de la historia que gracias al libre y elocuente trato social de muchas tribus y colonias iba tomando cuerpo cual forma viviente de la madre naturaleza. No cupo en suerte tamaña fortuna a los pueblos nórdicos de Europa. Impuestas sus costumbres por leyes extrañas y una religión sin armonías musicales, acabó por enmudecer también su lengua. Por lo que a la alemana se refiere, no cabe duda de que perdió mucho de su flexibilidad íntima, de su trazado más preciso en la flexión de las palabras y aún más de aquel sonido viviente que le fué propio bajo otros cielos. Tiempos hubo en que era hermana de una misma sangre con la de los helenos, y cuán distante de ella es hoy su figura. Ningún idioma más allá del Ganges posee la flexibilidad y el suave cantar del idioma griego, ningún dialecto arameo de este lado del Éufrates llamaba suya semejante belleza en su forma antigua. Sólo la lengua griega nació del canto, que juntamente con la poesía y el temprano beneficio de la libertad, hizo de ella el lenguaje mundial de las musas. Así como no volverá a repetirse la feliz constelación de circunstancias que favorecieron la cultura griega, y el género humano no puede volver a su infancia ni rescatar del reino de los muertos a un Orfeo, un Museo y un Lino, ni a un Homero o un Hesíodo con todo lo que implicaban, así tampoco sería posible la génesis de un idioma griego en nuestros tiempos, ni siquiera en las mismas regiones que lo vieron nacer.

La mitología griega se compone de leyendas procedentes de diversas regiones que convergieron allí, de creencias populares, narraciones de las tribus sobre sus patriarcas, o también de primeros ensayos de inteligencias despiertas para explicar las maravillas del mundo y dar forma a la sociedad humana[1]. Por adulterados, recientes y nada auténticos que sean nuestros himnos del antiguo Orfeo, no dejan de ser imitaciones de aquella viva adoración y celebración de la naturaleza que cultivan todos los pueblos en los grados primarios de la cultura. El cazador primitivo le habla a su oso temido[2], el negro a su sagrado fetiche, el mobed persa a sus espíritus de la naturaleza y elementos en un lenguaje casi órfico. ¡Pero cómo se purifica y ennoblece el himno a la naturaleza de Orfeo tan sólo por el lenguaje y las imágenes griegas, y cuánto más amena

[1] HEYNE, *De fontibus et causis errorum in historia mythica; de causis fabularum physicis; de origine et causis fabularum homericarum; de Theogonia ab Hesiodo condita*, etc.

[2] GEORGI, *Abbildungen der Völker des russischen Reichs*, t. I.

se hizo la mitología griega cuando, librándose del lastre del mero palabrerío de los himnos, narraba fábulas de los dioses como en los cantares homéricos! También en las cosmogonías se redujeron con el tiempo las viejas y duras leyendas, y en su lugar se celebraron con cánticos a los héroes y patriarcas humanos a quienes ligaron íntimamente a los personajes divinos. Por fortuna, los antiguos narradores de la teogonía habían insertado en las tablas genealógicas de sus dioses y héroes alegorías tan oportunas y hermosas, a veces con una sola palabra de su lenguaje encantador, que los sabios posteriores sólo debían amplificar su significado y enlazar con él sus propias ideas más elevadas para crear una nueva y bella obra de arte. De ahí que hasta los cantores de gestas abandonaron con el tiempo sus muy usadas leyendas del origen de los dioses, invasores del cielo, obras de Hércules, y otros, para dedicarse a motivos más humanos adaptados a las necesidades del hombre.

Entre todos ellos sobresale Homero, el padre de todos los poetas y sabios griegos que vivieron después que él. Gracias a un designio benigno del destino se coleccionaron a tiempo sus cantares dispersos en una dualidad unificada cuyo conjunto brilla todavía al cabo de tantos milenios cual indestructible palacio de dioses y héroes. Se ha tratado de explicar a Homero como fenómeno de la naturaleza, cuando no fué sino hijo de la naturaleza, cantor afortunado de la costa jónica[1]. Más de uno de su especie se habrá perdido para la posteridad que podría hacerle competencia y disputarle al menos parte de la gloria que hoy es su privilegio exclusivo. Se le ha edificado templos venerándolo como a un dios humano; pero el mejor culto se lo rinde la inmortalidad de su influjo sobre la nación, que se hizo extensivo y se conserva hasta nuestros días en todos los que son capaces de entender su mensaje. Verdad es que los objetivos de sus cantares son menudencias a nuestro modo de ver; sus dioses y héroes con sus costumbres y pasiones no son otros que los que le brindaron las leyendas de su época y de las pasadas; igualmente limitados son también sus conocimientos naturalistas y geográficos, su moral y su política. Pero la verdad y sabiduría con que va tejiendo un conjunto vivo de todos los objetos de su mundo, los bien trazados contornos de cada uno de los rasgos de sus personajes en sus retratos inmortales, el modo suave y libre de todo artificio con que, libre cual un dios, ve todos los caracteres con sus vicios y sus virtudes, narrando las peripecias que vivieron; y finalmente la musicalidad que en tanta variedad de extensos cantares fluye incesantemente de sus labios filtrándose en cada una de sus imágenes, en cada sonido de sus palabras, para vivir coeterna

[1] BLACKWELL, *Enquiry into the life and writings of Homer*, 1736. *Wood Essay on the original genius of Homer*, 1769.

con su poesía, tales son los méritos que hacen de Homero el único de su género en la historia de la humanidad y digno de la corona de la inmortalidad si es que puede haber algo inmortal en esta tierra.

Necesariamente, el efecto que Homero tuvo sobre los griegos hubo de ser otro que el que pueda tener sobre nosotros, que le premiamos tan a menudo con una admiración fría y forzada cuando no con abierto desprecio. No así los griegos. Para ellos cantaba en una lengua viva, libre aún de todo cuanto en tiempos posteriores se iba a llamar dialecto. Les cantó las gestas de los antepasados con patriotismo y en contra de los extranjeros, nombrándoles al mismo tiempo estirpes, tribus, constituciones y regiones que en parte tenían ante los ojos como de su propiedad, en parte como recuerdo y motivo de orgullo de linaje. De esta manera, Homero fué para ellos en más de un sentido un mensajero de los dioses, de la gloria nacional y una fuente inagotable de los más diversos aspectos de la sabiduría nacional. Los poetas posteriores siguieron sus pasos; los autores de las tragedias tomaron de él las fábulas, las alegorías didácticas, los ejemplos y las sentencias. Cada fundador de un nuevo género artístico tomó su obra artística como modelo de la propia, de suerte que Homero no tardó en convertirse en la bandera del gusto helénico y, para inteligencias poco dotadas, simplemente en norma de toda sabiduría humana. Su influencia alcanzó también a los poetas romanos y sin él no hubiera habido ninguna *Eneida*. En mayor medida aún contribuyó a sacar de su barbarie a los nuevos pueblos de Europa; más de un joven recibió de él su cultura y tanto el trabajador como el intelectual le deben la formación del gusto artístico y el conocimiento de los hombres. Con esto no se quiere negar que, como siempre, la admiración exagerada del gran hombre condujo a ciertos abusos de los que no pudo librarse el bueno de Homero. Nadie se extrañaría más que él mismo si pudiera volver al mundo para ver lo que se hizo de su persona. Entre los griegos dió a la fábula una vida más prolongada y mayor raigambre de lo que hubiera tenido sin él; los bardos recitaron sus cantares, escritorzuelos con veleidades de poeta le imitaron y el homerismo entre los griegos se puso de moda transformándose en un arte tan hueco, amanerado y culterano que apenas se halla parangón en otra nación ni otro poeta alguno. La mayor parte de las innumerables obras de los gramáticos sobre Homero se han perdido; de lo contrario nos darían una prueba más del castigo de Dios que todo espíritu sobresaliente significa para las generaciones posteriores; pero ¿acaso no hay también en tiempos modernos bastantes ejemplos de malas interpretaciones y erróneas aplicaciones de la obra de Homero? Mas siempre será verdad que un espíritu como el suyo en la época que le tocó vivir y la nación

que recogió su obra, significa un don de la cultura que ningún otro pueblo puede contar entre sus glorias. Ninguna nación oriental tiene un Homero; en ningún pueblo europeo apareció a tiempo, durante los años de su juventud etnológica, un poeta como él. Ni siquiera Ossian fué para sus escoceses lo que Homero para los griegos, y es cosas por demás incierta que el destino nos dé jamás un segundo Homero que nos lleve tan arriba como su hermano gemelo.

Siendo la mitología, poesía y música el punto de partida de la cultura griega, no puede extrañar que la afición a estas artes fuese un rasgo dominante de su carácter, que se mantiene aun en sus escritos de índole científica y todas sus instituciones. Para nuestro modo de ver, es cosa peregrina que los griegos tengan a la música por elemento principal de la educación, que la estimen como excelente instrumento en manos del Estado y atribuyan a su decadencia consecuencias de gran trascendencia. Más raro aún nos parece el panegírico que hacen de la danza, pantomima y arte teatral como hermanas de sangre de la poesía y sabiduría con tanto entusiasmo y casi arrobamiento. Algunos, al leer semejantes elogios, creyeron que también el arte musical de los griegos debía ser una de las siete maravillas del mundo por su perfección sistemática, ya que los efectos que se le atribuían seguían siendo un enigma para nosotros. Mas el mismo uso que ellos hacían de la música, demuestra que ésta no aspiraba a la perfección científica, porque no le dieron categoría de arte propio e independiente sino que la usaban como auxiliar de la danza, la pantomima y el arte dramático. En esta combinación, pues, y en toda la orientación que iba tomando la cultura griega se cifra la eficiencia de sus sonidos. El arte poético de los griegos, nacido de la música, conservó siempre la tendencia a volver a su punto de origen; hasta la magna tragedia nació sólo del coro como también la antigua comedia; las diversiones públicas, las partidas para la guerra y los esparcimientos domésticos del ágape pocas veces se hacían sin música y canto, y nunca sin danzas. Verdad es que dada la multitud de Estados y pueblos que integraban Grecia, hubo grandes diferencias de una provincia a otra; las diversas épocas, los varios grados de cultura y del lujo contribuyeron a ahondar tales diferencias; pero consideradas las cosas en conjunto queda en pie que los griegos aspiraban al cultivo común de estas artes como cúspide de las facultades humanas que tuvieron en la más grande estima. Creo que no se comete ninguna injusticia afirmando que ni el arte de la pantomima ni el dramático ni la danza, poesía o música ocupan entre nosotros el lugar que les asignaban los griegos. Entre ellos fueron sólo un obrar, un florecer del espíritu humano que encontramos en estado embrionario en todas la naciones salvajes si poseen un carácter eufórico y optimista y viven en una región afor-

tunada. Ahora bien: así como sería una necesidad querer volver a la fuerza a esa edad juvenil ligera de cascos con la ridícula pretensión de bailar como anciano en rueda de mozos, así sería de injusto que este anciano tomara a mal a la gente joven que sea alegre y amiga de gambetear. La cultura griega coincidió con esta edad de alegría juvenil que tiene sus habilidades propias de las cuales sacaron partido hasta donde fuera posible. Obtuvieron con ello un efecto que nos parecería a nosotros exaltado y acaso patológico; pues difícilto que pueda haber un agente de eficiencia más intensa y refinada sobre la mente humana que la combinación de estas artes calculada al máximo y en su punto culminante, especialmente en el caso de hombres que eran formados y educados con esta orientación y vivían en un mundo pletórico de tales impresiones. Por lo tanto, ya que no podemos ser griegos nosotros mismos, celebremos, por lo menos, que éstos hayan existido alguna vez y que, como todo florecer del alma humana, también ésta haya encontrado el lugar y la época para su perfecto desarrollo.

Por lo dicho hasta ahora se explica que algunos géneros del arte griego ligados a una concepción viviente de la música, la danza y la pantomima, encuentren en nosotros sólo una comprensión muy imperfecta e inadecuada, por lo que también su interpretación más concienzuda corre peligro de errar el camino. El arte dramático de Esquilo, Sófocles, Aristófanes y Eurípides no era como el nuestro. Lo que es propiamente el drama griego nunca volvió a aparecer en pueblo alguno, por excelentes que sean las obras de esta índole producidas por otras naciones. Las odas de Píndaro privadas del canto y de las solemnidades y el alto concepto que los griegos tenían de sus representaciones, deben parecernos estallidos delirantes, así como los diálogos de Platón, rebosantes de musicalidad de lenguaje y belleza de composición en sus imágenes y expresiones, donde más duramente fueron criticados ha sido precisamente en los pasajes en que su revestimiento artítico llega al punto culminante. Por esto es menester que sean jóvenes los que aprendan a leer a los griegos, ya que el hombre viejo con dificultad puede apreciarlos y menos apropiarse de sus valores. Dejad que su imaginación lleve a menudo la delantera a la inteligencia y que esa refinada sensibilidad en que ellos ponían la esencia de la cultura preceda a veces a la razón y la virtud; sin hacernos griegos a nosotros mismos, sepamos tenerles el aprecio que merecen. Mucho nos queda por aprender de su forma artística, la áurea medida y precisión de su pensamiento, la naturalidad de sus sentimientos pletóricos de vida palpitante, y finalmente el ritmo sonoro de su lenguaje que nunca encontró su igual en el mundo.

III

LAS BELLAS ARTES EN GRECIA

Un pueblo de esta mentalidad tuvo que elevarse naturalmente en todas las artes de la vida de lo necesario a lo bello y ameno; los griegos lo lograron a la perfección en todos los órdenes de su mundo. Su religión exigía imágenes y templos; sus constituciones políticas requerían monumentos y edificios públicos; su clima y sistema de vida, su intensa actividad, opulencia, vanidad, etcétera, hacían indispensables varias obras de arte. El genio de la belleza les inspiraba estas obras y les ayudó a perfeccionarlas de un modo sin parangón en la historia. Puesto que las maravillas más grandes de esta clase quedaron destruídas, nuestra admiración y amor se dirigen a sus ruinas y escombros.

1. La religión favoreció en gran medida las artes de Grecia, como se desprende del elenco de sus obras de arte en Pausanias, Plinio o también de cualquiera de las colecciones que hacen mención de ellas. Hay aquí una analogía con toda la historia de los pueblos y de la humanidad: era un deseo común ver al objeto de la adoración, y donde no mediaba una prohibición por parte de la ley o de la misma religión, se manifestaba la tendencia de imaginarlo o representarlo. Hasta los negros hacen visible a su dios mediante un fetiche, y de los griegos sabemos que en tiempos primitivos veían a sus dioses representados en una piedra o un tarugo. Mas semejante pobreza no cabía en un pueblo tan progresista; el leño evolucionó hasta ser un Hermes u otra estatua y como la nación estaba dividida en muchas pequeñas tribus y pueblos, era natural que cada cual tuviese sus penates y dioses particulares que trataban de representar y adornar. Algunos ensayos logrados de los antiguos dédalos y probablemente también el ejemplo de obras de arte vecinas estimularon la emulación y pronto hubo varias tribus y ciudades que pudieron admirar una versión embellecida de su máximo dios regional. El arte más antiguo tomó su origen principalmente de imágenes de los dioses, que le sirvieron, por así decirlo, de andaderas [1]. De ahí que ninguno de los pueblos que estuvieron bajo la prohibición de representar a sus dioses se haya elevado a un nivel verdaderamente alto en las artes plásticas.

[1] WINCKELMANN, *Gesch. der Kunst*, t. I, cap. I; HEYNE, *Berichtigung und Ergänzung derselben in den deutschen. Schriften der Götting Societ*, t. I, p. 211, etc.

Mas como entre los griegos los dioses eran conocidos por los cantares y poemas donde vivían en figuras de inigualada belleza, nada más natural que las artes plásticas, hijas desde un principio del arte poético, crecieran al son de aquellos personajes sobrehumanos que la madre les cantaba al oído. El artista tuvo que aprender la mitología de los dioses de boca del poeta con lo cual asimilaba también la concepción de aquél; así se explica que el arte más antiguo no se detuviera ante las expresiones más horripilantes cuando éstas se hallaban en el canto del poeta[1]. Con el correr del tiempo prevalecieron concepciones más estéticas porque el arte poético evolucionaba en este sentido y fué así como Homero llegó a ser el padre de un arte más bello de los griegos por ser el autor de una poesía más hermosa. Inspiró a Fidias aquella idea elevada que encarnó en la estatua de Júpiter, abriendo ésta el cortejo de todas las otras obras de este escultor de los dioses. Según los grados de parentesco entre los dioses que establecían las narraciones de los poetas, sus esculturas tomaron rasgos más característicos y hasta familiares, hasta que finalmente la tradición poética vino a ser un código de los personajes olímpicos en todo el reino de las bellas artes. De ahí que ningún pueblo de la Antigüedad pudiese producir un arte como el griego sin haber tenido también la mitología y poética griegas y haber obtenido su cultura asimismo a la manera griega. Como este caso no se dió en la historia universal, el arte homérico es un privilegio de los griegos.

Así se explica, por lo tanto, la creación ideal del arte griego que no debe su origen a una profunda filosofía de los artistas ni a una supuesta naturaleza ideal de la nación, sino a las causas que han sido expuestas hasta ahora. Sin duda fué una circunstancia feliz el que los griegos fuesen un pueblo de gran belleza física, aunque es un error hacer extensiva esta propiedad a cada uno de los griegos haciendo de él un ideal de belleza. La naturaleza fecunda en miles de formas no cambió su manera habitual de proceder a favor de los griegos, y según Hipócrates hubo entre ellos tantos males y enfermedades deformantes como en todas partes del mundo. Pero aun teniendo en cuenta todo esto e incluyendo las ocasiones en que algún artista no resistiese la tentación de inspirarse en la belleza de un joven para remontarse a la de Apolo o ascender a una Friné o una Lais a diosa de la belleza, no hemos arribado todavía a una explicación satisfactoria del ideal de belleza que los artistas griegos habían aceptado como regla universal. Que la cabeza de Júpiter de la estatua de Fidias existiese en vida es probablemente tan imposible como que el Júpiter de Homero hubiese existido realmente en nuestro mundo. El gran dibujante anato-

[1] HEYNE, *Über den Kasten des Kypselus u. A.*

mista Camper ha demostrado sin dejar lugar a dudas [1] cuáles son las reglas exactamente calculadas en que se apoya el ideal de belleza griego. A esta regla pudieron conducir únicamente las ideas de los poetas y los fines del culto religioso. El que quiera producir una nueva Grecia en estatuas mitológicas, deberá inculcar a un pueblo estas supersticiones poético-mitológicas con todo lo que esto implica y con toda la simplicidad natural de aquella época. Pero éste haría mejor en viajar a través de Grecia contemplando sus templos, sus grutas y bosques sagrados, hecho lo cual optará por abandonar semejante proyecto por haberse persuadido de que no sería deseable siquiera un arte de la índole del griego para un pueblo que se halla completamente al margen de una religión de esta clase, es decir, de una superstición tan intensa que acababa por llenar cada ciudad, cada poblado y cada rincón con su presencia sagrada y tradicional.

2. Todas las epopeyas griegas, especialmente las que se refieren a los patriarcas de la propia tribu o linaje, forman parte de este complejo; también ellos recibieron su forma del alma del poeta y vivían en cantares de gesta, algunos de ellos inmortales. Al crearlas narraba el poeta su historia para regocijo y orgullo de raza de la tribu dando con ello origen a una especie de religión poética. La historia del arte *más antiguo* y *una visión de conjunto* de las obras de arte griegas confirma esta opinión. Sepulcros, escudos, altares, sagrarios y templos eran los que honraban la memoria de los antepasados y son ellos también los que constituyen desde los tiempos más antiguos y en diversas tribus los objetivos de las obras de arte. Todos los pueblos guerreros pintaban y adornaban sus escudos, pero los griegos dieron un paso más: tallaron, fundieron o esculpieron en ellos la memoria de sus mayores. De ahí los primeros trabajos de Vulcano en las obras de los poetas más antiguos; de ahí el escudo de Hércules con las hazañas de Perseo que refiere Hesíodo. Fuera de los escudos, se encontraban representaciones de esta clase en los altares de los héroes u otros monumentos de la estirpe como lo demuestra la caja de Cipselo cuyas figuras concuerdan completamente con el gusto del escudo de Hesíodo. Obras de elevado nivel con este contenido se escribieron desde los tiempos de Dédalo, y como muchos templos dedicados a los dioses habían sido originalmente monumentos funerarios [2], se unía en ellos la memoria de los antepasados, de los héroes y dioses tan íntimamente que si casi venía a ser un único culto, sirvió, cuando menos, como único motivo al arte. Así se explica la reproducción de la antigua epopeya

1 CAMPER, *Kleinere Schriften*, p. 18, etc.

1 Por ejemplo, el templo de Palas Atenea en Larisa, de Acrisio; el templo de Minerva Polias en Atenas, de Erictonio; el trono de Amicleo, de Jacinto, etc.

sobre los pliegues de los vestidos de los dioses, o encima de los tronos y altares, o inversamente los monumentos recordatorios de los difuntos en las plazas públicas y las estatuas y columnas sobre las tumbas. Si agregamos las incontables obras de arte que eran llevadas a los templos en calidad de votos y acción de gracias por parte de familias, tribus o personas particulares y las cuales a menudo eran adornadas con motivos de historia de la tribu y sus héroes, conforme a la costumbre tradicional, ¿qué otro pueblo puede gloriarse de haber poseído un único motivo como éste que propulsara tan exuberante variedad de bellas artes? Nada son, en su comparación, nuestras salas con los retratos de antepasados olvidados; toda Grecia estaba repleta de las leyendas y cantares y sagrarios de sus dioses y héroes. Todo se guiaba por la idea grandiosa de que los dioses eran una especie de hombres superiores emparentados con los griegos, y los héroes dioses inferiores; esta concepción, a su vez, fué obra de los poetas.

Entre tales motivos de gloria nacional y familiar que promovieron las artes, hay que contar también los juegos olímpicos; eran instituciones y al mismo tiempo fiestas conmemorativas de sus héroes, es decir, una costumbre que favorecía por igual el culto religioso, las artes, y particularmente la poesía. No sólo porque los jóvenes, con frecuencia desnudos, se ejercitaban en diversas luchas y competencias sirviendo al artista de modelos vivos, sino que también los ejercicios les proporcionaban una belleza física digna de ser modelada y sus victorias juveniles conservaban vivos en su espíritu los recuerdos de la gloria de linajes, antepasados y héroes. Por Píndaro y la historia sabemos cuán alto fué el aprecio en que se tenían estas victorias en toda Grecia y qué dura la competencia por las coronas. Toda la ciudad del vencedor se honraba en él; dioses y héroes del pasado se incorporaban a su linaje. En ello se basa la jerarquía de los valores establecida en las odas de Píndaro, que consideraba tales victorias como obras de arte superiores a las estatuas. También es éste el origen de los mausoleos o estatuas que se le concedían al vencedor, casi siempre idealizadas. Por su afortunada imitación de los héroes antepasados, había ingresado, en cierta manera, en la categoría de los dioses, elevándose por encima del común de los mortales. ¿En qué parte del mundo serían posibles actualmente juegos olímpicos que tengan semejante valor y consecuencias?

3. También las constituciones políticas de los griegos ayudaron al desarrollo de las artes; no tanto por ser Estados independientes cuanto porque estos Estados necesitaban a los artistas para la ejecución de grandes obras. Grecia estaba dividida en muchos Estados que, gobernados por los reyes o arcontes, fomentaban las artes. También los reyes eran griegos y toda la demanda de obras de arte

proveniente de la religión o leyendas de tribu la hacían suya; no pocas veces eran ellos mismos los sumos sacerdotes. Desde los primeros tiempos, el adorno de sus palacios se distinguía por joyas del arte ofrecidas por sus compatriotas héroes y amigos. Con todo no es menos cierto que fueron precisamente las constituciones democráticas que se iban introduciendo paulatinamente en toda la Grecia, las que dieron mayor expansión a las artes. En una comunidad política de esta índole se necesitaban edificios públicos para la asamblea del pueblo, para el tesoro público y para los deportes y diversiones comunes, lo que dió origen en Atenas, por ejemplo, a magníficos gimnasios, teatros y galerías como el Odeón y el Piranteo, el Pnixis, etc. Como en las repúblicas griegas todo se hacía en nombre del pueblo o de la ciudad, nada era bastante bueno de cuanto se dedicaba a los dioses que la protegían o a la gloria de su nombre, mientras el ciudadano particular se contentaba con una morada más modesta. Este espíritu de comunidad que lo daba todo, por lo menos en apariencia, para el bien común, era el alma de los Estados helénicos al que, sin duda, alude Winckelmann donde glorifica la libertad de las repúblicas griegas como el siglo de oro de las artes. El esplendor y la grandeza no estaban allí distribuídos como en los tiempos modernos, sino que coincidían con las cosas que realmente interesaban el bienestar de la república. Pericles, halagando al pueblo al despertar una conciencia de la propia gloria, hizo más por las bellas artes de lo que diez reyes atenienses podrían haber hecho. Todo cuanto construía se inspiraba en las grandes líneas del gusto popular por estar dedicado a los dioses y la polis eterna. Pocas ciudades e islas griegas habrían construído tales edificios y patrocinado tales obras de arte, si no hubieran sido Estados libres e independientes que trataban de superarse mutuamente en celebridad. Como además en las repúblicas democráticas el jefe político necesitaba el apoyo del pueblo, nada mejor que el esplendor de las obras públicas que a fuerza de atraer la bendición de los dioses protectores, llamaba la atención del pueblo y daba pan a mucha gente.

Con esto no se quiere negar que semejante suntuosidad implicaba también consecuencias que suelen disimularse. El rigor con que los atenienses oprimían a los vencidos, y hasta a sus propias colonias, las piraterías y guerras en que se veían metidos incesantemente los Estados griegos, los pesados servicios que hasta los ciudadanos tenían que prestar al Estado y muchas otras cosas por el estilo, no hacen del Estado griego precisamente un edén; pero por lo que toca a las artes, hasta estas molestias les servían de objetivo. Los templos de los dioses solían ser respetados hasta por los enemigos; pero donde mandaba una suerte menos propicia, los templos arrasados por los enemigos surgían con redoblado esplendor de sus

cenizas. El saqueo de los persas dió lugar a una Atenas de belleza superior a la anterior y en casi todas las guerras victoriosas parte del botín que pertenecía al Estado, se adjudicaba a algunas de las artes. Aun en tiempos de decadencia y a despecho de todas las devastaciones por parte de los romanos, Atenas mantuvo el esplendor de su fama por sus estatuas y edificios, porque varios emperadores, reyes, héroes y acaudalados particulares se empeñaban en conservar y embellecer una ciudad que reconocían como la Meca del gusto refinado. Así vemos que también bajo el Imperio Macedónico las artes de los griegos no se extinguen sino que emigran. También en países lejanos los reyes griegos seguían siendo griegos amantes de las artes helénicas. Alejandro y sus sucesores edificaron magníficas ciudades en África y Asia; también Roma y otros pueblos aprendieron de los griegos cuando había pasado la época del florecimiento de las artes en su propia patria. En todas partes del mundo fué uno solo el arte y la arquitectura griega.

4. Finalmente también el clima contribuyó a fomentar las bellas artes de los griegos, no tanto por la belleza de los habitantes, que depende más de la raza que de la región, cuanto por su situación geográfica y riquezas del suelo favorables a la obtención de las materias primas de las obras de artes y a su ventajosa colocación en el paisaje. El suelo les brindaba las mejores clases de mármol, encabezadas por el pórfido; el marfil, los minerales y cuantos elementos necesitasen para las obras, se los proporcionaba el comercio en cuyo centro se hallaban situados. En cierto modo, el tráfico comercial se había adelantado al nacimiento de las artes, poniéndolos en posesión de objetos preciosos procedentes del Asia Menor, Fenicia y otras partes, cuando todavía no eran peritos en su fabricación. Sus predisposiciones artísticas fueron estimuladas desde los primeros tiempos, ante todo porque la proximidad del Asia menor y sus colonias de la Magna Grecia despertaron el gusto de la opulencia y del bienestar que no podían menos que fomentar las artes. El carácter de los griegos, aunque ligero, estaba muy lejos de malgastar su trabajo en inútiles pirámides; ni era posible que una ciudad o un Estado independiente cayese en esa manía de lo colosal. Con la única excepción del Coloso de la isla de Rodas, se encuentra hasta en sus obras de grandes dimensiones la áurea medida que sabe conciliar la majestad con la belleza. También el cielo, casi siempre despejado, ponía su parte, permitiendo muchas estatuas, altares y templos que no hacía falta cubrir o proteger de las inclemencias del tiempo, y más que nada el hermoso obelisco que podía fijarse bajo este cielo con la belleza de sus delgadas líneas y su gracia esbelta, modelo de simetría, precisión y sencillez.

Considerando todas estas circunstancias en conjunto, se ve cómo en Jonia, Grecia y Sicilia, aun en materia de arte, pudo obrar

esa mentalidad inspirada y precisa que caracteriza todas las obras estéticas de los griegos. Este espíritu no puede aprenderse a fuerza de meras *reglas y preceptos;* pero se manifiesta en su observación, y con el constante ejercicio pudo, no obstante su origen puramente genial, evolucionar a ser un oficio de artesanía. También el último de los artistas griegos es por su estilo un auténtico griego; podemos superarlo en tal o cual aspecto, pero el conjunto genético del arte helénico seguirá siendo para nosotros siempre inalcanzable; la época de ese genio ha pasado.

IV

LA FILOSOFÍA MORAL Y POLÍTICA EN GRECIA

Las costumbres de los griegos eran tan diferentes como sus tribus, regiones y maneras de vida lo eran por los diversos grados de su cultura y las peripecias históricas que habían tocado en suerte a cada una de ellas. Los arcadios y los atenienses, los jonios y epirotas, los espartanos y sibaritas eran tan desemejantes por sus tiempos, situación y estilo de vida que me faltan colores para pintar de todos ellos un cuadro engañoso el cual, queriendo representar el conjunto, estaría afeado por rasgos más contradictorios que los del retrato que Parrasia pintó de aquel *Demo ateniense* [1]. Así, pues, no me queda otro recurso que seguir el proceso general de la formación de las costumbres griegas y la manera como éstas influyeron en su constitución política.

Como en todos los pueblos de la tierra, así también entre los griegos las leyes morales tuvieron como origen principalmente la religión y siguieron por esta vía durante mucho tiempo. Los ritos religiosos que a través de diversos misterios alcanzaron épocas de gran actividad política, los sagrados derechos de hospitalidad y de protección al refugiado, la inmunidad en los lugares sagrados, la creencia en las furias y los castigos que perseguían, aun al homicida involuntario, durante generaciones y más generaciones llevando la maldición de la sangre que clamaba venganza sobre el país entero, los ritos expiatorios y propiciatorios, la voz de los oráculos, el juramento sagrado, el valor sagrado del hogar, de los templos y sepul-

[1] Pinxit Demon Atheniesium argumento quoque ingenioso; volebat namque varium, iracundum, iniustum, inconstantem, eundem exorabilem, clementem, misericordem, excelsum, gloriosum, humilem, ferocem fugacemque et omnia pariter ostendere. — PLINIO, *His. nat.*, I, 30, c. 5.

cros, etc., eran convicciones e instituciones en boga con la finalidad de civilizar a un pueblo primitivo y conducir a hombres semi-salvajes paulatinamente al humanismo [1]. Basta comparar a los griegos con otras naciones para convencerse de que estas instituciones fueron afortunadas en su cometido, porque es un hecho innegable que no sólo condujeron a los griegos a las puertas de la filosofía y cultura política, sino que los introdujeron hasta muy adentro de su sagrario. Tan sólo el oráculo de Delfos: ¡de cuánta utilidad no fué para Grecia! Su voz divina señaló a más de un tirano y malhechor augurándole una suerte adversa; y también salvó a muchos desgraciados, aconsejó a los desorientados, dió el respaldo de la autoridad divina a muchas empresas provechosas, dió fama a más de una obra de arte o musa y consagró sentencias morales y máximas políticas. Los toscos versos de ese oráculo surtieron más efecto que los más elegantes poemas de poetas posteriores. Su mayor influjo provenía de que daba autoridad a los Estados y a la jurisprudencia de la suprema corte, los Anfictiones, elevando sus veredictos, en cierta manera a la categoría de leyes religiosas. Lo que en siglos posteriores se propuso como único recurso para una paz perenne en Europa, un tribunal de Anfictiones [2], ya lo tenían los griegos, y colocado bien cerca del trono del dios de la sabiduría y de la verdad que lo había de santificar con su autoridad.

Juntamente con la religión deben enumerarse en este lugar todas las costumbres nacidas de las instituciones de los antepasados y que conservaban su memoria para la posteridad, porque ejercieron un influjo constante sobre la formación ética de los griegos. Así, por ejemplo, los varios juegos públicos dieron a la educación griega una orientación muy peculiar, haciendo de los ejercicios físicos factor principal de aquélla y proponiendo las virtudes obtenidas a la admiración de toda la nación. Jamás ramo alguno llevó frutos más bellos que el pequeño ramo de olivo, laurel o abeto que coronaba a los vencedores. A los jóvenes infundió belleza, salud y vivacidad; dió a sus miembros agilidad, justas proporciones y bienestar; encendió en sus almas las primeras chispas de la ambición de gloria y celebridad póstuma e imprimió en su mente, cual forma indeleble, la aspiración de empeñar su vida por el bien público de su ciudad y su nación. Pero como fruto más precioso despertó en sus almas la afición al trato con hombres y amistades viriles, que constituye uno de los distintivos del mundo helénico. En Grecia no fué la mujer el único premio al que aspiraba el joven en su lucha con la vida; la más hermosa Helena no puede producir más que un Paris

[1] HEYNE, *De primorum Graeciae legumlatorum institutis ad morum mansuetudinem, in opus academic,* t. I, p. 207.

[2] *Oeuvres* de St. Pierre, t. I y en casi todas sus obras.

si su posesión y goce fuera el fin adecuado de toda la virtud varonil. El sexo femenino, por hermosos que sean los dechados de toda virtud que produjo en Grecia, nunca fué más que un fin secundario de la vida del hombre; las aspiraciones de los jóvenes nobles apuntaban más arriba; el vínculo de la amistad que los unía entre ellos o con hombres experimentados fué para ellos una escuela que difícilmente podía brindarles una Aspasia. De ahí en varios Estados de Grecia este amor entre amigos investido de tal afán de superación, tal estudio, duración y sacrificio que sus sentimientos y consecuencias, si los leemos en Platón, nos parecen una novela de un planeta extraño. Corazones viriles se unían en amor y amistad, muchas veces hasta la muerte; el amante perseguía al amado con una especie de celos que descubría en éste los más pequeños defectos y el amado temía el ojo escudriñador de su amante como a una llama que acrisolaba las más ocultas inclinaciones de su alma. Así como para nosotros las amistades de la juventud son las más queridas y ningún sentimiento nuestro tan duradero como el amor de aquellos que fueron compañeros en los más hermosos años del despertar de nuestras energías que ejercitábamos junto con ellos en un ideal de perfección, así los griegos hallaban su vía de perfección en el destino público de sus gimnasios, sus guerras y su actuación política, cuya consecuencia natural era ese sagrado grupo de amantes. Muy lejos estoy de querer disimular los abusos que se originaron de esta institución, particularmente donde se ejercitaban jóvenes desnudos; pero desgraciadamente, también estos abusos tenían su fundamento en el carácter de la nación cuyo poder imaginativo palpitante y cuyo amor casi loco por todo lo bello, en lo cual hacían consistir el sumo placer de los dioses, hacían inevitables tales desórdenes. Si éstos se hubieran practicado ocultamente, su efecto habría sido tanto más funesto, como lo demuestra la historia de casi todos los pueblos de la zona tórrida o de una cultura opulenta. Fines públicos y honrosos dieron un escape a la llama que se alimentaba en el alma de los hombres y con esto cayó bajo la vigilancia y delimitación de las leyes que la aprovechaban como eficiente resorte para los fines del Estado.

Por último, como la triple Grecia de ambos Continentes se hallase dividida en muchos Estados y tribus, la ética tuvo que revestir en cada caso un carácter genético y en muchos aspectos político, circunstancia feliz que nos explica por sí sola el progreso de la moral de los griegos. Los Estados griegos estaban unidos entre sí por vínculos tan tenues como son un idioma común, una religión común, los oráculos, los juegos, el supremo tribunal de los Anfictiones; luego, por el origen racial y las colonias y, finalmente, por la memoria de antiguas gestas comunes, la poesía y las glorias nacionales. Ningún déspota los unía por medio de otros artificios o nece-

sidades, porque también sus peligros comunes se salvaron con fortuna durante largo tiempo. Lo decisivo era, por lo tanto, lo que cada tribu quisiera beber de la fuente de la cultura y cuáles arroyuelos deseaba desviar de ella para sus pagos. Cada cual lo hizo conforme a sus necesidades y, sobre todo, de acuerdo con la mentalidad de algunos hombres notables que les enviaba la naturaleza educadora. Ya entre los reyes de Grecia hubo dignos descendientes de los antiguos héroes desaparecidos, que se hicieron en su época tan útiles a sus pueblos mediante una buena legislación como sus mayores lo habían sido por su gloriosa valentía frente al enemigo. Fuera de los primeros colonizadores se distingue entre los reyes legisladores especialmente a Minos, que supo formar a sus cretenses aguerridos, habitantes de una isla montañosa, con espíritu bélico, y más tarde fué el modelo en que se inspiró Licurgo. Fué el primero que tuvo a raya a los piratas y dió seguridad a la navegación en el Mar Egeo. Fué el primero que estableció ciertas normas morales en Grecia en el mar y en tierra firme. La historia de Atenas, Siracusa y otros reinos demuestra que no le faltaron émulos entre los reyes. Con todo, el hecho de que la mayor parte de los reinos monárquicos griegos se convirtiesen en repúblicas dió mayor empuje a la evolución de las leyes ético-políticas, lo cual significa una de las revoluciones más memorables de la historia universal. Sólo fué posible en Grecia donde gran número de pueblos diversos había sabido conservar la memoria de su origen y su tribu también bajo el gobierno de sus reyes. Cada pueblo se consideraba a sí mismo como un Estado independiente con el derecho de constituirse políticamente como sus antepasados emigrados. No hubo ninguna tribu griega que abandonase su libertad en manos de una dinastía hereditaria de reyes. Verdad es que con este asunto no se concluía que el nuevo gobierno fuera mejor; en lugar de los reyes reinaban casi en todas partes los más nobles y poderosos, de manera que en algunas ciudades los disturbios fueron mayores y la opresión del pueblo insoportable; pero la suerte estaba echada, los hombres habían llegado a la mayoría de edad y aprendieron a pensar por propia cuenta en su constitución política. Fué así como la época de las repúblicas griegas constituyó el primer paso hacia la emancipación del espíritu humano en un asunto tan vital como lo es el gobierno de los hombres por el hombre. Todas las desviaciones y pasos en falso de las formas gubernamentales de Grecia deben considerarse como ensayos de la juventud, que sólo aprende a fuerza de golpear con la cabeza contra la pared.

En muchas tribus y colonias así libertadas se distinguieron hombres sabios, tutores del pueblo, que meditaban sobre los males que afectaban su tribu y los convenientes remedios a base de la Constitución, las leyes y costumbres. Naturalmente los más de ellos

eran hombres públicos, jefes del pueblo, consejeros de los reyes y militares, porque sólo de esta aristocracia podía irradiar la cultura política que luego imbuiría al pueblo. También Licurgo, Dracón y Solón descendían de los más nobles linajes de su ciudad y eran, en parte, ellos mismos miembros del gobierno. En su tiempo, los desmanes de la aristocracia y el descontento del pueblo habían alcanzado la cúspide, por lo cual las reformas constitucionales por ellos propugnadas hallaron tan entusiasta acogida. Inmortal es el mérito de estos hombres que apoyados en la confianza del pueblo desdeñaron para sí y los suyos el mando supremo dedicando todos sus esfuerzos y todos sus conocimientos de los hombres y del orden político al bien común, es decir, al Estado por el Estado. Sus primeros intentos no constituyen ni con mucho los más sublimes y eternos ejemplos de una constitución humana; pero tampoco era ésta su pretensión. No fueron ideados sino para el lugar de su aplicación concreta y también allí tuvieron que acomodarse en muchos aspectos y contra su voluntad a las costumbres de la tribu y sus defectos arraigados. Licurgo tuvo en esto más libertad que Solón; pero retrocedió a épocas pasadas y estructuró un Estado como si el mundo pudiese permanecer eternamente en la edad heroica y en una infancia primitiva. Promulgaba sus leyes sin aguardar el efecto que producirían y sin duda hubiera sido una gran pena para su espíritu presenciar a través de toda la historia griega las consecuencias que hubieron de acarrear a su ciudad y a todo el país, en parte por el abuso y en parte por su duración demasiado prolongada. La legislación de Solón surtió efectos perjudiciales por otro camino. El mismo Solón llegó a sobrevivir el espíritu de la misma; previó las malas consecuencias de su gobierno popular, las cuales siempre fueron evidentes para los mejores y más sabios, hasta el fin de Atenas[1]. Mas ésta es la suerte de toda obra humana y muy especialmente de las constituciones políticas. El tiempo y la naturaleza todo lo cambian, ¿cómo, pues, no habían de cambiar las formas de la vida humana? Toda nueva generación produce una nueva mentalidad por más que se mantengan una Constitución y una educación tradicionales. Se imponen nuevas necesidades y peligros, nuevas ventajas por las victorias, la creciente riqueza y el mayor prestigio y hasta por aumento de la población, ¿cómo es posible que hoy tenga validez lo que la tuvo ayer y que una ley antigua se haga eterna? Se la mantiene, sí, acaso para salvar las apariencias y más que nada para abusar de ella aligerando las cargas que resultarían demasiado pesadas al egoísmo y la pereza de los hombres. Fué ésta la suerte de la legislación de Licurgo, Solón, Rómulo, Moisés y la de todas las legislaciones que se sobrevivieron.

[1] Véase Jenofonte sobre la república de los atenienses; también Platón y Aristóteles.

De ahí el acento en extremo conmovedor que se advierte en la propia voz de estos legisladores en sus años postreros; casi siempre es una voz de lamento. Si llegaban a viejos, habían sobrevivido a su época: tal la voz de Moisés y también de Solón en los pocos fragmentos que poseemos de este último. Más aún: si exceptuamos las meras máximas morales, casi todas las consideraciones de los sabios de Grecia tienen un dejo de tristeza. Veían lo incierto del destino y la suerte humana, limitados ya por las leyes de la naturaleza y miserablemente turbados por el propio proceder de los hombres. Se lamentaron de la fugacidad de la vida humana y su juventud florida, y en cambio se extendieron sobre la vejez, a menudo pobre y enferma y siempre débil y despreciada. Se quejaron de la buena suerte de los desvergonzados y los padecimientos de los buenos; mas no dejaron de infundir a sus compatriotas con mansedumbre conmovedora el aprecio por los verdaderos remedios como son la prudencia y el sentido común, la moderación de las pasiones y el callado cumplimiento del deber, la concordia y la fidelidad al amigo, la constancia y el valor indomable, la reverencia ante los dioses y el amor a la patria. Hasta en los restos que se conservan de la comedia griega de las épocas posteriores se encuentra este tono quejumbroso de suave humanismo[1].

Por lo tanto, a pesar de todas las malas y, a veces, espantosas consecuencias que tuvo alguno que otro Estado griego para los helotes, pelasgos, las colonias, los extranjeros y enemigos, no se puede desconocer la elevada nobleza del espíritu de comunidad que imbuía en su época a los lacedemonios, atenienses y tebanos y, en cierta medida, a todos los Estados griegos. Verdad es que, así como no es fruto de una determinada legislación de un solo hombre, tampoco influyó en todos los miembros de la nación de la misma manera y al mismo tiempo; pero existió de verdad entre los griegos, como lo demuestran fehacientemente hasta sus guerras injustas nacidas de la envidia, y la más despiadada opresión que ejercieron así como los más pérfidos traidores de sus virtudes ciudadanas. El epitafio de aquellos espartanos que dieron su vida en las Termópilas:

"Oh, viajero, di a los espartanos que, obedientes de sus leyes, aquí yacemos"; será para siempre el principio de la virtud política más sublime. Sólo es de lamentar que, si en un tiempo sirvió en la tierra de principio fundamental de unas pocas y duras leyes patricias del pequeño país de Esparta, al cabo de dos mil años no haya llegado a inspirar aún la legislación universal de toda la humanidad. El principio en sí es el más elevado que los hombres puedan pensar y poner por obra

[1] Más detalles sobre este punto en otro lugar.

en orden a su felicidad y libertad. Semejante es el caso de la Constitución de Atenas, bien que ésta se proponía un fin completamente distinto. Si el fin de una Constitución política es instruir al pueblo en los asuntos que le conciernen más inmediatamente, Atenas fué indiscutiblemente la ciudad de mayores luces que hubo jamás en el mundo habitado. Ni París ni Londres, ni Roma ni Babilonia y mucho menos Menfis, Jerusalén, Pekín y Benarés pueden entrar en competencia con ella en lo que se refiere a este punto. Ahora bien: como el patriotismo y las luces son los dos polos alrededor de los cuales gira toda la cultura moral de la humanidad, Atenas y Esparta serán siempre las dos palestras de felicísima memoria donde el arte político de los hombres se ejercitó en los días de su alegre juventud. La mayoría de los demás Estados griegos no hicieron más que seguir los pasos de estos dos grandes modelos hasta el punto de que a algunos de ellos que querían irse por otros caminos, les fué impuesta la Constitución ateniense o espartana por los vencedores. Por lo demás, la filosofía de la historia no fija su atención tanto en lo que durante tan corto lapso haya sido realizado en estas dos ciudades por débiles manos humanas, cuanto en lo que se sigue de los principios de sus constituciones para toda la humanidad. A pesar de todos los errores, los nombres de Licurgo y Solón, Milcíades y Temístocles, Arístides, Cimón, Focio, Epaminondas, Pelópidas, Agesileo, Agis, Cleómenes, Dión, Timoleón y otros serán celebrados con gloria inmortal, y otros hombres no menos notables como Alcibíades, Conón, Pausanias y Lisandro serán vituperados como destructores del espíritu de solidaridad griego o como traidores a la patria. Hasta la modesta virtud de Sócrates no hubiera podido florecer hasta donde lo hizo sino al amparo de Atenas, donde algunos de sus discípulos la llevaron a gran altura; porque Sócrates no era más que un ciudadano ateniense y toda su sabiduría una filosofía del sentido común ateniense que él propagaba en conversaciones familiares. En lo que atañe al deber de llevar las luces a todos los ciudadanos, la sola Atenas hizo méritos más grandes y hermosos que ninguna otra ciudad en la historia.

Como no podemos detenernos mucho en las virtudes prácticas, diremos siquiera algunas palabras sobre aquellas instituciones que sólo fueron posibles gracias a un gobierno del pueblo en Atenas, a saber, los oradores y el teatro. Los oradores ante el tribunal, especialmente donde se tratan asuntos del Estado y que requieren una decisión rápida, son un elemento que encierra sus peligros, y las funestas consecuencias no tardaron en manifestarse en la historia de Atenas. Pero como suponen un pueblo que sabía juzgar de cualquier asunto público que se le exponía, o por lo menos poseía la capacidad de entender los elementos de juicio que se le propor-

cionaba, queda en pie que el pueblo ateniense ocupa a este respecto un lugar único en la historia en que ni siquiera el pueblo romano puede rivalizar con él. Elegir o condenar a un jefe militar, decidir sobre guerra o paz, vida y muerte y cualquier negocio público del Estado, no era, por cierto, asunto para confiar a una turba excitada; mas era tal el arte que se empleaba en la exposición de estos negocios que hasta la turba excitada comenzó a comprender, adquiriendo con ello esa modalidad liberal, política y discutidora que no se encuentra en ningún pueblo del Asia. De esta manera, la elocuencia dirigida al pueblo, alcanzó un nivel que nunca tuvo fuera de Grecia y Roma, ni podrá tenerlo mientras la retórica popular no forme parte de la instrucción general. Indiscutiblemente se trata de una causa noble, aunque en Atenas el fin justificaba los medios en lo que a esto se refiere. Lo mismo ocurrió con el teatro ateniense; ofrecía representaciones populares, pero adecuadas al nivel elevado del pueblo, a saber, piezas con pretensiones culturales y literarias. Este teatro no sobrevivió a la ciudad de Atenas; el conjunto de fábulas cuidadosamente escogidas con el fin de influir en las pasiones y tendencias del pueblo, no se encuentra ya en la mezcolanza de razas y constituciones posteriores. No debe, pues, medirse la cultura moral de los griegos aplicando a su historia política, sus oradores y poetas dramáticos la medida de un sistema ético abstracto ya que en ninguno de los casos concretos mencionados ha servido de guía semejante sistema[1]. La historia demuestra que los griegos fueron en todo momento, para bien y para mal, lo que pudieron ser en virtud de su situación espiritual. Sus oradores nos revelan cómo veían ellos las facciones y partidos conforme al fin político que cada uno se proponía. Los autores de piezas teatrales introducían los personajes que les ofrecía la historia tal como deseaban presentarlos de acuerdo con su profesión a éstos y no otros espectadores. Las conclusiones que de ahí se quieran sacar acerca de la moralidad o inmoralidad de todo el pueblo, carecen de fundamento. Con todo, nadie pondrá en duda que algunas ciudades griegas fueron en ciertos momentos y dentro de su esfera, el pueblo más hábil, versátil e ilustrado del mundo antiguo. De las filas de los atenienses salieron estrategas, oradores, sofistas, jueces, políticos y artistas según la educación, inclinación, elección, destino o azar, y no era raro que las cualidades más bellas y sobresalientes se encontraran juntas en un solo griego.

[1] Véase a este respecto la introducción en la traducción de Gillies de los discursos de Lisias, Isócrates y otros comentaristas que quisieron juzgar a Grecia a base de sus oradores y poetas.

V

ACTIVIDADES CIENTÍFICAS EN GRECIA

A ningún pueblo del mundo se hace justicia juzgándolo a la luz de un ideal científico que le era totalmente ajeno. Tal sucedió con los griegos y muchos pueblos asiáticos a los que se ha colmado de elogios y vituperios por igual injustos. Así, por ejemplo, los griegos andaban lejísimos de una dogmática especulativa sobre Dios y el alma humana. Lo que al respecto dijeron o escribieron algunos de ellos, no pasó de opiniones privadas y libres que emitían sus filósofos fundándose en los ritos religiosos que observaban en su país y cuando no se lo impedía algún partido político. Frente a las facciones políticas, el intelecto humano ha tenido que luchar por sus fueros en Grecia lo mismo que en todas partes del mundo, logrando finalmente su victoria.

La filosofía griega partió de la mitología y las antiguas teogonías y es cosa digna de verse cuánto supo decir de ese orden de cosas el agudo ingenio de esta nación. Las fábulas sobre el origen de los dioses, la contienda de los elementos, el odio y amor mutuos de los seres, fueron desarrollados por sus diversas escuelas en direcciones tan diferentes y varias que uno se siente tentado a decir que llegaron a donde nosotros cuando explicamos la cosmología sin recurrir a las ciencias naturales. Más aún: en cierto sentido habían llegado más lejos por cuanto su mente gozaba de mayor libertad y no estaba estrechada por ciertas hipótesis preconcebidas que había que probar costara lo que costase. Hasta los guarismos de Pitágoras y otros filósofos son una tentativa muy adelantada de reducir un concepto perfectamente claro del alma humana a una magnitud exacta y conciliarlo con las ciencias naturales. Mas como éstas, lo mismo que las matemáticas, estaban por entonces en pañales, la tentativa llegó antes de tiempo. Sin embargo, tanto ese sistema como los de algunos otros filósofos griegos arrancan nuestra admiración porque cada uno de ellos estaba profundamente meditado desde su punto de vista y era de gran alcance. Algunos suponen verdades y observaciones que en provecho de la ciencia no se han perdido de vista hasta nuestros días. Durante aquella infancia de la filosofía era muy congruente que ninguno de esos filósofos antiguos se imaginara a Dios como un ser extramundano o una mónada sumamente metafísica, sino que todos se detuvieran en el concepto de un alma que informa todo el mundo; y aún no se ha dicho la última palabra de si esa concepción no será en definitiva la más ajustada. Lástima grande que co-

nozcamos las opiniones de los filósofos más avanzados sólo por relatos y fragmentos incompletos y no de sus escritos en conjunto; pero es aún más de lamentar que nos guste tan poco aprender el lenguaje de su tiempo, en lugar de lo cual queremos hacerlos hablar de acuerdo con nuestra mentalidad. Cada nación expresa en sus conceptos generales su modo de ver peculiar; y como la filosofía griega arrancó de poesías y alegorías, éstas dieron también a sus abstracciones un carácter propio que para ellos no era oscuro. Tampoco las alegorías de Platón son mero adorno; sus imágenes son como sentencias clásicas del pasado, superior desarrollo de las antiguas tradiciones poéticas.

El espíritu investigador de los griegos se inclinaba preferentemente a la antropología y filosofía moral porque su época y constitución los llevaban ante todo por ese camino. La historia natural, la física y las matemáticas no estaban todavía suficientemente desarrolladas ni contaban con los instrumentos para nuestros modernos descubrimientos. En cambio, todo se refería a la naturaleza y costumbres del hombre. Eso fué lo que daba el tono en la poesía griega, su hitoriografía y su Constitución política; todo ciudadano necesitaba conocer a sus conciudadanos y administrar cargos públicos a los que no había modo de sustraerse. Las pasiones y energías de los hombres se desenvolvían en aquel entonces con mayor libertad, sin exceptuar al filósofo entregado al ocio de la contemplación; el rasgo dominante de toda alma griega con aspiraciones elevadas era la tendencia a gobernar a hombres o desempeñarse como miembro activo de la sociedad. No es extraño, pues, que también la filosofía del pensador abstracto hallara su objetivo en la moral o el Estado, como se puede ver en Pitágoras, Platón y hasta Aristóteles. No era su profesión civil constituir Estados; nunca desempeñó Pitágoras el papel de un Licurgo, Solón, ni siquiera el de un arconte o cualquier otra autoridad, y la mayor parte de su filosofía fué pura especulación rayana en la superstición. Pero su escuela produjo hombres que habían de ejercer enorme influencia sobre los Estados de la Magna Grecia y si el destino hubiera concedido una duración más prolongada al cenáculo de sus discípulos, éste tal vez hubiera llegado a ser una fuerza propulsora, si no la más eficiente, por lo menos una de las más acrisoladas para la reforma del mundo[1].

Mas también esta tentativa de un hombre, que se había adelantado con mucho a su época, fué prematura. Las prósperas ciudades sibaritas de la Magna Grecia con sus tiranos no simpatizaban con tales guardianes de la moralidad, y los pitagóricos perecieron asesinados.

[1] Véase la historia de esa sociedad en MEIER, *Geschichte des Wissenschaften in Griechenland und Rom*, parte I.

Es un elogio muy repetido pero, a mi parecer, exagerado el que se le hace al filantrópico Sócrates atribuyéndole el mérito de haber sido el primero que trajo la filosofía del cielo a la tierra, aplicándola a la vida moral de los hombres. Por lo menos no puede limitarse esta gloria a la persona de Sócrates y al estrecho ambiente de su vida. Mucho antes que él hubo filósofos que dedicaron sus esfuerzos a la ética, como quiera que éste fué un rasgo característico de la cultura helénica desde los tiempos del mitológico Orfeo. También Pitágoras echó por medio de su escuela fundamentos mucho más amplios para la evolución de la moral de lo que Sócrates jamás hubiera podido hacer con todos sus amigos. La poca inclinación de Sócrates a la abstracción superior se debía a la clase social a que pertenecía, a la amplitud de sus conocimientos y, sobre todo, a la época que le tocó vivir y su modo de vida. Los sistemas basados en la pura imaginación sin experiencias reales de la naturaleza se habían agotado, y la filosofía griega había venido a parar en la hueca charlatanería de los sofistas, de manera que no se necesitaba mucho para despreciar o relegar lo que no podía ser objeto de superación. Su genio y también su natural honradez y el curso burgués de su vida le guardaron de caer víctima de las apariencias engañosas y brillantes de la filosofía sofista. Su horizonte burgués fijó al mismo tiempo a su filosofía el fin que había de perseguir, el mismo fin del hombre, que había de surtir tan hermosos efectos en casi todos los que frecuentaban su trato. Sin embargo, no hay que olvidar que tamaña eficiencia se debía en buena parte a la época, el lugar y el grupo de hombres en que Sócrates se movía. En otra constelación, este sabio burgués hubiera tal vez pasado por un hombre de grandes luces y virtudes sin que conociéramos siquiera su nombre, porque no inscribió en el libro de la historia ningún nuevo invento, ninguna doctrina que le fuera propia; sólo su método y su vida, la formación moral que se había dado a sí mismo y trató de trasmitir a los demás y, sobre todo, su muerte hicieron de él un dechado para el mundo. Se necesitaba no poca grandeza de alma para ser un Sócrates; en primer lugar, la noble cualidad de saber renunciar y el refinado gusto de la belleza moral que en él parece haber evolucionado hasta una especie de sexto sentido. Mas no por esto se debe caer en el error de colocar a este hombre noble y modesto por encima de la esfera en que la misma Providencia quiso ponerle. Logró formar a muy pocos discípulos que fuesen del todo dignos de él, precisamente porque su filosofía era un auxiliar de su propia vida cotidiana y su excelente método corría grave peligro de degenerar en boca de sus discípulos en sarcasmos y sofisterías tan pronto como el que formulaba irónicamente las preguntas careciese del espíritu y corazón de un Sócrates. Consideremos con imparcialidad a dos de sus seguidores más excelentes, Jenofonte y Platón, y se verá que en

lo que a ellos se refiere, y conforme a su propia modesta expresión, Sócrates no fué más que la partera que ayudó a dar a luz la propia personalidad espiritual de cada uno de ellos; de ahí que estos hijos le hayan salido tan desemejantes. Lo que hay de sobresaliente en los escritos de ellos proviene manifiestamente de su propia manera de pensar, y el más bello agradecimiento que podían brindar a su querido maestro fué el de hacer llegar hasta nosotros su retrato moral. Ciertamente hubiera sido muy deseable que el espíritu socrático penetrase de ahí en adelante toda la legislación y constitución política de Grecia; pero la historia de Grecia es testigo de que no ocurrió así. Su vida coincidió con la culminación de la cultura ateniense, pero también con el aciago momento en que los Estados se combatían con mayor saña. Ambas no podían tener otras consecuencias que períodos de infortunio y decadencia de costumbres que poco después causaron el ocaso de la libertad de los helenos. No pudo salvarlos la sabiduría socrática demasiado pura y delicada para decidir el destino de los pueblos. El estadista y militar Jenofonte describe los defectos constitucionales de la política, mas no fué capaz de reformarlos. Platón creó una república ideal que no halló su realización en ninguna parte y menos que nada en la corte de Dionisio. En una palabra, la filosofía de Sócrates sirvió en mayor medida a la humanidad que a Grecia, y en esto reside indudablemente una de sus glorias más excelsas.

Completamente distinto fué el espíritu de Aristóteles, tal vez el más agudo, firme y árido de cuantos empuñaron la pluma. Su filosofía es más una filosofía de escuela que de la vida común, especialmente en los escritos que de él se conservan y por el uso que se les dió; pero en tanto mayor grado se benefició con ello la pura razón y la ciencia, de manera que en este campo es el monarca de todos los tiempos. Que los escolásticos se hayan servido casi siempre de su metafísica, es ciertamente culpa de ellos y no de Aristóteles, y sin embargo, también su metafísica contribuyó en una medida casi increíble al perfeccionamiento de la razón humana, proporcionando a naciones bárbaras un instrumento que primero transformó los oscuros sueños de la fantasía y la tradición en sofismas hasta que luego se destruyeron a sí mismas. Pero sus mejores escritos, la historia natural, la física, la ética y la moral, política, poética y retórica esperan todavía múltiples aplicaciones. Lamentablemente se perdieron sus obras historiográficas y también su historia natural la poseemos sólo en extractos. Pero quien quiera negar a los griegos el espíritu de la ciencia pura, que lea a Aristóteles y Euclides, escritores que en su género nunca han sido superados; porque también fué el mérito de Platón y Aristóteles haber despertado la afición a las ciencias naturales y las matemáticas, que se remonta por encima de todo afán moralizante hasta la altura de los grandes principios,

extendiendo su influjo de esta manera sobre todos los tiempos. Varios de sus discípulos fomentaron la astronomía, la botánica, la anatomía y otras ciencias, pues el mismo Aristóteles echó con su sola historia natural los cimientos de un edificio que seguirán construyendo los siglos. Fué en Grecia donde se pusieron los fundamentos para toda conciencia científica como también para toda estética. Desgraciadamente el destino nos conservó bien poco de los escritos de sus más insignes sabios. Lo que nos queda es excelente; lo mejor tal vez se haya perdido.

No se pretenderá que yo trate en detalle de las diversas ciencias, las matemáticas, la medicina, las ciencias naturales y las bellas artes, por sólo nombrar algunas, en que los griegos ya descubriendo ya acrecentándolas sirvieron de base a todos los tiempos posteriores. Cosa sabida es que ni el Asia ni el Egipto nos legaron algún arte o doctrina propiamente científicas; esto lo debemos exclusivamente al espíritu agudo y ordenador de los griegos. Ahora bien: como es siempre una forma determinada de conocimiento la que causa precisamente el aumento o el perfeccionamiento de la ciencia en tiempos futuros, debe concluirse que debemos a los griegos la casi totalidad de los fundamentos de todas nuestras ciencias. Cuantas más sean las ideas ajenas que ellos se apropiaran, mejor para nosotros; basta que las supiesen ordenar y progresar hasta su conocimiento claro y distinto. La diversidad de escuelas desempeñaba en esto el mismo papel que las muchas repúblicas en su vida política, a saber, el esfuerzo común a la vez que la emulación de las tendencias. Sin esta diversificación griega ni siquiera sus ciencias habrían progresado en la medida en que lo hicieron. Las escuelas jónica, itálica y ateniense estaban, no obstante su idioma común, separadas por mares y tierras; cada una pudo echar raíces en su propio suelo y luego, trasplantadas o inoculadas, llevar frutos tanto más hermosos. Ninguno de los antiguos sabios estuvo a sueldo del Estado y ni siquiera recibía estipendios de sus alumnos. Pensaba por cuenta propia y por amor a la ciencia o la gloria y celebridad. No instruía a niños, sino a jóvenes y hombres, a menudo hombres que desempeñaban los más importantes cargos públicos. En aquella época no estaba todavía de moda escribir libros para el carnaval de una feria con mercancía seudo-científica. En cambio, se meditaba tanto más larga y profundamente, gracias a que el filósofo de vida frugal no necesitaba de mucho para su sostén en el favorable clima de Grecia, pudiendo entregarse a la especulación libre de preocupaciones.

Mas también hay que hacer justicia a la monarquía. Ninguno de los llamados Estados independientes de Grecia hubiera prestado el apoyo a Aristóteles para su historia natural que le pudo proporcionar su real discípulo, y menos aún las ciencias que exigían mucho tiempo o grandes dispendios como, por ejemplo, las matemáticas,

la astronomía, etcétera, hubieran hecho los progresos que hicieron en Alejandría, sin la ayuda de los Ptolomeos. A sus instituciones debemos un Euclides, Eratóstenes, Apolonio Pergueo, un Ptolomeo y otros, hombres todos ellos que echaron los cimientos de las ciencias sobre los que descansa ahora no solamente todo el edificio científico sino, en cierto modo, todo el orden de nuestro mundo actual. Por lo tanto, tuvo también su utilidad que junto con las repúblicas se acabasen los tiempos de la oratoria y filosofía popular griegas. Éstas ya habían dado sus frutos, pero el espíritu humano necesitaba además otros gérmenes del alma helénica para las ciencias. Gustosamente le perdonamos a la Alejandría egipcia la inferioridad de sus poetas[1], en su lugar tuvo buenos observadores y matemáticos. Los poetas nacen; los observadores pueden hacerse a fuerza de diligencia y ejercicio.

La filosofía griega ha preparado el terreno especialmente en tres disciplinas que difícilmente podían encontrar un medio más propicio para su desarrollo: el lenguaje, el arte y la historia. El idioma griego había alcanzado tal versatilidad, riqueza y belleza con los esfuerzos de los poetas, retóricos y filósofos, que este instrumento lamó la atención todavía en épocas posteriores, cuando ya no hallaba aplicación en ocasiones tan brillantes de la vida pública. De ahí la perfección de los gramáticos que en parte eran verdaderos filósofos. Por desgracia, se nos perdieron las obras de la mayor parte de estos autores. Pero esta pérdida tal vez se compense con otras obras más importantes que se conservaron, y además no se perdió el efecto de su trabajo, porque el estudio de la lengua latina como en general toda filosofía del lenguaje se inició con el estudio del idioma griego. Dígase lo mismo del estudio de los dialectos del Cercano Oriente, porque las lenguas hebrea, árabe y otras se aprendieron a ordenar y clasificar únicamente a base del estudio del idioma griego. De la misma manera, no se ha pensado nunca en una filosofía del arte fuera de Grecia, donde gracias a un afortunado instinto natural y al hábito de un gusto refinado y seguro, los mismos poetas y artistas ejercían una estética antes de que los analizadores estableciesen sus reglas. Fué así cómo estimulada por la enorme emulación en epopeyas, piezas dramáticas y oratoria pública tuvo que formarse necesariamente con el tiempo una crítica que deja muy atrás a la nuestra. Verdad es que son muy pocos y tardíos los fragmentos que de ella han llegado hasta nosotros, con excepción de los escritos de Aristóteles; pero lo poco que hay basta y sobra para dar testimonio de la sublime agudeza de los críticos de arte en Grecia. Finalmente, la filosofía de la historia tiene su patria principalmente en Grecia por la sencilla razón de que los griegos son los únicos que poseen una

[1] HEYNE, *De genio saeculi Ptolomaeorum in opusc. acad.*, t. I, p. 76 y ss.

historia propiamente dicha. Los orientales tienen tablas genealógicas o fábulas; los pueblos nórdicos leyendas, otras naciones cantares. El pueblo griego formó de leyendas, cantares, fábulas y tablas genealógicas, en el transcurso del tiempo, el cuerpo íntegro de una narración que vive en todas sus partes. También en esto le precedió su antiguo arte poético, ya que una fábula no es más amena de narrar que una epopeya referida por aquellos artistas. La distribución de los temas en varias rapsodias dió pie a divisiones análogas en la historia, y el largo hexámetro no tardó en reaparecer como sonora prosa histórica. De esta manera, Herodoto fué el sucesor de Homero, y los historiógrafos posteriores de las repúblicas reflejaron en sus relatos el espíritu retórico de aquéllas. Puesto que la historiografía griega se inició con Tucídides y Jenofonte en Atenas y estos autores eran políticos y estrategas, la historia escrita por ellos tuvo que ser pragmática en el fondo por más que no la hiciesen tal en la forma. Los discursos públicos, las alusiones a los asuntos de interés nacional, la representación al vivo de las cosas y sus motivos íntimos dieron a estas obras un carácter tal que no es aventurado afirmar que sin las repúblicas griegas no habría historiografía pragmática en el mundo. A medida que en tiempos posteriores se desarrollaron el arte político y el de la guerra, se perfeccionó también el espíritu pragmático de la historia hasta que, finalmente, Polibio hizo de ella poco menos que una ciencia bélica y política. Modelos de esta índole proporcionaron a críticos posteriores un amplio campo para sus observaciones, y a buen seguro que Dionisio tuvo oportunidad de ejercitarse en esté arte más que ningún chino, judío y hasta romano.

Siendo así que hallamos a los griegos ricos y afortunados en todo ejercicio del espíritu, en obras poéticas, retóricas, filosóficas, científicas e históricas, ¿por qué el destino nos ha privado de tantas de ellas? ¿Dónde están la *Amazonia* de Homero, su *Tebaida* e *Iresione,* sus yambos y sus margites? ¿Dónde las muchas piezas perdidas de Arquíloco, Simónides, Alceo, Píndaro, las ochenta y tres tragedias de Esquilo, las ciento dieciocho de Sófocles y las innumerables otras de los trágicos, cómicos y líricos, de los filósofos más grandes, de los historiadores más indispensables, de los matemáticos y físicos más notables? ¿Quién de nosotros no daría gustoso montañas de escritos más modernos, y primero los propios, para que durante un año sirvieran de calefacción a los baños de Alejandría, a cambio de un solo escrito de Demócrito, de Aristóteles, Teofrasto, Polibio, Euclides, por una sola tragedia de Esquilo, Sófocles y tantos otros, por una comedia de Aristófanes, Filemón, Menandro, por una oda de Alceo o Safo, por la perdida historia natural y política de Aristóteles o los treinta y cinco libros de Polibio?

Pero otros son los designios del destino inapelable, que no tiene

en cuenta la inmortalidad de determinadas obras humanas de arte y ciencia. El fanatismo destructor arrasó con la majestad de los Propileos de Atenas, con todos los templos de los dioses, aquellos magníficos palacios, murallas, monumentos colosales, estatuas, acueductos, carreteras y altares que la Antigüedad creó para la eternidad; siendo así ¿unas pocas hojas del esfuerzo y pensamiento de los hombres debían salvarse de la tormenta? Admirémonos, más bien, de que nos haya quedado tanto que tal vez sea más de lo que supimos aprovechar como es debido. Consideremos ahora en conjunto lo que hasta ahora tratamos por separado: la historia de Grecia, pletórica de filosofía en cada uno de sus capítulos.

VI

HISTORIA DE LOS CAMBIOS DE LOS ESTADOS GRIEGOS

Por múltiples y entrelazados que sean los cambios operados en el transcurso de la historia de Grecia, todos ellos pueden reducirse a unos pocos puntos capitales que obedecen evidentemente a leyes naturales, como se verá a continuación.

1. En la historia de todas las regiones marítimas y terrestres similares se encuentra, lo mismo que en estos tres sectores de tierra firme con sus islas y penínsulas, que numerosas tribus y colonias emigran por mar y tierra una y otra vez, se radican y se desplazan mutuamente. Sólo que el movimiento migratorio revistió aquí mayor intensidad a causa de la proximidad de las montañas septentrionales densamente pobladas y del gran Continente de Asia, a la vez que un conjunto de circunstancias que refieren las leyendas, mantuvo vivo el espíritu de aventuras. Ésta es la historia de Grecia por espacio de casi setecientos años.

2. También es inherente a tal estado de cosas y propio de la situación geográfica que estas tribus recibieran una cultura de la más variada procedencia y muy diverso nivel. Bajó del norte, llegó de las distintas regiones vecinas habitadas por pueblos civilizados y echó sus raíces aquí y allá y a muy diversa profundidad. La superioridad numérica de los helenos da finalmente unidad a este conjunto imprimiendo su carácter al idioma y mentalidad griegos. El crecimiento de esta cultura inicial tuvo que ser forzosamente muy desigual en el Asia Menor, la pequeña Grecia y la Magna Grecia; pero tal diversidad que implicaba una intensa emulación y varios desplazamientos, dió auge al espíritu helénico. Bien se

sabe por la historia natural, así como por la botánica y la zoología, que una misma semilla no florece eternamente en el mismo suelo, mientras que, trasplantada a tiempo, da frutos de calidad superior.

3. Los diversos Estados se transformaron paulatinamente de pequeñas monarquías en aristocracias, y algunos de ellos en democracias. Ambas formas de gobierno corrieron peligro muy a menudo de recaer en el despotismo de un solo dictador, pero en las democracias este peligro era más frecuente aún. También esto es un proceso natural en la infancia de las instituciones humanas. Los potentados de la tribu se creen con el derecho de sustraerse a la voluntad del rey, y como el pueblo no puede conducirse a sí mismo, ellos acaban por tomar las riendas. Según cuáles fueran el sistema económico, el espíritu y la Constitución, el pueblo aceptaba a estos gobernantes o luchaba hasta haber conseguido participación en el gobierno. Lo primero fué el caso de Esparta; lo segundo el de Atenas; en ambos eran las causas diversas circunstancias y las constituciones de las dos ciudades. Mientras en Esparta se vigilaban atentamente unos a otros para que ninguno retuviese todo el poder en calidad de tirano, en Atenas más de una vez se atraía al pueblo con halagos a una tiranía que si no lo era de nombre, al menos lo era de hecho. Las dos ciudades con todo lo que salió de ellas son tan evidentes productos de su situación, época, constitución y circunstancias como cualquier producto de la naturaleza pudiera serlo.

4. Donde convivan muchas repúblicas rivales por negocios, fronteras y otros intereses comunes, pero mucho más aún por el espíritu guerrero y la ambición y vanagloria, no tardará en aparecer materia de conflictos. Los primeros serán los más poderosos, quienes, luego, tratan de atraer a sus filas a cuantos sea posible hasta obtener la superioridad numérica. Éste fué el caso de las largas guerras durante los años mozos de los Estados griegos, en particular, entre Esparta, Atenas y, más tarde, Tebas. Las guerras fueron de extrema dureza y muchas veces crueles, como lo serán siempre los conflictos bélicos en que participa hasta el último ciudadano y guerrero. Las más veces se originaban por menudencias o puntillos de honra, como suele suceder con las riñas entre mozalbetes, y lo que pueda parecer cosa peregrina, sin serlo no obstante, es el hecho de que el Estado vencedor, especialmente Esparta, se empeñase siempre en imponer su legislación y Constitución al vencido cual carácter indeleble de su derrota. Se explica, porque la aristocracia es enemiga jurada tanto de la tiranía como de la democracia.

5. Pero también consideradas como actividad en sí, las guerras de los griegos eran mucho más que meras correrías de salvajes; antes bien, dieron origen al desarrollo de todo el espíritu político y

bélico que desde todos los tiempos dirigió el curso de la historia [1]. También los griegos sabían lo que son las necesidades del Estado, las fuentes de su poder y su riqueza, y más de una vez trataron de apoderarse de ellas por la fuerza bruta. También ellos sabían lo que significa el equilibrio de fuerzas entre las repúblicas y clases sociales, las confederaciones oficiales y secretas, los ardides de la guerra, el ganar de mano al adversario, la traición, y otras cosas por el estilo. Los hombres más expertos de Roma y del mundo moderno aprendieron, pues, de los griegos en lo que a asuntos de la guerra y política se refiere, porque si la técnica de la guerra cambia de modalidad con las armas, la época y la situación mundial, siempre será uno solo el espíritu del hombre que inventa, encubre sus estratagemas, ataca, avanza, se defiende y retira, descubre el lado flaco del enemigo, usa y abusa de tal o cual manera de las ventajas obtenidas.

6. Las guerras contra los persas significan la primera gran incisión en la historia de Grecia. Estallaron a causa de las colonias del Asia, que no habían podido resistir a la expansión de los conquistadores orientales y trataban, acostumbradas a la libertad, de sacudir el yugo en la primera oportunidad. Que los atenienses les enviasen veinte naves de guerra en su auxilio, fué una quijotada de la democracia. El lacedemonio Cleómenes les había negado todo apoyo y aquéllos llevaron con sus veinte navíos a toda Grecia a la más espantosa de las guerras. Una vez iniciada ésta, fué por cierto un milagro de valentía que unos pequeños Estados obtuviesen las más gloriosas victorias contra dos poderosos reyes del Asia; mas no fué un milagro en el sentido de que superase las fuerzas de la naturaleza. Los persas se hallaban totalmente fuera de su centro; los griegos, en cambio, luchaban por su libertad, su territorio y su vida. Peleaban contra esclavos bárbaros que habían mostrado en los Eritreos lo que esperaría también a los griegos en caso de ser vencidos, y éstos hicieron de tripas corazón para reunir todo cuanto pudieran realizar el valor y la prudencia humanas. Los persas al mando de Jerjes atacaron como bárbaros; venían con cadenas para atar a los vencidos y con fuego en la mano para arrasar las ciudades. Mala táctica fué ésta para semejante campaña. Temístocles se sirvió contra ellos sólo del viento, el cual es un temible adversario para una flota de escasa movilidad. En una palabra, la guerra se condujo por parte de los persas con gran despliegue de poder y saña, pero sin inteligencia, por lo cual no pudo acabar sino desgraciadamente. Supuesto el caso de que los griegos hubieran sido derrotados y todo su territorio devastado como Atenas, todavía hubiera sido imposible para los persas con su Imperio tambaleante dominar a Grecia desde

[1] En el transcurso de la historia se impondrá espontáneamente una comparación entre diversos pueblos a este respecto.

el interior del Asia, cuando apenas lograban mantener la mano sobre Egipto a costa de ingentes esfuerzos. El mar era el aliado de Grecia, como lo había dicho ya el oráculo de Delfos en un sentido ligeramente diverso.

7. Pero los persas derrotados dejaron junto con su botín y su ignominia una herencia para los atenienses, una chispa que había de crecer hasta ser una llama destinada a devorar todo el edificio de la constitución política de Grecia. Fueron la gloria y la riqueza, el esplendor y la envidia, brevemente, toda la presunción y petulancia que siguieron a estas guerras. En Atenas comenzó la época de Pericles, la más brillante que jamás haya vivido un Estado tan pequeño, y de ella se originó no menos naturalmente la infortunada guerra del Peloponeso, la doble guerra espartana, hasta que, finalmente, Filipo de Macedonia sometió a toda la Grecia con una sola batalla. Nadie diga, pues, que un dios malévolo malogra el destino humano tratando, envidioso de su dicha, de hacerle una zancadilla; los mismos hombres son unos para otros los peores demonios. ¿Qué otra cosa podía ser la Grecia de aquellos tiempos, sino la fácil presa de un invasor victorioso? ¿Y de dónde podía venir este triunfador sino de las sierras de Macedonia? Grecia estaba a salvo de Persia, Egipto, Fenicia, Roma y Cartago; su enemigo estaba cerca y se apoderó de ella con unas pocas maniobras astutas y eficientes. También esta vez el oráculo fué más prudente que los griegos; contemporizó con Filipo pronunciando solamente la lacónica sentencia de que un pueblo montañés, concorde y aguerrido, que se halla a las puertas de una nación debilitada, dividida y enervada, saldrá necesariamente vencedor tan pronto como acometa la empresa con prudencia y valentía. Fué lo que hizo Filipo recogiendo a Grecia como un fruto maduro, porque ella misma se había vencido mucho antes. Si Filipo hubiera sido un bárbaro como Sila o Alarico, terminaría aquí la historia de Grecia. Mas él mismo era heleno, como también su gran hijo, y es así como en el momento de la pérdida de la libertad griega, se prepara bajo el nombre de este pueblo una escena mundial que pocas veces tuvo igual en la historia universal.

8. Cuando el joven Alejandro llegó al trono con sus apenas veinte años y los primeros ímpetus de su ambición de gloria, ejecutó el plan que su padre había preparado cuidadosamente: invadió el Asia atacando al monarca persa en el mismo corazón de su Imperio. También este suceso es perfectamente natural. Todas las incursiones de los persas contra los griegos habían pasado por Tracia y Macedonia; todavía ardía la llama del odio en estos pueblos. Por otra parte, los griegos conocían a la perfección la debilidad de los persas, no sólo por aquellas clásicas batallas de Maratón, Platea, etcétera, sino también en tiempos más recientes por el *Anábasis* de Jenofonte con sus diez mil guerreros griegos. ¿Contra quién había

de dirigir sus armas y falanges el macedonio, regente y comandante supremo de Grecia, sino contra aquella opulenta monarquía carcomida por dentro desde hacía más de un siglo? El joven héroe presentó batalla por tres veces, y el Asia Menor, Siria, Fenicia, el Egipto, Libia, Persia y la India fueron suyos. No se hubiera detenido hasta llegar al océano de no haberle obligado sus macedonios, más prudentes que él, a emprender la retirada. Así como tanta suerte no era un milagro, no fué un destino envidioso el que en Babilonia puso fin a sus hazañas. Grandiosa fué, sin duda, la idea de gobernar el mundo desde Babilonia, un mundo que se extendía desde el Indo hasta Libia y más allá de Grecia hasta el mar del Ícaro. Magnífico el pensamiento de hacer de esta parte del mundo una segunda Grecia por su idioma, sus costumbres, artes, comercio y colonias, y fundar otra Atenas en Bactra, Susa y Alejandría. Mas he aquí que el triunfador muere en la flor de su vida y con él se van a la tumba todas las esperanzas de un mundo neo-helénico. Si interrogáramos al destino sobre el por qué de sus designios, nos respondería: "Poco importa que la residencia de Alejandro esté en Babilonia o Pella y que en Bactra se hable en griego o en persa; pero el hombre que quiera llevar a cabo su empresa, sepa moderarse y no cargue la mano hasta morirse de un hartazgo". Alejandro lo hizo y con él murió su Imperio. No es extraño que fuera su propio verdugo, antes bien debe maravillarnos que haya vivido hasta cuando vivió quien hacía tiempo estaba harto de su propia dicha.

9. Ahora el Imperio se dividió, mejor dicho, se deshizo como una gigantesca pompa de jabón. ¿Y cuándo no sucedió lo mismo en circunstancias parecidas? El Imperio de Alejandro no estaba unificado aún bajo ningún aspecto, pues apenas había llegado a serlo en la concepción del mismo vencedor. Las colonias fundadas por él aquí y allá no podían, tan recientes como eran, subsistir sin un protector como él, ni mucho menos hacer frente a todos los pueblos a los que habían sido impuestas a la fuerza. Habiendo muerto Alejandro prácticamente sin herederos, no cabía otra sucesión sino la de las aves de rapiña que primero le habían ayudado en sus conquistas y luego, muerto el jefe, se lanzaron sobre el botín para asegurarse cada cual la mejor parte. Primero se empeñaron en sacarse los ojos mutuamente hasta que cada uno encontró su nido que defendía como un botín de guerra. Ningún Estado integrado por tan enormes y rápidas conquistas corrió mejor suerte; la naturaleza de los diversos pueblos y regiones pronto vuelve a entrar en sus derechos, de suerte que sólo a la superioridad de la cultura griega sobre los pueblos bárbaros se puede atribuir que muchos de los países conquistados no volviesen a su antigua constitución antes de lo que lo hicieron. Persia, Bactra y los países más allá del Éufrates fueron los primeros, porque se hallaban debasiado lejos del cen-

tro del Imperio para sostenerse contra los pueblos montañeses de origen persa. Si los seléucidas, como lo quería Alejandro, hubieran establecido su morada en Babilonia o en la propia Seleucia, tal vez, estando más al este, hubieran conservado su poder, pero sólo para caer tanto más pronto en una enervante opulencia. Lo mismo ocurrió con las provincias asiáticas del Imperio Tracio; hicieron uso del mismo derecho que había asistido al invasor formando reinos independientes tan pronto como los aliados de Alejandro dejaron el trono a sucesores menos severos. En todo esto vuelven a aparecer siempre las mismas leyes naturales que gobiernan la historia política universal.

10. Mayor duración tuvieron los reinos situados alrededor de Grecia y la hubieran podido tener mayor aún de no haberlo impedido los conflictos entre ellos mismos y, sobre todo, la guerra entre romanos y cartagineses, que los llevó a la ruina general que las legiones romanas extendieron poco a poco por todas las costas del Mediterráneo. Reinos envejecidos y debilitados se alistaron en lucha desigual de la que un mínimo de prudencia debía haberlos apartado. Pero se conservó de la cultura y el arte griegos lo que los gobernantes y los tiempos permitían. En Egipto florecieron las ciencias sólo bajo una forma de docta erudición, pues como tal habían sido cultivadas; cual otras momias yacían en los museos y bibliotecas. El arte se transformó en las cortes en pompa exuberante. Los reyes de Pérgamo y Egipto emulaban por coleccionar bibliotecas, competencia ésta que aprovechó y perjudicó por igual a las futuras letras. Se coleccionaban libros y se los adulteraba; cualquier incendio destruía entonces para siempre todo un mundo de antiguo saber. Se ve que el destino procedió en esto como en todas las cosas, abandonándolas al obrar de los hombres, necio o prudente, pero siempre conforme a sus instintos naturales. Si el sabio llora la pérdida de un libro de la Antigüedad ¿cuántas otras cosas no habría dignas de ser lloradas, que todas se siguen del curso inevitable del destino? La historia de los sucesores de Alejandro es muy digna de ser meditada, no sólo por contener las causas de mucho de lo que se perdió y conservó, sino también como triste ejemplo de reinos que se fundan sobre la rapiña tanto de países como de ciencias, artes y culturas ajenas.

11. No hace falta demostrar que en tal estado de cosas, Grecia no pudo recuperar jamás su antiguo brillo; hacía mucho que el tiempo de su florecimiento había pasado. Verdad es que algunos gobernantes vanidosos se esforzaron por apoyar la causa de la libertad de los griegos; pero eran esfuerzos aparentes por una libertad sin espíritu, por un cuerpo sin alma. Atenas nunca cesó en la entronización y divinización de sus bienhechores, y tanto las artes como las cátedras de filosofía y ciencias se conservaron en esta sede de

la cultura general de Europa mientras era posible; pero siempre alternaban períodos de bonanza con las devastaciones. Entre los pequeños Estados no había concordia, ni los principios para su conservación, si bien se unieron en la alianza de Etolia y renovaron la federación de Acaya. Ni la prudencia de Filopómenos ni la honradez de Arato pudieron devolver a Grecia sus épocas antiguas. Así como el sol en su ocaso envuelto en los cúmulos del horizonte adquiere una apariencia más grande y romántica, así sucedió con la política de Grecia en este momento de su historia. Los rayos del sol poniente ya no calientan como al mediodía, y la política de los griegos moribundos carecía de eficacia. Los romanos llegaron a ellos como tiranos condescendientes que se encargaron de decidir todos los conflictos de la región para bien de sus protegidos, y difícilmente hubo jamás bárbaro alguno que procediese de manera más detestable que Mumio en Corinto, Sila en Atenas o Emilio en Macedonia. Por largo tiempo saquearon los romanos en Grecia cuanto era transportable hasta que, finalmente, rindieron los honores que corresponden a un cadáver despojado. Tenían a sueldo hombres que halagaban la vanidad de los griegos y mandaban a sus hijos para que estudiaran allí, a la sombra de la memoria sagrada de los antiguos sabios y rodeados de charlatanes y estudiosos del arte. Por fin llegaron los godos, los cristianos y los turcos, que dieron muerte definitiva al reino de los dioses helénicos que se había sobrevivido. Cayeron los grandes dioses, Júpiter del Olimpo y Palas Atenea, Apolo de Delfos y la argonáutica Juno; sus templos son ruinas, escombros sus estatuas que inútilmente tratan de desenterrar[1]. Desaparecieron de la superficie de la tierra de manera que apenas logra uno imaginarse ahora cómo floreció su culto obrando tan hermosos prodigios entre los pueblos de preclaro ingenio. Habiendo caído estos ídolos de la imaginación humana ¿no habrán de caer otros menos hermosos que ellos? ¿Y a quiénes cederán su lugar: a otros ídolos?

12. La Magna Grecia, aunque oprimida por otros factores, tuvo al fin una suerte similar. Cierto que las ciudades más pobladas y florecientes situadas en el más favorable clima de la tierra, construídas según las leyes de Zalenco, Carondas y Diocles, y que aventajaban a casi todas las provincias de Grecia por su cultura, ciencia, arte y comercio, no estaban al paso de los persas ni de Filipo, gracias a lo cual se mantuvieron en parte por más tiempo que sus hermanas europeas y asiáticas; pero también a ellas les llegó la hora del destino. Al cabo de varias guerras con Roma y Cartago, fueron al fin vencidas y corrompieron a Roma con sus costumbres depravadas, como ellas habían sido derruídas por las armas de Roma.

[1] Véanse los viajes de Spon, Stuart, Chandler, Riedesel, etc.

Tristes yacen sus hermosas y grandes ruinas devastadas por terremotos, volcanes y más todavía por el fanatismo de los hombres [1]. Melancólicos resuenan los lamentos de la ninfa Parténope; Ceres de Sicilia va en busca de sus templos, mas no encuentra ya su dorado jardín.

VII

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA HISTORIA DE GRECIA

Hemos considerado diversos aspectos de la historia de esta interesante región porque aporta a la filosofía de la historia un dato que merece llamarse único en su género entre todos los pueblos del mundo. No solamente porque los griegos quedaron libres de toda mezcla de naciones extrañas y su cultura toda ella permaneció propia y autónoma, sino también porque concluyeron de manera tan completa los períodos de su evolución desde los comienzos más primitivos hasta la cúspide, como ningún otro pueblo de la historia. Las naciones de los países continentales se detuvieron en los primeros grados de la civilización perpetuándola antes de tiempo en leyes y costumbres eternas en contra de su desarrollo natural, o fueron víctima de alguna conquista antes de terminar el ciclo de la evolución, quedando segada la planta antes de estar en flor. Grecia, en cambio, apuró el caliz hasta las heces, desarrollando todo su potencial de cultura hasta donde fué posible, para lo cual le ayudó nuevamente la fortuna y las circunstancias. Situada en el Continente, pronto hubiera sido presa de algún conquistador al igual que sus hermanas del Asia; si Darío y Jerjes hubieran logrado su objetivo, la época de Pericles no hubiera existido. Si un déspota hubiera tomado el mando del país, pronto hubiera llegado a ser un conquistador al estilo de los déspotas, tiñendo de rojo los ríos de países lejanos con la sangre de los griegos, como lo hizo Alejandro Magno. Pueblos extraños se hubieran mezclado con ellos, y ellos, a su vez, hubieran errado por el extranjero, aunque fuera en calidad de vencedores. De todo esto los salvó su comercio limitado que nunca pasó de las columnas de Hércules ni provocó la envidia de la fortuna. De esta manera, la historia de Grecia es para nosotros lo que una planta para el naturalista, que sólo puede analizarla completamente si la conoce desde la semilla y germen hasta

[1] Véanse los viajes de Riedesel, Houel y otros.

la flor y la muerte. Lástima grande que la historia de Grecia por culpa de una inicua costumbre no se haya estudiado ni remotamente con el mismo empeño que la romana. De todos modos, mi tarea consiste ahora en fijar algunos puntos de vista que se ofrecen al estudioso de esta importante aportación para la historia universal. En este orden repito, ante todo, el gran principio fundamental:

1. Todo cuanto en el reino de la vida humana puede acaecer en la medida fijada por circunstancias dadas de nacionalidad, tiempo, y lugar, acaece efectivamente; Grecia nos brinda para ello los ejemplos más abundantes y hermosos.

En la naturaleza física no contamos nunca con un milagro; observamos las leyes cuya causalidad hallamos siempre igualmente efectiva, inmutable y regular. Siendo así: ¿el reino de la vida humana con sus campos de fuerzas, cambios y pasiones habría de escapar a esta serie de leyes naturales? Trasladad a los chinos a Grecia, y jamás hubiera existido la Grecia que nosotros conocemos; llevad a nuestros helenos a donde Darío condujo a los eritreos cautivos, y veréis que no formarán allí ninguna Esparta ni Atenas. Mirad a Grecia ahora: ya no encontráis allí a los antiguos helenos, a veces ni la tierra que habitaban. Si no hablaran un resto de su antiguo idioma, si no viéramos las reliquias de su espíritu, sus artes, sus ciudades o por lo menos sus ríos y montañas, se terminaría por suponer que la antigua Grecia fué una fábula como una isla de Calipso o de Alcinoo. Así como esos griegos de hoy llegaron a ser lo que son ahora a fuerza del tiempo transcurrido dentro de una serie dada de causas y efectos, así también los antiguos helenos, así toda nación del mundo. Toda la historia del género humano no es más que una pura historia natural de las fuerzas, acciones e instintos humanos en función del lugar y del tiempo.

Tan sencillo como es este principio, tan ilustrativo y útil es cuando se aplica a la historia de los pueblos. Todo historiador estará de acuerdo conmigo en que una admiración estéril y un aprendizaje memorista no merecen el nombre de historiografía. Pues, siendo esto así, cada uno de sus fenómenos requiere toda la agudeza de que es capaz el intelecto discursivo, lo mismo que un fenómeno natural. Al relatar la historia procurará la mayor veracidad, y al captar y juzgar los hechos se esforzará por penetrar lo más posible todas las relaciones causales, evitando cuidadosamente explicar una cosa existente por otra no existente. Este severo principio acaba con todas las idealizaciones y todos los fantasmas que suelen surgir en un mundo embrujado; en todo se trata de ver solamente lo que realmente hay, y esto ayuda a ver mejor la causa por la que no pudo ser de otra manera. Quien adquiera este hábito científico a propósito de la historia, está en camino de una filosofía más sana que

difícilmente encontrará fuera de la historia natural y las matemáticas.

De acuerdo con esta filosofía, nos guardaremos ante todo con sumo cuidado de poetizar sobre los hechos de la historia suponiendo intenciones ocultas de algún plan desconocido que gobierna todas las cosas, o peor todavía, influencias mágicas de demonios invisibles cuyo nombre nadie se atrevería siquiera a mencionar tratándose de fenómenos naturales. El destino manifiesta sus intenciones por lo que acontece y por el modo en que acontece; por lo tanto, el intérprete de la historia desarrollará estas intenciones sólo a raíz de lo que existe de verdad y se manifiesta en toda su extensión. ¿Por qué hubo griegos ilustrados en el mundo? Porque existían y bajo las circunstancias reinantes no podían ser otra cosa que griegos ilustrados. ¿Por qué invadió Alejandro la India? Porque era Alejandro, el hijo de Filipo, que en vista de los preparativos hechos por su padre, las hazañas de su nación, su edad y carácter, la lectura de Homero, etcétera, no supo hacer nada mejor. Si buscáramos en su rápida decisión planes ocultos de una potencia superior y en sus valerosas hazañas el influjo de una diosa de la fortuna dedicada especialmente a esta importante tarea, correríamos el peligro de ver unas veces los fines de la divina Providencia donde en realidad se trata de las peores imprudencias de Alejandro, de menoscabar otras veces su valentía personal y su habilidad como estratega, y siempre de despojar al hecho histórico de su aspecto natural. Quien en la historia natural creyera en hadas y supusiera que son duendes invisibles los que pintan de rojo las rosas, o diminutos espíritus luminosos los que entran en el cuerpo de las luciérnagas o juegan sobre las plumas del pavo real, éste tal podrá ser un poeta ingenioso, pero nunca descollará como naturalista o historiador. La historiografía es la ciencia de lo que hubo y no de lo que, según las ocultas intenciones del destino, hubiera podido haber.

2. Lo que vale respecto de un pueblo, reza también para un complejo de varios pueblos relacionados entre sí; ellos conviven según los unió el tiempo y el lugar, y se influyen mutuamente de acuerdo con la energía causal de un conjunto de fuerzas vivas.

Los pueblos del Asia influyeron sobre el griego, y éste sobre aquéllos. Romanos, godos, turcos y cristianos vencieron a los griegos y éstos les aportaron no pocas luces. ¿Cuál es el nexo causal de estos fenómenos? El lugar, el tiempo y el efecto natural de fuerzas vivas. Los fenicios trajeron los caracteres de la escritura a los griegos; mas no los habían inventado para ellos sino que los trajeron con ocasión de una *colonia* que fundaron allí. Relaciones análogas hubo entre helenos y egipcios, y lo mismo ocurrió cuando los griegos asediaron

Bactra. Ésta es la historia de todas las musas que ellos nos legaron. Homero cantaba, pero no para nosotros; poseemos sus obras porque llegaron hasta nosotros y por esto podemos aprender de él. Si alguna circunstancia de los tiempos hubiera impedido que conociéramos sus obras como tantas otras excelentes ¿quién querría pedir cuentas al destino y sus planes ocultos al ver las causas naturales por las cuales estos escritos se hubieran perdido? Pasemos revista a los escritos que se conservaron y perdieron, a las obras de arte existentes y desaparecidas juntamente con los testimonios sobre su conservación o destrucción; ¿quién se atreve a señalar el criterio conforme al cual el destino las conservó o aniquiló en cada caso? Las obras de Aristóteles se salvaron en un ejemplar enterrado; otros escritos en calidad de pergaminos desechados en subsuelos y cajones viejos; el satírico Aristófanes debajo de la almohada de San Crisóstomo, quien aprendía de él a hacer sus sermones. Todas nuestras luces dependieron precisamente de las circunstancias más insignificantes y despreciables. Sin duda que nuestra ilustración es un acontecimiento de gran importancia para la historia universal; conmovió a casi todas las naciones y en un hombre como Herschel ha llegado a estudiar una por una las diversas capas de la Vía Láctea. Sin embargo, fueron pequeños detalles y circunstancias insignificantes los que nos donaron el vidrio y unos cuantos libros, sin los cuales seguiríamos, por ventura, viajando con mujer e hijos en un carro-vivienda a la usanza gitana, como nuestros viejos hermanos, los inmortales escitas. Si una serie de hechos casuales lo hubiera querido así, los caracteres de nuestra escritura serían mongólicos en vez de griegos, no obstante lo cual el mundo seguiría rodando y la tierra con sus años y estaciones seguiría siendo la fértil madre nutricia de todo cuanto vive y opera sobre ella conforme a las divinas leyes de la naturaleza.

3. La cultura de un pueblo es la flor y nata de su existencia en la cual se manifiesta atractivo a la vez que efímero.

Así como el hombre, tal cual viene al mundo, nada sabe y tiene que aprender si quiere saber cosa alguna, así aprende un pueblo primitivo ejercitándose y mediante el trato con otros pueblos. Mas toda especie de conocimientos humanos tiene su esfera propia, es decir, su naturaleza, época, lugar histórico y período de vida; así, por ejemplo, la cultura griega floreció en función de determinados tiempos, lugares y objetos junto con los cuales se marchitó. Algunas artes, entre ellas la poesía, precedieron a la filosofía; donde florecían las bellas artes o la retórica no había ambiente propicio para el arte de la guerra o las virtudes patrióticas; los oradores de Atenas desplegaron su mayor entusiasmo cuando el Estado se estaba aproximando a su fin y la honradez se hubo acabado.

Toda clase de luces humanas tienen de común que cada cual tiende a cierto punto de perfección, conseguido el cual por un conjunto de circunstancias felices, no puede conservarse eternamente, ni volver al lugar alcanzado, sino que entra en un período de decadencia. La razón es que toda obra humana perfecta, en cuanto cabe la perfección en lo humano, constituye un esfuerzo máximo en su género, un punto culminante después del cual ya no hay más que imitaciones o tentativas poco felices de superarlo. Cuando enmudeció la voz de Homero, ya no era concebible un segundo Homero en su género; aquél había arrebatado la corona de la epopeya y quien seguía tras él tenía que contentarse con algunos laureles aislados. En consecuencia, los autores griegos de las tragedias optaron por otra carrera: comían, al decir de Esquilo, de la mesa de Homero, pero aderezando un convite diferente para su propia época. Pero también su agosto pasó; los temas de la tragedia se agotaron no quedando a los sucesores de los poetas más excelsos otra cosa que repetirlos en versiones de calidad inferior, puesto que el máximo de belleza formal de la tragedia griega ya estaba dado en aquellos modelos. Eurípides con toda su preocupación moral ya no fué un Sófocles, por no hablar de la posibilidad de superar la esencia del arte de este último. De ahí que Aristófanes, más perpicaz, eligiese otro géenero literario. Así sucedió en todos los géneros del arte griego y así será siempre en todas los pueblos. Más aún: la seguridad del gusto estético de los griegos y la variedad de formas en que se manifestó, se debe precisamente a que ellos, en sus mejores épocas, comprendieron esta ley de la naturaleza y no trataron inútilmente de superar lo insuperable. Creado el omnipotente Júpiter por Fidias, no hubo lugar para otro mayor; pero sí tuvo cabida la realización del ideal que representaba en las figuras de otros dioses, y la consecuencia fué que para cada uno de los dioses se le crease su carácter propio, llenándose la provincia entera de obras de arte.

Por lo tanto, revelaba mucha pobreza y estrechez de miras la pretensión de hacer de nuestra afición personal por algún determinado objeto de la cultura humana una regla general, para imponerla a la providencia y dar una eternidad antinatural a lo que sólo tenía lugar en un momento dado. Semejante empeño no sería otra cosa que oponerse a la esencia del tiempo y destruir la naturaleza de los valores finitos y limitados. Nuestra juventud no vuelve nunca ni la eficiencia específica de nuestras facultades psíquicas tal como fué en un momento y lugar determinado. El mismo florecimiento de la flor es señal de que acabará por marchitarse; comenzando por las raíces absorbe la savia y las energías de la planta, la cual muere una vez caídos los pétalos. Hubiera sido una desgracia nacional que la época de un Pericles y un Sócrates hubiese durado más tiempo del que le señalan las circunstancias. No revelaría me-

nos cortedad si la mitología de Homero viviera para siempre en las almas de los hombres, si los dioses reinaran eternamente o la voz de Demóstenes tronara por todos los siglos, etcétera. Toda planta en la naturaleza debe marchitarse; pero marchitada disemina sus semillas renovando de esta manera la creación viviente. Shakespeare no fué un Sófocles, Milton ningún Homero ni Bolingbroke un Pericles; pero fueron en su género y en su lugar lo que aquéllos en el suyo. Cada cual trate de ser en su lugar lo que las circunstancias le permiten; esto es lo que debe ser, y otra cosa no es posible para él.

4. La salud y duración de un Estado no depende del punto culminante de su cultura, sino de un equilibrio sabiamente dirigido o fortuitamente hallado de la efectividad de sus energías vitales. Cuanto más profundamente está su tendencia vital, tanto mayor es su consistencia y duración.

¿Con qué factor contaron aquellos antiguos constituyentes de Estados? Ni con la inerte ociosidad ni con un extremo activismo, sino con el perfecto orden y la justa distribución de las energías nunca adormecidas y siempre renovadas. El principio de estos sabios era auténtica sabiduría humana aprendida de la naturaleza. Cada vez que un Estado alcanzase la cumbre de su evolución, aunque fuera bajo el gobierno del personaje más excelso y con el pretexto más brillante, al punto se veía en peligro de perecer y volvía a su forma anterior sólo por la intervención afortunada de algún poder. Tal fué la situación terriblemente extrema de Grecia en su lucha contra los persas; tales los desesperados esfuerzos finales que llevaron Atenas, Esparta y Tebas, una contra la otra, acarreando a toda la Grecia la pérdida de su libertad. De la misma manera, Alejandro colocó con sus brillantes victorias todo el edificio de su Estado al borde del abismo; Alejandro murió, el Estado se precipitó y se hizo trizas. La historia de Atenas demuestra a cuáles peligros la expusieron Alcibíades y Pericles, si bien no es menos cierto que tales momentos históricos, si terminan presta y felizmente, producen efectos extraordinarios y pueden movilizar fuerzas increíbles. Todo el esplendor de Grecia es debido a la múltiple actividad de muchos Estados y energías vitales; en cambio, todo cuanto tuvo de duradero y sano en su gusto artístico y sus constituciones políticas es fruto de un equilibrio sabiamente dirigido y al mismo tiempo fortuitamente hallado de sus tendencias. La suerte de sus instituciones fué en cada caso tanto más duradera y noble, cuanto más grande el humanismo, es decir, la razón y justicia en que aquéllas se apoyaban. Aquí se nos ofrece ancho campo para consideraciones sobre la constitución de Grecia para determinar qué valor para la

felicidad de sus ciudadanos y de toda la humanidad han tenido sus inventos e instituciones. Mas todavía sería prematuro aventurar semejantes conclusiones. Es menester que primero penetremos otras conexiones entre épocas y pueblos, antes de poder obtener resultados ciertos en este aspecto.

LIBRO DÉCIMOCUARTO

Nos acercamos a la costa de donde tomó su origen la ruina muchas veces espantosa de la mayor parte de los Estados considerados hasta ahora. Una alta marea de destrucción, muerte y exterminio se precipitó desde Roma sobre los Estados de la Magna Grecia, sobre la misma Grecia propiamente dicha, y sobre todos los reinos que habían nacido de las ruinas del Imperio de Alejandro. Roma arrasó Cartago, Corinto, Jerusalén y muchas otras ciudades florecientes del mundo griego y asiático, como dió también un triste fin a toda cultura del mediodía que estuviese al alcance de sus armas, especialmente en la vecina Etruria y la valerosa Numancia. No se dió tregua ni descanso hasta dominar desde el mar occidental hasta el Éufrates, desde el Rin hasta el Atlas sobre todo un mundo de naciones. Pero cuando, al fin, rebasó la línea marcada por el destino, la misma Roma halló su fin desgraciado no sólo por la valerosa resistencia de los pueblos nórdicos y montañeses, sino también a causa de la opulencia y discordia internas, la soberbia cruel de sus emperadores, los terribles gobiernos de la soldadesca y, por último, la ira desencadenada de pueblos primitivos que cayeron sobre ella como las olas del mar. Jamás el destino de los pueblos estuvo ligado por más tiempo y con cadenas más poderosas a una ciudad que bajo el dominio mundial de Roma. Mas como en su transcurso se desarrolló, por una parte, todo el poder de la audacia y decisión humana, y mucho más aún la sabiduría militar y política, así también salieron a luz, por otra parte, asperezas y vicios ante los cuales la naturaleza humana se retirará sobrecogida de espanto mientras no haya perdido el último resto de la conciencia de sus sagrados derechos. Parece poco menos que milagroso que esta Roma haya sido la brusca y terrible transición a toda la cultura europea, no solamente porque con las ruinas romanas se salvaron los restos precarios de los tesoros de sabiduría y arte de algunos Estados de la

Antigüedad, fruto de saqueos y robos, sino también porque por una curiosa transformación, la lengua latina había de servir de instrumento para aprender el uso de todos esos tesoros de la Antigüedad. Todavía ahora la estudiamos desde la infancia como vehículo de clásica erudición y justamente a nosotros, todo menos que romanos por el espíritu y la mentalidad, nos tocó en suerte aprender antes del destructor de mundos romanos que de las costumbres más humanas de otros pueblos los principios para la felicidad de nuestros Estados. Mario y Sila, César y Octavio son viejos conocidos nuestros antes de entrar en contacto con la sabiduría de un Sócrates o las costumbres de nuestros mayores. Como la cultura de Europa dependía de la lengua latina, la historia de Roma fué objeto de eruditos comentarios, tanto políticos como científicos, como no se hicieron para ninguna otra historia del mundo; los hombres más preclaros que meditaron sobre la historia, lo hicieron a base de los principios y los hechos romanos en los cuales inspiraron sus propias ideas. Es así como el suelo de Roma, regado con la sangre de los pueblos, se convierte para nosotros al mismo tiempo en un sagrario de la formación clásica y un museo de antiguas obras de arte, donde cada paso y cada objeto evoca los tesoros perdidos de una gloria que nunca ha de volver. El fascio del vencedor, flagelo en otros tiempos de naciones inocentes, nos parece retoño de una grandiosa y magnífica cultura que por lamentables peripecias vino a parar a nuestras tierras. Pero antes de entrar en el antro del amo del mundo, rindamos honores al sentido humanitario echando una mirada, siquiera de compasión, sobre una nación vecina de Roma que hizo el mayor aporte a la temprana cultura de ésta, pero también estaba en el camino de las conquistas romanas, hallando un triste fin.

I

LOS ETRUSCOS Y LOS LATINOS

Ya por su situación geográfica, la península avanzada de Italia invitaba a gran número de diversos pueblos advenedizos a establecer allí sus moradas. Comunicada por su parte superior con el Continente que se extiende desde España y Galia a través de Iliria hasta el Mar Negro, emporio y desvío de las grandes migraciones, prolongándose en el mar hasta situar sus costas precisamente frente a Iliria y Grecia, era inevitable que varias tribus de diversas naciones llegaran hasta allí en el transcurso de aquellas migraciones que

se pierden en la penumbra de la prehistoria. De las que habitaban el norte, unas eran de origen ibérico, otras procedían de la Galia; más al sur vivían los ausonios cuyo origen se ignora por completo, y como además con casi todos estos pueblos se mezclaron luego pelasgos, griegos y tal vez hasta troyanos, y éstos en diversos tiempos, bien puede considerarse a Italia como un invernadero de razas y pueblos del que a su debido tiempo habían de salir cosas extraordinarias. Muchos de estos pueblos traían ya cierta cultura consigo; las tribus de los pelasgos tenían su escritura, su religión y su mitología; tal vez se pueda decir lo mismo de algunos iberos que habían estado en contacto con los mercaderes fenicios. Todo estaba preparado y sólo era cuestión de establecer el lugar donde brotaría un florecer indígena.

Esto sucedió entre los etruscos, los cuales, sea cual fuere su origen, son uno de los primeros pueblos con un gusto y una cultura propios y personales. No tenían inquietudes de conquistador; en cambio, se dedicaron a diversas instituciones y organizaciones, el comercio, las artes y la navegación, a la que los invitaban las costas del país. Fundaron colonias en casi toda Italia, difundieron artes y fomentaron el tráfico mercante hasta el punto de que una serie de las más célebres ciudades del país les debe a ellos su origen[1]. Su Constitución cívica que sirvió de modelo a los romanos, los pone muy por encima de cualquier Constitución de los bárbaros y manifiesta un espíritu de carácter tan europeo que ciertamente no podía provenir de ningún pueblo asiático ni africano. Todavía poco antes de su ocaso, Etruria era una república democrática de doce tribus confederadas según principios que se introdujeron en la misma Grecia mucho más tarde y sólo bajo una presión extrema. Ningún Estado independiente podía declarar la guerra o concertar la paz sin el consentimiento de todos los demás. La guerra misma la habían ya convertido en un arte propio, habiendo inventado y usado el clarín de guerra, las lanzas livianas, el *pilum*, etcétera, para las señales de ataque y retirada, la marcha y el combate en falanges cerradas. Introduciendo las garantías para los heraldos parlamentarios, observaron una especie de derecho internacional y de guerra. También los oráculos y varios de sus ritos religiosos que nos parecen mera superstición, fueron evidentemente al mismo tiempo instrumentos de su Constitución política, gracias a la cual son el primer pueblo de Italia que trató de combinar ingeniosamente la religión con el Estado. En todas estas cosas Roma no fué más que su discípula, y si tales instituciones contribuyeron a la consistencia y grandeza del Imperio Romano, éste se lo debe casi íntegramente a los etruscos. También de la navega-

[1] DEMSTER, *Etrur. Regal, cum observat. Buonaroti et paralipom. Passerii.* Florent, 1723, 1767.

ción hicieron un verdadero arte desde tiempos muy lejanos, dominando la costa italiana por el comercio y las colonias. Eran maestros en la fortificación de las ciudades y la arquitectura. El obelisco toscano es más antiguo que el mismo dórico de los griegos, toma su nombre de ellos y no es imitación de ningún modelo extranjero. Eran aficionados a las carreras de carros, el arte dramático, la música y también la poesía, y como lo demuestran sus monumentos se apropiaron en gran medida de la mitología de los pelasgos. Las ruinas y escombros que nos conservaron casi sólo las tumbas, evidencian que habían salido de los comienzos más rudimentarios y supieron conservar su estilo personal en tiempos posteriores, no obstante el contacto con otros pueblos, incluso el griego. Poseían realmente un propio estilo de arte[1], que conservaron al igual que sus fábulas religiosas hasta más allá de la pérdida de su libertad[2]. También en lo que se refiere a una buena legislación cívica para ambos sexos, en las disposiciones para la agricultura y viticultura, para las garantías al comercio interior, la inmigración de extranjeros, etcétera, parece haber andado más cerca de los derechos de la humanidad que buena parte de las mismas repúblicas griegas en tiempos posteriores. Como su alfabeto ha servido de tipo próximo para todos los alfabetos europeos, podemos considerar a Etruria como la segunda fuente de origen de la cultura de nuestro Continente. Tanto más lamentable es que sean tan pocos los monumentos y testimonios que nos han quedado de los esfuerzos de este pueblo tan rico en artes y civilización; hasta la historia detallada de su ocaso nos arrebató un malévolo azar.

Ahora bien: ¿de dónde vino este florecimiento etrusco, y a qué se debe que no haya alcanzado las cumbres de la belleza helénica y se marchitase antes de haber llegado a la medida de su perfección? Por exiguos que sean nuestros conocimientos sobre los etruscos, vemos también en ellos la gran obra de la naturaleza en la formación de las naciones, obra que, en cierta manera, se limita a sí misma según las energías intrínsecas y las circunstancias externas de tiempo y lugar. Como pueblo europeo se hallaban ya bastante lejos del Asia, madre de las culturas anteriores y densamente poblada desde tiempos muy remotos. Las tribus de los pelasgos, por su parte, habían llegado emigrantes medios salvajes a tal o cual costa de Italia, mientras Grecia, por ejemplo, era un centro geográfico y emporio nato de naciones civilizadas. En Italia, en

[1] WINCKELMANN, *Geschichte der Kunst*, parte I, cap. 3.

[2] HEYNE, *De fabularum religionumque Graecarum ab Etrusca arte frequentatarum natura et causis; de reliquiis patriae religionis in artis Etruscae monumentis; Etrusca antiquitas a commentitiis interpretamentis liberata; Artis Etruscae monimenta ad genera et tempora sua revocata in N. Commentariis Soc. Gotting*, t. III y ss.

cambio, se juntaron varios pueblos heterogéneos de manera que también el idioma etrusco parece ser una mezcolanza de diversas lenguas[1]. Por lo tanto, a un país poblado de tan distintos elementos no le fué concedido el don de un florecer cultural procedente de un germen homogéneo. El solo hecho de que los Apeninos habitados por rudos pueblos montañeses atraviesen Italia de parte a parte, no permitía semejante uniformidad de un solo reino e idiosincrasia nacionales, que son los únicos fundamentos firmes para una cultura nacional duradera. También en épocas posteriores fué la misma Italia siempre el país que más dolores de cabeza costó a los romanos, y no bien su dominio se hubo acabado, volvió el país al estado de múltiple división que le es, al parecer, connatural. La diversificación de sus provincias por sierras y costas, así como el carácter racial tan distinto de sus diversos habitantes, hacía natural esta división, pues todavía hoy, cuando el poder político se empeña en unificarlo todo y centralizar el gobierno, Italia sigue siendo el país más dividido de Europa. También los etruscos se vieron pronto asediados por varios pueblos, y puesto que su carácter era más el de una nación mercante que el de un Estado guerrero, hasta un arte bélico tan avanzado como el suyo tuvo por fin que rendirse a los siempre renovados ataques de naciones más salvajes. Perdieron, pues, sus ciudades en el norte de Italia, que fueron conquistadas por los galos, viéndose reducidos a la Etruria propiamente dicha, y más tarde sus colonias en la Campania pasaron a los samnitas. Siendo un pueblo mercante y amante de las artes, pronto hubieron de sucumbir a los embates de los pueblos más primitivos, porque tanto las artes como el comercio implican cierta opulencia de la cual no se vieron libres sus colonias situadas en las hermosas costas italianas. Finalmente les cayeron encima los romanos, de los cuales se hallaban por desgracia demasiado cerca y contra quienes no podían sostenerse indefinidamente ni su cultura ni su federación de Estados, a pesar de toda la gloriosa resistencia que les opusieron. Estaban ya un tanto debilitados por la civilización cuando Roma era todavía un pueblo robusto y aguerrido, y no les aprovechó gran cosa su federación ya que los romanos supieron dividirlos combatiéndolos uno por uno. Todavía así les costó un trabajo de muchos años, dado que los galos hacían frecuentes incursiones en Etruria por el lado opuesto. Finalmente, el pueblo, apremiado por dos adversarios poderosos, se rindió al que procedía conforme a un plan más metódico de sometimiento: los romanos. Desde que Tarquino el Soberbio había hallado asilo en Etruria, y desde la suerte feliz de Porsena, consideraban a este país como a su vecino más peligroso. Una humillación como la que había su-

[1] *Passerii Paralipom. ad Demester,* etc.

frido por parte de Porsena, Roma no la perdonó nunca, y de esta manera era cosa muy natural que un pueblo decadente fuese vencido por uno primitivo, uno mercante por uno guerrero, y una federación desunida de Estados por una ciudad-Estado perfectamente unificada. Quien hubiese querido evitar que Roma arrasase a otros, debía destruirla a tiempo a ella; y como el bueno de Porsena no hizo tal, su propio país fué al final víctima del enemigo al que había perdonado.

Circunstancias de tiempo y lugar explican que tampoco en su estilo artístico los etruscos se hayan puesto nunca a la altura de los griegos. Sus fábulas poéticas no eran más que la fábula griega más antigua y menos ágil, a la que, no obstante, supieron infundir admirablemente vida y movimiento. Los temas de su arte parece que se reducían a unas pocas festividades religiosas o cívicas de las que no poseemos suficientes datos detallados. Conocemos a este pueblo casi solamente por sus cementerios, tumbas y calaveras. Mientras duraba su libertad, no llegaron a vivir una época culminante como lo fué la flor de las artes griegas a raíz de la victoria sobre los persas, y la situación interna del país y de la península no brindaba ocasión para un auge mayor de la vida cultural y espiritual que pudiera darles semejante celebridad. Debemos, por consiguiente, considerarlos como fruto prematuro al que le tocó en suerte madurar en un rincón del huerto donde por falta de benigno calor solar no pudo alcanzar tanta dulzura como los otros frutos del mismo árbol. Otra época había reservado el destino a las riberas del Arno para dar frutos de mayor madurez y hermosura.

Por el momento, las orillas pantanosas del Tíber eran las que estaban destinadas a ser el punto de partida de un influjo que debía abarcar tres Continentes, para lo cual circunstancias temporales anteriores habían dispuesto el terreno aun antes de la fundación de Roma. Fué allí donde, según las antiguas leyendas, habían desembarcado Evandro, y hasta el mismo Hércules con sus helenos; aquí en el centro de Italia estaba la ciudad de Palantio, el reino de los latinos con Alba Longa, aquí la sede de una temprana civilización hasta el punto de que hubo quien supuso la existencia de una Roma anterior a la que conocemos por este nombre, creyendo encontrar las ruinas de una ciudad más reciente sobre las de otra más antigua. Esta hipótesis carece de fundamento, siendo Roma probablemente una colonia de Alba Longa fundada por dos caudillos afortunados y aventureros; de otra manera no se explica que hubiesen elegido esta región. Veamos ahora con qué elementos dentro de sí y a su alrededor contaba Roma para ejercitarse desde un principio en la lucha y la rapiña, apenas fuese destetada de las ubres de la loba.

Roma estaba cercada de pequeños pueblos, viéndose pronto obligada a luchar no ya por su sostén sino por su misma existencia. Conocidos son los conflictos de los primeros tiempos con los cenienses, crustuminenses, antemnatos, sabinos, camerinenses, fidenatos, vejentianos, etcétera, que convirtieron desde el principio a la ciudad, apenas constituída, en campamento permanente situado sobre la frontera de muchas naciones muy diversas, y habituaron tanto a los jefes militares como al senado, los caballeros (équites) y al pueblo a instituir el desfile con ocasión de una incursión de rapiña afortunada que se denominaba Triunfo. El triunfo, costumbre tomada de los etruscos, sirvió de gran aliciente para guerras e incursiones a un Estado pobre y escaso de territorios. Inútilmente edificó el pacífico Numa un templo a Jano y la diosa Fides; para nada sirvieron los dioses fronterizos y sus festividades que instituyera. Estas instituciones pacifistas no sobrevivieron al mismo Numa, porque Roma, acostumbrada a la rapiña a fuerza de treinta años de victorias ininterrumpidas bajo el mando de su primer rey, no creía que hubiese mejor manera de rendir culto a Júpiter que la de ofrecerle botín de guerra. Desaparecido este legislador justo, se inflamó nuevamente el espíritu bélico, y Tulio Hostilio se vió ya envuelto en una guerra con la misma Alba Longa, la madre de Roma. Desmanteló sus fortificaciones y se llevó a los albanenses a Roma. De la misma manera vencieron él y sus sucesores a los fidenatos, los sabinos y finalmente a todas las ciudades latinas hasta emprender la lucha contra los etruscos. Todo esto no hubiera sucedido si Roma hubiera estado en otro lugar o algún vecino poderoso la hubiera suprimido a tiempo. Ahora, en cambio, aprovechando su carácter de ciudad latina se impuso como cabeza de la confederación de las ciudades latinas y no tardó en absorberlas por completo; se mezcló con los sabinos hasta, por fin, subyugarlos; aprendió de los etruscos hasta someterlos y entró en posesión de su triple frontera.

Hay que reconocer que estas primeras operaciones requerían reyes de una talla tal como los que tenía Roma, en particular el primero de ellos. Dejando de lado la conocida leyenda, no cuesta mucho creer que este hombre fuese amamantado por una loba; evidentemente fué un aventurero audaz, valiente e inteligente, de lo que hablan también las primeras leyes e instituciones que promulgó. Numa procedió ya a suavizar algunas, clara señal de que no era la época sino la persona quien dictaba las leyes. Cuán primitivo fué el espíritu heroico de los primeros romanos en general, lo demuestra a las claras la historia de personajes como Horacio Cocles, Junio Bruto, Mucio Scévola y el comportamiento de mujeres como Tulia, Tarquinia, etc. Fué, por lo tanto, una suerte para este Estado rapaz que sus reyes supiesen conciliar la valentía brutal con la prudencia

política y ambas con una patriótica generosidad. Suerte fué que a Rómulo le sucediera un Numa, a éste un Tulio y un Anco, y a éstos, nuevamente, hombres como Tarquino y Servio, a quien sólo sus méritos personales hicieron avanzar de esclavo a rey. Suerte fué, finalmente, que reyes de cualidades tan distintas gobernasen por largos períodos, teniendo cada uno el tiempo suficiente para dar consistencia y duración a su contribución al espíritu romano. Cuando después entró en escena un Tarquino desvergonzado, la ciudad ya firmemente constituída optó por otra forma de gobierno. Una selección constantemente renovada de guerreros y rudos patriotas tomó las riendas, empeñada en añadir cada año nuevos triunfos a los pasados y ejercitar y acerar su patriotismo. Quien se propusiera escribir una novela política sobre el origen de Roma, difícilmente podría inventar circunstancias más favorables que las que nos ofrecen la historia real y la leyenda [1].

Rea Silvia y el destino de sus hijos, el rapto de las sabinas y la divinización de Quirino, cualquiera de los hechos y hazañas de índole brutal en las guerras y victorias, y finalmente figuras como Tarquino, Lucrecia, Junio Bruto, Poplícola, Mucio Scévola y otros son los que anuncian ya en los tiempos primitivos de Roma sus futuras conquistas. De ahí que *ninguna historia se prestase mejor* que la romana a consideraciones filosóficas, puesto que el espíritu político de sus historiadores los induce a señalar ellos mismos la concatenación de causas y efectos a medida que van describiendo los hechos históricos.

II

LAS INSTITUCIONES ROMANAS EN ORDEN A LA ESTRUCTURACIÓN DE UN ESTADO IMPERIALISTA Y GUERRERO

Rómulo hizo un censo de la población y la dividió en gremios, curias y centurias; computó las tierras y las distribuyó entre el culto religioso, el Estado y el pueblo. Dividió al último en patricios y plebeyos; de los primeros integró el senado y elevó los cargos públicos más importantes a la categoría de ritos sagrados. Se insti-

[1] Montesquieu en su hermoso escrito: *Sur la grandeur et sur la décadence des Romains* llega casi a la altura de una novela política. Antes de él, Maquiavelo, Paruta y muchos otros italianos de agudo ingenio se extendieron en consideraciones políticas sobre este tema.

tuyó una orden de caballeros que en épocas posteriores había de formar una especie de clase media entre el senado y el pueblo. Estas últimas clases sociales estaban ligadas además por la relación entre patronos y clientes. De los etruscos tomó Rómulo el haz de los líctores con fascios y hacha, temible símbolo del supremo poder de mando que en adelante toda autoridad superior llevaría a la cabeza de sus funciones con la debida graduación de rango. Excluyó a los dioses ajenos para asegurar a Roma su propio dios protector; instituyó a los augures y otros oráculos para entrelazar la religión popular íntimamente con los asuntos de la guerra y del Estado. Determinó las relaciones jurídicas entre marido y mujer, padres e hijos, constituyó la ciudad, celebró triunfos y fué finalmente asesinado y posteriormente adorado como un dios. He aquí en rasgos sencillos el eje alrededor del cual girarán luego los acontecimientos de la historia de Roma. Si más adelante aumenta el número de clases sociales, cambiando éstas de modalidad y oponiéndose unas a otras; si se originan sangrientos conflictos sobre la preponderancia y los privilegios de clases y gremios; si la creciente deuda de los plebeyos y la opresión por parte de los ricos producen disturbios y dan pie a diversos proyectos para mejoras sociales por medio de tribunos, repartición de tierras y una jurisprudencia ejercida por la orden de los caballeros; si los conflictos acerca de la jurisdicción del senado, los patricios y los plebeyos revisten tales o cuales matices hasta que ambas clases sociales acaban por fusionarse, no podemos ver en todo esto más que peripecias inevitables en una maquinaria viviente, toscamente engranada cual había de ser el Estado romano dentro de los muros de la ciudad. Lo mismo ocurre respecto de la multiplicación de los cargos públicos a medida que crecían el número de la población, las victorias obtenidas, los países conquistados y las necesidades del Estado, y también reza para el mayor o menor número de triunfos que se concedían, los juegos, los gastos de representación y lujo, la patria potestad y los privilegios del sexo masculino según las diversas épocas, costumbres y mentalidad. Todo esto no son más que matices de la antigua Constitución a la que Rómulo, si bien no fué su inventor, supo dar tal solidez y consistencia que hasta la época de los emperadores y aun hoy mismo constituyen la base de Constitución de Roma. Todo se reduce a cuatro iniciales: S. P. Q. R.[1], palabras mágicas que subyugaron y devastaron el mundo y acarrearon, por fin, a la misma Roma su desgraciado fin. Será conveniente destacar algunos puntos principales de la Constitución romana de los cuales la suerte corrida por Roma se deriva como el árbol de sus raíces:

1. Desde un principio, tanto el senado co-

[1] Senatus populusque romanus: el senado y el pueblo de Roma.

mo el pueblo de Roma fueron guerreros; desde sus miembros más encumbrados hasta los últimos, si la necesidad lo pedía, Roma fué un Estado guerrero. Aunque el senado ejercía funciones deliberativas, salieron de sus filas patricias jefes militares y embajadores; también el ciudadano acomodado tenía que prestar servicio en el ejército desde la edad de diecisiete hasta la de cuarenta y seis años, y aun hasta los cincuenta. Quien no había participado activamente en alguna guerra, no era digno de desempeñar cargos públicos; de ahí el sentido político de los romanos en campaña y su espíritu guerrero en la política. Sus consejos deliberativos trataban de asuntos que conocían a fondo y sus resoluciones se convertían en hechos. Un embajador romano inspiraba respeto a los reyes, porque sabía al mismo tiempo conducir ejércitos y decidir tanto en el senado como en la batalla sobre la suerte de reinos y naciones. Las centurias privilegiadas no se integraban de la masa inculta de la plebe; eran hombres acaudalados y expertos en la guerra, los países del mundo antiguo y los negocios. El voto de las centurias menos ricas tenía menos autoridad y en las épocas de auge ni se las juzgaba dignas de la guerra.

2. La educación romana, particularmente la de las estirpes nobles, se ajustaba a este fin del Estado. Se aprendía a deliberar, a hablar en público, a emitir el voto o a dirigir al pueblo. A temprana edad se alistaban en el ejército para la guerra y se abrían camino para triunfos, distinciones y cargos públicos. De ahí el carácter peculiar de la historia romana, de su retórica y hasta su jurisprudencia, religión, filosofía y lenguaje; todo revela un espíritu político y activo, un temple varonil y audaz unido con la astucia y cierta urbanidad y comedimiento cívicos. Casi no cabe imaginar diferencias más profundas que las que revela una comparación entre la historia o tan sólo el arte retórico de los chinos o judíos por una parte y los romanos por otra. También del espíritu helénico, sin exceptuar el de Esparta, se distingue la mentalidad romana por estar basada en una naturaleza más dura, costumbres más arraigadas y principios más firmes. El senado romano no pereció nunca; sus conclusiones, sus máximas y el carácter romano heredado de Rómulo eran eternos.

3. Era frecuente que los jefes militares romanos fueran al mismo tiempo cónsules cuya dignidad política y militar duraba un año; por lo tanto, tenían que darse prisa para volver triunfantes, y los sucesores se apresuraban a seguir sus huellas. De ahí el progreso increíble y la multiplicación de las guerras romanas; una nacía de otra y preparaba la siguiente. Se llegó hasta el extremo de guardar ocasiones para futuras campañas, una vez que la presente hubiese

terminado, lucrando con las mismas como con un capital de botín, fortuna y honor. Así se explica el interés que se tomaban los romanos por otros pueblos a los que se imponían como aliados, protectores o árbitros, a lo cual no los impulsaba, a buen seguro, su filantropía. Sus alianzas eran una tutela; su consejo, una orden; su arbitraje significaba el sometimiento o la guerra. Nunca hubo soberbia tan inmisericorde ni petulancia más desvergonzada en la imposición de su voluntad que la demostrada por los romanos; creían que el mundo se había hecho para ellos y por eso acabaron por hacerlo suyo.

4. El soldado romano participaba en los honores y la recompensa que se tributaban a los jefes militares. En los primeros tiempos del fervor cívico romano no se pagaba sueldo por el servicio militar; más tarde se pagó con mucha parquedad. Pero con las conquistas y las mejoras obtenidas por los tribunos para las clases bajas, crecieron el sueldo, la recompensa y la participación en el botín. Era cosa corriente que los agros de los vencidos fuesen repartidos entre los soldados y sabido es que los conflictos más viejos y frecuentes de la república romana se originaron por la repartición de tierras entre la población. Más tarde el soldado participaba en el botín de las conquistas de países extranjeros, tanto por los honores tributados al general victorioso como por ricos presentes. Había coronas cívicas, coronas de baluarte y coronas de navío de guerra, y cierto Lucio Dentato, por ejemplo, se gloriaba de haber participado en ciento veinte batallas, haber vencido ocho veces en encuentros individuales, haber recibido cuarenta y cinco heridas en la parte anterior del cuerpo y ninguna en las espaldas, haber desarmado treinta y cinco veces al enemigo y haber sido premiado con dieciocho lanzas no enchapadas, veinticinco guarniciones de caballería, ochenta y tres cadenillas, ciento sesenta brazaletes y veintiséis coronas, a saber, catorce cívicas, ocho áureas, tres de baluarte y una de salvamento, y además con dinero en efectivo, diez prisioneros y veinte bueyes. Como, además, el escalafón de nuestros ejércitos permanentes en los que nadie desciende y todos ascienden por antigüedad de servicio, era desconocido durante la mayor parte del tiempo que duró el Estado romano, eligiendo, en cambio, el general a sus tribunos y éstos a sus suboficiales cada vez que se iniciaba una guerra, necesariamente había ocasión para una más libre competencia por los puestos honoríficos y asuntos de la guerra, lo cual implicaba, a la vez, un contacto más íntimo entre los jefes y la tropa. Todo el ejército era un cuerpo cuidadosamente escogido en cuyo último miembro alentaba el espíritu del jefe supremo por medio de sus lugartenientes. A medida que con el correr de los tiempos se vino abajo la muralla que en los comienzos de la república

había separado a los patricios de los plebeyos, el éxito y el valor en la guerra pasaron a ser para todas las clases sociales el camino que conducía a los puestos honoríficos, las riquezas y el poder político, hasta el punto de que, en épocas posteriores, los amos omnipotentes de Roma, Mario y Sila, habían salido del pueblo, y al fin los individuos más depravados alcanzaban las supremas dignidades. Esto ha sido, sin lugar a dudas, la perdición de Roma, así como en los comienzos de la república el orgullo patricio había sido su sostén hasta que paulatinamente la soberbia opresora de los nobles vino a ser la causa de todas las perturbaciones internas posteriores. Desde el principio, la dificultad de hallar el justo equilibrio entre el senado y el pueblo, entre patricios y plebeyos, había sido la manzana de la discordia en la constitución de Roma, hasta que las constantes fluctuaciones de preponderancia, ya de un lado ya del otro, acabaron finalmente con el Estado mismo.

5. La mayor parte de las tan sonadas virtudes romanas no tiene otra explicación que la constitución rigurosa e intolerante de su Estado; las primeras se desmoronaron apenas hubo desaparecido la segunda. Los cónsules ocuparon el lugar de los reyes y se veían poco menos que forzados por los ejemplos antiguos a hacer gala de un ánimo más que real, de un temple romano. Todas las autoridades, especialmente los censores, participaban de este espíritu. Causa admiración la estricta imparcialidad, la generosidad desinteresada, la vida austera y trabajadora que llevaban los antiguos romanos desde la madrugada y aún antes de rayar del alba hasta muy entrada la noche. Tal vez no haya otro Estado en el mundo que haya llegado tan lejos en la seriedad en los negocios y la severidad en los deberes cívicos como Roma, en la cual estaba el centro de todas las actividades. La nobleza de sus linajes que se distinguían gloriosamente por nombres patronímicos, el constante peligro que acechaba desde afuera y la continua lucha entre nobles y plebeyos por dentro; luego el vínculo entre ambos por la relación de patronos y clientes, el permanente contacto personal entre todos en los mercados, casas y templos políticos, la jurisdicción minuciosamente dividida entre los privilegios del senado y los derechos del pueblo; su estrecha vida familiar, la educación de la juventud orientada en sentido político desde la primera infancia, todo este conjunto de factores contribuía a hacer del pueblo romano el primero y más orgulloso del mundo. Su alta nobleza no era, como en otros pueblos, una nobleza ociosa de terratenientes o meros procreadores de algún nombre antiguo; vivía en estas primeras estirpes un orgulloso espíritu familiar, cívico y romano en el cual la patria encontraba su más seguro sostén; y este espíritu se heredaba de padres a hijos y nietos con ininterrumpida efectividad e íntima

unión con un mismo e inmutable Estado. Tengo por cierto que ni en los momentos más aciagos ningún romano habría podido concebir la idea de un colapso de Roma; todos actuaban al servicio de su ciudad como si los dioses le hubiesen concedido el don de la inmortalidad, y ellos, los romanos, fuesen los instrumentos de los dioses para dar realidad a esta promesa. Sólo cuando la excesiva fortuna convirtió la valentía de los romanos en altanería y presunción, ya Escipión recitó aquellos versos de Homero a la vista de la ruina de Cartago, que vaticinaban también a su patria el destino de Troya.

6. La manera como en Roma la religión se entrelazaba con el Estado, contribuyó en todo sentido a su grandeza cívica y guerrera. Habiendo estado desde los comienzos de la ciudad y en los tiempos más heroicos de la república en manos de las familias más conspicuas y de los mismos jefes políticos y militares, de manera que ni los emperadores desdeñaran esta dignidad, se salvó en sus ritos de lo que puede llamarse la peste de las religiones estatales, el desprecio, en lo cual era ayudada activamente por el senado. Polibio, el experto estadista, atribuía parte de las virtudes romanas, especialmente su lealtad y veracidad insobornables, a la religión que él llamaba superstición. En efecto, hasta los postreros tiempos de su decadencia guardaron los romanos tal fidelidad a esta superstición que algunos de sus generales más belicosos hacían correr la voz de que estaban en trato íntimo con los dioses, seguros de que con su ayuda no sólo tendrían poder sobre los ánimos del pueblo y del ejército, sino también sobre la misma fortuna y el azar. No había acto político ni bélico que no estuviese ligado a la religión que le confería carácter sagrado. Por esto las estirpes de noble prosapia lucharon contra los plebeyos por la posesión de las dignidades religiosas como sus privilegios más sagrados. Esto se suele atribuir solamente a su sagacidad política, ya que los auspicios y vaticinios, ingenioso fraude de apariencias religiosas, les permitía dirigir el curso de los acontecimientos; pero aunque no quiero negar la existencia de tales abusos, no es verdad que todo se iba en esto. La religión de los dioses de Roma, religión de sus mayores, era según creencia generalizada el pilar de la prosperidad nacional, la prenda de sus privilegios ante otros pueblos y el *sancta sanctorum* de su Estado único en el mundo. Así como al principio no introdujeron nuevos dioses en su propio país, aunque siempre respetaron los dioses de países ajenos, así también deseaban que se conservara más tarde el culto a sus antiguos dioses que había sido característico de la Roma primitiva. Cualquier cambio en este punto significaba conmover los cimientos del Estado, por lo cual el senado y el pueblo se reservaron siempre el *ius maiestatis* en el ordenamiento

de los ritos sagrados, haciendo imposible todo amotinamiento o subterfugio de una casta sacerdotal aparte. La religión de los romanos era una religión del Estado y de la guerra que, si no los preservó de guerras injustas, al menos les daba una apariencia de justicia sometiéndolas al visto bueno de los dioses sin excluir su protección, mediante ritos de feciales y auspicios. Pero en épocas posteriores no fué menor la habilidad política de los romanos cuando, contrariando sus antiguos principios, aceptaron también a dioses extraños en sus templos y hasta trataron de atraerlos. Entonces su Estado ya se estaba tambaleando, como no podía ser de otra manera después de tan enormes conquistas, y esta tolerancia política los preservó del error de perseguir religiones y cultos ajenos, cosa que sólo bajo los emperadores iba tomando cuerpo, y también entonces no por amor u odio a alguna verdad especulativa sino por consideraciones estrictamente políticas. En general, Roma no se interesó por ninguna religión mientras ésta no afectara el Estado de alguna manera; en esto no procedían como hombres y filósofos, sino como ciudadanos, guerreros y vencedores.

7. ¿Qué diré del arte militar romano que en todo sentido era por aquel entonces el más perfecto en su género por cuanto aglutinaba soldados y ciudadanos, militares y políticos, y siempre avizor, ágil e innovador aprendía de todo enemigo? Su fundamento primitivo era tan antiguo como la misma ciudad de Roma, pues cuando Rómulo pasó revista a los ciudadanos, éstos formaron la primera legión romana. Pero no por esto tuvieron reparos en reformar su ejército, movilizar la antigua falange hasta el punto de revolucionar por completo el orden clásico de batalla, a saber, el macedónico, que era tenido por el modelo del arte militar de entonces. En lugar de sus anticuadas armaduras latinas, adoptaron de los etruscos y samnitas las armas que mejor les servían; aprendieron el orden de la marcha de Aníbal, cuya prolongada estada en Italia fué para ellos el más duro ejercicio de guerra que jamás habían tenido ni iban a tener. Sus grandes militares, entre ellos los Escipiones, Mario, Sila, Pompeyo, César, consideraban verdadero arte la guerra que fué el trabajo de toda su vida, y como tenían que ejercitarlo contra los más diversos pueblos, algunos de los cuales por su desesperación, valentía y fortaleza, luchaban con gran denuedo, tuvieron que llegar muy lejos en todas las ramas de esta ciencia. Mas no residía todo el poder de los romanos en las armas, el orden de batalla y el campamento, sino más bien en el intrépido espíritu guerrero de sus jefes militares y el largo entrenamiento de los soldados que sabían soportar hambre, sed y múltiples peligros, servirse de sus armas como de sus propios miembros y sostener un ataque de lanzas para buscar con la corta espada romana el corazón del enemigo en medio de la falange. Esta corta

espada romana conducida con valentía romana es la que conquistó el mundo. La forma de llevar la guerra de los romanos era más ofensiva que defensiva, asediaba menos de lo que derrotaba, buscando siempre el camino más breve a la victoria y la gloria. Se basaba en los inamovibles principios de la república a los que tuvo que rendirse, finalmente, todo el mundo: Nunca ceder hasta la completa derrota del enemigo, y por esto nunca lidiar con más de un adversario a la vez; nunca hacer las paces en la desgracia, aunque la paz reportara mayores ventajas que una victoria, sino aguantar a pie firme y redoblar la resistencia al enemigo favorecido por la suerte; infiltrarse bajo la máscara de una generosidad desinteresada, como si sólo se tratara de proteger a los oprimidos y ganar aliados, hasta que llegue el momento de mandar al aliado, oprimir a los protegidos y triunfar como vencedor sobre amigos y enemigos. Éstas y semejantes máximas de la insolencia romana, o si se prefiere, de una prudente magnanimidad dotada de la firmeza de una roca, convirtió un mundo en provincias romanas, y lo haría siempre si volvieran tiempos similares con un pueblo semejante. Dirijamos nuestros pasos a los campos ensangrentados que atravesó este amo del mundo y veamos al mismo tiempo qué herencia legó a la posteridad.

III

LAS CONQUISTAS DE LOS ROMANOS

Cuando Roma emprendió su carrera triunfal, Italia estaba llena de multitud de pequeños pueblos, cada uno de los cuales vivía según sus propias leyes y carácter nacional con una civilización más o menos avanzada, pero todos ellos activos, laboriosos y fecundos. Causa admiración la multitud de hombres que cada uno de estos pequeños Estados, hasta en las abruptas regiones montañesas, pudieron oponer a los romanos, hombres todos ellos que se habían sustentado y se sustentaban. En manera alguna se reducía la civilización de Italia a la sola Etruria; todo pequeño pueblo, incluso los mismos galos, tenían en ella su parte. Las tierras se cultivaban; artes primitivas, el comercio y la estrategia se ejercían a la manera que la época lo permitía. A ningún pueblo le faltaban

leyes, buenas aunque pocas, inclusive la regla natural del equilibrio entre varias naciones. Impulsados unas veces por la necesidad, otras por la soberbia, y favorecidos por diversas circunstancias, los romanos llevaron contra ellos guerras sangrientas y difíciles durante cinco siglos. Todo el resto del mundo que sometieron, no les costó tan duros esfuerzos cómo estas pequeñas regiones con sus pueblos y tribus que muy poco lograron subyugar. ¿Y cuál fué el resultado de tanto trabajo? Destrucción y muerte. No cuento aquí los hombres que de ambos lados se mataron y con cuya desaparición perecieron naciones enteras como los etruscos y samnitas; la mayor desgracia era la disolución de sus comunidades y la devastación de sus ciudades que se infligía al país, porque el efecto afectaría aun a la más remota posteridad. Tanto si estos pueblos eran trasladados a Roma, o sus pobres restos contados como "aliados", como cuando eran tratados como súbditos o hasta colonias: nunca recuperaban su prístino vigor. Una vez uncidos al yugo de Roma tenían que derramar su sangre durante siglos por Roma, sea en calidad de aliados o súbditos, y no para bien y gloria suya, sino de Roma. Una vez caídos en la esfera de Roma, por amplias que fuesen las libertades que a tal o cual de ellos se concediese, por fin acabaron todos buscando sólo en Roma fortuna, renombre, justicia y riquezas, de manera que la gran ciudad había hecho desaparecer en pocos siglos toda actividad cultural de Italia. Tarde o temprano, las leyes de Roma regían en todas partes, las costumbres romanas se hicieron costumbres italianas y su descabellado objetivo de dominar el mundo entero atrajo a todos estos pueblos a alinearse alrededor suyo para finalmente perecer en medio de la opulencia romana. Al fin ya no había remedio contra esta tendencia, de nada sirvieron las negativas, restricciones y prohibiciones. Una vez desviado el curso natural de las cosas, no hay arbitrio ni leyes humanas para arreglarlas. El pulpo de Roma chupó la sangre, enervó y despobló a Italia hasta tal punto que, finalmente, se tuvo que recurrir a bárbaros salvajes para darle nuevos hombres, nuevas leyes, costumbres y nueva vitalidad. Mas con esto no se recuperó lo que había perecido; Alba y Cameria, la próspera Veyes y la mayor parte de las ciudades etruscas, latinas, samnitas y apúlicas habían desaparecido; ninguna de las pobres colonias implantadas sobre su ceniza pudo revocar su antiguo esplendor, su densa población, su laboriosidad artística, sus leyes y costumbres. Lo mismo ocurrió con todas las florecientes repúblicas de la Magna Grecia: Tarento y Crotone, Síbaris y Cumea, Locria y Turi, Regio y Mesana, Siracusa, Catana, Naxos, Megara dejaron de existir y algunas perecieron desastrosamente. En medio de tus compases y escuadras fuiste muerto, oh gran Arquímedes, con toda tu sabiduría, y nada tiene de extraño que tus propios compatriotas no supiesen, luego, el lugar de tu

sepulcro, pues tu misma patria había caído contigo en la tumba, ni la salvó el hecho de que la ciudad escapase a la destrucción. El daño que el dominio romano infligió en esta parte del mundo a las ciencias y artes, la cultura del país y de los hombres, es incalculable. Guerras y procuradores romanos acabaron con la bella Sicilia, diversas devastaciones y, sobre todo, la vecindad de Roma, arruinaron la hermosa Italia del sur. Ambos países no fueron, al fin, otra cosa que tierras distribuídas y casas de campo de los romanos acaudalados, y por consiguiente, objetos preferidos de sus exacciones. Ya en tiempos de Graco el Mayor, la misma suerte había alcanzado a Etruria, tan floreciente en otros tiempos, a saber, un desierto fértil habitado por esclavos y explotado por romanos. ¿Y qué otra región hermosa del mundo hay cuyo destino fuera otro una vez que los romanos habían puesto el pie en su frontera?

Cuando Roma hubo sometido a Italia, comenzaron sus conflictos con Cartago y, si no me equivoco, de una manera tal que el más decidido romanófilo no podrá menos que avergonzarse de ello. La manera como apoyaron a los mamertinos para obtener una base en Sicilia, como se apoderaron de Cerdeña y Córcega en el justo momento en que Cartago se veía apremiada por sus pueblos satélites; la manera, finalmente, como el muy sabio senado deliberó "si había que tolerar la existencia de una Cartago en este mundo", no de otro modo que si se tratase de un repollo que uno mismo hubiese plantado en su propia huerta, todo esto y mil otras brutalidades de esa laya hacen de la historia romana, no obstante toda la prudencia y valentía que se quiera, una historia de demonios. Cuando una Cartago que ya no representa ningún peligro para los romanos, solicita a precio de oro su auxilio y confiada en su promesa les entrega guardias, navíos, almacenes y trescientos nobles como rehenes, aunque no hubiese sido un Escipión sino un dios el que en tal situación entregara la fría y soberbia solicitud de su destrucción como veredicto del senado, siempre sería una solicitud negra y demoníaca de la que sin duda el mismo noble portador sentiría no poca vergüenza. "Cartago ha sido ocupada", escribe a Roma, como si con tan lacónica expresión quisiera encubrir su innoble hazaña. Nunca los romanos dieron al mundo una ciudad como Cartago ni inspiraron su fundación. También un enemigo de Cartago y conocedor de todas sus debilidades y vicios observa con amargura y repugnancia las circunstancias que rodearon su destrucción, y rinde pleitesía a los cartagineses, por lo menos ahora que como republicanos desarmados y vilmente engañados luchan sobre sus tumbas y mueren por ellas. ¿Por qué, oh Aníbal, grande y sin igual, te negó el destino adelantarte a la ruina de tu patria y matar al león en su misma cueva después de la victoria de Cannas? La posteridad, tan inferior a ti en magnanimidad, y la que

nunca trató de atravesar los Alpes, te critica por ello, no atenta a la calidad de las tropas con que contabas y en qué estado debían encontrarse después de las terribles batallas del invierno en el norte y centro de Italia. Tus enemigos critican la falta de disciplina de tus tropas, mientras en realidad es un milagro que pudieras mantener unidos a esos viles mercenarios tanto tiempo, teniendo que ceder finalmente a su voluntad al llegar a la Campania, después de tan inauditas marchas y hazañas. Inmarcesible es la gloria de este valiente enemigo de los romanos cuya entrega exigieron ellos más de una vez despóticamente como si se tratara de un botín de guerra. No fué el destino; fueron la avaricia y la envidia de su patria las que se amotinaron contra él no permitiéndole llevar a feliz término las victorias que él, y no Cartago, había obtenido contra los romanos, y de esta manera fué inevitable que sólo sirviera para enseñar a sus enemigos el arte militar, como habían aprendido ya el arte de la construcción naval de los cartagineses. Terrible advertencia del destino de no detenerse nunca a mitad del camino en sus designios, puesto que entonces se fomenta justamente lo que se deseaba evitar. Sea como fuere, Cartago pereció y con ella un Estado que los romanos jamás fueron capaces de reemplazar. El tráfico mercante desapareció de aquellos mares, y pronto ocuparon su lugar los piratas que hasta nuestros días infestan estas regiones. El África rica en cereales no fué bajo el dominio romano ni remotamente lo que había sido por tanto tiempo bajo Cartago. Se convirtió en el granero de la plebe romana, cazadero de animales salvajes para los juegos circenses, y un arsenal de esclavos. Tristes yacen todavía ahora las riberas y llanuras del hermoso país al que, como primera obra colonizadora, robaron los romanos su cultura indígena. Hasta la última letra del alfabeto púnico se nos ha perdido; Emiliano los regaló a los nietos de Masinisa, un enemigo de Cartago a otro.

Dondequiera que se dirija la mirada desde Cartago, no se ve más que ruinas y destrucción, porque en todas partes dejaron idénticas huellas estos conquistadores del mundo. Si los romanos hubieran tenido seriamente la intención de ser los libertadores de Grecia, título pomposo bajo el cual se hicieron anunciar a esta nación decadente hasta el infantilismo con ocasión de los juegos ístmicos, qué otra hubiera debido ser su actuación. Pero, pobre Grecia, ¡qué fin depara a tu historia tu protectora, tu discípula Roma, la educadora del mundo! Paulo Emilio hace saquear setenta ciudades epirotas y vender a ciento cincuenta mil hombres como esclavos sólo para premiar a sus soldados. Metelo y Silano saquean y devastan Macedonia; Mumio, Corinto; Sila, Atenas y Delfos, como nunca ciudades en el mundo han sido saqueadas y devastadas. Luego, la ruina se propaga sobre las mismas islas griegas, siendo

idéntica la suerte corrida por Rodas, Chipre y Creta, y finalmente toda Grecia, ha de ser una caja de tributos y un campo de saqueos para dar brillo a los triunfos romanos. En uno de ellos es llevado el último rey de Macedonia con sus hijos, para luego perecer en la más horrible cárcel, mientras uno de sus hijos que escapó a la muerte sigue viviendo en Roma como tornero y escribiente. Los últimos resplandores de la libertad griega, la alianza etólica y la federación de Acaya se disuelven, y finalmente todo se convierte en una provincia romana o campo de batalla donde los ejércitos del pillaje y la devastación, conducidos por los triunviros, acaban por matarse unos a otros. Lo que de ti ha llegado hasta nosotros, oh Grecia, son sólo las ruinas que estos bárbaros llevaron consigo como botín de triunfo, para que en su propio montón de ceniza pereciera algún día todo cuanto la humanidad había inventado de grande y hermoso.

Desde Grecia nos dirigimos a las costas del Asia y del África. Asia Menor, Siria, Ponto, Armenia y Egipto fueron los reinos donde los romanos se entrometieron ya como herederos, ya como tutores, ya como árbitros o pacificadores, pero de los cuales reportaron como merecido premio de sus abnegados servicios el veneno que había de dar muerte a su propia Constitución política. Son conocidas para cualquiera las grandes hazañas bélicas del Escipión asiático, de Manlio, Sila, Lúculo y Pompeyo. Sólo este último ostentó en un solo triunfo más de quince reinos conquistados, ochocientas ciudades ocupadas y mil fortificaciones asaltadas. Exhibió oro y plata por valor de veinte mil talentos. Aumentó las entradas del Estado romano en doce mil talentos, o sea, en un treinta por ciento, y todo su ejército se había enriquecido de tal manera que el soldado de menor graduación había recibido como premio la suma de doscientos escudos, fuera de todo lo que cada uno ya llevaba consigo. ¡Qué ladrón! Por esta vía prosiguió Craso, que sólo en Jerusalén robó diez mil talentos, y quien de ahí en adelante salía para Oriente en tren de guerra, volvía, si es que volvía, cargado de oro y riquezas. ¿Y qué dieron los romanos en cambio a los orientales? Ni leyes, ni la paz, ni instituciones, ni población, ni artes. Devastaron los agros, quemaron bibliotecas, arrasaron altares, templos y ciudades. Una parte de la biblioteca de Alejandría fué presa de las llamas por intervención de Julio César, mientras Antonio regaló la mayor parte de la de Pérgamo a Cleopatra, para que las dos perecieran juntas. De esta manera, los romanos que pretendían llevar la luz al mundo, no dejaron a su paso más que la noche oscura. Tesoros enteros de oro y obras de arte son arrancados por exacción; mundos enteros de filosofía y espiritualidad se hunden en el abismo. El carácter propio personal de los pueblos se borra y las provincias, bajo una serie de los emperadores más detestables, son explotadas, robadas y maltratadas.

Mayor lástima aún, si cabe, me dan las naciones arruinadas del Occidente en España, Galia y hasta donde llegaran las legiones romanas. Los países subyugados de Oriente eran casi todos flores ya marchitas; aquí en cambio fueron dañadas poco antes de su florecimiento, de manera que de algunos apenas se conservó su raza y propia mentalidad. España era, antes del advenimiento de los romanos, un país bien constituído, en su mayor parte fértil y feliz. Su comercio revestía cierta importancia y también la civilización de algunas de las naciones allí radicadas no era cosa despreciable, como lo demuestran no solamente los turdetanos, que habían mantenido prolongado contacto con los fenicios y cartagineses, sino también los celtíberos que habitaban la parte central. La valerosa Numancia resistió a los romanos más que ningún otro lugar del mundo. Por veinte años soportó la guerra, derrotando un ejército romano tras otro, para defenderse finalmente contra todo el arte militar de un Escipión con una valentía cuyo desastroso fin causa horror. ¿Y qué buscaban los invasores aquí en el interior del país, en naciones que nunca los habían provocado y apenas oído su nombre? Minas de oro y plata. España fué para ellos, lo que América hoy para España: un lugar de pillaje. Y así saquearon Lúculo, Galba y otros, faltando a la buena fe y a la palabra dada; el mismo senado declaró inválidos dos tratados de paz que sus generales apremiados habían concertado con los numantinos, a quienes entregó cruelmente estos mismos jefes militares, siendo vencido también en nobleza y generosidad por Numancia para con estos infelices. Ahora Escipión se dirige con todo su poder contra Numancia, encierra la ciudad y hace cortar el brazo derecho a cuatrocientos jóvenes, los únicos que acudían en ayuda de la ciudad injustamente asediada. Cuando apremiado por el hambre, un pueblo asediado se acoge a su clemencia y justicia, desoye tan conmovedora súplica y lleva a cabo la destrucción de los desgraciados como un auténtico romano. Como auténtico romano obró Tiberio Graco al devastar trescientas ciudades, pueblitos y castillos tan sólo en el país de los celtíberos. De ahí el odio inextinguible de los españoles contra los romanos; de ahí también las valerosas hazañas de un Viriato y un Sertorio, ambos caídos de manera indigna superando, a no dudarlo, a muchos generales romanos en prudencia y valor en la guerra; de ahí, finalmente, esos pueblos montañeses de los Pirineos que casi nunca pudieron ser vencidos y conservaron su libertad salvaje a despecho de los romanos, mientras pudieron. Desgraciado país del oro, Iberia, casi desconocida, te alejaste al reino de las sombras con tu civilización y tus naciones, cual ya Homero cantó de ti como reino de los muertos bajo los rayos del sol poniente.

Poco podemos decir sobre la Galia, no conociendo su conquista sino por la información que nos suministra el mismo conquistador.

Durante diez años le costó a César increíbles trabajos y el empeño de todas las facultades de su alma grande. Aunque de ánimo más noble que romano alguno, no pudo torcer su destino romano y fué objeto del triste elogio de que sin contar las guerras civiles, había peleado en cincuenta batallas campales, habiendo matado a un millón ciento noventa y dos mil hombres en diversos encuentros, los más de ellos galos. ¿Dónde están ahora los numerosos vivaces y valientes pueblos de este gran país? ¿Dónde su espíritu y magnanimidad, su número y fuerza cuando siglos después fueron asaltados por pueblos salvajes que se los dividían entre sí como a esclavos romanos? Hasta el nombre de este pueblo, uno de los principales de la tierra, se extinguió; su religión tan peculiar, su cultura y su idioma se exterminaron con todo lo que fuera una provincia romana. ¿Y vosotras, almas grandes de Escipión y César, cuáles fueron vuestros sentimientos, cuáles vuestros pensamientos cuando libradas ya de vuestra envoltura mortal, mirabais a Roma desde vuestro cielo, y contemplando esta cueva de ladrones apreciasteis los efectos de vuestra profesión asesina? ¡Qué mancillado debe haberos parecido vuestro honor, qué ensangrentados vuestros laureles, qué rastrero y misantrópico vuestro arte de la matanza! Roma ya no existe, y aun en vida, a todo hombre de nobles sentimientos debería haberle dicho su instinto que con todas estas victorias gigantescas y ambiciosas se acumulaba sobre la cabeza de su patria la maldición y la ruina.

IV

LA DECADENCIA DE ROMA

La ley del talión es un orden eterno de la naturaleza. Así como no puede oprimirse un platillo de la balanza sin que se levante al otro, así tampoco se altera ningún equilibrio político y no se comete ningún crimen de lesa humanidad conculcando los derechos de los pueblos sin pagarlo en la misma moneda, causando la medida sobrecolmada una caída tanto más terrible. Si hay una historia que prueba esta verdad natural, es la romana. Conviene, con todo, ensanchar las miras y no tomar una causa parcial por la adecuada de la ruina romana. Si los romanos nunca hubieran visto las costas de Asia y Grecia y no hubieran procedido con otros países más pobres a su manera, sin duda su caída hubiera sido igualmente inevitable aunque en otro momento histórico y rodeada de otras circunstancias. El germen de la corrupción estaba ya dentro de la

planta, el gusano corroía sus raíces y su medula; y fué así como también este árbol gigantesco tuvo finalmente que derrumbarse.

1. En el seno de la Constitución de Roma había una escisión, un factor híbrido que, de no ser remediado a tiempo, había de causar su ruina tarde o temprano; fué la misma organización del Estado, los límites injustos e inciertos entre el senado, la orden de los caballeros y el pueblo. Naturalmente no fué posible que Rómulo, al hacer estas divisiones, pudiera prever todas las peripecias futuras de la ciudad; las creó de acuerdo con las circunstancias de su tiempo y las necesidades del momento; no bien cambiaron éstas, el mismo Rómulo halló la muerte a manos de quienes juzgaban excesiva la autoridad de que gozaba. Ninguno de sus sucesores tuvo ánimo ni sintió la necesidad de completar la obra; echaron el peso de la propia personalidad en la balanza para mantener a raya el partido de la oposición y gobernar a los dos en un Estado primitivo y rodeado de múltiples peligros. Servio hizo un censo de la población y puso el peso del gobierno en manos de los ricos. Bajo los primeros cónsules, los peligros externos arreciaron demasiado para pensar en reformas; también eran demasiado grandes, fuertes y meritorias las personalidades entre los patricios para no ganarse la voluntad del pueblo. Pero no tardaron en cambiar estas circunstancias, haciéndose insoportable la opresión ejercida por los nobles. Los ciudadanos estaban endeudados hasta mucho más allá de sus posibilidades; exigua era su participación en la legislación y las victorias por las que ellos mismos habían tenido que pelear, de manera que el pueblo emigró a la montaña sagrada y se originaron conflictos que con el nombramiento de los tribunos, lejos de solucionarse, se multiplicaron, y no dejaron de afectar toda la historia de Roma hasta el fin. Se explica así el conflicto largo y tantas veces renovado sobre la distribución de los campos, la participación del pueblo en las dignidades supremas, consulares y religiosas, en cuyo transcurso cada partido defendía sus propios intereses y nadie pensaba imparcialmente en el bien común. Este conflicto duró hasta los triunviratos, los cuales fueron solamente su consecuencia. Por el hecho de que los triunviratos significaran el fin de la Constitución romana y de que aquel conflicto fuera tan antiguo como la misma república, se ve que no fué una causa externa sino interna la que estaba corroyendo desde un principio las raíces del Estado. Cosa rara por demás parece entonces que haya quienes se empeñan en hacer aparecer la Constitución romana como la más perfecta del mundo, siendo precisamente una de las más defectuosas, nacida de las circunstancias de tiempos primitivos, nunca reformada con una verdadera visión de conjunto y siempre instrumento de los intereses partidarios. El único capaz de reformarla eficazmente hubiera sido

César; mas ya era tarde y las puñaladas que acabaron con su vida se adelantaron a toda mejora.

2. Hay una contradicción en el principio: Roma, reina de las naciones, Roma, dominadora del mundo, porque Roma no fué más que una ciudad, y su organización la de un municipio. Naturalmente, contribuyó a la continuidad de las guerras y el prolongado efecto de sus victorias, el hecho de que las decisiones emanaran de un senado permanente y no de un monarca efímero, ya que de esta manera el espíritu de sus máximas desastrosas para el mundo se conservaba mejor en una corporación que en una serie de regentes desiguales. Más aún: como el senado y el pueblo estuviesen casi siempre envueltos en una guerra intestina y solapada, el primero de los dos se veía continuamente en la necesidad de asegurar la tranquilidad interna dando trabajo fuera del país unas veces a un hombre ambicioso y perturbador, otras veces a una turba de aventureros, de manera que esta constante tensión contribuía también en buena parte a una incesante destrucción del mundo. Pero también para su propia supervivencia necesitaba el senado a menudo no sólo victorias y rumores de tales, sino también grandes peligros. Todo patricio ambicioso que deseaba ganarse la voluntad del pueblo, precisaba ofrecer presentes, juegos públicos, y conquistar renombre y triunfos, todo lo cual sólo la guerra podía proporcionarle.

Nada mejor que el inquieto gobierno de una gran ciudad con sus múltiples divisiones y reparticiones para perturbar el mundo y conservarlo perturbado por muchos siglos. Ningún Estado ordenado y en paz consigo mismo hubiera dado al mundo tan horrible espectáculo, aunque más no fuera, por su propio bienestar. Pero una cosa es hacer conquistas, y otra conservarlas, vencer en el campo de batalla y aprovechar la victoria en provecho del Estado. Esto último nunca supo hacerlo Roma a causa de su organización interna, y aun lo primero, la conservación de las conquistas, sólo pudo lograrlo con medios totalmente opuestos a la constitución de la ciudad. Ya los primeros reyes conquistadores se vieron obligados a incorporar algunas ciudades y pueblos dentro de los muros de Roma para dar robustez, raíces y tronco a la incipiente planta que iba a tener ramas tan gigantescas. En consecuencia, la población creció en forma pavorosa. Más tarde la ciudad adoptó el sistema de alianzas, y los aliados salían a campaña con los romanos; participaban en sus victorias y conquistas y eran romanos aunque no fueran habitantes de Roma, ni ciudadanos romanos. Pronto estallaron violentos conflictos sobre si debía concederse el derecho de ciudadanía a los aliados, exigencia ineludible que brotaba naturalmente de la misma índole del asunto, y que dió origen a la primera guerra civil que costó a Italia trescientos mil jóvenes y puso a

Roma al borde del abismo, habiendo tenido que armar hasta a sus esclavos libertos. Fué una guerra entre la cabeza y los miembros, y no podía tener otro resultado sino que de ahí en adelante los miembros debían pertenecer a la cabeza informe que era Roma. Toda Italia se había convertido en Roma, la cual crecía siempre más sembrando la confusión por el mundo. No quiero detenerme aquí en el desorden que esta romanización produjo en la administración de la justicia de todas las ciudades italianas; sólo deseo apuntar los males que a partir de ahora vinieron convergiendo en Roma desde los cuatro confines de la tierra. Si ya antes toda clase de elementos se amontonaban en la ciudad y el criterio de selección en las tablas del censo era tan amplio que se llegó a tener un cónsul que no era ciudadano romano, ¿qué sería ahora cuando toda Italia se agolpaba alrededor de la cabeza del mundo, la más monstruosa cabeza que jamás presidiera los destinos de la tierra? Después de la muerte de Sila, los amos del mundo contaban cuatrocientos cincuenta mil hombres; con la incorporación de los aliados ascendió esta cifra en gran escala, y en tiempos de César ya eran trescientos veinte mil tan sólo los que solicitaban una ayuda en el reparto público de cereales. Basta hacerse presente con los ojos de la imaginación esta turba impetuosa y en gran parte ociosa y verla en los plebiscitos haciendo compañía a sus patronos que solicitaban cargos públicos, para comprender cómo por medio de presentes, juegos, desfiles, adulación y ante todo la bruta fuerza de la soldadesca se armaban motines, se derramaba sangre a torrentes y se constituían triunviratos que acabaron por convertir a la orgullosa reina del mundo en su propia esclava. ¿En qué había venido a parar ahora la autoridad del senado, un grupo de cuatrocientos a seiscientos hombres contra esa turba innumerable que exigía derechos señoriales y se vendía en grandes ejércitos al que mayores promesas le hiciera? ¡Qué triste papel hace el dios Senado, como lo llamaba la adulación de los griegos, frente a un Mario y un Sila, un Pompeyo, César, Antonio y Octavio, sin contar todavía los ogros de emperadores que posteriormente surgirían de la soldadesca! Cicerón, el padre de la patria, hace una triste figura con sólo atacarlo un Clodio; sus mejores consejos de poco valen no sólo contra lo que hicieron Pompeyo, César y Antonio, y otros, sino ni siquiera contra lo que un Catilina estuvo tan cerca de llevar a cabo. Tales despropósitos no se originaban por las especias importadas del Asia ni por la molicie de Lúculo, sino por la Constitución fundamental de Roma, que, siendo una ciudad, quería asumir el papel de amo del mundo[1].

[1] Sobre lo bueno que puede decirse de la simplicidad de los antiguos romanos y la civilización del pueblo romano, véase a Meierotto en su bien documen-

3. Mas no había en Roma solamente un senado y un pueblo, sino también esclavos, y su número crecía a medida que los romanos se adueñaban del mundo. Por medio de esclavos labraban sus extensos agros en Italia, Sicilia, Grecia, etcétera; una multitud de esclavos constituía su riqueza doméstica, y el comercio con ellos como también su adiestramiento era en Roma importante oficio que hasta un Catón no se avergonzaba de desempeñar. Hacía mucho que habían pasado los tiempos en que el amo trataba fraternalmente al siervo y Rómulo pudo promulgar la ley de que un padre podía vender hasta tres veces a su hijo en calidad de siervo. Los esclavos de los dominadores del mundo provenían de los cuatro confines de la tierra y eran tratados con blandura por los amos humanitarios, y como animales por los despiadados. Milagro hubiera sido que de tan inmensa turba de seres oprimidos no se hubiesen originado grandes males para los romanos; porque como toda institución perversa, también ésta debía llevar en sí misma necesariamente su recompensa y su castigo. La venganza no se reduce, ni mucho menos, a la sola guerra sangrienta de los esclavos que Espartaco llevó contra los romanos durante tres años con gran arte militar y valentía; sus secuaces aumentaron de setenta y cuatro a setenta mil; derrotó a varios generales romanos, luego a dos cónsules, y se cometieron muchas crueldades; pero el peor daño provino de los predilectos, los esclavos libertos, pues por ellos Roma se convirtió al fin en esclava de los esclavos en el sentido más propio de la palabra. El mal comenzó ya en tiempos de Sila, y bajo los emperadores cundió de manera tan atroz que me siento incapaz de relatar los desórdenes y barbaridades que ocurrieron por culpa de los esclavos predilectos y los libertos. La historia y las sátiras de los romanos están repletas de estos hechos y ningún pueblo salvaje del mundo presenta casos análogos. De esta manera, Roma fué castigada por la misma Roma y los opresores del mundo terminaron como siervos humildes de los esclavos más infames.

4. Otra causa, finalmente, fué el lujo, tan fácil de alcanzar para Roma como favorable era su posición geográfica para las conquistas. Dominaba como desde su centro el Mar Mediterráneo y con ello las costas más prósperas de tres Continentes. Lo que es más, a través de Alejandría y mediante poderosas flotas se apoderó de las riquezas de Etiopía y de un extremo de la India. No hay palabras para describir el bárbaro derroche y la opulencia que reinaban desde la conquista del Asia en convites y juegos, en vestidos, edificios y útiles domésticos no sólo en la misma Roma

tado escrito sobre las costumbres y sistema de vida de los romanos, parte I, Berlín, 1776, y en la segunda parte la historia del lujo entre el pueblo y los nobles.

sino en todo cuanto le pertenecía[1]. Uno nó da crédito a sus ojos al leer las descripciones de todas estas cosas; los precios que se pagaban por objetos de valor de procedencia extranjera, y junto con el despilfarro el cúmulo de deudas de los grandes romanos, que en los últimos tiempos eran libertos y esclavos. Semejante fausto no pudo menos que acarrear la más oprimente miseria, y lo que es más, era en sí mismo una inmensa pobreza cultural. Aquellos ríos de oro que durante siglos convergieron en Roma, tuvieron por fin que agotarse, y como todo el comercio de los romanos los colocaba en notable desventaja por cuanto adquirían lujo y lo pagaban a precio de oro, nada tiene de extraño que la sola India les sustrajese cada año una suma fabulosa. Los agros quedaron yermos y cubiertos de maleza; ya no se fomentaba la agricultura como lo habían hecho los antiguos romanos y sus contemporáneos en Italia; los artistas dedicaron sus esfuerzos a lo superfluo y no a lo útil; sus objetivos eran un fantástico lujo y esplendor en arcos de triunfo, baños, sepulcros, teatros y anfiteatros, etcétera, construcciones monumentales que sólo podían alzar esos saqueadores del mundo. Ningún romano ha inventado jamás cosa alguna en un arte u oficio provechoso para la humanidad, ni en la industria alimenticia, sin decir que con ello hubiese servido a otras naciones y obtenido una justa y duradera ganancia. Pronto el Imperio se empobreció, el valor de la moneda descendía y en el tercer siglo de nuestra era la remuneración de un alto jefe militar no valía según esta moneda lo que en tiempos de Augusto se estimaba insuficiente para el soldado raso. Todo eso eran consecuencias naturales de un estado de cosas que no podría tener otro resultado, aun considerándolo sólo desde el punto de vista industrial y comercial. Por las mismas causas, la población iba decreciendo, y no sólo en número sino también en altura, estado atlético y energías vitales. Esta misma Roma e Italia que había convertido en semidesiertos a los países más florecientes y densamente poblados del mundo como Sicilia, Grecia, España, Asia, África y Egipto, moría ahora naturalmente de la muerte más antinatural por sus leyes y sus guerras, pero más que nada por su vida ociosa, sus vicios depravados, el divorcio, la brutalidad contra los esclavos y más tarde la tiranía contra los mejores y más nobles hombres que le habían quedado. Durante siglos enteros, la Roma moribunda se agita entre las más atroces convulsiones en su lecho de muerte, el cual se extiende por todo el mundo de donde se procuró los dulces venenos

[1] Véase además de Petronio, Plinio, Juvenal y muchos otros pasajes en los escritos antiguos, las colecciones modernas de Meierotto, vol. 2, sobre las costumbres y sistema de vida de los romanos, y MEINER, *Historia de la decadencia romana*, etc.

que causaron su perdición. Ahora el mundo no puede prestarle otra ayuda que la de acelerar su muerte. Llegan los bárbaros, gigantes del norte de Europa, a quienes los enervados romanos les parecen enanos; devastan a Roma e inyectan nuevas fuerzas a la agotada Italia, demostración terrible y benigna a la vez, de que toda perversión en la naturaleza lleva en sí misma su castigo y destrucción. Al lujo de los orientales debemos agradecer que librara al mundo más prontamente de un cadáver que, de otra manera, a fuerza de victorias en otras partes del mundo, también hubiera entrado en putrefacción, pero no de modo tan rápido y espantoso.

5. Ahora debería resumir todo lo dicho y demostrar cómo en virtud del gran orden de la naturaleza y sin contar el lujo, la plebe, el senado y los esclavos, el solo espíritu guerrero de Roma tenía que causar al fin su propia perdición y volver contra sus propias entrañas la espada que tantas veces había desenvainado contra ciudades y naciones inocentes. Pero la historia pregona a voces esta verdad sin que haga falta subrayarla con mi pluma. Las legiones que hambrientas de tanto pillaje ya no encontraban qué saquear, viendo en cambio el fin de su gloria en las fronteras persas y germanas, ¿qué otra cosa podían hacer sino volver a Roma y dar muerte a su propia madre? Este horrible espectáculo comenzó ya en tiempos de Mario y Sila; las legiones que venían de regreso apoyando a su jefe militar supremo o pagadas por él, iban a vengarle de sus contrarios políticos en la misma patria, y Roma se inundó de sangre. Y el espectáculo seguía a través de los siglos. Cuando César y Pompeyo llevaron sus ejércitos uno contra el otro en el país donde en otros tiempos habían cantado las musas y Apolo apacentado sus ovejas, peleando romanos contra romanos, decidieron lejos de la patria la suerte de ésta. Lo mismo sucedió con ocasión de un inhumano arreglo ofrecido por un triunviro de Módena que, de acuerdo con una lista establecida, entregó a la muerte a trescientos senadores y dos mil caballeros al destierro y la muerte, y por exacción obtuvo, hasta de las mujeres, doscientos mil talentos sacados en su mayor parte de Roma. Otro tanto ocurrió después de la batalla de Filipos donde murió Bruto, y antes de la guerra contra el segundo Pompeyo, hijo más noble de un gran padre; lo mismo después de la batalla de Actio, etcétera. Para nada sirvió que el débil y cruel Augusto hiciese el papel del bondadoso y pacífico; con la espada se había estructurado el Imperio, con la espada debía ser defendido o por ella morir. Si en los últimos tiempos los romanos querían entregarse a un beatífico sueño, no así las naciones injuriadas y despertadas por ellos, que clamaban venganza y llegado su tiempo pagaron en la misma moneda. El emperador del Imperio Romano era y siguió siendo siem-

pre el jefe militar supremo, y los que se olvidaron de su oficio fueron llamados al orden por el ejército de manera terrible. Éste entronizaba y asesinaba a los emperadores hasta que por fin el comandante de la guardia imperial se impuso como primer ministro, convirtiendo al senado en miserable reunión de títeres. Pronto el senado estuvo integrado sólo por soldados que, con el tiempo, se debilitaron hasta el punto de que no servían para la guerra ni para senadores. El Imperio se desintegró; Césares y anticésares se hacían la guerra, las naciones circunvecinas invadían el territorio y era menester incorporar al ejército a los mismos enemigos, que llamaron a otros enemigos peores. Las provincias eran despedazadas y devastadas, y por fin se precipitó en espectacular caída la Roma eterna y orgullosa, abandonada y traicionada por sus propios conductores. Testimonio éste, terrible por demás, de cómo acaba el desmedido afán de conquistas de reinos grandes y pequeños y de cómo el despotismo militar halla su merecido fin conforme a las leyes naturales. Ningún Estado guerrero hubo jamás que fuese más sólido y grande que el romano, pero tampoco hubo cadáver que tuviese funerales más aterradores que la historia de Roma en sus últimos siglos, de manera tal que no se comprende cómo pudiese haber conquistadores después de César y Pompeyo ni cómo un pueblo civilizado pueda, después de esto, tolerar todavía un régimen militar.

¡Oh destino omnipotente! ¿Será que la historia de Roma nos fué legada y a una parte del mundo impuesta con la espada, para que aprendiésemos esta lección? Sin embargo, a juzgar por los hechos, sólo aprendemos de ella huecas palabras, o su ejemplo mal entendido ha dado origen a nuevos romanos sin que ninguno de ellos alcanzase la altura de los primeros. Una sola vez estos antiguos romanos dominaron la escena y dieron, casi siempre como personas privadas, el grandioso y terrible espectáculo cuya repetición esperamos no se produzca nunca en bien de la humanidad. Veamos, con todo, el esplendor y los aspectos magníficos que también esta tragedia tuvo en el transcurso de su historia.

V

CARÁCTER, CIENCIAS Y ARTES DE LOS ROMANOS

Después de lo dicho es un deber de justicia nombrar y honrar también a las almas nobles que en el difícil lugar donde el destino las había puesto, se sacrificaron con magnanimidad por lo que

llamaban su patria, realizando en su corta vida hazañas que llegaron casi al extremo límite de las fuerzas humanas. Siguiendo el orden cronológico debería alabar como lo reclaman sus méritos a Junio Bruto y Poplícola, Mucio Scévola y Coriolano, Valeria y Veturia, los trescientos Fabios y Cincinnato, Camilo y Decio, Fabricio y Régulo, Marcelo y Fabio, los Escipiones y Catones, Cornelia y sus desafortunados hijos, y juzgando solamente por los méritos militares, también a Mario y Sila, Pompeyo y César, y si es que las buenas intenciones y tentativas merecen alabanza, a Marco Bruto, Cicerón, Agripa, Druso y Germánico. También entre los emperadores debería alabar como a fuertes pilares de un edificio que se derrumbaba a Tito, la alegría de los mortales, el bueno y justo Nerva, el afortunado Trajano, el infatigable Adriano, los buenos Antoninos, el denodado Severo, el viril Aureliano, etcétera. Mas como estos hombres son más conocidos que los mismos griegos, permítaseme hablar sólo en general del carácter de los romanos en sus épocas mejores, y considerarlo únicamente como producto de las circunstancias de su tiempo.

Si hubiera que dar un nombre propio y especial a la imparcialidad y firmeza de resolución, la infatigable actividad en obras y palabras y la marcha segura y rápida hacia el fin perseguido, ya sea la victoria ya el honor, si hubiera que definir ese ánimo frío y audaz que no se aterra en el peligro, no se dobla ante la desgracia ni se envanece en la prosperidad, este nombre, esta definición debería llamarse: temple de romanos. Varios miembros de este Estado dieron de él tan relevantes pruebas, cualquiera que fuera la clase social a que pertenecían, que nosotros, cuando éramos jóvenes, y conociendo sólo el lado noble de los romanos, veíamos en ellos las sombras de las más grandes figuras del mundo antiguo. Nos parecía que sus estrategas marchaban como gigantes de un Continente a otro llevando el destino de los pueblos en su mano firme y segura, y que su pie derribaba tronos e Imperios, decidiendo una palabra suya sobre la vida y muerte de miles de seres humanos. ¡Pero cuán peligrosas eran las alturas que escalaron y demasiado caro el jugar con coronas y con millones en hombres y dinero!

En estas alturas se mueven con la sencillez de romanos, despreciando la pompa de reyes bárbaros y sirviéndoles su yelmo de corona, su armadura de ornato.

Si los contemplo así en la cumbre del poder y de la riqueza, si escucho su elocuencia varonil y los veo incesantemente activos con sus virtudes domésticas y patrióticas; si admiro la serenidad imperturbable en la frente de César, en el bullicio del mercado como en el tumulto de la batalla, y su generosidad que también sabe perdonar al enemigo: ¡Oh alma grande, con todos los vicios y ligerezas, si alguien fué digno de ser emperador de los romanos, eras

tú! Pero César era más que esto: era César. El trono más encumbrado del mundo se quiso adornar con su nombre. ¡Ojalá se hubiera engalanado también con su grandeza de ánimo, vivificado durante milenios por el espíritu bondadoso, vivaz y comprensivo de un César!

Mas ya se alza en su contra el puñal de su amigo Bruto. No fué en Filipos y Sardes, oh noble Bruto, donde primero se te apareció tu genio del mal; mucho antes se te había aparecido bajo la figura de tu patria a la que, dotado de un alma más sensible que tus despiadados antepasados, te sacrificaste en aras de los sagrados derechos de la humanidad y de la amistad. Como te faltaba el espíritu de un César y la bajeza plebeya de un Sila, no pudiste aprovechar los frutos de tu forzado delito y te viste obligado a abandonar una Roma que había dejado de serlo por los funestos designios de un Antonio y un Octavio. El primero de ellos puso todo el esplendor de Roma a los pies de una ramera egipcia; el segundo dominó más tarde al mundo agonizante desde la alcoba de una Livia con la serenidad de un santurrón. Nada te quedó sino tu propia espada, recurso triste pero necesario para un destino romano desafortunado.

¿Cuál es el origen de tamaña grandeza de carácter de los romanos? Su educación, muchas veces el nombre de la persona y su linaje, sus ocupaciones, la concurrencia del senado, del pueblo y de todos los pueblos en el centro del gobierno del mundo; finalmente las necesidades felices y desgraciadas a la vez que se plantearon a los romanos. De ahí que este carácter se contagiara a todo lo relacionado con la grandeza romana, no sólo a las estirpes nobles, sino también al pueblo, y tanto a los hombres como a las mujeres. Las hijas de Escipión y de Catón, la esposa de Bruto, la madre y hermana de los Gracos no supieron obrar sino como dignas de su linaje; más aún: era frecuente que nobles romanas aventajasen a los hombres en prudencia y dignidad. Así fué Terencia más heroica que Cicerón, Veturia de mayor nobleza de alma que Coriolano, Paulina de mayor fortaleza que Séneca, etcétera. En ningún harem oriental, en ningún gineceo de los helenos era posible, no obstante todas las buenas disposiciones de la naturaleza, que floreciesen virtudes femeninas como las que presenta la vida pública y familiar de los romanos; sólo que en tiempos decadentes les corresponden vicios femeninos que causan horror a quien los mira. Ya en tiempo del sometimiento de los pueblos latinos, ciento setenta esposas romanas se pusieron de acuerdo para envenenar a sus maridos respectivos, y descubierto el complot tomaron ellas mismas el veneno preparado muriendo como héroes. El poder y las fechorías de las mujeres bajo los emperadores son indescriptibles. La luz más preclara contrasta con las más oscuras sombras. Cerca están una ma-

drastra Livia y una fidelísima Antonia-Druso, una Plancina y una Agripina-Germánico, una Mesalina y una Octavia.

Si queremos apreciar la contribución romana a las ciencias, debemos partir de su carácter y no pedirles artes helénicas. Su idioma era el dialecto eólico, mezclado con casi todas las lenguas de Italia; de esta forma primitiva fué evolucionando lentamente, pero no obstante todo el perfeccionamiento operado nunca alcanzó la fluidez, claridad y belleza del idioma griego. Es conciso, serio y digno, lenguaje de legisladores y dominadores del mundo; en todo, fiel retrato del espíritu romano. Como los romanos entraron tarde en contacto con los griegos, formada ya su cultura latina, etrusca y propia desde hacía tiempo, así como también su carácter y su Estado, aprendieron también tardíamente a embellecer su elocuencia natural mediante el arte retórico de los helenos. Por lo tanto, haremos caso omiso de sus primeros ejercicios dramáticos y poéticos, que indiscutiblemente contribuyeron en gran medida a la evolución de su lengua, para tratar ahora de lo que alcanzó entre ellos mayor raigambre. Fueron la legislación, la retórica y la historiografía; frutos de la inteligencia producidos por sus mismos negocios y donde mejor se muestra el alma romana.

Lamentablemente es poco lo que el destino hizo llegar hasta nosotros; pues quienes, por culpa de su afán de conquistas, nos robaron tantos escritos de otros pueblos, tuvieron que abandonar en manos de un porvenir destructor los frutos de su propio espíritu, por no hablar ya de los antiguos anales de sus sacerdotes y las epopeyas de Ennio y Nevio, o el ensayo de Fabio Píctor; ¿dónde están las narraciones de Cincio, Catón, Libón, Postumio, Pisón, Casio, Antipater, Aselio, Gelio, Lucinio, etcétera? ¿Dónde la autobiografía de Emilio Escauro, Rutilio Rufo, Lutacio Catulo, Sila, Augusto, Agripa, Tiberio, Agripina-Germánico, Claudio y Trajano? Y no digamos de otros innumerables libros históricos sobre los hombres más importantes en los tiempos más trascendentes de Roma, como Hortensio, Atico, Sisena, Lutacio, Tuberón, Luceyo, Balbo, Bruto, Tirón, Valerio Mesala, Cremutio Cordo, Domicio Corbulo, Cluvio Rufo y los muchos escritos perdidos de Cornelio Nepote, Salustio, Livio, Trogo, Plinio y tantos otros. Hago figurar sus nombres en este lugar para refutar a algunos modernos que se suponen a sí mismos muy por encima de los romanos, y les pregunto: ¿cuál de las naciones modernas ha tenido entre sus gobernantes, jefes militares y hombres de negocios de primera línea tantos y tan grandes historiadores como estos romanos que algunos prefieren llamar con el nombre de bárbaros, y esto en medio de cambios tan profundos y tantas hazañas propias de estos hombres? A juzgar por los pocos fragmentos y muestras que poseemos de un Cornelio Nepote, un

César y un Livio, etcétera, la historia romana no hacía gala, es verdad, de tanta gracia y dulce belleza como la griega, pero sí en cambio de mucha dignidad romana y, en Salustio, Tácito y otros, de gran prudencia y sabiduría filosófica y política. Donde se acometen grandes empresas, es grande también el estilo que las describe como lo era el espíritu que las supo idear; sólo en la esclavitud enmudece la voz de Roma, como lo demuestra su historia posterior. Por desgracia, la mayor parte de las obras de los historiadores romanos de los tiempos de la libertad y semi-libertad se ha perdido totalmente, pérdida insustituíble, porque tales hombres vivieron sólo una vez y una sola vez escribieron su propia historia.

La historiografía romana tenía por hermana la retórica y como madre común de ambas la política y el arte militar, por lo que varios de los romanos más conspicuos no sólo poseían conocimientos en estas ciencias sino que también escribieron obras respectivas. Es injusto que se critique tan a menudo a los historiadores griegos y romanos por mezclar con frecuencia discursos políticos o bélicos en su relato. Dirigiéndose todos los acontecimientos en la república por discursos públicos, no contaba el historiador con otro vínculo natural con que entrelazar los hechos, presentarlos bajo diversos aspectos y explicarlos pragmáticamente, como no fuera precisamente con esos discursos; a buen seguro que son un medio más simpático que el utilizado posteriormente por Tácito y sus hermanos, que obligados por la necesidad entremezclaban sus propias ideas con la misma historia. Por su parte, también Tácito con su espíritu reflexivo ha sido juzgado muchas veces injustamente; en sus relatos se muestra como legítimo romano de espíritu y corazón, también y precisamente por el tono mordaz que le es propio. No podía relatar hechos sin exponer al mismo tiempo sus causas y pintar de color negro cuanto hubiese de detestable en ellos. Su historia llora la libertad perdida y su carácter triste y reservado la reclama con más amargura que lo que podría hacerlo con palabras. Sólo donde reina la libertad de acción política en el Estado, y particularmente en la guerra, florecen la retórica y la historiografía; perdida aquélla, éstas languidecen, porque de la ociosidad del Estado no pueden extraer más que consideraciones y palabras ociosas.

Respecto de la retórica no es tan sensible la pérdida de las obras de los grandes oradores cuya obra sirve al mismo tiempo de historia, pues sólo Cicerón vale por muchos. En sus escritos sobre la retórica nos pinta, por lo menos, los caracteres de sus grandes predecesores y contemporáneos; sus propias piezas oratorias, empero, pueden suplir lo que se perdió de Catón, Antonio, Hortensio, César y otros. Brillante es la carrera de este hombre, más brillante aún después de su muerte que en vida. Salvó para nosotros no sólo la retórica romana en su parte doctrinaria y sus ejemplos, sino también la mayor

parte de la filosofía griega, ya que de las teorías de algunas escuelas no sabríamos más que el nombre si no fuera por los extractos que poseemos de él, presentados con la envidiable brillantez que le era propia. Su elocuencia supera los truenos de Demóstenes no sólo en luces y claridad filosófica, sino también en urbanidad y auténtico patriotismo. Casi fué sólo él quien devolvió a Europa la lengua latina en toda su pureza, instrumento que, no obstante algunos abusos, aportó indiscutiblemente apreciables ventajas al espíritu humano. Descansa, pues, en paz, varón de tantas y tan arduas empresas y que tanto hubiste de soportar por ellas. Tú eres el padre de la patria en todas las escuelas latinas en Europa, y habiendo penado bastante en vida por tus debilidades, después de tu muerte gozamos de tu espíritu erudito, estético, honrado y noble, y aprendemos de tus escritos y epístolas, si no a venerarte, al menos a tenerte en gran aprecio y tributarte gratitud y amor[1].

La poesía de los romanos fué una flor exótica que siguió floreciendo hermosamente en el Lacio, adquiriendo aquí y allá un más fino matiz y colorido; pero no pudo producir una nueva semilla propia. Ya los etruscos con sus poemas saliáricos, funerarios y sus juegos fesceníticos, atelánicos y escénicos, habían preparado a los rudos guerreros romanos para el arte poético; con la conquista de Tarento y otras ciudades de la Magna Grecia se conquistaron también a poetas griegos que trataron de dar mayor elegancia al primitivo dialecto de sus nuevos amos mediante las musas del idioma griego. Conocemos los méritos de los primeros poetas romanos sólo por algunos versos y fragmentos, pero causa admiración la gran cantidad de comedias y tragedias que de ellos se nombran, no sólo de los tiempos antiguos, sino también de los mejores. Los siglos borraron sus huellas y me inclino a creer que, en comparación con los griegos, no será tan sensible su pérdida, pudiéndose suponer que en parte imitarían temas griegos y aun sus costumbres. Demasiado proclive era el pueblo romano a las bufonadas del género burlesco, las pantomimas, los juegos del circo y luchas de gladiadores para poseer oído y alma con que entender el teatro griego. La musa escénica había sido introducida en calidad de esclava entre los romanos, y nunca llegó a ser otra cosa; no por esto es menos lamentable la pérdida de las ciento treinta piezas de Plauto, las ciento ocho comedias de Terencio que se hundieron en un naufragio, así como las poesías de Ennio, alma de fina sensibilidad, especialmente en su *Escipión* y los poemas didácticos. Con sólo Terencio tendríamos, según expresión de César, medio *Menandro*. Gracias, pues, a Cice-

[1] Léase sobre este hombre, muchas veces mal interpretado, MIDDLETON, *Vida de Cicerón* (traduc. Altona, 1757, 3 vol.) obra sobresaliente no sólo acerca de los escritos de este romano, sino también sobre toda su historia contemporánea.

rón por habernos conservado a Lucrecio, poeta de alma romana, y gracias a Augusto que por obra de su Virgilio Marón nos hizo llegar a medio Homero en *La Eneida*. Gracias también a Cornuto que nos legó algunas de las primeras tentativas de su aventajado discípulo Persio; y gracias, finalmente, también a vosotros, oh monjes, que por aprender latín nos guardásteis a Terencio, Horacio y Boecio, y ante todo a Virgilio, tenido por poeta ortodoxo. Los únicos laureles inmaculados en la corona de Augusto se deben a su amor de las ciencias y musas.

Más esperanzado dirijo la mirada de los poetas romanos a sus filósofos; algunos de ellos eran ambas cosas a la vez, a saber, filósofos de alma y corazón. En Roma no se inventaron sistemas, pero se los ponía en práctica introduciéndolos en el derecho, la constitución y la vida real. Nunca un poeta didáctico escribirá con mayor brío ni fuerzas que Lucrecio, que creía en su doctrina; nunca la Academia de Platón ha sido renovada de manera más amena que en los hermosos diálogos de Cicerón. La filosofía estoica no sólo ocupó un importante sector de la jurisprudencia romana regulando severamente los actos humanos, sino que en los escritos de Séneca, las eximias meditaciones de Marco Aurelio, las reglas de Epicteto, etcétera, se conservó una solidez práctica y una belleza que parece manifiestamente fruto de la labor de varias escuelas. A fuerza de ejercicios y penurias en diversas duras circunstancias temporales del Estado romano, los ánimos de los hombres se fortalecían y aceraban. Buscaban un sostén y usaban las especulaciones griegas no como un ocioso adorno, sino como arma y escudo. La filosofía estoica ha operado grandes cosas en el espíritu y los corazones romanos, y esto no en orden a la conquista del mundo sino a favor de la justicia y equidad, y para interno consuelo de hombres injustamente oprimidos. Porque también los romanos eran hombres, y sufriendo inocentes por los errores de sus antepasados, buscaban el confortamiento donde podían. Lo que no era de su propia invención, se lo apropiaron con tanta mayor intensidad.

Finalmente, la historia de la erudición romana es para nosotros, los actuales, ruina de ruinas, por cuanto nos faltan tanto la mayor parte de la literatura respectiva como también sus fuentes. ¡Cuánto trabajo se nos hubiera ahorrado y cuánta luz proyectado sobre toda la Antigüedad si hubieran llegado hasta nosotros los escritos de Varrón o los dos mil libros en los que espigaba Plinio! Verdad es que un Aristóteles hubiera hecho muy otra selección que Plinio del mundo de conocimientos con que contaban los romanos; mas así y todo, su libro es un tesoro que, no obstante la ignorancia

en determinadas disciplinas; atestigua tanto la laboriosidad como el alma romana del compilador. Tal es también la historia de la jurisprudencia de este pueblo: es la historia de un ingenio muy agudo y una gran dedicación al trabajo serio, que en ninguna parte, fuera del Imperio Romano, podía ejercitarse de esta manera y por tanto tiempo continuado. De lo que tiempos posteriores hayan hecho y añadido a esta labor, son inocentes los jurisperitos de la antigua Roma. En una palabra, por imperfecta que parezca la literatura romana en casi todos los géneros frente a la griega, no fué sólo fruto de las circunstancias temporales sino también mérito de la misma naturaleza romana que durante miles de años fueran ellos los orgullosos legisladores de todas las naciones. Las partes siguientes de la presente obra lo demostrarán, cuando veamos surgir de las cenizas de Roma una nueva Roma de muy distinta figura pero llena de espíritu conquistador.

Por último, me toca hablar de las artes de los romanos en las cuales se mostraron en su tiempo y para la posteridad amos del mundo que contaban con los materiales y mano de obra de todos los pueblos subyugados. Desde un principio se distinguieron por la inclinación a celebrar la grandeza de sus victorias con símbolos de gloria, la magnificencia de su ciudad con monumentos de eterno esplendor, pensando desde muy temprano en nada menos que en la inmortalidad de su orgullosa existencia. Los templos que construyeron Rómulo y Numa, las plazas destinadas a las asambleas populares, eran ya manifestaciones de grandes victorias y una poderosa democracia, hasta que poco después Anco y Tarquino echaron los cimientos de aquella estructura que en los últimos tiempos pasaba ya lo gigantesco rayando en lo inconmensurable. El rey etrusco edificó los muros de Roma de piedra labrada; para asegurar el abastecimiento de agua y la limpieza de la ciudad, hizo construir ese enorme acueducto cuyas ruinas constituyen todavía una de las maravillas del mundo. La Roma moderna no fué capaz siquiera de despejar sus escombros y no digamos de mantenerlo en funcionamiento. Un idéntico espíritu se manifiesta en sus galerías, sus templos, sus tribunales y ese gigantesco circo, erigido sólo para la diversión del pueblo, y cuyas ruinas arrancan todavía admiración. Por esta vía avanzaron los reyes, en particular el soberbio Tarquino, luego los cónsules y ediles, más tarde los conquistadores del mundo y dictadores, más que nadie Julio César, y finalmente los emperadores. De esta manera se acumularon poco a poco los arcos y las torres, teatros y anfiteatros, circos y estadios, arcos de triunfo y obeliscos, esplendorosos mausoleos y criptas familiares, carreteras, acueductos, palacios y baños, que no sólo en Roma e Italia, sino también en otras provincias constituyen las huellas eternizadas de los amos

del mundo. Casi se nubla la vista al no ver más que las ruinas de algunos de estos monumentos y el alma no halla fuerzas para captar con la imaginación el enorme proyecto con sus gigantescas formas, solidez y suntuosidad cual lo había ideado el artista. Pero cobramos aún mayor conciencia de nuestra pequeñez al recordar los fines a que estos edificios estaban destinados y al hacernos presente el bullicio de la vida que palpitaba entre sus muros, y finalmente el pueblo al que eran consagrados y las personas particulares que se los dedicaban. En esos instantes, el alma siente que hubo en el mundo una sola Roma, obra de un genio que alentaba desde el anfiteatro de madera de Curio hasta el Coliseo de Vespasiano, desde el templo de Júpiter Stator hasta el panteón de Agripa o el templo de la Paz, desde el primer arco de triunfo de un estratega victorioso hasta los arcos de victoria y obeliscos de un Augusto, Tito, Trajano, Severo y otros, incluso cada una de las ruinas de monumentos dedicados a su vida pública y privada. Este genio no fué, lo reconozco, el espíritu de la libertad de los pueblos y de la filantropía. El que se represente el inmenso trabajo de los obreros que debían acarrear los bloques de mármol y piedra, a menudo de lejanos países, y los tenían que edificar en calidad de esclavos vencidos; quien piense en los gastos que semejantes monstruos del arte imponían al sudor y la sangre de las provincias saqueadas y explotadas; quien considere, finalmente, el gusto cruel, soberbio y salvaje que fomentaban los más de estos monumentos dedicados a esas sangrientas luchas de gladiadores, las inhumanas peleas de animales, los bárbaros desfiles triunfales, etcétera, sin contar siquiera la lascivia y voluptuosidad de los baños y palacios, ése acabará por creer que fué un demonio enemigo del género humano quien fundó Roma para ostentar ante todos los mortales las huellas de su magnificencia demoníaca y sobrehumana. Léase al respecto las propias quejas de Plinio el Viejo y cualquier noble romano; síganse los pasos de las exacciones y guerras que trajeron a Roma las artes de Etruria, Grecia y Egipto, y tal vez se admire el cúmulo de piedras del esplendor romano como el máximo alcanzable de poderío y magnificencia humana, pero también se aprenderá a aborrecerlo como cueva de ladrones y tiranos del género humano. Mas como las reglas del arte siguen siendo las mismas de siempre, los romanos, aunque no inventaron en este sentido nada nuevo ni propio y compusieron de manera bastante bárbara lo que otros habían inventado, se manifiestan, no obstante, también en este estilo ecléctico y acumulativo como los grandes señores de la tierra.

Excudent alii spirantia mollius aera;
Credo equidem; vivos ducent de marmora vultus:
Orabunt causas melius, coelique meatus

Describent radio et surgentia sidera dicent:
Tu regere imperio populos, Romane, memento:
Hae tibi erunt artes, pacisque imponere morem,
Parcere subjectis et debellare superbos.

(Otros, sin duda, sabrán imprimir al bronce fundido
Mayor suavidad, y esculpir en mármol la vida del alma,
Más elocuente su lengua conduce en el fuero las causas,
Mejor será su compás midiendo las vías celestes,
Y es su acierto mayor que anuncia de los astros el curso.
Tú, empero, Romano, gobierna, reinando, a los pueblos;
Sean éstas tus artes: llevar la paz a la tierra,
Clemencia para los sumisos, y a los soberbios la ruina.)

Gustosamente perdonaríamos a los romanos todas las artes helénicas que ellos desprecian a pesar de haberlas utilizado para su propio esplendor o provecho, ni les pediríamos el progreso de las más excelsas ciencias como la astrología, cronología, etcétera, ya que preferimos peregrinar a los lugares donde estas flores de la inteligencia humana florecieron como en su propio jardín, si tan sólo hubieran dejado todo esto donde estaba, haciendo un uso algo más que filantrópico del llamado arte de gobernar a los pueblos que ellos se atribuyen a sí mismos como excelencia propia. Mas no supieron hacerlo así porque su sabiduría sólo servía a la propia prepotencia, y el supuesto orgullo de los pueblos sólo fué doblado por un orgullo mucho mayor.

VI

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL DESTINO DE ROMA Y SU HISTORIA

Es muy vieja la discusión de la filosofía política sobre si fué la valentía o la fortuna la que contribuyó en mayor medida a la grandeza de Roma. Plutarco y con él varios escritores romanos y griegos manifestaron su opinión sobre este punto, y en tiempos más modernos apenas hay un espíritu reflexivo dedicado a la historia que no haya tratado este problema. Por lo que a Plutarco se refiere, con todo lo que concede al valor de los romanos, se decide por la fortuna como factor decisivo, mostrándose en este excurso lo mismo que en sus otros escritos, como un griego de estilo florido y ameno, pero no precisamente como un espíritu profundo que sepa agotar el tema

elegido. Los más de los romanos atribuyéronlo todo a su valentía, mientras que los filósofos de épocas posteriores idearon un supuesto plan de descomunal previsión, el cual desde el primer día habría servido de piedra fundamental para el poderío romano hasta llegar a su punto culminante. La historia pone en evidencia que ninguno de esos sistemas explicativos puede pretender exclusividad, pero que combinados todos ellos con justeza, aciertan con la verdad. Valentía, suerte y prudencia tenían que mancomunarse para realizar lo que desde los tiempos de Rómulo fué realizado, y en efecto, vemos a estas tres diosas en íntima alianza en favor de Roma desde el primer día. Si a la manera de los antiguos queremos llamar fortuna o naturaleza todo el engranaje de causas y efectos vivos, entonces tanto el valor como la crueldad despiadada, la prudencia como la astucia de los romanos, forman parte de esta fortuna que todo lo gobierna. Semejante modo de ver siempre será inadecuado mientras se quiera atribuirlo todo a una sola de las propiedades enumeradas, olvidando al pensar en las excelencias de los romanos sus defectos y vicios, al apreciar el carácter intrínseco de sus acciones, las circunstancias concomitantes, y al admirar su grande y sólido arte militar, el azar que tantas veces le fué propicio. Los gansos del Capitolio no fueron menos dioses salvadores de Roma que el arrojo de Camilo, la indecisión de Fabio o su Júpiter Stator. En la naturaleza, todas las cosas que ejercen un influjo causal mutuo, implantando, conservando o destruyendo, forman un todo inseparable; las leyes naturales de la historia no obran de otra manera.

Es un interesante ejercicio mental preguntarse alguna vez qué hubiera sido de Roma en circunstancias distintas: por ejemplo, si hubiera estado situada en otra parte del mundo, si al principio hubiera sido trasladada a Veyes, si Breno hubiera ocupado el Capitolio, si Alejandro hubiera hecho la guerra a Italia, si Aníbal hubiera ocupado la ciudad o si hubiera seguido el consejo que él dió a Antíoco. Asimismo se puede preguntar cómo hubiera gobernado un César en lugar de Augusto, un Germánico en vez de Tiberio, qué estado de cosas se hubiera producido en el mundo sin la aparición del cristianismo, etcétera. Cada uno de estos planteamientos nos conduce a tal concatenación de circunstancias que, al fin, se aprende a considerar a Roma a la manera oriental, como a un ser viviente que sólo bajo éstas y no otras circunstancias pudo un día surgir del Tíber como una isla del mar, aprender a lidiar con todos los pueblos de su espacio vital, a subyugarlos, luego, y a exterminarlos, y a hallar finalmente en sí misma los límites de su gloria y el germen de su putrefacción, del que efectivamente pereció. Para esta manera de consideración histórica desaparece toda arbitrariedad sin sentido, aun en la historia. En ella, como en todo fenómeno de los reinos naturales, todo o nada es casualidad, todo o nada es arbitrario. Todo fenómeno histórico se

transforma así en un fenómeno natural, y el más digno de ser meditado para el hombre, pues tanto le va en ello y él mismo encuentra de esta manera, aunque encerrado en una cáscara amarga, el núcleo más provechoso, hasta en los acontecimientos que superan en mucho sus fuerzas individuales a causa del peso abrumador de las circunstancias de una época, como en el caso de Grecia oprimida, Cartago y Numancia, los Sertorio, Espartaco y Viriato asesinados, la muerte del segundo Pompeyo, de Druso, Germánico, Británico, etcétera. Esta forma de consideración histórica es la única que puede llamarse filosófica, y todos los espíritus pensativos la han ejercido sin saberlo.

Nada más contrario a esta manera imparcial de ver la historia que suponer, aunque fuera en una historia tan sangrienta como la romana, un secreto plan de la Providencia, como por ejemplo, que Roma hubiese alcanzado tal cumbre del poder especialmente para que produjera oradores y poetas, difundiera el derecho romano y la lengua latina hasta los límites de su Imperio y preparara todos los caminos para que se introdujese la religión cristiana. Cualquiera sabe cuán inmensos eran los males que afligían a Roma y al mundo a su alrededor antes de que hubiera lugar para los tales poetas y adoradores; cuán caro le costó tan sólo a Sicilia, por ejemplo, el discurso de Cicerón contra Verres, qué precio pagó Roma y él mismo por sus discursos contra Catilina, sus ataques contra Antonio, etcétera. Según esta teoría, para salvar una perla debía primero hundirse un barco, y miles de seres humanos debían perder la vida sólo para que sobre sus cenizas floreciesen unas pocas flores que luego también eran dispersadas por el viento. Torrentes de sangre romana debían derramarse, innumerables pueblos y reinos oprimirse para comprar a este precio una *Eneida* de Virgilio y la serena musa de un Horacio junto con sus comedidas epístolas. ¿Acaso merecían estos sin duda hermosos frutos de un forzado siglo de oro semejantes dispendios? No es otro el caso del derecho romano. ¿Quién puede ignorar cuántos y cuáles sufrimientos tuvieron que soportar los pueblos por su causa, y cuántas instituciones más humanas de los más diversos países fueron destruídas de esta manera? Pueblos extraños eran juzgados según costumbres que ellos ignoraban por completo; se familiarizaron con vicios y sus castigos de los que jamás habían oído hablar, y finalmente, todo el proceso de esta legislación que sólo se adaptaba a la Constitución de Roma, al cabo de mil opresiones ¿no borró y desnaturalizó, por ventura, el carácter de todas las naciones vencidas hasta el punto de que al fin sólo aparece en todas partes el águila de Roma que cubre con alas debilitadas los tristes cadáveres de las provincias a las que arrancó los ojos y comió las mismas entrañas? Tampoco la lengua latina obtuvo riqueza alguna de los pueblos conquistados, ni éstos de aquélla. La latina degeneró hasta quedar reducida a una mezcolanza latinizante que desde las provincias acabó por invadir la

misma Roma. También el hermoso idioma griego fué despojado por aquélla de su puro esplendor y tantos dialectos de otros tantos pueblos, que a ellos y a nosotros fueran mucho más provechosos que un latín vulgar y decadente, se perdieron con excepción de unos pocos restos insignificantes. En cuanto a la religión cristiana, finalmente, por más que respeto los beneficios que aportó al género humano, disto mucho de creer que siquiera una sola piedra miliaria de la antigua Roma se hubiese colocado por su causa. No fué para ella que Rómulo fundó la ciudad, ni fué para favorecerla que Pompeyo y Craso invadieron la Judea, y mucho menos todas las instituciones romanas en Europa y Asia tenían el fin de allanarle los caminos. Roma recibió la religión cristiana no de otra manera que el culto de Isis y cualquier superstición desechada del mundo oriental. Digo más: sería indigno de Dios suponer que la Providencia no hubiese encontrado mejores instrumentos que las manos tiránicas y ensangrentadas de los romanos para la más hermosa de sus obras, que es la propagación de la verdad y de la virtud. La religión cristiana surgió por sus fuerzas intrínsecas, como por ellas creció el Imperio Romano, y si ambos acabaron por unirse, ninguno sacó ganancias de semejante matrimonio. Su fruto fué un bastardo romano-cristiano y algunos desearían que nunca hubiese visto la luz del mundo.

La filosofía teleológica no aportó ventajas a la historia natural, antes bien sustituyó la investigación científica con un espejismo; cuánto más ocurre esto en la historia humana con su infinito engranaje de miles de fines particulares.

Por consiguiente, debemos renunciar también a la hipótesis de que el fin de los romanos en la sucesión de los períodos históricos haya sido constituir un eslabón más perfecto en la cadena de las culturas, como podría ocurrir en una construcción ideada por el hombre. Nunca lograron los romanos superar a los griegos en lo que éstos se habían distinguido, y lo que poseían de su propia cosecha no lo habían aprendido de los griegos. Aprovecharon, sí, a todos los pueblos que llegaron a conocer, incluso los hindúes y troglodítas; pero usaron de ellos a la romana, y muchas veces es dudoso si para bien o para mal. Así como todas las otras naciones no existían con el fin de servir a los romanos ni habían fundado sus diversas instituciones para ellos con varios siglos de anterioridad, así tampoco cabe suponer que lo hicieran los griegos. Tanto Atenas como las colonias en Italia se dieron sus leyes a sí mismas y no para los romanos; y si no hubiera habido una Atenas, mucho me temo que los romanos hubieran tenido que pedir las tablas de la ley a los escitas. Además, la legislación de los helenos era en más de un aspecto más perfecta que la de los romanos, y los defectos de la romana se difundieron por una parte mucho mayor del mundo. Donde acaso evolucionaran en sentido humanitario, lo hicieron al estilo romano, ya que hubiera sido anti-

natural que los vencedores de tantas naciones civilizadas no aprendiesen siquiera las apariencias de un humanismo que aprovecharon a menudo para engañar a los pueblos.

Ya no quedaría otra suposición sino que la Providencia hubiese elegido al Estado romano y la lengua latina para formar un puente a través del cual los tesoros de la Antigüedad pudiesen llegar hasta nosotros. No podría haberse escogido ningún puente peor que éste, puesto que por causa de su constitución hemos perdido la mayor parte de aquellos valores. Los romanos destruyeron y fueron destruídos; pero los destructores no son quienes conservan al mundo. Al contrario, sublevaron a todos los pueblos hasta acabar siendo su víctima, y la Providencia no obró ningún milagro para impedirlo. Consideremos, pues, este fenómeno natural como todos los demás cuyas causas y efectos se quieren investigar libremente, sin suposiciones gratuitas. Los romanos fueron y llegaron a ser lo que pudieron ser. Todas sus cosas perecieron o se conservaron según era posible que perecieran o se conservaran. Los períodos históricos se suceden y con ellos las múltiples formas del fruto de los tiempos: la humanidad. En la tierra floreció todo lo que pudo florecer, cada cosa a su tiempo y dentro de su esfera; se marchitó y volverá a florecer una vez que su tiempo haya llegado. La obra de la Providencia continúa su eterno proceso de conformidad con las grandes leyes generales a cuya consideración pasamos ahora con la debida modestia.

LIBRO DÉCIMOQUINTO

TRANSITORIO es todo en la historia. A la entrada de su templo están escritas las palabras: Vanidad y Caducidad. Con nuestros pies hollamos el polvo de nuestros antepasados, y nuestra vida transcurre sobre los escombros de constituciones y reinos destruídos. Como sombras pasaron a nuestro lado Egipto, Persia, Grecia, Roma; como espectros salen de sus tumbas para ocupar su lugar en el desfile de la historia.

Y en efecto: ¿quién no le desea una muerte tranquila a cualquier Constitución política o Estado que llegó a sobrevivirse? ¿Quién no se sobrecoge de espanto si en un ámbito de seres vivos y activos tropieza de improviso con las criptas mortuorias de instituciones anticuadas que roban a los vivientes la luz de sus moradas? El sucesor hace despejar estas catacumbas, mas ¡qué pronto sus propias reformas parecerán a su sucesor monumentos tan mortuorios como los anteriores para ser relegados bajo tierra!

La causa del carácter efímero de todas las cosas terrenas se encuentra en su esencia, en el lugar que ocupan, en todas las leyes que gobiernan nuestra naturaleza. El cuerpo humano es una envoltura frágil empeñada en constante renovación hasta que, por fin, cesa su poder renovador; el espíritu del hombre, empero, ejerce su acción en la tierra sólo en el cuerpo y por medio de él. Nos hacemos la ilusión de ser independientes, cuando en realidad dependemos en todo de la naturaleza. Siendo nosotros meros eslabones de una concatenación de cosas transitorias, no podemos sustraernos al ciclo vital del conjunto, que no es otro que su nacimiento, su existencia y su muerte. Débil es el hilo que une las generaciones humanas; en cualquier momento puede romperse para ser anudado nuevamente. El anciano cargado de años y experiencia vuelve a la tierra para que su sucesor tenga que comenzar otra vez como un niño, o tal vez destruya neciamente las obras de su predecesor para dejar, a su vez, al que le

sigue, el mismo trabajo vano en que consumió su vida. Así van es labonándose los días, las estirpes y los reinos; el sol se pone para que sobrevenga la noche y nazca en los hombres la esperanza de una nueva aurora.

Si en todo esto se pudiera advertir por lo menos algún progreso, nada sería; ¿pero dónde se muestra en la historia? En todas partes se ve destrucción y muerte sin que lo nuevo aventaje a lo destruído. Las naciones florecen y se marchitan; en las marchitas no vuelven a florecer otras flores más hermosas. La cultura se traslada, mas no por esto se perfecciona; trasladada a otro lugar, desarrolla allí nuevas aptitudes; pero las anteriores se pierden irremisiblemente. ¿Fueron, acaso, los romanos más sabios y felices que los griegos, o lo somos nosotros más que cualquiera de ambos?

La naturaleza del hombre sigue siendo siempre la misma. En el años diez mil nace con las mismas pasiones con que nació en el años dos, y termina el curso de su necedad hasta llegar a una sabiduría tardía, imperfecta e inútil. Estamos errando por los corredores de un laberinto donde es muy corto el trayecto del camino que abarca nuestra existencia, de suerte que casi puede sernos indiferente que el camino elegido vaya a desembocar en la salida o en el caos.

Triste suerte la del género humano que a despecho de todos sus esfuerzos está condenado a la rueda de Ixionte, atado a la peña de Sísifo y sentenciado a la angustia de Tántalo. Nos vemos en el trance de querer y luchar sin ver jamás el fruto completo de nuestros esfuerzos ni ver de toda la historia un verdadero resultado de todos los afanes humanos. Si un pueblo vive aislado, su carácter se va desgastando con el correr de los tiempos; si, en cambio, entra en contacto con otros, pronto es arrojado al crisol de los pueblos, donde su figura caraterística perece por igual. Es así como edificamos sobre arena y escribimos en el aire; el aire se desplaza con un soplo, la arena se desmorona, y al punto ha desaparecido nuestro palacio y nuestros pensamientos.

¿Para qué, entonces, tanta fatiga desdichada que Dios impuso por jornada al género humano en su corta vida? ¿Para qué llevar la pesada carga que sólo nos conduce al supulcro? Y esto que a nadie se le preguntó si estaba dispuesto a llevarla, si aceptaba nacer justamente en este momento y lugar, en esta esfera de la vida humana. Más aún: como la mayor parte de los males que afligen a los hombres provienen de ellos mismos, de sus defectuosas constituciones y sus malos gobiernos, de la soberbia de los opresores y de una debilidad de los dominadores y dominados casi inevitable, ¿qué destino es este que unció al hombre al yugo de su propia especie y lo vendió el arbitrio inconstante o alocado de sus hermanos? Si sumamos los períodos de bienestar y desgracia de los pueblos, sus buenos y malos gobernantes, y aun entre los mejores su caudal de sabiduría y nece-

dad, su razón y sus pasiones, ¡qué inmensamente negativo será el resultado! Echemos una mirada a los déspotas del Asia, África y casi toda la redondez de la tierra; veamos a esos monstruos que al frente del Imperio Romano fueron durante siglos el flagelo del mundo; contemos los disturbios y guerras, las represiones y rebeliones, y atiéndase el resultado de todo ello. Bruto cae, Antonio triunfa; Germánico sucumbe mientras reinan Tiberio, Calígula y Nerón; Arístides es desterrado; Confucio peregrina en errante fuga, Sócrates, Foción y Séneca deben morir. Se vislumbra, sí, a cada paso el axioma: "Lo que es, es; lo que puede ser, será; lo que es efímero, sucumbe". Pero esta triste conclusión no hace más que predicarnos otra máxima que dice que en nuestro mundo sólo triunfa la viva fuerza y su hermana la malévola astucia.

De esta manera, el hombre se consume por la duda y la desesperación, y al parecer con el fundamento que le prestan las experiencias históricas; más aún: parece que esta triste queja se confirma con cada uno de los hechos de la historia universal, por lo cual conozco a más de cuatro que corren peligro de perder la fe en Dios cuando se embarcan en el rugiente mar de la historia humana, después de haber contemplado su rostro y adorado su santidad en cada hierbita y grano de arena que admiraron en la tierra firme de la historia natural. Todo en el templo de la creación les parecía repleto de omnipotencia divina y benigna sabiduría; en cambio, trasladados al bullicio de las acciones humanas que también constituyen el fin de nuestra vida, no vieron más que un campo de batalla de pasiones desatinadas, fuerzas salvajes, artimañas destructoras sin una intención final bondadosa que sirviera de norte a todo este caos. La historia les pareció, al fin, una telaraña relegada a un pobre rincón de la creación en cuyos hilos entreverados se encuentran víctimas desgraciadas o sus momias resecadas en demasía, pero sin advertir siquiera el centro donde convergen los hilos de la telaraña, ni mucho menos la araña misma, autora de tan triste tejido.

Sin embargo, si hay un Dios en la naturaleza, también lo hay en la historia, porque también el hombre es parte de la creación y debe ajustarse aun en medio de sus más salvajes perversiones y pasiones a leyes que no son menos hermosas y excelentes que las que rigen todos los cuerpos celestes y terrestres. Ahora bien: como estoy convencido de que es posible y lícito para el hombre saber lo que debe saber, las escenas turbulentas que pasaron ante nuestra vista no me impiden acercarme con confianza y libertad de espíritu a las magníficas y elevadas leyes naturales que gobiernan también en medio de tanto aparente tumulto.

I

EL FIN DE LA NATURALEZA HUMANA ES SER HUMANO Y CON ESTE FIN DIOS PUSO EL DESTINO DE LA ESPECIE HUMANA EN SUS PROPIAS MANOS

El fin de una cosa que no sea solamente un medio, debe estar en ella misma. Si como la aguja del imán, que se orienta hacia el norte, hubiéramos sido creados con el fin de tender con afán siempre renovado e inútil a un punto de perfección que nos es extrínseco y para siempre inalcanzable, deberíamos sentir lástima no sólo de nosotros mismos en calidad de máquinas ciegas, sino hasta del ser que nos condenó a semejante destino de Tántalo, creando nuestra especie solamente para cebarse en nuestra desgracia con gozo perverso y nada divino. Aunque dijéramos en su descargo que nuestros inútiles esfuerzos que nunca consiguen su fin tienen en todo caso el buen resultado de mantener a nuestra naturaleza en constante actividad, siempre sería imperfecto y desalmado el ser que se disculpa de esta manera, porque ningún bien se sigue de la actividad que no alcanza el fin propuesto, y este ser, al engañarnos con semejante espejismo, nos habría engañado, impotente para cumplir su promesa o con malvada intención indigna de él. Pero, felizmente, no es verdad que la naturaleza de las cosas nos induzca a esta ilusión. Si consideramos a la humanidad tal como la podemos conocer y conforme a las leyes que la gobiernan, no conocemos nada superior en el hombre a su misma humanidad, pues, hasta imaginándonos ángeles o dioses, los ideamos sólo como hombres superiores e idealizados.

Ya vimos que es éste el fin evidente para el cual fué organizada nuestra naturaleza [1]; para él recibimos nuestros sentidos e instintos más delicados, nuestro intelecto y nuestra libertad, nuestra salud frágil y sin embargo resistente, nuestro lenguaje, arte y religión. A través de todos los estados y formas sociales, no ha podido el hombre perseguir otro fin ni edificar otra cosa que el humanismo, cualquiera fuera su concepto del mismo. Con este fin dispuso la naturaleza nuestros dos sexos y las edades de la vida, prolongándo el período de nuestra infancia para que sólo mediante la educación aprendiéramos una especie de humanismo. Éste es también el fin de todos los estilos de vida que practican los hombres sobre la redondez de la tierra, así como todos los tipos de vida social. Sea como cazador o

[1] Parte primera, libro cuarto de esta obra.

pescador, pastor o agricultor y ciudadano, en cualquiera de estos estados aprendió el hombre a clasificar los alimentos, a construir viviendas para sí y los suyos; a dar la categoría de ornato a los vestidos para ambos sexos y a ordenar su vida doméstica. Los diversos tipos de legislación y gobierno tuvieron todos por finalidad que cada cual ejercitara sus facultades sin ser molestado por los demás y arribar al goce de una mayor libertad y belleza de la vida. Para esto se garantizó la propiedad privada, y se facilitó el trabajo, las artes, el comercio y tráfico entre los hombres; se estipularon castigos para los delincuentes y premios para los beneméritos y se establecieron miles de costumbres morales de las diversas clases sociales en la vida pública y privada, y hasta en la religión. No fué otro el fin de las guerras que se hicieron, de los tratados que se concertaron y de la paulatina creación de un derecho de gentes y de guerra junto con diversas alianzas concernientes a la hospitalidad y el tráfico comercial, para que el hombre gozara también fuera de las fronteras de su patria de consideración y respeto. Todo cuanto se hizo de bueno en la historia, se hizo a favor de la humanidad, y cuanto hubo en ella de necio, vicioso y repugnante, fué un crimen de lesa humanidad, de manera que el hombre no es capaz de concebir ningún otro fin de todos sus esfuerzos y su obrar terreno, como no sea él mismo, con todas las debilidades y excelencias, bajezas y rasgos de nobleza que Dios infundió en su naturaleza. Si en toda la creación procedemos de manera que conocemos a todo ser únicamente por lo que es y lo que obra, entonces la naturaleza del género humano y su historia nos enseñan con absoluta evidencia cuál sea su fin.

Echemos una mirada retrospectiva a la regiones de la tierra que hemos atravesados hasta ahora. En todas las organizaciones de los pueblos desde China hasta Roma, en toda la diversidad de sus constuciones, como en cada uno de sus inventos para la guerra y la paz, y hasta en todas la barbaridades y defectos de los pueblos, siempre era reconocible la ley fundamental de la naturaleza: "¡El hombre sea hombre antes que nada, y organice su vida de acuerdo con lo que tenga por lo mejor!" Para esto los pueblos se apoderaron de sus tierras y se organizaron como podían. De la mujer y del Estado, de esclavos, vestidos, casas, diversiones y alimentos, ciencias y artes se hizo aquí y allá todo cuanto se supo hacer para bien propio y de la comunidad. De esta manera encontramos a los hombres en todas partes en posesión y uso del derecho de formarse de acuerdo con un ideal de humanidad que habían concebido. Si erraban el ideal o se quedaban a mitad del camino de una tradición heredada, sufrían las consecuencias de su error y expiaban su culpa. Dios no limitó su libertad en nada que no fuera el tiempo, el lugar y las energías intrínsecas. Tampoco obró ningún milagro para corregir los errores, antes bien

dejó que surtieran sus inevitables efectos para que los hombres aprendieran a enmendarlos.

Tan sencilla como es esta ley natural, tan digna es de Dios, tan armónica y fecunda en consecuencias para el género humano. Si éste debía ser lo que es, y llegar a ser lo que era capaz de ser, era necesario concederle un campo de libre actividad a su alrededor donde no lo molestara ningún milagro extramundano o antinatural. Toda la materia inerte y todas la generaciones de seres vivientes que se orientan por su instinto, siguieron siendo desde el día de la creación lo que eran; al hombre, lo hizo Dios un dios en la tierra, infundiéndole el principio intrínseco de su propia actividad y poniéndolo en movimiento desde el comienzo por medio de las necesidades internas y externas de su naturaleza. El hombre no podía sobrevivir sin hacer uso de su razón. Una vez que la usara, estaba abierta la puerta para mil errores y fracasos, pero a pesar de ellos y aun a consecuencia de ellos se le despejaba el camino para un mejor uso de su intelecto. Cuanto más pronto advierte sus errores y más enérgicamente pone manos a la obra de corregirlos, tanto mayores son los progresos que logra y tanto más completa la evolución de su humanidad; no tiene otra alternativa que formarla o gemir durante siglos bajo el peso de su propia culpa.

Vemos también que la naturaleza eligió para la institución de esta ley un espacio tan amplio como es la tierra habitada por nuestra especie, organizando al hombre de manera tan múltiple y diversificada como era posible en la tierra. Cerca del mono colocó al negro, y desde el intelecto del negro hasta el cerebro de más refinada evolución, hizo trabajar en la solución del gran problema de la humanidad a todos los pueblos de todos los tiempos. Casi ninguna nación del mundo podrá errar el camino para alcanzar lo indispensable que nos enseñan el instinto y la cruda necesidad; para escalar un grado superior de formación humana creó pueblos de más elevados dones en climas más favorables. Así como todo lo bien ordenado y bello se halla en el punto medio entre dos extremos, así también la forma más perfecta de la razón y humanidad debía encontrar su sitio en tales zonas templadas, y lo encontró, en efecto, abundantemente, de acuerdo con esta ley natural de la conveniencia común. Pues aunque no hay casi ninguna nación del Asia a la que pueda absolverse del cargo de cierta inercia que las hizo detenerse antes de tiempo en una organización, de suyo buena, que erróneamente tomaron por una forma heredada, inamovible y sagrada, con todo hay que disculparlas considerando la inmensa extensión de su Continente y las peripecias a que se veían expuestas, especialmente por parte de las tribus montañesas. En conjunto, sus primeras y tempranas instituciones para la evolución de la humanidad, cada una en su tiempo y lugar, siguen siendo dignas de alabanza, y menos aún pueden

desconocerse los progresos que hicieron los pueblos de las costas del Mediterráneo gracias a su mayor actividad. Sacudieron el yugo del despotismo de antiguas formas de gobierno y tradiciones y demostraron con ello la existencia de la grande y benévola ley del destino humano de que la naturaleza concede lo que un pueblo o todo el género humano emprenden y ejecutan por su propia fuerza después de maduro examen y para su propio bien, ya que la naturaleza no propuso como fin los déspotas ni las antiguas tradiciones, sino la mejor forma de humanismo.

El principio de esta divina ley natural nos reconcilia maravillosamente no sólo con el aspecto que presenta nuestra especie en toda la tierra, sino también con las transformaciones que sufrió a lo largo de todos los tiempos. En todas partes, los hombres son lo que pudieron hacer de sí o lo que tuvieron ánimo y fuerza de ser. Cuando se sentían satisfechos de lo que eran, o en el gran trigal de los tiempos no estaba madura aún la cosecha de su progreso, durante siglos seguían siendo lo que eran. Mas tan pronto como hacían uso de las armas de su intelecto y su poder, que su Dios les había entregado, para aprovechar todas las oportunidades que se les ofrecían, entonces avanzaban animosos. Si no lo hacían, esta misma inercia indica que eran menos sensibles al atraso, porque todo sentimiento vivo de una injusticia sufrida, acompañado de la necesaria inteligencia y poder, se convierte a la fuerza en ancla de salvación. Así, por ejemplo, no es verdad en manera alguna que la prolongada obediencia prestada al despotismo se fundase en la prepotencia del despotismo; por el contrario, el único fundamento en que éste se apoyaba era la debilidad confiada y tolerante de los subyugados, como lo era más tarde su inercia paciente. Claro que es más fácil padecer que reformar con energía, y por esto hubo tantos pueblos que no hicieron uso del derecho que Dios les había conferido mediante el don de su razón.

No cabe duda, empero, de que acontecerá en esta tierra lo que todavía no sucedió, porque los derechos de la humanidad no tienen *prescripción*, e *inextinguibles* son las fuerzas que Dios infundió a los hombres. Causa admiración cuán lejos llegaron los griegos y romanos dentro de su esfera de vida; aunque el fin de sus acciones no fuera siempre de pureza muy acendrada, demuestran no obstante que fueron capaces de alcanzar esta meta. Su ejemplo ilumina la historia y anima a todos a seguir sus pasos y llegar más allá bajo igual y aun mayor protección por parte del destino. Desde este punto de vista, toda la historia de los pueblos se convierte en una escuela de emulación para alcanzar la más hermosa corona de *humanismo* y dignidad humana. Tantas gloriosas naciones antiguas alcanzaron una meta inferior, ¿por qué la nuestra no ha de ser más pura y elevada? Ellos eran hombres como nosotros; su vocación de tender a la per-

fección humana es la nuestra, aunque según nuestras circunstancias de tiempo, nuestra conciencia y nuestras obligaciones. Lo que aquellos llevaron a cabo sin intervención de milagros, también nosotros podemos y debemos hacerlo. Dios nos ayuda solamente por medio de nuestra diligencia, nuestro intelecto y nuestras energías. Cuando hubo creado la tierra y los seres privados de razón, formó al hombre y le dijo: "¡Sé tú mi imagen, un dios en la tierra: reina y gobierna! Lo que puedas producir de noble y excelente de tu naturaleza, prodúcelo; no puedo asistirte con milagros porque he puesto tu destino humano en tus manos de hombre; pero te auxiliarán todas mis sagradas y eternas leyes naturales".

Meditemos ahora sobre algunas de estas leyes naturales que conforme a los testimonios de la historia contribuyeron al progreso de lo humano en nuestra especie y también nos han de ayudar a nosotros tan ciertamente como son leyes naturales promulgadas por el mismo Dios.

II

TODAS LAS FUERZAS DESTRUCTIVAS EN LA NATURALEZA NO SÓLO SON SUPERADAS POR LAS FUERZAS CONSTRUCTIVAS EN EL TRANSCURSO DEL TIEMPO, SINO QUE, EN ÚLTIMO TÉRMINO, TIENEN QUE CONTRIBUIR ELLAS MISMAS A LA EVOLUCIÓN DEL CONJUNTO

Primer ejemplo: Cuando al principio flotaban dispersos en el espacio inconmensurable los elementos primitivos de los futuros mundos, plugo al Creador de los mundos que se formase la materia de acuerdo con las fuerzas intrínsecas creadas en aquéllos. Lo que no pudo hallar una trayectoria propia o lo que el sol atrajo con energía ineludible como centro del todo, convirtióse en su satélite. Lo que halló otro centro de atracción se agrupó allí de manera análoga, cuando no giró en trayectoria eliptoide alrededor de sus focos, o se perdió describiendo curvas hiperbólicas o parabólicas para no volver jamás. De esta manera se iba purificando el éter, y de un caos flotante y convergente nació un sistema cósmico armónico según el cual planetas y cometas giran alrededor del sol en trayectorias regulares por millones de años; prueba absoluta de la ley natural según la cual, mediante fuerzas divinas comunicadas, el estado caótico se convierte en orden. Mientras esta ley simple y grandiosa del equilibrio y proporción de las fuerzas se mantenga, la estructura del mundo descansa

sobre pilares inconmovibles, porque se funda en un atributo y una regla de Dios.

Segundo ejemplo: Así como la tierra se transformó de una masa informe en un planeta, así también lucharon los elementos entre sí hasta que cada cual encontró su lugar, de manera que después de muchas perturbaciones todo trabaja para bien de nuestro globo armónicamente ordenado. Tierra y agua, fuego y aire, estaciones y climas, vientos y ríos y las condiciones atmosféricas: todo está sujeto a la única gran ley de la forma y masa de la tierra, su impulso y su distancia del sol, regulándose armónicamente conforme a estos factores. Ya no están en actividad los inumerables volcanes que cubrían de fuego la superficie de la tierra; ya no hierve el océano lleno de ácido sulfúrico fumante y otras materias que en otros tiempos cubrían la tierra firme. Millones de seres perecieron porque debían perecer; lo que pudo conservarse quedó y existe desde milenios en armónico orden. Animales salvajes y mansos, herbívoros y carnívoros, insectos, aves, peces y hombres están ordenados unos contra otros, y entre todos ellos macho y hembra, nacimiento y muerte, duración y vejez, penurias y goces, necesidades y diversiones. Todo esto no se relaciona según el arbitrio inestable y tornadizo de un enigmático destino, sino conforme a evidentes leyes naturales que estaban en la estructura de las criaturas, es decir, en la proporción de todas las fuerzas orgánicas que vivieron y se conservaron en nuestro planeta. Mientras dure la ley natural de esta estructura y proporción, durarán también sus consecuencias, a saber, el orden armónico entre la parte inanimada y la animada de la creación, el cual, como lo demuestra el interior de la tierra, sólo pudo labrarse con la muerte de millones de seres.

¿Pues cómo en la vida del hombre no habría de regir esta misma ley que conforme a las fuerzas naturales intrínsecas crea el orden del caos y lleva la regularidad a la confusión de los hombres? No cabe duda, llevamos este principio dentro de nosotros, el cual debe operar y opera de hecho conforme a su esencia. Todos los errores del hombre son un barrunto de verdad; todas la pasiones que bullen en su corazón son instintos salvajes de una potencia que aún no es consciente de sí misma pero que de acuerdo con su naturaleza tiende siempre al bien. Aun las tormentas del mar, tantas veces destructoras y devastadoras, son hijas de un orden armónico del mundo al que deben servir lo mismo que la suave brisa primaveral. Trataré de confirmar esta verdad consoladora con algunas observaciones.

1. Así como las tormentas del mar son menos frecuentes que sus vientos regulares, así también es benigna ordenación de la naturaleza que en la especie humana nazcan muchos menos elementos destructivos que constructivos.

En el reino animal es una ley divina que haya menos leones y tigres que ovejas y palomas; de la misma manera es regla benigna de la historia que el número de los Nabucodonosor y Cambises, Alejandro y Sila, Atila y Gengis-Khan sea muy inferior al de generales más humanos y monarcas pacíficos. Para producirse figuras como aquéllas se requieren pasiones muy desequilibradas o una naturaleza deformada, por lo cual parecen meteoros dañinos en vez de astros rutilantes; o bien las más veces se dan circunstancias extraordinarias en la educación, raras oportunidades que permiten contraer un hábito desde muy joven, o también las duras exigencias de la política hostil de los vecinos, para poner en marcha a los llamados flagelos de la humanidad, y llevar adelante sus planes. Si bien es verdad que la naturaleza no dejará de producir entre las innumerables formas y complexiones humanas individuos de pasiones desbordantes y espíritus destructivos en vez de constructivos, está en manos de los hombres no confiar sus rebaños a semejantes tigres y lobos, sino domarlos a su vez por la leyes humanitarias. Ya no hay uros en Europa, los cuales habitaban antes los bosques por doquier; los monstruos africanos que Roma utilizaba para sus juegos, resultaban cada vez más difíciles de encontrar. A medida que se acrecienta la civilización de los países, más se estrecha el espacio disponible para el desierto y sus habitantes salvajes. Así ocurre también con nuestra especie: el auge de la cultura humana tiene por efecto natural que, junto con la fuerza bruta, se debiliten también las predisposiciones para el salvajismo pasional formándose un tipo humano más delicado. No hay que negar que también en este último son posibles las irregularidades, a menudo tanto más funestas cuanto que se basan en una debilidad infantil, cual lo demuestran los ejemplos de tantos déspotas orientales y romanos; mas como de todos modos es más fácil domesticar un niño consentido que un tigre feroz, la naturaleza nos ha dado con esta regulación el medio con que, ayudados de nuestro trabajo, podamos poner en orden lo desordenado, y domar la ferocidad insaciable. Ya no hay regiones infestadas por dragones contra los que hiciera falta que salieran los gigantes del pasado, y contra hombres no nos son necesarias fuerzas hercúleas para destruirlos. Ejerzan héroes de esta mentalidad su sangriento oficio en el Cáucaso o en el África para buscar al Minotauro y matarlo; la sociedad en que viven tiene el derecho incontestable de combatir por su cuenta a todos los toros lanzallamas de Gerionte. Entregándose a tales sujetos voluntariamente para pábulo de su rapacidad, lo hace por su propia culpa, como fué culpa propia de los pueblos que no formaran una gran alianza universal en pro de la libertad del mundo y en contra de la Roma devastadora.

2. El transcurso de la historia demuestra que con el crecimiento de una actitud verda-

deramente humana disminuyó en efecto el número de los demonios destructores del género humano, de acuerdo con las leyes naturales inherentes a un intelecto y una política de mayores luces.

A medida que progresa la razón entre los hombres, aprenden desde su infancia que hay mayor y mejor grandeza que la de los tiranos misántropos, y que es mejor y aún más difícil cultivar tierras que devastarlas, contruir ciudades que arrasarlas. Los laboriosos egipcios, los ingeniosos griegos, los fenicios mercaderes no sólo hacen mejor figura en la historia, sino que también gozaron de una vida mucho más agradable y provechosa que los persas devastadores, los romanos conquistadores y los cartagineses codiciosos. La gloria y el recuerdo de aquéllos lo mismo que los efectos duraderos de sus acciones se hacen más inmortales con el transcurso del tiempo, mientras que los destructores con su prepotencia demoníaca no consiguieron más que transformarse en un pueblo opulento y miserable sobre las ruinas de su botín para tener que apurar finalmente el cáliz de un castigo tanto peor. Fué éste el caso de los asirios, babilonios, persas y romanos; y hasta a los griegos, su discordia interna, y a algunas de sus provincias y ciudades su opulencia, les costó mucho más cara que la espada de sus enemigos. Ahora bien: estos principios son una ley natural que no se demuestra por algunos casuales ejemplos de la historia sino que se desprende de la misma naturaleza de las cosas, es decir, la naturaleza de la opresión o la prepotencia, o las consecuencias de la victoria, la opulencia y la soberbia como secuelas de un desequilibrio producido, que opera uniformemente. ¿Por qué entonces dudar de que estas leyes naturales deban conocerse como cualquiera otra y que su eficiencia es infalible y tanto mayor cuanto más claramente sean conocidas? Lo que puede conocerse con precisión matemática y utilizarse para cálculos políticos, debe reconocerse como verdad incontestable tarde o temprano, pues a nadie se le ocurrió hasta ahora dudar de los teoremas de Euclides o de las tablas de multiplicar.

Es así como la historia del género humano, aunque todavía tan breve, demuestra ya a las claras que la creciente ilustración de los pueblos disminuyó felizmente su destrucción misantrópica y sin sentido. Desde el ocaso de Roma no se formó en Europa ningún otro imperio civilizado que hubiese basado toda su constitución en guerras y conquistas, porque las naciones devastadoras de la época de transición eran primitivas y salvajes. A medida que iba aumentando su cultura, y aprendieron a apreciar su propiedad, se les impuso, sin darse cuenta y hasta contra su voluntad, el espíritu más bello y sosegado del amor a las artes, la agricultura, el comercio y las ciencias. Se aprendió a utilizar las cosas sin destruirlas ya que

destruídas no servían para nada, por lo cual se produjo con el tiempo una especie de equilibrio natural y pacífico entre los pueblos, que acabaron por comprender finalmente, después de siglos de guerras feroces, que el fin que cada cual perseguía no era alcanzable sino por medio de la cooperación de todos. Hasta el objeto que más excita la codicia, el comercio, no pudo orientarse por otros caminos que este que es el que enseña la misma naturaleza triunfadora sobre todas las pasiones y prejuicios. Todos los Estados mercantes de Europa lamentan ya ahora y lamentarán mucho más aún en lo futuro cuántos valores destruyeron absurdamente en otros tiempos por causa de la superstición o de la envidia. A medida que la razón va ganando terreno, la marina de guerra tiene que transformarse en mercante, basada en la justicia y consideración mutuas, continua emulación de la técnica y habilidad; en una palabra: en una actitud auténticamente humana y en sus leyes eternas.

Nuestra alma se inunda de íntima satisfacción al ver que el bálsamo encerrado en las leyes naturales de la humanidad no sólo se hace sentir sino que en virtud de su naturaleza se difunde y va ganando terreno entre los hombres, aun contra su voluntad. Dios no pudo quitarles la facultad de pecar; pero, en cambio, confirió al pecado del hombre la propiedad de manifestarse tarde o temprano como tal para hacerse evidente a la criatura dotada de razón. Ningún gobernante inteligente administra ya sus provincias como lo hizo el rey de los persas y ni siquiera al estilo romano, si no por filantropía, por lo menos con un mejor conocimiento de causa, ya que la especulación política se ha hecho más certera, ágil y definida. Sólo a un demente se le ocurriría hoy en día construir pirámides egipcias y cualquiera que, sin embargo, cometiera semejantes locuras sería tenido por todas las personas razonables como demente, si no por amor a los pueblos, cuando menos por cálculo económico. Ya no toleramos luchas sangrientas de gladiadores ni crueles peleas entre animales; por todos estos fieros ejercicios de su juventud pasó el género humano para reconocer finalmente que no valía la pena el placer delirante que proporcionaban. De la misma manera ya no hay lugar para la opresión que aplastaba a los pobres esclavos romanos o los helotes de Esparta, porque nuestras constituciones saben lograr más fácilmente con seres libres lo que aquellas antiguas conseguían a mayor precio y peligro con animales humanos. Más aún: ha de venir el tiempo en que recordemos nuestra inhumana trata de negros con tanta repugnancia como los esclavos romanos o los helotes espartanos, si no por filantropía, al menos por cálculo. Brevemente, debemos dar gracias a Dios que dotó de razón a nuestra débil naturaleza, tan sujeta a errores, como un eterno rayo de luz tomado del sol divino cuya esencia consiste en deshacer las tinieblas y mostrar la figura de las cosas tal como es.

3. El progreso de la técnica y de los inventos proporciona al género humano medios cada vez mejores para limitar o hacer inofensivo lo que la naturaleza no pudo exterminar por sí sola.

En el mar debe haber tormentas y la madre de todas las cosas no pudo librar de ellas al género humano, pero ¿qué le dió en cambio? El arte naval. Precisamente a causa de estas tormentas inventó el hombre las mil formas artificiosas que dió a sus navíos, con los cuales no sólo venció las tormentas sino que hasta aprendió a aprovecharlas y navegar dejándose llevar en sus alas.

Perdido en el mar, no podía el marino errante invocar a las Tindárides para que se le aparecieran indicándole el camino recto; y así inventó él mismo su guía, la brújula, y se buscó sus propias Tindárides en el cielo: el sol, la luna y los astros. Armado con esta ciencia se lanzó al océano infinito surcando sus alturas y profundidades.

La naturaleza no podía privar al hombre del fuego, elemento destructor, sin privarle de cuanto había de humano en su vida. Pero ¿qué le donó mediante el mismo fuego? Mil artificios, toda una técnica que no sólo sabe neutralizar sus efectos perjudiciales sino también utilizarlo en las formas más variadas y provechosas.

Lo mismo ocurre con las fieras pasiones del hombre, tormentas más terribles que las del mar y elemento más destructor que el fuego. Justamente con ellas y por causa de ellas nuestra especie desarrolló su inteligencia y aguzó su ingenio inventando miles de remedios, reglas y artes para no sólo tenerlas a raya sino aprovecharlas para el bien, como lo demuestra toda la historia. Un género humano sin pasiones nunca hubiera desarrollado su inteligencia, sino que todavía llevaría en alguna cueva la vida del troglodita.

La guerra homicida fué por siglos oficio de delincuentes brutales. Durante largo tiempo, los hombres se ejercitaron en él dando libre curso a sus instintos feroces. Mientras todo dependía de la fuerza, astucia y maña personal, era inevitable que juntamente con cualidades muy laudables crecieran también aptitudes muy peligrosas como la de asesinar y robar, como lo demuestran en abundancia las guerras de tiempos pasados y presentes. Mas por causa de tan mortífero oficio se inventó, en cierto modo contra la voluntad de los hombres, el arte de la guerra, cuyos inventores no previeron que con su perfeccionamiento acabarían por minar las mismas bases de la guerra. Cuanto más ésta se fué convirtiendo en un arte sutil e ingenioso y, sobre todo, cuanto más inventos mecánicos entraron a su servicio, menor fué la intervención e importancia de las pasiones individuales y la bruta fuerza personal. Por el contrario, las pasiones de todos eran sometidas a la concepción de un solo estratega

y *unos pocos* generales, hasta que, por fin, sólo al monarca de la nación le era lícito jugar a este juego tan costoso y peligroso, cuando en tiempos pasados el pueblo guerrero no deponía las armas casi en ningún momento. Ejemplos de esto vimos no solamente en varias naciones asiáticas sino también en griegos y romanos. Durante muchos siglos, poco menos que vivían en el campo de batalla. La guerra de los montes Lepinos duró ciento seis años; la guerra con los samnitas setenta y un años; la ciudad de Veyes fué asediada durante diez años cual otra Troya, y conocida de sobra es la desastrosa guerra del Peloponeso de los griegos, que duró veintiocho años. Como en todas las guerras, la muerte en acción es el menor de los males, siendo el mayor las devastaciones y enfermedades que acompañan a un ejército u oprimen a la ciudad asediada, juntamente con el desorden general que invade todos los gremios y clases sociales, todo lo cual es inherente a una guerra conducida con encono y pasión; bien podemos dar las gracias a griegos y romanos y, ante todo, al inventor de la pólvora y a los constructores de cañones de haber convertido en arte el más salvaje de los oficios, dándole, en los últimos tiempos, categoría de honroso privilegio de las cabezas coronadas. Desde que son los reyes quienes en persona mueven las fichas de este juego de honor con sus ejércitos tan numerosos como faltos de pasión personal, el solo pundonor del real estratega nos preserva de asedios que duran décadas o de guerras que se prolongan por setenta y un años, sin mencionar que estas últimas se hacen imposibles por las enormes cantidades de tropas movilizadas. De esta manera, una inmutable ley natural sacó bien de mal por cuanto el mismo arte militar está, en parte, acabando con la guerra. Por la misma razón disminuyeron los saqueos y devastaciones, no precisamente por motivos de índole filantrópica sino por salvar el honor del comandante en jefe. El derecho de guerra y el trato dado a los prisioneros se han hecho mucho más suaves de lo que eran entre los mismos griegos. Nada digamos de la seguridad pública, producto de los Estados guerreros. En todo el Imperio Romano, por ejemplo, se viajaba seguro hasta donde llegaban las alas del águila armada; en cambio, en Asia, África y hasta en Grecia era empresa peligrosa para el extranjero hacer un viaje, puesto que en estos países faltaba una conciencia pública que lo protegiera. Es así como el veneno se transforma en remedio perfeccionándose hasta ser un arte. Determinadas generaciones tuvieron que perecer, mas el todo inmortal sobrevive los dolores de las partes insignificantes y aprende a hacer el bien, a fuerza del mal sufrido.

Lo que vale del arte militar, reza también, y en mayor medida, para la política, sólo que ésta es un arte más difícil por cuanto afecta el bien de todo el pueblo. También el salvaje de América tiene su política; mas qué estrecho es su horizonte que aporta ventajas mo-

mentáneas a alguna generación, sin salvaguardar a toda la nación del desastre. Varias pequeñas naciones se aniquilaron mutuamente; otras se debilitaron tanto que no correrán mejor suerte en la peor de sus guerras, la que llevan con el aguardiente, las viruelas y la codicia de los europeos. En Asia y Europa observamos que cuanto más se perfecciona la constitución de un Estado, más firmemente subsiste en sí mismo y más perfectamente se complementa con otros Estados, de manera que uno no puede caer mientras no caiga el otro. China y el Japón son antiguos edificios con profundos y sólidos cimientos. Más artificiales eran ya las constituciones de los griegos cuyas más poderosas repúblicas lucharon durante siglos por el equilibrio político de la nación. Peligros comunes las unían y si la unión hubiera sido perfecta, el valiente pueblo bien habría podido resistir a Filipo y los romanos tan gloriosamente como en otros tiempos a Darío y Jerjes. En cuanto a Roma, se benefició más que nada de la pésima política de sus Estados vecinos, a los que atacó y venció por separado. Idéntica suerte corrió la misma Roma en los tiempos en que decayó su arte político y militar, y no fué otra la de Judea y Egipto. Ningún pueblo cuyo Estado esté bien constituído puede perecer, ni siquiera siendo vencido militarmente, como lo atestigua China, no obstante todos sus defectos.

Aún más evidente resulta el provecho de un arte ingenioso en el caso de la economía interna de una nación, o de su comercio, su jurisprudencia, sus ciencias e industrias. En todos estos tópicos es manifiesta la ventaja del perfeccionamiento. Un verdadero comerciante no comete estafas, porque la estafa no enriquece nunca. Un verdadero sabio no se ufana con una pseudo-ciencia, ni un jurisperito que merezca este nombre será injusto a conciencia, ya que con esto se declararía aprendiz y no maestro de su arte. Sin duda ha de llegar también la hora en que el político necio se avergüence de su necedad y ser un déspota tiránico se tenga por tan ridículo e incoherente como se lo tuvo por aborrecible en todos los tiempos. Esto acaecerá tan pronto como se comprenda con claridad meridiana que toda política irracional calcula con una falsa tabla de multiplicar y que con ella no conseguirá ninguna ventaja aunque obtenga las sumas más fantásticas. Para esto ha sido escrita la historia, y las pruebas de esta afirmación se mostrarán a medida que transcurra. Fué menester que precedieran y, en cierto modo, se agotaran todos los errores de los gobiernos, para que después de tanto desorden el hombre aprenda finalmente que el bienestar de su especie no se basa en el capricho, sino en una ley natural esencial al hombre, y que no es otra que la razón y la justicia. Pasamos ahora a desarrollar este principio, esperando que la fuerza intrínseca de la verdad dé a su exposición luz y poder persuasivo.

III

AUNQUE ES EL DESTINO DEL GÉNERO HUMANO ESCALAR SUCESIVAMENTE DIVERSOS GRADOS DE CULTURA BAJO VARIAS TRANSFORMACIONES, SIN EMBARGO, LA ESTABILIDAD DE SU BIENESTAR SE FUNDA ESENCIAL Y EXCLUSIVAMENTE EN LA RAZÓN Y LA JUSTICIA

Primera ley natural: En las ciencias naturales se demuestra matemáticamente que para la estabilidad de una cosa se requiere siempre un grado máximo o mínimo de perfección, el cual se determina por la manera propia de actuar de las energías de esta cosa. Así, por ejemplo, no podría durar nuestra tierra si su centro de gravedad no estuviera en el lugar desde donde y hacia donde todas las fuerzas se equilibran. Según esta hermosa ley natural, todo ser existente lleva en sí mismo su verdad física, su bondad y necesidad como núcleo de su existencia.

Segunda ley natural. Asimismo está demostrado que toda la perfección y belleza de las cosas compuestas y limitadas o sus sistemas se basa en un máximo de esta índole. Y es que lo similar y lo desemejante, lo simple en los medios y lo múltiple en los efectos, la ley del menor esfuerzo para la obtención del fin más seguro o fecundo, forman entre sí una especie de simetría y proporción armoniosa que la naturaleza observa escrupulosamente en las leyes del movimiento y en la forma de sus criaturas, así en la más grande como en la más pequeña, y que el arte del hombre trata de imitar hasta donde le alcanzan las fuerzas. Hay aquí una interferencia de varias reglas de manera que lo que aumenta según una, disminuye según otra, hasta que el todo compuesto alcanza su forma más bella y ajustada y con ella su intrínseca estabilidad, bondad y verdad. Eximia ley es esta que destierra de la naturaleza el desorden y el capricho y nos muestra también en cada parte limitada y mutable del orden cosmológico una regla de sublime belleza.

Tercera ley natural. También está demostrado que cuando un ser o sistema de seres ha sido alejado de su estado de equilibrio de verdad, bondad y belleza, vuelve a aproximarse a él por una energía intrínseca, ora en forma de vibraciones, ora en una curva asintótica, ya que no tiene estabilidad fuera de este estado.

Cuanto más activas y variadas sean estas energías, más difícil será una marcha casi recta de la curva asintótica y más violentas serán las vibraciones y oscilaciones hasta que el ser perturbado haya alcanzado nuevamente el equilibrio de sus fuerzas o de su movimiento armónico, y consecuentemente el estado de estabilidad que le es esencial.

Ahora bien: como la humanidad tanto en su conjunto como en sus individuos, sociedades y naciones es un sistema natural estable de las más variadas fuerzas vivientes, veamos ahora cuál sea su estado de estabilidad, en qué punto culmina su máximo de belleza, verdad y bondad y qué camino elige para aproximarse nuevamente a su estado de equilibrio en cada una de las alteraciones que la historia y la experiencia nos brindan en número tan crecido.

1. Todo en la naturaleza se basa en la más estricta individualidad de los seres, y como la humanidad es un proyecto tan rico en predisposiciones y fuerzas, se requerían millones de hombres entre los cuales estuvieran distribuídas tantas y tan grandes cualidades. En nuestro planeta nace todo lo que puede nacer y se conserva si de conformidad con las leyes naturales encuentra su estado de estabilidad y equilibrio. Por lo tanto, todo hombre individual lleva tanto en la conformación de su cuerpo como en las predisposiciones de su alma la medida para la cual está destinado y hacia la cual debe evolucionar. Este plan abarca todas las clases y formas de la existencia humana, desde la deformidad más morbosa que apenas puede conservarse en vida, hasta la más bella figura de un semidiós griego, y desde las ardientes pasiones de un cerebro de negro hasta la disposición para la sabiduría más sublime. Todo mortal va en pos de esta meta de sus facultades a través de defectos y errores de educación, necesidad y hábitos contraídos, porque sólo allí entra en plena posesión y goce de su existencia; pero son muy contados los afortunados que la alcanzan por el camino más hermoso y puro.

2 Como el hombre individual llevaría por sí solo una existencia muy incompleta, al formarse la sociedad obtiene un máximo superior a base de fuerzas convergentes, las cuales interfieren en caótico desorden hasta que se limitan mutuamente conforme a las leyes naturales produciendo una especie de equilibrio y armonía dinámica. Es así como las naciones se van modificando según el lugar, el tiempo y su carácter innato; cada una lleva en sí su medida de perfección que admite comparación con la de los demás. Cuanto más bello y puro fuese el máximo al que estaba destinado un pueblo, cuanto más provechosos los objetos en que ejercitaba sus facultades superiores, y cuanto más firme y ajustado el vínculo que unía íntimamente a todos los miembros del

Estado y los encaminaba a estos fines supremos, tanto más firmemente subsistía la nación en sí misma y tanto más noblemente brilla su imagen en la historia universal. La excursión que hicimos hasta ahora a través de algunos pueblos nos ha mostrado cuán diferentes fueron por su lugar, tiempo y circunstancias los fines a los que encaminaron sus esfuerzos. Entre los chinos una refinada moral política: entre los hindúes, una especie de puritanismo retraído, callado cumplimiento del deber y paciencia; entre los fenicios, el espíritu del navegante y la iniciativa del mercader. La cultura de Grecia, en particular de Atenas, tendía al máximo de belleza sensible tanto en el arte como en la moral, las ciencias y la Constitución política. En Esparta y Roma se tendía a un patriotismo heroico, pero por caminos muy diferentes. Como en todo esto los factores primarios son el tiempo y el lugar, resulta que los pueblos antiguos no se pueden comparar, o poco menos, en lo que se refiere a los rasgos más sobresalientes de su gloria nacional.

3. Empero, en todos estos pueblos se advierte un principio activo, a saber, una misma razón humana que se empeña en producir la unidad de la multiplicidad, el orden del desorden, un conjunto simétrico y de belleza duradera de una gran variedad de fuerzas e intenciones. Desde los peñascos informes con que el chino embellece sus jardines hasta la pirámide egipcia o el ideal helénico, se nota siempre un plan y una intención del entendimiento discursivo, aunque en grados muy diversos. Cuanta mayor fuera la precisión con que discurría el intelecto y más se aproximaba al punto que representaba el máximo alcanzable en su género sin permitir desviaciones a diestra ni siniestra, tanto mayor fué el valor ejemplar de sus obras, porque contienen reglas universales para el intelecto humano de todos los tiempos. Así, por ejemplo, no cabe inventar algo superior a una pirámide egipcia o a algunas de las obras de arte griegas y romanas, porque son problemas perfectamente resueltos por el intelecto humano en este género de cosas en que no cabe un juicio arbitrario que ponga en duda la solución dada o pueda proponer una mejor, ya que ha sido agotado el puro ideal de lo que debían ser en la forma más fácil, rica y bella. Cualquier modificación sería un error que, si fuera repetido y mil veces multiplicado, obligaría siempre a volver a aquel modelo supremo en su género cuyo punto de perfección es indivisible.

4. Según esto, existe una concatenación de culturas que en líneas muy torcidas y desviadas continúa a través de todas las naciones civilizadas que hemos considerado hasta ahora y hemos de considerar en adelante. En cada una de ellas describe curvas ascendentes y descendentes y tiene por objeto puntos máximos muy diversos, algunos de los cuales se excluyen o limitan mutuamente

hasta que, por fin, se llega a la simetría del conjunto. Por esto sería un juicio por demás engañoso si de una perfección hallada en una nación se quisiera concluir acerca de sus otras actividades. Así, por ejemplo, no por poseer grandes oradores Atenas había de tener también la mejor forma de gobierno, ni la perfecta casuística moral de China indica que sea un Estado modelo. La forma de gobierno se relaciona con un punto máximo de evolución muy diferente de una hermosa sentencia moralizante o un discurso patético, si bien es verdad que en último término todas las actividades culturales de una nación están conectadas entre sí, pero sólo en el sentido de que se excluyen o limitan mutuamente. Lo que hace el perfecto bienestar de un pueblo es sólo el máximo de cohesión interna, aunque sea a costa de algunas cualidades muy brillantes.

5. Ni siquiera dentro de una misma nación puede ni debe durar eternamente cualquier punto máximo alcanzado con laudable esfuerzo, porque no es más que un punto en la línea de los tiempos, la cual avanza sin cesar, y cuanto mayor sea el número de circunstancias de que dependía el hermoso efecto, tanta mayor es su caducidad y más efímera su vida. Feliz entonces la nación cuyos ejemplos sirven de regla a las épocas venideras de un lejano porvenir; las que le siguen inmediatamente se hallan comúnmente demasiado cerca y hasta pueden caer en decadencia por haber querido superar aquellos modelos a toda costa. Es cosa frecuente que precisamente en los pueblos más activos se produzca una caída vertical del punto de ebullición hasta el de congelación.

Es tarea de la historia de determinadas ciencias y naciones llevar la cuenta de estos puntos máximos alcanzados, y me contentaría con que poseyéramos semejante estadística tan sólo de los pueblos más célebres y en sus épocas más descollantes. Por el momento me refiero solamente a la historia de la humanidad en general y su estado de equilibrio estable en cualquier forma que revista y bajo cualquier clima. Tal estado no es otra cosa que una actitud humana, un sentir y ser humano, es decir, la razón y la justicia en todas las clases sociales y en todas las actividades de los hombres. Y este estado no es tal por el capricho de un dictador o por el poder persuasivo de la tradición, sino en virtud de las leyes naturales en que se basa la esencia del género humano. Hasta sus instituciones más pervertidas nos dicen a voces: "Si no se hallara en nosotros un rastro de razón y justicia, mucho ha que hubiéramos perecido, y lo que es más, nunca hubiéramos llegado a existir". Puesto que éste es el punto capital donde se enlaza toda la trama de la

historia del género humano, requiere un estudio particularmente cuidadoso.

Primero. ¿Qué es lo que apreciamos e inquirimos en toda obra humana? La inteligencia que la ideó, su plan y su intención. Si falta esto, nada humano se ha producido, sólo se ha manifestado un poder ciego. Cualquiera que sea la dirección en que nuestro intelecto recorre el inmenso campo de la historia, sólo se busca a sí mismo y sólo a sí mismo se encuentra. Cuanto más sus empresas tendían a la pura verdad y bondad humana, tanto más duraderas, provechosas y hermosas fueron sus obras, y más se treflejan en sus normas los espíritus y corazones de todos los pueblos y tiempos. Sócrates y Confucio, Zoroastro, Platón y Cicerón están de acuerdo sobre lo que sean una inteligencia pura y una moral justa; no obstante sus miles de diferencias, todos ellos tendieron hacia un solo punto sobre el que se funda el género humano. Así como el viajero no conoce mayor placer que el que experimenta al encontrar en todas partes, aun donde no lo esperaba, rasgos de un genio afín que siente y piensa como él, así no hay mayor encanto en la historia de nuestra especie que reconocer el eco de todos los tiempos y pueblos que resuena en las almas más nobles con nada más que bondad humana y verdad humana. Así como se alegra mi corazón cuando mi razón busca y encuentra el nexo lógico de las cosas, así lo iba buscando todo hombre honrado y tan sólo lo vió de otra manera o lo designó con otras palabras según el punto de vista en que estaba situado. Cuando erró, lo hizo para él y para mí, al ponerme sobre aviso para no caer en el mismo error. Cuando me amonesta, enseña, recrea y anima, es mi hermano, copartícipe de una misma alma cósmica, una sola razón humana y una sola verdad humana.

Segundo. Así como no hay en toda la historia aspecto más consolador que un hombre bueno y razonable que sigue siéndolo a través de todos los altibajos de la suerte, en todas las edades de su vida y en cada una de sus obras, así también se multiplica nuestro pesar al ver cómo hasta hombres grandes y buenos caen en errores que no pueden acarrearles sino consecuencias desastrosas. Con harta frecuencia se encuentran estos ángeles caídos en la historia de los hombres y nos hacen lamentar la debilidad de la razón humana. ¡Qué poca cosa puede soportar el mortal sin abatirse, qué difícil es que siga por el camino recto al tropezar con alguna cosa extraordinaria! Para uno bastó un puntillo de honra, un rayo de esperanza o una circunstancia inesperada en la vida para desviarlo a cenagales y profundos abismos; otro no supo meditar y habiendo abusado de sus fuerzas se cayó impotente. La compasión se apodera de nosotros al contemplar a estos desgraciados elegidos en la encrucijada de su vida y observando que ellos mismos se percatan de que les falta las fuerzas para seguir siendo razonables, justos y dichosos. Las furias

toman posesión de ellos y los empujan contra su voluntad hasta más allá de la línea de la moderación; ya cayeron en sus manos para expiar tal vez durante toda una vida un pequeño paso en falso o una imprudencia. O si la fortuna les fué propicia en demasía y se hallan en un momento dado en la cúspide del éxito, ¿qué es lo que oprime su espíritu sino el presentimiento de la inconstancia de esta diosa traicionera por cuya culpa hasta sus empresas felices se convierten en un semillero de futuras desgracias? Inútilmente, oh compasivo César, escondes tu rostro al serte traída la cabeza de tu enemigo Pompeyo, y edificas un templo a la Némesis. Ya con el Rubicón pasaste también el límite de tu fortuna; la diosa se ha vuelto contra ti y tu cuerpo ensangrentado caerá junto a la efigie del mismo Pompeyo. No es otra la suerte de la organización de países enteros, puesto que la misma depende en último término siempre de la razón o estupidez de unos pocos que son sus gobernantes o se llaman tales. La mejor institución que prometía dar los más hermosos frutos en bien de la humanidad por largos siglos, se arruina a menudo por la imprudencia de un solo hombre que, en vez de enderezar las ramas, derriba todo el árbol. A veces los reinos sabían menos que los particulares cómo sobrellevar su prosperidad, ya fueran monarcas o déspotas, ya senados o democracias, los que los gobernasen. Los que menos saben interpretar un gesto de advertencia por parte del destino son los déspotas y el pueblo; enceguecidos por el humo de la fama y el falso brillo de la vanagloria, se precipitan más allá de los límites de lo humano y de la prudencia para no darse cuenta de las consecuencias de su locura hasta que ya es demasiado tarde. Fué éste el destino de Roma, Atenas y varios pueblos; pero también el de Alejandro y la mayor parte de los conquistadores que perturbaron el mundo, porque la injusticia estropea al fin todos los países por igual y la imprudencia las actividades de todos los hombres. Son las furias del destino, y la desgracia no es más que su hermana menor, la tercera en tan espantoso triunvirato.

¡Oh, gran padre del género humano: qué sencilla y difícil a la vez es la lección que encargaste a nuestra especie como deber de toda su jornada! Sólo debíamos aprender razón y justicia y obrando así había de derramarse paso a paso la luz en las almas, la bondad en los corazones, la perfección en el estado político y la felicidad en la vida. En posesión de estos dones y aplicándolos fielmente puede el negro organizar su sociedad lo mismo que el griego, y el troglodita la suya como el chino. La experiencia hará progresar a cada cual y la razón y la justicia darán a sus actividades estabilidad juntamente con belleza y la justa medida. Mas si se aparta de estos guías esenciales de su vida, ¿qué poder en este mundo puede dar duración a su felicidad y salvarlo de la diosa de la venganza que es la deshumanización?

Tercero. Al mismo tiempo se desprende que si el equilibrio de la razón y de lo humano ha sido alterado en la humanidad, la vuelta al estado normal casi siempre se produce mediante oscilaciones violentas que van de un extremo a otro. Alguna pasión alteró el equilibrio de la razón, otra pasión se le enfrenta y así pasan a veces siglos en la historia hasta que vuelvan tiempos más tranquilos. Alejandro sacó de quicio a una gran región del mundo y aún mucho después de su muerte seguían las tormentas desencadenadas. Roma quitó la paz al mundo por más de un milenio, y medio mundo de pueblos salvajes fué menester para restablecer lentamente el equilibrio. A la vista de semejantes conmociones de países y pueblos no había que pensar, ciertamente, en la tranquila marcha de una curva asintótica. En general, toda la marcha de la cultura en la tierra con sus cambios bruscos y sus interrupciones no presenta casi nunca la serenidad del agua mansa, antes bien las cascadas de una catarata; es lo que hacen de ella las pasiones humanas. También es evidente que toda la organización de nuestra especie ha sido planeada para tales oscilaciones. Así como la marcha del hombre es una sucesión de caídas a diestra y siniestra, no obstante lo cual adelanta algo a cada paso, así es también el progreso de la cultura a través de las generaciones sucesivas y pueblos enteros. Por separado ensayan a menudo actitudes extremas opuestas, hasta que el conjunto llega al centro de reposo, como lo hace el péndulo. Constantemente se suceden las generaciones y a pesar de todas las letras que le enseñó la tradición, el hijo escribe a su manera, distinta de la del padre. Con gran cuidado se apartó Aristóteles de las doctrinas de Platón y Epicuro de las de Zenón, hasta que la posteridad más serena aprendió a aprovecharse de los dos extremos por igual. Lo mismo que la máquina de nuestro cuerpo, así también la obra de los tiempos atraviesa por un antagonismo necesario para bien del género humano, conservando la salud del conjunto. Sean cuales fueren las desviaciones y recovecos en que el torrente de la razón humana va avanzando, siempre será cierto que tomó su origen en el eterno mar de la verdad, no pudiendo perderse en su camino en virtud de su naturaleza. Quien bebe de sus aguas, bebe inmortalidad y vida.

Por lo demás, tanto la razón como la justicia se fundan en *una misma ley natural*, que es también la que explica nuestra esencia. La razón mide y compara el nexo lógico de las cosas para ordenarlas en la debida proporción. La justicia no es otra cosa que una proporción moral fijada por la razón, la fórmula de equilibrio de las fuerzas antagónicas de cuya armonía depende toda la estructura del cosmos. Una misma es, por lo tanto, la ley que abarca desde el sol y todos los soles hasta el más insignificante acto humano; lo que mantiene en el ser a todo lo existente y sus sistemas es una sola cosa: *la proporción de sus fuer-*

zas con miras a un estado de reposo y orden periódicos.

IV

LA RAZÓN Y LA JUSTICIA CONFORME A SU NATURALEZA INTRÍNSECA Y EN EL TRANSCURSO DEL TIEMPO TIENEN QUE GANAR CADA VEZ MÁS LUGAR ENTRE LOS HOMBRES FOMENTANDO LA ESTABILIDAD DE LOS VALORES HUMANOS

Todas las dudas y lamentos de los hombres acerca de la confusión reinante y el poco progreso del bien que se advierte en la historia provienen de que el desanimado peregrino abarca una parte demasiado corta del camino. Si ampliara sus miras y comparara imparcialmente sólo las épocas que conocemos por la historia y considerara la naturaleza de la razón y la verdad, dudaría del progreso tan poco como de la ley natural más perfectamente demostrada. Por miles de años se creía que el sol y todos los astros fueran inmóviles; hoy, el telescopio no permite dudar acerca de sus movimientos. Así también llegará la hora en que una visión de conjunto más perfecta de los períodos de la historia del género humano nos demuestre esta verdad consoladora no sólo de manera superficial, sino que a pesar de todo el aparente desorden será posible calcular las leyes según las cuales este progreso se opera de acuerdo con la naturaleza humana. A la luz de la historia de la Antigüedad en la cual me encuentro ahora como en el centro, deseo destacar provisionalmente sólo algunos principios generales que nos servirán de guía en lo que resta del camino.

1. Los períodos históricos se enlazan en virtud de su naturaleza; por lo tanto, también el producto de estos períodos: las generaciones humanas, con todos sus efectos y frutos.

No es posible engañarse sobre que la tierra ha crecido en edad en tantos milenios y que este satélite del sol ha cambiado mucho desde su nacimiento. En sus entrañas podemos leer sus estructuras de otros tiempos y basta echar una mirada en derredor nuestro para ver cuál es la actual. Ya no está hirviendo el océano que yace ahora sosegado dentro de sus límites asignados; los ríos errantes hallaron su lecho y tanto la flora como la fauna atravesaron fecundos períodos de muchas generaciones. Así como desde la creación de la

tierra no se perdió ningún rayo solar que recibiese, así tampoco se ha perdido ninguna hoja caída del árbol, ninguna semilla vegetal llevada por el viento, ningún cadáver animal en putrefacción, ni acción alguna de un ser viviente ha quedado sin efecto. La vegetación, por ejemplo, ha ido en aumento y se fué difundiendo cuanto pudo; todas las especies animales han crecido dentro de los límites impuestos por otras especies de seres vivos, y tanto el trabajo del hombre como su misma locura destructiva ha sido instrumento hábilmente aprovechado por las manos del tiempo. Nuevos campos florecen sobre las ciudades arrasadas; los elementos echaron encima el polvo del olvido y no tardaron en llegar nuevas generaciones que construyeron con las ruinas y sobre ellas. Ni Dios puede hacer que una consecuencia no sea consecuente ni puede hacer que la tierra sea hoy lo que era hace miles de años, como si todos estos milenios con sus efectos no hubiesen pasado.

La sola evolución del tiempo implica, por lo tanto, una evolución del género humano, por cuanto éste forma parte de la serie de creaciones terrenas y temporales. Si ahora aparecieran nuestros primeros padres y vieran lo que se hizo nuestra especie ¡cuál no sería su asombro! Su cuerpo estaba hecho para la joven tierra de entonces y conforme al estado de los elementos de aquella época debían ser su complexión, su mentalidad y su sistema de vida. En seis y más milenios han cambiado muchas cosas a este respecto. Algunas regiones de América no son ya ahora lo que eran en tiempo de su descubrimiento; dentro de algunos miles de años, su antigua historia se leerá como una novela. Así leemos la historia de la guerra de Troya y en vano buscamos el lugar de su emplazamiento, por no hablar del sepulcro de Aquiles o el mismo hijo de los dioses. Sería una valiosa contribución a la historia universal que se compilara y clasificara con exactitud todo el material informativo de los antiguos referente a su figura y altura, sus alimentos y las cantidades que de ellos solían injerir, sus ocupaciones diarias y sus diversiones, su punto de vista sobre el amor y el matrimonio, las pasiones y virtudes, el uso que debe hacerse de la vida y la vida ultraterrena, ordenándolo todo por tiempos y lugares. Sin duda se advertiría un progreso del género humano aun dentro de cortos períodos, lo cual demostraría tanto la subsistencia de la naturaleza siempre joven como los cambios progresivos de la vieja madre tierra, la cual no cuida solamente de los hombres, sino de todos los seres que lleva en su seno y en los mismos brazos maternales; de donde, cambiando uno de ellos, todos han de cambiar.

Es innegable que esta evolución ha influído también en la mentalidad del género humano. Trátese de inventar o cantar ahora una *Ilíada* o de escribir a la manera de Esquilo, Sófocles o Platón, y se verá que es imposible. La sencillez del niño, la manera despre-

venida de considerar el mundo, en una palabra: la infancia de Grecia, ha pasado. Lo mismo ocurre respecto de los romanos y hebreos. Nosotros, en cambio, sabemos y conocemos una serie de cosas en las que ni romanos ni hebreos soñaran jamás. Un día dejó enseñanzas para el siguiente, un siglo para el otro; la tradición se ha enriquecido y la misma musa de los tiempos, la historia, habla con mil voces y resuena con múltiples armonías. Por inconmensurables que sean los males y la confusión acumulados por el inmenso alud de los tiempos, esta misma confusión es producto de los siglos, que sólo pudo originarse en virtud del constante progreso de una misma cosa. Todo retorno a los tiempos pasados, hasta el famoso año platónico, es un mito y, según el mismo concepto del mundo y del tiempo, una contradicción. Estamos navegando sin cesar, pero el río no vuelve nunca a sus fuentes como si nunca hubiese salido de ellas.

2. La evolución de la vivienda de los hombres hace aún más evidente el progreso de nuestra especie.

¿Dónde están hoy los tiempos en que los pueblos se encerraban ya en sus cavernas ya detrás de sus murallas y todo extranjero era un enemigo? El remedio no estaba, por cierto, en las cavernas ni en las murallas; únicamente en la evolución del tiempo. Era menester que los hombres llegaran a conocerse, puesto que forman una sola especie en un planeta no demasiado grande. Basta con que al principio no se conocieron sino como enemigos asombrándose como un lobo del otro; mas también esto estaba en el plan de la naturaleza. El débil temía al más fuerte, el estafado al estafador, el desplazado al que tenía poder para arrojarlo nuevamente de sus tierras, el niño inexperto a toda persona extraña. Este temor infantil, empero, con todos los abusos a que diera lugar, no pudo alterar la evolución de la naturaleza. Comenzaron a vincularse varias naciones entre sí, aunque la primitiva torpeza de los hombres dió un carácter áspero a estas primeras relaciones. La razón, al despertarse, podrá desatar alguna ligadura determinada, mas no puede deshacer el vínculo universal y menos hacer volver a la nada todos los inventos aparecidos. ¿Qué es la cosmogonía de Moisés y Orfeo, Homero y Herodoto, Estrabón y Plinio en comparación con la que hoy poseemos? ¿Qué significa el comercio de los fenicios, griegos y romanos comparado con el de Europa? Vale decir que de lo sucedido hasta ahora podemos concluir acerca de lo que ha de acaecer en el futuro. Mientras el hombre sea hombre, no dejará de explorar su planeta hasta conocerlo completamente; ni las tormentas del mar, ni los gigantescos témpanos ni los peligros del círculo polar lograrán apartarlo de su cometido, como no pudieron hacerlo en los tiempos de las primeras y tan difíciles tentativas a merced de una técnica naval muy defi-

ciente. Y la razón es que el móvil para todas estas empresas alienta en el pecho de la misma naturaleza humana. La curiosidad y la insaciable codicia, la vanagloria y el deseo de nuevos descubrimientos y mayor poderío tal como siguen incontrastablemente del actual estado de cosas, le estimularán siempre en este sentido, y sobre todo le darán alas los grandes ejemplos de quienes afrontaron victoriosos todos los peligros en épocas pasadas. El plan de la Providencia será llevado adelante tanto por motivos buenos como por los malos, hasta que el hombre conozca toda su especie y actúe sobre ella. La tierra le ha sido dada en propiedad y no cejará hasta que sea suya totalmente, por lo menos en relación con la inteligencia y el provecho que le rinde. ¿Acaso no hemos llegado a avergonzarnos de que medio planeta nos haya sido desconocido por tanto tiempo, cual si fuera el lado de la luna que nunca mira la tierra?

3. En virtud de su naturaleza intrínseca, toda actividad realizada hasta ahora por el espíritu del hombre no tuvo otro fin que el de hallar los medios para constituir y difundir mejor los valores humanos y la cultura de nuestra especie.

¡Qué enorme progreso media entre las primeras balsas y un navío europeo moderno! Ni el inventor de aquéllas ni los inventores de las diversas artes y oficios que se relacionan con la navegación, soñaron con el resultado que obtendría la combinación de todos sus descubrimientos. Cada cual siguió el impulso de la necesidad o de la curiosidad y sólo a la naturaleza del intelecto humano y la conexión de todas las cosas se debe que ningún experimento, ningún descubrimiento pudiese ser en vano. Aquellos isleños que nunca habían visto un barco europeo lo admiraron como una maravilla extramundana al ver cómo los hombres lo dirigían a su gusto sobre las profundidades del océano. Si hubieran logrado pasar de la admiración al razonamiento sobre todo fin grande y todo pequeño medio en esta obra de arte flotante ¡qué distinto habría sido su concepto de la inteligencia humana! ¿Cuánto no amplió este solo instrumento el radio de acción de los europeos, y cuánto no se ensanchará éste en el futuro?

Como este arte inventó el género humano mil otros en pocos años que extienden su imperio sobre el aire, el agua, el cielo y la tierra. Más aún: si tenemos en cuenta que hasta ahora fueron pocas las naciones que intervinieron en esta contienda intelectual y técnica, mientras la mayor parte dormía sobre sus laureles, y si consideramos que casi todos los inventos humanos se hicieron en épocas muy recientes y casi no hay huella ni ruina de un edificio antiguo ni restos de alguna organización antigua que nos relacionase con la historia moderna: ¡qué perspectiva nos abre esta actividad histórí-

camente comprobada del espíritu humano para los innumerables siglos venideros! En los pocos siglos que floreció Grecia, en los pocos siglos de nuestra civilización moderna, ¡cuántas cosas se idearon, inventaron, hicieron, clasificaron y conservaron para tiempos futuros en la menor parte del más pequeño Continente: Europa! Cual fértil cosecha brotaron las ciencias y artes en apretado haz dándose pábulo y estimulándose mutuamente. Así como una cuerda tocada hace vibrar toda la caja de resonancia y todos los tonos de la misma armonía le hacen el eco hasta perderse en lo infinito, así fué creando el espíritu humano cuando se había tocado un punto armónico de su alma. Apenas daba con una nueva conexión u orden de cosas, en una creación donde todo se comunica, no podía menos que se le siguieran numerosas nuevas combinaciones.

Pero alguno dirá: ¿Qué destino se les ha dado a todas estas artes e inventos? ¿Acaso han contribuído a acrecentar la razón práctica y la justicia, o sea, la verdadera cultura y felicidad del género humano? Remito al lector a lo que afirmé poco antes respecto del papel que desempeñan los desórdenes en todo el reino de la naturaleza, a saber, que conforme a una ley natural intrínseca nada puede tener fuera del orden verdadera duración, a la cual, sin embargo, tienden todas las cosas. El cuchillo afilado lastima la mano del niño, y no obstante, el arte que inventó el cuchillo y lo afiló es uno de los más indispensables. No todos los que hacen uso de esta herramienta son niños, y también éstos han de aprender con su dolor a usarlo mejor. La prepotencia artificial en manos de un déspota o el lujo foráneo que se introduce en un pueblo sin legislación reguladora son ejemplos de tales instrumentos mortíferos; mas el daño hace escarmentar a los hombres y tarde o temprano el mismo arte que inventó el lujo y el despotismo habrá de reducirlos primero a sus límites asignados y luego convertirlos en auténtico bien. Todo arado mal hecho se ajusta sólo a fuerza de usarlo; ruedas y engranajes de duro andar adquieren redondez y mejor funcionamiento a fuerza de girar. También ocurre así con las facultades humanas que con el abuso excesivo adquieren en el transcurso del tiempo su debido empleo. Los extremos y las oscilaciones terminan finalmente en el movimiento regular del bienestar permanente cuya virtud está en el justo medio. Sólo es menester que sean hombres los que operan cuanto debe acontecer en la humanidad; sufriremos por nuestra propia culpa hasta que hayamos aprendido solos un mejor uso de nuestras facultades sin ninguna intervención milagrosa por parte de Dios.

Por consiguiente, no tenemos tampoco motivo para dudar de que toda actividad buena del intelecto humano deba necesariamente alguna vez redundar en provecho de lo humano, y que de hecho lo hará. Desde que se impuso la agricultura, los hombres dejaron de

comer a otros hombres o bellotas, porque hallaron que podían vivir de manera más humana, próspera y decente de los dulces frutos de la diosa Ceres que de la carne de sus hermanos o de bellotas, por lo cual se obligaron a cambiar de sistema de vida conforme a una legislación más sabia. Desde que aprendieron a construir casas y ciudades, ya no vivieron en cavernas y las leyes de convivencia salvaron de la muerte al extranjero que acertara a pasar por allí. De la misma manera el tráfico comercial fué acercando a los pueblos entre sí y a medida que se comprenda su función social, deberán forzosamente disminuir todos esos asesinatos, opresiones y las diversas formas de engaño que nunca fueron otra cosa que señal de incomprensión de lo que es el comercio. Todo aumento de artes y oficios provechosos ayuda a asegurar la propiedad de los hombres, a aliviar su labor y a acrecentar su eficiencia, por lo cual contribuye necesariamente a echar los cimientos de una cultura y un humanismo mayor. Cuánto trabajo se eliminó, por ejemplo, por el solo invento de la imprenta, y cuánto aumentó con ella la circulación de los pensamientos, artes y ciencias humanas. Si naciera en Europa otro Kang-Ti y tuviese el atrevimiento de querer exterminar la literatura de este Continente, se vería en la absoluta imposibilidad de llevar a cabo su designio. Si los fenicios, cartagineses, griegos y romanos hubieran podido contar con este arte, la destrucción de su literatura hubiera sido menos fácil y casi imposible para los invasores. Dejad que pueblos salvajes asalten a Europa: no podrán enfrentar nuestro arte militar, y ningún Atila extenderá ya su poder desde el Mar Negro y el Caspio hasta los Campos Cataláunicos. Dejad que se levanten frailucos, afeminados, espíritus exaltados y tiranos, cuantos quieran: no conseguirán volvernos a la noche de la Edad Media. Ahora bien: como el darnos luz y orden y además difundirlos y asegurarlos es la mayor utilidad que pueda concebirse en un arte humano y aun divino, demos gracias al Creador por haber dado por esencia a nuestra especie la razón y a ésta el arte. En ambos poseemos el secreto y el medio para un orden del mundo asegurado.

Tampoco debemos preocuparnos porque algunas teorías muy bien pensadas, sin excluir la misma moral, sigan siendo por tanto tiempo meras teorías para nuestra especie. Muchas cosas aprende el niño que sólo el hombre adulto sabrá aplicar con provecho, mas no por esto fué en vano que las aprendiese. Irreflexivo es el joven que olvida lo que recordará algún día con gran trabajo si acaso no tiene que aprenderlo por segunda vez. Ninguna verdad, ni siquiera una inventada, se conserva sin provecho para el género humano que incesantemente se renueva; circunstancias venideras harán necesario lo que ahora se deja de hacer y a la larga tiene que aparecer todo cuanto de alguna manera contribuye a ejercitar al género humano. Así como en la creación del mundo encontramos primero

el poder que creó el caos, luego la sabiduría que lo ordenó juntamente con la bondad que todo lo armoniza, así el orden natural del género humano produce primero meras fuerzas primitivas; el mismo desorden ayuda a llevarlas bajo el gobierno de la razón, y cuanto más éste perfecciona su obra, mejor comprende que sólo la bondad dará a su obra *duración, perfección* y *belleza*.

V

PUESTO QUE UNA SABIA BENEVOLENCIA DIRIGE EL DESTINO DE LOS HOMBRES, NO HAY DIGNIDAD MAYOR NI DICHA MÁS DURADERA Y PURA QUE LA DE COOPERAR CON ELLA

Si nuestro observador sentimental de la historia perdió la fe en Dios y comenzó a dudar de la Providencia, tal desgracia le sobrevino únicamente porque consideró la historia superficialmente o porque no tenía un concepto adecuado de la Providencia. Si toma a ésta por un espectro que tiene que salirle al paso en cada esquina para interrumpir constantemente el curso de las acciones humanas tratando de obtener tal o cual fin arbitrario y particular, entonces concedo que la historia será la muerte de semejante Providencia, pero una muerte en aras de la verdad. ¿Pues, qué Providencia sería ésta a la que cualquiera pudiera usar como duende policíaco, como aliado de sus pretensiones de corto alcance o protector de su propia estrechez de miras, hasta que todo se hundiera en la anarquía? El Dios a quien yo he de buscar en la historia debe ser el mismo que se encuentra en la naturaleza, porque el hombre no es más que una parte del todo y su historia está íntimamente entretejida con la historia del mundo entero como el gusano de seda con el capullo. También en la historia tienen que valer las leyes naturales que corresponden a la esencia de las cosas y que Dios no quiere pasar por alto tanto menos cuanto que él mismo las creó y manifiesta precisamente por medio de ellas su omnipotencia con belleza inmutable, sabia y benevolente. Todo lo que puede acontecer en la tierra es necesario que suceda siempre y cuando esté de conformidad con las normas que llevan su perfección en sí mismas. Repasemos ahora estas normas que hasta el momento hemos desarrollado en cuanto conciernen a la historia del género humano; todas ellas llevan inmpresas el sello de una sabia benevolencia, sublime belleza y necesidad intrínseca.

1. En la tierra cobró vida todo cuanto pudo cobrarla, por-

que todo organismo lleva en su esencia una combinación de múltiples fuerzas que se limitan mutuamente y alcanzaron mediante esta interferencia un punto máximo que les confiere estabilidad. Cuando no alcanzaron esta meta, las fuerzas se desintegraron para combinarse de otra manera.

2. Entre estos organismos surgió también el hombre, rey de la creación. En él se dieron cita innumerables fuerzas combinándose en un punto máximo, la razón, así como su materia, el cuerpo humano, todo esto de acuerdo con las leyes de la más hermosa simetría y orden, hasta converger en su centro de gravedad. En el carácter del hombre estaba dado, por lo tanto, el fundamento de su duración y felicidad, la índole de su finalidad y al mismo tiempo todo el rumbo de su destino terreno.

3. Este carácter de la humanidad es la inteligencia, porque ella descifra el lenguaje de Dios en la creación, es decir, busca la norma del orden según el cual las cosas creadas existen conexas y de acuerdo con su esencia. La suprema ley del intelecto es, en consecuencia, el conocimiento da la existencia, la verdad y la conexión de las criaturas conforme a sus relaciones y propiedades. El intelecto es una imagen de Dios porque investiga las leyes naturales así como el plan según el cual las combinó el Creador y al que hizo formar parte de su esencia. En consecuencia, el intelecto no puede proceder arbitrariamente porque Dios no procedió así al planear la creación.

4. Lo que primero impulsó al hombre a investigar y experimentar con las leyes naturales fueron sus necesidades inmediatas. Su fin no iba en ello más allá de su propio bienestar, es decir, un uso normal de sus facultades y la debida tranquilidad que para esto precisaba. Se relacionó con otros seres, y también ahora fué su propia existencia la medida de estas relaciones. La norma de la justicia se le imponía por sí sola, porque no es más que la razón práctica, o sea, la justa medida del mutuo influjo causal que ejercen seres afines en orden a la supervivencia común.

5. En este principio se basa la naturaleza humana, de manera que ningún individuo tiene motivo para suponer que su propia finalidad sea otro individuo o acaso la posteridad. El último de los hombres que se ajusta a la ley de la razón y justicia que lleva en su esencia, tiene consistencia en sí mismo, es decir, goza de bienestar y estabilidad, es razonable, justo y feliz, y esto no merced al capricho de otros seres o del Creador, sino conforme a las leyes de un orden natural común fundado en su propia esencia. En cuanto se aparte de la norma recta, el castigo inherente a su error le demuestra el desorden producido y le impulsa a volver a la razón y a la justicia como leyes de su existencia y de su dicha.

6. Como la naturaleza del hombre se compone de elementos

muy heterogéneos, pocas veces vuelve al camino recto por la vía más corta, antes bien suele oscilar entre dos extremos hasta que se resigna a aceptar la norma de su existencia y alcanza un término medio en que cree situado su bienestar. Si yerra también aquí, no ocurre esto sin que lo advierta en los repliegues de su conciencia, y es menester que cargue con las consecuencias de su culpa, pero sólo hasta cierto punto, ya que el destino se le muestra propicio gracias a sus propios esfuerzos, o si no, su existencia pierde la consistencia interna. No pudo la sabiduría increada dar al dolor físico y al mal moral una utilidad más beneficiosa, que ni siquiera sería concebible.

7. Aunque un solo hombre hubiera vivido en la tierra, igualmente se hubiera cumplido en él el fin de su existencia humana, tal como se debe considerar cumplido en ciertos hombres y naciones aisladas que por circunstancias de tiempo y lugar fueron separados de la evolución general de nuestra especie. Mas como todo lo que vive sobre la tierra perdura mientras ésta permanezca en su estado de equilibrio, también la especie humana posee, como todas las demás, fuerzas de procreación que se desarrollaron con proporción y orden en función del conjunto. De esta manera se heredó de generación en generación la esencia de la humanidad, a saber, la razón y su órgano la tradición. Poco a poco se llenó la tierra de hombres que llegaron a ser todo cuanto podían ser dentro de una determinada época, y en ninguna otra.

8. La propagación de las generaciones y tradiciones dió también continuidad a la razón humana, no en el sentido de que en cada individuo existiera una fracción del todo, el cual no existe como tal en ningún individuo y no pudo, por lo tanto, ser el fin perseguido por el Creador, sino porque tal es la organización y concatenación de toda la especie. Como se propagan los hombres, así también los animales, sin que por esto exista una inteligencia animal común en sus generaciones; lo que sucede es que sólo la razón forma el estado de equilibrio estable de la humanidad, por lo cual era menester que se heredase como característica de la especie que sin ella dejaba de existir como tal.

9. La suerte que corrió la razón en el conjunto de la especie no fué otra que la que tuvo en los miembros individuales, porque el conjunto consiste sólo en individuos. Las pasiones desencadenadas de los hombres que en compañía de otros se hacían más apasionados todavía, la perturbaron muchas veces y la desviaron, a veces por siglos, de su verdadero camino, quedando oculta como rescoldo bajo la ceniza. Para remedio de todos estos desórdenes no tomó la Providencia otras medidas que las que concede a los individuos, a saber, el flagelo que sigue a todo error y el castigo que lleva en sí misma toda pereza, necedad, maldad, imprudencia e in-

justicia. Sólo que, constando la especie de montones de individuos, también los hijos tienen que expiar las culpas de sus padres, los pueblos la estulticia de sus conductores, los descendientes la inercia de sus antepasados; y si no ponen manos a la obra o son incapaces de reformar los males que se produjeron, tienen que sufrirlos por épocas enteras.

10. En todo individuo coincide, por consiguiente, el bien común con el bienestar personal, porque quien sufre los males que afligen a la comunidad tiene también el derecho y la obligación de librarse de ellos y disminuirlos para bien de sus hermanos. La naturaleza no incluyó en sus cálculos a los gobernantes y los Estados, sino que los hizo con miras al bienestar de los hombres en la tierra. Aquéllos tardan más en expiar sus crímenes y su imprudencia que el hombre común e individual porque especulan con toda la comunidad, donde la miseria individual se oculta y disimula por largo tiempo; mas al fin pagan ellos y el Estado por su culpa con una caída tanto más atroz. En esta materia, las leyes de compensación no operan de otra manera que las leyes de la dinámica sobre el movimiento del más pequeño cuerpo físico, y el gobernante más encumbrado de Europa está tan sujeto a las leyes naturales del género humano como el último infeliz de sus súbditos. Su nacimiento le hizo tan sólo un administrador de estas leyes a fin de que utilizase su poder que le fué conferido por otros hombres, en bien de ellos, siendo para ellos un dios humano sabio y benigno.

11. Tanto en la historia universal como en la vida de los individuos venidos a menos, se agotan todas las necedades y vicios de nuestra especie hasta que el apremio obliga a aquéllos a aprender el uso de la razón y de la justicia. Todo lo que puede acaecer, acaece y produce lo que por su naturaleza puede producir. Esta ley natural no impide el efecto de ninguna facultad, por más pervertida que fuera; pero, en cambio, limitó todas las cosas por la norma de que los efectos antagónicos se anulan hasta que no reste más que lo que hay de provechoso en todos ellos. El mal que obra la perdición de otros seres se ajusta a este orden o se pierde a sí mismo. El hombre razonable y virtuoso, por lo tanto, siempre es feliz en el reino de Dios, pues así como la razón no pretende la recompensa externa, tampoco la pide la virtud interior cuya obra, si fracasa a los ojos del mundo, no perjudica a ella sino a su época; y aun así no puede ser impedida siempre por la necesidad y discordia de los hombres, sino que, llegado su tiempo, ha de triunfar.

12. Entre tanto, mirando las cosas en su conjunto, la razón humana sigue progresando; va ideando lo que todavía no puede poner por obra e inventa aunque manos malévolas abusen por largo tiempo de sus inventos. El abuso lleva su castigo en sí mismo y el desorden se transforma con el tiempo en orden gracias al fervor

incansable de una razón en continua evolución. Ésta, al combatir las pasiones, se va fortificando y acrisolando a sí misma; oprimida aquí, se refugia allá ensanchando su dominio sobre la tierra. No es ilusoria la esperanza de que dondequiera habiten hombres, habrá en el futuro hombres razonables, justos y felices, cuya felicidad no se deberá entonces a su razón individual, sino a la común de todos los hermanos de su especie.

Inclínome ante los altos designios de la sabia madre naturaleza sobre la totalidad de mi especie con tanta mayor sumisión cuanto que entiendo que es éste el plan de toda la naturaleza. La misma norma que conserva los sistemas cósmicos y forma todo cristal, todo gusanillo y todo copo de nieve, forma y conserva también mi especie cuya propia naturaleza tomó como fundamento de su duración y evolución mientras haya hombres sobre la tierra. Todos las obras de Dios tienen su consistencia en sí mismas y su hermosa conexión entre ellas, porque todas ellas se basan dentro de sus límites asignados en el equilibrio de fuerzas antagónicas en virtud de un poder intrínseco que las ordena. Éste es el hilo de Ariadna que me guía por el laberinto de la historia donde admiro ahora por doquier un orden armónico y divino; pues todo cuanto puede acontecer, acontece, y lo que puede obrar, obra; sólo la razón y justicia perduran, donde la sinrazón y la necedad están asolando a la tierra y a sí mismas.

Cuenta la leyenda que Bruto en Filipos estaba bajo el cielo estrellado, y asió el puñal exclamando: "¡Oh, virtud, creía que eras algo real; ahora veo que eres un sueño!" En esta última queja echo de menos la serenidad del verdadero sabio. Si poseía auténtica virtud, ésta tenía su premio en sí misma como lo tiene la razón; pero si su virtud no era más que patriotismo romano, ¿qué hay de extraño en que el más débil tuviese que ceder al más fuerte, y el perezoso al diligente? También la victoria de Antonio con todas sus consecuencias forma parte del destino de Roma, que obedece a las leyes naturales.

De igual modo, si tan a menudo se quejan los hombres de bien de que sus obras fracasen, que la violencia bruta y la opresión dominen sobre la tierra, y el género humano parece irremediablemente presa de la estulticia y las pasiones, examinen a su razón y pregúntenle si su virtud es de limpia prosapia y si va acompañada de la sabiduría y la actividad que solamente la hacen acreedora al nombre de virtud. Verdad es que no toda obra es siempre coronada por el éxito; razón de más para procurar su feliz consumación con redoblado fervor, y trabajar en provecho de su lugar, su época y aquella estabilidad interna en la que tan sólo perdura el verdadero bien. Las fuerzas brutas sólo pueden regularse por medio de

la razón; pero se necesita en verdad toda una potencia antagónica, es decir, prudencia, seriedad y todo el poder de la bondad para tenerlas a raya y mantenerlas en orden con saludable firmeza.

Hermoso es el sueño de la vida de los tiempos futuros, cuando uno se ve en tranquila posesión de la obra de todos los buenos y sabios que alguna vez trabajaron en bien de la humanidad, y con el dulce premio del deber cumplido se fueron a mejor vida. Mas en cierta manera la historia nos permite ya ahora tan fecundo trato y enjundiosos coloquios con los sabios y hombres de bien de tantas épocas. Aquí se hace presente Platón; allá escucho las benévolas preguntas de Sócrates y me compadezco de su suerte final. Si Marco Antonio habla a escondidas con su corazón, también le habla al mío; las órdenes del pobre Epicteto son órdenes más poderosas que las de un rey. El atormentado Tulio y el desgraciado Boecio me confían las circunstancias que ensombrecían sus vidas, la tristeza y el consuelo de sus almas. ¡Cuán grande y cuán pequeño es el corazón humano, cuán similares y siempre repetidos todos sus padecimientos y deseos, sus debilidades y yerros, su gozo y su esperanza! Veo a mi alrededor miles de intentos de dar solución a los problemas humanos y el resultado de todos los esfuerzos es siempre el mismo: "que la esencia, el fin y el destino de nuestra especie se basan en la razón y la justicia". No puede hacerse uso más noble de la historia humana que este que, en cierta manera, nos introduce al gran consejo del destino y nos enseña a obrar en figura efímera conforme a las eternas leyes naturales promulgadas por el mismo Dios. Enseñándonos los yerros y las consecuencias de toda imprudencia, nos señala, finalmente, también nuestra pequeña y tranquila esfera dentro del gran concierto donde la razón y la benevolencia tienen que luchar a brazo partido con fuerzas salvajes, pero siempre logran, a la larga, restablecer el orden de acuerdo con su naturaleza, seguras de la victoria final.

Trabajosamente hemos cruzado la noche oscura de las naciones del mundo antiguo; alegres nos aproximamos ahora al amanecer de un más hermoso día para ver qué cosecha deparó a la posteridad esta siembra de la Antigüedad. Roma había alterado el equilibrio de las naciones; bajo su férula se desangraba un mundo. ¿Qué nuevo estado de cosas saldrá de este desequilibrio y qué nueva creación surgirá de las ruinas de tantos pueblos?

LIBRO DÉCIMOSEXTO

PASANDO ahora a los pueblos septentrionales del Viejo Mundo que en parte son nuestros antepasados, de quienes recibimos nuestras costumbres y constitución, no creo necesario hacer primero un alegato a favor de la verdad. ¿Para qué aprovecharía, en efecto, que tuviéramos licencia de escribir de los asiáticos y africanos, si fuera menester ocultar nuestra opinión sobre pueblos y tiempos que nos tocan mucho más de cerca que todo cuanto está en ruinas más allá de los Alpes y del Tauro? La historia requiere veracidad y lo menos que pide una filosofía de la historia es un amor imparcial a la verdad.

La misma naturaleza se hizo cargo de separar esta región de la tierra por medio de una muralla de montañas conocidas con los nombres de Mustagh, Altai, Kitzigtag, Urales, Cáucaso, Tauro, Hemo, Cárpatos, Sudetes, Alpes y Pirineos. Viviendo al norte de esta línea demarcatoria bajo un cielo y en un suelo tan diferentes, sus habitantes tuvieron que adoptar necesariamente una conformación y sistema de vida extraños a los pueblos del sur, pues en toda la tierra no hay cosa alguna mediante la cual la naturaleza hubiese introducido diferencias tan profundas y duraderas como por las montañas. Ellas son su trono eterno desde donde envía ríos y regula las condiciones meteorológicas, distribuyendo climas, inclinaciones y a menudo los mismos destinos de los pueblos. Cuando se nos diga, pues, que los pueblos que durante siglos y milenios habitaban al otro lado de estas montañas en los lagos salados y los yermos de Tartaria o en las selvas y desiertos de la Europa septentrional, trajeron consigo las características de su estilo de vida vandálico-gótico-escita-tártaro también a los risueños campos del Imperio Greco-Romano, dejando impreso su sello hasta el día de hoy en algunos rasgos de la Europa moderna, no fingiremos asombro por este motivo, ni nos atribuiremos una falsa aureola de cultura sino que nos

miraremos como Rinaldo en el espejo de la verdad para reconocer en él nuestra propia figura. Y si acaso resultara que todavía llevamos aquí y allá algunos de los tintineantes atavíos de la barbarie de nuestros antepasados, nos esforzaremos noblemente por sustituirlos con una auténtica cultura y humanismo que son el único verdadero adorno del género humano.

Antes de entrar en el complejo edificio que bajo el nombre de República Europea se ha hecho célebre y, por su efectos sobre toda la tierra, notable o terrible, conozcamos primero a los pueblos que contribuyeron activa o pasivamente a la construcción de este templo gigantesco. Hay que lamentar que el libro de la historia septentrional no nos llevará muy lejos; por lo que a los pueblos más célebres se refiere, no va más allá de los romanos, pues estas naciones bárbaras y desplazadas saben tanto de su pasado como un niño de los anales de su nacimiento y primera infancia. No encontraremos los restos de los más antiguos sino en las montañas o regiones áridas, en los rincones apartados del país, donde apenas su antiguo idioma y algunas viejas costumbres supérstites señalan el lugar de origen, en tanto que sus vencedores se apropiaron en todas partes de las tierras más fértiles y las siguen poseyendo (cuando no fueron a su vez desplazados) con el derecho de conquista de sus antepasados, gobernándolas de manera más o menos tartárica o también con una justicia y prudencia lentamente adquiridas. Digamos adiós a las templadas zonas más allá de las montañas, a la India y el Asia, Grecia y las costas de Italia; cuando volvamos a verlas, será bajo muy distintas apariencias, como conquistadores nórdicos.

I

VASCOS, GALOS Y CIMBROS

De todos los numerosos pueblos que en otros tiempos habitaban la península ibérica, restan de las épocas más antiguas solamente los vascos que, establecidos todavía hoy en los Pirineos españoles y franceses, conservaron uno de los más antiguos idiomas del mundo. Éste, probablemente, se extendiera en aquel entonces por la mayor parte de España, como lo demuestran todavía muchos nombres de ciudades y ríos del país, no obstante los muchos cambios habidos [1]. Hasta se dice que viene de ahí nuestra voz alemana: *silber*

[1] MORET, *Investigaziones historicas de las antiquedades de Navarra*, Pam-

(plata), el nombre del metal que juntamente con el hierro promovió en Europa y todo el mundo el mayor número de revoluciones. Según la leyenda fué España el primer país que explotó sus minas, ya que estaba próxima y situada en la ruta de las primeras naciones mercantes de esa región, los fenicios y cartagineses, para quienes era otro Potosí, y el primero por cierto. Los pueblos mismos conocidos bajo los nombres de vascos y cantábricos, se manifestaron en la historia antigua como naciones ágiles y movedizas, valerosas y amantes de la libertad. Acompañaron a Aníbal a Italia, y sus nombres son temibles para los poetas romanos. Junto con los celtíberos fueron ellos quienes opusieron mayores dificultades a los romanos empeñados en el sometimiento del país, de manera que fué Augusto el primero que triunfó sobre ellos, y aun esto tal vez sólo en apariencia, porque los que no querían doblar la cerviz, se retiraron a las montañas. Cuando las hordas salvajes de los vándalos, alanos, suevos, godos y otros pueblos teutónicos pasaron por los Pirineos y algunos fundaron reinos en las regiones circunvecinas, eran los vascos todavía el mismo pueblo valiente e inquieto que no había depuesto el ánimo bajo la dominación romana. Cuando Carlomagno de regreso de su victoria sobre los sarracenos pasó por su país, fueron ellos los que mediante una astuta emboscada le infligieron esa célebre derrota de Roncesvalles, tema obligado de los antiguos romanceros, donde perdió su vida el gran Rolando. Más tarde dieron que hacer a los francos en España y Aquitania, como lo habían hecho con los suevos y godos, y no se quedaron ociosos cuando la reconquista del país de manos de los sarracenos, y hasta consiguieron conservar su carácter durante los siglos de la más bárbara opresión por los frailes. Cuando después de una larga noche apareció la aurora de una nueva ciencia para Europa, el inspirado arte poético de los provenzales le abrió paso en los países habitados por ellos y los circunvecinos, los cuales también en tiempos posteriores dieron a Francia muchos espíritus alegres y esclarecidos. Sería de desear que conociéramos más a fondo el idioma, las costumbres y la historia de este pueblo ágil y alegre y que, como Mac Pherson entre los galos, surgiera otro Larramendi que entre ellos investigara los rastros de su antiguo espíritu nacional vascuence[1]. Quizá se haya conservado también entre ellos la leyenda de la célebre batalla de Rolando que en forma de una epopeya monjil debida al legendario

plona, 1665, libro I. OIHENARTI, *Notitia utriusque Vasconiae*, Par. 1638, libro I; y especialmente LARRAMENDI, *Diccionario trilingüe de las perfecciones de el Bascuence*, parte II.

[1] Larramendi en su extensa exposición ya citada de la perfección del idioma vasco, párrafos 18-20, no podía pensar en semejante cosa. Que no hace tampoco mención de esto en su *Arte del Bascuence* se comprueba en DIEZE, *Historia del arte poético español*, pág. 111 y ss.; y tal vez se haya perdido del todo su memoria.

arzobispo Turpino dió materia a tantos romanceros y cantares de gesta de la Edad Media; si no, su país fué de todos modos la puerta de Troya que pobló por largo tiempo la imaginación de los pueblos europeos con las aventuras que allí habrían tenido lugar.

Los galos y celtas, pueblo más conocido y famoso que los vascos, compartieron, al fin, con éstos una misma suerte. En España era suya una amplia y hermosa región donde resistieron gloriosamente a los romanos; en Galia, la que toma de ellos su nombre, costaron a César diez años de duros esfuerzos, y en Bretaña a sus sucesores trabajos aún más prolongados y finalmente estériles, puesto que los romanos tuvieron que abandonar la isla. Colonias y tribus galas, aunque no siempre en gran densidad, poblaban también Helvecia, el norte de Italia, el sur de Alemania a lo largo del Danubio hasta Panonia e Iliria; y en los tiempos más antiguos fueron los más temidos enemigos de los romanos, entre todas las naciones. Fué el galo Breno quien arrasó a Roma y por poco hubiera acabado para siempre con la futura dominadora del mundo. Una expedición gala llegó hasta Tracia, Grecia y Asia Menor, donde bajo el nombre de gálatas se hicieron temer más de una vez. Donde empero su pueblo se enraizó más duraderamente y no sin cierta cultura, fué en las Galias y las Islas Británicas. Aquí practicaban su interesante religión de los druidas, residiendo el druida supremo en Bretaña; aquí también floreció esa organización peculiar suya de la que dan testimonio hasta el día de hoy tantos edificios de piedra y dólmenes en Gran Bretaña, Irlanda y las islas adyacentes, monumentos, en parte gigantescos, que como las pirámides durarán todavía por miles de años y tal vez seguirán siendo un enigma insoluble para siempre. Poseían una Constitución política y guerrera propia, que por fin fué vencida por los romanos porque la discordia de los príncipes galos obró su ruina. No carecían de ciertos conocimientos naturalistas y algunas artes en la medida adecuada a su grado de civilización, y ante todo abundaban en lo que es el alma de todo pueblo bárbaro: el canto y las tonadas populares, que en boca de sus bardos estaban dedicados con preferencia al valor en la guerra, por lo cual cantaban las gestas de sus mayores[1]. Frente a un César y su ejército equipado

[1] Fuera de lo que en escritos más antiguos compilaron y, en parte, soñaron sobre los celtas Pelletier, Pezron, Martin, Picard y otros, y lo que dijeron sobre el origen, constitución, etcétera, de los antiguos habitantes de Bretaña los ingleses, escoceses e irlandeses Barrington, Cordiners, Henry, Jones, Mac Pherson, Maitland, Lhwyd, Owen, Shaw, Valency, Whitacker y otros, podemos señalar una obra alemana que puede llamarse crítica de todas las otras, a saber, la *Historia de Gran Bretaña* de Sprengel (continuación de la *Historia universal*, vol. 47), cuyo comienzo rectifica tácitamente un montón de viejos errores sobre los galos y cimbros. También acerca de los monumentos conservados de los ingleses da segura información con la brevedad propia de su estilo.

con todos los adelantos del arte militar romano, parecen lógicamente semi-salvajes; pero comparados con otros pueblos nórdicos, aun con algunas tribus germanas, ya no lo parecen tanto pues es manifiesto que los superaban en habilidad y agilidad del carácter y, según parece, también en laboriosidad artística, cultura y constitución política; en efecto, así como el carácter alemán se parece en sus rasgos fundamentales todavía al descrito por Tácito, así también en el galo antiguo está prefigurado el francés, sin perjuicio de todo lo que cambió con el transcurso de los tiempos. Con todo, debido a la gran dispersión de las tribus de esa nación, sus grados de civilización fueron muy desiguales según las circunstancias, tiempos y lugares, de manera que había poco de común entre un galo de Escocia o Irlanda y un pueblo gálico o celtíbero que se había formado en la vecindad de naciones civilizadas.

El destino de los galos en su patria propiamente dicha terminó trágicamente. Según los testimonios más antiguos que de ellos poseemos, tenían por vecinos a los belgas y cimbros de ambos lados del estrecho, los cuales, a lo que parece, siempre van siguiendo la ruta de aquéllos. En ambos países fueron primero los romanos y luego los teutones sus vencedores, quienes los oprimieron, debilitaron y hasta exterminaron a veces de manera muy violenta, por lo cual encontramos hoy la lengua gálica sólo en los extremos de sus antiguas posesiones en Irlanda, las Hébridas y las áridas alturas de Escocia. Godos, francos, borgoñones, alemanes, sajones, normandos y otros pueblos germanos mezclados en diversas proporciones, ocuparon sus países, desalojaron su idioma y extinguieron la memoria de su nombre.

Sin embargo, la supresión no alcanzó el carácter íntimo de este pueblo que vive en sus monumentos, y al que no logró hacer desaparecer totalmente de la superficie de la tierra. De los sepulcros sale una voz tierna y tristona cual sonido del arpa; es la voz de Ossian, hijo de Fingal, y algunos de sus compañeros. A manera de un espejo mágico no sólo trae ante nuestra vista viejas gestas y costumbres, sino toda la mentalidad y manera de sentir de un pueblo de esta cultura, esta región y estilo de vida. Ossian y sus compañeros nos dicen más de la vida íntima de los galos de lo que un historiador podría trasmitirnos, y son, a su manera, conmovedores pregoneros de los valores humanos como los hay también en las sociedades más primitivas que forman los hombres. También allí hay tiernos vínculos de corazón a corazón, y una suave melancolía lo envuelve todo. Lo que Homero fué para los griegos, pudo serlo Ossian para los galos, si los galos hubieran sido griegos y Ossian un Homero. Mas como éste no fué más que la última voz de un pueblo desplazado y suprimido que clama en el desierto y proyecta su tenue luz sobre las tumbas de sus mayores, mientras aquél, hijo de un pue-

blo jónico cuyas muchas tribus en formación florecían en numerosas islas en la plenitud de su empuje juvenil bajo un cielo tan diferente, canta en tan diferente idioma lo que ve claro, distinto y definido ante sus ojos y lo que habría de servir luego a tantos espíritus de la posteridad, claro está que no es en las montañas de Caledonia donde hemos de buscar a un Homero helénico. Sin embargo, no ceses de emitir tus dulces sonidos, oh arpa nebulosa de Ossian; bienaventurado en todos los tiempos quien oriente sus pasos al son de tus suavísimas melodías [1].

Los cimbros son por su nombre montañeses, y donde forman un pueblo con los belgas, los encontramos desde los Alpes hasta las riberas occidentales del Rin siguiendo hasta el delta de este río, y tal vez, en tiempos remotos, hasta la península címbrica que en aquel entonces parece haber sido un territorio más extenso. Las tribus germanas que los rodeaban, los arrojaron más allá del Canal de la Mancha, de manera que apremiaron a los galos en Bretaña y pronto ocuparon las costas del este y sur de este país; y como sus tribus de ambos lados del estrecho mantenían su cohesión y eran más expertas en algunas artes que los galos, no hallaron ninguna ocupación más cómoda que la piratería. A lo que parece, fueron un pueblo más salvaje que los galos, y que tampoco bajo los romanos adelantó gran cosa en su civilización y moralidad. Cuando los romanos dejaron el país, cayeron en tal estado de barbarie y abandono que se vieron necesitados de llamar unas veces a los romanos, y otras, en perjuicio propio, a los sajones en calidad de pueblos auxiliares. Malísimas fueron las experiencias que hicieron con estos protectores germánicos. En nutrida hordas llegaron éstos devastando el país a sangre y fuego. No respetaban hombres ni instituciones; el país pronto se convirtió en un desierto, y finalmente hallamos a los pobres cimbros arrinconados en el extremo occidental de Inglaterra, las motañas de Gales y un rincón de Cornualles, cuando no refugiados en Galia o exterminados. Nada puede compararse al odio de los cimbros contra sus pérfidos amigos sajones, y lo siguieron alimentando aún durante siglos después, cuando ya vivían encerrados

[1] Parece cosa extraña que dos naciones que se disputan el honor de ser la patria de Ossian y Fingal, Escocia e Irlanda, no hayan justificado sus pretensiones mediante la edición de sus más hermosos cantares en su versión original como la refiere la tradición. Sería harto difícil inventarla, y la estructura de los cantares en su versión primitiva y no retocada, provista de un glosario y las notas convenientes, no sólo serviría para hacer valer tales derechos, sino que también revelaría más sobre el idioma, la música y el arte poético galos que la obra de Blair, el Aristóteles de los galos. Una antología gálica de esta clase sería no sólo una obra clásica para los devotos indígenas de su literatura que contribuiría a conservar permanentemente los tesoros más preciados de su idioma, sino que sería también de gran valor para el extranjero y sería siempre un libro importante para la historia universal.

en las áridas montañas. Por largo tiempo se mantuvieron independientes en el carácter de su idioma, forma de gobierno y costumbres, de las que encontramos todavía interesantes descripciones en el ceremonial de su corte real y sus funcionarios estatales[1]. Mas también para ellos llegó la hora final. Gales fué ocupada y unida a Inglaterra; sólo el idioma cimbrio se conservó tanto aquí como en Bretaña, pero en restos inciertos, porque es inevitable que tanto él como los idiomas de todos los pueblos desplazados toquen a su fin, lo que, al parecer, sucederá primero en Bretaña. Por lo tanto hay que felicitarse de que el carácter de este idioma haya sido fijado en los libros[2]. Es propio del transcurso de la historia que los caracteres de los pueblos desaparezcan paulatinamente; el sello que les es propio se va desgastando y son echados al gran crisol de los tiempos donde se sedimentan como materia inerte o se purifican hasta alcanzar una nueva modalidad.

Lo más notable que nos ha quedado de los cimbros y lo que ha ejercido un maravilloso hechizo sobre la imaginación de los hombres, es el rey Arturo con la Tabla Redonda de sus caballeros. Como es natural, la leyenda entró muy tarde en la literatura, y sólo después de las cruzadas fué adornada por romanceros; pero originalmente pertenecía a los cimbros, porque el rey Arturo reinaba en Cornualles; y allí en Gales miles de lugares llevan todavía hoy su nombre en la leyenda del pueblo. Es probable que la fábula, inspirada en el romanticismo normando, haya nacido primero en la Bretaña, colonia címbrica, para difundirse luego, enriquecida de innumerables amplificaciones por Inglaterra, Francia, Italia, España y Alemania, hasta ser recogida más tarde por el arte poético superior. Leyendas orientales se le agregaron; todo lo santificó la aureola legendaria, y de esta manera se fué formando el hermoso cortejo de gigantes, caballeros, el mago Merlín (también de Gales), hadas, dragones y aventureros que hicieron por siglos las delicias de los caballeros y las damas. Inútil sería preguntar por el tiempo preciso en que vivió el rey Arturo, pero, en cambio, sería después de los laudables trabajos previos realizados empresa y aventura gloriosa, tan amena como instructiva, investigar los fundamentos, la historia y los efectos de estas leyendas y composiciones poéticas a través de todas las naciones y siglos de su florecimiento y destacarla como fenómeno interesante del género humano[3].

[1] SPRENGEL, *Historia de Gran Bretaña*, p. 379-92.

[2] Borlase, Bullet, Loyd, Rostrenen, le Brigant, traducciones de la Biblia, etc. Las leyendas poéticas, en cambio, del rey Arturo y la Tabla Redonda han sido poco exploradas en su forma original.

[3] Se encuentran elementos útiles en la disertación de Thomas Warton sobre el origen de la literatura novelesca en Europa, traducida antes de su Historia de la poética en *Eschenburg Britisch. Museum*, B. 3-5; mas como es evidente que

II

FINLANDESES, LETONES Y PRUSIANOS

El pueblo finlandés (que *no conoce* este nombre, pues se llama Suomi a sí mismo, como tampoco lo conoce una de sus ramas, los lapones), ocupa todavía ahora el extremo norte de Europa y se extiende por las costas del Mar Báltico hasta el Asia, siendo seguro que en tiempos pasados su extensión fué mayor. Este grupo étnico abarca, además de los finlandeses y lapones, también a los ingros, estones y livonios, siendo pueblos emparentados los siraneses, permios, vogules, votiacos, cheremisos, mordvinenses, ostiacos, cóncicos y otros, como también los húngaros o magiares a juzgar por sus idiomas respectivos [1]. Es incierto hasta qué latitud en dirección al sur hayan habitado en otros tiempos los lapones y finlandeses en Noruega y Suecia; mas una cosa es cierta: que los pueblos germánicos de Escandinavia los desplazaron cada vez más al norte hasta el extremo que todavía ahora es su patria. Parece que sus tribus se mostraron más activas en el Mar Báltico y el Mar Ártico, donde juntamente con el canje de mercaderías se dedicaron a la piratería. Su ídolo Jumala poseía en Permia o Biarmeland un templo de esplendor bárbaro, y los aventureros nórdicos y germanos frecuentaban este lugar para canjear, saquear y recolectar tributos. En ningún lugar ha llegado este pueblo a la madurez de una cultura independiente, lo *que no parece fuera culpa* de su incapacidad, sino más bien de su situación desfavorable. No fueron guerreros como los germanos, pues aún ahora, después de tantos siglos de opresión, demuestran todas sus leyendas populares y cantares que los lapones, estones y finlandeses son un pueblo pacífico. Como, además, las diversas tribus vivían casi sin comunicación de unas con otras y, en parte, sin Constitución política alguna, no pudo frente a la avalancha de

sigue un sistema erróneo, debería darse otra forma a la obra. Hay abundante material en Percel y la más moderna *Bibliothèque des romans*, y anotaciones de los ingleses sobre Chaucer, Spencer, Shakespeare y otros en sus Arqueologías, en Du-Fresne y otros, y comentarios sobre varios antiguos historiadores; una sucinta historia de Sprengel pondría orden en este caos y revelaría, sin duda, aspectos muy instructivos.

[1] Véase las tablas comparativas de las escrituras de Büttner, la introducción a la historia universal de Gatterer, la historia nórdica de Schlötzer, etcétera. El último tomo (Nº 31) de la historia universal continuada, es una colección valiosa de propias y ajenas investigaciones sobre las tribus y la historia antigua de los pueblos nórdicos, que suscita el deseo de ver más compilaciones de esta índole sobre los trabajos de Ihre, Suhm, Lagerbring y otros.

los pueblos suceder otra cosa que lo que sucedió, a saber, que los lapones fueron desplazados hacia el polo norte, mientras los finlandeses, ingros, estones y otros fueron subyugados y reducidos a la esclavitud, mientras que los livonios fueron exterminados casi completamente. En general, la suerte de los pueblos del Mar Báltico da una impresión poco alentadora y es una página triste en el libro de la historia.

El único pueblo de esta raza que figura entre los conquistadores son los húngaros o magyares. Es probable que sus primeras moradas estuvieran entre los bashquires entre el Volga y el Jaik. Luego fundaron el reino de Hungría entre el Mar Negro y el Volga, el cual acabó por dividirse. Ahora cayeron bajo el dominio de los chazares, fueron dispersados por los pechenegas y fundaron finalmente el Imperio Magiar en la frontera persa, a la vez que siete hordas emigraron a Europa donde llevaron guerras feroces contra los búlgaros. Acosados por éstos, fueron llamados por el rey Arnulfo como auxiliares contro los moravos. Ahora se precipitaron desde Panonia sobre Moravia, Baviera y el norte de Italia y las devastaron terriblemente; a sangre y fuego recorrieron Turingia, Sajonia, Wurtemberg, Hesse, Suabia y Alsacia hasta Francia, luego otra vez Italia y cobraron vergonzoso tributo del emperador alemán, hasta que finalmente los estragos de la peste y las más espantosas derrotas de sus ejércitos en Sajonia, Suabia y Westfalia salvaron de su flagelo al Imperio Alemán convirtiéndose la misma Hungría en reino apostólico. Ahí están todavía ahora entre eslavos, alemanes y valones y otros más, donde forman la menor parte de la población. Tal vez, al cabo de algunos siglos, no se recuerde ni su idioma.

Los lituanos, curlandeses y letones en el Mar Báltico son de origen incierto; con toda probabilidad fueron empujados hasta donde no fué posible empujarlos más. No obstante la mezcla de sus idiomas con otros, tienen su carácter peculiar y son tal vez hijos de una madre muy antigua, acaso de regiones muy lejanas. El pacífico pueblo letón no pudo extenderse entre los alemanes, eslavos y finlandeses, y menos perfeccionar su civilización, hasta que al fin sólo se hizo tristemente célebre como sus vecinos, los prusianos, por las barbaridades que todos estos pueblos de la costa tuvieron que sufrir por parte de los polacos recién convertidos al cristianismo, y también de la orden de los caballeros Teutónicos y sus auxiliares[1]. La humanidad queda aterrada al ver

[1] Sería de desear que se escribiera una sucinta historia del pueblo prusiano a base de los provechosos trabajos previos realizados por Hartkoch, Prätorius, Lilienthal y otros, si no es que ya ha aparecido sin enterarme yo. Este pequeno rincón de la tierra hizo mucho por su propia historia y la de los pueblos vecinos sin haber recibido aliento de ninguna especie; vaya el solo nombre de Bayer que vale por muchos. Especialmente digna de estudio serio es la antigua organización

tanta sangre derramada en guerras prolongadas y salvajes y que terminó con la exterminación casi total de los antiguos prusianos, en tanto que los curlandeses y letones fueron reducidos a la esclavitud bajo la cual gimen hasta nuestros días. Tal vez tengan que pasar siglos hasta que sean libertados y, en compensación de los horrores con que se privó a estos pueblos pacíficos de sus tierras y su libertad, el sentido humanitario de las nuevas generaciones los ponga en posesión y uso de una nueva libertad.

Bastante ya nos hemos detenido con los pueblos subyugados y exterminados; pasemos ahora a los que los subyugaron y desplazaron.

III

LOS PUEBLOS GERMÁNICOS

Trataremos ahora de un grupo étnico que contribuyó más que todos los otros al bienestar y la desgracia de esta parte del mundo por su alta estatura y fuerzas físicas, su espíritu guerrero, audaz y constante, el vasallaje heroico con que prestaba servicios a sus jefes dondequiera que fuera distribuyendo el botín de los países sometidos, y sus conquistas de gran alcance que llevaron la mentalidad germánica de su Constitución a todas partes. Las armas de los alemanes han sido el terror de Europa hasta el Mar Negro. El reino de los godos se extendía del Volga hasta el Mar Báltico; diversos pueblos germánicos tenían su sede y fundaron reinos en épocas diferentes en Tracia, Mesia, Panonia, Italia, Galia, España y hasta en África. Fueron ellos quienes desplazaron a los romanos, sarracenos, galos, cimbros, lapones, finlandeses, estones, eslavos, curlandeses, prusianos, y finalmente unos a otros, como fueron ellos también los que fundaron todas las naciones modernas de Europa, impusieron su organización social y su legislación. Más de una vez ocuparon, vencieron y saquearon a Roma; muchas veces asediaron Constantinopla llegando a reinar allí mismo y fundando en Jerusalén un reino cristiano. Todavía ahora gobiernan los príncipes que dieron a casi todos los tronos de Europa, donde no son ellos mismos los que erigieron y retienen todavía estos reinos, dominando con su industria y comercio más o menos en todos los Continentes

prusiana junto al río Vístula, que tiene a un Widewuto por fundador y merece con su druida supremo de nombre Kriwe y toda la tribu una profunda investigación. Arndt y Hupel son nombres de mérito en la historia de Liefland.

de la tierra. Como no hay efecto sin causa, también una serie tan imponente de efectos debe tener la suya.

1) La causa no se encuentra solamente en el carácter de la nación, sino que contribuyeron a la suma de sus hazañas su situación geográfica y política, y asimismo una serie de circunstancias que no coincidieron de esta manera en ningún otro pueblo nórdico. Su cuerpo alto y escultórico, sus ojos azules y temibles eran animados de un espíritu de lealtad y templanza que los hizo obedientes a sus jefes, intrépidos en el ataque, sufridos en los peligros; y por lo tanto, para otros pueblos, en particular para los decadentes romanos, muy aptos para la defensa del Imperio y temibles a la vez. No pocos de los antiguos germanos prestaron servicio en el ejército romano y fueron escogidos para la guardia del emperador; más aún: cuando el asediado Imperio ya no pudo valerse por sus propios medios, fueron ejércitos germanos los que peleaban a sueldo contra cualquiera, incluso contra sus propios hermanos. Esta vida de mercenarios continuada por siglos no sólo proporcionó a muchos de sus pueblos una ciencia y disciplina militar desconocidas para otros bárbaros, sino que el ejemplo de los romanos y el conocimiento de su debilidad acabó por despertar en ellos poco a poco el gusto de propias conquistas y migraciones. Si esta Roma ahora tan decaída había subyugado a otros pueblos en el pasado, arrogándose el título de dominadora del mundo, ¿por qué no intentarlo ahora ellos mismos sin la ayuda de las manos debilitadas de aquéllos? Si dejamos a un lado incursiones anteriores por parte de teutones y cimbros y comenzamos a contar a partir de hombres de empresa como Ariovisto, Marbudo y Herminio, podemos decir que las primeras irrupciones provinieron de pueblos limítrofes o de jefes y conductores que eran peritos en el arte militar de los romanos por haber servido en sus ejércitos, conociendo a fondo la flaqueza de Roma, y más adelante de Constantinopla. Algunos de ellos hasta habían sido naciones aliadas de Roma, que luego juzgaron más oportuno conservar para sí cuanto habían podido salvar. Donde un rico débil vive en la vecindad de un pobre fuerte que es indispensable, siempre le cede la superioridad y el dominio. De igual manera los romanos estaban en la vecindad de los germanos, que situados en el centro de Europa se hallaban frente a ellos, y como la necesidad los obligaba a introducirlos unas veces en el Estado, otras en el ejército, no tardaron en pasar el cetro a manos de aquéllos.

2) La prolongada resistencia que varios pueblos germanos tuvieron que oponer a los romanos, fortaleció necesariamente sus ener-

gías y su odio contra el enemigo jurado que se gloriaba de toda victoria sobre ellos más que de cualquier otro triunfo. Tanto en el Rin como en el Danubio eran los romanos peligrosos adversarios para los germanos, los cuales, si les habían servido gustosamente contra los galos, no lo deseaban hacer en calidad de vencidos. De ahí las interminables guerras desde la época de Augusto, las cuales degeneraban cada vez más en incursiones y saqueos a medida que el Imperio Romano se iba debilitando, y no podían terminar sino con su completo desmoronamiento. *La federación de los marcomanos* y *la alianza de los suabios* que integraron varios pueblos contra los romanos, la obligación de servir en el ejército que convertía a todas las tribus, aun a las que habitaban regiones apartadas, en defensores, es decir, en aliados, éstas y otras instituciones dieron a toda la nación tanto el nombre como el carácter de germanos, es decir, alemanes, lo que quiere decir pueblos guerreros confederados, preludio un tanto salvaje de un sistema que siglos más tarde se habría de extender a todas las naciones de Europa [1].

3) Debido a semejante constitución guerrera permanente, los germanos tenían que carecer necesariamente de varias otras virtudes, las cuales sacrificaban gustosamente a su *inclinación o necesidad principal* que era la guerra. No promovían con igual dedicación la agricultura, y algunas tribus hasta previnieron una nimia afición a esta actividad que pudiera nacer en alguno por la propiedad privada y un mejor cultivo de las tierras, mediante una redistribución anual de los agros. Algunas tribus, especialmente las del este del país, eran y siguieron siendo por mucho tiempo pueblos de cazadores y pastores al estilo tártaro. El concepto primitivo de campos de pastoreo comunes y una propiedad colectiva era una idea predilecta de estos nómadas, la cual introdujeron también en la constitución de los países y reinos por ellos conquistados. Fué así como Alemania siguió siendo durante largos siglos una selva llena de praderas, pantanos y ciénagas donde habitaban el uro y el anto, animales ahora extinguidos que vivían al lado de esos hombres

[1] No tiene objeto en este lugar una detallada descripción de las constituciones alemanas, muy diversas según los tiempos, tribus y lugares, ya que se verá a su debido tiempo cuanto de ellas tomó cuerpo en la historia universal. Fuera de los numerosos comentarios de Tácito, se puede consultar la exposición que Möser hizo conforme a la región que abarca su trabajo, la que parece por su armonía casi un sistema idealizado que, no obstante, en sus partes integrantes, tiene visos de verdad. Véase Möser, *Historia de Osnabrück*, parte I; y algunos lugares de sus *Fantasías Patrióticas*.

heroicos. No conocían ciencias y los pocos oficios indispensables eran ejercidos por las mujeres y en su mayor parte por siervos secuestrados. Es natural que pueblos de esta índole, estimulados por la venganza, la pobreza, el aburrimiento, los vecinos o cualquier otro motivo, gustaran de abandonar sus selváticos pagos en busca de regiones más amenas o para servir como mercenarios. En consecuencia hubo algunas tribus que se hallaban en constante inquietud guerreando en común o entre ellas mismas. No hay otros pueblos, hecha excepción de unas pocas tribus de vida sedentaria, que hayan emigrado tanto como éstos; y si una tribu se ponía en marcha, muchas otras se le agregaban al paso, hasta que un puñado de hombres se había convertido en un ejército. Muchos pueblos alemanes como los vándalos, los suabios y otros, tienen su nombre por causa de sus continuas correrías. Tal fué su vida en tierra, tales sus viajes por mar; como se ve, una vida que tenía mucho de tártara.

Téngase, pues, sumo cuidado en no hacer desviar algún tópico predilecto de nuestra constitución moderna de la historia de los antiguos germanos, que no da lugar a esto porque seguía por otro curso distinto. Los germanos se expandieron hacia el oeste, donde chocaron con los belgas y galos, hasta quedar encerrados en medio de pueblos extraños. En dirección al este avanzaron hasta el Mar Báltico, y como allí no tuvieron éxito en la piratería y no lograron atravesarlo para trasladarse a otras regiones, ni hallaron su sostén en las costas arenosas, era natural que en la primera oportunidad se volcaran hacia el sur para ocupar allí otros países de escasa o ninguna población. Así se explica que varias naciones que invadieron el Imperio Romano hubiesen habitado antes en el Mar Báltico. Mas como sólo se trataba de las tribus menos civilizadas, su permanencia en el Báltico no había sido causa de derrumbe del Imperio. Ésta se hallaba mucho más lejos: en la Mongolia asiática. Los igures y otros pueblos empujaron a los hunos occidentales; éstos cruzaron el Volga chocando en el Don contra los alanos, y luego contra el gran reino de los godos junto al Mar Negro. Entonces se originó una reacción en cadena, poniéndose en movimiento muchos pueblos germánicos del sur, a saber, los visigodos, ostrogodos, vándalos, alanos y suevos, detrás de los cuales venían los hunos. Distinto fué el caso de los sajones, francos, borgoñones y hérulos; los nombrados en último lugar hacía tiempo que vendían a sueldo de Roma su sangre de héroes.

También debe evitarse el error de atribuir a todos estos pueblos las mismas costumbres o una civilización pareja; su comportamiento tan diverso para con las naciones vencidas demuestra todo lo contrario. El proceder de los salvajes sajones en Inglaterra y de los

alanos y suevos nómadas en España, no fué como el de los ostrogodos en Italia o el de los borgoñones en Galia. Las tribus que habían habitado por largo tiempo en la frontera romana cerca de sus colonias y centros comerciales al oeste y al sur, eran de carácter más suave y adaptable que las provenientes de las selvas del norte o las costas desiertas. Por lo tanto, sería una arrogancia sin fundamento que cualquier horda de germanos quisiera llamar suya la mitología de los godos escandinavos, porque éstos habían pasado por muchos lugares y su mitología evolucionó y se fué refinando por diversos caminos. Al valeroso germano primitivo tal vez no le quede otra cosa que su Theut o Tuisto, Mann, Hertha y Wodan, es decir, un padre, un héroe, la tierra y un jefe militar.

No obstante, tenemos motivos para una alegría fraternal a causa de ese tesoro, remotamente nuestro, de la mitología germánica, que se ha conservado en los confines del mundo habitado, en Islandia, y a lo que parece fué enriquecida por las leyendas normandas y los sabios cristianos; me refiero a la Edda nórdica. En su carácter de colección de documentos de la lengua y mentalidad de un pueblo germánico tiene también para nosotros crecido interés. Según se lleve la investigación, puede ser muy instructivo y revelador o también inútil comparar la mitología de estos pueblos nórdicos con la de los griegos. Pero sería trabajo perdido pretender hallar a un Homero u Ossian entre los escandinavos. ¿Acaso la tierra produce en todas partes los mismos frutos, y no son acaso los más nobles producto de un estado alcanzado por la nación en largo trabajo preparatorio? Apreciemos, por lo tanto, en estas leyendas lo que encontramos naturalmente en ellas, que será un espíritu muy personal de una poesía primitiva y audaz, de sentimientos fuertes, puros y leales juntamente con un uso algo amanerado de los rudimentos de nuestra lengua; y cualquiera que ayude a conservarlas o conocerlas mejor contribuyendo a un uso más difundido y acertado de estos tesoros nacionales, se hace acreedor a nuestro agradecimiento. Entre quienes hicieron su valioso aporte en este sentido en tiempos pasados y actuales[1], quiero nombrar con gratitud y reverencia a Suhm por su mérito respecto de la historia universal. Es él quien desde Islandia hace brillar con nuevo resplandor este bello boreal a la vez que juntamente con otros se empeña en enseñarnos su uso más acertado dentro del acervo de nuestros conocimientos. Desgraciadamente no podemos los alemanes ostentar grandes tesoros linguísticos antiguos[2]; los cantares

1 Sämund, Snorro, Resenius, Worm, Torfäus, Stephanius, Bartholin, Reisler, Ihre, Göranson, Thorkelin, Erichsen, di Magnäi, Anchersen, Eggers y otros.

2 Toda nuestra riqueza está reunida en el *Thesaurus* de Schilter, con excepción de alguna que otra muestra dispersa, y no se puede decir que sea gran cosa.

de nuestros bardos se han perdido, y con pocas excepciones la vieja encina de nuestro lenguaje épico sólo se engalana con flores muy recientes.

Una vez que los pueblos germánicos se hubieron pasado al cristianismo, guerrearon por éste como por sus reyes y su nobleza. Los efectos de su lealtad de vasallos en este campo tuvieron que experimentarlos abundantemente primero sus propios hermanos aún paganos, los alemanes, turingios, bávaros y sajones, y luego también los pobres eslavos, prusianos, curlandeses, livonios y estones. Es parte de sus glorias el hecho de que más adelante formaron también una muralla viviente contra las invasiones de bárbaros como los hunos, húngaros, mongoles y turcos, cuyo frenesí se estrelló contra sus lanzas. Son ellos quienes no sólo conquistaron, cultivaron y organizaron a su manera la mayor parte de Europa, sino que también la protegieron y defendieron a brazo partido; de otra manera no hubiera podido hacerse lo que en efecto se hizo. Su autoridad entre los otros pueblos, su federación guerrera y su carácter racial fueron, por consiguiente, los fundamentos de la cultura, libertad y seguridad de Europa. La historia como testigo insobornable nos dirá si la situación política de los germanos no tendrá que ser, por otra parte, una de las causas por las cuales esta cultura progrese con bastante lentitud.

IV

LOS PUEBLOS ESLAVOS

Los pueblos eslavos ocupan una extensión geográfica mayor que el lugar que les corresponde en la historia, entre otras causas, porque habitaban más lejos de los romanos. Los encontramos primero en el río Don, luego en el Danubio, unas veces bajo el dominio godo, otras bajo el de los hunos y búlgaros junto con los cuales inquietaron a menudo el Imperio Romano, pero casi siempre sólo en calidad de pueblos auxiliares y acompañantes o siervos. Sin perjuicio de hazañas aisladas, nunca fueron un pueblo animoso de guerreros y aventureros como los germanos; en cambio, seguían calladamente los pasos de éstos ocupando los países y lugares que los otros habían abandonado, hasta que finalmente se instalaron en la enorme región que se extiende del Don hasta el Elba, del Mar Báltico hasta el Adriático. Sus moradas de este lado de los Cárpatos alcanzaban desde Luneburgo, Mecklemburgo, Pomerania, Brandeburgo, Sajonia, Lausitz, Bohemia, Moravia, Silesia, Polonia hasta

Rusia; y más allá de los Cárpatos, donde se les encuentra ya en tiempos remotos en Rumania y el río Moldava, se extendieron, ayudados por varias circunstancias cada vez más, hasta que el emperador Heraclio los recibió también en Dalmacia y poco a poco fundaron ellos los reinos de Eslovenia, Bosnia, Servia y Dalmacia. También en Panonia se hicieron muy numerosos, y desde Friaul ocuparon también el extremo sureste de Alemania teniendo por límites las fronteras de Estiria, Carintia y Ucrania; extensión con mucho la más grande de Europa habitada hasta hoy por un pueblo. Se establecieron en todas partes para ocupar la tierra abandonada por otros pueblos, colonizándola, labrándola como agricultores o utilizándola como campos de pastoreo, por lo cual su presencia callada y su laboriosidad fueron muy beneficiosos para estos países después de tantas devastaciones, invasiones y tránsitos de hordas salvajes. Eran aficionados a la agricultura, a tener buena provisión de ganado y cereales y ejercían también varios oficios caseros dando lugar a un provechoso comercio con los productos de sus países, los frutos de su laboriosidad y diligencia. A lo largo del Mar Báltico, comenzando desde Lubeck, habían construído ciudades marítimas entre las cuales Vineta en la isla de Rügen venía a ser el Amsterdam de los eslavos. Cultivaban el trato con los prusianos, curlandeses y letones como se demuestra por los idiomas de estos pueblos. Edificaron Kiev sobre el Dniéper y Novgorod sobre el Yolchov, las cuales no tardaron en ser florecientes centros comerciales, uniendo el Mar Negro con el Báltico y llevando los productos del Oriente a la Europa septentrional y occidental. En Alemania se dedicaron a la minería, eran peritos en la fundición de metales, la fabricación de la salmuera, lienzos, hidromiel, plantaciones frutícolas y llevaban a su manera una vida alegre y embellecida por la música. Eran pródigos en limosnas, hospitalarios hasta el derroche, amantes de la libertad rural, pero sumisos y obedientes, enemigos del robo y del saqueo. Naturalmente, este carácter lejos de protegerlos contra la opresión, los predestinaba a ella. Como nunca lidiaron por el dominio del mundo y no tenían príncipes hereditarios y ávidos de guerra, prefiriendo pagar tributos con tal de poseer en paz sus tierras, varias naciones, sobre todo las de raza germana, cometieron graves culpas contra ellos.

Ya bajo Carlomagno comenzaron las guerras de opresión que, según parece, tenían por objeto ventajas económicas, aunque naturalmente eran presentadas bajo pretextos religiosos harto cristianos. Nada más cómodo para los francos que se las daban de heroicos guerreros, que tratar como a siervos a una nación trabajadora y dedicada a la agricultura y el comercio, en vez de aprender y ejercer ellos mismos este oficio. Lo que habían iniciado los francos, lo acabaron los sajones; en provincias enteras se exterminó o redujo a

la esclavitud a los eslavos, distribuyendo sus tierras entre los señores, los obispos y los nobles. Su tráfico mercante en el Mar Báltico fué destruído por los germanos nórdicos; Vineta encontró su triste fin a manos de los daneses, y los restos que se encuentran ahora en Alemania se asemejan en mucho a lo que los españoles hicieron del Perú. ¿Qué tiene de extraño que al cabo de siglos de opresión y la más profunda exasperación contra sus cristianísimos amos y ladrones, su carácter decayera en la indolencia pérfida y cruel del esclavo? A pesar de todo, se puede reconocer todavía, especialmente donde gozan de alguna libertad, su antiguo carácter. La desgracia de este pueblo estuvo en que, a causa de su pacifismo y su inclinación al trabajo tranquilo, no lograron darse una organización guerrera permanente, si bien no les faltó el valor para una resistencia esporádica. Quiso su mala suerte que su situación geográfica lo pusiese, de un lado, en contacto con los germanos y, del otro, lo hiciese blanco para todas las incursiones de los invasores del este, entre los cuales hasta hubo mongoles que los colmaron de sufrimiento y desgracias. Pero incesante gira la rueda de los tiempos. Estas naciones habitaban una de las regiones más hermosas y fértiles de Europa, una vez que sea totalmente cultivada y explotada para el comercio. Por otra parte, no cabe pensar sino que la política y legislación de Europa irá fomentando cada vez más el trabajo tranquilo y el trato pacífico entre los pueblos en vez del espíritu guerrero. De esta manera también vosotras, oh naciones tan diligentes y dichosas en otros tiempos, despertaréis finalmente de vuestro prolongado sueño y seréis liberadas de vuestras cadenas de esclavos para aprovechar como propiedad vuestra las hermosas regiones del Mar Adriático hasta los Cárpatos, del Don hasta el Mulda, y celebrar vuestras antiguas fiestas de la laboriosidad y del comercio.

Puesto que poseemos hermosas y útiles contribuciones a la historia de este pueblo procedentes de diversas partes[1], es de desear que se complete lo que aún falta, se coleccionen los restos de sus costumbres que van desapareciendo cada vez más, como también sus cánticos y leyendas, y se llegue finalmente a elaborar una historia de conjunto de este grupo étnico tal como lo pide un cuadro completo de la historia universal.

[1] Frisch, Popowitch, Müller, Jordan, Stritter, Gerken, Möhsen, Anton, Dohner, Taube, Fortis, Sulzer, Rossignoli, Dobrowski, Voigt, Pelzel, y otros.

V

PUEBLOS EXTRAÑOS EN EUROPA

Con la sola excepción de los húngaros, podemos considerar a todos los pueblos tratados hasta aquí como naciones indígenas de Europa que pertenecen a este Continente desde tiempos inmemoriales. Cabe pensar que en tiempos prehistóricos hubiesen salido del Asia, como lo parece insinuar el parentesco de algunas de sus lenguas; pero esto y el camino que tomaron desde el Arca de Noé está más allá de nuestro cometido.

Pero además de ellos hay en Europa una serie de pueblos extraños que desempeñaron o desempeñan todavía su papel por suerte o desgracia para el Continente.

Tales son los h u n o s que bajo Atila invadieron, conquistaron y devastaran tantos países, y eran muy probablemente, y según la descripción de Amiano, un pueblo mongólico. Si el gran Atila no hubiera accedido a los ruegos de perdonar a Roma y la hubiese hecho capital de su Imperio, ¡qué terriblemente distinta sería toda la historia europea! Mas ahora sus ejércitos derrotados volvieron a sus estepas y no nos legaron, gracias a Dios, ningún S a c r o I m p e r i o R o m a n o - C a l m u c o en Europa.

Después de los hunos fueron los b ú l g a r o s quienes desempeñaron un papel aterrador en la Europa oriental, hasta que, al igual que los húngaros, fueron domesticados por la religión cristiana y acabaron aun por perder su propio idioma a favor del eslavo. También se desintegró el nuevo reino que fundaron en comunidad con los vlaços del monte Haemo y ellos se hundieron en la gran mezcolanza de pueblos dacio-ilírico-tracio; hoy no hay más que una provincia turca que lleva su nombre, sin que la población presente ningún carácter propio nacional.

Pasamos por alto muchos otros pueblos como los chazares, ávaros, pechenegas, etc., que bastante trabajo dieron a los pueblos orientales y en parte también al Imperio Romano de Occidente, a los godos, eslavos y otras naciones, pero al fin, sin dejar su nombre establecido en ninguna parte, volvieron al Asia o se hundieron en el crisol de los pueblos.

Todavía menos podemos detenernos en los restos de los antiguos ilirios, tracios, macedonios, albanos, valones y arnautos. No son extraños sino antiguas tribus europeas; en otros tiempos eran naciones principales, mientras que ahora sólo son residuos de varios pueblos y lenguas.

Completamente extraños a nosotros son también aquellos hunos de la segunda ola que bajo Gengis-Khan y sus sucesores devastaron Europa. El primero de este nombre avanzó sin parar hasta el Dniéper, cambió de repente de parecer y se volvió atrás. Su sucesor llegó a sangre y fuego hasta Alemania, mas luego fué rechazado. Los nietos de Gengis-Khan subyugaron a Rusia que por siglo y medio quedó tributaria de los mongoles; finalmente sacudió el yugo y de ahí en adelante se enfrentó por su parte con los otros pueblos con pretensiones de poderío. Aquellos lobos ladrones de la alta planicie del Asia, los mongoles, fueron más de una vez los devastadores del mundo; pero nunca lograron hacer de Europa una de sus estepas, ni lo pretendieron, sino que solamente venían en busca de botín.

Hablemos, por lo tanto, ya sólo de aquellos pueblos que como poseedores de sus tierras y habitantes permanentes del Continente hicieron en el mismo su aparición más o menos prolongada. Éstos son:

1. Los árabes. Este pueblo no solamente dió el primer golpe fatal al imperialismo de Oriente en tres partes del mundo, sino que además tuvo ocupada gran parte de España durante setecientos setenta años, dominando también en Sicilia, Cerdeña, Córcega y Nápoles, ya sea del todo, ya sea en parte. Como perdieron luego sus posesiones sólo paso a paso, quedaron en todas partes, en los idiomas y la mentalidad, en edificios y organizaciones, rastros de ellos que en parte aún se conservan, en parte, empero, tuvieron profunda influencia sobre sus vecinos y conciudadanos de entonces. En varios lugares encendieron la antorcha de las ciencias para la Europa bárbara de entonces, y durante las cruzadas fué muy provechoso para nuestro Continente el contacto con sus hermanos de sangre en Oriente. Como además muchos de ellos se pasaron al cristianismo en los países habitados por sus descendientes, fueron incorporados a Europa, particularmente en España, Sicilia y otras partes.

2. Los turcos, pueblo oriundo del Turquestán, son todavía extraños en Europa, no obstante una estada de más de tres siglos. Dieron el golpe de gracia al Imperio de Oriente, que durante más de mil años fué una carga para el mundo y para sí mismo, por lo cual llevaron sin saber ni pretenderlo las artes a Europa. Sus ataques mantuvieron alerta por siglos a las potencias que de esta manera se previnieron contra todo dominio extranjero en su Continente. Este bien indirecto y escaso no contrapesa el mal incalculable de que los más florecientes países de Europa quedaran convertidos en un desierto y los pueblos griegos más cultos en pérfidos esclavos y bárbaros indolentes. ¡Cuántas obras de arte fueron des-

truídas por su ignorancia, y cuánto se perdió que nunca podrá ser sustituído por nada! Su Imperio es una gran cárcel para todos los europeos que habitan en él, y se desmoronará cuando le haya llegado su hora. En efecto, ¿qué podrían hacer en Europa estos advenedizos que todavía al cabo de miles de años persisten en ser bárbaros asiáticos?

3. A los judíos los consideramos aquí solamente como una planta parasitaria que se pegó a casi todas las naciones europeas, chupando su savia en mayor o menor medida. En tiempos del derrumbe de la antigua Roma, su número era escaso en Europa, pero las persecuciones de los árabes los hicieron venir a montones. que se repartieron por varias naciones. No parece probable que hayan sido ellos quienes trajeran la lepra a nuestro Continente. Peor fué la lepra de que durante todos los siglos bárbaros fuesen los cambistas, negociantes y tesoreros del Imperio, instrumentos infames de la usura que con su ganancia dieron pábulo al orgullo e ignorancia bárbara que los europeos demostraron en los asuntos del comercio. A menudo se los trató con crueldad exaccionando tiránicamente lo que habían adquirido por avaricia y fraude, o también por diligencia, inteligencia y orden; pero habituados ya a esta clase de encuentros que hasta incluían en sus cálculos, los compensaban con astucias y exacciones tanto mayores. No obstante todo esto, fueron insustituíbles para aquellos tiempos y en algunos países lo siguen siendo todavía. Asimismo, es innegable que por ellos se conservó la literatura hebrea, como también que en los tiempos del oscurantismo medieval propagaron la ciencia, la medicina y la filosofía, que habían aprendido de los árabes, y también se realizaron por medio de ellos otras cosas buenas, a las que sólo un judío se avenía. Vendrá una época en que en Europa nadie preguntará ya quién sea judío o cristiano, porque también el judío vivirá entonces conforme a las leyes europeas y contribuirá al bien de la nación. Sólo una Constitución bárbara se lo ha podido impedir hasta ahora, convirtiendo en perjudiciales sus cualidades.

4. Paso por alto a los armenios, a quienes no puedo considerar en nuestro Continente sino como a viajeros. En cambio, veo en casi todos los países de Europa a un pueblo numeroso, extranjero, pagano y solapado: los gitanos. ¿De dónde vienen hasta aquí con sus setecientos a ochocientos mil integrantes que cuenta uno de sus más recientes historiadores?[1] Si son una casta excomulgada de la India, alejada por nacimiento de todo cuanto sea divino, decente y burgués, y permanecen fieles a tan degradante destino aún después de siglos, ¿para qué podrán servir en

[1] GRELLMANN, *Histor. Versuch Über die Zigeuner*, 87. RÜDIGER, *Zuwachs zur Sprachenkunde*, 82.

Europa sino para la milicia cuya disciplina militar pone en vereda todas las cosas de la manera más expeditiva?

VI

CONSIDERACIONES Y CONCLUSIONES GENERALES

Éste es, poco más o menos, el cuadro que presentan los diversos pueblos de Europa. Su composición compleja y diversiforme se hace aún más confusa si se siguen sus peripecias a través del tiempo, aunque sólo sea el que consideramos hasta ahora. No fué éste el caso del Japón, de la China ni de la India, ni lo es el de ningún país encerrado por su constitución o su situación geográfica. Ahora bien: al norte de los Alpes no tiene Europa ningún mar tan grande como los que son causa de frecuentes migraciones; antes bien se creería que los pueblos debieran haber permanecido inmóviles como murallas uno al lado del otro. Pero una breve mirada sobre la condición y situación del Continente nos enseña algo muy diferente.

1. Veamos allá al este de la inmensa altiplanicie que se llama la Tartaria asiática; quienquiera que lea las perturbaciones de la historia de Europa central podrá exclamar como Tristán: "¡De ahí nos vinieron todas las desgracias!" No hace al caso que todos los europeos nórdicos habitaran alguna vez allí ni por cuánto tiempo, porque en otros tiempos todo el norte de Europa no fué nada superior a Siberia y Mongolia, madre de aquellas hordas; tanto aquí como allá les era propio y hereditario a esos pueblos nómadas que recorriesen las regiones en vez de trabajar y fuesen gobernados por magnates tártaros, que reinaban como Khanes. Como, además, la Europa cisalpina es evidentemente un plano inclinado que se extiende desde aquella altiplanicie tártara hasta el Océano Atlántico, era inevitable que las hordas bárbaras que se empujaban unas a otras en el Asia tuviesen que precipitar las migraciones de los pueblos situados más al oeste, y éstos a otros más, de suerte que un estado de cosas tártaro se desprendía de la misma situación geográfica de Europa. Este triste espectáculo llena más de un milenio de la historia europea durante el cual los pueblos no llegan nunca a un estado de tranquilidad, sea porque ellos mismos no lograsen despojarse del hábito de emigrar, sea que otros pueblos los desplazaran por su parte. Siendo, pues, innegable que las altas montañas del Asia con sus prolongaciones europeas dividen en el Viejo Mundo tanto el clima como el carácter entre los hemisferios norte y sur, los que tenemos nuestra patria al norte de los

Alpes podemos, por lo menos, consolarnos con que nuestras costumbres y constituciones pertenecen solamente a la Tartaria europea prolongada y no a la asiática original.

2. Europa, especialmente en comparación con el norte del Asia, es un continente de clima más templado, con abundancia de ríos, costas, elevaciones y bahías; estas circunstancias bastaban por sí solas para decidir la suerte de sus habitantes con ventaja sobre los asiáticos. Tanto en el Mar de Azov como en el Mar Negro se hallaban cerca de las colonias griegas y el comercio más próspero del mundo antiguo; todas las naciones que pasaron por aquí o fundaron reinos, trabaron conocimiento de varios pueblos y algunos hasta adquirieron ciencias y artes diversas. Sobre todo el Mar Báltico fué para los europeos del norte lo que el Mediterráneo para la Europa del sur. La costa prusiana era ya conocida de griegos y romanos por el tráfico de ámbar. Ninguna de las naciones que la habitaban se quedó sin comercio propio, cualquiera fuera su raza, y no tardaron en hacer extensivas sus relaciones al Mar Negro y hasta el Ártico. Existía, por consiguiente, entre el sur de Asia y el este de Europa, y entre el norte de Asia y el norte de Europa una especie de comunidad de naciones, de la cual participaban también pueblos de muy escasa civilización[1]. En las costas de Escandinavia y el Mar del Norte pronto pulularon traficantes, piratas, viajeros y aventureros que de allí llegaron a todos los mares y costas de Europa llevando a cabo las empresas más increíbles. Los belgas unieron a Galia y las Islas Británicas, los bárbaros llegaron en sus correrías hasta el Mar Mediterráneo, peregrinaron hasta Roma, sirvieron y trabajaron en Constantinopla. Agregándose a ello las grandes migraciones por tierra, este pequeño Continente estaba finalmente dispuesto a una especie de Liga de las Naciones para lo cual los romanos, sin sospecharlo, habían preparado los elementos con sus conquistas. Difícilmente podría haberse formado semejante federación en otra parte del mundo; pues en ningún Continente se mezclaron los pueblos tanto como en Europa, ni cambiaron tantas veces y a tales distancias sus moradas y con ellas sus costumbres y estilo de vida. Hay muchos países donde familias e individuos hallarían gran dificultad en determinar el pueblo y la tribu de que descienden, si sus antepasados eran godos, moros, judíos, cartagineses, romanos, galos, cimbros, borgoñones, francos, normandos, sajones, eslavos, finlandeses o ilirios y en qué proporción se mezcló en ellos la sangre. Por mil causas, la constitución racial de varias naciones europeas se fué haciendo borrosa y más suave en el transcurso de los siglos, y sin esta tendencia a una

[1] Elementos muy útiles al respecto en FISCHER, *Historia del comercio alemán*, vol. I.

homogeneización de Europa, difícilmente se hubiera despertado un espíritu común.

3. El hecho de que encontremos a los habitantes más antiguos de este Continente desplazados a las montañas o los extremos de las costas y rincones de los países, es un proceso natural del que hay ejemplos en todas partes del mundo, hasta en las islas de los mares asiáticos. En varias de estas partes es un pueblo más primitivo el que habita las montañas y tuvo que ceder las regiones más fértiles a una raza de advenedizos más jóvenes y audaces; ¿cómo podía ser de otro modo en Europa, donde los pueblos se desplazaron más que en ningún otro Continente? Pero las series de tribus y pueblos se reducen a unos pocos nombres, y es curioso que en algunas regiones encontremos el mismo orden de sucesión de pueblos que suelen estar uno al lado del otro. Así siguieron los cimbros a los galos, los germanos a ambos, los eslavos a los germanos ocupando los territorios del antecesor. Los pueblos se suceden como las capas terrestres de nuestro Continente, a menudo mezclados pero todavía reconocibles en su colocación primitiva. El investigador de sus costumbres e idiomas debe aprovechar las épocas en que todavía se distinguen nítidamente, porque todo en Europa sigue la tendencia de nivelar paulatinamente los caracteres nacionales. Sólo debe cuidarse el historiador de no escoger algún pueblo como hijo suyo predilecto quitando su mérito a otros menos favorecidos por la suerte y celebridad a causa de circunstancias menos favorables. Los germanos aprendieron no poco de los eslavos; los cimbros y letones acaso hubieran podido llegar a ser otros griegos de haber sido rodeados por otras naciones que las que les tocaron en suerte. Podemos congratularnos de que haya sido un pueblo de tanta fortaleza, belleza, nobleza y castas costumbres, clara inteligencia y honradez como los germanos el que recibiera el legado del Imperio Romano, y no acaso los hunos o búlgaros; mas no por esto es justo tomarlos por el pueblo elegido de Dios en Europa, al que por su innata nobleza pertenece el mundo en propiedad particular y los otros pueblos en calidad de esclavos. Esto sería precisamente el innoble orgullo de un bárbaro; éste no sabe más que dominar, mientras que el conquistador civilizado difunde la civilización.

4. Ningún pueblo europeo se hizo civilizado por sí solo; por el contrario, cada cual trató de mantener sus antiguas y primitivas costumbres lo más que pudo, tendencia que se veía favorecida por el clima frío y árido y la necesidad de una constitución guerrera y salvaje. Así, por ejemplo, ningún pueblo europeo poseía una escritura propia ni la inventó; tanto los caracteres rúnicos de España como los nórdicos son de origen extraño; toda la cultura del norte, este y oeste europeo es una planta

que brotó de semillas romanas, griegas y árabes, y que necesitó mucho más tiempo en un suelo tan árido hasta que siquiera pudiese germinar y finalmente comenzar a llevar frutos cuyo gusto era al principio acre por demás. Y aun para esto fué necesario un curioso vehículo, una religión extraña, para completar mediante una conquista espiritual lo que los romanos no habían logrado con las suyas militares. Debemos, por lo tanto, considerar ante todo este nuevo medio de cultura, cuyo fin era nada menos que formar de todos los pueblos uno solo y llevarles la felicidad en este mundo y el futuro, religión que en ninguna parte del mundo tuvo tanta resonancia como en Europa.

Esplendoroso el signo se erigía,
Consuelo y esperanza de naciones,
Mil almas le rendían pleitesía,
Su adoración miles de corazones;
Que al reino de la muerte destruía
Flameando victorioso en los pendones;
Las aguerridas huestes se aterraban,
Y al ver la cruz, sus lanzas inclinaban.

LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO

ERA setenta años antes del derrumbe del Estado judío, cuando nació allí un hombre que obró una revolución inesperada tanto en la ideología de la humanidad como en sus costumbres y constituciones; este hombre se llamaba Jesús. No obstante descender de la antigua dinastía real de su pueblo, nació en la pobreza y en la parte menos civilizada de su país. Fué educado lejos de la docta sabiduría de su nación, decadente ya en extremo, y vivió la mayor parte de sus días inadvertido, hasta que, consagrado por una aparición celestial en el río Jordán, reunió a doce hombres de su misma clase social como discípulos, con los cuales recorrió primero una parte de la Judea, para luego enviarlos por todas partes como apóstoles de un nuevo reino que se aproximaba y que llamaba el Reino de Dios. Fué éste un reino celestial al que sólo podían entrar hombres escogidos y al cual, en consecuencia, no invitaba mediante la imposición de obligaciones y ritos externos, pero tanto más con el llamamiento a practicar las más puras virtudes del espíritu y del alma. Los pocos discursos que de él poseemos están impregnados del más auténtico sentido humanitario, el cual predicó además con su propia vida y confirmó con su muerte. El hijo del hombre era, muy en consonancia, el nombre que con preferencia solía atribuirse a sí mismo. Fué consecuencia natural de la situación que le tocó vivir el hecho de que hallase muchos seguidores en su nación, particularmente entre los pobres y oprimidos, y también que muy pronto fuese suprimido por los que oprimían al pueblo con hipocresía, de manera que apenas podemos determinar con certeza el tiempo de su vida pública.

¿Y qué fué, en substancia, este reino de los cielos cuyo advenimiento predicaba Jesús, cuya realización recomendaba y trató de promover por su parte? No se trataba de un reino de este mundo, como lo demuestra cada uno de sus discursos y obras, hasta

la clara y *última confesión* que hizo ante su juez. Como salvador espiritual de los humanos quiso formar a hombres de Dios que, cualesquiera fueran las leyes bajo las cuales se desenvolviese su vida, apoyados en principios de pureza acrisolada, fomentasen el bien del prójimo, reinando ellos mismos, sufridos y pacientes, como reyes en el reino de la verdad y la bondad. Cae por su propio peso que una intención de esta índole resume el único fin que la Providencia puede haberse propuesto con nuestra especie y con el cual pueden y deben cooperar todos los hombres sabios y buenos de la tierra en medida tanto mayor cuanto más grande sea la pureza de su ideología; y, en efecto: ¿qué otro ideal de su perfección y felicidad en la tierra podría alentar el hombre si no es este humanismo puro y de alcance universal?

Con profunda reverencia me inclino ante tu noble figura, oh cabeza y fundador de un reino de tan elevados fines, transcendencia tan duradera, principios tan simples y vitales, y motivos tan eficientes que los mismos límites de nuestra existencia terrena le quedaran estrechos. En ninguna parte de la historia encuentro una resolución que encauzada en tan corto tiempo y sin ruido por instrumentos tan débiles, hubiese surtido de manera tan notable efectos tan amplios que todavía hoy no se puede prever todo su alcance; que arraigase en todos los lugares del mundo, siendo cultivada su semilla en la tormenta como en la bonanza; ninguna, digo, fuera de la que se comunicó a los pueblos, no, por cierto, bajo el nombre de tu religión, es decir, de tu concepción original en bien de la humanidad, sino como una religión de ti, es decir, que toma por centro a tu persona con irreflexiva adoración de la misma y de tu cruz. Tu espíritu clarividente previó ya esta evolución y sería una profanación de tu nombre que nos atreviéramos a citarlo a propósito de cualquiera desembocadura turbia de tu pura fuente. Evitaremos, pues, nombrarlo en lo posible, pues ante toda la historia que tomó de ti su origen, se yergue solitaria tu figura serena.

I

LOS ORÍGENES DEL CRISTIANISMO Y SUS PRINCIPIOS INTRÍNSECOS

Por increíble que parezca que una revolución destinada a afectar a más de un Continente tomase su origen en la despreciada Judea, militan, no obstante, en su favor, razones históricas que se hacen inteligibles con una consideración más profunda. La revolución de

que aquí se trata, era espiritual, y por grande que fuese el desprecio que griegos y romanos sentían por los judíos, se distinguían éstos, no obstante, de los otros pueblos del Asia y Europa por el hecho de que su Constitución se basaba en escritos muy antiguos, a base de los cuales tenían que formarse, de acuerdo con esta misma Constitución, una ciencia y literatura peculiares. Ni griegos ni romanos contaban con semejante código de instituciones religiosas y políticas, entrelazado con antiquísimas tablas genealógicas manuscritas y confiado a una tribu exclusiva y numerosa que lo conservaba con supersticiosa veneración. Estos escritos del pasado evolucionaron necesariamente con el tiempo hacia una especie de interpretación más sutil, a la cual los judíos se acostumbraron durante sus frecuentes dispersiones entre otros pueblos. En el canon de sus sagradas escrituras figuraban cantares, sentencias moralizantes y discursos patéticos que, escritos en diversos tiempos y ocasiones, se fundieron en una colección que pronto fué considerada como un sistema íntegro cuyo sentido fundamental se trataba de interpretar. Los profetas de esta nación, constituídos en celadores de la ley nacional, presentaron al pueblo un cuadro, cada cual dentro de su lugar y mentalidad, que unas veces era didáctico y estimulante, otras conminatorio o consolador, pero siempre pletórico de esperanza patriótica y tal como deseaban que fuera, no tal como fué en realidad. Con estos frutos de su espíritu y su corazón dejaron a la posteridad una semilla fecunda en varias nuevas ideas, que cada cual podía hacer fructificar a su manera. De este conjunto nació poco a poco todo un sistema de esperanzas en un rey que salvaría a su pueblo decadente y subyugado, lo conduciría a un nuevo siglo de oro más esplendoroso que bajo ninguno de sus reyes del pasado, incluídos los más grandes, y sería el comienzo de un nuevo orden de cosas. De acuerdo con el lenguaje de los profetas, esas perspectivas tenían carácter teocrático. Las señales que distinguirían al Mesías se acumulaban transformándoselas en un ideal vivo que era considerado como la carta magna de la nación. El pueblo de Judea, oprimido por una creciente miseria, mantenía fielmente los rasgos del retrato, mientras que en los muchos judíos radicados en otros países, como por ejemplo en el Egipto desde el derrumbe del Imperio de Alejandro, estas ideas tomaron un cariz más bien helénico. Libros apócrifos que daban nueva forma a las antiguas profecías, circulaban de mano en mano, y ahora había llegado la plenitud de los tiempos cuando aquellos sueños habrían de culminar en la realidad. En medio del pueblo apareció un hombre cuyo espíritu estaba muy por encima de las utopías de un poderío terrenal y que reunía en su personalidad todas las esperanzas, votos y profecías de los profetas para la fundación de un reino ideal que había de ser nada menos que un reino judío de los cielos. Hasta preveía el próximo derrumbe de su nación dentro de este plano su-

perior y vaticinaba un triste y próximo fin a su magnífico templo y todo su culto divino convertido en superstición. El Reino de Dios había de venir para todos los pueblos, mientras que el pueblo que creía poseer su monopolio era considerado por él como un cadáver inerte.

El recibimiento hostil que halló esta doctrina entre los notables y sabios del pueblo, demuestra por sí solo cuánta grandeza de ánimo se requería para predicar y abrazar en la Judea de entonces semejantes ideas; se las consideraba una rebelión contra Dios y Moisés, un crimen de leso nacionalismo cuyas esperanzas acumuladas barría de un modo nada patriótico. Aun para los apóstoles, la renuncia al judaísmo era la doctrina que se les hacía más cuesta arriba en todo el cristianismo, y para hacerla comprensible a los cristianos hebreos, aun a los que habitaban fuera de la Judea, tuvo que recurrir el más docto de los apóstoles, Pablo, a toda la gama de la dialéctica judía. Por suerte, la misma Providencia decidió la batalla cuando con el ocaso de la Judea cayeron los muros milenarios que con inflexible intransigencia habían separado a este llamado único pueblo de Dios de todos los pueblos de la tierra. El culto nacional lleno de soberbia y superstición pertenecía ahora al pasado. Por necesarias que semejantes instituciones pudiesen haber sido en tiempos antiguos cuando cada nación se educaba en la intimidad familiar y florecía como el racimo de uva en su propia vid, ya hacía siglos que en esta región todas las actividades humanas tendían por medio de guerras, comercio, artes, ciencias y trato personal a prensar todos los racimos para un vino común. Lo que más se oponía a esta unión eran los prejuicios de las religiones nacionales. Si ahora se toma en cuenta todavía el espíritu de tolerancia de los romanos en su extenso Imperio y la filosofía ecléctica difundida por doquier con su curiosa mezcolanza de todas las escuelas y sectas, se comprende que una creencia popular que apareciera en este momento, haciendo de todos los pueblos un solo pueblo y procedente precisamente de la nación más intransigente, que se había tenido por la primera y única entre todas, significaba un paso muy grande y también peligroso para la historia de la humanidad, según la manera en que fuera dado. Confraternizaba a todos los pueblos enseñando a un solo Dios y salvador; pero también podía esclavizarlos tan pronto como les impusiese esta religión como un yugo y una cadena. Las llaves del reino de los cielos en este mundo y el futuro puestas en manos de otras naciones, podían degenerar en un fariseísmo más peligroso de lo que jamás había sido el de los judíos.

Lo que más contribuyó a un arraigo rápido y profundo del cristianismo fué una creencia que se refería al mismo fundador de la religión, y era la opinión sobre su pronto regreso y la manifestación de su reino en la tierra. Jesús

había sostenido esta creencia delante del juez y la había repetido muchas veces en los últimos días de su vida. Ella sostuvo ahora a los que confesaban su nombre, quienes esperaban la aparición de su reino. Los cristianos espirituales se imaginaban un reino espiritual, los carnales uno material, y como la imaginación exaltada de aquellos tiempos y lugares no tenía una tendencia demasiado idealista, se originaron esas apocalipsis judío-cristianas repletas de vaticinios, señales y sueños proféticos. Primero había que derrocar al anticristo, y cuando Cristo tardaba en venir, aquél debía manifestarse primero, acrecentar su poderío y aumentar los horrores hasta el máximo, y finalmente sobrevenir la salvación cuando el regresado recreara a su pueblo. Esperanzas de esta índole no podían menos que dar pie a diversas persecuciones de los primeros cristianos, porque Roma, la dominadora del mundo, no pudo permanecer indiferente ante el hecho de que semejantes opiniones de su próximo ocaso y su figura anticristiana aborrecible o despreciable fueran creídas. Pronto se consideraba a tales profetas como traidores a la patria y misántropos y hasta convictos del odio universal del género humano, y más de uno que no pudo aguardar el advenimiento del salvador, fué por su parte en busca del martirio. Pero no es menos cierto que todas estas esperanzas de un próximo advenimiento del reino de Cristo en el cielo o en la tierra ligó a las almas en una firme cohesión y las separó del mundo al que despreciaban como depravado, viendo ya a su alrededor lo que creían tan cercano. Esto fortalecía su ánimo para vencer lo que nadie más podía superar: el espíritu de su época, el poder de los perseguidores y la burla de los incrédulos. Estaban como peregrinos en este mundo y vivían allí donde les había precedido su maestro y desde donde no tardaría en manifestarse.

Además de los puntos principales de la historia que hemos enumerado, parece oportuno destacar algunos rasgos más íntimos que contribuyeron no poco a la estructuración del cristianismo.

1. La mentalidad filantrópica de Cristo había hecho de la concordia fraternal y el perdón, el socorro activo de los necesitados y pobres, en una palabra, de todos los deberes humanitarios el vínculo común de sus seguidores, de manera que el cristianismo pretendía ser una verdadera alianza de la amistad y el amor fraternal. No cabe duda de que este móvil tan humano contribuyó en gran manera a la aceptación y propagación de la doctrina, en todos los tiempos y muy particularmente al principio. Los pobres y necesitados, los oprimidos, siervos y esclavos, publicanos y pecadores la abrazaron, por lo cual las primeras comunidades cristianas fueron llamadas por los paganos la asamblea de los mendigos. Como la nueva religión no podía ni

pretendía disolver la diferencia de clases sociales del mundo antiguo, sólo contaba con la beneficencia cristiana de almas buenas y acaudaladas, acompañada de la consiguiente cizaña que siempre medra en tales agros. Viudas pudientes conseguían pronto que una horda de mendicantes formara su cortejo que, dada la ocasión, podía perturbar comunidades enteras. No podía faltar que por una parte se glorificasen las limosnas como los verdaderos tesoros del reino de los cielos, y por otra parte se fuese en busca de tales tesoros escondidos; y en ambos casos sucedía que no sólo el noble orgullo de una digna independencia, fruto de la propia laboriosidad, cediese su lugar a la repugnante adulación, sino que sufriesen detrimento también la imparcialidad y la veracidad. Los mártires eran nombrados administradores de la caja común de limosnas de la comunidad; cualquier donación hecha a la comunidad era pregonada y revestida del espíritu cristiano cuya moral se echaba a perder por los panegíricos ditirámbicos que se hacían de estas buenas obras. Aunque las penurias de los tiempos disculpan algunos de estos abusos, queda en pie, sin embargo, que si se considera la sociedad humana sólo como un inmenso hospital y el cristianismo como su caja común de limosnas, resulta finalmente un estado moral y político de pésimos augurios.

2. El cristianismo debía ser una comunidad gobernada por celadores y maestros sin intervención del brazo secular. Los jefes debían apacentar a su grey como pastores, juzgar sus diferencias, enmendar sus faltas con seriedad y caridad y conducirla al cielo con su consejo, autoridad, doctrina y ejemplo. Cargo noble si los hay, siempre y cuando sea administrado dignamente y dé lugar a que se le desempeñe de esta manera, porque quita la aspereza de las leyes, extermina la hiel de los pleitos y derechos y combina los oficios de pastor de almas, juez y padre. ¿Mas qué será si con el correr de los tiempos los pastores tratan a su grey como si fueran ovejas animales de verdad, cuando no las utilicen como bestias de carga apacentándolas entre cardos y espinas? ¿Qué será si en lugar de los pastores con auténtica vocación de tales se confiere este cargo legalmente a los lobos? Muy pronto una ciega obediencia infantil era tenida por virtud cristiana, como también era alabado por tal el renunciar al uso de la propia razón y seguir la autoridad de una opinión ajena en vez de las propias convicciones, ya que el obispo, haciendo las veces de apóstol, era a la vez enviado de Dios, testigo, maestro, intérprete, juez y árbitro. Nada se estimaba ahora tanto como una docilidad paciente y la fe; las opiniones propias se consideraban herejías obstinadas, las cuales excomulgaban al reo del reino de Dios y de la Iglesia. Contrariamente a la doctrina de Cristo, los obispos y sus ministros se mezclaban en disputas familiares y pleitos civiles, y

pronto estallaron las riñas entre ellos mismos sobre cuál de ellos había de ser el juez de los demás. De ahí la puja por las sedes episcopales privilegiadas y el paulatino ensanchamiento de sus prerrogativas; de ahí, finalmente, la interminable controversia entre el báculo pastoril y el cetro, el brazo secular y el espiritual, la corona y la mitra. Así como por una parte es muy cierto que en tiempos de tiranía, cuando la humanidad tuvo la desgracia de vivir sin constitución política, árbitros justicieros y piadosos fueron una ayuda indispensable, así también es verdad, por otra parte, que no hubo escándalo mayor en la historia que el prolongado pleito entre el brazo secular y religioso que por más de un milenio no permitió que Europa alcanzase una constitución consistente. De un lado, la sal se había hecho insípida; del otro, quería condimentar con nimia acritud.

3. El cristianismo tenía una profesión de fe que debía abrazar quien engrosara sus filas con ocasión del bautismo; por sencilla que fuese esta fórmula, sus inocentes tres palabras: Padre, Hijo y Espíritu, fueron en el transcurso del tiempo causa de tantas perturbaciones, persecuciones y escándalos como no hay otras tres palabras del lenguaje humano. Cuanto más se perdía de vista la finalidad del cristianismo como un instituto fundado para bien de la humanidad, tanto más se especulaba más allá de los límites de la razón humana; se descubrieron misterios, hasta que finalmente toda la doctrina cristiana se convirtió en un catecismo de misterios. Una vez que los libros del Nuevo Testamento se introdujeron en el canon de la Iglesia, se demostraba a base de ellos y hasta de los libros constitucionales de los hebreos, lo que difícilmente podía demostrase por ellos, tanto menos cuanto que pocas veces podía leérselos en su lengua original y su sentido primitivo se había perdido desde hacía mucho tiempo. Con esto se multiplicaron las herejías y sistemas, y para enfrentarlos se echó mano del peor medio que cabía escoger: los concilios y sínodos. ¡Cuántos de ellos son una deshonra del cristianismo y del sentido común! Si la soberbia y la intolerancia los había convocado, una vez reunidos reinaba en ellos la discordia, el fanatismo partidario, groserías e insidias, y finalmente eran la prepotencia, el capricho, la contumacia, la alcahuetería, el fraude o una casualidad quienes en el nombre del Espíritu Santo zanjaban las cuestiones para toda la Iglesia, y hasta para el tiempo y toda la eternidad. Los emperadores cristianizados a quienes Constantino había legado el respectivo derecho hereditario, se creyeron pronto los más indicados para imponer símbolos y cánones sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, sobre ὁμοούσιος y ὁμοιούσιος y sobre una o dos naturalezas en Cristo, sobre María la Madre de Dios o sobre el esplendor

creado o increado en el bautismo de Cristo. Las arrogancias con todas sus consecuencias que se originaron por esto, serán para siempre una ignominia del trono de Constantinopla y de todos los tronos que siguieron sus huellas, porque con su poderío de la ignorancia apoyaron y perturbaron las persecuciones, cismas y perturbaciones que no aprovecharon en nada al espíritu ni a la moralidad de los hombres, antes bien socavaron la Iglesia, el Estado y su propio gobierno. La historia del primer Imperio cristiano, el de Constantinopla, ha sido un teatro de tan bajas traiciones y tan repugnantes barbaridades, que con el horrible fin que halló será siempre una advertencia ejemplar para todos los gobiernos cristiano-polémicos.

4. El cristiansmo recibió sagradas escrituras, integradas ya sea por epístolas ocasionales, ya por tradiciones orales, que representaban su mayor parte. Las escrituras se hicieron con el correr de los tiempos norma de la fe, pero también pendón de todos los bandos que se combatían y abusaban de ellas de todas las maneras imaginables. Cada partido probaba a base de ellas lo que deseaba demostrar, y no se reparó en mutilarlas o imputar con descaro evangelios, epístolas y revelaciones apócrifas a los santos apóstoles. La mentira piadosa, en asuntos de esta índole más aborrecible que el perjurio, porque engaña a series enteras de generaciones y épocas por tiempos incalculables, pronto dejó de ser un pecado para transformarse en obra meritoria para la gloria de Dios y la salvación de las almas. De ahí tantos escritos espurios atribuídos a los apóstoles y padres de la Iglesia; de ahí también tantas invenciones de milagros, mártires, donaciones, constituciones y decretos cuya incierta autenticidad se va deslizando como un ladrón nocturno por todos los siglos de la historia antigua y medieval del cristianismo hasta los tiempos de la Reforma. Una vez admitido el desastroso principio de que era lícito cometer infidelidades, inventar mentiras y escribir novelas en provecho de la Iglesia, quedaba herida de muerte la fe histórica; la lengua, la pluma, la memoria y la imaginación de los hombres habían perdido su regla y su norma hasta el punto de que antes de hablar de la lealtad púnica y griega, tal vez sería más exacto nombrar la credulidad cristiana. Y esto llama la atención tanto más penosamente cuanto que la época del cristianismo sucede a los más destacados historiadores de Grecia y Roma, después de los cuales la verdadera historiografía se pierde de repente y casi totalmente durante la era cristiana por espacio de largos siglos. Rápidamente decae hasta ser una crónica episcopal, eclesiástica y monjil, puesto que ya no se escribía para destacar los méritos de los más dignos de la humanidad, ni para el mundo o el Estado, sino para la Iglesia, cuando no para una orden religiosa, monasterio o secta;

y como se había contraído el hábito de predicar y el pueblo tenía que creer en todo al obispo, se acabó por considerar a todo el mundo pueblo creyente y rebaño cristiano, aun al empuñar la pluma del historiador.

5. El cristianismo tenía solamente dos ritos sagrados muy simples y convenientes, ya que en la intención de su fundador debía serlo todo menos una colección de ritos y ceremonias. Pero pronto el cristianismo espurio se mezcló de tal manera con ritos judaicos y paganos, según las diferencias de países, provincias y tiempos, que, por ejemplo, el bautismo de los inocentes se convirtió en un exorcismo del diablo y la cena conmemorativa de un amigo que celebraba su despedida, se transformó en la creación de un dios, un sacrificio incruento, un milagro que perdonaba los pecados y un viático para el otro mundo. Por desgracia, la era cristiana coincidió con la ignorancia, la barbarie y una verdadera época del mal gusto, de suerte que tampoco en la arquitectura de sus iglesias, el carácter de sus festividades, cánones, pompa, cánticos, liturgia y oraciones podían dominar los elementos verdaderos, grandes y nobles. Estas ceremonias emigraban de un Continente a otro; lo que al principio había tenido un sentido propio local, a causa de alguna vieja costumbre, tuvo que perderlo en regiones y tiempos extraños. De esta manera, el espíritu de la liturgia cristiana tomó la forma de una curiosa mezcolanza de ritos judaico-egipcio-greco-romano-bárbaros que convertían en aburridas, cuando no en ridículas, las cosas más trascendentes. Una historia del gusto cristiano a base de sus festividades, templos, formulismos, consagraciones y composiciones literarias considerada con ojos filosóficos, presentaría la más abigarrada mezcla de elementos que jamás haya visto el mundo en una cosa destinada a no tener ceremonia alguna. Como este gusto cristiano iba invadiendo las costumbres de la política y jurisprudencia, la organización doméstica, los espectáculos, novelas, bailes, cantos, justas, heráldica, batallas, celebraciones de victorias y otras diversiones, fuerza es reconocer que la espiritualidad humana recibió con ello una orientación increíblemente torcida, y que la cruz erigida sobre las naciones había dejado también en sus frentes una marca más que peculiar. Los *pisciculi christiani* nadaron por largos siglos en un elemento demasiado turbio.

6. Cristo vivía célibe y su madre era una virgen; por risueño y alegre que fuera, amaba de vez en cuando la soledad y se recogía en la oración. El espíritu de los orientales, inclinado de suyo a la contemplación, soledad y un santo ocio, exageró de tal manera las ideas acerca de la santidad de la vida célibe, particularmente en el sacerdocio, los méritos de la virginidad, de la soledad y vida con-

templativa que, si antes ya los esenos, terapeutas y otros estrafalarios habían llevado una vida exaltada, sobre todo en Egipto, el cristianismo hizo entrar ahora en plena fermentación el espíritu de los anacoretas, los votos, el ayuno, la penitencia, la oración y finalmente la vida monástica. Hay que conceder que en otros países iba cambiando de figura, dependiendo de su organización el provecho o perjuicio que causara; pero considerando esta forma de vida en su conjunto, es innegable que se hace preponderantemente perjudicial tanto para la sociedad como para sus miembros individuales, tan pronto como se convierte en una ley irrevocable, en yugo servil o en telaraña política. Desde la China y el Tibet hasta Irlanda. México y Perú, los monasterios de bonzos, lamas y talapoinetas y las diversas clases y géneros de todos los monjes y monjas cristianos han sido cárceles de la religión y del Estado, cámaras de tortura y plantas de la crueldad, del vicio y la opresión, cuando no de perversa lascivia y viles fechorías; y si bien no es nuestra intención negar a ninguna orden religiosa el mérito que pueda haber tenido por el cultivo de la tierra, hombres o ciencias, no podemos, por otra parte, cerrar los oídos a tantos gemidos y suspiros ocultos que surgen de estas oscuras catacumbas separadas de la humanidad, ni nos taparemos los ojos para ver la vana ilusión de una contemplasión supraterrena o la cábala de un fanatismo frailuno desatado a través de los siglos bajo una figura idealizada que no sería propia, por cierto, de nuestra época de las luces. Al mismo cristianismo le es todo esto totalmente ajeno, porque Cristo no era un fraile ni María una monja; el primero de los apóstoles llevaba a su mujer consigo, y ni Cristo ni sus apóstoles quieren saber nada de una contemplación celestial.

7. Por último, el cristianismo al querer fundar un reino de los cielos en la tierra y convencer a los hombres de lo efímera que es esta vida, formó en todos los tiempos a estas almas puras y tranquilas que no buscaban la publicidad y hacían el bien delante de Dios; pero por desgracia fomentó también mediante graves abusos el falso entusiasmo que desde sus primeros tiempos produjo mártires y profetas en gran número. ¿Cómo pretendían traer a la tierra un reino de los cielos sin saber cómo era ni dónde estaba? Resistían a las autoridades, disolvían el orden público sin poder darle al mundo otro mejor, y bajo las apariencias del celo apostólico se escondía una soberbia plebeya, una arrogancia servil, una ignominiosa lascivia y una necia estrechez de miras. Como los judíos habían seguido a sus seudo-mesías, así los cristianos se agrupaban alrededor de audaces estafadores, otras veces adulaban a las almas más depravadas de gobernantes tiránicos y opulentos como si éstos trajeran el reino de Dios a la tierra cuando les construían iglesias o hacían donaciones. Así adularon ya al vacilante Constantino, y ese lenguaje místico de exaltación profética se pro-

pagó a hombres y mujeres según los tiempos y lugares. Muchas veces se apareció el paracleto; a los exaltados del amor cristiano les habló el espíritu a menudo por boca de mujeres. La historia es testigo de las perturbaciones y desgracias que causaron en el mundo cristiano los ciliastas y anabaptistas, donatistas, montanistas, priscilianistas, circumcelionistas, etcétera; cómo otros despreciaron o destruyeron con su fantasía afiebrada las ciencias, monumentos y artes, las organizaciones y a los mismos hombres; cómo un evidente engaño o hasta una ridícula casualidad revolvía a países enteros, o cómo, por ejemplo, el fin del mundo esperado de un momento a otro, hizo emigrar parte de Europa al Asia. Pero no por esto queremos escatimar elogios a un entusiasmo cristiano más acrisolado; donde hallaba buena tierra en que fructificar, en poco tiempo logró durante muchos siglos mucho más de lo que nunca conseguiría una frialdad e indolencia filosófica. La hojarasca del engaño desaparece, pero el fruto va madurando; la llama del tiempo consume la paja, mas el verdadero oro sólo se pudo acrisolar bajo su acción.

No sin tristeza en el alma he escrito algunas de las cosas que preceden sobre el abuso más vergonzoso que se hizo de la mejor de las causas; pero a pesar de todo nos abocaremos animosamente al estudio de la propagación del cristianismo en las diversas regiones y Continentes del mundo. Así como el remedio puede transformarse en veneno, así también el veneno puede volverse medicamento, y una causa pura y buena en su origen no puede menos que triunfar después de todo.

II

PROPAGACIÓN DEL CRISTIANISMO EN ORIENTE

En Judea, el cristianismo creció bajo la opresión mientras subsistió el Estado judío, y durante este lapso conservó sus apariencias oprimidas. Los nazarenos y los ebionitas, probablemente restos de los primeros grupos cristianos, no eran más que un puñado de hombres extinguido ya desde hace mucho tiempo, el cual figura entre los herejes a causa de su opinión de que Cristo no fué más que un hombre, hijo de José y de María. Ojalá no se hubiese perdido junto con ellos su evangelio, en el cual habríamos hallado posiblemente la colección más antigua, aunque parcialmente espuria, de las tradiciones locales más próximas de la vida de Cristo. Tampoco carecerían de interés los libros antiguos que poseían los s a-

beos o cristianos juanistas, pues si bien de esta secta amiga de las fábulas y mezclada de judíos y cristianos podemos esperarlo todo menos un esclarecimiento auténtico de tiempos tan lejanos, en asuntos de esta índole también las fábulas pueden proyectar alguna luz [1].

Lo que más influencia dió a la Iglesia de Jerusalén sobre otras comunidades fué la autoridad de los apóstoles; pues, como fuese presidida durante algunos años por Santiago, el hermano de Jesús, hombre razonable y digno, no cabe duda de que su forma sirvió de modelo a otras comunidades. El modelo fué, en consecuencia, judío también, y como casi toda ciudad y país de la antigua cristiandad pretendían haber sido convertidos por un apóstol, se formaron en todas partes imitaciones de la Iglesia de Jerusalén, o sea, comunidades apostólicas. El obispo había sido ungido con el espíritu por un apóstol, el cual, consiguientemente, ocupaba su lugar y compartía su autoridad; comunicaba los poderes espirituales que le habían sido conferidos y llegó pronto a ser una especie de sumo sacerdote, mediador entre Dios y los hombres. Tal como el primer concilio de Jerusalén había hablado en nombre del Espíritu Santo, así hablaron luego los otros concilios a imitación suya, y es sorprendente el temprano poder espiritual que adquirieron los obispos en varias provincias asiáticas. La autoridad de los apóstoles se transmitió, pues, materialmente a los obispos, lo que hacía aristocrática la primitiva constitución de la Iglesia; en esta constitución estaba ya contenido el germen de la futura jerarquía y el papado. Lo que se dice de la pureza virginal de la Iglesia durante los tres primeros siglos es exagerado o simplemente inventado.

En los primeros tiempos del cristianismo puede reconocerse una así llamada filosofía oriental, la cual alcanzó amplia difusión, pero, examinada más a fondo, no es más que la sabiduría ecléctica neoplatónica en la versión de un nuevo retoño suyo, tal como podían producirlo estas regiones y tiempos. Enlazábase con el judaísmo y cristianismo, pero ni era rama del mismo árbol, ni llevó frutos para él. Desde los comienzos del cristianismo se les dió a los gnósticos el nombre de herejes porque no se quería tolerar a ningún racionalista en las propias filas, de manera que varios de aquéllos hubieran pasado inadvertidos si no fuera por los registros de herejes. Ojalá esto nos hubiera conservado también sus escritos, que no nos vendrían mal por lo que al canon del Nuevo Testamento se refiere; por ahora, no conociendo más que algunas opiniones citadas por otros como propias de esta numerosa secta, sólo se ve una tosca tentativa de injertar al judaísmo y cristianismo fantasías pla-

[1] El testimonio más moderno y seguro sobre esta secta se encuentra en NORBERG, *Comment. de relig. et lingua Sabacorum*, 1780; se lo debería imprimir junto con disertaciones de Walch y otros a la manera de las antiguas colecciones.

tónico-orientales sobre la naturaleza de Dios y la creación del mundo, formando una teología metafísica a base de nombres alegóricos juntamente con una teodicea y filosofía moral. Como la historia de la humanidad desconoce la calificación de hereje, cada una de estas tentativas es muy apreciable y notable, si bien es una suerte para la historia del cristianismo que fantasías de esta clase nunca se hayan erigido en sistema dominante de la Iglesia. Tal vez sería interesante y útil que, después de tanto trabajo como la Iglesia se tomó con estas sectas, se hiciera una investigación puramente filosófica sobre el origen de estas ideas, qué querían decir con ellas los gnósticos y qué frutos produjeron [1].

Más resonancia tuvo ya la doctrina de Manes, que pretendía nada menos que fundar un cristianismo más perfecto. Fracasó y sus secuaces muy numerosos y dispersos fueron perseguidos en todo tiempo y lugar de tal manera que el nombre de maniqueo, especialmente desde que Agustín había lanzado sus polémicas en contra de ellos, quedó desde entonces como el más horrible que podía darse a un hereje. Nos horrorizamos hoy de este espíritu persecutorio de la Iglesia y nos damos cuenta de que algunos de estos heresiarcas exaltados eran cabezas emprendedoras e inteligentes que se lanzaban al intento audaz no sólo de amalgamar la religión con la metafísica, moral y ciencias naturales, sino también de sintetizarlas con el fin concreto de una sociedad real, una especie de orden religiosa filosófico-política. Algunos de ellos eran amantes de la ciencia y dignos de compasión por no permitirles su situación conocimientos más cabales; el partido católico, por su parte, pronto se hubiera asemejado a un estanque de aguas podridas si estas tormentas no lo hubieran puesto en movimiento, obligándolo por lo menos a la defensa de su tradición literal. Los tiempos de la pura razón y una reforma de la moral política no habían llegado todavía, y ni en Persia y Armenia, ni, más tarde, entre los búlgaros y albigenses, hubo lugar para la comunidad de la Iglesia maniquea.

Las sectas critianas avanzaron hasta la India, el Tibet y la China, aunque por caminos para nosotros ocultos todavía [2].

El primer impacto que se produjo en los primeros siglos de la era cristiana en las regiones remotas del Asia es reconocible en su historia. En esta época recibió nueva vida el budismo, que se decía haber bajado de Bactra. Se propagó ahora hasta Ceylán, el Tibet y la China; se traducían los libros de la India al idioma

[1] Después de Beausobre, Mosheim, Brucker, Walch, Jablonski, Semler y otros, ahora podemos considerar estas cosas con mayor claridad y libertad.

[2] Sería de desear que se compilara y tradujera de los escritos de la "Académie des Inscriptions" las disertaciones de Deguignes, tal como se hizo con las de Caylus, St. Palaye y otros. Creo que éste es uno de los medios más expeditivos para segregar lo valioso de lo común y utilizar los descubrimientos individuales.

chino y se formó la gran secta de los bonzos. Sin querer hacer responsable al cristianismo de todas las barbaridades de los bonzos o todo el sistema monástico de los lamas y talepoinetas, parece, con todo, que fué la gotita que hizo fermentar nuevamente desde el Egipto hasta la China toda las fantasías antiguas de estos pueblos, aunque las formas externas fuesen más o menos diferentes. Más de una fábula de Buda, Krishma y otros, parece contener ideas cristianas, revestidas a la manera hindú; y el Gran Lama en las montañas del Tibet, cuyo reinado tal vez no se instaurara antes del siglo quince con su santidad personal, sus doctrinas intransigentes, sus campanas y órdenes de sacerdotes, sea posiblemente pariente lejano del lama que reside a orillas del Tíber; sólo que, en aquél, el maniqueísmo y nestorianismo fueron injertados en ideas y costumbres asiáticas, mintras que la ortodoxa religión de los cristianos lo fué sobre conceptos y costumbres romanas. Pero no es verosímil que los dos primos se reconozcan y menos que se hagan una visita de cortesía.

Mejores perspectivas ofrecen los más doctos nestorianos que, especialmente a partir del siglo quinto, se propagaron hasta muy adentro del Asia y tuvieron algunos efectos benéficos [1].

La escuela floreció casi desde el principio de la era cristiana en Edesa como sede de la sabiduría siria. Cuando el rey Abgaro, al que se atribuye una correspondencia epistolar con Cristo, trasladó su residencia de Nesibis a Edesa, hizo llevar allá también las colecciones de libros que se conservaban en los templos. Quien en aquellos tiempos ambicionaba la borla del doctor, viajaba a Edesa, donde además de la teología cristiana se enseñaban también las artes liberales en lengua griega y siríaca. Por lo tanto, tal vez la primera universidad cristiana del mundo sea la de Edesa. Floreció durante cuatrocientos años; por las controversias con Nestorio, cuya doctrina defendía, sus profesores fueron arrojados de sus cátedras y arrasadas las aulas. Mas con esto sólo se consiguió que la literatura se propagase por Mesopotamia, Palestina, Siria, Fenicia y llegase hasta Persia donde fué recibida con honores y donde finalmente se estableció un Papa nestoriano que gobernó la cristiandad de este reino y más tarde también la de Arabia, India, Mongolia y China. Dejamos sin decidir la cuestión de si es el mismo célebre Preste Juan (Pres-Tadchani), el sacerdote del mundo, del que circulaban muchas fábulas en tiempos antiguos, y si por una curiosa mezcolanza de doctrinas se convirtió al fin en el Gran Lama. Sea como

[1] El extracto de Pfeifer de la *Orientalische Bibliothek de Assemani* (Erlangen 1776), es una obra muy útil para esa desconocida región de la historia; pero sería de desear aún que se escribiera una historia del Oriente cristiano propiamente dicha, especialmente en relación con el nestorianismo.

[2] Fischer ha demostratdo que esta opinión es muy verosímil en la introduc-

fuere, en Persia los nestorianos eran bien vistos y fueron utilizados por los reyes como médicos de cabecera, embajadores y ministros. La literatura cristiana fué traducida al idioma persa y la lengua siríaca llegó a ser la lengua de los doctos del país. Cuando surgió el Imperio de Mahoma, y especialmente bajo sus sucesores los Omníadas, fueron nestorianos los que ocupaban los más altos cargos públicos y honoríficos y eran nombrados lugartenientes de las provincias conquistadas. Desde que los califas residían en Bagdad, y más tarde cuando se tuvieron que trasladar a Samaraya, siempre estuvo a su lado el patriarca de los nestorianos. Cuando Al-Mamón quiso dar a su nación una cultura científica y llamó a la academia de Bagdad médicos y astrónomos, filósofos, físicos, matemáticos, geográfos y cronistas, los sirios fueron maestros de los árabes y enseñaron juntamente con ellos en las aulas. Ambos traducían a porfía los escritos de los griegos al idioma árabe —muchos de ellos ya estaban traducidos al sirio—, y si más tarde la luz de las ciencias brilló por primera vez en la oscurecida Europa gracias a la lengua árabe, el primer impulso partió de cristianos sirios que trabajaban en su país. Su idioma es el primero entre los dialectos orientales de esa región que había adoptado vocales en su alfabeto y es también el que puede gloriarse de la traducción más antigua y hermosa del Nuevo Testamento; pero, ante todo, viene a ser como el puente por el cual las ciencias helénicas llegaron al Asia, y de ahí, por medio de los árabes, a Europa. En circunstancias tan favorables salían misiones nestorianas por todas partes y sabían alejar o suprimir otras sectas cristianas. Todavía bajo los sucesores de Gengis-Khan se les tenía en alto concepto; su patriarca acompañaba a menudo al Khan en sus invasiones, y de esta manera se propagó su doctrina a los mongoles, igurios y otros pueblos tártaros. En Samarcanda residía un metropolitano, y en Cashgar y otras ciudades obispos; más aún, de ser auténtico el célebre monumento cristiano en China, se encuentra en él toda una crónica de las inmigraciones de sacerdotes procedentes de Tatsin. Si todavía se añade que toda la religión mahometana no se hubiera originado tal como es sin un cristianismo que la precedió e inspiró, queda demostrada sin lugar a dudas una fermentación que movilizó tarde o temprano toda la mentalidad del sur y en parte también del norte del Asia, en mayor o menor grado.

Mas nadie se espere de este movimiento un nuevo florecer del espíritu humano como lo hallamos, por ejemplo, entre griegos y romanos. Los nestorianos que producían tantos efectos, no eran un pueblo, una raza crecida con sus raíces hundidas en la madre tierra; eran cristianos, eran monjes, y como tales podían enseñar su idioma,

ción a su *Sibirische Geschichte* (p. 38 y s.). Otros se pronuncian por Ung-Khan, el jan de los queraítas, cf. KOCH, *Table des révolutions*, t. I, p. 265.

pero ¿qué sabían escribir en él? Liturgia, exégesis de las sagradas escrituras, libros espirituales monásticos, sermones, controversias, crónicas y versos privados de inspiración. De ahí que no se encuentre en la literatura siria ese don de la poesía que nace del alma y templa el corazón; una menguada construcción artificial, registros patronímicos, sermones y crónicas versificados, éste es su arte poético. En ninguna de las ciencias que cultivaron, demostraron espíritu de inventiva, ninguna supieron tratar con originalidad. Es una triste prueba de *cuán poco* puede producir el espíritu monástico ascético-poético a pesar de toda su habilidad política. En esta figura estéril se mostró en todos los Continentes y es así como reina todavía en las montañas del Tibet donde tampoco se encuentra ningún rastro de un genio libre inventor con todo el orden y la legislación frailuna. Lo que sale del monasterio, difícilmente sirve para otra cosa que para el mismo monasterio.

En algunas provincias del Asia cristiana, por lo tanto, no puede detenerse la historia sino muy brevemente. A Armenia llegó el cristianismo muy temprano, dando a su antiguo e interesante idioma escritura propia, y con ésta una doble y triple traducción de la sagrada escritura, así como una historia de Armenia. Pero ni Minsrob con su alfabeto ni su discípulo Moisés de Corene con su historia armenia [1] supieron dar a su nación una literatura o constitución nacional. Desde un principio Armenia había sido el despartidor y la encrucijada de los pueblos; como antes había estado bajo el dominio persa, griego y romano, así ahora bajo el árabe, turco, tártaro, curdo. Todavía hoy sus habitantes se dedican a su antiguo oficio, el comercio; ni con cristianismo ni sin él se ha podido constituir jamás en esta región una estructura científica o política.

Peor todavía van las cosas en la Georgia cristiana. Hay iglesias y monasterios, patriarcas, obispos y monjes; las mujeres son hermosas, los hombres animosos; y sin embargo, los padres venden a sus hijos, el marido a su mujer, el príncipe a sus súbditos y el devoto tal vez a su sacerdote. ¡Valiente cristianismo el de esos bandoleros pérfidos y vivarachos!

También al idioma árabe fué traducido el evangelio muy temprano y varias sectas cristianas se esforzaron en la conversión de este hermoso país. Judíos y cristianos se persiguieron a menudo, pero ambas partes nunca lograron realizar algo de importancia, aunque produjeron algunos reyes. Bajo Mahoma todo se pulverizó, y hoy se encuentran tribus enteras de judíos en Arabia, pero ninguna comunidad cristiana. Tres religiones que descienden unas de

[1] HISTONS, prólogo a *Mosis Chorenensis hist. Armen.* 1736. *Thesaur. Schröderling Armen. diss.* p. 62.

otras vigilan con odio mutuo el sagrario de su nacimiento: el desierto árabe

Si queremos ahora abarcar con una visión de conjunto el resultado y los efectos que el cristianismo produjo en sus provincias asiáticas, tenemos que ponernos primero de acuerdo sobre las ventajas que cualquier religión, y luego ésta, puede aportar a un Continente.

1. Puede ser que el cristianismo haya actuado tácitamente en orden a un reino del cielo en la tierra, es decir, una más perfecta organización de las cosas para bien de los pueblos. Pero la flor de esta actividad, un Estado más perfecto, no apareció en ninguna parte, ni en Asia ni en Europa. Sirios y árabes, armenos y persas, judíos y georgianos siguieron siendo lo que habían sido, y ninguna Constitución política de aquellas regiones puede gloriarse de ser una hija del cristianismo, como no se quiera tomar como Estado cristiano una ermita y su culto monástico o cualquier jerarquía con su incansable batallar por el ideal. Patriarcas y obispos envían misiones para propagar su secta, o aumentar su obispado y su poder; van buscando el favor de los príncipes para conseguir influencia en los negocios u obtener monasterios y comunidades. Un bando se lanza contra el otro y trata de asegurarse el predominio; los judíos persiguen a los cristianos y los nestorianos a los monofisitas, y ningún partido puede soñar con actuar pura y libremente en bien de una ciudad o una región. La clerecía del Oriente tuvo siempre un carácter monjil y quería servir a Dios, no a los hombres.

2. Tres caminos había para influir sobre los hombres: la doctrina, la autoridad y los ritos del culto religioso. La *doctrina* es con mucho el más puro y eficaz, mientras sea lo que debe ser. La enseñanza de viejos y jóvenes no pudo menos que trasmitir una serie de conocimientos útiles o mantenerlos en vigor, si se refería a las relaciones esenciales y obligaciones de la humanidad; será siempre una gloria exclusiva del cristianismo el haber llevado esta ciencia también al pueblo bajo de estas regiones. Por medio de preguntas, sermones, cánticos, credos y oraciones se difundía el conocimiento de Dios y la moral entre los pueblos; por la traducción y exegesis de las sagradas escrituras se les llevaba la escritura y literatura, y donde los pueblos eran todavía tan primitivos que no podían comprender más que fábulas, se renovaba, por lo menos, una fábula santa. Pero aquí evidentemente todo dependía de que el hombre que debía enseñarlos, entendiera

1 Los *Viajes* de Bruce a Abisinia ofrecen una curiosa historia del cristianismo de esas regiones; el tiempo dirá si de ahí pueden obtener nuevos resultados para el conjunto.

su oficio y la doctrina que tenía que exponer. La respuesta a ambas preguntas resulta tan diferente según las personas, pueblos, tiempos y regiones del mundo que, al fin de cuentas, uno tiene que atenerse sólo a la doctrina que debía haber enseñado, y es lo que hizo, en efecto, la Iglesia reinante. Temía la incapacidad y el atrevimiento de muchos de sus catequistas y, en consecuencia, se ciñó a unas pocas verdades y se limitó a una esfera reducida. Con esto corrió naturalmente peligro de que el contenido de su doctrina se agotase pronto, se repitiese a menudo y que al cabo de pocas generaciones la religión heredada perdiese casi todo el brillo de su novedad mientras el catequista desaprensivo se dormía beatíficamente sobre su vieja profesión de fe. En efecto, sólo el primer impacto de las misiones cristianas solía ser muy intenso; las olas siguientes eran sucesivamente más débiles hasta que todo se iba perdiendo en la tranquila superficie de una vieja tradición cristiana. Se trató de suplir con ritos y costumbres lo que faltaba de alma al rito, que es la doctrina. De esta manera fué tomando auge el ritual y espíritu ceremonioso que por último degeneró en un fantoche sin vida que permaneció inmóvil e intocable en su esplendor del pasado. Tanto para los catequistas como para los catecúmenos, el muñeco servía de cómodo recurso, porque ambas partes podían pensar a propósito de él, lo que les viniera en ganas, y si no, se salvaba por lo menos, como solían decir, el vehículo de la religión. Desde el principio, la Iglesia se fijó mucho en la uniformidad, y para conseguir tal uniformidad carente de ideas propias no había medio más a propósito que formulismos que impedían que la grey se desparramase. De todo esto son las Iglesias del Asia la mejor prueba; todavía hoy son lo que habían sido hace casi dos mil años; cuerpos exánimes. Hasta las herejías se extinguieron, pues ni para esto alcanza ya su fuerza vital.

¿Y no puede tal vez la autoridad de los sacerdotes suplir lo que falte a la doctrina adormecida o el movimiento extinguido? Hasta cierto punto sí, pero nunca del todo. La vejez de una persona sagrada está naturalmente rodeada de una aureola suavísima de experiencia paternal, madurez, sabiduría y serenidad desapasionada del alma; de ahí que más de un viajero recuerde la reverencia que sintió en presencia de los ancianos patriarcas, presbíteros y obispos del Oriente. Una noble simplicidad de los gestos, los vestidos, el comportamiento y modo de vida contribuyeron a ello, y más de un venerable anacoreta, si no negaba al mundo su doctrina, su amonestación y su consuelo, puede haber hecho más bien que mil haraganes charlatanes en el tumulto de las plazas y mercados. Pero también la más distinguida autoridad de un hombre no es más que doctrina, ejemplo que se funda en la experiencia y comprensión. Si la miopía y los prejuicios suplantan la

verdad, la autoridad de la persona más venerable es peligrosa y perjudicial.

3. Como toda la vida humana se encamina a la actividad de una sociedad de intereses comunes, es manifiesto que también en el cristianismo tendrá que morir tarde o temprano lo que se sustrae a esta actividad. Todo miembro necrótico es un peso muerto para el cuerpo viviente, que se desliga de su carga inútil tan pronto como puede. Mientras las misiones del Asia estuvieron en actividad, daban y recibían vida; cuando el poder secular de los árabes, tártaros, turcos los excluyó de las actividades, dejaron de propagarse. Sus monasterios y sedes episcopales están ahí como ruinas y monumentos de otros tiempos, tristes y reducidos; muchos de ellos sólo se toleran a causa de sus donativos, impuestos y servicios.

4. Como el cristianismo actúa sobre todo mediante la doctrina, mucho depende del idioma en que ésta se enseña y de la cultura ya contenida en él, a la que adhiere dentro de la ortodoxia. Si cuenta con un idioma culto o generalmente difundido, no sólo se propaga, sino que recibe de aquél también una propia cultura y autoridad. Cuando, por el contrario, se queda a la zaga de otros idiomas vivos en calidad de un leguaje sagrado de origen divino, o peor todavía es reducido a los estrechos límites de algún dialecto arcaico, llevará la vida precaria de un tirano ignorante. Cuando en Asia la lengua griega y después la siríaca fueron desplazadas por el triunfante idioma árabe, se perdieron también los conocimientos contenidos en aquéllas; sólo pudieron propagarse en forma de liturgia, credo o teología monástica. Es por lo tanto muy engañosa la afirmación que atribuye a la misma religión todo lo que sólo se debe a los medios auxiliares de su propagación. Miremos a esos cristianos originarios del apóstol Santo Tomás en la India, aquellos georgianos, armenios, abisinios y coptos; ¿qué son ahora y qué se hicieron con su cristianismo? Los coptos y abisinios poseen bibliotecas de antiquísimos libros incomprensibles para ellos mismos, que tal vez adquirirían utilidad en manos de los europeos; ellos no los necesitan ni pueden aprovecharlos, y su cristianismo decayó en la más miserable superstición.

5. Por lo tanto tengo que rendir tributo también en este lugar a la lengua griega, que tan benemérita es de toda la historia de la humanidad; de ella salió la luz con que también el cristianismo iluminó nuestro Continente. Si esta lengua no se hubiera propagado y conservado en tan gran escala por las conquistas de Alejandro, por los reinos de sus sucesores y luego por las posesiones romanas, difícilmente el Asia hubiera recibido luces algunas por parte del cristianismo, porque fué precisamente en la lengua griega en la que los ortodoxos y heresiarcas encendieron su lumbrera o

sus fuegos fatuos respectivamente, de manera directa o indirecta. También las lenguas armenia, siríaca y árabe tomaron de ella sus luces y si los primeros escritos cristianos hubieran sido redactados en el dialecto judío de entonces en vez de serlo en griego, no se hubiera podido predicar y propagar el evangelio en griego y probablemente se hubiera agotado cerca de sus fuentes el torrente que ahora se volcó sobre las naciones. Los cristianos hubieran sido lo que fueron los ebionitas y los discípulos de Juan o los cristianos de Tomás: un puñado de hombres despreciados sin ninguna influencia sobre el espíritu de las naciones. Dejemos, pues, a estos países orientales, cuna del cristianismo, para entrar a la escena donde desempeñará su primer papel de gran envergadura.

III

LA PROPAGACIÓN DEL CRISTIANISMO EN LOS PAÍSES GRIEGOS

Hemos observado ya que el h e l e n i s m o, es decir, una mentalidad judía más liberal y ya mezclada con las ideas de otros pueblos, allanó los caminos al origen del cristianismo. El cristianismo recién nacido prosiguió largo trecho por esta vía y en poco tiempo amplias regiones habitadas por judíos griegos habían recibido el nuevo mensaje. En una ciudad griega se inventó el nombre de cristianos, y fué en lengua griega como los primeros escritos cristianos se difundieron más, porque esta lengua se había propagado desde la India hasta el Océano Atlántico, desde Libia hasta Tule. Por suerte y por desgracia a la vez, se hallaba cerca de Judea una provincia en particular que contribuyó en gran medida a darle su primera forma al cristianismo: el Egipto. Si Jerusalén fué su cuna, Alejandría fué su escuela.

Desde los tiempos de los Ptolomeos vivían en Egipto numerosos judíos a causa del comercio, los cuales querían crearse allí su propia Judea, edificaron un templo, tradujeron poco a poco sus sagradas escrituras al griego y las aumentaron con nuevos escritos. También desde los tiempos de Ptolomeo Filadelfo existían en Alejandría florecientes institutos científicos que, con excepción de Atenas, no tenían igual en el mundo. Catorce mil estudiantes encontraron allí por bastante tiempo alojamiento y sostén gracias a la beneficencia pública. Aquí se hallaba el famoso museo, aquí la inmensa biblioteca, aquí también la fama de los poetas antiguos y hombres doctos en todas las disciplinas; aquí, por lo tanto, en el

centro del comercio mundial, estaba la gran escuela de los pueblos. Precisamente la confluencia de estos últimos y la paulatina mezcla de todas las mentalidades de todas las naciones del Imperio Greco-Romano, dió lugar al nacimiento de la llamada filosofía neoplatónica y ese curioso sincretismo que se empeñaba en conciliar los principios de todos los partidos y acercó en poco tiempo las concepciones de India, Persia, Judea, Etiopía, Egipto, Grecia, Roma y los bárbaros. Este espíritu reinaba de manera maravillosa en casi todas partes del Imperio Romano porque por doquier aparecían filósofos que aportaron las ideas propias de su país natal al gran conglomerado de ideologías, llevándolas al florecimiento en Alejandría. Ahora cayó en este mar también la gota del cristianismo y atrajo a sí lo que creía aprovechable. En los escritos de Juan y Pablo se asimilan ya al cristianismo ideas platónicas; los más antiguos padres de la Iglesia, si se metieron en la filosofía no podían prescindir de los conceptos generalmente en boga, y el logos de algunos de ellos se encuentra en el alma de todos los sabios mucho antes del cristianismo. Tal vez no hubiera sido una desgracia que el cristianismo hubiera quedado definitivamente en lo que era en la concepción de un Justino, Clemente de Alejandría y otros, a saber, una libre filosofía que no condenaba la virtud y el amor a la verdad de ninguna época y de ningún pueblo, desconociendo en absoluto las verbosas fórmulas restrictivas que más tarde iban a adquirir categoría de leyes. Por cierto que los más antiguos padres de la Iglesia formados en Alejandría no son los peores; sólo Orígenes ha hecho más que diez mil obispos y patriarcas, pues sin su diligencia crítica y erudita que aplicó a los documentos del cristianismo, éste hubiera caído a causa de su origen entre las fábulas *diametralmente opuestas a todo humanismo clásico. El espíritu* de Orígenes se transmitió a algunos de sus discípulos y varios padres de la Iglesia de la escuela alejandrina discurrían y polemizaban por lo menos de una manera mucho más culta que tantas otras cabezas ignorantes y fanáticas.

Pero, bajo otro aspecto, tanto Egipto como la filosofía que estaba de moda en aquel entonces fueron para el cristianismo una escuela de perversión, porque precisamente en estas ideas platónicas y extrañas que se discutían con sutileza griega, estaba contenido todo lo que luego durante dos milenios había de suscitar las polémicas, contiendas, rebeliones, persecuciones y la ruina de países enteros y dió al cristianismo en general una figura sofística tan ajena a su verdadera esencia. De la sola palabra logos se originaron herejías y violencias de las que se horroriza todavía hoy el logos que hay en cada uno de nosotros, la sana razón. Algunas de estas controversias no podían llevarse a cabo sino en lengua griega y ojalá nunca se hubiesen salido de este ámbito para ser elevadas a fórmu-

las doctrinarias generales en todas las lenguas. No se encuentra ahí ni una sola verdad, ningún conocimiento que haya aportado a la ciencia humana un valor positivo, nuevas energías al intelecto ni motivos más nobles a la voluntad humana. En cambio, toda esa polémica de los cristianos que llevaron contra los arianos, fotinianos, macedonianos, nestorianos, *cutiquianos, monofisitas, trinitarios*, monotelitas, etcétera, podría destruirse simplemente sin que el cristianismo o nuestra razón sufriesen por esto el más mínimo detrimento. Por el contrario, fué menester borrar y echar al olvido todo esto y lo que fué su secuela, los toscos decretos de ciertos concilios de cortesanos y salteadores, para poder volver siquiera por primera vez a una pura visión de los escritos originales del cristianismo y una pura y sencilla interpretación de los mismos. Y todavía hoy existen muchas almas timoratas o perseguidas que se ven impedidas y atormentadas por su causa. Todo ese humo de pajas especulativo de las sectas se asemeja a los anillos de un gusano que, arrancados a destiempo, vuelven a crecer cada uno para formar otro gusano y acarrear la muerte. Esa telaraña de futilidades misantrópicas llena muchos siglos de la historia; torrentes de sangre se derramaron por su culpa y muchas veces los hombres más dignos perdieron por los más ignorantes malhechores sus bienes y su honor, sus amigos y su tranquilidad, la salud y la vida. Hasta tan ingenuos bárbaros como los borgoñones, godos, longobardos, francos y sajones participaron con gran celo ortodoxo y persecutorio antiherético en estas noches de San Bartolomé contra arianos, bogomilenses, cátaros, albigenses, gaenses, etcétera, y no blandieron en vano sus espadas como pueblos guerreros por la auténtica fórmula de bautismo; ¡vaya una iglesia militante! Tal vez no haya otro campo literario tan desierto como la historia de estos cristianísimos ejercicios de la palabra y de la espada que chuparon a la razón humana sus energías propias, su clara inteligencia a los documentos del cristianismo, y a la constitución civil sus principios y normas hasta tal punto que después de todo tenemos que dar las gracias todavía a los sarracenos y otros bárbaros que con sus irrupciones salvajes pusieron término a la ignominia de la razón humana. Gracias sean dadas también a todos los hombres que nos muestran en su verdadera figura a los promotores de tales contiendas, los Atanasios, Cirilo, Teófilo, los Constantinos e Ireneos; porque mientras los cristianos pronuncien todavía con temor cerval los nombres de los padres de la Iglesia y sus concilios, no son dueños ni de la sagrada escritura ni de su propia razón[1].

[1] Después de los esfuerzos más antiguos de los reformadores, y más tarde Calixto, Dallæus, du Pin, le Clerc, Mosheim y otros, será el nombre de Semler siempre digno de gran estima por una consideración más liberal de la historia

No corrió mejor suerte en Egipto y otras partes del Imperio Griego la moral cristiana. A causa de un abuso espantoso, creó allí mismo ese primitivo ejército de cenobitas y monjes que lejos de contentarse con sus éxtasis en el desierto de la Tebaida, recorrían a menudo como milicia de mercenarios los países para intervenir en las elecciones de obispos y en los concilios, obligando al Espíritu Santo que los presidía a pronunciar las sentencias que eran del agrado de su propio espíritu nada santo. Honro la soledad, esta hermana meditabunda de la sociedad, que a menudo es también su legisladora y que transforma las experiencias y pasiones del mundanal ruido en principios y savia nutritiva. También merece nuestra compasión esa otra soledad consoladora que, hastiada del yugo y la persecución por parte de otros hombres, busca su solaz en sí misma y en la contemplación del cielo. Muchos de los primeros cristianos fueron, sin duda, solitarios de esta última especie, que eran llevados al desierto por la tiranía del gran imperio militarista o por los horrores de las ciudades, hallando benigna acogida bajo un cielo templado y siendo hombres de pocas necesidades. Pero tanto mayor es nuestro desprecio por ese orgulloso y testarudo exclusivismo que, aborreciendo la vida activa, pone su mérito en la contemplación o las penitencias, se alimenta de espejismos y en vez de mortificar las pasiones, da pábulo en sí mismo a la más fiera de todas: una soberbia empecinada y desmedida. Desgraciadamente, el cristianismo ofreció para esto un brillante pretexto una vez que sus consejos destinados a unos pocos escogidos habían sido convertidos en leyes generales cuando no en condiciones indispensables para entrar en el reino de los cielos, buscándose a Cristo en el yermo. Allí debían hallar el cielo hombres que desdeñaban ser ciudadanos de la tierra, renunciando a los dones más preciados de nuestra especie, la razón, las costumbres, las facultades y el amor de padres, amigos, esposos e hijos. ¡Malditos sean los panegíricos que se hicieron tan imprudente como abundantemente de la vida célibe, ociosa y contemplativa a base de las escrituras mal interpretadas; malditas las impresiones erróneas que con exaltada elocuencia se inculcó a la juventud, desviando y paralizando por siglos la inteligencia humana! ¿A qué se debe que en los escritos de los padres de la Iglesia se encuentre tan poca moral pura y a menudo lo mejor en compañía de lo peor, el oro mezclado con el barro?

eclesiástica. Le siguió Spittler con una conferencia luminosa de gran penetración y le seguirán otros más para mostrar cada período de la historia de la Iglesia en su verdadera luz.

1 Así lo demostraron Barbeyrac, le Clerc, Thomasius, Semler y otros, la biblioteca de los santos padres de Rösler puede demostrárselo a cualquiera de manera muy popular.

¿De dónde viene que no se pueda nombrar ni aun de los hombres más eximios de aquellos tiempos que tenían a su disposición todavía a tantos autores griegos, un solo libro que sólo por su moral y el espíritu integral de la obra pueda ponerse al lado de un escrito de la escuela socrática, sin reparar por nada en el arte de la composición o exposición? ¿Cuál es la causa de que hasta las sentencias más escogidas de los padres tengan tanto de exagerado y frailuno comparadas con la moral de los griegos? Es que la nueva filosofía había desequilibrado la razón de los hombres que, en vez de habitar en la tierra, aprendían a caminar por los aires del cielo; y si ya de por sí no hay peor enfermedad que ésta, es en verdad un daño digno de ser llorado el que se la propague por la doctrina, la autoridad y las instituciones, enturbiando para siglos las puras fuentes de la moral.

Cuando finalmente el cristianismo fué ensalzado dándosele con la bandera imperial el nombre que todavía hoy flamea sobre todos los nombres de la tierra como religión romana, imperial y dominante, salió a luz de golpe toda la escoria entreverando los asuntos del Estado y de la Iglesia de manera tan confusa que casi de ninguna cosa humana quedó la justa perspectiva y proporción. Predicando la tolerancia, los que largo tiempo habían sufrido en propia carne, se hacían intolerantes; confundiéndose los deberes para con el Estado con relaciones que no afectaban más que al hombre y Dios, y haciéndose, sin saberlo, de una religión monástica semi-judía el fundamento de un Imperio Cristiano-Bizantino, ¿qué otra cosa podía suceder sino que se perdiese la verdadera relación entre crímenes y castigos, obligación y derecho, y finalmente entre las clases sociales de la constitución imperial? El estamento clerical no fué introducido en el Estado como lo había sido entre los romanos: como su colaborador inmediato; aquí existía una clase social de monjes y mendigos en cuyo favor se emitieron mil decretos que eran una carga para las otras clases sociales, se derogaban mutuamente y debían modificarse diez veces para conservar siquiera las apariencias de la organización política. A Constantino, grande y débil a la vez, le debemos, sin saberlo él, ese monstruo de dos cabezas que bajo el nombre de poder secular y espiritual burló y oprimió a los pueblos y a sí mismo y hoy mismo, al cabo de dos milenios, no se ha puesto de acuerdo todavía con serenidad sobre la finalidad de la religión y de los gobiernos entre los hombres. A este monstruo le debemos aquella piadosa arbitrariedad imperial en la legislación, y junto con ella una condescendencia cristianísima y nada cesárea que en poco tiempo se había de convertir en el más terrible des-

potismo[1]. De ahí los vicios y las crueldades en la historia aborrecible de Bizancio; de ahí el incienso barato que se ofrecía a los emperadores cristianos más depravados; de ahí la desgraciada confusión, la pugna entre cosas espirituales y seculares, herejes y ortodoxos, bárbaros y romanos, estrategas y eunucos, mujeres y sacerdotes, patriarcas y emperadores, todo esto en una mezcla fermentada y explosiva. El Imperio había perdido su principio sostenedor, el barco navegaba a la deriva sin mástil ni timón; cada cual se apoderaba de su gobierno hasta ser desplazado por el sucesor. ¡Oh, vosotros, viejos romanos, oh Sexto, Catón, Cicerón, Bruto y Tito, y vosotros Antoninos!, ¿qué habríais dicho de esta nueva Roma, de su corte imperial en Constantinopla desde su fundación hasta su derrumbe?

Como es natural, tampoco la retórica que podía florecer en esta Roma cristiano-imperial admitía comparación alguna con la elocuencia de los antiguos griegos y romanos. Es verdad que aquí hablaban ahora hombres de Dios, patriarcas, obispos, sacerdotes; ¿pero a quiénes y sobre qué temas hablaban, y qué provecho podía seguirse de la mejor elocuencia suya? Explicar a una chusma alocada, perversa y licenciosa el reino de Dios y las elevadas máximas de un hombre de alta moral que ya en su tiempo había sido un gran solitario y no tenía parte, por cierto, en esa turba, ésta era su tarea. Para gente de esa laya era mucho más atractivo que el orador sagrado se refiriera a los escándalos de la corte, las intrigas de los herejes, obispos, sacerdotes y monjes, la cruda inmoralidad de los espectáculos, deportes, diversiones y modas femeninas. ¡Cuánto lamento, oh boca de oro, Crisóstomo, que tu desbordante talento oratorio no hubiese caído en terreno más propicio! De la soledad en que habías pasado tus mejores días, saliste a la capital donde te esperaban las dificultades. Tu celo de pastor estuvo fuera de su sitio; sucumbiste a las tormentas palaciegas por las intrigas de cortesanos y sacerdotes; arrojado de tu sede y restituído varias veces, tuviste por fin que morir en la miseria. Semejante suerte corrieron en esta corte voluptuosa varios hombres honrados, y lo más triste de todo fué que ni siquiera su propio celo quedase libre de toda mácula; pues asi como el que vive entre enfermos contagiosos en un ambiente apestado perderá el color y la buena salud aunque se salve de la peste, así también fueron demasiados los peligros y las tentaciones para clérigos y legos como para escapárseles con una prudencia común. Tanto más gloriosos son los nombres contados de unos pocos estrategas y emperadores, obispos, patriarcas y po-

[1] Un autor francés de agudo ingenio que permanece en el anonimato, ha publicado una Historia de los cambios operados en el gobierno, las leyes y el espíritu humano, que abarca la época desde la conversión de Constantino hasta el ocaso del Imperio Romano Occidental. Traducido en Leipzig, 1784.

líticos que brillan como astros aún en este oscuro firmamento; pero hasta sus figuras se pierden en la niebla.

Finalmente, considerando el gusto en ciencias, costumbres y artes que se difundió desde este reino cristiano, el primero y más grande que hubo, no podemos calificarlo sino de bárbaro-pomposo y miserable. Desde que, en tiempos de Teodosio, Júpiter y Cristo se disputaron la posesión del Imperio Romano en el senado y delante de la diosa de la victoria, y Júpiter perdió la causa, los monumentos del gusto clásico, los templos y columnas de los dioses en todo el mundo se derrumbaron poco a poco o también por la fuerza, y cuanto más cristiano fuese un país, mayor era su celo destructor de todas las reliquias del antiguo culto de los ídolos. El fin y origen de la Iglesia cristiana prohibía los templos antiguos, por lo tanto tomó como modelo de sus iglesias los tribunales, plazas públicas y basílicas. Aunque en los más antiguos templos cristianos, que datan de la época de Constantino, se advierte todavía una noble simplicidad por haber sido erigidos, ya de ruinas paganas, ya en medio de los más grandes monumentos, también esta simplicidad reviste ya carácter cristiano. Sin gusto artístico se han yuxtapuesto sus columnas robadas aquí y allá, y la maravilla del arte cristiano en Constantinopla, la magnífica iglesia de Santa Sofía, estaba recargada de bárbaro esplendor. Por más que se acumularan los tesoros de la Antigüedad en esta Babel, no pudieron florecer allí el arte ni la poesía griegos. Uno se asombra del cortejo que todavía en el siglo décimo tenía que acompañar al emperador en la guerra y la paz, en la iglesia y en el palacio, tal cual lo describe un emperador, esclavo él mismo de tal pompa[1]; y parece increíble que semejante Imperio no se haya derrumbado mucho antes. No puede atribuirse toda la culpa al cristianismo del cual se abusaba, pues desde el primer día Bizancio estuvo organizado como opulento Estado de mendigos. No había nacido en él ninguna Roma que, educada bajo dificultades, guerras y peligros, se hiciera a sí misma la capital del mundo. Por el contrario, la nueva ciudad había sido fundada a costa de Roma y de las provincias, y desde un principio fué poblada por una chusma que chupaba la sangre al Imperio con hipocresía y haraganería y bajo los títulos de la largueza y gracia imperial. Situada entre todos los Continentes y en la región más hermosa, la nueva ciudad se reclinaba en el pecho de la voluptuosidad. De Asia, Persia, India y Egipto le llegaban todas las mercancías de la opulencia y del lujo con que se aprovisionaba a sí misma y al mundo noroccidental. En su puerto se aglomeraban los barcos de todas las naciones; y todavía en tiempos posteriores, cuando los árabes ya hubieron arrebatado Egipto y Asia al Imperio Griego, las rutas del comercio mundial pasaban por el Mar Negro y el Caspio

[1] CONSTANTIN. PORPOHYROGENN. l. 2. *De cerimon. aulae Byzantin,* Lips. 1751.

para proveer a la vieja ramera. Alejandría, Esmirna, Antioquía, Grecia con sus bahías, instituciones, ciudades y artes, el Mediterráneo con sus tantas islas, pero sobre todo el carácter ligero de la nación griega, todo contribuía a hacer de la sede del emperador cristiano un emporio de vicios y necedades; y lo que en otros tiempos había servido para bien de Grecia, ayudaba ahora a acelerar su desgracia.

Mas no por esto es nuestra intención negar el más mínimo de los méritos que este Imperio aportó al mundo por su situación y manera de ser. Por largo tiempo fué un dique, aunque débil, contra los bárbaros, varias de cuyas naciones vecinas o puestas a su servicio y comercio, se civilizaron y adquirieron cierta sensibilidad para otras costumbres y artes. Así, por ejemplo, el mejor de los reyes godos, Teodorico, fué educado en Constantinopla. El bien que hizo en Italia, se lo debemos en parte a ese Imperio de Oriente. A más de un pueblo bárbaro legó Constantinopla la semilla de la cultura, escritura y del cristianismo. El obispo Ulfilas transformó para sus godos el alfabeto griego y tradujo el Nuevo Testamento a su lengua; rusos, búlgaros y otros pueblos eslavos recibieron de Constantinopla la escritura, el cristianismo y las costumbres de una manera mucho más suave que sus hermanos occidentales de los francos y sajones. La colección de las leyes romanas que se hizo por orden de Justiniano, por defectuosa y fragmentaria que sea y por grandes que hayan sido los abusos a que dió lugar, será siempre un monumento inmortal del auténtico espíritu romano, una lógica de la razón práctica y una norma de selección para cualquier legislación mejor. Es un beneficio para todo el mundo civilizado que el idioma griego, no obstante el mal uso que se hizo de él, lo mismo que la literatura, se conservasen en este Imperio hasta que la Europa occidental fué capaz de recibirlos de manos de los refugiados que venían de Constantinopla. Contribuyó por lo menos remotamente a la preparación de una nueva era para Europa occidental el hecho de que los peregrinos y cruzados de la Edad Media hallaron camino del Santo Sepulcro una Constantinopla de donde volvían, a manera de recompensa de tantas infidelidades, por lo menos con nuevas impresiones de esplendor, cultura y estilo de vida, a sus cuevas, castillos y monasterios. Venecianos y genoveses aprendieron en Alejandría y Constantinopla a organizar su comercio en escala mayor, como también acumularon la mayor parte de sus riquezas a base de los escombros de este Imperio del que importaron a Europa más de una cosa útil: El cultivo del gusano de seda nos llegó de Persia a través de Constantinopla, y cuántas cosas debe la Santa Sede a ese Imperio de Oriente, y cuántas otras le debe Europa que le ayudaron a contrarrestar el poder de esa misma Santa Sede.

Finalmente se derrumbó esta Babel soberbia, opulenta y pomposa, para caer con toda su magnificencia y sus tesoros en medio de la tormenta en manos de su salvaje conquistador. Hacía mucho que era incapaz de defender sus fronteras, por lo cual ya en el siglo quinto toda Grecia cayó víctima de Alarico. De cuando en cuando se venían acercando nuevas olas de bárbaros desde el este, oeste, norte y sur; y peores aún son los bárbaros que amotinados en hordas salvajes van asolando la ciudad por dentro. Los templos son asaltados, los iconos y bibliotecas destruídos por el fuego; por doquier el Imperio es vendido y traicionado, ya que no tiene otra recompensa para sus más fieles servidores que sacarles los ojos, cortarles las orejas y la nariz o sepultarlos en vida, porque sobre su trono reinan la crueldad y la lascivia, la adulación y la más descarada soberbia, los motines y la perfidia, disfrazados todos ellos de ortodoxia cristiana. Su historia es la de una muerte lenta, ejemplo aterrador para todo gobierno de eunucos, frailucos y mujerzuelas, no obstante todo su orgullo imperial, su riqueza y toda su pompa de ciencias y artes. Allí yacen ahora sus ruinas; el pueblo de más agudo intelecto en la tierra, los griegos, se han convertido en el más despreciable de los pueblos, en estafadores, ignorantes, supersticiosos y siervos miserables de la clerigalla y los monjes, incapaces ya para siempre del antiguo espíritu de los helenos. Así acabó la primera forma del cristianismo político; ojalá no presenciemos nunca su retorno[1].

IV

PROPAGACIÓN DEL CRISTIANISMO EN LAS PROVINCIAS LATINAS

Roma era la capital del mundo; de Roma salían los decretos de tolerancia o persecución de los cristianos; era inevitable que uno de los esfuerzos principales de todo el cristianismo tendiese desde muy temprano a este centro de poder y majestad.

[1] Con íntima satisfacción podemos nombrar en este lugar al tercero de los clásicos historiadores ingleses, émulo de Hume y Robertson, y tal vez superior al segundo: Gibbon, con su *History of the decline and fall of the roman empire*, obra maestra perfecta, que, sin embargo, quizá por un defecto de la materia, carece de ese interés apasionante que infunden los escritos históricos de Hume. Pero injusta me parece la gritería que se levantó en Inglaterra contra esta obra erudita y auténticamente filosófica como si fuera hostil al cristianismo, porque los juicios de Gibbon sobre el cristianismo como sobre otros objetos de su historia son muy benignos.

La tolerancia de los romanos respecto de todas las religiones de los pueblos sometidos está fuera de toda discusión y sólo gracias a ella y el estado general de la constitución del Imperio en este tiempo pudo propagarse el cristianismo tan rápida y ampliamente. Se le tenía por asunto muy remoto y propio de un pueblo despreciado y cuyo espíritu supersticioso se había hecho proverbial. En Roma gobernaban emperadores malvados, frenéticos y débiles, de manera que el Estado no dominaba el panorama por falta de una visión de conjunto. Durante largo tiempo, los cristianos fueron clasificados bajo el nombre de judíos, de los cuales había gran abundancia en Roma como en todas las provincias del Imperio. Probablemente fuera también el odio de los judíos contra los cristianos excomulgados de la sinagoga, lo que los hizo reconocibles primero a los romanos, y entonces era propio de la mentalidad romana que se los considerase como renegados de la religión de sus mayores y, en calidad de tales, como ateos, cuando no se los tenía a causa de sus reuniones secretas por egipcios, que lo mismo que otros iniciados se mancillaban con supersticiones y orgías desenfrenadas. Se los despreciaba como desecho de la plebe, al que Nerón pudo muy bien atribuir la culpa de su crimen de asesino incendiario y loco furioso. La compasión que se les tuvo a raíz de esta suprema injusticia no parece haber sido más que la misericordia que se siente por un esclavo injustamente torturado. No se profundizó más en un análisis de su doctrina, y se les permitió propagarla como todas las cosas podían propagarse en el Imperio Romano.

Cuando salieron a luz los principios de su culto y credo, les chocó duramente a los romanos acostumbrados solamente a una religión política, que esos infelices se atrevieran a injuriar a los dioses del Estado como demonios infernales y declarar escuela del infierno el servicio que se prestaba a los defensores del Imperio. De la misma manera resultaba chocante para los romanos que aquéllos se negaran a rendir honores a las estatuas del emperador, cuando este acto debía ser a su vez una honra para quien lo practicara, y que ante todo se sustrajeran a todo cuanto fuera obligaciones y servicios patrióticos. Era, pues, natural que se los tuviese por enemigos de la patria, merecedores del odio y aborrecimiento de los demás. Según cual fuera la mente de los emperadores y los nuevos rumores puestos en circulación los amansaran o provocaran su ira, se daban decretos en pro o en contra de los cristianos, decretos cuya ejecución más o menos estricta dependía en cada provincia de la mente de cada procurador y el comportamiento de los mismos cristianos. Pero nunca hubo una persecución como las desencadenadas en tiempos posteriores contra los sajones, albigenses, gaenses, hugonotes, prusianos y livonios, porque las guerras religiosas de esa índole eran ajenas a la mentalidad romana. De esta manera, los primeros tres

siglos del cristianismo fueron durante las persecuciones que hubo en ellos la era triunfal de los mártires de la fe cristiana.

Nada hay de más noble que permaneciendo fiel a sus convicciones, demostrar su valor por la pureza de las costumbres y la probidad del carácter hasta el último aliento. Asimismo, los cristianos, dondequiera que hicieran gala de tal inocencia y firmeza como hombres de bien y comprensivos, hicieron más adeptos de este modo que con las fábulas de milagros y dones maravillosos. Varios de sus perseguidores admiraron su fortaleza aunque sin comprender por qué se exponían al peligro de ser perseguidos de esta manera. Por lo demás, un hombre logra solamente lo que desea con toda su alma, y el fin en cuya consecución persiste cierto número de hombres dispuestos a vivir y morir por él, es muy difícil de suprimir. Su fervor arrastra, y su ejemplo, aunque no ilumine, enfervoriza. No hay duda, pues, de que la Iglesia debe la solidez de sus cimientos a la inquebrantable constancia de sus mártires, lo que le permitió sobrevivir la inmensa expansión de los milenios siguientes. Costumbres más blandas y principios condescendientes sólo hubieran dado lugar a que todo se derramase desde un principio como un líquido sin recipiente.

Sin embargo, en ciertos casos es también de importancia decisiva cuál sea la causa por la que un hombre lucha y muere. Si lo hace por su íntima convicción, por un pacto de verdad y lealtad cuya recompensa trasciende la muerte, si es por dar testimonio de un hecho histórico vivido por él mismo y cuya verdad indispensable confiada a su valor se perdería de otra manera, el mártir muere como un héroe, su convicción le conforta en los dolores y tormentos y el cielo abierto está al alcance de sus manos. Así podían padecer los primeros testigos oculares de los hechos iniciales del cristianismo cuando se veían en la necesidad de sellar la autenticidad de los mismos con su muerte. Su apostasía hubiera sido equivalente a negar la historia experimentada por ellos mismos, y para esto se sacrifica un hombre honrado cuando no le queda otra alternativa. Pero tales confesores y mártires en el sentido más propio de la palabra, los tuvo solamente el cristianismo primitivo y aun entonces en número limitado, de cuya vida y partida de este mundo sabemos poco o nada.

Distinto es el caso de los testigos que dieron su testimonio siglos más tarde o distantes centenares de millas, a quienes la historia del cristianismo había llegado sólo como un rumor, una tradición o un testimonio escrito. Éstos no pueden ser tenidos por testigos propiamente dichos por cuanto sellan con su sangre solamente un testimonio ajeno, mejor dicho, su fe en él. Como éste fué el caso de todos los cristianos convertidos fuera de la Judea, es cosa admirable que precisamente en las provincias latinas más lejanas se

tuviese en tan alta estima el martirio cruento de estos testigos, o sea, que se abrazaba una tradición que venía de muy lejos y era de difícil comprobación. Ni siquiera cuando al fin del siglo primero los escritos redactados en Oriente hubieron llegado a esas regiones remotas, entendían todos su idioma original y tenían que contentarse nuevamente con el testimonio del catequista que citaba una traducción. Y si ya los doctores orientales de la Iglesia decidían en sus concilios por las opiniones recoleccionadas de otros padres de la Iglesia más que por la sagrada escritura, ¡cuánto menos se basaban en ella los doctores occidentales! En breve, la traición y la fe por la que uno había afrontado la muerte, fueron el argumento principal y más contundente del cristianismo; cuanto más pobre, alejada e ignorante fuese la comunidad, tanto más debíanle valer al pie de la letra y como testimonio de la Iglesia la tradición, la palabra del obispo y del catequista, la confesión de los mártires.

Y sin embargo, considerando la naturaleza de los orígenes del cristianismo, apenas cabe concebir otra forma de propagación que no fuera ésta; estaba basado en una historia y ésta requiere el relato, la tradición, la fe. La historia va de boca en boca hasta que se la pone por escrito, con lo cual se convierte finalmente en una tradición fija e inalterable, y sólo entonces puede ser examinada por diversas personas o comparada con varias tradiciones paralelas. Pero a esta altura casi nunca existen ya testigos oculares; feliz de ella, por lo tanto, si la leyenda afirma que aquellos testigos confirmaron su testimonio con la muerte; y en este punto se tranquiliza la fe humana.

De esta manera se erigieron los primeros altares cristianos confiadamente sobre sepulcros. Sobre los sepulcros tenían lugar las reuniones; las catacumbas se convirtieron simplemente en altares en los que se recibía la comunión, se hacía profesión de fe cristiana y se prometía ser fiel a ella como lo había sido el difunto que yacía allí. Sobre sepulcros se construyeron las primeras iglesias, o los cadáveres de los mártires eran puestos debajo de los altares erigidos, hasta que, al final, tuvo que bastar una reliquia de mártir para consagrar un altar. Lo que al principio había sido una formación espontánea, origen y sello de una alianza de confesores cristianos, pasó ahora a ser fórmula y ceremonia. También el bautismo, en cuya ocasión se confesaba un símbolo de la fe, era administrado sobre las tumbas de los mártires, hasta que más tarde se construyó el baptisterio encima de ellas, o se daba sepultura a los fieles debajo del baptisterio en señal de que habían muerto por la fe del bautismo. Una cosa daba origen a otra y casi toda la traza y figura de los ritos eclesiásticos occiden-

tales se originó de esta profesión de fe y culto de los sepulcros[1].

Había mucho de conmovedor en este pacto de fidelidad y obediencia sellado sobre los sepulcros de los mártires. Cuando los cristianos, como refiere Plinio, se reunían antes del alba para cantar himnos a su Cristo como a un dios, y obligarse por el sacramento como por un juramento a la pureza de las costumbres y el cumplimiento de sus deberes morales, el sepulcro silencioso de su hermano debía adquirir los contornos de elocuente símbolo de la perseverancia hasta la muerte y, más todavía, de pilar inconmovible de su fe en la resurrección que su señor y maestro había alcanzado como el primero de los mártires. La vida terrena debía parecerles pasajera, la muerte una gloriosa y deseable imitación de la muerte de su maestro, y la vida futura casi más segura que la presente; y, en efecto, son convicciones de esta índole las que inspiran los más antiguos escritos cristianos. Por otra parte era inevitable que de esta manera se despertase a destiempo el amor al martirio, corriendo algunos, hartos ya de la efímera vida terrestre, y con un celo a menudo inútil, tras el bautismo de sangre y fuego en procura de la corona de los mártires de Cristo. También era inevitable que las reliquias de los difuntos fuesen objeto de un culto poco menos que idolátrico y que se abusase de ellas de modo supersticioso para expiaciones, curaciones y otras obras milagrosas; ni menos pudo faltar, finalmente, que este puñado de héroes cristianos ocupase al poco tiempo todo el cielo eclesiástico y que, como sus restos mortales habían sido conducidos con adoración a la nave de la iglesia, también sus almas desalojaran de sus sitiales a todos los otros bienhechores de la humanidad, lo que fué el comienzo de una nueva mitología cristiana. ¿A qué mitología me refiero? Pues, a la que vemos en los altares y leemos en las leyendas.

2. Puesto que, en el cristianismo, todo se basa en una profesión de fe, esta fe en un símbolo, y este símbolo en la tradición, para salvaguardar el orden y tener las riendas en la mano se requerían cualidades milagrosas o una férrea disciplina eclesiástica antes que nada. Con esta institución creció la autoridad de los obispos, y a fin de mantener la unidad en la fe, es decir, la cohesión de muchas comunidades, se necesitaban los concilios y sínodos. Si en éstos no se llegaba a un acuerdo o se suscitaba alguna oposición en otras regiones, se recurría a obispos que gozaban de gran autoridad en calidad de árbitros, y finalmente era inevitable que entre varios de estos aristócratas apostólicos se destacara un aristócrata preeminente. ¿Y

[1] Véase Ciampini, Aringhii, Binghams y otras obras a este propósito. Una historia de estas cosas escrita a la luz de las iglesias más antiguas y monumentos, lo demostraría todo con claridad meridiana.

quién podía ser este tal? El obispo de Jerusalén era demasiado pobre y su sede demasiado distante; su ciudad había soportado enormes desgracias y su obispado estaba rodeado por demasiados obispos también apostólicos; estaba sentado en el monte Gólgota como fuera de la esfera del dominio mundial. Venían destacándose los obispos de Antioquía, Alejandría, Roma y, finalmente también, Constantinopla, y de ese estado de cosas se siguió naturalmente y por gravitación propia que el obispo de Roma prevaleciese sobre todos ellos, incluso el más celoso de sus émulos, el obispo de Constantinopla. Éste se hallaba demasiado cerca del trono del emperador que le podía entronizar y destituir a discreción, y por lo tanto no pudo llegar a ser más que un magnífico obispo de la corte imperial. Por otra parte, desde que el emperador había abandonado Roma trasladándose a los confines de Europa, se combinaban mil circunstancias para conferir a esta vieja capital del mundo el primado de la Iglesia. Los pueblos estaban habituados hacía siglos a reverenciar el nombre de Roma, y en la ciudad misma se creía que sobre sus siete colinas tenía su trono un eterno espíritu de dominio del orbe. En Roma habían dado testimonio tantos mártires según los registros de la Iglesia, y aquí habían alcanzado la corona del martirio los más grandes apóstoles, Pedro y Pablo. Es así como desde tiempos muy antiguos tomó cuerpo la leyenda del obispado de Pedro en esta antigua Iglesia apostólica, y pronto se supo probar el testimonio inconmovible de sus sucesores. Ahora bien: como a este apóstol le habían sido entregadas las llaves del reino de los cielos y sobre su confesión de fe se fundaba la roca inconmovible de la Iglesia, era muy natural que Roma ocupase el lugar de Jerusalén o Antioquía y se aprestase a ser la Iglesia madre de la cristiandad. Muy pronto el obispo de Roma precedió en los honores a otros más eruditos y poderosos, hasta en los concilios, donde se le concedió la presidencia, y en las controversias, donde se le reconocía como árbitro pacífico, y lo que por mucho tiempo había sido consulta voluntaria, con el tiempo se fué convirtiendo en apelación, considerándose su doctrina como una decisión. La situación de Roma en el centro del orbe romano ponía a disposición de su obispo amplio espacio en dirección al oeste, sur y norte para aconsejar y organizar, tanto más cuanto que el trono imperial griego estaba demasiado distante, y pronto también fué demasiado débil para impedírselo de manera apreciable. Las hermosas provincias del Imperio Romano, Italia con sus islas, África, España, Galia y parte de Alemania, donde el cristianismo llegó pronto, requerían su ayuda y consejo. Más al norte estaban los bárbaros cuyas áridas regiones poco después habrían de convertirse en tierra fértil para la cristiandad; en todas partes había aquí más que hacer y ganar, y con menos competencia por parte de otros, que en las antiguas pro-

vincias orientales sembradas de viejos obispados que por controversias especulativas, contradicciones y contiendas, pronto también por la tiranía rastrera de los emperadores, y finalmente por las invasiones de las árabes mahometanos y otros pueblos más salvajes aún, se transformaron en tierra desolada. La rudeza bonachona de los bárbaros europeos convenía mucho más al obispo de Roma que la perfidia de los más civilizados griegos o el entusiasmo exaltado de los asiáticos. El cristianismo que allí se parecía a un mar agitado rayano en ocasiones en el delirio de la razón humana, se fué normalizando en una región más templada gracias a los cánones y ordenaciones de Roma, sin los cuales es probable que también aquí todo hubiera caído en el letargo que al cabo de esfuerzos frenéticos hemos podido observar en Oriente.

Es indudable que el obispo de Roma hizo mucho a favor del mundo cristiano; fiel al nombre de su ciudad, conquistó el mundo no sólo por medio de conversiones, sino que con la ayuda de leyes, moralidad y costumbres lo gobernó por más tiempo y de manera más eficiente y penetrante que la Roma antigua su Imperio. La sede romana nunca hizo gala de erudición; cedió este privilegio a otras, como por ejemplo a las de Alejandría, Milán y hasta Hipo o a quienquiera lo pretendiese; en cambio, reinar también sobre las sedes más doctas y gobernar el orbe no por la filosofía, sino por prudencia política, tradición, derecho eclesiástico y costumbres, ésta fué obra suya y debía serlo dado que los propios pilares en que descansaba no eran sino las costumbres y la tradición. Es así como salieron de Roma esas numerosas ceremonias de la Iglesia de Occidente que se relacionaban con la celebración de las festividades, la jerarquía clerical, la ordenación de los sacramentos, las oraciones y sacrificios por los difuntos, los altares, cálices, candelabros, ayunos, veneración de la madre de Dios, celibato de sacerdotes y monjes, invocación de los santos, culto de las imágenes, procesiones, funerales, campanas, canonizaciones, la transubstanciación, la adoración de la hostia, etcétera, costumbres que se originaron a menudo de la concepción exaltada de los orientales, o de causas históricas del pasado, o también de circunstancias locales del Occidente, sobre todo de Roma, donde poco a poco fueron incorporadas al gran ritual eclesiástico[1].

Éstas eran las armas que ahora conquistaron el mundo, las llaves omnipotentes del reino de los cielos y de la tierra. Ante ellas se inclinaban pueblos que, por lo demás, eran diestros en el uso de la espada; para ellos, las costumbres romanas servían mejor que las

[1] Dudo de que sin conocimientos muy exactos de las condiciones locales sea posible una historia perfectamente fiel de estas instituciones y costumbres, que tenga también en cuenta el carácter nacional; a menudo se busca debajo de la tierra lo que enseña una simple inspección ocular de la misma Roma.

especulaciones orientales. Verdad es que esta legislación eclesiástica contrasta de manera terrible con el arte político de los antiguos romanos; pero al fin de cuentas se encaminaba a transformar más y más el pesado cetro en el más benigno báculo de pastor y los usos bárbaros de naciones paganas en un derecho cristiano más humano. El supremo pastor de Roma que se había labrado su posición a costa de tantos trabajos, tuvo que preocuparse más que ninguno de sus colegas occidentales y orientales por el Occidente, aunque a veces contra su propia voluntad, y si la propagación del cristianismo es de por sí un mérito, éste lo obtuvo en alto grado. Sus embajadas y providencias hicieron reinos cristianos de Inglaterra, la mayor parte de Alemania, los reinos escandinavos, Polonia y Hungría; más aún, es también su obra, en mancomunidad con otros, que Europa no haya sido absorbida para siempre por los hunos, sarracenos, tártaros, turcos y mongoles. Si todos los linajes de emperadores, reyes, príncipes, barones y caballeros tuviesen que legitimar los méritos que en otros tiempos los llevaron al gobierno de los pueblos, el gran lama de la triple tiara en Roma, llevado en hombros de pacíficos sacerdotes, podría bendecirlos a todos con el crucifijo diciéndoles: "Sin mí jamás hubiérais llegado a ser lo que sois". También la salvación de los tesoros de la Antigüedad es obra suya, y bien merece Roma seguir siendo un silencioso templo conmemorativo de estos valores salvados.

3. La Iglesia de Occidente se fué formando, por consiguiente, de manera local, lo mismo que en Oriente. Lo que en Oriente había sido Egipto, aquí lo fué el África cristiana, donde, al igual que allí, se originaron doctrinas propias, en este caso africanas. Los términos duros en que hablaron Tertuliano de la reparación por los pecados, Cipriano de la penitencia de los pecadores y Agustín de la gracia y el libre albedrío, ingresaron en el sistema de la Iglesia, pues aunque el obispo de Roma solía optar por un curso moderado en sus disposiciones, le faltaba unas veces la erudición, y otras la autoridad necesaria para timonear la nave de la Iglesia por todo el océano de las doctrinas. Así, por ejemplo, Agustín y Jerónimo trataron con excesiva dureza al erudito y piadoso Pelagio; Agustín luchaba contra los maniqueos con otro maniqueísmo, sólo que mucho más refinado, y lo que en este hombre extraordinario no era muchas veces más que el primer ímpetu de la polémica o un producto de la imaginación, ingresó con llama demasiado viva en el sistema doctrinario de la Iglesia. A pesar de esto, descansad en paz también vosotros, *valientes guerreros de lo que llamabais la unidad de la fe; vuestra* difícil obra está ya acabada y tal vez sea ya demasiado prolongado e intenso el influjo que vuestra doctrina ejerció a través de todas las épocas cristianas.

Todavía tengo que hacer mención de una orden religiosa, la primera que fué introducida en Occidente: los benedictinos. La buena estrella de Europa quiso que su clima resistiese a todas las tentativas de dar carta de ciudadanía a la vida monástica del Oriente en estas regiones, hasta que, finalmente, con el apoyo de Roma se introdujo en Montecasino esta orden de tendencia moderada. Alimentaba y vestía a los monjes mejor de lo que se estilaba en el Oriente caluroso y dado a los ayunos y penitencias. Su regla, redactada primitivamente por un lego para legos, prescribía también el trabajo, y fué esto en particular lo que hizo beneficiosa su actuación para no pocas regiones desiertas y salvajes de Europa. ¡Cuántos hermosos parajes poseen los benedictinos en todos los países, cultivados, en parte, por ellos mismos! También en todos los géneros literarios hicieron cuanto pudo hacer la laboriosidad monástica. Algunos hombres escribieron una biblioteca entera y hay congregaciones en pleno que se fijaron como deber el comentario y la edición de numerosas obras, especialmente medievales, roturando y cultivando de esta manera también los eriales de la literatura. Sin la orden de Benito la mayor parte de los escritos de la Antigüedad tal vez se hubiera perdido para nosotros, y en materia de santos abades, obispos, cardenales y Papas, el número de los que produjo esta orden con las obras que realizaron puede llenar él solo toda una biblioteca. Sólo Gregorio Magno, un benedictino, hizo más de lo que diez gobernantes clericales y seculares pudieran hacer, y también la conservación de la antigua música litúrgica que tanto influjo ejerció sobre las almas de los hombres, se la debemos a esta orden.

No pasamos más adelante, pues para tratar de lo que el cristianismo obró entre los bárbaros, es menester que consideremos primero a éstos que ahora se vuelcan en grandes masas sobre el Imperio Romano, para fundar sus reinos comúnmente confirmados por Roma. Y luego veremos lo que de ahí se sigue para la historia del género humano.

LIBRO DÉCIMOCTAVO

UNA marea alta, confluencia de violentos torrentes montañosos, retenida por largo tiempo en una represa o desviada aquí y allá con frágiles diques improvisados, que finalmente irrumpe irresistible inundando la campaña, oleada tras oleada, torrente tras torrente, hasta que todo se confunde en un mar agitado que encauzándose lentamente deja tras de sí huellas de destrucción por doquier, mas luego también florecientes campiñas fertilizadas a su paso, tal fué y así obró la famosa invasión de los bárbaros, irrupción de los pueblos nórdicos en las provincias del Imperio Romano. Por largo tiempo estas naciones habían sido hostigadas, retenidas o también dirigidas en tal o cual dirección en calidad de pueblos aliados o mercenarios, engañándoselos y abusando de ellos a menudo; pero finalmente se tomaron su derecho por su propia mano, exigieron o conquistaron sus posesiones y, en parte, se desplazaron unos a otros. No debemos, por lo tanto, fijarnos mucho en los títulos legales que cada uno de estos pueblos pudiese ostentar sobre el país que le fuera asignado o conquistado por él [1], sino más bien en el uso que hacía de su país y la nueva organización que Europa adquirió por medio de ellos. Por todas partes se injertaron nuevos pueblos, ¿qué frutos dieron y qué retoños a la humanidad?

1 Una descripción exacta de esos movimientos de pueblos e invasiones con sus fronteras a menudo variables, véase en sucinta revista en GATTERER; *Abriss der Universalgeschichte,* Göttingen 1773, p. 449 y s. Más detalles en MASCOU, *Geschichte der Deutschen,* Leipzig 1727, 1737. KRAUSE, *Geschichte der wichtigsten Begebenheiten des heutigen Europa,* etc.

I

LOS REINOS DE LOS VISIGODOS, SUEVOS, ALANOS Y VÁNDALOS

Dos ministros de Estado traidores de los Imperios oriental y occidental, Rufino y Estilicón, llamaron a los visigodos al Imperio para devastar aquí Tracia y Grecia, allí Italia. Alarico asedió a Roma, y como Honorio no cumpliese la palabra dada, fué conquistada dos veces y finalmente saqueada. Cargado de botín, el rey de los visigodos siguió hasta el estrecho de Sicilia y tenía planeada la conquista del África, el granero de Italia, cuando la muerte puso fin a la serie de sus victorias. El valiente bandido fué sepultado en medio de un río cargado de joyas. Para alejar a su sucesor Adolfo (Ataúlfo) de Italia, el emperador lo dirigió a Galia y España contra los vándalos, alanos y suevos que las habían invadido. Nuevamente engañado y casado finalmente con Placidia, hija del emperador, fundó allí el primer reino visigodo. Suyas eran las hermosas ciudades de Narbona, Tolosa y Burdeos, y algunos de sus sucesores expandieron su dominio en Galia. Mas como allí estuviesen demasiado próximos a los francos y los obispos católicos del país les fuesen hostiles y traidores, dirigieron sus armas victoriosas más allá de los Pirineos, donde al cabo de largas guerras con alanos, suevos y vándalos, y después de haber arrojado a los romanos completamente de esa parte del mundo, entraron por fin en posesión de la hermosa península de España y Lusitania con una parte del sur de Galia y de la costa africana.

Nada tenemos que decir de los ciento setenta y ocho años que duró el reinado de los suevos en España; tras una serie de saqueos y desgracias se pierde en el anonimato en medio del reino godohispano. Más dignos de mención fueron los visigodos tan pronto como llegaron a esta región. Todavía en la Galia, siendo Tolosa la sede de sus reyes, Enrico hizo redactar un código de derecho[1], y su sucesor Alarico hizo compilar un código a base de leyes y escritos de jurisperitos romanos que fué el primer *corpus iuris* bárbaro[2]. Más de un extracto de las leyes romanas estuvo en vigencia entre varios pueblos germánicos, borgoñones, anglos, francos y longobardos, con lo cual se salvó también parte de la legislación de Teo-

1. PITHOEI, *Codex legum Wisigothor.* Par. 1579.
2. SCHULTING, *Jurisprud. Ante-Justinian,* p. 683. GOTHOFREDI, *Proleg. Codex Theodos,* c. 6-7.

dosio por más que los godos prefiriesen quedarse con sus propias leyes y derechos. Al otro lado de los Pirineos se encontraron con un país que bajo los romanos había sido provincia floreciente, llena de ciudades, organizaciones y comercio. Cuando en Roma todo hubo sucumbido ya por el lujo, España pudo todavía dar a la capital del mundo una serie de hombres célebres [1] que mostraban ya entonces en sus escritos algunos rasgos del carácter hispánico. Por otra parte, también el cristianismo había llegado temprano a España, y como el espíritu de este pueblo fuese muy proclive a las aventuras y hazañas descomunales, a causa de una curiosa mezcla de naciones y a la situación apartada de la región, y se complacía tanto en leyendas milagrosas y penitencias, continencia y vida anacoreta, ortodoxia y martirio, y pompa litúrgica de santos sepulcros, España también por su situación geográfica se convirtió pronto en verdadero baluarte del cristianismo. Desde aquí resultaba fácil consultar o enseñar unas veces al obispo de Roma, otras al de Jerusalén o Hipo; aun se podía ir en busca de herejes fuera del país y perseguirlos hasta Palestina. Desde el primer día, pues, los españoles fueron enemigos jurados de los herejes y dieron crueles pruebas de su ortodoxia sobre las espaldas de los priscilianos, maniqueos, arrianos, judíos, pelagios y nestorianos, etcétera. La jerarquía ya muy antigua de esta península apostólica con sus obispos, sus frecuentes y severos concilios, sirvieron de ejemplo a la misma Santa Sede, y si en tiempos posteriores el Imperio Franco sostuvo al supremo pastor con su brazo secular, siempre será verdad que los españoles lo sostuvieron antes con el brazo espiritual. En este reino lleno de cultura antigua y con una Iglesia firmemente constituída hicieron su entrada los godos, arrianos ingenuos e incapaces de resistir la prisión de los obispos católicos. Por largo tiempo trataron de no doblar la cerviz; se armaron tanto de paciencia como de persecuciones y tendieron a la unión de las dos Iglesias. Todo fué en vano, porque la Iglesia romana nunca dió el brazo a torcer y por fin, en varios concilios de Toledo, los arrianos fueron tan duramente condenados somo si nunca un rey de España hubiese sido adepto de esta secta. Muerto el rey Leovigildo, último representante del tesón de los godos, su hijo Recaredo entró en componendas con la Iglesia católica, y he aquí que al punto la legislación del reino, promulgada en la asamblea de los obispos, adquiere carácter episcopal y monástico. Comienzan a regir los castigos corporales, aborrecidos por los germanos; pero sobre todo se hacé visible un espíritu persecutorio de las herejías mucho antes de que se conociera el nombre de Inquisición [2].

[1] Lucano, Mela, Columela, los dos Sénecas, Quintiliano, Marcial, Floro y otros son españoles. Véase VELÁSQUEZ, *Historia del arte poético español,* Göttingen 1769, p. 3 y ss.

[2] Los decretos del concilio se encuentran en la colección "España Sagrada",

Fué así como los godos se establecieron de modo imperfecto y forzado en este hermoso país donde, rodeados de montañas y mares, podrían haber formado un Imperio magnífico y duradero, si no les hubiera faltado para ello inteligencia y valor y no se hubiesen rendido al clima ni a la Iglesia. Mas ahora, aquel torrente que bajo Alarico tronaba a través de Grecia e Italia, hacía mucho que había perdido su empuje; ya estaba domado el espíritu de Adolfo que había jurado arrasar a Roma para edificar sobre sus ruinas una nueva ciudad de los godos como capital del mundo, pues se había dejado desplazar a un rincón del Imperio y había compartido el lecho nupcial con una Placidia. La conquista progresó a paso lento ya que eran germanos los que compraban las provincias de otros germanos a precio de sangre; y cuando al cabo de una lucha no menos prolongada con la Iglesia, se encontraron finalmente dos extremos tan opuestos como eran los obispos y los notables del reino, estaba perdida la causa de la fundación de un firme reino de los godos en España. Mientras tanto los reyes de este pueblo eran elegidos por la nación, los obispos hicieron hereditaria la dignidad real y divinizaron su persona. Los concilios se fueron transformando en dietas y los obispos en la suprema clase social del reino. Los grandes de la corte perdían su lealtad en medio del lujo y la molicie; los guerreros otrora valerosos, entre quienes se habían repartido las tierras, iban decayendo en *medio de sus residencias opulentas; y los reyes perdían su moralidad* y sus virtudes a causa de sus privilegios basados en la religión. Sin defensa, pues, el reino estaba al alcance de la mano de cualquier enemigo, viniera de donde viniera; y cuando vino finalmente desde África, le precedía tal pavor que después de una sola batalla afortunada los árabes acometiendo en masa se apoderaron en dos años de la mayor y más hermosa parte de España. Varios obispos renegaron de la fe; los opulentos grandes del reino se rindieron, huyeron o cayeron en el campo de batalla. El reino proyectado para basarse en el valor personal y el fervor patriótico de sus godos sin Constitución formal, quedó inerme apenas este valor y lealtad hubieron desaparecido. Puede que la disciplina eclesiástica y el ritual encuentren mucho que aprender en los concilios españoles; por lo que se refiere a la constitución del país, Toledo siempre había sido su muerte y siguió siéndolo por largo tiempo[1].

Cuando luego el valiente puñado de godos sobrevivientes, derrotados y engañados, volvió a salir de sus montañas para recuperar a

etc., y además en FERRERA, *Historia de España*. La legislación visigoda, en PHITOUS y LINDENBROG, *Cod. leg. antiq.* y otros.

[1] No pude ver personalmente las investigaciones propias de cierto autor sueco sobre las causas de la pronta decadencia de este reino. Iserhielm, por su parte, en su obra *De regno Westro-Gothorum in Hispania*, Upsala 1705, no contiene más que declamaciones académicas.

duras penas en setecientos a ochocientos años y tres mil setecientas batallas lo que había perdido en dos años y una batalla decisiva, ¿qué otra cosa podía ser ese espíritu godo-cristiano curiosamente mezclado, sino su propia sombra que volvía del sepulcro? Ahora eran cristianos viejos los que reconquistaron de los sarracenos paganos su tierra por tanto tiempo profanada, y cada iglesia que lograban consagrar de nuevo, significaba para ellos un precioso botín de guerra. Obispados y monasterios sin número se renovaron o fundaron, lo que era considerado como una corona apetecible del honor de caballeros y cristianos; y puesto que la reconquista marchaba a paso lento, hubo tiempo de sobra para consagrar y levantar lo hecho hasta las nubes. A esto se añadió que la reconquista coincidiese en su mayor parte con el máximo florecimiento de la orden de caballería y el papado. El rey se hizo donar, como feudo del Papa, algunos reinos arrebatados a los moros para gobernarlos como hijo fiel de la Iglesia. Por todos lados fueron obispos sus corregentes, y los caballeros cristianos que le habían ayudado a conquistar el reino se hicieron grandes y ricos hombres, alta aristocracia que compartía con su rey el nuevo reino cristiano. Si bajo los antiguos ortodoxos se persiguió a judíos y arrianos, se trataba ahora de judíos y moros, de suerte que el país otrora floreciente se convertía poco a poco en un ameno desierto. Todavía ahora están en pie los pilares de esta constitución goda y neogoda de un Estado cristiano en España. El correr de los tiempos añadió alguna que otra cosa sin poder cambiar el plano y los fundamentos del edificio. El rey católico ya no reside al lado del trono episcopal en Toledo y la santa Inquisición ha sido desde su origen más bien un instrumento del despotismo que de la ciega devoción; pero en cambio se erigieron en este recluído y romántico país de Quijotes exaltados tantos y tan perdurables castillos que al parecer los restos de Santiago de Compostela están mejor defendidos que el mismo sepulcro de San Pedro en Roma. Más de cincuenta arzobispos y obispos y más de tres mil monasterios, en su mayor parte ricos, reciben las ofrendas de un reino que propagó su ortodoxia a sangre y fuego, con engaños y grandes mastines hasta otros dos Continentes; sólo en Hispanoamérica están entronizados casi otros tantos arzobispos y obispos con todo el esplendor de la Iglesia. En cuanto a las obras espirituales de la literatura española, en seguida después de los romanos se inician poetas, polemistas y canonistas cristianos, a los que sigue luego tal legión de exegetas y narradotes de leyendas que hasta las farsas y comedias, las danzas y corridas de toros no saben arreglarse sin cristianismo. El derecho godo-episcopal se ha entrelazado tan íntimamente con el derecho canónico-romano, y todo el ingenio de la nación se volcó y aguzó en esta tarea de tal manera que también aquí se nos presenta un desierto que produce espinas

y abrojos en vez de frutos [1]. Aunque, en parte, no queda más que la sombra de aquellos altos funcionarios de la corte y corona que entre los godos eran al principio, como en otros pueblos germánicos, cargos personales, los que, empero convertidos en dignidades del Imperio chuparon la sangre de la nación durante cinco siglos, habiendo sabido el poder real arreglarse con el Papa, abatir el orgullo de los grandes y restringir su poder, con todo, porque principios antagónicos de esta índole forman el fundamento del Estado integrando el carácter de la misma nación, este hermoso país seguirá siendo todavía por mucho tiempo una versión algo mejorada y europeizada del África, un Estado cristiano entre godo y morisco.

Arrojados de España por los visigodos, los vándalos se habían marchado con el resto de los alanos al África donde fundaron la primera cueva de ladrones cristiana, más próspera y poderosa que cualquiera de sus sucesores mahometanos. Genserico, uno de los bárbaros más valerosos que pisaron la tierra, ocupó al frente de un puñado de hombres en pocos años toda la hermosa costa africana desde el estrecho hasta el desierto de Libia y creó un poderío naval con el cual este león de Numidia saqueó todas las costas del Mediterráneo, desde Grecia e Iliria, más allá de las columnas de Hércules hasta Galicia, se apoderó de las Baleares, Cerdeña y parte de Sicilia, y saqueó a Roma, la capital del mundo, durante diez días tan lenta y esmeradamente que llegó a su segunda Cartago feliz y contento con el techo de oro de Júpiter, el antiguo botín del templo judío, incalculables tesoros de joyas y obras de arte que sólo en parte le fueron arrebatados por el mar, gran multitud de prisioneros que ni sabía dónde dejar, una emperatriz secuestrada y sus dos hijas. A la hija mayor del emperador, Eudoxia, la dió en matrimonio a su hijo; a la otra la remitió con su madre de vuelta a Roma y era, por lo demás, un monstruo tan inteligente y valiente que fué juzgado digno de ser amigo y aliado del gran Atila que conquistaba, imponía tributos y aterraba al mundo desde el Lena en Asia hasta más allá del Rin. Justo para con los sumisos, de austeras costumbres y refrenadas pasiones, moderado y cruel sólo en arranques de ira o cuando le embargaba una sospecha, siempre activo, siempre vigilante y afortunado, vivió Genserico su larga vida y dejó a sus dos hijos un reino floreciente en el cual estaban coleccionados los tesoros del Occidente. Su última voluntad determinó la suerte de todo el reino; según ésta, debía gobernar siempre aquel descendiente de su linaje que fuese de más edad, porque tendría más experiencia. Con esto

[1] Son legión los comentaristas españoles tanto del derecho romano como de las Siete Partidas, Leyes de Toro, autos y acuerdos del Consejo Real; en ellos se agotó la agudeza de ingenio de la nación.

entregó a su descendencia la manzana de eterna discordia y asesinatos. Ningún miembro de su familia que fuese el de más edad tenía, desde entonces, seguridad alguna de sobrevivir, porque todos los de menor edad trataban de llegar a ser los más viejos. Hermanos y primos se asesinaban entre ellos, cada cual temía o envidiaba al otro, y como el espíritu del fundador no habitaba en ninguno de sus descendientes, los vándalos se hundieron en toda la opulencia y pereza de que es capaz la tierra africana. Su campamento permanente, institución creada para que se conservase siempre lozano el ánimo guerrero, se convirtió en campamento de juegos y lascivia, y apenas habían pasado otros tantos años como los que gobernó Genserico, cuando todo el reino fué aniquilado en una expedición de guerra. El octavo rey Gelimero fué conducido con todos los tesoros a Constaninopla donde fué exhibido en un triunfo de bárbaro esplendor, y murió luego como labrador; sus vándalos prisioneros fueron llevados a castillos en la frontera persa, y el resto de la nación se perdió. Como un castillo encantado de oro y plata desapareció este reino descomunal del cual todavía se pueden encontrar monedas en tierra africana. Los objetos de culto del templo judío que Genserico había robado de Roma, fueron llevados en triunfo por tercera vez a Constantinopla; volvieron luego a Jerusalén como obsequio para una iglesia cristiana y más tarde, según parece, fueron fundidos en monedas que llevaban grabada una sentencia árabe y dispersados por todo el mundo. Así van peregrinando los sagrarios; los reinos desaparecen, los pueblos y tiempos cambian. Hubiera sido de gran importancia que el reino vándalo se conservase en África; gran parte de la historia europea, asiática y africana, más aún, toda la trayectoria de la cultura europea hubiera sido otra. Hoy, en cambio, la memoria de este pueblo apenas se la conoce todavía por el nombre de una provincia española[1].

II

LOS REINOS DE LOS OSTROGODOS Y LONGOBARDOS

Antes de tratar de estos reinos, necesitamos fijar nuestra atención por un momento en un meteoro en el cielo de Europa, el flagelo de Dios y terror del orbe, Atila, el rey de los hunos.

[1] MANNERT, *Geschichte der Vandalen*, Leipz. 1785, ensayo de juventud, no desprovisto de mérito, de ese autor que se formó un monumento imperecedero con su *Geographie der Griechen und Römer*.

Hemos notado ya cómo en realidad fué la invasión de los hunos la que puso a los pueblos germánicos en marcha para su último gran movimiento que dió muerte al Imperio Romano; bajo Atila alcanzó el poderío de los hunos en Europa su más terrible grandeza. Los emperadores de Oriente le eran tributarios; los despreciaba como a esclavos de sus siervos, se hizo pagar anualmente dos mil cien libras de oro, mientras él mismo sólo vestía de lino. Godos, gépidos, alanos, hérulos, acacirios, turingios y eslavos le servían; pero él vivía en la Panonia del norte en un caserío rodeado por el desierto y habitaba en una casa de madera[1]. Sus compañeros y comensales bebían en cálices de oro; él usaba una copa de madera y no llevaba oro ni piedras preciosas en su ornato, ni en su espada y las riendas de su caballo. Ecuánime y justo, sumamente benigno para con los sumisos, pero desconfiado con sus enemigos y orgulloso con los romanos orgullosos, incitado tal vez por el rey de los vándalos Genserico, partió de repente con un ejército de quinientos a setecientos mil hombres de todas las naciones, se dirigió hacia Occidente, cruzó Alemania al vuelo, pasó por el Rin y arrasó hasta la mitad de Galia. Todos temblaban ante él hasta que, por fin, se reclutó un ejército entre todos los pueblos occidentales que se le opuso. Estratega astuto, Atila se retiró a los Campos Cataláunicos, donde tenía cubierta la retirada. Romanos, godos, lacios, armóricos, bretones, borgoñones, sajones, alanos y francos se habían unido contra él, y él mismo dirigió la batalla. El encuentro fué sangriento; el rey de los visigodos cayó en el campo de batalla, hubo gran número de bajas y al fin fueron menudencias las que decidieron. Atila se retiró cruzando el Rin sin que nadie le persiguiera y al año siguiente pasó los Alpes con nuevas fuerzas, recorrió Italia, destruyó Aquileya, saqueó Milán, incendió Pavía y se encaminó a Roma para acabar con todo el Imperio Romano. Aquí le salió al encuentro suplicante León, el obispo de Roma, implorando que perdonara a la ciudad; viajó también a Mantua, campamento de Atila, para rescatar Italia a fuerza de ruegos. El rey de los hunos volvió sobre los Alpes y se estaba aprestando a vengarse de la batalla perdida en Galia, cuando lo sorprendió la muerte. Llorando a lágrima viva, sus hunos le dieron sepultura; con él declinó su terrible poderío. Su hijo Ellac murió poco después, el Imperio se desintegró y el resto de su pueblo volvió al Asia o se perdió. Es el rey Etzel, mencionado en los cantares de

[1] Los rasgos de la personalidad de Atila son tomados en su mayor parte de un mensaje de Prisco a él, por lo cual no parece que permitan sacar conclusiones ciertas respecto de toda su vida. Algunos comentarios a este propósito y sobre las costumbres de estos pueblos fueron compiladas por F. C. I. Fischer con ocasión de su hallazgo del poema *De prima expeditione Attilae*, Lips. 1780, en sus anotaciones del mismo, y también en el artículo: "Costumbres y usos de los europeos en los siglos quinto y sexto", Francfort, 1784.

varios pueblos germánicos, el héroe ante cuya mesa cantaban los poetas de varias naciones las gestas de sus mayores; también es el monstruo al que monedas y retratos atribuían cuernos y cuyo pueblo entero era descrito como una raza de demonios y alrunas. Afortunadamente, León hizo lo que los ejércitos no lograron hacer librando a Europa de la esclavitud de los calmucos; pues el ejército de Atila era un pueblo cuya cultura, costumbres y estilo de vida lo delataban como mongol.

Tenemos que hacer mención también del reino de los hérulos, por cuanto significaron el fin de todo el imperialismo occidental. Hacía mucho habían militado a sueldo de los romanos juntamente con otros pueblos germánicos, y como las crecientes penurias del Imperio no permitían pagarles el sueldo, se lo pagaron ellos mismos; una tercera parte del país les fué dada en Italia para su cultivo, y Odoacro, aventurero afortunado y caudillo de los escirros, rugienses y hérulos, fué el primer rey de Italia. Rómulo, el último de los emperadores, cayó en su poder, y como sintiese lástima de su juventud y figura, lo envió con una renta anual a una casa de campo de Lúculo en Campania. Durante diecisiete años gobernó Italia hasta Sicilia de manera digna aunque molestado por las peores calamidades públicas, hasta que el botín de tan hermosa posesión excitó la codicia de Teodorico, rey de los ostrogodos. Este joven héroe se hizo adjudicar Italia como reino por la corte de Constantinopla, venció a Odoacro, y éste, que no quiso atenerse a los términos de un arreglo humillante, fué asesinado. Éste fué el comienzo del reinado de los ostrogodos.

El fundador de este reino es Teodorico, conocido en la leyenda popular bajo el nombre de Teodorico de Berna, un hombre de elevada cultura y buenas intenciones, educado en Constantinopla como rehén y benemérito del Imperio de Oriente, que le había conferido ya la dignidad de patricio y cónsul y erigido en su honor una estatua delante del palacio imperial. Pero fué Italia el campo de su mayor gloria: un gobierno justo y pacífico. Desde los tiempos de Marco Antonio no había habido en esta parte del Imperio Romano un gobierno más sabio y benigno que el que ejerció Teodorico sobre Italia, Iliria, parte de Alemania y Galia, y como tutor también sobre España, a la vez que durante largo tiempo mantuvo el equilibrio entre visigodos y francos. No obstante el triunfo que le concediera Roma, no se arrogó el título de emperador, contentándose con el nombre de Flavio; pero, en cambio, ejerció todo el poder imperial, alimentó al pueblo de Roma, devolvió a la ciudad sus antiguos juegos, y como era arriano, envió al mismo obispo de Roma como delegado suyo a Constantinopla para tratar la causa del arria-

nismo. Mientras él gobernó, reinó la paz entre los bárbaros, porque los reinos visigodo, franco, vándalo y turingio estaban ligados con él por alianzas o vínculos de sangre. Bajo su gobierno, Italia se fué recuperando por cuanto promovía la agricultura y las artes, quedando a salvo las leyes y derechos de cada pueblo. Conservó y honró los monumentos de la Antigüedad, construyó magníficos edificios, aunque no del todo conforme al gusto romano, de los cuales tal vez haya tomado su nombre el arte gótico arquitectónico, y en su corte se daban cita todos los bárbaros. Hasta un lejano resplandor científico asomó bajo su gobierno; hasta el día de hoy son muy apreciados los nombres de sus más íntimos colaboradores Casiodoro, Boecio y Símaco; aunque los dos últimos hallaron un fin desgraciado por la sospecha de que maquinaban el restablecimiento de la independencia romana. Tal vez deba perdonarse al rey, entonces ya viejo, esta sospecha, pues no veía a su alrededor otro sucesor que un nieto de corta edad y sabía demasiado bien cuánto le faltaba todavía a su reino para tener una consistencia duradera. Ojalá se hubiese mantenido este reino de los godos, y la constitución espiritual y secular de Europa hubiese sido inspirada por un Teodorico en vez de un Carlomagno.

Mas ahora murió el gran rey, a los treinta y cuatro años de un gobierno prudente y activo, e inmediatamente salieron a luz los defectos inherentes a la constitución de todos los pueblos germánicos. Amalasuinda, la noble tutora del joven Adelrico, se vió impedida de llevar a cabo su educación por los grandes del Imperio, y cuando, muerto el niño, aceptó como corregente al aborrecible Teodato que la recompensó con la muerte, se había dado la señal de la rebelión entre los godos. Varios grandes pretendían el gobierno; el codicioso Justiniano se mezcló en la contienda, y Belisario, el general de sus ejércitos, cruzó el mar bajo el pretexto de liberar a Italia. Los godos, desunidos entre sí, son apremiados y engañados; la residencia de sus reyes, Ravena, es ocupada a traición, y Belisario vuelve a Constantinopla con los tesoros de Teodorico y un rey prisionero. Pronto la guerra se enciende de nuevo; Totila, el valiente rey de los godos, conquista dos veces Roma, pero perdona a la ciudad y la deja con las fortificaciones desmanteladas. Este Totila fué un segundo Teodorico que durante los once años de su gobierno dió mucho que hacer a los pérfidos griegos. Después de haber caído en una batalla y su yelmo junto con el vestido ensangrentado puesto a los pies del vanidoso Justiniano, el reino de los godos se acercaba a su fin, por más que se defendieron valerosamente hasta los últimos siete mil hombres. Subleva la historia de esta guerra, en la que de un lado luchaba el valor y la justicia, y del otro lado el fraude de los griegos, la avaricia y toda la bajeza de los italianos, de manera que, al fin, el eunuco Narses consiguió exterminar el reino que Teodorico había

fundado para bien de Italia, y sustituirlo por el mañoso y débil exarcado, causa de tantos males y desórdenes. También aquí, como en España, la religión y la constitución interna del Estado godo fueron la causa de su perdición. Los godos habían permanecido arrianos y la Sede Romana no podía tolerarlos tan cerca, y menos como amos del país; por consiguiente maquinó por todos los medios, aunque fuera desde Constantinopla, y con propio peligro, su caída. Añádase a esto que el carácter de los godos no se había mezclado todavía con el de los italianos; se los consideraba como a extraños y conquistadores y se prefirió a los pérfidos griegos, de quienes Italia tuvo que sufrir horrores ya durante la guerra de liberación, y hubiera sufrido más todavía si los longobardos no hubieran venido en su ayuda, aunque contra su voluntad. Los godos se dispersaron y su último resto cruzó los Alpes.

Los l o n g o b a r d o s merecían que el norte de Italia llevara su nombre, si ya no pudo llevar el de los godos. Justiniano los había llamado para que desde su Panonia se dirigieran contra los godos, y al fin se alzaron ellos mismos con el botín. Albuíno, príncipe cuyo nombre era alabado por varias generaciones germánicas, pasó los Alpes llevando consigo un ejército de mujeres, niños, ganado y enseres domésticos de varias tribus para habitar el país arrebatado a los godos en vez de devastarlo. Ocupó la Lombardía, y en Milán, elevado en un escudo de guerra, fué proclamado rey de Italia, pero murió poco después. El asesino había sido contratado por la esposa Rosamunda, la cual se casó luego con él y tuvo que huir. Como el nuevo rey elegido es soberbio y cruel, los grandes de la nación convienen en no elegir más reyes y dividirse el reino entre ellos. De esta manera se crean treinta y seis duques, con lo cual quedaba fundada la primera constitución lombardo-germana en Italia. Cuando más tarde la nación, obligada por la necesidad, volvió a elegir un rey, cada uno de los poderosos señores feudales siguió haciendo, no obstante, lo que se le antojaba. Hasta la misma elección de los señores feudales fué quitada a menudo al rey, y por último dependía del factor incierto de su autoridad personal que supiera o no dirigir y utilizar a sus vasallos. Así nacieron los ducados de Friul, Espoleto, Benevento, a los que pronto siguieron otros, porque el país estaba repleto de ciudades donde, aquí un duque, allá un barón, podían desempeñarse a gusto. Pero con esto el reino longobardo se iba debilitando, y hubiera sido más fácil barrerlo que al de los godos, si Constantinopla hubiera contado con un Justiniano, un Belisario y Narses. Pero tal como estaban las cosas, no les impidió su estado débil acabar con los restos del exarcado. Mas este paso les acarreó su ruina. El obispo de Roma no deseaba en Italia sino gobiernos débiles y divididos y los longobardos le parecían ahora demasiado cer-

canos y poderosos. Como no podía esperar ayuda de Constantinopla, Esteban pasó por los Alpes, halagó al usurpador del Imperio Franco, Pipino, con el honor de ser un protector de la Iglesia, le ungió rey legítimo de los francos y en cambio se hizo ceder, aun antes de la expedición conquistadora, las cinco ciudades y el exarcado que debían arrebatarse a los lombardos. El hijo de Pipino, Carlomagno, concluyó la obra comenzada por su padre, aplastó con su prepotencia el reino lombardo, en recompensa de lo cual fué proclamado por el Santo Padre patricio de Roma, protector de la Iglesia y, finalmente, cual si fuera inspiración del Espíritu Santo, emperador romano. A continuación se verán las consecuencias de esta proclamación para toda Europa; para Italia con esta pesca milagrosa de San Pedro más allá de los Alpes, se perdió el Imperio Lombardo que nunca le fué compensado. Durante los dos siglos que existió había cuidado de la población del país devastado y exhausto; había difundido orden, seguridad y bienestar por su honradez germánica, dejando a cada cual en libertad de vivir conforme a las leyes lombardas o las propias. La jurisprudencia de los lombardos era breve, formal y obligatoria; sus leyes seguían en vigor todavía cuando su reino ya se había derrumbado. También Carlomagno, su opresor, las respetó y sólo les añadió las suyas. En varias partes de Italia permanecían en vigencia como legislación común al lado de la romana, y encontraron admiradores y comentaristas también más tarde, cuando por orden del emperador se impuso el derecho justiniáneo.

Con todo esto no se quiere negar que particularmente la constitución feudal de los lombardos, que fué imitada por varias naciones europeas, acarreó a este Continente consecuencias desgraciadas. El obispo de Roma podía felicitarse de que, en un poder estatal dividido, vasallos que hacían de las suyas estuviesen ligados a su señor feudal con vínculos poco firmes. Conforme a la antigua máxima: "Divide y reina", se podía pescar en río revuelto. Era fácil sublevar a los duques, condes y barones contra sus señores feudales, y perdonando los pecados a los rudos vasallos y guerreros, era mucho lo que se podía ganar para la Iglesia. La constitución feudal fué para la nobleza no sólo pilar, sino también escalera por donde el funcionario estatal podía alcanzar propiedades hereditarias y hasta el mismo gobierno cuando la impotencia producida por la anarquía lo permitía. Tal vez para Italia no fué tan grande el daño, ya que en este país de cultura tan antigua, las ciudades, artes, industrias y comercio en la vecindad de griegos, asiáticos y africanos, nunca pudieron extinguirse del todo, ni suprimirse completamente el carácter romano, entonces todavía existente, aunque también en Italia las divisiones feudalistas dieron pábulo a las más terribles perturbaciones y fueron una de las causas principales por las cuales este hermoso país desde los tiempos romanos nunca pudo

llegar a una consistencia estable. En otros países veremos que la introducción formal del derecho feudal longobardo, del cual se encuentran gérmenes en todas las constituciones de los pueblos germánicos, surtió efectos mucho más funestos. Desde que Carlomagno tomó posesión de Lombardía y la distribuyó como herencia entre sus hijos; desde que por desgracia también el título de emperador romano fué llevado a Alemania, y este pobre país que nunca pudo reflexionar reposadamente para fijar su rumbo, se vió envuelto en un peligroso entrevero de relaciones feudales múltiples y diversas con Italia, desde entonces se implantó en varios países la constitución lombarda, y ciertamente no para bien de las regiones pobres en ciudades e industrias. Todo esto sucedió aún antes de que un emperador recomendase el derecho lombardo escrito y lo agregase al código justiniáneo. Finalmente, por ignorancia y prejuicios propios de la época, el derecho feudal lombardo se tomó por el derecho feudal del Imperio en general, y de esta manera vive aquel pueblo hasta el día de hoy en costumbres que propiamente fueron recolectadas de la ceniza de su reino [1].

Muchos elementos de esta constitución hallaron entrada también en el Estado de la Iglesia. Al principio los longobardos, lo mismo que los godos, habían sido arrianos. Pero después que Gregorio Magno supo darse maña para atraer a la reina Teodolinda, musa de su pueblo, a la verdadera Iglesia, la fe de los recién convertidos pronto se manifestó celosamente en buenas obras. Reyes, duques, condes y barones trataban de superarse mutuamente construyendo monasterios y dotando las iglesias de substanciosos patrimonios; la Iglesia romana poesía tales propiedades desde Sicilia hasta los Alpes. Pues, si los señores seculares adquirían sus feudos, ¿por qué los señores espirituales no habrían de hacer otro tanto, puesto que tenían que pensar en una descendencia perenne? Con su patrimonio recibía cada iglesia un santo como protector, y a estos patronos como intermediarios ante Dios había que resignarse por toda la eternidad. Sus imágenes y reliquias, sus festividades y oraciones obraban milagros; estos milagros producían nuevos donativos, de suerte que entre agradecimientos recíprocos y continuos de los santos por una parte, y los señores feudales, sus mujeres e hijos por otra, nunca se cerraban las cuentas. La misma constitución feudal pasó en cierta manera a la Iglesia. Así como el duque tenía sus privilegios ante el conde, así también el obispo que asesoraba al duque quería sus privilegios respecto de uno que sólo fuera obispo de conde. Por lo tanto, el arzobispado hacía de ducado, y los obispos de ciudades secundarias eran como sufragáneos de un du-

[1] Fuera de los autores que trataron la historia del derecho en general y en particular, es muy útil la *Historia de Nápoles* de Gianone para todas las leyes de los pueblos que dominaron en Italia. Una obra eximia en su género.

que espiritual. Los abades enriquecidos y que venían a ser los barones espirituales, trataban de sustraerse a la jurisdicción de los obispos y obtener la suya propia e inmediata. El obispo de Roma que de esta manera se convertía en emperador o rey espiritual concedía con largueza esta jurisdicción inmediata y preparaba el terreno para los principios que luego el falso Isidoro promulgaría para toda la Iglesia católica. Las muchas festividades, devociones, misas y cargos requerían un crecido número de ministros eclesiásticos; los tesoros obtenidos y el ornato litúrgico hecho al gusto bárbaro precisaban tesoreros y cuidadores, y los patrimonios necesitaban administradores; todo lo cual postulaba en último término a un amo protector espiritual y secular, es decir, un Papa y un emperador, siendo así el Estado como la Iglesia, organizaciones feudales a porfía. La caída del reino lombardo fué el nacimiento del papado y al mismo tiempo de un nuevo emperador, lo que dió a todo el estado de cosas de Europa una nueva conformación, pues lo que cambia la faz del mundo no son solamente las conquistas, sino sobre todo una nueva concepción de las cosas, nuevos órdenes, leyes y derechos.

III

LOS REINOS DE LOS ALAMANES, BORGOÑONES Y FRANCOS

Los alemanes eran uno de los pueblos germánicos más primitivos; al principio fueron simplemente los saqueadores de las fronteras romanas y los devastadores de sus castillos y ciudades. Cuando el Imperio Romano se fué derrumbando, se apoderaron de la parte oriental de la Galia, lo que junto con sus antiguas posesiones formaba un hermoso país al que ojalá le hubiesen dado una constitución igualmente hermosa. Pero los alamanes nunca se la dieron, porque fueron vencidos por el poderío franco. Su rey murió en la batalla, el pueblo se sometió y fué subyugado o dispersado hasta que obtuvieron a un duque propio, bajo la supremacía franca, pronto también el cristianismo, y finalmente una legislación escrita. Ésta todavía existe y demuestra el carácter sencillo y primitivo de este pueblo. Bajo los últimos merovingios les fué quitado también su duque, y luego la nación se perdió en la masa de los pueblos francos. Si es verdad que los alamanes son los primeros padres de la Suiza alemana, entonces hay que agradecerles el haber talado por segunda vez los bosques de esas montañas adornándolas por

todas partes con chozas, caseríos, castillos, torres, iglesias, monasterios y ciudades. Por esto no queremos pasar por alto a los apóstoles que los convirtieron, San Columbano y sus compañeros, uno de los cuales, San Galo, fué para toda Europa un nombre benéfico por la fundación de su monasterio. A este instituto de monjes irlandeses debemos la conservación de varios autores clásicos; su ermita en medio de los pueblos bárbaros fué, si no una sede de las ciencias, al menos una fuente de mejoramiento de la moralidad y brilla como un astro en esas regiones oscuras [1].

Los borgoñones se amansaron desde que fueron aliados de los romanos. Sirvieron en las fortalezas de éstos y mostraron también inclinación a la agricultura, artes y oficios. Cuando los romanos les cedieron una provincia en la Galia, mantuvieron su espíritu pacífico, se dedicaron al cultivo de los campos y la viticultura, talaron los bosques, y gracias a su situación favorable que últimamente se extendía hasta la Provenza y el lago de Ginebra, hubieran fundado, probablemente, un reino floreciente, si los orgullosos y rapaces francos, que vivían más al norte, les hubieran concedido para ello el espacio. Pero por desgracia, aquella Clotilde que trajo la fe cristiana a Francia, fué una princesa borgoñona, la cual, por vengarse de algunos crímenes cometidos por su familia, la arruinó juntamente con todo el reino paterno. Éste duró apenas un siglo, de cuya época se conservaron algunas leyes de los borgoñones y decretos de sus concilios eclesiásticos; pero sobre todo perpetuaron su nombre por el cultivo de las tierras del lago de Ginebra y en las provincias de Galia. Hicieron de estas regiones un paraíso en épocas tempranas, cuando otras estaban todavía sumidas en el salvajismo. Gundebaldo, su legislador, hizo reconstruir la arrasada Ginebra, cuyos muros protegieron por más de mil años una ciudad que en Europa tuvo más influencia que extensos países. En los territorios cultivados por ellos, más de una vez se inflamó el espíritu humano y dió vuelo a su imaginación. También bajo los francos los borgoñones se quedaron con su antigua Constitución; de ahí que fueran los primeros que en la decadencia de los carolingios eligieron su propio rey. Este nuevo Estado duró dos siglos y sirvió también a otras naciones de modelo para una organización independiente.

Ya es tiempo de hablar de un reino que fué la ruina de tantos

[1] Todo cuanto se refiere a Suiza de los reinos y pueblos que estamos tratando, tiene comentarios y juicios ponderados en JOHANN MÜLLER, *Historia de Suiza*, Leipzig 1786, etc., hasta el punto de que llamaría a este libro una biblioteca repleta de comprensión histórica. Creo que una historia de Europa escrita por este autor sería una obra única en su género.

otros, el reino franco. Al cabo de varias tentativas, lograron finalmente los comienzos precarios de aquel Estado de la Galia que venció primero a los alamanes, empujó luego a los visigodos hasta España, venció a los bretones en Armórica, sometió al reino de los borgoñones y destruyó cruelmente el Estado de los turingios. Cuando la dinastía decadente de los merovingios y de Clodoveo fué sustituída por los valerosos mayordomos *(maiores domus)*, Carlos Martel rechazó a los árabes y sometió a los frisones. Convertidos en reyes los mayordomos, pronto surgió Carlomagno, que destruyó el Imperio Lombardo, sometió España hasta el Ebro con Mallorca y Menorca, Alemania del sur hasta Panonia, y la del norte hasta el Elba y el Eider, se trajo de Roma el título de emperador y mantuvo obedientes con temor y temblor a los hunos y eslavos, pueblos limítrofes de su Imperio. Poderoso Imperio el suyo, el más poderoso que había surgido desde el de los romanos, e igualmente interesante para toda Europa en su ascensión como en su decadencia. ¿Cómo llegó el reino de los francos entre todos sus vecinos a esta pujanza extraordinaria?

1. La situación geográfica del país de los francos ofrecía mayor seguridad que cualquiera de las posesiones de sus hermanos emigrantes. No sólo que se había derrumbado ya el Imperio Romano cuando los francos invadieron Galia, sino que también los pueblos hermanos más valientes que les habían precedido estaban dispersados o en posesión de sus propios territorios. Vencer a los galos debilitados fué cosa fácil; éstos, quebrantados ya por tantas desgracias, se sometieron de buen grado al yugo, y se ahuyentó como una sombra al último resto de los romanos. Como Clodoveo se abría paso a empujones y con mano de tirano que no reparaba en la vida de ningún vecino que pudiese serle peligroso, pronto tuvo el campo despejado delante de él, y las espaldas resguardadas. Francia se asemejaba a una isla rodeada por montañas, ríos, el mar y los desiertos de pueblos oprimidos. Vencidos los alamanes y turingios, ya no venían detrás de ellos otros pueblos con veleidades migratorias, y si los sajones y frisones las habían tenido, los francos supieron quitárselas con prontitud y de manera brutal. También el Imperio de Roma y Constantinopla se hallaba afortunadamente distante. Si los francos hubieran tenido que desempeñar su papel en Italia, a buen seguro que la inmortalidad de sus reyes, la perfidia de los grandes y el estado de dejadez en que se hallaba el reino antes del advenimiento de los mayordomos no le hubieran acarreado mejor suerte que la corrida por otras naciones más dignas cuales fueron los godos y lombardos.

2. Clodoveo fué el primer rey de los bár-

baros que abrazó la verdadera fe. Esto le aprovechó más que toda virtud. ¡En qué asamblea de santos entró con esto aquel hijo primogénito de la Iglesia! Una asamblea cuyo poder se extendía por toda la Europa cristiana occidental. Galia y la Germania romana estaban repletas de obispos; a lo largo del Rin y del Danubio se seguían unos a otros en gracioso orden: Maguncia, Tréveris, Colonia, Besançon, Worms, Espira, Estrasburgo, Costnitzia, Metz, Tolosa, Verdún, Tongeres, Lorch, Tridente, Brixen, Basilea, Chur, etcétera, eran antiguas sedes del cristianismo que servían ahora al rey ortodoxo de muralla contra herejes y paganos. Al primer concilio que Clodoveo celebró en Galia, asistieron treinta y dos obispos, entre ellos cinco metropolitanos; todo un cuerpo político-espiritual en pleno, que acrecentó en mucho su poderío. Por medio de él el reino arriano de los borgoñones fué presa de los francos; en él se apoyaron los mayordomos. Bonifacio, obispo de Maguncia, coronó al usurpador del trono rey de los francos, y ya en tiempos de Carlos Martel se negociaba acerca de la dignidad de patricio romano y por ende el protectorado sobre la Iglesia. No puede acusarse a esos tutores de la Iglesia cristiana de que no le hubiesen sido fieles y propicios. Reedificaron las ciudades episcopales arrasadas, mantuvieron las diócesis y consultaron a los obispos en las dietas. La iglesia alemana debe mucho a los reyes francos, aunque a costa de la nación. Gracias a ellos se establecieron los arzobispos y obispos de Salzburgo, Wurzburgo, Eichstädt, Augsburgo, Freisingen, Ratisbona, Passau, Osnabruck, Brema, Hamburgo, Halberstadt, Minden, Verden, Paderborn, Hildesheim, Monasterio, y las abadías de Fulda, Hirschfeld, Kempten, Korvey, Elwangen, San Emerano y otras; a ellos les deben los señores prelados su asiento en las dietas lo mismo que sus tierras y pueblos. El rey de Francia es el hijo primogénito de la Iglesia; el emperador alemán, su hermanastro menor, sólo heredó de aquél el protectorado sobre la Iglesia.

3. En tales circunstancias, la primera organización imperial de un pueblo germánico pudo desarrollarse en Galia más eminentemente que en Italia, España o en la misma Alemania. El primer paso hacia la hegemonía por medio de la monarquía había sido dado por Clodoveo, y su ejemplo se erigió en norma tácita para todo el reino. A pesar de las repetidas divisiones del reino, su desmoralización interna a causa de las fechorías de la familia real y el desenfreno de los grandes, no se desmoronó, porque la Iglesia se empeñaba en conservar la forma monárquica del Estado. Ministros reales valerosos y prudentes sustituyeron a los reyes impotentes, las conquistas prosiguieron y se prefirió permitir la extinción del linaje de Clodoveo antes que el derrumbe de

todo un Estado indispensable para la Iglesia romana. Como la constitución de los pueblos germánicos descansaba en todas partes sólo en la personalidad de los reyes y sus ministros, más que nada en este reino situado entre árabes y paganos, todas las fuerzas confluyeron para oponerles un dique en este reino fronterizo; y felizmente, la casa de Pipino de Heristall supo estar a la altura de los acontecimientos. A él y sus valientes descendientes le debemos que se pusiera coto tanto a las conquistas árabes, como también a la constante presión de los pueblos desde el norte y este, que de este lado de los Alpes se conservase siquiera un rastro de ciencias, y que finalmente se erigiese en Europa un sistema político de inspiración germánica, al que por último, a las buenas o a las malas tuvieron que adherirse otros pueblos. Como Carlomagno representa la cúspide de este linaje que se hizo benemérito de toda Europa, sírvanos su retrato por el de todos los otros[1].

Carlomagno descendía de funcionarios de la corona; su padre no fué rey por nacimiento sino por elección. No podía, pues, tener una mentalidad distinta de la que le dictaban su linaje y la organización del reino, que él perfeccionó porque en ella había sido educado y la tenía por la mejor, pues todo árbol crece en su propia tierra. Carlomagno vestía como franco, y de franco era también su alma. Por consiguiente no hay visión más digna de la organización de este pueblo que la proporcionada por su manera de ver y aplicarla. Convocaba dietas y conseguía en ellas cuanto quería, dando al Estado las más provechosas leyes y decretos, pero con la aprobación del Imperio. Honraba a cada clase social del mismo a su manera, y en cuanto fuera posible, dejaba también a las naciones sometidas su legislación propia. Se proponía unirlas a todas en un solo cuerpo y poseía el suficiente espíritu para dar vida a este cuerpo. Dejaba vacantes los puestos de duques que podrían ser peligrosos y ponía en su lugar a condes en calidad de funcionarios, a los que hizo visitar, lo mismo que a los obispos, por comisarios (*Missi*), tratando por todos los medios de contrarrestar el despotismo de sátrapas saqueadores, notables ensoberbecidos y monjes perezosos. Cuando se hallaba en las quintas de la casa real, no era un emperador sino un padre de familia que anhelaba serlo también en todo su Imperio para estimular al orden y el trabajo a todo miembro negligente; pero naturalmente, la barbarie de su época y particularmente el espíritu bélico y clerical de los francos obstaculizó su obra más de una vez. Apenas si hubo otro entre los mortales que

[1] En la más reciente historia del gobierno de Carlomagno de Hegewisch (Hamburgo 1791), creo encontrar las mismas ideas respecto de sus intenciones que las expuestas aquí; toda la obra de sutil ingenio es un comentario de lo que aquí sólo puede resumirse como resultado final.

tanto se empeñase en ser justo como él, excepto cuando los intereses de la Iglesia y del Estado le inducían a él mismo a la violencia e injusticia. Estimaba la actividad y lealtad puesta a su servicio y miraría con malos ojos el fantoche de la más ociosa Constitución titular en que degeneró su obra, si hoy pudiese volver a la tierra. Pero el destino traza el curso de los acontecimientos. De funcionarios de la corona era el linaje de sus mayores; malos funcionarios fueron quienes después de su muerte destruyeron indignamente su diadema, su Imperio y todo el fruto del esfuerzo de su espíritu y de su vida. La posteridad heredó de él lo que él había tratado de suprimir o meporar en lo posible, a saber, los vasallos, las clases sociales, y la pompa bárbara del esplendor del Estado franco. Él convirtió en cargos las dignidades; después de él, los cargos volvieron a ser dignidades tanto más ociosas.

Carlomagno había heredado también de sus mayores la fiebre de conquistas; como aquéllos habían sido afortunados contra los frisones, alamanes, árabes y lombardos, y desde Clodoveo fué poco menos que una máxima de la política del Estado que el reino conquistado debía asegurarse a costa de los vecinos oprimidos, prosiguió por esta vía a pasos agigantados. Razones personales sirvieron de pretextos para las guerras que, luego, se originaban una por la otra y ocuparon la mayor parte de su gobierno de casi medio siglo. Lombardos, árabes, bávaros, húngaros, eslavos, pero sobre todo los sajones, tuvieron que experimentar en carne propia este espíritu guerrero de los francos. En la guerra contra los sajones, que duró treinta y tres años, se permitió, últimamente, medios muy violentos. Pero con esto consiguió el fin propuesto en el sentido de que fundó con su Imperio la primera monarquía consistente de toda Europa. Por más que en tiempos posteriores los normandos, eslavos y húngaros dieron que hacer a sus sucesores, y por debilitado, desmembrado y perturbado que fuese el gran Imperio por sus divisiones y descomposición interna, se había puesto coto una vez por todas hasta el Elba y Panonia a cualquier migración ulterior de los pueblos tártaros. La Francia que él erigió y contra la cual ya antes se habían estrellado hunos y árabes, se convirtió en pilar invencible.

También fué un franco de pura cepa en su religión y su amor por las ciencias. Desde Clodoveo, la religiosidad católica por motivos políticos había sido tradicional; desde que los antepasados de Carlomagno tuvieron la sartén por el mango, reemplazaron a los reyes en este punto con un fervor tanto mayor, cuanto que sólo la Iglesia les ayudó a subir al trono y el obispo de Roma los consagró para su alto cargo con sus propias manos. Siendo un niño de doce años, Carlomagno había recibido de manos del Santo Padre la unción para su futuro gobierno en la casa de su padre.

Hacía tiempo que la conversión de Alemania se promovía bajo la protección y a menudo con la harto activa colaboración de los reyes francos, ya que cristianismo era para ellos el mejor baluarte en Occidente contra los bárbaros paganos. ¿Qué otra cosa cabía, pues, esperar, sino que Carlomagno prosiguiese ahora por esta vía hacia el norte convirtiendo a los sajones, por fin, a punta de lanza? De la organización sajona que destruía de esta manera, no tenía noción como franco ortodoxo. Promovió esta piadosa obra de la Iglesia para asegurar las fronteras del Imperio, y a los ojos del Papa y los obispos continuaba la obra meritoria servicial de sus mayores. Sus sucesores siguieron sus huellas, sobre todo cuando Alemania se convirtió en Imperio central del mundo, por lo cual los eslavos, valones, polacos, prusianos, livonios y estones fueron convertidos tan cabalmente que ninguno de estos pueblos bautizados se atrevió de ahí en adelante a hacer incursiones en el Sacro Imperio Germano. Pero si el santo y beato "Carolus" (como lo llama la Bula de Oro por los siglos de los siglos), pudiera ver lo que se hizo de sus donativos hechos a favor de las ciencias y la religión, sus ricos obispados, domos, canonjías y colegios monásticos, ¡oh santo y beato "Carolus"!, ¿qué no diría a más de uno tu espada y tu cetro de franco?

4. Finalmente no se puede negar que el obispo de Roma estampó su sello debajo de todo esto, poniendo, en cierta manera la corona en la cabeza del Imperio Franco. Desde Clodoveo había sido amigo del Imperio; en brazos de Pipino se había refugiado, recibiendo, en cambio como donación todo el botín de los países lombardos conquistados. De nuevo recurrió a Carlomagno, y como éste le entronizase triunfalmente en Roma, en aquella célebre noche de Navidad le hizo otro presente, la corona de emperador romano. Carlos pareció sobrecogido y avergonzado; mas luego las alegres aclamaciones del pueblo le hicieron grata la nueva dignidad, y si ésta en el concepto de todos los pueblos europeos fué la suprema dignidad del mundo, ¿quién era más digno de recibirla que este franco, monarca máximo del Occidente, rey de Francia, Italia, Alemania y España, protector y propagador del cristianismo, sostén y amparo de la Santa Sede, reverenciado por todos los reyes de Europa y hasta por el califa de Bagdad? Pronto, pues, se equiparó al emperador de Constantinopla, llamándose emperador romano, bien que residía en Aquisgrán o recorría su vasto Imperio. Había merecido su corona y ¡ojalá ésta hubiese sido sepultada con él en vez de caer sobre Alemania!

Muerto Carlomagno, ¿cómo podía sostenerse la corona en la cabeza del bueno y débil Luis? Y cuando éste dividió el Imperio

forzado y a destiempo, qué pesada fué su carga en la cabeza de cada uno de sus sucesores. El Imperio se va desintegrando, los vecinos levantiscos, normandos, eslavos y hunos comienzan a moverse y devastar el país; rige la ley del más fuerte, y las dietas van decayendo. Hermanos contra hermanos, padres contra hijos llevan las guerras más indignas, y el clero juntamente con el obispo de Roma hacen de árbitros no menos indignos. Los obispos se arrogan las funciones y derechos de príncipes y las incursiones de los bárbaros ponen todo el poder en manos de quienes poseen castillos fortificados. Los funcionarios y lugartenientes en Alemania, Francia e Italia se erigen en los dueños de la nación y están reinando la anarquía, el fraude, la crueldad y discordia. Ochenta y ocho años después de la coronación de Carlomagno en Roma se extingue su linaje en la más profunda miseria, y su último retoño ilegítimo perece cuando no ha pasado un siglo desde su muerte. Sólo un hombre de su talla podía administrar un Imperio de tan enorme extensión, tan postiza constitución y compuesto por elementos tan heterogéneos y de tan difícil manejo. Apenas el alma se hubo separado de este cuerpo gigantesco, éste se fué descomponiendo, siendo por siglos un cadáver en putrefacción.

Descansa, pues, en paz, oh gran rey, demasiado grande para tus sucesores por muchos siglos. Han pasado mil años, y todavía no existe el canal entre el Rin y el Danubio que tú, hombre de empresa, ya lo habías comenzado para alguna finalidad de poca importancia. No obstante la barbarie de tu época, fundaste institutos educacionales y científicos que la más civilizada posteridad no supo aprovechar sino para abusos que perduran hasta el día de hoy. Tus decretos son leyes divinas en comparación con más de una ley imperial de tiempos posteriores. Tú coleccionaste los cantares de los antepasados; tu hijo Luis los despreció y vendió borrando su memoria para siempre. Tú amabas la lengua alemana e hiciste lo que estaba de tu parte para perfeccionarla; te rodeaste de sabios de los países más remotos; tuviste en mucho a tu filósofo Alcuino, a Angolberto, el Homero de tu academia de la corte, y a tu eximio escribiente Eginhardo; nada te repugnaba tanto como la ignorancia, la barbarie pagada de sí misma y el orgullo indolente. Tal vez aparezcas nuevamente en el año mil ochocientos para poner coto al desorden de la maquinaria de tu Estado que se inició en el año ochocientos. Hasta entonces veneraremos tus reliquias, abusando al mismo tiempo de tus instituciones al amparo de la ley y despreciando tu laboriosidad anticuada de franco pasado de moda. Oh Carlomagno: tu Imperio desintegrado inmediatamente después de tu muerte es tu tumba; Francia, Alemania y Lombardía son sus ruinas.

IV

LOS REINOS DE SAJONES, NORMANDOS Y DANESES

La historia de los pueblos germánicos en el Continente tiene algo de monótona y torpe. Si nos ocupamos ahora de las potencias navales germánicas, veremos que sus acometidas fueron más rápidas; las devastaciones más despiadadas, sus posesiones más inciertas; pero en cambio, como suele ocurrir en las tormentas de alta mar, nos encontraremos con hombres de extremada audacia que acometieron las empresas más afortunadas y formaron reinos cuyo genio respira todavía hoy las frescas brisas del mar.

Ya a mediados del siglo quinto, los anglosajones socorrían a los británicos desde la costa del norte de Alemania. Por mar y tierra habían ejercido por largo tiempo el oficio de la guerra y del pillaje, siendo sus caudillos Hengist y Horsa (padrillo y yegua); y como los enemigos de los británicos, los pictos y caledonios, no fuesen para ellos adversarios de cuidado y además les gustó el país, animaron a algunas de sus tribus a establecerse allí. No descansaron hasta que al cabo de ciento cincuenta años de las guerras más salvajes y la más terrible devastación, Inglaterra fuese suya con la sola excepción de Cornualles y Gales. Los cimbros, que fueron arrojados a estas provincias nunca lograron lo que los visigodos en España, a saber, salir de las montañas y reconquistar sus viejas posiciones, porque el pueblo salvaje de los sajones pronto se aseguró y fué confirmado en su posesión robada en calidad de cristianos católicos.

Poco después de la erección de Kent como primer reino sajón, la hija de un rey ortodoxo en París había preparado a su esposo pagano Etelberto (Adalberto) para el cristianismo, y el monje Agustín lo introdujo con una cruz de plata en la mano solemnemente en Inglaterra. Gregorio Magno ocupaba entonces la sede de Roma y ardía en deseos de atraer a todas las dinastías especialmente por medio de las reinas. Lo envió, pues, allí, resolvió sus escrúpulos de conciencia y le hizo el primer arzobispo de esta isla afortunada, la cual recompensó con creces a San Pedro su óbolo evangélico a partir del rey Ina. Apenas si hay otro país europeo que fuese como éste sembrado de monasterios y fundaciones, y sin embargo, fué el resultado para las letras inferior al que cabía esperar. El cristianismo de estas regiones no floreció como en España, Francia, Italia y hasta Irlanda de las raíces de una Iglesia antigua apostólica; por

el contrario, fueron advenedizos neorromanos los que llevaron a los sajones el evangelio en una forma más moderna. Tanto mayor ha sido el éxito de estos monjes británicos cuando más tarde se dedicaron a nuevas conversiones en el extranjero, las cuales nos habrían también conservado, por lo menos en crónicas monásticas, si éstas hubieran escapado a las devastaciones de los daneses.

Siete reinos de bárbaros sajones que habitan todos en una misma península de dimensiones medianas y se hacen la guerra unos a otros, pagana y cristianamente, no presentan un cuadro demasiado alegre. Y sin embargo, tal estado caótico duró más de trescientos años, de los que como único rayo de luz brillan algunas instituciones y leyes de la Iglesia o los comienzos de una legislación escrita, como por ejemplo las de Adelberto e Ina. Finalmente, bajo el rey Egberto se unieron los siete reinos; y más de uno de sus reyes habría tenido el valor y la energía de llevarlos a un verdadero florecimiento si las incesantes incursiones de los normandos y daneses que infestaban los mares con renovada codicia de piratas, no hubiesen imposibilitado durante dos siglos todo progreso duradero. El daño que causaron es incalculable e indecibles los horrores que cometieron. Si Carlomagno contra los sajones y los anglos contra los británicos pecaron con mucha crueldad, las injusticias cometidas por estos pueblos han sido vengadas en sus descendientes hasta que, por así decirlo, todo el furor bélico de los nórdicos se había agotado en ellos. Mas como en las más terribles penurias se muestra la grandeza del alma, así tuvo Inglaterra a un Alfredo, modelo de reyes en tiempos azarosos y un astro en la historia de la humanidad.

Ungido rey cuando niño por el Papa León IV, había quedado sin educación hasta que las ansias de leer los cantares de gesta sajones despertaron su aplicación de tal manera que prosiguió luego con la lectura de los autores latinos. En esto estaba cuando a los veintidós años la muerte de su hermano le elevó al trono con todos los peligros inherentes a tan elevado cargo. Los daneses se habían adueñado del país, y al advertir la buena suerte y la valentía del joven rey, reconcentraron sus esfuerzos con repetidas acometidas hasta tal punto que Alfredo, después de ocho batallas en un año y haberles hecho jurar la paz sobre sagradas reliquias, mostrándose tan benigno y justo cuando vencedor como prudente y valeroso en la guerra, se vió por fin constreñido a emprender la fuga disfrazado de campesino y servir de incógnito a la mujer de un cuidador de ganado. Mas ni ahora decayó su ánimo. Ayudado de unos pocos seguidores, construyó su morada en medio de los pantanos, que llamó la isla de los nobles y consideró como su reino actual. Más de un año estuvo aquí desplegando una intensa actividad de guerrillero.

Como salido de un castillo invisible hacía incursiones contra los enemigos, alimentándose a sí mismo y los suyos con el botín, hasta que en un encuentro uno de sus hombres se apoderó del cuervo mágico, símbolo de la fortuna. Vestido de músico se introdujo en el campamento de los daneses, encantándolos con sus alegres cantares que acompañaba con el arpa. Fué conducido a la tienda del príncipe, donde pudo observar su derroche y opulencia a base de los bienes robados y vió que se creían a salvo de todo peligro. De vuelta a su guarida mandó decir por emisarios secretos a sus amigos que estaba con vida y que los invitaba a una reunión en un rincón de la selva. Se juntó un pequeño ejército que lo recibió con alegres aclamaciones. Rápidamente acometió a los daneses desprevenidos y asustados, los encerró y convirtió a sus prisioneros de guerra en aliados y colonizadores de la Northumberlandia desierta y la Anglia oriental. El rey danés fué bautizado, adoptado como hijo por Alfredo, que aprovechó la calma para ganar lugar contra otros enemigos que en numerosas hordas infestaban el país. Con increíble celeridad ordenó Alfredo el Estado desintegrado, reconstruyó las ciudades arrasadas, se creó una potencia militar en tierra y pronto también una flota de guerra, de manera que al poco tiempo ya eran ciento veinte las naves que vigilaban las costas. A la primera noticia de cualquier acometida, acudía presuroso para llevar socorro, y todo el país se asemejaba a un campamento de guerra donde cada cual conocía su puesto en el *momento crítico*. Hasta el fin de su vida frustró todas las tentativas de latrocinio de sus enemigos, dió a la nación un poderío en tierra y mar, ciencias y artes, ciudades, leyes y orden. Escribió libros y fué el maestro del pueblo que gozaba de su protección. Grande por igual en su vida pública y doméstica, sabía repartir las horas del día lo mismo que los negocios y entradas, sobrándole tiempo para el descanso y la beneficencia. Cien años después de Carlomagno fué en su ámbito más limitado tal vez más grande que aquél; y aunque las incursiones de los daneses, pero sobre todo las perturbaciones por parte del clero, causaron a sus sucesores diversos inconvenientes ya que no surgió entre ellos ningún segundo Alfredo, sin embargo, gracias a los sólidos cimientos echados por él, no careció Inglaterra de buenos reyes desde los primeros tiempos, que supieron hacer frente airosamente a las acometidas de sus enemigos marítimos. Tales fueron Alestano, Edgardo, Edmundo con el brazo de hierro, y sólo a la perfidia de los grandes se debió que Inglaterra bajo el último de los nombrados fuese tributaria de los daneses. Canuto el Grande fué reconocido como rey, pero este conquistador nórdico sólo tuvo dos sucesores. Inglaterra se independizó y tal vez haya sido para desgracia suya que los daneses dejaran en paz al pacífico Eduardo, ya que éste se limitó a colecció-

nar leyes, dejando el gobierno en manos ajenas. Las costumbres de los normandos se iban trasladando de la corte francesa a Inglaterra y Guillermo el Conquistador vió llegada su hora. Con una sola batalla se apoderó del trono y dió al país una nueva Constitución. Será, pues, necesario que conozcamos a los normandos más de cerca, porque no sólo Inglaterra, sino también buena parte de Europa debe a sus costumbres el esplendor de su orden de caballería.

Desde épocas muy remotas, las tribus nórdicas de los germanos desplegaron intensa actividad marítima, ante todo los sajones, frisones y francos. Los que más se distinguieron por su audacia fueron los daneses, noruegos y escandinavos. Anglosajones y jutlandeses invadieron Inglaterra, y cuando los reyes francos, sobre todo Carlomagno, orientaron las conquistas hacia el norte, fueron cada vez más numerosas las hordas que se lanzaban al mar, hasta que por fin el nombre de los normandos se hizo en el mar más temible de lo que habían sido en tierra aquellos guerreros aliados que eran los marcomanos, francos, alamanes y otros. Si quisiera enumerar los héroes del mar glorificados en los cantares y leyendas nórdicas, debería nombrar a centenares de aventureros célebres; mas no puedo pasar por alto los nombres de quienes se distinguieron por el descubrimiento de países o la fundación de reinos, y uno no puede menos que admirar las enormes extensiones que abarcó su acción. Al este está Rorik (Rodrigo) con sus hermanos que fundaron un reino en Novgorod y echaron los cimientos del Estado de Rusia; Oskold y Diar fundaron un estado en Kiev que se fundió luego con el de Novgorod. Ragnwald se estableció en Polotzk sobre el Duna y fué el padre de los archiduques lituanos. Más al norte, Naddod fué arrojado por una tormenta a las costas de Islandia, y descubrió esta isla que pronto fué el refugio de las más nobles tribus de Noruega (sin duda la más pura nobleza de Europa). Islandia se convirtió en museo de las antiguas leyendas y fuente de letras nuevas y cantares nórdicos y fué por más de trescientos años la sede de una libertad hermosa y no civilizada. Al oeste visitaron los normandos con frecuencia las islas Faröe, Orkney, Shetland y otras, algunas de ellas pobladas, y en algunas de ellas gobernaron por mucho tiempo jarles (condes) nórdicos, de suerte que ni aun en sus rincones más apartados estaban a salvo de los pueblos germánicos los desplazados galos. Ya en tiempos de Carlomagno se establecieron en Irlanda donde Olaf se apoderó de Dublin, Sitrik de Waterford, Ywar de Limerik. En Inglaterra eran terribles bajo el nombre de daneses. No sólo poseyeron Northumberlandia que, mezclados con condes sajones, gobernaron por doscientos años, ya independientes, ya tributarios, sino que bajo Canuto, Haroldo y Hardicanuto fueron los amos de toda Inglaterra. Asolaban las

costas de Francia desde el siglo sexto, y el presentimiento de Carlomagno de que ellos constituían un grave peligro para su Imperio, se cumplió con creces poco después de su muerte. No es posible describir las devastaciones que cometieron no sólo en las costas, sino remontando los ríos hacia el interior de Francia y Alemania, de suerte que casi todos los establecimientos y ciudades que en parte databan todavía de los romanos, en parte de Carlomagno, hallaron un triste fin, hasta que finalmente Rolf, bautizado con el nombre de Roberto, se convirtió en primer duque de Normandía y en padre de más de un linaje real. Descendiente suyo es Guillermo el Conquistador, el cual trajo a Inglaterra una nueva Constitución, y a consecuencias de su obra Inglaterra y Francia se vieron envueltas en una guerra que duró cuatrocientos años y que entreveró a las dos naciones de manera curiosa. Aquellos normandos que arrebataron con una fortuna y valentía casi increíbles Apulia, Calabria, Sicilia y, por un tiempo, hasta Jerusalén y Antioquía a los árabes, fueron aventureros del ducado fundado por Rolf y los descendientes de Tancredo que por último llevaron la corona de Sicilia y Apulia, también eran oriundos de ahí. Si se quisiera contar todas las hazañas llevadas a cabo por los normandos en sus peregrinaciones y romerías, al servicio de Constantinopla y en sus viajes por casi todos los países y mares, hasta Groenlandia y América, la narración tendría visos de novela. Conforme al fin que aquí pretendemos, nos ceñimos a los hechos principales que nos revelan, ante todo, su carácter.

Por rudos que fuesen los habitantes de las costas nórdicas a causa de su clima y suelo, sin que semejante rudeza pudiese suavizarse por mucho tiempo, llevaban, sin embargo, en su vida psíquica un germen que, llegado a regiones más benignas, podía dar frutos muy sabrosos. Las cualidades que debían hacer muy estimado en los países del sur al pirata nórdico eran la valentía y fuerza física, la buena disposición y habilidad para todas las artes que más tarde se llamarían las propias del caballero, un pronunciado sentido para todo lo que fuera honor y abolengo juntamente con la conocida reverencia y respeto nórdicos para con el sexo femenino como premio del hombre más valeroso, hermoso y noble. En tierra firme, las leyes se van afirmando; toda violenta actividad personal se convierte a su vez en ley o se va extinguiendo como energía muerta; pero en el salvaje elemento del agua, a donde no alcanza la supremacía de un rey, el espíritu goza de una libertad refrescante. Recorre los mares en busca de pelea y botín, que el joven lleva a su prometida que lo espera en patria lejana, y el hombre a su mujer e hijos como signo de su valor personal. Para otro, las mismas lejanas tierras son su botín permanente. La vileza era el defecto que más

se castigaba en los países nórdicos, unas veces con el desprecio, otras con torturas infernales, mientras que la valentía y el honor, la amista hasta la muerte y la caballerosidad para con las mujeres fueron las virtudes que juntamente con diversas circunstancias temporales contribuyeron en gran manera a la llamada galantería de la Edad Media. Puesto que los normandos se establecieron en una provincia francesa y su caudillo Rolf se casó con la hija del rey, siguiendo su ejemplo muchos de sus compañeros se mezclaron con los más nobles linajes del país, y pronto la corte de Normandía fué la más brillante de Occidente. Como cristianos en medio de naciones cristianas no podían seguir dedicándose a la piratería; pero, en cambio, pudieron recibir a sus hermanos de raza que les venían siguiendo y ayudarles a civilizarse, de suerte que esta costa, con su hermosa situación geográfica, se convirtió en centro de cultura y progreso para los navegantes normandos. Cuando luego la familia real de los anglosajones, ahuyentada por los daneses buscó allí refugio, y Eduardo el Confesor, educado entre ellos, despertó las aspiraciones normandas al trono de Inglaterra; cuando después Guillermo el Conquistador hizo suyo este reino con una sola batalla para conferir, luego, los cargos más importantes de clérigos y laicos a normandos, no pasó mucho tiempo sin que las costumbres y la lengua normanda fuesen también las costumbres y la lengua de la corte de Inglaterra. Lo que estos otrora primitivos conquistadores habían aprendido en Francia e incorporado a su naturaleza, fué trasplantado a Inglaterra, incluso una rígida Constitución feudal y un severo derecho forestal. Y aunque posteriormente muchas leyes del conquistador fueron abrogadas y restituídas las anglosajonas menos severas, con todo, el espíritu injertado por el idioma y las costumbres en la nación de las generaciones normandas, no pudo desarraigarse más, por lo cual también en el idioma inglés florece un injerto de la lengua latina. Difícilmente la nación británica hubiera aventajado a otras como lo hizo, de no haber sido cambiado el rumbo de su antigua historia. Ahora fueron los ingleses quienes dieron que hacer a los daneses por largo tiempo; además, los normandos radicados en el país, los llevaron a cruzar el mar para una larga guerra contra Francia. Allí se ejercitaron en el arte de la guerra, y de vencidos se convirtieron en vencedores, hasta que al fin, después de varias revoluciones se fué perfilando una estructura política que difícilmente hubiera resultado de la administración monástica anglosajona. Ni un Edmundo ni un Edgardo hubieran podido resistir al papa Hildebrando como supo hacerlo Guillermo, y en las cruzadas los caballeros ingleses no hubieran podido competir con los franceses si la nación no hubiera sido revolucionada por dentro por los normandos y formada, algunas veces violentamente, por diversas

circunstancias. Parece que ciertos injertos en los pueblos en el momento oportuno son para el progreso de la humanidad tan indispensables como el trasplante para los frutos de la tierra o el injerto para el árbol frutal silvestre. No moviéndose nunca de su lugar, hasta los mejores acaban por desfallecer.

No fué tan prolongada y feliz la posesión de los normandos en Nápoles y Sicilia, cuya conquista es una verdadera epopeya de valor personal y arrojo aventurero. Durante sus peregrinaciones a Jerusalén conocieron ese hermoso país, y unos cuarenta a cien hombres que prestaron ayuda caballeresca a los oprimidos pusieron los fundamentos de las posteriores posesiones. Rainulfo fué el primer conde de Aversa, y tres de los valientes hijos de Tancredo venidos a la buena ventura, recibieron por sus muchas hazañas contra los árabes el premio caballeresco de ser nombrados primero condes y luego duques de Apulia y Calabria. Varios hijos de Tancredo siguieron después: Guillermo con el brazo de hierro, Drogón, Humfrido. Roberto Guiscardo y Rogelio arrebataron Sicilia a los árabes y Roberto donó el hermoso reino a su hermano como feudo. Boemundo, hijo de Roberto, halló la suerte en Oriente, y cuando su padre le siguió allí, Rogelio fué el primer rey de las dos Sicilias, provisto de poderes temporales y espirituales. Bajo su gobierno y el de sus sucesores, hubo algunos brotes de ciencias en este rincón de Europa. El colegio de Salerno se erigió, por así decirlo, entre los árabes y los monjes de Monte Casino; la jurisprudencia, la medicina y la filosofía comenzaron a florecer tras largo invierno en Europa. Impertérritos se mantuvieron los príncipes normandos en su peligrosa proximidad a la Santa Sede. Hicieron las paces con dos Padres Santos cuando éstos estaban en su poder, superando en prudencia y vigilante atención a la mayor parte de los emperadores alemanes. Lástima que se hubiesen emparentado con estos últimos, dándoles de esta manera el derecho de sucesión, y mucho más lamentable aún que los designios de Federico, el último emperador suabo, fuesen frustrados en esta región tan cruelmente. De ahí en adelante, ambos reinos quedaron a merced de un salvaje juego de las naciones, presa de conquistadores y lugartenientes extraños, y sobre todo, de una nobleza que todavía hoy impide todo progreso de estos países otrora tan florecientes.

V

LOS REINOS NÓRDICOS Y ALEMANIA

En comparación con la mayor parte de los países europeos, la historia de los reinos nórdicos, oscura hasta el siglo octavo, tiene la ventaja de que se basa en una mitología con cantares y leyendas que es algo así como su filosofía propia. Por ella conocemos el espíritu del pueblo, sus conceptos sobre dioses y hombres, la orientación de sus tendencias y pasiones en el amor como en el odio, y sus esperanzas en este mundo y en el otro; en una palabra: una filosofía de la historia como fuera de la Edda sólo la volvemos a encontrar en la mitología griega. Y puesto que los reinos nórdicos, desplazada o sometida la raza finlandesa, no fueron objeto de incursiones hostiles por parte de pueblos extranjeros —¿qué nación, en efecto, hubiera querido invadir esas regiones apartadas después de las grandes migraciones hacia el Mediodía?—, su historia reviste respecto de otras un carácter sencillo y natural. Donde manda la necesidad, se vive largo tiempo conforme a sus exigencias, y de esta manera los pueblos germánicos del norte permanecieron por más tiempo que sus hermanos en un estado de libertad e independencia. Montañas y desiertos separaban a las tribus entre sí; lagos y ríos, selvas, prados y campos las alimentaban juntamente con el mar rico en peces, y los que no hallaban alimento suficiente en sus propios territorios, se hicieron a la mar y buscaron el botín por otro lado. Como en una especie de Suiza del norte, se conservó largamente en estas regiones la simplicidad de las primitivas costumbres germánicas, y seguirá existiendo allí cuando en la misma Alemania ya no sea más que una vieja leyenda.

Cuando también aquí, con el correr de los tiempos, los hombres libres se mezclaron con los nobles y varios de éstos ascendieron a reyes de algún país o desierto, y cuando finalmente de muchos pequeños reyes salió un gran rey, fué nuevamente la buena estrella de las costas de Dinamarca, Noruega y Suecia la que dejó en libertad de ir en busca de otros horizontes a quien no quería prestar vasallaje; y fué así como por largo tiempo todos los mares adyacentes sirvieron de campo de aventuras a numerosos navegantes que consideraban la piratería lo mismo que la pesca del arenque o de la belleza como una industria lícita del lugar. Por último, intervinieron también los reyes en esta industria familiar; se conquistaron unos a otros o a los países vecinos; pero sus conquistas en el extran-

jero casi siempre se perdieron al poco tiempo. Las costas más cruelmente afectadas fueron las del Mar Báltico; después de un pillaje indescriptible, los daneses no descansaron hasta haber provocado el triste fin del comercio de los eslavos aniquilando sus ricas ciudades marítimas de Vineta y Julin, así como también en Prusia, Curlandia, Livonia y Estonia ejercieron el derecho de conquistar e incendiar mucho antes que las hordas sajonas.

Nada más diametralmente opuesto a tales actividades de los nórdicos que el cristianismo que había de ser el fin de la religión heroica de Odín. Ya Carlomagno se había empeñado en bautizar tanto a los sajones como a los daneses, hasta que su hijo Luis logró finalmente bautizar a un reyezuelo de Jutlandia por vía de ensayo, lo que tuvo lugar en Maguncia. Pero los compatriotas del neófito montaron en cólera y se dieron todavía por largo tiempo al pillaje e incendio en las costas cristianas, pues demasiado cercano temían el ejemplo de los sajones convertidos por el cristianismo en esclavos de los francos. Tan hondamente arraigado estaba el odio de estos pueblos contra el cristianismo que Kettil, su adversario jurado, prefirió encerrarse tres años antes de su muerte en el túmulo destinado a ser su sepulcro, con tal de no verse obligado al bautismo. Y en efecto, ¿qué provecho les iban a aportar a estos pueblos en sus islas o montañas nórdicas aquellos artículos de fe y tesis canónicas doctrinales de un sistema jerárquico que barría con todas las leyendas de sus antepasados, socavaba las costumbres de su raza y haciéndolos esclavos de una corte espiritual en la lejana Italia exprimía de sus pobres tierras impuestos y tributos? Su idioma y mentalidad estaban tan imbuídos de la religión de Odín que, mientras existiese todavía un rastro de su memoria, no había que pensar en un surgimiento del cristianismo. Por consiguiente, la religión monástica se mostró irreconciliable con las leyendas, cantares, ritos, templos y monumentos del paganismo, porque el espíritu del pueblo se adhería firmemente a todo esto, despreciando, por el contrario, las costumbres y leyendas monásticas. No hubo forma de conseguir que estos hombres del norte se amoldasen a la prohibición del trabajo dominical, a las penitencias y ayunos, a los impedimentos matrimoniales entre familiares, a los votos religiosos y a toda esa orden sacerdotal que despreciaban, hasta tal punto que los santos varones que se empeñaban en convertirlos y sus mismos reyes neófitos tuvieron que soportar grandes sufrimientos, cuando no eran arrojados de la región o muertos, antes de que la piadosa obra alcanzase éxito. Pero como Roma sabía pescar a cada nación con el anzuelo más apropiado, así atrajo también a estos bárbaros mediante los incesantes esfuerzos de los misioneros anglosajones y francos por embriagarlos, por así decirlo, con la pompa del nuevo culto, sobre todo el canto coral, el incienso, las velas, templos, altares mayores,

campanas y procesiones; y como tenían viva fe en espíritus y hechicerías, el poder de la cruz con casas, iglesias, cementerios y todo el instrumental litúrgico de tal manera los deshechizó del paganismo y los hechizó de cristianismo que el demonio de una doble superstición se apoderó de ellos. Con todo, algunos de sus misioneros, sobre todo San Ansgario, fueron realmente hombres beneméritos y a su manera héroes del bien de la humanidad.

Llegamos ahora a la llamada patria de los pueblos germánicos, Alemania, que era ahora un pobre remanente de los mismos. No sólo que un pueblo extraño, los eslavos, lo habían ocupado hasta la mitad después que tantas tribus hubieron emigrado, sino que aun en su parte germánica se había convertido, al cabo de muchas devastaciones, en provincia franca que servía como vencida a aquel gran Imperio. Frisones, alemanes y turingios, y por último los sajones, habían sido obligados a someterse y abrazar el cristianismo de tal manera que, por ejemplo, los sajones al hacerse Kerstenes (Cristianos) y maldecir la efigie de Wotán, debían al mismo tiempo entregar todas sus posesiones y derechos en manos del santo y omnipotente rey Carlomagno, suplicar de rodillas por su vida y libertad y prometer adherirse para siempre al Dios uno y trino y al santo y omnipotente rey Carlomagno. Ligándose de esta manera pueblos libres y de propia estirpe a la casa real de los francos, era inevitable que se estropease todo el espíritu de su organización primitiva. A muchos se los trató con recelo y aun dureza; los habitantes de regiones enteras fueron deportados a países distantes, y ninguna de las naciones que quedaron tuvo tiempo y espacio suficientes para una cultura propia. Muerto apenas el gigante que sostenía sólo con sus brazos este Imperio soldado a martillazos, nuestra Alemania fué una posesión ya de éste, ya de aquel carolingio débil, modificando a menudo los límites de sus fronteras; y como tuvo que participar en las guerras y contiendas incesantes de todo el desgraciado linaje real, ¿qué podía surgir de este país y su constitución interna? Para colmo de infortunio, Alemania formaba el límite septentrional y oriental del Imperio Franco, y por ende de toda la cristiandad católico-romana, siendo siempre la primera víctima propiciatoria para los pueblos excitados y salvajes, henchidos de odio irreconciliable, que rondaban la frontera buscando un objeto para su venganza. Si por un lado los normandos invadieron el país hasta Tréveris, obteniendo una paz vergonzosa para el vencido, por el otro lado llamó Arnulfo a los salvajes hunos a transitar por el territorio a fin de destruir el reino eslavo de Moravia, con lo cual abandonó el país por largo tiempo a espantosas devastaciones. Se llegó finalmente a considerar a los eslavos como a enemigos jurados de los alemanes, que ejercitaron durante siglos sus armas contra aquéllos.

Todavía más molestos para la desmembrada Alemania se hicieron los medios de que los francos se servían para dar seguridad y supremacía a su Imperio; el país recibió en herencia todos esos arzobispados y obispados, abadías y canonjías que colocadas en las fronteras del Imperio habían servido antes para la conversión de los paganos; los ministerios y cancillerías de las regiones que habían dejado de pertenecer al Imperio; los duques y landgraves cuya finalidad había sido defender como funcionarios las fronteras del Imperio y a quienes se siguió multiplicando todavía por largo tiempo contra los daneses, valones, polacos, eslavos y húngaros. Finalmente, la joya más brillante, y la que menos falta le hacía a Alemania, fué la corona de emperador romano; ella sola acarreó al país mayores desgracias que todas las incursiones de tártaros, húngaros y turcos juntos. El primer carolingio que gobernó Alemania, Luis, no fué emperador romano, y durante la división del Imperio Franco los Papas hicieron con este título tales juegos de malabarismo que lo concedieron unas veces a tal, otras a cual príncipe italiano, y hasta a un conde de la Provenza que murió, a consecuencia de este regalo, con los ojos quemados. Arnulfo, descendiente ilegítimo de Carlomagno, codiciaba el título, pero sin que su hijo lograse ceñir la corona. Dos reyes, en cambio, los primeros de estirpe alemana, Conrado y Enrique, no aspiraron a la dignidad. Cuando finalmente Otón fué coronado en Aquisgrán con la corona de Carlomagno, se internó en la senda peligrosa de tomar por modelo a aquel gran franco; y como una aventura, la de liberar a la hermosa viuda Adelaida de la torre donde estaba encerrada, le puso en posesión del reino de Italia abriéndole el camino hacia Roma, las pretensiones y las guerras se venían ahora sucediendo unas a otras, desde Lombardía hasta Sicilia y Calabria. En todas estas regiones se derramó sangre alemana por el honor del emperador, traicionaron italianos a alemanes, fueron emperadores y emperatrices alemanas maltratados en Roma, fué Italia ensuciada por la tiranía alemana, fueron alejándose los corazones italianos de Alemania, y ésta, sacada de su centro, tuvo que distraer su mente y su poderío más allá de los Alpes, su Constitución fué torcida en función de Roma, desunida en sí misma, perjudicial para ella y otros, sin que tal alto honor reportase a la nación provecho alguno. Siempre fué su modesto principio: *Sic vos, non vobis.*

Tanto mayor es el mérito de la nación alemana que, colocada en tan peligrosa situación por las circunstancias, fué un baluarte y una muralla del cristianismo que salvaguardaba la libertad y seguridad de toda Europa. Enrique el Pajarero fué el creador de este baluarte y Otón el Grande supo aprovecharlo debidamente; pero esta nación leal y sumisa siguió a sus regentes también cuando en medio del caos general estos mismos no sabían qué camino tomar. Cuando el mismo emperador no podía defender a su

pueblo contra la rapacidad de clérigos y caballeros, parte de la nación se encerró en plazas fuertes y compró por su cuenta a los salteadores el salvoconducto para su tráfico comercial, sin el cual el país hubiera seguido siendo una estepa tártara por mucho tiempo todavía. De esta manera, en medio de una situación política tan turbulenta, se iba formando por las propias fuerzas de la nación un estado pacífico y útil, cuya cohesión se fundaba en industrias, alianzas y gremios. Del pesado yugo de la servidumbre nació una artesanía que con la laboriosidad y lealtad germana llegó a evolucionar hasta verdaderas artes que enriquecieron a otras naciones. Lo que éstas perfeccionaron, casi siempre había sido ensayado previamente por los alemanes, aunque éstos, oprimidos por penurias y pobreza, pocas veces tuvieron la satisfacción de ver sus artes aprovechadas y florecientes en la propia patria. En masa emigraban a países extranjeros para ser en el norte, oeste y este los maestros de otras naciones; y también hubieran llegado a serlo en las ciencias si éstas no hubieran estado totalmente en manos de la clerecía, porque el Estado convirtió a todas sus instituciones en instrumento político que los desvió de su verdadero fin científico. Así y todo, los monasterios de Korvey, Fulda y otros hicieron por el progreso de las ciencias más de lo que realizaron países enteros, y en medio de tantos yerros y confusión como fueron los de aquellos siglos, descuella, sin embargo, siempre inconfundible la lealtad y honradez de la raza germana.

La mujer no se quedaba a la zaga; la laboriosidad en las tareas domésticas, la castidad, fidelidad y honradez han sido siempre un rasgo destintivo del sexo femenino en todos los pueblos germánicos. Las industrias más antiguas de estos pueblos estaban en manos de las mujeres; tejían y hacían punto, gobernaban la servidumbre, y se ocupaban del gobierno doméstico aun en las clases sociales más elevadas; hasta la esposa del emperador cuidaba personalmente de todo, aportando con su inteligente administración una considerable parte de sus entradas, y si esta costumbre se conservó por largo tiempo en algunas cortes de príncipes alemanes, no fué, por cierto, en detrimento del país. Ni siquiera la religión católica, que rebajó en mucho el aprecio en que se tenía a la mujer, pudo hacer en este punto tantos estragos como en los países de las zonas más templadas y tórridas. Los monasterios de monjas en Alemania nunca fueron pervertidores de la castidad en medida tan grande como más allá del Rin, de los Pirineos y Alpes; por el contrario, fueron también lugares donde se cultivaba la industriosidad germana de diversas maneras. Nunca la galantería de la orden de caballeros en Alemania se degradó a tan refinada lascivia como en las regiones más calurosas y voluptuosas, pues ya el mismo clima inducía a la

gente a vivir más encerrados entre sus casas y muros, mientras otras naciones desarrollaban sus negocios y diversiones al aire libre.

Finalmente puede gloriarse Alemania, tan pronto como fué un Imperio independiente, de haber tenido reyes grandes o por lo menos trabajadores y benévolos, entre los cuales figuran Enrique, Otón y los dos Federico cual otros tantos pilares. ¡Qué no hubieran realizado estos hombres de haberles tocado en suerte actuar en una esfera más definida y más firmemente constituída!

Habiendo considerado los acontecimientos en detalle, echemos una mirada de conjunto sobre la constitución de los pueblos germánicos en todos los países y reinos adquiridos por ellos. ¿Cuáles han sido los principios que los gobernaron, y cuáles las consecuencias de estos principios?

VI

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA ORGANIZACIÓN DE LOS REINOS GERMÁNICOS EN EUROPA

Si la organización de la sociedad es la más delicada obra de arte del espíritu y la diligencia humana, por cuanto depende completamente del estado de cosas y las circunstancias de tiempo y lugar y representa, por lo tanto, el fruto de múltiples experiencias y una constante vigilancia, no será aventurado suponer que una organización como era la de los germanos en el Mar Negro o en las selvas del norte había de surtir efectos enteramente diversos al aplicarse entre pueblos civilizados o pervertidos por la opulencia y una religión supersticiosa. Era más fácil someter a tales naciones que gobernarlas, que gobernar a la misma gente que vivía en medio de ellas. Así se explica que los reinos germánicos fundados en tales condiciones se desmoronaran o decayeran hasta tal punto que su historia subsiguiente, por larga que fuese, no fué más que la obra hecha a remendones de una organización equivocada.

1. Toda conquista de los pueblos germánicos se orientaba hacia una posesión común de la propiedad. Toda la nación se consideraba como una sola persona; todo cuanto adquiría le pertenecía por el derecho bárbaro de guerra y debía repartirse entre todos de tal manera que siguiese siendo propiedad común. ¿Cómo conseguir esto? Los pueblos de pastores en sus estepas, los cazadores en sus selvas, un ejército con su botín, los pescadores que salen a pescar en comunidad, pueden divi-

dir entre sí las respectivas adquisiciones sin dejar de formar una unidad; pero esto se hace mucho más difícil para una nación que se lanza a conquistas para luego establecerse en una región dilatada. Cada vasallo en su propiedad recién adquirida era ahora un terrateniente; quedaba obligado a prestar servicio militar en la guerra y a otros servicios, pero el espíritu de comunidad se perdía al poco tiempo y dejaba de frecuentar las dietas y asambleas de carácter nacional, y hasta la movilización en caso de guerra, que se le hacía cargosa, trataba de eludirla sustituyéndola por otras obligaciones. Así, por ejemplo, sucedió bajo los francos: la dieta del llamado Campo de Marzo ya no era concurrida por las comunas libres, quedando sus resoluciones en manos del rey y sus ministros, mientras, por otra parte, se hacía cada vez más difícil conseguir que se cumpliera con la obligación de acudir a los reclutamientos en caso de movilización. El hecho de que los hombres libres descargaran sus deberes militares en los caballeros pagando por ello altas remuneraciones a éstos, siempre dispuestos profesionales de la guerra, redundó en una profunda decadencia de aquéllos, decayendo la pujanza de la nación en el letargo como un río cuyos múltiples brazos van perdiendo su fuerza en el delta. Ahora bien: si un reino era atacado durante este primer período de aflojamiento, ¿qué tiene de extraño su derrumbe? ¿Y qué tiene de extraordinario el hecho de que también sin la aparición de un enemigo exterior, los mejores privilegios y posesiones de los hombres libres fuesen a parar por esta vía del ocio a manos ajenas y sustitutos? La constitución de toda la nación estaba hecha para la guerra o, al menos, para una forma de vida dinámica, que suponía un constante movimiento, pero no para una vida dispersa, laboriosa y tranquila.

2. Con cada rey conquistador entraba al país un grupo de nobles que como compañeros o vasallos, siervos o militantes suyos eran recompensados con los territorios adquiridos. Al principio estos feudos tenían sólo validez vitalicia, pero con el tiempo fueron hereditarios; el príncipe repartía hasta que todo quedaba distribuído y él mismo empobrecido. En la mayor parte de estas constituciones, los vasallos chuparon la sangre a los señores feudales, y los siervos a los amos de tal manera que en los Estados de vida prolongada ya no le quedaban al rey bienes que repartir, siendo él mismo el más pobre que había en el país. Si ahora se considera que en tiempos de continuas guerras los nobles tenían que arruinar por gravitación propia al fundamento de la nación, la comuna libre, siempre que ésta misma no desempeñase las funciones de un noble, se comprende por qué pudo alcanzar tanta importancia el laudable y en aquel entonces indispensable oficio de la orden de caballería. Los reinos habían sido conquistados por hordas aguerri-

das; quien se mantuviese por más tiempo en este ejercicio, seguía enriqueciéndose hasta que no quedaba nada para ganar con el puño y la espada. Por último, el príncipe no tenía nada por haberlo dado todo en forma de feudos, y la comuna libre no poseía nada porque los libres se habían empobrecido o se habían convertido, a su vez, en nobles, siendo todos los demás siervos.

3. Como los reyes debían por obligación recorrer la propiedad común de su pueblo, o mejor dicho, estar presentes en todas partes, lo que, por otra parte, era imposible, se hicieron indispensables los lugartenientes, duques y condes. Y puesto que en la Constitución germánica los poderes legislativo, judicial y ejecutivo no estaban distribuídos, resultó prácticamente inevitable que, con el correr de los tiempos y bajo reyes débiles, los lugartenientes de grandes ciudades o provincias lejanas se hiciesen, a su vez, príncipes o sátrapas. Como una pieza del arte gótico arquitectónico, su distrito contenía en miniatura todo lo que el Imperio tenía en escala mayor; bastaba que se entendiesen con las clases sociales según las circunstancias del momento, y ya estaba constituído de hecho el pequeño reino, aunque todavía en dependencia del Imperio. Fué así como se desintegraron Lombardía y el Imperio Franco, que apenas si mantenían las apariencias de un dominio imperial, y esta misma hubiera sido la suerte del reino godo y vándalo si hubieran durado bastante. Para juntar nuevamente estos fragmentos, cada uno de los cuales quería ser un todo, tuvieron que afanarse todos los reinos de constitución germánica en Europa durante cinco siglos, y todavía hoy quedan algunos que no lograron reintegrar sus miembros perdidos. El germen de esta desintegración está contenido en la misma constitución, la cual es un pólipo cuyas partes separadas viven como un todo.

4. Como en la totalidad de este cuerpo todo se basaba en la personalidad, su cabeza, el rey, aunque sus poderes lo eran todo menos ilimitados, representaba a toda la nación, tanto en su persona como en su corte. Por lo tanto, su dignidad suprema, que no debía ser más que una ficción política, se trasmitía también a sus vasallos, ministros y siervos. Los servicios prestados al rey eran considerados como servicios del Estado de primera línea, ya que los que lo rodeaban, capellanes, caballerizos mayores y senescales, debían ser a menudo sus ayudantes y ministros en consejos, tribunales y otras ocasiones. Por muy natural que esto fuera en la ruda simpleza de aquellos tiempos, resultó antinatural cuando estos capellanes y senescales debían ser realmente personajes representativos del Imperio, los más

encumbrados cargos públicos del Estado, o acaso dignidades hereditarias por los siglos de los siglos. Y sin embargo, una pompa bárbara de esta índole, que cuadra a la tienda de un Khan tártaro pero no al palacio de un padre, presidente y juez de la nación, es la constitución básica de todo reino germánico en Europa. Lo que *había sido simbolismo* y ficción representativa del Estado, llegó a ser la verdad desnuda: todo el Imperio se fué convirtiendo en la mesa, la caballeriza y la cocina del rey. ¡Curiosa transformación! Que siervos y vasallos fuesen representados por estos brillantes super-siervos, vaya y pase; mas no así el cuerpo todo de la nación, que en ninguno de sus miembros libres era siervo del rey, sino que había sido su asociado y compañero de armas y no podía ser representado por ninguno de su servidumbre. En ningún lado floreció esta constitución imperial tártara con mayor esplendor que en el Imperio Franco, de donde fué trasplantada por los normandos a Inglaterra y Sicilia, con la corona imperial a Alemania, de ahí a los reinos nórdicos, y desde Borgoña, finalmente, con el máximo de magnificencia a España, donde produjo por todas partes nuevos brotes según el tiempo y lugar. Ni griegos ni romanos, ni Alejandro ni Augusto conocieron semejante mito de un Estado, ni hubieran concebido que el orden doméstico de un gobernante pudiese dar la configuración y ser la suma de todo un Imperio; pero, en cambio, es propia de las regiones del río Jaik y el Yenisei una concepción política de este estilo, y en vano son la cebellina y el armiño los que adornan su heráldica.

5. Difícilmente hubiera arraigado esta constitución en Europa de manera tan profunda y duradera, de no haber tropezado, como ya lo vimos, con otra barbarie con la que se fusionó en íntima unión: la barbarie del papado romano. Puesto que la clerecía poseía en aquel tiempo todo el resto de ciencias que se había conservado y sin el cual no podían existir los bárbaros en estos países que, por otra parte, no se mostraban deseosos de adquirirlas por su cuenta, no les quedaba otro recurso que conquistarlas, *por así decirlo, juntamente con los países, recibiendo entre sus filas* a los obispos; y fué esto lo que sucedió. Los obispos formaron con los nobles una alta clase social en el Imperio, y al mismo tiempo se hacían ministros de la corte con los profanos que desempeñaban tales puestos. Como al igual que éstos recibían beneficios, regalías y tierras en calidad de feudos y sabían, por diversas causas, llevar ventaja a los seglares en muchos aspectos, no había en el mundo otra constitución que fuese tan tiernamente amada por el papado como ésta. Si, por una parte, no se puede negar que el estamento eclesiástico contribuyó en gran medida a suavizar las costumbres y mantener el orden en general, no es menos cierto, por otra parte, que la introducción de una doble jurisdicción y hasta de un Estado

independiente dentro del Estado, hizo tambalearse a este último en todos sus principios. No pueden concebirse, de suyo, dos cosas más extrañas y contrarias que el papado romano y el espíritu de las costumbres germanas; aquél socavó incesantemente a éstas a la vez que se apropiaba de muchas de sus peculiaridades hasta convertirlo, por fin, todo en un caos germánico-romano. Lo que por tanto tiempo había sido el espantajo de todos los pueblos gemánicos, llegó a ser lo que más apreciaban, permitiendo que se usasen contra ellos sus propios principios. Los bienes de la Iglesia, arrebatados al Estado, fueron en toda Europa una propiedad común por la cual el obispo de Roma velaba y maquinaba con más energía que príncipe alguno por su Estado. Una constitución repleta de contradicción y desgraciados conflictos.

6. Ni guerreros ni frailes hacen prosperar un país; y como esta constitución cuidase tan poco de la clase social dedicada al poder adquisitivo, orientándose, por el contrario, toda ella a convertir a todo el mundo en siervos de los obispos y nobles, se ve a las claras que con esto el Estado había sido privado de su resorte más activo por largo tiempo, a saber; *la laboriosidad de los hombres y su libre y eficiente espíritu de inventiva*. El caballero se creía demasiado importante para cultivar los campos, y fué, en consecuencia, decayendo. El noble y el monasterio querían siervos, y la servidumbre nunca ha conducido a nada bueno. Mientras no se consideraron las tierras y los bienes como un cuerpo orgánico y aprovechable en todas sus partes y productos, sino, por el contrario, como posesión muerta e indivisible que pertenecía a la corona, a la Iglesia o al heredero de algún noble linaje a título de un inmueble que contenía también a los siervos correspondientes, el recto uso de estas tierras con su verdadero potencial de fuerzas humanas estaba obstaculizado en sumo grado. La mayor parte de estos países se convirtió en posesión venida a menos, a cuyas tierras vivían encadenados así hombres como animales bajo la dura ley de nunca poder separarse de ellas. La artesanía y las artes iban por el mismo camino; ejercidas por mujeres y siervos, siguieron siendo también en gran escala trabajo propio de siervos. Cuando los monasterios, conocedores de su utilidad por el mundo romano, les dieron lugar dentro de sus muros y los emperadores les acordaron los privilegios de gremios municipales, no se logró con esto mejorar las cosas. ¿Cómo pueden florecer las artes donde la agricultura está en quiebra, donde la primera fuente de la riqueza, el trabajo independiente y lucrativo de los hombres, y con él todas las derivaciones del comercio y la libre competencia, han quedado obstruídos, y sólo el frailuco y el guerrero son señores ricos, propietarios y amos? Por lo tanto, de acuerdo con el espíritu de la época, las artes no podían introducirse sino en forma de entidad

pública *(universitales)*, o sea, como gremios; envoltura primitiva que entonces fué necesaria por razones de seguridad, pero que al mismo tiempo actuaba como cadena que no permitía una actividad extragremial del espíritu humano. A tales constituciones debemos que en países cultivados desde hace siglos, todavía se esgriman lugares comunes, y que en gremios fosilizados, órdenes y cofradías sobrevivan todavía esos antiguos prejuicios y errores que han conservado fielmente. El espíritu de los hombres se moldeaba conforme a una herramienta de trabajo metiéndose, por así decirlo, en una envoltura colectiva privilegiada.

7. De todo esto resulta que la concepción germánica de la constitución política, por natural y noble que fuese de suyo, aplicada a reinos dilatados, sobre todo conquistados, con una cultura antigua, o acaso católico-romanos, no pudo ser más que un ensayo audaz, expuesto a toda clase de abusos. Fué menester que esta concepción fuese largamente ejercitada, de muchas maneras examinada y perfeccionada por varios pueblos de sentido común en las regiones del norte y del sur, antes de que pudiese alcanzar alguna consistencia. Donde se manifiesta evidentemente como la más apta es en pequeños municipios, en los tribunales y en todo lugar donde se trata de la vida de palpitante actualidad. Los antiguos principios germánicos de que cada cual debe ser juzgado por sus iguales, de que el juez usa a sus asesores sólo como consultores, de que todo delito tiene sanción sólo en cuanto sea un delito contra la comunidad y que no por la fuerza de la letra muerta, sino a la luz de una comprensión viviente y humana deba ser juzgado, esto, juntamente con una serie de otros usos de la jurisprudencia, los gremios, etcétera, constituye un testimonio incontestable del espíritu clarividente y justo de los germanos. También los principios relacionados con el Estado, como la propiedad común, el servicio militar y la obligación de defensa universal y la libertad común de toda la nación, fueron grandes y nobles. Mas como requerían también a hombres que supiesen mantener unidos a todos los miembros, relacionarlos en la justa proporción y vivificar el todo con una visión de conjunto, y tales hombres no nacen conforme al derecho de primogenitura, sucedió casi en todas partes lo que tuvo que suceder: que los miembros de la nación se desintegraron en la anarquía; oprimieron a los indefensos y sustituyeron lo que les faltaba de inteligencia y laboriosidad por un prolongado desorden tártaro. Con todo, para la historia del mundo, la constitución común de los pueblos germánicos ha sido, por así decirlo, la firme envoltura dentro de la cual la cultura que restaba halló refugio de la tormenta de los tiempos, y el espíritu de comunidad de Europa se fué desarrollando y madurando lenta y ocultamente para ejercer su influjo sobre todos los países de la tierra. Por de pronto salieron a

luz grandes fantasmas, una monarquía espiritual y otra secular, que, empero, fomentaron muy otros fines que los que habían determinado su fundación.

LIBRO DÉCIMONONO

Es difícil que haya en la historia otra alusión al nombre de una persona que tuviese efectos más vastos que la hecha al nombre de San Pedro, según la cual sobre la roca de su profesión de fe debía edificarse una Iglesia inconmovible y le serían confiadas las llaves del reino de los cielos. El obispo que, según se creía, estaba sentado en la sede de Pedro y cerca de su sepulcro, supo interpretar este nombre de manera que le señalara a él mismo. Cuando por la coincidencia de varias circunstancias recibió no sólo el primado de la Iglesia cristiana más grande, sino también el derecho de prescripciones y mandatos espirituales, el poder de convocar concilios y decidir en ellos las cuestiones tratadas, y fijar y delimitar la doctrina de la fe, absolver de pecados reservados, conceder libertades que nadie más podía otorgar, en una palabra, el poder de Dios en la tierra, no tardó mucho en pasar de esta monarquía espiritual a la que era su consecuencia, la espiritual-secular. Como antes había debilitado el poder de los obispos, así ahora el de los príncipes. Otorgó una corona imperial de Occidente a cuyo reconocimiento se sustrajo por su parte. Excomuniones e interdictos estaban en su mano temible, con la cual erigía y repartía reinos, anatematizaba y absolvía a los reyes, quitaba el culto a países enteros, desligaba a súbditos y vasallos de sus obligaciones. Quitó mujeres e hijos a todos sus sacerdotes y fundó un sistema que el paso de los siglos pudo conmover pero no destruir. Un fenómeno de esta naturaleza reclama nuestra atención; y puesto que apenas habrá regente en el mundo que tanto tuviese que luchar por el poder como el obispo de Roma, merece, cuando menos, que nos refiramos a él como a cualquiera otra constitución estatal, sin odio ni amarguras [1].

[1] Aunque Sarpi, Puffendorf y otros tratan muy bien ciertas partes de la historia de los papas, paréceme, con todo, que falta todavía una historia del todo imparcial y pragmática del papado. El autor de la *Historia de la Reforma* podría coronar con ella su obra.

I

LA JERARQUÍA ROMANA

Al ver un edificio terminado, suele suponerse un plano anterior a su construcción; mas esta suposición se verifica raras veces tratándose de estructuras políticas, que son obra del tiempo. Si hoy se considera la grandeza espiritual de Roma, hasta parece dudoso que jamás se hubiera llegado a ella encaminándose a este fin en línea recta. Como en todos los tronos, también en el de Roma estuvieron sentados obispos de muy diversa índole. Aun para los instrumentos más capaces hubo épocas adversas, pero el arte político de esta sede, que la condujo a la solidez y majestad, consistió precisamente en aprovecharse hasta de los tiempos difíciles, de los errores de los antecesores y de los mismos enemigos. Enfoquemos sólo algunas de las muchas circunstancias de la historia, juntamente con los principios en que se basaba la grandeza de Roma.

Lo que más nos dice es el nombre mismo de Roma. La vieja reina del orbe, cabeza y corona de los pueblos, inspiraba también a sus obispos a ser la cabeza de las naciones a su manera. Todas las leyendas del obispado y martirio de Pedro no hubieran tenido en Antioquía o Jerusalén los efectos políticos que tuvieron en la Iglesia floreciente de la Roma eterna. ¡Cuánto encontraba a su paso el obispo de esta ciudad antigua y venerable que debía ensalzarle de por sí! El orgullo inextinguible del pueblo romano, al que hubo de ceder más de un emperador, lo llevaba sobre sus hombros y le inspiró, como al pastor del primer pueblo de la tierra, la idea de aprender en esta alta escuela de las ciencias y del arte político, a donde se peregrinaba todavía en épocas cristianas para estudiar la legislación romana, y gobernar el mundo por medio de cánones y leyes a ejemplo de los antiguos romanos. Ante sus ojos estaba el esplendor del culto pagano; y como éste en la Constitución romana había estado ligado al poder supremo de mando, el pueblo esperaba también su obispo cristiano que fuese el antiguo *Pontifex maximus, aruspex et augur*. Acostumbrado el pueblo a triunfos, festividades y ceremonias oficiales, veía con agrado que el cristianismo saliese de tumbas y catacumbas para hacer su entrada en templos romanos dignos de la grandeza de Roma; y de esta manera, Roma fué por segunda vez, a fuerza de disposiciones, festividades y usos, la cabeza del mundo.

Desde los primeros tiempos manifestó Roma su prudencia legislativa empeñándose en la unidad de la Iglesia, en la

pureza de la doctrina, ortodoxia, y catolicidad, sobre los cuales debía edificarse la Iglesia. En el siglo segundo ya se atrevió Víctor a no reconocer como hermanos suyos a los cristianos del Asia si no se avenían a celebrar la Pascua el mismo día que él. Parece también que el primer cisma entre cristianos judíos y paganos, entró en vías de arreglo por intervención de Roma, donde Pablo y Pedro conviven pacíficamente en sus sepulcros [1].

Este espíritu de una doctrina universal se mantuvo en la sede romana, y aunque algunos Papas apenas pudieron salvarse de la acusación de ser herejes, sus sucesores supieron volver las cosas al buen camino y empuñar el timón de la Iglesia ortodoxa. Nunca doblaron la cerviz ante las herejías, por poderosas que éstas fuesen y violenta la presión que ejerciesen. Los emperadores de Oriente, los ostrogodos y visigodos, los borgoñones y lombardos eran arrianos; pero Roma permaneció católica. Sin contemplaciones se separó, por último, de la Iglesia griega, aunque ésta representaba a medio mundo. Semejante fundamento de una pureza y catolicidad inconmovible de la doctrina que pretendía basarse en la sagrada escritura y la tradición, tenía que lograr y sostener necesariamente el trono de un supremo juez espiritual cuando se presentasen circunstancias favorables.

Estas circunstancias sobrevinieron en efecto. Después de que el emperador hubo abandonado Italia, el Imperio fué dividido, los bárbaros lo invadieron y Roma fué repetidas veces conquistada y saqueada, su obispo tuvo más de una ocasión de ser su salvador. Fué el padre de la abandonada residencia de los reyes, y los bárbaros que devastaron las maravillas de Roma temían a su pontífice máximo. Atila se retiró; Genserico cedió; enfurecidos reyes lombardos se postraron a sus pies aun antes de que fuese el amo de Roma. Por largo tiempo supo navegar equidistante entre bárbaros y griegos; conocía el arte de dividir para luego reinar. Cuando la política de la división ya no daba los resultados apetecidos, se había preparado a su católica Francia como auxiliar; cruzó los Alpes y recabó de su libertador más de lo que había pretendido: su ciudad episcopal con todas las ciudades del exarcado. Por fin Carlomagno era emperador, y desde entonces el lema era: ¡Una Roma, un emperador, un Papa!, tres nombres inseparables que de ahí en adelante representarían la fortuna y la desgracia de los pueblos. Las afrentas que el obispo de Roma se permitió ya contra el hijo de su bienhechor son simplemente inauditas; pero otras cosas peores esperaban a los sucesores posteriores de aquél. El Papa hacía de árbitro entre emperadores, les daba órdenes, los destronaba y les arrancaba de la cabeza la corona que creía haberles ceñido. Fueron los germanos bo-

[1] Sobre este punto volveremos en otro lugar.

nachones quienes durante trescientos cincuenta años iban a Roma por causa de esta corona y le sacrificaban pacientes la sangre de su nación; fueron ellos quienes llevaron la soberbia de los Papas al paroxismo. Sin un emperador alemán y el triste estado en que se hallaba su país, nunca hubiera habido un Hildebrando, y todavía ahora la constitución de Alemania es un peldaño para el trono de Roma.

Como la Roma pagana se hallaba en situación favorable para sus conquistas, así también la cristiana para las suyas. Desde el Mar Negro y el Volga venían innumerables pueblos que el obispo de Roma tenía que persignar con la cruz de la verdadera fe si pretendían vivir en paz en regiones tan ortodoxas; y si no venían por propia iniciativa, él iba en su busca. Enviaba a las naciones oraciones e incienso, y ellas en cambio le ofrendaban oro y plata a él, y a sus numerosos ministros regalaban agros, bosques y praderas. Pero el más hermoso de sus dones fué su corazón ingenuo y primitivo que cometía más pecados que jamás había soñado y recibió de él un catálogo de pecados para luego solicitar las absoluciones correspondientes. Aquí las llaves de Pedro comenzaron a funcionar y nunca se hizo oír su tintineo sin la recompensa adecuada. ¡Qué hermosa heredad de los clérigos eran los territorios de godos, alemanes, francos, anglos, sajones, daneses, suecos, eslavos, polacos, húngaros y prusianos! Cuanto más tarde hicieran estos pueblos su entrada en el reino de los cielos, más caro era el precio que por ello tenían que pagar, no pocas veces con sus tierras y su misma libertad. Cuanto más al norte o al este estuviesen situados, más lentamente progresaba su conversión, y tanto más elevado el agradecimiento que debía pagarse. Cuanto más le costase a un pueblo avenirse a abrazar la fe, tanto más firmemente se adhería luego a ella. Finalmente, el aprisco del obispo de Roma se extendía al norte hasta Groenlandia, al este hasta el Duina y Dniéper y al oeste hasta los más extremos promontorios.

El misionero de los alemanes, Winfrido o Bonifacio, hizo más por la autoridad del Papa sobre los obispos que residían fuera de Roma, de lo que emperador alguno hubiera podido hacer. Como obispo en un país de infieles, había prestado juramento de lealtad al papa, que posteriormente, por persuasión y exigencia, se hizo extensivo también a otros obispos, y llegó, finalmente, a ser ley en todos los reinos católicos. Con las repetidas divisiones de los países bajo los carolingios, se desmembraban también las diócesis de los obispos, y el Papa halló amplias oportunidades para entrometerse en su gobierno. La colección de decretos del Seudo-Isidoro finalmente, que apareció en estos tiempos carolingios por primera vez en público, probablemente en el Imperio Franco y Alemán, y al que se atribuyó autenticidad por negligencia, astucia e ignorancia, con-

firió a todos los abusos de fecha reciente la autoridad de usos antiquísimos, de suerte que este solo libro fué para el Papa más útil que decretos imperiales. En general, la ignorancia y la superstición que cubrían todo el Occidente, eran el ancho y profundo mar donde Pedro echaba su red.

Donde más se muestra la prudencia política de los obispos de Roma es en el hecho de que supieran obligar a las circunstancias más adversas a servir sus intereses. Largamente fueron oprimidos por los emperadores de Oriente, y a menudo también por los de Occidente; y sin embargo fué Constantinopla la que primero tuvo que reconocerles el rango de obispo universal, y Alemania cederles, a la postre, la investidura de las clases clericales en el Imperio. También la separación de la Iglesia griega redundó en provecho del Papa, que dentro de ella nunca hubiera alcanzando la autoridad que pretendía Occidente; ahora, en cambio, redobló la cohesión de su propia Iglesia. Apareció Mahoma, y los árabes se apoderaron de gran parte del sur de Europa; extendieron sus incursiones hasta las cercanías de Roma y trataron de desembarcar. Pero también este flagelo redundó en provecho del Papa, que supo utilizar a la perfección tanto la debilidad de los emperadores griegos como el peligro que amenazaba a Europa. Él mismo salió en campaña como salvador de Italia e hizo del cristianismo, de ahí en adelante, el santo y seña contra todos los infieles. Fué una terrible especie de guerras a las que podía obligar con la excomunión y el interdicto y en las cuales no desempeñaba sólo el papel de heraldo, sino también el de tesorero y estratega. También se aprovechó de la suerte de las armas normandas contra los árabes. Les dió como feudo territorios que no le pertenecían, cubriéndose de esta manera las espaldas para dirigir su acción hacia adelante. Tan cierto es que llega más lejos quien al principio no sabe ni para sí mismo hasta dónde podrá llegar, pero sabe en cambio aprovechar, de acuerdo con norma prefijada, toda circunstancia que le brinda el tiempo.

Veamos, sin odios ni amor, algunas de estas normas que la corte romana siguió para obtener ventajas importantes.

1. El dominio de Roma se basaba en la fe, una fe destinada a promover la salvación temporal y eterna del alma humana. Todo cuanto fuera apto para dirigir el alma humana formaba parte del sistema, y de todo esto se apoderó Roma. Desde su gestación hasta la tumba y más allá, hasta en el purgatorio, estaba el hombre en poder de la Iglesia, al que no podía sustraerse sin caer en irremediable desgracia. La Iglesia formaba su mente, angustiaba y tranquilizaba su corazón; por medio de la confesión poseía la clave de todos sus secretos, su conciencia y todo cuanto era suyo. Durante toda su vida, el creyente permanecía bajo su férula

como un menor de edad, e *in articulo mortis* lo ligaba de pies y cabeza para absolver con tanta mayor largueza al que se arrepintiese y tuviese la mano abierta para dar limosnas. Esto ocurría por igual a reyes y mendigos, hombres y mujeres. Todo el mundo, sin ser dueño ni de su razón ni de su conciencia, tenía que ser dirigido, y nunca le faltaban dirigentes. Ahora bien, como el hombre es una criatura indolente que, una vez habituada a la cura de almas cristiana, difícilmente sabe prescindir de ella, antes bien recomienda este suave yugo a sus descendientes como paño de lágrimas, el imperio de la Iglesia estaba fundado en lo más íntimo de las almas humanas. Habiéndose apoderado de la inteligencia y la conciencia de los creyentes, lo tenía todo en su poder. No era más que un pequeño detalle el hecho de que cosechara valores materiales donde los había sembrado espirituales; entregado como lo estaba el hombre, hacía tiempo que ella había heredado ya en vida lo que le pertenecía de más íntimo de su ser.

2. Para dirigir esta fe, lejos de servirse de lo más grande o importante, la Iglesia echó mano de lo más menudo, de lo que estaba al alcance de todos, porque sabía muy bien cuán poca cosa se requiere para fijar la devoción de los hombres. Un crucifijo, una imagen de la Virgen con el niño, una misa, un rosario hacían para sus fines mucho más de lo que las más sutiles especulaciones podrían haber hecho; y también estas herramientas las administraba con suma parquedad. Donde bastaba una misa, no se daba la comunión; donde era suficiente una misa rezada, no se la cantaba; donde se daba el pan transubstanciado no hacía falta el vino transubstanciado. Con semejante economía ganaba la Iglesia espacio para innumerables libertades y obsequios de escaso valor, pues, me animaría a preguntar al ecónomo más ahorrativo del mundo si se siente con fuerza para hacer con agua, pan, vino, algunas cuentas de vidrio o madera, un poco de algodón, ungüento y la cruz, más de lo que la Iglesia supo hacer con estas cosas. Lo mismo ocurrió con los formularios, oraciones y ceremonias. Nunca quiso que se inventara y ordenara en vano; las antiguas fórmulas seguían en vigencia a pesar de que para los tiempos nuevos se hubieran necesitado otras nuevas; los devotos descendientes debían y querían ir al cielo con la misma modalidad que sus antepasados. Mucho menos aún se retractó jamas la Iglesia de un error cometido; si el hecho era demasiado evidente, se le hacía desaparecer siempre de la manera más disimulada; si no, todo seguía como antes y, según las ocasiones, no se reformaba, sino que se aumentaba. Antes de que, con ese método circunspecto, el cielo estuviese lleno de santos, la Iglesia estaba llena de riquezas y milagros. Pero ni siquiera respecto de los milagros de sus santos se esforzó demasiado la inventiva de sus respec-

tivos narradores; todo se repite y se basa en el gran principio de la popularidad, de lo más fácilmente comprensible y de lo más común, porque precisamente donde hay un mínimo descaro, exige fe, y acaba por encontrarla.

3. El arte político romano supo conciliar el principio de las cosas ínfimas con el mayor refinamiento y la máxima brutalidad con tal perfección que difícilmente pueda ser superado en ambas modalidades. Nadie podía ser más humilde, adulador y suplicante de lo que eran los Papas en tiempos de necesidad o para con los obsequiosos y bondadosos; unas veces habla por su boca San Pedro, otras veces el más tierno padre. Pero tampoco hubo nadie que pudiese escribir y obrar con más franqueza y vigor, rudeza y dureza que ellos cuando hacía falta. Nunca entran en discusiones, sino que decretan. Una astuta audacia que persigue su fin, ya sea rogando y suplicando, ya sea exigiendo, amenazando, resistiendo y castigando, caracteriza el lenguaje de las bulas de la Iglesia romana, que no encuentra casi parangón en la historia. De ahí el tono peculiar de las leyes eclesiásticas, las cartas y decretos de la Edad Media, que se distinguen de manera notable de la dignidad de la antigua legislación romana. El siervo de Cristo está acostumbrado a hablar a profanos o súbditos, seguro de su causa y sin nunca dar un paso atrás. Ese sagrado despotismo adornado con dignidad paternal ha conseguido más que aquella vana cortesía de fútiles intrigas políticas, que no atrae la confianza de nadie. Él, en cambio, sabía bien lo que quería y cómo hacer para exigir obediencia.

4. El arte político romano no se dedicaba con preferencia a ningún objetivo de la sociedad civil, porque tenía por único fin a sí mismo, aprovechaba todo cuanto le servía y podía destruir todo lo que se opusiese a sus intereses, pues sólo servía a sí mismo. Es natural que un Estado espiritual que vivía a costa de todos los Estados cristianos, no pudiese menos que promover ora las ciencias, ora la moralidad y el orden, ora la agricultura, las artes y el comercio, según lo pedía su fin perseguido; pero toda la historia medieval atestigua que el papismo como tal nunca tuvo interés en un verdadero esclarecimiento de las inteligencias o en los progresos tendientes a un mejor orden político con todo lo que esto implica. El mejor germen podía llegar a ser pisoteado en cuanto llegaba a ser peligroso, y hasta los Papas más ilustrados tuvieron que ocultar su mejor comprensión de las cosas o que acomodarlas en cuanto se contrapusieran a los eternos intereses de la Santa Sede. En cambio, lo que servía a estos intereses, ya fueran artes, usura, ciudades libres que perturbaban la paz, donaciones o feudos, esto se fomentaba y

administraba para la mayor gloria de Dios. No obstante tanta actividad, la Iglesia se consideraba el centro inmóvil del universo.

5. Para obtener este fin, la dictadura del Estado papal se sirvió de cualquier medio útil: guerra y espada, fuego y cárceles, documentos inventados, perjurio sobre una hostia partida, juicios de la Inquisición e interdictos, deshonra y miseria, desgracia temporal y eterna. Para amotinar un país contra su príncipe, se lo podía privar de todos los medios de salvación excepto en la hora de la muerte; las llaves de Pedro eran usadas para manejar mandamientos divinos y humanos, derechos de pueblos y hombres.

6. Y como este edificio debía prevalecer contra las puertas del infierno; y este sistema de instituciones canónicas, el poder de las llaves, es decir, de ligar y desligar, el poder mágico de los signos sagrados, el don del Espíritu Santo que se trasmite de Pedro a sus sucesores y los que ellos consagran, como todo esto no predica otra cosa que eternidad, ¿cómo concebir un reinado de mayor y más profundo influjo? La clase de los sacerdotes le pertenecía en cuerpo y alma; con la cabeza rapada y votos irrevocables se hacen siervos suyos para siempre. Indisoluble es el vínculo que une a la Iglesia y su clero; se le quita hijos, mujer, padres y patrimonio; arrancado de cuajo del fecundo árbol de la especie humana, es injertado en el leño seco con las pretensiones de perennidad de la Iglesia; el honor de él es de ahora en adelante el honor de ella; su provecho, el de la Iglesia; no le es posible ningún cambio de opinión, ningún arrepentimiento, hasta que la muerte pone término a su esclavitud. Pero, en cambio, la Iglesia mostraba a estos esclavos suyos un amplio campo de recompensas, un extenso escalafón para ser siervos ricos con gran poder de mando, para ser los amos de todos los libres y grandes de la tierra. Al ambicioso lo estimulaba con el honor, al devoto con la devoción, y tenía para cada cual lo que le atraía y recompensaba. También es peculiar de esta legislación que, donde existe un resto de ella, allí está entera, siendo obligatorias todas y cada una de sus máximas; porque es Pedro, la roca sobre la cual se pesca con su red eterna; es la túnica indivisible que hasta los guerreros echaron en suertes, pues sólo a uno de ellos podía adjudicarse.

7. ¿Y quién era este Uno en Roma, a la cabeza de su sacro colegio? Nunca fué un niño inerme cuyos vagidos tiernos salían de la cuna junto a la cual se le prestaba juramento de lealtad, aprobando de antemano todas las fantasías que podrían ocurrírsele durante su vida futura. Nunca fué un muchacho dado a sus juegos, cuya voluntad se tratase de ganar adulando las tonterías de su juventud para ser más adelante el favorito o predilecto de sus veleidades. Se elegía a un hombre o un anciano, casi siempre experto

en los negocios de la Iglesia y que conocía bien el campo donde dirigir a los obreros. O también era un pariente próximo de los príncipes de su época y se le elegía sólo para salvar una dificultad del momento. Sólo pocos años de vida le quedaban por lo común, y no tenía descendientes para quienes robar con apariencias de legalidad. Pero aun cuando así lo hiciera alguna vez, no era casi nunca cosa que valiese la pena mencionar, considerando el conjunto del pontificado cristiano. Los intereses de la Santa Sede eran continuos, mientras que el anciano experimentado sólo era puesto para firmar con su nombre lo que se había hecho. Algunos Papas sucumbieron a la carga; otros, empero, hombres jurisperitos, astutos políticos, audaces y constantes, hicieron más en pocos años que lo que un régimen débil puede realizar en medio siglo. Una larga lista de nombres debería enumerarse aquí para mencionar tan sólo los Papas más nobles, dignos y grandes, de quienes uno lamenta que no hayan podido estar al servicio de otra causa. En la sede romana se encuentran muchos menos afeminados lascivos que en los tronos de príncipes seglares; y en algunos de ellos sus defectos llaman la atención solamente por el hecho de haber sido Papas.

II

LOS EFECTOS DE LA JERARQUÍA EN EUROPA

Ante *todo*, hay que hacer mención del bien que el cristianismo tuvo que obrar por su naturaleza, cualquiera que fuese su forma externa. Compasivo para con los pobres y oprimidos, los tomó bajo su protección durante las salvajes irrupciones de los bárbaros. Muchos obispos en Galia, España, Italia y Alemania se mostraron en este punto como santos. Sus casas y los templos se convirtieron en un refugio de los perseguidos; rescataban a los esclavos, libertaban a los secuestrados y ponían coto a la repugnante trata de hombres de los bárbaros donde podían y sabían que existiese. No se le puede menoscabar al cristianismo el honor de haber sido benigno y generoso para con la parte oprimida del género humano; desde sus primeros tiempos trabajó por la salvación de los hombres, como lo demuestran ya varias leyes, aun las que no revisten carácter político, de los emperadores de Oriente. En la Iglesia occidental se podía prescindir todavía menos de esta actividad benéfica, y es así como muchos decretos episcopales de España, Galia y Alemania la atestiguan, aun sin ninguna intervención papal.

También es innegable que en los tiempos de inseguridad gene-

ral, los templos y monasterios fueron sagrados refugios de callada laboriosidad, del comercio, la agricultura, las artes y oficios. Fueron clérigos los que instituyeron las ferias anuales que en su honor se llaman "Misas" [1] hasta el día de hoy, y para las cuales, si no bastaban decretos imperiales y reales, conseguían la tregua de Dios. Artistas y artesanos vivían al amparo de los monasterios, donde buscaban refugio ante los nobles, que pretendían reducirlos a todos a la servidumbre. Los monjes promovían la agricultura por sus propias manos y lás ajenas; fabricaban lo que necesitaban para su propio uso monástico o daban lugar a cierta industria monástica aunque con espacio y remuneración reducidos. En los monasterios se salvaron también los manuscritos de los escritores antiguos que, copiados aquí y allá, se conservaron para la posteridad. Por medio del culto, finalmente, se mantuvo cierto vínculo con la lengua latina, sea cual fuese su pureza, el cual, posteriormente, había de conducir nuevamente a la literatura antigua, y desde allí fomentaría el progreso de la ciencia. Tiempos así necesitan muros de monasterios que brinden también a los peregrinos seguridad y protección, comodidad, alimento y estada. Mediante viajes de esta clase se establecieron los primeros vínculos pacíficos entre los países, porque el báculo de peregrino prestaba protección donde ni la espada podía ofrecerla. También contribuyeron estos viajes a la formación de los primeros conocimientos de países extraños con sus leyendas, narraciones, novelas y poesías, aunque en forma primitiva.

Todo esto es verdad y no puede negarse; mas como muchas de estas cosas podían hacerse también sin la intervención del obispo de Roma, veamos ahora qué provecho aportó propiamente su supremacía espiritual a Europa.

1. La conversión de muchos pueblos paganos. ¿Pero de qué manera se los convertía? A menudo a sangre y fuego, con tribunales secretos y guerras de extinción. No se argumentó contra esto diciendo que el obispo de Roma no hubiese promovido estas guerras; las aprobó, gozó de sus frutos y también las imitó cuando se le ofrecía la ocasión. De ahí esos juicios contra herejes que se acompañaban con el canto de salmos, aquellas cruzadas que también tenían una finalidad misionera y cuyo botín se dividían el Papa y los príncipes, las órdenes, los prelados, canónigos y sacerdotes. Los que no habían sido muertos, fueron reducidos a la servidumbre en la que viven, en buena parte, todavía hoy. Es así como se fundó la Europa cristiana; se constituían los reinos y el Papa los bendecía y consagraba, y en tiempos posteriores la cruz de Cristo era llevada a todas partes del mundo, convertida en signo mortífero. En América, la sangre de sus habitantes asesi-

[1] *"Messe"* (misa) es el nombre que los alumnos dan a las ferias (N. del T.).

nados todavía clama al cielo, y en Europa los pueblos reducidos a la servidumbre maldicen todavía hoy a quienes los convirtieron. Y vosotras, víctimas innumerables de la inquisición en el sur de Francia, España y otros Continentes: vuestra ceniza se dispersó, vuestros huesos se pulverizaron; pero la historia de los horrores cometidos contra vosotros permanece como eterna acusadora contra quienes afrentaron en vosotros a la humanidad.

2. Se suele atribuir a la jerarquía el mérito de haber unido a los pueblos de Europa en una república cristiana. Mas ¿en qué habría consistido ésta? El hecho de que todas las naciones se arrodillasen ante una misma cruz y asistiesen a la misma misa, sería algo, pero no mucho. Que todas ellas fuesen gobernadas desde Roma en los asuntos espirituales, para estos países lo fué todo menos provechoso, porque los tributos que había que pagar a Roma y el incontable ejército de monjes, clérigos, nuncios y legados era una pesada carga. La paz entre las potencias europeas reinaba en aquel entonces menos que nunca, entre otras causas, también por el sistema político errado que precisamente el Papa perpetuaba en Europa. El cristianismo puso coto a la piratería pagana en los mares; pero, en cambio, poderosas naciones cristianas chocaban duramente entre ellas, y cada una estaba sumida en una confusión interna y animada de un espíritu de rapacidad espiritual y temporal. Era cabalmente este dominio doble de un Estado papal dentro de todos los Estados lo que no permitía que ningún reino se basase en sus propios principios, los cuales afloraron sólo cuando se hubieron liberado de la supremacía del Papa. Por lo tanto, Europa solamente se mostró república cristiana frente a los infieles, y también allí pocas veces para gloria suya, pues, por lo que a las cruzadas se refiere, apenas un poeta de epopeyas sabe arreglárselas para hallar en ellas hazañas gloriosas.

3. Entre las glorias de la jerarquía suele contarse que fué un contrapeso al despotismo de los príncipes y la nobleza y ayudó a levantarse a las clases humildes. Por cierto que esto sea, hay que afirmarlo, empero, con grandes restricciones. El despotismo era tan contrario a la constitución original de los pueblos germánicos que antes cabe sostener que los reyes lo aprendieron de los obispos, si es que esta enfermedad psíquica puede aprenderse. Fueron obispos quienes, a base de sus escritos abusivamente interpretados, de Roma y de los principios que regían a su propia clase social, introdujeron en las leyes y la educación de los pueblos los conceptos orientales o monásticos de la ciega sumisión bajo la voluntad del superior. Fueron ellos quienes dieron al cargo de regente el carácter de ociosa dignidad y consagraron su persona con la unción de derechos divinos y privilegios arbitrarios. Casi siempre fueron clé-

rigos aquellos de quienes se servían los reyes para fundar su poder despótico; satisfechos aquéllos con donativos y privilegios, no tenían escrúpulos en sacrificar libertades ajenas. ¿Y no fueron acaso en primer lugar los obispos quienes precedieron aun a los príncipes seglares en la ampliación de su poder y sus privilegios, o, por lo menos, siguieron celosamente su ejemplo? ¿No fueron precisamente ellos quienes consagraron la posesión del botín injustamente adquirido? El Papa, finalmente, como juez supremo de los reyes y déspota de los déspotas fundaba sus sentencias en el derecho divino. En tiempos de los emperadores carolingios, francos y suabos procedió con una arrogancia que un seglar no se hubiera podido permitir sin ser objeto de la desaprobación general, y la sola vida del emperador Federico II, de la casa de los suabos, desde su tutela bajo el Papa jurisperito más eminente hasta su propia muerte y la de su nieto Conradino, sirva de compendio de todo cuanto puede decirse acerca del cargo de juez supremo que ejercían los Papas sobre los príncipes de Europa. Ya no puede lavarse la sangre de esa dinastía de la sede apostólica. ¡A qué alturas tan vertiginosas conduce el ser juez supremo de la cristiandad por encima de todos los reyes y países de Europa! Gregorio VII, que ciertamente no fué hombre de talla común, Inocencio III y Bonifacio VIII, dieron de ello pruebas elocuentes.

4. Son un hecho innegable las grandes instituciones de la jerarquía en todos los países católicos; y posiblemente las ciencias se hubieran empobrecido del todo de no haber sido alimentadas con las migajas que cayeron, aunque escasamente, de ese festín de santos. Pero también sobre este punto es menester no errar respecto del espíritu que informaba el pasado. La intención principal de ningún benedictino no fué jamás cultivar las tierras, sino la devoción monástica. Cuando no tenía permiso para seguir trabajando, cesaba al punto en su tarea, y ¡cuántos bienes de los que adquiría fueron a parar a Roma o a otros lugares indebidos! A los útiles benedictinos siguieron una serie de otras órdenes que fueron de crecida utilidad para la jerarquía, pero una pesadísima carga para las ciencias y artes, el Estado y la humanidad toda; me refiero, especialmente, a las órdenes mendicantes. Todas ellas, juntamente con las monjas de todas las especies (con la sola excepción, tal vez, de las hermanas y hermanos de la caridad), sólo tienen cabida en aquellos tiempos duros, oscuros y bárbaros. ¿A quién se le ocurriría hoy día fundar un monasterio según la regla benedictina para que cultive los agros, o construir una catedral para que en ella se celebren las ferias anuales? ¿Quién quisiera aprender las teorías mercantiles de unos monjes, el mejor sistema político del obispo de Roma, o la mejor organización de las escuelas del escolástico ordinario de un colegio mo-

nástico? En aquel entonces, en cambio, todo cuanto sirviese, aunque sólo fuese secundariamente y de rechazo, a la ciencia, la moralidad, el orden y la beneficencia, tenía un valor incalculable.

¡Mas no se le ocurra a nadie contar entre estos valores los forzados votos de continencia, ocio y pobreza monástica, y esto en ninguna época y bajo ningún partido religioso! Estas cosas eran indispensables a la Santa Sede para el ejercicio de su supremacía; tenía que arrancar de cuajo del mundo a los siervos de la Iglesia a fin de que sólo viviesen para el Estado de la Iglesia; pero jamás fueron adecuadas a la humanidad, ni fructíferas. Dejemos que viva en el celibato, mendicando y cantando salmos, flagelándose y recitando rosarios a quien pueda y quiera; pero ¿quién puede alabar y aprobar que se fomenten gremios de esta índole con la protección pública y hasta bajo el sello de la santidad y un mérito sobreabundante, a costa de la industriosidad diligente y provechosa, a expensas de la fundación de una familia honrada y las aspiraciones e instintos de nuestra naturaleza, enriqueciéndolas, encima de todo, con privilegios, prebendas y entradas perennes? A Gregorio VII no le importaban nada los suspiros amorosos de las monjas neurasténicas, los caminos ocultos de los frailes, los pecados escondidos y públicos de los clérigos, ni los matrimonios por ellos injuriados, las herencias acumuladas en manos estériles, la desmedida ambición de esa casta sagrada y exclusivista, ni todas las otras perturbaciones que de ahí debían originarse; pero en el libro de la historia aparecen sus consecuencias con claridad meridiana.

5. Por consiguiente, no cantaremos tampoco las alabanzas de las peregrinaciones de santos haraganes; donde no sirvieron en forma solapada al comercio o directamente para la obtención de noticias, contribuyeron al conocimiento de países y pueblos sólo de manera muy imperfecta y accidental. Naturalmente, significaba no poca comodidad hallar bajo el sayal sagrado del peregrino seguridad por doquier, reposo y alimento en monasterios hospitalarios, compañeros de viaje en todos los caminos, y finalmente, a la sombra de un templo o sagrario el consuelo y las indulgencias apetecidas. Pero considerando la cruda verdad que late bajo tan beatífica ilusión, se ve a menudo delincuentes que visten el sayal sagrado y quieren expiar con una romería placentera algún crimen grave; se ve también a devotos desequilibrados que abandonan o distribuyen su casa y sus campos renunciando a las obligaciones primarias de su estado o de la humanidad como tal, para ser luego, por el resto de su vida, hombres depravados, medio locos, necios arrogantes o lascivos. La vida de los peregrinos pocas veces fué una vida santa, y los dispendios que en sus lugares principales de peregrinación originan a algunos reinos todavía ahora, significan un verdadero robo del patrimonio de la nación. El mero

hecho de que esa enfermedad devota de peregrinar hacia Jerusalén haya producido, entre otras cosas, también las cruzadas, dado origen a varias órdenes religiosas y despoblado a Europa miserablemente, esto sólo es ya un suficiente testimonio en contra; y donde sirvieron de pantalla a misiones, no tenían éstas, ciertamente, un verdadero bien como último fin.

6. Por último, el vínculo que unió indiscutiblemente a todos los países católico-romanos, la lengua latina eclesiástica, ofrecía también sus reparos. No sólo que por su causa los idiomas nativos que poseían los pueblos de Europa, y en consecuencia los pueblos mismos, se mantuvieron en un estado primitivo, sino que, entre otros efectos, el pueblo fué defraudado en la última participación que le correspondía en las discusiones públicas, por no saber latín. Junto con la lengua vernácula se desplazaba cada vez buena parte del carácter nacional de los negocios de la nación, mientras que, por otra parte, con el latín monástico se infiltraba también ese devoto espíritu monjil que, llegada la ocasión, sabía adular, engatusar y también falsificar. El hecho de que las actas de todas las naciones europeas, sus leyes, decretos, testamentos, instrumentos de compraventa y enfeudación, y finalmente la misma historia de la nación se escribiesen por tantos siglos en latín, puede haber sido muy útil al clero y a los sabios, pero sólo resultó perjudicial para las naciones mismas. Sólo mediante el cultivo de la lengua patria puede un pueblo salir de la barbarie, y si Europa siguió siendo durante tanto tiempo un Continente bárbaro fué, no en último lugar, porque durante casi un milenio una lengua extranjera desplazó al órgano de comunicación que era connatural a sus habitantes, quitándoles hasta los restos de sus monumentos propios e imposibilitando por un período tan prolongado todo código legislativo nacional y toda constitución e historia nacional peculiares. Únicamente la historia de Rusia se funda en monumentos de lengua vernácula, precisamente porque el Estado quedó ajeno a la jerarquía del Papa romano a cuyos emisarios no quiso recibir Vladimiro. En todos los demás países europeos, el idioma de los monjes desplazó todo cuanto pudo desplazar y si merece algún elogio no puede ser otro que el de un estrecho puente pasando por el cual la literatura de la Antigüedad pudo salvarse en espera de tiempos mejores.

A disgusto he escrito estas restricciones de las alabanzas que merece la Edad Media; tengo plena conciencia del valor que muchas instituciones de la jerarquía tienen todavía hoy para nosotros y no se me ocultan las penurias en medio de las cuales fueron fundadas en aquella época, como también me siento a gusto en la penumbra espeluznante de sus venerables institutos y edificios. Como un tosco recipiente destinado a conservar las tradiciones a través de la tormenta de la invasión de los bárbaros, fué de inapreciable valor y

atestigua tanto la energía como la prudencia de quienes le infundieron lo que tiene de bueno; pero difícilmente podrá aspirar a adquirir un valor positivo y permanente para todos los tiempos, pues el destino de la cáscara es reventar en cuanto el fruto haya alcanzado su madurez.

III

LOS PROTECTORADOS SEGLARES DE LA IGLESIA

Al principio, los reyes de los pueblos y tribus germánicos eran jefes militares elegidos, presidentes de la nación y sus jueces supremos. Cuando luego los obispos los ungieron, fueron reyes por derecho divino y protectores de la Iglesia de su país. Cuando el Papa coronaba al emperador del Sacro Imperio Romano, le nombraba en cierto modo su coadjutor; el Papa era el sol, el emperador la luna, los demás reyes astros en el firmamento de la Iglesia católica. Ese sistema basado en la oscuridad, sólo se hacía visible donde amanecía; pero en cambio muy pronto se hizo sentir. Ya el hijo de Carlomagno depuso la corona por orden de los obispos y no quiso volver a aceptarla sino por nueva orden de ellos. Bajo sus sucesores se reiteró varias veces el pacto según el cual los reyes debían considerar a los estamentos clericales y seglares como ayudantes en los negocios de la Iglesia y del Estado. El Seudo-Isidoro, finalmente, hizo universal el principio de que el Papa, en virtud de su poder de atar y desatar, estaba facultado para excomulgar a reyes y príncipes y declararlos inhabilitados para el gobierno. En particular, el Papa se arrogaba amplios derechos sobre la corona del emperador romano, los cuales le eran reconocidos. Enrique de Sajonia se llamó solamente rey de Alemania hasta que el Papa le ofreció la corona romana de emperador; Otón y sus sucesores hasta Federico II, la recibieron de sus manos convencidos de haber recibido un privilegio, cuando no una especie de supremacía sobre todos los reyes de la cristiandad. Ellos, que a menudo no daban abasto para administrar su Imperio Alemán, tomaban a mal que se dispusiera de alguna parte del Imperio Bizantino sin que la enfeudación procediese de ellos o contara con su aprobación; hacían la guerra a los paganos e instituían a los obispos en los países de los mismos. Así como el Papa creó a un rey cristiano en Hungría, así el primer príncipe cristiano de Polonia fué feudatario del Imperio Alemán, y muchas guerras se llevaron de ahí en adelante, a causa de esta dependencia feudataria. El emperador Enrique II, recibió del Papa

el globo imperial de oro como insignia de que le pertenecía el orbe; y Federico II fué excomulgado porque aplazó la cruzada que se le quería imponer. Un concilio lo destituyó, el Papa declaró vacante el trono imperial al cual degradó de tal manera que ningún príncipe extranjero quería aceptar la corona. Como se ve, el sol cristiano aconsejó de mala manera a su luna imperial, pues, de tanto proteger a la cristiandad llegaron los emperadores alemanes finalmente a no saber cómo protegerse a sí mismos. Su deber era recorrer el Imperio, convocar dietas y tribunales, conceder feudos, cetros y coronas según se lo mandase el Papa, mientras éste residía en el Tíber y gobernaba el mundo por legados, bulas e interdictos. No hay reino católico en Europa que no haya tenido la misma concepción de su rey como protector de la Iglesia bajo la supremacía del Papa, y durante un período considerable fué éste el derecho político común de Europa[1].

Toda la organización interna de los Imperios no podía, pues, orientarse sino de acuerdo con esa concepción, porque la Iglesia no estaba en el Estado, sino el Estado en la Iglesia.

1. Como por todas partes las clases sociales del Imperio se dividían en clérigos y seglares, las costumbres más importantes relacionadas con el Estado, la caballería y los feudos tuvieron que llevar en cierta manera el sello de la Iglesia. En las festividades, los emperadores desplegaban el esplendor de su corte; su coronación tenía lugar en los templos; su juramento se prestaba sobre el evangelio y las reliquias, su vestido era un ornato sagrado, y sagrados eran su corona y su espada. Ellos mismos eran considerados, a causa de su dignidad, como ministros de la Iglesia y gozaban de los privilegios del estado eclesiástico. Poco más o menos todos los actos solemnes del Estado estaban ligados con la misa y la religión. La primera espada que recibía el paje era consagrada en el altar, y cuando con el tiempo la dignidad de caballero adquirió la solemnidad de una orden religiosa, una tercera parte de sus ritos tenían carácter religioso. En esta orden, la devoción se combinaba con el honor y el amor, porque el supuesto fin de todas las órdenes de caballería era poner la espada al servicio de la cristiandad y de la virtud e inocencia injuriadas. Desde tiempo atrás, Cristo y los apóstoles, la madre de Dios y otros santos, habían sido patronos de la cristiandad, de todas las clases sociales y cargos, determinados gremios, iglesias, abadías, castillos y linajes; pronto sus imágenes se convirtieron en insignias de guerra, banderas, pendones y sellos,

[1] Leibniz tocó esta idea en varios de sus escritos y la utilizó todavía en ocasiones en su sistema histórico. La *Historia de la evolución de la constitución política alemana* de Pütter la expone compendiosamente; en los tiempos más antiguos todos los estadistas que reivindicaban pretensiones o privilegios del Imperio Alemán, la esgrimieron a su manera.

sus nombres fueron grito de guerra, el santo y seña. Durante la lectura del evangelio se tocaba la espada, y se iba a la batalla al canto del "Kyrie eleison". Todas las costumbres nacidas de esa mentalidad preparaban aquellas guerras contra herejes, paganos e infieles, de tal manera que en un momento dado no hacía falta más que una convocatoria grandilocuente con promesas e insignias sagradas para que Europa saliese como un solo hombre contra sarracenos, albigenses, eslavos, prusianos y polacos. Hasta fué posible juntar los extremos de monje y caballero en la curiosa figura de una orden espiritual de caballería, pues en determinados casos obispos, abades y hasta Papas confundieron el báculo de pastor con la espada.

Un breve ejemplo de estas costumbres nos lo brinda la fundación recientemente mencionada del reino de Hungría por obra del Papa. Durante largo tiempo, el emperador y el Imperio habían deliberado cómo hacer para pacificar a los húngaros tantas veces derrotados. El único medio que se ofrecía era el bautismo, y cuando éste pudo aplicarse después de prolongados esfuerzos, al promover San Esteban, rey educado en el cristianismo, la obra de la conversión, le fué enviada una corona apostólica (probablemente robada a los ávaros) y la sagrada lanza (una maza húngara) y el parazonio de Esteban para proteger y propagar la Iglesia por los cuatro confines de la tierra, el globo áureo del Imperio, las quirotecas episcopales y el pectoral. Fué declarado legado del Papa y no dejó de fundar un convento de canónigos en Roma, un monasterio de monjes en Constantinopla, hospitales en Ravena y Jerusalén, así como hospicios y asilos, hacer pasar las peregrinaciones por su país, llamar a sacerdotes, obispos y monjes de Grecia, Bohemia, Baviera, Sajonia, Austria y Venecia, erigir el archiconvento de Gran junto con una serie de otras sedes episcopales y monasterios e introducir a los obispos como estamentos del reino obligados a participar en las guerras. Promulgó una legislación cuya parte espiritual estaba tomada de capitulares de Occidente, especialmente francos, y decretos del concilio de Maguncia, legándola a la posteridad como carta magna del nuevo reino cristiano. Tal fué el espíritu de la época; toda la constitución de Hungría, las relaciones sociales y el destino de sus habitantes se basaban ahora en este fundamento, y con pequeñas diferencias debidas a tiempos y lugares, ocurrió lo mismo en Polonia, Nápoles y Sicilia, en Dinamarca y Suecia. Todo navegaba en el mar de la Iglesia; una borda de la nave era el sistema feudal, la otra el poderío episcopal, el rey o emperador la vela, y el Papa estaba sentado en el timón y marcaba el rumbo.

2. En todos los reinos, la administración de la *justicia* era netamente católica. Las costumbres y estatutos de los pueblos tuvieron que inclinarse ante los decretos papales y los concilios, y todavía

cuando se iba imponiendo el derecho romano, le precedía el derecho canónico. No se puede negar que con todo esto se limaba la bruta aspereza de los pueblos, pues al dignarse la religión a consagrar hasta los desafíos judiciales o sustituirlos por el juicio de Dios, limitaba su número y dirigía la superstición por lo menos por cauces menos perjudiciales[1]. Abades y obispos eran los jueces divinos y de paz en la tierra; clérigos eran casi siempre los secretarios de los tribunales, los autores de las leyes, decretos y capitulares, y a menudo también los embajadores del Estado en los asuntos de gran trascendencia. La autoridad de que habían gozado entre los paganos nórdicos dentro del poder judicial, se había conservado después de introducido el cristianismo, hasta que mucho más tarde fueron reemplazados por los doctores en derecho. Monjes y confesores fueron frecuentemente el oráculo de los príncipes, y San Bernardo fué el oráculo de Europa en la mala causa de las cruzadas.

3. El precario arte médico del medioevo, si no era ejercido por judíos o árabes, estaba en manos del estamento clerical, y en consecuencia, entremezclado con superstición como lo había estado entre los paganos nórdicos. El diablo y la cruz, reliquias y fórmulas de conjuros, desempeñaban allí un gran papel, porque las verdaderas ciencias naturales habían desaparecido de Europa con excepción de unas pocas tradiciones. De ahí que tantas enfermedades asolaran países enteros con furor de epidemias bajo los nombres de lepra, peste, muerte negra, baile de San Vito, etcétera; nadie les ponía coto porque nadie las conocía ni sabía emplear los medios indicados para combatirlos. La falta de limpieza en los vestidos, la escasez de lienzo, las habitaciones estrechas y la fantasía obnubilada por la superstición, no podían sino fomentarlas. Esto sí que hubiera sido una obra de protección: que toda Europa al mando del emperador, del Papa y la Iglesia, se hubiera unido contra tales epidemias como verdaderas obras del diablo para no dejar en sus países viruelas, pestes ni la lepra; pero en vez de hacerlo así, se las dejaba venir y descargar todo su furor hasta que el veneno se había eliminado a sí mismo. Las pocas disposiciones que se tomaron, empero, se deben también a la Iglesia; se las realizaba como obras de misericordia ya que no se sabía practicarlas como arte[2].

[1] La benéfica influencia de la supremacía clerical para el apaciguamiento del mundo de entonces, tan poco pacífico, también con miras al cultivo de las tierras, nadie lo demostró mejor, que yo sepa, ni de modo más pragmático que Johann Müller en su *Historia de Suiza*. Este lado nunca puede desconocerse, bien que sólo es un aspecto de la cuestión.

[2] La historia de las viruelas, la peste, la lepra, etc., se conoce por los escritos de varios médicos hábiles, que hicieron propuestas para el exterminio de estos males y, en parte, consiguieron su realización. En la *Historia de las ciencias en la provincia de Brandeburgo* de Möhsen se encuentran interesantes informaciones y anotaciones sobre el arte médico y las obras de sanidad de la Edad media.

4. Las ciencias no existían propiamente en el Estado sino más bien en la Iglesia; lo que ésta juzgaba oportuno se enseñaba, y en el mejor de los casos, se escribía. Toda la enseñanza era impartida por escuelas conventuales, y, en consecuencia, reinaba una mentalidad monjil en los pocos frutos que producía el espíritu en aquellos tiempos. Hasta la historia no se escribía para el Estado sino para la Iglesia, porque había muy pocos fuera de los clérigos que se dedicaran a la lectura, por lo cual también los mejores escritores medievales tienen rasgos de clericalismo. Las leyendas y novelas, lo único que producía el ingenio de los hombres de aquella época, se movían en una esfera angosta, porque pocos escritos de la Antigüedad estaban en uso; por lo tanto, había pocas ideas en que inspirarse, a la vez que las concepciones que suministraba el cristianismo de entonces, qudaban pronto agotadas. Éstas no toleraban una mitología poética, de suerte que unos pocos rasgos de la historia antigua, fábulas de Roma y Troya entremezcladas con los hechos de tiempos más recientes formaban toda la primitiva contextura del arte poético medieal. También cuando la poesía comenzaba a entrar en la lengua vernácula, se comenzó por temas espirituales que se mezclaban de manera estrafalaria con leyendas de héroes y caballeros. Por lo demás, ni el Papa ni el emperador se preocupaban de la literatura como medio del progreso intelectual, con la sola excepción de la ciencia jurídica que les era indispensable para justificar sus respectivas pretensiones[1]. Un Papa como Gerberto (SilvestreII), que amaba las ciencias como conocedor, era un caso insólito, una *rara avis*; el lastre de las ciencias monásticas llenaba la nave de Pedro.

5. De la misma manera, se mantenía también en las artes solamente lo poco que era indispensable para iglesias, castillos y torres. El llamado arte gótico arquitectónico está tan íntimamente ligado al espíritu de la época, religión, estilo de vida, necesidades de los contemporáneos y clima, que su desarrollo siguió el mismo ritmo peculiar y periódico que el clericalismo, la orden de caballería, la jerarquía y el sistema feudal. De las artes menores sólo se conservó y perfeccionó lo que pertenecía al adorno de las armas de los caballeros, el ornato y uso de las iglesias, castillos y monasterios; eran sus productos labores de taracea, obras de talla, ventanales y vidrieras pintadas, monogramas, imágenes de los santos, alfombras, relicarios, custodias, copones y cálices. Tales fueron los objetos, sin exceptuar la música litúrgica y la corneta de caza, de donde arrancó el

[1] Las contadas excepciones que hubo de esta triste verdad, las indicaremos en el libro siguiente; aquí sólo se trata del espíritu de la época.

renacimiento de las artes en Europa. ¡Qué origen tan distinto del que había tenido en Grecia! [1]

6. El clericalismo y el feudalismo que lo informaban todo en Europa, imprimieron también sus características a la industria y el comercio. La más noble obra protectora de los emperadores y reyes fué, sin duda alguna, que sustrajeran a las ciudades a la rapiña y a los artistas y artesanos a la servidumbre, que protegieran y fomentaran la libre competencia y el comercio mediante derechos, libertad de impuestos, la tregua de las ferias y salvoconductos; que trataran de exterminar la ley marcial bárbara y liberar de otras pesadas cargas al ciudadano útil de las ciudades y tierras, y la Iglesia contribuyó a esta obra de manera meritoria [2]. Pero la idea avanzada de Federico II de abolir en sus ciudades todos los gremios y cofradías, se adelantó a su época como tantas otras ideas de este espíritu progresista. Todavía se necesitaban fuerzas coaligadas donde, como en la orden de caballería y los monasterios, muchos formaban una unidad y llevaban hasta al aprendiz del ínfimo gremio por un escalafón análogo al que regía para el fraile en su monasterio y el guerrero en la milicia. Allí como acá todo ascenso iba acompañado de solemnidades semejantes, y el espíritu de sociedades y gremios se infiltraba hasta en el comercio. Sus uniones más importantes, la misma Hansa, nacieron de las cofradías de mercaderes que al principio recorrían los países como peregrinos. Las penurias y los peligros en mar y tierra iban dando mayores alcances a esta unión, hasta que finalmente, bajo la protección de la cristiandad de Europa, se formó una república mercantil tan difundida como no había habido otra en el mundo. A la manera de los gremios se organizaron posteriormente también las universidades; instituciones góticas son éstas que ni los orientales ni griegos o romanos habían conocido, pero que, como los institutos de los monasterios y la orden de caballería, fueron indispensables a su época y útiles por la conservación de las ciencias para todos los tiempos. También se formó durante la Edad Media una propia y peculiar vida urbana, muy diversa de los municipios de los romanos, y basada en la libertad y seguridad de acuerdo con principios germánicos, la

[1] Una historia de las artes medievales, particularmente del llamado arte arquitectónico gótico, en sus diversos períodos, sería una obra digna de ser leída; como trabajo preparatorio podría servir una selección de disertaciones de interés especial de la Sociedad Británica para las Antigüedades.

[2] Ya cité como colección de investigaciones interesantes la *Historia del comercio germánico* de Fischer; con esta obra y algunas otras de tiempos más recientes se van acumulando materiales para una historia general del comercio y la navegación, de otro carácter que la aparecida en Breslau 1754, y mejor que la que pudo ofrecer Andersen en su discreta *Historia del comercio*. También sería de desear una historia de las artes, industrias y oficios, gremios, ciudades y justicia municipal de la Edad Media.

cual produjo industriosidad, artes y alimentos dondequiera que fuera posible. Naturalmente, lleva impresas las huellas de su primitiva opresión por parte de la nobleza, el clero y el príncipe, pero fué un factor de gran eficiencia para la cultura de Europa. En una palabra, lo que pudo desarrollarse bajo la estrecha bóveda de la jerarquía, el feudalismo y los protectorados, se desarrolló; sólo una cosa parecía faltar a este firme edificio de estilo gótico: la luz. Veamos ahora por qué caminos tan peregrinos finalmente le llegó.

IV

LOS REINOS ÁRABES

La península árabe es una de las regiones privilegiadas de la tierra; parece destinada por la misma naturaleza a dar carácter propio a sus habitantes. Aquel dilatado desierto entre Egipto y Siria, desde Alepo hasta el Éufrates, daba, a manera de una Tartaria del sur, amplio lugar a una vida de salteadores y pastores, y desde los tiempos más antiguos fué ocupada por tribus nómadas árabes. El estilo de vida de este pueblo, al que las ciudades le parecían calabozos, su orgullo por su viejo abolengo en la tierra, su Dios, su idioma rico y poético, su noble corcel, la espada y el arco en sus manos, juntamente con todo lo demás cuya posesión estima sagrada, todo esto parecería que preparaba a los árabes para desempeñar un papel en la historia que, llegado su tiempo, fué muy distinto del que tocó a aquellos tártaros del norte en tres Continentes.

Ya en los tiempos de la ignorancia, como ellos llaman las épocas más antiguas de su historia, habían fundado en la parte alta de su península pequeños reinos dispersos en el Irak y Siria; tribus árabes habitaban en Egipto, los etíopes descienden de ellos, y todo el desierto africano parecía ser su heredad. Del Asia estaba separada su península por el desierto, y con esto cerrado el camino a las frecuentes incursiones de los conquistadores. Permanecieron libres y orgullosos por su origen, la nobleza de sus linajes, su valentía nunca superada y su idioma sin mezcla de elementos extraños. Al mismo tiempo, eran el centro mercantil del sur y del Oriente, y por consiguiente poseían muchos conocimientos de las naciones que ejercían este comercio, en el cual, gracias a la feliz situación geográfica de su país, podían y debían participar. Debido a ello se formó aquí muy temprano una cultura espiritual que no podía originarse en el Altai y los Urales, y mucho antes de que los árabes supieran escribir llegó su lengua a una gran agudeza de ingenio, que se expresaba en

locuciones figuradas y sentencias de sabiduría. Suyo era el monte Sinaí donde los hebreos habían recibido su ley, para luego habitar casi siempre entre ellos; y tan pronto como aparecieron los cristianos y se persiguieron mutuamente, hubo sectas cristianas que se dirigieron también a los árabes. De esta mezcla de ideas judías, cristianas y propias, en un pueblo como éste, y una lengua como la suya, al llegar su momento propicio, ¿qué otra cosa podía salir sino un nuevo florecer, que emergiendo a la luz del día se veía colocado en una lengua de tierra entre tres Continentes desde donde podía alcanzar la más amplia difusión por medio del comercio, guerras, incursiones y escritos? La aromática flor de la gloria de los árabes nacida de tan áridas tierras, era, por lo tanto, un milagro muy natural, con tal de que apareciese el hombre capaz de hacerla crecer y florecer.

Al principio del siglo séptimo apareció este hombre, mezcla de notable de todo cuanto podían dar la nación, la raza, la época y la región: era mercader, profeta, orador, poeta, héroe y legislador, todo esto a la manera árabe. Mahoma[1], nacido del más noble de los linajes en Arabia, que era el custodio del dialecto más puro y del antiguo sagrario nacional, la Kaaba, poseyó elevada cultura en su juventud, y sin ser rico, fué educado en casa de un hombre respetado. Ya en su juventud tuvo el honor de volver a poner en nombre de toda la nación la sagrada piedra negra en el lugar que le correspondía. Las circunstancias le permitieron adquirir primero en sus viajes comerciales un temprano conocimiento de otros pueblos y religiones, y luego también una considerable fortuna. No cabe duda de que los elogios de que había sido objeto como joven de extraordinarias prendas, la prestancia de su tribu y su linaje, y la honorífica función que, cuando todavía niño, le había sido encargada en la Kaaba, se le habían grabado profundamente en el alma. A esto se agregaban las impresiones que se había llevado del estado en que se hallaba la cristiandad.. Ante sus ojos tenía al monte Sinaí rodeado de una aureola de cien leyendes de la historia antigua. A todas estas religiones les era común la fe en una misión divina con el correspondiente entusiasmo, modalidad connatural a la mentalidad de su pueblo y halagüeña para su propio carácter. Probablemente ejerció todo esto un influjo tan profundo sobre su alma durante sus quince años de vida contemplativa, que acabó por creerse a sí mismo, el corechita, el hombre eminente, elegido para restablecer la religión de sus mayores en doctrina y mandamientos y manifestarse como enviado de Dios. No sólo su sueño del viaje al cielo,

[1] Además de la introducción al Corán de Sales, la *Vida de Mahoma* de Gacnier y otros autores que consultaron fuentes árabes. Breguigni, en su disertación sobre Mahoma, traducida también como separata, da valiosa información sobre su situación y su misión.

sino también su vida y el mismo Corán demuestran lo exaltada que fué su imaginación y que no hacía falta un engaño premeditado para llegar a la ilusión de su vocación de profeta. Mahoma no hizo su aparición en público como joven bullicioso, sino a la edad de cuarenta años; primero como profeta de su casa que sólo se manifestaba a unos pocos, ganó en tres años apenas seis secuaces. Cuando, luego, en el célebre convite de Alí, dió a conocer su vocación a cuarenta hombres de su propia tribu, aceptó de ahí en adelante todo cuanto implica la contradicción de los incrédulos contra un profeta. Con razón cuentan sus seguidores sus años a partir de su huída a Yatreb (Medina); en La Meca hubieran sido destruídos sus proyectos o él mismo.

Si, por una parte, el odio contra las abominaciones del culto idólatra que notaba en su raza y creía hallar también en el cristianismo, juntamente con un exaltado entusiasmo por la doctrina de un solo Dios. y la manera de servirle por la pureza, devoción y beneficencia, parecen haber sido la base de su vocación de profeta, fueron, por otra parte, las tradiciones deterioradas del judaísmo y cristianismo, la mentalidad poética de su propia nación, el dialecto de su tribu y sus dones personales las alas, por así decirlo, con que volaba a una altura que trascendía los límites de su personalidad. Su Corán, esta curiosa mezcla de arte poético, elocuencia, ignorancia, prudencia y arrogancia, es fiel reflejo de su alma, sus dones y sus defectos, sus inclinaciones y errores, su ilusión misma y las improvisaciones con que engañaba a sí y a otros, todo lo cual aparece en esta obra con mayor claridad que en cualquier otro corán de profeta alguno. Cuando lo pedían las circunstacias o él volvía en sí después de un éxtasis contemplativo, dictaba el Corán por partes aisladas, sin pensar en un sistema escrito; se trataba de efusiones de su fantasía o de arengas proféticas ora para animar, ora para castigar, de las que él mismo, en otro momento, se admiraba como de algo que superaba sus fuerzas, como de un don divino que sólo le había sido concedido en aquel instante. De ahí que, como todas las almas de fortaleza descomunal que viven engañadas sobre sí mismas, exigiese esa fe que, al final, supo arrancar a la fuerza aun a sus adversarios más enconados. Apenas había llegado a ser el amo de Arabia, cuando ya envió apóstoles de su doctrina a todos los reinos vecinos, Persia, Etiopía, Yemen, y hasta al mismo emperador bizantino, ya que consideraba que su doctrina, por nacional que fuese, era la religión de todos los pueblos. Las duras palabras que se le escaparon cuando los emisarios, de regreso, le trasmitieron la negativa de los reyes, juntamente con aquel célebre pasaje del Corán en el capítulo dedicado a la penitencia [1], fué para sus sucesores mo-

[1] "Combatid contra los que no creen en Dios ni en el día del juicio y no

tivo suficiente para llevar a cabo lo que al profeta no le permitió su muerte prematura: la conversión de las naciones. Desgraciadamente, les precedía también en esto el cristianismo que más que ninguna religión imponía sus creencias a pueblos extraños como condición necesaria para la salvación; sólo que el árabe no operaba la conversión mediante contrabando, mujeres y frailes, sino tal como cuadraba al hombre del desierto: espada en mano y a la voz de mando: "¡Tributo o fe!"

Como el viento abrasador del desierto, así se propagó, después de la muerte de Mahoma, la guerra por Babilonia, Siria, Persia y Egipto. Los árabes se lanzaban a la batalla como a un acto de culto divino, armados de sentencias del Corán y la esperanza del paraíso, y además no les faltaba, por cierto, el valor personal. Así como los primeros califas del linaje de Mahoma (excepción hecha de su celo ofuscado), fueron hombres justos, moderados y eminentes, así también los ejércitos fueron conducidos por jefes valerosos y prudentes como Khaled, Amrú, Abu Obeidah y muchos otros. Encontraron a los reinos de persas y griegos en tan mal estado, las sectas cristianas tan enemistadas unas con otras, la perfidia, lascivia, egoísmo, traición, lujo, soberbia, crueldad y opresión tan a la orden del día por doquier, que al leer la terrible historia de estas guerras uno cree ver realizada la fábula de una manada de leones que irrumpe en los apriscos de ovejas y carneros y estancias repletas de ganado gordo, vistosos pavos y corderos indefensos. Estos pueblos pervertidos eran en su mayor parte una generación despreciable que merecía montar en asnos por no haber sabido domar el corcel de la batalla; ni eran dignos de las cruces que coronaban sus iglesias, porque no eran capaces de defenderlas. ¡Cómo se desmoronó ahora el esplendor de más de un patriarca, sacerdote y monje en estas regiones dilatadas y prósperas!

Al mismo tiempo, y como por la violencia de un terremoto, se pulverizaron los restos de aquella antigua cultura helénica y majestad romana que el cristianismo no había podido extinguir. Las ciudades más antiguas del mundo con sus tesoros inapreciables cayeron en poder de estos valientes bandidos que al principio apenas conocían el valor del dinero. Ante todo, hay que lamentar la suerte corrida por los monumentos de la ciencia. Juan, el gramático, pidió para sí la biblioteca de Alejandría en la que Amrú, el vencedor, no había pensado siquiera (¿qué querría ese necio con el regalo que solicitaba?...), y se consultó al califa Omar, el cual contestó con el célebre razonamiento que siempre merecerá ser llamado el razonamiento de los califas[1], y los libros fueron destruídos. Por seis

tienen por pecado lo que prohiben Dios y su enviado. Pelead también contra judíos y cristianos hasta que se avengan a rendir tributo y someterse."

[1] "Lo que contienen los libros que mencionas, o concuerda con lo que dice

meses sirvieron para la calefacción de más de mil baños calientes, y de esta manera se perdieron los más preciosos pensamientos, la más indispensable información, las más laboriosas construcciones doctrinales de la Antigüedad con todas las consecuencias que esto habría de tener por miles de años, a causa de la imprudente petición de un gramático y la devota simpleza de un califa. Mucho les hubiera gustado a los árabes recuperar este tesoro cuando cien años más tarde supieron apreciar su valor.

Apenas muerto Mahoma, se perfilaron ya los conflictos internos que después de la muerte de Osmán, el tercer califa, fácilmente hubieran podido poner fin a las conquistas árabes si el valeroso y honrado Alí, durante tanto tiempo relegado, y su hijo Hssán no hubieran cedido su lugar a la casa de los omeyas que con Moaviyah ocupó ahora la sede del sumo sacerdocio para retenerla durante noventa años mediante sucesión hereditaria. Damasco fué la residencia de los califas; los árabes no tardaron en ser una potencia naval, y bajo los gobiernos hereditarios la primitiva frugalidad de la corte fué sustituída por el lujo. En cierta medida proseguían todavía las conquistas; más de una vez fué asediada Constantinopla, aunque sin éxito; bajo Al Walíd fué ocupado el Turquestán, y aun avanzaron hasta la India. Tarik y Muza conquistaron España favorecidos por la suerte de manera increíble, y el último de ellos tenía el plan gigantesco de avanzar por Francia, Alemania y Hungría para llegar a Constantinopla y más allá, a fin de fundar un Imperio más extenso que el que los romanos habían juntado en muchos siglos. ¡Pero qué fracaso sufrió este plan! Todas las incursiones de los árabes en Francia fueron rechazadas; hasta en España, nunca apaciguada, perdieron una provincia tras otra. El tiempo para la conquista de Constantinopla estaba aún muy lejos de haber llegado; por el contrario, ya bajo los omeyas se hicieron sentir los primeros movimientos de los pueblos turcos que algún día serían vencedores de los árabes. En general, se había perdido ya el primer empuje demoledor de su fortuna guerrera con los primeros treinta años de entusiasmo inicial, cuando el linaje de Mahoma retenía las riendas del gobierno; bajo los omeyas de régimen hereditario, las conquistas fueron afectadas por las numerosas divisiones internas y progresaron a paso lento y, a veces, detenido.

Siguió la dinastía de los abasidas, que alejaron en seguida su sede de Damasco y cuyo segundo califa, Al Mansur, se construyó Bagdad para su residencia por estar situada en el centro de sus Estados. La corte de los califas había alcanzado ahora su máximo esplendor; las ciencias y artes brillaban en ella, a cuyo respecto

el libro de Dios, el Corán, o le contradice. Si concuerda, basta el Corán sin ellos; si no, justo es que sean destruídos."

siempre serán célebres los nombres de Al Rashid y Al Mamún. Mas lo que se había perdido no eran sólo ulteriores conquistas sino la misma consistencia de la monarquía en manos de esta familia. Ya bajo el segundo abasida, Al Mansur, Abderrahmán, el omeya suplantado, fundó un califato independiente en España, el cual duró casi trescientos años, y se desintegró luego en diez reinos que por un tiempo se unieron bajo algunas tribus árabes, pero nunca volvieron a unirse con el califato de Bagdad. En la costa occidental africana, Mogreb, los edrisios, rama descendiente de Alí, fundaron un reino separado donde echaron los cimientos de la ciudad de Fez. El lugarteniente de Harun Al Rashid en África, Kairwan (Cirene), se declaró independiente. Su hijo conquistó Sicilia; sus sucesores, los aglabitas, trasladaron su residencia a Túnez, donde habían instalado grandes acueductos; su reino duró más de cien años. En Egipto, la tendencia de los lugartenientes a la independencia, fué vacilante al principio, hasta que la tribu de los fatimitas absorbió a los edrisios y aglabitas para fundar un tercer califato que se extendía desde Fez a través de Túnez, Sicilia, Egipto hasta el Asia. Había ahora tres califatos; el de Bagdad, el del Cairo y el de Córdoba. Pero también el reinado de los fatimitas llegó a su ocaso; curdos y ceiritas se lo dividieron, y el valiente Saladino (Selah eddin), Gran Visir del califa, destituyó a su amo y fundó el reino de los curdos en Egipto, que posteriormente cayó en las manos de la guardia de corps (mamelucos y esclavos), a quienes lo arrebataron, finalmente, los otomanos. Suerte parecida corrieron todas las provincias. En África fueron los ceiritas, morabetas y muhaedios, y en Arabia, Persia, Siria, dinastías de todas las tribus, las que desempeñaron su papel hasta que los turcos (seljucidas, curdos, atbecas, turcumanos, mamelucos, etcétera) lo hubieron ocupado todo y la misma Bagdad fué tomada por asalto por los mongoles. El sobrino del último califa de Bagdad huyó a Egipto, donde los mamelucos le permitieron llevar su título de califa, carente ya de significado, hasta que, con ocasión de la conquista del país por los otomanos, el decimoséptimo de estos príncipes destronados fué llevado a Constantinópla, pero luego remitido a Egipto, donde toda esta dinastía de césaro-papistas árabes halló su desgraciado fin. El brillante Imperio de los árabes se perdió en los reinos turco, persa y mongólico; algunas de sus partes cayeron bajo dominación cristiana, otras se hicieron independientes, y la mayor parte de sus pueblos sigue viviendo todavía en constantes revoluciones.

Las causas tanto de la rápida decadencia de esta inmensa monarquía como de las revoluciones que sin cesar la desmembraban y destituían, estaban en el asunto mismo: en el origen y la constitución del Imperio.

1. El poderío árabe se había originado por las virtudes del entusiasmo; sólo por estas mismas virtudes podía conservarse, a saber, por la valentía y la lealtad para con la ley, las virtudes propias del desierto. Si sus califas en La Meca, Kufa o Medina hubieran permanecido fieles al estilo de vida abnegado de sus primeros cuatro grandes antecesores y hubieran poseído un medio mágico para ligar a su oficio a todos sus lugartenientes y estrategas con vínculos igualmente severos, ¿qué poder del mundo hubiera podido oponerse a este pueblo? Mas ahora, como la posesión de tantos prósperos países juntamente con un difundido comercio introdujo la riqueza, la pompa y el lujo, y el trono hereditario de los califas alcanzó en Damasco, y más todavía en Bagdad, un esplendor de las Mil y una Noches, se repitió también aquí la escena ya mil veces representada en la historia de que el lujo producía la languidez, y al fin sucumbía el débil refinado ante el fuerte primitivo. El primero de los abasidas instituyó un Gran Visir, cuya autoridad creció en sus sucesores hasta el temido poder de un Emir al Omrah (emir de emires), y que llegó a destituir al mismo califa. Como los más de estos visires eran turcos y este pueblo integraba además la guardia de corps del califa, el cáncer estaba en el mismo corazón de la monarquía, desde donde invadió todo el cuerpo. Los países árabes corrían paralelos a las alturas donde los aguerridos pueblos de los curdos, turcos, mongoles y bereberes vigilaban agazapados como animales feroces; y puesto que la mayor parte de ellos estaban sometidos contra su voluntad al dominio árabe, no veían la hora de la venganza a la que estaban siempre prontos. Aquí sucedió, pues, lo mismo que en el Imperio Romano: de visires y mercenarios se hicieron amos y déspotas.

2. A causa de la constitución del Imperio, la revolución se produjo más pronto entre los árabes que entre los romanos. La constitución era la de un califato, es decir, despótica en sumo grado; Papa y emperador estaban unidos de la manera más íntima en la persona del califa. El destino inapelable en que se creía y la palabra del profeta que exigía en el Corán obediencia, requerían también la resignación en los mandatos de su sucesor y la palabra de su lugarteniente; en consecuencia, ese despotismo sobre las almas se introdujo en la administración de todo el Imperio. Ahora bien, nada más fácil, especialmente en las provincias remotas de un Imperio tan dilatado, que la transición de un despotismo en nombre de otro a una omnipotencia por cuenta propia; por lo cual, casi en todas partes los lugartenientes se hicieron señores arbitrarios, consistiendo el arte de gobernar de los califas propiamente sólo en distribuir, destituir e intercambiar a sus lugartenientes con habilidad. Así por ejemplo,

cuando Mamún concedió a su valiente general Taher en Corasán poderes demasiado amplios, le entregó prácticamente las riendas para un gobierno independiente; los países de más allá del Gihon fueron separados del califato y se les abrió el camino a los turcos para la invasión del Imperio. Esto ocurrió en todos los distritos, hasta que, por fin, el extenso reino se asemejaba a un archipiélago de islas arrancadas de la tierra que apenas conservaban la unidad del idioma y de la religión, mientras se hallaban en constante revuelta entre ellas y con los países circunvecinos. Durante siete a ocho centurias cambiaban estos reinos aislados sus fronteras fluctuantes hasta que la mayor parte de ellos, aunque nunca todos, cayeron en poder de los turcos. El Imperio Árabe carecía de constitución, lo que es la mayor de todas las desgracias tanto para el déspota como para sus esclavos. La constitución de los reinos mahometanos es la obediencia y resignación a la voluntad de Dios y sus representantes: el Islamismo.

3. El gobierno del Imperio Árabe estaba ligado a una tribu, y de ésta a un solo linaje, la familia de Mahoma; y como ya desde el principio Alí, el heredero legítimo, fué pasado por alto, apartado largo tiempo del califato y pronto relegado con toda su familia, no sólo se originó la división entre omeyas y alidas, que al cabo de todo un milenio persiste todavía hoy con todo el fanatismo de un odio religioso entre turcos y persas, sino que las sangrientas revueltas en casi todas las provincias eran alternativamente obra de los omeyas y alidas. En los países distantes surgieron impostores que, por fariseísmo o espada en mano, se impusieron a los pueblos como parientes de Mahoma; más aún, como Mahoma había fundado el Imperio en calidad de profeta, aquí y allá algún entusiasta se aventuró a hablar, como él, en nombre de Dios. Ya el profeta mismo había experimentado casos semejantes, pero África y Egipto eran los escenarios clásicos de tales locos e impostores [1]. Si no fuera porque vemos que esa historia se repite en otras religiones, nos inclinaríamos a creer que la de Mahoma consiguió agotar las abominaciones de la exaltación y la ciega credulidad. Pero nunca ha sido superado el despotismo del viejo de la montaña. Este rey de todo un Estado de asesinos natos y adiestrados no tenía más que decir a cualquiera de sus súbditos: "¡Vete a asesinar!"; ése lo hacía así, aunque le costara la vida, y durante siglos subsistió el Estado de los asesinos.

1. SCHLÖZER, *Historia de África del norte;* CARDONE, *Historia de los árabes en África y España,* etc.

V

EFECTOS PRODUCIDOS POR LOS REINOS ÁRABES

Rápido como la expansión y desintegración del reino de los califas, fué también su florecimiento para el cual, en una región menos cálida, tal vez *ni* un milenio hubiera sido suficiente. La mayor fuerza vital con que la planta oriental tiende apresurada al florecimiento, se muestra también en la historia de este pueblo.

1. El inmenso Imperio mercantil de los árabes tuvo un efecto sobre el mundo que *no* sólo se debió a la situación geográfica de sus países sino también a su carácter étnico, por lo cual sobrevivió a sus posesiones y subsiste, en parte, todavía hoy. La tribu de Koresh de la que descendía el profeta, (aun el mismo Mahoma había tenido el oficio de escoltar a las caravanas), y la sagrada Meca había sido desde épocas remotas un centro del tráfico mercantil de los pueblos. El golfo entre Arabia y Persia, el Éufrates y los puertos del Mar Rojo eran conocidas rutas o depósitos de las mercancías de la India desde tiempos muy antiguos, por lo cual se dió el nombre de árabes a muchos productos procedentes de la India, y la misma Arabia fué llamada India en algunas ocasiones. Ya en épocas lejanas, las tribus de este pueblo activo habían ocupado la costa oriental del África y habían sido ya bajo los romanos un intermediario del comercio de la India. Poseyendo ahora la dilatada región entre el Éufrates y el Nilo, del Indo, Ganges y Oxus hasta el Océano Atlántico y los Pirineos, siendo suyo el Níger y colonias que llegaban hasta el país de los cafres, pudo llegar a ser por un tiempo la nación mercante más grande del mundo. Constantinopla sufrió los efectos y Alejandría se convirtió en una aldea. Omar, en cambio, había construído en la confluencia del Tigris y del Éufrates la ciudad de Balsora, la cual recibió y distribuyó por cierto tiempo todas las mercancías del Oriente. Bajo los omeyas, Damasco, la residencia de los califas, viejo y gran centro mercantil y emporio natural de las caravanas por su situación incomparable, fué un centro de la riqueza y la industriosidad. Ya bajo Moawija se construyó en África la ciudad de Kairwán y posteriormente Kahira, a donde, a través de Suez, se trasladó luego el comercio mundial[1].

En el interior del África, los árabes se habían apoderado del

[1] Véase SPRENGEL, *Historia de los descubrimientos*, donde en cada capítulo se dice mucho, y también las ya citadas historias del comercio.

comercio del oro y del caucho, descubierto las minas de oro de Sofala, fundado los Estados de Tombut, Telmasen, Darah, y en la costa oriental importantes colonias y ciudades mercantiles con establecimientos hasta en Madagascar. Desde que, bajo Walid, fué conquistada la India hasta el Ganges y Turquestán, el Occidente se vinculó con el extremo Oriente. Desde los primeros tiempos habían mantenido comercio con China, ya sea mediante caravanas, ya por mar vía Cantón. De ahí trajeron el aguardiente, que posteriormente propagó tan enormemente la química, que ellos utilizaron primero; por suerte para Europa, no se difundió aquí sino varios siglos más tarde, juntamente con el nocivo té y el café, una bebida árabe. También la porcelana y, tal vez, aun la pólvora vino por medio de ellos de China a Europa. Dominaban en la costa de Malabar, frecuentaban las islas malayas, se establecieron en Malaca y enseñaron a escribir a los malayos. Más tarde fundaron colonias y propagaron su religión también en las Molucas, de suerte que, antes del advenimiento de los portugueses, el comercio de la India oriental en estas aguas estaba totalmente en sus manos y hubiera sido ampliado en dirección al sur y al este de no haber interferido los europeos. Precisamente las guerras con los árabes y el celo cristiano despertado por el hecho de encontrarlos también en África, indujo a los portugueses a aquellos grandes descubrimientos en los mares que habrían de cambiar la faz de toda Europa.

2. La religión y el idioma de los árabes produjeron otro profundo efecto en los pueblos de tres Continentes. Pues como en sus extensas conquistas predicasen por doquier el Islam o el sometimiento tributario, la religión de Mahoma se propagó en Oriente hasta el Indo y el Gihon, y en Occidente hasta Fez y Marruecos. Al norte, hasta más allá del Cáucaso y el Imaus, y al sur hasta los senegaleses y el país de los cafres, como también las dos penínsulas y el archipiélago de la India oriental, haciendo prosélitos en número mayor al que alcanzó el mismo cristianismo. Considerando la doctrina enseñada por esta religión, no se puede negar que elevó a los pueblos paganos que la abrazaron por encima de la primitiva idolatría de los seres naturales, los astros y hombres terrenos, haciendo de ellos celosos adoradores de un solo Dios, creador, gobernador y juez del mundo, con devociones cotidianas, obras de misericordia, pureza del cuerpo y resignación en su voluntad. Por la prohibición de tomar vino quiso prevenir las borracheras y riñas y fomentar la salud y frugalidad prohibiendo manjares impuros; asimismo vedó la usura, el juego por ganancia y diversas supersciones, con lo cual sacó a varios pueblos de un estado primitivo o depravado elevándolos a cierto grado mediano de cultura; de ahí también que el moslem, o sea musulmán, tenga un profundo desprecio por la plebe cristiana con su crudo libertinaje y particular-

mente su vida impura. La religión de Mahoma imprime a los hombres una serenidad de alma y una integridad de carácter que, si puede ser tan peligrosa como útil, no por esto deja de ser apreciable y respetable, mientras que la poligamia que permite, la prohibición de toda investigación acerca del Corán y el despotismo que promueve y sanciona tanto en el orden espiritual como en el mundano, no pueden tener sino consecuencias malas [1].

Pero como quiera que sea esta religión, fué propagada por un idioma que fué el dialecto más puro de Arabia y orgullo y alegría de todo el pueblo. No es extraño, pues, que otros dialectos fuesen suplantados por éste y el lenguaje del Corán fuese la bandera victoriosa del dominio mundial de los árabes. Semejante comunidad de fines en el lenguaje y la escritura beneficia a una nación floreciente y difundida, y si los conquistadores germánicos de Europa hubieran tenido un libro clásico de su lengua como el Corán de los árabes, nunca la lengua latina hubiera dominado a la suya ni se hubieran perdido muchas de sus tribus por caminos errados, como lo hicieron. Pero ni Ulfilas, ni Raedmón, ni Otfrido pudo ser para ellos lo que el Corán de Mahoma es todavía ahora para todos sus seguidores, una prenda de su propia antigua lengua auténtica por la que permanecen unidos a los monumentos más genuinos de su raza siendo un único pueblo en toda la tierra. Para los árabes era su idioma su heredad más preciada, y todavía hoy constituye un vínculo de tráfico y comercio en varios dialectos, entre tantos pueblos del Oriente y del sur, cual nunca lo logró otra lengua alguna. Después de la lengua griega, tal vez sea la que reúne más méritos para este dominio universal, por lo menos en cuanto la "lingua franca" de aquellas regiones hace un papel pobrísimo comparada con ella.

3. En esta rica y hermosa lengua se iban formando las ciencias que, patrocinadas por Al Mansor, Harun Al Rashid y Mamún, se iniciaron en Bagdad, la sede de los abasidas, donde se difundieron hacia el norte y Oriente, pero sobre todo hacia Occidente, y florecieron durante un considerable período de tiempo en el dilatado Imperio Árabe. Una serie de ciudades como Balsora, Kufa, Samarcanda, Roseta, Kahira, Túnez, Fez, Marruecos, Córdoba y otras, fueron escuelas célebres, cuyas ciencias se comunicaron también a los persas, hindúes, algunos países tártaros y hasta a los chinos, y hasta para los malayos fueron el medio por el cual Asia y África obtuvieron cierta renovación de su cultura. El arte poético y la filosofía, la geografía e historia, la gramática, las matemáticas, la química y la medicina fueron cultivadas por los árabes, que en las

[1] En la *Biblioteca Oriental*, de Michaelis, vol. 8, pág. 33 y ss., se encuentran a este respecto atinadas observaciones.

más de estas ciencias actuaron sobre el espíritu de los pueblos como inventores y propagadores, o sea, como conquistadores benéficos.

El arte poético era antiguo patrimonio suyo, hijo no del favor de los califas, sino de la libertad. Había florecido mucho antes de Mahoma, porque el espíritu de la nación era poético y mil circunstancias lo mantenían despierto. Su país, su estilo de vida, sus peregrinaciones a La Meca, los certámenes poéticos en Okhad, los honores que se tributaban a un nuevo poeta que surgía por parte de su tribu, el orgullo de la nación por su lengua, sus leyendas y su proclividad a las aventuras, el amor y la gloria; hasta su soledad, su sed de venganza, su vida nómada, todo esto los estimulaba a la poesía, y su musa se distinguió por espléndidas imágenes, orgullosos y magnánimos sentimientos, sentencias de agudo ingenio y cierta hipérbole en la alabanza y el vituperio de los objetos cantados. Sus ideas se presentan como abruptas cimas que tienden hasta las alturas del cielo; el árabe silencioso lanza la llama de la palabra como el rayo de su espada y dispara las flechas de su ingenio agudo como las saetas que su mano segura saca del carcaj tirándolas con la terrible fuerza de su arco. Su pegaso es su noble corcel, a menudo de apariencia humilde pero inteligente, fiel e incansable. La poesía persa, en cambio, como su lengua deriva de la poesía árabe, se formó, de acuerdo con el país y el carácter de la nación, de manera más voluptuosa, suave y alborozada, como hija del paraíso terrenal; y aunque ninguna de las dos conoce los géneros de arte griegos de la epopeya, la oda, el idilio, y menos que nada el drama, y ninguna de ellas, después de conocerlos, quiso ni pudo imitarlos, con todo, y precisamente por esto, el propio don poético de los persas y árabes se perfeccionó y embelleció con características tanto más peculiares. Ningún pueblo puede gloriarse de haber poseído tantos entusiastas apasionados de la poesía como los árabes en sus grandes tiempos. En Asia contagiaron este apasionamiento hasta a los tártaros; y en España, a príncipes y nobles cristianos. La gaya ciencia del arte poético provenzal o lemosina les fué, por así decirlo, impuesta a fuerza de cantares por sus enemigos, los árabes vecinos; y de esta manera, aunque muy ruda y lentamente, Europa volvió a formarse un oído para la poesía más fina y viva.

Bajo el cielo oriental se desarrolló, sobre todo, el género fantástico de la poesía: la fábula. Cualquier vieja leyenda de una tribu no fijada por escrito, se transforma con el correr de los tiempos en una fábula; y donde la imaginación del pueblo que la va narrando está templada para lo exagerado, lo incomprensible, majestuoso y maravilloso, ahí también lo ordinario adquiere contornos descomunales, lo desconocido se eleva a lo extraordinario, a lo cual el oriental ocioso presta gustoso su atención para su solaz o adoctri-

namiento, en la tienda, la peregrinación o en el círculo de los amigos. Ya en tiempos de Mahoma vino un mercader persa que difundía entre los árabes placenteras narraciones de las que el profeta temía fueran a superar sus propias fábulas escritas en el Corán. En efecto, parece que las poesías más amenas de la imaginación oriental son de origen persa. La alegre locuacidad y el amor de la magnificencia de los persas confirió a sus antiguas leyendas una propia forma romántica y heroica, que se intensificaba en gran manera por medio de personajes fantásticos, tomados las más veces de los animales que habitaban las cercanas montañas. Así nació ese país de las hadas, el reino de Peri y Neri (para el cual los árabes apenas tenían una denominación), el cual se infiltró también con abundancia en la novela medieval de Europa. Los árabes coleccionaron estas fábulas en tiempos muy posteriores, cuando en particular el brillante gobierno de su califa Harun Al Rashid sirvió de escenario de los acontecimientos narrados, y este género ofreció a Europa un nuevo modelo para ocultar la tenue verdad detrás del velo de una fábula de hechos increíbles y enseñar las más refinadas reglas de la prudencia en el tono de mero pasatiempo.

De la fábula nos dirigimos a su hermana, la filosofía de los árabes, que a la manera oriental se formó a base del Corán, alcanzando por la traducción de Aristóteles sólo una apariencia científica. Como el escueto concepto de un solo Dios fué la base de toda la religión de Mahoma, apenas puede concebirse una especulación de los árabes que no estuviese ligada a este concepto, derivada de él y fundida en el molde de una concepción metafísica o también en grandes alabanzas, sentencias y máximas. La síntesis de la poesía metafísica poco menos que la agotaron, coadunándola con una elevada mística de la moral. Entre ellos se originaron sectas que en sus polémicas ejercieron ya una avanzada crítica de la razón pura y apenas dejaron a la escolástica medieval otra cosa que hacer que un perfeccionamiento y refinamiento de los conceptos dados, conformándolos a las doctrinas europeas cristianas. Los primeros discípulos de la metafísica teológica fueron los judíos; más tarde hizo su entrada en las universidades cristianas recién erigidas, donde Aristóteles se muestra al principio en una concepción totalmente árabe y nada griega, afilando y refinando en gran medida la polémica y el lenguaje escolástico. Es así como el hombre sin letras Mahoma comparte con el más docto de los pensadores griegos el honor de haber orientado toda la metafísica de los tiempos modernos; y como varios de los filósofos fueron al mismo tiempo poetas, también en la Edad Media la mística andaba siempre entre los cristianos en compañía de la escolástica, porque los límites entre ambas se confunden.

La gramática fué cultivada por los árabes como un honor

de su raza, de suerte que por orgullo sobre la pureza y la belleza de la lengua se enumeraban todas sus palabras y formas, y ya en tiempos remotos existió aquel sabio que podía cargar sesenta camellos con diccionarios. También en esta ciencia fueron los judíos los primeros discípulos de los árabes. Trataron de injertar artificialmente en su idioma antiguo y mucho más simple una gramática a la manera árabe, la que estuvo en uso también entre los cristianos hasta los últimos tiempos. Por lo mismo se ha tomado últimamente la lengua árabe como modelo vivo para volver a una comprensión natural de la poesía hebrea, tomar como imagen lo que es imagen y eliminar los mil y un ídolos de una falsa exegesis judía hasta haberla hecho desaparecer de la faz de la tierra.

En la exposición de la historia no fueron los árabes nunca tan felices como los griegos y romanos porque carecían de Estados libres y por ende del ejercicio de un análisis pragmático de los hechos y acontecimientos públicos. No podían escribir más que breves y áridas crónicas o corrían en ciertas biografías el peligro de excederse en las alabanzas poéticas de sus héroes y la injusta crítica de sus enemigos. El estilo imparcial no se ha formado entre ellos; su historia es poesía o entretejida con poesía; en cambio, sus crónicas y descripciones geográficas de los países que llegaron a conocer y que nosotros no conocemos hasta el día de hoy, como por ejemplo el interior del África, todavía tienen su utilidad práctica [1].

Los méritos más evidentes de los árabes se refieren, finalmente, a las matemáticas, la química y medicina, ciencias que acrecentaron con su propia cosecha y en las cuales fueron los maestros de Europa. Ya bajo Al Mamún se midió en la llanura de Sanjar, junto a Bagdad, un grado del globo terráqueo; en cuanto a la astronomía, aunque estuvo al servicio de la superstición, hicieron los árabes con ejemplar diligencia mapas celestes, tablas astronómicas y diverso instrumental que inventaron o perfeccionaron, para lo cual los favorecía el firmamento transparente y el hermoso clima de su dilatado Imperio. La astronomía se aplicó a la geografía; se hicieron mapas geográficos y se llegaron a confeccionar estadísticas de algunos países mucho antes de que en Europa se pensara en tales cosas. Por la astronomía determinaron la cronología y aprovecharon sus conocimientos del curso de los astros para la navegación. Muchos términos técnicos de esta ciencia son de origen árabe y, en general,

[1] La mayor parte de esas informaciones no han sido aprovechadas ni descubiertas siquiera. Los sabios alemanes disponen de los conocimientos y diligencia requeridos, pero no del imprescindible apoyo para editarlas debidamente. En otros países con sus institutos bien dotados y ricos legados para tales fines, los sabios no despertaron aún del sueño. Nuestro Reiske fué un mártir de su celo por las fuentes árabe-griegas; que en paz descanse. Pero su erudición desechada nos faltará por muchos años.

el nombre de este pueblo está escrito en las estrellas de manera más duradera de lo que pudo lograrse jamás en la tierra. Innumerables son los libros que produjo su dedicación laboriosa a las matemáticas y, particularmente, la astronomía; los más de ellos yacen todavía desconocidos o sirven sólo a una aplicación abusiva, y enormes bibliotecas fueron destruídas por la guerra, el fuego o la negligencia y la barbarie. Gracias a las ciencias más nobles que produjo el espíritu humano pentraron hasta la Tartaria, los países mongólicos y hasta en la China inaccesible. En Samarcanda se redactaron tablas astronómicas y fueron determinadas épocas cronológicas que nos sirven todavía hoy. Nuestros signos aritméticos, los guarismos, los recibimos de los árabes; el álgebra y la química llevan hasta nuestros días el nombre que ellos les dieron. Ellos son los padres de esta ciencia, gracias a la cual el género humano alcanzó una nueva clave para las secretos de la naturaleza, no sólo en lo que a la medicina se refiere, sino para todos los campos de la física y por muchos siglos. Puesto que profundizaron esta ciencia a expensas de la botánica a la que no se dedicaron con igual aplicación, y su ley les prohibía el estudio de la anatomía, ejercieron tanta mayor influencia sobre los medicamentos mediante la química, y perfeccionaron las clasificaciones de las enfermedades y temperamentos con una observación, rayana en supersticiosa, de sus síntomas y signos. Lo que Aristóteles fué para ellos en la filosofía, Euclides y Ptolomeo en las matemáticas, les significaron Galeno y Dioscórides en la medicina, aunque no se puede negar que los árabes no fueron solamente los conservadores, propagadores y perfeccionadores de la ciencia de los griegos, sino también, aquí y allá, falsificadores de las ciencias más indispensables para nuestra especie. El gusto oriental que los orientaba, informó las ciencias también en Europa por largo tiempo y sólo con gran trabajo pudo eliminarse. También en algunas artes, por ejemplo la arquitectura, mucho de lo que solemos denominar estilo gótico, es propiamente estilo árabe, el cual se iba formando a su manera, conforme a los edificios que los conquistadores bárbaros hallaron en las provincias griegas, de donde pasó con ellos a España para desde ahí propagarse por otras partes.

4. Finalmente habría que hablar todavía del brillante y romántico espíritu caballeresco que ellos, sin lugar a dudas, aportaron al espíritu aventurero de los europeos; pero éste no tardará en manifestarse por sí solo a medida que prosiga nuestra historia.

VI

CONSIDERACIÓN GENERAL

Si dirigimos una mirada retrospectiva a la configuración que nuestro Continente había alcanzado con las invasiones y conversiones de los pueblos, con las guerras y la jerarquía, advertimos los contornos de un cuerpo robusto pero torpe, el cuerpo de un gigante al que sólo le faltaba la luz de sus ojos. Población había de sobra en este extremo occidental del Viejo Mundo; los países que habían languidecido debilitados por la opulencia de los romanos, se habían poblado ahora densamente con cuerpos de gran fortaleza y animados de sana energía[1].

Durante los primeros tiempos que fueron como la toma de posesión de las nuevas regiones, antes de que la diferencia de clases sociales degenerase en la constitución de una clase opresora por derecho hereditario, la primitiva frugalidad de estos pueblos incultos halló en medio de otras naciones que habían trabajado y edificado durante tantos siglos para la comodidad de aquéllos, un verdadero paraíso en el mundo romano conquistado. No reparaban en la destrucción causada por sus invasiones que habían atrasado al género humano en más de un milenio, porque la pérdida de un bien desconocido no se lamenta, y para el hombre de vida casi sólo sensitiva, la parte occidental del mundo nórdico fué siempre algo muy superior a la vieja Samarcia, Escitia o el más lejano mundo de los hunos, aunque sólo se conservasen unas débiles sombras de sus cultivos. Es evidente que estos hombres sufrieron luego en las devastaciones que sobrevinieron desde la época cristiana, en las guerras que estos pueblos llevaban unos contra otros, en las nuevas epidemias y enfermedades; pero nada los aplastó tanto como el feudalismo despótico. Europa se llenó de hombres, pero estos hombres eran siervos que pertenecían en propiedad a los señores feudales; la esclavitud que los oprimía era tanto más dura cuanto que era cristiana, reglamentada por leyes políticas y ciega costumbre; una esclavitud sellada por escritura que los ataba a la gleba. El solo ambiente, el hecho de haber nacido, los convertía en propiedad ajena; quien no fuese libertado por contrato o déspota por nacimiento entraba

[1] La fortaleza física de nuestros antepasados consta tanto de la historia como de sus sepulcros y armaduras; de no ser así, cuesta, por lo demás, imaginarse la historia antigua y medieval de Europa. Pocas eran las ideas que informaban esta masa valiente y noble, y lo poco que había, se movía lentamente, pero con fuerza.

automáticamente en el estado que se decía natural, de pertenecer a otro, o sea, de la servidumbre.

De Roma no cabía esperar ninguna ayuda para remediar este mal; sus ministros se habían dividido con los otros la supremacía de Europa, y la misma Roma descansaba en hombros de una multitud de esclavos espirituales. Lo que libertaban emperadores y reyes, debía arrancarse a la esclavitud con cartas de liberación, como en los libros de los caballeros andantes se arrebataba su presa a los gigantes y dragones, de manera que este camino no era viable en mayor escala por largo y engorroso. Los *conocimientos* que poseía el cristianismo occidental estaban ya comunicados y aprovechados; su popularidad no era más que un miserable palabrerío litúrgico; en los monasterios, iglesias y comunidades la retórica patrística polemizante se había transformado en despotismo mágico sobre las almas, al que la plebe veneraba cordón y disciplina en mano, y hasta haciendo penitencia de rodillas y cabeza en tierra. Ciencias y artes habían perecido, porque entre los huesos de los mártires, campanazos y órganos, nubes de incienso y oraciones para el purgatorio, no habitan las musas. La jerarquía había ahogado el libre pensamiento a fuerza de rayos fulminadores, paralizando con su yugo toda actividad noble. A los pacientes y sufridos se les prometía una recompensa en el otro mundo, mientras que sus opresores tenían asegurada la absolución en la hora de la muerte a cambio de legados y testamentos; el reino de Dios en la tierra estaba arrendado.

Fuera de la Iglesia romana no había salvación en Europa. Por no mencionar a los pueblos desplazados que vivían miserablemente en los confines del mundo, no se podía esperar nada del imperialismo bizantino y menos aún del único reino que había comenzado a formarse al este de Europa, fuera de la esfera de influencia del Papa y del emperador[1]. Por lo tanto, no le quedaba a la parte occidental otro recurso que ella misma o la única nación, situada al sur, donde florecía un nuevo retoño de las luces: los mahometanos. Europa se fué pronto a las manos con ellos y se vió apremiada por largo tiempo en sus partes más vulnerables. En España se prolongó el conflicto aun hasta los tiempos del completo esclarecimiento de Europa. ¿Cuál fué el premio de la lucha, y a quien se otorgó la victoria? El nuevo despertar de la actividad humana fué, sin duda, el mejor premio de la victoria.

[1] Este reino es Rusia. Desde los tiempos de su fundación se encaminó por un rumbo propio y distinto del que tomaron los reinos occidentales de Europa; sólo muy tarde aparece en escena al lado de aquéllos.

LIBRO VIGÉSIMO

SI CON razón se considera las cruzadas que Europa llevó contra Oriente como una época de importantes cambios en nuestro Continente, téngase cuidado, con todo, de no ver en ellas su primera y única fuente. Las cruzadas no fueron más que una locura que costó a Europa algunos millones de hombres, y los que volvían no eran en su mayor parte personas de mayores luces, sino individuos desatados, contumaces y opulentos. El bien que se obró en su época provenía las más veces de causas secundarias que llegaron a actuar en este tiempo con mayor libertad y producían además un bien que en más de un aspecto era harto peligroso. Por lo demás, ningún hecho histórico de resonancia mundial existe aisladamente; fundado en causas anteriores, no es más que la esfera del reloj que señala la hora, mientras las agujas son movidas por las pesas invisibles. Continuemos, por lo tanto, considerando el engranaje de Europa en su conjunto, para observar cómo cada una de las ruedas contribuye a un fin común.

I

EL ESPÍRITU MERCANTIL EN EUROPA

No en vano había rodeado la naturaleza a este pequeño Continente de tantas costas y bahías, dotándole además de tantos mares y ríos navegables; desde los tiempos más antiguos se movían activamente por ellos los pueblos vecinos. Lo que para los europeos del sur había sido el Mediterráneo, lo fué para los pueblos nór-

dicos el Mar Báltico, desde época temprana campo de ejercicio para la navegación y el tráfico entre los pueblos. Fuera de los galos y cimbros, vimos allí a los frisones, sajones y, especialmente, los normandos, que cruzaron todos los mares del norte y Occidente y hasta el Mediterráneo, llevando a cabo hazañas buenas y malas. A base de troncos ahuecados se fueron levantando hasta grandes embarcaciones, supieron resistir en alta mar y poner los vientos a su servicio, de manera que todavía ahora en todos los idiomas europeos las graduaciones de la brújula y muchas denominaciones de la navegación son nombres germánicos. Sobre todo fué el ámbar, este juguete precioso, lo que atraía a griegos, romanos y árabes y llevó a los pueblos del sur noticias del mundo septentrional. Por medio de barcos era transportado desde Masilia (Marsella), en increíbles cantidades, a través del océano o por tierra a través de Karnunt al Mar Adriático, y por el Dniéper hasta el Mar Negro. El camino al Mar Negro seguía siendo con preferencia sobre todos los demás la gran vía del tráfico internacional entre el norte, el sur y el Oriente[1]. En la desembocadura del Don y del Dniéper estaban dos grandes centros comerciales, Azov (Tanais, Asgard) y Olbia (Borysthenes, Alfheim), depósitos de las mercancías que iban, casi siempre por canje, al norte de Europa, procedentes de Tartaria, India, China, Bizancio y Egipto. Este tráfico del noreste seguía siendo frecuentado aún hasta que después de las cruzadas se usó la vía más cómoda por el Mediterráneo. Desde que los eslavos poseían gran parte de la costa del Báltico, erigieron a lo largo de la misma florecientes ciudades mercantiles; los pueblos germánicos que habitaban en las islas y la costa opuesta les hacían la competencia y no cejaron hasta que en honor del lucro y del cristianismo el comercio de los eslavos quedase destruido. Ahora trataron de desempeñar el papel de aquéllos, y poco a poco se fué formando, mucho antes de la Unión Hanseática, una especie de república marítima, una unión de las ciudades mercantes, que más tarde había de prosperar hasta ser la gran Liga Hanseática. Si antes había habido reyes del mar en tiempos de la piratería del norte, ahora se venía extendiendo un Estado mercantil compuesto de muchos miembros, basado en auténticos principios de seguridad y ayuda mutua, probablemente el modelo del futuro Estado de todos los pueblos mercantes de Europa. La laboriosidad y los oficios útiles florecían en más de una costa nórdica, pero sobre todo y antes que en ninguna parte en Flandes.

Naturalmente, la constitución interna de este Continente no era precisamente la más propicia para la industriosidad progresista

[1] *Muchos datos sobre esto se encuentran en* FISCHER, *Historia del comercio germánico*, vol. I.

de sus habitantes, por cuanto no sólo las invasiones de los piratas en casi todas las costas dieron triste fin a los mejores establecimientos, sino también porque el espíritu guerrero en tierra que bullía todavía en los pueblos, y su secuela el feudalismo, les oponían mil obstáculos. Al principio, repartidos los países de Europa entre los bárbaros y habiendo mayor igualdad entre los miembros de las naciones y también un trato más benigno para con los antiguos habitantes, no le faltaba a la industriosidad general sino el estímulo que también hubiera encontrado de haber existido más Teodoricos, Carlomagnos y Alfredos; pero cuando todo el mundo cayó bajo el yugo de la servidumbre y una clase social hereditaria abusaba para sus orgías y su magnificencia del sudor y el trabajo de sus súbditos, a la vez que se avergonzaba de ejercer por sí misma cualquier oficio provechoso; y cuando cualquier artesano capaz tenía que ser libertado por decreto de gracia o contra pago de impuestos del poder de estos demonios para tan sólo poder ejercer su oficio, claro está que todo se hallaba encadenado. Los gobernantes comprensivos hicieron cuanto pudieron: fundaron ciudades y las declararon libres; tomaron bajo su protección a artistas y artesanos, incluyeron en su jurisdicción mercaderes y hasta usureros hebreos, perdonaron los derechos aduaneros a los primeros y dieron libertades, a menudo perjudiciales, a los segundos por estar necesitados del dinero judío. Pero con todo esto no fué posible, dadas las circunstancias reinantes, que en Europa, al menos en tierra firme, prosperase un libre uso o una libre circulación del trabajo humano. Todo estaba obstruído, desmembrado y oprimido, y nada más natural sino que la agilidad y la favorable situación geográfica del sur ganase de mano por cierto tiempo a la laboriosidad nórdica. Pero sólo por un tiempo, pues todo cuanto hicieron Venecia, Génova, Pisa y Amalfi permaneció dentro del Mediterráneo; a los navegantes nórdicos, en cambio, les pertenecía el océano, y con el océano el mundo.

El origen de Venecia en sus lagunas fué semejante al de Roma. Primero había servido de refugio a los que huían de las incursiones de los bárbaros a pobres islas donde se alimentaban como podían; más tarde, unida con el antiguo puerto de Padua, comunicó sus islas e islotes, estableció una forma de gobierno y ascendió de un mísero comercio de salmuera y pescado, que fué su comienzo, a ser por algunos siglos la primera ciudad mercantil de Europa, posesión de varios reinos, y retiene todavía hoy el honor de ser la más antigua república que nunca fué conquistada. Su historia demuestra lo que enseña la de varias naciones mercantes, a saber, que comenzando por la nada se puede llegar a poseerlo todo y salvarse hasta de la ruina más inminente a condición de que el trabajo incesante se combine con la prudencia. Después de bastante tiempo Ve-

necia salió de sus pantanos buscando como animal huraño una pequeña extensión de tierra firme; luego dió unos pasos más adelante y apoyó la debilidad del exarca de Ravena para congraciarse con el emperador, más poderoso. En cambio recibió lo que deseaba: importantes libertades en este reino, que por entonces era el centro mercante más importante del mundo. Al comenzar la expansión de los árabes y cuando éstos se apoderaron con Siria, Egipto y casi todas las costas del Mediterráneo también del comercio de estos países, Venecia hizo frente con audacia y buena fortuna a sus ataques contra el Adriático, pero supo también a tiempo entrar con ellos en pactos que la convirtieron en distribuidora de todas las riquezas de Oriente con las consiguientes inmensas ventajas comerciales. Por Venecia transitaron ahora todas las especias, la seda, todos los artículos de lujo procedentes de Oriente, y pasaron a Europa en tales cantidades que casi toda Lombardía se transformó en depósito de mercancías, y los venecianos y lombardos, juntamente con los judíos, en los mercaderes de todo Occidente. El comercio de los países nórdicos, dedicado más bien a los bienes de consumo, sufrió por esta causa cierto detrimento; y ahora, apremiada por húngaros y árabes, la rica Venecia se estableció también en tierra firme. Manteniendo buenas relaciones tanto con los emperadores bizantinos como con los árabes, supieron aprovecharse de Constantinopla, Alepo y Alejandría y combatieron con receloso temor los establecimientos comerciales de los normandos hasta que éstos cayeron en sus manos. Los artículos de lujo que Venecia y sus competidores traían de Oriente, las riquezas que por este medio atesoraban y las leyendas que los peregrinos difundían sobre la magnificencia de los orientales, suscitaron en los ánimos de los europeos una envidia sobre las posesiones mahometanas que superaba la que se relacionaba con la posesión del Santo Sepulcro; y cuando se iniciaron las cruzadas, nadie sacó tanta partida de ahí como estas ciudades mercantiles italianas. Transportaron a muchos ejércitos, los proveyeron de comestibles y ganaron de esta manera no sólo sumas fabulosas, sino además nuevas libertades, centros comerciales y posesiones en los países conquistados. Venecia fué más afortunada que todas, porque tuvo la suerte de ocupar Constantinopla con un ejército de cruzados y erigir allí un trono imperial occidental; supo repartirse la presa tan ventajosamente con sus aliados, que éstos recibieron poco, y este poco por un tiempo incierto y breve, mientras que ella se quedó con todo lo que le servía para el comercio: las costas e islas de Grecia. Durante largo tiempo conservaron los venecianos estas posesiones, aumentándolas todavía en medida considerable; supieron sustraerse con fortuna y precaución a todos los peligros y acechanzas de sus enemigos y competidores hasta que un nuevo orden de cosas, la circunnavegación del África por los portugueses y la irrupción

de los turcos en Europa, los constriñó a su Mar Adriático. Gran parte del botín del Imperio Bizantino, de las cruzadas y del comercio con Oriente se ha acumulado en sus lagunas; los frutos del mismo se difundieron, para bien y para mal, por Italia, Francia y Alemania, particularmente en el sur de esta última. Fueron los holandeses de su época y escribieron su página en la historia no sólo con su actividad comercial, diversas artes y oficios, sino, sobre todo, gracias a la duración de su forma de gobierno [1].

Antes de Venecia llegó Génova a desarrollar una actividad mercante de gran alcance, reteniendo por un tiempo el dominio del Mediterráneo. Participó en el comercio griego, después en el árabe, y de esta manera se apoderó no sólo de la isla de Córcega, sino también, con la ayuda de algunos príncipes españoles cristianos, de varias plazas del África, teniendo a raya a los piratas. En las cruzadas participó muy activamente; los genoveses ayudaron a los ejércitos con su flota, ayudaron a la primera cruzada a conquistar Antioquía, Trípolis, Cesárea y Jerusalén, consistiendo su recompensa no sólo en una inscripción honorífica sobre el altar de la capilla del Santo Sepulcro, sino también en extraordinarias franquicias en Palestina y Siria. En el comercio con Egipto fueron los competidores de los venecianos; pero ante todo dominaban en el Mar Negro, donde poseían la gran ciudad mercantil de Cafa, emporio de las mercancías que venían de Oriente por tierra, extendiendo sus filiales y su tráfico comercial hasta Armenia y muy adentro de Tartaria. Defendieron por largo tiempo tanto Cafa como las islas del archipiélago, hasta que los turcos conquistaron Constantinopla y les cerraron primero el Mar Negro, y luego también el archipiélago. Emprendieron largas y sangrientas guerras contra Venecia, y más de una vez llevaron a esta república al borde de la ruina; destruyeron a Pisa completamente, hasta que los venecianos lograron por fin encerrar las fuerzas genovesas en Chiozza y sellaron el ocaso de su grandeza.

Amalfi, Pisa y varias otras ciudades de tierra firme de Italia participaron con Génova y Venecia en el comercio árabe-oriental. Florencia se independizó y se unió con Fiésole; Amalfi tuvo libertad de comerciar en todos los Estados del califato egipcio; pero las potencias navales principales del Mediterráneo eran Amalfi, Pisa y Génova. Las costas de Francia y España trataron de tomar parte en el comercio con Levante, y los peregrinos de ambos países

[1] *La Historia de Venecia*, de Le Bret, es un extracto de los rasgos más notables que se poseen sobre la historia de este Estado, como no se encuentra en otra lengua. Veremos en lo que sigue el significado que tuvo esta ciudad marítima en la historia de Europa para la Iglesia, la literatura y otros sectores.

acudían allí tanto por el lucro como por devoción. Ésta fué la situación del sur de Europa frente a las posesiones árabes que, especialmente para las costas italianas, significaban un país de hadas y un jardín repleto de especias y riquezas. Las ciudades italianas que participaron en las cruzadas no iban en busca del cadáver del Señor, sino de las especias y tesoros que rodeaban su sepulcro. El banco de Tiro era su tierra de promisión, y todo cuanto emprendieron, estaba en la línea comercial que habían seguido desde siglos atrás.

Por efímero que fuese el bienestar que estas riquezas exóticas pudiesen aportar a quienes las lucraban, fueron, sin embargo, poco menos que indispensables para el primer florecimiento de la cultura italiana. Por ellas se conoció una forma de vida más muelle y cómoda y se dispuso de los medios para sustituir siquiera un esplendor tosco por otro más refinado. Muchas de las ciudades importantes de Italia, ligadas con vínculos precarios a sus gobernantes supremos ausentes y débiles más allá de los Alpes, y empeñadas todas en lograr su independencia, obtuvieron de esta manera grandes poderes sobre los rudos habitantes de los castillos de caballeros bandidos; pues, o los atraían por el lujo y el mayor bienestar de la vida común a habitar dentro de sus muros, convirtiéndolos en ciudadanos pacíficos, o el crecimiento de la población les dió poderío suficiente para destruir el castillo y obligar a sus dueños a practicar la buena vecindad. El lujo naciente estimulaba la industriosidad, no sólo en las manufacturas y artes, sino también en la agricultura; la vecindad de grandes y laboriosas ciudades convirtió a Lombardía, Florencia, Bolonia, Ferrara y las costas de Nápoles y Sicilia en campos florecientes. La Lombardía fué un jardín cuando gran parte de Europa consistía todavía en campos de pastoreo y selvas. Como estas ciudades densamente pobladas debían ser alimentadas por la campaña, y el granjero y agricultor obtenían mayores ganancias con los precios aumentados de los víveres, tenía que responder con una mayor producción si quería tener parte en la nueva prosperidad. Una actividad suscitaba otra y estimulaba su desarrollo y el nuevo estado de cosas favorecía necesariamente el orden, la libertad de la propiedad privada y una mayor protección legal de las instituciones. Se tuvo que aprender a ahorrar para poder hacer inversiones; el ingenio de los hombres se aguzaba para superarse mutuamente en la obtención de mejores precios; todos los que hasta entonces habían estado abandonados a su propia economía, se convirtieron en comerciantes a su manera. No era, pues, más que natural que la bella Italia, próspera con una parte de la riqueza árabe que pasaba por sus manos, fuese también la primera en ostentar la flor de una nueva cultura.

Como todo, el florecimiento fué efímero. El comercio se iba

difundiendo y tomó nuevos rumbos; las repúblicas cayeron en la decadencia, las ciudades opulentas se enceguecieron por la soberbia y fomentaban la desunión entre ellas; todo el país se llenó de partidos de entre los cuales ciertos hombres emprendedores y algunas familias poderosas alcanzaron la cima del poder. Sobrevinieron guerras y opresión, y como por el lujo y las artes se habían perdido el espíritu guerrero y hasta la honradez y lealtad, una ciudad tras otra, una región tras otra, fueron presa de tiranías internas o extranjeras. La misma Venecia, propagadora de tan dulce veneno, sólo pudo salvarse de la ruina por medidas draconianas. Esto, sin embargo, no está reñido con que cada resorte de las actividades humanas goce de los derechos que le corresponden. Por suerte para Europa, semejante lujo lo era en aquel entonces todo menos común, y en su mayor parte servía únicamente para el lucro en efectivo de los lombardos. Todavía estaba en su pleno poder otro espíritu, el de la caballería, que emprendía sus hazañas desinteresadamente y sólo en aras del honor. Veamos cuál era el germen de esta flor, qué savia la alimentó y cuáles fueron sus frutos, al restringir el espíritu mercantil.

II

EL ESPÍRITU DE LA CABALLERÍA EN EUROPA

Todas las tribus que invadieron Europa eran tribus guerreras, y como la caballería era la parte más penosa del servicio militar, no pudo faltar que su recompensa fuese mayor. Pronto se formó un gremio de caballeros que aprendieron su oficio ex profeso, y como integraban el séquito y la escolta de los caudillos, duques o reyes, se formó naturalmente en su campamento una especie de escuela de guerra, donde los pajes tenían que aguantar sus años de aprendizaje, para luego, como caballeros formados, salir en busca de aventuras como oficio propio de ellos, y, después de haber probado su virtud, volver como oficiales veteranos con derecho al título de maestro de caballería. Con este carácter podían seguir prestando servicios o enseñar, a su vez, a otros pajes. Difícilmente se puede asignar otro origen que éste a toda la caballería. Los pueblos germánicos que trataban todas las cosas al estilo gremial, tenían que proceder así, ante todo, respecto del arte que era su exclusividad; y precisamente porque éste era su arte principal y único, lo distinguieron con todo el honor que, como ignorantes, no podían reconocer a otras actividades. De este origen derivan todas las leyes y reglamentos de la caballería.

La escolta de caballeros era un *servicio*; en consecuencia, el juramento de fidelidad era tanto para el paje como para el caballero la primera obligación que debía a su señor. Los ejercicios de equitación y de combate eran su escuela de donde se originaron, juntamente con otros servicios llamados caballerescos, las justas y los torneos. En la corte, el joven paje tenía que prestar servicios propios de su estado y de cortesano a su señor y a la mujer de éste; de ahí que aprendiese profesionalmente los deberes de cortesía para con las damas y los señores. Y puesto que además del corcel y las armas necesitaba también algo de religión y favor de las damas, aprendió de la primera un resumido breviario, y solicitaba el segundo en la medida de sus fuerzas y conforme a las costumbres de la época. Con esto quedó constituída la caballería, que consistía en una fe ciega en la religión, en una lealtad ciega para con el señor, mientras éste no pedía nada contrario al gremio, en cortesía en el servicio y en galantería para con las mujeres. Fuera de estas virtudes, la cabeza y el corazón del caballero podían quedar libres de conceptos y deberes. Las clases sociales inferiores no eran sus iguales; lo que aprendían el sabio, el artista y el artesano, lo podía despreciar como caballero formado y de servicio.

Es evidente que este oficio de la guerra tuvo que degenerar en una descarada barbarie tan pronto como se convirtiese en derecho hereditario y el caballero de costumbres severas y sólidas fuese desde la cuna un doncel de noble abolengo. Por último, los príncipes más perspicaces que alimentaban semejante séquito ocioso en sus cortes, tenían interés en cultivar este oficio en cierta medida y, sacrificando algunas de las concepciones antiguas, mejorar las costumbres de estos hijos de nobles para seguridad de su propia corte, su linaje y el mismo país. En consecuencia, se promulgaron leyes más severas que prohibieron toda bajeza entre ellos y fomentaron las obligaciones más nobles como la protección de los oprimidos, la defensa de la inocencia virginal, la magnanimidad para con los enemigos, etcétera, mediante las cuales se pretendía poner coto a sus violencias y suavizar su mentalidad ruda y brutal. Estas reglas de la orden inculcadas desde la juventud, quedaban firmemente impresas en estas almas leales, y uno se maravilla de la honradez y fidelidad que manifestaban aquellos nobles caballeros en obras y palabras casi automáticamente. No pecaban ciertamente por una nimia flexibilidad de carácter, ni por una gran versatilidad en la comprensión de las cosas o un gran caudal de ideas, por lo cual el lenguaje medieval se presenta tan ceremonioso, rígido y formal que parece revestido de una férrea armadura, evolucionando con mesura caballeresca alrededor de dos o tres ideas.

Las causas que habían de dar mayor vitalidad y agilidad a esta figura del caballero provenían de los dos extremos de la tierra;

España, Francia, Inglaterra e Italia, pero sobre todo Francia, fueron la palestra de esta cultura más elevada de los caballeros.

1. Por el carácter de su raza y su país, siempre ha sido como una peculiaridad connatural de los árabes distinguirse por una especie de caballería andante entremezclada con las ternuras del amor. Iban en busca de aventuras, sostenían duelos, vengaban la más pequeña injuria que pudiera mancillar su honor o el de su tribu, lavándola con la sangre del enemigo. Habituados a una vida dura y vestidos pobres, no conocían tesoro más preciado que su caballo, su espada y la gloria de su linaje. Puesto que buscaban en sus correrías al mismo tiempo aventuras amorosas, volcando, luego, sus lamentos por la ausencia de la amada en el lenguaje de la poesía tan apreciada por ellos, pronto se estableció, a manera de partes integrantes de sus cantares, cantar al profeta, a sí mismos, a la gloria de su tribu y las alabanzas de su amada, sin cuidarse demasiado de las transiciones de un tema a otro. En sus conquistas iban acompañados por las tiendas de las mujeres, y las más valientes de ellas los animaban en la batalla. En consecuencia, ponían a los pies de ellas el botín de la victoria, y como desde los tiempos de Mahoma las mujeres tuvieron mucha influencia en la formación del Imperio Árabe, y el oriental en tiempos de paz no conoce otra diversión que los juegos y pasatiempos y el entretenimiento con el bello sexo, se celebraron en España en la época de los árabes fiestas caballerescas en presencia de las damas, como por ejemplo, tirar con el bohordo al anillo dentro del palenque, y otros certámenes con gran despliegue de magnificencia. Las beldades animaban a los luchadores y los premiaban con joyas, un cinto u otra prenda hecha por sus manos; pues en su honor se celebraban estas diversiones, y la imagen de la dama del vencedor era expuesta a los ojos de todos, rodeada de los retratos de los caballeros por él vencidos. Colores, insignias y vestiduras designaban a los bandos en lucha, cantares embellecían las fiestas, y la recompensa del amor era el más hermoso premio que esperaba al vencedor. Es, pues, evidente que las costumbres más refinadas de la caballería fueron introducidas en Europa por los árabes; lo que entre los héroes nórdicos de pesadas armaduras era usanza gremial o quedaba en el campo de la mera poesía, fué en aquéllos un don natural, juego ágil y ejercicio jocundo[1].

En España, donde durante siglos habían convivido godos y árabes, fué donde este espíritu más ágil de la caballería hizo su entrada entre los criastianos. No sólo se fundaron aquí las órdenes cristianas

[1] Véase Reiske sobre *Tograi*, Pocok sobre *Abulfaradsh*, Sale, Jones, Okley, Cardonne y otros.

más antiguas, formadas para luchar contra los moros, escoltar a los peregrinos camino de Compostela, o finalmente sólo por entusiasmo y gusto de la caballería, sino que el espíritu caballeresco se grabó tan profundamente en el carácter de los españoles que, a la manera árabe, hasta los caballeros andantes y los del amor fueron entre ellos mucho más que meros productos de la imaginación. Los romances, es decir, los cantares históricos, en particular los relatos de caballeros y amoríos (tal vez también la novela, por ejemplo, el *Amadís* más antiguo), son frutos de su mentalidad y su lenguaje que todavía en tiempos muy posteriores dieron materia a Cervantes para su incomparable novela nacional de *Don Quijote de la Mancha*. Pero sobre todo su influencia, se hizo sentir en la poesía alegre, tanto aquí como en Sicilia, las dos regiones que los árabes poseyeron por más tiempo[1].

Y es el caso que en aquella región que Carlomagno arrebató a los árabes hasta el Ebro para poblarla con lemosinos, es decir, habitantes del sur de Francia, se formó con el tiempo de ambos lados de los Pirineos y en la vecindad de los árabes, la primera poesía de las nuevas lenguas vernáculas de Europa, el arte poético provenzal o lemosín. Tensones, sonetos, idilios, villanescas, sirventeses, madrigales, canzonetas y otras formas inventadas para ingeniosas adivinanzas, diálogos y expresiones figuradas sobre el amor, dieron origen —ya que en Europa todo se regía por reglamentos de la corte o de los gremios— a un curioso tribunal, la corte de amor, donde caballeros y damas, reyes y príncipes fingían como jueces y parte interesada. Ante este tribunal se formaba toda la gaya ciencia, que es la de los trovadores, siendo al principio una diversión a la que estaba aficionada la más alta nobleza, para decaer con el tiempo en esparcimiento de cortesano al estilo europeo, y siendo cultivada entonces por contadores, truhanes y bufones, es decir, narradores de fábulas, payasos y juglares, y haciéndose despreciable. En los primeros tiempos de su florecimiento, el arte poético provenzal se distinguía por una gracia suave y armónica, conmovedora y encantadora, que templaba el espíritu y el corazón, cultivaba el lenguaje y las costumbres; fué, en una palabra, la madre de todo el arte poético moderno de Europa. La lengua provenzal se había difundido por Languedoc, Provenza, Barcelona, Aragón, Valencia, Murcia, Mallorca y Menorca. En estos hermosos países refrescados por la brisa del mar se exhaló el primer suspiro de amor gozoso o abatido; sus hijas son la poesía española, francesa e italiana. Petrarca fué su discípulo y émulo a la vez; nuestros bardos son su eco posterior y más tosco, aunque pertenecen indiscutiblemente a lo-

[1] Véase VELÁSQUEZ, *Arte Poético Español*, y todos los que escribieron sobre los provenzales, bardos, etcétera.

más tierno que produjo nuestra lengua. El espíritu de la caballería difundido por doquier había llevado también algunas de estas flores de Italia y Francia a través de los Alpes a Suabia, Austria y Turingia. Algunos emperadores de la dinastía de los Hohenstaufen y el landgrave Germán de Turingia se aficionaron a ellas y varios príncipes alemanes que de otra manera hubieran permanecido en el anonimato, perpetuaron sus nombres por algunos cantares de este estilo. Pero ese arte degeneró pronto y así como en Francia se había convertido en artesanía de juglares ambulantes, en Alemania formó el gremio de los maestros cantores. En las lenguas que, como la provenzal misma, se derivaban del latín, pudo echar raíces más profundas y produjo frutos mucho más sabrosos desde España, a través de Francia e Italia hasta Sicilia. En Sicilia, antes posesión de los árabes, como España, nació el primer arte poético italiano.

2. La obra iniciada por los árabes desde el sur, fué perfeccionada en mayor medida todavía por los normandos en Francia, Inglaterra e Italia. Cuando su carácter romántico, su amor a las aventuras, sus leyendas heroicas y ejercicios de caballería y su respeto nórdico para con las mujeres se encontró con el espíritu refinado de caballería de los árabes, éste ganó en Europa difusión y clase. Ahora se propagaron en mayor escala las leyendas que se llaman novelas y cuyo fundamento había existido mucho antes de las cruzadas; pues todos los pueblos germánicos habían cantado desde tiempos inmemoriales las glorias de sus héroes. Estos cantares y poesías se habían conservado también durante los siglos más oscuros en las cortes de los poderosos y hasta en los monasterios; más aún: cuanto más desaparecía la verdadera historiografía, tanto más la mente de los hombres estaba predispuesta a las leyendas espirituales o novelescas. Por esto se encuentra este ejercicio de la imaginación humana más que ningún otro desde los primeros siglos del cristianismo, primero a la manera greco-africana, y más tarde a la nórdico-europea. Monjes, obispos y santos no desdeñaron su cultivo; más aún, la misma Biblia y la verdadera historia debían revestirse de novela para ser gratas al auditorio. De esta manera se escribió, por ejemplo, el proceso de Belial contra Cristo, así las personificaciones alegóricas y místicas de todas las virtudes y deberes; así las piezas moralizantes, espirituales y teatrales y los entremeses. Para ese gusto generalizado de la época, hijo de la ignorancia, superstición y una fantasía exaltada, fueron las leyendas y fábulas (*contes et fabliaux*) el único alimento del espíritu de los hombres, y la caballería prefería las leyendas heroicas a todo lo demás. En Francia, centro de esta cultura, se eligieron naturalmente los objetivos más peculiares a cada una de las dos tendencias que se encontraron aquí. Una era la guerra de Carlomagno contra los sarra-

cenos con todas las aventuras que habrían ocurrido en los Pirineos; la otra se refería a lo que se encontró de antiguas leyendas del rey Arturo en Bretaña, el país de los normandos. En la primera se celebraban los doce pares de la posterior versión francesa, juntamente con todas las maravillas que había que decir de Carlos y sus caballeros y el salvajismo de los paganos sarracenos. Ogier, el danés, Huón de Burdeos, los hijos de Aimón, y muchas leyendas de peregrinaciones y cruzadas completaban la historia; pero los personajes y hechos más interesantes se tomaban infaltablemente de la región de los lemosinos, Guyena, Languedoc, Provenza y aquella parte de España donde florecía el arte poético provenzal. La segunda tendencia de las leyendas del rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda atravesó el mar hasta Cornualles, o más bien hacia un país utópico donde era permitido un propio género de maravillas. En estas novelas se ponía ante la caballería un espejo insobornable y sin reticencias; a través de la diversa altura de carácter de los caballeros de la Tabla Redonda se delineaban con meridiana claridad así los defectos como las virtudes de esta corte, para lo cual había un ancho campo en un tiempo tan remoto y un mundo sin limitaciones como el que servía de fondo a las novelas del rey Arturo. De las dos tendencias nació finalmente un tercer género de novelas del cual no quedó excluída ninguna provincia francesa y española. Poitou, Champagne, Normandía, las Arden, Flandes y hasta Maguncia, Castilla y Algarve servían de escenario y suministraban los personajes de caballeros, porque la ignorancia de la época y la figura en que por entonces aparecía la historia de la Antigüedad permitía, y hasta imponía, esta mezcolanza de tiempos y países. Troya y Grecia, Jerusalén y Trapizonda juntamente con lo que se oía de nuevos rumores o se sabía de los antiguos, todo confluía en la flor y nata de la caballería, y sobre todo, la descendencia de los troyanos fué una gloria linajuda de la que todos los reinos y pueblos de Europa con sus reyes y caballeros más eminentes estaban plenamente convencidos. Con los normandos pasó el género novelesco a Inglaterra y Sicilia; ambas regiones le suministraron nuevos héroes y nueva materia; pero en ninguna parte floreció tanto como en Francia. Gracias a la coincidencia de muchas causas, el estilo de vida, el idioma, la poesía y hasta la moral y religión de los hombres, los había como predestinados a este gusto [1].

Y en efecto, si saliendo del mundo de las fábulas entramos en el campo de la historia, ¿en qué reino de Europa se mostró la flor de la caballería con mayor esplendor que en Francia? Desde que, con la decadencia de los carolingios, tantas cortes de pequeños po-

[1] En otro lugar diremos más acerca de estas tendencias y componentes de las novelas medievales.

tentados, los duques, condes y barones alcanzaron poder y fastuosidad —casi tantos cuantas provincias, castillos y fortalezas había—, toda residencia y castillo fué también una escuela de honor caballeresco. La vivacidad de la nación, las luchas que había tenido que sostener durante siglos contra árabes y normandos, la gloria que sus antepasados habían alcanzado por esta razón, la floreciente prosperidad que varias estirpes habían logrado, su mezcla con los mismos normandos, pero más que nada un rasgo propio del carácter de la nación que desde los galos se manifiesta en toda su historia, todo eso produjo en la caballería esta elocuencia, esta agilidad vivaz, la elegancia comedida y el brillante gracejo que raras veces, tarde o nunca se encuentra en otra nación que no sea la francesa. ¡A cuántos caballeros franceses deberíamos nombrar que por su ideología y sus hazañas en tiempos de guerra y de paz, a lo largo de toda la historia y hasta bajo el despotismo de los reyes se mostraron tan valerosos, comedidos y nobles que sus linajes cobraron con ellos una gloria inmarcesible! Cuando cundió el llamamiento de las cruzadas fueron los caballeros franceses la flor y nata de toda la caballería de Europa: linajes franceses fueron los que subieron al trono de Jerusalén y Constantinopla, y las leyes del nuevo Estado fueron dictadas en francés. Con Guillermo el Conquistador ascendió esta lengua y su cultura también al trono británico; ambas naciones fueron ahora rivales en las virtudes de la caballería que demostraron como competidoras tanto en Francia como en Palestina, hasta que Inglaterra cedió a sus vecinos la vanagloria para elegir una carrera más lucrativa, la del burgués. Francia fué la primera que supo hacer frente al poder del Papa, y de la manera más elegante, diríamos con gracia, y hasta San Luis el rey lo fué todo menos un esclavo del Papa. Inglaterra, Alemania y otros países tuvieron reyes más valientes que Francia: pero la prudencia política pasó de Italia primero a Francia y supo portarse con cortesía, aun en casos en que sus fines eran inconfesables. Este espíritu se contagió también a los institutos científicos, a los altos dignatarios y a la jurisprudencia; al principio para bien, después para mal. No es extraño, pues, que la nación francesa sea hoy la más vanidosa de Europa; desde que se instituyera su monarquía, fué la antorcha que indicó la senda a Europa y dió el tono en los cambios más importantes que se introdujeron. Cuando todas las naciones formaron una gran rueda en Palestina, los caballeros alemanes convivieron con los franceses para aprender a dominar su impetuosidad germana *(furor teutonicus)*. También el nuevo uniforme que en las cruzadas se originó para toda Europa con su heráldica propia y otros distintivos, es en su mayor parte de origen francés.

Ahora nos tocaría hablar de las tres o cuatro órdenes espirituales de caballería que, fundadas en Palestina, alcanzaron tanta gloria y riquezas; pero ya nos espera la acción heroica y política con sus cinco o siete actos, durante la cual arribaron a esta altura; aboquémonos, por lo tanto, a su estudio.

III

LAS CRUZADAS Y SUS CONSECUENCIAS

Durante largo tiempo, peregrinos y Papas habían lamentado las penurias que sufrían los cristianos en Jerusalén; se había anunciado el fin del mundo, y Gregorio VII creía ya poder contar con cincuenta mil hombres que irían con él al Santo Sepulcro si él se ponía al frente. Finalmente un picardo, Pedro el Ermitaño, en inteligencia con Simeón, patriarca de Jerusalén, logró persuadir al papa Urbano II a que pusiera manos a la obra. Se convocaron dos concilios, y en el segundo el Papa pronunció un discurso después del cual el pueblo clamaba como furioso: "¡Dios lo quiere, Dios lo quiere!"

En consecuencia, multitudes de hombres fueron señalados con una cruz roja sobre el hombro derecho; en toda la cristiandad católica se predicó la cruzada, concediéndose a los santos guerreros varias libertades. Sin el consentimiento de sus señores feudales podían vender o empeñar sus tierras (los clérigos sus beneficios durante tres años); todos los cruzados estaban con su persona y sus bienes bajo la protección y jurisdicción de la Iglesia, gozando de derechos espirituales como los clérigos; durante la guerra santa quedaban libres de todos los impuestos y contribuciones y de todas las demandas judiciales por deudas contraídas, con sus intereses, y recibieron una indulgencia plenaria. Un número increíble de hombres devotos, salvajes, ligeros, inquietos, orgiásticos, exaltados se congregó; se pasó revista a los ejércitos y Pedro el Ermitaño, descalzo y con su capuchón, se puso a la cabeza de trescientos mil hombres. Como no pudiese tenerlos a raya, lo saquearon todo por dondequiera pasaban. Los húngaros y búlgaros se mancomunaron para arrojarlos a las selvas, de suerte que la expedición llegó a Constantinopla con treinta mil hombres en las más penosas circunstancias. El sacerdote Gottschalk le siguió con otros quince mil, y cierto conde Emich con doscientos mil, los cuales iniciaron su guerra santa con una carnicería entre los judíos, de los cuales mataron en algunas ciudades del Rin unos doce mil; pero en Hungría fueron a su vez

pasados por las armas o ahogados en los ríos. La chusma reunida por Pedro el Ermitaño y reforzada con italianos, fué transportada al Asia donde fué acosada por el hambre y hubiera sido aniquilada del todo por los turcos, de no haber llegado finalmente Godofredo de Bouillon con su ejército regular y la flor y nata de la caballería de Europa delante de Constantinopla. En Calcedonia se pasó revista al ejército, que contaba quinientos mil infantes y ciento treinta mil caballeros. Bajo inimaginables peligros y penurias fueron ocupadas Nicea, Tarso, Alejandría, Edesa, Antioquía y finalmente la misma Jerusalén, siendo elegido rey por unanimidad Godofredo de Bouillon. Balduino, su hermano, fué hecho conde de Edesa; Boemundo, príncipe de Tarento, ascendió a príncipe de Antioquía; Raimundo, conde de Tolosa, fué conde de Trípoli; y además de éstos descollaron en esta cruzada todos aquellos héroes que ensalza la poesía inmortal de Tasso. Pero pronto siguió una desgracia a la otra; el pequeño reino tuvo que defenderse contra incontables hordas de turcos que atacaban desde el este y árabes que incursionaban desde Egipto, y al principio lo hizo con increíble valor y denuedo. Pero los antiguos héroes murieron uno tras otro; el reino de Jerusalén fué puesto bajo tutela; los príncipes y caballeros se desunieron; en Egipto surgió una nueva potencia, los mamelucos, a cuyo frente se puso el valeroso y noble Saladino, que fué apretando cada vez más a los pervertidos y pérfidos cristianos, hasta que, por fin, ocupó Jerusalen y puso fin a esta sombra de un reino aun antes de que pudiese celebrar su primer centenario.

Desde entonces, todas las guerras para conservarlo o reconquistarlo fueron inútiles: los pequeños principados habían precedido su aniquilamiento, o le siguieron pronto. Edesa estuvo solamente cincuenta años en poder de los cristianos y la enorme segunda cruzada emprendida por el emperador Conrado III y Luis VII, rey de Francia, a consecuencia del grito de combate de San Bernardo y con doscientos mil hombres no pudo salvarla.

En una tercera cruzada salieron a campaña contra Saladino tres valientes: el emperador Federico I, el rey Felipe Augusto de Francia y Ricardo Corazón de León de Inglaterra. El primero se ahogó en un río y su hijo también murió. Los otros dos, celosos el uno del otro, envidiando sobre todo el francés al inglés, no lograron reconquistar más que Acre. Perjuro de su palabra, Felipe Augusto se volvió, y como Ricardo Corazón de León no pudiese resistir solo el poderío de Saladino, tuvo que seguirle muy a su pesar. Pero lo que es peor, viajando por Alemania como peregrino, tuvo la desgracia de ser detenido por el duque Leopoldo de Austria a causa de un insulto que éste creía haber recibido por parte de aquél durante la toma de Acre. Innoblemente le entregó al emperador Enrique IV, el cual, más innoble todavía, lo tuvo cuatro años en estre-

cha prisión, hasta que pudo ser rescatado con cien mil marcos de plata porque todo el mundo murmuraba de un proceder tan poco caballeresco.

La cuarta cruzada emprendida por franceses, alemanes y venecianos bajo el conde de Monferrat, no llegó siquiera a Palestina, pues la dirigían los venecianos, egoístas y vengativos. Ocuparon Zara y navegaron ante Constantinopla. La ciudad imperial fué asediada, dos veces conquistada y saqueada. El emperador emprende la fuga, y Balduino, conde de Flandes, es proclamado emperador latino en Constantinopla. El botín y el Imperio se dividen, y la parte más rica de la presa en los mares Adriático, Negro y Griego cae en poder de los venecianos. El caudillo de la cruzada asciende a rey de Candia, isla que vendió también a sus codiciosos aliados, y renunciando a los territorios de más allá del Bósforo, se hace rey de Tesalónica. Se crea un principado de Acaja, y un ducado de Atenas para barones franceses; ricos nobles de Venecia adquieren un ducado de Naxos y Negroponte; un conde palatino recibe Zante y Cefalonia y el Imperio Griego pasa a manos del mejor postor como mercadería adquirida de mala manera. En cambio, descendientes de la dinastía griega erigen un Imperio en Nicea, un ducado de Trapizonda, que en adelante se llama también Imperio, y un gobierno despótico en Epiro que más tarde se denominará Imperio a su vez. Como a los nuevos emperadores latinos de Constantinopla les había quedado tan poca cosa, su imperio débil y odiado pudo apenas sostenerse durante cincuenta años; los emperadores de Nicea volvieron a apoderarse de la antigua ciudad imperial bizantina y por último todas estas posesiones arrebatadas a fuerza de aventuras acabaron por caer en poder de los turcos.

La quinta cruzada, que estaba a cargo de húngaros y alemanes, fué ineficaz en sumo grado. Tres reyes, los de Hungría, Chipre y uno titular de Jerusalén, junto con los Grandes Maestros de las órdenes de caballería habían cercado el monte Tabor, encerrado a los enemigos y tenían la victoria al alcance de sus manos. Pero los celos y la discordia les arrebatan su ventaja y los cruzados vuelven disgustados a sus tierras.

Gracias a las incesantes maquinaciones de la corte papal, el emperador Federico II manda una flota a Palestina; ya se está gestionando un armisticio ventajoso, cuando interviene el legado papal frustrando su éxito. Cuando el emperador, muy contra su voluntad, toma la campaña a su cargo, el mismo Papa con una descabellada excomunión lanzada y sus propios ataques a traición contra los Estados del emperador ausente de Europa, imposibilita todo progreso. Se concierta un armisticio con el sultán de Bagdad; Palestina y Jerusalén son cedidas al emperador; pero el Santo Sepulcro, aunque

con carácter de un puerto libre para todos los peregrinos, queda en poder de los sarracenos.

Pero también esta posesión a medias de Jerusalén dura apenas quince años, y no pudo restablecerla San Luis con su séptima cruzada, la más desgraciada de todas. Él mismo, con todo su ejército, cae en Egipto en poder del enemigo; tiene que rescatarse a precio de oro, para perder la vida ante Túnez en una segunda campaña no menos desafortunada. Su triste ejemplo acabó por fin con la absurda tendencia a las guerras religiosas contra Palestina, y las últimas plazas allí que eran todavía cristianas, como Tiro, Acre, Antioquía y Trípoli, pasaron una tras otra a los mamelucos. Así terminó este frenesí que costó a la Europa cristiana cantidades indecibles de dinero y hombres; ¿cuáles fueron sus resultados? [1]

Se suelen atribuir a las cruzadas tantos efectos buenos que, a estar con esa opinión, uno tendría que desear a nuestro Continente cada quinientos años otra fiebre como ésta que excite y estimule todas sus energías; pero considerando las cosas más de cerca, se observa que los más de estos éxitos tan sonados no provienen de las cruzadas, o, por lo menos, no de ellas solamente, antes bien, que entre los numerosos móviles que en la Europa de entonces se iban suscitando, fueron, en el mejor de los casos, un factor que aceleró la evolución; pero tomadas en su conjunto, un movimiento concomitante y aun contrario y adverso, del que muy bien podría haber prescindido el desarrollo intelectual de Europa. De todos modos no es más que un producto de la imaginación el que se hable como de una sola fuente principal de los acontecimientos de siete campañas separadas entre sí y emprendidas en dos siglos, desde países muy diversos y por motivos enteramente distintos, sólo porque se las designe con el nombre común de cruzadas.

1. Por lo que al comercio se refiere, éste ya estaba abierto a los europeos antes de las cruzadas, como vimos más arriba, y estaban en libertad de difundirlo y aprovecharlo de una manera más decente que por medio de guerras de rapiña. En estas últimas, quienes hicieron las ganancias fueron las empresas de transporte, los negociantes de dinero y los proveedores; pero lo ganaron todo de los cristianos, contra cuyo patrimonio emprendieron su propia cruzada de despojo. Lo que se arrancó al Imperio Bizantino no fué más que un vergonzoso robo comercial que sirvió para debilitar ese Imperio a tal extremo que las hordas turcas cada vez más amenazantes, hallaron las cosas a punto de madurez cuando se apoderaron más tarde de Constantinopla. El hecho de que los turcos estén en

[1] No he leído las diversas disertaciones y concursos promovidos por varias sociedades científicas sobre los efectos de las cruzadas; por lo tanto emito mi opinión sin relación con estos trabajos.

Europa y se hayan podido difundir tanto en ella, lo había preparado ya el león de San Marcos en Venecia con la cuarta cruzada. Verdad es que los genoveses ayudaron a una dinastía de emperadores bizantinos a volver al trono; mas ya era el trono de un Imperio debilitado y desmembrado, fácil presa de los turcos, por lo cual tanto los venecianos como los genoveses perdieron sus mejores posesiones en el Mediterráneo y el Mar Negro, y por último también casi todo su comercio en estas partes.

2. La caballería no es un producto de las cruzadas, sino las cruzadas un producto de la caballería; ya en la primera campaña apareció la flor y nata de los caballeros franceses y normandos en Palestina. Antes bien, las cruzadas contribuyeron a quitar a la caballería su florecimiento peculiar y a transformar sus integrantes de verdaderos caballeros de armas en meros caballeros de blasones. Más de cuatro vistieron en Palestina la armadura que no hubieran podido ceñirse en Europa, y volvían con blasones y nobleza que legaron ahora a sus descendientes, dando origen a una nueva clase social: la nobleza de los escudos, y más tarde también la conferida por la carta del soberano. Disminuído el número de los descendientes de las antiguas dinastías de la verdadera nobleza de los caballeros, los nuevos nobles trataron de igualarlos en posesiones y privilegios hereditarios. Estudiaban con esmero su árbol genealógico, se procuraban dignidades y privilegios, y a las pocas generaciones se llamaban ya la vieja nobleza, aunque estaban muy lejos de formar una clase igual a la de aquellas antiguas dinastías, que en comparación con ellos merecían llamarse príncipes. En Palestina podía ser caballero todo el que llevaba armas, de manera que las primeras cruzadas fueron para Europa un gran jubileo. Pronto, esa nueva nobleza guerrera de servicio activo le vino como el anillo al dedo a la monarquía, que iba acrecentando su poder y supo aprovecharla y servirse de ella contra los vasallos poderosos que habían quedado. Así las pasiones contrarrestan otras pasiones y una apariencia sustituye a otra; gracias a la aristocracia que prestaba servicio activo en la guerra y en la corte decayó finalmente la antigua caballería hasta desaparecer.

3. Que las órdenes espirituales de caballería no hayan aportado ningún provecho para Europa, no necesita demostración. Todavía hoy viven del capital que en otros tiempos fué consagrado al Santo Sepulcro con un fin que ha desaparecido totalmente de nuestro horizonte. Los caballeros Hospitalarios tenían por finalidad hospedar a los peregrinos, cuidar de los enfermos y servir a los leprosos; hoy son los copetudos caballeros de Malta. Cuando un noble del Delfinado, Raimundo du Puy, introdujo entre ellos los votos de armas, se separó la orden de San Lázaro quedándose con la regla primitiva. Los Templarios eran canónigos re-

gulares, vivían primero durante diez años de limosnas y protegían a los peregrinos del Santo Sepulcro, hasta que con el aumento de sus posesiones cambiaron también sus estatutos y el caballero era acompañado por su escudero, como la orden por hermanos legos que hacían los trabajos. La orden de los caballeros Teutónicos finalmente, había sido fundada para asistir a los enfermos y heridos en el campo de batalla. Su recompensa eran vestidos, agua y pan, hasta que también ellos a base del lucrativo servicio contra los infieles se hicieron ricos y poderosos. Todas estas órdenes demostraron en Palestina mucha valentía y gran orgullo; pero, a lo que parece, también deslealtad y traición, y aun eso no sería nada, si con Palestina hubiera acabado también la historia de todos ellos. Cuando los Sanjuanistas tuvieron que dejar este país, cuando perdieron Chipre y Rodas y Carlos V les hizo el regalo de las rocas de Malta, ¡qué disparatado encargo el de seguir siendo perennes cruzados aun fuera de Palestina y disfrutar en su lugar de posesiones situadas en reinos que ni hacen la guerra al turco ni se proponen precisamente acompañar a los peregrinos al Santo Sepulcro! Luis VII en Francia recibió la orden de San Lázaro y quiso reducirla a su vocación, el cuidado de los enfermos. Más de un Papa quiso disolverla, pero los reyes de Francia la defendieron y Luis XIV la fusionó con varias órdenes de menor importancia. Pensaba en este punto de distinta manera que su antepasado Felipe el Hermoso, que por codicia y venganza exterminó cruelmente a los Templarios, apropiándose de sus bienes, que no le pertenecían por ningún título. Los caballeros de la Orden Teutónica, finalmente, llamados por un duque de Masovia en ayuda contra los prusianos paganos, recibieron de un emperador alemán como regalo todo cuanto conquistaran allí y que no perteneciera al mismo emperador, conquistaron Prusia, se fusionaron en Livlandia con los Hermanos de la Espada, recibieron Estonia de un rey que no sabía cómo conservarla, y reinaron, por último, desde el Vístula hasta el Duina y Neva con opulencia y orgías de caballeros. La vieja nación prusiana fué exterminada, y los lituanos, samoyedos, curlandeses, letones y estones fueron repartidos entre la nobleza alemana como si fuesen rebaños. Al cabo de largas guerras con los polacos, perdieron primero la mitad de Prusia, luego el país entero, y finalmente también Livlandia y Curlandia. No dejaron en estas regiones otro recuerdo que la gloria de que difícilmente hubiese otro país conquistado que fuese gobernado con más orgullo y opresión que los que ellos propinaron a estas costas, las cuales, al amparo de la cultura de algunas ciudades marítimas, seguramente hubieron podido ser bien otra cosa de lo que son ahora. De cualquier manera, las tres órdenes citadas nada tenían que hacer en Europa, pues su destino era Palestina. Para esto fueron fundadas, tales fueron sus reglas y allí debían combatir a los infieles, servir en los

hospitales, velar el Santo Sepulcro, cuidar de los leprosos y acompañar a los peregrinos. Muerta la intención, muerta la orden, cuyos bienes deberían aplicarse a obras cristianas, especialmente a los pobres y enfermos.

4. Así como la nueva aristocracia heráldica recibió su finalidad única y exclusivamente de parte de la creciente monarquía en Europa, *así también la libertad de las ciudades, el origen* de los municipios y finalmente la liberación del campesino de la servidumbre tienen en nuestro Continente muy otras causas que esas locas cruzadas. No se fundaron los derechos de la libertad de Europa porque con el primer delirio de las cruzadas se concediese una mora a todos los padres de familia descuidados y deudores, ni porque se desligase de sus obligaciones a los feudatarios y siervos, perdonando a los contribuyentes los impuestos y los intereses a quienes los debían. Hacía mucho se habían erigido ciudades y desde mucho antes se confirmaron y ampliaron los privilegios de las más antiguas; y si gracias a la creciente industria y comercio de esas ciudades les siguió tarde o temprano la liberación del agricultor, y si la misma tendencia a la independencia de tales municipios estaba necesariamente implicada en el proceso del desarrollo de la monarquía, no es en Palestina donde hemos de buscar las causas de los cambios operados en Europa, que por lo demás, aparecen con claridad meridiana. El sistema que dió estabilidad y duración a Europa, difícilmente se basa en una santa locura.

5. Tampoco las artes y ciencias recibieron estímulo alguno por parte de los cruzados propiamente dichos. Los desaliñados ejércitos que primero marcharon hacia Palestina, no tenían, por cierto, la menor noción de tales cosas ni se ve cómo pudiesen adquirirla en los arrabales de Constantinopla, o de los turcos y mamelucos en Asia. Respecto de las campañas posteriores basta recordar el breve tiempo que los ejércitos se detuvieron allí, las penurias bajo las cuales pasaron tan escaso tiempo, muchas veces sólo en las fronteras del país, para renunciar al hermoso sueño de los grandes descubrimientos que de ahí podrían haber traído. El reloj de péndulo con que Meledino obsequió al emperador Federico II, no trajo todavía la gnomónica, ni una mejor arquitectura a Europa los cruzados, que miraban boquiabiertos los palacios griegos en Constantinopla. Algunos cruzados, especialmente Federico I y Federico II, contribuyeron a las luces; pero el primero hizo tal antes de haber *pisado tierra de Oriente*, y para el segundo fué su breve estada allí sólo un nuevo estímulo para proseguir en su forma de gobierno que desde mucho antes se había manifestado claramente. Por lo que respecta, finalmente, a las órdenes espirituales de caballeros, ninguna de ellas trajo las luces a Europa ni favoreció su desarrollo.

En consecuencia, la contribución de las cruzadas se reduce a

unas pocas ocasiones que coincidieron con otras ya existentes, a las que, contra su voluntad, no pudieron menos que favorecer.

1. El crecido número de ricos vasallos y caballeros que participaron en las primeras cruzadas y en gran parte no volvieron de Tierra Santa, produjo la venta de sus bienes o su fusión con otras posesiones. De esto se aprovechó quien pudo: los señores feudales, la Iglesia, las ciudades ya existentes, cada cual a su manera. Con esto no se inició, pero sí se fomentó y aceleró el curso de los acontecimientos en orden a la afirmación del poder de la monarquía y el nacimiento de una clase media.

2. Se llegó al conocimiento de países, pueblos, religiones y constituciones de las cuales no se había poseído noticia alguna; el estrecho campo visual se amplió; aparecieron nuevas ideas y tendencias. Se cuidaba ahora de cosas que de otra manera hubieran sido descuidadas, y aun se asignó un uso más acertado a lo que Europa ya poseía desde hacía tiempo. Puesto que se encontró el mundo más grande de lo que se había imaginado, se despertó también la curiosidad por las regiones más distantes. Las enormes conquistas de Gengis Khan en el norte y este de Asia, atrajeron las miradas más que nada a la Tartaria, a donde viajaron, aunque con intenciones muy diversas, Marco Polo el veneciano, Rubruquis el francés y Juan de Plano Carpino, un italiano; el primero como comerciante, el segundo por curiosidad real y el tercero enviado por el Papa con vistas a la conversión de aquellos pueblos. Necesariamente no hay ninguna conexión entre estos viajes y las cruzadas, pues se realizaron tanto antes como después de las mismas. Del Oriente hemos aprendido por las cruzadas menos de lo que hubiera sido deseable, y todavía hoy dependemos de las informaciones que nos suministren los mismos orientales, aun acerca de la época en que Siria estaba repleta de cristianos.

3. Finalmente, esta sagrada palestra sirvió para que los europeos se conocieran entre ellos, aunque no precisamente de la manera más amena. Los reyes y príncipes volvieron de este trato más íntimo casi siempre con un odio inextingible de unos contra otros; particularmente las guerras entre Inglaterra y Francia hallaron nuevo pábulo en esas ocasiones. El maligno ensayo de que una república cristiana pudiese y quisiese combatir unida contra los infieles, justificaba semejantes guerras también en Europa y las propagó más tarde a otros Continentes. Con todo, es innegable que al advertir los vecinos europeos mutuamente sus puntos débiles y fuertes, comenzó a disiparse la oscuridad mediante un conocimiento más general de los Estados, y se fundó un nuevo sistema de relaciones en tiempos de guerra y de paz. A cualquiera le apetecía la riqueza, el comercio, la comodidad y el lujo, ya que el hombre primitivo se aficiona fá-

cilmente a estas cosas estando en el extranjero, y envidia a quienes lo poseen. Los menos de los que volvían de Oriente, podían resignarse al estilo de vida europeo; hasta su valor heroico dejaron muchos en aquellas tierras, imitaban las costumbres orientales en Europa con torpeza o iban en busca de nuevas aventuras y viajes. Un hecho histórico solamente puede producir bien auténtico y duradero en la medida en que se inspire en la razón.

Para Europa habría sido una gran desgracia que las conquistas de Gengis-Khan se hubieran orientado antes y con mayores fuerzas hacia Occidente, cuando los numerosos ejércitos de Europa peleaban en un rincón de Siria por el Santo Sepulcro. Como Rusia y Polonia, nuestro Continente hubiera sido, tal vez, preso de los mongoles, y sus naciones hubieran podido emigrar, báculo en mano y como mendicantes, para orar junto al Santo Sepulcro. Dejemos, pues, esa exaltación afiebrada que fueron las cruzadas y volvamos los ojos a Europa, para ver cómo con el curso y la interacción de los acontecimientos se va formando y esclareciendo poco a poco la razón política y moral de los hombres.

IV

LA CULTURA INTELECTUAL EN EUROPA

Desde los primeros tiempos del cristianismo pudimos observar numerosas sectas que trataron de explicar, aplicar y acrisolar el sistema de la religión por medio de una llamada filosofía oriental; como herejes fueron suprimidos y perseguidos. El influjo más profundo lo alcanzó, al parecer, la doctrina de Manes, que como la antigua filosofía persa, a la manera de Zoroastro (Zerduscht), al mismo tiempo se combinaba con una institución de organización moral y quería actuar como activa educadora de sus comunidades. Fué perseguida aún más que las herejías teóricas y se refugió hacia el este en las montañas del Tibet, hacia el oeste en las montañas de Armenia, y aquí y allá también en países europeos, donde corrió siempre igual suerte que en Asia. Se la creía suprimida desde largo tiempo, cuando en los tiempos más oscuros y desde una región donde menos se hubiera sospechado, irrumpió de repente como a una señal convenida en Italia, España, Francia, los Países Bajos, Suiza y Alemania, produciendo una espantosa perturbación. Salió de Bulgaria, provincia bárbara por la que las Iglesias griega y romana habían sostenido un largo pleito; allí residía invisible su jefe supremo que, a diferencia del Papa ro-

mano, pretendía asemejarse a Cristo por la pobreza. Misiones secretas partieron a todos los países y atraían al hombre común, especialmente a los artesanos trabajadores y la oprimida población rural, pero también a gente acaudalada, condes y nobles, y sobre todo a las mujeres, con tal poder que resistió aun a la persecución más despiadada y a la misma muerte. Su doctrina serena que predicaba todas las virtudes humanas, particularmente la laboriosidad, castidad y recogimiento, y se proponía un ideal de perfección al que debía conducirse a la comunidad con estrictas diferencias, fué el grito de combate más poderoso contra las barbaridades reinantes de la Iglesia. Ante todo atacaba las costumbres de los clérigos, sus riquezas, despotismo y vida licenciosa, condenaba las doctrinas y costumbres supersticiosas negando su poder mágico inmoral, y reconocía en lugar de todo esto una simple bendición por imposición de manos y la unión de los miembros bajo sus superiores, que eran los perfectos. La transubstanciación del pan, la cruz, la misa, el purgatorio, la intercesión de los santos, el carácter impreso del sacerdocio romano eran para ellos cánones de invención humana y fábulas; sobre el contenido de la sagrada escritura, en especial el Antiguo Testamento, juzgaban con gran libertad y lo reducían todo a pobreza, pureza del alma y del cuerpo, callado cumplimiento del deber, mansedumbre y bondad de corazón, por lo cual varias de las sectas fueron llamadas también "bons hommes", gente buena. En las sectas más antiguas se reconoce sin lugar a dudas el maniqueísmo oriental; su punto de partida eran la luz y las tinieblas, tenían a la materia por origen del pecado y emitían conceptos particularmente duros sobre el placer sensual; poco a poco fué acrisolándose su sistema. Ciertos maestros, especialmente Enrique y Pedro de Bruis, formaron de los maniqueos, llamados también cátaros (herejes), patarenos, publicanos, *passaggieri*, y con otros nombres según las circunstancias locales, partidos con una doctrina menos chocante, hasta que finalmente los gaenses enseñaron y defendieron con gran valor casi todo aquello que algunos siglos más tarde iba a formar la plataforma del protestantismo. Las sectas más antiguas, en cambio, se parecen más bien a los anabaptistas, menonitas, bohemistas y otras facciones de los tiempos modernos. Todas ellas se difundieron con tanto poder subterráneo y tanta fuerza de penetración y persuasión que en provincias enteras decayó la autoridad del clero sobremanera, tanto más cuanto que éste no supo defenderse tampoco contra ellos en las disputas. Las regiones de su mayor florecimiento fueron las de la lengua provenzal; tradujeron a esta lengua el Nuevo Testamento (en aquel tiempo empresa inaudita), difundieron sus reglas de la perfección en versos provenzales, y fueron desde la introducción del cristianismo ro-

mano los primeros educadores y formadores del pueblo en su lengua vernácula[1].

En pago de todo esto se los perseguía por todos los medios. Ya al principio del siglo undécimo fueron quemados maniqueos en plena Francia, en Orleans, entre ellos el mismo confesor de la reina; no quisieron retractarse y murieron por sus convicciones. No fueron mejor tratados en todos los países donde el clero ejercía su poder, por ejemplo, en Italia y sur de Alemania. En el sur de Francia y los Países Bajos, donde las autoridades los protegían como gente trabajadora, vivieron en paz largo tiempo hasta que, finalmente, llegada a la cúspide del paroxismo la rabia del clero, se los sometió a la Inquisición, y como no quiso abandonarlos su protector, el conde Raimundo de Tolosa, verdadero mártir de la buena causa de la humanidad, se desató contra ellos aquella terrible cruzada con un huracán de crueldades. Los predicadores anti-herejes fundados para combatirlos, los dominicanos, fueron sus abominables jueces; Simón de Montfort, el caudillo de la cruzada, el monstruo más inhumano que conoció la tierra; y desde aquel rincón del sur de Francia, donde los pobres *bons hommes* se habían ocultado durante dos siglos, se propagó la cruenta persecución contra todos los herejes en España, Italia y la mayor parte de los países católicos. De ahí viene la confusión acerca de las más diversas sectas de la Edad Media, ya que ante este tribunal sangriento y el espíritu persecutorio del clero se los trataba a todos por igual. Pero de ahí viene también su constancia y difusión oculta, de manera que la reforma de los protestantes, de tres a cinco siglos más tarde, encontró en todos los países todavía la misma semilla y sólo tuvo que darle nueva vida. Wiclif en Inglaterra tuvo entre los lolardos la misma resonancia que Hus entre sus bohemios; porque Bohemia, que hablaba entonces la misma lengua que los búlgaros, hacía tiempo que estaba llena de sectas piadosas de esta clase. Una vez sembrada la semilla de la verdad y del odio decidido contra la superstición, el servilismo humano y el clero materialista y desenfrenado de la Iglesia, ya no hubo manera de destruirla. Los franciscanos y otras órdenes fundadas para derrotar y contrarrestar aquellas sectas oponiéndoles el espectáculo de la pobreza e imitación de Cristo, estuvieron tan lejos de conseguir su fin, aun entre el pueblo, que en lugar de esto le dieron nuevo escándalo. También aquí, el futuro derrumbe del más grande de los tiranos, la jerarquía, se preparó con los comienzos más modestos, la simplicidad y cordialidad; estos simplotes *bons hommes,* aunque no

[1] Entre los escritos sobre estas sectas, que se encuentran enumerados en la historia eclesiástica, quiero mencionar sólo a uno cuyo valor ha pasado casi inadvertido, a saber, J. C. FÜSSLI, *Nueva e imparcial Historia de las herejías y la iglesia de la Edad Media,* tres partes 8º, que contiene elementos de gran valor.

libres de prejuicios y errores, hablaron en algunas cosas con mayor libertad de la que hallamos hasta en algunos de los reformadores posteriores.

Lo que por una parte hacía el sentido común, lo fomentaba por otra más lenta y sutil, pero no sin eficacia, la razón especulativa. En los colegios monásticos se aprendió a disputar sobre la dialéctica de San Agustín y Aristóteles y se implantó la costumbre de promover este arte cual docto torneo y justa de caballeros. Es injusta la crítica que se le hace a esta libertad de disputar calificándola de inútil ejercicio de la Edad Media; pues precisamente en aquel entonces esta libertad tenía un valor inapreciable. Disputando se podía poner en duda y aclarar con argumentos y defensas muchas cosas, si bien faltaba mucho todavía para el advenimiento de los tiempos de su duda positiva o práctica. ¿Acaso no se inició la misma Reforma al amparo de los reglamentos de las disputas que protegían su libertad? Y cuando de los colegios monásticos nacieron ahora las universidades, es decir, palestras de torneos caballerescos dotadas de libertades imperiales y papales, se abrió ancho campo para ejercitar y perfeccionar la presencia de ánimo, el garbo y la agudeza de los eruditos contendientes. No hay dogna teológico ni materia metafísica que no hubiese dado ocasión a las más sutiles preguntas, controversias y distinciones, desarrollándose con el tiempo en un *finísimo tejido. Esta telaraña tenía por naturaleza aún* menos consistencia que esa tosca estructura de tradiciones positivas que debían admitirse con fe ciega; podía ser fabricada por la razón humana y por ella también ser destruída y disuelta como su propia obra. Demos, pues, las gracias a cada uno de los agudos espíritus polémicos de la Edad Media y a cada soberano que creó las doctas sedes donde se elaboraron estas doctas construcciones. Aunque alguno que otro de los disputantes fué perseguido por su imprudencia o por envidia, y hasta se desenterraron sus restos del campo santo después de su muerte, el arte en su conjunto siguió floreciendo y contribuyó en gran manera a aguzar la inteligencia y la labia de los europeos.

Así como el sur de Francia fué el primer escenario permanente de una naciente religión popular, así el norte del país, especialmente la célebre escuela de París, fué la palestra caballeresca de la especulación y escolástica. Pascasio y Ratramno habían vivido aquí, Escoto Erígena había hallado asilo y favor en Francia, Lanfranco y Berengar, Anselmo, Abelardo, Pedro Lombardo, Tomás de Aquino, Bonaventura, Occam y Duns Scotus, los luceros y soles de la filosofía escolástica, enseñaron en Francia durante toda su vida o durante sus mejores años. Desde todos los países, todo el mundo acudía a París para aprender la suma sabidu-

ría de aquella época. Quien llegase a descollar en ella, obtenía los cargos honoríficos en el Estado y la Iglesia, pues la escolástica tampoco excluía de su campo de acción los asuntos del Estado, hasta el punto de que aquel Occam que defendió a Felipe el Hermoso y Ludovico el Bávaro contra los Papas, pudo decir al emperador: "Defiéndeme tú con la espada, que con la pluma te defenderé yo". Si la lengua francesa alcanzó antes que las demás una precisión filosófica, se debe, entre otras causas, también al hecho de que en su patria se disputó tanto y durante tan largo tiempo, con tanta elegancia e ingenio; porque la lengua latina era su hermana de sangre, por lo cual asimiló con facilidad la formación de conceptos abstractos.

Que la traducción de los escritos de Aristóteles contribuyó más que nada al perfeccionamiento de la escolástica consta ya por la sola autoridad de que gozó este sabio griego y mundial durante cinco centurias; pero la causa por la que la gente se aficionó tanto a estos escritos, usando casi siempre la versión árabe, no estaba en las cruzadas sino en las tendencias y la mentalidad de la época. Lo que primero despertó el interés de Europa por las ciencias árabes fueron sus obras matemáticas como también los secretos que se esperaba encontrar entre ellos referentes a la conservación y prolongación de la vida, la obtención de inmensas riquezas y hasta los conocimientos de los arcanos del destino. Se buscaba la piedra filosofal y la quinta esencia; se leía el porvenir en las estrellas y los mismos instrumentos matemáticos parecían artefactos mágicos. Con una mentalidad infantil se iba en pos de lo maravilloso, para encontrar posteriormente, en su lugar, lo verdadero, y a ese fin se emprendían los más penosos viajes. Ya en el siglo undécimo, Constantino el Africano había recorrido Oriente desde Cartago durante treinta y nueve años, para coleccionar los secretos de los árabes en Babilonia, India y Egipto. Llegó finalmente a Europa y tradujo como monje de Montecasino muchos escritos, especialmente de medicina, del árabe y del griego. Por defectuosas que fuesen las traducciones iban, sin embargo, de mano en mano, y gracias a los conocimientos árabes surgió Salerno, la primera escuela importante de la ciencia médica. Desde Francia e Inglaterra, los estudiosos viajaban a España para asistir a las clases de los más célebres profesores árabes. Al volver eran considerados como magos, como, en efecto, más de uno se gloriaba de estas artes secretas como de una magia. De esta manera las matemáticas, la química, la medicina llegaron a las más célebres escuelas de Europa, ya en escritos, ya en descubrimientos y experimentos. Sin los árabes no hubiera habido un Gerberto, un Alberto Magno, un Arnau de Vilanova, un Roger Bacon, un Raimundo Lulio, y otros; todos ellos habían aprendido en la misma España de los árabes, o por lo menos en sus escritos. Hasta el

emperador Federico II, que contribuyó incansablemente a las traducciones de los escritos árabes y al florecimiento de toda ciencia, les profesaba una admiración rayana en la superstición. Durante siglos se conservó la afición a los viajes en la medida en que subsistían las leyendas sobre España, África y Oriente, donde se aprendería de los sabios los misterios más sorprendentes de la naturaleza. Más de una orden secreta y grandes gremios de escolásticos ambulantes tuvieron ahí su origen; más aún: toda la conformación de las ciencias filosóficas y matemáticas hasta más allá de la Reforma delata este origen árabe.

No es extraño que a una filosofía de esta índole le siguiese la mística, que gracias a ella se convirtió en uno de los sistemas más sutiles de perfección contemplativa. Ya en la Iglesia primitiva, la filosofía neoplatónica había dado origen a la mística, que tomó cuerpo en varias sectas. Gracias a la traducción del Seudo Dionisio Areopagita vino a los monasterios de Occidente; algunas sectas maniqueas tomaron parte en ella, y finalmente vino a cobrar una figura, con y sin escolástica, entre monjes y monjas, donde se manifiestan unas veces las más sutiles especulaciones de la razón, y otras veces la más tierna delicadeza de un corazón amante. También ella tuvo sus efectos buenos, apartando a las almas de un mero culto ceremonial y acostumbrándolas al recogimiento interior, a la vez que les proporcionaba alimento espiritual. A las almas solitarias, sedientas, que huían del mundo, les dió el consuelo del más allá y cierto ejercicio, como también afinó la sensibilidad por una especie de novela espiritual. Fué una precursora de la metafísica del corazón, como la escolástica lo era de la razón, y las dos se equilibraron mutuamente. ¡Felices de nosotros, porque casi hayan pasado los tiempos en que este opio fué un remedio y, por desgracia, tuvo que serlo! [1]

La ciencia jurídica, finalmente, esta filosofía práctica de un sentido de equidad y del sentido común, cuando volvió a brillar contribuyó al bienestar de Europa más que la mística y la especulación, y dió mayor consistencia a los derechos de la sociedad. En tiempos de honrada simplicidad no hacen falta muchas leyes escritas, y los rudos pueblos germánicos tenían razón al resistirse a las sutilezas de los abogados de Roma; pero viviendo ya en otros países entre pueblos en parte civilizados, en parte pervertidos, pronto les fueron indispensables no sólo las propias leyes por

[1] Después de todo lo que escribieron Poiret, Arnold y otros, nos falta todavía una historia de la mística, sobre todo de la Edad Media, escrita desde un punto de vista puramente filosófico.

escrito, sino también un extracto del derecho romano. Y como esto no fuese suficiente para contrarrestar una legislación papal continua y que crecía con cada siglo que pasaba, fué para bien que se sacase a luz todo el cuerpo del derecho romano a fin de que la inteligencia y el juicio de los intérpretes se ejercitaran en él. No sin causa recomendaban los emperadores este estudio a sus colegios de estudios superiores, particularmente los de Italia; les sirvió como arsenal de armas contra el Papa, y también todas las ciudades libres que se estaban formando tenían el mismo interés de usarlo contra el Papa, el emperador y su pequeño tirano. En consecuencia, el número de jurisconsultos aumentaba de manera increíble; como caballeros doctos, propugnadores de la libertad y propiedad de los pueblos, gozaban de gran autoridad en las cortes, ciudades y cátedras, y la muy frecuentada Bolonia fué por ellos una c i u d a d d o c t a. Lo que Francia fué por la escolástica, lo fué Italia por el progreso de la ciencia jurídica; el antiguo derecho romano rivalizaba con el derecho canónico, y varios Papas fueron hombres de máxima erudición jurídica. Lástima que el despertar de esta ciencia cayese en una época en que las fuentes estaban enturbiadas, vislumbrándose como a través de una espesa niebla el espíritu del antiguo pueblo romano. Lástima que la escolástica especulativa se apoderase también de esta cienca práctica, haciendo de las sentencias de los hombres más prudentes un comprometedor entrevero de palabras. Lástima, finalmente, que lo que debía ser un estudio auxiliar, un ejercicio del criterio a ejemplo de los más grandes pensadores de la Antigüedad, fuese tomado como norma positiva, como una biblia de las leyes en todos los casos, aun los más novedosos e indefinidos. Con esto se dió entrada a ese espíritu tiránico y pedante que casi hubiera acabado con el carácter nacional de todas las legislaciones europeas. Una erudición bárbara de la letra muerta sustituyó la viva comprensión del asunto; el trámite jurídico se convirtió en un laberinto de formalidades y juegos de palabras; en vez de formar un noble criterio de la justicia, el ingenio de los hombres se ejercitó en las triquiñuelas; el lenguaje jurídico y legal se hizo extraño y embrollado, y finalmente, con la prepotencia creciente del soberano, se favoreció ante todo un espurio derecho de los monarcas. Las consecuencias se hicieron sentir durante largo tiempo.

Uno no puede menos de entristecerse al ver y comparar el estado del espíritu renaciente en Europa con los tiempos y pueblos de la Antigüedad. Bajo la opresión del dominio espiritual y seglar, el bien sale tímidamente de una barbarie cruda y oscura. Aquí la mejor semilla es pisoteada en el camino o robada por aves de rapiña; allá sólo crece con dificultad entre las espinas y se marchita o seca porque le falta la tierra fértil de la antigua simplicidad y bon-

dad. La primera religión popular aparece entre herejes perseguidos, en parte exaltados, la filosofía en las aulas de dialécticos polemizantes, las ciencias más útiles como magia y superstición, la dirección de los sentimientos humanos como mística, una mejor constitución política se presenta revestida del manto remendado y desgastado de una legislación completamente anticuada y heterogénea; y de esta manera deberá Europa salir del estado de la mayor confusión y formarse nuevamente. Mas lo que le faltaba de profundidad y tierra negra al suelo donde debía enraizarse esta cultura, lo que les faltaba de aptitud a los instrumentos y medios auxiliares y de alegría y libertad al aire que se respiraba, lo compensaba, tal vez, en alguna manera la extensión del campo que debía labrarse y el valor de la planta que se había de cultivar. No se pretendía aquí formar una Atenas ni Esparta, sino Europa; no se debía arribar a la perfecta honestidad de algún sabio o artista griego, sino a un humanismo y una razón que con el correr de los tiempos abarcaría todo el globo terráqueo. Veamos, pues, qué disposiciones se tomaron y qué descubrimientos se sembraron en la oscuridad de los tiempos para que dieran su fruto en el porvenir.

V

INSTITUCIONES Y DESCUBRIMIENTOS EN EUROPA

1. Las ciudades de Europa fueron como campamentos permanentes de la cultura, centros de la industria y el comienzo de una mejor administración estatal, sin las cuales este Continente sería todavía ahora un desierto. En y con ellas, se conservó en todos los países del Imperio Romano parte de las artes romanas, en unas más, en otras menos; y en las regiones que no habían pertenecido a las posesiones romanas fueron los antemurales contra las nuevas invasiones de los bárbaros, plazas libres de los hombres, el comercio, las artes y oficios. Eterno agradecimiento se debe a los soberanos que las erigieron, dotaron y protegieron, porque en ellas se fundaron las constituciones que dieron lugar al primer soplo de una conciencia social. Creáronse cuerpos aristocrático-democráticos cuyos miembros se vigilaban mutuamente, a menudo se impugnaban y combatían, pero promoviendo precisamente con esto una seguridad social, una libre competencia y el progreso. Dentro de los muros de una ciudad estaba reunido en reducido espacio todo cuanto en esta época pudiese despertar y desarrollar la inventiva, laboriosidad, libertad política, administración, policía y orden. La legislación de algunas ciudades

es un modelo de sabiduría política burguesa; tanto nobles como plebeyos gozaron por ella del primer nombre propio de una libertad social: el derecho de ciudadanía. En Italia se fundaron repúblicas cuyo comercio tuvo alcances mayores que los conseguidos jamás por Esparta y Atenas; al norte de los Alpes no sólo se distinguieron determinadas ciudades por su industria y comercio, sino que se formaron también entre ellas alianzas que por último desembocaron en un Estado mercantil que abarcaba el Mar Negro, el Mediterráneo, el Océano Atlántico, el Mar del Norte y el Báltico. Estas ciudades, cuya reina era Lubek, estaban en Alemania y los Países Bajos, los reinos nórdicos, Polonia, Prusia, Rusia y Livlandia, a los que se adhirieron los más importantes centros comerciales de Inglaterra, Francia, Portugal, España e Italia, tal vez la federación más eficiente de cuantas hubo en el mundo. Ciertamente contribuyó más que todas las cruzadas y ritos de la Iglesia romana a hacer de Europa una comunidad, pues se elevaba por encima de diferencias religiosas y nacionales y fundaba la unión de las naciones en el provecho mutuo, la libre competencia, la honradez y el orden. Las ciudades llevaron a cabo lo que soberanos, sacerdotes y nobles no pudieron ni quisieron realizar: una Europa que actuaba en común.

2. Los gremios en las ciudades, por molestos que fuesen a menudo para las autoridades y hasta para el desarrollo de las artes, fueron sin embargo indispensables en aquella época como pequeñas comunidades, y formaron un espíritu de cuerpo donde estaba uno por todos y todos por uno, para salvaguardar la honestidad de la artesanía, el perfeccionamiento de las artes, y finalmente, el aprecio y el honor del artista mismo. Gracias a ellos, Europa se convirtió en la manufactura de todos los productos del mundo, con lo cual, siendo el Continente más pequeño y pobre, obtuvo la hegemonía sobre todos los demás. A su laboriosidad debe Europa que se fabricaran maravillas de lana y lino, cáñamo y seda, pieles y curtidos, colas y arcillas, piedras, metales, vegetales, jugos y colores, cenizas, sales, trapos y basuras, y que estas maravillas sirviesen y servirán a su vez para producir otras. Si la historia de los inventos es el más grande canto de alabanza al espíritu humano, los gremios y las corporaciones fueron las escuelas donde por la especialización de las artes, la regularización del aprendizaje y la emulación de varios competidores, y aun por la misma pobreza, se produjeron cosas que pocas veces fueron fomentadas o premiadas, y casi nunca suscitadas por el favor de los soberanos y del Estado. Al amparo de un pacífico régimen municipal, se distinguían por su disciplina y orden; las artes más ingeniosas nacieron de obras de artesanía hechas a mano, y llevaron impreso este carácter por largo tiempo, especialmente de este lado de los Alpes, y ciertamente no en des-

crédito suyo. No hay, pues, por qué mofarse o compadecerse de aquellas formalidades y la gradación del aprendizaje de estas reglamentaciones prácticas; en ellas se sostuvo la esencia del arte y el honor gremial de los artistas. El monje y el caballero necesitaban tales grados de enseñanza mucho menos que el artesano, pues la calidad del trabajo de éste estaba en cierto modo garantizada por toda la corporación. Nada hay que se oponga tanto a todo arte como la chapucería y la falta de honestidad profesional, ya que sin ésta el mismo arte acaba por arruinarse.

Las obras maestras de la Edad Media que atestiguan el mérito de las ciudades por todo cuanto sean artes y oficios, son dignas de nuestra admiración reverente. La arquitectura gótica nunca hubiera alcanzado su florecimiento si repúblicas y ricas ciudades mercantes no hubiesen tratado de superarse mutuamente en domos y municipalidades, como antes las ciudades griegas con obeliscos y templos. En cada una de ellas podemos notar todavía hoy en qué modelo se inspiraba su gusto y hacia dónde se dirigía por entonces su tráfico. Venecia y Pisa ostentan en sus edificios más antiguos un estilo diferente del de Florencia o Milán; las ciudades cisalpinas seguían a estos u otros modelos; pero mirado en su conjunto, lo mejor del arte gótico se explica más que nada por la constitución de las ciudades y el espíritu de la época. Los hombres edifican y construyen sus moradas conforme a su mentalidad y estilo de vida, y también los modelos traídos de fuera sólo puede aplicarlos cada uno a su manera, puesto que cada ave construye su nido de acuerdo con su figura y forma de vida. Nunca se hubiera desarrollado el arte gótico más avanzado y elegante a base de monasterios y castillos de caballeros, sino que es una propiedad de la magnificencia del municipio público. De la misma manera, las obras de arte más apreciables de la Edad Media hechas en metal, marfil, vidrio, madera, alfombras y vestidos, llevan el sello de las estirpes, municipios y ciudades, por lo cual tienen también un valor perenne las más veces y son patrimonio intransferible de las ciudades y los linajes. Por igual manera, la diligencia ciudadana escribió las crónicas, y si bien es verdad que para estos autores su casa, estirpe, corporación y ciudad representan el mundo, ésta es precisamente la razón de que su espíritu y su corazón participen tan íntimamente en el relato, y felices las naciones cuya historia se integre de muchas obras de esta índole, en vez de las crónicas monásticas. También fueron los consejeros municipales quienes primero restringieron con energía y prudencia la jurisprudencia romana, pues de otro modo los mejores estatutos y derechos de los pueblos hubieran acabado por desaparecer.

3. La universidades fueron ciudades y corporaciones doctas; fueron introducidas con todos los derechos de tales como

entidades municipales, y dividían sus ganancias con los municipios. No en su calidad de escuelas, sino como entidades políticas abatieron el orgullo brutal de la nobleza, apoyaron la causa del soberano contra las arrogancias del Papa, y abrieron camino a una clase de intelectuales para cargos políticos y honores de caballería en lugar del clero exclusivista. Nunca tal vez hubo sabios que fuesen tan respetados como estos que representaron los albores de la ciencia; las gentes comprendieron finalmente el valor inapreciable de un bien tanto tiempo despreciado, y mientras uno de los partidos huía de la luz, el otro participaba con entusiasmo tanto mayor en esta aurora de las ciencias. Las universidades fueron las plazas fuertes y baluartes de la ciencia contra la aguerrida barbarie del despotismo eclesiástico, y conservaron un tesoro, reconocido a medias como tal, para tiempos mejores. Por lo tanto, después de Teodorico, Carlomagno y Alfredo, rindamos homenaje ante todo al emperador Federico II, que juntamente con mil otros méritos, tiene también el de haber puesto en marcha las universidades, que desde entonces siguieron desarrollándose, durante mucho tiempo imitando el ejemplo de la de Paris. También respecto de estas instituciones, Alemania llegó a ser como el centro de Europa; donde los arsenales y almacenes de la ciencia no sólo alcanzaron su mayor consistencia, sino también su mayor riqueza interior.

4. Mencionemos, finalmente, sólo algunos de los descubrimientos que, puestos en práctica, significaron preparativos de gran alcance para el futuro. La brújula, guía de la navegación, vino probablemente con los árabes a Europa, siendo los amalfitanos con su temprano tráfico comercial los primeros en usarla. Con este invento, el mundo quedaba abierto a los europeos. Pronto ya se internaron los genoveses en el Océano Atlántico, y más tarde los portugueses supieron aprovechar el hecho de poseer las costas más occidentales del Vejo Mundo. Buscaron y encontraron el camino para la circunnavegación del África, con lo cual dieron nuevas bases a todo el comercio con la India, hasta que otro genovés descubrió el segundo hemisferio, transformando todas las proporciones en nuestro Continente. El pequeño instrumento que posibilitó tales descubrimientos vino a Europa con los albores de las ciencias.

El vidrio, antiguo producto del Asia que en otros tiempos se pagaba con el equivalente de su peso en oro, se convirtió en manos de los europeos en mucho más que oro. Cualquiera que haya sido, Salvino u otro, el hombre que cortó los primeros lentes, lo cierto es que creó un instrumento que algún día habría de descubrir millones de mundos celestes, orientar el tiempo y la navegación y fomentar la más grande ciencia de que pueda gloriarse el espíritu humano. Ya Roger Bacon, el monje franciscano, descubrió en su celda las maravillas de la luz y de casi todo reino natural, y si

esto le acarreó en su orden odio y prisión, en tiempos más propicios fué seguido por otros más afortunados. El primer rayo de luz que cayó en el alma de este hombre admirable le mostró un nuevo mundo en el cielo y la tierra.

También la pólvora, instrumento mortífero pero, considerándolo en su conjunto, benéfico, nos vino de los árabes, ya sea que la usaran, o por lo menos la presentaran en sus escritos. Parece haber sido inventada por varios a la vez. Su aplicación práctica fué paulatina, y luego modificó todo el arte de la guerra. Es increíble cuánto depende el nuevo estado de cosas en Europa de este invento, que hizo más que todos los concilios para superar el espíritu de la caballería andante, afirmó la potestad de los soberanos más que todas las asambleas populares, puso coto a la alocada carnicería de ejércitos apasionados por rencores personales, y puso límites a la misma forma de guerra que originó. La pólvora y otros inventos químicos, sobre todo el mortífero aguardiente que vino de los árabes como medicina a Europa para luego propagarse por todo el mundo como veneno, hicieron época en la historia del género humano.

También el papel fabricado de trapos y los preludios del arte de la imprenta en forma de naipes y otros estampados de caracteres inmóviles, forman parte de este grupo. En cuanto a lo primero, parece que los árabes dieron ocasión a su desarrollo con los papeles de algodón y seda que trajeron del Asia; el arte de la imprenta, por su parte, progresó lentamente de experimento en experimento, hasta que comenzando por las xilografías y pasando por los grabados en cobre, nació la imprenta con sus efectos incalculables para todo el Continente. Los guarismos árabes, las notas musicales que inventó Guido de Arezzo, los relojes, que vinieron también del Asia, la pintura al óleo, viejo invento alemán, y todo cuanto antes del nacimiento de las ciencias se inventase, adoptase o imitase aquí y allá de instrumentos útiles, todo esto fué en el gran taller de la industria europea casi siempre una semilla fecunda en nuevos productos y acontecimientos que reservaba el porvenir.

VI

OBSERVACIÓN FINAL

¿Cómo, pues, llegó Europa a labrarse su cultura y con ella el rango que le corresponde con preferencia a otros Continentes? El lugar, el tiempo, la necesidad, el conjunto de circunstancias y el curso de los acontecimientos la impelieron; pero este rango fué, antes que nada, el resultado de muchos esfuerzos comunes de su propia industria.

1. Si Europa fuera un territorio rico como la India, sin divisiones geográficas como Tartaria, caluroso como África, no se habría hecho lo que se hizo. Mas ahora, aun estando en lo más profundo de la barbarie, su situación en el mundo le ayudó a salir a luz nuevamente; pero sobre todo la favorecieron sus ríos y mares. Quitadle el Dniéper, el Don, el Duina, el Mar Negro, el Mediterráneo, el Adriático y el Océano Atlántico, el Mar del Norte y el Báltico, con sus costas, islas y corrientes, y veréis desaparecer esa gran federación mercantil que puso a Europa en el buen camino. Ahora, por el contrario, los dos Continentes grandes y ricos de Asia y África dieron la mano a su hermana menor; enviáronle mercancías e inventos de los confines de la tierra, de las regiones de la cultura más antigua, fomentando de esta manera su propia industria e inventiva. A todo esto ayudaron el clima europeo y los restos del antiguo mundo griego y romano. Por lo tanto, la gloria de Europa se basa en la actividad e inventiva, las ciencias y el esfuerzo competidor realizado en común.

2. La opresión de la jerarquía romana fué tal vez un yugo necesario, cadena indispensable para los primitivos pueblos de la Edad media; sin ella Europa hubiera sido probablemente presa de los déspotas, escenario de eterna discordia, cuando no desierto mongólico. La jerarquía como contrapeso merece, pues, alabanza; pero como fuerza propulsora primaria y permanente hubiera acabado por convertir a Europa en un Estado eclesiástico al estilo tibetano. Ahora, en cambio, presión y contrapresión produjeron un efecto en que ninguna de las dos partes había pensado; la necesidad, las penurias y el peligro dieron origen a una tercera clase social que tiene que desempeñar el papel de la sangre de este gran cuerpo, so pena de que éste entre en putrefacción; es la clase de las ciencias, la actividad provechosa, la industria competidora; por ella se fué acabando necesaria

pero lentamente la época en que eran indispensables la caballería y el clericalismo.

3. También consta de lo que antecede cuál debía ser esta nueva cultura de Europa: sólo una cultura de los hombres tales como eran y querían ser, una cultura de la actividad, de las ciencias y artes. Quien no la necesitaba, la despreciaba o abusaba de ella, seguía siendo el que había sido, pues no se podía pensar todavía en aquel entonces en una cultura de penetración universal en todas las clases sociales y todos los pueblos por medio de la educación, la legislación y la Constitución, y no sabemos cuándo se podrá pensar en ello. Pero mientras tanto, la razón y una más intensa acción mancomunada de los hombres sigue su curso sin que sea posible detetenerlo, y consideradlo un signo promisor si lo mejor no madura antes de tiempo.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

		PÁG.
PREÁMBULO	. . . . .	9
CAP.	*LIBRO PRIMERO*	
I.	Nuestra tierra es una estrella entre estrellas . . .	17
II.	Nuestra tierra es uno de los planetas medianos . . .	19
III.	Nuestra tierra pasó por múltiples revoluciones hasta que llegó a ser lo que es ahora	23
IV.	Nuestra tierra es una esfera que se mueve en derredor de sí misma y en dirección oblicua con respecto al sol	26
V.	Nuestra tierra está cubierta de una envoltura gaseosa y se halla en la pugna de varios astros celestes . . .	29
VI.	El planeta que habitamos es una montaña de tierra que emerge de la superficie de las aguas	32
VII.	Por los trazados de las cordilleras fueron nuestros dos hemisferios escenario de la más asombrosa diversidad y variedad	39
	LIBRO SEGUNDO	
I.	Nuestra tierra es una gran fragua para la organización de seres muy distintos	43
II.	El reino vegetal de nuestra tierra en relación con la historia humana	46
III.	El reino animal en relación con la historia humana .	52
IV.	El hombre es una criatura media entre los animales de la tierra	56
	LIBRO TERCERO	
I.	Comparación de la estructura de plantas y animales con respecto al organismo del hombre	61

CAP.		PÁG.
II.	Comparación de las diversas fuerzas orgánicas que actúan en el animal	68
III.	Ejemplos de la estructura fisiológica de algunos animales	75
IV.	De los instintos de los animales	78
V.	Desarrollo de las criaturas hacia una unión de varios conceptos y para un uso peculiar más libre de sentidos y miembros	82
VI.	Diferencia orgánica entre los animales y los seres humanos	87

LIBRO CUARTO

I.	El ser humano está organizado para la actividad racional	91
II.	Mirada retrospectiva desde la organización de la cabeza humana hacia las criaturas inferiores que se le aproximan por su formación	102
III.	El ser humano está organizado para sentidos más primorosos, para el arte y el lenguaje	106
IV.	Por sus instintos el hombre está organizado para la libertad	110
V.	El organismo del hombre es de salud sumamente delicada, pero al mismo tiempo de enorme resistencia, y, por lo tanto, capacitado para su expansión por toda la tierra	115
VI.	El hombre está formado para la humanidad y para la religión	119
VII.	El hombre está formado para la esperanza en la inmortalidad	127

LIBRO QUINTO

1.	En la creación de nuestra tierra impera una serie de ascendentes formas y fuerzas	129
II.	No hay fuerza de la naturaleza sin órgano; pero el órgano no es nunca la fuerza misma que actúa por medio de él	132
III.	Todo el engranaje de fuerzas y formas no es retroceso ni estancamiento, sino progreso	136
IV.	El reino de la organización humana es un sistema de fuerzas espirituales	139
V.	Nuestra humanidad es sólo ejercicio preliminar, capullo de una flor futura	145
VI.	El estado actual de los hombres es probablemente el miembro de enlace entre dos mundos	149

SEGUNDA PARTE

CAP.		PÁG.
	LIBRO SEXTO	
I.	Organización de los pueblos en la proximidad del Polo Norte	157
II.	Organización de los pueblos de las tierras altas asiáticas	163
III.	Organización de la zona terrestre donde viven pueblos de bella configuración	167
IV.	El organismo de los pueblos africanos	171
V.	Organización de los hombres en las islas del trópico	178
VI.	El organismo de los americanos	180
VII.	Conclusión	188
	LIBRO SÉPTIMO	
I.	Por diversas que sean las formas en que la especie humana aparece en la tierra, en todas partes es una misma especie	191
II.	Esta única especie humana se ha aclimatado en todos los lugares de la tierra	195
III.	¿Qué es clima? ¿Y qué influjo ejerce sobre la formación del cuerpo y del alma del hombre?	201
IV.	La fuerza genética es la madre de todas las formaciones sobre la tierra, cuya acción es fomentada o retardada por parte del clima mediante un mero concurso causal	206
V.	Observaciones finales sobre el antagonismo entre la génesis y el clima	213
	LIBRO OCTAVO	
I.	La vida sensitiva de nuestra especie va cambiando con la evolución y la diversidad de climas; pero en todas partes es el uso humano de los sentidos el que conduce al florecimiento de sentimientos humanitarios	219
II.	La imaginación de los hombres es en todas partes de naturaleza orgánica y climática; siempre, empero, se guía por la tradición	225
III.	La inteligencia práctica del género humano se formó en todas partes bajo el influjo de las necesidades del modo de vida; pero siempre es una flor del genio de los pueblos, hija de la tradición y de las costumbres	233
IV.	Las sensaciones e instintos de dos hombres están siempre de acuerdo con su sistema de vida y la organización que adoptaron, y en todas partes se rigen por las opiniones en boga y la tradición	240

CAP.		PÁG.
V.	La felicidad de los hombres es siempre un bien individual y como tal condicionada climática y orgánicamente, fruto de los hábitos, la tradición y las costumbres	250

LIBRO NOVENO

I.	Por más que le agrade al hombre hacerse la ilusión de que está produciendo todas las cosas por sí solo, depende, sin embargo, de los demás en el desarrollo de sus aptitudes	259
II.	El medio por excelencia de la cultura humana es el lenguaje	266
III.	Todas las ciencias y artes del género humano han sido inventadas por medio de la imitación, el intelecto y el lenguaje	275
IV.	Los gobiernos se basan en un orden constituído por los hombres casi siempre a base de tradiciones heredadas .	279
V.	La religión es la tradición más antigua y sagrada de la tierra	287

LIBRO DÉCIMO

I.	Nuestra tierra ha sido formada especialmente con miras a las criaturas dotadas de vida	295
II.	¿Dónde estuvo el lugar de origen y la morada más antigua de los hombres?	298
III.	La evolución de la cultura y de la historia suministran pruebas históricas de que el origen del género humano se encuentra en Asia	303
IV.	Tradiciones asiáticas sobre la creación de la tierra y el origen del género humano	308
V.	La tradición escrita más antigua sobre el origen de la humanidad	312
VI.	Continuación de la tradición escrita más antigua sobre el origen del género humano	319
VII.	Fin de la más antigua tradición escrita sobre el origen del género humano	325

TERCERA PARTE

LIBRO UNDÉCIMO

I.	China	332
II.	Cochinchina, Tonkín, Laos, Corea, el Este tártaro, el Japón	341

PÁG.

El Tibet 343
El Indostán 347
Consideraciones generales sobre la historia de estos Estados 353

LIBRO DUODÉCIMO

Babilonia, Asiria, Caldea 361
Los medos y persas 367
Los hebreos 372
Fenicia y Cartago 379
Los egipcios 385
Otras ideas sobre la filosofía de la historia del género humano 391

LIBRO DÉCIMOTERCERO

Situación geográfica y población de Grecia . . . 398
El idioma, la mitología y el arte poético de Grecia . 403
Las bellas artes en Grecia 409
La filosofía moral y política en Grecia 415
Actividades científicas en Grecia 423
Historia de los cambios de los Estados griegos . . . 430
Consideraciones generales sobre la historia de Grecia . 437

LIBRO DÉCIMOCUARTO

Los etruscos y los latinos 446
Las instituciones romanas en orden a la estructuración de un Estado imperialista y guerrero 452
Las conquistas de los romanos 459
La decadencia de Roma 465
Carácter, ciencias y artes de los romanos 472
Consideraciones generales sobre el destino de Roma y su historia 481

LIBRO DÉCIMOQUINTO

El fin de la naturaleza humana es ser humano y con este fin Dios puso el destino de la especie humana en sus propias manos 490
Todas las fuerzas destructivas en la Naturaleza no sólo son superadas por las fuerzas constructivas en el transcurso del tiempo, sino que, en último término, tienen que contribuir ellas mismas a la evolución del conjunto 494
Aunque es el destino del género humano escalar sucesivamente diversos grados de cultura bajo varias trans-

CAP.		PÁG.
	formaciones, sin embargo, la estabilidad de su bienestar se funda, esencial y exclusivamente, en la razón y la justicia	502
IV.	La razón y la justicia conforme a su naturaleza intrínseca y en el transcurso del tiempo tienen que ganar cada vez más lugar entre los hombres fomentando la estabilidad de los valores humanos	509
V.	Puesto que una sabia benevolencia dirige el destino de los hombres, no hay dignidad mayor ni dicha más duradera y pura que la de cooperar con ella	515

CUARTA PARTE

LIBRO DÉCIMOSEXTO

I.	Vascos, galos y cimbros	522
II.	Finlandeses, letones y prusianos	528
III.	Los pueblos germánicos	530
IV.	Los pueblos eslavos	535
V.	Pueblos extraños en Europa	538
VI.	Consideraciones y conclusiones generales	541

LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO

I.	Los orígenes del cristianismo y sus principios intrínsecos	546
II.	Propagación del cristianismo en Oriente	555
III.	La propagación del cristianismo en los países griegos	564
IV.	Propagación del cristianismo en las provincias latinas	572

LIBRO DÉCIMOOCTAVO

I.	Los reinos de los visigodos, suevos, alanos y vándalos	582
II.	Los reinos de los ostrogodos y longobardos	587
III.	Los reinos de los alamanes, borgoñones y francos	594
IV.	Los reinos de sajones, normandos y daneses	602
V.	Los reinos nórdicos y Alemania	609
VI.	Consideraciones generales sobre la organización de los reinos germánicos en Europa	614

LIBRO DÉCIMONONO

I.	La jerarquía romana	622
II.	Los efectos de la jerarquía en Europa	629
III.	Los protectorados seglares de la Iglesia	635
IV.	Los reinos árabes	641
V.	Efectos producidos por los reinos árabes	649
VI.	Consideración general	656

CAP. *LIBRO VIGÉSIMO*

I. El espíritu mercantil en Europa 659
II. El espíritu de la caballería en Europa 665
III. Las cruzadas y sus consecuencias 672
IV. La cultura intelectual en Europa 680
V. Instituciones y descubrimientos en Europa 687
VI. Observación final 692

ESTE LIBRO
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN ARTES GRÁFICAS
BARTOLOMÉ U. CHIESINO, S. A.
AMEGHINO 838 — AVELLANEDA
BUENOS AIRES
EL DÍA 18 DE AGOSTO
DE 1959